



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

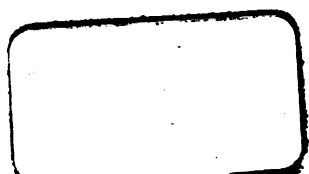
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

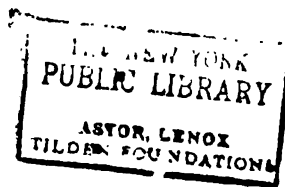


VIAJE PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

Donat de la Hilla



Frederick William - Barclay
- 16th en 1706

Louis - Frederic Dapigny
- 16th en 1760

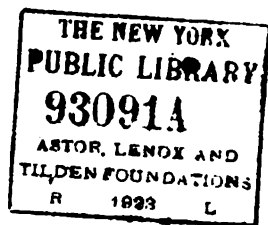
L. F. de Krukenstein
- 16th en 1770

Julius Sebastian Casar D'Amont d'Alen
- 16th en 1790

,

1

.



THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS

VIAJE

PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

RESUMEN JENERAL DE LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

de Magallanes, Tasman, Dampier, Anson, Byron, Wallis, Carteret,
Bougainville, Cook, Lapérouse, G. Bligh, Vancouver, D'Entrecasteaux,
Wilson, Baudin, Flinders, Krusenstern, Porter, Kotzebue,
Freycinet, Bellinghausen, Basil Hall, Duperrey,
Paulding, Beechey, Dumont
D'Urville, Lutke, Dillon, Laplace, B. Merrell, etc.

 Publicado en francés bajo la dirección de

M. DUMONT D'URVILLE,

CAPTAN DE NAVIR.

*Adornado con mapas geográficos, varios retratos y SEISCIENTAS láminas finas dibujadas por
M. DE SAINSON y grabadas sobre acero por los mejores artistas franceses.*

TOMO III.

BARCELONA.

**IMPRENTA Y LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,
CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM. 53.**

1841.

L.


VIAJE PINTORESCO

AL



CAPITULO I.

MALASIA. — JAVA.

 Nuestro viajero brick en breve se alejó de Borneo y de la embocadura del Banjermassing. A 2 de octubre, y á favor de una fresca brisa de S. O. desplegó sus velas y empezó á deslizarse por aquella tranquila ensenada que llaman el mar de Java, verdadero canal circundado de elevadas tierras. Por espacio de dos dias el viento continuó abonanzándose, hasta que el abrigo de las tierras nos envolvió en la calma. Detenidos durante algunos dias en aquellas aguas estancadas, no pudimos divisar Carimon-Java hasta el 10, y el 12, despues de haber montado la punta de Caravan, anclámos en la espaciosa rada de Batavia. Al principio fondeó el *Siva* en alta mar, despues de haber remitido al gobernador jeneral los partes que habia recibido durante su derrutero, pero habiendo recibido la órden de ir á tomar su puesto en la rada, fuése aproximando á aquella selva de mástiles que se alzaba á lo lejos.

Vista desde la rada, Batavia ofrece á lo lejos la cadena montuosa á que está arrimada, cadena baja cubierta enteramente de una vegetacion lozana y activa; en un plano mas cercano algunas quintas apiñadas á derecha é izquierda de la ciudad rodeadas de tresholillos y verjeles; finalmente en el primer plano la ciudad misma casi anegada en aquella playa llana mostrando sus millares de techos y los copados árboles de sus jardi-

Tom o III.

nes. Mucho mas cerca del *Siva* asomaban algunos islotes cual verdes sotillos, mientras que la rada ponía de manifiesto sus embarcaciones y una multitud de barcas que se deslizaban en su vasto semicírculo pasando de un puerto á otro.

Algunas de aquellas islas son actualmente inhabitadas; pero la mayor parte fueron utilizadas en otro tiempo por la antigua Compañía de las Indias. Estas islas contenian radas, almacenes y ateneos; pero la principal es Onrust, ó en malayo *Poulo-Kappat*, situada á tres leguas O. de la ciudad. Su importancia duró hasta el tiempo de la ocupacion inglesa; pero presintiendo que su conquista seria precaria, los Ingleses destruyeron los trabajos de esta isla y desmantelaron aquel fuerte avanzado de la rada. Magníficas radas en donde podia darse carena á los navíos, almacenes inmensos, graneros de reserva que podian contener 2.000 koyangs de arroz, hermosísimas habitaciones para los empleados, dos molinos y una iglesia, todo fué destruido y arruinado. Sin embargo en 1823 Onrust empezó á renacer de sus cenizas, bien que una restauracion completa no será poco difícil, larga y costosa.

Despues de la isla de Onrust debe citarse la isla de Edam, ó *Poulo-Dammer*, que debió este nombre malayo á su faro, actualmente sin fuegos, y en seguida la isla de Purmerend ó *Poulo-Sakit*, en la que se habia establecido un hospital de leprosos, y un poco mas al S. la isla de Kniper ó *Poulo-Bourong* en que se hallan toda-

vía las ruínas de grandes almacenes. Las demas islas mas pequeñas son : Poulo-Kellor , Poulo-Rambout , Poulo-Ontong Java , Poulo-Obie , Poulo-Ayer , Poulo-Niamok , Poulo-Potrij , ó la isla Vader-Smith , que ha desaparecido y quedado transformada en un banco de arena cubierto por el agua durante el flujo. Las islas mucho mas numerosas que se perciben á lo lejos se denominan *Duizend Eilanden* : muchas de ellas son habitadas por familias malayas que viven de la pesca de piedras de coral (que sirven para fabricar cal) y de peces. La mas considerable de estas islas es Poulo-Pangang habitada por treinta familias indijenas sujetas á un jefe malayo.

Al dia siguiente á la llegada del *Siva* , al amanecer , la yola me transportó al desembarcadero. El puerto *Boom* que se estiende ante la ciudad antigua es la porcion mas nociva y peligrosa de una ciudad que goza en la India tan grande reputacion de insalubridad. Dejando á un lado cuatro ó cinco calles frecuentadas solamente por la mañana , todos los arrabales son casi desiertos : las calles mayores comienzan en el antiguo arrabal , ó *Buiten Nieuw Poort straat* ; estas calles son muy deliciosas y adornadas de largas hileras de árboles y hermosos edificios con sus frescos jardines (PL. XXVIII. — 3). El movimiento de aquellas calles recuerda el bullicio de las grandes ciudades europeas : innumerables carruajes , elegantes calesas con dos caballos , jóvenes caballeros abrigándose bajo anchos quitasoles , todo anima y embellece aquellas deliciosas avenidas. Entonces es cuando se reconoce á Batavia , elegante capital de la Malasia , ciudad de lujo y de bullicio , de placeres y de tráfico. A lo largo de los canales de Moolenvliet y de Rijswijk y en una longitud de tres cuartos de legua se estiende una serie de edificios sombreados. En un gran llano cuadrado se desarrolla una vasta praderia con hileras de casas europeas : es el *Weltevreden* ó barrio militar , que ha comunicado su nombre á la ciudad nueva. Mas lejos aparece otro llano cuadrado , el *Konings-Plein* , circuido tambien de construcciones deliciosas y jardines muy bien cuidados. Allende *Weltevreden* se prolonga la calle mayor de *Buitenzorg* , orillada de quintas y chozas que se continuan al pie de dos leguas hasta mas allá del fuerte de Meester-Cornelis. Si á esto se añaden algunas calles laterales que forman como otros tantos rayos al redor de aquellos edificios , el *Prinsen-Laan* , el camino de *Gonnong-Saharic* y el camino de *Tanabon* , podrá formarse una idea del aspecto de Batavia. A espaldas de esos diferentes barrios se encuentran los de las diversas colonias asiáticas establecidas en la capital malaya. El campo chino se halla fuera del recinto y al O. de la ciudad vieja , de la que formaba antiguamente un vasto arrabal ; pero á decir verdad , este pueblo activo

y bullicioso se halla derramado actualmente no solo en toda la ciudad , sino tambien en toda la isla.

Situada á los 6° 12' lat. S. y á los 104° 33' lonj. E. , Batavia fué fundada en 1616 en el solar que ocupaba la ciudad indiana de Jacatra. A 11 de marzo de 1619 recibió el nombre que ha conservado despues , cuando fué construido el fuerte que la domina. En 1629 se edificó el palacio de los gobernadores , á la entrada de la ciudad por el lado del puerto , que por espacio de un siglo y medio fué habitada por los gobernadores jenerales. A este palacio se juntaron los edificios necesarios para las sesiones del consejo de las Indias , las oficinas y los almacenes de la Compañía. Todas esas fábricas presentan una idea de los medios latos que habia adoptado entonces la arquitectura colonial , y que realizaba con operarios europeos y materiales sacados de la metrópoli.

Por esta época la ciudad formaba un paralelógramo de unas seiscientas pértigas de largo sobre cuatrocientas de ancho , cortado en dos partes casi iguales por el anchuroso rio denominado *Tjiliwong*. Ceñida de murallas y baluartes , y cerrada por cinco grandes puertas , contenia ademas cuatro iglesias y muchos edificios regulares.

Durante todo el siglo XVII , los funcionarios de la Compañía y los comerciantes habitaron en el interior de la ciudad ; pero á principios del XVIII , cuando las guerras con los Bantameses fueron estinguidas de todo punto , y la prosperidad de la ciudad reclamó nuevos edificios , empezaron á construir fosos en el exterior y crear lo que actualmente se llama el arrabal *Jel mediodia*. Al mismo tiempo los habitantes acomodados se construyeron varias quintas junto á los canales exteriores y sobre el camino de Jacatra , entre la ciudad y los fuertes exteriores que componen la primera linea ; pero alentados por las disposiciones pacíficas de los indijenas , continuaron haciendo obras hasta el pie de la segunda linea de fuertes , así sobre el camino de Bantam y de Cheribon , como en la senda de los *Praengers*. Pero estas diversas usurpaciones tuvieron lugar poco á poco y sucesivamente una despues de otra. A principios del siglo XVII el fuerte de Meester-Cornelis era las columnas de Hércules de los criollos neerlandeses. Hablábse de una excursion á los alrededores como de una expedicion temeraria , y aun no hace treinta años que las iglesias públicas hacian rogativas siempre que el gobernador jeneral se encaminaba á su quinta de *Buitenzorg*. Esta travesía se hacia entonces en tres dias ; actualmente se hace en tres horas.

Bajo el imperio del gobernador jeneral Daendels se formaron proyectos para salir de la ciudad antigua y abandonarla. La situacion políti-

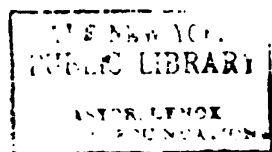
5

2 Una Calle de Batavia
3 Una Calle de Batavia

1 Calle de Batavia
4 Candillo Javanes

DE 1778

1778



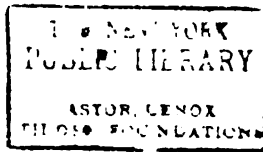
1 - *Palacio de Butenzórg*
1 Palacio de Butenzórg

2 *Traje de Corte*
2 Traje de Corte

3 *Traje de Guerra*
Traje de Guerra

de la casa del

71916
V. A. P.



ca de Java pareció á aquel administrador determinada con sobrada claridad para renunciar á las murallas que le protegían contra los ataques del interior. Era aquella la época en que Batavia era la tumba de casi todos los Europeos recientemente desembarcados. De cuando en cuando parecían invadir la atmósfera pestilentes miasmas, y una horrible mortalidad diezaba los individuos aclimatados. La epidemia hacia mas estragos que cuantos hubiera podido hacer la guerra; por cuyo motivo Daendels proyectó abandonar enteramente Batavia y trasladar á Sourabaya la capital de las posesiones holandesas; pero contrariado en esa idea y precisado á adoptar los medios menos decisivos, hizo construir fuera de la ciudad y á breve distancia en el interior algunas casernas y habitaciones cómodas para los oficiales de la guarnición. A aquella misma época se dió principio á un palacio para el gobernador, pero no fué rematado hasta en 1827.

Tomada esta iniciativa, todos los habitantes europeos abandonaron la ciudad vieja y pasaron á habitar en casas mas frescas, mas deliciosas y saludables, situadas á lo largo del Moolenvliet, del canal de Rijswijk, en el Weltevreden, y después á lo largo del vasto Konings-Plein y sobre el camino de Meester-Cornelis. Al principio se impuso á los arquitectos un plan regular, pero el interregno que siguió á la ocupación inglesa determinó una confusión tal entre las construcciones, que en la actualidad sería imposible organizar un sistema de defensa para Batavia sin cubrir de escombros toda la llanura vecina.

Habiéndose mezclado la manía, la vieja Batavia fué abandonada cuanto antes. La decadencia descargó sobre ella sus golpes como un rayo. En el espacio de veinte años fueron demolidos los mas hermosos barrios, y en 1816, cuando los tratados europeos restituyeron á la Holanda su mas hermosa colonia, la ciudad vieja no contaba otros habitantes que algunos Europeos encanecidos en sus domicilios, algunos Portugueses y algunos Chinos. Es verdad que todavía quedaban en pie las oficinas del gobierno, las factorías y los almacenes, como un sitio mas cercano á la rada; pero al caer la noche eran igualmente abandonados para regresar á los barrios modernos en que todo respira la indolencia de los negocios.

Lo que el gobernador jeneral Daendels habia previsto se efectuó. Batavia no era una ciudad sana mas que bajo las condiciones primitivas: sobre un solar húmedo y bajo se habia edificado una ciudad holandesa, una ciudad de calles estrechas bajo el cielo de los trópicos; habianse amontonado edificios, como en Amsterdam y en Rotterdam, junto á unos canales estancados y cenagosos. A estas causas de mortalidad se juntaron otras, como la tolerancia acor-

dada á los Malayos y á los Chinos, cuyos cementerios inficionaban las puertas mismas de la ciudad, y en la barra del rio se dejaban subsistir depósitos de inmundicias que con los rayos del sol escaldaban olores pestilenciales.

Al trasladar su residencia fuera de la ciudad vieja, el gobernador jeneral procuró combatir muchas influencias sumamente perniciosas, y posteriormente el gobernador Van-der-Capellen puso en práctica las mejoras que Daendels habia tan solo proyectado.

Bajo la administración de Van-der-Capellen abriéronse nuevas calles en el Konings-Plein, sitio el mas saludable de todos los contornos. Concediéronse terrenos y se proporcionaron medios para las construcciones que desarrollaron sobremanera aquel barrio moderno. Sujetáronse los propietarios y los arquitectos á reglas de alineación, cuyo objeto era subordinar las conveniencias particulares á la salubridad jeneral. Los Chinos tuvieron un local asignado para su cementerio á una distancia considerable de la ciudad, y los canales que no presentaban la menor utilidad fueron cegados, al paso que los que se conservaron arrastraban un volumen mayor de agua menos cargada de materias pútridas. Desterráronse los mataderos al extremo de la ciudad, y se encajó el rio de suerte que limitado en su lecho corriese siempre sobre su barra y no dejase ninguna parte espuesta á la acción de los rayos del sol. Estas grandes y útiles construcciones fueron completadas por un hermoso espolon de madera de teck que hace las veces de muelle y de desembarcadero. Merced á estos medios, Batavia no es mas insalubre que ningun otro punto del archipiélago malayo y del continente de la India.

La población de Batavia, variable en extremo, ha sido objeto de muchas evaluaciones en su mayor parte equivocadas. En 1824 se hizo un padron exacto que dió el resultado siguiente: 2.025 Europeos ó descendientes de Europeos; 33.108 Javanese ó Malayos; 14.708 Chinos; 601 Árabes y 12.419 esclavos; cuyo total, entre la ciudad y los afueras asciende á 53.861 habitantes, sin contar la guarnición. La población de la provincia entera está dividida en cuatro distritos ó barriadas.

La población europea ó criolla se compone de empleados del gobierno, de comerciantes, de oficiales retirados, de rentistas ó propietarios y de Portugueses, que en Batavia, como en toda la India, no son mas que una raza mestiza, de un tinte mas bronceado que el de los Malayos, y hablan una algarabía casi incomprensible.

Uno de los mejores edificios de la ciudad es la casa que ocupa la Sociedad del comercio de los Países Bajos, situada en la ciudad vieja y en el malecón del rio. No lejos está la Bolsa, pe-

queño edificio con una columnata sencilla y poco adornada, aunque de construcción moderna. Lo que es muy superior á este local mezquino es el suntuoso y soberbio edificio que el jeneral Daendels hizo construir en el ángulo del canal de Rijswijk y de Moolenviet. El nombre de este edificio verdaderamente real es *Armonía*: puede considerarse como el templo de los placeres de la vida privada; y aunque es destinado á los conciertos que se dan por suscripción y á los bailes del gobernador, sirve también todos los días para punto de reunión de los ciudadanos y de los militares acomodados que van á confabular un rato, jugar al villar ó leer los diarios. Aquel local se compone de cuatro salones contiguos, pudiendo cada uno contener 400 personas. En los días de aparato, cuando la sociedad europea de Batavia se reúne á la luz de cien bujías, esos salones ofrecen un aspecto verdaderamente májico. Junto á la *Armonía* hay un edificio destinado á las ciencias y á las artes, que es una de las fundaciones que debe Batavia al jeneral Daendels. La sociedad de las ciencias y de las artes de Batavia ha prestado ya servicios importantes al mundo científico: alentada en sus trabajos por unos gobernadores que eran miembros de la misma, ha dilucidado algunas cuestiones y suministrado á la grande fasce comun su contingente de luces. La biblioteca de la sociedad abunda mucho en obras estimables.

Batavia tiene igualmente un teatro, poco señalado como construcción, en donde se reúnen los aficionados de cuando en cuando para distraerse de un público de amigos y de conocidos.

El comercio de Batavia es de dos especies, la una centralizada en manos de la Sociedad de comercio de los Países Bajos, la otra diseminada entre una multitud de casas de primero y segundo orden, neerlandesas, inglesas y americanas. La Sociedad del comercio de los Países Bajos se ha compuesto de la aglomeración de capitales particulares, á las que ha creado el gobierno una posesión privilegiada que no parece sobrado onerosa. Los primeros resultados de este establecimiento fueron muy felices, pero todavía podrán serlo mucho más si el objeto que lo preside no es el de una escursión injusta para el comercio individual. Fácilmente se concibe que la asociación de capitales es útil si es templada por una concurrencia activa y eficaz. En este caso no puede tildarse de monopolio, sino de una simple colección de fuerzas y de recursos, una economía de tiempo, una reunión de nodos que aislados se desperdiciarían. Merced á los recursos de los socios, se han abierto nuevas sendas á las transacciones, extendido los mercados y agrandado las relaciones: así que lejos de sufrir alguna desventaja por esta supre-

macía reciente, las casas de Batavia se han conquistado conductos más fijos y seguros, y un considerable acrecimiento de negocios. Apesar de esta rivalidad poderosa, contábanse en Batavia en 1827 diez y seis casas neerlandesas, seis inglesas y una americana, entre las cuales solo había diez que se ocupasen del comercio de segunda mano.

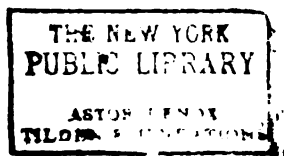
La marina mercante de Batavia se compone de cuarenta y tres embarcaciones, entre las cuales se cuentan siete de más de cien toneladas y un buque de vapor. Las importaciones comprenden todos los objetos manufacturados de Europa, así de lujo como de primera necesidad, armas, paños, mercerías, quincallería, mercancías de Europa, de China, de las factorías indianas y de las escalas de la Malasia; telas de todos precios y calidades, y los géneros y productos extranjeros al suelo de Java, como los vinos y aguardientes de Francia y de España, el té de la China, y el arroz de la India y de Manila. En cambio Java suministra al Asia y á la Europa azúcares, cafés, arroz, tabaco, maíz, algodón, añil y los productos de muchas industrias locales bastante avanzadas.

Entre estas industrias no pueden pasarse en silencio los destilatorios de arak, los ladrillares, las caleras, las tenerías, las tintorerías, las fábricas de velas de sebo y las cartulinas. Los destilatorios de arak son ocho, y producen anualmente mil doscientos barriles de este licor que los Chinos usan mucho, aunque no immoderadamente. Para fabricar ese espirituoso se emplea arroz, almíbar, tuak, y una mezcla llamada, *peka*, de canela, de anís, de ajo y de harina de arroz. Los ladrillares son también ocho, y su prosperidad data de la época en que se levantó la ciudad moderna sobre el plan del gobernador jeneral Daendels. Los operarios chinos explotan cuatro caleras, y las tenerías se hallan asimismo en manos de algunos fabricantes indíjenas que tejen y tiñen las telas en el campo. Las materias de que se sirven para sus baños de tinte son ordinariamente el añil, la raíz del *mankoudou*, el *achiot*, la simiente del algodónero, la raíz del *cúrcuma*, el *jenjibre* y el aceite de *katjang*. Para dar color al tejido, lo sumergen y lo templan repetidas veces en tinajas, en donde se encuentra la decocción. La preparación del batik se hace cubriendo de cera fundida las porciones del tejido que deben quedar lisas ó claras, y templándolas en seguida en el líquido tintorio. De esta suerte se fabrican pañuelos ó *sarongs* (taparabos), cuyo tejido es finísimo y cuyos colores son bellos y variados.

La educación de la juventud indíjena es confiada en gran parte á sacerdotes mahometanos que sirven las diversas mezquitas. Ya veremos después que vienen á ser estos sacerdotes y la

3 *Homme, & Femme du Peuple*
 3 Hombre y Mujer del Pueblo

4 *Desposada* y *Desposado*



influencia que ejercen sobre el pueblo. Están subdivididos en muchas clases que se distinguen bajo los nombres de *iman*, *katih* é *hital*. El jefe de los *imanes* lleva el título de *panghoulou*, es pagado por el gobierno y ejerce funciones públicas, así junto al *land-raad* como á los tribunales de justicia en donde recibe el juramento de los testigos islamitas. Las mezquitas que sirven estos sacerdotes son diez y siete, y cada una tiene un personal proporcionado á su importancia. Las rentas de este clero no son considerables; compónense del producto de las tierras pertenecientes á las mezquitas, ofrendas recojidas en tiempo de la cosecha ó al acercarse las fiestas mas solemnes y de lo eventual que procuran los matrimonios, los funerales y las solemnidades religiosas.

Tal era esa Batavia en donde acababa de tomar puerto, y me estaba reservada la mas afectuosa hospitalidad. Entre las cartas que conservaba olvidadas desde mucho tiempo en mi cartera, se hallaba una de la casa Wilmot de Calcuta para una de las principales de la capital javanesa. Esas cartas de recomendacion, tan comunes en Europa y que apenas procuran una comida, tiene un valor mucho mas real en las colonias. No bien presenté algunas lineas de introducciones, y ya fui el huésped de M. Perkus: así que de grado ó por fuerza tuve que admitir un alojamiento en su casa. Me es imposible describir con exactitud las consideraciones que me prodigaron y las infinitas atenciones que debo á aquella familia. Los pocos dias que entre ella pasé, viví como un ciudadano acomodado del pais, paseado de fiesta en fiesta, de baile en baile, de banquete en banquete: tenia á mis órdenes cuatro criados, una palanqueta, un coche, dos caballos de tiro y otros dos de silla, y me vi verdaderamente colmado de invitaciones, así de parte de las autoridades de la ciudad como de algunos armadores muy opulentos. En todas aquellas reuniones reinaba un lujo realmente asiático; los perfumes, las esencias, los platos mas sabrosos, los refrigerantes de toda naturaleza; todo era ofrecido con una prodigalidad casi real. Todas las casas parecian rivalizar en lujo y magnificencia; hubiérase dicho que nadie queria ser inferior á sus vecinos.

Despues de haber pasado algunos dias sin hacer nada, comencé á considerar que me hallaba en tierra malaya y que no habia venido solamente para visitar armadores ó criollos jóvenes y gallardos. En consecuencia determiné dejar á un lado la parte europea de Batavia para observar su parte indijena, y habiendo yo espresado esta idea, me la secundaron decididamente, y organizamos algunas escursiones á la vecina campiña y á los distritos limítrofes.

De regreso á Batavia tenia ya la impresion ec-

sacta y verdadera de las comarcas interiores; habia salido ya de la esfera de ideas que inspira aquella populosa ciudad mas europea que malaya; pero todavia me aguardaban procelosos mares y comarcas salvajes con sus terribles aventuras y peligrosos lances. Al dia siguiente se me ofreció proporcion para las tierras australes, y en consecuencia me despedí de mi huésped, sobreponiéndome á todas sus observaciones y aun á sus lágrimas. Arreglé mi pasaje en el *Kanguroo*, su capitan Powell, que debia hacerse á la vela á 23 de octubre, pasar á Sourabaya situada al extremo oriental de Java para surtirse de viveres, y dar la vela para la Nueva Holanda.

Ningun obstáculo desbarató este plan. Al amanecer del 23 dejámos la rada, y á favor de una brisa terrestre costeámos la parte N. de la costa javanesa. En el espacio de tres dias verificámos aquella travesía ordinariamente contrariada por los vientos del E.; doblámos los cabos Bantaman y Bonang que forman los dos promontorios de la península de Japara, y entrámos en el estrecho que separa la isla Maduré de la gran tierra. Desarrolláronse á nuestra vista todos los accidentes de aquella isla cubierta de la mas lozana vegetacion, y echámos de ver los hermosos campos de café de Cheribon y de Japara tendidos al pie de la cadena interior. En toda la estension de aquella costa despuntaban á través del follaje una multitud de aldeas con sus casas construídas de bambúes y junquillos. Allende la península de Japara los cultivos parecian cambiar; no se veían ya cafés ni arrozales, pero en el distrito de Souraba aparecian otros cafés mientras que la isla de Maduré ofrecia mas campos de arroz.

Despues de haber doblado la punta Panka, el *Kanguroo* se comprometió en el estrecho, en donde se veían muchos bateles javaneses jugar en torno del navio con sus pagayas y sus velas triangulares. Montámos el cabo de Oranje, punto el mas estrecho del canalizo, y vimos el fuerte que lo domina construído en su estremidad. Ambas orillas estaban guarnecidas de lugarejos deliciosos de donde partieron muchas piraguas. El *Kanguroo* que era muy fino velero, deslizóse fácilmente en medio de aquellos cenagosos canalizos, y habiendo avistado la rada de Grissé, una de las mas celebradas de Java para la reparacion de los buques, ancló á 26 de octubre ante la residencia de Sourabaya.

Sourabaya es despues de Batavia la estacion que mas debe al gobernador jeneral Daendels. Contiene un arsenal marítimo, muelles espaciosos y consistentes en el rio Kediri que atraviesa la ciudad, largos malecones para contrarrestar el cieno aglomerado en su embocadura, una casa-moneda, gradas, una fundicion de balas y un palacio para el gobernador. Situados en los

afueras de la ciudad, estos edificios comunican con ella por medio de calles anchurosas y dilatadas, adornadas de edificios de piedra acompañados de galerías esternas. Los barrios ribereños, menos bellos y saludables, permanecen inundados durante una parte del año. Sourabaya debe igualmente al jeneral Daendels un magnífico camino abierto á través de las marismas y de las montañas hasta Samarang, que se une con el camino de Samarang á Batavia.

Como el *Kanguroo* no debía permanecer mucho tiempo en Sourabaya, tuve que recoger apresuradamente algunos indicios que pudiesen coadyuvar á juzgar del valor de mas completos estudios y observaciones. Desembarcado con el capitán en uno de los muelles que marcan la entrada del puerto, tuve que sujetarme á la visita de los aduaneros, únicos dueños de aquella avenida. A la otra parte comienzan las casas europeas: paredes blancas, azoteas, hermosas galerías cubiertas, con columnatas exteriores; tal es el primer aspecto que ofrece la ciudad. En la orilla opuesta á la aduana hay una batería que domina el río y remata aquel arrabal, á cuya espalda se ven los astilleros y el barrio de los Chinos, aseado, bullicioso y animado, como sucede en todas las ciudades en que tales nómaditas han sentado sus tiendas mercantiles, y finalmente la ciudad criolla, bien construída y poblada, y el palacio del residente señalado por su pabellón, edificio de dos altos que se reflejan en las aguas del río (Pl. XXX. — 1 y XXXI. — 1). Los salones de este funcionario son el punto de reunion de la elegante sociedad compuesta de un corto número de familias criollas ó europeas. La mayor parte de las mujeres hablan la lengua malaya, y entre ellas hay algunas bastante bonitas, pero casi todas tienen maneras dulces y benévolas. Al caer la noche toda aquella sociedad se reúne en espaciosos salones, alumbrados por lámparas metidas en campanas de vidrio, y tan sumamente abiertos á la frescura de la brisa, que el pasajero puede asistir en algún modo al movimiento de la asamblea, á sus placeres y casi á sus conversaciones.

La poblacion de Sourabaya se compone además, como en Batavia, de Malayos y de Chinos. Este apostadero es tan frecuentado por los habitantes de la isla vecina de Maduré, que tienen un tipo esencial en la familia javanesa. Como el *Kanguroo* no podía sacrificar mas que veinte y cuatro horas á aquel recato, no pude de ningún modo desembarcar en aquella isla de la que descubriríamos una parte de la rada de Sourabaya, sin poder enterarme de las costumbres de la organizacion política de un pueblo que tan solo depende de los Holandeses de un modo mediato, y sin poder concurrir, como los oficiales de la *Favorita*, su capitán Laplace, á las fiestas

indígenas, sentarme á la mesa de los pequeños sultanes del país y observar su estraña y voluptuosa vida.

Cuando la *Favorita* estacionó en la rada de Sourabaya, recibió de parte de uno de los tres sultanes de Maduré, el sultán de Bancalang, una invitacion tan urgente, que el comandante no pudo menos de acceder á la demanda. En consecuencia desembarcó en la costa de Maduré, en donde el hijo del príncipe estaba aguardando á los Franceses. Despues de una refaccion de té y dulces chinos, subieron á dos calesas y se trasladaron á Bancalang, capital del soberano. El hijo de este monarca, introductor de los extranjeros, era un mozo alto y bien plantado, de tinte bronceado, que mandaba las tropas madurasas al servicio de la Holanda, y como distintivo llevaba el uniforme de oficial superior de caballería holandesa. Sin embargo este traje pareciale no sentarle bien sin un turbante encarnado y blanco que el Maduré creía deber conservar para sombrero de uniforme.

La primera impresion del paisaje no previno mucho en favor del territorio que se estaba recorriendo. Su vegetacion no era tan rica ni tan lozana como la que ostentaban las llanuras de Sourabaya, pues toda se reducía á campos abrasados por los rayos del sol y árboles achaparrados. Maduré carece de agua, siendo así que bajo los Trópicos el agua es un beneficio que no tiene equivalente: así que las rentas del sultán de Maduré no tanto consisten en las cosechas de los jéneros como en la de la sal, bastante productiva apesar del monopolio holandés, y en una abundancia inagotable de nidos de salanganas que tapizan las rocas escarpadas de la costa septentrional.

A lo largo del camino se veían de trecho en trecho lugarejos madurases cuyas casas, ceñidas de un seto de juncos entretejidos, parecían otras tantas islas.

En el espacio de tres horas las calesas salvaron la distancia que separaba Bancalang del punto en donde desembarcaron los Franceses. Llegaron finalmente al palacio del sultán, quien recibió á los extranjeros con maneras nobles y distinguidas. Estaba sentado á su lado el residente holandés que sirvió de intérprete al comandante de la *Favorita*. El palacio del sultán forma uno de los lados de la vasta plaza de Bancalang: en primer lugar se ve un espacioso patio orillado de casernas para la guardia madurasa y en su centro se alzan dos árboles magníficos que presentan un testimonio irrefragable de la antigüedad del título del soberano actual, puesto que su abuelo los plantó con mucha ceremonia el día en que fué llamado *bang-horam*. Alende aquel patio está el palacio, edificio de una construccion elegante y lijera, adornado de co-

1. Palacio del Residente en Surabaya.

2. Un Natural de Madura

2. Un Natural de Madura

PPH/MS
VIAJE

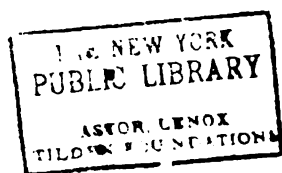
THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATION

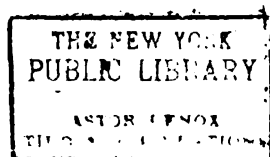
1. *Vista de Surabaya*.
1 Vista de Surabaya

2. *Residencia en Baniu Vangui*.
2 Residencia en Baniu Vangui

3. *Residencia en Baniu Vangui*

4. *Residencia en Baniu Vangui*

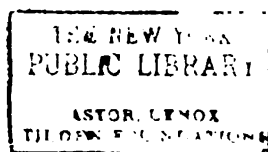




PITTORESQUE
PINTORESCO

XXX 217

3 — *Passement avec le Sultan de Madure*
3 Pasco con el Sultan de Madure



3. *Musique du Sultan de Bankalang*
3 *Musica del Sultan de Bankalang*

— 22 —

4. *Rhinoceros de Java*
4 *Rinocerante de Java*

P. 77. 1890. 3
PINTOPEJO

— 23 —

luminatas bajo las que se estienden en la pieza principal, vasta galería de forma rectangular, abierta á la brisa en todas direcciones. Aquel inmenso kiosco está cortado en cuatro partes y á ángulos rectos por otras dos series de columnas. De aquellas cuatro salas habia dos que mas bien parecían un almacén que un cuarto, por razon de los candelabros, relojes y otros muebles preciosos de que era atestado; pero las otras dos servían de comedor. Al rededor de aquel edificio de la mas estraña arquitectura habia muchas dependencias; una sala de baños, cocinas, los alojamientos de las mujeres ó de servidumbre, y la sala de instrumentos de música, entre los cuales habia muchos de una sola cuerda, semejantes á un violín. Al lado de aquellos instrumentos se vieron otros muchos de una armonía imponente; tal era una especie de gong ó de djender, compuesto de ocho placas de metal de dimensiones desiguales y que con la baqueta del músico dan un sonido proporcionado á su grueso. En aquel mismo recinto se hallaba también el sombrero chino, un grueso tambor, todo linaje de goug-goums y un tam-tam que inuita completamente el horrible rimbombo del trueno (Pl. XXXI. — 3).

Apenas llegaron los Franceses, cuando el sultan les dió el espectáculo de algunas diversiones. La primera se compuso de una pantomina guerrera, ejecutada por hombres de gallarda presencia, ricamente vestidos y armados de la lanza y del cris. La pantomina figuraba guerreros que iban al encuentro del enemigo, y los jestos y los movimientos del cuerpo manifestaban este objeto tan al vivo, que los cómicos mas distinguidos hubieran podido tomar lecciones de aquella sabia mímica. Sucedió á esto un banquete que tuvo un carácter menos nacional: el servicio, la cocina, los vinos, todo era europeo; los convidados mismos llevaban en su mayor parte el uniforme holandés. Únicamente se distinguía el sultan con un vestido medio malayo, medio bátao; llevaba una almilla de uniforme que dejaba desnudos el pecho y el cuello, con unas charreteras de jeneral, y en vez de pantalón un holgado taparabo que apenas encubría unas piernas desnudas y macilentas. El sultan era hombre de unos cincuenta años; su tez de un pardo obscuro, su nariz aplastada, su boca enorme, sus labios lacios, sus dientes negros, su frente estrecha, sus carrillos prominentes y sus ojos pequeños y amarillos, pero en cambio tenia un carácter franco jovial y á la vez imponente y comunicativo.

Este jefe indijena se mostró escelente en alto grado para los Franceses: no parecia sino que se injeniaba para procurarles todos los medios de distraerles, y traía los mas ardientes deseos de hacerles concebir una idea favorable de su

grandeza y de su magnificencia. Al banquete sucedió la eterna y atronadora música acompañada por un coro ingrato y discordante de mujeres viejas y feas en su mayor parte, que formaban parte del harem del voluptuoso sultan. Al concierto siguió el juego; sentáronse todos en torno de una mesa para hacer un *vingt-y-uno* en que los ajentes holandeses y los colectores chinos se manifestaron hábiles maestros. En fin una magnífica cena dió cima á aquella primera jornada de fiestas.

No fué menos solemne la segunda jornada. Al salir el sol los extranjeros subieron á un pequeño collado en cuya cumbre se hallan las tumbas de los reyes de Bancalang, en cuyas lápidas casi se podia leer la fecha de su fundación por razon de la diferencia que habia entre el órden de arquitectura y la eleccion de los materiales. Las mas antiguas eran de ladrillos, pero otras mas recientes eran de cal y canto, y otras de mármol blanco y granito vetado. Uno de aquellos soportales contenia los sepulcros de los antiguos sultanes de Maduré, rodeados de muchos otros entre los cuales descollaban por su altura, y compuestos casi todos de una pirámide cuadrada truncada y coronada por un macizo de mármol ó de granito gris. Las tumbas mas bajas eran las de las mujeres del sultan difunto.

Por la tarde se multiplicaron las fiestas. Estimulado por algunos presentes bastante preciosos, el sultan procuró escederse á sí mismo é instó reiteradas veces á los oficiales de la *Favorita*, para que diesen con él un paseo oficial y pomposo. Salieron los coches del patio al son de una música discordante, y tropezaron en el camino con una muchedumbre de hombres, de niños y de mujeres que se hincaban de rodillas y juntaban las manos en profundo silencio (Pl. XXX. — 3). A mayor distancia se veían rejimientos madureses recién organizados, y sobre los que el anciano sultan tendió una mirada satisfactoria.

Los Madureses son musulmanes fanáticos y pios, y todos los años los misioneros que llegan de Arabia redoblan el zelo de aquellos ardientes islamitas. Son mucho mas intrépidos que los Javaneses, de suerte que estos les temen y huyen, lo cual no sabemos si atribuir á la diferencia de raza ó de culto. Macilento y raras veces de alta estatura, tienen los miembros cenceños, la nariz ancha y aplastada, los cabellos fuertes y lacios, los ojos negros pero tiernos, la boca arqueada por el betel y los dientes ennegrecidos por una preparacion tintorial. Andan vestidos á poca diferencia como los Javaneses, con un taparabo de dibujos, una chupa con mangas, un turbante bastante ancho, un cris al lado y los pies descalzos. Por orta parte el Madurés es leal, sobrio,

intrépido, fiel á su palabra, amigo del lujo, piadoso, perseverante y creyente en sus tradiciones (PL. XXX. — 2).

La fiesta de la tarde se dió, no en el palacio del sultan, sino en el de su hijo. Desterróse de todo punto la etiqueta cortesana, y los dignitarios madureses se mostraron en toda su negligencia y sencillez. El domicilio del heredero presuntivo del trono estaba edificado á la europea, tenia galerías sostenidas por columnatas, cuartos ornados y espaciosos, un patio orillado de edificios para las mujeres, una música no menos ínfra que la del sultan, y coristas igualmente feos. Cenaron alegremente, hiciéronse muchos brindis que les pusieron algo calamucanos, y al levantarse de la mesa, oficiales de la corbeta y jefes madureses echaron á bailar con las bayaderas del harem encargadas de distraer á los convidados. Desde luego se vieron bailarines en uniforme europeo y algunos oficiales que se mezclaron con aquellas mujeres formando pasos. Impelidos por el ejemplo y animado por los vapores del vino, el buen sultan echó tambien á bailar. Nada cabe mas curioso que la vista de aquel pequeño anciano, feo y macilento, cubierto de un pañuelo de color, sin corbata ni chupa, con su taparabo y su cinturón amarillo, enlazando amorosamente sus brazos al rededor de sus dos odalisas, esforzarse en dar gracia á su movimiento, recoger los aplausos de la multitud, enojarse cuando amainaban, y asentar sendos puñetazos con su real mano á aquellos espectadores que no aplicaban harto calor en su entusiasmo. Apenas el sultan se mezcló en el baile, el movimiento se generalizó; hiciéronse bailar á los Madureses, á los Holandeses y hasta á los colectores chinos que soportaban con una repugnancia cómica las invitaciones de las bailarinas.

Finalmente aquella serie de fiestas se llevó á cabo con una gran representacion escénica: era la infancia del arte, sombras chinescas ejecutadas con una tela tendida. Al dia siguiente los oficiales de la *Favorita* regresaron á su corbeta en donde al otro dia siguiente tuvieron que recibir y festejar al soberano madurés.

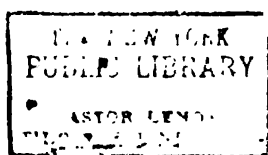
La *Favorita* hizo otras escalas en aquella costa antes de proseguir su grande itinerario de circunnavegacion. Ancló en Passarouang, capital de la residencia de este nombre, situada en el fondo de una bahia muy abierta, á las márgenes del Gumpang, riachuelo casi innavegable. Passarouang hace un vasto comercio de arroz, de sal y de legumbres de Europa que se cultivan con el mejor écsito en las vecinas alturas. La *Favorita* fondeó en seguida en Bezukie, á catorce leguas de Passarouang, situada como esta última en la confluencia de una pequeña corriente. Bezukie es una pequeña ciudad con hermosas habitaciones, entre las cuales se distinguen

las del residente holandés y del jefe indijena. La residencia de Bezukie contiene una poblacion de 400.000 almas, y es una de las mas considerables de la isla de Java, aunque solo es habitado el litoral. La parte montuosa es el dominio de los osos negros, de los javalies y de los tigres, y la orilla del mar está guarnecida de hermosísimos lugares, cuyos cultivos principales consisten en plantaciones de café y sobretodo en arrozales.

El pueblo de Panaroukan situado á algunas leguas S. de Bezukie tiene los arrozales mas considerables del distrito: es una localidad deliciosa, con una magnífica avenida plantada de copados árboles, y adornada de hermosas chozas construidas de madera y cubiertas de bálago. A diez leguas en el interior de Bezukie y en la direccion de las montañas se halla otro pueblo, el de Badican, que tambien fué visitado por los oficiales de la *Favorita*. El país mas fragoso abriga hermosos cuadrúpedos, entre los cuales debe citarse el buey que crían á manadas, como tambien toros para el circo, de los que dió un espectáculo á los Franceses un jefe de Badican.

Desde Bezukie la *Favorita* dió la vela para Sumanap, segunda sultanía de Maduré y situada al extremo oriental de la isla. La bahía de Sumanap es de un acceso difícil, á causa de los arrecifes que se estienden á bastante distancia de la costa. La costa de Maduré presenta en aquel punto tal monton de légamo, que fué preciso fondear por cuatro brazas de agua al pie de dos millas de distancia del pueblo.

El sultan de Sumanap dispensó al comandante francés una acogida menos risueña que el de Bancalang, bien que no menos hospitalaria. El palacio de este príncipe no difería del de su vecino; pero su música era europea y no maduresa. Y es que el nuevo sultan era la criatura de los Holandeses, á quienes fué no pocas veces útil su intrepidez. El fué quien en la última guerra condujo á Java los mas intrepidos auxiliares. De una estatura alta y repleta, fuerte, vigoroso, de facciones graves, ojos negros y vivaces, el sultan de Sumanap tenia todo el exterior de un jefe asiático. Sumanap es un pueblo poco considerable, consiste en una hilera de casas de piedra y de madera que por un lado dan al mar y por otro á unos jardines. El territorio interior de la isla es bastante ingrato y solo produce arroz, maíz y cañas dulces á fuerza de trabajo; de suerte que mas bien puede considerarse como un punto de defensa que de produccion. Los Holandeses tienen encargado sobremanera al sultan que reina en ese distrito que vele severamente por la seguridad de los parajes vecinos, y dé una caza activa y constante á los paros de los piratas que infestan los distritos de Bali y de Lombok. A veces estos piratas se reúnen en flotillas, y en vez



3 Bramin de Bali

4 Armas y Pendones de los Javanese

ESTUDIOS DE
PINTORESCO

Tom 8. Vol. XLII

de aguardar un ataque, lo previenen y hacen invasiones á la isla; mas para preservar la isla de semejantes tentativas, Sumanap tiene un miserable fuerte cuyos terraplenes encespedados pueden recibir seis cañones de á ocho y una guarnicion de cien hombres.

La recalada de Sumanap tuvo tambien sus diversiones y sus fiestas, paradas de tropas maduras, opíparos banquetes en que el sultan desplegó un lujo increíble de oristales y de vajilla; un baile lleno de contraste en donde los vestidos europeos de las damas criollas figuraban junto al traje malayo, deslumbrante de pedrerías y de los uniformes madureses, mas lijeros y casi salvajes. El sultan hizo los honores de aquella fiesta con tanta gracia como dignidad.

La Favorita partió de Sumanap en direccion al estrecho de Bali, doblando el cabo de Sandana, punto de reconocimiento familiar á los navegantes de aquellos parajes. Desde luego se abrió ante el espolon de la corbeta aquel estrecho fatal á mas de una nave, y en el que los vecinos isleños han establecido una suerte de tributo de muerte y de pillaje. Bali es una de las cien guaridas de esos paros que devastan los mares malayos. Cada uno de aquellos ancones oculta un lazo; en cada cabo hay un peligro.

Dicen que Bali fué poblado por una colonia de isleños de Soulou que se vieron forzados á la espatriacion por los malos tratos que recibian, y se refugiaron á esta isla, en donde fundaron Bali-Balou, residencia de uno de los tres sultanes que se reparten la isla Bali-Balou. Está situada en el fondo de una pequeña bahía, y apenas cuenta algunas hutas habitadas por semi-salvajes. Dejando á un lado la piratería, estos indijenas no conocen otra industria que la de un corto número de cultivos. Cada año algunos paros van á Sincapour á llevar algodón, cocos y muchos frutos deliciosos que crecen en aquellas selvas, y en cambio de estos productos obtienen algunas mercancías chinas, telas comunes, quincallería y otros objetos de Europa. Bali produce ademas una apreciable especie de bueyes caracterizados por una mancha blanca en las ancas y en los muslos, y muy buenos para la labranza, aunque su carne no es buena de comer. Los moradores de Bali son una raza de hombres embrutecidos y feroces pero robustos, que prestan como esclavos algunos servicios en los trabajos manuales. Muchas y horribles supersticiones pesan sobre esta comarca, y en ella están vijentes todavía las mas fanáticas atrocidades del continente indio. Este es el país en que el primitivo culto de Java parece haberse conservado mas fielmente. Este culto era antiguamente al parecer el boudhismo, pero hace unos tres ó cuatro siglos que prevalecia el brahmanismo. Los sacerdotes de Bali tienen el mismo carácter y los mis-

Tomo III.

mos privilegios que los del continente indio, y observan la misma vida mística, vida de contemplacion y de oracion (PL. XXXIII. — 3).

La última recalada de *la Favorita* en la costa javanesa tuvo lugar en Baniou-Wangui, distrito S. E. de la isla. Este territorio era en otro tiempo abandonado y desierto, pero en la actualidad es cubierto de ricos cafés. Su capital, Baniou-Wangui, consistia antiguamente en un monton de mezquinas chozas construídas junto á un fuerte protector de la costa. Los tigres infestaban las cercanías, y los vecinos cráteres derramaban abundante lava en la playa. Sin embargo, en medio de horribles soledades el gobierno quiso fundar plantaciones útiles y poco costosas. Era preciso desmontar bosques enteros y abrir comunicaciones en el seno de un país casi impenetrable, para cuyos penosas faenas se destinaron los indijenas condenados por robo ó por asesinato. Estos desgraciados no se prestaron al principio mas que con mucha repugnancia, pues preferian morir de hambre que arrastrar una ecsistencia miserable en semejantes fatigas. Viendo de consiguiente que la desercion iba á hacer imposible la colonizacion, se dió permiso á los forzados para que hiciesen venir sus familias y establecerse en menajes en el sitio que les designaron por cárcel, cuya medida tuvo en Baniou-Wangui el écsito próspero que ha tenido siempre en todas partes. Los cultivos tomaron mas incremento; fundáronse aldeas, ganóse terreno sobre los tigres y edificáronse casas en las mesetas interiores. La del residente está situada á poca distancia de la playa, y consiste en un hermoso edificio sostenido por columnatas y circuido de chozas (PL. XXXI. — 2). Una dilatada y deliciosa avenida de cocos conduce á la aldea y á la bahía: á la izquierda se ve el fuerte ceñido de un profundo foso y artillado con diez cañones en las troneras de unos terraplenes encespedados. Este sistema de defensa es completado por almacenes de piedra labrada, casernas, un almacen de pólvora, y una guarnicion de cincuenta hombres. El interior es cruzado por inmensos verjeles de café, en medio de elevadas selvas virjenes que parecen tenerlos sufocados. Rodeados de tigres, los plantadores parecen haberse entendido con ellos para vivir en paz y armonía, supuesto que algunas veces se han visto enormes tigres pasearse entre las casas á ciertas horas del dia sin que las mujeres ni los niños parezcan amedrentarse mucho; y despues de haber obtenido algo para comer, vuelven á internarse en los bosques para dar caza á los gamos y á los ciervos. Sin embargo no siempre se manifiestan los tigres tan pacíficos, pues á menudo se han apoderado de algunos caballos, perros y bueyes. Si estos raptos se reproducen con sobrada frecuencia,

se dispone una batida y se preparan fosos cubiertos de follaje en los que cae el tigre á merced de sus enemigos.

En aquellas selvas se encuentra frecuentemente el rinoceronte unicornio, conocido de los naturalistas bajo el nombre de rinoceronte de Java, especialmente en sus mas charcosas profundidades. Raras veces se ha observado que este animal ataque al hombre, pues si bien está dotado de una fuerza extraordinaria, solo la usa para defenderse cuando le disputa el paso. Duvaucel, que observó de cerca este pachydermo, asegura que esta especie es una de las mas pequeñas que se conocen. Su cuerno crece con la edad y parece redondearse por el roce y la frotacion, y el carácter mas notable de su piel está en los tubérculos, pentágonos en su mayor parte. A primera vista no parece sino que está cubierta de escamas, pero en realidad esos tubérculos no son otra cosa que eminencias epidermoicas que dejan su vestigio marcado en la capa jeneral de la cubierta tegumentar. Los únicos pelos que se perciben en el cuerpo nacen en una depresion que ocupa el centro de los tubérculos, y estos pelos negros, son mucho mas densos en dos puntos, á saber, en el borde de las orejas y encima y debajo de la cola. El rinoceronte de Java solo se nutre de yerbas, de raíces y de tiernos renuevos de árbol; plácese en los humedales y en las sombrías, y se solaza con muchísimo gusto en el cieno de los pantanos (Pl. XXXI. — 4).

Después de una recalada de algunos dias en Baniou-Wangui, la *Favorita* salió de aquella bahía y se hizo á la vela para Hobart-Town, habiendo recorrido casi bahía por bahía y capital por capital toda la costa oriental de Java, la menos frecuentada y conocida.

El *Kangaroo* se hallaba igualmente á la sazón en frente de aquella costa. Habia dejado el fondeadero de Sourabaya, y á 30 de octubre penetró en el estrecho de Bali para pasar desde allí á los grandes mares australes. Pero antes de perder de vista el territorio javanés, objeto de tantos estudios, no dejan de ser convenientes las noticias curiosas y nuevas, interesantes y auténticas que la historia, la arqueología y la jeografía nos han transmitido en lo tocante á esta isla.

CAPITULO II.

JAVA. — JEOGRAFÍA JENERAL. — COSTUMERES, RELIJION. — ANTIGUEDADES. — HISTORIA.

Si hemos de creer á los etimologistas, la denominacion de Java deriva del *jawa-out* (*panicum italicum*) que formaba el principal alimento de los aborijenes. Los naturales la llaman tambien Tana.

Esta isla se estiende entre los 103° y los 112° lonj. E. y entre los 5° 52' y los 7° 46' lat. S. Su longitud, desde el cabo de Java hasta la punta mas oriental, es de ciento noventa y dos leguas marinas, y su anchura entre la punta S. O. de la bahía de Padjitan y el cabo Japara es de sesenta y seis leguas, y entre el embocadero del rio Serayou y el de Sourabaya, varía de diez y seis á diez y nueve leguas. La isla tiene la forma de un rectángulo, y sus costas son bastante paralelas para que puedan dividirse en cinco ó seis partes que forman otros tantos paralelógramos. Las costas del O. y del E. ofrecen puertos abrigados y bahías muy seguras.

Java tiene poca anchura en toda su estension; así que no ofrece mas que dos corrientes que sean para citadas, el Sole y el Kediñ; la primera riega su parte central y desemboca en el mar de Java; la segunda desciende de las montañas sacras y se pierde en el golfo de Sourabaya. Los otros rios apenas son mencionables; el Tchi-Manok, el Tchi-Tandoni, el mas caudaloso de los que corren hácia el S., el Tchi-Kanjongan y el Tchi-Taroung. Cada distrito tiene su rio principal, casi siempre navegable para los costeños. Java no encierra lagos de importancia; únicamente en la estacion lluviosa se forman vastas extensiones de agua llamadas *rawas* por los naturales, que se desecan cuando muda el monzon. El mas estenso de esos rawas es el *Buiten Zee* (mar interior). La provincia de Bagalan al S. de la isla contiene una laguna sumamente abundante de pesca.

El terreno de Java experimenta una interrupcion uniforme. Toda la costa septentrional es como flanqueada de isletas formadas por el cieno que arrastran las corrientes, siendo ademáslana, arenosa y cenagosa. La costa meridional es por lo contrario escarpada y orillada de acantilados basálticos. La isla presenta asimismo un anfiteatro que corre del S. al N., salvo en algunos distritos. El suelo primitivo de la isla parece volcánico; las montañas ignívolas terminan en punta aguda y tienen unos flancos surcados de barrancos que derraman torrentes de agua en la estacion lluviosa. Ora se ven pequeñas cordilleras que lanzan á las nubes sus estraños picos de basalto; ora cadenas calcareas que se presentan bajo el aspecto de encumbradas mesetas, ó bien otras cadenas que participan de una y otra naturaleza, semi-calcareas, semi-volcánicas, que se prolongan á lo largo de las costas bajo todas formas y direcciones. Las fuentes minerales y sulfurosas, las erupciones igneas y todos los fenómenos que acompañan á su orijen volcánico se reproducen frecuentemente en todas las partes de Java.

La jeología de esta isla es de un carácter es-

pecial, y parece no ligarse, al menos en la apariencia, con el sistema montañoso de la península de Malaca y de la isla de Sumatra. Las montañas de Java no forman cordilleras no interrumpidas, sino grupos aislados y siempre alineados en el sentido de la longitud mayor de las tierras. Por otra parte no es esta la única diferencia que existe entre Sumatra y Java: el árbol de tek crece en esta última isla en abundancia, pero no se produce en la primera; Sumatra es rica en minerales preciosos, pero Java carece de ellos; finalmente el suelo de Java es mas fecundo, pero no produce alcanfor, riqueza principal de Sumatra.

La etnología de esta isla es bastante curiosa para estudiada. La raza que habita esta tierra constituye una variedad de esa raza malaya difundida por la larga cadena de islas que corre desde la punta achinaya de Sumatra hasta la punta S. de Timor. Esta raza de hombres son robustos y bien plantados; su boca es grande, su nariz corta y estrecha, rara vez prominente, sus ojos pequeños y negros, sus cabellos negros, largos y consistentes. Las mujeres son dos pulgadas mas pequeñas que los hombres, tienen el tinte de un amarillo de oro, y ese tinte naranjado es célebre en las poesías javanesas como el de nuestros romances. Hanse inventado para las Javanesas cosméticos amarillos, como la cerusa para nuestras Europeas.

Estos pueblos son activos, industriosos, ágiles, astutos y á veces vengativos. Algunos autores les creen aborígenes u originarios de la península birmana, cuya última opinion es seguida por el doctor Buchanan, aunque no por Crawford.

La constitucion física de los habitantes es sana y vigorosa. La duracion de la vida humana es casi la misma que en Europa; los centenarios no son raros. Las enfermedades inflamatorias son menos conocidas y peligrosas que en Europa, pero en cambio las fiebres diezman la poblacion; y antes de la introduccion de la vacuna, las viruelas hacian mortales estragos en la isla. La peste y la hidrofobia son al parecer desconocidas; mas no falta quien diga que una de las escalas de Java, Samarang, ha sido la cuna primitiva del cólera morbo.

En un país tan sumamente cálido, y bajo la ley mahometana que lo prescribe, se concibe que los baños deben de ser una verdadera necesidad, un hábito, un deber. Los Javaneses se bañan á todas horas, y se arrojan confusamente en el agua así de los arroyos como de los rios. El sol en ciertas estaciones vibra unos rayos tan abrasadores que una soleada es mortal. En cuanto á las mujeres, sus largas y trenzadas cabelleras les preservan de los calores. Una singular preocupacion pretende que la luna es altamente

peligrosa, y los mismos marineros europeos están persuadidos que los rayos lunares ejercen una influencia nociva á la salud.

El carácter de los Javaneses es dulce, indolente y fácil. El amo manda con bondad y castiga sin rigores inútiles. El Javanés es ademas sobrio, paciente, sometido á sus jefes nacionales, hospitalario para con los viajeros, sea cual fuere su nacionalidad, adicto á sus tradiciones de raza y á los lazos de familia, y amante del suelo que le vió nacer. Como contraste á sus buenas circunstancias, es preciso añadir que los indíjenas son zelosos, á veces falsos y malos, y siempre supersticiosos y crédulos, cuyo último defecto ha echado en ellos increíbles raíces. Dejando á un lado algunos ánimos que el trato con los Europeos ha hecho superiores á semejantes puerilidades, todos los Javaneses creen en los sueños, en los pronósticos, en los sortilejos y en los encantamientos. Creen asimismo que en los bosques y montañas habitan algunos jeníos; cuando una casa ha sido robada, arrojan contra ella un puñado de tierra de un foso recientemente ahondado, y creen que de esta suerte vierten un sueño letárgico sobre todos sus habitantes, y si pueden arrojar otro puñado sobre las camas, se imaginan que el encanto producirá otros efectos mas eficaces. Estas creencias surten efectos tan importantes, que no pocas veces han alienado á una poblacion entera. Cierta dia una vieja soñó que iba á bajar un poder divino del monte Sumbing, uno de los mas encumbrados del territorio santo, y al instante cinco ó seis mil operarios pusieron manos á la obra y trabajaron durante dos meses para que la llanura fuese mas fácilmente accesible al Mesías esperado.

Ademas de los Javaneses, habitan la isla muchas otras razas ya descritas y conocidas: los Chinos con sus costumbres de traficantes nómadas; los Moros procedentes de la península del Dekkan, los Malayos y los Boughis, semi-negociantes y semi-piratas; los Arabes, juntamente industriales y sacerdotes, y la clase mestiza llamada portuguesa.

La mayor parte de los Javaneses son mahometanos. Hace cosa de tres siglos que fué introducido el islamismo en el archipiélago, y sus progresos en Java han sido tan rápidos, que actualmente solo se cuentan dos aldeas fieles á la antigua religion bouddhica. La una de estas tribus, denominada *Beduis*, se halla en una comarca solitaria de la residencia de Bantam, y la otra en la parte oriental de la isla.

Los Javaneses son islamitas bastante relajados, bien que rigurosos observantes de las prácticas esternas: la circuncision, las abluciones, la abstinenencia de ciertas carnes prohibidas encuentran muy pocos contraventores; pero los naturales no tienen la menor idea de dogma ni de moral, y no siempre se abstienen de licores espirituosos

como debe hacer todo fiel creyente. Siendo en su mayor parte sumamente ignorantes, carecen de sacerdotes instruidos, y muy pocos hay entre sus imanes que sepan leer el Alcoran, aunque son en mucho menor número los que han obtenido el título de badgis por la penosa y larga peregrinacion á la Meca. Estos sacerdotes apenas saben leer y escribir, chapurrear algunos versículos del libro santo, y ejecutar algunos jestos á que atribuyen el valor de un ceremonial. Así es que tales hombres y los fieles que dirijen son casi todos de relajadas costumbres. La religion de Java es fácil y condescendiente: admite todo jénero de temperamentos, mitiga por el órgano de sus imanes la severidad de sus prácticas y conduce á una moral muy poco edificante. Muchas veces aprueba algunas tradiciones antiguas del primitivo culto y se transforma en un mahometismo mezclado de bouddhismo. Además de las dos grandes fiestas prescritas por el Alcoran, celebran una tercera en honor de sus antepasados, fiesta aborijene que en su ritual se ha mezclado con la fiesta mas solemne del nacimiento de Mahomet. En sus ceremonias llevan las figuras doradas de una serpiente, ó *naga*, de un animal semejante á una oca, y de otro animal que tiene la forma de un gamo. Todas estas figuras son indudablemente alegorías bracmánicas, especie de religion opuesta á la dominante en el dia.

En Java reina la poligamia, lo mismo que en todas las comarcas en que domina el mahometismo; pero su uso solo se permite á los hombres de las clases ricas, pues son los únicos que tienen la facultad de tener mujeres á peso de dinero y mantener un harem. Ordinariamente los príncipes y los jefes de primer rango tienen cuatro mujeres léjítimas, además de las concubinas; pero los jefes subalternos solo tienen dos ó tres á lo sumo, y el simple habitante de los *campongs* ó aldea debe contentarse con una sola mujer. Es cierto que la ley es muy tolerante en este punto, supuesto que les permite numerosos divorcios; pero no pocas veces la mujer, ya por tener hijos, ya por apoderarse de la autoridad suprema de la familia, consigue avasallar esta libertad facultativa y anularla en beneficio suyo. Los príncipes y los reyes poseen una primera mujer que casi nunca repudian, en cuyo caso las convenciones matrimoniales se estipulan de tal suerte, que solo pueden motivar un divorcio causas mas graves. Por otra parte una mujer de este rango goza de prerogativas importantes; marcha al igual de su esposo, hace los honores del *dalam* y ejerce los derechos de soberanía sobre las demás esposas cuyas pretensiones arregla segun mejor le parece.

Por lo dicho se ve que las mujeres no se hallan reducidas en el archipiélago malayo á ese estado de abyeccion en que vejetan en los otros

países mahometanos. Un marido paga á su mujer, la compra; pero no se cree autorizado á tratarla con desden; come con él y es la compañera de su buena ó mala fortuna. La mujer puede manifestarse en público sin escándalo y sin obstáculo de ninguna naturaleza; hace parte de los consejos y de los festines, y no está desterrada del cuerpo social. No faltan ejemplos de muchas mujeres que han reinado sobre las comarcas malayas.

Las mujeres de Java son industriosas, y ejercen diversos oficios. Las de alto copete son las únicas que se hallan reclusas, aunque muchos Europeos han sido admitidos al interior de aquellos harems.

Las Javanesas se casan muy jóvenes, pues á veinte años una moza se considera ya como vieja. Cuando el padre de un mozo javanés juzga que su hijo ha dado con una compañera que le conviene, hace proposiciones de matrimonio al padre de la moza, y las mujeres continúan la negociacion que acaba por promesas de himeneo. Entonces el novio remite sus presentes que consisten en un anillo ó una pieza de tela acompañados de nueces de arec llamados *pienang*, de donde deriva el verbo *manpienang* (desposar). Tras esta primera formalidad la familia y los amigos del novio se presentan y hacen sus correspondientes dones de *lamaram*, cuyo objeto es el de dar publicidad al matrimonio. En seguida los parientes arreglan el precio de la futura en dinero, alhajas, telas, arroz, búfalos, etc.

Concluidos estos preliminares, el novio se dirige á la mezquita, en donde el panghoulou le pregunta si ha satisfecho el precio acordado, y á su respuesta afirmativa pronuncia la fórmula sacramental: «Yo os uno (á fulano) por los lazos del matrimonio á (fulana), que en este mundo será vuestra esposa. En consecuencia debéis dar satisfaccion á todos los compromisos que habeis contraído, y sois responsable de las acciones de vuestra mujer. Si os ausentais de vuestra casa durante mas de siete meses en tierra, y mas de un año en el mar, sin subvenir á su subsistencia, quedará disuelto vuestro matrimonio, si así lo quiere vuestra mujer, sin otra formalidad, y estareis sujeto á las penas establecidas por la ley mahometana.» A esta consagracion religiosa verificada segun el rito islamita, suceden unas ceremonias puramente malayas, que consisten en pasear los esposos recargados de alhajas y telas preciosas, á caballo ó en litera, por los sitios mas frecuentados de la ciudad ó de la aldea que habitan. Si se trata de matrimonio entre personas de distincion, la procesion es precedida de un personaje vestido en traje burlesco haciendo jestos y monadas, y de esta suerte llegan al domicilio del padre de la novia en donde se ponen los dos

esposos en presencia uno de otro; comen en un mismo plato y toman betel; cuya ceremonia es muy semejante á la *confarreation* de los Romanos. A veces la novia deba lavar los pies de su nuevo esposo, y en algunas comarcas existe la costumbre de presentar un tizon ante la desposada y apagarlo en el agua. Al día siguiente á la ceremonia, el nuevo esposo acompaña su mujer á su domicilio, y se celebran otras fiestas para dar cima á las nupcias.

Parece que la poligamia no ha producido en este archipiélago un decremento sensible de población. Las estadísticas manifiestan que Java ha ganado en este punto. Algunos jefes tienen un número considerable de hijos, entre los cuales podemos citar el rejente de Tuban que tiene sesenta y ocho. Los nacimientos se celebran con mucha pompa: cuando una mujer está en cinta de su primer hijo, hay una fiesta muy solemne; al séptimo mes de preñez se da otra fiesta y al nacer el niño, una nueva fiesta, y se le impone nombre. Este nombre es puramente de capricho, pues no existen apellidos. Las personas pias toman nombres árabes; las otras epítetos malayos, *bueno, amable, generoso, etc.* El padre añade á su propio nombre el que han impuesto á su primer hijo, como se verifica igualmente en Arabia. Los niños se circuncidan á la edad de ocho á doce años.

Los entierros se hacen con decencia, sin tumulto ni ruido: si un individuo fallece de noche, lo sepultan al día siguiente; pero si muere de día, lo entierran antes de ponerse el sol. Cada tumba es designada por un montecillo de tierra ó un cercado de madera, y muy raras veces se añade una lápida sepulcral ó una inscripción. Los cementerios son circuidos de *sambaja* (*plumieria obtusa*) cuyo verdor arguye respeto. Sin embargo, á la muerte de un personaje rico y poderoso, se observa un ceremonial mas pomposo: todos los parientes de ambos sexos se trasladan y reciben algunas monedas; á cada sacerdote le dan un peso, una pieza de tela y una esterilla. Lavan el cuerpo, lo envuelven en una tela blanca, y lo depositan en un ataúd cubierto de una tela pintada y de guirnalda de flores. Cuanto mas rico y fastuoso es un convoy, mas bellas lanzas y quitasoles se ven. La comitiva de amigos y de parientes sigue al muerto hasta su última morada, y aguarda para retirarse que el sacerdote haya pronunciado sobre la tumba la oración final. Estas oraciones duran otra semana mas en casa del difunto: cada día los imanes van á ella para implorar la indulgencia divina en favor de su alma. Los días tercero, séptimo, decimocuarto, centésimo y milésimo, se celebran fiestas llamadas *sidikah*, que consisten en una especie de servicio fúnebre y conmemorativo. Fácilmente se concibe que semejantes formalidades solo se practi-

can para las personas muertas que dejan una fortuna colosal. Según sus costumbres nacionales, los Chinos celebran unos funerales no menos suntuosos y mucho mas ruidosos. Entre los Kalangs hay la costumbre de romper una nuez de coco, cuya leche se derrama sobre la tumba y cuyos fragmentos se colocan á la cabeza y á los pies del cadáver.

Los Javanese hacen muy pocos cumplidos en sus comidas. Agachados en tierra sobre esteras, comen su pescado, su arroz ó sus carnes con los dedos, pero se lavan antes y despues del banquete. El agua constituye su bebida principal; antes de servirla la hacen hervir, y la sazonan con especias. Ademas toman té dos ó tres veces al día; pero esta frugalidad no es la misma en los banquetes de ceremonia donde figuran una gran variedad de platos. La costumbre es de hacer dos comidas al día; la primera antes del mediodía, y la segunda á las siete u ocho de la tarde. Antes de salir por la madrugada, los Javanese toman una taza de café con un poco de arroz.

El uso del *siri*, preparacion del betel, es jeneral en Java como en todas las comarcas indas y malayas. Con el ausilio de una cuchara se estiende sobre la hoja del siri una pequeña cantidad de *terra japonica*, sustancia de una amargura agradable, y un poco de cal viva, á lo que se añade nueces de arecks, que son narcóticas y de ello se hace una bola que se masca. Se sabe que esta preparacion devasta la boca, ennegrece los dientes y colera los labios de una saliva sangui-nolenta. Apesar de tan ingratos obstáculos, es imposible hacer renunciar á los indijenas el uso del betel. Cada Javanés, sea hombre ó mujer, trae continuamente á su lado una caja de siri. El tabaco de tomar no es tampoco desconocido á estas comarcas desde 1600, y sus cigarros son deliciosos.

Los licores fermentados del país son de dos especies, *badek* y el *brom*. El primero se fabrica haciendo hervir arroz grumoso llamado *ketang*, con una levadura dicha *ragi*, compuesta de piñones, pimienta negra y *capsicum*. La materia rollada en forma de globulillos suministra un trasudor que es el licor; en cuanto al residuo, que asimismo tiene un gusto de fermentacion, lo venden en el mercado como una bagatela. Para obtener el brom, se hace hervir tambien el ketang con el *ragi*, dejándolo trasudar; pero el licor que produce se encierra debajo de la tierra por espacio de muchos meses, á fin de que tome mas consistencia. El color del brom es moreno, amarillo ó encarnado, según la calidad del arroz. Conservado algunos años, esté licor tiene bastante fuerza para embriagar. En Sourakarta se fabrica una especie de cerveza con las hojas del pari mecladas con azúcar y especerías, pero solo puede conservarse unos cinco ó seis días.

La pasión de los Javanese a estas bebidas espírituosas solo existe en un corto número de individuos. Por otra parte la ley religiosa impide sus progresos. No sucede lo mismo con el uso del opio, que con el tiempo es para ellos una fiebre y un frenesí. Aunque en malayo llaman bebedores de opio (*minow wadat*) á los que se entregan á esta pasión, no beben opio en Java, sino que lo fuman, para lo cual se sirven los naturales de pipas de madera ó de junco (*padudan*). Hemos dicho ya de que naturaleza es el éxtasis que resulta del empleo de ese narcótico hablando de los fumadores chinos. El que llega á habituarse á estos placeres indescriptibles, no puede abandonarlos, y antes se abstendría de comer y de beber. Cada día se aumenta la dosis del opio, y después de algunos meses se revelan las fatales consecuencias de esta triste pasión. Se pierde el apetito; los ojos se encarnan; se embotan las facultades intelectuales, y el cuerpo enflaquece y cae en un estado de marasmo y consunción.

En todos los escritos relativos á la India se ha hablado mucho de esos fumadores de opio que en sus situaciones enfermizas recorren las calles de una ciudad con un cris en la mano dando de puñaladas al primero que encuentran; locos furiosos que han tenido que ponerse fuera de la ley autorizando á todos los naturales para matarles como á bestias sobrecojidas de hidrofobia. Mr. Hogendorp, que ha sido mucho tiempo administrador en la colonia báltava, ha ceñido todas las narraciones en los límites de lo verdadero, y puesto el hecho real al nivel de todos los cuentos de *amok*, *amok*, arreglados por viajeros mas novelescos que historiadores.

Los juegos y las diversiones de los Javanese son numerosos y variados. De todos modos procuran divertirse y matar el tiempo de mil maneras; las distracciones mas pueriles placen á su indolencia. Las de las mujeres consisten en visitas durante las que mascan siri, se refieren anécdotas, ó cantan acompañándose con el tambor. Los hombres tienen sus combates de gallos, para los que se muestran apasionados como todos los Malayos. Los combates de *bourougua* son asimismo una de las recreaciones del pueblo; por imitación los muchachos hacen saltar lagartos, y los hombres no se desdennan de divertirse con el combate de dos grillos, en el cual apuestan sumas considerables por ó contra los insectos combatientes, y los escitan tocando sus mandíbulas con manojitos de yerba.

Otras veces se divierten con combates mas serios. Aunque naturalmente poco belicosos, los Javanese se batan en momentos concertados y después de haber dispuesto el palenque llamado *acton*. Este juego consiste en descargarse cadenciosamente golpes de baqueta hasta que el uno de los dos campeones se confiese vencido. Los golpes pueden darse en cualquier parte; pero para

evitar heridas en la cabeza, la envuelven en una pieza de tela que solo deja los ojos descubiertos. Solo puede darse un golpe á la vez, y cuando se ha descargado, se debe retroceder para recibir la contestación. Esta especie de duelo al son de los instrumentos músicos continúa á veces por espacio de una hora entera, y los antagonistas acostumbran dejar la liza acribillados de heridas sangrientas. Los espectadores son una especie de jueces del campo, y los separan cuando contravienen á las reglas de costumbre.

Estos juegos son los del pueblo; los de los magnates son mas serios. El combate del búfalo y del tigre, y la muerte de este en medio de un cuadro de picas, hacen parte de estos placeres. Antiguamente se añadía el espectáculo de una lucha del tigre contra un criminal, cuyo uso, bien que al parecer olvidado, fué resucitado en 1812 para dos criminales citados por Crawford. A cada uno de ellos dieron un cris con punta emponzoñada, y en seguida abrieron una jaula de la que salió un tigre furioso. El primero de los dos campeones sucumbió á la mayor brevedad; pero el segundo tras una lucha de dos horas tuvo la dicha de matar al tigre hiriéndole varias veces en la cabeza, en los ojos y en las orejas. El vencedor no solamente obtuvo gracia, si que tambien fué promovido al rango de *montri*. Conócete igualmente en Maduré las corridas de toros. La caza no es en Java tan agradable y fructuosa como en Celebes; la volatería tiene el campo libre en medio de las inmensas llanuras de la parte central de esta isla, y cuando es perseguida con viveza, busca un asilo en las montañas donde no puede ser alcanzada.

Entre las otras diversiones de los Javanese no pueden pasarse en silencio las representaciones teatrales. El teatro es una especie de soportal abierto, en cuyo al rededor se colocan los espectadores, y en cuyo centro hay un lector (*dalang*) armado de un palo. Este lector da principio á la función por medio de una especie de prólogo; en seguida anuncia los personajes que van á entrar en escena y les da la señal con un palo. Al verlo salir, se creeria que van á desempeñar sus correspondientes papeles; pero nada de esto: solo continua el *dalang*, y los actores se reducen á asociarse á sus palabras por medio del gesto, y prosiguen su pantomina mientras él continúa su lectura. Todos estos actores van ricamente vestidos á la moda del país. El papel de las mujeres es desempeñado por mozos que se cubren el rostro con máscaras blancas de forma regular y natural, ó bien caprichosas y cargadas de dibujos (Pl. XXXII. 4). No deja de ser bastante extraño encontrar en los teatros javanese las máscaras que servian á los juegos escénicos de los Griegos y Romanos, bien que el arte se halla todavía en su infancia en los teatros javanese. Hé aqui uno de los *libretti*

recojidos por los viajeros : la hija de un rey de Java ha casado con un príncipe de Bali que la ha repudiado para vivir con una de sus concubinas ; pero el padre de la princesa abandonada no quiere dejar impune la afrenta, sino que quiere vengarla por las armas. Sobrecojido de furor, se presenta en casa del pérfido, le sorprende adormido en brazos de su rival, ármase una contienda jeneral entre los Javanese y los Balinese con los dos esposos á su frente, y vienen á las manos. La princesa es invulnerable, porque hay un dios que vela por ella, pretende persuadir al culpable esposo ; pero embestido por el número cae prisionero. Entonces prueban vencerla por medio de muchos ofrecimientos capaces de seducir á un corazon menos noble ; todo se lo cede el marido, á escepcion de su concubina, y no tiene inconveniente en cederle la mitad de sus tesoros y aun la mitad del reino. La altiva Javanese rehusa todas estas proposiciones con tanta decision, que la abandonan á una piragua para desprenderse de un afecto tan pertinaz. Salvada milagrosamente de nuevo, la princesa invade con tropas de refresco los estados de su marido, le derrota, y al verse dueña de su capital le ofrece aun su corazon y su mano. El inconstante prefiere la muerte ; dase una puñalada, y se lo lleva el diablo, segun costumbre, para dar fin á la pieza.

Este espectáculo es llamado el *topeng* ; ofrece siempre argumentos sacados de los anales de Java, y el amor y la guerra son su objeto ordinario. Cuando se representa en presencia del soberano se quitan la máscara y recitan sus papeles en persona : otramente los recita por ellos el *dalang* ó lector en jefe. La música del *gamelan* acompaña los actores y les da las inflexiones. Un *topang* se compone ordinariamente de diez y ocho personas, ademas del *dalang*.

Si el *topang* es el placer de los magnates, el *wayang*, especie de sombras chinescas, forma la diversion de la plebe. Estas sombras chinescas ó marionettes, de diez y seis á veinte pulgadas de altura, son de cuero de búfalo, dibujadas y trabajadas con todo esmero. Sus figuras son ordinariamente grotescas ; su nariz es sumamente prolongada ; sus brazos, sus facciones, sus tocas, todo es fantástico en aquellos *wayangs* á que los Javanese atribuyen indudablemente un sentido alegórico (PL. XXXII.—4). Delante de los espectadores se tiende un lienzo blanco en forma de cortina, y detrás de ella se pone una lámpara que la hace transparente. Cuéntanse tres especies de *wayangs* : el *wayang pura*, el mas antiguo de todos, sacado de la mitología javanese, anterior al reinado de Parakisit, y en que se ponen en accion los dioses y los semidioses del país segun los poemas de Rama y de Mintaraga ; el *wayang gedad* que empezó en el periodo comprendido entre Parakisit y el reinado del infortunado Panji ;

por fin el *wayang klitik*, que mas bien puede considerarse como un juego de marionettes que como sombras chinescas, con figuras de madera de unas diez pulgadas de altura, pintadas y doradas como todo esmero. Para este último no se sirven de cortina transparente, y el asunto es sacado de la historia del imperio de Madjapahit. Todas estas representaciones son presididas por el *dalang*, cuyo papel, muy venerado en el país, corresponde con bastante exactitud al de los antiguos bardos. Los *dalangs* dan la bendicion al primojénito de cada familia repitiendo diversos pasajes de las antiguas leyendas.

Ademas de los *wayangs*, hay para el pueblo una especie de *scenaris* entre un mono, un perro y un idiota, ó bien una pantomina llamada *baroungan*, cuyos personajes van vestidos en traje de bestias feroces. Finalmente, la última diversion es el baile llamado *tendack*, que tiene lugar al caer la noche. Al son de la música el pueblo sale de casa en direccion á las plazas públicas en donde las bailarinas deben dar una representacion coreográfica. Cuando todos los espectadores se hallan reunidos en una tienda dispuesta con precipitacion y alumbrada por algunas lámparas, manifiéstanse las bailarinas medio desnudas, con el cabello reunido en la coronilla de la cabeza, con los brazos, el seno y las espaldas descubiertas, y con un vestido que dibuja á la vista del concurso todas sus formas, y al son de los músicos instrumentos echan á bailar acompañándose con la voz (PL. XXXII.—2). Un taparabo de flores elegantes, movimientos armoniosos voces delicadas y jestos lascivos ; tales son los medios de que se valen aquellas mujeres llamadas *ronguen* para seducir los Javanese. Cuando los ha estimulado ya el espectáculo de aquella danza, los hombres procuran imitar á la bailarina, y no consiguen otro objeto que hacer reir á sus espensas.

Estas *ronguens* son mujeres despreciables y despreciadas ; pero los sultanes tienen en su palacio otras bailarinas llamadas *bedoias* ó *srampis* y que rivalizan con las bayaderas de la India. Estas dan unos bailes que tal vez obtendrian el voto de los Europeos mas que los estrañas contorsiones de los *ronguens* ; pero hasta aquí el espectáculo de aquellos bailes está circunscrito á los *dalams* de los sultanes. Los pajes de estos príncipes javanese ejecutan tambien en su presencia, cuando se manifiestan en público, una marcha que podria apellidarse *danza* ; pero, salvo este caso particular, los hombres no tienen danzas guerreras como sus vecinos de Celebes, de las Molucas y de Timor.

Las habitaciones ordinarias del aldeano de Java no son muy costosas. Por cuatro rupias (menos de 12 francos) tiene una choza con sus paredes, sus compartimientos de bambú entretrejo, y su techo de hojas de nipa ó de una suerte d'

bambú-sirap. El sitio que sirve de lecho es un poco elevado sobre el nivel del suelo: los jefes de una familia se alojan á un lado, y los hijos á otro. La luz entra por la puerta, y á lo largo de la fachada corre una baranda (Pl. XXXIV.—3). Las casas de los jefes son mas considerables, pues contienen cinco ó seis aposentos (Pl. XXXIV.—4). Estas casas se diferencian de las habitaciones malayas así por la distribucion jeneral como por las ventanas (Pl. XXXIV.—2).

Las habitaciones rurales son jeneralmente reunidas en aldeas. Oculta bajo la sombra de frondosos sotos, cada aldea tiene sus funcionarios y sus sacerdotes que ejercen el réjimen patriarcal en su sencillez. Las ciudades de Java no son otra cosa que amontonamientos de aldeas, y todas las capitales de distritos encierran el *kadaton* ó morada del príncipe, cuya parte interior es el *dalam*. El *kadaton* es comunmente fortificado con terraplanes, un foso y piezas de artillería.

El antiguo gobierno del país no tenia una jerarquía muy complicada. A la cabeza del orden social y político se hallaba el *sousounam* ó sultan, cuyo título era hereditario por orden de primogenitura. El *sousounam* ejercia una autoridad despótica; era un soberano absoluto con las mas latas atribuciones del buen placer; hacia y deshacia los dignitarios, disponia de las propiedades y de las vidas, y aun mas, supuesto que le era lícito ser injusto. Bajo su imperio habia el visir ó *raden adipati*, que tenia el poder á su cargo, siendo así que el sultan solo tenia los placeres. Despues del *raden adipati* venian los *bapatis* ó gobernadores de provincias, que eran superiores á los *pandjerrans*, *toumougongs*, *andjebais* y *montris*, gobernadores de distritos y de comarcas. Cada *adipati* ó *pati* tenia una especie de teniente que le sucedia en caso de necesidad. Todos estos funcionarios, delegados libremente por el *sousounam* ó por sus ministros, recibian un destello de esa autoridad arbitraria y absoluta concentrado en las manos soberanas, de suerte que puede muy bien decirse que eran pequeños déspotas. El único empleo que tuvo un orijen popular era el de jefe de aldea: el *petindgi*, ó jefe del comun, era elegido anualmente por los habitantes, y tenia un consejo de notables, bien que ademas tenia que entenderse con el sacerdote ó *moudin* para tomar las medidas mas oportunas.

La justicia tenia dos especies de intérpretes: los *poughoulous*, grandes sacerdotes, y los *djasaks*, jueces. Los unos llamaban á su tribunal los delitos contra la ley religiosa; los otros, los crímenes castigados por la ley civil. Todas estas dignidades eran tambien elejidas por el sultan, que asimismo nombraba para los grados militares. Los titulares de estos últimos, cuando pertenecian á encumbrada categoría, estaban revestidos al propio

tiempo de *sinapati* ó de señor de la guerra. Los ejércitos se componen de infantería casi en su totalidad; y antes que los disciplinasen los Holandeses, sus armas principales consistian en el cris, el *weduny* ó largo cuchillo de monta, la lanza, las flechas, las hondas y los broqueles (Pl. XXXIII.—4).

La distincion de rangos se observa en el modo de llevar el cris y en los colores del quitasol. El soberano es el único que puede llevar un *payong* ó quitasol dorado; los *payongs* de la reina y de sus concubinas son amarillos; los de la familia de la reina y de los hijos del soberano son blancos; los de los *bapatis* ó *toumougongs* son verdes con los ribetes dorados; los de los *andjebais*, de los *montris*, de los *rouggas* y de los oficiales inferiores son azules.

Los muebles de las chozas de los aldeanos se componen de esteras finas y almohadas cubiertas de esterillas coloradas. Los utensilios domésticos se reducen á algunos vasitos de cobre y de porcelana: las cucharas solo se emplean para el líquido, y raras veces se usan el tenedor y el cuchillo. En las casas ricas los muebles son mucho mas abundantes; en todas partes se ven esteras, tapices, almohadas y camas. En todos aquellos puntos en que los Europeos se hallan en contacto directo con los jefes, ha prevalecido el lujo occidental; de suerte que en ellos se ven espejos, sillas, mesas, canapés, estatuas de bronce y relojes de pared.

Hemos visto ya en que consistia el traje de los Javaneses. Actualmente emplean la mayor parte de nuestras lanas europeas; comocen el paño, el terciopelo, las guineas, las telas de la India, y visten con un gusto y una delicadeza increíbles. Entre sus vestidos hemos citado ya el *sarong*, especie de taparabo senejante á un saco sin fondo; el *kolambi*, vestido de mangas cortas; el *jarit*, chupa mas ancha que el *sarong*; el *sabuk*, almilla de seda ó de indiana; el *sikapang* de seda ó de terciopelo, y el *sambong*, especie de cinturon de seda amarilla con extremos encarnados.

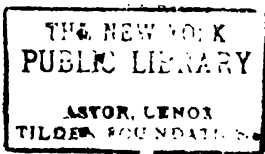
Parece que en todos tiempos los Javaneses de ambos sexos han cuidado especialmente de sus atavios. Insertamos á continuacion la descripcion de una tertulia javanesa sacada de un poema que data de una época anterior al mahometismo, y que podrá servir juntamente para caracterizar la civilizacion de aquel tiempo y para dar una idea de la policía javanesa que no deja de tener sus modelos y sus obras maestras. En el fragmento siguiente habla el poeta y hace el retrato de su querida.

« Su semblante resplandece como la luna; el esplendor del sol es eclipsado por su presencia, y su hermosura es inefable. Nada falta á su talle; su cabellera flota hasta los pies en bucles negros y ondulantes; sus cejas son como dos hojas del

2. *Manor & Manor*
2 Casa Malaya

3. *Manor de Pagano & Pagano*
3 Casa de Campesinos Javanese

4. *Manor d'un Cof. Javanese*
4 Casa de un Candillo Javanese



árbol llamado *imbo*; sus ojos son vivaces; su nariz aguileña; sus dientes negros, brillantes y bien alineados; sus labios tienen el color de la corteza tierna del mangustan, y sus mejillas tienen la misma forma del durando. — Sus dos senos, semejantes al marfil, son perfectamente redondos y se inclinan el uno hacia el otro. Sus brazos son á manera de arco; sus largos y flexibles dedos se parecen á los espinos del bosque; sus uñas son perlas, y su andar no menos majestuoso que el del elefante.

« Aquella beldad iba ataviada de un chin-dipatola de color verde, rodeado de un cinturón de oro; en su dedo llevaba una sortija, producción del mar; sus pendientes eran de esmeraldas y diamantes; el alfiler de su cabellera era de oro, y su collar era formado de siete piedras preciosas. Sus perfumes eran de tal naturaleza, que no era posible distinguir su olor de otro ninguno. »

Tal es la descripción de un amante y de un poeta con toda su exajeración oriental. Veamos ahora en el *Jaya-Langkara* las cualidades distintivas de un verdadero currutaco javanés.

« Un mozo de noble nacimiento se reconoce por siete circunstancias indispensables. Es preciso: 1° que sea de buena familia; 2° que sea inteligente; 3° que se halle en estado de dirigirse sin necesidad de Mentor; 4° que tenga presentes las instrucciones del sastras; 5° que sus intenciones sean grandes; 6° que observe su religión; 7° que practique sin titubear las cualidades de que se halla dotado.

« Su corazón y su entendimiento deben ser sosegados y tranquilos; sabrá reprimir sus pasiones y callar cuando convenga; nunca dejará de hablar la verdad; no debe tener miedo á la muerte, y soportará sin orgullo á los desgraciados. Su presencia y su talle deben de estar exentos de defectos; su continente debe ser dulce y semejante al del *Batara-Asmara*, el dios del amor cuando baja á la tierra. Cuando le miran, debe inspirar esta idea: « Cuán grande debe de ser en la guerra! » Las formas de su cuerpo deben ser bien proporcionadas; su tez debe ser semejante al oro nativo, antes que este metal se someta á la operación del fuego. Su cabeza será abultada; su pelo largo: sus ojos derramarán lágrimas con facilidad; sus cejas se asemejarán á la hoja del *imbo*; su nariz será prominente; llevará un pequeño bigote; sus labios se parecerán á la corteza tierna del mangustan; sus dientes serán colorados de negro, y su pecho debe de ser bien ancho.

« Todo lo que diga hará impresión en el ánimo de cuantos le escuchen, y los acentos de su voz deberán ser agradables. Lleva un *chelan-chindi* con un *bodot* verde subido; el talabarte será de oro: su cris tendrá un puño de *tunggakami*; y el *sumping* (especie de flor artificial

que cuelga de las orejas) será de oro y á manera del *sureng peti* (bravo en la muerte). En el dedo pulgar de la mano derecha llevará una sortija de oro. »

No cabe duda que esta poesía parecerá algo extraña; pero su objeto moral y su tono serio manifiestan con evidencia el alto grado de civilización á que debieron de llegar los antiguos pueblos de Java.

Entre las otras pruebas no menos perentorias sobre que se funda este hecho es la magnificencia de las ruínas de que es atestado el suelo javanés. Tierra alguna es quizá mas fecunda en tesoros arqueológicos. El antiguo culto de Java, borrado casi de todo punto por el mahometismo, parece haber conservado algunos escombros de sus antiguos templos para mengua de su afortunado rival al aspecto de los suyos. Aquellos restos de edificios se encuentran en toda la parte oriental de la isla, en el distrito de Brambanan, en Borobodo, en Koulassan, en Singa-Sari, en Brambanan y en Malang. En todo aquel distrito se echan de ver grupos de templos de piedra con una estatua en el centro; ruínas de templos de ladrillos, y otros templos menos perfectos y de una fecha mas moderna.

Los *tchandis* ó templos de Brambanan son enteramente cubiertos de malezas á través de las cuales se penetra, bien que con mucha dificultad, al interior de los edificios. Estos templos son precedidos de enormes *rechas*, estatuas de los guardianes de los templos que los escultores indios representaban agachados con un cris ó un *wedung* en la mano. Los *rechas* del pequeño templo de Brambanan son de una grandeza colosal; asemejanse á los alfaques de la India; traen largas arracadas parecidas á las de las mujeres de Java, brazaletes y un collar, con un grueso cinturón que sostiene del lado derecho una pequeña espada, y con una serpiente enortijada en la mano izquierda que mira al pecho del *recha*. Estos guardianes están situados en frente de un macizo de piedras esculpidas, sobre las cuales se alza el follaje de los helechos por confusas mazorcas. El monumento es cuadrado en la base y rematado por una pirámide cuadrangular (Pl. XXXII. — 3). La piedra del interior es blanquecina y semejante á las piedras pederuales. La arquitectura exterior es de mucha sencillez; la del interior es llana y tersa. Hay dos templos de Brambanan, el uno grande, el otro pequeño, pero ambos del mismo carácter y del propio estilo. A poca distancia de Brambanan se encuentra el *Tchandi-Sinou*, ó los mil-templos, una de las mas preciosas reuniones antiguas que puedan verse, que cubre un trecho de seiscientos pies sobre quinientos treinta. Estos templos se agrupan cuatro á cuatro en una disposición cruciforme, todos de construcción piramidal, y cu-

biertos de esculturas con cuatro entradas grandes colocadas en los cuatro puntos cardinales.

Toda aquella linea está llena de ruínas semejantes. Asimismo se encuentran de ellas en Randon-Gonting, en el camino de Djocjokarta en Kali-Bening, y en Koulassan, lugarejo situado á poca distancia de Brambanan. Las ruínas de Koulassan consistian en un vasto macizo de mampostería en cuya fachada hay numerosas puertas y ventanas (Pl. XXXII. — 1). Lo que mas distingue aquel edificio son los nichos esculpidos, los patios elegantes y una cierta armonía en las lineas.

Pero todas estas bellezas nada son comparadas con las maravillas del templo de Boro-Bodo, cuyo origen se remonta al siglo VI ú VIII. Este edificio está situado en la cumbre de un collado cónico; es vasto y cuadrado, con siete series de paredes, superior cada una á la precedente. Parece que la cumbre de la colina fué allanada para la construcción de aquel edificio. Está terminado por una cúpula de unos cincuenta pies de diámetro, y rodeado de un triple círculo de torres en número de setenta y dos, ocupadas indistintamente por estatuas que miran al exterior (Pl. XXXIII. — 1). Todo este monumento es cubierto de ricas y delicadas esculturas. En el parapeto exterior se ven unos cuatrocientos nichos, y en cada uno de ellos una estatua de Bouddha agachado, con la vista clavada en el suelo, la cabeza tiesa, el tronco desnudo, una toca semejante á un gorro frijio (Pl. XXXIII. — 2), y con todas las circunstancias con que es representado Bouddha en la mayor parte de los templos indos. El piso del templo tiene unos seiscientos pies cuadrados de superficie; y aunque el alineamiento parece recto, visto de lejos el edificio es en realidad truncado para ponerlo en armonía con la irregularidad de la cima del collado. La altura total del edificio es de unos cien pies. Boro-Bodo está situado junto al Gounong-Dieng, residencia de los dioses. Despues de estas ruínas importantes es inútil hacer mención de las de un orden menos notable; las antigüedades de Kediri, de Singa-Sari y de Malang. En todas aquellas localidades se encuentran trozos de escultura que recuerdan los pasajes religiosos que se observan en las paredes de las pagodas de Benares, la ciudad santa de los Indos. Bouddha y todos sus emblemas; Ganesa con su trompa de elefante; figuras fantásticas medio bestias; quimeras; dibujos tan ininteligibles como los jeroglíficos egipcios: tales son los curiosos objetos recojidos en aquellos sagrados países por arqueólogos infatigables, aunque el lápiz tan solo ha podido reproducir de ellos una pequeña parte (Pl. XXXIV. — 1).

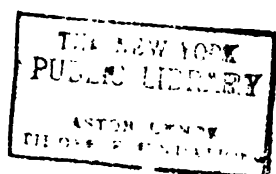
Estos monumentos, estos edificios religiosos manifiestan que aquellos países han sido teatro

de acontecimientos antiguos y curiosos. Los indijenas tienen tres historias citadas por M. Raffles, cada una de las cuales tiene indudablemente su parte fabulosa. El autor inglés cree que los primeros habitantes de Java fueron emigrados egipcios, pero Middlekop los supone Indos con mayor fundamento. La primera fecha consignada en sus libros se remonta al año 72 antes de la era vulgar; así que todo cuanto se dice anterior á esta fecha es puramente conjetural. Una tabla cronológica, la mas completa de todas, cita treinta y ocho soberanos desde el año 1º de Java hasta el 1200, es decir, unos 1100 años de nuestra era. Por este tiempo se cita el emperador Panji, célebre en las poesías javanasas por sus aventuras con una princesa con quien casara en la India; en seguida vienen Kounda, Lalian, Munding, Wangi y Baniak; Wedi que fundó la capital de un poderoso imperio en el sitio que fuera teatro de la guerra santa del Brata-Youdha. «Establezcamos aquí la capital de este reino, dijo á sus guerreros, y llamémosla Madjapahit (esto es, *amargura*).» Así fué fundado el imperio de Madjapahit por los años 1221 de Java (1400 de la era vulgar con corta diferencia). En 1355 se hallaba en su apogeo; todos los archipiélagos vecinos, Bali, Flores, Sumbawa, Timor, le eran tributarios; pero cincuenta años despues sobrevino una guerra de religión, y la antigua dinastía de los soberanos de Madjapahit sucumbió bajo los golpes de unos aventureros islamitas. A los templos sucedieron las mezquitas; los sultanes á los soberanos del país, y al grande imperio de Madjapahit el imperio de Mataram.

Esta situación duró hasta la aparición de los navegantes europeos. Albuquerque conquistó Malaca en 1511 y 1521, y Antonio de Britto reconoció la isla de Maduré de paso para las Molucas. El primer Holandés desembarcado en aquellos parajes fué un tal Houtman que metido en las cárceles de Lisboa recibió de un prisionero preciosas confidencias relativas al comercio de los Portugueses en las islas de la Sonda. Houtman creó en Bantam la primera factoría holandesa en 1596; pero hasta en 1610 el primer gobernador jeneral holandés, Pedro Both, no fundó la Batavia actual en la isla de Java y á las márgenes del riachuelo de Jaccatra. Desde aquella época los Holandeses tuvieron que luchar contra los Portugueses, los Ingleses y los indijenas antes de fundar su autoridad en las Indias. El almirante Speelman sometió Macassar; Dewilde ventiló con los diversos rajahs de Java las condiciones de patronato: el jefe rebelde Mongkoural Mas felicitó al gobernador jeneral Van-Hoow; el baron Van-Imhof triunfó de una sedición de Chinos que amenazaba invadir toda la isla, y sus sucesores tomaron á su cargo la empresa ardua y difícil de

1. Bajorrelieves en piedra tallados cerca de Boro-Bador

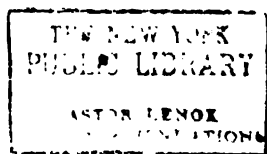
11. YACAR
VIAJE



1. Gran Templo de Boro-Bodor
2. Gran Templo de Boro-Bodor

2. Gran Templo de Boro-Bodor
2. Otro de los 400 Nichos del Templo de Boro Bodor

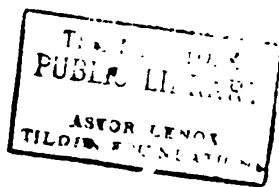
724 E
V. 1. 1



1. *Figuras de Teatro de Indonésias.*

4. *Figuras de Teatro, Marionette, y Figuras de Java.*

4. *Mascaras de Teatro, Titres y Pinales de Java.*



1. *Ruinas del Palacio de Kulavan*
2. Ruinas del Palacio de Kulavan

172

3. *Bailarina Javanesa*
2. Bailarina Javanesa

4. Bailarina del

5. Bailarina

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATION

estirpar los restos de aquella rebelion. Finalmente en 1749, el emperador de Java ó *surisounam* en su lecho de muerte abdicó por sí y sus herederos en favor de la Compañía holandesa de las Indias Orientales dejándola en plena libertad de elegirle un sucesor. La ejecucion de este testamento político acarreó otras guerras; pero la tenacidad bátava sobrepujó insensiblemente todos los obstáculos, y Java fué lo que actualmente es, vasalla de la Holanda. En 1811 el jeneral Daendels fué reemplazado por el jeneral Jansens, y los Ingleses se apoderaron de Batavia y de todas las colonias holandesas que no restituyeron hasta en 1814.

Es forzoso hacer justicia á los Holandeses diciendo que si bien gobiernan esos países con severidad, han comprendido mejor que otros el réjimen que debe seguirse paraque una colonia produzca beneficios á sus remotos dueños, sin que los súbditos indijenas tengan que sufrir mucho; en lo cual la Holanda ha sido mas cuerda y mas contenida que la Inglaterra. En efecto base abstenido de cortar el árbol para cojer el fruto y ha procurado tener mejores cosechas. La Holanda ha respetado en todo lo que importaba á sus intereses, los usos, costumbres y leyes indijenas; ha dejado esta poblacion al arbitrio de sus jefes y de sus jueces, reservándose únicamente el derecho de juzgar á estos por sí misma, ha respetado las antiguas distribuciones de propiedad, y cuando ha querido inventar el monopolio, lo ha verificado con unas prevenciones que lo han hecho casi increíble.

Fuerza es confesar sin embargo que la Holanda ha sido mas bien servida que la Inglaterra por el carácter de los hombres sobre quienes tenia que reinar. El Javanés no tiene aquel fanatismo é intolerancia que impele á los Indos á huir todo contacto con el vencedor. Es un pueblo bueno y dócil; y sus costumbres se resienten de su lengua poética y sonora. Compónese esta de veinte consonantes y seis vocales, y parece derivar del sanscrito. La literatura y la poesía javanesas tienen reglas y nociones bastante adelantadas, y los cantos nacionales son nobles y majestuosos. El pueblo javanés no deja de tener algun conocimiento de las ciencias; conoce la aritmética y los primeros rudimentos de las matemáticas, y tiene el calendario árabe que ha reemplazado al calendario bracman. Antiguamente el año civil ó de Salivana servia para calcular la era de Java, y duró hasta el año ciento quincuajésimo primo de la introduccion del mahometismo. Bajo el reinado del gran sultan Agoung (1633) le sustituyeron la era de la hégira. Cuéntanse asimismo en Java muchas especies de ciclos, entre los cuales hay el de siete años que se halla entre los Siameses y los Tibetanos. Los nombres de los siete años de este ciclo son:

mangkara, el langustan (pez); *menda*, la cabra; *kalabang*, el ciento-pies; *wichitre*, el ver, *min-tonna*, el pez; *was*, el escorpion; *maisha*, el búfalo, nombres derivados todos del sanscrito.

Los Javaneses conocian igualmente la navegacion y la jeografia, y dividian el horizonte en cuatro partes; pero los cultivadores solo sabian distinguir los cuatro puntos cardinales. La medicina es ejercida por ancianos de ambos secos, y algunas de sus recetas provienen de Árabes.

CAPITULO III.

AUSTRALIA (NUEVA HOLANDA). — PUERTO DEL REY JORJE.

Pasado el estrecho de Bali, se levantó el monzon del N. E. que habia soplado ya en los mares australes. En consecuencia el *Kanguroo* desplegó las velas, aguardando que la brisa reinaria con la dulzura y regularidad que la caracterizan en el mar de la India; pero tales esperanzas quedaron defraudadas. Sea que la estacion no fuese aun bastante oportuna, sea que la cercanía de un vasto continente imprimiese á los vientos una versatilidad é intermitencia fatales, lo cierto es que perdimos mas de veinte dias en batallar contra las marejadas del S. y las ráfagas contrarias, y hasta el 28 de noviembre no pudimos avistar las primeras tierras de la Australia en los alrededores del Leeuwin. Al dia siguiente doblamos la punta de Bald-Head y fondeamos á la entrada del abra de la Princesa-Real, en el puerto del Rey Jorje, al abrigo del viento del mar.

El primer aspecto de aquella tierra no pudo menos de llamar mi atencion. Ningun análogo hallaba en mis recuerdos la vejetaion de la Nueva Holanda: nada podia ser comparado con ella, ni la Malasia ni la Oceania. En lugar de aquellos vejetales tan verdes, tan majestuosos, cargados de productos tan útiles, solo percibia en peladas colinas arbustos macilentos, de un tinte pálido y triste, ó bien matorrales rastroeros ó plantas herbaceas, medio carbonadas.

En su primer viaje, el *Kanguroo* habia dejado en aquel punto siete individuos para la pesca de las focas. Cuando se manifestó ante la rada, acudieron seis de ellos en el ballenero, y el séptimo se habia quedado para guardar el depósito establecido en la isla Michael-Mas situada á la entrada del puerto. La pesca habia sido muy fructuosa, y Powell se manifestó satisfecho de los resultados obtenidos. En cuanto á mí, como todos aquellos asuntos no me importaban un bledo, sentí mas placer al noticiarme que á una milla de distancia del fondeadero existia una tribu compuesta de unos quince salvajes. Insiguiendo la relacion de los marineros, era sumamente inofensiva, y de cuando en quan-

do hacia á los Europeos visitas amigables. Yo manifesté mis deseos al capitán Powell de estudiar á la mayor brevedad aquella raza tan curiosa para la ciencia etnológica, y me respondió: En breve quedarán satisfechos sus deseos de V., aquí tiene uno de estos salvajes. Allí está; en la proa del ballenero. » Tendí la vista hacia el punto que me indicaba, y ví un objeto que en ninguna manera podía pasar por hombre. Sin embargo, era realmente un salvaje que nos daba las espaldas, en cuya posición parecía una piel de bestia tendida al sol. A un reclamo de los marineros, aquel objeto se volvió hacia nosotros, y en verdad que nada puede darse mas horrible. Concibase una abultada cabeza guarnecida de cabellos desgreñados, con una cara chata, unas cejas sumamente arqueadas y salientes, ojos de un blanco amarillazo muy hundidos; una boya muy grande; un tinte de hollín amarillento, un cuerpo cenecño y macilento y piernas mas cenceñas aun. La desproporción de los brazos y de las piernas es tal, que aquellos individuos pueden muy bien compararse á ciertas aves de la familia de la echassien. A un cuerpo de semejante constitución agréguese para su vestido una piel de kangarou bien rasurada, que casi no cubria mas que un lado, y se tendrá una idea harto completa de los aborígenes de la Australia. Apesar de esto, debo decir que el que estaba yo observando no era uno de los seres mas desagradables de aquella raza. Yalépuoul (que así se llamaba) era por otra parte susceptible de cierta civilización: era de unos diez y ocho ú nueve años de edad, estaba adicto al servicio de los Ingleses y se complacía en prodigarles sus servicios en retribución de un alimento mas abundante y sustancial que el que podía procurarse en el continente.

Yalépuoul, comensal de los Ingleses hacia ya algunos meses, empezaba ya á barbullar algunos términos de su lengua: era un guía útil y casi un intérprete. Habiéndole espresado Powell mis deseos de hacer una visita á sus compatriotas, ofrecióse inmediatamente y con muchísimo gusto á acompañarme. El bote nos trasladó á la playa, y al momento desembarcamos en ella, armados uno y otro de fusiles con objeto de dar caza á las aves y kangarous que abundan mucho en aquel punto.

Un poco á la izquierda del punto en que fondeáramos se hallaba el solar de una pequeña colonia fundada en 1826 y abandonada poco tiempo antes de nuestra visita. Componíase de unas diez chozas, de las cuales solo dos ó tres eran de ladrillos, pues las demas eran de césped y cubiertas de juncos y de cañas. Esta colonia llevó en sus principios la denominación de *Frederick-Town*, pero no fué adoptada por el gobierno. Varios hombres libres vinieron de Swan-River

para ocupar aquel punto y realizar la proyectada colonización; pero antes de aquella época no se veían en el puerto del Rey Jorje mas que soldados y reos enviados de Port-Jackson.

A la entrada del canal, mi guía me mostró una esplanada en donde habian acampado algun tiempo antes unos Europeos que no eran Ingleses. Por sus jestos y por sus confusas palabras pude comprender que eran los marineros del *Astrolabio*, que efectivamente habian plantado sus tiendas en aquel punto, y en su consecuencia dí á entender á aquel hombre que yo pertenecía á aquella nacion. Comprendióme perfectamente, y manifestó que sus compatriotas y él estaban muy contentos de los Franceses; que entre aquellos extranjeros y los indíjenas habian ecistido las relaciones mas satisfactorias, y que una parte de la tripulación del *Astrolabio* habia pernoctado una noche entera bajo las lutas de los salvajes.

A poca distancia del punto en que habíamos desembarcado se deslizaba entre la yerba y las malezas una pequeña corriente que forma á la orilla del mar una aguada bastante cómoda. Seguámosla, y de esta suerte llegamos á la punta de la península en donde se dibujaban muchos troncos de xanthorrea y de kingia y de largas hojas lineares, reunidas en densas mazorcas y cayendo en forma de una antigua copa. La primera suministra una goma que emplean los salvajes en soldar las piedras afiladas que les sirven de cuchillos, de sierras y de martillos.

Aunque la cresta de aquel pequeño promontorio no tiene mas que unas cincuenta y ocho toesas de elevación, se descubre desde ella un admirable punto de vista (Pl. XXXV. — 1); al N. los apacibles estanques que orillan la playa, y la bahía de las Ostras con su verde islote del Jardín, orillado por macizos de enormes eucalyptus; al S. E. la deliciosa abra de la Princesa Real acompañada de ambos lados de dunas en que reluce una arena tenue y deslumbrante; al S. la árida cadena de la península de Bald-Head, contra la cual se estrella la marejada; y al E. los dos islotes peñascosos de Michael-Mas, y de Break-Sea, situadas á la entrada del puerto del Rey Jorje, y á mayor distancia el cónico y regular picacho del monte Gardner. A nuestras plantas y junto al estrecho habia un montecillo coronado por enormes fragmentos de granito segregados uno de otro y circuidos en su base de vegetales diversos, pero absolutamente áridos en su cima. Al rededor de nosotros revoloteaban muchas aves marinas, y casi podíamos cojerlas con la mano.

Al descender por la parte opuesta de la península comenzaron á manifestarse algunos altísimos eucalyptus, con banksias y otras especies leñosas; pero sus troncos carbonados, su dudoso sombraje y sus copas diformes comunicaban al paisaje un

1. Puerto del Rey Jorge

1 El Puerto del Rey Jorge

2. Naturales del Puerto del Rey Jorge

2 Naturales del Puerto del Rey Jorge

de la ciudad del

7. 7. 7. 7.
VIA 12

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

aspecto árido. En aquel punto mi guía dió dos ó tres *kou-hi*; y fué contestado por otros *kou-hi* en el mismo tono, desde algunas chozas que percibimos al pie de la colina, en un pequeño soto, al abrigo de los vientos de O. Aquella chozas, en número de cuatro ó cinco, eran construídas al estilo del país, y cerca de ellas habia sentados dos isleños en ademán de aguardarnos. Uno de ellos, de unos cincuenta años de edad, me salió al encuentro y me presentó un cuchillo fabricado con cuatro dientes de sierra, y pegado á una especie de mango con la raíz del xanthorrea. En retribucion le ofrecí un pequeño cuchillo de pacotilla que le alegró sobremanera. El otro salvaje, mas robusto y jóven, pero no menos feo, se quedó agachado junto al hogar, ocupándose menos de mi visita que de su cocina compuesta de pececillos, de mariscos, de lagartos, de pequeñas serpientes y de raíces de restiáceas. Por espacio de algunos minutos observé su manejo, y vi que todo cuanto hacia era puramente por pasatiempo, pues así crudos como cocidos, aquellos alimentos le eran igualmente sabrosos. Hubo un momento en que habiéndole venido á manos un lagarto, lo cojió, espúsolo levemente al calor de la llama, y se lo comió á dos carrillos, cual si hubiese sido una avejilla cocida con esmero.

Las mejores de todas las chozas que tenia á la vista, podian compararse á un panal hemisférico cortado en dos por un plano vertical, con un radio de tres ó cuatro pies. La armadura se componia de pequeñas ramas y hojas de xanthorrea que formaban como un techo de bálogo. El único mueble que se hallaba en el interior de aquellos domicilios era una anchurosa piedra colocada en la delantera. El mas anciano de los indijenas me mostró un pedazo de ocre que llamó *boiel*; con la uña del dedo pulgar rascó un polvo que recojió en la palma de la mano, y con él se pintó la cara con cierta simetría, y al momento se puso tieso cual si hubiese acrecentado su propia opinion y su majestad, sin embargo que no por esto era mas gallardo ni mas imperioso. Así es que encontré en mí un hombre completamente insensible á los atractivos del tocador indijena.

Allende aquella triste aldea, atravesámos una pequeña pradera natural cruzada por un límpido torrente, y se desarrolló ante nosotros una selva mas considerable compuesta de eucalyptus, de banksias, de casuarinas, etc., algunas de las cuales tenian muy vastas dimensiones. Aquellos sitios, aunque desiertos y extranjeros á toda especie de cultivo, son de un acceso fácil; cualquiera puede andar por ellos sin peligro ni obstáculo, y como los Australios tienen la costumbre de pegar fuego á las yerbas secas para despejar el terreno y facilitar la caza de los kangarous y otros ani-

males que les sirven de alimento, de ahí es que se forman muchos senderos naturales.

A medida que íbamos andando á lo largo de unos estanques de agua dulce, por un trecho cubierto de cañas, llamó toda nuestra atencion un ruido bastante fuerte, seguido de golpes periódicos y sordos, semejante al que produce un cuerpo pesado que cae en tierra. Por espacio de algunos minutos miré por acá y acullá sin ver nada, pero al fin percibí una cabeza que asomaba sobre las cañas y se alejaba como á borbotones: era un kangarou (Pl. XXXV.—4). Apuntéle y disparé, pero el ágil animal estaba ya lejos, y Yalepouol me dió á entender que era sumamente difícil matarle de aquella suerte. « Cuando les damos caza, decíame en su expresiva pantomima, procuramos cernerles de tal suerte, que por uno ú otro lado pasen al alcance de nuestras lanzas. » Los Ingleses en su caza mandan enormes perros que les siguen la pista. No pudiendo pues matar kangarous, quise indemnizarme en los patos que pueblan aquellos estanques. Observaba el país, y dedicándome á la caza llegué á los bordes del abra de las ostras, en donde se halla el islote llamado del Jardin al parece como un canastillo de verdor. Uno de aquellos promontorios era ocupado por aves de gran tamaño reunidas en manadas.

Desde allí me encaminé nuevamente al interior y penetré en la selva, en donde ví otros kangarous saltando á borbotones sin que pudiese alcanzar uno siquiera. Nada cabe mas extraño que el corcovo de aquel animal que salva distancias enormes sobre sus dos patas traseras y su cola, mientras que sus dos patas delanteras, sobrado ciertas para que pueda usarlas en sus correrías, parecen no formar mas que dos apéndices superfluos. Al acercarnos al punto en que las masas de granito se presentan en la superficie del suelo, empezaron de nuevo los *kou-hi* de mis camaradas, que fueron contestados por otros *kou-hi*, y pocos minutos despues nos vímos rodeados de naturales de todas edades, vestidos de pieles de kangarous, entre los cuales habia algunos armados de lanzas (Pl. XXXV.—2). Yalepouol les dijo alguna cosa, y al instante me prodigaron á competencia sus ofrecimientos y sus pruebas de amistad; pero habiéndome dirijido á un lado donde creia oír voces de niños y de mujeres, distraéronme con afectacion atrayéndome á una direccion opuesta: así que su hospitalidad no era absoluta, pues era inferior á sus celos. Por lo demas, el carácter jeneral de las razas melanesias consiste en sustraer sus mujeres á las miradas del extranjero; por cuyo motivo, en cuanto eché de ver esta repugnancia no insistí mas y seguí el impulso que me comunicaron mis huéspedes. Poco á poco recobrámos el camino del buque con una escolta que á cada paso iba decreciendo, hasta el punto

de llegar á la playa solo con Yalepouol á mi lado.

Al dia siguiente acompañé á Powel á un reconocimiento que hizo á lo largo del rio de los Franceses. Al pasar junto al islote del Jardin, intentámos sorprender los pelicanos posados en las malezas de aquella isla; pero todos emprendieron la fuga á nuestro acceso, y echaron á volar formando por los aires un prolongado lazo. Poco despues les alcanzámos en las altas gramíneas que vejetaban en la playa, y uno de nuestros marineros tomó tres ó cuatro cuya carne bien sazónada constituyó un plato bastante delicado.

En el fondo de la bahía dímos igualmente caza á algunas bandadas de cisnes negros y de patos. A medida que el bote iba penetrando en la bahía, encontraba un fondo mas desigual y mas bajo, hasta que finalmente entrámos en el lecho del rio de los Franceses que á una milla de distancia de su desembocadura es sumamente estrecho. Su anchura cerca del mar es de unas cincuenta á sesenta toesas sobre ocho á diez pies de profundidad.

Entrambas márgenes abundan en deliciosos paisajes en que se ostentan hermosos eucalyptus. Durante unas cinco millas, el curso de aquel rio no ofrece el menor obstáculo á la navegacion de un bote; pero á esta distancia se tropieza con una cadena de peñados que impide toda navegacion mas al interior (Pl. XXXV. — 3). Cerca de aquella barra hay tres islotes que los isleños han convertido en pesquerías de una disposicion no menos sencilla que injeniosa. Hacia la embocadura del rio, y aun á lo largo de las playas del abra, hay otras muchas pesquerías construídas conforme al mismo sistema, aunque en escala mayor.

Apeámonos en una de las márgenes del rio, y caminámos algunas horas, ya á la sombra de algunos eucalyptus, ya por una deliciosa y tersa pradería, ya á través de encumbrados helechos entretejidos que con dificultad conceden paso al viajero. De esta suerte andámos hasta dos ó tres millas de la barra á lo largo del rio, que en el punto en que lo dejámos tenia cuatro ó cinco toesas de anchura. Una cascada de cinco pies de altura le detiene nuevamente en su curso, y le convierte de allí para arriba en un solo torrente que corre por un lecho sembrado de cascajos de roca. Todas las circunstancias parecen anunciar que aquella corriente tiene cercanas las fuentes, y que cuando mas trae su origen de la misma base de las montañas que se alzan en el N. O. Este territorio está lleno de kangarous, de cisnes negros y de patos. Apuntámos á un cisne negro, pero no hicímos mas que herirle; así que con mucha dificultad pudimos alcanzarlo: zambullíase en el agua y volvía á asomar á grandes distancias, por cuyo motivo nos vímos en la necesidad de

acabar con él en dos ó tres escopetazos. Este cisne es un ave noble y hermosa; pero si nos atenemos á la majestad de su continente y á la elegancia de sus formas, no puede en ningun modo parangonarse con el cisne blanco de Europa.

Así que, apesar de las tempestades y de las innumerables fatigas, proseguia mis exploraciones en aquellas tierras australes. En una de mis incursiones verificada en compañía de Yalepouol, tropezé con una tumba en que acababan de sepultar un natural. Aquella tumba tenia cuatro pies de largo sobre tres de ancho, y de cada lado la tierra estaba dispuesta en forma de creciente. En todo el terrero funerario habia plantadas algunas mazorcas de ramas verdes, y encima de la mansion del cadáver se veían las armas, los utensilios y los ornamentos del difunto. Finalmente en la corteza de los vecinos árboles, y á la altura de seis ó siete pies, habia grabados algunos féretros de diversas magnitudes. Yalepouol me aseguró que en la hoya se hallaba el cuerpo con los brazos cruzados y las rodillas encorvadas hasta su pecho: encima del cadáver depositaran un gran número de ramos verdes, y el resto de la hoya era lleno de tierra. Los que habian asistido á los funerales se chafarrinaron de manchas negras y blancas que debian durar algun tiempo en señal de luto, con cuyo mismo objeto se abrieron la punta de la nariz. Durante el luto, no se permite ninguna especie de ornamento. Por lo dicho se ve que aquellos salvajes, al parecer tan toscos y tan ignorantes de toda civilizacion, tienen algunas ceremonias regulares instituídas en honor de los difuntos.

Entre otras costumbres de esta naturaleza hay una que consiste en la prohibicion de pronunciar en un determinado transcurso de tiempo el nombre del difunto despues de su muerte, por temor de provocar por semejante acto la aparicion de su *gnóit* (alma); mas como puede muy bien suceder que dos individuos tengan el mismo nombre, el homonymo debe trocar el suyo por otro mientras dura el tiempo de la interdiccion. Esta creencia en las almas, estas precauciones relativas á los difuntos podian inducir á sospechar que tales salvajes tenian el sentimiento de un estado futuro despues de la muerte, y no seria extraño que efectivamente ecsistiese entre ellos alguna cosa semejante. Sin embargo, para emitir una opinion ecsacta, seria preciso comenzar por el estudio de su lengua. Cuando yo interrogué á Yalepouol sobre este particular, me contestó: «En la luna,» cuya respuesta no sé si atribuir á la espontaneidad, ó á las sugestiones de los Ingleses. Lo cierto es que otro salvaje á quien pregunté en donde se hallaban sus padres, me respondió señalándome el O. con el índice.

El doctor Scott Nind, que pudo observar es-

3 — *Rio de los Franceses*
3 Rio de los Franceses

4 — *Caza del Kibéaru*
4 Caza del Kibéaru

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATION

los salvajes á su sabor, nos da á saber que tienen una especie de sacerdotes médicos que llaman *mulgaradocks*. Estos juglares están distribuidos en diferentes órdenes, cuyo poder y privilegios varían segun su preeminencia relativa. El *mulgaradock* pasa en el país por tener la facultad de repeler el viento ó la lluvia, y descargar el rayo ó la enfermedad sobre el blanco de su resentimiento. Cuando el sacerdote pretende rechazar una borrasca, se pone de pie al aire libre, ajita los brazos, sacude su manto y hace las mas violentas contorsiones. Este artificio dura mucho tiempo con intermitencias de reposo si la tempestad no obedece con harta prontitud. El medio de repeler la enfermedad es casi el mismo, pues no hay otra diferencia que el *mulgaradock* causa menos ruido, y agrega á sus monadas algunas fricciones con ciertas ramas verdes que no descuida calentar al fuego, soplando sobre la parte enferma cual para espeler el mal. Créese tambien en el país que el *mulgaradock* puede conferir la fuerza ó la destreza, y no pocas veces los naturales recurren á él para obtener el dote de estas cualidades. La operacion de parte del *mulgaradock* consiste simplemente en pasear muchas veces su mano apoyándola con fuerza sobre el brazo del que consulta, desde el hombro hasta la estremidad de los dedos que tira de suerte que crujan sus articulaciones. Las fricciones no son siempre el único medio curativo de aquellos doctores: así que para la disentería, á que están muy sujetos los salvajes, el *mulgaradock* administra al paciente la goma de xanthorrea, y á veces algunos tiernos renuevos de una planta tuberosa llamada por ellos *mirnas*. Las enfermedades á que mas están sujetos son las que proceden del resfriado, como los males de garganta y los dolores de entrañas que ocasionan á menudo la muerte, especialmente entre los chicos.

Los *mulgaradocks* muestran toda su habilidad en curar las heridas causadas por las sagayas. Son sumamente diestros para extraer el arma ó los fragmentos que quedan en la herida; para lo cual aplican sobre esta un poco del polvo de *boitel*, atan estrechamente la llaga con vendas de corteza tierna, y se manifiestan escrupulosos en grado superlativo sobre la dieta del herido, indicando á cada fase de la enfermedad cierta especie de alimentos, á saber, vegetales al principio, despues lagartos, y finalmente pescado.

Nind no observó entre estos naturales especie alguna de deformidad. Los casos de sordera y de ceguedad eran asimismo muy raros. Cierta dia vieron uno de los Ingleses algo calamocano, y habiendo observado especialmente que uno de ellos no podia sostenerse en pie, acudieron alarmados al doctor manifestando sus temores de ver morir á aquel hombre, pues decian que varios

individuos de su nacion habian sido sobrecojidos de vértigos semejantes, y sucumbieran. Nind comprendió por las preguntas que les hizo que se referian á las soleadas.

El remedio de que echan mano estos indijenas para curar la mordedura de las serpientes es muy sencillo y racional. Atan la herida con un junco, estienden la llaga con la uña de la garra de un kangarou ó la punta de una lanza, y en seguida sacan el veneno procurando lavarse frecuentemente la boca con agua. Caso de no tener agua á mano, esta operacion es considerada altamente peligrosa, y dice Nind que un natural que fué mordido en el dedo se halló muy mal uno ó dos dias y se enflaqueció durante algun tiempo.

Asimismo debemos al doctor Nind otros muchos pormenores curiosos, relativos á los usos y costumbres de aquellos salvajes. Entre ellos puede mencionarse el descubrimiento que hizo de las dos clases jenerales en que se dividen los indijenas en aquella porcion de la Australia, á saber, los *Ernioung* y los *Tem* ó *Taaman*. Entrambas clases deben aliarse constantemente entre sí por medio de matrimonios: un hombre *ernioung* debe casar con una mujer *taaman*, y *více versa*. Los que infringen esta ley son calificados con la denominacion particular de *yuredanguer*, y la infraccion puede acarrear ademias un castigo muy severo. Los hijos pertenecen á la clase de su madre: así que un hombre *ernioung* tendrá hijos *taamans*, al paso que sus hermanas le darán sobrinos *ernioungs*. Solo la tribu de Murran, domiciliada en las cercanías del Rey-Jorje, parece estraña á esta especie de convenciones públicas.

Las mozas son casadas desde la infancia, y no pocas veces de un modo convencional antes de nacer. Ordinariamente estos pactos son mutuos entre los padres de familia, y á veces hay mozas destinadas de antemano á hombres de una edad madura que poseen ya muchas mujeres. Para los niños del seco masculino ecsiste igualmente una especie de adopcion que tiene algunas relaciones con las funciones del padrino entre nosotros. Esta costumbre se llama *kotertai*, y su objeto consiste en asegurar al niño la ayuda y la proteccion del hombre que acepta este parentesco voluntario.

Parece que estos salvajes no tienen ceremonia nupcial propiamente dicha. La jóven es presentada al novio; pero los presentes de este último consisten en caza y provisiones; á veces el cuñado recibe una capa, varias lanzas y utensilios. Á la edad de once ó doce años la moza es entregada á su marido, en cuya especie de himeneos el esposo es llamado *parnyocker*. A veces se emplea la violencia, y la moza es arrastrada á su pesar; pero cuando es

destinada á un esposo ya viejo, acostumbra abandonarse á otro mas jóven y agradable, en cuyo caso la tribu entera conoce y tolera el hecho. Durante algun tiempo los dos esposos viven aislados; á menudo cambian de residencia y huyen con cautela las pesquisas del esposo ultrajado, porque este no respira mas que venganza. La prófuga pareja está en peligro hasta que la mujer se halle en cinta, en cuyo caso interviene los amigos, apaciguan al marido con algunos presentes y quedan rotos los primeros lazos. El acto de fugarse en tales términos y de correr hácia los bosques con la mujer de otro, se llama en australio *marr in kolata*. Por lo comun sucede que la esposa infiel es alcanzada y conducida en presencia de su marido, quien la tunde cruelmente ó le atraviesa el muslo con su lanza. La infidelidad es un caso hartó frecuente en semejantes enlaces: el marido no deja de temer este accidente; así que continuamente tiene la vista fija sobre ella, y al menor motivo de queja la corrige vigorosamente. La mayor parte de los hombres son célibes hasta la edad de treinta años, y á veces hasta una edad mas avanzada. Los ancianos no solamente tienen muchas mujeres, sino mujeres de todas edades.

Este estado de cosas es templado por una costumbre aun mas estraña, el *tarra manakharak*, institucion semejante al sijisbeismo italiano. El uso coosiste en cortejar á una mujer viviendo aun el marido, con la condicion bien reconocida de todos que será la esposa del galan despues de la muerte del actual marido. Esta suerte de vivir es un adulterio lícito y tolerado que debe ir acompañado de la reserva y del decoro suficientes para no escitar los zelos del marido.

Cuando fallece un hombre, sus jóvenes mujeres acostumbbran residir en casa de su padre todo el dia de luto, durante el que deben evitar toda de intimidad con aquel con quien tienen intencion de unirse. Violar este último respeto á la memoria del difunto seria esponerse por su parte á los castigos mas crueles; pero si huyen despues con su amante no llaman la atencion de nadie.

Las mujeres tienen partos muy fáciles y poco dolorosos, de suerte que al mismo dia siguiente se sienten ya con fuerzas para ir á buscar su acostumbrado alimento. La duracion de la infancia se divide en diversos períodos que tienen cada uno su designacion particular. En los primeros dias el niño es llevado en el brazo izquierdo, envuelto en una punta del rebocillo; pero despues es suspendido en las espaldas de la madre. Los niños andan todos desnudos hasta que pueden caminar por sí; cuando nacen dos niños juntos, el uno es muerto, y si son de sexo diferente, solo es conservada la hija. La razon que alegan los

salvajes para justificar esta costumbre bárbara, se reduce á que una mujer no puede tener leche para dos criaturas, y que no puede ser hartó robusta para llevarlas juntas cuando va á buscar su alimento. Los niños maman hasta la edad de cuatro ó cinco años; pero mucho tiempo antes de ser destetados saben ya procurarse víveres. Una moza de nueve á diez años es la ordinaria guardiana de los hijos de menor edad, y los acompaña á las cercanías para arrancar raices con el auxilio de agudos piquetes. Si mientras se pasean de esta suerte, llegan á avistar un extranjero, se ocultan sobre la marcha en la yerba á manera de caza sorprendida.

Bailan completamente desnudos, bien que en presencia de los Ingleses se cubren los lomos con sus capas dejando solamente en cueros la parte superior del cuerpo. El rostro de aquellos naturales ordinariamente es pintado de rojo, con diversas figuras blancas en los brazos y en el cuerpo. El blanco es el emblema del luto; pero tambien lo emplean para el baile, en razon de que este color es mas distintivo por la noche. Los mulgaradocks nunca bailan.

En los dias de baile solemne, se enciende una grande hoguera en un terreno llano, y detrás de este fuego se sienta un anciano que puede llamarse el presidente de la fiesta. Todos los bailarines observan las mismas posiciones, y hacen jestos y pasos simétricos que solo varían de cuando en cuando. A veces se detienen súbitamente, volviendo la cabeza á uno y otro lado y tomando las mas estrañas posiciones. Estos bailes son al parecer de una naturaleza alegórica ó simbólica, pues muchas veces representan partidas de caza, segun puede juzgarse por los gritos que profieren: *warre, wau, tourt*, etc. Mientras bailan, ajitan ramos verdes, se adelantan cada uno á su vez, y los deponen á las plantas del anciano que preside á sus juegos. Otras veces, armados de lanzas hacen ademan de matar á uno de sus camaradas, y entregan igualmente al anciano varias lanzas y ramas verdes. En el decurso de la escena, este permanece sentado en tierra, y vuelve la cabeza por acá y acullá, cual para dirigir y observar los movimientos de los danzantes. El doctor Nind parece que no vió bailar las mujeres con los hombres, y cree que esta mezcla nunca tiene lugar. El baile se da al ruido de unos gritos que no manifiestan especie alguno de sentimiento nominal. Cada individuo repite á cada salto las voces *woou woou*, cuya significacion se ignora. Únicamente se sabe que cuando baten las malezas y los bosques para promover la salida de la caza, llaman á esto *woou é nia tour*, espression complecsa en que se encuentra de nuevo la palabaa *Woou*. Estos bailes solo tienen lugar cuando están reunidos en tropas en momentos de paz, pues en tiempo de guerra los espondrian á

las sorpresas del enemigo, descubriendo el lugar de su campamento.

En los primeros años de la colonización, los Ingleses creyeron por mucho tiempo que dos ó tres individuos de la cuadrilla eran realmente los jefes de los otros; eran aquellos hombres muy notables por su talla, su bella conformación, su actividad, y sobre todo por las pinturas de que estaban cubiertos. Llamábanse *Naikennon*, *Gnewit* y *Warti*. Sin embargo, poco después se reconoció que su preeminencia se reducía á una suerte de influjo debido á la superioridad intelectual ó física, y que en el fondo no existía para ellos ninguna supremacía positiva é incontestable. Con todo, *Naikennon* se dió por capitán y rey de los hombres negros: por largo tiempo titubeó en comprometer su dignidad en una visita á los hombres blancos; y cuando se decidió á dar este paso, sus camaradas le presentaron con una suerte de etiqueta, hablaron mucho y ventajosamente de él, y acabaron al parecer por mostrarle como á superior.

Naikennon era uno de los hombres mas gallardos de la comarca. Sus cabellos eran reunidos por detras en un solo mechón ceñido estrechamente por un cordón, y superados por una masa de plumas blancas. Su pecho y sus espaldas estaban adornadas de numerosos pintarroteos en relieve (*oumbin*). Distinguíase por una señalada reserva en sus maneras; hablaba poco, y preguntaba muy poco por lo que veía. Por largo tiempo se denegó á acompañar á los colonos en sus partidas de caza y prestarles los servicios que comunmente recibían de los otros miembros de la tribu; pero al fin acabó por humanizarse como su hermano *Maukorraí*, y se amistó muy íntimamente con los extranjeros. Entonces fué cuando los Ingleses pudieron cerciorarse fácilmente de que no poseía ninguna autoridad positiva sobre sus compatriotas.

En sus matrimonios no tienen restricción alguna con respecto á las tribus; pero creen que lo mejor es procurarse una mujer de las mas apartadas comarcas, en cuyo caso los hijos tienen derecho de ir á cazar en la patria de su madre. Los naturales son muy zelosos de los derechos de propiedad, y el territorio está dividido en distritos poseídos por una familia diferente cada uno. En ciertas estaciones los jóvenes van á visitar á sus vecinos, con cuyo objeto salvan á veces una distancia de cuarenta ó cincuenta millas. Su visita es jeneralmente muy corta y celebrada con festines y regocijos. Semejantes visitas solo tienen lugar entre tribus amigas, y van acompañadas de formalidades que arguyen intenciones amigables por parte de los recién llegados. Jeneralmente los visitantes se presentan al mediodía.

Los ramos verdes que llevan estos salvajes en la mayor parte de sus ceremonias parecen una

señal de paz, y representan asimismo en sus danzas un papel muy importante. Si entre dos individuos se arma una contienda, intervienen las dos familias respectivas y la apaciguan. Si un hombre es asesinado, inmediatamente toda la tribu se pone en estado de vengar su muerte con la de una víctima, aunque importa muy poco que esta sea el asesino mismo ó cualquier otro personaje de la tribu. Este pensamiento de represalias es llevado á tal punto, que si muere un hombre cualquiera por accidente, cayendo de un árbol, ahogándose en el mar ó de cualquiera suerte, atribúyese este infortunio al maleficio de algun vulgaradock de una tribu enemiga, y el pundonor incita á los amigos del difunto á quitar la vida á un individuo de aquella tribu. Cuando un hombre se siente gravemente enfermo y ha perdido toda esperanza de remedio, procura matar á alguien, persuadido de que solo puede restablecerle la muerte de otro.

En sus contiendas particulares echan mano de sus palos y macanas; pero muy raras veces sucede que en tales combates se den golpes mortales, y aunque no tienen broqueles, saben huir las lanzadas con la mayor destreza. El motivo mas ordinario de sus disputas son las mujeres. En los demas casos poco graves, como la violación del territorio, no tienden á matarse, pero tan solo á herirse en los muslos ó en las piernas, y cuando empieza á verse sangre, cesa el combate.

En otros puntos de la Australia, los naturales tienen encuentros públicos y regulares; vacían sus querellas en un campo de batalla; pero en las cercanías del puerto del Rey Jorje no se hacen la guerra con tanta caballerosidad; proceden por sorpresas, á menudo furtivas y nocturnas, y se ciñen casi siempre á simples escaramuzas. Al acercarse el enemigo, prorumpen en un grito y todos los combatientes armados de sus lanzas acuden al campo haciendo horribles monadas que les dan el aspecto de furiosos y de posesos. Comunmente solo combaten uno ó dos guerreros de cada parte, mientras los otros se esfuerzan en separarlos dando márgen á la mas extraordinaria confusion. Colocados á algunos pasos de distancia uno de otro, se tiran sus lanzas; pero su destreza en evitarlas es tan maravillosa, que un movimiento imperceptible les basta; por cuyo motivo deben disparar un gran número de lanzas para que uno de los campeones pueda herir á su adversario.

En tiempo de guerra los indijenas del puerto del Rey Jorje dejan su residencia habitual, y se retiran á unos sitios apartados para poner en seguridad sus mujeres é hijos, ó bien se juntan en gran número para formar campamentos importantes é inespugnables; en cuyo caso solo encienden los fuegos necesarios para la prepara-

cion de sus alimentos, y á fin de engañar al enemigo trasladan sus tiendas de una á otra comarca. Jeneralmente todos los guerreros son célibes; viajan en destacamentos de tres ó cuatro individuos, y se esfuerzan en dejar las menos huellas posibles, evitando para esto los senderos conocidos y frecuentados, pues por pocos vestigios que deje un cuerpo, los naturales saben acertar su camino y seguirlo. En cuanto han descubierto á su enemigo, avanzan á favor de las tinieblas de la noche caminando á gatas hasta llegar á su presencia, y cuando se ven á una distancia que les permite hacer uso de sus armas, disparan sus lanzas. El enemigo sorprendido emprende la fuga sin defenderse, y se aprovecha de la obscuridad para abandonar el campo y buscar otro asilo. Si se opusiese al ataque, se imagina que resultaría una horrible confusion, y no podria distinguir sus enemigos de sus propios camaradas, al paso que los otros se distinguirían perfectamente en virtud de los fuegos del campamento. En estas sorpresas las mujeres y los niños á veces son pasados á cuchillo, bien que en cada ataque basta al vencedor una víctima sola. La guerra es para aquellas infelices tribus un estado permanente que no puede menos de perjudicar al desarrollo de la poblacion. Como nadie sucumbe sin dejar amigos que le venguen, la lucha se hace interminable.

La lengua de los indijenas del puerto del Rey Jorje no tiene nada de ingrato; por lo contrario tiene cierta armonía. Jeneralmente hablan con rapidez, y cuando se encuentran en numerosas cuadrillas, celebran á veces con un canto improvisado algun acontecimiento importante, lo cual se ve con frecuencia entre mujeres cuando están solas, en cuyo caso dan libre curso á su humor cáustico y entonan canciones no pocas veces ultrajadoras para los hombres. Su campo es siempre tumultuoso; el silencio solo se establece al acercarse un extranjero, y dura tan solo el tiempo necesario para reconocer al agresor.

CAPITULO IV.

AUSTRALIA.—ISLA DE LOS KANGAROUS.—PUERTO WESTERN.

Powel no tenia ya nada que hacer en el puerto del Rey Jorje á 6 de diciembre, y en su consecuencia se hizo á la vela. Singlámos hacia el E. por una mar y una brisa no muy propicias, no obstante ser aquella la estacion de la Australia, y despues de diez dias de la mas triste navegacion anclámos á 16 de diciembre en Napean-Bay, en la isla de los Kangarous. El nombre de esta isla le fué aplicado en el instante de su descubrimiento: cuando Flinders aportó en ella, los kan-

garous eran tan numerosos y tan poco feroces, que en una tarde su tripulacion mató treinta y uno de aquellos animales, el mas pequeño de los cuales pesaba sesenta libras, y el mayor ciento veinte y cinco. En la playa habia monstruosas focas en igual abundancia que se arrastraban hasta alcanzar los kangarous, y parecían vivir con ellos en la mas perfecta intelijencia. Flinders observó que las focas al acercarse los hombres mostraban una sagacidad mucho mayor que sus comensales los kangarous; pues estos no cobraron el menor susto á la llegada de los Ingleses, al paso que las focas no se manifestaron tan bobas. Flinders hubiera debido añadir que las focas tal vez pudieron conocer á los hombres en otras playas de la Australia, mientras que los kangarous, solitarios en su isla, no habian podido adquirir la misma experiencia. Sea como fuere, lo cierto es que actualmente esta experiencia la tienen, y ha hecho una revolucion completa en sus costumbres. En efecto, cuando llegámos cerca de Kangaroo-Head (Pl. XXXVI. — 1), que Flinders juzga ser la residencia favorita de estos animales, de los diez que estaban paciendos, los nueve buyeron á todo escape en cuanto nos avistaron, y apenas pudimos disparar contra dos de ellos que nuestros perros impelieron á un punto en que se hallaban emboscados dos de los nuestros.

La isla de los Kangarous es un Eden de verdor, comparada con las playas áridas y estériles de la Australia. Sin duda que su vejétation y su playa, bella como un tapiz, deben de haber atraído un gran número de kangarous y favorecido su multiplicacion. Todos los demas puntos de la habia están cubiertos por espesas arboledas.

Cuando Flinders descubrió este punto, observó que los árboles en vejétation parecían mucho mas mezquinos que muchos otros cuyos troncos muertos subsistian en pie, y cuyos restos atestaban el suelo. Como aquellos gigantes vegetales parecían haber muerto todos en un mismo dia, y en virtud de un incendio jeneral; como nada indicaba por otra parte que aquella tierra hubiese sido nunca habitada por hombres; infirió que solo pudo pegar fuego á aquellas selvas el rayo ó la frotacion accidental de dos árboles muertos. Segun su cálculo, este accidente pudo ocurrir unos diez á veinte y cinco años antes.

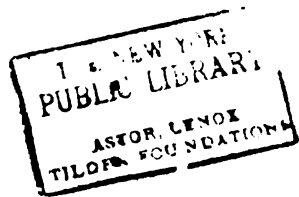
La isla de los Kangarous tiene unas treinta leguas de largo sobre diez de ancho, con un piso de mediana elevacion. El interior de la isla es desconocido; no se ha descubierto todavia habitante alguno, y únicamente se sabe que las tierras del cabo Jervis, separadas de la isla de los Kangarous por un simple canal de dos ó tres leguas, nutren la misma raza de hombres, feroz y mezquina, que la que acampa en el puerto del Rey Jorje. Algunos meses antes de nuestro paso á Napean-Bay, su ferocidad habia causado la muerte

1. *El mar de las Antillas*
2. *Vista de un Pais en la Isla de los Kangarus*

3. *El mar de las Antillas*
4. *Vista de los Focis*

5. *El mar de las Antillas*

6. *El mar de las Antillas*
7. *El mar de las Antillas*



de un bizarro oficial inglés, víctima de su amor á la ciencia. Desde el punto del fondeadero en que á la sazón nos hallábamos, se descubría la cumbre del monte Loftý, teatro de la catástrofe, cuya relación, tal como me la han hecho despues en Port-Jackson, insertamos á continuación, bien persuadidos de que las empresas acometidas en tan apartadas tierras, merecen encontrar ecos que las repitan sin cesar, á fin de que los nombres de los mártires de la ciencia sean no menos honrados que los de los otros mártires.

El teniente Sturt, de quien hablaremos despues, acababa de reconocer el curso del rio Murray, y descubrir el vasto lago Alejandrina, que comunica con la bahía Encounter cerca del cabo Jervis por medio de un canal impracticable hasta para las mas pequeñas embarcaciones, bien que de bastante anchura. En virtud de este descubrimiento, Sturt sospechó que aquel lago comunicaba tal vez con el golfo San Vicente por medio de otro canal mas profundo. Este hecho era en realidad importante, pues se enlazaba con todo el sistema de colonización de la Australia meridional y con la naturaleza de las relaciones que podian entablarse con las comarcas del interior.

De regreso de una misión al puerto del Rey Jorje, el capitán Barker acometió la empresa de resolver esta gran cuestión jeográfica. A 10 de abril de 1831 llegó junto al cabo Jervis, costó de muy cerca la orilla oriental del golfo San Vicente, y se cerció de que no existía ningún canal en una extensión harto considerable.

A trueque de estar mas seguro de sus investigaciones, el capitán Barker desembarcó el 17, acompañado de M. Kent, de dos soldados y de su criado. Tomaron tierra cerca de un pequeño canal cuya embocadura era obstruída por una barra, y cuyo curso, que no pasaba de cuatro millas, se internaba hasta el pie de la cadena paralela á la costa. El paisaje ofrecia un aspecto feraz: los bordes del canal se componian de praderías naturales algo selvosas y tapizadas de todo linaje de yerbas. El suelo era fecundo y de color de chocolate que se supuso provenir de la descomposición de la piedra caliza azulada que se veía á lo largo de la costa. En el fondo del canal habia un vallecillo que conducía á las montañas, en el que se halló mucha agua dulce depuesta en las marismas que se llenaran con las últimas lluvias. En aquel punto vivaquearon los marinos.

Al día siguiente el capitán Barker escoltado de M. Kent y de su criado, empezó á trepar el monte Loftý, siguiendo la cresta de la cadena. Las partes inferiores parecían formadas de esquita arcillosa; los flancos y los cúspides cubiertos de árboles de extraordinarias dimensiones. Por el lado del E. la vista era limitada por otras cadenas paralelas á la que seguía; pero por la parte del O. se tenía á la vista los bordes deliciosos del canal.

En aquel mismo día pasaron por los bordes de un profundo barranco, cuyos flancos eran tapizados de herbajes sumamente agradables á la vista. A seiscientos pies de profundidad corria por el fondo de aquel desfiladero un torrente poco caudaloso, y por acá y acullá se veían enormes roquedos que oponían como un dique á su corriente, cuyas aguas habían puesto tan límpidas las piedras, que las venas de cuarzo encarnado y azul parecían obras de mosaico. A algunas millas de distancia de aquel barranco, nuestros viajeros hicieron su segundo alto nocturno.

Al día siguiente subieron á la cima del monte Loftý, situada á 2.250 pies de elevación sobre el nivel del mar y á una distancia de once millas de la costa. Lo que mas llamó su atención en la cumbre de aquella montaña, fué la corpulencia de los árboles que la coronaban. En efecto, los unos tenían un tronco de cuarenta pies de circunferencia, y aun parecía que aquellos robustos vegetales no eran perjudicados por los vientos reinantes ni por su encumbrada posición. La mayor parte pertenecían al género eucalyptus, y uno de ellos era sumamente notable por el perfume particular á su corteza.

Nuestros viajeros volvieron á bajar por el recuesto septentrional del monte y llegaron hasta el punto en que termina la cordillera al N. N. E., donde disfrutaron de una vista mas dilatada que desde la misma cumbre. En efecto, desplegábase á sus plantas la mayor parte del golfo, y aun podían distinguir las montañas que lo cierran al N. N. O. con otro monte al E. semejante al Loftý. Barker infirió que aquel picacho era el señalado por el teniente Sturt, confundido con el monte Loftý, mas retirado hácia el O. Este último recibió justamente el título de monte Barker.

Bajo las plantas mismas de los viajeros se prolongaba al N. hasta cuanto podia estenderse la vista un terreno llano, ya despejado, ya selvoso en parte, pero siempre tapizado de verdor. Aquel terreno corria también hácia el E. y parecia rodear los flancos del monte Barker. Los viajeros pernctaron en la cumbre de la cordillera, junto á una espaciosa hondura parecida á la boca de un cráter. Los puntos culminantes de toda la porción septentrional de la cadena del monte Loftý proceden de esta formación, que de esta suerte se halla colocada entre las formaciones de esquita que circundan el canal situado en la falda de la cadena.

Esta primera expedición fué sumamente afortunada. A 21 de abril la cuadrilla viajera se halló á la playa, y algunos días despues desembarcó de nuevo en una pequeña bahía bastante segura, situada inmediatamente al N. del cabo Jervis, y encontró en el fondo un valle de nue-

ve á diez millas de longitud sobre tres ó cuatro de ancho. Aquel valle, flanqueado de las ramificaciones de la cadena principal, abundaba en pastos donde se veían numerosos kangarous. Aunque pedregoso en muchos puntos, el piso era generalmente fértil y de un aspecto agradable. Encaminándose directamente al E., Barker y sus camaradas atravesaron la primera cordillera de colinas, y entraron en un valle estéril, pedregoso y cubierto de malezas. Salvaron despues una segunda colina, desde cuya cima vieron la bahía Encounter y una llanura que terminaba en dunas de arena ó en collados cubiertos de arbolillos. El capitán Barker subió al punto mas eminente, y descubrió el lago Alejandrina y el canal por cuyo medio comunica con la bahía Encounter. Descendió en direccion á este punto, llegó á los bordes del canal, y caminó á lo largo de él por dunas arenosas hasta que pudo avistar la punta S. E. del cabo Jervis. En este punto el canal tendria como un cuarto de milla de anchura, y M. Barker se dispuso para atravesarlo á nado á fin de pasar á una duna situada á la otra márjen y donde juzgaba obtener mayor desarrollo de perspectiva en las comarcas situadas al E.

Desgraciadamente era el único que sabia nadar: así que nadie pudo imitarle. En vano quisieron disuadirle, pues de todos modos quiso realizar su proyecto, apesar de su estado endeble y enfermizo. Habiéndole M. Kent atado la brújula á la cabeza, se desnudó y partió. En el espacio de diez minutos llegó á la otra márjen, y trepando el ribazo hizo algunas observaciones con el auxilio de sus instrumentos, descendió por el lado opuesto, y no le vieron mas.

En este punto se detiene el diario de M. Kent; por manera que el paradero del infortunado capitán Barker seria todavia un enigma, si una mujer del país que estuvo mucho tiempo al servicio de los pescadores ingleses no nos hubiese comunicado los pormenores de la catástrofe.

Segun ella, M. Barker subió á la primera duna, y se dirigió despues á otra situada á una distancia considerable; pero en el camino fué avisado por tres naturales que desde la playa del mar se encaminaban al campamento de su tribu. Siguiéronle sin titubear, mas no se atrevieron á acercársele contenidos por el temor del instrumento que llevaba. Viendo á aquellos individuos decididos á atacarle, el capitán Barker procuró calmarles; pero prefiriendo tomarles la delantera, disparó contra uno de ellos. Su ataque fué desgraciado, pues no causó el menor daño, al paso que uno de los salvajes le disparó una sagaya que le tocó en la nalga. Deseando salvarse de mano de aquellos tres agresores, Barker se arrojó al mar y corrió á través de los

rompientes, donde recibió otra lanza en el hombro, y una tercera en medio del pecho. Abandonó las fuerzas y cayó en el agua donde acabaron de matarle á impulsos de unas cien lanzadas, y en seguida los naturales arrastraron su cuerpo á los arrecifes, lo arrojaron al abismo, y la marea se lo llevó á alta mar.

Si se ha de dar crédito á la mujer que dió estos detalles, el objeto de los tres salvajes al matar al capitán Barker, no fué otro que el de cerciorarse prácticamente si era posible matar un hombre blanco. Sin embargo Sturt es de parecer que aquellos naturales ejercian un acto de venganza, como represalias de las atrocidades que los pescadores de focas habian cometido tantas veces. Poco tiempo antes aquella misma tribu habia manifestado las disposiciones mas hostiles hácia Sturt y sus camaradas, y los tres asesinos de Barker á buen seguro tuvieron la satisfaccion de poder acallar sin peligro un odio de tribu.

A 18 el *Kangaroo* abandonó el fondeadero de Neapan, salvó el canalizo de Backstaire, entre el cabo Jervis y la isla de los Kangaous, y llevó el rumbo hácia el estrecho de Bass. En el curso de aquella travesía no pocas veces el brick navegó á lo largo de la costa que en jeneral se mostró baja, arenosa y de un aspecto triste y monótono. De vez en cuando la ocultaban á nuestra vista unas nieblas muy densas, y á 21 montámos la punta del cabo Otway, compuesta de altos y tristes acantilados, selvosos, verdes y mas deliciosos que ninguna de las tierras visitadas hasta entonces. Aquella misma tarde fondeámos en el puerto Western, situado en la parte septentrional de la isla Phillip.

Al instante quise hacer una excursion en los bordes de la profunda anconada que escota las tierras de esta isla. Mientras permanecí en la playa, andé por una arena fina y movediza; pero en cuanto quise penetrar en el interior, tropezé con una vegetacion de arbustos y plantas espinosas que me opuso una barrera tan cerrada, que despues de haber roto varias veces mis vestidos, me vi forzado á desistir de mi empeño y volverme á la playa. En la bajamar toda la costa está orillada por una capa de cieno que impide pasar á los botes. A mayor distancia la playa se cubre de inorrillos redondos, negruzcos y pesados que á primera vista parecen provenir de una formacion ignea, pero no son otra cosa que unos jeodos que deben su gravedad y su color á una porcion de hierro bastante considerable.

No hubo tanta dificultad en pasearme por la punta de arena que forma la parte occidental de la bahía. En el interior el paisaje es magnífico, y ofrece paseos deliciosos: ora se ven praderas

encantadoras esmaltadas de diversas flores, y cruzadas por senderos bien trillados, ora grupos de árboles entre los que puede circularse con facilidad. Al ver aquella naturaleza accesible por donde quiera, no parece sino que ha de haber mediado la mano del hombre, aunque no cabe la menor duda que el hombre no ha intervenido en nada. Las miserables tribus que habitan aquellas playas no piensan mucho en el embellecimiento de sus campiñas, pues solo cuidan de su alimento. Igualmente se duda si los pequeños senderos que se perciben por acá y acullá sean obra de sus manos, en términos que se atribuyen á los animales que en sus correrías siguen siempre la misma direccion. Esta es al menos la opinion en que están los pescadores de aquellos parajes.

En un punto de la playa bastante apartado, avistámos tres ó cuatro focas que se solazaban en las dunas. Al instante las salimos al encuentro; pero previendo el peligro, aquellos anfibios desaparecieron en el mar con una rapidez increíble si se atiende á la masa de sus cuerpos (Pl. XXXVI. — 2). Aquellas focas pertenecen á la especie que los naturales llaman *otarie ceniciento*. Su talle, cuando son adultos, es de siete á diez pies de longitud; su cabeza es abultada, su frente ancha, su hocico cuadrado y corto, y su labio superior escede al inferior. Desde la cabeza hasta el medio del tronco, su grueso aumenta progresivamente, y decrece poco á poco de la misma suerte; por manera que á primera vista aquellos animales ofrecen, por decirlo así, la forma de dos conos reunidos por el vértice. Su pelaje superior es de un gris ceniciento y uniforme; la barba, el sobaco y los dos costados del cuerpo son encarnados; los miembros posteriores casi negros, y los anteriores de un pardo oscuro que tira un poco á encarnadino. Los pelos de la cabeza y del cuello son largos, fuertes y groseros, pero los de las otras partes son mas cortos y apiñados. Su color ceniciento proviene de la mezcla de aquellos pelos, de los cuales unos son de un blanco amarillento y otros negruzcos. Al revolverlos se encuentra en su base un fieltro rojo bastante suave.

Los individuos jóvenes son negros y tienen los pelos sumamente sedosos. Su cabeza es redonda, y su aspecto menos desagradable que á una edad mas avanzada: al cabo de algunos dias de domesticidad, se muestran tan familiares y acariciadores como los cachorritos. En la infancia, estas focas se mueven con mas facilidad que cuando adultas, por razon de que sus miembros no son entonces tan desproporcionados como despues.

Como la piel de estos animales es un forro muy apreciado en muchas comarcas del N. de Europa, y su especie es muy comun en las costas meridionales de la Nueva Holanda, con es-

pecialidad en los contornos del estrecho de Bass; varios pescadores ingleses, americanos, rusos y franceses han explotado durante treinta años este ramo de comercio con mucho beneficio y prosperidad. Sin embargo tan activas y multiplicadas batidas han destruido de todo punto en muchas partes esta raza de animales y la han disminuído considerablemente en las demas: así que los pescadores de focas se ven forzados actualmente á correr muchos riesgos y fatigas para alcanzar medianas cosechas. En el dia el oficio de pescador de focas es uno de los mas ingratos que puedan imaginarse; aunque no faltan muchos armadores ingleses y americanos que lo toman á pechos con muchísimo gusto, y consagran á él su vida y su fortuna.

Hicimos ademas otras muchas escursiones á aquella playa, especialmente á la parte oriental de la bahía, y pasámos á una deliciosa playa donde oímos el ruido de mucho filedones, huéspedes habituales de los árboles que circundan aquel punto. La mayor parte de aquellos árboles, esparramados escéntricamente á través de rientes praderias del mas bello césped, pertenecian á los jéneros *banksia*, *eucalyptus*, *casuarinas*, *podocarpus*, *leptospermum*, etc. El terreno es muy despejado; de suerte que se puede andar por cualquiera parte sin obstáculo, á escepcion de ciertos puntos en que los pies se embarazan en los tallos sarmentosos y ramosos de un helecho y de una suerte de *dampiera* de flores amarillas.

Aquellos sitios pululaban en aves pertenecientes á los jéneros *cuculillo*, *arvela*, *papagayo*, etc. En el espacio de dos ó tres horas hicimos una caza abundante. Muchos *kangarous* se fugaban á nuestro acceso, y á veces se metian entre nuestras piernas; pero su fuga era tan rápida que ninguno de nuestros golpes pudieron alcanzarlos. Cerca de la playa encontramos unas cincuenta hutas, mas ó menos destruídas, circuídas de restos de hogares y de conchas, pruebas evidentes de la mansion reciente de los isleños. Es verdad que deseaba visitar á aquellos naturales, atendido que segun Tuckey que los vió cuando el establecimiento de la colonizacion de Port-Jackson, parecian mas numerosos, mas bien formados y mas civilizados que los de las demas comarcas. Estos indíjenas, dice, reconocian la autoridad de unos jefes que se adornaban la cabeza con plumas de cisne negro, se pintaban de encarnado, blanco y amarillo, y se hacian llevar en hombros de sus vasallos. Por lo demas, aquella puebla, envanecida por su superioridad, desplegab un carácter feroz é inhospitalario, y su desaseo es superior á cuanto pueda imaginarse.

Hace algunos años que entre ellos y los pescadores de focas se levantaron sangrientas riñas, y parece que desde entonces se han retirado al-

interior, y solo se manifiestan en el litoral cuando se ausentan los blancos del puerto Western. Teniendo en cuenta por una parte el carácter feroz de los naturales, y por otra las costumbres licenciosas y desarregladas de los pescadores, puede muy bien inferirse que los insultos eran reciprocos, y que los naturales han obrado con mucha prudencia decidiendo su retirada.

Algunos viajeros ingleses que á principios de 1826 hicieron por tierra la travesía de Two-fold á Port-Western, narraron que en la costa oriental de aquella bahía encontraron un rio muy caudaloso, llanuras inmensas de una grande fertilidad y muchas otras maravillas de esta naturaleza. Determinado por semejantes relatos, el gobierno de Port-Jackson despachó hácia aquel punto un destacamento de soldados y de reos que debían fundar allí una colonia. Aquellos reos y soldados llegaron á fines de 1826, algunos dias despues del paso del capitán d'Urville; pero en vez del rio anunciado con tanta pompa, apenas se encontró un anchuroso torrente, cuyo lecho estaba completamente en seco. Despues de una corta mansion, la falta de agua dulce forzó al gobierno á llamar á aquellos hombres á Port-Jackson, y á renunciar, almenos por entonces, al proyecto de colonizar Port-Western. Es sin embargo muy difícil suponer que no ecsiste nada de agua, siendo así que con mucha facilidad podrían abrirse abundantes pozos. Port-Western ofrece un fondeadero magnífico para las embarcaciones de todos tamaños, y su posición en medio del estrecho de Bass no puede menos de darle algun dia mucha importancia.

CAPITULO V.

AUSTRALIA. — NUEVA GALES DEL SUR.

A 23 por la tarde, el *Kangaroo* abandonó el puerto Western, y al dia siguiente pasó entre el promontorio Wilson, mole enorme de granito que termina la Australia hácia el S., y la isla Redondo, cono imponente por su forma, su altura y su aislamiento, escarpado en su base y cubierto de la mas lozana vegetación. Los dias siguientes costeamos á doce ó quince leguas de distancia la arenosa playa que se estiende desde Ram-Head hasta el promontorio de Wilson. A veinte leguas de distancia se descubre ya la cordillera de los montes Warragong que domina toda aquella parte de la costa, y que los Ingleses llaman Alpes australes ó Montañas Blancas. Costeamos tambien de bastante cerca el cabo Howe, playa arenosa sin verdor ni agua, y despues el monte Dromedario, mas notable por su forma que por su elevación, que solo alcanza unas quinientas toesas sobre el nivel del mar. La playa es una montuosa faja de arena; pero

en el interior la vista descubre risueñas praderas sombreadas por las mas bellas arboledas. Sin embargo muy pocas veces podíamos ver la tierra con entera libertad, pues comunmente nos ocultaban del todo su aspecto y su configuración las nieblas ó las humaredas procedentes de los incendios habituales á todos los Australes que pegan fuego á los helechos de sus playas.

El 30 por la mañana al subir á la cubierta, no pude menos de quedar altamente sorprendido al hallar al *Kangaroo* á la entrada de un canal bastante estrecho, orillado en ambas partes de acantilados fragosos, negruzcos y desagradables á la vista. A la izquierda se ostentaba un elegante y encumbrado faro que al instante hubiera arguido la civilización inglesa, aun cuando un piloto que subió á bordo no hubiese mostrado mas escactamente las costumbres de Europa transportadas á la costa australiana (Pl. XXXVI. — 4). Salvado este canal, se desarrolló á nuestra vista una ensenada inmensa, capaz de contener á la vez todas las escuadras del mundo. Aquellos bordes son escotados de deliciosos ancones y de puntas: es un magnífico lago salobre. El terreno de la derecha es jeneralmente sin cultivo, y solo ofrece grupos de árboles y un vestido de encumbrados helechos. A la izquierda se desarrolla toda una colonización agrícola; lugarejos, quintas, casas de campo, todo con cierto aspecto de riqueza y comodidad. En el centro de aquel móvil panorama se alza la ciudad y el puerto ó ensenada de Sydney-Cove (Pl. XXXVII. — 1); la primera mucho mas europea que cuantas habia visto en los mares de la India: navíos, fuertes, almacenes, calles y edificios, todo recuerda la Inglaterra; todo induce á creer al pasajero que se encuentra en un pequeño puerto de la Mancha. En el espacio de cuarenta años se concibió y llevó á cabo la construcción de esta ciudad en un país antipoda. Hace cuarenta años que en su solar todo era soledad y barbarie.

Apenas hubimos echado las anclas, cuando desembarqué con mi bagaje. Powell me indicó en George-Street un meson en donde fui muy bien tratado, y cuyos precios eran casi los mismos que los de un meson de segundo orden en Lóndres. Los mozos que me servían eran todos condenados por robo ó por otros crímenes en Inglaterra; y sin embargo pude cerciorarme que los delitos no son mas frecuentes en Port-Jackson que en los países mas civilizados de Europa. La espatriación, una travesía larga y un método nuevo de vida en una tierra desconocida y medio salvaje, todo contribuye á que los criminales dirijan sus intereses con mas prudencia, y manifestarles que la moralidad es tambien un buen cálculo.

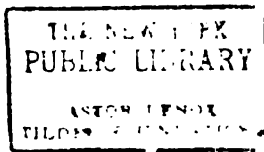
Con algunas horas de paseo conocí perfecta-

1. Sydney a son Prince
1. Sydney en su Principio

2. Prince a Sydney
2. Cuartel en Sydney

no. 1. Prince del

100000
VIAGE



1 Vista de Sidney

2 Calle Jorge en Sidney

FINAN
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mente Sydney, cuya maravilla mas sorprendente es su existencia. Como la mayor de las casas están aisladas entre un patio y un jardín, de ahí es que ocupa un espacio inmenso. Las casas por lo regular no tienen mas que uno ó dos altos; y las calles son en su mayor parte tiradas á cordel, anchas y bastante bien cuidadas. Es verdad que no son enlosadas, pero el polvo es desconocido en ella, y el fango raro, merced á la sequedad casi constante del clima. La calle mayor de Sydney, George-Sreet, tiene cosa de una milla de anchura; y es cortada por intervalos á ángulos rectos por otras calles transversales, mientras otras corren en sentido paralelo (Pl. XXXVII. — 2). El agua de que usan los habitantes proviene de pozos ó cisternas abiertas en la roca. La ciudad es cruzada tan solo por un débil arroyo que nace en una vecina laguna, y cuyas aguas son en breve inficionadas por todo género de inmundicias.

La parte de Sydney situada al lado oriental del puerto contiene la mayor parte de los edificios públicos y de las habitaciones de los ricos particulares, entre los cuales se distingue el palacio del gobernador, residencia agradable y cómoda, circuida de un vasto parque, deliciosos paseos y frondosos bosquecillos. La parte de aquel edificio que mas vivamente llama la atención son las caballerizas, construcción singular y desproporcionada con las demas, anomalía monumental en que el arquitecto ha empleado el estilo gótico en medio de una ciudad que data de ayer. Así es que á primera vista aquel edificio se asemeja mas á una iglesia que á una cuadra.

En la parte occidental de Sidney-Cove se halla el barrio vulgarmente denominado *Rocks*, porque su base es efectivamente sobre la roca pelada. Esta es la ciudad de los artesanos y de la plebe: los patricios de la Nueva Gales del Sur raras veces se aventuran á andar por estos barrios, y cuando manifesté mis deseos de visitarlos, me aconsejaron que no descuidase mis faltriqueras. Sin embargo nada me aconteció de desagradable ni de displicente.

Las casas de Sidney son construidas casi todas con una greda que suministra las márgenes del canal de Port-Jackson. Así es que ya se echan de ver en esta ciudad edificios importantes, tales como las elegantes casernas (Pl. XXXVIII. — 2), las cárceles de los reos, los almacenes de la marina, y la iglesia católica comenzada sobre un plan sobrado vasto á proporcion de los recursos de la población católica, cuya circunstancia ha forzado á suspender los trabajos. El templo de los protestantes es mas modesto, y superado de una torre piramidal que es el edificio mas encumbrado de Sydney.

Poco cuidadosos del porvenir, los primeros co-

lonos habian talado ya antiguamente los árboles que circundaban la ciudad: así que los alrededores son actualmente tristes y monótonos. Hace algunos años que se hacen esfuerzos para reparar este inconveniente por medio de plantaciones de árboles de Europa; pero estos vegetales crecen con lentitud, y á menudo dejeneran en aquel terreno árido y abrasado. Los mismos árboles indijenas crecen tambien lentamente, y condenan aun por algun tiempo la vecina campiña á una triste desnudez.

La población actual de Sydney es evaluada en 15.000 almas, entre las cuales se cuentan 2.000 forzados y 400 militares. Pueden dividirse en cinco clases bien caracterizadas: los agentes del gobierno, los mercaderes y los cultivadores, los individuos de todos estados y condiciones que nunca han sido condenados, los emancipistas y los reos.

Los emancipistas son los que llegados á la colonia bajo el peso de una condenación, han recobrado su libertad por la espiración ó por la indulgencia parcial ó completa de la pena. Esta clase es bastante numerosa, y muchos de aquellos emancipistas han adquirido ya propiedades importantes. Si la idea de la colonización austral fuese comprendida de todos aquellos que en la actualidad son miembros suyos, aquellos hombres purgados de su falta por el tiempo y por la pena, deberían ser considerados al igual de los otros, y verse acogidos cual si no existiese ya lo pasado por los miembros que jamas han tenido que partir peras con la justicia. Sin embargo, los individuos de orijen libre han constituido ya en Sydney una aristocracia importante para los emancipistas: los desgraciados arrepentidos no forman parte de ninguna sociedad patricia; son escludidos de hecho de todos los puestos eminentes, y todas sus tentativas para restablecer una igualdad que entra en la esfera de sus atribuciones han dado márgen á repetidas escenas las mas escandalosas. Esta reprobación no se detiene siquiera á la persona que ha incurrido en ella, sino que se transmite de una á otra generación; el baldon y la afrenta pasan de padre á hijo, y en aquella tierra, que debia ser el purgatorio humano de las faltas de los hombres no solo no se espia el delito, sino que es hereditario: así que si se pretenden variar las instituciones penitenciarias, encontraránse muchas preocupaciones que combaten contra ellas con obstinación.

Lo mas extraño es que en virtud de este falso ó injusto sistema los mismos emancipistas han establecido categorías entre sí; tan cierto es que la escepción crea la escepción, y que la injusticia ahija la injusticia. Esta clase se divide en *emancipistas puros*, que son los que no han sufrido ninguna condena en la colonia misma, y *emancipis-*

tas impuros, los que han sido presos por delitos locales; cuyas dos clases se escluyen mutuamente una á otra con un encarnizamiento semejante al de los hombres libres hácia las dos. Hace algunos años que los emancipistas puros dieron un banquete público, en el que se introdujo un emancipista impuro. Desgraciadamente fué descubierto, y al instante se oyó por todas partes: *A la puerta, á la puerta! fuera!* Ya se preparaban á echarlo á la violencia, pero el impuro lo habia previsto ya; y como estaba decidido á arrostrar la tempestad y á participar á todo trance de un banquete tan opíparo y arrollóse en torno del brazo un cabo de los manteles de tal suerte que si llegaban á echarlo á viva fuerza, los manteles se llevasen todo el servicio, arrojasen al suelo todos los platos. Así que le amenazaron, mostró su brazo, y continuó comiendo la sopa tranquilamente, como un convidado cualquiera. A vista de tan singular medio de defensa y de aquella sangre fria no menos singular, todos los convidados indistintamente echaron á reir y el impuro comió como los demás, que era todo lo que pretendia.

Habia verificado ya algunas escursiones á Sydney y al seno de las campiñas circunvecinas, y solo pudiera formarme todavía una idea har-to incompleta de aquella parte de la Australia. En consecuencia resolví internarme mas y visitar los puntos mas señalados de la Nueva Gales del Sur. Mi primera escursion fué dirigida hácia Paramatta, adonde se iba por dos caminos, el uno por mar, y el otro por tierra. Yo usé de entrambos, del primero para ir, y del segundo para venir. Partimos muy de mañana, doblámos la punta Dawer, y en seguida se desarrollaron enteramente á nuestra vista el barrio de los Rocks el abra Derbing, y el precioso establecimiento del difunto John Mac-Arthur y deliciosas playas diseminadas en la costa. Al llegar delante de uno de ellos, el gondolero, hasta entonces taciturno, escaló un profundo suspiro y exclamó: «Aquí habia la mcrada del infortunado Guillermo Bardley.» A esta exclamacion comprendí que aquello encerraba seguramente algun drama. «Quién es Guillermo Bardley? un gobernador, un lord, un capitán, ó quién? — No, caballero, no es capitán, ni lord, ni gobernador, sino un pobre anciano que se procuraba una honrosa subsistencia por medio de su trabajo. Allí vivia, en aquella casita que se ve en el ribazo, contento en poco, cultivando su delicioso jardín, ó pescando para su alimento algunos peces de la bahía. Varios caballeros de la ciudad se detenian á confabular un rato con el viejo Bardley, jovial, ingenioso y con puntas de charlador. Cierta dia uno de ellos notó la ausencia de Bardley, y vió que su casa estaba cerrada. Sin embargo pasó de largo sin inquietarse por la suerte del anciano, cuando algunos

dias despues empezó á concebir sospechas al ver que la casita continuaba cerrada, y se hizo desembarcar en la playa. Pero, cielos! qué vió? una puerta forzada, una cabaña desamueblada, un interior devastado, con un perro tendido en el suelo y royendo un hueso. Arrancóselo el gentleman; era un hueso humano. Sin duda el buen Bardley fuera asesinado, y el perro roía el cadáver de su antiguo dueño; pero en donde podia hallarse el cadáver? Al principio no pudo descubrirse, y todas las pesquisas de la justicia y de los majistrados quedaron defraudadas. Entonces el gentleman concibió la idea de hambrear al perro paraque la necesidad le incitase á buscar un nuevo pedazo de carne á la sepultura del anciano. Esta medida surtió muy buen efecto, pues el perro se dirijió al sitio donde fuera inhumado el cuerpo, y al momento lo desenterraron en un estado de descomposicion bastante adelantado. Un forzado que por mucho tiempo habia estado al servicio de Bardley fué detenido y preso; confesó su crimen, y fué ahorcado en Sydney. Sin embargo todas estas medidas no fueron parte á restituir la vida á Bardley, cuya muerte ha sido llorada de todos.»

Allende aquel punto y hasta á la mitad del camino, las dos márgenes del canal ofrecen pocos terrenos cultivados, y se componen de rocas arcillosas cubiertas de plantas enmarosas, mientras que en el interior corre una serie de collados poco encumbrados y tapizados de malezas y verdes arbolillos. En los ancones y ensenadas del canal se percibieron algunas casas, habitaciones interiores de los leñadores, de los labradores y destiladores ambulantes, cuya presencia en ellas es revelada por continuas humaredas.

Al pie de siete millas de distancia y á la orilla derecha se ve la bahía de Squire y sus desembarcaderos y sus verjeles circuidos de verdes empalizadas. Su fundador, muerto hace poco, fué el primer cervecero de la colonia, y su féretro tuvo por mucho tiempo una grande celebridad en el continente austral. A mayor distancia, y hácia el propio lado hay algunas habitaciones y materias escalonadas. A la izquierda desfilan las vastas salinas de M. Blaxland, con sus deliciosas casas, sus jardines y sus parques, paisaje encantador cuyo verdor se levanta en forma de anfiteatro. A escepcion de un molino de trigo que se halla á la derecha, el terreno no ofrece mas que una sucesion de cercados hasta llegar delante de la magnífica residencia de M. Hannibal Mac-Arthur, oculta en un recodo del canal, bajo unos grupos de naranjos cargados de flores y de frutos y poblada de kangarous domésticos que corren y se solazan á lo largo de la playa.

A alguna distancia se ve la escuela de los huérfanos, situada sobre una eminencia circuida por todas partes de jardines y dehesas que hacen fren-

te al domicilio de M. John Mac-Arthur, cuyas partes amarillas se separan sobre un fondo de delicioso verdor. A esta altura el canal recula súbitamente, y toma el nombre de río, aunque sus aguas son siempre salobres. El agua dulce no comienza hasta pasado el puente de Parramatta, donde el agua del mar es contenida por una calzada que le impide remontarse mas (Pl. XXXII — 3.), cuya circunstancia es suficiente para indicar cuan poco se levanta el terreno desde Sydney hasta Parramatta, en una estension de cerca de catorce millas.

Desembárcase en la orilla izquierda, ante un suntuoso edificio de ladrillos que forma los almacenes del comisariato, y en un cuarto de hora se llega á Parramatta. Esta ciudad ocupa un espacio considerable; pero la mayor parte de las casas son aisladas y de un solo alto, y aun á veces de un simple piso bajo circuido de patios y jardines. Las calles son anchas y tiradas á cordel, bien que en gran parte inhabitadas. El piso no es sólido, ni es enlosado como el de Sidney, lo que se hace sentir mas en tiempo de lluvias. El gobierno tiene una residencia agradable en Parramatta, que está destinada á ser con el tiempo la capital de la Nueva Gales del Sur. Sin embargo los gobernadores continúan á residir en Sydney, y las autoridades locales mantienen allí el centro de los negocios administrativos, de lo que no deja de resentirse Parramatta, cuya poblacion no escede de tres á cuatro mil habitantes.

Los edificios mas notables de Parramatta son las casernas de los soldados, las de los forzados, las dos iglesias y el palacio del Toison de Oro (*golden fleece*). Este edificio es construido de ladrillos, con dos altos, y ofrece un bolingrin circuido de un camino para los carruajes. En aquel palacio se acojen los extranjeros de encumbrada alcurnia que encuentran allí el confortativo inglés mas completo y mas refinado. A un cuarto de legua de la ciudad se halla un espacioso edificio denominado *female Factory*, donde se encierran las mujeres á quienes no se tiene por conveniente conceder la libertad desde su llegada á la colonia, y las que se han hecho acreedoras á su pérdida desde que la habitan. Aunque semejante cárcel está rodeada por todas partes de paredes de doce pies de alto, las reclusas encuentran los medios de salvar aquellas barreras.

Los rayos del sol se concentran en Parramatta de todas partes, por motivo de su situacion en un llano rodeado de una cortina de collados; por manera que su temperatura marca siempre tres grados de calor mas que en Sydney, de lo que resultan en verano sequías largas y asoladoras. En aquella estacion, los verdes tapices, los floridos sotos, los risueños collados, todo se aja y se marchita: en lugar de una vejetacion activa y

Tomo III.

lustrosa, solo se ve un paisaje polvoroso, sin brisa, sin follaje ni agua.

Como Powell no debia pasar en Sidney mas que dos semanas, tuve que poner coto á mis deseos, sin que en ninguna manera pudiese internarme hasta á los llanos de Bathurst que se encuentran allende las Montañas-Azules; pero este espacio de tiempo almenos me bastaba para visitar los puntos mas notables del Cumberland y la Nueva Gales del Sur. Un jóven médico inglés, llamado Harry, con quien entablara amistad en poco tiempo, se ofreció á servirme de guia en un país que habia atravesado en todas direcciones. En consecuencia alquilámos en Parramatta un lijero jig tirado por dos briosos corceles, y al amanecer del dia siguiente nos dirijámos ya á Windsor.

De Parramatta á Windsor van veinte y una millas que se hacen en el espacio de algunas horas. Windsor está situada á las márgenes del Hawkesbury, rio caudaloso cuyas aguas empiezan solo á ser dulces á unas sesenta millas de su embocadura, y á treinta millas antes de Windsor. Es un pueblo delicioso situado en la falda de las Montañas-Azules que se ven levantarse por sucesivos oteros, tapizados en toda su estension de selvas siempre verdes, y esto hasta en los límites mas apartados del horizonte hácia el O.

Hasta aquí la ciudad no tiene mas que una calle que sea digna de este nombre, adornada de casas y jardines dispuestos y cuidados con sumo gusto. En ella se ve un hermoso palacio del gobierno, dos iglesias, una cárcel, un tribunal, varias casernas para los militares y para los forzados, y algunas tiendas donde se hallan de manifesto los objetos necesarios al consumo de los habitantes. La fertilidad del suelo, sin cesar renovada por los aluviones del rio, constituye á Windsor una poblacion interesante. Todos los años se esportan de ella considerables cantidades de granos.

A la otra márgen del Hawkesbury se encuentra la aldea de Wilberforce, y despues la de Richmond, una y otra sumamente importantes y situadas á una distancia de cinco millas de Windsor.

A doce millas de Windsor se encuentra Emu-Ford en el punto en que el camino de Bathurst atraviesa el rio por medio de un vado para entrar en las vastas y fecundas llanuras de Emu, que forman por aquel lado el confin de las Montañas Azules. En una estension de doce millas el terreno es de una fertilidad singular, aunque espuesto á los estragos ocasionados por los derrubios del rio. En frente de Emu-Ford, se halla la granja del gobierno, en donde se hallan numerosos reos empleados en diferentes cultivos, especialmente en los del trigo y del tabaco.

A algunas millas mas adentro hicimos alto, en casa de sir John Jamison, que posee una magnífica habitacion en la cima de un collado, desde la cual se descubre el paisaje mas dilatado y mas risueño:

la linfa del río, las rientes llanuras del feraz Emu y una magnífica vista de las Montañas Azules. Junto á la habitacion corre un manantial de agua fresca, tesoro inestimable en la Nueva-Holanda. La propiedad de M. Jamison ocupa una estension inmensa; hanse desmontado ya un millar de arpens que dan en abundancia todo linaje de producciones. Sir John es reputado en la colonia por su inagotable hospitalidad, y su casa de campo es el punto de reunion jeneral de la sociedad mas brillante de Sydney. Su parque abunda sobremanera en kangarous, y cuando yo fui á pasearme por él, se me acercó uno de ellos, cuya alta talla y continente grave y venerable me indicaron ser el patriarca de la cuadrilla. A juzgar por su exterior, era inofensivo y benigno; recostóse á mi lado, y pareció invitarme á que le prodigase mis caricias. « No confie Vd. demasiado, exclamó Harry, pues es de un mal natural; ya lo verá Vd. » En efecto, el jóven Inglés hizo ademán de acariciarle; el animal continuó su juego puso sus patas delanteras sobre Harry, y apoyándose súbitamente sobre su cola, le dió con sus patas traseras un vigoroso impulso que precipitó á mi compañero de viaje á cuatro ó cinco pasos de distancia. A la hora de cenar, este mismo kangarou se deslizó por la puerta del salon que se habia dejado entreabierta, y se posó gravemente detras de la silla de Harry, en pie como un criado, observando todos los movimientos de su vecino, y batiéndole de cuando en cuando con su pata para pedirle algo. Como yo estaba en el concepto de que los kangarous no eran susceptibles de tan inteligente familiaridad, este espectáculo no pudo menos de interesarme.

A poca distancia de la casa de sir John, el Hawkesbury, cuyo nombre es en lengua indijena Warragamba, atraviesa gargantas salvajes en donde tropieza á veces con algunas peñas que obstruyen su curso y forman cascadas. Algunas veces se va á visitar en bote el Regent-Glen, donde las márgenes del río son estrechas, altas y escarpadas; los árboles estienden sus ramas y parecen formar un toldo sobre el río, mientras que por acá y acullá se ven algunas malezas cargadas de flores que cubren la desnudez de las paredes saliendo de las hendeduras.

La primera ciudad que viene en seguida es Liverpool, en el distrito de Bringelly, limitado al O. por la cordillera de las Montañas Azules, y que se estiende al S. hácia los llanos de Cow-Pasture. Ateniéndonos al espacio que ocupa, Liverpool es la primera ciudad despues de Windsor: está situada en el George-River que desemboca en Botany-Bay. Hasta entonces su curso entero no es mas que de doce millas en linea recta, pero teniendo en cuenta sus sinuosidades, es casi el doble. Las embarcaciones pequeñas pueden remontar hasta Liverpool, cuya ciudad ocupa una superficie considerable, tiene calles bien alinea-

das, una iglesia, un tribunal, una cárcel, casernas de soldados y presidarios, un hospital jeneral y varios almacenes. Su poblacion se compone de unos 1.000 habitantes. Hace quince años que todo cuanto se veía en lugar de aquellas calles, de aquellos edificios, de aquellos habitantes, un gran cartel fijado en un árbol, y en donde se leía: « *This is Liverpool.*—Aquí está Liverpool. » Ni un techo, ni una caserna siquiera ecsistian entonces. Pero Liverpool era la confluencia de dos caminos; el uno que conduce á los pingües distritos de Aird, de Appire, de Illawara, y á los condados de Argyle y de Cambden hácia el S. La rápida y progresiva colonizacion de estas comarcas poco antes desiertas, ha acelerado el desarrollo de Liverpool, y todo indica que diariamente irá acrecentando su estension.

Nada cabe mas curioso ni estupendo que contemplar el partido que han sabido sacar los Ingleses de las llanuras de Cow-Pasture, donde se encuentran las granjas de M. Mac-Arthur, cuyos productos han dado principio á la celebridad comercial de la Nueva Gales del Sur. La habitacion está situada en una eminencia, á media milla de distancia del río, y la propiedad entera contiene mas de mil acres de terreno; de suerte que casi compone un distrito que consiste en una serie de colinas sobre las cuales se estienden escolentes pacages. La cuenca del río, secundada por los aluviones, suministra igualmente trigo y maíz de la mejor calidad.

Faltábame tiempo para ir á reconocer todas las riquezas interiores del país. Despues de veinte y cuatro horas de permanencia en Liverpool, remonté con Harry en nuestro rápido gig, y en el término de un día llegámos á Sydney por un camino llano como una avenida, ancho, bien alineado y con todas las circunstancias de los que abren los Ingleses en todas las colonias que fundan. Ningun medio de progreso es mas fuerte ni mas activo que este.

A nuestra entrada en Sydney nos encaminámos directamente á nuestro meson, y vimos sobre media docena de individuos sentados á la puerta, entre los cuales habia uno muy notable por su sombrero guarnecido de torcidos y superado de una larga pluma negra, por su gran capote azul de brandeburgos, algo parecido á los que traen los oficiales superiores ingleses, por sus botas, por su pantalon, todo sumamente sucio y casi en harapos. En el pecho del individuo brillaba una ancha placa de cobre. Los compañeros de aquel hombre no llevaban otro vestido que una camisa rasgada ó un mal calzon. « Qué hacen por ahí estos mendigos, dije á Harry, y este grande individuo que parece su jefe? » Harry echó á reir. « Qué, dijo, acaso no conoce Vd. á nuestro rey Boungari? » Yo hice con la cabeza una seña negativa. « Boungari es el jefe de la tribu á quien

pertenece el territorio de Sydney. A buen seguro que viene á hacerle una visita, pues nunca llega á Sydney un extranjero de distincion que no se crea acreedor á recibir un presente del mismo. Es cierto que es una carga para el extranjero, pero no deja de tener su curiosidad, y por otra parte no es muy costosa. Fácilmente se contenta Boun-gari con un poco de gin y de brandy. Escuche Vd.; á su lado está su noble y veneranda esposa, y á sus espaldas cinco ó seis gentlemen que constituyen los principales oficiales y los mas valientes jefes de Gouia-Gal. Sin duda que á la llegada del *Kangaroo* Boun-gari estaba ausente: así que hoy repara su falta y cumple con su deber.»

En efecto, apenas nos apeamos, cuando el ilustre Boun-gari me salió al encuentro, se quitó el sombrero y me hizo repetidos y profundos saludos á que correspondí con gravedad. En seguida me felicitó en mal inglés por mi llegada, con lenguaje insinuante y bastante diestro, á que como rey del país juzgaba que corresponderia mi jenerosidad. Yo hice del sordo: pero S. M. determinó su demanda con mas claridad y ciñó sus pretensiones á una botella de brandy (aguardiente). «Sin duda, le dije yo, gran Boun-gari, os daré una botella; pero hoy no puede ser, y así podreis aguardar hasta mañana.» Esta respuesta dilatoria acarrió una revolucion en el semblante de mi salvaje. No mostraba ya un aspecto sereno y suplicante, sino que contestó algo enojado: «No, *massa*, decia en su jerga, no *tamara*; *derekle, brandy, derekle*. (No, *master*, not to morrow; *directly, brandy, directly*.) No, caballero, no mañana, sino ahora aguardiente, inmediatamente). No quise contrarestar mas la demanda de aquel aficionado al brandy, por cuanto podia serme útil para obtener algunas noticias sobre las costumbres de los indijenas antes de la colonizacion. Dile un peso fuerte, y esta jenerosidad imprevista produjo un lance verdaderamente teatral. Radioso de júbilo, Boun-gari echó á pernear, y dando la señal á su esposa y á su cuadrilla, ejecutó un baile en toda forma que ofrecia el cuadro mas singular que pueda imaginarse. Este baile consistia en una especie de marcha que procedia por saltos y corcovos groseros que propendian á imitar la corrida del kangaroo. En seguida se me acercó, y apretándome la mano con la mas afectuosa cordialidad, declaró quien era, y se puso con su esposa á mi entera disposicion. Aproveché aquel momento de gratitud para hacerle con la ayuda de Harry, que le comprendia perfectamente, una especie de interrogatorio al que contestó en su incomprensible jergonza. Subimos á mi cuarto donde dejé entrar solamente á Boun-gari y su mujer, y á fin de disponer á mi nuevo amigo á una confianza ilimitada, hicele presentar un vaso de aguardiente que apu-

ró de una vez, pero no sin habernos saludado á entrambos inclinando su cabeza casi hasta el suelo. Apesar de su avidez para el brandy, tuvo la delicadeza de dejar cosa de un dedo, destinado á su augusta mitad, que se lo tragó igualmente con la misma tranquilidad que si fuese un vaso de leche.

En seguida respondió Boun-gari con toda la complacencia posible á las preguntas de mi camarada, y nos manifestó que á la sazón estaba ocupado en asuntos de la mayor importancia. Tratábase de una especie de congreso para poner un término ilimitado á las diferencias ecisistentes entre las diversas tribus vecinas de Sydney. Era tambien aquel el momento en que los *Kerredais* debian ejecutar la ceremonia del *gna-loung*, que consiste en arrancar un diente á varios mozos llegados á la edad requerida. Los preparativos de entrambas solemnidades, la eleccion de la escena y sus innumerables formalidades habian acarreado ya muchas reuniones y conferencias entre los jefes, y Boun-gari mismo, el rey Boun-gari, se viera forzado á ausentarse de su capital Sydney con objeto de ir á disponer diversos pormenores con sus vecinos. Como el aguardiente ejercia á la sazón su influjo sobre la lengua de mis salvajes, narraron unas cosas tan prodijiosas acerca del *gna-loung*, que no pude menos de manifestar mis deseos de asistir á entrambas ceremonias. El mismo Boun-gari se ofreció á acompañarme, y yo acepté su oferta; mas como entonces era ya tarde, despedimos á las dos Majestades medio embriagadas de aguardiente.

Partido que hubieron nuestros Australes, me dirijí de nuevo á Harry, y le dije: «Doctor, há aquí unas bestias brutas en primer grado. Hace cuarenta años que viven en presencia de la civilizacion europea, y sin embargo son tan salvajes y estúpidos como el primer día: lo único que han llegado á comprender es el brandy. — Tiene V. razon, respondió Harry: estos seres tienen cualidades de bestia como de hombre, apesar de los esfuerzos que se han hecho por civilizarlos. Todas las tentativas han sido inútiles, así las filantrópicas intenciones de los colonos, como las predicaciones de los misioneros. Todo ha redundado en simple pérdida, y el instinto salvaje y vagabundo se ha sobrepuesto á todo. Deseando conducirlos á disposiciones mas sedentarias, el gobernador Macquarie hizo construir á las puertas de Sydney una casita bastante aseada y circuida de un jardin. Púsole á la disposicion de la tribu que habita el territorio de Port-Jackson, pero todo fué inútil, pues no hicieron mas que ir de cuando en cuando á abrigarse bajo el techo de la casa sin querer renunciar á su ecistencia errante. Cierta dia un Inglés preguntó á Boun-gari si hacian mucho ca-

so de los edificios: *Mari boudjiri, massa, poss irain*, replicó el salvaje (muy buenas, caballero, en tiempo de lluvia). El mismo gobernador había fundado á alguna distancia de Parramatta una escuela gratuita para la educacion de los indigenas jóvenes. El atractivo de un alimento fácil y succulento atrajo al principio algunos individuos; pero disgustados en breve de la asiduidad que se les pedia, antepusieron á aquella vida sedentaria la ecsistencia precaria y difícil de sus compatriotas. En la actualidad el establecimiento está casi desierto.

« Entre las diversas tentativas practicadas para inducir á estos salvajes á civilizarse, las dos mas notables son las siguientes. El fundador de la colonia, el gobernador Phillip, admitió á su mesa en 1788 al Australio Benilong que se había granjeado su amistad por los servicios prestados á los primeros colonos. Cuando Phillip regresó á Inglaterra en 1792, llevóse consigo á Benilong y lo conservó en su casa hasta en 1795, época en que el capitán Hunter fué nombrado para el gobierno de la Nueva Gales del Sur. Benilong se volvió á su patria con el nuevo dignitario, y fué admitido á su mesa como á la de su predecesor.

Durante algun tiempo se portó con mucha cordura, y aun le creían bastante civilizado, sin que le supusiesen el capricho de abandonar aquella ecsistencia tranquila por la vida salvaje de los bosques. Sin embargo, esto es precisamente lo que se verificó: al principio frecuentó algunos Australs sin que en ninguna manera se resintiese de semejante contacto, é insensiblemente empezó á pensar como ellos y anhelar igualmente las soledades del interior; así que cierto dia se despojó de sus vestidos y desapareció para siempre. El reverendo Marsden, capellan de la colonia, que vió á Benilong en los bosques, refiere que este hombre, transformado de nuevo en salvaje, no deseaba ninguno de los placeres de la civilizacion.

« El segundo hecho citado por la misma autoridad es como sigue:

« Otro natural á quien había conocido desde su mas tierna infancia, dice el narrador, pertenecía á la tribu de Parramatta; llamábase Daniel y era un jóven muy gallardo. El botánico M. Caley le acogió en su casa y lo tuvo algunos años; mas cuando M. Caley regresó á Inglaterra, Daniel le acompañó, y como aquel era empleado por el difunto José Banks, este fué introducido en las principales sociedades de Londres. Regresó finalmente á la Nueva Gales del Sur, y cuando le ví por primera vez estaba sentado en completa desnudez sobre el tronco de un árbol en los bosques, á unas ocho millas N. de Parramatta. No pude menos de manifestarle mi asombro de encontrarle en semejante esta-

do, y preguntarle la causa por qué había dejado sus vestidos para vivir en las selvas; á lo que contestó que los bosques era lo que mas le gustaba en el mundo. Poco tiempo despues, Daniel encontró, á unas tres millas de Parramatta, una jóven que había llegado libre de Inglaterra, y se volvía á casa de su padre. Sobrecojido de la pasion, se apoderó de ella y la violentó; pero fué ejecutado por este mismo crimen, y murió como salvaje, apesar de todas las ventajas de que disfrutara en el estado social de la civilizacion. »

« Desalentado de todas estas tentativas infructuosas, el gobierno ha tomado el partido de dejar holgar esos hombres á su antojo, y solamente les obliga á respetar las propiedades en las campiñas, y las leyes del pudor cuando se presentan en los poblaciones. Los indigenas del litoral viven pacíficamente en medio de los Ingleses, y se contentan con mendigarles algunos víveres y aguardiente, al que son en alto punto apasionados. Pero en el interior sobrevienen muchas veces violentas riñas entre los salvajes y los Ingleses, que llegan hasta el punto de verter sangre. Unas veces son los salvajes los que atacan; otras son los Ingleses, pero en ambos casos es preciso mandar destacamentos de tropas que hacen ejemplos severos. Casi puede tenerse por cierto que los naturales de la zona marítima no son canibales, bien que no faltan algunos testigos que aseguran que los habitantes de las montañas y de los valles interiores alguna vez han asesinado á varios Ingleses para en seguida devorarlos.

« Estos salvajes, aunque al parecer tan groseros y tan estúpidos, no carecen de cierta intelijencia. Refiérese de Boungari un rasgo de memoria muy curioso. Hace unos diez á doce años que acompañó al capitán King en sus reconocimientos á la parte septentrional de la Australia, y mostró en esta ocasion mucho zelo y actividad. Su presencia fué no pocas veces útil por las relaciones que se deseaban contraer con los indigenas; aunque considerado como intérprete, de nada pudo servir, por cuanto los idiomas australes varían á distancias no muy considerables: así que el dialecto del N. de la Nueva Holanda no tiene analogia alguna con el de la Nueva Gales del Sur. En un recalo hecho en Timor, Boungari desembarcó y se presentó en casa de un revendedor para beber gin. bebió efectivamente y dió un peso persuadido de que debían darle alguna vuelta; pero el mercader tomó el peso, y diciendo que no podía dársela, añadió que ya lo encontrarían otra vez. Entretanto el buque dió á la vela, y Boungari se vió forzado á pasar por alto aquel acreedor: sin embargo no le olvidó del todo, pues habiendo hecho otra escala en la misma isla al año siguiente, Boungari se encaminó directamente hácia el vendedor de gin y le pidió una cantidad de licor

equivalente al resto de su dinero. »

Así como me lo había prometido, Boungari vino el día festivo á buscarme al meson. A cosa de las nueve de la mañana se oyeron unos fuertes y extraños aullidos que me anunciaron la llegada de su cuadrilla. Compúsemme inmediatamente, y ví sobre una docena de salvajes pintados de blanco, de negro y de encarnado, á cuyo frente iba Boungari. Habiendo subido este, me renovó sus saludos, aunque con aire mucho mas diestro y mas suelto que la víspera. Parecia estar íntimamente penetrado de su dignidad de jefe de tribu y de las importantes funciones que tenia que llenar, sin que se pareciese en nada al humilde mendigo que el día anterior pedía dinero y gin. Su rostro y su cuerpo estaban chafarrinados de ocre rojo distribuido con mucha irregularidad, y parecia haber rejuvenecido de unos veinte años. Ofrecíle un vaso de rom, pero solo bebió la mitad, dándome á entender que debia tener la cabeza despejada para los combates que iba á sostener. Despues me instó para que me apresurase, porque sus guerreros le estaban aguardando y parecían impacientarse á la idea de entrar los últimos en la liza.

En consecuencia, Harry y yo seguimos á los salvajes á algunos pasos de distancia. Eran unos veinte hombres que marcharon con mucha tranquilidad mientras no salieron del recinto de la ciudad; pero en cuanto se vieron en el campo, dieron principio á sus paradas, ya corriendo con precipitacion y culebreaando á través de las malezas, ya deteniéndose repentinamente para ejecutar un baile nacional. Perneando y saltando llegaron á un pequeño terrero que domina las radas de Port-Jackson y de Botany-Bay: era un espacio considerable desnudo de malezas, que parecia dispuesto maravillosamente para las justas de los Australes. A la sazón se hallaban ya acampadas un buen número de tribus en las vecinas selvas, y cuando llegámos al campo, las tropas de Boungari ejecutaron ciertas paradas cuyo objeto parecia consistir en retar á sus enemigos y provocarlos al combate. Consumado este preliminar, se retiraron para ser sustituidas por otras que hicieron otro tanto.

A una señal concertada, todas las tribus salieron de las malezas y se encaminaron á la arena en partidas de quince ó veinte hombres, armados de lanzas, broqueles, macanas y *womerangs*. Deseando servirnos de ciceroni, Boungari colocó á nuestro lado uno de sus vasallos á quien una grave herida impedia tomar parte en el negocio, y nos señaló los nombres de las tribus que entraban en liza: Sydney, Parramatta, Emu, Botany-Bay, Windsor, Illawara, Marrigong, Morruumbidji, y muchas otras cuyos nombres se me han olvidado. Todos los guerreros indistintamente iban adornados de dibujos rojos, blancos y negros: cada

tribu se distinguia por la forma y el color de aquellas pinturas. Entre todos aquellos guerreros observé principalmente á los de Marrigong, que en su mayor parte eran hombres de pequeña estatura, robustos, ájiles y de miembros carnosos y bien proporcionados que formaban un singular contraste con las formas cenceñas de los indijenas del litoral. A buen seguro que debian esta ventaja á un alimento mas abundante y mas sustancial. Las pinturas que llevaban en el pecho representaban una especie de cota de malla, y no contribuían poco á presentar su actitud como mas marcial. A mediodía se dió principio á la escena. Un jóven de aspecto feroz se plantó en medio del palenque, enteramente desauado, y armado tan solo de un broquel de madera estrecho y oblongo. Este campeon era muy conocido ya: en un combate singular que se habia verificado algun tiempo antes entre él y un miembro de una tribu vecina, matara cobardemente á su antagonista en el acto de preparar su macana. Este acto reclamaba venganza; pero el vencedor, lejos de aguardarla, se fugó á los bosques. Fatigado sin embargo de su vida miserable y nómada, se presentaba á la sazón ofreciéndose espontaneamente á una punicion pública. Cinco amigos del difunto debian dispararle sucesivamente seis lanzas á quince pasos de distancia. Libróse de la primera prueba á las mil maravillas con solo su broquel y un lijero movimiento de cuerpo. La segunda consistia en evitar las sagayas lanzadas de una vez: el paciente evitó dos granizadas, pero á la tercera fué herido en el muslo de una lanza. Este accidente fué seguido de un grito unánime y jeneral; intervinieron los amigos del herido, y aunque los campeones del muerto querian continuar la venganza, decidióse ser suficiente la reparacion, y retiraron al herido entre los suyos y le curaron la llaga.

Tras esta primera escena, aparecieron cinco mujeres y las colocaron en forma de semicírculo provistas de un palo corto cada una, sobreviniendo poco despues tres hombres armados de un broquel. Todos estos individuos eran acusados en comun de un asesinato cometido sobre un natural de una vecina tribu. El castigo de las mujeres consistia en recibir cierto número de garrotazos en la cabeza; pero en lo tocante á cuatro de ellas, los ejecutores se contentaron con el simulacro, porque presentaban su palo delante de su frente, y los hombres descargaban allí sus macanas. No sucedió lo mismo con respecto á la quinta, pues si bien tendia su palo como las otras, el ejecutor le descargaba sobre el pecho un golpe tan violento, que á cada una caía derribada en el suelo. Aseguráronnos que aquella mujer era mas criminal que sus compañeras.

A las mujeres sucedieron los hombres. Colocáronse á quince ó veinte pasos de distancia una:

docena de naturales , y les dispararon sucesivamente varias sagayas que fueron evitadas con la mas sorprendente habilidad , sin embargo de la precision con que eran arrojadas. Algunas se internaron mas de una pulgada ó dos en los broqueles de corteza , y las otras se clavaban en tierra á treinta pasos mas lejos. Un individuo apostado cerca de los acusados , enviaba sus lanzas á sus propietarios. Otras veces los culpables los volvian voluntariamente , y aun reprendian la poca destreza de los tiradores. Asi que , aquellos hombres sufrieron sin accidente la descarga de unas cincuenta lanzas , y al fin les absolvieron de la acusacion dirigida contra ellos.

Un momento despues apareció un indijena de la tribu de Illawara , convencido de haber dado de noche y á traicion varias puñaladas á un miembro de la tribu de Marrigong ; en cuyo caso el ofendido mismo debia infligir la pena al culpable. Este no tenia mas que su broquel , pero con el auxilio de esta sola arma consiguió huir las quince lanzadas que le dirigió el otro á quince pasos de distancia. Quitáronle el broquel , y todavia esquivó otras diez lanzadas , ya con un ligero movimiento de cuerpo , ya parando el golpe con su brazo. Entonces le restituyeron el broquel atándole el brazo izquierdo al rededor del cuerpo ; pero le alcanzó una sagaya en dicho brazo , y aunque la herida fué poco grave , corrió sangre en abundancia. El castigo quedó consumado , y el guerrero se vió libre.

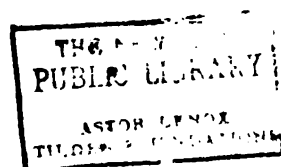
De repente se presentaron dos cuadrillas de veinte y cinco hombres cada una , armados de lanzas y de broqueles , y se descargaron mutuamente golpes vigorosos y terribles. Este combate , al parecer confuso , tenia un orden y una precision estrañas. Los combatientes manifestaban una sangre fria y una dignidad verdaderamente admirables. Bounhari hacia parte de aquel torneo , donde figuraba con la mayor distincion , y no era uno de los menos ájiles en disparar sus lanzas y parar las de sus adversarios. Únicamente era preciso que los espectadores , que se hallaban en número considerable , velasen con cuidado por su seguridad ; porque en sus evoluciones los dos partidos cambiaban con frecuencia de direccion y parecian cuidarse muy poco de que sus lanzas alcanzasen ó no á los espectadores. Sin embargo no ocurrió la menor desgracia , bien que no pocas sagayas vinieron á caer á nuestros pies. La accion duró todavia algunas horas con la misma regularidad y sin ofrecer incidente notable.

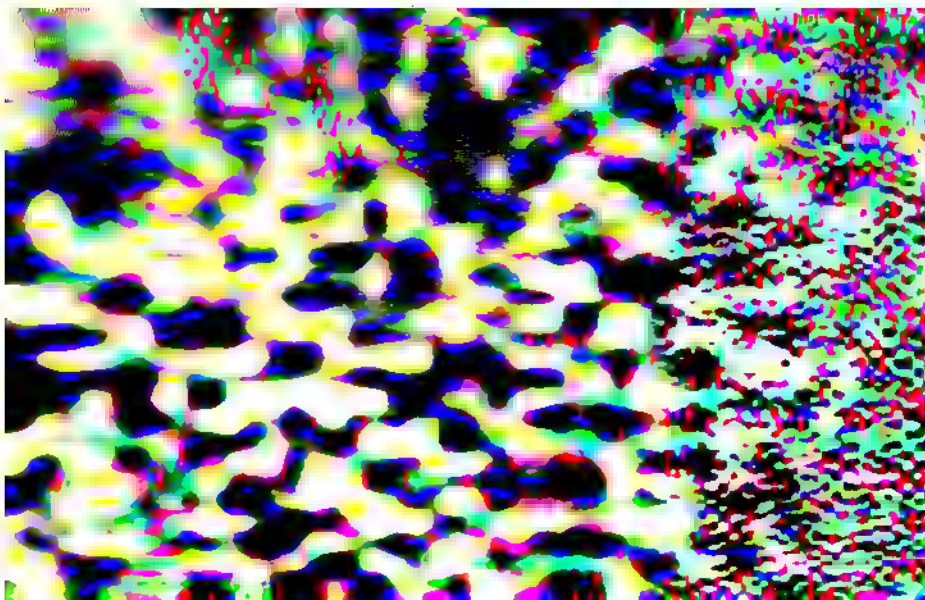
Sin aguardar el fin , Harry y yo preferimos ir á reconocer los alrededores de la escena y toda la parte de los bosques donde acampaban las diferentes tribus reunidas en aquella meseta. Reconocimos las casas que habitaban entonces las mujeres y los niños : las primeras parecian inquie-

tarse mucho del resultado de aquel paso de armas deseaban regresar á sus soledades y parecian temer que los jefes de familia volviesen heridos. Todas aquellas mujeres tenian en jeneral fisonomias desagradables ; las mas jóvenes tenian formas agraciadas , y sus grandes ojos negros tenian un no sé qué de atractivo , apesar de su espresion salvaje. En la correria que hicimos , calculámos que los Australes de ambos sexos y de todas edades , reunidos en aquel punto , ascendian á unos quinientos. Semejantes reuniones á lo que parecen semamente raras en el país , y para formar la que teníamos á la vista , era preciso que se juntase mas de la mitad de la poblacion indijena á un radio de treinta leguas.

Como yo andaba en busca del sitio donde pudo refugiarse la mujer que habia recibido el castigo mas severo , resonó por la asamblea un grito jeneral. Harry manifestó alguna inquietud , y me dijo : « Tengámonos cuenta , porque tales combates á veces de ficticios pasan á reales. » Sin embargo ninguna circunstancia inducia á creer en una liza jeneral , pues todo se reducía á un hombre gravemente herido que sacaban del campo de batalla. Habiéndole entrado una lanza en el costado , retiraron la punta y vendaron la llaga con un pedazo de lino. Sin embargo aunque la herida fuese profunda y la operacion difícil , el desgraciado no escoló un suspiro siquiera : solo las mujeres ó hijos de su familia jemian por él y prorumpian en lúgubres alaridos. Al fin supe que el herido se llamaba Ourou-Mare , que era natural de la tribu de Windsor y que era acusado del asesinato de uno de sus parientes. Entre las pruebas invocadas para establecer su culpabilidad se contaba un sueño tenido por uno de los ancianos de la tribu del difunto , cuya circunstancia habia sido bastante parte para que le castigasen cruelmente en la asamblea jeneral. Sin embargo , sea que su posicion ofreciese un interés particular , sea por la insuficiencia de las pruebas , lo cierto es que sus amigos y parientes obtuvieron permiso de presentarse y combatir á su lado , bien que por su parte no tenian derecho alguno de parar los golpes que les dirijian. El infortunado pugnó largo tiempo para esquivar las azagayas ; pero como solo él era el blanco principal de los ataques , acabara por recibir una herida de gravedad. Tras este suceso , sus amigos continuaron la lucha por algunos minutos , aunque mas bien en la forma que en la realidad ; puesto que desde entonces los antagonistas fueron amainando y acabaron por retirarse , satisfechos sin duda de haber vengado la muerte de su camarada.

Aquí debian terminar las operaciones de aquella especie de congreso ; puesto que solamente vi justas simuladas , bailes grotescos y guerreros que se entretenian en atestar sus lanzas contra troncos de árboles. Otros hacian dar piruetas á sus





3 Tonal del Puerto Jackson

4 Rio de Parramata

womerangs, singulares proyectiles que se remontan á una altura considerable oscilando sin cesar para caer á los mismos pies de los que los disparan. Este instrumento parece servirles mas bien de objeto de parada que de arma verdadera, supuesto que no puede considerarse como muy peligrosa, y es fácil evitarla cuando se ha estudiado un poco su veleidosa marcha.

Habíase dado ya cima al primer acto de aquella fiesta, y la mayor parte de los asistentes hacían sus preparativos de partida, cuando un suceso inopinado vino á turbar la tranquilidad que reinara hasta entonces. De uno de los ángulos del palenque partían agudos clamores: era una joven arrastrada á viva fuerza por dos guerreros en medio del campo de batalla. La desgraciada resistía con todas sus fuerzas; encaramábase á los arbustos y á los troncos de los árboles; pero los dos salvajes sin inquietarse por sus gritos ni por su lucha continuaban arrastrándola con violencia. Su cabeza se golpeaba con las ramas y los guijarros, y la sangre mezclada con sus lágrimas reclamaba la piedad de los espectadores. Por un momento me sentí inspirado del deseo de acudir al auxilio de aquella infeliz criatura. «Guardaos bien de hacerlo, me dijo Harry; ahora se verifica un matrimonio: la mujer está quizás de acuerdo con sus raptos, y debe pertenecer á uno de ellos según la comedia representada.» Sin embargo no tenía Harry toda la razón, pues aun debía sobrevenir un tercero (Pl. XXXIX. — 2.).

Cuando los dos raptos se encontraron en medio de la liza, adelantóse marcialmente un tercer salvaje, prócsimo pariente de la mujer, en ademán de disputar su presa á los dos primeros. Detuviéronse estos para contestarle, y ya empezaban á observarse con ceño, cuando acudieron varios salvajes de otras tribus para arreglar el negocio. Aprovechándose de semejante confusión, se presenta un Inglés, se abalanza á la mujer y la disputa á sus raptos.

La joven víctima, por su parte parece recibir con reconocimiento la intervencion del Europeo; arrimase á su libertador, y se tiene por muy feliz de escapar á las persecuciones de sus compatriotas. En este momento fué cuando empezó á complicarse el negocio. Bien persuadidos de su derecho, los salvajes rodearon en tropel al Inglés, y quizá le hubieran hecho una mala acción si no hubiesen acudido otros Ingleses con el objeto de inducirle á renunciar á su loca empresa. El caballeresco Breton soltó por fin la mujer, pero con la mas viva repugnancia; y esta recobrada por sus dos raptos fué puesta bajo la custodia de los guerreros de su tribu; despues de lo cual se colocaron de nuevo en la arena en ademán de reto. Este pequeño incidente acabó con algunas lanzadas inútiles.

Esta escena fué inesplicable para mí hasta mu-

cho tiempo despues. La tribu de Marrigong habia tenido dos de sus jóvenes mujeres arrebatadas por guerreros de la tribu de los alrededores de Sydney, y su honor escijia que tomara á la vez dos muchachas pertenecientes á la tribu de los raptos. Esta escena estaba ya preparada y arreglada de antemano. Habíanse designado ya las muchachas destinadas á ser arrebatadas, y debia hacerse el rapto en asamblea jeneral, para que su autenticidad realizara plenamente el honor de la tribu de Marrigong. Pero un artesano de Sydney (el que habia intervenido en la escena) habíase llevado á su casa la una de las dos muchachas, y vivia maritalmente con ella hacia uno ó dos meses. No contento con esto, volvía al campo de batalla para arrebatarse igualmente la otra. Era esto un ultraje sobrado directo á las costumbres de los salvajes, para que pudiese tocar á su término sin peligro. El obstinado Europeo se vió igualmente obligado á ceder, y la moza tuvo que vivir con el hombre que le destinaban las leyes de su país.

La llanura en donde nos hallábamos á la sazón, distaba muy poco de South-Head, situada á cinco ó seis millas de Sydney. Para conducir á aquel punto hay un hermoso camino, bien trillado, que termina en un elegante faro situado á la cima de una acantilada costa de greda, que habíamos percibido desde el mar. Con todo este distrito solo tiene plantaciones insignificantes: veíanse por acá y acullá algunas quintas de agradable aspecto; pero en jeneral el terreno es poco fértil y cubierto en su mayor parte de los vegetales que la naturaleza prodiga á manos llenas. Gran número de ellos forman bosquecillos de un agradable verdor, y ofrecen flores elegantes y variadas. Hacia el medio del camino, hay un sendero que conduce á una llanura denominada *Bella Vista*, de donde se descubre por un lado el mar, y por otro la comarca á una gran distancia. El camino de South-Head es para los petimetres de Sydney un paseo favorito; así que, todos los domingos se halla cubierto de caballeros y equipajes que enderezan su curso hasta el pie del faro, dando campo á cierto murmullo, movimiento, alegría y aire de civilización y de opulencia, que recuerdan el bullicio ciudadano de las mas ricas ciudades de la Europa (Pl. XXXVII — 3.).

El puntual Boungari me habia prometido el espectáculo del *gna-loung*, y debo decir que no faltó á la palabra contraída, pues fuimos á dos millas de distancia para asistir á esta ceremonia extraña, de la que el gobernador Collins ha trazado una descripción tan exacta y verdadera, que aun actualmente nada se puede darle ni quitar. He aquí sus preciosos detalles.

En un terreno preparado de antemano vinieron los naturales con sus mas bellos adornos á ejecutar danzas y justas. Ese terreno, de veinte

cinco pies de largo y de diez y ancho, se llamaba *you-lang*. Concluidos estos breves preludios comparecieron los *kerredais* ó sacerdotes, á quienes es dado el privilegio de arrancar los dientes. Esos *kerredais* pertenecen casi todos á la tribu de *Kemmirai*. Habiendo llegado al lugar de la ceremonia, se pusieron en pie y armados en uno de los ángulos de la plaza, mientras que los pobres niños destinados á sufrir la operacion estaban en la otra estremidad rodeados de sus padres y amigos.

La ceremonia empezó presentándose á la escena una multitud de hombres armados, que daban un grito particular é iban golpeando sus escudos y lanzas, levantando al rededor de sí torbellinos de polvo. El uno de ellos, llegando junto á los niños, se segregó de la multitud, arrebató á uno de los niños, volvióse despues hácia sus cólegas, quienes le acogieron con un grito, aparentando tomar el niño bajo su proteccion. Todos los niños presentes en número de quince, fueron asimismo arrebatados á su vez, y transportados á la otra estremidad del *you-lang*, en donde permanecieron sentados, con las piernas cruzadas, la cabeza baja, y juntas las manos; debiendo pasar la noche en aquella posicion sin tomar alimento alguno.

Despues de haber dispuesto sus víctimas por este órden los *kerredais* hicieron algunos ritos misticos. Uno de ellos se echó en el suelo y rodó por él como un furioso hasta que fué librado de cierto hueso. Una muchedumbre de naturales le rodeaban dando gritos, y batiéndole la espalda, cual para ayudarle á desembarazarse de este hueso enfadoso. Despues de una serie de esfuerzos y gritos el maníaco se retiró estenuado de fatiga y bañado de sudor, pero finjiendo estar libre de todo sufrimiento. Semejante truhanería se repitió muchas veces, y cada vez el *kevredai* manifestaba un hueso del cual se habia provisto de antemano.

Segun la explicacion dada á Collins, esta accion no tenia otro objeto que persuadir á los niños que no tendrian mucho que sufrir, pudiendo deducir el dolor de los *kevredais* en la estraccion de sus huesos, por sus propios sufrimientos.

Tales son los preludios de la ceremonia y el programa del primer dia. El dia segundo, al salir del sol, estando aun en la posicion en que se les habia puesto la vispera, los *kevredais* se levantaron, y en número de quince ó diez y seis desfilaron muchas veces seguidas al rededor del *you-lang*, caminando á gatas, imitando el modo de andar del perro: un sable de madera puesto á sus espaldas, y detenido por su ceñidor figuraba con harta exactitud la cola del animal. Cada vez que desfilaban delante los muchachos, hacian saltar sobre sí el polvo y la arena con los pies y las manos. Esta figura tenia por objeto conceder

á los niños el poder y la preeminencia sobre el perro, cuyas cualidades útiles se designaban en aquellos términos.

Poco despues llegaron los naturales, de los cuales el uno llevaba un kangaruo envuelto entre juncos é yerbas, y el otro un haz de matas. No obstante la lijereza del fardo, uno y otro manifestaban estar sumamente agobiados por su peso, y se detenian de cuando en cuando para cobrar aliento. Finalmente depusieron su carga junto á unos mozos, y se retiraron al momento como estenuados de pena y de fatiga. Por esta nueva figura se otorgaba á los niños el derecho de matar á los kangarous cuyas guaridas eran indicadas por las malezas.

Esta escena fué seguida de un largo intermedio, durante el que los niños quedaron siempre inmoviles en la misma posicion. Por su parte los *kerredais* se habian retirado separadamente, para ajustarse á sus espaldas una larga cola de ramas de árbol. Acercáronse despues al lugar de la escena, imitando la marcha del kangarou, ya brincando sobre sus patas traseras, ya deteniéndose para rascarse con sus patas delanteras. Seguíanles dos naturales armados en las matas, y parecian acechar el momento de herirles con sus lanzas, mientras otro salvaje llevaba el compás sobre un escudo con el auxilio de su macana. Esta pantomima representaba la caza del kangarou, y los naturales encargados de representar esos animales hacian su papel con un talento verdaderamente admirable.

Habiendo llegado esta multitud estravagante á la plaza del *you-lang*, desfiló ante los niños continuando sus saltos y brincos descompasados; despues de lo que arrojando á lo lejos su cola compuesta de yerbas, cada uno tomó un niño, cargóle encima de sus espaldas, y trájole al lugar donde habia de representarse el último acto de aquella comedia. A poca distancia dejaron los niños en tierra, reuniéndolos en un grupo que debia tenerse en pie, con la cabeza baja y las manos juntas en la actitud del mas profundo recojimiento. A sus espaldas se colocaron varios *kerredais* con la lanza en la mano; delante habia dos troncos de árboles, á doce ó quince pasos de distancia uno del otro, y encima de cada uno de esos troncos asentóse un natural, con otro sobre sus hombros, teniendo todos cuatro los brazos tendidos hácia delante. Entre estos dos grupos que estaban sentados, veíanse varios naturales tendidos de memoria los unos cerca de los otros.

Hicieron marchar á los niños junto á estos grupos, y á medida que se acercaban, los que estaban sentados encima de los troncos empezaron á hacer con los ojos, boca y toda su cara, las mas horribles contorsiones y visajes. Desde luego los niños fueron pasados por encima de los

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN

1. *Ceremonia del Gna-lui-o*
1. Ceremonia del Gna-lui-o

2. *Ceremonias Preliminares de un Casamiento Austral*
2. Ceremonias Preliminares de un Casamiento Austral

1. 1875, 1876

1. 1875, 1876
VIA 2

cuerpos tendidos en el suelo, al paso que estos hacían jestos como agonizantes, causando un sordo y lúgubre ruido. Esta escena tenía por objeto agüerrir á los muchachos y hacerles fuertes y duros á vista del peligro y de la perspectiva de las batallas. A las objeciones que les puedan oponer acerca de este punto, responden los naturales que es una cosa muy buena, y que despues de esta prueba los jóvenes se batén con valor.

Tras este nuevo episodio, la multitud entera, kerredais y muchachos, dieron aun algunos pasos, y despues se detuvieron en un paraje donde sentaron de nuevo los niños uno junto á otro. Provisos los kerredais de sus lanzas y escudos, se pusieron en semicírculo delante de ellos. En el centro y de cara á los demas veíase el kerredai que habia representado el principal papel en la ceremonia. En una mano tenía un escudo, y en la otra una macana con la que llevaba el compás. Al tercer golpe dado por esta especie de pontífice, todos los kerredais blandían sus lanzas, las inclinaban, y al mismo tiempo tocaban el centro de su escudo, maniobra que producía un efecto harto curioso por su precision y simultaneidad. Esta ceremonia era para los niños el símbolo del uso de la lanza.

Cuando hubo durado esto algunos minutos, los kerredais procedieron á la estraccion del diente, objeto principal de la reunion. Empezóse por un muchacho que no tenía sino diez ó doce años, y al cual colocaron en hombros de un natural. El kerredai que debía operar, manifestó uno de los huesos, que se reputaba haber sido estraído la vispera del cuerpo de uno de los sacerdotes: era una especie de instrumento cortado en forma de bisel, de modo que fuese capaz de cortar la encía á la raíz del diente. Cortóse en seguida un womara (palo para echar la lanceta) á ocho ó diez pulgadas de su estremidad; aplicaron uno de sus cabos á la base del diente, y despues lo hicieron caer golpeando con una gruesa piedra el otro cabo del palo (Pl. XXXIX. —1). Separado que estuvo el diente, apartaron al muchacho y le procuraron fortalecer la encía con cabezales, revistiéndole luego con un traje que habia de llevar muchos dias sin interrupcion. Este traje, especie de toga de adulto, consiste en un talabarte del que pende una espada de madera. Su cabeza es rodeada de una venda adornada con cintillas de xanthorrea, cuya blancura resalta con el color atezado del individuo. Aplican la mano izquierda á su boca, y le mandan tenerla cerrada todo el dia, sin que pueda comer ni hablar. De esta manera fueron probados á su vez todos los muchachos, mientras los espectadores gritaban sin intermision á sus oídos: *wah-wah! gaga-gaga!* con la intencion aparente de mitigar la intensidad de sus dolores y sofocar sus quejas; aunque esta precaucion nos pareció

Tomo III.

inútil, puesto que sufrían la operacion con un valor estoico. La sangre que corría de las mandíbulas no fué enjugada; sino que la dejaron correr sobre el niño y sobre la cabeza del hombre que traía en hombros. El nombre de este portador se añadía al del muchacho, lo que establecía entre ellos una especie de parentesco. La sangre que establecía este parentesco adoptivo no se lavaba de muchos dias, y cada individuo, hombre y muchacho, guardaba por mucho tiempo su señal.

Despues de estas pruebas los muchachos son admitidos á todos los derechos de la virilidad, como que están obligados á soportar todas sus cargas. Así pueden hacer uso de la lanza y macana, asistir en persona á los combates, y aun arrebatar las muchachas con quienes deseen casarse. El gna-loung es pues de hecho una verdadera iniciacion que marca el tránsito de la infancia á la edad adulta, circunstancia singular entre hombres tan bárbaros, institucion que hasta aquí solo se ha hallado en pueblos adelantados ya en la carrera de la civilizacion.

Esta escursion á los alrededores de Sydney, ademas del espectáculo del gna-loung, uno de los mas curiosos de esos países, me sujere tambien el de un entierro. El guerrero herido el dia antecedente en el torneo, el joven Ourou-Mare, habia muerto al punto de haber recibido la lanzada, y el bravo Boungari vino á avisarme que debía procederse á sus exequias, á las que asistí. Yacia el cadáver bajo una pequeña choza enramada, envuelto en una mala mortaja que le habia servido de capa durante su vida. A su alrededor estaban sentados sus parientes y amigos en actitud dolorosa; los niños y las mujeres se lamentaban y arrojaban continuos gritos de dolor. De cuando en cuando y sin motivo alguno aparente, se levantaban los hombres de dos en dos, se daban en honor del difunto fuertes lanzadas y golpes con la macana, y despues de algunas horas de semejante manejo, dos naturales trajeron una pequeña piragua de corteza, cortada de la longitud conveniente, y colocaron el cadáver en ella con sus armas y sus instrumentos de pesca. Durante estos preparativos, los hombres guardaban el mas religioso silencio, pero las mujeres y los niños continuaban sus lamentos. La piragua fué colocada en seguida encima de la cabeza de dos naturales, y mientras la levantaban, los asistentes ajitaban por encima del cadáver paquetes de yerbas que debían tener la propiedad de espeler el espíritu maligno. La comitiva emprendió la marcha, caminando á su frente Boungari y otro salvaje, quienes aceleraban el paso, ajitando de cuando en cuando mazorcas de yerbas, ya volviéndose hacia el cadáver, ya haciendo ademan de huir por la parte de las matas silvestres. Cuando estaban de cara al difunto, los que lo llevaban volvían su cabeza y evitaban mirarle.

Durante algun tiempo la marcha tuvo lugar en el sendero trillado; pero á un instante señalado Boungari y su compañero entraron en el bosque, aparentando buscar algo y ajitando siempre sus mazorcas de yerbas. Despues de esta excursion, reunieron á toda prisa el acompañamiento que alcanzaba ya el lugar de la sepultura, en donde encontrábanse ya reunidas las mujeres y los niños llorosos. Un natural arrojó dos lanzas sobre la multitud, pero con la intencion evidente de no alcanzar á nadie. Casi al propio tiempo, habiendo Boungari asido á dos pequeños niños, parientes cercanos del difunto, los presentó delante del cadáver paesar de los gritos de estas pobres criaturas, que no cedian á la ceremonia sino con estrema repugnancia.

Llegó finalmente el momento del entierro. Habíase hecho de antemano un hoyo poco profundo en paraje solitario y bajo un grande eucalyptus. El uno de los naturales allanó el fondo de la hoya, sembró en él yerba, estendióse en el mismo, y revolióse en todos sentidos cual para probar si el difunto estaria con toda comodidad y podria moverse. En seguida depositaron con toda precaucion el cadáver en dicha hoya, le cubrieron de tierra, colocaron ramos, yerba y helechos en semicírculo por la parte de la cabeza y de los pies, y cobijaron el todo por medio de una gran lápida. Todo esto fué acompañado de las mas minuciosas formalidades, cuyos pormenores es imposible dar y cuyos motivos aun mas imposible sospechar (Pl. XXXIX. — 3).

Estando ya todo concluido, los hombres dirijieron á las mujeres algunas palabras amenazadoras y severas; y despues retiróse cada uno sumido en el mas profundo silencio. Conforme á las costumbres del país, dos individuos que tenian el mismo nombre que el difunto, se vieron forzados á sustituirlo por otro, almenos durante algun tiempo.

Tales fueron las ecsequias de Ourou - Mare; pero parece que no es preciso por ceremonias semejantes sacar consecuencias de lo particular á lo jeneral. En Australia las honras fúnebres no están sujetas á regla alguna fija é invariable. Otros viajeros han visto á los indijenas quemar sus muertos para recojer sus cenizas y enterrarlas con cuidado. Otras veces han visto guerreros muertos en las batallas despojados y quemados por sus camaradas, sin que haya podido averiguarse lo que hicieron de sus restos. He aquí lo que refiere el teniente Britton con objeto de los Australes énterrados despues de una accion.

« En una disputa que se orijinó entre dos tribus á las orillas del Wollombi, fueron muertos cuatro hombres y dos mujeres de una de estas dos tribus, y despues enterrados en un sitio muy agradable del modo siguiente: los cuerpos de los hombres fueron colocados en cruz y tendidos de

espaldas, estando cada uno de ellos atado á un palo por detras del cuerpo, por medio de vendas al cuello, á la cintura, á las rodillas y á los pies. Las dos mujeres estaban colocadas de memoria, y tenian las rodillas encorvadas y arrimadas al cuello, con las manos atadas á las rodillas. De este modo sus tumbas formaban dos pequeños oteros de tres pies de altura, un poco mas lejos de la cruz formada por la tumba de los hombres. Esta disposicion depende de las ideas de inferioridad tocante á las mujeres, ideas que no permiten que estas se entierren con los hombres. En cuanto á los demas, el aseo y cuidado con que fueron fabricados los dos conos y la cruz eran dignos de atencion; la tierra estaba tan bien nivelada y dispuesta, que era imposible reconocer la menor irregularidad en su forma. Al rededor y á cierta distancia, los árboles hasta la altura de quince ó veinte pies fueron cubiertos de figuras grotescas que juzgaban representar kangarous, didelfos, serpientes entremezcladas con figuras groseras é instrumentos de que se sirven. Al rededor de la cruz trazaron un círculo de cerca treinta pies de diámetro, cuyo terreno allanaron con todo esmero y despejaron de todo linaje de malezas. Ademas de dicho círculo practicaron otro semejante, y en el intervalo estrecho dejado entre ambos círculos depositaron varios pedazos de corteza colocados como las tejas de una casa. El maligno espíritu, decian los naturales, no puede saltar por encima de esos pedazos de corteza, ni menos puede escabullirse por abajo.

Igualmente fijaron cuatro macanas en tierra, en el centro de la cruz, cuyo objeto los naturales manifestaron consistir en que al momento en que se volvieran á levantar los difuntos no se encontraran sin armas, y que se hallasen en estado de rechazar al mismo espíritu que quisiera simarles de nuevo en el sepulcro. Estos pormenores anunciaban ciertas nociones tocantes al estado futuro; pero seria sobrado difícil determinar bien en que consisten. Algunos colonos han asegurado que los indijenas se imaginan que su condicion futura será siempre feliz; que al momento de la resurreccion serán hombres blancos; que gozarán de todas las diversiones que están á la disposicion de los Ingleses; que podrán beber y comer á su guisa, y que vivirán en el calor moderado que les difundirán los templados rayos de un sol continuo.

Habian transcurrido ya quince dias desde mi llegada á Sydney; yo los habia aprovechado visitando toda la colonia, y la casualidad me habia hecho asistir á muchas ceremonias de los indijenas. No dejé pues de tomar mi partido cuando Powel vino á anunciarme que el *Kangaroo* estaba pronto á hacerse á la vela para la Tasmania. Me despedí de Harry, embarquéme á 15 de enero de 1832, y pocas horas despues

el ligero bergantín alcanzaba el cabo del S. y navegaba de nuevo á lo largo de la costa de Australia.

CAPITULO VI.

AUSTRALIA. — DESCUBRIMIENTO Y GEOGRAFÍA.

No cabe duda que largo tiempo antes de la llegada de los Europeos al mar de las Indias, los Malayos y especialmente los Macassares y los Boughis no habian tenido noticia de las tierras de la Australia. Casi todos los años comparecian allí con sus bateles para pescar tripangs ú holoturias en las playas septentrionales de la grande isla, y los navegantes han hallado muchas veces flotillas enteras ocupadas en esta pesca. Pero atraídos con ese especial objeto, aquellos hombres no pensaban en la importancia jeográfica de su descubrimiento. Bastábales saber que en el S. existian playas abundantes en tripangs.

El abate Prevôt y el presidente De Brosse han querido reclamar hace poco en favor de Paulmier de Gonneville el precioso descubrimiento de las tierras australes; pero entrambos han apoyado su rehabilitacion sobre un error evidente. La pintura que Paulmier ha trazado de los habitantes de la tierra en que aportó en 1504, no ofrece especie alguna de relacion con lo que se sabe actualmente de los miserables y desgraciados naturales de Australia. Analizando y combiando los pormenores del diario de Gonneville y lo que dice este viajero de los isleños que le acogieron, puede muy bien creerse que aportó en Madagascar y que tomó su príncipe Essomeric que llegó con él á Europa.

Desde los primeros años de su establecimiento en la India y en las islas de las Especies, los Portugueses tuvieron noticia de las tierras australes. No solamente los pescadores de tripangs pudieron informarles de la existencia de estas islas, sino que aportaron sin duda á ellas algunos de sus navíos desviados accidentalmente de su derrotero. Esta opinion tiene un valor casi incontestable si se atiende á un antiguo mapa de fecha de 1542, en el que se ve trazada al S. de las Molucas una tierra considerable con el nombre de Grande-Java, cuya costa está diseñada con harta ecsatitud por la parte septentrional. La Australia permaneció envuelta en las sombras del misterio hasta el año 1606, en cuyo tiempo el navío holandés, *el Duythen*, despachado de Bantam para explorar las islas de la Nueva Guinea, reconoció una extension de cerca trescientas leguas de las costas septentrionales de la Australia al O. del estrecho de Torres. Todo cuanto puede saberse de este viaje se encuentra reunido en estas palabras reproducidas testualmente: « Este vasto país fué hallado desierto en su mayor parte; sin embargo en cier-

tos parajes encontráronse salvajes negros, crueles y feroces, que sacrificaron á algunos hombres de la tripulacion; por cuyo motivo no pudo saberse por su parte ninguna noticia concerniente al país, ni menos aprontaron el agua y los víveres necesarios: así que las naves experimentaron una penuria que fué causa que no se pudo adelantar mucho este reconocimiento. El punto en que los Holandeses costearon la tierra lo llamaron cabo Reer-Weer ó cabo del Regreso.

Precisamente en el mismo año y en los mismos parajes, hácia el mes de agosto á poca diferencia, un navegante español tuvo conocimiento de la parte septentrional de la Australia. Este fué Luis Vaca de Torres, segundo comandante de la expedicion dirigida por Fernandez de Quiros. Hemos visto ya como entabló su tentativa de colonizacion en la tierra del Espíritu Santo. Despues de haber abandonado esta isla, Torres se separó del almirante y prosiguió su derrotero al O. En el mes de agosto, y á los 11° 1/2 latit. S. vino á parar en una tierra que tomó al principio por la Nueva Guinea, pero que es probablemente la misma que Bougainville llamó despues Nueva-Luisiada. Despues de haber costeadado esta tierra cerca de trescientas leguas, llegó Torres á un espacio ocupado de islotes y escollos, á través de los cuales la navegacion fué sobremanera penosa. A los 11° vino á parar en unas islas muy considerables, cuyos habitantes eran negros y robustos y andaban desnudos. Sus armas eran lanzas, flechas y macanas de piedra. Torres reunió veinte de aquellos individuos de diversas naciones, á fin de adquirir por su medio algunas noticias de aquellos países. Para salvar ese paso emplearon cerca de dos meses, y dirigieron su derrota al N.

No cabe la menor duda que ese paso era el estrecho conocido actualmente aun con el nombre de estrecho de Torres, y que las grandes islas en cuestion eran aquellas que confinan con el cabo Yorck, y quizá sea ese mismo cabo, estremidad septentrional de la Australia. De este modo pertenece á Torres la gloria de haber separado esta grande tierra de la Nueva Guinea; mas este hecho no se averiguó con toda certeza hasta que se llevaron á cabo las atrevidas empresas de Cook.

El Holandés Direk Hatichs, capitán del navío Eendracht, reconoció en 1616 una porcion de la costa occidental á la cual dió el nombre de su navío; lo que fué justificado por una plancha de estaño sucesivamente encontrada en 1697 y en 1801, en una de las islas de la bahía de los Perros Marinos. Lefase en ella en holandés: « á 24 de octubre 1616 llegó aquí el navío el Eendracht de Amsterdam; primer comerciante Gilles Niebacs de Liege; capitán Dirck Hatichs de Amsterdam. A 27 del mismo mes se hizo

á la vela para Bantam. Su segundo comerciante Jautins; primer piloto Pieter E. Dooves Van Bil. Año 1616. »

El *Mauritius*, navío de la misma nacion, parece haber hecho en 1618 á su regreso algunos descubrimientos á los alrededores de Willem's River; pero no existe acerca de este viaje detalle alguno circunstanciado. Tambien se creyó por largo tiempo que un tal Zeachem habia descubierto en el mismo año la tierra de Arnheim y la de Van-Dienem; pero hoy está demostrado que ningun navegante de este nombre no figura entre los que visitaron primeramente la Nueva Holanda.

J. de Edel en 1619 aplicó su nombre á la porcion de terreno que se estiende al S. de la tierra de Eendracht. El grande arrecife de Houtman's Abrolhos se cree no haber sido descubierto á la misma época y por el mismo Edel, al menos por un navegante contemporaneo. Tres años despues el navio el Leeuwin rodeaba por la parte del S. la porcion de costa ya reconocida. En 1623 Janlarstesis, que mandaba los navios Pera y Arnheim, fué despachado de Amboine para explorar las costas septentrionales de la Australia, que todavia se confundian con la Nueva Guinea. Carstens pereció en este reconocimiento, degollado por los salvajes juntamente con ocho hombres del Arnheim. La expedicion no dejó de proseguir su mision; descubrió tierras que recibieron los nombres de Arnheim y de Spult, y despues de esto los dos navios se separaron. El Arnheim se volvió á Amboine, mas el Pera continuó costearo la playa hasta Statem-River, desde donde dió á la vela para las Molucas. « En este descubrimiento, dice la relacion, encontráronse únicamente por do quiebra escollos, playas estériles, é islas pobladas por diversas naciones crueles, brutales y miserables, que podian ofrecer muy poca utilidad á la Compañía. »

En 1627 Pieter Nuyts que montaba el Gulde Zeepaaro, costó unas mil millas de la playa meridional de la Australia. No se publicó jamas el diario de la expedicion; pero se supuso que la tierra citada por Nuyts, y comprendida entre los 34° y 36° lat. S., debia ofrecer, como todos los demas paises de esta zona terrestre, terrenos habitables, ricos y fértiles. Al año siguiente, de Witt aplicó su nombre al pais que se estiende entre los 14° y los 21° de latitud meridional, y parece igualmente que pocos meses antes el navio Vianen habia reconocido unas doscientas millas de costa de esta isla y reconocido en medio de una playa estéril y peligrosa algunos terrenos verdes ocupados por pueblos negros y bárbaros.

En 1629 Francis Pelsart perdió su navio, el *Batavia*, en las rocas llamadas Houtman's Abrol-

hos. No habiendo podido encontrar agua dulce en aquellos islotes, este capitan hizo preparar una de sus canoas y procuró alcanzar el continente con una parte de su tripulacion. Despues de algunos dias de esfuerzos penosos y sin fruto, y de una navegacion de cuatrocientas millas á lo largo de aquellas costas, tomó el partido de volverse á Batavia de donde vino con el yate el *Sardam* para tomar á bordo los individuos que habia dejado en los Abrolhos. Estos habian acabado por descubrir agua en el hueco de las rocas, pero con la incertitud de poder vivir en este escollo habiendo concebido la idea de insubordinacion y rebeldía. A su regreso Pelsart se vió obligado á encruelcerse; ejecutó algunos revoltosos, y depuso otros dos en el continente frente los Abrolhos.

En 1636 Gerrit Tomas Pool fué despachado de Gauda con los yates Klyn Amsterdam y Wezec con el mismo objeto que Carstens; pero por una fatalidad singular fué sacrificado igualmente por los salvajes casi en el mismo sitio. Continuóse la expedicion bajo el mando del comisionado Pieterz Pietersen, pero los vientos contrarios les impidieron alcanzar la costa occidental del golfo de Carpentaria, y solo reconocieron la de Van-Diemen's Land en este golfo, en una prolongacion de cerca 120 millas, regresando sin haber visto habitantes, apesar de las muchas apariencias y humaredas.

En 1643 Tasman habia descubierto la parte mas austral de la Tasmania, sin sospechar siquiera que esta tierra formaba por sí sola una isla, y le aplicara el nombre de Van-Diemen's Land, bien que una porcion considerable del N. de la Australia hubiese ya recibido el mismo nombre. Estas designaciones eran por parte de los navegantes, homenajes rendidos á Van-Diemen, á la sazón gobernador jeneral de Batavia. En 1644 Tasman fué enviado de nuevo hácia las tierras australes para reconocerlas. Esta vez exploró cuidadosamente el golfo de Carpentaria, la tierra de Arnheim y la de Van-Diemen. Desgraciadamente el jenio apocado y mercantil que presidia á las operaciones de la Compañía holandesa sepultó sus bellos trabajos en un profundo misterio. Igualmente en nuestros dias nos hallamos reducidos á simples conjeturas acerca los descubrimientos de Tasman, y todo cuanto se sabe se reduce á que visitó muchas veces á los naturales. He aquí lo que acerca de esto se encuentra en Dalrymple. « A los 13° lat. S. la costa es estéril; los naturales son muy perversos; atacaron á flechazos á los Holandeses á su llegada á tierra sin haber sido provocados. Este lugar es muy populoso. A los 15° lat. S. el pueblo es salvaje, y va desnudo; nadie puede entender su lenguaje. A los 17° lat. S. Tasman encontró un pueblo negro, desau-

do y con los cabellos rizados, malvado y cruel, que empleaba por armas arcos, flechas y macanas. Cierta dia se presentaron en número de cincuenta armados de toda suerte y se dividieron en dos filas para sorprender á los Holandeses que habian desembarcado en número de veinte y cinco: pero el fuego de artillería les amedrentó y les puso en fuga. Su playa es peligrosa; hay pocos vegetales; los naturales no tienen casas. A los 20° lat. S. los habitantes son muy numerosos; arrojaron piedras á las embarcaciones enviadas á tierra por los Holandeses. Hicieron fuegos y humo á lo largo de la playa, y se conjeturó que era para dar á entender á sus vecinos la presencia de los extranjeros. Estas jentes parecían vivir muy miserablemente, andaban desnudos, y comían batatas y otras raíces. »

En cuanto á lo demas, parece que esta gran-
de tierra recibió definitivamente el nombre de Nueva Holanda desde los reconocimientos de Tasman, mientras que antes de él se habia indicado habitualmente bajo el nombre jenerico de Gran tierra del Sud, ó Tierras australes. El nombre de Nueva Holanda ha prevalecido largo tiempo entre los jeógrafos; pero debe ceder el puesto al de Australia, mas racional y mas verdadero, que han adoptado y mantenido los Ingleses establecidos en este territorio, y que nosotros empleamos aquí con preferencia á todos los demas.

En 1788 y en 1699 el Inglés Dampier costeó cierta estension de las costas del N. O., y á este observador juicioso se deben las primeras nociones ecsactas é individuales acerca esos países hasta entonces imperfectamente conocidos. Describió muchas de las producciones singulares del país, y en cuanto á los habitantes que vió en 1688, los pintó como hombres negros, desnudos, con los cabellos crespos y lanosos, con un cinturon al rededor de los lomos, del cual pendia un puñado de yerbas, y tres ó cuatro ramos verdes que servian para cubrir su desnudez. A todos esos salvajes, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, les faltaban los dos dientes de delante de la quijada superior; ninguno se dejaba crecer el pelo de la barba. Cuando los Ingleses saltaron en tierra, los naturales les amenazaron con sus lanzas y macanas, pero la esplosion de un cañon les puso en fuga. Estos naturales no tenían canoas ni piraguas; pero se vieron algunos que pasaban á nado de una isla á otra.

En su segundo viaje verificado en 1699, Dampier volvió á ver la misma raza de hombres, pero no tuvo ocasion de observar si habian perdido igualmente dos de sus dientes de delante. Uno de ellos, que parecia jefe, tenia los ojos rodeados de un círculo blanco pintado cen-
cal, con una raya que le bajaba de la frente hasta

la punta de la nariz; ciertas partes del pecho y de los brazos eran pintadas con el mismo color.

No se servian de arcos ni de flechas, y se creyó que carecian de casas, porque no se vió ninguna. El terreno es arenoso y estéril, de suerte que solo se ven en él muy pocas plantas. No se encontraron corrientes de agua dulce, ni menos pudieron procurársela escavando la tierra.

En 1696 Guillermo Ulaning estuvo igualmente encargado de hacer un reconocimiento en las costas occidentales de la Australia, á fin de ver si podian descubrirse vestigios de los náufragos del navío Ridderschap, que se suponía haber encallado en aquellas playas en 1684 ó 1685. A fines de diciembre, Ulaning fondeó en la isla Rottenest; aportó en una tierra en que se veían tres chozas abandonadas, y remontó hasta la distancia de quince ó veinte leguas un rio que fué llamado Black Swans River (Rio de los cisnes negros). Esta era la vez primera que se veían de esos volátiles, y la expedicion trajo dos á Batavia. Continuando la esploracion de la costa, vieron á 23 de enero de 1697 dos salvajes que caminaban por encima de los méganos; mas todo cuanto se les pudo observar, fué que eran negros, desnudos y de una talla regular. A 3 de febrero encontraron á la entrada de la bahía de los Perros Marinos la plancha de estaño depuesta allí por Dirck Hatichs. Ulaning lo hizo poner en un tronco de árbol, y despues de haber hecho añadir una segunda inscripcion, que recordaba su propio viaje, continuó su esploracion hasta la bahía situada detras del cabo N. O., que llamó Wilhem's River; y el dia 21 tomó su derrota para Batavia despues de haber explorado una estension de casi doscientas leguas de costa.

Las noticias de todos estos navegantes tanto acerca de la historia natural como de la etnología de la Nueva Holanda, no eran de suyo capaces de escitar el deseo ni la curiosidad de los Europeos: así que, pasaron muchos años sin pensar en ellas. Sus límites hacia el oriente quedaban siempre ignorados; pues aunque en 1769 Bougainville descubrió muchos bancos que la cercan por esta parte, el temor de una encalladura puso coto á sus deseos, y este temor le impidió ser el primero en revelar á la ciencia la jeografía de la Australia oriental.

Estaba reservada esta gloria á Cook, quien habia acumulado ya tantas otras. En 1770 atrató á la tierra junto al cabo Howe, y no cesó de mirarla hasta al cabo York, que forma su estremidad septentrional. Este admirable trabajo bastara solo para encumbrar al marino inglés al rango de los mas célebres navegantes; pero para ello tuvo que arrostrar numerosos peligros

que pusieran en grave riesgo no solo la fortuna del navío, si que tambien los preciosos descubrimientos que hiciera. La mas terrible alarma tuvo lugar en la noche del 10 al 11 de junio de 1770, delante de un cabo que recibió el nombre de cabo *Tribulacion*. El navío del capitán inglés se encontró encallado de repente en las puntas de corales que forman como una cadena no interrumpida al rededor de la playa. Por largo tiempo le sacudió la marejada en esta peligrosa posicion, y le arrebató tablas del forro esterior del navío y una porcion de su falsa quilla antes que pudiera ponerse á flote. No creía Cook librarse de las agudas puntas, que estrellaban el costado de su fragata. Sin embargo despues de doce horas de encalladura, y despues de haber arrojado al mar, á fin de alijerar el navío, los cañones, el lastre, los toneles y las provisiones menos urgentes, consiguió reponerse y alcanzar una ensenada vecina junto á un rio que recibió el nombre de *Endeavour*. Carenando allí el navío no pudieron menos de quedar estupefactos al conocer los peligros que habian corrido. Entre las roturas que las rocas habian hecho en los tablones esteriores del navío, y aun en el tablon grueso, habia una de bastante ancha paraque el buque se hubiera ido á pique en poco tiempo aun con el juego de todas las bombas; pero por una suerte de prodigio el ángulo de la roca que habia hecho el agujero se habia roto en la abertura, y clavándose allí de tal suerte que tapaba la mayor parte; sin cuya circunstancia casi milagrosa, jamas se hubiera hablado de los magníficos descubrimientos de Cook. Dejando el rio de *Endavour* el intrépido capitán no se creyó al fin de su inmensa tarea; salvó el estrecho de Torres, y no dejó la Nueva Holanda hasta despues de haber trazado la situacion de su costa oriental en una estension de mas de seiscientas leguas. Secundando á los jeógrafos, los naturalistas Banks y Solander recojieron las nociones preciosas y mas auténticas acerca de la naturaleza del terreno y sus producciones.

Conociase finalmente el ámbito de la Australia. Sabíase que era una tierra inmensa, y fuera necesario renunciar definitivamente á la quimera tan largo tiempo admitida del continente austral, supuesto indispensable para contrapesar al hemisferio boreal. Todavía las nociones adquiridas acerca de esta grande tierra eran muy incompletas y vagas, aun bajo las noticias puramente náuticas y jeográficas. Habíanse hecho necesarios nuevos reconocimientos que se llevaron á cabo sucesivamente por órden de los gobiernos inglés y francés.

Solo citaremos aquí *Saint-Allouarn*, que en 1772 á bordo del navío de carga el *Gros-Ventre* visitó algunas partes de la costa occidental, pero sin realizar nada de importante; *Macluer*,

que en 1791 exploró una porcion de la costa septentrional; *Bligh*, *Edwards* y *Pertlock*, que en 1789, 1791 y 1799 añadieron nociones útiles á la navegacion del estrecho de Torres. Verifícase el viaje de *Vancouver*, que en 1791 descubrió el hermoso puerto del *Rey Jorje*, y trazó con una notable precision, una pequeña estension de la vecina playa. No vió naturales en el puerto del *Rey Jorje*; mas encontró numerosos vestijios de su morada. Al año siguiente d'*Entrecasteaux* reconoció á su vuelta una estension muy grande de costas en los mismos parajes, y fijó su situacion con mas ecsactitud.

El cirujano *Bass* en 1797 penetró con una simple chalupa en el estrecho que separa la Australia de la Tasmania, y que recibió su nombre. En 1800 *Grant* señaló igualmente una estension de costas de cerca ciento veinte leguas, que nadie habia visto aun, al N. O. del cabo *Otway*. *Baudin* y *Flinders*, el primero á espensas de la Francia, y el segundo de la Inglaterra, por los años 1801 y 1802 exploraron circunstanciadamente cada uno por su parte, la mayor parte de las costas occidental y meridional. Las relaciones de sus viajes esparcieron por Europa una multitud de documentos del mas alto interés acerca de este gran pais terrestre ignorado hasta entonces, y los naturalistas *Peron* y *Brown* dilucidaron varios puntos de su geognosia é historia natural.

Posteriormente por los años 1818, 1819, 1820, 1821 y 1822 el capitán *King* completó el reconocimiento detallado de toda la parte septentrional de la Australia. Embarcado en navios de una pequeña tonelada y de un débil fondo de agua, pudo arrostrar constantemente el ímpetu de las olas que se estrellan contra la playa y la tierra, y penetrar en una multitud de ancones en donde sus antecesores no habian podido arriesgarse con sus grandes buques. Su trabajo es un modelo tal de precision y de paciencia, que por mucho tiempo será difícil añadir ningun pormenor á sus observaciones. Gracias á las observaciones del naturalista *Cunningham*, que hacia parte de la expedicion, la flora y las selvas de estas rejiones han sido conocidas mas completamente.

Finalmente debemos á los capitanes *Freycinet* y d'*Urville* los últimos pormenores suministrados por navegantes; el primero en 1818 recojió algunos documentos nuevos acerca la bahía de los *Perros Marinos*; el segundo en 1827 exploró el puerto *Western* y la bahía *Jervis*. En dos de esos puntos el capitán d'*Urville* tuvo comunicaciones amigables con los naturales, y observó que á la bahía *Jervis* tenian una apariencia mas robusta y formas mas regulares. Su intelijencia parecia ademas superior á la de sus compatriotas del puerto del *Rey Jorje*, y los Franceses no pudieron menos de quedar contentos de su probidad, dulzura y circunspeccion. Sus chozas construidas con

largos pedazos de corteza unidos por su estremidad y cubiertos de granza y de hojas de *zostera*, eran aseadas en lo interior y espaciosas; cada una podia contener ocho ó diez individuos. En fin los Franceses observaron encima las rocas areniscas de la playa, plantillas de embarcaciones y de chalupas de una hechura muy bien diseñada.

Aunque el perímetro entero de la Australia es actualmente bien trazado y conocido, solo tenemos sin embargo en materia de nociones exactas y un poco extendidas tocante á los países centrales, las exploraciones de la costa meridional en la que parecen haberse concentrado todos los esfuerzos de los viajeros. El establecimiento de los Ingleses en la costa acarreó asimismo el reconocimiento de esta zona. Este reconocimiento demostró que esta grande isla, árida en su mayor parte á la orilla del mar, ofrece en su interior terrenos fértiles y susceptibles de recibir un gran número de cultivos, y sobre todo grandes y excelentes pastos para toda especie de rebaños.

La naturaleza del terreno no ofrece obstáculo alguno al progreso de los colonos hasta el pie de una cadena de montañas que fueron designadas con el nombre de Montañas Azules. La dificultad no consistia por tanto en la altura de esta cadena, cuyas mas elevadas cumbres no pasan de cuatrocientas toesas; pero cada vez que se quiso abrir un camino hacia las cimas de la montaña, costeano barrancas mas ó menos practicables, encontráse el viajero detenido siempre por inmensas murallas naturales é intransitables. Tal fué el resultado de los esfuerzos de Bass, de Caley y de Bawallier, que despues de inauditos esfuerzos y privaciones crueles se vieron obligados á renunciar á la esperanza de atravesar las Montañas Azules. La opinion de que eran inaccesibles se robusteció poco á poco entre los colonos con tanta mas facilidad, cuanto los mismos indijenas no pudieron indicar á los Ingleses pasaje alguno por cuyo medio se pudiera penetrar á los países interiores.

Finalmente en 1813 afligió á la colonia una horrosa sequedad. La yerba era abrasada desde el litoral hasta el pie de las montañas; habian desaparecido las fuentes, se habian agotado las corrientes, y por todas partes morian los ganados. Entonces tres bravos colonos, Blaxland, Wentworth y Lawson, se decidieron á tentar otra vez un reconocimiento á fin de ver si podrian encontrarse algunos recursos á la otra parte de las Montañas Azules. Por una feliz inspiracion, en lugar de abarrancarse en los desfiladeros, concibieron la idea de seguir constantemente las cimas de las montañas, y despues de un gran número de rodeos que les obligaron mas de una vez á retroceder, se encontraron por fin á la estremidad occidental de esta cadena, cerca de veinte y cinco

millas al O. del rio Nepean. Concibase su alegría cuando descubrieron á sus plantas un magnífico valle cubierto de yerbas y bien regado. El ingeniero de la colonia, M. W. Evans, siguiendo los vestijios de aquellos viajeros, descubrió al momento las llanuras de Bathurst y los rios Macquarie y Lachlan que las atraviesan. Al año siguiente abrióse un camino llano al través de las montañas, y actualmente ecisten prontas y hermosas comunicaciones entre la parte marítima y los países del interior.

En 1817 Oxley y Cunningham siguieron la corriente del Lachlan, que se habia considerado por largo tiempo como un arroyo de Macquarie, y conocieron que bañaba una serie de colinas y de llanuras que ondeaban lijaramente sin recibir una sola corriente digna de citarse. Ademas el terreno ofrecia señales evidentes de submersion en el tiempo de las lluvias. A unas 400 millas en el interior se terminó este largo y precioso reconocimiento, y los viajantes se vieron detenidos por intransitables pantanos.

Al año siguiente M. Oxley tentó el reconocimiento del Macquarie; pero despues de haberlo seguido al N. O. por espacio de cerca cincuenta leguas, á la otra parte del monte Harris, colina situada á la ribera y á doscientos pies de elevacion sobre el nivel de la llanura que la rodeaba, vió la estremidad del rio perderse en inmensos aguazales, que parecian formar una especie de mar mediterraneo. Oxley se dirijió hacia el E., descubrió las ricas y pintorescas llanuras de Liverpool y alcanzó la costa en el puerto Macquarie.

A estos diversos y preciosos reconocimientos sucedieron las tentativas de los colonos por la parte del S. de la colonia. Exploróse el Argyle, y se descubrió un tercer rio que corria hacia el interior, rio que los naturales apellidan el Morumbidgi. En 1823 un oficial de marina remontó ese rio hasta poca distancia de su manantial, hacia un país de pastos que llamó Brisbane-Downs, y quedó averiguado á poca diferencia que la linea de division de las aguas que corrian hacia el O. y hacia el E. debia terminarse por la cadena de Montañas Azules en toda la estension de la Nueva Gales del S., y mas al S. por los montes Warragong, que parecian correr sin interrupcion hasta el promontorio de Wilson.

A fines de 1824 dos atrevidos viajantes, los SS. Howell y Hume, se encaminaron por tierra desde las orillas del lago Jorje en el Argyle á las riberas del puerto Felipe en el estrecho de Bass. Esta penosa excursion contribuyó mucho al conocimiento de la Australia meridional. Los países hallados por dichos viajantes, muchas veces montuosos, les presentaron terrenos fértiles y excelentes pastos. A su vuelta tomaron su derrota mas al O. y encontraron un terreno mas terso y mas uniforme, descubrieron diversas cor-

rientes de agua de las que las principales fueron denominadas Hume, Oven, Goubburn, que se dirigian todas hácia el interior.

Cunningham en varias escursiones á las llanuras de Liverpool añadió algunos pormenores á los hechos ya conocidos; pero en 1827 fué oficialmente encargado de una mision mas importante. Tratábase de reconocer todo el país comprendido entre el rio Hunter y la bahía Moreton, penetrando hasta cierta distancia en el interior. Habiendo marchado Cunningham á 30 de abril de las orillas del rio Hunter, atravesó la cadena de las montañas que en este punto tiene 3.000 pies de altura, y continuó su derrota al través de un país elevado que rodea las llanuras de Liverpool por la parte del oriente. A los 30° de latitud siguió cerca de diez y seis millas un valle verde y fértil, encontrándose despues á las riberas de un rio bastante considerable que habia recibido el nombre de Peel. Su alveo no tenia menos de 120 toesas de anchura; mas debia recibir una cantidad de agua almenos de doce ó quince pies de altura. Habiéndole á la sazón la sequedad reducido á la proporcion de un pequeño arroyuelo, fué fácil pasarlo á pie enjuto; en cuyo punto se encontraron algunos vestijios de la mansion de los naturales. A los 29° de latitud aparecieron vastas llanuras, en las cuales estendiéndose la vista á larga distancia buscaba en vano distinguir algunos humos que le revelaran la presencia del hombre. El alveo de un torrente considerable, el Dumerang, fué tambien traspasado, y se vieron algunas lagunas de un agua profunda, apesar de las sequedades que habian reinado.

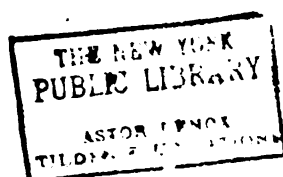
Encontrándose entonces Cunningham á cincuenta leguas del mar, empezó á dirigirse al N. E. con objeto de acercarse poco á poco. Desde luego su marcha tuvo lugar en terrenos en extremo estériles, en donde sus caballos tuvieron apenas algunos puñados de yerbas para alimentarse. A los 28° encontró los Darling-Downs y Peel-Plains, país mas fértil y habitable. A 16 de junio el viajante habia llegado á unas veinte leguas de la bahía Moreton, pero el estado de los caballos le obligó á retroceder. Como á su vuelta, se dirigió mas al E. que á la isla. Su caminata fué infinitamente mas penosa al través de un terreno montuoso y lleno de piedras, cuya base era un granito muy compacto, en donde se encontraba el cuarzo en abundancia. Volvió á pasar el Dumerang á cincuenta millas mas cerca de su manantial de lo que habia hecho la vez primera, y los grados del barómetro le indicaron una elevacion de 300 pies sobre el nivel del mar por aquel punto de su corriente. Atravesó tambien otro rio considerable que denominó Gwyder, formado por la reunion del Peel con otro torrente llamado el Horton, y costó de cerca la cadena de los montes Harkwick, cuyo terreno está for-

mado por un granito rojizo en el cual se hallan diseminados cascajos de feldespató. Algunas de sus cimas cortadas en forma de tableros como altas chimeneas debian tener de cinco á seiscientas toesas de elevacion, desde la cual Cunningham se encontró de vuelta á las orillas del rio Hunter tras una ausencia de trece semanas, durante las cuales habia hecho cerca de 1800 millas á través de países hasta entonces desconocidos.

Al año siguiente continuó el curso de sus viajes. Desde las orillas de la bahía Moreton llegó al través de la cadena de montañas al punto en donde se habia detenido en su famosa escursion, y cerciorarse si podria abrirse una comunicacion fácil entre los fértiles méganos de Darling-Downs y el establecimiento formado en Moreton-Bay. Este hecho era altamente importante para la prosperidad de esta colonia. Al momento remontó el rio Brisbane hasta el punto en que no es mas que un pequeño arroyuelo formando balsas de trecho en trecho. Estaba casi demostrado que este rio tomaba su origen en la parte occidental de las montañas de la costa, mientras que se habia supuesto por largo tiempo que formaba la embocadura del rio Macquarie que al salir de los pantanos en donde se disminuía, habria tomado otra vez su corriente al N. E. para arrojarle á la bahía Moreton; pero este hecho debia establecerse de un modo mucho mas positivo en dos reconocimientos penosos y fecundos del bravo capitán Sturt.

El capitán Sturt realizaba sus empresas casi á la misma época en que Cunningham reconocia las cercanías de la bahía Moreton. Tres años hacia que pesaban sobre la colonia horribles sequias, y podia creerse que los aguazales que habian cerrado el camino á Oxley serian entonces seguros y practicables. A 20 de diciembre de 1827 el capitán Sturt, encontrándose en la cima del monte Harris y tendiendo una ojeada sobre la llanura, reconoció en efecto con sorpresa y alegría que las vastas cascadas de agua estancada reconocidas por su antecesor, no ecsistian ya. En su lugar prolongábase una llanura verde de un terreno llano sin la menor eminencia. Sturt atravesó esta llanura cuyo terreno era hendido por acá y acullá, y á cincuenta millas mas lejos, el alveo del Macquarie borrado hasta entonces se reprodujo en un pequeño rio que iba á reunir sus aguas á las del Castlereagh descubierto un poco mas al N.

Entonces Sturt continuó sus investigaciones hácia el N. O. en la direccion de aquellas inmensas llanuras en donde mas de una vez su comitiva tuvo que sufrir falta de agua. Apenas se veian por intervalos lagunas y colinas aisladas que interrumpian la monotonía de aquellos ingratos terrenos. Siguió una pequeña corriente y llegó á las orillas de un caudaloso rio, que denominó Dar-



- 2 Confluencia del Murray en la Llanura
- 3 Confluencia del Murray y del Darling

- 4 Sepultura de los Naturales del Australia

ling, y cuya vista le infundió grandes esperanzas, á los 30° de latitud y á 150 leguas cerca de las riberas del mar oriental; pero cual fué la contrariedad de los viajeros cuando percibieron que las aguas del Darling eran salobres! Durante cerca de cuarenta millas siguieron su curso en la direccion del S. O. y no hallaron mutacion alguna en la naturaleza de sus aguas. La anchura de su alveo al punto en que se encontraban podia ser de cerca treinta toesas, y la elevacion de sus riberas de treinta á cuarenta pies. Finalmente la falta de agua potable, la aridez del terreno y la carestía de provisiones determinaron á Sturt y á sus compañeros á retroceder. El punto en que abandonaron el curso del Darling está situado á los 30° 16' de latitud S. y á los 144° 50' lonj. E.

En este reconocimiento los viajeros tuvieron con los naturales numerosas y diarias relaciones. El capitán Sturt evalúa en doscientos cincuenta el número de salvajes que tuvo ocasion de observar. Su conducta fué siempre amigable, y no pocas veces prestaron sus servicios á los Ingleses. La pintura que hace Sturt de tan remotos países, es la siguiente: « Los naturales, dice, iban errantes por el desierto, y la mala calidad del agua que estaban obligados á beber les habia hecho contraer una enfermedad outanea que acababa prontamente con ellos. Los pájaros que se veían posados en los árboles parecian sostener difícilmente el peso de la existencia en medio de una atmósfera grave y ahrasada. El perro montés ó *dingo* se arrastraba continuamente por una y otra parte, y su debilidad le impedía huir el acceso de los hombres. Mientras estaba completamente consumada la pequeña vejetacion, los mismos árboles perecian de languidez á causa de la gran profundidad á que la sequedad habia penetrado en lo interior del terreno. Muchas personas de la expedicion fueron sobrecojidas de oftalmías ocasionadas por el reverbero del calor en las llanuras que se habian recorrido. El termómetro á la sombra señalaba 50° centígrados á las tres de la tarde, y 38° al poner del sol. »

Los importantes resultados obtenidos por el capitán Sturt en las rejiones situadas al N. O. de la colonia determinaron al gobierno á enviarle al S. O. para examinar el curso del Morrumbidgi. Todo lo que hasta entonces se sabia de aquel rio se reducía á que despues de haber tomado su origen bajo el flanco occidental de los montes Warragong en el condado de Murray, á ochenta millas cerca de la costa oriental, recibia el tributo de varios torrentes poco importantes y proseguia su curso hacia el O. durante unas trecientas millas, formando muchas sinuosidades, pero sin recibir el menor arroyo. Como el Lachlan ofrece un carácter semejante á treinta ó cuarenta leguas N., se concibe fácilmente porque las llanuras situadas entre esas dos corrientes ofrecen en

jeneral un aspecto bastante árido.

En diciembre de 1829 Sturt dió principio á aquel nuevo reconocimiento. Siguió la ribera derecha del Morrumbidgi basta salvar todos los bancos de arena que hubieran podido oponer algun obstáculo á su navegacion. A una distancia casi igual de los mares del S. y del O. estableció una especie de depósito, puso á flote la canoa que por tierra habia traído de Sydney, y logró construir una segunda canoa en aquel sitio. Este punto solo distaba unas veinte y siete millas de aquel en que Oxley habia perdido de vista la corriente del Lachlan que desaguaba en el Morrumbidgi, á doce millas cerca de su depósito. Por acá y acullá el rio estaba cortado por bancos de arena que constituían remolinos peligrosos á las piraguas. En fin despues de noventa millas de navegacion á través de un país terso y monótono, los viajeros llegaron á 7 de enero de 1830 al término de la corriente del Morrumbidgi que desaguaba en un hermoso rio. Este rio corria despues de su reunion con aquel arroyo en un alveo de cuatrocientos pies de ancho y con una celeridad de dos millas y media por hora. Llamáronle el *Murray*, y todo anuncia que es formado por las aguas reunidas del Hume, Goulburn y del Oven, descubiertos en 1824 por Howel y Hume (Pl. XXXVIII.—3).

Despues de nueve dias y medio de navegacion á lo largo del Murray, durante los que hicieron cerca de cien millas al O. sin que cambiara el aspecto triste y uniforme del país, la expedicion se halló ante un rio caudaloso que bajaba del N. E., poco inferior al Murray. El capitán Nicols lo remontó durante algunas millas y encontró que tenia una anchura de cerca cincuenta toesas. Sus riberas, pobladas de naturales, eran de una apariencia mas bella que las del Murray; sus aguas tenian once pies de profundidad, y eran turbias, pero perfectamente agradables al paladar. Sturt por lo tanto no vaciló en asegurar que este rio no era otro que el Darling que habia descubierto el año anterior. Resta sin embargo explicar como sus aguas de salobres que eran se habian dulcificado enteramente.

El Murray, despues de haber recibido el Darling, se engruesa aun á veinte ó veinte y cinco leguas mas al O. con un nuevo torrente bastante considerable que viene del S. y que fué apellidado Lindsay, bien que probablemente es idéntico con el Goulburn de los SS. Hume y Howel. Mas allá el país cambia enteramente de aspecto y empieza á ser montañoso: la ribera septentrional del rio ofrecia altos acantilados que parecian en parte de origen volcánico, y á mayor distancia levantábanse otras montañas calizas á lo largo del rio en paredes verticales de doscientos pies de altura, en las que se veían en grande cantidad fósiles y corales marinos. En fin á 3 de febrero, despues de una larga y penosa navegacion, encontrándose

los viajeros á los 137° 25' de latitud, cambiáse de repente la direccion del Murray del N. al S., y sus aguas profundas, turbias y apacibles corrían en medio de sinuosidades y en un espacio de casi treinta leguas hasta el vasto lago salobre que denominaron Alejandrina. Este lago es un depósito de agua inmenso al que Sturt no atribuye menos de cincuenta millas de longitud sobre treinta ó cuarenta de ancho. En el mismo centro este lago no tiene mas de cuatro pies de profundidad, de donde resulta que en realidad no es sino un vasto pantano que cria sal comunicando por medio de un canal sinuoso con las aguas de la bahía Encounter.

Desde la cima de algunos mogotes de arena Sturt pudo ver el mar á sus plantas y examinar el cabo Jervis. A las orillas del lago se observaron focas y en la ribera meridional percibiéronse de lejos algunos naturales armados con el cuerpo pintado, lo que no indicaba ciertamente intenciones benévolas. Estos indijenas no hicieron tentativa alguna para acercarse á los Ingleses: no parecia sino que querían estar alerta. Entonces Sturt se embarcó de nuevo y volvióse con sus compañeros por el mismo camino al depósito que habia fundado. Así tuvo el primero la gloria de haber atravesado la Australia, en una de sus menores anchuras, sí, pero en una estension bastante para trillar la senda á nuevas indagaciones y para resolver el importante problema del sistema hidrográfico de este vasto país.

A principios de 1832 el mayor Mitchell emprendió la marcha para explorar los países del N. Tratóbase de indagar la verdad en las noticias de un reo fujitivo que por espacio de cinco años habia vivido con los naturales del interior, y que habia adoptado todas sus costumbres. Este hombre llamado Barber, preso recientemente por un destacamento de la policía de á caballo, habia hecho la relacion que en sustancia es la siguiente.

Dos veces atravesara Barber toda la Australia en la direccion del N. O., siguiendo la corriente de un rio que toma su origen hácia la estremidad occidental de la cadena de montañas que circuye las llanuras de Liverpool. Este rio hacia correr sus aguas en un alveo ancho y profundo durante muchos centenares de millas sin que nada le hiciera obstáculo; y despues desaguaba en un lago de una grande estension cuya comunicacion con el Océano no habia podido percibir Barber. Los naturales le dijeron que de cuando en cuando venían á visitarlo algunos extranjeros para cortar de sus riberas palo de olor que se llevaban en gran cantidad. Estos extranjeros muy temidos por ellos estaban armados de dos lanzas, la una grande y la otra pequeña, de las cuales la última se disparaba sola. Esto queria decir sin duda que los naturales iban armados de arcos y flechas. Lie-

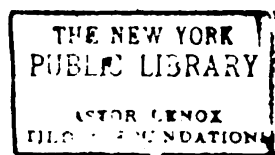
gaban á la playa, reunían á los indijenas en las canoas fabricadas de madera, siendo así que las del país estaban hechas con la sencilla corteza de los árboles; su vestido era una especie de camisa que llegaba hasta el codo y un pantalon que no descendía mas allá de la rodilla. Todas esas indicaciones parecían convenir á los Malayos. A estas relaciones de los salvajes, añadía Barber haber visto árboles cortados con un hacha, y uno de los naturales llevando aun las señales de una herida hecha con una de las pequeñas lanzas, de que hemos hablado aquí, lanzas que arrojaban, según se decía, con la mayor destreza.

El mayor Mitchel estuvo cuatro meses ausente. La pérdida de una parte de sus provisiones y de dos de los suyos muertos á traicion por los naturales, le impidió hacer su reconocimiento tan lejos como él hubiera deseado. No hizo nuevos descubrimientos; pero reconoció las corrientes que Cunningham habia costeadado en sus viajes, el York, el Gwyder y el Dumerang ó el Karaula, y aseguró que no eran en realidad sino afluyentes del Darling.

En las orillas del Karaula los naturales no intentaron atacar abiertamente la caravana del mayor Mitchell; pero buscaron sorprenderla, siguiéndola por detras, y marchando en grupos de cien hombres en una linea paralela, de lo cual resultaba que los Ingleses debían estar perpetuamente alerta, y que cada noche estaban obligados á escojer para sus campamentos lugares naturalmente fortificados para encontrarse al abrigo de ataques nocturnos. Sucedió cierta noche que dos hombres fueron degollados al momento en que conducían al campo del mayor ganado y bagajes para su uso.

La mayor distancia á la cual se pudo llegar en la costa occidental fué la de unas 120 millas y bajo el paralelo de 32° lat. S. El terreno en esta zona era interrumpido de llanos y colinas, fértil en apariencia, bien regado y ofreciendo por todas partes magníficos pastos. A medio camino se dirijia del S. al N. un hermoso rio que llamaron Avon. Su corriente fué reconocida en un espacio de cerca 30 millas. En sus orillas y bajo una gran roca de granito, M. Dale descubrió una vasta caverna, cuya bóveda arqueada ofrecía la apariencia de una ruina antigua. « A un lado, dijo M. Dale, estaba grabada una imájen grosera del sol; era un círculo de diez y ocho pulgadas de diámetro, vibrando rayos por la parte izquierda, y teniendo en el interior lineas que se cortaban casi á ángulo recto. Junto á la figura del sol, habia imágenes de un brazo y muchas manos. » En este viaje M. Dale no encontró sino tres naturales que se manifestaron obsequiosos y deseosos de ser útiles; pero observó los vestijios de muchos otros.

El teniente Roe se marchó por tierra de la colo-



3 Village à la Baie de Servis
2 Aldea en la Bahía de Servis

4 Entrada del Puerto Jackson
4 Entrée du Port Jackson

nia de Swan-River á la del puerto del Rey Jorje, manteniéndose á una distancia de sesenta ó setenta millas de la costa, de la que estaba separado por la cadena de los montes Darling que corria en toda su estension. Esta cadena es de formacion granítica; su altura mediana es de cerca mil pies, y el punto culminante que se encuentra delante del puerto del Rey Jorje no tiene mas de quinientas cincuenta toesas de altura. A la otra parte se encuentran en una estension de cerca de ochenta leguas un país lijaramente ondulado con llanuras verdes y excelentes pastos regados por una multitud de arroyos y torrentes. En toda esta estension de terreno no se ha manifestado rio alguno considerable, pues los mas caudalosos no tienen mas que de quince á veinte toesas de ancho.

En fin el doctor Wilson ha explorado recientemente los países del interior desde el puerto del Rey Jorje hasta unas cien millas de distancia, y ha podido cerciorarse que el rio de los Franceses tomaba en efecto su orijen junto á las altas montañas hendidas situadas al N. de la ensenada y que toda su corriente podia tener de treinta á cuarenta millas de estension. Visitó á cuarenta y cinco millas del mar el lago Katarina abundante en cisnes negros y otras aves acuáticas, y descubrió despues los rios Sleeman, Hay y Denmark, que todos tres van á echarse á las lagunas tras la punta Hillier, despues de haber corrido treinta ó cuarenta millas. Pudo cerciorarse que en esta zona la tierra era fértil y podia cultivarse con el mas feliz écsito.

Tal es el término hasta donde ha llegado actualmente el reconocimiento interior del vasto continente de la Australia. Antes de llegar á una descripcion jeneral, era necesario justificar las exploraciones recientes de los viajeros ingleses, cuyos pormenores eran todavía desconocidos en Francia.

La Australia ó Nueva Holanda tiene por límites en latitud los 11° y 39° lat. meridional, y en lonjitud los 111° y 152° lonj. E. del meridiano de Paris. Así que esta tierra tiene cerca mil leguas terrestres de lonjitud sobre una anchura media de cuatrocientas cincuenta leguas, y su superficie puede igualar casi las tres cuartas partes de la Europa. En un globo ó un mapa-mundi esta gran tierra ofrece en su configuracion muchos pedazos de terrenos semejantes al África. Una y otra se prolongan en punta hácia su estremidad, una y otra son sesgadas en la parte del S. E.; y su anchura se dilata mucho hácia el medio. El solo estrecho de Bass en la Australia establece una diferencia notable. La Australia se halla separada de la Nueva Guinea por el estrecho de Torres, y de la Tasmania por el estrecho de Bass. Al E. hay un canal de tres á cuatrocientas leguas de anchura que la separa de las tierras de la Nueva Zelandia y de la Nueva Caledonia, y al O. todo el

Océano Indico que se estiende entre la Australia y el África.

Un gran número de islas de diferentes tamaños se hallan diseminadas en las costas de la Australia, especialmente en la parte septentrional, en donde forman muchas veces una barrera no interrumpida y unida por escollos, en frente de la gran tierra. Las mas importantes de estas islas son; al N. las islas del príncipe de Gales, Wellesley, Groote y Melville; al O. las islas Dampier, Barrow, Dirck-Hatichs y Rottenest; al S. las islas de la Recherche, Nuytz, Kangaroo, King y Great; finalmente al E. las islas Moreton, Capricorn, Northumberland y Cumberland.

El vasto golfo de Carpentaria, que no tiene menos de ciento treinta leguas de profundidad sobre ciento y diez de anchura, corta considerablemente la Australia hácia el N. Las demas honduras mas notables son el golfo de Van-Diemen, de Cambridge, de Exmouth, la bahía de los Perros Marinos, los golfos Spencer, San Vicente y las bahías de Glass-House y Hervey. Las costas de esta grande isla ofrecen una cantidad de buenos fondeaderos capaces de recibir y de abrigar numerosas flotas, como Port-Jackson, Botany-Bay, el puerto Western, el puerto Felipe, el puerto del Rey Jorje, y en fin la magnífica bahía Jervis tan espaciosa y segura. (Pl. XXXVI. — 3.).

En una tierra tan vasta, es fácil de comprender que la naturaleza del clima debe variar en sus diversas zonas, segun los grados de su latitud. En la parte septentrional los calores son ardientes y casi continuos. En la parte mediana, de los 23° á los 30° lat. S., el clima se va templando; en fin por la parte meridional el año puede dividirse en estaciones; los estios é inviernos ofrecen todas las alternativas regulares de calor y frio, de lluvia y sequedad. Estas estaciones no son todavía designadas claramente como en nuestros climas de Europa. Observaciones hechas con cuidado en 1822 y 1823 en Parramatta han dado por el mayor frio en invierno 3° del termómetro centesimal, y 41° en verano. Sin embargo las mismas observaciones demuestran que en invierno la temperatura media varía de 10 á 11°, y en verano de 22 á 23°. Las variaciones de temperatura son por otra parte ásperas y frecuentes; se ha visto mas de una vez en el mismo dia oscilar el termómetro de 12 á 15° en sus indicaciones.

Toda la estension de la Nueva Gales del Sur es asolada por horribles sequías, y no pocas veces discurren seis ó siete meses sin que caiga una gota de agua. Entonces inmensos incendios, unos fortuitos y otros que provienen de los naturales, consumen toda la vejetacion, esponen la seguridad de las habitaciones y la vida de los

rebaños. En todo el tiempo que duran estos incendios la atmósfera está cargada de torbellinos de un humo sufocante, y largo tiempo despues guarda todavía el país un aspecto triste y calcinado. Otras veces hay lluvias que caen con una impetuosidad tal que parecen un verdadero diluvio. El alveo de los rios se ensancha de repente; las aguas rebosan é inundan las campiñas cercanas hasta el punto de formar vastos lagos, de cuyo centro se levantan tan solo las copas de los grandes árboles. Así en 1799 el alveo del Hawkesbury subió rápidamente á mas de cuarenta pies sobre de su nivel, y en 1806 hasta la altura prodijiosa de ochenta pies. Es verdad que se han atribuido estas rápidas y súbitas crecientes á la cercanía de las Montañas Azules y á la naturaleza misma del terreno bañado por el Hawkesbury; pero las relaciones de los viajeros que han descubierto unos vastos lagos y otros enjutas llanuras indican que esta alternativa de lluvia y sequedad es el carácter jeneral de todo el continente de la Australia. Otro hecho observado es que la cantidad de agua de lluvia caída en Paramatta en el decurso de un año es á poca diferencia igual á la que cae en Escocia, esto es, veinte y cuatro pulgadas.

La Australia no ha presentado todavía montaña alguna comparable por la altura á las de primer orden en Europa. En la parte del E. la cadena de las Montañas Azules que se halla paralelamente á la costa á una distancia de quince á veinte leguas, se eleva raramente á mas de cuatrocientas toesas sobre el nivel del mar; Sea View-Hill, punto culminante de este sistema es solamente evaluado á una altura de 700 toesas. Esta altitud basta todavía para determinar el punto de division de las aguas que corren al E. y al O.

Los montes Warragong llamados tambien por los Ingleses Alpes australes ó Montañas Blancas, continúan al S. las Montañas Azules. Sus picos, segun se dice, están cubiertos de nieves perpetuas. Entre estas montañas y el mar corre la cadena de las Montañas Negras, visibles á veinte ó treinta leguas de distancia en el mar. Estos dos hechos parecen suponer una elevacion de mil toesas al menos, aunque no haya habido aun medidas ecsactas. En la costa occidental los montes Darling se estienden desde el rio de los Cisnes hasta la bahía del Rey Jorje. El monte William, una de sus cimas, no tiene sino cuatrocientas ó cincuenta toesas de elevacion, y lo demas es mucho mas bajo.

Hasta aquí la parte septentrional ha presentado tan solo terrenos bajos y accidentados por acá y acullá, terrenos aislados y poco altos que no forman siquiera un sistema continuo de montañas. Es verdad que no se conoce de esta parte sino la banda marítima, playa arenosa y llana. La parte

austral al contrario es cortada en su mayor parte por altas y escarpadas riberas que ofrecen en el interior cimas de mediana elevacion.

Por espacio de mucho tiempo se habia juzgado que la Australia no contenia rio alguno verdadero, porque explorando los canales que anunciaban á primera vista la ecsistencia de un rio, no se habian encontrado casi siempre sino chorritos de agua poco importantes ó torrentes dejados en seco durante los calores. El Nepean ó Hawkesbury junto á Port-Jackson se escepuaba solamente de esta regla; los rios de Macquarie, Lachlan, Jorje, Hunter y Hastings solo ofrecian volúmenes de agua insignificantes; pero los descubrimientos verificados diez años despues han acarreado modificaciones importantes á esta opinion acreditada. Los rios Brisbane, Darling, Murray, Avon, no son sin duda rios como los que corren en Europa y Asia, sino que son rios considerables y profundos, navegables por bastante largo trecho. Así el Murray ó Morumbidgi, el mas considerable de los que han sido reconocidos en toda su estension, tiene cerca de doscientas leguas en linea recta del E. N. O. al O. S. O.

Al tiempo del descubrimiento no habia en el continente de la Australia cuadrúpedo alguno que recordara el antiguo continente, á escepcion del perro. Los otros eran especies nuevas que era preciso clasificar casi todas en la familia de los cuadrúpedos carnívoros ó animales que tienen una especie de bolsillo en el lomo.

El perro del país tiene analogia con el zorro, aunque es un poco mayor, teniendo cerca de dos pies de altura sobre dos pies y medio de longitud. Su cabeza se parece á la del zorro, sus orejas son tiesas, su color variable, aunque las mas veces es de un moreno rojizo; ahulla de un modo húbubre sin ladrar. Este animal caza ovejas y aves caseras, y muchas veces hace de ellas una gran matanza. Su mordedura pasa por ser mortal á los rebaños. Es estremamente vivaz y muy difícil de matar. Cuando se dirige al kangarou de mediana talla se contenta con abalanzarse á su espalda para destrozarle, y si el kangarou se vuelve para combatir el perro se retira, pero vuelve á empezar su ataque desde que el kangarou quiere huir, de modo que este último acaba por sucumbir bajo tan obstinada maniobra. Varios colonos que lo han observado han aprovechado muchas veces la caza así alcanzada por el perro.

Los kangarous se dividen en muchas especies, y no se cuenta menos de una docena en la sola Nueva Gales del Sur. La gran especie larga de cinco pies escede á los perros mas ágiles en la carrera, y algunas veces les aterra con un golpe de cola. La hembra raramente trae mas de un cachorro, y jamas pasa de dos. Sus saltos ordinarios son de doce á quince pies; pero se han visto algunos de esos animales traspasar sobre un rá-

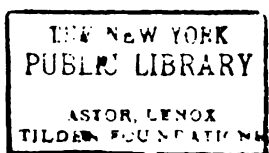
1. Piragua de corteza curada.

2. Menura-Lira

3. Cosoar

4. Menura-Lira

VIAJE



pido declive un espacio de mas de cuarenta y dos pies. El kangarou tiene muchos enemigos que temer, entre los cuales el águila no es el menos obstinado.

Los otros animales son el koala, llamado vulgarmente perezoso por los colonos, del tamaño de un perro ordinario, con una hermosa piel, y alimentándose de las hojas y corteza de los árboles por los cuales se encarama; el wombat ó desman (Pl. XL. — 6), pequeño animal cuya forma presenta cierta analogía con la del oso, y cuya carne es sumamente apreciada; los uidelfos y los lagartos voladores, llamados tambien falanjistas y petoristas por los naturalistas, pequeños cuadrúpedos que comunmente habitan los árboles, en donde se nutren de insectos y vegetales, y las peramelas, otras especies de pequeño tamaño que viven en los troncos de árboles en descomposicion.

Supónese que allende las Montañas Azules se han encontrado dasyules, animales de presa que á lo mas tienen la talle de un lobo, bien que este hecho está muy lejos de ser averiguado con toda certeza, supuesto que semejantes cuadrúpedos se creen particulares á la Tasmania. El ornitorinco es un animal sigular que recientemente ha dado margen de parte de los naturalistas á innumerables tesis y controversias. Su forma es muy parecida á la de la foca; habita los rios y los pantanos (Pl. XL. — 5); pero por lo tocante á su naturaleza ovípara ó vivípara, los zoolojistas han estado mucho tiempo discordes, y parece que la verdadera resolucion del problema mas bien propende al primer sentido que al segundo. Por lo demas, esta especie ejercitará aun por largo tiempo las indagaciones fisiológicas del hombre, puesto que no parece sino que es animal con cuerpo de pez y con pico y patas de ánade. En el mismo caso se encuentra el echidné, semejante á un erizo, que habita en tierra, está provisto de un pico sumamente delgado; tiene unas zarpas armadas de patas que le sirven para enterrarse en breve tiempo, pero su picadura ha sido siempre reputada como venenosa.

Hace unos treinta ó cuarenta años que la playa meridional de la Australia ofrecia numerosas manadas de focas, especialmente de las que pertenecen al género otaria; pero la incesante caza que les han dado los pescadores que las mataban para extraer su aceite y arrancarles sus preciosos forros, han disminuido considerablemente su número. Asimismo contenia ciertas especies que han desaparecido de todo punto, ora por haberlas destruido enteramente, ora porque ha pasado á otras islas. Algunas circunstancias han inducido á creer que el dugong habita ciertos puntos de la costa occidental, aunque este hecho debe ser corroborado para creído.

En los canales de la parte septentrional abundan

los cocodrilos de grandes dimensiones, y en otros muchos puntos ecsiste la tortuga verde. Hay ademas varias especies de lagartos, entre los cuales hay algunos que tienen hasta cuatro pies de largo. Cunningham describió uno en la costa N. O. de dos pies de largo, y provisto de una ancha membrana detras de la cabeza y en torno del cuello, que le comunica un aspecto verdaderamente extraordinario. Encuéntranse igualmente muchas especies de serpientes, de las cuales hay algunas que son ponzoñosas, como los *black-snake*, la mas temida de todas. Tambien hay otra serpiente llamada por los Ingleses serpiente-diamante ó *diamond-snake*, que alcanza hasta los quince pies de largo, bien que los individuos de este talle no son muy comunes. Unos dicen que es venenosa, al paso que otros aseguran que es inofensiva y mansa. Ademas de estas especies se observa otra denominada *death* ó *dead-adder*, es decir, *la muerte* ó *la serpiente sorda*, que en verdad seria muy funesta al hombre si su mordedura acarrase en pos de sí las funestas consecuencias que le han atribuido. Dicese que habiendo uno de estos animales mordido á un colono, murió casi repentinamente. Fluíale la sangre de los ojos, de la nariz, de la boca y de las orejas; y en cuanto ecsaló el último suspiro, comenzó la putrefaccion, por manera que despues de haber transcurrido un corto espacio de tiempo, se halló su cuerpo en tal estado que con mucha dificultad pudieron trasladarlo á la hoya. Sin embargo, no debe pasarse en silencio que el viajero que narra este hecho parece no estar bien convencido de todas sus circunstancias.

Las aves ofrecen buen número de especies. En cuanto á la talle se ha observado en primer lugar el ernu, suerte de casobar de elevada estatura y de una carne succulenta (Pl. XL. — 3); los pelicanos, los cisnes negros, los cereopsis, las menures de cola liriforme, diapreada de los tintes mas ricos de naranja y de plata (Pl. XL. — 2); las águilas, los halcones, los cacatoes negros, blancos y grises; los papagayos, y las cotorras de plumajes matizados de todo linaje de colores; las garzas reales, diversas especies de ocas, de patos, de cuervos, de arvelas, muchas veces de alto talle; pichones, tórtolas, perdices, filedones de lengua en forma de pincel, corbi-calaos de craneo acerado, cucalas, el admirable loriot príncipe-rejente, el brillante epimaco real, y por fin collalbas, aves pequeñas, pero de plumaje jaspeado y rico en esplendentes reflejos.

La familia de los insectos no es tan estensa como en el antiguo continente, pero en cambio ha ofrecido al etimolójista tipos nuevos y particulares á la Australia. Los lepidópteros no son muy comunes, y raras veces brillan con el esplendor de sus colores, escepto en la parte del N. donde se encuentran muchas especies de moluscos de la

das de una llama brillante; los bordes de estos respiraderos estaban adornados de cristales de azufre en estado de eflorescencia en que el color variaba desde el rojo naranjado muy subido, debido á la mezcla de hierro, hasta el de paja muy bajo en que dominaba el alumbre. Una materia negra, lustrosa y pegajosa, sin duda una especie de betun, abundaba en los bordes de muchas de estas hendiduras. De este fué del que con mucha dificultad pude procurarme algunos pedazos á causa del intenso calor del suelo debajo de mis pies, y de la naturaleza sofocante de los vapores que allí se escapaban. Ni lava ni traquita de ningún jénero se encontraban en esos sitios; tampoco habia apariencia de carbon de piedra bien que esta sustancia abunda en los alrededores. Es evidente que esta montaña hacia mucho tiempo que estaba en combustion; muchos acres de terreno de debajo la porcion actualmente inflamada, sobre de la cual hay árboles muy añejos, dan igualmente idea de una parecida combustion, y muchas de las piedras que allí se hallan diseminadas parecen haber sido vitrificadas. El fuego va todavía en aumento con violencia, y todo anuncia que este se acrecentará mas y mas de tiempo en tiempo ya por la electricidad, ya por cualquiera otra causa, los materiales subterráneos se inflaman, y el poder expansivo del calor y del vapor hace saltar en fragmentos enormes la Peña de greda sólida, formando hendiduras sin cesar. Los productos sulfurosos y aluminosos de esta montaña han sido empleados con buen éxito en el tratamiento del aresti de los carneros.

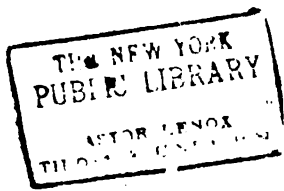
A lo largo de la costa, á cuatro millas de New Castle se habia observado tambien, en 1828, una roca incendiada que escapaba vapores sulfurosos, y en las orillas de las hendiduras se habia reconocido un mineral cristalizado, que segun el exámen parecia ser un muriato de amoniaco mezclado con azufre. Este fuego con todo se estinguió en 1830; diferente en esto del del monte Wingen, que M. Wilson lo volvió á ver todavía en 1831.

«Hallé que el fuego, dice el observador, lejos de haberse amortiguado desde mi primera visita, se habia extendido por el espacio de mas de dos acres, y ardía con doble fuerza en la eminencia del S. y del S. S. O., y tambien sobre la parte de la montaña hasta entonces virgen, es decir, sobre la colina del N. A los lados de las principales grietas habia aun brillantes cristales de azufre, y hacia la mas pequeña de amoniaco; de unos y otros se desprendian de continuo vapores sofocantes. El fuego no cesaba de bramar debajo de tierra; las piedras lanzadas en la hendidura resonaban á grande profundidad en un abismo interior. El espectáculo de los trastornos, las rocas de piedra arenisca maciza,

separadas con estrépito, las innumerables fisuras sobrevenidas á la superficie del suelo, el derumbamiento de los panos de greda, los troncos de los árboles arrancados de cuajo y medio consumidos, y otros que aguardaban la próxima caída de una roca para ser derribados á su vez, los vapores de metéoros que se levantaban de mi alrededor en medio del ruido de fuegos subterráneos, el calor encarnado ó blanco de las quebrajas inflamadas, todo esto formaba un espectáculo que el observador no podia contemplar sin estremecerse, y al mismo tiempo sin experimentar el sentimiento de no poder explicar con algun grado de probabilidad las primeras y naturales causas de tan extraño fenómeno.

«En el monte Wingen hallámos á algunas toesas solamente de la parte entonces inflamada, en tierra áspera, la almeja de una especie de concha bivalva que parece ser una especie de terebrátulo; y otros pedazos parecidos han sido encontrados en otro punto de la montaña. Hasta el presente no se han hallado mas que dos pedazos de despojos orgánicos, de la naturaleza de huesos petrificados en las cercanías del Agabe inmediato al de Wingen, á saber; el sacro de algun grande animal que se ha hallado en los mogotes de Holdswartny, la segunda vertebra cervical de otro á unas diez millas, y al O. de Mareton; mas en ninguna de estas dos circunstancias, la petrificación estaba enlazada entre las copas, y si solamente colocada á la superficie del suelo. Por esta razon, segun todas las apariencias, se las cree contemporáneas de la madera petrificada que se halla diseminada en gran cantidad sobre toda esta estension del país. Cerca de la linea de pantanos de Ringdon que forman uno de los manantiales de Hunter, y á algunas millas solamente al N. O. del monte Wingen, existen troncos de árboles todavía fijos en el suelo, que parecen haber sido petrificados sobre el lugar mismo donde habian medrado en otro tiempo. En algunos parajes esta tierra está fuertemente impregnada de hierro. A lo largo de la costa, á tres millas de New-Castle, al sobrevenir la marea alta en la escarpada costa, y debajo de un tronco de ella fué últimamente descubierto el monco de un árbol petrificado en una posicion vertical, que en su abertura presentó un hermoso color negro que indicaba que la madera habia pasado al estado de azabache. En lo mas alto del muro que dirige el telégrafo á New-Castle, se halla el tronco de otro árbol, estendido horizontalmente y sepultado á un pie de la superficie de la tierra; el grano de la madera era de un hermoso blanco. En estos dos pedazos se hallaban ademas listas, delgaditas de calcedonia.»

Para terminar el cuadro de la jeografia fisica de la Australia, es preciso añadir, que es im-



8

3 Entierment des Naturalis de l'Australie
3 Entierro de los Naturales del Australia

4 Natural del Australia

5 Mer de la Tasmanie

2 *L'aman des Sauvages de l'Australie*
4 Danza de los Naturales del Australia

3 *L'autherpyque*
5 Jemitorinque

6 *Maniat ou L'aman*
6 Vambat o Pesman

14m 2 1/2 1/2

PITTORESQUE
PINTURES

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATION

posible aceptar por ella las denominaciones que los antiguos descubridores han impuesto á todas y á cada una de sus partes, tales como Tierra de Nuytz, d'Eendracht, de Witt, d'Arnheim, de Leeuwin, etc. Todas estas divisiones arbitrarias y vagas son de ninguna utilidad, y siempre se limitan al litoral. Hubiera sido mucho mas curioso conocer en su lugar las denominaciones dadas por los naturales á cada porcion de aquella comarca, denominaciones que debian coincidir sin duda con las de las diversas tribus; pero todavía nadie ha podido reunir para este trabajo materiales suficientes. Por otro lado, los Ingleses forman actualmente divisiones nuevas con los nombres tomados de la madre patria. Estos serán sin duda los únicos que quedarán; y por las jeneraciones venideras la Nueva Holanda podrá ser llamada con mas propiedad la Nueva Inglaterra.

CAPITULO VIII.

AUSTRALIA. — INDÍGENAS.

Las tribus que pueblan la Australia pertenecen al tipo mas comun é inferior de la raza melanesia. Si es posible avanzar sobre este objeto una proposicion plausible, sin duda se podrá creer que este vasto continente ha podido recibir su poblacion de las tierras de la Nueva Guinea por el estrecho distrito de Farres. Estos salvajes de escollo en escollo y de isla en isla han llegado probablemente hasta las ingratas playas de la Nueva Holanda, y entonces privados de los vejetales nutritivos de la primitiva patria, sujetos á una vida de cazadores errantes, sufridos y desgraciados, perdieron sin duda su vigor, se desesperaron y descendieron al punto en que han permanecido, al último grado de la escala de los seres. Si este sistema de emigracion fuese admitido podría explicarse como estos hombres hayan podido perder el uso del arco, de las flechas y de la fabricacion de telas y ciertas nociones de industria agrícola que tenian antiguamente. Con todo esta objecion no quedará sin respuesta, y es que la nueva tierra no ofrecia á los emigrados ninguno de aquellos recursos que habian abandonado; pues no hallaban aquí ni la misma madera para fabricar las armas, ni los mismos materiales para concluir sus artefactos, y de estas causas resultaron sin duda la decadencia y brutalidad graduales. Es de presumir por otra parte que estas emigraciones no eran espontaneas ni voluntarias; las tribus que aportaron en las playas de la Australia y pudieron fijarse allí probablemente habian sido rechazadas por la guerra de las tierras fértiles del Ecuador.

Sea de esto lo que quiera, el Australio no

está mejor organizado que el disforme Saab del África meridional, y el Pecherai de la Tierra de Fuego. Toda nocion de agricultura le es enteramente estraña, y solo con suma dificultad han llegado algunas tribus á tener débiles ideas de navegacion. Sus formas son cenceñas y desproporcionadas al resto del cuerpo; el vientre comunmente abultado, la frente comprimida, la nariz chata; las ventanas de esta abiertas, los ojos hundidos y pequeños, la boca muy ancha, las mejillas salientes y la barba negra, poblada y erizada. Su color varía desde el amarillo ó bronceado obscuro, hasta el negro bastante pronunciado. El pelo es tan pronto largo y liso como negro y crespo, y lo mas á menudo desgredado y rizado; pero jamas es verdaderamente lanoso, y he aquí el solo carácter que realmente separa estos hombres de los negros del África con los que tienen bajo otros aspectos muchos puntos de contacto de un modo estraordinario (Pl. XXXIX. — 4). Solo por algunas tribus, sea por la influencia del clima, sea por la continuacion de una nutricion mas abundante, ofrecen caracteres mas nobles de organizacion. En este número cuentan los viajeros las tribus de Marrigong, de la bahía de Moreton, de la de Jervis y del puerto Western.

Las jóvenes no son desagradables. Sus formas, suaves y ligeras, tienen á la verdad cierta gracia salvaje: todo empero desaparece al primer parto, y en su vejez las criaturas son mas feas de lo que puede imaginarse.

Los Australes son muy ágiles para la carrera, y suben á la copa de los árboles con la agilidad y rapidez de un gato: su vista es perspicaz, su oído fino y sutil, y sus dientes hermosos y muy buenos. El aceite de pescado es de gran uso entre ellos; se untan con él el cuerpo, lo que les da á lo lejos un olor repugnante. Por esto comunmente colocan las entrañas del pescado sobre su cabellera, y la dejan al ardor del sol con el objeto de que se derritan. El aceite que cae gota á gota sobre todo su cuerpo sirve de medio para librarles de las picaduras de los mosquitos.

Los naturales del litoral encuentran vastos recursos en los pescados y en las conchas. Al interior faltan estos recursos, así que se hallan reducidos á las raíces del helecho, á ciertos tubérculos, á las aves, á las serpientes, á los lagartos y á las orugas que pueden recojer. Para prepararlos se limitan jeneralmente á ponerlos un instante al calor de la lumbre para tostarlos ligeramente. Cuando pueden cojer un kangarou, lo que no es muy frecuente, es un gran regalo para ellos; y una grande y estraordinaria fortuna, cuando llega á la márjen el cadáver de una ballena encallada. Se deleitan en guardarla por muchos dias y no la abandonan hasta que la carne ha pasado á un estado completo de descomposicion.

Hay que notar una rareza muy singular, y es que estos mismos salvajes, tan fáciles en la elección de alimentos, no quieren probar de ninguna suerte de raya.

Por largo tiempo se había creído que los Australes eran antropófagos, pero hechos recientemente observados no permiten dudar mas de que las poblaciones del interior no lo son. El P. Cunningham cuenta que hallándose un colono de sus amigos á cuarenta millas poco mas ó menos de Sydney, una tribu del distrito de Argy pasó por allí de vuelta de una campaña contra las tribus de Bathurst que habían invadido su territorio. A una pregunta del viajero inglés, uno de los guerreros mostró los cinco dedos para decir que había muerto en esta guerra cinco enemigos, en cuyo número se hallaba una mujer. El pecho de esta desgraciada estaba todavía en un saco que se abrió delante de Cunningham, y los salvajes no tuvieron reparo en declarar que se comían aquel pedazo de carne como había sido comido el resto del cuerpo. En corroboración de este hecho un colono manifestó como cosa cierta á Cunningham haber visto algún tiempo antes un muslo de hombre metido en un saco parecido, y destinado á servir de provision. Cuando en virtud de pendencias, algunos pastores ingleses han caído en manos de los naturales, sus cadáveres han sido devorados por estos caníbales.

En la parte austral de esta tierra, la mas fria y la mas montuosa, los salvajes llevan pequeños mantos de pieles de kangarous ó de didelfos; pero estos ropajes no abrigan mas que el dorso y las espaldas, dejando á descubierto casi el resto del cuerpo. Para adornos ponen en sus cabellos plumas, peluzgonos, huesos de los pescados y de las aves y dientes de los cuadrúpedos fijados á beneficio de una especie de goma. La mayor parte tienen el cartilago de las narices atravesado por un hueso, ó un cilindro de madera.

En los dias de grande compostura, se tiñen la cara y el cuerpo de blanco, de negro y de amarillo, cuyos colores forman de la cal, de las conchas, de la tierra, del ocre y del carbon; la distribución de dichos colores y la forma de los dibujos caracterizan las diversas tribus.

El pintarroteo en relieve es de gran lujo entre todas las tribus australes. Este consiste en muescas bastante profundas en la piel, formando varias especies de figuras chatas, cuando las heridas están cicatrizadas. Las ceremonias de estos pueblos no estan destituidas de cierto aparato, como se ha visto por los detalles del gna-loung; y el acto mismo de la admisión del niño á la condicion de hombre propiamente tal, mediante la pérdida de un diente de delante, es una cosa muy notable para un pueblo que por

otra parte yace en una profunda ignorancia. Los dientes son arrancados por los kerredais, privilegiados para esta operacion. Estos gozan mas allá, y á los alrededores de Port-Jackson, del mismo rango que los mulgaradocks del puerto del Rey Jorge. Por todo este continente se hallan esta clase de pastores, médicos y titiriteros, que tienen á su cargo las enfermedades, los terrores y las supersticiones de los naturales.

Las jóvenes de los alrededores de Port-Jackson están igualmente obligadas á sufrir en su infancia la amputacion de dos falanjes del pequeño dedo de la mano izquierda. El verdadero objeto de esta mutilacion está todavía envuelto en tinieblas. No se sabe si una idea supersticiosa obliga á ello, ó si la mutilacion tiene otro objeto que dar mas destreza y facilidad á las mujeres para la fabricacion de redes de pescar.

Se han notado pocas deformidades entre estos salvajes. Las mujeres paren con mucha facilidad. En sus raras enfermedades los médicos ó kerredais emplean una especie de conjuraciones, á las cuales mezclan el efecto de las fricciones reiteradas. Algunas veces hacen tomar al enfermo la goma del xanthorrea y otros remedios que están en uso entre ellos. Los mulgara docks conformándose con los médicos ingleses, son hábiles operadores, sobre todo para la extraccion de las lanzas en los casos mas desgraciados. Una vez retirado el palo, la herida es polvoreada con un polvo particular y curada con un pedazo de corteza flexible y tierna sujeto por medio de una ligadura.

En las poblaciones mas interiores de la Australia las habitaciones son unas chozas de largos fragmentos de cortezas, reunidas á lo alto en forma de colmenas (Pl. XXXVI. — 2), cubiertas de tierra y tapizadas de yerbas marinas, que les libran perfectamente del agua. Jeneralmente la cabaña del Australio no es mas que un cobertizo de ramajes, cubierto de cañas, de juncos y de hojas del xantorrea. Alguna vez en sus corerías dejan de construir estas chozas, y para poner su espalda al abrigo del viento y de la lluvia, se contentan con un gran pedazo de corteza arrancado del eucalyptus que primero encuentran, mientras que calientan la parte anterior de su cuerpo á una pequeña hoguera á cuyo alrededor se duermen. Cada tarde forman sus campamentos de la suerte indicada, y cuando se recorren los bosques ó selvas de las Montañas Azules, se encuentran á cada instante los despojos de las hogueras cuyo alrededor está sembrado de pedazos de corteza, y los restos de los vegetales de que los naturales se han alimentado. Estos restos dan á conocer el descanso de aquellos. En cuanto á la construccion de piraguas, las tribus mas adelantadas no habían podido fabricar mas que embarcaciones

de cortezas de árboles, reunidas á dos estremidades, y encoladas con una especie de resina (Pl. XL. — 1).

En algunos parajes estos pueblos son trogloditas; y viven en cavernas naturales. En la llanura de Clark cerca el cabo de Melville el botánico Cunningham examinó una de estas bóvedas, cuyas paredes barnizadas de una capa de almazarron habian sido decoradas ó pintadas de un gran número de peces, réptiles, aves, barquichuelos y calabazas. Estas figuras, en número de mas de ciento cincuenta, eran regularmente delineadas con algunos puntos blancos dados de una tierra arcillosa hecha masa. No obstante lo grosero de este trabajo, presentaba aunque de un modo informe una idea del arte de la pintura.

El arma nacional de los Australes es la lanza de madera dura, cuya fuerza duplican con el auxilio de un pequeño palo de dos ó tres pies de largo provisto de una muesca en una de sus estremidades. Cuando se sirven de esta arma, se tiene el baston casi verticalmente de la mano derecha, mientras que la lanza está sujeta por su parte media poco mas ó menos entre los dedos de la mano izquierda de modo que su estremidad descansa en la muesca del palo. Despues de haber nivelado y ajustado un instante la lanza, la arrojan con grande fuerza y con una admirable precision hasta increíbles distancias; á menudo hacen llegar su extremo á setenta ú ochenta pies de distancia. Estas lanzas son simplemente aceradas, ó en forma de hacha, algunas veces armadas de espinas, ó de pedazos de concha. Sus macanas ó *waddis* á los alrededores de Sydney, son fabricadas de madera muy dura y á veces terminadas por un grueso boton, lo que hace sus golpes mas fuertes. Hemos mencionado ya el *womerang* y la manera estraña de servirse de él.

En sus pescas emplean estos naturales una especie de fisga ó harpon, ó bien echan el pescado en vastos recintos de piedra, ó de estacas entrelazadas con ramas que quedan casi en seco cuando se retira la marea. A lo largo de las costas hacen la pesca con redes que llena en alguna vez su alveo. Sus utensilios son hachas y cuchillos de fabricacion muy simple. Los primeros no son mas que pedazos de pedernal bastante duros groseramente afilados por las dos caras, unidos despues á un mango de madera con la goma de xanthorrea. Sus hachas sirven al mismo tiempo de martillos. Por lo que respeta á los cuchillos son fabricados con fragmentos cortantes de cuarzo, unidos á lo largo de un mango de madera con la misma goma. Estos instrumentos sierran mas bien que cortan. Los habitantes hacen mucho caso de los pedazos del fondo de las botellas de vidrio de que se

serven los Europeos, y lo recojen con ahinco para suplir el cuarzo. Encienden lumbre como los otros pueblos salvajes, haciendo frotar rápidamente y con fuerza un pedazo de madera seca en un agujero hecho de antemano en otro pedazo. Para evitar el tener que acudir á este penoso trabajo, se ha visto que conservaban con cuidado piñas de banksia encendidas. En aquel país es costumbre jeneral pegar fuego á las plantas é yerbas cuando han sufrido la desecacion, y este uso jamas ha podido contribuir á que los bosques de la Australia se volvieran mas productivos que los Europeos.

Las tribus de la Australia, tan errantes como son, tienen ideas bastante exactas de su propiedad. Cada una de ellas hace respetar rigurosamente sus limites por sus vecinos. Con frecuencia la violacion del territorio da lugar á luchas sangrientas. Otras veces estas contiendas llegan á noticia de la asamblea jeneral de las tribus, y entonces se sujetan á las reglas de convencion, tomando mas bien el carácter de un torneo que de un combate. Las mujeres asisten y se mezclan en estas reuniones, y toman á menudo en ellas una parte activa.

En la Australia meridional, las tribus que no cuentan mas que treinta ó cuarenta individuos se reunen en familia bajo la autoridad del mas anciano ó del mas valeroso. El poder de este jefe es bastante precario, si se ha de creer á algunos viajeros; segun otros, es una influencia activa y real que confiere algunos privilegios, por ejemplo el de poder tomar aunque por escepcion muchas mujeres, y sacar la mejor parte de los productos de la caza y de la pesca.

Los Australes han domesticado el perro que les es útil para cazar las pequeñas especies de delfos y de kangaroues, y para seguir la pista á los grandes kangarous, mas difíciles de alcanzar. Los hijos de aquel país tienen en gran precio estos perros, y las mujeres les presentan alguna vez su seno para amamentarlos. El teniente Breton tambien ha oído referir que algunas mujeres australes habian hecho perecer sus propios hijos para poder dar su leche á los cachorros, pero es el único viajero que refiere este hecho monstruoso.

En los alrededores de Port-Jackson los matrimonios se forman de una manera bárbara. El jóven mozo que quiere casarse, procura sorprender alguna jóven de una tribu vecina, la echa al suelo á golpes de palo, la carga encima de sus espaldas, y la lleva hasta el seno de su tribu, donde queda consumado el matrimonio de la manera mas brutal (Pl. XXXIX. — 2). Así arrebatadas, estas jóvenes se aficionan sobremanera á su marido, y acaban por ser excelentes madres de familia. Esta costumbre salvaje empero no parece jeneral en la Australia;

en todas las otras rejiones los matrimonios se consuman de un modo menos violento y mas conforme.

Las ceremonias para los difuntos no varían menos de tribu en tribu, de zona en zona. Los unos les dan sepultura con cierto aparato; los otros les queman por enteros en las fogatas; algunos entregan el cuerpo á las olas. En fin (y esto ha sido observado notablemente cerca de la bahía Moreton), en ciertas circunstancias, los parientes ó amigos despellean al difunto, y el resto del cuerpo es consumido por el fuego; pero todavía no se ha podido saber que es lo que hacen de la piel. En todo caso es costumbre casi general el abstenerse de pronunciar el nombre del que pasó á mejor vida durante cierto espacio de tiempo, por temor de hacer volver su alma. Estos hombres evitan tambien el pasar delante la tumba del muerto, por temor de ver aparecer su fantasma que podría ahogarles. Solo á los *kerredais* pertenece el derecho de frecuentar impunemente estos terribles lugares, y para ser recibido *kerredai*, es necesario tener valor para dormir una noche entera cabe una tumba. Durante este sueño dicen los hijos del país que el alma del difunto ha abierto el vientre del iniciado, le ha trastornado las entrañas, y despues ha vuelto el todo á su sitio. Esta operacion basta para poder en adelante insultar la visita de los espíritus.

Cuando una mujer deja al morir un niño de teta, lo entierran con ella sin piedad, si no se presenta alguna persona á su cargo. Figuras blancas y negras en el rostro son los signos característicos del luto, y las conservan mas ó menos tiempo segun el grado de afecto que tenían al difunto. A mas de esto se despellean la nariz y se prohíben todo jénero de ornato.

Los bailes de los Australes tienen un carácter simbólico. De ordinario los dos secos figuran en ellos separadamente, como se ha visto en las danzas del puerto del Rey Jorje. Breton cuenta que fué testigo de una danza de la tribu de los *Wollombis* en la Nueva Gales del Sur, donde se procedió en los términos siguientes. Los hombres se colocaron en círculo alrededor de cuatro mujeres, y se aprontaron á bailar. Las mujeres arrodilladas se sostenían por los cuatro extremos, la cabeza baja como si fueran á toparse una á otra, echando las piernas de tiempo en tiempo á manera de un animal que acoce. Entretanto con los brazos reunidos al aire como las patas de un oso, el mirar lascivo y la cabeza en libre movimiento, los hombres daban vueltas, con una especie de compas alrededor de aquellas cuatro criaturas agachadas (PL. XL. — 2). Al cabo de algunos minutos de esta evolucion las mujeres se levantaron en tanto que los hombres continuaban, y bien pronto este primer preámbulo poco de-

cente terminó en pormenores revestidos de una obscenidad la mas escandalosa que pueda referirse.

El Australia cree en las almas por la influencia de sueños, hechizos y sortilejos; atribuye á estas influencias perniciosas casi todas sus enfermedades; tambien los remedios mas ordinariamente empleados por los *kerredais* y *mulgaradocks* son las conjuraciones, ó nuevos hechizos para destruir el efecto de los primeros. Algunas tribus de la Nueva Gales del Sur admiten un buen espíritu llamado *Koyan*, y otro malo llamado *Potoyan*. *Koyan* no se ocupa de otra cosa que de dispensar los beneficios; pero temen mucho á *Potoyan* que se ocupa incesantemente en jugar malas partidas. Su llegada es anunciada por un silvido particular, bajo y prolongado. Los colonos que conocen esta supersticion se sirven de ella para deshacerse de las importunidades de los salvajes y soplan á sus oídos como *Potoyan*. Por la misma razon, jamas los naturales silvan cuando pasan por debajo de una roca; pues temen que les caiga encima. Imaginan que haciendo tostar peces durante la noche, se esponen á hacer soplar vientos siniestros. Collins mismo refiere una anécdota bastante singular alusiva á este objeto.

Habiendo estado detenida en el puerto cierto dia una de las pequeñas embarcaciones al servicio de la colonia por los vientos contrarios, los marineros se divirtieron en recojer algunas conchas que querian asar en seguida para su cena. Un hijo del país que les observaba meneó la cabeza y dijo: «El buen viento no hay que esperarle, pues han hecho asar pescado durante la noche.» Los marineros no hicieron mas que reir por entonces; mas al dia siguiente se verificó el pronóstico del salvaje, pues los vientos siniestros aumentaron de intensidad, y los Ingleses maltrataron al pobre profeta, diciendo que era á él á quien debían la contrariedad. Cuales eran mas ignorantes y mas brutos ¿el uno ó los otros?

Los montañeses australes creen que el *war-wi*, especie de anfibio parecido al cocodrilo, habita las riberas del interior, y sale alguna vez para llevarse los niños, que devora en seguida. Siguiendo la misma supersticion creen que el *coupír*, otro monstruo con figura de hombre, se retira á sus cavernas inaccesibles: hace perecer los negros, pero los blancos están libres de sus ofensas.

Para la poblacion indígena de la Australia, no han sido suficientes las evaluaciones estadísticas hechas hasta el presente. Con todo esto si se quiere formar un cálculo prudente no se obtendrá un número mas alto que el de 100.000 almas, cuya mitad reside en el radio litoral y en un espacio de diez leguas poco mas ó menos. Se han recorrido inmensos espacios en el interior, sin ofrecer otros habitantes que algunas tribus aisla-

das, lo que se concibe muy bien cuando se escaminan los pocos recursos que ofrece esta rejion para la nutricion del hombre. Si se abrieran algunos canales considerables, y se facilitara algun dia un camino en la parte central, este número aumentaria sin duda; pero es probable que no llegaria al número de 150.000 almas.

En todas partes donde las razas mas civilizadas han establecido su residencia, es infalible el que se verán desaparecer las primitivas y salvajes. Todas las colonizaciones han contribuido á la despoblacion de los indijenas, y á la Australia no la faltarán por sus necesidades mas que los productos de América y África. En Port-Jackson las tribus van disminuyéndose cada dia, y esta decadencia acarreará bien pronto su estincion. Toda raza que no pueda acomodarse á la civilizacion, desaparecerá ante ella. Esta es la ley del lento, pero continuo progreso del jénero humano. Así el Australia, medio hombre, medio bruto, careciendo de las condiciones que pueden producir la amalgama, y la raza cruzada ó mestiza, perecerá toda entera. Dentro dos siglos la Australia será la Europa del otro hemisferio, y puede suceder que en vano se busquen allí entonces los aborijenes. Ya no ecsistirán mas que en nuestros autores los recuerdos de las historias de los antiguos viajeros.

CAPITULO IX.

COLONIAS INGLESAS DE LA AUSTRALIA.

A fines del siglo pasado la Gran Bretaña buscaba un sitio de deportacion para los criminales, una tierra espiatoria donde poder enviar la hez de su poblacion, haciéndola servir al vasto designio de colonizacion lejana que absorvia entonces la atencion del gabinete de Saint-James. Gracias á Banks, pensó en la Australia y en Botany-Bay que habia visitado en su primer viaje con Cook. El sitio era en efecto á propósito para semejante destino: distancia de la metrópoli, posicion mercantil entre la Oceania y la Malaya, favorable disposicion en los indijenas, todo parecia militar en favor del proyecto.

La primera tentativa tuvo lugar en 1787. Armáronse nueve navios para transportar los condenados á la nueva colonia, con algunos soldados de escolta y municiones. La fragata *le Sirius* y el bergantin *Supply* debian proteger la marcha de este convoy, y el comodoro Philip primer gobernador de esta morada de penitentes, puso su pabellon en la fragata. Esta pequeña escuadra contenia 1017 personas; á saber: sentenciados ó *convicts* (espresion inglesa de que nosotros usarémos con preferencia) 565 del secso masculino y 192 del femenino: despues las diversas autoridades y los soldados encargados de la organizacion y policia de la colonia.

Salida de los puertos de Inglaterra á 13 de mayo la escuadra tocó sucesivamente en Tenerife, Río Janeiro y cabo de Buena Esperanza, donde se detuvo para proveer de granos y de gran cantidad de ganado. A 20 de enero de 1788, todos los navios habian anclado en la rada de Botany-Bay, no habiendo perdido en esta larga travesia mas que 32 hombres.

Apenas dieron fondo se reconoció el terreno. Fué fácil comprender que verdaderamente era impropio para una colonizacion, y se modificó el proyecto de Banks en el sentido de que el puesto fuese fundado á algunas millas al N., y delante del puerto de Jackson, donde Philips fué á echar el ancla con toda la escuadra.

Entonces se fundó en esta playa la ciudad de Sydney, primitivo nombre de su establecimiento; se allanó el terreno, se elevaron tiendas de campaña, se procedió á ensayos sobre cultivos que dieron los mas felices resultados, á escepcion del trigo, cuya primera cosecha se malogró completamente. Estos primeros pasos fueron arduos y difíciles: los convicts apenas libres volvieron á sus antiguos vicios, hubo algunos robos y asesinatos, para cuyos escándalos apenas bastaron algunos severos ejemplares. Se estableció un consejo de guerra permanente, el cual no condenaba á la pena de muerte mas que por una mayoría de siete votos contra cinco; y aun se necesitaba que el gobernador diera orden formal de ejecutar la sentencia.

En el mes de abril habia ya bastantes barracas construídas, para poner al abrigo á los nuevos colonos, durante los rigores del invierno. Apesar de los estragos del escorbuto y de las enfermedades venereas, el estado sanitario era bastante satisfactorio, y todo inducia á creer que podria mejorarse en lo sucesivo. A su llegaba el establecimiento poseia 5 vacas, 2 bueyes, 3 potros, 29 carneros, 29 cabras, 25 cerdos, 49 lechoncitos, 5 conejos, 18 pavos, 35 patos, 29 ocas, 122 gallinas y 85 pollos.

Estos detalles no carecen de importancia: es preciso saber de donde partió Sydney para justipreciar el camino que ha hecho en cuarenta años.

Llegaron nuevos acopios en 1783 del Cabo de Buena Esperanza con la fragata *le Sirius*. Este buque llevaba entre otros objetos ciento veinte y siete millares de harina, cuya provision era tanto mas necesaria cuanto que la cosecha de trigo venia á ser insignificante. No obstante esta fué mejor al año siguiente, y se pudieron lograr doscientas fanegas de trigo, sesenta de cebada, y algo de avena y maíz.

La colonia en 1790 sufrió todavía mas escasez. Enviado el *Sirius* para provisiones se habia perdido en la isla de Norfolk, y se resolvió reducirse á una racion muy mezquina, hasta la llegada de *Lady Juliana* que con los víveres traía doscientos

tas veinte y dos mujeres sentenciadas. Iba acompañada de otros tres buques cargados de mil nuevos forzados.

La cuestion de la colonizacion quedó del todo evacuada, y siguió su curso. Se cedieron tierras á los soldados que querian fijarse en Sydney. Igualmente se dieron á los forzados que quisieron usar de sus brazos para mejorar su posicion. Cada uno tomaba treinta acres de terreno si era célib, cincuenta si estaba casado, y á mas diez acres para cada hijo nacido al acto de la concesion con la sola condicion de residir en aquel terreno y cultivarlo. Se adoptó para los criminales cierta indulgencia, á fin de estimularles poco á poco al trabajo é interesarse en su nueva patria. Desde entonces su situacion fué mas feliz. Aunque por mucho tiempo hostiles con los recién llegados, las tribus indígenas les dieron treguas hasta firmar últimamente la paz. El jefe de la tribu de Sydney, Benilong, vino tambien á establecerse cerca del gobernador, quien le acogió admitiéndole á su mesa. Al propio tiempo los desmontes del interior de aquel país iban organizándose progresivamente: fundóse la ciudad de Parramatta en cuyos alrededores se establecieron algunos colonos; 1700 presidiarios llegaron como de refuerzo á aquella colonia en favor de la agricultura, y en el mes de abril de 1791, James Ruse renunció á su racion sobre los almacenes manifestando que podia en adelante con su trabajo atender á su subsistencia. Este ejemplo pronto fué seguido de infinitos imitadores. El gobernador recibia entonces el derecho de agraciarse y conmutar los castigos, y la colonia cuya importancia iba creciendo mas y mas llegó á ser la Nueva Gales del Sur, quedando desmontados mas de 921 acres de terreno.

No obstante el instinto particular á los seres que poblaban la colonia, no tardaron en despertar de su letargo. En medio de sus riquezas adquiridas con las propiedades que se fundaban se volvieron inmorales por el robo. En 1792, apesar de la severidad con que se castigaban tamaños escesos, se acrecentaron de un modo espantoso. Es muy cierto que algunas veces el hambre y la miseria inducian á los culpables á estos actos de desesperacion. A fines del referido año el gobernador Philips dejó la colonia en el momento en que las concesiones hechas en favor de favor de sus cultivadores ascendian á 3.470 acres: muchos oficiales de la guarnicion habian escogido á las orillas del canal Sydney en Parramatta trozos considerables de terreno fértil y que explotados por los presidiarios tomaron en breve un valor considerable. Posteriormente llegaron procedentes de Inglaterra algunos colonos libres á bordo de buques del Estado, y les pusieron á su disposicion algunas tierras y presidiarios para desmontarlas logrando raciones de la colonia por

dos años, y procedentes ya de los granos de dicho territorio.

En 1794 los desmontes progresaron prodijosamente. Solo los colonos de la isla de Norfolk en cuyo territorio eran abundantes sus cosechas, pudieron ceder á aquel gobierno once mil fanegas de maíz, mientras que se contaba ya en las orillas de Hawkesbury, con una cosecha de treinta mil fanegas de dicho trigo, pero las lluvias é inundaciones malograron una porcion de ello. En desquite se notó que el ganado que se perdió en 1788 en la isla de Nepean habia aumentado, pues en lugar de dos toros y cinco vacas se hallaba un famoso rebaño de sesenta reses vacunas de lo mejor. Y así se resolvió dejar este ganado para que prosperase solo y con tranquilidad, reservándolo para acudir á las necesidades imprevistas de la colonia.

A esta sazón el gobernador jeneral Hunter vino á administrar la Nueva Gales del Sur, siendo en aquel año, tan notable la instalacion de esta nueva administracion como que fué señalado con una lluvia de yelo que arruinó la cosecha de cuatro haciendas del Hawkesbury, destruyó los trigos, acribilló los árboles y destruyó las plantas de maíz. Aunque el tiempo fué suave, el yelo permaneció por espacio de dos dias sobre el suelo, y en el segundo se notaron algunos tormos que tenian ocho pulgadas de largo sobre dos dedos de grueso. El adelanto en 1.º de setiembre de 1796 consistia en la colonia en 4.848 almas, de las cuales 889 para la isla de Norfolk. De este número, 321 solamente eran las que no subsistian de cargo del gobierno. El ganado consistia en 57 caballos é yeguas, 101 vacas y becerros, 74 toros y terneros, 54 bueyes, 1531 carneros, 1427 cabras y 1869 cerdos.

Empezóse entonces la regular organizacion de las ciudades. Todas las casas de las ciudades de Sydney y Parramatta fueron numeradas y divididas en cuarteles. Se nombraron jueces de competencias y watchmen, se construyó una cárcel de madera en uno y otro punto, se establecieron algunas escuelas para instruccion de la juventud, casas de beneficencia y algunas iglesias. El número de colonos libres, hasta entonces bastante reducido, fué aumentado sensiblemente. Estos con sus explotaciones influyeron mucho en el corazon de los habitantes, y con la ayuda de los presidiarios que el gobernador ponía á su disposicion llegaron pronto á decuplicar mas la cultura de aquellas tierras (Pt. LII. — 2). Á medida que los adelantos de agricultura iban estendiéndose por el interior, habia mas facilidad en defenderse de los ataques de los isleños. Mas de una vez fueron robados los cortijos, y fué preciso que los Ingleses se reunieran para ir á los alrededores para acometer y contener á estos salvajes. Estos atentados casi conti-

nuos y seguidos del pillaje, con las inundaciones del Hawkesbury, fueron una doble herida que afligió por largo tiempo á aquellos industriosos y pacíficos labradores. Apesar de estos obstáculos se contaban ya á fines de 1798, 7.865 acres de terreno cultivado.

Dos años despues y á fines de 1800 acaeció el fallecimiento del citado Wilson, forzado inglés, quien habia adquirido una especie de ascendiente sobre los indíjenas del país. Para conseguir su depravado intento se habia finjado de su estirpe y asimismo llevó su imprudencia hasta designarle con descaro por su madre á una anciana australia meridional. La pobre mujer lo habia creído, y el pueblo habia admitido á Wilson por una especie de jefe, y prevaleciendose y abusando de su autoridad llegó al extremo de monopoliar con las mas jóvenes y hermosas mujeres. Por espacio de algun tiempo se disimuló este despotismo fanático; hasta que habiendo cierto dia Wilson usado de violencia á la vista con una jóven, los parientes de la víctima le mataron á lanzadas.

En setiembre de 1800 cuando Hunter dejó el gobierno de la colonia, Sydney contaba ya una multitud de edificios públicos; dos pequeñas embarcaciones ecsistian en el astillero una moneda de vellon procedente de Inglaterra fué adoptada para el servicio de esta colonia, y desde entonces se prohibió el exportar ninguna suma en moneda de cobre que excediese de 5 libras esterlinas. En el mes de junio de 1801 la poblacion era de 6.508 almas, mas en los años siguientes bajo el mando del capitan Gidley King aumentó considerablemente, no á costa de los presidarios, sino únicamente por la emigracion de honrados trabajadores que vinieron de Inglaterra á probar fortuna en tierras de la Australia. A esta época de progreso pasó por Sydney la expedicion francesa al mando del capitan Baudin, y á su regreso el naturalista Peron reveló á la Europa la ecsistencia apenas imaginada de esta colonia, del modo entusiasta y ecsajerado que le era natural.

En 1806 el capitan Gidley King cedia el gobierno al capitan Bligh, hombre célebre por el levantamiento que tuvo lugar en la tripulacion del navio Bounty. Era este de un carácter duro, inhumano y déspota como que se atrajo bien pronto el odio y ecsecracion de todos los habitantes. La administracion de justicia llegó á ser tan odiosa, como que tuvieron que reunirse los mas notables habitantes y propietarios de Sydney para prenderle, y en seguida conducirle ante un consejo de guerra. El gobierno de la metrópoli puesto al empeño, en vista de un acto de atrevimiento, no debia mantener en el poder semejante hombre, pero por fin no dejó impunes á los principales agentes de Bligh. Des-

pues de este golpe político, quedó por algun tiempo la colonia sin gobernador, pero en diciembre de 1809 llegó por fin el hombre que debia dar un nuevo esplendor, é inspirar á los ánimos de sus habitantes la mas rápida y provechosa prosperidad.

Era este el coronel Lachlan Macquarie, que desembarcó en Sydney con el rejimiento 73 de linea. A esta época contaba la colonia 15.000 habitantes, de los cuales 4.277 recibian raciones de los almacenes del gobierno y 21.000 acres de tierra cultivados, de los que 74 mil servian de pasto al ganado, que consistia en 524 caballos, 593 jumentos, 193 toros, 6351 vacas, 4782 bueyes, 33818 carneros, 1732 cabras y 8992 cochinos. Cuando el Hawkesbury no derrubiaba, las cosechas bastaban para el consumo jeneral.

Mas en breve se emprendieron algunos trabajos de importancia que manifestaron el rumbo administrativo de Macquarie. Sydney, confusa y desordenada hasta entonces, llegó á ser despues un regular y famoso sitio. Otras cinco se fundaron á saber, Windsor, Richmond, Wikerfora, Pitt y Castlereagh. En 1814 esta colonia estaba provista de algunos rebaños y de almacenes atestados de grano. Se descubrieron entonces las rejiones situadas mas allá de las Montañas Azules, y en 1817 se fundó una ciudad, al propio tiempo que se practicaba entre el litoral y las llanuras del interior un camino para comodidad de los carros mas pesados.

Estas mejoras materiales no distraian á Macquarie del estado moral de la colonia. Él fué quien el primero buscó medios de plantificar una organizacion social, que estuviese en armonia con los elementos diversos que la constituian. Antes de su administracion ecsistian en la poblacion fermentos de discordia y anarquía; él se dedicó á neutralizarlos y combatirlos. En su origen, como se ha visto, Sydney no tenia mas que dos clases de habitantes, á saber, forzados y empleados. Los forzados una vez liberados formaron la tercera clase que se llamaba de los emancipados. Aunque esta purificacion debió colocar á estos hombres en sus derechos anteriores, no obstante los emancipados quedaron sujetos á los funcionarios públicos en el estado de inferioridad relativa. Satisfechos de su amnistia se hallaban siempre en cierto estado de libertad con respecto á sus antiguos amos.

Posteriormente el gran número de colonos libres llegados de Inglaterra formaron una nueva categoria de habitantes en la comunidad australia. Podia creerse que este tercer elemento serviria de vínculo á las dos clases primitivas hasta entonces incompatibles, y que resultaria una ventaja para todos, una efusion jeneral; pero nada de esto sucedia. Los nuevos colonos libres hicieron liga separada de los emancipados, y se

reconciliaron con el partido privilegiado. Los emancipados espuestos al desprecio y á las afrentas de los funcionarios públicos, y de los voluntarios emigrados, fueron separados de todas las reuniones de la clase distinguida, escluidos de las funciones civiles, sino de derecho, á lo menos de hecho; en fin se vieron reducidos á una especie de isotismo semejante al que han experimentado los hombres de color en las Astillas. Esta original preocupacion fué tambien tan tenaz como la de la piel; pues que se hacian recaer sobre los hijos las faltas de los padres, y la conclusion de los emancipados empezó á ser indeleble y hereditaria.

Sin embargo, esta clase puesta así fuera de la ley social engrandecia de dia en dia su importancia y su riqueza. Propietarios de una gran parte de terreno cultivado, los emancipados habian empezado á ser segun el voto jeneral hombres de costumbres puras, y de una conducta irrepreensible. Sufrian sin quejarse, no obstante la funesta exclusion, porque sus antagonistas tenian contra sí la fuerza del gobierno y el número. Otros hablaron por ellos; los filántropos de orijen libres, encontrados mas y mas por el orgullo de los patricios del nuevo estado, tomaron por su cuenta la causa de los emancipados y la defendieron con arrogante calor: de ahí las querellas y el odio.

El sabio y bienhechor Macquaire buscó el medio de restablecer la concordia en esta reciente colonia, dando él mismo el ejemplo de la conciliacion con el agasajo. Admitió al rango de magistrados algunos emancipados de mérito, invitó para su mesa los mas distinguidos de esta clase, y relevó á los militares de toda dependencia mercantil.

Esta marcha puede decirse que no dió otros resultado que indisponer la clase privilegiada con el gobernador, á quien reprobaron sus preferencias hácia unos hombres que la ley habia supeditado ó postergado. Algunos patricios llevaron todavía mas lejos la resistencia; convinieron en no encontrarse en presencia de los emancipados recibidos por el gobernador. En fin, por última y páfida venganza denunciaron á Macquaire á las autoridades de la metrópoli como culpable por especulaciones criminales y de mala intencion.

La calumnia hizo bastante eco en Londres para determinar el envio de una comision de policía. Llegó esta á aquel punto en 1719 con la órden de hacer las investigaciones mas minuciosas. Macquaire salió digna y noblemente de esta causa, pero escandalizado de la parcialidad de los comisionados á favor de los querellantes, cansado de chismes y enredos, y convencido de su falsa posicion en virtud de la aversion que se manifestaba al autor de la ley, entregó su di-

mision y dejó la colonia á 4 de diciembre de 1821, con mucho sentimiento de los hombres de bien y juiciosos. La historia dirá que Macquaire fué el primer administrador que hizo entrar á Sydney en la carrera de prosperidad y de progreso. A su salida se contaban 9.000 acres de tierra sembrados de trigo, 30.000 cabezas de reses vacunas y 200.000 ovejas.

Al jeneral Macquaire sucedió el jeneral Brisbane, hombre afable, dulce, honrado y estimado de los sabios por sus conocimientos astronómicos, pero apático, tímido y poco á propósito para sus altas funciones. Su único sistema fué mantenerse siempre completamente obscurecido con los dos partidos en que estaba dividida la colonia. Cediendo con todo á la influencia de los colonos libres, ninguna gracia pública concedió á los emancipados, y ninguno de esta clase se vió en su mesa. Ademas Brisbane puso en práctica diversas medidas de economía que hicieron popular su administracion.

Durante esta administracion la autoridad, hasta entonces casi absoluta del gobernador, se modificó por un acta del parlamento acordada en 19 de julio de 1825, la cual debia tener fuerza de ley el dia 1° del propio mes de 1827. A su tenor debia crearse un consejo legislativo compuesto de cinco ú siete miembros nombrados por el gobernador, ó por quien hiciera sus veces, y este consejo debia examinar á su sabor las leyes y ordenanzas propuestas por el gobernador para someterlas en seguida á la aprobacion del supremo tribunal. Si el consejo rechazaba la ley propuesta, el gobernador tenia todavía la facultad de presentar otra, hasta que se viera la voluntad del soberano. Así es que la influencia real de este consejo se reducía á bien poca cosa.

Una institucion mas útil fué la creacion de una asamblea suprema presidida por un magistrado y dos jueces encargados de las atribuciones de los diversos tribunales del reino, y á mas otra inferior bajo el nombre de *general quarter sessions of peace* para entender en todos los crímenes y delitos que no merecian la pena de muerte, así como de los que tenian relacion en lo correccional. Con esta disposicion la autoridad civil se substituyó á la accion dura y absoluta de la justicia militar.

Por lo demas, las disensiones entre el partido aristocrático y el popular ó emancipado tomaron bajo el mando de Brisbane un carácter rjido y decidido. La relacion ó informe del comisario ordenador Briggs, obra sobremanera impolítica, renovó antiguas heridas y odios inveterados; proporcionó á los patricios una justificacion completa de sus disfavores acerca los emancipados, y volvió para la colonia un nuevo foco de sordas é interminables disensiones. El mal hubiese quedado muy circunscrito si el gobernador hubiese de-

jado dormir entre los suyos aquel documento , pero fué impreso y repartido al público en un gran número de ejemplares. No sería extraño , como lo dijo M. d'Urville , que zelosa de los rápidos progresos realizados en tan poco tiempo en la Nueva Gales del Sur , la metrópoli viera entonces nacer con satisfaccion estas divisiones y querellas que impedían á la colonia pensar en proclamar su independencia.

Brisbane dejó la isla en 1825 , y le sucedió el jeneral Darling. Este era un hombre que no tenia ni la misma afabilidad ni la misma dulzura de carácter. Justo , aunque áspero y seco , le bastaran algunos actos arbitrarios al principio de su mando para levantar contra sí muchos descontentos , que solo despues de mucho tiempo se apaciguaron.

Entretanto el establecimiento del consejo colonial á nada habia correspondido del objeto de su institucion. Se habia formado de las autoridades superiores , de dos propietarios y un comerciante , lo que habia constituido una especie de tribunal aristocrático cuyas sentencias llevaban el sello del rigor y de la injusticia para con los patricios. Entre los periódicos que se imprimian en Sydney , habia uno llamado *el Monitor* , que era el órgano de la oposicion , y que contenia en sus columnas las quejas del partido democrático. Este formulaba por el momento muy bien sus deseos , pidiendo para la colonia la creacion de una asamblea representativa y de un jurado ; mas el ministerio inglés prometia y jamas cumplia. Procedia con irresolucion y con esperiencias á medias.

Evalúabase entonces la poblacion total de la Nueva Gales en 60.000 almas poco mas ó menos , de las cuales 22.000 eran forzados. Entre estos , los unos , siendo este el menor número , tenian derechos que les daban una libertad provisional cuya continuacion dependia de su conducta futura. Otras veces estos permisos (*tickets of leave*) quedaban á discrecion del gobernador. En el dia se han impuesto restricciones severas á esta gracia. Así es que ningun deportado puede recibir su indulto ó su licencia sin haber cumplido una parte de su pena , es decir , cuatro años de trabajos , si ha sido sentenciado á siete , seis si lo ha sido por catorce ; ocho si por toda la vida. Por otra parte , los hombres provistos de estos derechos no pueden ya poseer propiedad alguna , ni litigar ante el tribunal , y están siempre en una especie de prescripcion y de tutela. Muchos de estos individuos son empleados en clase de jueces de competencias ó en la de celadores por cuenta de los colonos.

El mayor número de estos sentenciados es remitido por el gobierno local á los particulares que les piden para su servicio , y que se obli-

gan á equiparles con los vestidos y raciones que prescriben los reglamentos. El vestido consiste en dos sayos , tres pares de zapatos de un cuero muy fuerte , tres camisas , dos pares de pantalones , un sombrero y una gorra. La racion está igualmente establecida por semana , á saber , doce libras de trigo en grano ó nueve en harina , ó bien tres libras y media de maiz , y nueve de trigo ; siete libras de buey ó de carnero , ó bien cuatro libras y media de tocino salado , dos libras de sal y otras dos de jabon. El gasto preciso que ocasiona un criado de esta clase asciende á unos 250 francos por año ; pero la mayor parte de los colonos han acordado ademas el té y el azúcar , tabaco y alguna vez rom , segun se hayan portado en su conducta. Se les va todavía á señalar emolumentos para estimularles á la aplicacion.

El resto de los sentenciados está ocupado en las obras del gobierno y empleados por su cuenta en los trabajos públicos. En las ciudades hay cuarteles para alojarles. En Compagno lo pasan con barracas de madera y de corteza. Los refractarios incurren en la pena del látigo seguida alguna vez de grandes trabajos en los caminos con el grillete ; pero para los crímenes mas graves que no merecen la de muerte , son enviados á los establecimientos correccionales de la isla Norfolk ó de Moreton-Bay , donde son tratados con un rigor excesivo. Así es que á menudo prefieren la muerte á esta segunda deportacion.

Se designan con el nombre de *bush rangers* los convicts que se han escapado á los bosques , y que prefieren una vida independiente y vagabunda á otra regular y honrada. Hace dos ó tres años , que el número de estos forzados era bastante considerable , y sus robos incomodaban sobre todo á los viajeros y á los propietarios de los campos ; pero desde entonces las pequizas de la policia de caballo y las sumas ofrecidas al que les descubriera han disminuido mucho dicho número. Se ha notado que estos bandidos no cometian asesinatos , y que cuando mataban no era mas que para defender sus cuerpos.

En 1832 , el dispendio ocasionado por la Nueva Gales del Sur para la conservacion de los militares y convicts , ha sido de 115.629 libras esterlinas : los objetos importados han ascendido á la suma de 659.881 , y las esportaciones á 371.174. La renta colonial ha sido en el mismo año de 121.066 libras esterlinas , los navios entrados en Port-Jackson contenian unas 40.000 toneladas.

Las divisiones actuales de la Nueva Gales del S. son los distritos de Ayr , de Cambridge , de Durham , de Roxburgh , de Northumberland , de Argyle , de Camden y de Cumberland. Hasta este momento el último solo comprende cerca de las tres cuartas partes del total de la poblacion : muchos

de los otros distritos son apenas poblados ; no contienen mas que cortijos aislados ó cabañas para pastores. Por otra parte la estadística de esta provincia no existe todavía parte ninguna , y como la comarca se halla en estado de progreso gradual, esta estadística no puede ser verdadero mas que en el momento mismo de formarse , siendo defectuosa al año siguiente.

Después de la Nueva Gales del Sur , la colonia austral mas importante es sin contradicción la del Rio de los Cisnes , fundada en 1823 por los desvelos del capitán Stirling. Poco se sabe tocante á ella , y esto estan contradictorio , que se hace preciso atender á pruebas mas auténticas y mas completas. Lo que hay de mas verosímil , es que la comarca ofrece recursos tal vez de mayor cuantía que los que ofrecia en su origen la Nueva Gales del Sur. Estos recursos sin duda los sabrá utilizar los nuevos colonos ; y como en su establecimiento no habrá ningun forzado resultará de ahí una sociedad mas homogénea y menos discrepancia en sus elementos. De esta suerte se evitará la vida zelosa y trabajada que parece ya minar en su base la bella colonización de Sydney , y poner en duda su porvenir.

Habíase propuesto para esta nueva colonia el nombre de Hesperia meridional, de la que los primeros colonos hacian las relaciones mas ensalzadas y pomposas. Con todo esto se ha preferido el modesto nombre de Swan-River. Han se ya echados los cimientos de cuatro ciudades ; á saber : sobre la costa , Freemantle , hácia la ribera S. de la embocadura del rio ; Clarence-Town al borde del mar , delante Cockburn - Sound ; Perth , á nueve millas de Freemantle , en la ribera N. ; en fin Guildfort , á cinco ó seis millas mas arriba y siempre sobre la orilla del rio. Según las relaciones del lugar teniente Breton , Perth , la capital , está colocada en una colina , en una posición sobervia sobre el rio que en aquel punto ha tomado una media milla de anchura , aunque tan poco profundo , que á veces se puede vadear. En 1831 , Perth tenia ya 120 casas , y la colonia entera no contaba menos de 130.000 habitantes. Freemantle , situada en una situación mucho mas ingrata , ha vejetado en una playa de arena en que los reflejos del sol ofenden la vista. Las opiniones varían acerca su estado actual. Los unos han dicho que estaba casi abandonada , los otros que contaba cerca de 500 casas. A quien creer ?

En 1824 se fundó otro establecimiento en la isla Melville por el capitán Bremer , que le dió el nombre de fuerte de Dundas. El principal interés de este apostadero consistia en las comunicaciones que podian establecerse con los Malayos que van á pescar el tripang en la costa N. O. de la Australia. Mas no habiendo correspondido los Malayos á los anticipos que se les hacian , y habiendo los

naturales manifestado disposiciones hostiles á diversos apercibimientos , los Ingleses evacuaron esta isla , que por otro lado la sequedad , el calor y la infecundidad del suelo hacian casi inhabitable.

Lo propio sucedió con los sitios que se quisieron probar en 1826 , Port-Western y King-George-Sound. Tratábase sin embargo recientemente la de King-George no para un establecimiento de sentenciados , y si para formar una colonia libre que en adelante dependiera del gobierno del Rio de los Cisnes.

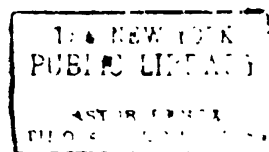
Otros proyectos de establecimientos en el golfo de San Vicente habian ademas seguido á los importantes descubrimientos del capitán Sturt ; pero la muerte deplorable de Barker entibió estas lejanas empresas. No obstante , en medio de estas tentativas periódicas , actualmente es un hecho visible que la Australia ocupada poco á poco por los Ingleses , formará bien pronto un nuevo mundo , y este creado enteramente por sus manos , les pertenecerá con mucho mas justo derecho que la India , porque en ella solo al aportar encontraron desiertos incultos.

CAPITULO X.

TASMANIA (TIERRA DE VAN-DIEMEN). — HOBART-TOWN Y SUS CERCANIAS.

Aunque los parajes que separan la Nueva Gales de la Tasmania sean espuestos á muy frecuentes tormentas , tuvimos la dicha de hacer esta travesía en tiempo sereno y en un mar bonancible. Ninguna ráfaga experimentámos , ni menos ventarron ni tempestad alguna ; y si al contrario un viento fresco , regular y suave , que nos impelió el 25 de enero en la vasta bahía de las Tempestades , abraza la Tasmania. Al dia siguiente , á favor de la marea y de un ligero viento de S. y de S. S. O. , Powel remontó el rio de Derwent para ir á anclar delante Hobart - Town. Ya en esta corta travesía se podia adquirir una idea de este nuevo país. Sembradas acá y acullá las quintas ofrecian plantaciones recientes en medio de las cuales cruzaban algunos rebaños. A una y otra orilla se descubrió la mano inteligente del Europeo , única que puede dar á la tierra un aspecto de orden , de prosperidad y de simetría. Veinte y cuatro horas de navegación por el rio bastaron para llegar á Hobart-Town , delante la cual ancló el *Kangaroo*.

Hobart-Town ocupa una superficie considerable en un terreno ligeramente ondulado que se estiende al pie del monte Wellington ; pero si se quiere evaluar su población por su extensión , se caerá en una falsa apreciación ó calculo , porque las casas de la ciudad rara vez tienen mas que un piso , y son casi todas cercadas de patios y jardi-

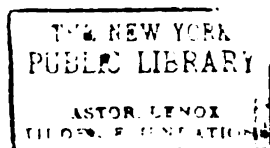


Vista de Hobart-Town en Tasmania
1 Vista de Hobart-Town en Tasmania

Vista de New Town
1 Vista de New Town

de la ciudad

18
VIAJE



1. *Hobart Town du côté des Casernes*
1 Hobart Town del lado de los Cuarteles

2. *Groupe de Convictes dans un L'Arrière de nuit*
2 Grupo de Convictes en un Descanso

de *Lentem del*

7072-5
VIAJE

nes (Pl. XLI. — 1). Las calles son anchas, bien alineadas y enlosadas en su mayor parte. La piedra de sillería es muy dura y muy hermosa, pero tan difícil de labrar que lo mas comunmente la emplean en bruto dándola dos capas de hieso. Sin embargo, no deja de contener algunos edificios dignos de ser citados, entre los cuales descuellan el arsenal, los almacenes de viveres, las casernas (Pl. XLII. — 1), la iglesia y su coro, el palacio de justicia, la cárcel, las casas de correccion y de reclusion, las oficinas de la policía, la capilla católica, diversas escuelas y establecimientos de educacion, etc. El palacio del gobernador es un edificio vasto, pero irregular, cómodo, agradable, circuido de praderías deliciosas, de jardines y de bosquecillos que llegan hasta la orilla del mar.

La ciudad es cruzada por un arroyuelo que aunque en verdad poco considerable, pero que subviene á las necesidades de los habitantes y pone en actividad muchos molinos. En sus bordes crecian una multitud de árboles que los colonos, mas cuerdos que los de la Nueva Gales del Sur, nunca han intentado destruir. Así es que la ciudad y sus cercanías en especial ofrecen un aspecto menos triste y árido que la capit. de la otra colonia.

La poblacion de Hobart-Town ascendia en 1832 á 9.000 habitantes, aunque solamente la mitad pertenecian á la clase libre, pues el resto se componian de presidarios empleados en los trabajos públicos. Esta conformidad de organizacion orijinal entre Hobart-Town y Sydney conserva en ambos países una fisonomía casi de todo punto análoga, pues las costumbres, las preocupaciones, las categorías y aun los resentimientos son casi los mismos. Igualmente se observa la misma escision entre los hombres libres y los que no lo son, entre los colonos patricios y los colonos libertos. Como ninguno de estos pormenores era nuevo para mí, despues de haber visitado la ciudad y verificado algunas incursiones á las mas deliciosas granjas de los alrededores, me apresuré á utilizar nuestra recalada haciendo un reconocimiento á Launceston, situada á la parte opuesta de la isla. Un jóven oficial de la guarnicion se me ofreció como compañero de viaje, y al momento emprendimos la marcha montados en excelentes caballos.

El primer alto que hicimos fué en New-Town, aldea de unas diez á doce casas, situada sobre la ribera derecha del Derwent, en medio de una risueña campiña entrecortada de jardines y de plantaciones. New-Town es el sitio de recreo de los moradores de Hobart-Town; y como aquel pueblecito se halla á solas dos millas de la capital, por la tarde van á pasear hasta allí y hacer sus meriendas campestres (Pl. XLI. — 2).

A siete millas mas lejos se pasa el Derwent, y atravesando una selva se llega despues de siete millas de camino á Brighton, situada junto al ar-

royuelo denominado el Jordan, en medio de una deliciosa llanura circuida de un terreno peñascoso. A mayor distancia se encuentran el hermoso valle de Bagdad y todo el país conocido bajo el nombre de Greend-Pounds, ocupado por pequeños arrendatarios.

Allende este punto y á unas cuarenta millas de la capital se pasa la colina llamada Spring-Hill, eminencia selvosa que sirve de estacion á los naturales cuando sus escursiones á esta zona. Doce ó quince años antes asesinaron á un colono de las cercanías y destruyeron completamente su cabaña.

En el decurso de nuestra caminata encontramos sucesivamente la naciente ciudad de Jericó, denominacion no menos bíblica que muchas otras de la Tasmania; Oatlands, situada á cincuenta y una millas de Hobart-Town, en un terreno pobre y de apariencia triste; frondosas selvas, Ross-bridge, en cuyo alrededor se estienden excelentes pastos; Campbell-Town y sus vastas estepas desiertas y terminadas por una pantanosa florietta, y finalmente Clarendon, situada á ciento y ocho millas de Hobart-Town, en uno de los recodos del South-Erk, y en un valle que tiene sesenta millas de longitud sobre veinte de anchura. Entre las cumbrés que la rodean, descuella el Bed-Lownd, uno de los mas levantados picos de la Tasmania oriental, cubierto de nieve durante la mayor parte del año.

Así que, despues de tres dias de camino llegamos á Launceston, cabeza de la Tasmania septentrional. El país que rodea esta ciudad es selvoso, agradable, fértil y bastante poblado: la ciudad misma está situada en la confluencia del North-Erk, cuya reunion forma el rio de Tamar, distante á la sazón unas cuarenta y cinco millas del mar, á cuya distancia se hace sentir la marea, apesar de no tener el rio mas de treinta toesas, y los buques de ciento cincuenta toneladas pueden remontarlo hasta llegar cerca de Launceston. Sin embargo, como el viento fijado de N. á S. sigue casi siempre la direccion del rio, resulta que las embarcaciones emplean regularmente unas dos ó tres semanas para llegar á Launceston.

Una parte de la ciudad está situada en la llanura, y la otra dispuesta en anfiteatro sobre lo alto de una eminencia. Su poblacion no pasa de 25.000 habitantes, pero su estension es bastante considerable, aunque sus calles son lo mas malo que puede verse, y en tiempo de lluvia se atestan de tales atolladeros, que seria sumamente difícil sacar los carros y los bueyes que en ellos se abarrancasen.

Los edificios de la ciudad son muy poco importantes, y tan solo merecen citarse la iglesia, un vasto almacén, las casernas de los militares y un colegio fundado por suscripcion en 1826.

Todo suscriptor por la suma de cincuenta libras esterlinas puede colocar en él á su hijo mediante una pension anual de treinta libras igualmente esterlinas.

Esta parte de la isla es mucho mas rica y feraz que las cercanías de Hobart-Town. De este mismo territorio se sacan la mayor parte de los granos que sirven para proveer la Tasmania: así que en toda la comarca no se halla un palmo de terreno que no sea esplotado.

A cuarenta millas N. de Launceston y cerca del embocadero del Tomar se encuentra Jorje-Town, donde las embarcaciones de mayor porte desembarcan sus cargamentos. El gobierno inglés, atribuyendo una grande importancia á esta posicion, ha invertido cuantiosos caudales en sus mejoras; pero la aridez y mala calidad del terreno han inducido poco á poco á desertar tan ingrato apostadero, por cuyo motivo solo puede considerarse actualmente como un establecimiento militar, donde se ha formado un depósito de presidiarios guardado por un destacamento de veteranos.

Para regresar de Launceston á Hobart-Town, no seguimos el sendero que tomáramos á la ida. Variando nuestro itinerario, pudimos ver sucesivamente los llanos de Patterson compuestos de una toba fecunda y arcillosa, localidad poblada de hermosísimas granjas; las llanuras de Norfolk, donde se halla un establecimiento agrícola de dos mil acres de terreno; Elisabeth-Town, deliciosa aldea situada á veinte y dos millas de Hobart-Town, compuesta de unas cincuenta casas entre las cuales se cuenta la quinta del gobernador en un sitio sumamente agradable (Pl. XLI. — 3). Elisabeth-Town está situada sobre el Derwent, tiene comunicaciones fáciles con la capital por medio de los bateles que remontan el rio, y encierra un excelente meson con una suntuosa iglesia de ladrillos. A poca distancia, y en el Sussex, se encuentra el risueño lugarejo de Sorrell-Town, compuesta de unas cuarenta habitaciones con una iglesia de piedra labrada, una cárcel, una escuela y una caserna. Continuamente están navegando pequeños sloops entre este pueblo y Hobart-Town. Observámos igualmente Richmond, otro solar para una ciudad futura circuida de numerosas granjas, y que contiene ya una cárcel, un mercado y muchas casitas; Lawrenny, soberbia propiedad de catorce mil acres de tierra, circuida de empalizadas, pero que solamente es cultivada en parte. Estas granjas de Lawrenny, situada en una campiña regada por el Derwent y otros dos torrentes, encierran preciosos recursos agrícolas que solo están aguardando una esplotacion. Su territorio es feraz hasta á muchos centenares de pies sobre la hoya del llano. Cuéntase ya en la actualidad una piara de diez mil ovejas; pero este número podrá multiplicarse fácilmente.

Al otro lado del Derwent se halla la granja de Dunrobbin; igualmente fértil, pero menos espaciosa á causa de sus florestas. A poca distancia de una y otra llanura cultivable empiezan los infecundos morros del interior, masas confusas de montañas de un aspecto ingrato, silvestre y monótono.

Despues de seis dias de ausencia y de viaje me hallaba de vuelta en Hobart-Town; pero Powell no estaba preparado aun, en razon de las violentas brisas soplando del N. O. por espacio de cuatro ó cinco dias, que habian contrariado sus operaciones. Cuando sopla este viento, es imposible todo movimiento en la rada. Las ráfagas descienden del monte Wellington sobre la ciudad y la habia con una impetuosidad sin par; en cuya ocasion las calles de Hobart-Town son impracticables, á causa del polvo y los guijarros que levanta el soplo del viento contra el rostro. Este viento, esta montaña que ofrece el mismo aspecto que la Table, estos guijarros y este polvo comunican á Hobart-Town alguna semejanza con la ciudad del Cabo de Buena Esperanza, bien que esta semejanza es ventajosa á las embarcaciones surtas en la rada de Hobart-Town, mientras que la del Cabo es fecunda en desastrosos acontecimientos.

El monte Wellington, que Flinders habia denominado el monte de la Table, era de una conformacion sobrado curiosa para que no me infundiese deseos de subir hasta su cúspide. Mi jóven compañero de viaje arregló la correría, escogió un guia y alquiló caballos. Partimos al amanecer, y galopámos por espacio de cuatro millas en un llano que presentaba muchos y variados aspectos: aquí un bosquecillo, allí un campo ó una pradera natural; al pie de un collado habia una quinta que nos ofreció hospitalidad, el abrigo del techo y el desayuno. No nos faltó en la Tasmania té, café con leche y jamon, cual si nos encontrásemos en casa de un arrendatario del Derby ó de Middlesex. Reforzados pues con un nuevo guia, subimos el monte cuyos tres primeros terreros son de un acceso fácil y están cubiertos de árboles de los jéneros eucalyptus, acacia, podocarpus y casuarina que hacen una sombra muy débil. En el primer declivio el terreno es atestado de piedras blanquecinas y muelles, cubiertas de vestijios vejetales que parecen pertenecer sobre todo á lycopodos, á helechos ó á plantas marinas de hojas muy divididas.

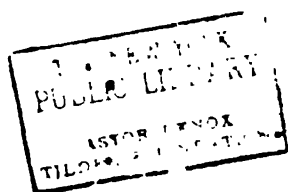
A medida que íbamos ascendiendo, el sol era mas cálido y el ambiente mas saludable; la atmósfera parecia abrasada, porque en aquellos climas no se conocen los rocios matutinos que morijeran la fuerza de los rayos solares hasta su completa evaporacion. Sin embargo, no por eso dejámos de continuar en subir á la cumbre de

7 *Vue de la ville de Launceston*
3 Vista de Launceston Town (Tasmania)

8 *Vue de la ville de Launceston*
4 El Tercio, Macquarie

NOTE FOR
PINTORES

Don't forget to



la montaña por medio de un pequeño sendero bien trillado, y con harta facilidad hasta llegar á la base del último pico que tiene por sí solo una altura casi igual á los otros tres juntos, es decir, de unas trescientas toesas. A aquella altura no se vió la menor huella, y fué preciso trillar una senda á través de las malezas y de las rocas, encaramándonos con las manos por temor de rodar hasta el fondo de los precipicios. A cierta distancia de la cumbre tropezamos con un nuevo obstáculo: tal era el de nuevos montones de rocas á punto de desprenderse, por lo que solo podía andarse con suma dificultad y trabajo. Sus resbaladizas superficies ofrecían una gran dificultad para conservar el equilibrio; puesto que no pocas veces se desprendían algunos cascajos que arrastraban á otros en su caída rodando confundidamente hasta la base misma de la montaña. Mientras andábamos por aquellas rocas movedizas, complacióse nuestro guía en referirnos que muchos viajeros se habían caído y perdidose para siempre.

Afortunadamente no nos aconteció la menor desgracia, merced á las fatigosas precauciones que preferimos tomar. Llegados á la cumbre del monte que termina en una espaciosa mesa de cuatrocientas á quinientas toesas de anchura, no percibimos en ningún punto árbol ni arbusto, y si tan solo un apiñado tapiz de verdor, donde se observan varias plantas compactas de dos ó tres pulgadas solamente de altura, al paso que en el llano se remontan á veces á uno ó dos pies cuando nacen aisladas.

Esta singular raquitis debe atribuirse sin duda á la violencia de los vientos que reinan en aquella altura. Por el lado de la ciudad, el borde de la montaña forma un precipicio inmenso con enormes columnas de basalto, entre las cuales se cuentan muchas tan regulares, que no parece sino que son labradas por mano de artista. Por acá y acullá se ven millares de fragmentos que atestiguan que en época muy remota ha tenido lugar alguna convulsión. En ciertos puntos los fragmentos de las columnas se han aglomerado formando moles de cuarenta á cincuenta pies de altura; al paso que en otros puntos se ven columnas aisladas de diez á veinte pies de alto, entre las cuales se ven algunas superadas por una gran masa de basalto desprendida del pilar mismo. Hay un sitio en que dos de estas columnas, superadas cada una de un anejo trozo de basalto, parecen representar un portal de diez y ocho pies de anchura.

En la mesa de Wellington se encuentran muchos manantiales de agua dulce que podrían reunirse en acueductos para subvenir á las necesidades de la ciudad. Actualmente desaguan todos en el riachuelo Huon, que confluye con el canal d'Entrecasteaux.

En tiempo sereno se goza de lo alto del monte Wellington de un punto de vista verdaderamente magnífico. Por la parte del N. se estiende hasta mas allá de Swan-Port, abarcando un espacio de cuarenta millas; por el lado del O. la estension es casi la misma; por el del S. está ceñida por una serie de montañas, y por el del E. se pierde en la inmensidad del Océano.

A la una y media comenzamos á bajar, á través de dificultades y peligros mucho mayores que al subir; supuesto que el mas pequeño paso dado en falso nos esponía á una caída, y una caída á una muerte infalible.

Finalmente despues de una marcha de algunas horas, llegamos al hospitalario albergue que nos acogiera por la mañana con tanta benevolencia, y habiendo recobrado nuestras cabalgaduras alcanzamos en breve Hobart-Town. Aquel dia era el último que podía dedicar en el análisis del país, en razon de que Powell habia ya dado cima á sus quehaceres. Por la noche nos aprovechamos de la marea y de una lijera brisa terrestre, y bajando el rio drivamos hasta la bahía de las tempestades, de donde puede fácilmente darse la vela á todas horas.

CAPITULO XI.

TASMANIA.—DESCUBRIMIENTO.—COLONIZACION.—INDÍENAS.

El navegante holandés, Tasman, cuyo nombre ha figurado tantas veces en nuestra relacion, descubrió la Tasmania, y la denominó *Van Diemen's land* en honor del gobernador jeneral de Batavia. Sin embargo hace ya mucho tiempo que los colonos mismos trocaron esta denominacion por la de Tasmania, denominacion verdaderamente mas justa, mas conveniente, y que restituye siquiera al célebre navegante el honor del descubrimiento.

Esta tierra fué avistada por primera vez á 24 de noviembre de 1642. Tasman pasó muchos dias en reconocerla, y á 1 de diciembre fondeó en una bahía que apellidó Frederick Hendrick's Bay. Los individuos del primer bote despachado á tierra oyeron algunas voces humanas, y observaron muchas humaredas que indujeron á creer que el país era habitado.

A 3 de diciembre Tasman se acercó á la playa en persona, y mandó á su carpintero que levantara un pilar en que habia una brújula grabada, y superado del estandarte del príncipe. « En cuanto el primer carpintero, dice Tasman, hubo llevado á cabo esta orden en presencia de mí, Abel J. Tasman, del maestre Gerrit Sansz y del submercante Abraham Coomens, nos acercamos todo lo posible á la playa, y el citado carpintero

nos alcanzó á nado á través de la resaca. Al momento nos volvimos á bordo y dejámos subsistir aquel pilar como un recuerdo á la posteridad de los habitantes del país. Es cierto que no vimos ninguno, pero conjeturámos que no estaban muy lejos algunos de ellos acechando todas nuestras acciones. »

Dos dias despues, Tasman perdió la tierra enteramente de vista. « Ignórase completamente, dice, si la tierra de Diemen, situada al S. O. de la Nueva Holanda, está unida con esta por medio de algun istmo. »

Esta tierra quedó completamente olvidada hasta que Marion fondeó sus dos naves en la bahía de Frederick Hendrik á 4 de marzo de 1772. Los fuegos y las humaredas que se veían en diferentes puntos anunciaban que el país era sumamente poblado, y en breve comparecieron á la playa unos treinta individuos para ver la manobra de los buques que se iban aproximando para anclar. Al dia siguiente presentaron sin temor á los botes franceses un tizon ardiendo cual para invitarles á pegar fuego á un monton de leña que habían preparado. Como los Franceses no tenían ningun conocimiento del objeto de esta ceremonia, encendieron la hoguera sin que acarrese ninguna mutacion por parte de los naturales, puesto que continuaron en permanecer cabe los Franceses con sus hijos y mujeres.

Aquellos naturales, segun el capitán francés, eran negros, de talle mediana, y andaban todos desnudos, así los hombres como las mujeres. Los primeros iban armados de lanzas y hachas de piedra; sus ojos jeneralmente eran pequeños, su boca grande, sus dientes blancos, su nariz chata, y sus cabellos, como los de los Cafres, separados en mechones y polvoreados con ocre encarnado. Por lo demas, eran esveltos, harto bien formados, de hombros encojidos y pecho adornado de pintados en relieve. Su lengua era dura y gutural.

Los Franceses intentaron seducir á los indijenas por medio de algunos presentes; pero estos rechazaron casi todos los objetos ofrecidos, sin exceptuar el hierro, los pañuelos y los tejidos. Mostráronles patos y pollos, dándoles á entender por señas si deseaban obtener de semejantes animales; pero en vez de contestar á aquella demanda, arrojaron á lo lejos los pollos y los patos en ademán de cólera.

Hacia ya cosa de una hora que los Franceses estaban en tierra, cuando desembarcó el capitán Marion. Uno de los naturales le salió al encuentro, y le ofreció un tizon ardiente para que pegase fuego á cierta porcion de leña amontonada en la playa. No tuvo Marion ningun inconveniente en verificarlo, juzgando ser aquello una formalidad capaz de seducir á los salvajes. Sin embargo, en cuanto empezó á arder la hoguera,

todos los naturales se retiraron en masa en direccion á una pequeña eminencia, de donde despidieron una lluvia de piedras que hirieron á los dos capitanes. Los Franceses contestaron con algunos cañonazos, y fueron á tomar tierra en un sitio descubierto en medio de la bahía, en donde no podia hostilizarse á la tripulacion. Entretanto los salvajes ocultaron en los bosques sus mujeres é hijos, y empezaron á seguir á los botes á lo largo de la playa, hasta que á un reclamo de sus jefes dispararon unánimemente sus lanzas, hiriendo á un negro que se hallaba al servicio de los Franceses. Ordenóse de nuevo la mosquetería que causó la muerte de un natural, hirió á muchos otros y obligó á los restantes á emprender la fuga hácia los bosques. Al propio tiempo procuraban arrastrar en la misma á aquellos de sus camaradas cuyas heridas eran harto graves para impedirles la carrera; pero los Franceses mandaron en su persecucion un destacamento de quince hombres que consiguieron cojer á un indijena herido que falleció pocas horas despues. Este hombre tenia cinco pies y tres pulgadas de altura, y parecia negro como un Cafre; pero despues de lavado su cadáver, se vió que la tez era mas bien encarnadina, y que su tinte negro debia atribuirse al humo. Viéndose dueño del campo, Marion mandó en busca de agua dulce y árboles propios para la arboladura. Los cazadores avistaron un gato-tigre, mataron varios cuervos, miras, tórtolas, una cotorra de pico blanco y algunos pelicanos. La pesca fué muy abundante en pescado y en mariscos; pero apesar de todas las pesquisas no se encontró habitacion ninguno, á menos que merezcan este nombre unos miserables soportales de ramas.

Al año siguiente el compañero de Cook, el capitán Furneaux, fondeó en la bahía de la Aventura, donde se surtió de agua y leña sin ver ningun natural. En enero de 1777 apareció Cook en el mismo surjidero, y fué mas afortunado que su predecesor, supuesto que encontró varios indijenas con quienes entabló algunas comunicaciones. Sus relaciones llegaron á tan alto grado de intimidad, que los oficiales del *Descubrimiento* intentaron dar principio á algunos requiebros con las mujeres; pero todas sus galanterias fueron despreciadas con desden, y un viejo salvaje que observó aquel embolismo mandó á las mujeres que se retirasen, como efectivamente lo verificaron, no sin alguna repugnancia. Durante aquella recalada, el naturalista Anderson recojió muchos documentos relativos á la historia natural de la comarca, reconoció que el país ofrecia el aspecto de las cercanías del cabo de Buena Esperanza, y que los salvajes conservaban muchas circunstancias análogas con los de Tanna y de Mallicolo. Finalmente el mismo Cook rectificó toda la jeografía de la Tasmania meridional.

A Cook sucedió Bligh, que en 1788 pasó doce días en aquella bahía. Cierta día comparecieron en la playa una veintena de naturales; mas como la resaca era obstáculo al desembarque, las relaciones fueron muy cortas, y todas se redujeron á arrojar algunos presentes á los indijenas que al parecer no hicieron mucho caso de ellos. A Bligh sucedió en el propio año 1788 el capitán Hunter que recorrió las costas de la Tasmania: en 1789 Cox que descubrió la bahía de las Ostras en la isla Maria; en 1791 Vancouver que se contentó con reconocer á la vela algunos puntos de la Tasmania, y en 1792 y 1793 d'Entrecasteaux que hizo dos importantes estaciones en la parte meridional de la Tasmania, y exploró detenidamente el hermoso canal que recibió su nombre. En este reconocimiento los oficiales franceses remontaron el Derwent hasta el punto donde empieza á correr hácia el O. El botánico Labillardiere estudió y analizó las producciones naturales del país, y narró injenuamente las amigables entrevistas que tuvo con los habitantes: por manera que á él se deben los mejores documentos que versan sobre los usos y costumbres de los aborígenes. No podemos menos de insertar el siguiente fragmento de su relacion, no obstante su estension en realidad algo prolija:

« Al día siguiente, dice, desembarcamos junto al puerto d'Entrecasteaux con un gran número de personas de entrambas naves para ver si podríamos observar algunos salvajes. Efectivamente, poco despues nos salieron al encuentro en ademán de una confianza ilimitada; visitaron detenidamente el interior de nuestras chalupas, nos tomaron por el brazo, y nos obligaron á seguirles á lo largo de la playa.

« No bien hubimos anclado dos kilómetros cuantos vimos en medio de unos cuarenta y ocho naturales, á saber: diez hombres, catorce mujeres y veinte y cuatro niños, entre los cuales se contaban un número de mozas igual al de los muchachos. Habíanse encendido siete hogueras en cuyo derredor estaba reunida una familia poco numerosa.

« Los niños mas pequeños, amedrentados del espectáculo que les ofrecia un número tan considerable de Europeos, fueron á refugiarse inmediatamente bajo las alas de sus madres que les prodigaron todo jénero de caricias.

« No ignorábamos que aquellos salvajes no gustaban mucho de la armonía del violín. Sin embargo creyendo que no serian enteramente insensibles á sus sonidos, nuestro músico empezó á tocar himnos animados que al principio nos dejó en la incertidumbre; pero habiendo redoblado sus esfuerzos para obtener aplausos jenerales, halló completamente defraudadas sus esperanzas cuando vió aquella numerosa asamblea taparse el oído para no oír mas.

« Estos pueblos están cubiertos de piojos de pies á cabeza, y no pudimos menos de admirar la paciencia de una mujer que se ocupó mucho tiempo en limpiar á su hijo. Sin embargo, no nos sucedió lo mismo cuando la vimos matar á dentelladas tan fastidiosos insectos, pues sentimos la mas viva repugnancia, mayormente al observar que se los tragaba sobre la marcha. No podemos pasar en silencio que los monos y la mayor parte de los negros hacen lo propio.

Los niños gustaban tanto de todo lo que resplandecía, que sin el menor empacho nos arrancaban los botones metálicos de nuestros vestidos. Las madres, menos zelosas de sus propios atavíos que de los de sus hijos, nos los presentaban para que les pusiésemos los adornos que les regalábamos para sí.

« Tampoco debo olvidar la truhanería de un jóven salvaje con uno de nuestros marineros, que habia depuesto al pie de una roca un saco lleno de mariscos. Llévosele furtivamente el natural y lo ocultó á un punto algo distante, y despues de haberse divertido en hacerlo buscar por algun tiempo, volvió á sacarlo y lo trasladó á su puesto.

« Aquella numerosa asamblea quedó tan pasmada al presenciar los efectos de la pólvora de cañon cuando la arrojábamos sobre las ascuas, que nos suplicó varias veces que les repitiésemos el mismo espectáculo.

« No podian persuadirse de que todos nosotros fuésemos hombres, pues creían apesar de nuestras protestas que los mas mozos eran mujeres. Su curiosidad fué mucho mayor de lo que pensábamos, supuesto que no quedaron bien convencidos hasta que se cercioraron del hecho por sí mismos.

« Es muy difícil averiguar si es tan solo por coquetería ó por otro motivo desconocido que las mujeres han puesto en uso un medio que realmente será despreciado por nuestras petimetras, no obstante que tiene la propiedad de hacer desaparecer buena parte de las rugas producidas por la preñez. La piel de su vientre era señalada por tres grandes prominencias semicirculares y colocadas unas sobre otras.

« Uno de los salvajes tenia en la cabeza muchas señales recientes de quemadura. Quizás aplican el cauterio actual en diversas enfermedades, lo que no seria extraño, atendido que este uso se halla igualmente establecido entre otros muchos pueblos, con especialidad entre la mayor parte de los Indios.

« Estos indijenas comen á mediodía. Hasta entonces solo habíamos podido formarnos una idea insignificante del trabajo que se toman las mujeres para procurarse los alimentos necesarios á la subsistencia de su familia; desde luego tomaron un canastillo, siendo imitadas por sus hijas,

y se encaminaron á las rocas del mar donde se aventuraron á sumergirse hasta el fondo de las aguas para cojer crustaceos y mariscos. Como hacia ya mucho tiempo que estaban sumergidos, empezámos á concebir las mas vivas inquietudes por su vida, puesto que se zambulleran en medio de plantas marinas de una gran longitud, entre las que se observan el *fucus pyrifera*, que temíamos no las hubiesen abarrancado y las impidiesen asomarse sobre la superficie del mar; pero al fin se mostraron de nuevo y nos aseguraron que tenían una facilidad increíble en zambullirse tanto tiempo como nuestros buzos mas hábiles. Un solo momento les bastaba para respirar, y en seguida volvian á zambullirse hasta colinar su canastillo. La mayor parte estaban provistas de un pequeño madero cortado en forma de espátula, de que hemos hablado ya, y les servian para cojer en las rocas ocultas bajo las aguas y á grandes profundidades grandes orejas marinas.

« A vista de los gruesos cabrajos que henchian sus canastillos, no pudimos menos de temer que semejantes crustaceos dañasen á aquellas mujeres desgraciadas con sus enormes pinzas; pero en breve observámos que no habían descuidado la precaucion de matarlos así que los cojieran. Nunca salian del agua sino para traer á sus maridos los frutos de su pesca, y no pocas veces volvian á zambullirse sobre la marcha hasta hacer una provision harto abundante para alimentar á sus familias. Otras veces se calentaban en todos sentidos poniéndose entre el fuego en que cocian el pescado y las hogueras que encendian á sus espaldas.

« Parecia que odiaban el ocio sobremanera, puesto que mientras se estaban calentando, se ocupaban en tostar mariscos sobre las ascuas con las mayores precauciones. No ponian tanto esmero en cocer cabrajos, puesto que los arrojaban al azar en medio de las llamas, y en cuanto estaban cocidos, distribuian sus patas á los chicos, reservándose el cuerpo, que á veces se comian antes de volver á sumergirse al fondo del mar.

« Todos indistintamente sentímos á la verdad que aquellas pobres mujeres se viesan condenadas á una faena tan sumamente incómoda. Por otra parte se esponian tambien á ser devoradas por los tiburones, ó hallarse comprometidas en media de los fucus que vejetan en el fondo de aquellos mares. No pocas veces incitámos á los maridos á participar almenos de sus fatigas; pero todas nuestras instancias fueron vanas, pues no se movieron del hogar saboreándose con los mejores bocados hasta empalagarse, y halagando su paladar con fucus tostados y helechos. De cuando en cuando se ocupaban en arrancar ramas para atizar el fuego, escojiendo siempre las

mas secos. Su modo de cortar leña nos dió á conocer que tenían el craneo muy duro, puesto que se servian de él como punto de apoyo, y con las manos fijadas en los extremos de cada rama, la encorvaban fuertemente hasta romperla. Su cabeza estaba siempre descubierta y no pocas veces espuesta á todas las intemperies de la atmósfera, y de esta suerte adquiere la facultad de resistir á semejantes esfuerzos. Por otra parte sus cabellos forman como una almohada que amortigua la presion y la hace mucho menos dolorosa en la coronilla de la cabeza que en todas las demas partes del cuerpo. No pueden hacer otro tanto las mujeres; porque las unas tenían el pelo bastante rasurado y traían en la cabeza una cuerda que la daba muchas vueltas, al paso que las otras solo tenían una simple diadema de pelo. La misma observacion hicimos con respecto á muchos niños, pero no acerca de los hombres, puesto que todos tienen la espalda, el pecho y los brazos cubiertos de pelos aldonados.

« Los dos individuos mas robustos de la cuadrilla estaban sentados en medio de sus hijos, con dos mujeres á su lado; diéronnos á entender por señas que les pertenecian, y nos presentaron una nueva circunstancia que nos demostró con evidencia que entre ellos está en uso la poligamia. Las otras mujeres que solo tenían un marido, procuraban igualmente dárselo á conocer. Es muy difícil averiguar cuales son mas felices, pues todas están agoviadas por las mas penosas faenas domésticas.

« Hacia ya mucho tiempo que duraba su banquete, y estábamos sumamente sorprendidos al ver que nadie bebiere todavía, puesto que todos aguardaron estar hartos; en cuyo caso las mujeres y las mozas fueron á buscar agua con los vasos de ova de que he hecho mencion, y los colocaron junto á los hombres que la bebieron sin repugnancia, apesar de ser sumamente cenagosa. De esta suerte coronaron su banquete.

« Cuando volvimos á embarcarnos para ir á bordo, aquellas jentes nos siguieron con la vista por algun tiempo, y se internaron despues en los bosques. Su camino les conducia á veces á la playa del mar, y al momento nos lo advertian los gritos de alegría con que poblaban los aires.

« Jamas nos presentaron ninguna circunstancia que nos indujese á creer que tenían jefes. Por el contrario, cada familia nos pareció vivir en una completa independencian, y únicamente ecstia entre los hijos una severa subordinacion á sus padres y entre las mujeres á sus maridos. Pareciónos asimismo que se guardaban muy bien de dar márjen á sus celos, bien que un individuo de la tripulacion se congratuló de haber sido muy bien acogido por una de las belldades del cabo Diemen, aunque es muy difícil saber hasta que

punto tenia razon. »

El Inglés Hayes visitó en 1794 el rio denominado Rio del Norte por d'Entrecasteaux, y le aplicó el nombre de Derwent que ha prevalecido. En 1792 fué visitado igualmente por el cirujano Bass que fué el primero en aseverar la separacion ecistente entre la Australia y la tierra de Van-Diemen. Embarcóse en un ballenero armado de seis hombres, y tuvo bastante intrepidez para navegar á lo largo de la costa desde Port-Jackson hasta Port-Western, aplicando su propio nombre al estrecho que separa entrambas tierras. Casi á la misma época, el teniente Flinders verificaba reconocimientos útiles relativos á diversas islas situadas en la parte oriental del estrecho. A fines del mismo año Flinders y Bass ejecutaron juntamente, á bordo del sloop *el Norfolk*, la circumnavegacion de Van-Diemen's-Land: así que, cuando en 1802 el capitán Baudin apareció en las mismas costas no hizo mas que coronar aquella empresa con algunas observaciones jeográficas que agregaron muy pocos documentos á los recojidos. No debe decirse lo mismo en orden á los trabajos de los naturalistas, entre los cuales se hallaba Péron, que describió en estilo enérgico y con toda la viveza de inajinacion que le caracterizaban, muchas de las entrevistas que tuvo con los naturales del país.

«...Apenas habiamos desembarcado, dice, cuando nos salieron al encuentro dos naturales en la cima de un morro casi perpendicular. Hicimosle varios signos de amistad, y al instante uno de ellos descendió precipitadamente del peñon, y en un cerrar de ojos lo tuvimos con nosotros. Era un mozo de veinte y dos á veinte y cuatro años, de una construccion jeneralmente robusta, y no tenia otro defecto que la delgadez de las piernas y de los brazos que caracteriza á su nacion. Su fisonomia no presentaba nada de áustero ni feroz: sus ojos eran vivaces y espirituales, y su talante manifestaba á la vez benevolencia y sorpresa. Abrazóle M. Freycinet, y yo hice otro tanto; pero si he de juzgar por las señales de indiferencia con que nos acogió, no tenia en su concepto la menor significacion. Lo que mas en un principio pareció afectarle fué la blancura de nuestra tez; y queriendo sin duda cerciorarse de si este color era el mismo en todo el cuerpo, entreabrió sucesivamente nuestras chupas y nuestras camisas, y manifestó su admiracion por medio de grandes aullidos de sorpresa, especialmente con patadas en extremo vivas.

«Sin embargo nuestra chalupa parecia ocupar su atencion mucho mas que nuestras personas; así que despues de habernos ecsaminado por espacio de algunos minutos, se dirigió á nuestra embarcacion, y lejos de inquietarse por la presencia de los marineros, se dedicó nuevamente

á un serio ecsámen. La densidad de las costuras, la solidez de la construccion, el timon, los remos, las jarcias, las velas, todo lo observó con el silencio y atencion que producen el interés y la admiracion. Hé aquí que uno de nuestros gondoleros, deseando sin duda dar pábulo á su sorpresa, le presentó una redoma de vidrio llena de arac, que formaba parte de los víveres de la tripulacion. El esplendor del vidrio le incitó á prorumpir en un grito de admiracion, y á tomar la redoma que ecsaminó por algunos momentos: pero su curiosidad se halló concentrada luego sobre la chalupa, y arrojó la redoma al mar sin otro objeto aparente que desembarazarse de un artículo no necesario, y se dedicó de nuevo á su ecsámen. Ni los gritos del marinero que se quejaba por la pérdida de su redoma de arac, ni el apresuramiento de uno de sus camaradas en lanzarse al agua para pescarla, fueron parte á conmoverle. Repetidas veces intentó enmarar la chalupa; pero como el cable que la retenia inutilizaba todos sus esfuerzos, vióse forzado á abandonarla despues de habernos dado el mas vivo ejemplo de la atencion y de la reflexion de que son susceptibles aquellos pueblos salvajes.

«Llegados á la cima del morro mencionado, M. Freycinet y yo encontramos al segundo natural, anciano que frisaba con los cincuenta años. Su barba era en parte gris como sus cabellos; su fisonomia parecia ecscnta de los defectos inherentes á la caduca senectud, y á través de algunos signos inequívocos de turbacion y terror se distinguian fácilmente su candor y su hombría de bien. Despues de habernos ecsaminado á entrambos con no menos sorpresa y satisfaccion que el primero, el anciano averiguó asimismo el color de nuestro pecho abriendo nuestras chupas y nuestras camisas, y mandó á dos mujeres que se acercasen. Titubearon estas algun tanto, pero al fin la mas entrada en años se decidió á hacerlo. Siguióla la mas jóven con mas timidez y turbacion que la primera; esta tenia unos cuarenta años, y en su vientre tenia no pocas rugas que manifestaban á no dudarlo ser madre de muchos hijos. Iba absolutamente desnuda, y parecia, como el anciano, buena y amable. La jóven era de unos veinte y seis á veinte y ocho años, tenia una constitucion harto robusta, é iba enteramente desnuda como la primera, á escepcion de una piel de kangarou en la que llevaba una niña que aun amantaba. Su seno era ya algo ajado, pero parecia bastante bien conformada y suficientemente provista de leche. Esta jóven, lo mismo que el anciano y la otra mujer, que presumimos ser su padre y madre, tenía una fisonomia interesante: sus ojos manifestaban mucha espresion y un no sé qué de espiritual que

no pudo menos de sorprendernos y que no hemos observado en ninguna otra mujer de esta nacion. Por otra parte parecia querer mucho á su hijo, y las caricias que le prodigaba debian atribuirse á ese carácter sentimental que se muestra en todos los pueblos como el atributo particular de la ternura maternal.

« M. Freycinet y yo colmámos de presentes á aquella interesante familia; pero todos fueron recibidos con una indiferencia que nos sorprendió y que hemos observado despues entre muchos otros individuos de la misma raza.

« Habiendo observado el jóven que nuestros marineros deseaban encender lumbré, apresuróse á arrancar algunas ramas de árbol que nos presentó, y con una especie de antorcha nos procuró dentro de algunos minutos un gran fuego que nos causó tanta mas satisfaccion, cuanto que el termómetro de Reaumur apenas ascendia á 9°. La jóven esperimentó cierto sentimiento de sorpresa cuya causa podria parecer muy frívola, pero que no debo pasar en silencio, porque semejantes pormenores son precisamente los mismos que pueden dar una idea exacta y verdadera del estado de los pueblos situados á tan enormes distancias de nuestro estado social. Uno de nuestros marineros llevaba un par de guantes forrados que descalzó al acercarse al fuego y metió en su faltriquera. Al ver esta accion, la jóven prorumpió en un alarido tan grande, que por de pronto nos alarmó; pero no tardámos en venir en conocimiento de la causa de aquella especie de terror, y no nos cupo la menor duda por sus espresiones y jestos que tomaba aquellos guantes por verdaderas manos, ó almenos por una especie de piel viva que podia quitarse, meterse en la faltriquera y volverse á calzar á guisa de su dueño. Echámos á reir á carcajada tendida al reconocer tan singular error; pero no sucedió lo mismo con un rapto que nos hizo el anciano un momento despues de una redoma de arac; pues como contenia una parte considerable de nuestra bebida, nos vímos precisados á hacérsela restituir, lo cual parecia escitar algun tanto su resentimiento, puesto que no tardó en partir con su familia, no obstante las instancias que reiteré para que no lo verificase. »

Péron tuvo con los salvajes una segunda entrevista que no ofrece menos interés.

« En breve hallámos una casa de naturales. Esta casa no era otra cosa que un tejadillo de cortezas dispuestas en semicírculo y apoyadas contra algunas ramas secas; pero un abrigo tan sumamente frágil no podia á la verdad tener otro objeto que preservar al hombre de la accion de los vientos sobrado frios, y observé que su conveccidad era efectivamente opuesta á los del S.O. que son los mas helados, los mas constantes y los

mas impetuosos de aquellas comarcas. Delante del pobre *ajoupa* que acabámos de descubrir se veian las cenizas de un fuego recientemente apagado, y á poca distancia se observaban enormes montones de conchas de almeja y de *halotis gigantea*, que por la corrupcion de los despojos de los animales que encerraban todavia ecsalaban un hedor pútrido y nauseabundo. En la playa avistámos tres piraguas formadas cada una de tres palos de corteza reunidos de un modo sumamente grosero y conservados por tiras de la misma naturaleza.

« Estas casas, estos fuegos recientemente apagados, estos despojos de mariscos y estas piraguas nos indujeron á creer sin la menor duda que la familia que acabámos de visitar no habitaba en aquel punto de la playa. En efecto, poco despues encontrámos los mismos individuos que nos salian al encuentro á lo largo de la costa. Así que nos avistaron prorumpieron en agudos gritos de alegría y aceleraron el paso para alcanzarnos. Su número se habia acrecentado con una moza de diez y seis á diez y siete años, dos muchachos de cuatro á cinco años y una niña de tres á cuatro.

« Esta familia volvia de la pesca, que sin duda fuera afortunada, puesto que la mayor parte de los individuos iban cargados de mariscos pertenecientes á la grande especie de orejas marinas particular á aquellas playas. El anciano tomó á M. Freycinet por la mano, nos dió á entender que le siguiéramos, y nos condujo al miserable albergue que acabámos de abandonar. En un instante encendimos lumbré, y despues de habernos dicho varias veces *medi, medi* (sentaos, sentaos), como hicimos, los salvajes se pusieron de cuclillas, y empezó á comer cada uno el producto de su pesca. La cocina no era larga ni difícil, pues no hacian mas que poner á la lumbré los grandes mariscos, donde se cocian como en un plato, y lo engullian sobre la marcha sin ningún jénero de sazón ni condimento. Gustámos algunos de aquellos mariscos, y nos parecieron muy tiernos y succulentos.

« Mientras los buenos de los Diemenes se dedicaban á sus manjares, concebimos la idea de darles un poco de música, no tanto para recrear sus oídos, como para conocer el efecto que producian nuestros cantos en sus órganos. Por de pronto los salvajes parecieron mas turbados que sorprendidos; pero despues de algunos momentos de incertidumbre, prestaron toda su atencion, suspendieron la comida, y manifestaron una suma satisfaccion por medio de contorsiones y jestos tan sumamente estraños, que con dificultad pudimos contener la risa. En cuanto á ellos, no tenian menos trabajo en sufocar la espresion de su entusiasmo; pero en cuanto acabámos una estancia, prorumpian en grandes gritos de

admiración, especialmente el joven, que parecía estar fuera de sí, rascábase la cabeza con ambas manos, ajitábase de mil maneras y prolongaba sus clamores. Después de una música fuerte y guerrera, entonámos algunos himnos tiernos y suaves, y al momento los salvajes parecieron comprender su verdadero sentido, aunque fácilmente conocimos que los sonidos de aquella naturaleza no ponían sus órganos en tanta conmoción.

«Terminado el banquete, interrumpido por nuestros cantares, la escena tomó de golpe un carácter mas interesante. La citada joven se distinguía mas y mas á cada momento por la dulzura de su fisonomía y por la espresion de sus miradas no menos tiernas que afectuosas. Oure-Oure, del propio modo que sus padres, iba de todo punto desnuda, y parecía no sospechar siquiera por asomo que aquella desnudez absoluta pudiese indicar en parte alguna inmodestia ni indecencia: su constitucion era mas débil que la de su hermana ó hermano; pero en cambio su carácter manifestaba mucha mas pasión y vivacidad. M. Freycinet, que estaba sentado á su lado, parecía ser el blanco predilecto de sus observaciones. Oure-Oure nos dió igualmente á conocer la especie de afeite de que usaban las mujeres de su país: puso carbones entre sus manos, los desmenuzó hasta reducirlos á finísimo polvo; conservólo en la mano izquierda, tomando cierta cantidad con la derecha, y frotándose la frente y las dos mejillas, se puso tan sumamente negra que daba miedo el verla. Sin embargo la circunstancia que nos pareció mas singular, fué el gusto con que aquella joven parecía observarnos tras semejante operacion, y el aire de confianza que el nuevo atavío difundió en su fisonomía. Esto supuesto, puede muy bien colejirse que este sentimiento de la coquetería y la pasión á los adornos, constituyen por decirlo así unas necesidades innatas en el corazón de la mujer.

«Mientras estos acontecimientos, los chiquillos remedaban los jestos y monadas de sus padres, de suerte que nada cabe mas curioso que ver aquellos negrillos rebosar de júbilo al oír nuestros cantos. Habíanse de tal suerte familiarizado con nosotros, que al fin de la entrevista nos trataban ya con la misma libertad que si fuésemos conocidos desde mucho tiempo. Cada presente que les hacíamos, por pequeño que fuese, les colmaba de placer y redoblaba su afecto hacia nosotros, y en jeneral puede decirse que eran vivos, travessos y malignos.

«Los muebles y los útiles de la familia eran tan sencillos como poco numerosos; sus vasos para beber se reducían á una hoja de *fucus palmatus*, plegada por los dos cabos por medio de una aguja de madera; uno como palo de granitos ha-

cía veces de cuchillo para cortar las cortezas de los árboles y aguzar las sagayas, y para sacar los mariscos de las rocas se servían de una espátula de madera. Solo Oure-Oure llevaba un saco de junco de una construcción elegante y singular que traía yo muchas ganas de obtener. Como aquella joven me manifestaba igualmente algunas distinciones mas amigables, me aventuré á pedirle aquel saquito, y sin titubear me lo puso al momento en la mano con una sonrisa amable y algunas espresiones afectuosas, que sentí muchísimo no comprender. En fé de mi gratitud le ofrecí un pañuelo y un hacha cuyo uso enseñé á su hermano; lo que fué para toda la familia un grande objeto de sorpresa y de admiración.

«Llegámos finalmente á la playa, y nos embarcámos en nuestras dos chalupas. Los buenos de nuestros Diemenes nos acompañaron hasta la orilla del mar, y cuando nos enmarámos, manifestaron su sentimiento del modo mas espresivo y sentimental. Hiciéronnos varias señas para espresar sus deseos de que fuésemos á visitarles otra vez, y cual para indicarnos el punto, encendieron una grande hoguera en el pequeño morro de que hemos hablado, y aun parece que pernoctaron allí, supuesto que vimos aquel fuego constantemente hasta el amanecer.»

De este relato pastoril del naturalista Péron no debe inferirse que los Diemenes se mostrasen siempre igualmente agasajosos y buenos para los Franceses. En la narracion de su viaje, Péron ha usado y abusado del método á la sazón boga de describir con brillantes pinceladas aquellas exploraciones remotas y hacer circunnavegaciones color de rosa. Insiguiendo el diario de sus compañeros de viaje, parece que no tardaron en suceder á estas primeras y amigables relaciones varios actos de perfidia. Un oficial francés, sin que hubiese mediado la menor provocacion, recibió inopinadamente un sagayazo que poco faltó para que no le pasase el cuello; otros oficiales fueron acometidos á pedradas; un dibujante de la expedicion tuvo que luchar por sí solo contra varios salvajes que pretendían arrebatárle á todo trance un croquis que acababa de trazar, y una granizada de flechas hirió gravemente al capitán Hamelin. Finalmente, á la orilla de la bahía de las Ostras tuvo lugar una entrevista entre los Franceses y los salvajes, que si bien comenzó amigablemente, poco faltó para que tuviese un desenlace trágico. Este acontecimiento es narrado por Péron en los términos siguientes:

«Acabo de hablar de la veleidad del carácter de los salvajes con quienes estábamos relacionados, y este concepto que de ellos tenía formado fué robustecido mas y mas por una prueba reciente y bien marcada. Mientras M. Petit y yo nos ocupábamos en nuestras investigaciones, oímos repentinamente grandes alaridos en el interior de

la selva. A estos gritos levántanse en masa los salvajes, toman las armas y tienden hacia el mar miradas de sorpresa y de ferocidad. Manifestábanse sumamente ajitados, cuando descubrimos un bote de nuestras naves que velejaba á poca distancia de la costa; y ya no me cupo duda que aquel bote, señalado de diversos puntos por una especie de centinelas y quizás por sus mujeres apostadas á este objeto en la cima de las rocas ó en la copa de los mas encumbrados árboles, era la única causa de su agitacion y de sus alarmas. Desde luego se oyeron nuevos alaridos, y como sin duda indicaban que el bote se alejaba de la costa, los naturales entraron un poco en sosiego, y de consiguiente aproveché aquella ocasion para darles á entender que los hombres que habian visto eran amigos suyos, lo mismo que nosotros, y que solo podian aguardar de los mismos presentes y beneficios. Semejantes protestas fueron al parecer comprendidas perfectamente, supuesto que depusieron todas las armas. Entretanto continuámos nuestras tareas, dedicándose M. Petit al dibujo, y yo en analizar su lengua; pero como á cada paso se manifestaban mas inquietos y distraídos, se denegaron á satisfacer á mis preguntas, y M. Petit no tropezaba con menos obstáculos para dar cima á los dibujos empezados.

« Insensiblemente se manifestaron mas y mas emprendedores; hablábanse mutuamente con agitacion; inirábannos con un no sé qué de mas sombrío y feroz que antes y parecian meditar alguna violencia; pero el fusil de M. Rouget y el continente de aquel mozo, uno de los individuos mas intrépidos y bizarros de nuestra tripulacion, parecian imponerles mucho. A cada paso le incitaban á disparar á los pájaros que se hallaban encaramados en los vecinos árboles, no sé si por curiosidad ó por malicia; mas como no estábamos harto seguros de nuestra arma, nos juzgábamos en una posicion sobrado crítica para acceder á sus instancias, lo que les dió márgen á nuevas sospechas é inquietudes.

« Su audacia se acrecentaba á la par de su desconfianza. Uno de ellos pretendia apoderarse de mi chupa, que por la viveza de sus colores llamó sobremanera su atencion. Es verdad que ya me la habia pedido mucho antes, pero yo se la negara tan redondamente, que no creía ni por asomo que reiterase sus instancias. Sin embargo otro fracaso ocurrió, pues en un momento en que yo estaba distraído, me asió por la chupa, aplicándome al pecho la punta de su sagaya, y blandiéndola con fuerza parecia significarme: « La chupa ó la vida. » En una posicion tan delicada hubiera sido peligrosísimo encolerizarme, porque sin el menor reparo me hubiese pasado con la sagaya. En consecuencia finí considerar sus amenazas por una burla, pero asiendo con oportu-

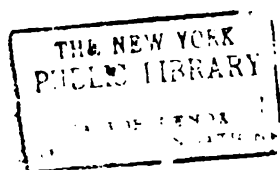
nidad la punta de su arma, se la aparté, y mostrándole á M. de Rouget que acababa de apuntarle á quemarropa, le dirijí una sola palabra de su dialecto, *mata* (muerte). Comprendíome á las mil maravillas y sin titubear un momento depuso su arma con la misma indiferencia que si no me hubiese hecho la menor accion hostil.

« En cuanto me hallé libre de aquel inminente peligro, vime comprometido de un modo, sino tan peligroso, almenos no muy satisfactorio. Uno de los anillos de oro que llevaba en mis orejas escitó los deseos de otro salvaje que sin decir nada me siguió por la espalda, y asiendo el anillo con su dedo lo estiró con tanta fuerza que me hubiese rasgado la oreja irremediablemente á no haberse abierto.

« Sin embargo, téngase bien presente que habíamos colmado á todos estos hombres de presentes; que les habíamos cargado, por decirlo así, de espejos, de cuchillos, de perlas, etc.; que por ellos me habia despojado de todos los botones que siendo de cobre dorado, eran en su concepto preciosísimos, á causa de su brillo; que habíamos satisfecho todos sus deseos y caprichos indistintamente sin escisjir nada, y todavía resaltaré mas la perversidad de su conducta hacia nosotros, pudiendo asegurar de positivo que sin la presencia de M. Rouget y su espantajo, M. Petit y yo habiésemos sido víctimas de su despocho. Es cierto que así por carácter como por principios nadie estaba mas espuesto que yo á los efectos de sus inconsecuencias y de sus caprichos; pero tampoco debo pasar por alto que todas sus acciones eran impregnadas de cierto carácter de perfidia y de ferocidad que escitó la indignacion de mí y de mis camaradas, y comparando lo que veíamos con lo que anteriormente habia ocurrido en el canal de d'Entrecasteaux á varios de mis compañeros, deducíamos la consecuencia lejitima de la necesidad de no presentarse mas entre aquellos pueblos mas que con los medios suficientes para contener su mala fé y repeler todos sus ataques.»

Reservando á un lado todos estos acontecimientos, no estaba muy lejos el dia en que los indijenas debian ser desposeídos de las selvas y playas que constituían sus dominios y su propiedad. Proscritos, fujitivos y hacinados en el fondo de las soledades interiores, debian trocar su vida tranquila y sosegada por otra de temores perpetuos y de esclavitud siempre redoblada.

Efectivamente, en junio de 1803 fondeó en la bahía de Hobart-Town una colonia procedente de Port-Jackson, compuesta de un destacamento de soldados, de algunos oficiales libres y un corto número de presidarios, que echaron los cimientos de esa ciudad, capital de la Tasmania. Las primeras empresas de esta colonizacion



4. *Unidos de la Tasmania pescando las Orquideas*
 3 Naturales de Tasmania pescando Conchas

4. *Unidos de la Tasmania pescando las Orquideas*
 4. Pasarelas devorando un Foca

100 100 100 100
 100 100 100 100

100 100 100 100

fueron sumamente incómodas, puesto que tuvo que luchar contra la penuria, en razón de que el número de ganados importados no eran bastante parte al alimento de los Ingleses y á la propagación de las piaras. El establecimiento no se hallaba en un estado muy próspero, cuando en febrero de 1804 el teniente coronel de Collins se encargó del mando é imprimió á la Tasmania un progreso muy rápido. Dióse incremento á la ciudad, explotáronse sus cercanías y se hicieron reconocimientos interiores en todos sentidos. El movimiento de aquella época fué continuando su primer impulso sin interrupción, por manera que en la actualidad la colonia cuenta 30.000 habitantes, entre los cuales hay 13.000 de origen libre. El gobierno de Van-Diemen's-Land fué subordinado por mucho tiempo al de la Nueva Gales del Sur. Hasta en 1825 Van-Diemen no fué una colonia independiente, y aun bajo la dirección del teniente gobernador que debe recibir las órdenes del gobernador vecino en caso que este último se trasladase oficialmente en territorio de Tasmania.

Además del teniente gobernador hay un consejo ejecutivo y otro legislativo. El primero se compone de cuatro miembros, á saber, el justicia, el secretario de la colonia, el tesorero y el jefe de policía. El gobernador preside este consejo y debe seguir su parecer en todas sus deliberaciones importantes; mas en caso de oposición de parte del consejo, el gobernador puede seguir el suyo con tal que esponga sus motivos por escrito al gobernador de la metrópoli.

El consejo legislativo se compone de siete miembros, entre los cuales hay tres que forman parte de otro, y otros cuatro elegidos de entre las personas mas considerables de la colonia. A estos pertenece el cargo de imponer los subsidios y discutir las leyes: sus sesiones son secretas hasta que la gaceta oficial publica sus resultados.

La composición de este consejo y su modo de proceder fueron ya desde su origen el blanco de las mas graves recriminaciones. Lo mismo que en la colonia madre, los individuos independientes reclamaron con instancia el establecimiento del jurado y la representación nacional. Estableciéronse periódicos liberales, órganos de la oposición, que formularon las quejas en polémica cotidiana. Sin embargo todos estos esfuerzos fueron circunscritos á tan remotos países, en razón de que los mas entusiastas fueron perseguidos, y los mas obstinados folletos fallecieron á fuerza de multas; así que el mal existe hoy lo mismo que anteriormente.

La isla de Van-Diemen ha sido dividida por los habitantes actuales en dos grandes partes, á saber: el condado de Uckingham, parte meridional de la isla, cuya capital es Hobart-Town, y el condado de Cornwall, que comprende el

N. de la isla y la capital Launceston. Estas dos divisiones tienen por límites la madre del río Macquarie en la parte mas próxima á sus fuentes. Los establecimientos de los Ingleses han sido hasta aquí aglomerados en su mayor parte en la comarca central de la isla, que es ciertamente la mas fértil y la mas habitable. Las regiones vecinas á las costas oriental y occidental son cubiertas en gran parte de impenetrables montañas ocupadas por algunas tribus indígenas.

Algun tiempo después de la fundación de la colonia, los naturales intentaron contraer relaciones con los recién venidos; pero por una fatal equivocación el oficial que á la sazón mandaba les acogió á cañonazos y á fusilazos, de cuyas resultas fueron muertos ó heridos muchos de aquellos desgraciados. En vista de semejante acogida los isleños concibieron el mas profundo resentimiento contra los Ingleses y rechazaron todas sus proposiciones, atrincherándose en puntos casi innaccessibles de donde no salieron mas que para ejercer actos de venganza y de pillaje. Sin embargo en nuestros días en que la dominación inglesa ha tomado en aquellos países una preponderancia mas marcada, las agresiones de los salvajes son mas raras de día en día. Los habitantes de la Tasmania van cejando á pasos redoblados ante el curso de la civilización europea, y no cabe duda que dentro de algunos años no se hallará en la isla un solo indígena. Aseguran que su número se halla ya actualmente reducido á 2.000.

Estos indígenas constituyen una simple variedad de la familia melanesia y se asemejan en todos sus caracteres á varias razas ya descritas de la Australia. Sus usos, sus costumbres, su método de vida, todo es casi idéntico: únicamente hay la diferencia de que los Tasmanios tienen en general la tez mas morena y el pelo mas crespo y aun lanoso, si hemos de dar crédito á las relaciones de algunos viajeros (PL. XXXIX. — 5 y XLII. — 3). La caza y la pesca subvienen á su subsistencia, especialmente la de los crustáceos y de los mariscos. Los Ingleses han observado que cada tribu reconocía por jefe un hombre al que los demas prestaban una verdadera obediencia. Para salvar los rios y los brazos de mar echan mano de unas balsas formadas de troncos de árboles juntados por medio de travesaños atados con hebras de corteza. Estas balsas son montadas por diez personas cada una, que las maniobran hábilmente con el auxilio de pagayas. Ordinariamente las fabrican cuando las necesitan, y pasado este caso las abandonan en la playa.

Todas las personas de ambos sexos van desnudas, aunque durante el invierno se cubren á veces con capas hechas de pieles de kangarous. Las mujeres sobre todo traen un vestido prendido en las espaldas y atado al rededor de la cin-

tura por medio de una soga. Aunque los usos de aquellos naturales han sido estudiados con mucha imperfeccion, parece indudable que son estranjeros á muchas de las bárbaras costumbres que se observan en diversos puntos de la Australia. Así es que no arrancan ningun diente á los adultos, ni cortan una falanxe del dedo á las mozas, ni matan los niños á la muerte de las madres, ni arrebatan brutalmente á las mujeres. Parece que las Tasmanias no deben de estar muy contentas de sus maridos, puesto que no pocas veces los abandonan para juntarse á los marinos que se dedican á la pesca de las focas y de las ballenas. Por miserable que sea su existencia, la encuentran sumamente agradable en comparacion con la que les reservan sus terroríficos desiertos.

CAPITULO XII.

TASMANIA. — GEOGRAFÍA Y PRODUCCIONES.

La Tasmania ó isla de Van-Diemen, separada de la Australia por medio del estrecho de Bass, se estiende desde los 41° hasta los 44° lat. S. y desde los 143° hasta los 146° lonj. E. Su anchura y su longitud son de unas 150 millas, y su superficie puede evaluarse en 12.000 millas cuadradas.

El clima de esta isla es puro y saludable. Durante el invierno el termómetro no baja ordinariamente de 0, al paso que en verano raras veces se experimentan esos calores insoportables que hacen tan incómoda la permanencia de Sydney. Tampoco se halla espuesto el extranjero á estas sequías largas y desoladoras que desperdician las cosechas y hacen fallecer á las reses. El único inconveniente de este clima consiste en sus frecuentes é impetuosas borrascas, y aun esta dificultad que se echa de ver mas notablemente en las cercanías de Hobart-Town, parece deber atribuirse á la configuracion de esta parte de la isla. A medida que se penetra en el interior, el estado atmosférico parece no estar sujeto á tan violentas conmociones.

Aunque las dimensiones de esta tierra son demasiado estrechas para contener ningun rio de consideracion, encuéntrase sin embargo en ella numerosas corrientes que la riegan en todos sentidos. Considerada bajo este aspecto, la Tasmania es mucho mas favorecida por la naturaleza que el territorio austral, supuesto que almenos contiene dos rios importantes, el Derwent al S. y el Tomar al N., navegables durante un trecho considerable. Ademas pueden citarse en segundo lugar el Noath-Erk y el South-Erk, el Laóe-River, el Jordan, el Clyde, el Shannon, el Oose, el Arturo, etc., y muchos otros torrentes que fertilizan sus risueños valles. Encuéntrase ademas en la Tasmania un gran número de lagunas de no-

table estension, como por ejemplo las de Lemon's-Lagon, Antill's-Ponds, Macquarie-Springs, Arthur, Fergus, Echo, etc. Entre ellas hay una que seria muy notable si fuese cierto lo que de ella se refiere. Situado en la cumbre de las montañas del O., este lago tiene cincuenta millas de circuito, y en tiempo ordinario sus aguas rebozan en chorros poco considerables, pero en la estacion lluviosa estas inundaciones son enormes. Este inmenso reservatorio créese jeneralmente que es la fuente Derwent; y si este aserto es verdadero, se explica fácilmente la irregularidad de sus mareas. Sin embargo esta hipótesis está subordinada á la existencia del lago que ya de suyo es muy dudosa.

El territorio de la Tasmania es sumamente montuoso; con especialidad en sus playas. Las especies de sus plantas son casi las mismas que las especies australes, sin otra diferencia que entre aquellas no se vé el cedro (*cedrela toona*), ni el mahogany (*eucalyptus robusta*), ni el palo rosa (*trichilia glandulosa*). En cambio se encuentran dos especies de madera, vulgarmente llamadas blackwood y pino de hum, muy útiles para las construcciones. La última, que pertenece al jénero *dacrydium*, crece en abundancia en el interior del abra Macquarie (Pl. XLI. — 4), y lo mismo deberia decirse del pino de la bahia de la Aventura, (*porocarpus asplenifolius*), sino fuese tan raro.

Todos los animales de la Nueva Holanda se encuentran en la tierra de Van-Diemen, á escepcion del perro silvestre. Encuéntrase ademas el gran dasyure (*thylacinus cynocephalus*), animal carnicero que á veces alcanza una longitud de seis pies y medio desde la punta de la nariz hasta la estremidad de la cola (Pl. XLII. — 4). Este animal ataca los ganados; pero huye la presencia del hombre. Encuéntrase igualmente otro dasyure mas pequeño (*dasyurus cursinus*), llamado vulgarmente *native devil* (diablo del pais). Es enteramente negro, provisto de fuertes dientes y de un natural rebelde é indomable. Estos animales pueden vivir mucho tiempo sin comer, y entre ellos se cautivó uno que pasó tres semanas enteras sin recibir ninguna especie de alimento, y que al cabo de dos años de cautiverio mostró la misma ferocidad que antes. El natural indómito de estos animales forma el mas vivo contraste con el de los otros mamíferos de este pais; porque los kangarous, los wombats y los didelfos pueden familiarizarse en pocos dias hasta el punto de seguir á su dueño lo mismo que un perro.

Las producciones mineralógicas de la Tasmania han sido hasta aquí muy poco estudiadas. Asegúrase sin embargo que la isla encierra minas de cobre, de hierro, de alumbre y de carbon de piedra, bien que ninguna ha sido explotada. La piedra caliza es sumamente rara; por la parte

del S. se halla una piedra excelente para fábricas , pero por la parte del N. no se encuentra ningun objeto de importancia. Igualmente se hallan algunas lagunas salobres que suministran abundancia de sal.

CAPITULO XIII.

NUEVA ZELANDIA. — BAHÍA DUSBY. — CANAL DE LA REINA CARLOTA.

A 5 de febrero de 1832 el *Kangaroo* levó el ancla y á favor de una lijera brisa de N.N.O. llegó á la bahía de las Tempestades , donde se levantaron los vientos del O. y del O.S.O. que le pusieron en estado de enmararse. Cuando hubo desaparecido la costa , Powell llevó el rumbo hácia el E.S.E. en direccion á la parte meridional de la Nueva Zelandia. A la sazón estábamos en el verano de aquel hemisferio , cuya circunstancia inducía á creer que encontraríamos mares tranquilos y brisas suaves ; pero nada de esto. El *Kangaroo* tuvo que arrostrar las espantosas borrascas que encrespaban los mares , y á cada momento saltaba con una violencia inaudita , cual si fuese á estrellarse y entreabrirse. Ningun mar del globo es mas proceloso que los mares australes ; las aguas del Cabo de Buena Esperanza , tan célebres por sus desastres , son tranquilas y sosegadas en comparacion del mar que se estiende entre la Australia y la Nueva Zelandia.

El *Kangaroo* se portó á las mil maravillas en medio de aquellos mares borrascosos. Por espacio de tres dias sostuvo la capa con una constancia obstinada , y todos los pasajeros ó marineros teníamos que asirnos á una cuerda so pena de ser arrojados al mar á impulsos del furor de las oleadas.

Por fin despues de diez dias de navegacion el schooner llegó ante el puerto Mason , situado en la costa occidental de la isla Stewart donde hacia tres ó cuatro meses que un destacamento de seis hombres trabajaba en la pesca de las focas por cuenta del armador de Powell. De paso debíamos suministrarles víveres ; pero así que nos encontramos ante el boquete del puerto situado á unas dos leguas de tierra , nos sorprendió una completa calma que nos abandonó á la merced de una marejada que nos columpiaba de un modo nada satisfactorio. Afortunadamente los pescadores reconocieron el schooner , é inmediatamente acudieron con su bote montado por dos ó tres Nuevos-Zelandeses , naturales del estrecho de Foveaux , que debian regresar al seno de sus familias así que cumpliesen el plazo para el que se habian comprometido. Interrogaron al patron sobre el estado de la pesca y las necesidades de su tripulacion , á lo cual respondió que la pesca habia sido feliz , puesto que consiguió reunir 6.000

pieles y esperaba doblar esta cantidad para la época en que volveria á tomarlas , que seria á fines de marzo ó á principios de abril. En cuanto á las provisiones , merced á la pesca y á la caza , habian podido economizarlas de tal suerte que todavia les quedaba bastante carne salada y legumbres para aguardar la época de su partida ; así que solo pidieron rom , tabaco , té , azúcar y un poco de jabon , que Powell les hizo entregar inmediatamente. Renunciando pues á la recalada de Port-Mason , el capitán prefirió conducir su buque á la bahía Dusby donde creia poder encontrar mas fácilmente leña y agua , y hacer las reparaciones que reclamaban las averías experimentadas durante la travesía.

Habiéndose levantado una brisa del S. E. , Powell se despidió de los pescadores y llevó el rumbo hácia el N.O. para montar el cabo O. , abandonando la isla Stewart , sin poder reconocerla con escatitud. A unas dos leguas de distancia , esta isla ofreció un aspecto montuoso , agreste y estéril , y su superficie parecia haber experimentado el efecto de las mas grandes convulsiones terrestres. Uno de los pescadores , mas intelijente que los otros , nos refirió que en las cercanías del abra se encontraba agua dulce de calidad bastante mediana , y que en ella se veían frondosas espesuras compuestas de enredaderas y helechos , pero ni un solo árbol siquiera. Componíase jeneralmente el terreno de rocas estériles en descomposicion , donde pululaban abundancia de pájaros.

Al amanecer del 1 de febrero , el *Kangaroo* costaba á dos ó tres leguas de distancia al O. las islas Solander , que consisten en dos rocas estériles y encumbradas , separadas una de otra por medio de un canal sumamente angosto. Estos dos escollos sirviendo de punto de reconocimiento á la entrada del estrecho de Foveaux , es peligroso para las embarcaciones de gran porte , ya en razon de los escollos de que está sembrado , ya á causa de los vientos que en el espacio de algunas horas hacen la vuelta del compas en medio de espantosas ráfagas , ya en virtud de las corrientes impetuosas é irregulares que encrespan sus aguas.

Cuando hubimos pasado las islas Solander , se ofreció á nuestra vista la gran tierra. Teníamos delante la punta S. O. de Tawai-Pounamou , compuesta de fragosas y encumbradas montañas , entre las cuales habia algunas coronadas de nieve. Su territorio parecia escabroso , pero no del todo estéril. La vista distinguia espacuosos trechos arbolados , algunos valles y varias mesetas. Por la tarde el *Kangaroo* costó la tierra á menor distancia , y dobló el cabo O. , notable únicamente por una blanquísima roca situada en su parte meridional.

Al dia siguiente y á favor de una brisa , el

Kanguroo dió en el brazo mas meridional de la espaciosa bahía Dusky, y á mediodia surgió al abrigo del viento y de la marejada en la pequeña bahía de la Cascada. Es imposible formarse idea del aspecto solitario y silencioso de la playa; solo el *Kanguroo* contenia en todo aquel espacio seres animados. Apenas se veían algunos pájaros bajo aquellas mudas bóvedas, y á no ser los árboles que de trecho en trecho se veían cortados, hubiera podido creerse con sobrado fundamento que el hombre nunca habia puesto el pie en aquella tierra. La vegetacion de la playa presentaba asimismo una fisonomía inusitada: no se veían ya aquellos deliciosos paisajes de la Polinesia, donde las palmeras, los bananos, los pandanos desplegaban sus formas elegantes y características; ni menos la flora de la Australia, tan rica y variada aunque carente de frescor. En las playas de la bahía Dusky, la naturaleza vegetal tomaba un aspecto mucho mas sombrío y agreste, ni mas ni menos que el que presentan las comarcas mas septentrionales de nuestra Europa; pero esta semejanza solo debia atribuirse al conjunto, porque dejando á un lado algunas familias de la organizacion mas sencilla, como los líquen y algunos helechos, las demas plantas pertenecian á varias especies extranjeras al resto del globo.

Esta vegetacion es muy rica y lozana en los valles, en virtud del fecundo alimento que suministra el terreno, formado por los vegetales en descomposicion. El país está cubierto casi enteramente de malezas y de plantas sarmentosas, que imposibilitan casi de todo el punto el paso del viajero. Sus plantas herbaceas son proporcionalmente en muy corto número, y no hay espacio ninguno que pueda compararse á un pasto ó á una pradera; mas en cambio se encuentran verdaderas florestas que encierran copados árboles, entre los cuales hay algunos que pertenecen á los jéneros *dacrydium* y *podocarpus*. Hallábase igualmente uno de los árboles de cuyos renuevos echaba mano Cook á guisa de *spruce* para confeccionar la cerveza que daba á su tripulacion. Las hojas y estremidades de un arbusto muy comun (*melaleuca scoparia*), infundidas en el agua hirviendo, formaban una bebida aromática de un gusto harto agradable, que el capitan y sus compañeros bebían en lugar de té. Por lo demas la sandía y el apio son las únicas plantas comestibles del país, pero una y otra son en tan poca cantidad, que apenas ofrecen alguna cantidad.

Mayores recursos ofrece el reino animal. En las marismas y en la playa pueden matarse hasta cinco especies de animales que se muestran en ellas á millares. Las selvas contienen gallinetas de sabrosísima carne, y muchas avecillas particulares al país que constituyen una caza excelente.

La pesca suministra una profusion de sabrosos peces, particularmente la especie que los camaradas de Cook denominaron *pez-col*. Las tripulaciones que se hallan de recalo en esta bahía se alimentan casi esclusivamente de esta pesca. En cuanto á nosotros, era suficiente para alimentar á diez y ocho personas, entre las cuales habia solamente dos empleadas en pescar. Esta isla ofrece ademas otro recurso, á saber, la de los becerros marinos, que pudieran muy bien subvenir á las provisiones de las naves de gran porte. Cook gustaba de su lomo tanto como del de cerdo, y la carne comparable á veces con la del buey. De mí se decir que no soy del mismo parecer que el célebre navegante, pues todos los becerros marinos que gusté me parecieron de una carne pesada, poco delicada y no pocas veces nauseabunda.

El nombre que actualmente lleva esta bahía se lo aplicó Cook en razon de una curiosa cascada que se encuentra á su entrada en la costa meridional. De una Peña vertical de unas cincuenta toesas de altura se despeña una columna líquida de quince á veinte pies de volúmen. A la cuarta parte de su altura, esta columna choca con el vuelo de una roca algo inclinada, y se transforma en un chorro límpido y transparente de doce á quince toesas de anchura. Las aguas en el acto de caer se desparraman, hierven, se estrellan en la roca ó saltan tomando mil formas diferentes hasta que se reúnen en una deliciosa hoyá de unas cincuenta toesas de circunferencia. Bloqueado en todos sentidos por los flancos de la montaña y por enormes fragmentos amontonados al azar, el torrente se abre paso entre ellos y se precipita de lo alto de la colina hácia la playa. Los alrededores de la cascada, en un radio de mas de ciento cincuenta toesas, son impregnados de vapores húmedos producidos por las aguas en su caída; cuya niebla es tan sumamente densa, que en el espacio de algunos minutos penetra en los vestidos cual pudiese hacerlo una lluvia tenue, y cuyo estruendo es tan fuerte que apenas puede oirse de cerca. Así que las aves acostumbran posar muy poco en las cercanías, y huyen aquella especie de polvo que empapa sus alas y el ruido que los ensordece. Las rocas de la cascada son tapizadas de musgo, de helecho y otras plantas, al paso que los bordes del torrente están sombreados de arbustos y árboles, entre los cuales hay algunos que se encumbran á cuarenta pies de altura. Esta cascada presenta por fin un aspecto admirable, en especial si el espectador se coloca en la porcion que la domina, pues de esta suerte abraza de una ojeada los innumerables accidentes que la caracterizan, con la espaciosa bahía sembrada de verdes islas que existe allende para completar el cuadro, y en los límites

del horizonte las imponentes montañas coronadas de nieve y los eternos llanos del Océano Antártico.

A menudo íbamos á visitar aquel paisaje, ora oñendonos á aquel punto de vista siempre nuevo, ora llevando mas allá nuestros reconocimientos interiores. A medida que nos alejábamos del mar, nos parecían las montañas mas altas, mas escarpadas y mas estériles. Al propio tiempo las dimensiones de los árboles iban decreciendo progresivamente hasta llegar á parecer simples malezas. Desde aquel punto se descubría distintamente la cadena interior en sus levantados cúspides, blanqueados por la nieve.

Entretanto, en medio de aquellas correrías no habíamos encontrado otros vestigios humanos que los restos de dos casas junto á una ensenada de la isla de los Tonderos. Estas casas indicaban con evidencia la mansion anterior de alguna tribu ó familia. En efecto, refiere Cook que encontró las playas de la bahía Dusky pobladas de naturales; pero Vancouver, que le fué posterior, aseguró que en su tiempo eran inhabitadas: lo cierto es que durante nuestra permanencia no vimos alma viviente.

Después de haber pasado una semana en aquella bahía en medio de los placeres de la caza y de la pesca, el *Kangaroo* se hizo á la vela á 23 de febrero para salir de la bahía Dusky con el auxilio de una brisa juguetona del S. E. Pero apenas nos habíamos enmarado, cuando se levantó la brisa del S. O. en medio de espantosas ráfagas y chubascos mezclados de lluvia y piedra. El cielo pasó á ser borrascoso y la tempestad violenta y tenaz. Setenta y dos horas duró el nuevo huracán, durante las cuales andámos de cuarenta á cincuenta leguas por día. Ni una vez siquiera avistámos tierra, pues el cielo se ponía de cuando en cuando tan nebuloso que desde la proa no se distinguían los marineros de la popa. Por fin, á 26 por la tarde se levantó el viento del N. O. mas moderado y tolerable. Al poner del sol percibímos unas montañas encumbradas, cuya configuracion, juntamente con la latitud observada indujo á creer á Powell que se hallaba en frente de la punta de las Rocas. En consecuencia navegó toda la noche hácia el E. N. E. y al día siguiente por la mañana costeámos á algunas millas de distancia el cabo de Farewell para penetrar en el estrecho de Cook impedidos por una fresca brisa del N. sobre un mar terzo y sosegado.

Doblada la larga y baja punta que se prolonga en forma de cuerno al E. del cabo Farewell, Powell llevó el rumbo hácia el S. para fondear en el abra del Astrolabio, descubierta en 1827 por el capitán d'Urville. Descaba cerciorarse si en aquella localidad poco frecuentada los naturales podrian suministrarle hilaza de

phormium en bastante cantidad y á un precio mas equitativo que en los demas puntos. Por la tarde el *Kangaroo* amarró el áncora junto á la aguada, y para anunciar su llegada á los salvajes Powell mandó disparar dos cañonazos de pólvora.

El abra del Astrolabio es muy deliciosa, recojida, segura y tranquila, por manera que las embarcaciones surtas en ella se encuentran al abrigo de los vientos y de la marejada. Las borrascas mas violentas apenas le envían una lama sorda que no ofrece el menor peligro. La costa se compone de morros de mediana altura entrecortados de barrancos en cuyo seno corren algunos arroyuelos. En el segundo plano ázase una serie de montañas aun mas encumbradas, y varias playas arenosas que ofrecen muchos puntos donde puede desembarcarse fácilmente. El abra del Astrolabio está situada en medio de la costa occidental de la espaciosa bahía de Tasman que posteriormente ha dado á conocer la exploracion completa del capitán d'Urville. Esta vasta ensenada, que en toda su extension ofrece un fondo de légamo, tiene almenos cuarenta millas de anchura de E. á O. sobre cuarenta y cinco millas de profundidad. Esta inmensa bahía es orillada al E. y O. de elevadas tierras con algunos vallecillos en la costa, al paso que termina en el fondo por una vasta llanura encajada por una cordillera de montañas cuya frente está coronada de nieves perennes. Esta llanada parece cruzada por un rio bastante caudaloso, y desde lejos se observan en ella algunos macizos de un verde sombrío formados sin duda por podocarpus.

Apenas hubo fondeado el *Kangaroo* en aquella bahía, cuando solicité como un favor especial que me desembarcasen en aquella tierra virgen. En efecto un bote me condujo á la playa con el cirujano de á bordo, y en breve uno y otro armados de un fusil llegámos á una vecina playa. Durante algun tiempo seguimos el curso de un arroyuelo encajado en el fondo de un barranco, y cuyos bordes eran sombreados de magníficos helechos (Pl. XLIV. — 2), que en mi concepto pertenecian al jénero agatea, y los árboles que los dominaban al jénero mirtacea. A sesenta ú ochenta toesas sobre el nivel del mar aquella vejetacion desapareció enteramente, sin que se viese siquiera un árbol y altos helechos. El terreno presentaba un aspecto árido, y apenas ofrecia el helecho comestible cuyas sarmentosas ramas se entrelazan de suerte que forman densísimas selvas de cinco á seis pies de altura, y casi impenetrables, par razon de su tejido compacto. Sin embargo de trecho en trecho se presentaban algunas malezas formadas por leptospermums y otros dos ó tres árboles achaparrados, y el terreno estaba tapizado de líquenes de

los géneros *cenomyce*, *sticta* y *ramalina*.

El reino animal parecía asimismo de todo punto impotente, puesto que no se echaba de ver ningún ave, ni insecto, ni menos réptil alguno, de lo cual resultaba un silencio lúgubre y absoluto y una inmovilidad profunda que hacen experimentar al viajero las mas singulares sensaciones. No parece sino que es una naturaleza muerta y petrificada, una tierra donde no puede vivir ser alguno, salvo algunas plantas raquílicas.

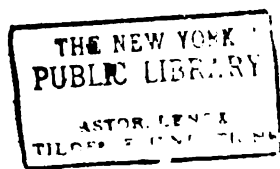
Hallábamonos en aquella zona ingrata, cuando avistámos en la bahía una gran piragua que parecía dirigirse á nuestro surjidero con toda la fuerza de sus pagayas. Ardiendo en vivos deseos de ver á los isleños, emprendimos la marcha; pero habiendo tomado mal nuestra direccion, llegámos á la playa al poner del sol, despues de tres horas de camino. La piragua se habia á la sazón despedido del buque, pero acababa de atracar á la playa, precisamente en el mismo punto en que andábamos, y los naturales acababan de instalarse en dos chozas arruinadas (Pl. XLIV. — 1) para pernoctar. Cuando nos avistaron, preparaban su cena compuesta de patatas, de helechos y pescado seco; pero al momento nos salieron al encuentro prorumpiendo en gritos de alegría y ejecutando una suerte de parada militar acompañada de jestos amenazadores con sus lanzas y macanas. Esta demostracion bélica hubiera podido amedrentarnos si mi compañero, que estaba al corriente de las costumbres indijenas, no me hubiese tranquilizado manifestándome que toda aquella ceremonia no era mas que un testimonio de honor y una simple formalidad de recepcion. Efectivamente, despues de cinco ó seis minutos de evoluciones militares, nos tendieron amigablemente la mano, y los jefes frotaron su nariz contra la nuestra, condujiéndonos en seguida á sus hogares.

Entonces examiné aquellos salvajes de pies á cabeza á la luz del fuego y al amarillento resplandor del crepúsculo. Su tipo es casi el mismo que el polinesio, sin otra diferencia que ser algo mas enérgico del que observara en Tonga y aun en Hamoa. Habia entre ellos algunos individuos que á juzgar por el aire de superioridad natural y sus esterillas mas finas debian reconocerse por *ranga-tiras*, ó caballeros que se distinguian por su continente y por su actitud digna y llena de gravedad. El semblante de aquellos naturales era enteramente cubierto de un pintarroteo compuesto de dibujos simbólicos y regulares, grabados profundamente en la piel, de lo cual resultaba que siendo de un amarillo bronceado afectaba un color casi negro. Dejando á un lado esta especie de deformidad, sus facciones tenian mucha regularidad y distincion, y aun habia algunas de un carácter casi europeo. Eran altos y

bien formados, y sus movimientos argüían en jeneral vigor y agilidad. Es verdad que no estaban comunmente gordos, pero su cabeza alta, sus hombros encojidos y su andar seguro y firme estaban impregnados de cierta altivez natural particular á esta raza de hombres. Los personajes de distincion se caracterizaban por elegantes esterillas de *phormium* que les cubrian casi enteramente el cuerpo hasta media pierna y se ataban en el pecho. Habia ademas un corto número que llevaban una segunda esterilla al rededor de los lomos. Sus cabellos eran anudados en la coronilla de la cabeza, y algunos los tenían superados de plumas flotantes de aves marinas. Los esclavos y los plebeyos no llevaban mas que esteras de junco, ó tejidos groseramente de *phormium* con un simple taparabo al rededor de la cintura, y sus cabellos desgredados, sus rostros desnudos de todo pintarroteo, su constitucion flaca y mezquina, todo señalaba su estado de miseria é inferioridad.

Aquellos naturales nos ofrecieron con mucho gusto sus patatas, sus helechos y su pescado seco, repitiéndonos en tono amigable: *ka-pai*, *ka-pai* (es muy bueno, muy sabroso). En consecuencia gusté las patatas y las encontré de una calidad superior; pero en cuanto á los helechos los arrojé al momento por parecerme inspidos, correosos y destituidos de todo sabor agradable. El pescado lo creía muy bueno, pero no lo hallé tal, bien que los salvajes comieron de todo con una satisfaccion indecible y un apetito sin igual, y para corresponder á sus obsequios ofrecí á dos *ranga-tiras* algunas gotas de rom sacadas de mi botella. Cada uno de ellos chupó el licor; pero apenas lo gustaron cuando lo arrojaron inmediatamente exclamando: *kawa*, *kawa*, *ka kino* (fuerte, fuerte; es muy malo). Era aquella la vez primera que veía á unos Polinesios despreciar una bebida espirituosa, pues todos cuantos viera hasta entonces se habian manifestado sobremanera aficionados á los licores, y no cesaban de pedir de ellos á todos los Europeos que iban á visitarles.

Despues de una media hora de permanencia entre aquellos salvajes, nos habíamos levantado para aguardar el bote, cuando uno de los *ranga-tiras* me tomó misteriosamente por el brazo y me condujo tras una roca de la playa: procuré averiguar el significado de esta accion, y me sentí arrojado en brazos de una jóven cuyas facciones no me permitia distinguir la noche. El bueno de mi salvaje que parecia envaneecerse de su oficio, me decia con agasajo: *ka-pai*, *ka-pai*, (es bueno, muy bueno). La moza no oponia la menor resistencia, y si bien aquel obsequio inopinado me dejó por de pronto estupefacto, procuré dar á entender que las tinieblas eran densísimas, y que sin duda empezaban á bordo á inquietar-



Tem 8 227, X.M.

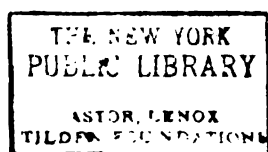
3 / *descripcion de la casa* *de la casa*
2 El Señor rodeado de Pruebas Zelandesas

1. Cuenta del viaje de los buques
2. Casillas en la Ensenada del Astrolabio

3. Cuenta de la Travesía
4. Tormentera en la Nueva Zelanda

5. Cuenta de

VIAJE



tarse de nuestro paradero. Apesar de todo reiteraba sus instancias; deseaba no perder el fruto de sus esfuerzos, y quizá no me hubiese libertado con feliz éxito, sino le cediera un hermosísimo cuchillo que traía en mi faltriquera.

Cuando me hallé á bordo, nos refirieron los sucesos del día. Habíanse presentado dos piraguas, una grande y otra pequeña, pero entrambas vacías, pues solo trajeran algunos mariscos, armas y muy poco cáñamo para permutar. Cuando Powell les significó que compraría todo el cáñamo que le suministrasen, la una de las dos piraguas se volvió á la aldea para participar aquella noticia á sus compatriotas; pero los naturales que montaban la segunda piragua no quisieron alejarse del buque, quedándose á bordo cuatro ó cinco de ellos para dormir en él, aprovechándose de los víveres que tenían, merced á la jenerosidad de algunos marineros. Por otra parte todos aquellos salvajes se mostraban dulces, familiares y benévotos, y aunque bastante vivarachos, sabían callar cuando convenia y evitar el hacerse importunos.

Al día siguiente muy temprano se presentaron otras cuatro piraguas de las aldeas de Mat-Tehe y de Skof-Teher, que podían contener unos ochenta isleños, entre los cuales se hallaban ocho ó diez mujeres y otros tantos niños. De aquellas mujeres solo había dos ó tres que pudiesen pasar por lindas en razon de su frescura y de su juventud, y aunque eran bien formadas, eran muy inferiores á las mujeres de Tonga, en orden á la regularidad de sus facciones, á la flexibilidad de sus formas, y sobretodo á su limpieza y aseo. Apesar de estos inconvenientes, no les faltaban adoradores entre nuestros compañeros de viaje, que usaron á sus anchuras de la facultad que la ley del país concede á las jóvenes de disponer libremente de sus personas.

Powell compró todo el cáñamo que le trajeron las piraguas, cuatro ó cinco quintales, mediante un viejo mosquete y unas cuatro libras de pólvora. Los salvajes prefirieron estos objetos á todas las hachas y telas que les ofrecieron, pues decían que las armas les eran sumamente útiles para defenderse contra las tribus de Tera-Nake y de Tera-Witi, situadas á la otra parte del estrecho, que acostumbraban combatirles. Antiguamente podían defenderse por sí mismos contra aquellos extranjeros; pero desde que los Europeos habían suministrado armas de fuego á sus enemigos, se vieron obligados á ceder. Cuando se presentaban estos, les desarmaban con presentes ó se fugaban apresuradamente hácia las montañas, abandonando sus casas á merced de su capricho. « He aquí el motivo porque nos desvivimos por armas de fuego, añadian, pues es el único medio de sostener nuestra independencia. Por desgracia vienen muy pocos buques por

estas aguas. » Añadieron que debíamos dejarnos ver mas á menudo y que nos tendrían preparado mucho cáñamo para permutar.

A mediodía un bote pescador se dirigió á una arenosa playa situada al S. de nuestro fondeadero, y aproveché aquella ocasion para hacerme desembarcar de nuevo. Veíase un terreno llano y cubierto de algunas yerbas que ocupa el borde de la playa, y allende se alza una majestuosa selva de fácil acceso. En el centro corre un anchuroso torrente á través de grandes moles de granito, que á favor del declivio forman deliciosas cascadas superados por unos toldos de admirable verdor. Bajo aquellas sombrías revoloteaban una multitud de avecillas cuyos gorjeos animaban la escena no menos vivificada y alegre como triste y silenciosa la de la víspera. A cosa de treinta ó cuarenta toesas mas adentro, hallé una abundante caza, por razon de que ninguna de aquellas especies emplumadas experimentara los efectos del fusil cazador. Entre aquellas avecillas eché de ver con mas especialidad una paloma de reflejos metálicos, el papagayo de plumaje obscuro, el fíledon con su hermosa corbata de plumas blancas en torno del cuello, verdes cotorritas semejantes á las de la Australia, tortolillas, etc.

De vuelta á la playa, maté igualmente algunos ostreros y caballeros que constituyen una caza excelente; en seguida asistí á ver sacar las redes que por tercera vez volvían cargadas de sabrosos pescados, y nos despedimos todos de la bahía. El *Kanguroo* despidió un cañonazo para advertir que iba á virar de ancla y que ya era tiempo de partir. Concluida su provision de cáñamo, Powell quiso aprovecharse de una brisa de S. O. para abandonar el abra del Astrolabio. Apenas llegamos á bordo, cuando el schooner empezó á singlar hácia la costa salvaje y peñascosa de la isla d'Urville, y al día siguiente dobló las islas Stephen, pasó á vista de la bahía del Almirantazgo y fondeó en la isla Modou-Aro, en el canal de la isla Carlota, donde fondeara tantas veces el ilustre Cook.

Apenas hubimos anclado en la bahía cuando se desprendieron cinco grandes piraguas del abra de los Caníbales, situada en frente y salieron al encuentro del *Kanguroo*. Desde la popa podía reconocerse fácilmente que las embarcaciones eran atestadas de guerreros armados y suntuosamente ataviados. « Parece que no son mercaderes de cáñamo, dijo Powell, no debemos fiar mucho en estos visitantes. » Y en un momento se pusieron los cañones en estado de hacer fuego y se prepararon las otras armas. Acercáronse las piraguas con osadía (Pl. XLIV. — 3), y las observámos con toda escrupulosidad. No se veía en ellas ni una mujer ni un niño; pero en cambio se contaban ciento cincuenta guer-

meros bien pintorreados, robustos y armados de macanas, de lanzas y aun de fusiles. Como parecían aventureros que iban á probar fortuna, Powell les significó que solo subirían los jefes á bordo del schooner, y aun inermes, añadiéndoles que si hacían el menor movimiento sospechoso, sus cañones y sus granadas les enseñarían á respetar su voluntad. A esta declaración enérgica estalló un sordo murmullo en aquella cuadrilla, pero el jefe de la gran piragua se levantó é impuso silencio á sus camaradas. Era un hombre que frisaba con los treinta años, de una talla majestuosa y de una fisonomía imponente, y se embozaba en una hermosa estera de phormium pintada de rayas encarnadas y ribeteada de una hermosa franja abigarrada. Este sujeto habló en nombre de los suyos; declaró que iban á visitar á los *Yuropi* sin objeto hostil, y que de consiguiente no veía motivo alguno que pudiese oponerse á satisfacer los recelos del capitán. Dijo, y dando el ejemplo en persona, depuso en manos de uno de sus oficiales su fusil y sus macanas de jade, y subió á bordo con osadía. Siguiéronle dos de sus compañeros, pero los jefes de las otras dos piraguas, de semblante salvaje y feroz, no quisieron desprenderse de sus armas y se quedaron en sus embarcaciones.

Llegado á la cubierta, el jefe principal tendió la mano á Powell denotándole que se llamaba *Te Matangui na Rangui* (el viento del cielo) que era el primer ariki de la isla Entry, en el estrecho de Cook, y que sus compañeros eran jefes de distritos vecinos; y manifestando aparte al capidijole en mal inglés que deseaba tener con él una conferencia particular, suplicóle que procurase distraer á sus jentes mientras le hacia algunas confidencias. Powell espidió sus órdenes, dividió á los jefes mostrándoles armas de fuego, y vijiló rigurosamente sus piraguas.

Descendido á la cámara del capitán, *Te Matangui na Rangui* le declaró francamente que sus camaradas habían concebido el proyecto de arrebatár su buque. Unos dos años antes cierto capitán inglés había tenido la perfidia de coadyuvar á sus adversarios con sus cañones y fusiles para asolar su distrito y destruir un gran número de sus compatriotas, todo por un miserable cargamento de cáñamo prometido por la tribu de sus contrarios. Este acto desleal reclamaba un *outou* ó satisfacción, según la costumbre de la Nueva Zelandia, y el blanco de esta venganza debía ser el *Kanguroo*. En consecuencia los guerreros de las piraguas habían jurado exterminar su tripulación; pero el jefe añadió que él, *Matangui*, sabía que semejante venganza era injusta; que apreciaba sobremanera á los Europeos por razón de haber vivido algunos años antes, durante seis meses, en casa de M. Marsden, donde le trataron del

modo mas lisonjero. « No pudiendo disuadir á mis compañeros de sus proyectos sanguinarios, añadía este jefe, he finjido entrar en ellos con objeto de hacerlos abortar. » Entonces confió á Powell su plan de ataque. Debían atracar al buque con disposiciones amigables en la apariencia, y si Powell les recibiese á todos á bordo, arrebatarlo á viva fuerza á una señal concertada; y añadió que de lo contrario procurarían hacerse admitir en el mayor número posible armados de *meres* (macanas) ocultos bajo sus esteras; que pedirían que los dejasen pernoctar á bordo; que las piraguas finirían retirarse para regresar á media noche, tentar el abordaje, sorprender la tripulación dormida, y reunirse á los naturales que se hallaban á bordo y que debían haber dado ya principio á la matanza. El complot se había estrellado en parte ante la precaución de Powell; pero apesar de este obstáculo, los guerreros no habían renunciado á su *outou*, y para llevarlo á cabo contaban con la audacia bien conocida de los tres jefes subidos á bordo. Para presentar una prueba que acreditase su relato, *Matangui* sacó de su estera dos hermosas macanas y las entregó al capitán diciéndole que lejos de pretender usarlas se las ofrecía en presente. Invitóle finalmente á finjar que nada sabía, y á permitirle lo mismo que á sus dos colegas pernoctar á bordo, añadiendo que cuando se presentasen los demas para consumar su venganza, bastarían dos ó tres cañonazos para ponerlos en fuga.

A una declaración tan estraña y tan compendiosa, Powell quedó por un momento indeciso y sorprendido. Es cierto que no dudaba de la realidad del complot; pero conocía la astucia de aquellos salvajes y temía que la misma confianza de *Matangui* fuese combinada al objeto de hacerle caer en el lazo. En situación tan crítica no sabía que resolver; y como para hacerse á la vela era demasiado tarde, y por otra parte el mar estaba casi inmóvil, era forzoso tomar el partido indicado por el ariki, que era el mas prudente y seguro. Powell no perdió de vista al *Nuevo-Zelandés*, cuya actitud era digna, grave, segura, tranquila y serena. En consecuencia no cupo la menor duda de que *Matangui* hablaba la verdad: así que Powell no le dió otra respuesta que tenderle la mano y decirle: « Vuestro consejo será observado en todos sus puntos. »

Esta conferencia duró unos diez minutos. Cuando Powell y *Matangui* volvieron á presentarse en la cubierta, los otros dos jefes estaban ocupados todavía en examinar las armas sin tener el menor recelo de aquella ausencia. Entretanto los marineros y los naturales de las piraguas verificaran algunas permutas, en las que los últimos entregaron algunos canastillos de patatas y cuatro ó cinco lanzas de las que parecían desprenderse con

estrema repugnancia. Una de las piraguas parecía negarse á aquel comercio, apesar de poseer doce canastillos; mas viendo la obstinacion de los salvajes, uno de nuestros marineros pasó á la piragua y se puso á comerciar. *Kai-kai* (víveres para comer), respondieron los Nuevos-Zelandeses; pero sin contentarse con esta respuesta, preparóse el marinero para descubrir un canastillo. Los salvajes iban á impedirselo á viva fuerza, cuando el jefe hizo seña con irónica sonrisa que le dejasen obrar. Lejos el marinero de perturbarse, levantó el helecho que cubria los canastillos; pero, ¡cielos! vió tajadas de carne que por su blancura parecían de tocino, pero que realmente eran pedazos de carne humana. El marinero cogió por de pronto un pedazo de muslo de mujer, y como lo arrojaba con disgusto, el jefe lo tomó, se lo comió á dos carrillos y dijo: *ka-pai! ka-pai!* (es bueno! muy sabroso!). La tripulacion del *Kangaroo* parecía habituada á: aquel espectáculo y á aquellas costumbres; pero todo fué nuevo para mí no obstante haber recorrido tantas comarcas de la Oceania y visitado tantas pueblas caníbales sin haber visto jamás una prueba tan perentoria de aquel uso bárbaro.

Entretanto la noche iba tendiendo su negro manto, y todo se cumplía tal como lo prescribiera Matangui. Solo los tres jefes habían obtenido la autorizacion de pernoctar á bordo, entre los cuales se hallaba el amigo de Powell. Llegada la noche, Matangui pasó al filarite, y con una voz de trueno mandó á sus camaradas que se retirasen, añadiendo que él con sus dos compañeros se quedarían á bordo aguardando su regreso á la hora convenida. A estas palabras las piraguas contestaron con un hourra salvaje que prolongó á lo lejos el retintín del eco de la isla Motou-Aro. Esta retirada fué acompañada por algunos fusilazos en señal de regocijo, y las piraguas se dirigieron al abra de los Caníbales ocultándose en breve á nuestra vista.

Alejados que fueron aquellos enemigos, Powell dió orden al mesonero que diese de cenar á los tres jefes, y en seguida nos reunió en consejo en su cámara. Cuando vine en conocimiento de la declaracion de Matangui y de la suerte que nos amagaba, sobrecojióme un temblor involuntario acordándome de los canastillos llenos de carne humana y del atroz semblante del jefe de piragua. Sin embargo, aprobado el plan de defensa, se cargaron los cañones y toda la tripulacion se puso sobre las armas. Los jefes salvajes por su parte tampoco dormían; pues parecían acechar el mar y aguardar la prometida cooperacion. Hasta media noche pasámos en observacion, y aun estábamos contemplando el abra de los Caníbales por donde desaparecieron los salvajes, cuando Matangui sacó á parte al capitán, y mostrándole la punta que no estábamos observando: «Allí, dijo, debeis

observar; » y despues de haber tendido una ojeada sobre el mar: «Aquí están, » exclamó y fué á encontrar á sus dos compañeros. Dos minutos despues se velan las piraguas como se iban acercando á bordo en medio del mas profundo silencio. Llegaron hasta cincuenta toesas de distancia, y hubieran podido adelantarse mas sin ser vistas sino se hubiesen descargado á tiempo los cañones. Tres cañonazos fueron suficientes para detener á los agresores y decidirles á la retirada. Mientras se hacia justicia á la invasion exterior, se prendió á los dos jefes que se hallaban á bordo con intenciones hostiles, sin perdonar á Matangui para que no pudiesen sospechar su traicion. Powell se apresuró despues á desatarle, llamóle á la cámara y le colmó de finezas; y para completar esta especie de victoria despidiéronse de cuando en cuando salvas de mosquetería durante la noche, á fin de tener las piraguas alejadas constantemente de las cercanías de la goleta.

Entretanto Matangui se hallaba en la cámara á nuestro lado. Deseando darle una prueba de su reconocimiento, Powell le ofrecia una escopeta de dos cañones; pero el jefe salvaje justipreciando aquella dádiva añadió que no podia aceptarla sin hacerse sospechoso á sus compañeros. « Aunque estoy muy contento de haberos salvado, decia, no quiero pasar por un traidor entre los míos; pues no comprenderian los motivos que me han inducido á seguir esta conducta. » Negándose pues con tenacidad á aceptar el arma de fuego, rogó á Powell que le librase una certificacion que manifestase cuanto acababa de hacer por el *Kangaroo*, á fin de que por medio de este documento pudiese obtener la confianza de los capitanes ingleses que visitasen aquellas aguas. Por lo demas no hay necesidad de decir que Powell redactó esta certificacion en los términos que le parecieron mas propios.

Matangui nos refirió entre otras cosas que hacia unos quince dias que sus compañeros y él se hallaban ocupados en hacer la guerra en las orillas del canal de la Reina Carlota; que habían perdido mucha jente, pero causando pérdidas considerables á las tribus enemigas; que en sus diversos encuentros habían asolado sus tierras, pegado fuego á sus aldeas y pasado á degüello' un centenar de individuos de ambos sexos, y que á la sazón se apresuraban á regresar á sus hogares con el botín. Hablé á Matangui de los canastillos llenos de carne humana, y le manifesté mi admiracion de que un hombre tan benigno y jeneroso como él, y que habia vivido con Europeos, pudiese tomar parte en semejantes horrores. Al principio mi observacion le consternó, pero recobrando su ánimo sosegado y sereno, dijo: « Es malo, ya lo sé; pero, ¿qué quiere V. que le diga? acaso puedo reformar por mí solo las bárbaras costumbres de mis compatriotas? si no tomo parte en los combates

seré esconerado de mi cargo y menospreciado de los esclavos mismos que tildarian mi conducta de cobardía. Por lo que hace á los festines de carne humana, sino puedo impedirlos, al menos no tomo parte en ellos. Esta derogacion á nuestras costumbres ha sido tomada en mala parte, pero como manifesté que el Dios de los blancos se me habia aparecido en sueños para decirme que la carne del hombre era *tapou*, se ha respetado mi escrúpulo y acabado por convenir en que tenia sobrada razon de obedecer al atoua. »

Matangui añadió que celebraria que los misioneros se estableciesen en su isla, y que secundaria sus esfuerzos con todo su poder. « Pero, añadía, no bastan algunos misioneros; sino que con ellos deben presentarse otros Europeos que enseñen á los naturales las artes útiles de Europa, en especial la de cultivar la tierra, y que al propio tiempo fuesen bastante poderosos para protegerles contra los insultos de sus vecinos prohibiéndoles todo ataque contra estos. Sin cuyo requisito, proseguia suspirando, los Zelandeses traerán siempre deseos de combatir, y nadie podrá impedirse- lo mientras tengan armas. »

Comprendimos que todo cuanto decia era cierto, y lamentámos la situacion del pobre ariqui, bastante ilustrado para desear la mejora de las costumbres de su pueblo, pero que la impotencia y la necesidad obligaban á permanecer en el estado de barbarie en que se hallaba. Entretanto se iba acercando el alba, y el ariqui fué el primero en suplicarnos que le volviésemos á cargar de cadenas, á fin de destruir toda sospecha en el ánimo de sus cólegas. Acababa á la sazón de levantarse la brisa del fondo de la bahía, y Powell hizo orientar la goleta para enmararse. Al ver aquellos preparativos, las piraguas se acercaron de nuevo á bordo, pero en aire pacífico, pues las armas mismas se habian ocultado. Entonces se pusieron en libertad los tres jefes, y los dos compañeros de Matangui no cesaron de protestar de su inocencia; mas aunque Powell no ignoraba la verdad, finjió dar fé á sus palabras y á las de los otros jefes que habian dirijido el ataque nocturno. Deseando hacer olvidar á los dos jefes la mala noche que habian pasado, ó bien para tener un pretexto de ofrecer una retribucion al jeneroso Matangui, el capitan regaló á cada uno una ancha pieza de tela, y al jefe amigo nuestro un hermoso uniforme de infante inglés que acompañó en secreto con un espresivo apretamiento de manos del que se manifestó el ariqui mas satisfecho que del brillante uniforme. A vista de los presentes hechos á sus jefes, los guerreros profirieron unánimes aclamaciones de alegría, y se alzaron con toda la fuerza de sus pagayas. Matangui nos saludó tambien con la mano desde lejos hasta que se ocultó á nuestra vista. « A Dios, digno jefe! le decia Powell contestando á sus jestos

de amistad con jestos semejantes; sin tí el pobre *Kanguroo* hubiera dejado sus miembros en esta playa. » Desde que los salvajes de la Nueva Zelandia han conocido el uso de las armas europeas, esta costa es mucho mas peligrosa para las embarcaciones mercantes, tanto que dentro de breve tiempo tan solo podrán anclar en estas bahías los buques de guerra sin temor de ser sorprendidos por una agresion indijena.

En el acto de doblar el cabo Koutaro, cerca de los áridos islotes de los Dos Hermanos, sobrevino una furiosa corriente que arrastró á nuestra nave apesar de todas nuestras maniobras. En poco tiempo fuimos lanzados hasta cerca del cabo Poliwele, desde donde percibíamos ya la vasta ensenada de la bahía Inútil. Guiado por los recientes descubrimientos del capitan d'Urville, Powell temia verse obligado á penetrar en ella cuando la marea nos arrojó en el espacio de algunas horas hasta una legua de distancia del cabo Campbell, terminado por una punta baja, y en cuyas cercanías se alza el monte Tako superado de un picacho coronado de nieve.

Aprovechando una brisa del S., el *Kanguroo* llevó el rumbo hácia el cabo Kawa-Kawn, y á 2 de marzo costeó á toda vela la parte S.O. de Ika-na-Mawi, tierra elevada y selvosa. Véanse en ella numerosas humaredas que indican que esta playa es habitada en toda su estension. Al dia siguiente costámos á una milla de distancia el estéril islote de Motou-Okoura cuyas casas se escalonan á lo largo del recuesto de un collado, y Powell se puso en facha, despidió un cañonazo, y enarboló un pabellon encarnado en el palo mayor. Era una señal convenida en su viaje precedente con los naturales de aquella isla. Una hora despues llegaron tres piraguas cargadas de seis quintales de cáñamo, diez cerdos y unos cuarenta canastillos de patatas, cuya adquisicion se hizo á entera satisfaccion de las partes contratantes. Aquellos naturales tenian un aire apacible y dulce; pero en cuanto al aspecto físico eran inferiores á los del estrecho de Cook. Su traje es tambien mas despreciable, aunque no debe pasarse en silencio que no llevaban los atavíos que se ponen para una expedicion guerrera.

Hallándose á la vista de Tea-Houa, de Houa-Houa, de Wat-Tepari y del cabo Runawat, Powell hizo la misma ceremonia, y los naturales se presentaron al buque con cáñamo y provisiones, de suerte que el cáñamo que recojió Powell en estos cuatro puntos llegó á treinta quintales. En cuanto á los cerdos, se los presentaron en tal abundancia y á un precio tan módico en Houa-Houa, que se vió forzado á no quererlos admitir. Los naturales de aquella localidad distinguíanse por su talante, su andar altanero y su robustez. Todo anunciaba en ellos audacia y decision; así que Powell en sus relaciones con aquellas se portó

con mucha prudencia. El ejemplo de Rutherford arrebatado por el jefe Emaí, y obligado á hacer por espacio de diez años el aprendizaje de la vida zelandesa; era una lección que debia hacer muy circunspectos á los demas Ingleses.

A 5 de marzo abandonámos Runawai, impelidos por una marejada del N. Esta marejada daba mucha inquietud á Powell, por razon de que seguia una direccion opuesta á la brisa que hasta entonces habia soplado del E. al E. N. E. Este contraste quedó explicado á las dos, pues á esta hora sopló el viento del N. al N. N. E. en medio de chubascos y violentas ráfagas. Por la noche se declaró la tempestad, por manera que tuvimos que sostener la capa con riesgo de ver el pequeño schooner ahismarse bajo las oleadas piramidales que pasaban por encima de la cubierta. Afortunadamente á 6 por la mañana el viento se abonanzó pasando al N. O., y ya nos hallábamos á cosa de medio camino de las islas Pouhia-i-Wakadi y Motou-Kora. La primera es de mediana elevacion, tiene cuatro ó cinco millas de circunferencia y encierra un volcan perenne en actividad del que solo vimos la humareda. Motou-Kora es una isleta situada junto á la costa, y no tiene mas de media legua de largo sobre una milla de ancho: en su parte S. E. se encuentra un cono muy encumbrado y selvoso. Casi en frente de esta isla y á poca distancia de la playa aparece un segundo cono aislado de una forma semejante, pero mucho mas importante, que Cook denominó monte Edgecumbe. Todas las circunstancias indican que estas dos moles son asimismo volcanes estinguidos.

A una media legua á barlovento de Motou-Kora, Powell se puso en facha é hizo su llamamiento ordinario. Una piragua solamente se presentó, montada por diez ó doce naturales, entre los cuales habia uno que parecia el jefe de los otros. Despues de haber entregado tres quintales de cáñamo, este sujeto añadió que le habian reservado otra cantidad mas considerable, pero que la mayor parte de los jefes y de los guerreros habian partido quince dias antes para ir al auxilio de sus aliados, los Ngate-Awa en Tauranga. Preparábase esta tribu para un ataque combinado de todas las fuerzas del N. y habia invocado el socorro de todos sus aliados en la bahía de Abundancia.

Habiéndose levantado el viento del S. y del S. S. E., Powell cargó la vela para Tauranga, adonde llegó al poner del sol. La entrada de esta bahía es bastante estrecha, y solo es practicable para embarcaciones pequeñas á causa de su poco fondo; pero en el interior se ensanchan considerablemente, y el terreno que la circunda ofrece un aspecto bastante risueño. Hace poco que sus bordes eran populosos, y presentaba

numerosos espacios de terreno plantados de patatas y taro; pero las desastrosas invasiones de las tribus del N. han disminuido sobremanera la poblacion, y solo se han cultivado las tierras mas interiores para sustraerlas á los estragos del enemigo.

Quando penetrámos en la bahía, habia surto en ella un pequeño schooner. « Es el *Activo*, dijo Powell, pequeño buque que pertenece á los misioneros. Parece que estos señores van cobrando osadía, y que acompañan á los naturales en sus expediciones militares. » En efecto, los evangelistas quisieron entrometerse en las contiendas de las tribus; pero los resentimientos eran tan vivos y la discordia tan encendida, que fueron vanos todos sus esfuerzos para obtener una reconciliacion. A primera vista Powell juzgó que su oposicion seria muy crítica en Tauranga, y que no podia hacer nada mejor que pasar á la bahía Shouraki. En cuanto á mí, era sobrado propicia la ocasion de observar el modo con que aquellos pueblos hacian la guerra, paraque la dejase correr. Pensé en los misioneros, juzgando que si me admitían á participar de su fortuna, podria acechar todos los movimientos sin correr grandes riesgos. Comunicué mi proyecto á Powell. « No hay duda, dijo, que es el mejor partido; pero me temo mucho que los misioneros le acepten la proposicion, pues no tienen la menor confianza en los recién llegados, y mucho menos en un Francés católico. Pero si V. trae deseos de permanecer aquí para asistir á la guerra de los Zelandeses, le presentaré á V. á Tetore, uno de los jefes del ejército de la bahía de las Islas, grande amigo mio. Mediante unas diez libras de pólvora, le tomaré á V. bajo su proteccion y le tratará como á hijo suyo, participando de su fortuna, así desgraciada como lisonjera. — Pero no seria mejor probar primeramente con los misioneros? — No; mas vale que se asegure V. del jefe salvaje. » De consiguiente quedó acordado que practicaria esta diligencia al dia siguiente.

Durante la noche oímos algunos cañonazos que nos indicaron encontrarnos en el teatro mismo de la guerra. Al amanecer estaba dispuesta ya la yola, y Powell me acompañó á la playa para presentarme al jefe Tetore á través de una inmensa flotilla de piraguas, entre las que reinaba la mayor actividad (Pl. XLV. — 1). Todos los salvajes estaban en movimiento; los unos ponian sus barcos á flote; los otros preparaban sus armas. En medio de aquella agitacion y aquel bullicio echámos de vez á Tetore dando órdenes á sus oficiales con calma y gravedad. Iba cubierto con una hermosa esterilla de guerra; empuñaba un brillante mosquete, y llevaba dos *me-res* pendientes de su cintura. En sus cabellos atados en la coronilla de su cabeza flotaban tres

largas plumas blancas, insignias de su rango, y su semblante era enteramente ennegrecido por los dibujos del pintarroteo. Powell salió al encuentro del jefe, dióle el saludo nasal con toda la gravedad posible, ofrecióle un paquete de pólvora de unas diez libras, comunicóle mi deseo, y acabó por insinuarle que estaría altamente reconocido á cuanto hiciese por mí. A esta declaración sonrióse Tetore, pesó con cierta sonrisa de satisfaccion el paquete de pólvora para cerciorarse del valor del presente, y respondió á Powell que siempre le habia contado en el número de sus amigos, y que de consiguiente me trataria como á hijo propio del capitán.

Seguro pues de tener un protector entre los jefes indijenas, faltábame tan solo sondear el ánimo de los misioneros. Su jefe, M. Williams, no se hallaba á la sazón á bordo del *Activo*; pues acampaba bajo una hermosa tienda sentada en la playa, y que contrastaba con las hutas de los salvajes. Velanse á la puerta cinco ó seis naturales que por sus maneras tímidas parecian indudablemente discípulos de la Mision. Cuando hicimos ademán de abrir la tienda nos detuvieron: « El maestro está orando, » dijeron. Aguardámos diez minutos, y nos condujeron sin dificultad hasta la presencia de M. Williams que nos recibió con mucha frialdad. Powell habló por mí, esplicó los deseos que yo traía, y en seguida tomé la palabra, procurando dar á entender al misionero que mi objeto no consistia en una mera curiosidad, sino en el deseo de presentar á mi regreso á Europa los útiles trabajos de los apóstoles de la Nueva Zelandia. M. Williams contestó con indiferencia que, aunque su voluntad era de ser útil, sin embargo las circunstancias contrariaban su deseo, y que desesperaba satisfacerme. Viendo de consiguiente la necesidad de emplear un argumento decisivo, le dije: « Caballero, sea cual fuere vuestra decision, me quedaré aquí para llevar á cabo mis designios, si no en vuestra sociedad y la de vuestros cólegas, al menos con el jefe Tetore que me ha tomado bajo su salvaguardia mediante una hermosa escopeta de dos cañones. » Semejante é inopinada declaracion produjo el efecto de un lance teatral. Inmutóse el semblante de M. Williams; tendióme la mano haciéndome del amigo, y me dijo: Vamos, pues que V. lo desea con tanta vehemencia, será de los nuestros. Yo deseaba evitarle una vida penosa é incómoda, pero una vez que insiste, no tengo el menor reparo. De aquí en adelante será V. considerado como nuestro compañero y hermano. » Desde entonces desapareció la frialdad de M. Williams, y se portó conmigo á entera satisfaccion. Superior á sus cólegas, M. Williams habia servido como teniente de navío en la marina real, y aun cobraba medio sueldo de su grado: así que

se distinguia por sus conocimientos y por la energía de su carácter.

Finalizando el negocio, Powell se despidió de nosotros para hacerse á la vela, con el encargo de dejar en la bahía de las Islas el resto de mi bagaje, confiándole á los misioneros de Paí-Hia, si de allí para quince dias no volviésemos á vernos. En consecuencia solo traje conmigo un pequeño maletón con los efectos necesarios á mi permanencia en Tauranga.

Cátame plantado pues en tierra desconocida y en medio de acontecimientos al menos singulares. A buen seguro que hubiese tenido que pasar por los embarazos de un largo aprendizaje, si M. Williams no me hubiese preparado de antemano. A este objeto trazó dia por dia el relato de aquella campaña desde la partida de la bahía de las Islas, cuya copia reproduzo á continuacion, por cuanto es un documento precioso escrito en país salvaje y á vista de todo lo ocurrido. Pintura alguna es mas sencilla é interesante con respecto á las costumbres de aquellos naturales y á la conducta de los misioneros que á través de las discordias civiles se esforzaban en llevar á cabo su plan de propaganda cristiana.

En la reseña histórica se vendrá en conocimiento de algunas causas que dieron márgen entre los pueblos del N. á la leva jeneral contra Tauranga. El diario no es tan antiguo, pues da principio á su narracion en la partida de la bahía de las Islas. Para la mayor intelijencia de los siguientes pormenores, no debe pasarse en silencio que Tetore, Rawa-Rawa, Waro-Rahi, Wara-Paka, Tareha, Moka, etc., son los nombres de los principales caudillos del ejército de la bahía de las Islas. Tohi-Tapou es el príncipe de sus sacerdotes, el caudillo de los caudillos, venerado de todas las tribus, verdadero Calcas de aquella Ihada salvaje. MM. Kemp y Faiburn son unos misioneros, cólegas de M. Williams, establecidos como este en Paí-Hia.

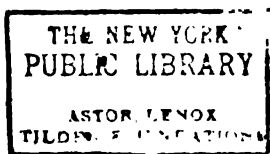
DIARIO DE M. WILLIAMS.

3 de enero de 1832. — A las seis de la mañana nos despedimos de nuestras familias y conocidos, y partimos para nuestra escursion á Tauranga. M. Faiburn y yo nos embarcámos en nuestro bote; y Tohi-Tapou y Tohe en sus piraguas, y cuanto antes nos hicimos á la mar en medio de las aclamaciones de todos los que concurrieron á vernos partir. Las circunstancias que nos acompañaban hacian muy interesante aquella escena (PL. XLV. — 1).

Montámos Tapaka viento en popa, y hablámos á Tetore ante Ko-Pito; y aunque nos incitaba á que nos embarcásemos para aguardar un viento mas propicio, en razon de ser demasiado violento el que soplabá, llegámos hasta Ko-

1 Flota de Guerra en Nueva Zelanda

2 Vista de la Bahía de las Islas



THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATION

re-Kawa, abra sombreada y tranquila en la bahía de Paroa. Sentámonos reales y preparámonos nuestros lechos, hallándonos ya surtos de cuatro piezas de cañamazo, de siete pies de largo sobre cuatro de ancho para ponernos á cubierto de la humedad del terreno y reforzar nuestra tienda en caso de lluvia. Juntámonos para el servicio de la noche en número de unos cuarenta: Matoui oró de un modo muy edificante, y suplicó á la divina Providencia que nos guiase en todas nuestras empresas, que nos mirase con piedad, que pusiese coto á los desastres de la guerra y preparase las sendas mas oportunas á la propagacion del Evangelio, á fin de que los hombres que por largo tiempo fueran esclavos de Satan, pudiesen transformarse en hijos de Dios por los méritos de J. C. Muchos de nuestros jóvenes cumplieron con tan graves deberes mucho mejor que nosotros, en razon de que hablaban en lenguaje abundante y rico en figuras. La noche fué serena y deliciosa.

5 de enero de 1832. — Esta mañana los naturales no parecían dispuestos á ponerse en movimiento, cuando la descarga de muchos mosquetes, que nos pareció procedente del lado de Tetore, varió la situacion. Dentro de un instante emprendimos la marcha, y en el espacio de una hora llegámos á Ko-Paria, punto bien abrigado. Tetore se nos habia acercado; en la bajamar fuimos á visitarle y permanecimos algun tiempo con él. Varios guerreros se ocupaban en preparar cartuchos; otros afilaban pagayas, pero el mayor número estaban entregados á un profundo sueño. Nuestro deber mas importante será asir todas las ocasiones favorables para visitar aquellos hombres, confabular con ellos y procurar calmar sus resentimientos.

6 de enero de 1832. — Al rayar del alba, Tohi-Tapou exclamó que iba á estallar una tempestad, y en consecuencia los naturales resolvieron aguardar mas tiempo. Era ciertamente una prueba terrible de nuestra paciencia esponernos á una demora inútil por solo el temor de aquellas jentes. M. Faiburn y yo nos levantámos para examinar el estado de la atmósfera, y vimos que soplabá una favorable brisa del S. O. Por fin, todos empezaron á hacer preparativos; Tetore dió á la vela, y doblámos el cabo Brett (ó cabo Kokako) á las siete de la madrugada, haciendo veinte millas en el espacio de tres dias. Sin embargo, la supersticion de aquellos pueblos es de tal naturaleza, especialmente en sus expediciones militares, que no deben tomar el menor alimento cocido en sus piraguas, y si llegaban á embarcarse por casualidad algunas gotas de agua, inmediatamente y sin dilacion desembarcarian en grande alarma. En caso de ser absolutamente imposible el desembarque, guardarian un profundo silencio y recitarian sus *karakia* (sortilejos). Pe-

ro como nuestro objeto consistia en permanecer junto á los caudillos del ejército, debíamos sujetarnos á todas sus demoras.

Desayunámonos en Wai-Kari, y desde luego comprendimos que el intento de los naturales no era ir mas lejos. Fuimos pues á visitar á los que teníamos cerca; y mientras confabulábamos con Rewa, se levantó una brisa favorable á pedir de boca; pero no quisieron partir y se ocuparon en beber, comer ó dormir. Por lo demas, cada uno se portó con nosotros á las mil maravillas, y Rewa nos hizo algunas preguntas relativas á los medios de concluir la paz.

Tetore nos propuso emprender la marcha bien temprano al dia siguiente, lo que concordaba con nuestros deseos. Pregunté el motivo por qué los naturales no se mantenian unos junto á otros, y respondió que era costumbre de ir cada cuadrilla adonde le acomodase, y que cada jefe era dueño de todas sus acciones. Es cierto que es una imprudencia, aun bajo el punto de vista de su interés; pero no hay mas. Como no tienen alguien que les dirija, no solo cada tribu obra de por sí, pero cada individuo goza la misma libertad. Si uno de ellos está dispuesto á obrar mal, nadie puede impedirselo; por cuyo motivo sucede á veces que una tribu entera tiene que sujetarse al capricho de un solo individuo.

7 enero de 1832. — Antes de amanecer, todo se puso en movimiento. Concluidas nuestras devociones matutinas mientras todavía estábamos en tierra, era aun de noche cuando nos reembarcámos, y en breve nos hallámos en medio de una flota formidable. Los remeros de las piraguas armaban disputas á menudo; mas nosotros conservámos siempre perfectamente nuestra posicion, no obstante que la tripulacion de nuestra chalupa era sobradamente débil en comparacion con la de muchas piraguas, y desembarcámos para desayunarnos en Mangati, donde se encontraban los restos de muchos soportales contruidos de ramas por los guerreros de una division que nos habia precedido: los naturales comenzaron á calcular su número por las piedras esparcidas por acá y acullá, que sirvieran para cascar la raíz del helecho contando cierto número de hombres por cada piedra. Colejimos ser la division de Rewa-Rewa, y aun mostraban el punto donde debieran colocarse lo mismo que otros jefes de su comitiva. Al cabo de una hora nos hicimos á la vela á favor de una brisa, y observámos la costa, que no ofrecia apariencia alguna de habitantes. Llegámos á mediodía á Toutou-Kaka, delicioso punto escotado de profundas anconadas, donde apesar de algunas rocas que asomaban á flor de agua, las embarcaciones pequeñas podrian ponerse á cubierto en todo tiempo. Todos hicieron escala en aquel punto, porque fondeó la piragua de Tetore: exclamóse

que habia zozobrado, y cada uno desembarcó en la playa lo mas pronto posible, sin que en todo el dia ocurriese mas novedad.

8. de enero. A las ocho de la mañana se reunieron todos los naturales que nos rodeaban: era el primer dia del Señor que fuese celebrado en aquella comarca desde la creacion; daba ciertamente muchísimo gusto aquella reunion y en semejantes ocasiones. Una asamblea de guerreros zelandeses hacian tregua á las horribles conversaciones que les eran habituales para entonar las alabanzas del Señor y escuchar nuestras palabras relativas al amor que debemos profesar al Redentor. Todos unánimemente confesaron ser cosa muy laudable orar en semejantes términos. Algunos súbditos de Tetore fueron contra su propia voluntad á matar pichones en los bosques y cazar cerdos; y despues de comer visitámos á Rewa, Ware-Porka, etc. y celebrámos el servicio en su presencia conforme á su especial anhelo.

13 de enero. — Tetore, Rewa, etc. han venido á fondear; Ware-Porka no ha querido detenerse, por razon de la reprehensible conducta de sus jentes que fueran á inquietar á los vecinos. Despues del desayuno fuimos á visitarles; mostráronse muy satisfechos de vernos, y nos dieron el saludo ordinario: *Hare mai, hare mai*. Atendiendo á que el dia siguiente era sábado, decidieron que seria muy conveniente emprender la marcha bien temprano para descansar el domingo, y manifestaron el deseo de pasar una revista jeneral de sus fuerzas, que aun no se habia verificado desde la partida de la bahía de las Islas. A las cuatro de la tarde todos se prepararon para esta ceremonia, y se ocuparon en limpiar sus fusiles, adornar las plumas de sus cabezas y anudarse al rededor de la cintura bigunos chalets y pañuelos de diversos colores á guisa de delantales. Algunos de los principales llevaban mantos de paño escarlata, guarnecidos de pelos de perro, y los otros brillantes esteras del país. Equipados así todos los individuos, con uno ó dos cartuchos, y á veces un sable, formáronse todas las tribus, cada una en su puesto particular aguardando la señal para emprender la marcha. Hubo un momento en que todo fué confusion y tumulto, por razon de que cada uno queria dar su parecer con respecto á lo que debia hacerse. Las mujeres, los niños y los perros contribuían no poco por su parte á aquel desorden gritando y corriendo por acá y acullá. Por fin uno de los destacamentos emprendió la marcha con el fusil al hombro, con paso lento pero sin regularidad, en direccion á la playa, que en la bajamar ofrecia el espacio mas terso y mas á propósito para sus paradas. En cuanto este destacamento hubo tomado su puesto, alineóse el segundo á continuacion y así sucesivamente hasta que se halló for-

mado el ejército entero. A alguna distancia se colocó un cuerpo de reserva simulando espiar una accion: la maniobra mas jeneralmente usada entre aquellos salvajes consistió en arrojarse unos sobre otros, ó bien en tomarse mutuamente la delantera las dos parcialidades, y confundirse en seguida. Al momento pasaron á su danza de guerra ó *haka*, acompañada de gritos y espantosos alidos. En semejantes ocasiones dan á sus cuerpos actitudes horribles, hacen jestos feísimos, vuelven sus lenguas casi al rededor de sus cabezas y ruedan los ojos en sus órbitas (Pl. XLVIII. — 1). Cada uno salta tanto como puede, agitando al propio tiempo la caja de su mosquete para ostentar el cobre que regularmente brilla mucho. Esta ceremonia se reitera dos ó tres veces con grande y jeneral aplauso. En seguida se sientan en corro dejando en el centro un espacio libre por el que pueden ir y venir los oradores que desean exponer su parecer. Esta funcion jeneralmente pertenece á los jefes, bien que cada individuo tiene libertad de perorar. En la ocasion aquella, los oradores se mostraron sumamente medianos: el número de guerreros presentes ascendian á unos 400, los que juntos á los que habian al principio tomado la delantera, hacian remontar las fuerzas totales á unos 800 combatientes. Algunos de nuestros amigos manifestaron el deseo de saborearse en el *stiribout* (plato compuesto de harina y agua hirviendo), y como nuestros mosos habian cojido una considerable cantidad de pescado, accedimos sin dificultad á su demanda. Entretanto el mal jenie de Moka halló el medio de escitar discordias con la escijencia de una porcion doble para sí, cuya circunstancia dió margen á un tumulto y á unas espresiones altamente injuriosas. Muchos de los jefes dirijieron á Moka representaciones serias sobre su conducta, y nuestros mosos sintieron en alto grado aquella desagradable ocurrencia.

15 de enero de 1832. — A eso de las nueve se acercó al *Activo* una piragua, al remo, moviendo los indijenas que en ella iban grande algazara y cantando con cierto aire de triunfo. Al pasar por nuestro lado nos dijeron que habian cojido cuatro Ingleses, y nosotros les convidámos á que subiesen á bordo. Los prisioneros pertenecian á la tripulacion de la *Lucy-Ann* y hacia veinte y tres dias que habian dejado su navío para dirijirse á la bahía de las Islas. Habíanles despojado los indijenas de cuanto llevaban; bien que despues les devolvieron parte. Largo rato estuvieron consultando sobre lo que harian de ellos. Varios eran de parecer que se les hiciese tirar de los cañones para maniobrar contra el enemigo. Los indijenas emplearon toda la velada en hacer los preparativos de la marcha que debian emprender antes de rayar el dia.

16 de enero. Hermosa mañana. A las dos to-

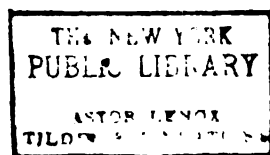
25 6 1 0 32

1 *Danza Guerrera de los Guerreros Zelandeses*
1 Danza Guerrera de los Nuevos Zelandeses

2 *Guerreros Zelandeses pintados*
2 Guerreros Zelandeses pintados

de la mano del

VIAJE
VIAJE



TILDEN FOUNDATION

do se puso en movimiento. Llevaron los bagajes á la canoa, la que se dirigió á fuerza de remos á unirse con las piraguas. Los de Fareha nos llamaron con la bocina para saber lo que habian de hacer con aquellos cuatro Ingleses, y les aconsejamos que les diesen libertad y así lo hicieron.

En Mangawai observamos enormes picachos y canteras de piedra que algun dia podrán ser de grande utilidad para edificar. En aquel paraje hizo Moka algunas salvas con sus cañones. Esto se llamaba *paura amamai* (pólvora sagrada), y Moka quemaba aquella pólvora porque en aquel mismo sitio habia recibido una herida en el muslo. Hay en él hermosas vistas y restos de establecimientos antiguos, mas los estragos de la guerra han destruido la poblacion. Continuamente nos enseñaban lugares en donde habitaron las antiguas tribus que han dejado de existir: tal vez no está lejos el dia en que el Señor tenga á bien librar á este pueblo y poner término á las llagas que ocasionan su destruccion. Hasta las cuatro fueron llegando piraguas; venian tan mezcladas que nos fué imposible contarlas; púedese no obstante calcular que habia de cuarenta á cincuenta.

18 de enero de 1832. Tareha, que iba en una enorme piragua acompañado solamente de tres mujeres suyas, no se habia aun reunido con el grueso de su armada y ya temian los indijenas que se hubiese vuelto á la bahía de las Islas. La piragua en que iba estaba santificada por haber llevado á su bordo el cuerpo de Shongui, jefe principal, muerto en Korora-Reka que era su residencia; y entonces era preciso llevarla á los lugares donde fueron muertos los dos hijos de Shongui para deshacerla allí y reducirla á cenizas. Por esto la llamaban Wakamai (piragua sagrada). Las diferentes tribus que están en marcha llevan muchos objetos, como remos é instrumentos de guerra, para ofrecerlos, si así puede decirse, á los manes de los difuntos. Todos estos objetos son sagrados y muchas veces se retarda la marcha del ejército, porque nadie puede poner los pies en la piragua santa, escepto el anciano Tareha y sus tres mujeres. Esta es la segunda vez que se detienen por lo mismo.

Al mediodia ha faltado poco para que un accidente insignificante fuese funesto á nuestros indijenas y tal vez á nosotros mismos. Han cogido un gran tiburón que se ha agarrado á la espalda de un hombre; al instante han acudido en su ayuda sus compañeros, y no pudiéndolo desprender han procurado matarlo á hachazos, recibiendo el desgraciado Indio una profunda herida en la espalda. Sin pensar los insensatos que aquello era un accidente muy sencillo, han recurrido á las armas, y unos y otros se disponian á combatir para obtener satisfaccion. Cuán mi-

sera es la condicion de estos pueblos, aun bajo el punto de vista temporal!

21 de enero. — Ninguna apariencia de volver á emprender la marcha. Poco importaria esto si los indijenas estuviesen dotados de inteligencia, pero son muy insubordinados. He sabido con disgusto que los Popotos, habitantes de Shouki-Anga, intentaban subir el Tamis por otro camino para caer de improviso sobre las mujeres é hijos de los aliados de Tauranga. Algunos jefes han querido oponerse, pero nosotros nos hemos de resignar á la voluntad del Criador.

Domingo 22 de enero. — He pasado mejor noche porque envié á buscar mi cama al *Karere* (nombre de la canoa), pues que no hay ningun indicio de que nos movamos; ademas el viento es contrario. Hasta ayer consistió mi cama en un monton de helechos. Los indijenas se han admirado al ver una raíz de excelente calidad que fué arrancada ayer. Al instante ha ordenado Moka que botasen al agua su piragua para ir á recojer gran cantidad. Todo ha sido confusion y desórden. Conocia que serian inútiles mis observaciones, pero era mi deber y no vacilé. Envié pues á decir al jefe que era el *ra-tapou* (dia sagrado) y que no debia resistir á la órden de Dios, añadiendo que al dia siguiente iriamos todos juntos. Moka lo propuso á los suyos y los que estaban á nuestro lado dieron señales de aprobacion. De este modo, sostenidos solamente por nuestra fé y confianza en el Señor, vamos encaminándonos á nuestro objeto. Moka, hermano de Ware-Rahi y de Rewa, es un salvaje temerario, insolente, egoísta, dispuesto siempre al mal y que goza de mucho prestigio. A las ocho y media de la mañana todos nuestros vecinos se reunieron para asistir al oficio y se portaron bien. Despues de comer fui á visitar á los Popotos, que son en corto número. Ademas tuve una conferencia con Tau-Noui que parece mas juicioso y observador que la mayor parte de sus compatriotas. Antes de anoecer los indijenas de las cercanías sentian una repugnancia suma á dejar el trabajo. Houki, hombre que goza de gran consideracion entre ellos, estaba sentado en la playa trabajando con sus jentes, mas así que me acerqué dejó al momento su tarea. Al anoecer Moka y Tohi-Tapou prepararon sus piraguas para ponerse en marcha el dia siguiente por la mañana, conocí por algunas palabras que se le escaparon que tenian intenciones siniestras con respecto á los indijenas que tal vez encontrasen. Me dijeron que tenian hambre, y que supuesto que seguia soplando el viento E., era preciso que fuesen á buscar raíces de helecho; que atravesarian el rio por la parte mas estrecha, y que yo haria bien en quedarme con Fareha y Tetore; mas como los veia dispuestos á alguna mala accion resolví no perderlos de vista.

y dejar el *Karere* bajo la custodia de Tetore, para lo cual le envié por la mañana un aviso. Estas satánicas inspiraciones me afectan en extremo. Oh! cuando mostrará Dios su brazo en la Nueva Zelandia!

27 de enero. — Para variar he fijado mi alojamiento en tierra donde me hallo mucho mejor. Ninguna noticia, ningún movimiento: esta pérdida de tiempo me sería insoportable si no fuese por la esperanza de hacer importantes servicios temporales y espirituales á este pueblo. He pasado el día en leer, escribir y dibujar, y han sorprendido en extremo á los indijenas los efectos de algunos rasgos de lapiz sobre el papel.

28 de enero de 1832. — Los indijenas me han anunciado los supersticiosos temores que tenían por haber quemado un poco de cáñamo y algunos palos sagrados, restos de cobertizos viejos. Un hijo del anciano Tareha, que murió hace tiempo y está convertido en *Tanewa* (dios del mar), se ha aparecido á su padre y le ha echado en cara su mal comportamiento y el de sus compañeros, añadiendo que no calmara su enojo hasta que hubiesen sacrificado algunos hombres, en espacion del sacrilegio cometido; que los vientos contrarios que por este motivo reinaban, hacian zozobrar sus piraguas; y que el mar estaria embravecido por mucho tiempo. Escuchaban con mucha atencion estas amenazas el anciano Tohi-Tapou y otros, y sostenian la opinion de que la tempestad era una consecuencia de haber profanado los objetos sagrados. Infúndeles *Tanewa* un terror extremo; les está prohibido guardar víveres cocidos en sus piraguas de guerra, como tambien el mascar ó escupir mientras están en alta mar, y hasta el encender fuego y fumar en sus pipas, privaciones que atestiguan vivamente su fanatismo. Díjeles que los Ingleses eran los mejores marinos del mundo, que iban por todas partes sin temer á *Tanewa*, y que si los navios de los indijenas fuesen mas sólidos podrian navegar lo mismo que aquellos; mas ellos no me han podido comprender y se han contentado con decir que esperarían hasta que hubiese pasado la marea, aunque durase muchos dias.

25 de febrero. — Las islas Mercurio están á cinco ó seis millas al E., y nuestras jentes no las perciben. Es muy probable que nos hayan tomado la delantera y llevado á cabo sus inicuas y homicidas intenciones, á menos que hayan sido detenidos por la poderosa mano de Dios. Pobres criaturas! Cuanta necesidad tienen de nuestras instrucciones! El brazo de cada hombre se levanta para caer sobre su hermano, y sin duda la tierra está ya empapada en su sangre! Preséntamosen á la vista varios lugares, donde ha habido sin duda recientes combates; mas nosotros levantamos los ojos al Señor, que es el único que puede sacarnos de su actual esclavitud é inspirarles el

deseo de no apartarse de su lado.

Domingo 26 de febrero de 1832. — A las siete de la mañana abordámos en la bahía con la esperanza de ver nuestros amigos, ó por lo menos de encontrar un abrigo contra la tempestad que nos amenaza. Nos hemos adelantado casi hasta el fondo de la bahía sin encontrar en ella ninguna ensenada donde pudiésemos echar el áncora; el mar, siempre mas y mas embravecido, nos arroja hácia la costa. En tal estado de incertidumbre hemos enviado la canoa para reconocerla, y al cabo de una hora nos ha hecho seña de que avanzásemos. En efecto, pocos momentos despues doblámos una punta, y encontramos la embocadura de un hermoso rio que puede recibir cómodamente cualquiera embarcacion. El país parece muy poblado de árboles, pero sin habitantes, apesar de verse en él varios vestijios de habitaciones antiguas. Ah! cuán terrible azote es la guerra, aun en estas ignoradas rejiones!

3 de marzo de 1832. — Buen tiempo. Al rayar el dia nos hicimos á la vela para Tai-Roua. Al acercarnos á la entrada del puerto divisámos algunas piraguas que salian; nos alegrámos de encontrar entre ellas nuestra canoa y nuestros jóvenes ilesos. Todos se regocijaron en extremo de volvernos á ver. Ocupé con gran satisfaccion mi sitio en la canoa, y á fuerza de remos nos dirijimos hácia Wanga-Mata, hermoso rio para embarcaciones pequeñas. Despues de tomar algunos refrescos entrámos en él. El país parece bello, fértil y bastante abundante de agua; pero no hay habitantes, apesar de haber sido numerosos en otro tiempo. Por la tarde los indijenas pasaron revista y ascendian á unos 400 hombres. Esto es lo que ellos llaman un ejército. Púedese acaso demostrar mejor la escasez de habitantes en esta tierra, despues de los grandes esfuerzos que han hecho para entrar en campaña? Verdad es que es preciso añadir á este número los hombres que han seguido á Rewa-Rewa y Ware-Porka con los cuales ascenderán á unos 600, sin contar las mujeres y niños. Los discursos de los oradores han sido tambien insignificantes. He sabido con sentimiento que Ware-Rahi, con una numerosa escolta ha pasado por tierra á sorprender á los Nate-Watouas. He tenido una larga conferencia con los jefes, y Tetore se halla á mi entender en buen sentido. Los indijenas parece que durante mi ausencia han guardado mucho respeto al domingo por lo tocante á sus marchas. Hoy se habian puesto en camino para poder descansar mañana.

Domingo 4 de marzo. — Mucho antes que amaneciese estaban ya en pie los indijenas y hablaban en todas partes. Cuando pedí mi desayuno me dijeron que el fuego y el agua estaban vedados, y que nadie podia comer ni beber hasta tanto que hubiesen consultado los oráculos; en fin que á poca distancia se preparaba el tohounga ó sacerdote

para esta ceremonia. Fui, y encontré en un lugar solitario y sombrío siete ú ocho jefes reunidos; al principio se me prohibió acercarme; pero despues de consultarse me lo permitieron, so pretexto de que yo era un hombre blanco. Estaban todos enteramente desnudos y se ocupaban en plantar en linea estacas de un pie de largo, en igual número al de sus piraguas; tambien clavaron algunas para representar el número de los jefes del bando enemigo. En frente de cada una de estas estacas colocaban otras dos de la misma longitud, y al rededor de cada una ataron un pedazo de phormium. Luego que todo estuvo preparado nos hicieron retirar á todos, excepto á un hombrecillo viejo que no tenia cinco libras de carne sobre sus huesos. Cosa de media hora despues vino el anciano á sentarse en medio de nosotros; preguntó á Tohi-Tapou lo que habia soñado, y nos contó el sueño que habia tenido la noche precedente, y que seria muy largo de trasladar aquí. En seguida nos hicieron acercar con grandes precauciones al paraje en que el sacerdote se habia quedado trabajando, y encontramos las estacas en un desórden tal que parecia haberlas tomado un gato por diversion; una tercera parte almenos estaban tendidas por tierra representando á los que debian sucumbir en la refriega. Tambien habian clavado las estacas correspondientes á mí y á mis jóvenes compañeros, y todas ellas habian quedado intactas. Pocos minutos despues llegaron en tropel y con grande ruido los indijenas para saber el écsito de la expedicion; cada cual hacia preguntas relativas á su suerte con tantas instancias y de un modo tan desentonado, que era imposible comprender nada. Se sosegaron al fin un poco, y el anciano empezó á entrar en algunos pormenores. No tardó mucho en embrollarse y se vió obligado á volver á empezar la ceremonia; desocupóse por lo tanto el terreno sagrado y fuimos á la orilla á esperar sus necias inspiraciones. Preguntáronme algunos si me habia desayunado, y parece se alegraron de saber que no habia comido nada. En aquel intermedio hablé con los que me rodeaban y parecia que daban tanto crédito á las indicaciones que iban á resultar de las ceremonias del tohounga, como lo habrian dado de la direccion del viento despues de observar la marcha de las nubes. Asegurés que bien pronto abandonarían aquellos ritos, y abrazarian el Evangelio de Ntro. Sr. Jesucristo. Mis palabras calmaron á algunos, á otros no. A las diez, estando ya todo sosegado, tocamos la campana para el oficio divino. Acababan de traerla del navío de Pi, nos serviamos de ella por la primera vez, y su voz resonaba agradablemente en aquella rejion salvaje, y en medio de aquella horda mas salvaje aun. Reunimonos en número de unos ciento. Rewa y Te Kobi-Kobi fueron los únicos

jefes de distincion que asistieron, pero todos los concurrentes estaban muy atentos. Despues de la misa me dijo Rewa que no tardarian en creer en mis palabras, pues ya se hallaban todos fastidiados de su expedicion. A la tarde pasé por en medio de los grupos para dirijirles algunas palabras cuando se presentaba ocasion, y tuve una conferencia bastante agradable con Temaranga y varios compañeros suyos.

5 de marzo de 1832. — Ya hemos llegado á cinco millas de Kati-Kati, rio que sube hasta Tauranga, que tenemos ya á la vista, lo mismo que las hogueras del *pá* (nombre que los indijenas dan á sus aldeas). Estoy indeciso entre el temor y la esperanza, pero dentro de pocos dias se decidirá esta importante cuestion; algunos de los nuestros se contentarian con llevarse esclavos; mas no consideran que aun en esto hallarian inconvenientes. Al mediodía subió mucho la marea y nos adelantámos hácia la entrada del puerto, al que tardámos en llegar dos horas, pues la marea estaba ya contra nosotros. Este era el momento mas crítico, atendido que las corrientes nos arrastraban por todas partes. Varias piraguas iban delante para mostrarnos el camino, y siguiéndolas arribámos sin avería, abriéndonos camino á través de los arrecifes. Tranquilicéme con esto y aun no he podido comprender como se atrevieron á arriesgarse de tal modo los indijenas. Parecióme el rio muy anchuroso en aquel sitio, que tarde ó temprano llegará á ser una recalada importantísima. Abordámos á un punto de la orilla en que Rewa-Rewa y Ware-Porka se hallaban hacia algunos dias. Subí á una altura, á petición de algunos jefes, para reconocer con mi antejo el país, y me formé de este modo una idea completa de él y de los dos estrechos, mas no pude descubrir á Rewa-Rewa. Los pás parecian rodeados de torbellinos de humo. La costa forma entre esta isla y Tauranga una península muy llana que en otro tiempo debia estar bastante poblada, segun el número de pás abandonados; pero los estragos de la guerra la han reducido al estado mas deplorable.

6 de marzo. — Al rayar el dia emprendimos nuestra ruta y continuámos subiendo: á las diez desembarcámos en Mala-Kawa para pasar el dia. Una vieja, procedente de la tribu de los Nate-Mareus y cojida por los súbditos de Tareha, nos dió grandes noticias. Contó que Ware-Rahi y sus guerreros habian alcanzado una brillante victoria sobre los habitantes de Wai-Kato. Estaba yo seguro de que cuanto decia era falso; pero daba lástima el mirar la feroz alegría con que eran acogidos los horrores que contaba; anunciémos ademas que Rewa-Rewa se hallaba á pocas millas de distancia al otro lado del rio. A poco rato lo habian atravesado ya cinco piraguas para traer noticias, y pronto supimos que los Nate-

Awás habían tenido contra ó cinco encuentros con Rewa-Rewa bastante reñidos, mas tuve la satisfacción de saber que no había habido ningún muerto ni herido. A media noche, cuando todos descansaban, alarmó al campamento la descarga de cuatro fusiles disparados en la orilla. En un instante estuvieron todos sobre las armas, pues ignoraban si procedían aquellos tiros de amigos ó enemigos. El silvido de las balas, esos mensajes de muerte, tenía algo de siniestro al despertarnos y me recordaba la horrible condicion en que viven esas desgraciadas criaturas. Por lo demás, pronto supimos que anunciaban un correo de Rewa-Rewa. Adelantóse este mensajero, y con su silencio llenó de espanto á toda la asamblea que se hallaba sentada en tierra. Varias hogueras encendidas acá y acullá alumbraban y aumentaban con su resplandor el efecto de aquella escena. Érame totalmente desconocida la persona que se hallaba en nuestra presencia; pero ví en ella un hombre de hermosa figura, apesar de su aspecto salvaje. Al principio se mantuvo en pie, guardando silencio y apoyándose en el cañon de su fusil. Un broche brillante como si fuese de plata sujetaba su cintura por delante, y una hermosa esterilla de pelo de perro pendía negligentemente de sus hombros. A la luz de las hogueras presentaba aquel hombre un perfecto modelo de la nobleza salvaje. Habló al principio de la expedicion de los Ware-Rahi contra los Nate-Watouas, y despues de una entrevista que tuvieron con el enemigo y de una cita que les había dado para aquella tarde. Se hicieron mutuamente muchos saludos con las armas; pero con tantas precauciones que no resultó accidente alguno.

Aquí acababa el escrito del misionero y conocí que hacia poco que se habían trazado las últimas palabras. Por consiguiente había llegado en el momento mas crítico de la campaña: iban á emprenderse las operaciones militares. Me desayuné con M. Williams y salimos juntos para ir á visitar las líneas de los indijenas. Cuando pasábamos por delante de alguna tienda de guerreros, salían estos para pedir al misionero instrucciones sobre el uso de sus armas; este rehusaba dárselas diciéndoles que los eclesiásticos no podían enseñar la guerra; pero que en cambio no les faltarían consejos cuando tratasen de terminar las hostilidades. A las diez se embarcaron todos los guerreros; formaron sus líneas las piraguas y presentaron con sus banderas desplegadas una flotilla verdaderamente imponente; había entre ellas una multitud de yates, que habían adquirido haciendo cambio con los balleneros, contándose hasta ochenta. Al mediodía llegamos á Karo-Poua, que ocupaba Rewa-Rewa. El pá de los Nate-Awas, llamado Otoumo-Etoi, apenas dis-

taba de nosotros media milla, y muchos de sus habitantes habían salido á contemplar nuestra llegada. Poco tiempo despues se presentaron tambien el schooner del Activo y el cutter de Pi.

Cuando bajó la marea, se armaron nuestras jentes para ir á forrajear en los plantíos hasta cerca del pá; sin embargo unos cuantos fueron allí directamente, siguiendo el cauce de un profundo torrente. Dos hombres solos resistieron por largo rato al fuego de los Ngh-Pouis, pero poco á poco se fué aumentando el número de los combatientes y se empeñó una accion muy reñida, separados unos y otros únicamente por el rio. Solo la niebla y el flujo pudieron obligarles á retirarse. Ninguno de los jefes principales tomó parte en esta escaramuza que duró hora y media; y no pude menos de admirarme al ver que no había habido ningún herido. Por lo demás, los indijenas pasaron la noche hablando de esta refriega. Presidia á sus discursos el mas grande rencor; querían matar y comerse á sus enemigos, y el sacerdote Tohi-Tapou era uno de los mas escaltados de la tropa; en vano le hizo M. Williams algunas amonestaciones, pues el salvaje no hizo caso de ellas y se mostró aun mas enérgico.

El tiroteo continuó aun durante dos dias, pero sin resultado por una ni otra parte del rio. Vista entonces por nuestros jefes la inutilidad de sus tentativas resolvieron atacar el pá por las espaldas y tomarlo por asalto. En la noche del 9 al 10 de marzo, un poco despues de media noche, se embarcaron todos los guerreros en medio de un espantoso desorden. Habían elegido esta choza para evitar el fuego de los enemigos, al que habrían estado espuestos durante el dia, pues les era preciso atravesar el rio por un paso bastante peligroso. Si los enemigos hubiesen tenido un poco de prevision, podían haber puesto nuestras filas en desorden con solo presentarse en este sitio, pero ni siquiera pensaron en ello. Nuestras piraguas cubrieron por lo tanto el rio, y como ya se había puesto fuego á los helechos y malezas, resultó de ello una escena infernal. Aquellos reflejos encarnados en el aire y en el agua, aquellas caras negras, aquellos cuerpos desnudos, aquellas estrañas piraguas, todo en fin formaba un cuadro digno de ser reproducido por un Dante ó por un Milton. Desembarcamos á espaldas del pá, y al cabo de breve rato aparecieron en él trescientas antorchas y lo animaron como por encanto. Era el enemigo.

Por prudencia permanecimos M. Williams y yo echados en nuestra canoa hasta que fué de dia; mas apenas apuntó el alba, subimos á una colina que dominaba un pá arruinado, desde la cual podíamos seguir con la vista los movimientos de ambos ejércitos. Habíanse dirigido nuestras jentes á los primeros rayos de la aurora

hacia el pá, desnudos enteramente, excepto un cortísimo número que llevaban camisa ó un taparabo atado á la cintura y una cartuchera colocada al rededor del pecho. Habian ya salido los Nate-Awas á recibirlos, y bien pronto principi6 el tiroteo por ambas partes. Vimos desalojar á los Nga-Pouis de un terreno cubierto de malezas en el que se habian escondido, y como se formaban en 6rden de batalla los Nate-Awas, armados todos y en gran número. El fuego dur6 cerca de tres horas, al cabo de las cuales tomaron los nuestros otra vez el camino del campamento, despues de haber agurado todas sus municiones. Llevaban consigo un muerto y un herido, que debia su salvacion á la cartuchera colocada delante de su pecho. Difícil era saber si el enemigo tenia tambien algun muerto. Al momento que ces6 el fuego, sali6 un grito jeneral de en medio de los Nga-Pouis, como si con 6l quisiesen celebrar las hazañas que habian hecho en aquella jornada.

Apenas se hubo retirado á su tienda Mr. Williams, vinieron á verle sus dos compañeros MM. Kemp y Fairburn; despues de una breve discusion determinaron que Mr. Williams volveria con sus compañeros á bordo del *Activo*, y que supuesto que habian sido desatendidos todos sus consejos de paz, no podian hacer ya mas que abandonar á los indijenas y que obrasen por sí solos. En cuanto á mí, curioso de continuar mis observaciones, solo acompañé á los misioneros hasta su canoa, encontrando en el camino varios jefes que parecian bastante abatidos; ninguno de ellos dijo una palabra á los misioneros; tan solo Maka quiso esijir la promesa de que no curarian á sus enemigos heridos: « Todos los Nuevos-Zelandeses son amigos nuestros, contest6 Williams; y socorrer6mos á todos los que nos necesiten sin exceptuar á nadie.

A la verdad, si yo insistí en quedarme en el rio, fué mas bien para ver lo que iban á hacer con un cadáver que ocultaban con misterio que por las hostilidades. Hábiame dicho Tetore que se preparaba una grande ceremonia á Atoua y no quise perder tan buena ocasion. Al principio creí que serian algunas exequias, pero aquel cadáver era de un enemigo y se le reservaban honores de otro jénero. Eran los despojos mortales de un guerrero muerto el dia anterior, pero como era el primero que habia perecido en el combate, estaba consagrado y debia servir á ritos de alta importancia. Tetore hizo que me admitiesen en aquella ceremonia vedada á los profanos. Cuando llegué, los jefes habian ya despedazado y preparado el cuerpo y estaban colocados los pedazos sobre enormes braseros. Luego que estuvieron asados, cinco sacerdotes y el anciano Tohi-Tapou colocaron cada uno un pedazo en un canastillo que colgaron de unos palos clavados en tierra. Era

aquel el *kai-atoua* (manjar de Dios), destinado á las divinidades que iban á consultar. Luego los *tohoungas* empezaron á hacer oracion que interrumpian de cuando en cuando para comer pedacitos de la carne sagrada.

Entretanto los jefes, sentados en círculo alrededor de los silenciosos sacerdotes, se cubrian el rostro con recojimiento y seriedad, con sus manos y esteras; pues sus miradas habrian profanado aquellos misterios. Yo fui el único entre tantos asistentes que me atreví á mirar semejante ceremonia, escandalizando evidentemente á Tohi-Tapou, quien me oblig6 mas de una vez á bajar la cabeza.

Terminadas las ceremonias, declaró Tohi-Tapou que los Atouas habian acojido sus ofrendas, que serian propicios á la causa de Tetore y de los suyos, y que se podia continuar la guerra con toda confianza. Al oír esta declaracion, levantaron la cabeza los jefes satisfechos; cada uno de ellos se apoder6 de un pedazo de cuerpo y empezó á comérselo con mucha gravedad, puesto que debia presidir á aquella comida un sentimiento religioso mas bien que sensual. Si hubiera habido mas cadáveres, los habrian preparado y comido del mismo modo los demas guerreros, sin la presencia de los sacerdotes.

Como lo restante de la ceremonia solo ofrecia disgusto y horror, dejé á los jefes que acabasen su asqueroso festin y me fui á recorrer el campamento. Los guerreros vagaban por 6l en el mayor des6rden: mientras unos, tendidos bajo sus enramadas, dormian á pierna suelta, otros limpiaban sus fusiles con tanto cuidado como una recluta el dia antes de la revista. Algunos fundian balas 6 redondeaban pedazos de granito 6 jaspe para sustituirlas, preparando la mayor parte, raices de helecho para su comida. En otras partes se veían grupos en los que se discutia con gravedad sobre los sucesos de la guerra. Mezclábase á todo esto la griteria de los muchachos, el ladrido de los perros, y algunas veces el canto de los gallos, pues varios jefes llevan consigo estos animales cuando salen á campaña. En fin los esclavos preparaban su pesca y hacian, secándola al sol, verdaderas provisiones de guerra.

Esta escursion me condujo hasta un sitio separado donde se ofreció á mi vista un espectáculo singular; era el de una mujer ocupada en pintar á un hombre. Sufria el paciente esta operacion sobre la mejilla derecha, á la par que la izquierda no dejaba ya de hallarse cubierta de honrosas cicatrices. El operador habia de antemano estendido una negra preparacion sobre la piel con el objeto de bosquejar los dibujos que queria hacer. Servíase al efecto de un instrumento formado de un hueso de albatro ajustado en ángulo recto sobre la estremidad de un pequeño mango de ébano, parecido á una lanceta de un

veterinario ó mas bien á un pequeño pico de cantero. El hueso era cortante por su estremitad de modo que al sacudir con un palito sobre el dorso del mango, abría una herida y la sajaba profundamente dando libre salida á la sangre; pero el artista al explorarla tenia necesidad de enjugarla á medida que salía ya con el dorso de la mano ó ya con una espátula de madera. Luego que la piel quedaba cortada valíase de un pequeño pincel empapándolo en color ó *moko*, y cubría toda la incision. Mucho deberia sufrir el paciente y sin embargo no daba el menor quejido (PL. XLVIII. — 3.).

Mientras esta estravagante escena atraía mi atencion, llegó Tetore y le espresé la compasion que experimentaba por los sufrimientos del paciente. Sonrióse desdeñosamente, diciéndome que no valian la pena: «Ved ahí lo que hace padecer realmente!» añadió manifestándome los dibujos que ornaban los ángulos de sus ojos, sus labios y particularmente la punta y abertura de sus narices. Oh! exclamó al mostrarme estos últimos: «Estos sí que causan unos dolores inconcebibles.»

No siéndome posible por aquel día ir á bordo del *Activo*, decidíme á comer con Tetore, quien me habia ofrecido su mesa. La comida fué menos mala de lo que yo esperaba; consistia en patatas, excelente pescado y dos cabrajos cocidos sobre las brasas; el apetito hizo que no sobrase nada de lo que llenaba la mesa, aconteciendo lo mismo con Tetore, quien no tocaba ningún manjar con sus manos, pero tragaba cuanto sus criados le ponian en la boca como si fuese un niño de teta (PL. XLVII. — 4). Al principio tomé esta ceremonia por una costumbre, pero Tetore me dijo que la abandonaria aquella misma noche y que únicamente era una consecuencia del sacrificio de la mañana. Este, lo mismo que los demas jefes, era *tapou* por veinte y cuatro horas, y por lo tanto sus manos no debian tocar alimento alguno. Esta costumbre no es del todo incómoda para los que tienen esclavos; pero los que no los tienen se ven obligados á tenderse en el suelo y cojer los alimentos con la boca lo mismo que brutos. De este modo comia uno de los vasallos de Tetore que era *tapou* por haber preparado el cuerpo de los prisioneros. Esta prohibicion no era la única que resultaba de la ceremonia del día. Mientras estábamos comiendo sobrevino un fuerte aguacero, que me obligó á echar á correr con un pedazo de pescado que llevaba en la mano para guarecerme en la cabana de Tetore. Opúsose á ello el jefe, quien deteniéndome me dijo: «No os adelanteis, mi tienda es *tapou* por todo el día de hoy, y está prohibido comer en ella so pena de atraerse las venganzas del Atoua,» y por lo mismo nos vimos precisados á continuar la comida arrostrando el aguacero. Debía yo pernoctar bajo el techo mis-

mo del bravo jefe, quien de antemano para obsequiar mas mi llegada habia enviado sus mujeres é hijos á una cabana inmediata. Luego que anocheció me tendí sobre un monton de helechos cubierto con dos esteras apoyando mi cabeza sobre el tronco de un árbol, única almohada de los Zelandeses.

Acercóse á tierra al amanecer la canoa de los misioneros, y me aproveché de esta ocasion para ir á bordo en busca de una bebida espirituosa. Pasé allí todo el día pescando magníficos esparos con el sedal, mientras que los misioneros empleaban el tiempo en la oracion. Esparcióse por la tarde el tiroteo por la bahía, continuando toda la noche con grande encarnizamiento. A 12 de marzo al amanecer, los Nga-Pouïs se agolparon en masa hasta las inmediaciones del pá, acercándose á veces á cien pasos de la estacada. Unos cincuenta de ellos se habian hecho fuertes en un lugar erizado de malezas y altas yerbas, pero no tardaron en ser desalojados por los Nate-Awas, apesar de que estos tenian que batirse á cuerpo descubierto, lo que era una desventaja para ellos.

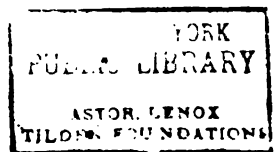
Delante de nuestro navío era precisamente el sitio en que el combate estaba mas empeñado, y veíamos una turba de muchachos que salian del pá para recojer las balas que llevian á su alrededor.

Por la mañana del 13 ambos partidos se entregaban al descanso y un profundo silencio reinaba en la bahía. Los misioneros Williams y Fairburn se aprovecharon de la tregua para hacerse cargo de lo que acontecia en el pá y visitar al jefe de sus amigos, llamado Kia-Roa, que habia llegado aquella misma mañana al socorro de los sitiados. Acompañéles en esta visita. Las jentes del pá nos recibieron con los brazos abiertos, no hallando palabras con que espresarnos su gratitud por el socorro que habiamos prestado á sus heridos. Véase allí un carro de niños de la mas interesante figura, y causaba horror la idea de la suerte que los sitiadores les reservaban. Las fortificaciones que defendian aquellos salvajes, aunque informes, presentaban algunas combinaciones bien calculadas. Dobles empalizadas, dobles fosos, caballos frisonos y hasta algunos reductos, nada faltaba; pero el número de los fusiles y la esperiencia daban mucha ventaja á los Nga-Pouïs y los azares de la guerra quedaban reservados para los Nate-Awas.

Mientras que nosotros recorriamos el recinto de la empalizada, se preparaban de nuevo los Nga-Pouïs para el combate. En el ardor de la pelea compareció una mujer herida del brazo, y el tiroteo, que estallaba con nueva viveza, nos advirtió que ya era tiempo de retirarnos. De vuelta á la bahía pudimos distinguir el encarnizamiento del combate. El fuego duró tres

3. *Operazioni del Pintado e la Nuova Zelanda*
 3 Operazioni del Pintado en Nueva Zelanda

4. *Donne e Belle della Nuova Zelanda*
 4 Jovenes Doncellas de Nueva Zelanda



3 — *Personajes Pintados*
4 Personajes Pintados

3 — *Idolos, Armas, Utensilios, Instrumentos de la Nueva Zelanda*
4 Idolos, Armas, Utensilios, Instrumentos de Nueva Zelanda

PICTORS, 1/8
PICTORS, 1/8

Tome 2 — Pl. XLVII

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

horas, contando una y otra parte algunos muertos tendidos en el campo de batalla. Llegó la noche, y con ella los gemidos que salían del campo de los sitiados. Sin duda tributaban los últimos honores á los difuntos; ceremonia que iba acompañada de descargas de fusil, disparados por intervalos. Aquellos gritos y aquel ruido oprimían el corazón y le sobrecargaban de lúgubres impresiones.

Hasta entonces la guerra no se había declarado en favor de ninguno de los dos partidos cuando un suceso imprevisto y deplorable vino á cambiar su situación. Un schooner inglés acababa de fondear en la bahía, y su capitán, menos hombre que mercader, había ofrecido á los Nga-Pouís cañones, fusiles y municiones, bajo la condición de que completarían gratis su cargamento en cáñamo. No dejó la tal oferta de conmover el ánimo de los Nga-Pouís manifestándole agradecimiento, y al apuntar el día desembarcaron los cañones auxiliares. Este infame comercio, ejercido por manos cristianas, se hacía á la vista de los misioneros sin que estos pudiesen oponer mas que estériles amonestaciones.

En adelante nada les quedaba que hacer á los pacíficos mediadores; el espíritu de la guerra y la discordia prevalecían en aquel sitio; pero antes de abandonarlo quisieron ensayar una última marcha dirigiéndose en primer lugar al pá donde no fué larga su permanencia. Los habitantes parecían menos abatidos de lo que se les hubiera juzgado. M. Williams quiso conducir algunos jóvenes á la bahía de las Islas, pero contínuos el temor de los enemigos, y encaminándose al campo de los sitiadores ofrecieron sus respetos á cada uno de los jefes Nga-Pouís. El nuevo refugio había exaltado su imaginación mas allá de toda creencia los mas razonables se contentaron con escuchar á los misioneros mientras que los restantes les miraban con cierto aire desdeñoso y se mostraban indiferentes á sus palabras. La misma noche tuvo lugar una asamblea en la que se decidieron por la guerra, y Tohi-Tapou desplegó toda su energía. Uno de los jefes de Val-Mate, llamado Tinana, tuvo el descaro de decir que los misioneros eran unos espías y que por la mañana se habían dirigido al pá para vender el plan de guerra de los Nga-Pouís, pero las palabras de este furioso no hallaron eco en la asamblea.

Habiendo perdido los misioneros la esperanza de entablar una negociación entre partidos tan encarnizados, se decidieron á abandonar el teatro de la guerra cuyo éxito no podía menos de ser dudoso. Mas fuertes que sus adversarios, los Nga-Pouís acababan de obtener un apoyo en la artillería que iba al encuentro de los Nate-Awas en el fatal instante de un asalto. Toda la guerra se resumía entonces en esta sangrienta ca-

tástrofe, por lo que á la mayor brevedad me dispuse á abandonar estos sitios y embarcarme en el *Activo*. Pocas horas antes de su marcha, muchos guerreros, en cuyo número se hallaban Nate-Awas y Kea-Roa, vinieron á despedirse y parecía que confiaban mas en la suerte que nosotros; é insistieron mucho con los misioneros para que les enviasen algunos sacerdotes con el fin de predicarles el evangelio. M. Williams empuñó su palabra para tan pronto cesasen las hostilidades. «Ay! dijo, tal vez no llegareis á tiempo y nuestra raza será del todo estinguida.» El *Activo* aparejó, pero en el momento de hacerse á la vela lo rechazó el viento y se vió precisado en los tres días consecutivos á echar el áncora, ó navegar de bolina siguiendo la costa; sin embargo en el estado de revolución en que esta se hallaba, y con los continuos encuentros que tenían partidos tan numerosos y encarnizados, no dejaba de ser bastante peligrosa nuestra permanencia. En una de aquellas jornadas se nos acercó una piragua tripulada por diez ó doce Nga-Pouís, que desembarcaron en la parte de la playa que estaba en frente de nosotros, é hicieron señas desde allí para que fuésemos, creyendo sin duda que pertenecíamos al buque que pocos días antes les había proporcionado armas y municiones. Acercámonos y vimos que eran nuestro amigo Tetore y el fanático Tohi-Tapou, cuyos fanfarrones ademanes contrastaban con la tristeza y abatimiento de su jefe y demas salvajes. Cuando se les hablaba de la guerra, la mayor parte de ellos meneaban la cabeza con desaliento dando á entender que estaban cansados de ella; otros se quejaban de la falta de viveres; todo en fin demostraba que había entre ellos reacción completa y que habíamos desesperado con sobrada lijereza de los Nate-Awas, viendo por lo tanto que no consistía en quiméricas bravatas la gran confianza que tenían los jefes sitiados. Habíanse frustrado los asaltos de los Nga-Pouís; la artillería colocada delante del pá no había producido efecto alguno, y una audaz salida que hicieron los sitiados les volvió toda la superioridad que tenían antes, ó mayor tal vez por el considerable refuerzo que habían recibido de Vai-Kata. Era pues probable que esta inesperada desgracia produciría la suspensión de armas que nuestros consejos no habían podido alcanzar, y que bien pronto los guerreros del N. se verían precisados á emprender otra vez el camino de la bahía de las Islas.

Abandonó por último el *Activo* las aguas de Tauranga, y navegando entre la tierra firme y las islas Tou-Houa y Aldermans, doblámos las de Mercurio. A 27 de marzo, al pasar por delante del cabo Moc-Hao, cruzó nuestra ruta un schooner que se dirigía á la bahía de las Islas y que reconocí al punto por el *Kangaroo*. Como ya había concluido mi campaña, determiné vol-

ver de nuevo á su bordo, y despues de recibir algunas cartas de M. Williams para su familia y de dar las gracias á los misioneros por lo bien que se habian portado conmigo, me trasladé al velero *Kangaroo*, que no tardó mucho en dejar muy atras al *Activo*.

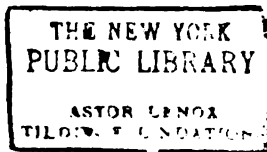
Despues de nuestra separacion habia hecho escala Powell en varios puntos de la bahía de Shouraki, en los cuales varias tribus, entre otras las de Mogoia, Manou-Kao y Wai-Kato, libres ya de los ataques de los Nga-Rouls, cuyas fuerzas se hallaban entonces concentradas al frente de Tauranga, le habian llevado grandes cantidades de cáñamo, de modo que podia valuarse en unos cuarenta quintales el que habia recojido en aquella expedicion.

Soplaba entonces una fresca brisa de S. E., y al otro dia entrámos á toda vela en la bahía de las Islas (PL. XLV.—2), y doblando la punta Tapeha, anclámos frente la ciudad de Korora-Reha, de entre cuyas barracas de juncos y ramaje se elevan ya dos ó tres casas de ladrillos y piedras que recuerdan la civilizacion europea (PL. XLV.—4). Divisámos en el lado opuesto el edificio ó domicilio de los misioneros de Hai-Hia, situado en la falda de una colina y en un sitio en extremo pintoresco; pero un objeto bien diferente llamó muy pronto nuestra atencion. Habia tres navios anclados en la rada, y uno de ellos ostentaba orgulosamente en su palo mayor el estrellado pabellon de los Estados Unidos. Apenas le distinguí, sentí una impresion cual si viera un antiguo amigo; «Será acaso ilusion? me decia yo mismo. No, no, esa es su arboladura inclinata, su corona y su delicado branque! El es, no hay duda, es mi *Océanico*!» Y sin acordarme que nos hallábamos á una milla de distancia, iba á gritar: Pendleton! El *Océanico*, mi *Océanico* estaba allí, pero como? Por qué casualidad inexplicable? Si se hallará todavia á bordo su dignísimo capitan? Para disipar mi incertidumbre supliqué á Powell pusiese la lancha á mi disposicion y me encaminé allí al momento, siendo mi alegría extrema al divisar sobre la cubierta á Pendleton, que me tendia los brazos: «Sea V. bien venido!» me dijo; y no tardé en hallarme en sus brazos. «Oh! parece que nuestro destino es el de no separarnos. ¡V., exclamé, aquí! — Sí, venga á mi cámara y hablemos.» Y despues de apretar la mano á Rainbow, al contramaestre y hasta á los marineros, bajé con el capitan.

Hízome primero contar mis aventuras, y en seguida me refirió él las suyas de este modo: «Luego que le dejé á V. en Macao entre aquellos judios de Holandeses, dirijí mi rumbo hácia Canton, donde, despues de reparar algunas averías despaché á buen precio el opio, el sándalo, las gouchas y el misoi, drogas de que iba cargado el

Océanico y que solo podian convenir á aquellos pícaros chinos. A mi regreso tomé té, sedertas y algunos otros artículos, que llevé á los mercados de Panamá, de Guayaquil y de Lima, haciendo siempre con felicidad mis travesías y mas aun mis negocios. Luego de haber tomado provisiones en Callao, volví á emprender mis campañas semi-mercantiles y semi-hidrográficas, y visité muchas islas del archipiélago de Pomotou, en las que tuve ocasion de hacer buenos cambios; despues siguiendo el consejo de un compatriota establecido en Taiti, me decidí á hacer una excursion hasta la Nueva Zelandia, donde, segun decian, me esperaban inmensos y lucrativos negocios, y hace ya un mes que nos hallamos en esta costa, donde hasta ahora hemos sido bastante felices, pues hemos adquirido en ella bastante cantidad de cáñamo de phormium y cortado algunos árboles preciosos. Como los víveres estaban abundantes, todo iba á pedir de boca; á no ser por la horrible catástrofe que hará unos diez dias llenó de horror y luto al *Océanico*. Envié una ballenera bien armada á la bahía contigua al cabo de Wai-Apou para que trajesen algunas pipas de agua, y los indijenas, hasta entonces tan pacíficos, se precipitaron de improviso en número de cuarenta ó cincuenta sobre nuestros pobres marineros, quienes se defendieron con bravura matando á unos veinte de sus agresores; mas el combate no era igual y bien pronto cinco de nuestros valientes sucumbieron bajo las mazas de los indijenas, salvándose los demas en la ballenera á costa de graves heridas. Hallábase casualmente una piragua de indijenas no lejos de nosotros cuando principió el ataque; y á los primeros tiros me apoderé de ella y de su tripulacion, con cuyos rehenes conseguí me restituyesen los cadáveres de nuestros malhadados compañeros, que de otro modo habrian sido devorados. Al momento abandonámos aquella rada fatal y venimos aquí en donde hemos reclutado cuatro marineros para reemplazar á los infelices que los salvajes nos asesinaron, y como estos lugares nos recuerdan continuamente tan funesta catástrofe, pasado mañana nos haremos á la vela. — «Y para donde, capitan? — Primeramente íremos á la Nueva Caledonia, luego visitaremos la isla de Rotouma, las Carolinas y las Marianas. — Y despues? — Oh! despues, V. me pregunta mas de lo que yo sé. Luego podremos tomar hácia el N. de América para dirijirnos á Nueva York, que ya puede concebirse deseare verla despues de tan larga ausencia. — Y qué! capitan, quiere recibir á su antiguo pasajero, á su inseparable? — Joven, ya sabe V. que es un hijo del *Océanico*.»

Mi mudanza estuvo hecha pronto; abracé cariñosamente á Powell, y me despedí de él con sentimiento, pues el mar y los peligros que ha-



híamos corrido juntos habian estrechado fuertemente nuestra amistad.

Como era corte el tiempo que me quedaba para recorrer la bahía de las Islas, dispuso Pendleton al punto una expedicion para ir á visitar el establecimiento de los misioneros y la ciudad de Kawa-Kawa, embarcándonos en la ballenera el 27 á las cinco de la mañana con seis robustos remeros que con la mayor celeridad nos condujeron delante del primer edificio, cuya elegancia y limpieza me sorprendió (Pl. XLV. — 3). Hizome muy buena acogida M. W. Williams, hermano de mi huésped de la bahía de Shouraki, sobre todo cuando supo que habia compartido con sus colegas los misioneros, los peligros de la campaña de los Nga-Pouis y Nate-Awas, y me presentó á dos hermosas jóvenes, que eran su mujer y su cuñada, las cuales nos hicieron los honores de la casa y los de un desayuno improvisado. Concluido este almuerzo, partimos en compañía de M. W. Williams que se ofreció á ser nuestro guia, pues apesar de mostrarse siempre desdeñoso y frio con los extranjeros, obraba de diferente modo conmigo, sin duda porque era el huésped y comensal de su hermano.

Despues que salimos de los Pai-Hia entrámos en la madre del Wai-Kawa, que en el espacio de cuatro millas tiene nada ménos que una de ancho y cuyas orillas me recordaron la agreste y magnífica vista que presenta la ensenada del Astrolabio. En el centro de un vallecito poblado de algunos árboles nos indicó M. Williams la morada de Tobí-Tapou, el pontífice zelandés que habia visto en Tauranga y cuyas groseras pretensiones habian dado mucho que sentir á los misioneros al principio de su instalacion en Pai-Hia.

El canal por donde íbamos cambia repentinamente de direccion hacia la izquierda, y se estrecha y encaja entre dos peñascos sumamente escarpados; vuelve luego á ensancharse y forma un vasto estanque ó remanso en el que desaguan dos brazos, de los cuales el que viene del S. es el que conserva el nombre de Kawa-Kawa y forma un hermoso rio de mansa corriente y de treinta ó cuarenta toesas de anchura, aunque de muy poca profundidad, como lo probaban los rodeos que nos hacia hacer M. Williams para que no se barasé nuestra ballenera. Pueblan este brazo numerosas bandadas de patos muy diferentes de los de la bahía Dusky, pues no se dejaban aprocsimar á tiro de fusil. Los indijenas que le recorrian en todas direcciones con sus ligeras piraguas parecian tan acostumbrados á ver Europeos, que muchas veces ni siquiera se tomaban la molestia de volver la cabeza para vernos pasar.

Convíertese al fin el rio en un torrente de veinte á treinta pies de ancho y tan obstruido

por los troncos de árboles y plantas acuáticas, que nos vimos obligados á saltar en tierra cerca de las primeras barracas de Kawa-Kawa. Allí encontrámos varios salvajes á cuyo frente estaban algunos ranga-tiras, entre ellos el jefe de la poblacion, los cuales salieron á nuestro encuentro.

La primera correría que hicimos fué hacia el bosque, en el que queria Pendleton ver el koudi, ese hermoso pino del que los isleños construyen sus piraguas de guerra, y que los Ingleses han esplotado con éscito, como escelente madera de construccion. Para llegar allí, tuvimos que atravesar la poblacion de Kawa-Kawa, situada en medio de un risueño valle y compuesta de unas cien casas, entre las cuales se observan algunas tan bien construídas, aunque de madera, y tan sobrecargadas de esculturas que cinco ó seis de ellas parecen ya habitaciones europeas. Riegan el terreno las aguas de dos torrentes y está dividido en campos de patatás, maíz, batatas y calabazas.

Los plantíos de *koumaras* y batatas están protegidos durante un cierto tiempo por un tapou tan riguroso que hasta las personas empleadas en su cultivo están consagradas. Constrúyense entonces barracas, y los hombres empleados en este trabajo están obligados á permanecer en ellas mientras dura su labor (Pl. XLIX. — 2). La cosecha es una grande época que señala el año nuevo, y que no se hace sin la bendicion del sacerdote, quien impone el tapou á los almacenes en que se deposita este alimento sagrado. Finalmente, en las guerras mas crueles y mientras se entregan al pillaje los demas objetos sin distincion, se respetan inviolablemente los lugares en que hay ó ha habido *koumaras*.

Apesar de los deseos que teníamos de abreviar nuestra ruta, nos guardámos bien de pisar los terrenos plantados de batatas, y mas de una vez tuvimos que hacer grandes rodeos solo para evitarlo. Tal vez á Mr. Williams se le habria permitido el paso, pero decia el jefe que era irritar la cólera del atoua, concediéndoselo á Pendleton y á mí; y como esto no admitia réplica, tuvimos que conformarnos. Finalmente, despues de mucho andar llegámos á una hondonada, que precisamente ha de cubrirse de agua en la estacion lluviosa ocupada por enormes *kaskateas*, bello árbol del jénero *podocarpus*. Su aspecto recuerda al Europeo el ciprés, aunque mucho mayor y su madera pesada y frágil no ofrece grande utilidad. Un poco mas allá, en la pendiente de un ribazo, hallámos los koudis, árboles gigantescos de la madera mas apreciada de la Nueva Zelandia. Es este un magnífico vegetal de forma piramidal, que á veces levanta su copa hasta ciento cincuenta ó ciento sesenta pies de elevacion, y cuyo tronco llega á cien pies, sin dar ninguna rama. D'Ur-

ville cree que pertenece al jénero *braucaria*; pero Mr. Richard ha hecho de él una especie nueva que ha llamado *podocarpus zamiafolius*. En los mismos bosques crecen otros de admirable elevación sobre los cuales viven muchos arbustos y helechos de formas elegantes y variadas. Al pie de la colina corre un arroyuelo que conserva en aquellos lugares una frescura deliciosa, y segun nos dijeron, fué allí donde Marion cortó en otro tiempo la arboladura que necesitaba. Los indijenas de esta comarca hablan con mucha veneración y respeto de dicho capitán, por ser uno de los Europeos que supo encontrar mas simpatías entre ellos; dicen que era muy buen sujeto y añaden que la fatal riña que causó su muerte la promovieron los indijenas de Wangaroa, queriendo vengarse de d'Urville que habia saqueado á Nagui-Noui. Desde entonces todos los Franceses son Marionés á los ojos de los Zelandeses, y cuando supieron que yo pertenecía á esta nacion, me notificaron que poco tiempo antes habia desembarcado otro capitán Marion y que les habia hecho varios regalos; y que hacia recojer muchas yerbas, aun aquellas que despreciaban los marraños; lo cual les habia causado grande admiración sabiendo luego que este nuevo capitán era el capitán d'Urville.

Concluído nuestro largo reconocimiento, nos volvimos á la lancha, y como la marea empezaba á bajar, nos encallámos mas de una vez y no nos vimos en alta mar hasta las cuatro. Empeñóse Mr. Williams en que nos quedásemos á disfrutar de una comida, en la que nada faltó, pues abundaba en tocino, caza, aves, legumbres, pastas y confituras, todo perfectamente preparado por las señoras de su alojamiento. Aquella comida europea, aquellas mujeres vestidas al estilo de Londres, aquellos niños jugando en una sala bien amueblada, no era ya la Nueva Zelandia: solo fuera se hallaban hombres medio desnudos, cubiertos de esteras y cáñamo, entre los cuales se presentaban sin embargo algunos que llevaban el lujo hasta el extremo de usar pantalon.

A los postres llegaron Tekoke, jefe de Sai-Hia, y su mujer Tapa-Tapa, quienes no se congratularon poco de este honor. Era una pareja secasenaria, de rostros venerables y tranquilos, cuya fisonomía anunciaba la franqueza y á quienes elojarian mucho los misioneros. Al oír su nombre me aventuré á pedirle nuevas de su hijo Rangui-Touke, del que ha hablado el capitán d'Urville en su narración; sus mejillas se inundaron de lágrimas y no pudieron responderme. Mr. Williams me contó que habia perecido en una acción poco tiempo despues de la época en que le vió el capitán d'Urville, y que diez ó doce años antes habia perecido de una enfermedad muy aguda su primojénito, gallardó jóven de las mas bellas es-

peranzas, al que habia enviado á Port-Jackson Mr. Marsden. Supo Mr. Williams esta noticia al volver Marsden á la bahía de las Islas, y envió á buscar á Tekoke para participárselo. Lloró el infeliz padre y quiso ver la carta fatal, y haciéndose indicar el sitio en que estaba el nombre de su hijo, lo besó mil veces con recojimiento, y toda la familia hizo otro tanto á su vez. En seguida enjugó su llanto y dijo á Mr. Marsden que estaba seguro que habrian asistido á su hijo con todo el esmero posible, y le hizo prometer que cuando volviese á Parramata le enviaria su cadáver para que la familia pudiese tributarle los últimos deberes y reunir sus huesos á los de sus abuelos.

Dejámos el hospitalario domicilio de los misioneros mas tarde de lo regular, porque era el día de nuestra despedida y al siguiente debíamos hacernos á la vela para descansar un poco en la isla de Motou-Roua, por la cual vagan muchos javalies, y donde existen las ruinas del antiguo pá de Koro-Koro. Llegámos temprano y saltámos en tierra delante del valle en que estaban en otro tiempo el hospital y el jardín de Marion. Las únicas señales que de él quedan en el día son las coles y rábanos que siguen reproduciéndose en abundancia. Lo restante de la isla es montuoso y cubierto de arbustos y helechos. Desde la cima de Motou-Roua se disfruta de la admirable vista de la bahía y de todas las islas que le dan nombre. Encontrámos en efecto algunos cerdos, pero tan salvajes, que nos fué imposible acercarnos á ellos. En seguida vimos la colina en donde estuvo en otro tiempo el pá de Kahou-Vera y ocupada por las tribus de Koro-Koro y Tonai-Casi. Casi todas sus barracas están destruidas y la vejación tan lozana en aquel suelo abonado por la mansion del hombre, cubrirá bien pronto sus sencillos restos. No obstante los profundos fosos y altas empalizadas que aun existen atestiguan lo muy fortificado que estuvo este sitio en otro tiempo (Pl. XLVI.—1).

En un marjal situado á espaldas del pá y cerca de la antigua casa de campo de Koro-Koro, se vé todavía un sepulcro que consiste en una ancha urna adornada con varias esculturas y sostenida por un pedestal que lo levanta á tres ó cuatro pies de la tierra. El tapou impuesto á este sencillo monumento lo habia preservado de la profanación del hombre, y su solidez le ha dado algunos años mas de duración que á las frágiles chozas de los vivos.

Cuando volvimos al *Océánico* encontrámos en él una célebre sacerdotisa llamada Waka-Tai, que al don de la profecía reunia el arte de la magia, y en cuyos oráculos tenian los isleños gran confianza. Su rango y dignidad no le permitian tener relaciones íntimas con los hombres de su tribu, y esta sibila habia resuelto no conceder sus

La ruina de Paroa.

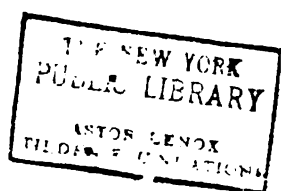
1 La arruinado de Paroa

La Aldea fortificada sobre un penasco.

2 La Aldea fortificada sobre un penasco

La ruina de Paroa.

101.168
VIAJE



favores sino á Europeos. Sabedor Pendleton de su alta categoría, le hizo algunos presentes que la dispusieron muy favorablemente con nosotros: pero no hubo uno siquiera del *Océánico* que se presentase á aprovechar su buena voluntad tan completamente como deseaba, porque es preciso advertir que no era jóven ni bonita. Viéndose así desdénada, pidió rom y tabaco, y despues de haberse bebido un vaso del primero y fumado del segundo, empezó á hablar con mucha familiaridad. Habiendo divisado á nuestro cocinero, hombre de alguna edad y de traje algo grotesco, preguntó que empleo desempeñaba entre nosotros, á lo que Pendleton para burlarse, le respondió que era nuestro *tohounga* (nuestro mago, sacerdote y médico) y que en calidad de comprofesor tendria un singular placer en estrechar sus relaciones con ella. Pródiga en demasía se acercó á él Waka-Tai para hacerle el saludo de costumbre entre ellos, que consiste en refregarse entrambas narices; mas por desgracia, al bajar el cocinero la cabeza para prestarse á la fineza, hizo un movimiento algo pronto que descompuso la formalidad de su peluca y cayó el mueble en tierra, dejando en descubierto la calva del pobre hombre. No hubiera sido este muy grave inconveniente si á Waka-Tai no se le hubiese antojado ver en ello un efecto de brujería. Imaginóse que aquel hombre con el auxilio de su arte poderoso acababa de quitarse la piel del craneo, y lanzó gritos de espanto al ver aquel acto de su poder mágico. No menos asustadas las mujeres de su comitiva; se dispersaron esclamando: « Un mago! un brujo! » El cocinero, involuntario autor de aquel desorden, alzó tranquilamente la peluca del suelo y la volvió á colocar sobre su pelada cabeza, lo cual fué un nuevo motivo de sorpresa para aquellas mujeres, pues al volverlo á mirar lo vieron en su estado natural.

Habia no obstante dominado la sacerdotisa su terror y se acercó á su cohermano el mago, mirándole con recelo y acechándole para espiar sus nuevos sortilejos: « Se podría quitar la cabeza con la misma facilidad que el pelo? » dijo á Pendleton; y este sin titubear le respondió que todo lo creía posible de aquel gran encantador; y al preguntar cuantos espíritus tenia á su disposición, le respondió el capitán que seria muy difícil fijar su número.

Aquellas preguntas y respuestas inspiraron á nuestros oficiales la idea de dar un nuevo chasco á la sacerdotisa, para lo cual llamaron al cocinero, que era aquel Dik, cuyos temores en Nouka-Hiva hemos relatado. Ya se habia agüerido mucho Dik y acogió con entusiasmo la ocasión que le ofrecian de volver á los salvajes los espantos que habia pasado por su causa: para esto le pintó un oficial en el craneo con alma-

gra la figura mas horrible que se le ocurrió; luego volvió á su sitio la peluca, y ya no faltaba mas que tener ocasion de descubrir la testa del brujo cuando la misma sacerdotisa la proporcionó. Háblale suministrado Pendleton tal cantidad de rom, que ademas de curarla de sus temores la volvió sumamente despreocupada, y la puso en estado de soportar á sangre fria los mas terribles experimentos de magia; desvergonzándose hasta el punto de pedir á Pendleton que suplicase al doctor se quitase la cabeza, pues que de lo contrario sus compañeras é indíjenas alli presentes dudarian de un poder tan sobrenatural.

Titubeaba ya Pendleton sin saber como salir de aquel apuro, cuando adelantándose con gravedad el cocinero; dijo que iba á satisfacer los deseos de la maga. Saludóla profundamente, y luego haciendo un rápido movimiento, bajó de pronto la peluca á la cara y le preguntó las horribles figuras que adornaban su craneo. Como Pendleton ni yo estábamos preparados para semejante escena, casi nos asustámos; júzguese pues del efecto que produciria sobre la sacerdotisa y demas comparsa. El primer movimiento fué de estupor, el segundo de terror. Hombrés, niños, mujeres, jefe, sacerdotisa; todos huyeron; todos abandonaron la cubierta lanzando gritos espantosos. Unos bajaron á sus piraguas, otros se arrojaron al mar y por mas que los llamaron no quisieron volver á bordo. El cocinero estaba triunfante del terrible efecto que habia producido á los pobres Indios; mas su triunfo no fué de mucha duracion; porque M. Williams, que habia venido á vernos, quiso aprovecharse de este incidente para dar una leccion á aquellas jentes y explicarles las sencillas y naturales causas de aquel hecho sobrenatural en apariencia. A su voz volvieron los salvajes á bordo, y entonces espí Dik su malicia, pues las jóvenes y muchachos no cesaban de tirarle el sombrero y la peluca para cerciorarse si aquellos sortilejos no dependian de causa alguna sobrehumana.

A 29 de marzo habia viento favorable y el *Océánico* aparejó. Salíó de la bahía, dobló el cabo de Tapelca, y por la tarde, al ponerse el sol, perdimos de vista el cabo Otou ó cabo N. de la Nueva Zelandia.

CAPITULO XIV.

NUOVA ZELANDIA. — DESCUBRIMIENTO É HISTORIA.

Acababa Tasman de descubrir la tierra de Van-Diemen, cuando á 13 de diciembre de 1642 avistó las costas de la Nueva Zelandia de la que no tenian conocimiento alguno los Europeos.

Cornio la tiensa por algunos días y el 17 entró en el estrecho de Cook que tomó por una profunda bahía, y al día siguiente fué á fondear cerca de tierra. Envió en seguida dos lanchas á hacer aguada y volvieron despues de puesto el sol, seguidas de dos piraguas llenas de salvajes que hablaban de un modo muy desentonado, y que se detuvieron á un tiro de piedra del navío. Luego los salvajes empezaron á llamar con un caracol de mar, y los Holandeses les contestaron con la bocina, y así estuvieron un gran rato sin entenderse hasta que aquellos se retiraron; pero al día siguiente se efectuó otra entrevista que terminó de un modo menos pacífico. Dejarémos hablar al mismo Tasman, porque las sencillas narraciones de esos antiguos navegantes tienen siempre un atractivo particular.

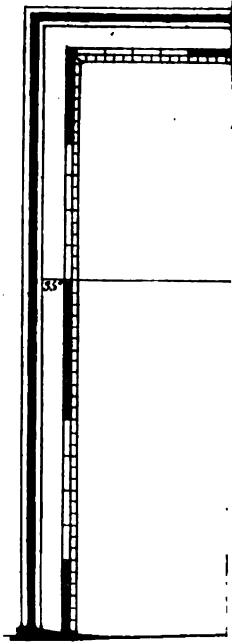
«El 19 por la mañana se acercó á nuestro navío hasta la distancia de un tiro de piedra una lancha de salvajes tripulada por trece hombres, y aun nos llamaron varias veces, mas no pudimos comprenderles, porque su idioma no tenia la menor conexcion con el vocabulario de las islas de Salomon, que en Batavia nos habia dado el jeneral. Aquellos hombres nos parecieron de una estatura regular, tenían los huesos muy prominentes, la voz bronca y su color era entre negro y amarillo. Tenian el pelo negro y lo llevaban atado en el vértice de la cabeza del mismo modo que los Japoneses, y adornado ademas con una pluma blanca. Sus embarcaciones consisten en piraguas largas y estrechas, unidas de dos en dos por medio de anchos tablones que les sirven de bancos. Sus remos tienen mas de una toesa de largo cada uno, están terminados en punta, y los trajes que llevaban algunos de ellos parecian formados de esteras ó algodón.

Las enseñamos pescados, telas y cuchillos para decidirles á que se nos acercasen; todo lo cual rehusaron y al fin se volvieron á la playa. En este intermedio vinieron los oficiales del *Zeehaan* y resolvimos acercarnos á la costa con nuestros buques, supuesto que habia buen fondeadero, y los habitantes parece deseaban nuestra amistad. Apenas habíamos tomado esta determinacion cuando vimos salir de tierra siete embarcaciones, una de las cuales venia tripulada por 17 hombres, y llegó muy pronto yendo á colocarse detras del *Zeehaan*. Otra con trece hombres robustos se situó á medio tiro de piedra de nuestro navío. Los dos buques nos llamaron con el caracol distintas veces. Volvímosles á enseñar tela blanca y al ver el poco caso que hacian dió orden el capitan del *Zeehaan*. Gerardo Jamsoon, que estaba á nuestro bordo, á su lancha tripulada por un contramaestre y seis remeros para que fuese á su navío, para advertir á los oficiales que estuviesen alerta, y en caso que se acercasen los Indios no les permitiesen saltar á bor-

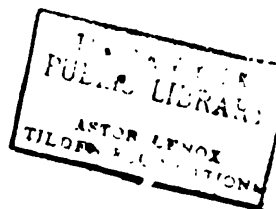
do en gran número. Tan luego como esta lancha se apartó de nuestro buque; los naturales que estaban en los paros ó piraguas mas cercanas á nosotros, llamaron á grandes voces á los que estaban apostados detras del *Zeehaan* é hicieron con sus remos una señal cuya significacion adivinámos pronto, porque así que la lancha estuvo á una distancia media entre los dos navíos, todas las piraguas marcharon á un tiempo contra ellos y les acometieron con tal violencia, que nuestro bote cayó de costado y se llenó de agua. Uno de aquellos alevos descargó con su prolongada lanza, gruesamente puntiaguda, tal golpe en la garganta al contra-maestre Cornelio Joppe, que dió con él en el mar, mientras que los demas salvajes atacaban el resto de la tripulacion de la lancha con sus remos y ciertas mazas, que al principio habíamos tomado por informes *parangs*. En este encuentro murieron tres individuos del *Zeehaan* y otro salió herido mortalmente, el contramaestre y dos marineros mas se echaron á nado hácia nuestro navío y les enviámos un bote que los recibió vivos. Despues del combate tomaron uno de nuestros muertos en su piragua y abandonaron la lancha. Nuestro navío y el *Zeehaan* hicieron fuego sobre ellos con fusiles y cañones, pero sin alcanzarlos, y remararon hácia la costa. Enviámos una lancha á recojer la del *Zeehaan* y encontramos en ella un hombre muerto y otro herido mortalmente, porque el otro se habia ido á fondo.

Habiendo mediado todo esto, ya no podíamos entablar relaciones amistosas con los naturales y no habia esperanza de procurarnos víveres ni agua. Así que, levámos áncoras, y ya nos hacíamos á la vela cuando vimos salir de tierra veinte y dos piraguas que se encaminaban hácia nosotros; once de ellas iban llenas de jente, y cuando estuvieron á tiro de nuestros cañones se les dispararon dos, aunque sin efecto alguno. El *Zeehaan* hizo tambien fuego é hirrió á un hombre de la piragua mas próxima que iba en pie empuñando una bandera blanca que vimos caer en el agua. Tambien oímos el ruido de nuestra metralla en sus piraguas, pero no sabemos el efecto que causó; solo sí que les obligó á emprender de pronto su retirada hácia la costa en donde permanecieron quietos sin acercáronos mas.

Entonces abandonó Tasman esta bahía, á la que dió el nombre de *Moordenaar's Bay* (bahía de los Asesinos), siguió toda la parte occidental de *Ika-na-Mawi*, y llegó á 4 de enero frente á su cabo N., y al día siguiente fondeó en una de las islas *Manawa-Tawi*, á la que dió el nombre de isla de los *Tres Reyes*. Intentó desembarcar en ella para hacer aguada, pero se lo impidió la violenta resaca y el ademán hostil de los isleños que, según parecia, no estaban muy dis-



THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY



casu los autos no les permitieron salir a por- ; menos que , según parecía , no estaban muy dis-

Puestos á acoger benévolutamente á aquellos extranjeros.

En consecuencia volvió Tasman á hacerse á la vela imponiendo á las tierras que acababa de descubrir el nombre de *Statian-Land*, porque sospechó que debían reunirse con las que descubrió Schouten al E. de la Tierra de Fuego, á las que este último había dado el mismo nombre. Posteriormente fueron reconocidas estas tierras como muy distintas, y las descubiertas por Tasman recibieron el nombre de Nueva Zelanda que han conservado sin que podamos señalar su origen.

Estas tierras estuvieron completamente olvidadas por espacio de 120 años, de suerte que se puede decir que Cook las descubrió.

Navegando por las altas latitudes del mar austral, encontró á 6 de octubre de 1779 la Nueva Zelanda, se acercó á tierra en su parte oriental frente al cabo que llamó Yöong-Niska, y fondeó en la bahía de Tabne-Roa.

Las primeras relaciones de Cook con los isleños fueron señaladas con sangrientas escenas, lo mismo que las de Tasman. Habían desembarcado en la playa el capitán y los dos naturalistas Banks y Solander, y se encaminaban hacia las cabanas vecinas cuando precipitándose cuatro salvajes armados sobre la pequeña chalupa se habrían apoderado de ella si el timonero no hubiera disparado un fusil al aire. Al pronto les detuvo esta explosión, mas luego volvieron á emprender su ataque, que no pudo contener otro tiro disparado como el primero, siendo por tanto preciso apuntar á los agresores y matar á uno para intimidar á los demás. A la vista de aquel cadáver quedaron como petrificados y probaron á llevárselo, pero el miedo les hizo desistir de su empresa, y se pusieron en fuga abandonando el cuerpo de su compañero. Como ya era tarde volvieron los Ingleses á bordo de su navío, y toda la noche estuvieron oyendo las acaloradas conversaciones que tenían entre sí los naturales de la isla.

Al día siguiente desembarcaron Cook y sus compañeros en la margen de un río, en cuya ribera opuesta se veían unos cincuenta indios que se levantaron al acercarse los Ingleses; armándose unos de largas pías y otros de hachas de piedra.

Viendo Cook que había probado el Taitio Toupai entrar en conferencia con aquellos indios y que solo le habían contestado agitando sus armas en el aire y haciéndoles señas de que se retirasen, mandó para intimidarlos que se disparase un fusil cuya bala cayó en medio del río que separaba ambos partidos; hizo luego formar en orden de batalla por los indios á sus soldados de marina, y él se encaminó hacia dos salvajes, acompañado de los dos naturalistas y del Taitio Toupai, quien dirigiéndoles de nuevo la

palabra les explicó lo que deseaban los Ingleses. Comprendieron los Zelandeses lo que se les decía, y haciendo señas de que se acercasen respondieron que consentían en comerciar y se decidieron, después de algunos momentos de perplejidad, á pasar con sus armas el río á nado. Hicimosles varios regalos de abalorios y otras bujerías de vidrio ó hierro, de las que pareció hacian poco caso, suplicando con ahínco que les cambiásemos sus armas por las nuestras. Entretanto hicieron vanas tentativas para apoderarse sobre nuestros mosquetes, atreviéndose uno de ellos á robar un cuchillo de monte que llevaba en la cintura el Pastroño Grey; y á agitarlo después de su cabeza en señal de triunfo, lo que obligó á Mr. Baulst á disparar una perdigonada al ladrón, pues vela que iba en aumento la insolencia de los salvajes. Callóse al pronto este hombre, mas como al retirarse volviese á principiar con sus insultantes gestos, descargóle un oficial su fusil y lo tendió muerto en tierra. Quisieron vengarlo sus compañeros arrojándose sobre los Ingleses, pero bastaron tres descargas de perdigones para hacerles retirar.

Conociendo el obstinado Cook, cuán difícil seria intimidar á aquellos salvajes, determinó apoderarse á viva fuerza de algunos de ellos, llenarlos de regalos y resaca por este medio podría reducir á los otros á que les mirasen como amigos. El objeto era sin duda, loable, pero para conseguirlo se valió el intrépido marino, según su costumbre, de medios sobrado crueles. Como iban costando la playa, fueron impensadamente á parar en medio de sus lanchas dos piraguas que venían de alta mar; quiso el capitán interceptarles el paso, pero como eran muy ligeras que sus embarcaciones, iban á escapársele ayudadas de sus grandes remos si no hubiese disparado al aire un fusil cuyo estruendo fué suficiente para intimidarles y detener su rumbo. Grey se al principio que sus intenciones eran las de arrojarse al mar, pero nada de eso; su deseo era el de pelear, y para ello principiaron su ataque en número de siete con remos y piedras de modo que fué preciso defenderse y matar cuatro para cojer los tres restantes que ya se habían arrojado al agua.

Luego que se vieron prisioneros, todos sus ademanes atestiguaban que esperaban la muerte, y en alegria fué entonces cuando estuvieron seguros de que no corrían peligro al concedérseles vestidos y alimentos. Comieron y cenaron con buen apetito, hicieron una infinidad de preguntas, pero cuando se fueron á acostar, muy contentos al parecer, fué preciso que Toupai fuese á animarlos, y lo desempeñó tan bien que acabaron la conferencia entonando un grave y pausado canto que era especie de armonía.

De estos tres individuos, los dos de mas edad eran hermanos y se llamaban Ahou-Rangui, Ker-

Re-Rangui y Mara-Roivite, dotados los tres de una fisonomía la mas expresiva, sobre todo el mas jóven, que á unos quince años de edad reunia un talento bastante despejado y una desenvoltura en sus modales que sorprendieron á todos.

Al dia siguiente, despues de llenarlos de regalos, se les notició que iban á volverlos á tierra, lo que les causó la mas viva satisfaccion; pero cuando vieron el sitio en que se les quiso desembarcar, su semblante se cubrió de tristeza, declarando al fin que si los dejaban allí, los asesinarían aquellos habitantes que eran sus enemigos; sin embargo despues de una breve escortacion se decidieron á saltar en tierra, en donde los rodeó al punto una curiosa multitud de Indios que, sin hacerles daño alguno, les hicieron repetir mil veces lo que les habia sucedido á bordo, dejando ver que no era bastante aquella relacion para curarlos de sus sospechas.

Acercóse no obstante al navio, que acababa de hacerse á la vela, una piragua cuyos conductores subieron á bordo, y dejaron sin dificultad sus armas en cambio de los regalos que les hicimos, declarando que se habian determinado á acercársenos por la relacion que sus camaradas les habian hecho.

En seguida se adelantó Cook hácia el S., y al pasar por cerca la isla de Tea-Houra, observó que el terreno estaba cultivado y que habia varias empalizadas que servian de fortificacion. Luego que los Ingleses estuvieron cerca la costa, salieron de ella cinco piraguas llenas de Indios y se encaminaron hácia el navio, armados y con intenciones hostiles, fáciles de conocer por sus gritos y amenazas ademanas; disparóseles un tiro de fusil, y viendo que no era suficiente para aquietarlos, se descargó en medio de ellos un metrallazo. «Entonces se levantaron bruscamente, dice Cook, se replegaron lanzando grandes gritos, y se retiraron tranquilamente despues de una breve deliberacion.»

Mucho mas prudentes se mostraron los habitantes de la península Terra-Kako, pues acercándose con sus piraguas, escucharon las amonestaciones del Toupaiá, le respondieron con politica, rehusaron subir á bordo y aceptando algunos presentes que les hicimos, se volvieron al parecer muy satisfechos.

Al recorrer la bahía de Hazoke, se veta muchas veces al *Endavour*, acompañado de piraguas de indijenas que comunmente lanzaban gritos provocativos y desafiaban á los Ingleses con insultantes amenazas. A 14 octubre rodearon el navio nueve de estas piraguas llenas de salvajes armados; ya habian entonado el himno guerrero y los determinó á volver á ganar la costa, menos una piragua, que seducida por los discursos de Toupaiá se acercó al navio, y sin duda su tripulacion habria subido á bordo, á no haber sido

por los gritos é imprecaciones, que les lanzaban los de las otras.

Al dia siguiente apareció en la misma costa otra piragua, la mas grande que hasta entonces habian visto, la que, cual si quisiese comerciar, se adelantó lentamente hasta los costados del navio. Despues de haber intentado robar diferentes objetos, tuvo un Zelandés la audacia de apoderarse de un niño, llamado Tai-Abo, que era criado del Taitio Toupaiá, y llevándoselo á la piragua empezó á bogar hácia la orilla. Hízoseles fuego, cayó uno de los raptos y aprovechando el pequeño Tai-Abo el estado de estupidez en que habian quedado los otros, se arrojó al mar y se fué nadaudo al navio. La piragua quiso perseguir al fujitivo, pero unos cuantos mosquetazos la detuvieron.

Volvió atrás Cook, despues de haber adelantado hasta el cabo Topolo-Polo, y al pasar otra vez por delante de Terra-Kako, atracó al navio una piragua tripulada por cinco indijenas, dos de los cuales, que sin duda serian jefes, tuvieron al punto tanta confianza en sus huéspedes, que les pidieron encarecidamente los dejaran dormir á bordo. Examinaron con mucho cuidado todo cuanto les llamaba la atencion, y pareció que quedaban muy satisfechos de los regalos que se les hicieron. Ninguno de los dos quiso comer ni beber, pero en desquite los criados devoraron con avidez sin igual cuanto pudieron atrapar, volviéndose todos á la costa el dia siguiente.

A 20 de octubre fondeó Cook en una bahía á la que dió el nombre de *Tegadon*, que sin duda es la misma que Mr. d'Urville llama en su mapa Toko-Malou, y como los habitantes de este distrito se portaron bastante bien con los Ingleses, tuvieron los naturalistas ocasion de hacer varias escursiones al interior, en donde observaron algunos plantíos de batatas y calabazas conservadas con bastante cuidado y simetria. Veíanse de este modo cultivadas como unas cien fanegas en campos de una fanega en cuadro. Su poblacion consistia en unos cien vecinos, los cuales observaron tan buena armonía con los Ingleses que varias veces pasaron los botánicos á bordo de las piraguas de los Indios, cuando no habia lancha alguna de su navio en la playa.

Desde allí pasaron á la bahía Houa-Houa, en cuyo punto se mostraron los indijenas tan complacientes como en los demás, pudiendo por lo tanto los Europeos observar sus costumbres, sus habitaciones, sus fortificaciones y sus piraguas, una de las cuales tenia sesenta y cuatro pies de longitud, cinco de latitud y tres y medio de profundidad; viéndose en sus tablas laterales bajos relieves de un gusto exquisito.

Recorriendo Cook la costa, dobló el cabo E. de Yai-Apou, y delante del de Rurwais se vió obligado otra vez á hacer uso de los cañones

3 — *Proyecto de guerra de la Armada de Chile*
3 Piragua de Guerra de Nueva Zelanda

para repeler varias piraguas que se adelantaban con intenciones hostiles, una de las cuales iba tripulada por cuarenta indijenas de los que treinta hacian el oficio de remeros (Pl. XLVI. — 3).

En la mañana del 1° de noviembre, llegó el navío á la bahía de la Abundancia, y al punto se vió rodeado por unas cincuenta piraguas de indijenas, que despues de hacer varios cambios con mucha fraternidad, manifestaron de pronto pérfidas intenciones, llegando á insultos sobrado directos. Hizo Cook disparar sobre los agresores algunos fusilazos y luego un cañonazo, cuya bala fué á caer en medio de ellos y los puso al punto en fuga.

Por la tarde, hallándose cerca de la isla Motou-Hora, se acercó al *Endeavour* una piragua doble, la primera de esta especie que hasta entonces habian visto. Hablaron los guerreros de ella bastante rato con el Toupara, contestando con mucha cordialidad á todas las preguntas que les hizo; pero al tiempo de retirarse arrojaron sobre los Ingleses una lluvia de piedras. La costa de delante de Motou-Hora era poco elevada, llana, sin bosques y cubierta de plantíos y aldeas, mayores que las que hasta entonces se habian visto, situadas casi todas sobre eminencias fortificadas por lo regular con un parapeto y un foso, rodeadas de altas empalizadas. Un poco mas adelante el terreno parecia mas poblado, segun la infinidad de poblaciones que en él se veian, y muy pronto supieron por las piraguas que á centenares cruzaban la bahía, que todo aquel país obedecia á un jefe poderoso llamado Tera-Tou.

El 3 por la tarde ancló Cook en la bahía llamada Miti-Anga, á la que dió el nombre de bahía de Mercurio. Cercaron al punto al *Endeavour* varias piraguas, y como los indijenas que en ellas iban contestasen solo con amenazas, se les hizo una descarga de fusilería, que les espasó en vez de amedrentarlos. Sin embargo la noche se acercaba y tuvieron que retirarse, prometiendo volver en mayor número el dia siguiente para degollar á todos los Ingleses, lo que no les impidieron intentar antes que amaneciese dos sorpresas que fueron descubiertas y rechazadas.

Al dia siguiente se presentaron doce piraguas con ciento cincuenta guerreros completamente armados, los que á invitacion del Topouia hicieron varios trueques, pero con tanta insolencia y mala fé que se vieron obligados á valerse del argumento del fasil para intimidarlos. Muy diferentemente se portaron al otro dia, pues obedecian al parecer á un anciano llamado Toiava, quien observó una conducta llena de honradez, moderacion y prudencia. Pasó este jefe á bordo, y despues de admitir los regalos que se le

hicieron, ofreció sus servicios, desembarcando entonces bajo su responsabilidad varios oficiales con los naturalistas, sin que fuesen incomodados; no obstante el dia 10 la vivacidad de un oficial acarreó un incidente que podia haber acarreado consecuencias desagradables. Acababa de entregar á un Zelandés un pedazo de tela para obtener en cambio una esterilla, y como el indijena rebusase dársela y contéstase tan solo á sus palabras con burlas y amenazas, le encará el fusil y motó al salvaje. Juzgóse el hecho, y los jefes sentenciaron que su compatriota era culpable y que el oficial habia tenido derecho para matarle.

En una de sus escursiones visitaron los oficiales ingleses un fuerte ó pá, mucho mas importante que ninguno de los que hasta entonces habian visto. He aquí como lo describe el historiador.

Despues del desayuno me dirigia con la pinaza en compañía de MM. Banks y Solanders hácia la parte septentrional de la bahía, con objeto de ecsaminar el país y dos poblaciones fortificadas que ya habiamos divisado de lejos, y desembarcando junto á la mas pequeña, vimos que su situacion era la mas pintoresca que se pueda imaginar. Estaba construída sobre una roca separada de la costa y rodeada de agua cuando subia la marea, y este peñasco taladrado en toda su profundidad, formaba un puente de sesenta pies de elevacion perpendicular sobre la superficie del mar que regaba su base. Lo alto de la roca estaba fortificado con empalizadas á la manera de las del país; pero el espacio que encerraban solo podia contener unas cinco ó seis habitaciones, y el único camino que guiaba á su cumbre, era una muy escarpada y angosta vereda por la cual bajaron sus habitantes á nuestro arribo y nos invitaron á que subiésemos. (Pl. XLVI. — 2). Como teniamos intencion de visitar el otro fuerte, que era mucho mayor y estaba á una milla de distancia de aquel, rehusámos su oferta, pero hicimos algunos regalos á las mujeres, y en este intermedio divisámos á los Indios de la otra fortaleza que en número de ciento, poco mas ó menos, entre hombres, mujeres y niños, se adelantaban en orden hácia nosotros. Cuando estuvieron bastante cerca para que pudiésemos oirles hicieron un movimiento con las manos y nos gritaron: *Hare mai*, sentándose luego entre las malezas de la costa. Sabíamos que estas ceremonias eran señales ciertas de sus disposiciones amigables, y por lo tanto marchámos sin temor hácia el sitio en que permanecian sentados. Hicimosles allí mismo algunos presentes, y les pedimos permiso para visitar su pá, en lo que consintieron con alegria y nos condujeron á él al momento. Llámase este Wara-Tawa, y está situado sobre un promontorio ó lengua de tierra elevada que se adelanta hácia el mar en

la costa septentrional y cerca del fondo de la bahía. Las olas del mar bañan dos de sus costados que son enteramente inaccesibles, y de los otros dos contiguos á tierra el uno es sumamente escarpado y el otro llano. Sobre la colina se vé una especie de muralla de unos diez pies de altura que circuye el todo, y que está formada por enormes peñas unidas entre sí con mimbres. Además defienden el lado débil dos profundos y anchos fosos y un parapeto con una fuerte empalizada construida cerca de la poblacion y á gran distancia de la orilla y foso interior para poder formar y hacer uso de sus armas en el espacio intermedio. Entre los fosos habia un terraplen que por su parte superior se inclinaba hacia el foso segundo que tenia 24 pies de profundidad; y detras de la estacada interior se veía una plataforma de veinte pies de altura, cuarenta de largo y seis de ancho, sostenida por gruesas vigas y destinada á defender todo el lado accesible. Otro baluarte ó plataforma por el mismo estilo y colocada igualmente á la parte interna del terraplen dominaba la playa. Por este lado se ven algunas otras obratas de fortificacion y algunas chozas que sirven para alojar á los que no cabiendo dentro del fuerte quieren estar protegidos por las fortificaciones de la playa. El terreno, que primitivamente era una montaña, estaba todo rodeado de estacadas, tanto por la parte de mar como por la de tierra, y formaba diferentes planos que se elevaban unos sobre otros en forma de anfiteatro, resguardados cada uno de ellos por una estacada diferente, comunicándose entre sí por unas sendas angostas que se podian obstruir fácilmente, de modo que aun cuando el enemigo forzase la empalizada exterior, le quedaban otras varias antes de llegar á la plaza suponiendo que los sitiados defendiesen tenazmente cada uno de estos puntos. Un estrecho sendero de 1.200 pies de largo que iba á parar al lado escarpado de tierra, formaba su única entrada pasando por debajo de una de las plataformas ó baluartes, y aunque no vimos ningun puente ni puerta, podia interceptarse con facilidad, de suerte que seria muy espuesto y difícil el intentar forzarla. En una palabra por muy fuerte debe reputarse una plaza en la que un puñado de hombres decididos pueden defenderse de todo un ejército con las armas que usan en aquel país. Eexcepto de agua parecia bien provista de toda clase de víveres para un caso de sitio, pues observámos gran cantidad de raíces de helecho que les sirven de pan y montones de pescados seco, mas no mas vimos agua dulce que la de un arroyo que serpeaba al pie de la colina, é ignoramos si la conservan en calabazas ú otros receptáculos, pero de todos modos es probable tendrán algun medio de procurarse este artícu-

lo tan necesario á la vida, pues que de lo contrario seria inútil hacer tanta provision de víveres. Les noticiámos los deseos que teníamos de verles hacer el ejercicio de ataque y defensa, y para complacernos un jóven Indio subió á uno de los baluartes que ellos llaman *pereros*, y otro bajó al foso, y entrambos combatientes entonaron su cancion de guerra, bailando con los mismos ademanes horribles que en otros lances mas serios les habíamos visto emplear, para escalar la imaginacion hasta el grado de furor artificial, que en todas las naciones salvajes es el preludio del combate.

Cerca de este fuerte indio divisámos sobre la colina el espacio de unos noventa pies en cuadro plantado de calabazas y batatas, y que era el único trecho que se veía cultivado en aquella parte de la bahía. Al pie de la colina sobre la que está construida esta fortificacion hay dos peñascos, uno de ellos desprendido enteramente del grueso de la montaña y el otro no del todo, que apesar de que ambos son muy pequeños y parecen mas propios para servir de asilo á las aves que á los hombres, hay sobre ellos dos casas fortificadas. Por este mismo tenor vimos otras varias fortificaciones sobre islotes, rocas y colinas en varios puntos de la costa, además de algunas poblaciones fortificadas y que parecian de mas consideracion que la que acabamos de describir.

En el momento en que el *Endeavour* salia de esta bahía se le acercaron con ademán hostil dos piraguas que salian de la parte septentrional de la isla. No habiendo bastado para apaciguarlos los discursos del *Tupaia* se les disparó un fusilazo que los obligó á virar de bordo inmediatamente. En seguida se internó Cook en una profunda bahía que terminaba por una hermosa ria y cuyas ondas eran perfectamente dulces á tres ó cuatro millas de la embocadura. Por ella subieron el espacio de catorce millas y observaron que crecia en las orillas una especie de pino muy propio para masteleros, pues muchos de ellos tenian diez y ocho pies de circunferencia á seis pies del suelo y su tronco se alzaba á mas de ochenta pies sin dar rama alguna.

Esta ria y la vasta bahía que la acompaña recibieron de Cook el nombre de *Tamis*, mas el verdadero nombre de la primera es Wai-Kabon-Rounga, y el de la bahía el de Schpuraki. Los indijenas se mostraron bastante tratables; solo se creyó necesario castigar á uno de ellos que habia robado algunas piezas de un telescopio y cuenta Cook que los demas aprobaron este castigo; pero el caso es que se apartaron del navio y no volvieron mas.

Delante de la bahía Wangari tuvo que retronar el cañon para reprimir el ardor guerrero de los naturales que habian acudido en número de doscientos sobre grandes piraguas. Mejor instruidos

con esta lección, volvieron después con cuatro piraguas y se portaron al principio de un modo muy pacífico y cortés. Varios de ellos parecían de alta categoría, según las esculturas que adornaban sus piraguas y las numerosas pinturas que cubrían su rostro y cuerpo, y también aquella entrevista terminó con tiros provocados por la bellaquería de un Indio infiel en un cambio.

Los naturales de las islas de Motou-Kawa insultaron dos veces á los Ingleses apedreándoles. Impelido Cook por la tempestad, fué á parar á una vasta bahía sembrada de un gran número de islas, la que después fué reconocida con el nombre de *Bahía de las Islas*. Allí también le fué preciso muchas veces recurrir al cañon ó fusil para contestar á los indijenas, quienes á viva fuerza querían posesionarse de las boyas del navio; y al saltar los Ingleses en tierra quisieron los naturales vengarse por sí mismos, y entonando un himno guerrero se arrojaron sobre las lanchas, pero bastaron algunos tiros y descargas de artillería para hacérselas abandonar á la mayor brevedad; escarmentados de su imprudencia jamás pensaron ya en provocarles, portándose desde entonces como hombres pacíficos y cuerdos. Después de aquella escaramuza recorrían las costas de la bahía para hacer su comercio en paz y buena fé, pudiendo por lo mismo desembarcar los oficiales en el sitio que mas preferían sin temor ni peligro, pues eran recibidos con la mas afabilidad. Aquella comarca parecia bastante poblada, no dejando de ofrecer muchos y bellos plantíos y chozas diseminadas por la campiña embellecida con algunos árboles del *morus papirifera*, de cuya corteza se sirven los Taitios para la fabricacion de sus mas bellas telas, pero no deja esta planta de ser muy rara en la bahía de las islas, no sirviéndoles para el caso mas que para fabricar algunos taparabos de corta estension. Al abandonar el navio de Cook, faltó poco para que la bahía zozobrase del choque que dió contra una roca situada á flor de agua delante del mismo puerto; mas luego que se hubo escapado de este peligro dirigió su rumbo hacia el N. O., no pudiendo adelantar mucho á causa de la suma calma. Al llegar á la altura de la bahía Oudoudou se le acercaron cuatro piraguas cuya jente les vendió pescado, y entablando conversacion el Toupaiá adquirió algunos datos sobre la naturaleza de su pais y la direccion de las tierras. Preguntóles Cook si conocían otro suelo mas que el suyo, y la respondieron que no habian pisado ningun otro, pero que sus antepasados les habian hablado de una rejion muy vasta situada hacia el N. N. O llamada *Uhimarea*, para la cual habian partido algunos de sus compatriotas con solo una grande piragua; en cuyo viaje tuvieron ocasion de ver un pais en el cual sus habitantes comian cerdos, empleando en esta

travesía solo el corto espacio de un mes y no volviendo mas que una pequeña parte de ellos.

Rechazado luego impetuosamente Cook por la tempestad al recorrer la parte septentrional de la Nueva Zelandia, desplegó siempre una energía infatigable. A 1° de junio de 1770 dobló el cabo Reinga apareciendo sobre la costa occidental, cuya estension reconoció frente del cabo Borrell, rodeado de inaccesibles costas y montes escarpados y arenosos del aspecto mas triste y desconsolador, por lo que desistió de anclar en ella, limitándose solamente á señalar la forma de un pico muy elevado, el que comparó al pico de Tenerife y le dió el nombre de *Egmont*, pero su verdadero nombre es el de Pouku-Aupapa, y abandonando Cook semejante cabo, se internó en una ensenada que habia tomado Tasman por un golfo, fondeando el 15 de junio en una bahía situada sobre la costa meridional, á la que impuso el nombre de *Caleta de la Reina Carlota*.

Cuando los Ingleses bajaron en busca de agua, hallaron á los naturales bastante tratables; mas apesar de todo se vieron en la precision de tirar un perdigonazo á uno por falta de respeto, y precisamente en esta ocasion se convenció Cook de que los Zelandeses se comian los cadáveres de sus enemigos después del combate. Veíanse por allí huesos medio roídos y esparcidos sin orden alguno por el suelo, no teniendo el menor empacho en confesar que aquellos eran los restos de un festin y añadiendo que lo único que comian de la cabeza era el cerebro, reservándose para ellos el craneo.

Manifestó el naturalista Banks su deseo de ver tales cabezas y le presentó un viejo esqueleto cuyos cabellos y craneo estaban intactos, y pareció que aquella carne habia sufrido alguna preparacion, pues que si bien era algun tanto mas blanda, no despedia nada de fétidez; compró el naturalista uno de ellos, y no siéndole posible por la tenacidad del isleño quedarse con ninguno mas, comerció en pago con huesos humanos apresurándose los Ingleses á comprarlos tan solo por tener una prueba de la barbarie de aquellos hombres.

Al atravesar por una parte de la poblacion no pudieron menos de fijar la vista sobre una cruz ornada toda de plumas y semejante á la de un crucifijo. Al preguntarles por el sentido de tal emblema, respondieron que habia sido erijido en memoria de un difunto, y como antes habian dicho que se les negaba sepultura y que su tumba era el mar, se les preguntó si debajo de aquella cruz descansaba todavía el cadáver mas no quisieron contestar.

Deseó Cook saber si se conservaban las tradiciones relativas al paso de Tasman, y para cerciorarse de ello tuvo una conversacion con el je-

fe Tapoa por conducto del Taitio Toupata. Cuando le preguntaron por el navío que habia cruzado aquellas costas y si habia oído hablar de él, respondió que no; pero prosiguiendo en su palabra le contó como habia oído de boca de sus abuelos que un navío habia comparecido por aquellas islas, y que venia de una rejion remota llamada *Ulimarea*, y que en él iban cuatro hombres que fueron muertos al saltar en tierra.

Tres semanas permaneció Cook en aquel punto, pasadas las cuales se hizo á la vela, y dirigiéndose al S. E. reconoció que el golfo que habia tomado Tasman por una bahía, no era mas que un estrecho que despues heredó el nombre del capitan inglés. Despues de haber reconocido toda la costa septentrional (*Ika-na-Mawi*) hasta el cabo Topo-Polo, y cerciorándose que tan solo era una isla, tomó el rumbo hácia la tierra del Sur (*Tauvi-Pounamou*) para continuar en sus investigaciones. En todo el referido país tan solo pudo por una vez distinguir sus naturales en un sitio que llamó *Lookers*, en el que no bien hubieron aparecido, cuando se llegaron estos con cuatro piraguas para contemplar nuestro navio con ojos admirados, y apesar de las incesantes invitaciones del Toupata no quisieron comunicarse con los Ingleses, dirigiéndose hácia tierra tan pronto como estuvieron satisfechos de su curiosidad. El dia 9 de mayo doblóse el cabo S. de la Nueva Zelandia, y pasaron á recorrer la parte N. O. de la isla meridional. Esta dilatada costa es escarpada, inculta y salvaje, y no mereció la atencion de los navegantes; á 28 de marzo ancló en una bahía del estrecho de Cook que recibió el nombre de *Bahía del Almirantazgo*, y en la cual permaneció tres dias con objeto de procurarse agua y leña; parecia que dicho país habia sido abandonado mucho tiempo antes, y apenas se encontraron los vestijios de algunas cabañas: su suelo era montuoso, abundante en árboles, malezas y helechos, de modo que le hacian casi intransitable. Por fin, á 3 de marzo, despues de haber reconocido todas sus costas y recojido los mas preciosos documentos jeográficos, Cook perdió de vista la Nueva Zelandia, mientras que por su parte sus compañeros Banks y Solanders cooperaban con sus trabajos y sus nuevas adquisiciones á enriquecer la ciencia y la historia natural de aquellas remotas rejiones.

En el instante en que Cook cruzaba por delante de la bahía de Oudoudou anclaba en ella el capitan Surville, del cual tuvimos ocasion de hablar cuando tratámos de las costas de Salomon, y era precisamente á 17 de setiembre cuando ancló en ella imponiéndole el nombre de *bahía de Lauriston*. Pocos momentos despues de haber saltado este de bordo llegóse á su encuentro el de la aldea mientras que los salvajes disemina-

dos por todas partes sacaban y besaban pies de perros y manojos de yerba que llevaban en las manos. Tomó dicho capitan estos ademanes por una especie de vasallaje, y le ocuparon todo el tiempo de la primera entrevista, pero al dia siguiente se hallaban ya los isleños reunidos en masas y sobre las armas. A instancias del jefe paseó Surville la ribera, y acompañándose con él pidióle su fusil, lo que se le negó, despues la espada y accedió; mostróla al instante con una especie de vanidad el jefe á sus compatriotas haciéndoles una acalorada arenga, y desde entonces reinó la mayor armonía entre Franceses y Zelandeses, abasteciéndose aquellos de víveres y refrescos de todos géneros para la medicacion que escijian sus enfermedades. La curiosidad de revistar el navio fué la que obligó á que se dirijió al jefe Surville paraque le concediese su permiso, quien accedió y ya metia los pies dentro de su canoa, cuando alarmándose los isleños prorumpieron en fuertes gritos hasta obligarle á desistir de su empresa.

Mientras que Surville permanecia en esta bahía, una borrascosa tempestad hizo correr á su navio los mas grandes peligros, pero llegó á salvarlo por su acreditada destreza en las maniobras; bien que la chalupa que se habia quedado en tierra con los enfermos, vióse en el caso de arrastrar el temporal, y refugiarse en una ensenada vecina ó una aldea gobernada por un jefe llamado Nogui-Noui. Recibiéoles este jefe en su mismo aposento, prodigándoles todos los medicamentos que reservaba en su poder, sin escijirles nada en cambio. A todo esto habia la tempestad desmarrado un bote de la popa del navio y habia este ido á parar frente á la poblacion de Nogui-Noui. Envió el capitan por él, mas los naturales supieron esconderla tan bien que no les fué posible hallarlo.

En tal caso no vaciló Surville en continuar sus minuciosas pesquisas en un riachuelo en el que se habia imaginado que todavia permaneceria terco, pero al frustrarse todas sus tentativas resolvió vengarse de aquel robo y enocontrando por las cercanias algunos salvajes les hizo señal de que se acercasen, y cojiendo del brazo á uno de ellos que se aproximaba sin prever el peligro á que se esponia, le condujo á bordo, y echando mano de una piragua quemó las que fondeaban la playa, incendió la ciudad y se preparó para dejar la Nueva Zelandia. Venganza atroz y muy difícil de justificar. No era únicamente esto lo mas doloroso. El jefe Nogui-Noui, el mismo que habia prestado sus socorros á los enfermos durante los tres dias de tempestad, hallábase prisionero cuando Potien de Orme, uno de los oficiales que en esta crítica circunstancia gobernaba la chalupa habla así sobre el acontecimiento. Sorprendime mucho cuando vi que el In-

dio que conducíase atado de pies y manos era el mismo que á nuestra llegada á la ensenada del Refugio nos trató como amigos sin exigirnos ninguna retribucion. Tan pronto como aquel infeliz me hubo reconocido, arrojóse á mis pies con los ojos bañados en llanto diciéndome cosas que no comprendia, pero conceptué que todo su lenguaje se reducía á que abogara en su favor, ya que me habia favorecido en circunstancia tan crítica. Hice todo cuanto estaba en mi mano para darle á comprender que no corría peligro, y el infeliz proseguía estrechándome en sus brazos y señalándome su país natal del que le arrancaban; mas por fin empenéme con el capitán, quien le condujo á su camarote; pues era tanta la timidez de este hombre con respecto á la suerte que le destinaban, que se creía como buen Zelandés que le azotarían y asarian para devorarlo. Estos temores le ocuparon por algun tiempo. Por fin se observó en aquel hombre cierta voracidad, de modo que no siendo bastante la comida que se le daba para satisfacer su apetito iba despues á los marineros tan solo con el objeto de mendigar los restos de sus víveres. Sin embargo no dejaba de desear muy á menudo su primitivo alimento que era la raíz de helecho. Murió este Zelandés en 12 de marzo de 1770 en frente de las islas de Juan Fernandez.

A 24 de marzo de 1772 arribó el capitán Marion, comandante de los navios *Maseariz* y *Castries*, á la altura del cabo Borrell en frente del monte Ponkee-Aupapa, y recorriendo toda la costa occidental de Ika-ne-Mawi, vino á 4 de mayo á anclar en la bahía de las Islas; de las cuales habian salido el dia antes tres piraguas á nuestro encuentro, tres millas mas adentro no consintiendo los hambres que venian en una de ellas subir á bordo del navio Marion sino despues de muchas y repetidas invitaciones. Ofrecimosles pan y no dejaron de aceptarlo, mas por lo tocante á los liqores se opusieron á ellos sin embargo su agradecimiento se dejó traslucir á la vista de las camisas y calzones valuando en mucho las herramientas que se les dió y satisfechos de tales regalos hablaron de los naturales de otras piraguas que ya se dirijian hácia la playa. Distinguióse entre ellos un jefe llamado Tekow, quien manifestaba la mas viva inquietud cada vez que el navio se alejaba de la playa para sostener el viento.

Hallándose el 12 de mayo anclados en un buen fondeadero dispuso Marion que se levantaran tiendas sobre una isla vecina llamada Motou-Roa con el fin de cuidar en ellas de sus enfermos.

En el mismo momento de anclar los navios, viéronse estos rodeados de muchas piraguas, cuyos naturales llevaban cierta cantidad de pescado y trocábanlo por clavos viejos pedazos de bier-

ro y otras bujerías; nada tenían de bárbaros, sus modales eran decentes, reuniendo cierta sagacidad é inteligencia, de modo que les fué fácil aprender el nombre de todos los oficiales. Llegaban diariamente un gran número de ellos á bordo hasta que por fin cansados de tanta impertinencia se vieron los Franceses obligados á establecer una severa vijilancia, no permitiendo entrar en la cámara á ninguno mas que á los jefes, mujeres y niños. Distinguíanse aquellos de la plebe por el copete de plumas que llevaban en la parte mas elevada de la cabeza. Por lo tocante á las mujeres casadas, se diferenciaban de las doncellas por una guirnalda de junco que replegaba su cabellera al principio mientras que las de estas flotaban por las espaldas (PL. XLVIII. — 4). Al indicarnos los salvajes todas estas distinciones, nos advertian que los homenajes de los Franceses podian muy bien dirijirse á sus doncellas, pero que debian respetarse las casadas.

No tardaron mucho los naturales en invitar á los Franceses á que se dignaran desembarcar y consintieron en ello. Contábanse en las márgenes de la bahía veinte aldeas, de las cuales las mayores podian contener unos 400 habitantes, y las menores unos 200. En el mismo instante de su desembarco agolpeábanse los habitantes á su paso obligándoles con instancia á entrar en sus casas.

Despues de muchas escursiones hácia el interior habia descubierto Marion un bosque de magníficos cedros, distante tres leguas del puerto, en el que encontró árboles propios para reemplazar la arboladura que habia perdido en una tempestad; y formando al punto un establecimiento en este sitio dejó en él algunos trabajadores para derribar los árboles, cortarlos y llevarlos hasta el mar, los cuales eran transportados desde allí á bordo de los navios encargándose diariamente la chalupa de llevarles los víveres necesarios. Hallábanse tres tiendas establecidas en tierra, una para los enfermos situada sobre el Motou-Roa con su correspondiente fragua y leña, la segunda á orillas del mar y á una legua y media de los navios, y la otra en el bosque á dos leguas del rio comprendiendo esta el taller de los carpinteros, defendidas cada una de ellas por un destacamento de soldados y un oficial.

Frecuentaban comunmente los naturales estas tiendas llevando en ellas pescado, codornices, palomas torcazes y canarios silvestres, y hasta partiéndole su mesa y aliviándoles algun tanto en su trabajo. Atraídos á su vez los marineros por la jentileza de las doncellas, no temian ya el arriesgarse por lo interior de la aldea pues por todas partes eran bien acogidos, señalándose en este punto tanto la complacencia de los salvajes hasta en brazos cuando experimentaban cansan-

cio resultante del trabajo, estableciéndose entre ellos una perfecta armonía, lo que daba señales de larga duración, de modo que dió orden Marion para que se desarmase la tripulación que salía de bordo.

Hablaba dicho capitán con mucho placer, con semejante compañía, de modo que no estaba ni un solo instante su cámara sin alguno, colmábase de regalos y ya empezaba á poder tratarse con ellos. Por su parte los salvajes no dejaban de servirle como lo hubieran hecho unos esclavos llevándole cada día sus mas bellos rodaballos porque sabían que el capitán era muy aficionado á esta clase de pescado. Cuando bajaba á tierra, los salvajes le llevaban en triunfo lanzando gritos de alegría, y las mujeres, doncellas y hasta los niños, iban acariciándole llamándole por su nombre. Uno de los jefes que mas atenciones guardaba con él, era Tekoisi que mandaba una de las principales aldeas vecinas; cada oficial tenia entre los salvajes un amigo particular que le acompañaba por todas partes, y bien pronto aquel pueblo les pareció el mas humano, el mas hospitalario y el mas sencillo de toda la tierra.

Habiendo ido á tierra Marion á 8 de junio, fué acogido por los salvajes con las mayores muestras de amistad y con transportes de alegría. Reunidos en consejo jeneral, le proclamaron los jefes primera dignidad de aquel país colocándole en la cabeza cuatro magníficas plumas blancas como insignias de tan alto honor. Por aquel tiempo el lugar teniente Croyet, habia observado que un salvaje á quien habia cobrado cariño y que hasta entonces se habia mostrado de jenio muy alegre, se volvió de pronto triste y taciturno. Le hizo Croyet algunos presentes y las reusó del mismo modo que los manjares que le presentaron; luego se fué muy triste y no volvió mas: lo mismo sucedió con algunos salvajes amigos de oficiales. Ignórase si aquellos hombres tenían conocimiento de algun complot tramado y si se habian retirado; bien sea para tomar parte en él ó ya para abstenerse, por el contrario, de un crimen que les repugnaba. Sea de ello lo que fuere, entre la buena armonía que entonces reinaba apenas se hizo caso de aquellas ausencias individuales, y para poner á los Franceses sobre sí, fué necesario nada menos que la repentina, horrible, é imprevista catástrofe que tuvo lugar. Dejémosla contar á Croyet.

« Finalmente á 12 de junio á las dos de la tarde fué á tierra M. Marion con su lancha, armado con doce hombres y llevando consigo dos jóvenes oficiales, MM. Vadricour y Le-Houx, el uno voluntario y el otro capitán del navio. Tehourí, jefe de una grande aldea, junto con otro jefe y cinco ó seis salvajes que estaban á bordo del navio, acompañaron á M. Marion cuya

intención era ir á comer ostras, y de pescar con redes al pie de la ciudad de Tekouri.

Por la noche no vino M. Marion á dormir á bordo del navio como acostumbraba, así como ninguno de los que iban en la lancha, no revelando por eso su tripulación, pues era tanta la confianza en la hospitalidad de los salvajes con respecto á nosotros que nos merecían el mejor concepto.

Al principio se creyó que M. Marion y su escolta serian tal vez en tierra en una de nuestras tiendas para poder dirijir al día siguiente los trabajos del talle situado á dos leguas al interior del país ocupado en la arboledura del navio *Castries*. Quedaba dicha arboledura bastante adelantada, de modo que parte de sus materiales se encontraban ya transportados muy cerca de la ribera ayudándonos los salvajes en aquellos fatigosos tránsitos.

Al día siguiente 13 de junio, á las cinco de la mañana, envió el navio *Castries* su chalupa en busca de agua y leña para su consumo diario segun el uso establecido en los dos navios de enviar alternativamente á buscar provisiones para abastecer á sus necesidades. Apercibiéndose á las nueve un hombre que nadaba en direccion al navio y enviándole al momento un bote para socorrerle á bordo. Era este uno de los barqueros que se escapó de la muerte que habian dado los salvajes á todos sus camaradas y se hallaba el pobre muy maltratado, ofreciendo en su costado dos fuertes lanzazos. Refirió el mismo como al abordar la chalupa á las siete de la mañana, habian comparecido en la ribera salvajes desarmados con las mas viva manifestaciones de amistad, y que prosiguiendo segun su costumbre habian conducido en hombros desde la chalupa á la ribera, á los marineros que no querian mojarse, que finalmente se habian mostrado tan serviciales como siempre, pero que luego que los marineros se habieron separado uno de otro para recoger sus haces de leña, los salvajes armados de lanzas y mazas se habian arrojado con furor en cuadrillas de ocho ó diez, sobre cada uno de ellos y los habian asesinado; mas que con respecto á él no teniendo que habérselas mas que con tres salvajes habia podido defenderse bien, apesar de los lanzazos recibidos, pero que llegándose en el mismo instante otros salvajes hacia él, y hallándose cercano á la muerte habia huido y escondiéndose en unos matorrales, y que desde allí, habia presenciado la muerte de sus camaradas, que despues de muertos los despojaron, y les abrieron el vientre dividiéndolos en muchos pedazos en el mismo instante, y que él se decidió á echarse á nado para llegar á uno de los navios.

A tan triste noticia no dudaron ya que Marion y los seis hombres que iban en la lancha de quienes no habian recibido noticia alguna, habrian sufrido el mismo fin que los marineros.

Reunieron los oficiales que allí quedaban á bordo de los navios para discutir los medios de salvar las tres tiendas que conservaban en tierra, despidiendo al momento la chalupa del Mascorin muy bien armada con un oficial y un destacamento de soldados mandado por un sargento. Dicho oficial tenia el encargo de examinar si podria descubrir á lo largo de la costa la lancha de Mr. Marion y la chalupa, pero especialmente le estaba ordenado el noticiarle á las tres tiendas y dirigirse al obrador mas cercano de los masteleros para conducir á él con la mayor brevedad el primero y mas importante socorro. Descubrió el oficial á su paso la chalupa del *Castries* y la lancha de Marion, ambas amarradas en la orilla de Tehouri, y rodeadas de salvajes armados con hachas, sa- bles y fusiles que habian tomado de los dos na- vios despues de matar á nuestras jentes. Sin em- bargo de que hubiera dicho oficial podido muy fácilmente dispersar aquellos salvajes y apoderar- se de las embarcaciones, para no entrar en compromiso, continuó su rumbo no apartándose de la órden que traia de prestarles socorro y no- ticiarles los trájicos sucesos de la mañana y no- che.

« Hallábanse felizmente en la tienda y habia pa- sado allí la noche, y sin saber nada de la muerte de Marion, y aumentando mas su vijilancia, ha- bia subido á una pequeña montaña para dirigir el transporte de nuestros masteleros cuando á las dos de la tarde ví comparecer un destacamento mar- chando en buen órden y armado de fusiles con sus correspondientes bayonetas, las que reconocí de lejos por su brillo y mayormente por no ser las armas ordinarias del navio. Al momento me pen- sé que aquel destacamento tal vez no tenia otro objeto que anunciarme algun trájico acontecimien- to y para no espantar á nuestra jente, así que es- tuvo dicho jefe al alcance de mi voz le grité que se detuviese dirijiéndome yo solo hacia él para in- formarle del caso. Luego que hube escuchado su narracion prohibi que ninguno del destacamento se enterase de ello dirijiéndome en seguida con él á la tienda. A mi llegada hice cesar los trabajos re- cojer las herramientas y armas, cargar los fusiles, y compartir entre los marineros todo el peso que sus fuerzas permitian llevar, construyendo un hoyo en una de las barracas para esconder lo restante. Luego que fué todo preparado dispuse desplomar la barraca y pegarle fuego para ocultar bajo las cenizas, lo poco de herramientas y uten- silios que habia entorpecido por no serme posible el llevármelas. Ignoraban nuestras jentes la desgra- cia de Mr. Marion y sus camaradas, pues para que no nos sobreviniera algun frasco, necesitaba que conservasen todo su entero juicio. Rodeá- bamos los salvajes, cosa que advertí hasta tanto que me uní al destacamento y me habo el sargento hecho su narracion. Entonces observé que

los salvajes reunidos en cuadrillas ocupaban todas las alturas.

Dividí mi destacamento reforzándolo con mari- neros armados de fusiles, disponiéndolos parte de ellos á vanguardia, y la otra á retaguardia pre- cedidos del sargento ocupando los otros marine- ros cargados de las herramientas y otros efectos el centro, y yo iba con la retaguardia. Partimos en número de 60 hombres atravesando por en me- dio de muchas tropas salvajes cuyos jefes me re- peticion estas tristes palabras *Tekouri mate Marion* (*Tekouri ha muerto á Marion*). La intencion de aquellos jefes no era otra que la de infundirnos temor, pues que entre ellos muerto el jefe en una refriega todos sus vasallos se creen ya perdidos sin remedio.

Así hicimos cerca dos leguas de camino por la orilla del mar donde nos esperaba la chalupa, sin que le inquietasen los salvajes que se limitaron á seguirnos por la costa repitiéndonos á menudo que Marion habia muerto y habia sido devorado. Tenia yo en mi destacamento algunos soldados, excelentes tiradores, los cuales oyendo decir que Marion habia sido muerto ardian en deseo de vengar su muerte y me pedian con ahinco permi- so para despachar á los descarados jefes que nos estaban insultado. Pero no era tiempo de ocupar- se en venganzas, pues que la pérdida de un solo hombre en tal ocasion era irreparable, y por po- cos que hubiésemos perdido, los dos navios no salian mas de la Nueva Zelandia. Por otra parte teníamos igualmente que poner en seguridad un tercer apostadero, el de nuestros enfermos: así que me esforcé en mitigar el ardor de nuestras jentes prohibiéndolas absolutamente disparar un solo tiro y prometiéndoles dar libre curso á su venganza al presentarse una ocasion mas favora- ble á sus designios.

« En el acto de llegar á nuestra chalupa, los salvajes parecian estrecharnos de mas cerca. En- cargué á los marineros que fuesen los primeros en embarcarse, y saliendo en seguida al encuen- tro de un caudillo salvaje, fijé un piquete en tier- ra á diez pasos de distancia del mismo, y le dí á entender que si uno siquiera de los suyos lle- gaba á salvar la linea de aquel piquete, le qui- taría inmediatamente la vida con mi carabina, con cuya presencia procuré intimidarle. El cau- dillo manifestó dócilmente mi órden á los suyos, y al momento se sentaron todos los salvajes en número de mil individuos.

« Sucesivamente mandé embarcar á todos, cuya operacion fué bastante prolija por razon de la multitud de bagajes que tenian que pasarse á la chalupa, y porque este batel cargado, calan- do mucha agua, no podia atracar á la tierra, y era preciso internarse en el mar para poder embarcarse. Fuí el último en verificarlo, y así que penetré en el agua se levantaron en masa

los salvajes, forzaron la consigna, dieron el grito de guerra y nos arrojaron azagayas de madera y piedras que no causaron el menor daño. Además pegaron fuego á nuestras cabañas de la playa, y nos amenazaron con sus armas que chocaban unas contra otras prorumpiendo en terribles ahullidos.

« Así que fui embarcado, mandé alinear nuestras jentes de suerte que no embarazasen á los remeros. Estaba tan henchida la chalupa, que tuve que permanecer de pie en la popa con la caña del timon entre las piernas. No era mi objeto despedir un fusilazo siquiera, sino de alzar el navío en breve tiempo y despachar la chalupa á la isla Metou-Roua para relevar la guardia de nuestros enfermos, nuestra fragua y nuestra tonelería.

« A medida que nos fuimos alejando de la playa se acrecentaban los ahullidos y amenazas de los salvajes, por manera que nuestra retirada se asemejaba á una completa fuga. Los salvajes entraban en el agua cual para atacar la chalupa, y juzgué cuán importante y necesario era á nuestra seguridad procomunal dar á conocer á aquellos bárbaros la superirridad y preeminencia de nuestras armas. En consecuencia hice parar los remos, y mandé á cuatro fusileros que descargasen sus armas contra los jefes que parecían mas ajitados y escitaban el entusiasmo de los demás. Cada fusilazo hizo morder el polvo á uno de aquellos desgraciados, y de esta suerte continuó el tiroteo por espacio de algunos minutos. Viendo los salvajes sucumbir á sus jefes y á sus camaradas con una estupidez increíble, no alcanzaban á comprender como podían ser muertos por armas que no les tocaban como sus macanas y sus clavos. A cada fusilazo redoblaron sus ahullidos y sus amenazas ajitándose horriblemente é inmóviles, y permaneciendo en la playa como una piara de cerdos. Nosotros los hubiéramos destruido hasta el último si hubiese mandado continuar el fusileo, y después de haber pasado por las armas apesar mio á un número sobrado considerable, hice remar hácia el navío, y los salvajes cesaron de gritar. »

En seguida Crozet hizo conducir los enfermos á bordo y tomó todas las medidas necesarias para que las naves se hallasen á cubierto de un golpe de mano de parte de los salvajes. Al día siguiente mandó un destacamento á la isla para continuar la provision del agua y leña. Encontrábase en la isla una aldea de unos 300 naturales, que por la tarde se presentaron en armas y se dispusieron á combatir. Deseando prevenir su ataque, los Franceses les arremetieron á la bayoneta, y les rechazaron hasta su aldea, donde se prepararon á resistir prorumpiendo en espantosos gritos.

« Entre los naturales, añade la relación, se

contaba Malou, jefe de aquella aldea; y cinco ó seis otros jefes que se ajitaban con violencia, arregaban á sus guerreros y les incitaban á marchar al encuentro del enemigo; pero los guerreros no tuvieron valor para efectuarlo. Llegados á tiro de pistola de la aldea, los Franceses hicieron alto y dieron principio á su fusileo con la muerte de los seis jefes; cuya circunstancia puso en fuga á los demás guerreros. El destacamento les persiguió sin piedad, mató unos cincuenta, sumergió muchos en el mar y pegó fuego á la aldea. Esta operación hizo quedar á los Franceses dueños de la isla entera sin otra pérdida que un hombre herido en el ojo de una lanzada. »

Crozet hizo enterrar los muertos en la isla y encomendó espresamente que les dejasen salir á cada uno una mano para manifestar á sus enemigos que los Franceses no eran antropófagos como ellos. Igualmente recomendó que procurasen cojer algunos prisioneros vivos, prometiendo un premio de cincuenta pesos por cada salvaje cojido de esta suerte. Pero los naturales habían procurado hacer evacuar en la gran tierra las mujeres y los niños. En cuanto á los heridos, también se procuraban cojer algunos; pero los desgraciados se revolvían con frenesí mordiéndose como bestias feroces y rompiendo las sogas con que les agarrotaban, con la misma facilidad que si fuesen hilos. Por manera que no hubo medio de retener á uno solo.

Los trabajos necesarios para fabricar las jarrias del *Cacrias* y completar la provision de agua y leña, requirieron á los Franceses otro mes en aquel punto. Durante este intervalo los salvajes intentaron varias veces sorprenderles; pero todas sus maniobras quedaron defraudadas perdiendo no poca jente en ocasiones distintas.

Antes de abandonar aquella tierra funesta, el capitán probó de hacer un postrer esfuerzo para procurarse algunas noticias sobre la suerte de Marion y de su escorta. A este objeto despachó una chalupa armada de pedreros con un destacamento hácia la aldea mandada por Tekouri, que, según las relaciones de los naturales, había sido teatro de la catástrofe. El oficial comandante apostó en el mismo sitio donde se vieron los botes encallados; pero los naturales lo habían quemado para sacar su hierro. El destacamento se adelantó hácia la aldea; cuyos habitantes se fugaron á su acceso, echándose de ver desde lejos á Tekouri embozado en la capa de Marion que era de dos colores, escarlata y azul. Apenas se habían quedado en la aldea algunos ancianos que no habían podido fugarse y que permanecían sentados á la puerta de sus casas. El destacamento se llevó cautivo á uno de ellos, pero este con la mayor sangre fría hirió á un soldado con una azagaya. En consecuencia se mató al agresor

pero no se hizo ningún daño á los demas. Las pesquisas verificadas en las cabañas hicieron descubrir en la de Tekouri el cráneo de un hombre muerto desde algunos dias, y del que estaban prendidas con algunas partes carnosas y medio corrompidas, con otro pedazo de muslo humano fijado en una pica de madera y devorado ya en sus tres cuartas partes.

En las otras casas se recojió una camisa ensangrentada que habia pertenecido á Marion, los vestidos y las pistolas del jóven Vaudricourt, víctima de la catástrofe, diversas armas del bote y muchos harapos de los marineros. Patentizadas hasta la evidencia tan tristes pruebas del asesinato de sus camaradas, los Franceses pegaron fuego á las casas, y toda la aldea quedó reducida á escombros.

Al propio tiempo se descubrió que los isleños abandonaban otra aldea de los alrededores, mandada por un jefe llamado Piki-Ore. Como no faltaban fuertes razones para creerle cómplice de Tekouri, emprendióse la marcha contra aquella aldea que igualmente se encontró desierta. Todas las casas fueron allanadas, y en ellas se descubrieron muchos objetos pertenecientes á los botes y harapos de los hombres asesinados. En la habitacion de Piki-Ore, halláronse entre otros objetos unas entrañas humanas limpiadas y cocidas, por cuyo motivo se redujo igualmente la aldea á cenizas. El destacamento se apoderó ademas de dos grandes piraguas que fueron botadas al mar y conducidas á los buques. Utilizáronse solamente las tablas mayores y se quemó todo el resto.

Consumadas estas represalias contra los pérfidos Zelandeses, los dos buques abandonaron la bahía de las Islas á 4 de julio de 1772, dejando en la memoria de los salvajes recuerdos terribles del paso de los Franceses. Sin embargo nunca han olvidado que la mayor parte de las hortalizas que se encuentran actualmente en abundancia en las cercanías de la bahía de las Islas, como nabos, berzas, etc., se deben á Marion: así que, mas de una vez recordaron esta circunstancia al capitán d'Urville hablando de Marion cual de un nombre ilustre y venerando.

En cuanto á los motivos que pudieron acarrear en pos de sí el asesinato de Marion y de sus compañeros, la version mas verosímil que puede admitirse, según los datos recojidos por M. d'Urville, es esta. El asesinato fué una consecuencia de las ideas adoptadas por los naturales sobre la necesidad indispensable de vengar los insultos recibidos. Las disposiciones unánimes de los jefes de la tribu de Paros, cuyo principal, Toui, era nieto de Malou que pereció en Motou-Roua, propendian á establecer que Tekouri, autor del asesinato de Marion y de sus compañeros, pertenecia, igualmente que sus guerre-

res, á la tribu de Wangaroa. Nagui-Noui, traidoramente arrebatado dos años antes por Surville, pertenecia á la misma tribu y podia ser próximo pariente de Tekouri. En esta circunstancia la ley del honor que estaba vigente en el país, imponia á aquel jefe el deber de alcanzar una satisfaccion de este ultraje, y si aguardó mucho tiempo, fué sin duda con el objeto de procurarse una ocasion propicia.

En su segundo viaje, verificado en marzo y abril de 1772, Cook hizo una larga recalcada en la bahía Dusky, junto al cabo O. de la Nueva Zelandia. Los oficiales y naturalistas recorrieron todo el país vecino, y no pocas veces tuvieron ocasion de admirar el carácter agreste y á menudo pintoresco del paisaje. Por lo demas, solo se encontró allí una familia zelandesa compuesta de siete á ocho individuos que verdaderamente parecian desterrados en aquel rincon del globo. Los Ingleses tuvieron con ellos muy pocas relaciones amigables, pero les colmaron de presentes insignificantes.

A 18 de mayo fondeó Cook en el canal de la Reina Carlota, donde encontró á su compañero de viaje, el capitán Furneaux, de que se habia separado hacia unas catorce semanas. Los naturales fueron á bordo para comerciar regular y amigablemente, y las jóvenes con permiso de sus maridos se entregaban á la discrecion de los marineros por algunas bagatelas. Algunas cedian tan solo con repugnancia, y las casadas se mostraron de una castidad escrupulosa. Procuráronse aclimatar en aquel punto algunos vegetales y animales de Europa. Los vegetales surgieron muy buen efecto; pero al cabo de muy pocos dias falleció una oveja, al paso que las cabras se propagaron con facilidad.

A 7 de junio los Ingleses abandonaron la Nueva Zelandia. A 21 de octubre del propio año apareció Cook en la bahía de Hawke, y regaló á dos jefes que fueron á visitarle, algunos cerdos, pollos, semillas y raíces útiles. Hallábase á la sazón á bordo de los buques ingleses el Taitio Hidi-Hidi, y al saber que las islas no producian cocos ni batatas, fué á buscar algunas para ofrecerlas á los jefes; y cuando le noticiaron que los cocos no podian jermínar en aquella tierra, ciñóse á demostrarles la utilidad de las batatas. Comprendiéronle perfectamente los caudillos, y en fé de su reconocimiento uno de ellos ofreció á los Ingleses su hacha de combate, cuyo puño era adornado de plumas encarnadas de papagayo y pelos de perros blancos. Antes de partir del buque, los jefes ejecutaron una danza guerrera, ajitando sus macanas, haciendo espantosas contorsiones, sacando la lengua y prorumpiendo en horribles alaridos.

Los Ingleses hicieron un nuevo recalo en el canal de la Reina Carlota, durante el que se cer-

cioraron de que los Nuevos Zelandeses eran antropófagos. Algunos oficiales encontraron en tierra algunos pedazos de la carne de un joven preparados para cocerlos; y los trajeron á bordo, donde los abandonaron á los naturales presentes que se los comieron á dos carrillos. Esta experiencia, repetida varias veces aniquiló las dudas de los mas incrédulos. Hidi-Hidi se escandalizó mas de este espectáculo que los Europeos mismos, y como no podia soportarlo de ninguna manera, tuvo que ir á ocultarse para dar libre curso á sus abundosas lágrimas.

Entre las ocurrencias mas señaladas de aquel recalo descuella una que nos refiere el mismo Forster en estos términos. « Nuestro amigo Tawa-Anga vino á visitarnos con toda su familia, y pasó inmediatamente á bordo con su hijo Koa y su hija Kopari. Introdujéronles en la cámara del capitán, quien les hizo muchos presentes y revistió al niño con una de sus propias camisas. Este niño se vió tan sobrecojido de júbilo, que nuestras caricias no fueron parte á retenerle en la cámara: su vanidad le incitaba á mostrarse á sus compatriotas y no cesó de molestarnos hasta que le dejamos salir. Pero fué desgraciado: un viejo cabron que amedrentaba todos los Nuevos Zelandeses, se ofendió de la forma grotesca del joven Koa, que se perdía en los anchos pliegues de su camisa, y se complació en echarle al suelo y pisotearle. Parecía gustar sobremanera de darle ligeras cornadas y estenderle de pies á cabeza para ensuciar mejor su camisa. Los inútiles esfuerzos del niño para levantarse y sus gritos provocaron de tal suerte la cólera del cabron, que iba á empezar de nuevo sus ataques sino hubiesen acudido los marineros. Su camisa estaba puesta negra, y su rostro y sus manos cubiertos de boñiga, en cuyo lastimoso estado se volvió á la cámara del capitán en aire afligido con los ojos vertiendo lágrimas y satisfecho de su vanidad. Narró sus desgracias á su padre; pero lejos de compadecerle, el salvaje se enfureció y se preparó á castigarle. Limpiámos su camisa y le lavámos el cuerpo, lo que á buen seguro no le habia sucedido desde su nacimiento. Entretanto su padre temiendo una desgracia semejante, rolló con esmero la camisa y quitándose su propio vestido, hizo con él un paquetito en que colocó todos los presentes que él y su hijo habian recibido.

Cook abandonó aquel fondeadero, y no tardó en ser reemplazado por el capitán Furneaux á quien le reservara la suerte una catástrofe. Despues de haber hecho escala en la bahía Houa-Houa, donde se procuró agua y leña, Furneaux llegó al canal de la Reina Carlota á 30 de noviembre de 1773, seis dias despues de la salida de Cook.

Furneaux no contaba permanecer mucho en

aquella bahía, y ya habia proyectado partir á 18 de diciembre, cuando despachó un bote á las órdenes de un oficial subalterno, llamado Rowe, para cojer plantas comestibles, que no volvió. Concitado por serias inquietudes, Furneaux envió al teniente Burney y diez soldados armados en busca del bote. No poco tiempo recorrió Burney la costa sin descubrir nada; examinó inútilmente muchas ensenadas y habitaciones, y al llegar á una playa de la ensenada vecina á la de la Yerba percibió algunos indicios. A vista de la embarcacion armada, los salvajes se fugaron hácia los bosques; y habiendo quedado desierta la playa, reconocieronse los restos del bote, unos zapatos, el uno de los cuales habia pertenecido á un oficial, y á alguna distancia una veintena de canastillos de los cuales los unos eran llenos de helechos, los otros de carne humana asada, muchos zapatos y una mano de hombre que llevaba pintadas las letras T. H. Era la mano del marinero Tomas Hill. Ya se preparaba á dirijirse á un espacio en que la tierra parecia prometer algunas revelaciones, cuando en las cercanías se levantó una humareda considerable que obligó á los Ingleses á reembarcarse en la chalupa y pasar á una bahía vecina á la de la Yerba, donde se hallaban cuatro piraguas con un corto número de naturales. Al acercarse los Ingleses se replegaron á una eminencia alumbrada por una grande hoguera y en cuyo pie estaban reunidos 1.500 salvajes. A su llegada á tierra, los Ingleses tiraron dos descargas de mosquetería, y á la segunda los salvajes emprendieron la fuga en medio de espantosos ahullidos. Solo hubo dos que tuvieron valor de hacer frente, mas cuando vieron que continuaban disparando sobre ellos, retiráronse con calma y altivez. El uno de ellos fué alcanzado por una bala á 400 pasos de distancia.

Viéndose dueño del campo, Burney fué en busca de otros indicios, y descubrió efectivamente mas restos del bote con las cabezas, los corazones y los pulmones de muchos individuos recientemente degollados. Consumado este reconocimiento, juzgó Burney que era tiempo de pensar en la seguridad de sus marineros, puesto que se iba anocheciendo, los salvajes se reunian de todas partes y sobrevino una lluvia que anulaba casi de todo punto la ventaja de las armas de fuego. En consecuencia pasó á la chalupa y tomó el camino del buque.

En esta fatal desgracia Furneaux perdió diez de los mejores individuos de su tripulacion. Como los antecedentes de los naturales no daban márgen á suponer una traicion de su parte, creyó que este fracaso seguramente fué motivado por una querella imprevista. Por lo demas, durante los cuatro dias que permaneció en el fondeadero no se volvió á ver ninguno de los naturales.

En el mes de octubre siguiente, Cook ancló en la misma bahía donde estacionó veinte días. Los naturales se manifestaron al principio sumamente tímidos, pero poco á poco se fueron familiarizando, y cuando vieron que los Ingleses no habian cambiado de maneras, fueron los primeros en hablar de la catástrofe de Furneaux; pero todo lo que se pudo comprender de sus relatos consiste en que aconteciera una batalla. Los salvajes preguntaban á menudo con inquietud á los Europeos si estaban enojados. Con el tiempo recobraron su confianza, y los Ingleses parecían olvidar completamente el desastre del año anterior. Los oficiales y los naturalistas se aventuraron varias veces solos y sin armas á hacer correrías en el interior y á considerables distancias del buque sin que les aconteciese ninguna desgracia.

A principios de su tercer viaje, verificado en 1747, Cook pasó otros quince días en esta ensenada de la que gustaba mucho, ya por la seguridad que ofrecia á sus naves, ya por los recursos que suministraba, ya por la salubridad del clima. Los habitantes empezaron á manifestarse reservados, y parecían creer que el objeto de la llegada de los Ingleses no era otro que el de tomar venganza del asesinato de sus compatriotas. Despues de muchas protestas amigables, se consiguió confortarles, tanto que el mismo jefe Kahoura, á quien designaba la opinion pública como principal autor del asesinato de los individuos subbordados á Furneaux, no titubeó en pasar á bordo de la *Resolucion* y presentarse al capitán Cook. Esta confianza era tanto mas estraña, cuanto no ignoraba que le habian denunciado, y que sus compatriotas mismos solicitaban á Cook para que le castigase como autor del atentado. Nadie manifestaba mas deseos de presenciar tal ejemplo de severidad que el Taitio Maï, que á la sazón se hallaba á bordo del buque inglés. Cuando Kahura subió á bordo por vez tercera, instó á Cook con la mayor viveza: « matadle, matadle ! » decia, y como el capitán no le escuchase, apostrofó al mismo Kahoura, diciéndole: « Si vuelves aquí, yo mismo te atrevesaré con mi propia mano. » En vez de intimidarse por esta amenaza, el intrépido Zelandés volvió á bordo al día siguiente con toda su familia, hombres, mujeres y niños, que entre todos ascendían á veinte personas. Cook dió permiso para que le recibiesen, pero Maï saltó furioso junto á Cook. « Aquí está Kahoura, matadle ! » y se alejó creyendo que iba á hacerse la ejecucion; pero á su regreso hallando vivo á Kahoura exclamó: con indignación: « Porque no le matais? Habeisme asegurado que en Inglaterra ahorcan á un hombre que mate á otro: este bárbaro ha muerto diez y no quereis darle muerte, aunque la mayor parte de sus compatriotas la desean, aunque sea

justa ! » Sonrióse Cook, y mandó á Maï que preguntase á Kahoura porque habia muerto á los Ingleses. A esta pregunta la energía de Kahoura le abandonó, bajó la cabeza, tendió los brazos en ademán de súplica, y pareció aguardar la muerte. Sin embargo cuando le aseguró Cook que no le harían ningun daño, recobró su serenidad habitual, y respondió que habiendo un Zelandés deseado permutar un hacha de piedra con un Inglés, este se apoderó de ella á viva fuerza sin querer dar nada en retribucion; que el Zelandés habia querido hacerse justicia por sí mismo y tomar como equivalente algunos pedazos de pan; pero que los Ingleses habian arremetido sobre él y dado principio á la querella. Efectivamente las posteriores pesquisas indujeron á creer que esta relacion era exacta; pues los demas salvajes refirieron que los Ingleses empezaron á comer en la yerba rodeados de muchos naturales, y que durante el banquete estos hurtaron pan y pescado; los Ingleses irritados se lanzaron sobre ellos; armóse una marimorena; dos Zelandeses cayeron muertos de dos fusilazos; pero antes que pudiesen volver á cargar sus armas los Ingleses fueron bloqueados y pasados á degüello.

Cook abandonó para siempre esos parajes á 25 de febrero de 1777 llegando consigo dos jóvenes naturales, Tawai-Aroua y Kokoa, que jamas debian regresar á su patria. Este recalo fué no menos útil que los dos precedentes á los progresos de las ciencias naturales. El laborioso Anderson agregó una multitud de preciosas observaciones á las recojidas ya en las campañas anteriores por Banks, Solander y los dos Forster.

En el mes de noviembre de 1691, Vancouver estacionó tres semanas en la bahía Dusky, donde solo vió dos miserables hutas desiertas. Menzies, botánico de la expedicion, encontró en ese punto la verdadera corteza de Winter.

D'Entrecasteaux reconoció igualmente en 1793 las islas Manawa-Tawi y la parte N. de Ika-na-Mawi, en una estension de unas veinte y cinco millas. Por lo demas, solo tuvo comunicaciones insignificantes con los naturales.

En el mes de abril del propio año el capitán Hansen del *Dedalus*, que habia suministrado víveres á Vancouver, arrebató por sorpresa á dos isleños llamados Oudou y Touki, pertenecientes al distrito de Wangaroa, y los condujo á la isla Norfolk. Por su medio los Ingleses juzgaban obtener algunas noticias relativas á la fabricacion del cáñamo de phormium: pero como este trabajo dependia casi esclusivamente de las mujeres, nada pudieron especificar con este objeto ni uno ni otro. Deseando cohonestar el rapto brutal de que habian sido víctimas estos dos jóvenes Zelandeses, el gobernador de la isla King les trató con mucha

consideracion; hasta el punto de acompañarles en persona á su patria seis meses despues. Semejantes atenciones quedaron tan fuertemente grabadas en el ánimo de los naturales, que en lo sucesivo manifestaron mucha deferencia para con los Ingleses. Comenzaba entonces el pabellon británico á ondear en las costas de la Nueva Zelandia, adonde la pesca de la ballena y especialmente la de las focas atraian una multitud de armadores, que ademas se procuraban maderas de construccion, cáñamo de phormium y víveres á un precio sumamente módico. En breve aparecieron en aquellos parajes numerosos aventureros que dieron á conocer sucesivamente el estrecho de Foveaux, que separa la isla Stewart de Tavaí-Pounamou, la union de la isla Banks de Cook con la tierra vecina, y diversos fondeaderos en la parte mas austral de la Nueva Zelandia. En todos esos viajes los Europeos penetraron mas á fondo á los Zelandeses, conociendo por experiencia que eran enemigos sanguinarios, intrépidos, implacables y vengativos hasta el grado de devorar los cadáveres de los vencidos, ó bien amigos igualmente fieles, leales y valerosos. Por su parte los Zelandeses estudiaron el carácter de los Europeos y justipreciaron sus costumbres: así que, en cuanto echaron de ver que su prepotencia real estaba basada sobre la posesion de las armas de fuego, no omitieron medio alguno para procurarse de ellas. Al principio trocaban hasta una docena de cerdos ó muchos centenares de canastillos de patatas por un fusil, por cuyo motivo acontecia que la posesion de un instrumento de muerte hambreada á una poblacion entera por espacio de un mes.

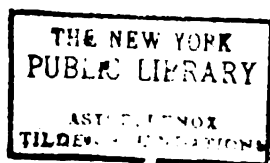
Todos aquellos salvajes se negaron por largo tiempo á embarcarse á bordo de los buques ingleses para ir á visitar la colonia europea. El primero que se decidió á ello fué un jefe de la bahía de las Islas llamado Tepahi. Por los años de 1805 dejóse conducir con sus hijos á la isla Norfolk, de donde pasó á Port Jackson. El gobernador King y las personas mas distinguidas de la colonia le trataron con toda consideracion hasta que se volvió á su tierra colmado de presentes, de útiles y de instrumentos. Hallábase igualmente en el buque en que iba un jóven Inglés llamado Jorje Bruce, que pidió y obtuvo el permiso de quedarse con él en Rangui-Hou. Desde luego se granjeó todo el afecto del jefe salvaje, que le dió su hija en himeneo y le nombró su primer jeneral. Empero para conseguir este doble honor fué preciso que Bruce se sujetase á un completo pintarroteo, despues de cuya ceremonia fué considerado digno de obtener la mano de la jóven Etoki, la mas jóven de las hijas de Tepahi, apenas de quince años de edad. Bruce llegó á ser un personaje de importancia en su tribu, y no pocas veces prestó servicios esenciales á los buques de sus compatriotas. Sin embargo, no siempre se mostraron

agradecidos, de suerte que entre otros habo uno que se portó con él ni mas ni menos que un traidor ó un pirata: este era el capitán Dalrymple del buque *Jeneral Wellesley*. Este capitán fondeó en un punto bastante distante del distrito de Tepahi; y apesar de la distancia reclamó de Bruce una provision de víveres, á lo que se prestó este sin dificultad. Entonces Dalrymple trató de acompañarle al cabo N. para que cooperase á sus permutas, á lo que accedió Bruce no sin repugnancia. A este objeto embarcóse con su mujer á bordo del *Jeneral Wellesley*, bajo la condicion formal de restituirla á su tribu; pero en lugar de cumplir su promesa, el filibustero Dalrymple llevó el rumbo hacia la India, abandonó á Bruce en Malaca y vendió su mujer en Penang. Aseguran algunos que Bruce logró despues alcanzar de nuevo á su esposa, y que volvió con ella á la Nueva Zelandia, pero lo cierto es que no se habló mas de él.

Semejantes actos de perfidia y de brutalidad, que de cuando en cuando se reproducian, provocaron de parte de los naturales las mas terribles represalias, que dieron márgen á la aventura del *Boyd*, su capitán John Thompson. Este buque habia recibido á bordo muchos naturales para restituirlas despues á su patria, entre los cuales se contaba el hijo de uno de los jefes de Wangaroa, llamado Taara, pero mas conocido bajo el nombre de Jorje. Aunque Taara habia satisfecho su pasaje, dedicábase espontaneamente al servicio de abordo y se ocupaba tambien en la maniobra. Sobrecojióle una enfermedad que le impidió continuar su trabajo gratuito y voluntario, y el brutal capitán le mandó castigar severamente negándole su racion correspondiente y amenazándole que le arrojaría al mar. En vano manifestó Taara que su dignidad de jefe le hacia acreedor á ser considerado de otro modo que un esclavo, pues lejos de atender á sus razones, le maltrataron á golpes. Disimuló Taara; pero en cuanto se vió entre los suyos, congregó sus amigos y decidió la pérdida del *Boyd*.

No menos imprevisor que cruel, Thompson desembarcó con su tripulacion dejando el buque bajo la custodia de algunos marineros solamente. En cuanto apareció á la vista de Tepouhi, echóle este en cara su conducta observada con su hijo, y le mató de un macanazo, sufriendo la misma suerte todos sus compañeros. Al propio tiempo pasaba á bordo otra escena de carnicería. Acudiendo en gran número en sus piraguas, los naturales saltaron al abordaje y sorprendieron á los marineros restantes (Pl. XLIX. — 3). Algunos se habian refugiado en los aparejos y fueron salvados por el jefe Tepai, que acababa de llegar de la bahía de las Islas y que los recibió en su piragua; pero en cuanto llegaron á tierra, los naturales de Wangaroa arremetieron sobre ellos y los pasaron á cuchillo, descuartizando y

3. L'incendie de Boyd par les Nuevos Zelandes
3 Robo del Boyd por los Nuevos Zelandeses



devorando en seguida los cuerpos de las víctimas. De las 70 personas que montaban el *Boyd*, solo escaparon dos mujeres y un niño que se habían ocultado desde el principio de la matanza. Poco después fueron descubiertos, pero lejos de ser maltratados, les entregaron á un capitán que hizo escala en la bahía. El grumete de la cámara también se salvó: era un buen chico que durante la travesía se había portado muy bien con el jefe Taara, tanto que este le había cobrado afecto. En lo más recio de la matanza avistó al jefe y se arrojó en sus brazos exclamando: « Por Dios no me mateis, Jorje! » Apesar de la irritación del momento, Jorje le tomó bajo su salvaguardia: « No, hijo mío, yo no te mataré, le dijo; eres muy buen chico. » Efectivamente le salvó. Por lo demás, la toma del *Boyd* fué fatal al mismo vencedor. Con efecto, viéndose dueño del buque, el padre de Tahara quiso probar su mosquete; y como se hallaba junto á un barril de pólvora descuidado, el fuego prendió á la pólvora, hizo saltar al anciano y abrasó el buque, cuyo incidente acabó de escarmentar á Tahara contra los Europeos á quienes imputaba la muerte de su padre.

Hemos visto que el jefe Tepahi se esforzara inútilmente en salvar de aquel desastre algunos marineros ingleses. Lejos de valerle la amistad de los Europeos, esta conducta mal comprendida le acarreó toda la fuerza de su resentimiento confundiendo ó finjiendo confundir su nombre con el de Tepouhi, padre de Jorje, y pasando por uno de los autores del asesinato. Algunos meses después muchos capitanes balleneros fondearon en la bahía de las Islas para tomar venganza y atacar de concierto la isla donde residía la tribu de Tepahi. Los naturales padecieron mucho en aquella agresión injusta é inopinada; muchos fueron muertos, un número más considerable heridos, y su aldea fué arrasada hasta en sus cimientos. Aunque herido de gravedad, Tepahi consiguió escaparse, pero murió algún tiempo después en una batalla contra la tribu de Wagaroa, cuya causa primordial era el mismo rapto del *Boyd*.

A la misma época y á imitación de Tepahi, diversos isleños abandonaron su país para seguir á los Europeos y acomodarse á sus costumbres. En 1805 Maunga de Korora-Keka pasó á Inglaterra bajo la protección del doctor Savaje, y fué presentado á la familia real y á diversas personas de distinción que le hicieron ricos presentes. De regreso á su país natal fué desterrado poco tiempo después por el Arikipor un robo cometido á bordo de una embarcación; mas después de haber sufrido un largo destierro, volvióse á su patria y gozó en ella de cierto crédito bajo el nombre de King-Harry.

Otro joven Zelandés, Mawi, sobrino de Ta-

ra, Ariká de Korora-Reka, apenas de nueve á diez años de edad, fué confiado igualmente por su padre en 1806 á un capitán que había logrado convencerle de las ventajas de la civilización y de los beneficios del cristianismo. Mawi aprendió á leer y escribir en casa de un colono de la isla Norfolk á quien siguió en 1812 á la Nueva Gales del S. El joven Zelandés fué puesto bajo la dirección de M. Marsden, principal capellán de la colonia y que le cobró el mayor afecto. Mawi acompañó á los primeros misioneros á su país, donde les fué sumamente útil en calidad de intérprete. Poco tiempo después pasó á Inglaterra donde fué recibido en el establecimiento de la sociedad de las misiones y observó una conducta ejemplar. Mostraba el mayor zelo por instruirse, y el jefe de las misiones fundaba en él muy grandes esperanzas, cuando le arrebató una fiebre pútrida á 28 de diciembre de 1816.

Más singular fué el destino de Doua-Tara, sobrino de Tapahi y jefe de Rangui-Hou. Dominado del deseo de instruirse en la escuela de los Europeos, el pobre isleño nunca pudo alcanzar á llevar á cabo su proyecto. Juguete de la mala fé de los capitanes, no tuvo otro conocimiento de nuestra civilización que su corrupción y sus intrigas. Embarcado en 1805 á bordo del ballenero el *Argo*, desempeñó por más de un año el servicio de marinero y de remero, y fué desembarcado después en Port Jackson sin el menor resarcimiento. Entonces Doua-Tara pasó á bordo del ballenero el *Albion*, su capitán Richardson, y pasó seis meses pescando en las costas de la Nueva Zelandia. Cuando el *Albion* fondeó en la bahía de las Islas, Doua-Tara regresó entre sus amigos después de haber recibido del capitán diversos artículos de Europa en pago de sus servicios.

Seis meses después, el *Santa Anna*, su capitán Moody, fondeó en el mismo punto, y en consecuencia Doua-Tara se embarcó de nuevo para pasar á la isla Bounty con otro Zelandés, dos Taitios y diez Europeos, con objeto de matar focas y preparar sus pieles. Abandonados en aquella árida playa con una insignificante provisión de pan, salazon y agua, estos individuos pasaron cinco meses sin poder subvenir á sus necesidades y espuestos á inauditos sufrimientos. Transcurrido este tiempo volvió á aparecer el *Santa Anna*, tomó 8.000 pieles de focas preparadas y dió á la vela para la Inglaterra, la Inglaterra, que el padre Doua-Tara anhelaba desde largo tiempo. El *Santa Anna* entró finalmente en el Támesis en julio de 1809. Doua-Tara manifestó sus deseos de ver al rey, y Moody se lo prometió; pero algunos días después el pérfido capitán hizo trasladar al salvaje á bordo del buque *Ann* que llevaba forzados para la Nueva

Gales del S. En vano el desgraciado isleño reclamó algunos vestidos y premios por sus largos servicios; pero le contestaron que en Port-Jackson se los retribuirían con algunos mosquetes. Sobrecojido de enfermedad que debía atribuirse no tanto á la mudanza de clima como á su pesadumbre, Doua-Tara llegó á bordo del *Ann* estenuado y medio muerto. Afortunadamente se hallaba en el mismo buque M. Marsden que pasaba á Port-Jackson; pero hasta mucho tiempo despues no tuvo la noticia de la presencia de Doua-Tara á bordo del *Ann*. La primera vez que le encontró, estaba tristemente sentado en el castillo de proa, cubierto de andrajos y sufriendo una violenta tos. Interrogado Doua-Tara, narró sus aventuras; ponderó las escesivas miseria que habia sufrido á bordo del *Santa-Anna*, y acabó por manifestar que los marineros ingleses le habian cruelmente zurrado, ocasionándole continuas salivaciones de sangre, y que el capitán por su parte le habia negado la paga é impedido ver al rey.

Instruido de sus infortunios, M. Marsden auxilió al pobre Doua-Tara; le curó, le sujetó á un régimen sano y fortificante que le restableció la salud, y desempeñó con zelo é inteligencia el servicio de marinero. Llegado á Port-Jackson en febrero de 1810, vivió en Parramatta ocho meses en casa de M. Marsden ocupándose de los trabajos de agricultura. Finalmente M. Marsden contrató con el capitán del ballenero *Frederick* para restituirlo á su país con otros tres Zelandeses, á la sazón empleados en casa de M. Marsden, estipulando la sola condicion de que los naturales le ayudarian á hacer su cargamento mientras se hallase el buque en la costa de la Nueva Zelandia.

Doua-Tara pasó dos dias en tierra cerca del cabo Otou, para procurar á la tripulacion una provision de cerdos y de patatas, y en seguida el capitán se ocupó de hacer su cargamento de aceite que se halló dispuesto al cabo de unos seis meses. Hallándose el buque en los alrededores de la bahía de las Islas, Doua-Tara y sus compañeros hicieron presente al capitán la obligacion que habia contraído en presencia de ellos y de M. Marsden, y le suplicaron que le desembarcase en su patria cuyas costas tenian á la vista. Lejos estaban de esperar aquellas pobres jentes una nueva perfidia; pero cual fué su sorpresa cuando el capitán les contestó que se dirigia á la isla Norfolk, y que atracaria de paso para desembarcarles á algun otro punto de la Nueva Zelandia! Llegados á la isla Norfolk, Doua-Tara y sus tres compañeros fueron enviados á tierra para hacer aguada, é impelidos por la marejada se hallaron á punto de ahogarse bajo las rocas de la costa. Para manifestar cuanto habian padecido, Doua-Tara decia que en aquel

peligroso momento, «su corazón estaba lleno de agua. «El pobre Zelandés no habia tocado el término de sus infortunios pues cuando se halló de regreso á bordo, el capitán del *Frederick* le declaró que no volveria mas á la Nueva Zelandia; en razon de que iba hacerse á la vela para Inglaterra, y que en consecuencia les desembarcaria en la isla Norfolk. Efectivamente abandonóles en aquella tierra desierta y sin recurso, donde les halló el capitán Gwyner del ballenero *el Ann*, que les recojió hambrientos y les condujo á Parramatta en casa de M. Marsden. Finalmente, en virtud de una nueva contrata y de una nueva campaña de cinco meses, el pobre Doua-Tara fué restituido á su patria en 1812 con semillas de trigo é instrumentos de agricultura que trajera de Parramatta.

Á su llegada, Doua-Tara fué investido sobre la marcha de la autoridad de su tío Tepahi, que acababa de fallecer. Lleno de la idea de mejoras agrícolas, congregó inmediatamente sus amigos, manifestóles las ventajas que podian resultar del cultivo de las tierras, mostróles su trigo; explicóles que aquel grano era la base del pan y del bizcocho que comian con tanto placer á bordo de los buques europeos; distribuyóles algunos, y reservó el resto para sí y su tío Shongui, uno de los jefes mas influyentes de aquella comarca de la Nueva Zelandia. Todos sembraron su grano; pero á escepcion de Shongui, impacientes de disfrutar de sus cosechas, é imaginándose que el fruto debía apuntar en la raíz, como en las patatas, arrancaron su trigo aun verde, y no habiendo encontrado nada, pegaron fuego á todas sus plantas y se reunieron junto á Doua-Tara para chancearse de él: «Porqué has viajado mucho, le dijeron, te crees deber engañarnos.» Bien les explicó Doua-Tara su yerro, pero de ningún modo quisieron creerle. Entretanto los trigos de Doua-Tara y de Shongui llegaron á madurez, y los enseñaron á los incrédulos. «Sí, dijeron, esto ha nacido del grano; pero no sirve para hacer pan.» Doua-Tara procuró moler el trigo en un molino de café, pero su operacion no surtió muy buen efecto, lo cual pareció robustecer las razones de sus contrarios. Sin embargo al año siguiente M. Marsden levantó un molino harinero, y Doua-Tara hizo harina en presencia de los jefes reunidos y una torta que dividió entre dos. Entonces quedaron bien convencidos y manifestaron sus deseos de cultivar tan útil semilla.

Á la noticia de las buenas disposiciones de que estaban animados los naturales, M. Marsden pensó en despachar dos personas adictas á las misiones, MM. Kendall y Hall, para examinar las localidades y calcular el éxito de un establecimiento. Estos dos evangelistas llegaron á la bahía de las Islas á 1 de julio de 1814, y pa-

saron seis semanas en visitar las tribus vecinas á la bahía. Dispenséronles por donde quiera la mas favorable acogida; y los jefes del país, Shongui de Wai-Mate, Koro-Koro de Paroua y Doua-Tara de Rangui-Hou, quisieron de todos modos acompañar á los misioneros á su regreso á Port-Jackson, á fin de decidir mas prontamente á M. Marsden á fundar entre ellos una mision.

Deseando M. Marsden llevar á cabo en persona un negocio de tanta importancia, embarcóse á 19 de noviembre de 1814 con MM. Kendall, Hall, King y sus familias, y al pasar por frente de Wangaroa tuvo la satisfaccion de especuar una guerra que existia entre sus tribus y las de la bahía de las Islas. A su llegada á este último punto, visitó varias tribus, y en todas fué acogido con entusiasmo y respeto recibiendo los homenajes de todos los jefes de aquellas costas, Shongui, Koro-Koro, Doua-Tara, Tara y Tarea. Habiéndose internado hasta la bahía Shouraki, acompañado de una numerosa escolta de naturales, recibió una distinguida acogida de parte del Ariki Houpa, uno de los mas poderosos jefes de la comarca. A su regreso á la bahía de las Islas, Mr. Marsden convocó una asamblea de los jefes del país, y en presencia de todos se firmó una contrata... que mediante doce hachas atribuía 200 acres de tierra en el territorio de Rangui-Hou á la sociedad jeneral de las misiones. Como sello del tratado el jefe que vendia puso en el papel la copia del pintarroteo que le cubria el rostro; esta era su firma. En el terreno cedido levantaron á la mayor brevedad varias casas donde se alojaron los misioneros con sus familias y los operarios que les habian seguido. El establecimiento se componia en su origen de veinte y cinco Europeos de ambos sexos y de todas edades.

Consumada esta instalacion, Mr. Marsden abandonó Rangui-Hou á 26 de febrero de 1815 con el sentimiento de dejar á Toua-Tara muy enfermo de un afecto de entrañas que le llevó al sepulcro poco tiempo despues. Su muerte fué para la Nueva Zelandia una pérdida irreparable, pues era el único de sus compatriotas que habia vivido entre los Europeos el tiempo suficiente para comprender su civilizacion y echar mano de todos sus recursos. Cuando vió á los misioneros colonizar un pedazo de terreno de Rangui-Hou, dijo á Mr. Marsden: «Ahora que he introducido el cultivo del trigo en la Nueva Zelandia, llegará á ser una tierra importante. Con el tiempo podré esportar trigo á Port-Jackson, donde compararé azadones, hachas, arados, té, azúcar, etc.» Parecía que la Nueva Zelandia iba á tomar el aspecto de los alrededores de Sydney; trazaba vastos proyectos de desmontes, y habia levantado ya el plano de una ciudad regular. Tales eran los grandiosos proyectos que ocupaban su

ánimo, cuando le arrebató la enfermedad á los veinte y ocho años. Sin embargo es preciso no creer que Doua-Tara consiguiera sobreponerse enteramente á las preocupaciones zelandesas: diez años de permanencia entre los Europeos, una inteligencia rara y un juicio sólido no fueron parte á contrarestar la influencia de los recuerdos de la infancia. El mismo hombre que entre los Ingleses se zumbaba de las supersticiones de su país, en cuanto le sobrecojió la enfermedad pasó á ser su esclavo ni mas ni menos que sus compatriotas, sometiénose á las escisiones mas salvajes del tabou, y contestando, cuando se lo echaban en cara, con eufios pueriles.

Establecidos ya los misioneros, tuvieron que chocar los efectos de tan supersticiosas costumbres, omnipotentes á la sazón en la comarca. Aunque al parecer tranquilos y sossegados, no cabe duda que por de pronto su autoridad hubiera podido verse invadida á la muerte de Roua-Tara, en virtud de la estraña costumbre que en semejantes casos escije que las naciones vecinas pasen á sangre y fuego el territorio del difunto. Sin embargo, merced á la intervencion del poderoso Shongui y de algunos otros jefes, se vieron libres de tan salvaje invasion.

Entretanto aquellos piadosos colonizadores se ocupaban con zelo del cultivo de las tierras, de la educacion de la juventud y de la conversion de los naturales. La agricultura correspondió mejor á sus esfuerzos que el entendimiento de los indijenas; la mayor parte de los productos de Europa surtieron en sus campos muy buen efecto: pero prescindiendo de un corto número de niños que aprendieron á leer y escribir, sus esfuerzos espirituales quedaron sin resultado. El carácter de aquella raza, ávida de sangre y de combates, parecia casi incompatible con una religion impregnada de mansedumbre y de paz. En vez de amortiguar las guerras, la presencia de los Europeos las hizo mucho mas sangrientas por medio de la introduccion de las armas de fuego entre los naturales.

En el mes de agosto de 1815 fondearon en una bahía situada cerca del cabo Moe-Hao dos embarcaciones denominadas *Trial* y *Brothers*; pero los naturales las atacaron tenazmente y consiguieron apresarlas. Sin embargo en virtud de una lucha obstinada, los Ingleses recobraron sus naves, despues de haber permanecido muchas horas en poder de los salvajes. En esta accion murieron cinco Europeos y cien Zelandeses.

Por este mismo tiempo uno de los misioneros, Mr. Hall, fué á residir en otro punto de la bahía de las Islas apellidado Wai-Tangui, cuyo suelo le pareció mas fecundo que el de Rangui-Hou. En consecuencia se fundó en esta localidad bajo la proteccion del jefe Waraki un establecimiento que prometia ya las mas fecundas

esperanzas, cuando este jefe falleció. En virtud de la costumbre precitada, los naturales saquearon la casa de Mr. Hall, y aun le dirijieron algunas amenazas; por cuyo motivo este misionero partió en 1816 de Waí-Tangui, reputada por el jardín de la Nueva Zelandia.

En el mes de marzo del propio año fondeó en las cercanías del cabo E., en la bahía de Toko Malou, el bergantín americano el *Agués*, que entabló muy buenas relaciones con los salvajes. En consecuencia hizo con ellos algunas permutas viviendo amigablemente durante dos días; pero al tercero el capitán dió la orden de hacerse á la vela por razon de haber sobrevenido algunos sintomas nada satisfactorios. Era ya tarde: lo salvajes, en número de muchos centenares arremetieron sobre la tripulacion, degollaron á tres individuos y se llevaron prisioneros á los doce restantes. Seis de estos fueron muertos en la playa, y descuartizados y comidos en presencia de los que sobrevivian. Los otros seis fueron internados al dia siguiente hasta una aldea llamada Rangadi, donde sufrieron la dolorosa operacio del pintarroteo en el rostro. Cinco de ellos vivieron seis meses en Rangadi, y en seguida los separaron, acompañando solamente dos á un poderoso jefe apellidado Emaí á las provincias centrales. El uno era Inglés de nacimiento, llamábase Rutherford, y á él debemos los pormenores de esta aventura.

Llegados á casa de Emaí, los dos Europeos vivieron cosa de un año con bastante tranquilidad, dedicándose á la pesca y á la caza por cuenta de su jefe, y matando algunas palomas zoritas con una hermosa escopeta de dos cañones que tocó á Emaí juntamente con algunas municiones, cuando la reparticion del botin del *Agués*. Al cabo de este tiempo al compañero de Rutherford le aconteció un suceso bastante extraño. Cierta dia se ausentó Emaí para asistir á una fiesta que se celebraba en las cercanías, dejando á los dos blancos el encargo de custodiar la casa donde se hallaban la anciana madre de Emaí postrada en el lecho del dolor y un médico que la cuidaba. El camarada de Rutherford prestó por casualidad á un esclavo su cuchillo con objeto de cortar juncoo destinados á reparar una casa; y cuando se lo devolvió mató un cerdo y después algunos pedazos en una marmita para cocerlos juntamente con varias patatas mondadas con el mismo cuchillo. Ninguna de todas estas circunstancias era indiferente, como vamos á ver. Cuando las patatas fueron cocidas, la anciana enferma manifestó deseos de probarlas, á cuyo objeto pidió de ellas á los blancos, quienes no tuvieron reparo en satisfacer sus deseos en presencia del médico. Al dia siguiente, casi en el acto de regresar Emaí, exhaló el último suspiro.

Celebráronse los funerales con la pompa debi-

da á su rango. Ningun sequito faltó á ellos; ni la exposicion pública del cadáver sujeto de aceite y escornado de plumas blancas, ni las descargas de mosquetaría, ni las visitas de los jefes vecinos, ni las lamentaciones, ni las rasgadas (Pl. XLI. — 3). Estas ceremonias duraron tres dias; pero al cuarto se congregaron solemnemente los jefes en torno del cadáver para examinar escrupulosamente la conducta del médico, y cerciorarse si la enfermedad habia ó no sucumbido por alguna negligencia en los rites prescritos, en cuyo caso, segun la costumbre del pais, solo la muerte podia espisar su falta.

En consecuencia llamaron al doctor, y le obligaron á explicar minuciosamente todas las circunstancias de la enfermedad. No omitió ningun pormenor; todo lo refirió, sin exceptuar el hecho de las patatas, y se retiró. Entonces un anciano jefe tomó la palabra, dió algunas vueltas al fíretro, y declaró con gravedad y majisterio que la muerte de la mujer debia atribuirse á haber comido patatas mondadas con el cuchillo de un blanco; por razon de que este cuchillo habia servido para cortar juncoo destinados á reparar una casa; concluyendo su discurso con expresar su parecer de que el blanco debia ser inmolado, cuyo suceso honraria sobremanera al alma de la difunta. Esta opinion fué aprobada por unanimidad; mas como el pobre culpable se veia imposibilitado para defenderse, Rutherford procuró patrocinar su causa, diciendo que su compañero no habia obrado con mala intencion, que ignoraba en este particular las costumbres del pais, é implorando en favor de su camarada la piedad de Emaí. Sin embargo absorbido este en la fuerza de su dolor hizo ademán de no escucharle, y el anciano jefe se dirigió de consiguiente hácia la victima y la mató de un golpe de maza mientras Rutherford peroraba todavia. Por lo demas, Emaí no permitió en ninguna manera que comieses su cuerpo, y lo entregó al Inglés para que lo inhumase del modo que le pareciese mas conveniente.

Algun tiempo después, Rutherford llegó á ser una autoridad en el pais, pues le nombraron jefe, y Emaí le concedió dos de sus hijas en matrimonio. Desde entonces tomó parte en todas las expediciones guerreras de su suegro, y participó de sus providencias. En una de estas escursiones llegó hasta Tara-Nabe, situada á orillas del estrecho de Cook, donde vió un Inglés escapado de la matanza de un buque, y casado con la hija de un caudillo del pais. Desde Tara-Nabe pasó al cabo Waí-Apou, donde halló al famoso Pomare y sus guerreros prosiguiendo sus conquistas en el litoral de la Nueva Zelandia.

Poco después Rutherford acompañó á Emaí, que en calidad de auxiliar iba á contarse con los jefes de Kai-Para, que se hallaban en guer-

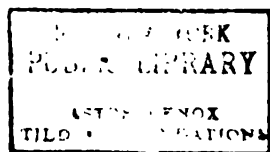
1. 'Hongkong'

2. 'Tientsin'

3. 'Cinco misiones del Tíbet' y 'Caravella - velando';
3 casas con esculturas de los Jefes Nueva Zelanda

de 'Amoy' del

POYANG
VIAGE



ra contra las tribus de la bahía de las Islas. Después de haber empleado cinco semanas para llegar á Kai-Para, halló unos mil guerreros congregados en la ribera de un río, ocupando los enemigos la ribera opuesta. Antes de empezar el combate, Rutherford pasó el río para ir á confabular con un blanco que se hallaba en el campo enemigo, y durante esta entrevista vió á Shongui matar de un macanazo á uno de sus esclavos y devorar su corazón aun palpitante. Por pretexto de esta acción Shongui alegó que aquel esclavo le había robado una armadura, con la que había sido preso en el acto de fugarse al enemigo.

Dióse la batalla al día siguiente. Entonóse el canto del combate, y en seguida tuvo lugar el fusileo. Las armas no volvieron á cargarse, y el combate continuó cuerpo á cuerpo con las macanas: el ejército de la bahía de las Islas fué derrotado, pero al pasar junto á Rutherford uno de los fujitivos le arrojó un dardo que le penetró en el muslo. Dos mujeres retiraron su punta por medio de una ancha incision que hicieron al rededor de la herida con una concha acerada; en seguida le aplicaron algunas yerbas frescas, y la herida quedó curada en breve. Cuando los vencedores hubieron celebrado la victoria en el mismo campo de batalla con los cuerpos de los enemigos muertos, Rutherford pudo regresar con Emai y sus compañeros al seno de su tribu.

Poco tiempo después de aquella expedición se levantaron algunas humaredas en las vecinas montañas, y á su vista los naturales exclamaron « *kai-pouke! kai-pouke!* (buque! buque!) Inmediatamente Emai emprendió la marcha con Rutherford y muchos guerreros, como tambien algunos esclavos que dirijian una piara de cerdos hacia Toko-Malou, adonde llegaron en dos dias. Hallábase á la sazón el buque bastante enmarado, con un viento contrario que le impedía alcanzar la costa. Los caudillos tuvieron consejo, y decidieron que si el buque entraba en la bahía, se apoderarian de él y pasarían á cuchillo la tripulación. Por temor de que no se atreviese á atracar á la costa, resolvieron mandar á Rutherford á bordo para atraerlo con promesas halagüeñas: finjió este prestarse en todo á sus deseos dando gracias al cielo en el fondo de su corazón del azar que le ofrecía el medio de recobrar su libertad. Efectivamente, revestido del uniforme de guerrero zelandés, remó hacia el buque en una piragua conducida por el hijo de un caudillo y montada por cuatro naturales; y en cuanto llegó al bergantin americano, Rutherford narró al capitán sus aventuras dramáticas y obtuvo el favor de ser recibido á bordo. En consecuencia el hijo del jefe que había empezado por cometer algunos robos fué azotado severamente y despedido con sus esclavos; después de lo cual el capitán se hizo á la mar por

Tomo III.

temor de sufrir la suerte que experimentara el *Agnes* en aquellos parajes de mal agüero. Así que tras un cautiverio de diez años Rutherford fué puesto en libertad á 9 de enero de 1826.

Entretanto iban continuando los progresos de los misioneros, bien que con harta lentitud. En el mes de abril de 1817, M. Kendall había reunido en su escuela hasta setenta discípulos de uno y otro sexo, que manifestaban para aprender á leer y escribir una disposición casi igual á la de los niños europeos. Si los parientes no les hubiesen distraído á menudo de sus lecciones para mandarlos en busca de los víveres necesarios á su subsistencia, á buen seguro que habrían hecho progresos mas sorprendentes todavía. Por este tiempo M. Marsden envió á la bahía de las Islas seis reses vacunas, y tuvo lugar una guerra entre los pueblos de la bahía de la Abundancia y Shongui de acuerdo con Houpa, Ariki de las riberas del Shouraki. Tratábase de vengar tres asesinatos cometidos en la persona de unos miembros de la tribu de Shongui. Las fuerzas reunidas de ambos jefes no pasaron de 800 guerreros; pero las armas de fuego les daban una marcada superioridad. Quinientas aldeas fueron entregadas á las llamas, causando un considerable número de muertos y cojiendo 2.000 prisioneros de todos sexos y edades que fueron repartidos entre los jefes en calidad de esclavos. Una sola piragua de Mangui-Hou trajo setenta cabezas preparadas conforme á los procedimientos del país.

En 1817 Touai y Titari, de la tribu de Paroa, se hicieron á la vela para Port Jackson, y de allí para Inglaterra á bordo del bergantin *Kangaroo*. Llegados á Londres el año siguiente, los dos Zelandeses pasaron diez meses en las escuelas de la sociedad de las misiones, pero solo prestaron atención á las artes mecánicas. La civilización no había hecho mas que tocar someramente á aquellos salvajes cuando regresaron á su patria en 1819 con M. Marsden y tres nuevos misioneros seguidos de sus familias. Establecieron estos en Kidi-Kidi bajo la protección de Shongui en un territorio de 13.000 acres, comprado por este jefe mediante cuarenta y ocho hachas. Al presenciar aquella nueva organización, Koro-Koro manifestó un sentimiento tan íntimo de no tener á su lado algunos misioneros que M. Marsden se decidió á fundar una pequeña pertenencia en un punto denominado Manawa-Oura, que se hallaba en los dominios de aquel jefe.

El poder é influjo de Shongui sobre toda la parte septentrional de Ika-na-Mawi se iban acrecentando gradualmente. Este caudillo, una de las cabezas mas caracterizadas de aquella raza (PL. XLVII. — 1), afectaba ya pretensiones al gobierno supremo, guardándose bien de ofen-

der en lo más mínimo el espíritu independiente por esencia de los jefes zelandeses. Como deseaba alcanzar su objeto por medio del terror de las armas, distribuía los misioneros de suerte que su presencia atrajese á los buques ingleses y le pudiese en estado de adquirirse buena copia de fusiles; al paso que los operarios de la mision solo sabian cuidar y reparar las armas de sus guerreros. Tal era el motivo de su deferencia hacia los misioneros, sin que en ninguna manera concibiese ningun plan religioso. En su concepto los dogmas del cristianismo solo podian convenir á una nacion de esclavos; mientras que las ideas nacionales relativas á la gloria militar y á la suerte futura del alma, proporcionada á la parte que ha desempeñado el hombre en el mundo, eran dogmas mucho mas dignos de un pueblo altivo, noble é independiente.

M. Marsden menciona un hecho que manifiesta hasta que punto sabia Shongui hacer respetar su rango. Cierta dia unos habitantes del distrito de Wangaroa se apoderaron de una ballena encallada en una porcion del litoral perteneciente á Shongui, y se la comieron. No era esta la primera injuria que tenia que vengar; porque algun tiempo antes los naturales de otra aldea situada en el mismo distrito habian descuartizado ya los huesos del suegro de Shongui, los habian dispersado, hecho con ellos anzuelos y fijado el craneo sobre una pica. Solo la efusion de sangre podia lavar un insulto semejante: así que Shongui marchó con sus guerreros contra la tribu que habia profanado la sepultura de su suegro. Llegado á tiro de fusil de la aldea declaró que iba á pedir satisfaccion de aquel ultraje. Los culpables confesaron su falta, y Shongui mandó hacer fuego y mató cinco hombres. La aldea suplicó al jefe que pusiese coto á sus venganzas, diciendo que la hora de la expiacion suficiente. Shongui condescendió, pero al pasar por el territorio de aquellos que habian robado su ballena apoderóse de sus cerdos y destruyó la piragua de que echaran mano para el rapto.

En el mes de octubre M. Marsden recorrió á pie una grande estension de la parte septentrional de Ika-na-Mawi. Adelantóse hasta la embocadura del rio Shouki-Anga, y visitó el fértil distrito de Tae-Ame, donde se encuentran vestijos todavia recientes de la accion de los volcanes. En todas esas correrías M. Marsden halló una perfecta acogida entre los naturales y recibió la mas franca y cordial hospitalidad. Cada aldea le suministraba una escolta de honor para acompañarle hasta la aldea vecina: parecia la marcha de un príncipe ó de un gran sacerdote, imagen de la divinidad (Pl. L. — 3).

A fines de 1819 Temarangaí, uno de los caudillos de Tae-Ame, declaró la guerra á Shon-

gui por algunos mariscos que los súbditos de este habian aglomerado en un asilo perteneciente al otro. Shongui mandó á sus tropas, sin que se sepa el motivo, que solo se sirviesen de sus armas nacionales, las piedras y las lanzas; al principio fué inferior contra un enemigo armado de hachas y mosquetes, pero en breve recobró su prepotencia restableciendo la igualdad de armas. Las tropas de Temarangaí abandonaron el campo de batalla despues de haber tenido ocho hombres muertos de pérdida, al paso que Shongui solo habia tenido tres; pero en cambio sus campos de patatas fueron devastados é incendiadas sus piraguas de guerra. Pocos dias despues la interposicion de algunos jefes restableció completamente la paz.

Vamos á continuar otro ejemplo de la tenacidad con que estos pueblos continúan sus resentimientos y sus venganzas. Algunos años antes una nieta de Temarangaí fué arrebatada cerca del cabo Wangari por un bergantin inglés y vendida un poco mas lejos á un jefe de Witi-Anga, que en virtud de una contienda mató á su joven eselavo y lo dió á comer á sus amigos. Este insulto á su familia era demasiado grave para que Temarangaí dejase de vengarlo. No encontrándose con fuerzas bastantes disimuló por espacio de diez y seis años; pero en enero de 1820, despues de haber pasado revista á su ejército compuesto de 600 combatientes, hizo á la vela para Witi-Anga y desembarcó en el embocadero de esta bahía. Presentóse Warou en su piragua para demandarle el motivo que le conducía á aquel sitio, y Temarangaí respondió que Warou descuartizó y se comió á su nieta, y que de consiguiente le escijia una satisfaccion. « Toda la satisfaccion que puedo darte, repuso Warou, consistirá en matarte, descuartizarte y luego comerle. » Esta respuesta no hizo mas que redoblar la irritacion á Temarangaí. « Pues bien! la guerra lo decidirá exclamó. — Quieres combatir hoy mismo? exclamó Warou. — No, mañana; respondió el otro, pues ahora no estoy preparado todavia. » Y para no perder tiempo escogieron el terreno. Al dia siguiente los dos ejércitos vinieron á las manos á la hora y en el punto convenidos. El ejército de Temarangaí constaba de treinta y cinco combatientes armados de mosquetes, mientras Warou solo tenia algunos guerreros armados de lanzas. Apesar de esto dió principio al ataque; pero sus azagayas solo hirieron á un jefe enemigo, al paso que la primera descarga de los fusileros de Temarangaí hizo morder el polvo á diez y ocho guerreros y dos caudillos, entre los cuales habia el padre de Warou. A vista de un desastre semejante, las tropas de Warou emprendieron la fuga, y Temarangaí detuvo su marcha diciendo que la sangre vertida satisfacia su venganza. Apesar de los con-

3. *Aplicación de la Ley de Fomento de la Industria y Comercio en el*
3. Ministerio de Nueva Zelanda con su comitiva



sejos contrarios, este jefe buscó á Warou para hacer la paz; pero lejos de acceder á ninguna proposición de esta naturaleza, Warou apareció de nuevo en el campo al día siguiente para empuñar de nuevo la batalla. Esta vez fué espantosamente desastrosa para los Witi-Anga, puesto que quedaron en el campo de batalla hasta 400 guerreros. Un número considerable se ahogaron en el mar, y 260 fueron distribuidos entre los jefes de la bahía de las Islas. Aquella misma noche Temarangaí logró prender á Warou que se había salvado en los bosques, y ya en las primeras entrevistas le echó en cara sus violencias. « Confieso que tengo la culpa, dijo Warou que reconocía por fin el poder de las armas de fuego y la imposibilidad de resistirlas; no tengo reparo en someterme, pero donde están mi mujer y mis hijos! » Habiéndole Temarangaí manifestado que les salvara la vida, mostróse sumamente reconocido y le acompañó al campo donde se los restituyó. No tenía otra desgracia que lamentar que la de su anciano padre, muerto al principio de la acción; así que, para consolarle de aquella pérdida, Temarangaí le regaló un mosquete, y los otros jefes le hicieron algunos presentes; por lo que el vencido Warou abandonó el teatro de su derrota. Por lo que hace á los vencedores, tres días permanecieron en el campo de batalla cebándose en la carne de los enemigos muertos, y se hicieron á la vela con sus prisioneros velejando hacia la bahía de las Islas.

En el mes de febrero de 1820, M. Marsden regresó á la bahía de las Islas, empleando mas de seis meses en recorrer los diferentes establecimientos del N. de la Nueva Zelandia hasta Witi-Anga, y visitando los distritos del Shouki-Anga, de Tae-Ame, del Shouraki y del Kai-Para donde contrajo amistad con el célebre Moudi-Panga, el mas intrépido de los rivales de Shongui. Este jefe, de un entendimiento agudo y penetrante, estaba dotado de inteligencia y avidez de instruirse; era de una talla mediana, activo y robusto, con una mirada activa; y no obstante que frisaba con los cincuenta años, tenía una fisonomía gallarda y marcial que infundía respeto y obediencia. Vencedor en casi todas sus empresas, era el único que pudo oponer un dique á las usurpaciones del ambicioso Shongui. En 1808 Shongui marchó contra él al frente de fuerzas superiores; pero Moudi-Panga derrotó sus ejércitos y mató á dos de sus hermanos con la mayor parte de sus oficiales. El mismo Shongui solo pudo hallar su salvación en una pronta fuga. Largo tiempo después los jefes de la bahía de las Islas quisieron recobrar su preponderancia, á cuyo objeto congregaron sus fuerzas é hicieron una nueva invasión en el territorio de Moudi-Panga contando mucho en el gran

número de armas de fuego que poseían. Sin embargo este caudillo supo neutralizar las ventajas de aquella superioridad. En efecto, dió orden á sus guerreros de tenderse en tierra cuando les encarasen los mosquetes, y finalizada la descarga levantarse y correr hacia el enemigo. La estratagemata tuvo un éxito completo: las balas pasaron por encima de las tropas de Moudi-Panga sin causarles el menor daño; pero desde luego se precipitaron estas sobre sus enemigos con sus macanas sirviéndose de ellas tan ventajosamente, mientras que los otros no sabían que hacerse de sus fusiles; que el ejército de la bahía de las Islas fué casi de todo punto aniquilado. Apenas se escaparon de esta derrota quince hombres, pues todos los restantes fueron muertos ó cayeron prisioneros.

No obstante tan gloriosas hazañas, Moudi-Panga deseaba vivir en paz, combatiendo tan solo para su defensa y la de su pueblo, y deploraba la necesidad que le precisaba á empuñar las armas. No pocas veces manifestó á M. Marsden el deseo que tenía de ver una paz permanente entre los caudillos de la Nueva Zelandia y anhelaba con ahínco la llegada de los misioneros á su territorio, en razón de que les consideraba como los agentes mas seguros de una próxima civilización.

En el decurso de su larga peregrinación evangélica, M. Marsden encontró otros jefes animados de miras de justicia y de sentimientos de rectitud. Así es que regresó de ella con el reconocimiento completo y profundo de aquel pueblo, y se cercioró por sí mismo de todos los elementos de grandeza que encerraba la comarca, demostrando con argumentos irrecusables que los únicos obstáculos que se oponían á sus progresos futuros debían atribuirse á sus numerosas y extrañas supersticiones, y sobre todo á sus belicosas costumbres que la constituían en estado de constantes represalias y de hostilidades interminables.

De todos los caudillos que contrariaban las doctrinas pacíficas de los misioneros, ninguno era mas intratable ni mas ávido de combates que Shongui. Shongui aspiraba la dominación universal, proyectaba aniquilar todas las tribus que pretendiesen oponerse á sus proyectos, y juraba sobretodo tomar una venganza atrozadora de las derrotas que le hiciera experimentar Moudi-Panga. Imaginóse que con el auxilio de municiones y mosquetes triunfaría fácilmente de su rival; pero, de qué modo procurarse estos mosquetes y estas municiones? Creyó Shongui que el mejor medio era de ir á buscarlos á Inglaterra, á cuyo objeto lo declaró á los jefes de la misión, quienes, bien que con objeto diametralmente opuesto, accedieron con mucho gusto á su demanda.

Así que, en el mes de marzo de 1820 embar-

cóse Shongui con un guerrero de confianza llamado Wai-Kato, y llegó á Londres en el mes de agosto siguiente. Acojido muy amigablemente por la sociedad de las misiones, y presentado en el palacio del rey y de los mas nobles lores de la Gran Bretaña, el altivo isleño no desmintió un instante su sangre fria ni su dignidad. Entre los numerosos presentes que le hizo el rey Jorje, solo pareció manifestar inclinacion á las armas, á una coraza y á un uniforme. A su paso por Port Jackson, cuando su regreso, trocó en pólvora y fusiles los mas ricos presentes que le habia hecho el soberano de la Gran Bretaña.

Durante la ausencia de Shongui los misioneros hicieron rápidos progresos. Muchos naturales consintieron en dedicarse á trabajos manuales; ocupáronse en la agricultura y aprendieron á cortar, serrar y labrar madera. Teníanles como jornaleros dándoles tan solo el alimento, y merced al concurso de sus brazos prosperaban sensiblemente los establecimientos agrícolas. A 11 de julio de 1821 el regreso de Shongui cambió la faz de la comarca: desde su viaje á Europa Shongui solo trajo un sentimiento de poca consideracion hácia los misioneros cuya posicion humilde y modesta habia podido comparar con el brillante fausto de los lores. Lo que mas le irritaba contra aquellos hombres de paz, es que no tan solo le denegaban pólvora y armas, sino que tampoco perdonaban medio para impedir á los capitanes mercantes, que se los cedieran. A su regreso al país, congregó sus guerreros, narróles su viaje, y añadió: «El rey de Inglaterra posee muchos fusiles, municiones y soldados; yo le pregunté si habia dado orden que no me diesen armas y me ha contestado que no. Los misioneros han escrito que me las negasen; pero el rey no ha condescendido á esta medida, y los misioneros son esclavos del rey Jorje.» Con semejantes insinuaciones, Shongui inculcó en el ánimo de los hombres mas bien intencionados algunas prevenciones contra los misioneros, y se puso en persona al frente de aquella reaccion funesta. Mandó á los operarios de la mision que cesasen en su trabajo, á menos que les pagasen con pólvora y fusiles ó dinero para comprarlos. Obedecieron los operarios, y estas primeras vejaciones acarrearón en pos de sí brutalidades innumerables. Los salvajes forzaban las palizadas, arrebatában los ganados, robaban cuanto les venia á la mano y no pocas veces amenazaban la vida de los colonos; por manera que sin el caudillo Rewa las cosas hubieran llegado á una violencia estrema. El mismo Shongui juró cuan impolítico era obligar á aquellos hombres á abandonar su territorio para ir á establecerse en otra parte. Además fué á visitar frecuentemente á los misioneros, por cuanto gustaba mucho de su té, de su café y de sus gui-

sados, cuando no tenia proporcion de algun buen banquete de carne humana. Sin embargo el ambicioso caudillo no pasó mucho tiempo sin continuar su proyecto de llegar á una dominacion jeneral. Todos los medios poseta de hacer fáciles sus conquistas: guerreros valientes y fusiles numerosos: así que, en setiembre de 1821 abandonó la bahía de las Islas á bordo de una flotilla que contenia cerca de 3.000 combatientes, entre los cuales se contaban ciento armados de mosquetes. Jamas se habia visto en aquellas comarcas ejército tan formidable. Shongui marchó al encuentro de los habitantes del Shouraki y de Witi-Anga, y dió campo á una terrible liza. Un gran número de muertos quedaron tendidos en el campo de batalla de una y otra parte, de los cuales se contaban 1.000 de los vencidos, y Shongui vencedor otorgó 300 cadáveres á sus tropas para devorarlos. En esta accion este caudillo feroz mató con su propia mano al valiente Inaki, uno de los principales jefes del Souraki, hombre de un carácter dulce y pacífico. Shongui le decapitó, vertió su sangre en la palma de su mano, y se la bebió. Dos mil prisioneros cayeron en poder del vencedor, aunque Shongui no dejó de perder un buen número de sus guerreros entre los cuales contaba á su yerno Tete. Desiendo vengar esta muerte, el jefe marchó de nuevo contra las pueblas del Shouraki en febrero de 1822. Dos piraguas de su flotilla cayeron en poder del enemigo, que mató y devoró á los que las montaban. Shongui y sus compañeros tuvieron mas ventaja, pues en un solo punto de las orillas del Wai-Kato exterminaron á 1.500 enemigos.

Touai, hermano de Koro-Koro, que habia vivido mucho tiempo con los Europeos, volvió á manifestarse en la bahía de las Islas en junio de 1822 tras una ausencia de dos años, durante los cuales habia guerreado continuamente con los pueblos del S. En sus expediciones, Touai habia corrido grandes riesgos y recibido muchas heridas. Bloqueado en una fortaleza por un ejército considerable, estuvo encerrado unos veinte dias sin comer ni beber, y ya empezaba el enemigo á creer que iba á apoderarse de aquella tropa, y preparaba la leña para cocer sus cadáveres, cuando fueron libertados por sus aliados de la bahía Witi-Anga. Touai era un hombre superior á sus compatriotas: dotado de una profunda inteligencia y de una sobresaliente facultad de imitacion, habia conseguido igualmente copiar á los Ingleses en sus maneras; hablaba medianamente su lengua, y sin el pintarroto hubiera parecido un *gentleman*. A menudo asistia con recojimiento á las oraciones de los misioneros y observaba una conducta muy desente (Pl. XLVII. — 2).

Entretanto trabajaban los misioneros en con-

solidar sus primeros establecimientos y de dar otros nuevos. En 1823, des de ellos, llevaron sus reconocimientos hacia la bahía Soutah para establecerse en otro distrito de Wangani. Pero como la guerra había despoblado toda aquella comarca, sus últimos misioneros se volvieron á Wangaroa donde compraron un poco de terreno del jefe Jorje ó Tahpa, y se construyeron una pequeña habitación donde se les juntaron dos de sus colegas para tomar parte en sus empresas. Mr. Marsden apareció asimismo en el mes de julio en la bahía de las Islas: era el cuarto viaje de aquel infatigable evangelista. El buque *Brampton*, á cuyo bordo había llegado, naufragó en la bahía á la entrada del río Wai-Tangui, pero los naturales se portaron con una probidad y una filantropía que hubieran hecho mucho honor al pueblo más civilizado. Respetaron igualmente el salvamento del buque, y no se cometió un robo siquiera. A fines de 1823, llegó á la Nueva Zelandia un refuerzo de apóstoles que se componía de MM. H. y W. Williams y de M. Fairburn, hombres activos, pacientes é industriales.

Entretanto la muerte operaba algunas mudanzas entre los caudillos de la comarca: Koro-Koro y su tío Kaipo, jefes de la bahía Shouraki, murieron el uno de enfermedad, y el otro en un combate, y su sucesor fué Touai, Zelandés que había hecho el viaje á Inglaterra, y que gustaba sobremedera, segun hemos visto, de remedar las costumbres inglesas. Touai tenía un tío apellidado Pomare, jefe de Mata-Ouwi, cerca de Korora-Raka, guerrero ilustre entre los suyos y de un valor personal superior á toda creencia. Por esta época Pomare, al frente de 120 de sus mejores vasallos, declaró la guerra á todas las tribus del Sur. Aseguran que llegó hasta el estrecho de Cook pasando de victoria en victoria, y derribando cuanto se oponía á su paso; y regresando por la parte occidental de Ika-na-Mawi, dió vuelta á la isla, sin que tribu alguna fuese bastante poderosa para atajarle el paso y aniquilarle. Esta expedición encumbró á Pomare al mas alto grado de esplendor en concepto de los Zelandeses. Touai, que había visto á Napoleon en Santa Elena y oído referir las maravillas de su vida, decia á los Franceses de la *Coquilla* que Pomare era el *Pontipati* (Benaparte) de la Nueva Zelandia.

En abril de 1824 fundó ante la aldea de Paroa la orbeta francesa la *Coquilla*. A instancias de Mr. Marsden, Mr. Duperrey había embarcado en Port Jackson al misionero Clarke y su familia, juntamente con dos indios, el uno de los cuales era sobrino del Shongui. Este caudillo dispuso al principio la acogida mas favorable al misionero que habian destinado á la tribu de Kidi-Kidi. Habiéndole dicho que Mr. Clar-

ke era herrero, y de consiguiente esperaba poder utilizarle en clase de tal; pero cuando vió que el Inglés, olvidando su antiguo oficio, solo queria ganar almas á la fé cristiana, el irreligioso Shongui no disimuló su enojo, y Mr. Clarke tuvo necesidad de toda su paciencia para vencer la primera prevencion del jefe.

Entre los Franceses y los Zelandeses reinó la mejor inteligencia. Touai se hallaba todavía en la *Coquilla*: lleno de atencion para sus huéspedes, procuró al teniente d'Urville una multitud de documentos interesantes. Algunos oficiales en el decurso de aquel recalo se aventuraron á algunos reconocimientos interiores. Los que pasaron á Kidi-Kidi, en la tribu de Shongui, no tuvieron que estar muy satisfechos de la conducta de los indigenas; pero en cambio Mr. d'Urville halló una acogida mas alhagüeña en Pai-Hia, en casa de Tekoke y en Mata-Ouwi donde vivia Mr. Kendall bajo la proteccion de Pomare. Este misionero estaba á la sazón en disidencia con la sociedad cuyos planes no aprobaba enteramente. Por lo demas, los resultados geográficos obtenidos por la *Coquilla* se cifraron á levantar el plano de una porción de la bahía de las Islas.

En el mes de octubre siguiente falleció Touai de resultas de una enfermedad larga y dolorosa. Sucesióle su primo Touaot; pero bajo el imperio de este jefe la tribu de Paroa, por mucho tiempo floreciente y envidiada de las tribus del N. de la bahía de las Islas, perdió toda su fuerza y toda su importancia. Los Nga-Pouís, reunidos á los guerreros de Wai-Mate, precipitáronse sobre el pá de Kaou-Wera, saquearon sus habitaciones, y obligaron á los naturales á dispersarse por las vecinas tribus. Sin tomar una parte directa, Shongui fué el instigador de aquel acto de violencia. Este jefe no podia sufrir nada que hiciese sombra á su preponderancia, y bajo las leyes de Koro-Koro, el pueblo de Paroa le había opuesto obstáculos insuperables en sus proyectos ambiciosos, pero cuando tuvo ocasion favorable vengóse á sus anchuras.

Shongui continuó cuanto antes las hostilidades. En febrero de 1825 abandonó la bahía de las Islas con 400 guerreros, y se reunió con un ejército mucho mas considerable de aliados. Tratóbase de ir á combatir á su antiguo rival, el valiente Mouri-Panga, á cuyas instancias había hecho poco antes el viaje á Londres. Apesar de la obstinada resistencia de la tribu de Kai-Para, Shongui quedó dueño del campo de batalla, pero perdió su hijo primojénito, jóven de veinte años, aunque en cambio tuvo la satisfaccion de matar á Mouri-Panga y devorarlo sin compasion. Shongui espó en breve sus victorias con pérdidas domésticas. Despues de su hijo murió su yerno en los combates. Su hija primojénita

falleció de consunción; su favorita se ahorcó por haberse visto sorprendida con el esposo de la enferma, y su hermana estuvo á punto de ser muerta por el mismo por haber auxiliado á la favorita en su suicidio. Dos veces desahogó su fusil sobre ella, y otras tantas erró el tiro. Finalmente otra de sus concubinas fué inmolada públicamente por causa de adulterio, y para colmo del desastre muchos ávidos le despojaron de muchas de sus propiedades.

Escasaperado por tantos revéses, Shongui decidió abandonar Kidi-Kidi, para contraer domicilio en Wangaroa. Wangaroa estaba á la sazón ocupada por las tribus de los Nga-Te-Ourous que contaban unos doscientos guerreros, y por las de los Nga-Te-Pos que contaban unos 6 ó 700. En la primera de esas pueblas se hallaban los misioneros de Wesley, cuyo establecimiento se encontraba en el estado mas próspero. Veíanse en él un jardín, un hermoso pedazo de tierra de unos cuatro acres sembrado de trigo, una habitacion sólida y cómoda, una carpintería, un horreo y diversas pertenencias.

A la noticia de la invasion de Shongui, todos los Nga-Te-Ourous indistintamente emprendieron la fuga. Los misioneros quedaron sin defensa y abandonados á merced de aquellos merodeadores que saquearon su establecimiento hasta en los mas recónditos escondrijos; por manera que con mucha dificultad y corriendo el riesgo de ser mil veces degollados, pudieron alcanzar la bahía de las Islas. Los Nga-Te-Pos no cedieron el puesto sin resistencia: atrincheráronse en su pá y se defendieron valerosamente durante muchos dias. Pero la victoria se decidió por el número, y los sitiados pagaron su resistencia á tan alto precio, que apenas se escaparon de la matanza diez individuos de la tribu. La cabeza de su jefe, del viejo Matapo, quedó fijada mucho tiempo en la punta de una pica en la bahía de las Islas, como un trofeo de la victoria. En cambio Shongui temió sobremanera pagar caro su triunfo, pues en el ataque de la fortaleza atravesóle una bala de parte á parte, de lo que resultó una herida que dió mucho cuidado por su vida.

Este momento fué muy crítico para los misioneros. Es verdad que Shongui solo se mostraba con ellos benéfico á medias, pero hasta entonces se habian mantenido en la oscuridad bajo su sombra, y como su muerte podía acarrear interminables disputas, mandaron á Port-Jackson todo lo mas precioso que tenían. Aún cuando en tan difícil coyuntura no hubiesen hallado ningun buque inglés en la rada, podian contar con la mano de un pequeño schooner de sesenta toneladas, el *Heraldo*, construido en aquel mismo punto por los misioneros, y botado al mar á las aclamaciones de todos los salvajes estu-

peñosos. Algun tiempo despues, esta navecilla naufragó en la costa y fué pillada por los naturales, siendo necesario por consiguiente reemplazarla con otra.

Los salvajes pillaron por este mismo tiempo el balletero inglés *Mercury*, cuya tripulacion consiguió difícilmente pasar á la bahía de las Islas. Entre los Europeos que en aquel propio año (1826) se mostraron en esas parajes, no debe pasarse en silencio el capitán Dillon que concluyó con Pomare una contrata por la que este se comprometia, mediante cinco fanegas y dos barriles de pólvora, aportar en las riberas del Ahauraki tanta madera como necesitase para un cargamento entero. Partió efectivamente Pomare con mas de 2.000 hombres armados para cumplir con su contrata, pero á su regreso Dillon habia partido ya. Esta expedicion abortada acentuó la muerte de Pomare. Habiéndose comprometido en una accion estrecha, fué acometido por una numerosa cuadrilla de enemigos, herido de una bala y muerto del todo á golpes de maza. Su cabeza y la de su hijo primogénito fueron aderezadas sin dilacion y conservadas al estilo del país.

A 12 de marzo de 1827 el *Astrolabio* fondeó en la bahía de las Islas en frente de la aldea arruinada Paroa. Este buque acababa de verificar en la Nueva Zelandia grandes trabajos hidrográficos, durante los cuales habia corrido mas de un riesgo inminente. Despues de haber arrojado los mas procelosos mares en su travesía de Port Jackson á la Nueva Zelandia, á 10 de enero de 1827, Mr. d'Urville atracó en la isla Tawhi-Ponamoni, y costóale hasta el cabo Farwell. Penetrando en seguida en el estrecho de Cook habia explorado minuciosamente la extensa bahía Tasman, donde entablara con los naturales relaciones frecuentes y amigables durante un recodo de algunos dias. Desde allí se habia comprometido en distintos canales donde el *Astrolabio* estuvo dos veces á punto de perecer. Salido del estrecho de Cook, el capitán d'Urville examinara con la exactitud mas escrupulosa toda la costa oriental de la isla Ika-ma-Mawi, y fondeara en Koua-Koua y en diversos puntos de la bahía Shouraki donde desconociera varias islas y canales desconocidos hasta entonces. Allí recibió sucesivamente la visita de Raahui-Tonke, hijo de Tekoke, jefe de la tribu de Pal-Eia, que iba á hacer la guerra á los habitantes del Shouraki; y algunos dias despues la visita de Raquí y de los guerreros del Shotraki, que le hubieran presentado la cabeza del famoso Pomare si hubiesen podido aguardar que lo fuesen á buscar al pá de Wai-Kato. En seguida el capitán d'Urville continuó el examen de la costa hasta el cabo Norte, y retrogradando ancló en la bahía de las Islas, despues de haber llevado á cabo

el reconocimiento de una extensión de trescientas cincuenta leguas de costas.

En el curso de su breve recalada en la bahía de las Islas, el capitán d'Urville hizo muchas excursiones á Paí-Hia, á Korora-Reka y hasta á Kawa-Kawa, en cuyos puntos se abocó con los naturales, recojiendo muchas noticias interesantes. Estos documentos, reunidos á los que han sido el resultado de sus observaciones en 1824 durante el recalo de la *Coquille*, forman una colección circunstanciada y casi completa que se ha dado á luz con el *Viaje del Astrolabio*.

De todos los caudillos de la bahía de las Islas, Mr. d'Urville vió tan solo á Warou, sobrino y sucesor de Pomare, y Maounga, tío de King-Jorje, jefe de Korora-Reka, puestos en franquía para la bahía Shouraki. La mayor parte de los demás estaban en marcha.

En el bosque de Kawa-Kawa, donde Marion fué en otro tiempo á cortar sus palos, Mr. W. Williams hizo observar al capitán d'Urville un solar donde los misioneros habían querido formar un establecimiento agrícola y un ilopos. Pero los naturales no quisieron consentir en ello, pretestando que los animales profanarían sus lugares *tapous* y sus plantaciones de patatas dulces, donde reina el *tapou* mientras las patatas son tiernas. Los pollos y los gallos les dan mucho tormento, por razón de su completa indiferencia para todas las prohibiciones religiosas.

A la salida del *Astrolabio*, las misiones neerlandesas parecían algo mas confiadas sobre su porvenir. Los colonos habían continuado sus trabajos habituales, y dos nuevos misioneros de la sociedad de Wesley habían ido á fundar su establecimiento sobre las márgenes del Shouki-Anga, en un sitio denominado Matgounga, donde se hallaban bajo la protección de un jefe poderoso, llamado Patou-One, hombre de una gran reputación, de talento y de valor, que les dió muchas pruebas de su benevolencia.

El célebre Shongui falleció en Wangaroa, en el pá de Pinia, que habitaba desde el día en que entró en él á viva fuerza. A última hora este caudillo, conservando toda su presencia de ánimo, congregó sus hijos, escortólos á vivir unidos, recomendólos á los misioneros, y, lo que es mas extraordinario para un hombre tan cruel y tan sediento de sangre, prohibió espresamente immolar en su muerte ninguno de sus esclavos, según era costumbre recibida. Su sucesor en el mando de Kidi-Kidi fué su primo Rewa, amigo de los misioneros, y que siempre se había mostrado de un humor mucho mas pacífico que los otros jefes: así que los colonos complaciéronse sobremanera por su advenimiento.

Algunos meses despues de la muerte de Shongui, sobrevino un acontecimiento inopinado que

estuvo á punto de sumar el país en una conflagración jeneral. Cierta jefe de la bahía de las Islas fué muerto en el calor de una contienda ocurrida sobre las márgenes del Shouki-Anga, por cuyo motivo se puso en marcha un ejército para conocer en el asunto y obrar en consecuencia. Todo se hallaba á punto de tocar á su término amistosamente, cuando una equivocación dió márgen á una batalla jeneral que causó la muerte de un caudillo y de muchos guerreros. Derrotados los Nga-Pouis y ardiendo en deseos de venganza procuraron agregar á su causa todos los moradores de la bahía de las Islas, y conducirles contra los del Shouki-Anga. Sin embargo pasada la primera efervescencia, escucharon la voz de los misioneros Williams y Davis, cuya mediación acarreó la paz. No pocas veces estos pastores apaciguaron las querrelas de tribu á tribu, entre las cuales debe mencionarse un conflicto que iba á poner sobre las armas á los Nga-Pouis y á los habitantes de Kawa-Kawa.

El año 1829 parece haberse pasado en paz y quietud. Los misioneros no hacían muchos prosélitos; pero su influencia se extendía visiblemente, y sus establecimientos continuaban un desarrollo gradual. Los naturales iban con mucho gusto á escuchar sus predicaciones y sus servicios: por otra parte el carácter de los isleños parecía jeneralmente templarse; muchos jefes estaban cansados de guerra y anhelaban un estado menos precario y mas permanente. En una palabra, los misioneros se congratulaban en la esperanza de obtener cuanto antes triunfos mas completos.

Segun los misioneros, la infame conducta de un capitán ballenero á quien no nombran fué la primera causa de una guerra que estalló entre los naturales de la parte septentrional de la bahía de las Islas y los de la parte meridional. Los primeros, mandados por Oudou-Roa, desembarcaron á 3 de marzo de 1830 en Korora-Reka donde les aguardaban los otros reunidos bajo las órdenes de Rewi-Rewi. Los caudillos de ambos ejércitos tuvieron una conferencia solemne, en la que el gran sacerdote Toi-Tapou espetó una arenga para invitar á Oudou-Roa á contentarse con haber assolado las plantaciones de patatas de sus rivales, y no llevar mas lejos su resentimiento. Los misioneros de Paí-Hia echaron mano de todos los argumentos imaginables para escortar á los dos partidos á la paz, y aunque los jefes escucharon todos sus discursos con muy profunda atención, no acordaron tomar ningun partido, y los misioneros se volvieron con la esperanza de que no sobrevendría ninguna desagradable ocurrencia.

Sin embargo á las nueve de la mañana del día siguiente, 6 de marzo, empezó á oirse por la parte de Korora-Reka un fusileo no interrumpi-

do, y al punto MM. W. Williams y Davis se trasladaron junto á Rewa, quien mandó á sus tropas cesar el fuego. Los dos partidos peleaban á unas doce toesas de distancia uno de otro, y el número de muertos ó heridos ascendía á la sazón á unos ciento. En cuanto hubieron los misioneros dado á entender á los combatientes la grande impiedad de aquella guerra, los dos partidos se confundieron en uno solo; los agresores tuvieron el permiso de retirar del campo de batalla los cuerpos de sus guerreros, pero abandonaron los de los esclavos. Habiéndose abandonado igualmente el cuerpo de un caudillo, uno de los vencedores fué á despanzurrarle con un hacha y le arrancó un pedazo de hígado que rindió en homenaje á la Divinidad. Sin embargo las hostilidades podían considerarse tan solo como suspendidas, puesto que al amanecer del 7 las piraguas de Oudou-Roa dispararon algunos fusilazos y se acorralaron en Motou-Roa. Por su parte los habitantes de Korora-Reka por la tarde pegaron fuego á su aldea, retiráronse con sus mujeres, sus hijos y sus bagajes á otros puntos de la bahía, especialmente al pá de Kawa-Kawa, y al poner del sol Oudou-Roa, Rewa y Toi-Tapou fueron á acampar junto á la misión de Paï-Hia.

Ardía la guerra con redoblado furor, cuando llegó de Port Jackson M. Marsden, tan respetado de todos los partidos. Su regreso tuvo los mas felices resultados; los Nga-Pouis, que parecían decididos á proseguir sus primeras ventajas contra sus rivales, cedieron á las representaciones de M. Marsden, y en virtud de diversas conferencias sellaron la paz á 18 de marzo por medio de una formalidad harto singular. Cierta jefe del partido de Ourou-Roa recitó un largo canto empuñando un palo, y entonado este rompió el palo y lo arrojó á las plantas de uno de los comisionados. Este repitió á su vez la misma ceremonia, cuyo objeto era indicar que las hostilidades eran terminadas. Muchos naturales tuvieron fé en aquella paz, porque se habia concluido bajo la mediación de Europeos; pero otros la consideraron como poco sólida, atendido que ningun caudillo de distincion del partido de Kawa-Kawa habia sido muerto como satisfaccion de la muerte de Shongui, primer caudillo de la comarca de Tako, entre Rangui-Hou y Wangaroa. En efecto los hijos de Shongui, llamados Mango y Kakaha, solo se adhirieron á la paz con estrema repugnancia, y cuando hubieron consentido en ella á través de cien dificultades sin poder obtener ninguna satisfaccion en el Norte, tiraron hácia las pueblas del Sur.

Entraron en campaña con setenta de sus parientes y de sus amigos, y dando principio á sus matanzas sobre las márgenes del Shouraki, pasaron á la isla Touhoua, cuyos habitantes estaban

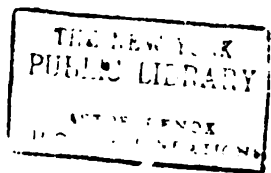
desde largo tiempo en paz con los Nga-Pouis, pasaron á cuchillo á cuantos hombres pudieron encontrar, y se llevaron esclavas las mujeres y los niños, á escepcion de un corto número que pudieron salvarse durante la noche en Tauranga donde cundió la alarma. Los Nga-Pouis de la comitiva de Mango y de Kakaha se trasladaron á la isla Motiti (isla Llana) donde cometieron los mismos excesos; pero mientras se estaban cebando en la carne de sus victimas, los habitantes de Tauranga arremetieron sobre ellos, los desarmaron y se los comieron. Llegada á la bahía de las Islas la noticia de aquella catastrofe, los Nga-Pouis y sus aliados juraron vengar la muerte de sus compatriotas en los naturales de Tauranga. Verificáronse grandes preparativos de guerra, y armóse una considerable flotilla para marchar contra los pueblos del Sur.

Tales fueron los preliminares de la campaña precitada, á la que asistieron los misioneros en clase de espectadores pasivos. Hemos visto que esta campaña abortó, y que los Nga-Pouis regresaron á sus hogares sin haber podido someter los Nate-Awas, aplazando su venganza para tiempos mas propicios.

Por esta misma época los misioneros parecían haber hecho grandes progresos en el ánimo de los naturales. Un gran número asistian regularmente á los oficios divinos y á las oraciones. Algunos fueron bautizados y auxiliaron á los Europeos en sus trabajos. Desgraciadamente ningun caudillo de influencia se dejó persuadir, y dejando á un lado al jefe Temaranga, pocos eran los que infundian esperanzas de convertirse.

El mayor obstáculo que se oponia á la propagacion de la nueva religion, es el estado social de los Nuevos Zelandeses, que divide el pais en una multitud de pequeños estados, formando como otras tantas repúblicas gobernadas por caudillos de alto rango. Entre estas diversas tribus reinan sin cesar guerras obstinadas y sangrientas que eternizan las preocupaciones de pundonor militar y la necesidad de lavar la sangre con sangre. Si una tribu se hacia cristiana, era preciso que tuviese bastante poder para hacerse respetar de las pueblas vecinas, ya con el auxilio de sus propias fuerzas, ya con el socorro de los Europeos; otramante seria destruida en breve tiempo. Cuando los secuaces que trabajaban los misioneros en hacerse al rededor de sus establecimientos serán bastante numerosos para formar una especie de guarnicion ó de guardia permanente, es muy probable que tocarán al término de su objeto.

Otro obstáculo al progreso de los evangelistas es la presencia de ciertos individuos de mala conducta, escapados de las cárceles de Port Jackson, mezclados entre los naturales. Esta hez social, estos hombres de mala vida y de malas costum-



1. *Cérémonie humaine à la Nouvelle-Zélande.*
1. Ceremonia humano en Nueva Zelanda.

2. *Cérémonie d'un Baptême Zélandais.*
2. Ceremonia de un Bautismo Zelandes

3. *Leques del*

FOYAGE
VIAJE.

bres contribuyen no poco á estragar las sencillas disposiciones de los indijenas, y su conducta ha dado márgen no pocas veces á lizas y combates sangrientos. A menudo los misioneros han solicitado su espulsion del suelo de estas islas, pero para esto se necesita del permiso de los jefes. Ahora se están aguardando los efectos de la presencia de un agente consular llamado Busky, que el gobierno inglés ha designado para residir en la bahía de las Islas. Quizá contenidos por una autoridad política, los capitanes balleneros serán mas reservados en su conducta hacia los isleños y no espondrán mas á los colonos á crueles represalias.

Cinco ó seis meses antes de nuestro paso á la bahía de las Islas, cundió el rumor, no se sabe con que fundamento, de que los Franceses iban á tomar posesion de la Nueva Zelandia. De consiguiente trece caudillos firmaron una peticion al rey de Inglaterra para que les tomara bajo su proteccion é impidiese á los de la tribu de Marion apoderarse de la comarca; entre cuyos caudillos figuraban los nombres ya mencionados de Temarangi, Patou-One, Rewa, Tetore, Matangui, Ware-Rahi, etc. Los misioneros nos manifestaron una copia de tan ridiculo documento y al leerla no pude menos de sonreirme; mas no seria extraño que el rumor á que habia dado márgen fuese una astucia de aquellos dignos servidores de Dios para determinar á los jefes de la Nueva Zelandia á reclamar oficialmente la proteccion del rey de Inglaterra. Parecease aquella momería á la de Vancouver en Hawaii, á la de Porter en Nouka-Hiva, á la de Wallis en Taiti, pero actualmente no tiene valor alguno y solo escita cierto sentimiento de piedad.

Las misiones eclesíasticas en la actualidad en la Nueva Zelandia son las siguientes: dos misioneros en Rangui-Hou; tres en Kidi-Kidi; cinco en Pai-Hia; seis en Wai-Mate. Todos estos misioneros pertenecen al *Church-missionary* y residen en los bordes de la bahía de las Islas, á escepcion de los de Wai-Mate, que se hallan á ocho ó diez leguas en el interior.

En Mangounga sobre el rio Shouki-Angui, en el interior de las tierras, habitan dos misioneros de la sociedad de Wesley. Calculábase en unos 320 el número de jóvenes de ambos sexos que seguian las escuelas de los misioneros. Muchos de ellos, despues de haber aprendido á leer y escribir, pasaban á su servicio y les asistian en todos sus trabajos por medio de una lijera retribucion, y no pocas veces por solo el alimento. Los misioneros solo habian bautizado entonces unos treinta isleños, pero habia un número mucho mas considerable que manifestaban deseos de recibir el bautismo. Temarangi, el caudillo que mostraba mas disposicion para recibir el bautismo, hacia construir en su territorio una capilla para que los

misioneros pudiesen predicar y oficiar siempre que tocasen en Tae-Ame.

CAPITULO XV.

NUOVA ZELANDIA. — GEOGRAFIA Y PRODUCCIONES.

Bajo la designacion de Nueva Zelandia se hallan comprendidas las tierras australes situadas entre los 34° y los 48 lat. S. y entre los 164° y los 176° lonj. E. del meridiano de Paris. Sin embargo la superficie de su territorio solo puede ponerse en parangon con la de una zona de cuatrocientas leguas terrestres de largo con una anchura sumamente variable, pero cuya media es de veinte y cinco leguas. En su centro está dividida en dos partes por el canal de Cook, cuya boca está inclinada hacia el mar occidental y terminada por una estrecha salida que da al mar del E.

Para designar las dos islas principales, Cook empleó los nombres *Topy-Poenammou* y *Eahi-Nomauce*, que entresacó de los naturales. Por lo que hace á la última, indudablemente hubo equivocacion. M. d'Urville ha averiguado que ambas denominaciones eran usadas entre los naturales del estrecho de Cook para indicar las dos tierras situadas, la una al S. y la otra al N.; pero duda que sean recibidas unánimemente en ambas islas. Sea lo que fuere, lo cierto es que los ha consagrado bajo la forma rectificada de *Tawa-Pounamou* ó *Ika-na-Mawi*. El primer nombre indica el lago donde se recoje el *pounamou*, ó jade verde, que se halla efectivamente en la isla austral. El otro, que significa *pescado de Mawi*, depende de ciertas ideas supersticiosas, en virtud de las que los naturales comparan esta tierra á un pescado cuyos miembros son representados por algunos de los principales cabos. Segun sus tradiciones, Mawi es el fundador de su raza.

Estas tierras, especialmente las del N., gozan de una temperatura uniforme y morigerada que hace al clima salubre y al suelo fecundo. Los árboles conservan su follaje hasta la entrada del invierno, y en los meses de abril y de mayo, correspondientes á nuestros meses de octubre y noviembre, las hortalizas de nuestros climas apenas se hallan en plena eflorescencia.

Por otra parte los vientos soplan con mucho impetu en las costas de la Nueva Zelandia y hacen su navegacion en extremo difícil y peligrosa. Tasman, Sturville, Cook, Marion y d'Urville experimentaron sucesivamente horribles borrascas que comprometieron la suerte de sus buques. No obstante, aquellas borrascas hubieran producido efectos aun mas peligrosos si la costa estuviera desnuda de escelentes puertos y abras abrigadas.

Es verdad que no son conocidas todas; así que nos ceñiremos á manifestar que los navegantes europeos han frecuentado y citado el puerto Fácil, el puerto Paparo, el puerto Marion en la isla Stewart, la bahía Chalky, la bahía Dusky, la bahía Tasman, la bahía del Almirantazgo, el canal de la Reina Carlota, la bahía Cloudy, el puerto Otago y el abra Molineux en Tawai-Pounamou, por fin en la isla Ika-na-Mawi la bahía Tará-Nake, la bahía Mounoukao, el abra Kai-Para, el río Shouki-Anga, la bahía Nanga-Oupou, la bahía Oudoudou, la bahía Wangaroa, la bahía de las Islas, el golfo Shouraki y sus numerosas ensenadas, la bahía Taone-Roa y la bahía Hawke.

Las islas secundarias mas notables son: la isla Stewart al S. de Tawai-Pounamou, la isla d'Urville en la bahía Tasman, la isla Resolucion ante la bahía Dusky, y en el mapa de M. O'Donnell otra isla denominada Resolucion, que parece haber sido desprendida recientemente de tierra, algo al S. de la bahía Dusky. En la costa de Ika-na-Mawi se hallan las islas Sugar-Loaf (isla Pan de Azúcar), Tea-Houra, Poubia-i-Wakadi, Touhoua, las islas Mercurio, Otea, Shoutourou, las diversas islas de la bahía Shouraki, las islas Tawiti-Rahi, Motou-Kawa, y las islas Manawa-Tawi ó los Tres Reyes.

Los principales promontorios son el cabo Sur en la isla Stewart; despues en Tawai-Pounamou el cabo Oeste, la punta de las Cascadas, el cabo Foul-Wind, la punta de los Peñascos, el cabo Farewell, el cabo Stephen, el cabo Jackson, el cabo Koamaro, el cabo Campbell, el cabo Akaroa y el cabo Saunders; en fin, en Ika-na-Mawi, el cabo Kawa-Kawa, el cabo Poliweru, el cabo Borrell, la punta Albatros, la punta Woody-Head, el cabo Reinga, el cabo Otou ó cabo Verde, la punta Kari-Kari, el cabo Kokako, el cabo Tawara, el cabo Moe-Hao, el cabo Runawai, el cabo Wai-Apou ó cabo Este, el cabo Table, el cabo Mata-Mawi y el cabo Topolo-Polo.

La isla del Sur es cruzada en toda su longitud por una encumbrada cordillera, cuyas cimas están coronadas de nieves, y junto al cabo Campbell se distingue la aislada mole del monte Tako. En la isla septentrional corre al parecer otra cordillera bastante alta paralelamente á la costa del Este, formando la continuacion de la cadena de Tawai-Pounamou. De este sistema jeneral debe desprenderse el enorme picacho del monte Pouke-Aupapa ó Egmont, el monte Oudou-Raria en el centro de la isla, el majestuoso Ikou-Rangui cerca del cabo Este, el monte Edgecumbe y el Ohoura, menos notable por su altura que por su posicion aislada en medio de dunas arenosas.

Entre los depósitos de aguas debe mencionarse el lago Roto-Doua, situado en el centro de

Ika-na-Mawi, que, si se ha de dar crédito á algunas relaciones, tiene veinte y cinco brazas de profundidad y cincuenta ó sesenta millas de circunferencia. Este lago es alimentado por la concurrencia de muchos rios; encuétrase en sus orillas un manantial de agua caliente, y en su centro se alza la isleta Mokoia, de tres millas de estension. En las cercanías de Wai-Mate se halla el lago Maupere, mucho menos considerable, pero sumamente abundante de pesca y cubierto de pastos silvestres y otras aves fluviales. En el mapa de Mac-O'Donnell se observan en el interior de Tawai-Pounamou tres espaciosos lagos, pero su existencia no está corroborada absolutamente por ningún otro dato.

Los rios son muy poco conocidos. El mapa ya precitado nos presenta en la isla del Sur un número considerable que desaguan en una profunda bahía situada delante del estrecho de Foveux. En Ika-na-Mawi se conocen ya el Shouki-Anga, el Wai-Roa, el Wai-Tamata, el Wai-Kato y el Wai-Pa, cuyos dos últimos nacen en el centro de la isla.

Los solos cuadrúpedos conocidos en esta tierra antes de su descubrimiento eran el perro y una especie de raton mas pequeño que el de Europa. Cook introdujo los cerdos, y los misioneros muchos animales domésticos de Europa que se acimatarán en ella sin dificultad, si los naturales consienten en recibirlos. Los mamíferos anfibios eran mas variados; en sus costas, y especialmente en la parte meridional abundaban las focas pertenecientes á la especie *P. ursina*, y las ballenas y las marsoplas surcaban los mares que bañan las costas de la Nueva Zelandia.

Por lo que hace á los réptiles, todas las investigaciones de los naturalistas solo han sido parte á conocer un pequeño é inofensivo lagarto. Sin embargo no carecen los indijenas de algunos conocimientos relativos á la existencia de unas serpientes muy peligrosas y monstruosos lagartos, capaces de devorar á los niños; pero no se sabe si efectivamente las comarcas interiores encerraban varias serpientes y cocodrilos, ó si este hecho es meramente un cuento popular.

La familia de las aves ha rendido un tributo mas rico á la historia natural, y los bosques de la Nueva Zelandia han acrecentado sobremanera los catálogos de los ornitologistas con muchas especies nuevas. Tales son el papagayo, dos ó tres especies de palomas, el fíledon y el glaucoops ceniciento. Hay ademas una especie de casobar enano, designado por los naturalistas bajo la denominacion jenerica de *apterix* y por los indijenas *kivi*, cuyo plumaje sirve para fabricar esterillas muy apreciadas. Aseguraron al capitán d'Urville que esta especie es comun en los flancos del monte Ikou-Rangui. El papagayo-nestor, llamado en el país *kaka*, y el fíledon con corba-

ta apatidado con, eran las ámbas aves que se procuraron domesticas, la una por su familiaridad, la otra para enseñarle á hablar y á cantar. Actualmente algunas familias alimentan gallinas, pues el canto del gallo y su actitud belicosa placen sobremanera á aquellos salvajes.

La tribu de los insectos es pobre en grandes especies. Hanse recojido algunas mariposas nocturnas y un cortísimo número de coleópteros; pero se vea asimismo en esta gran tierra algunas hormigas, pequeñas langostas, arañas y moscas. Los místicos y las moscas de arena son los únicos insectos importantes y roedores. Los cieñopies se encuentran tan solo en las islas Manawa-Tawi, pero no en la gran tierra.

En las playas de la Nueva Zelandia viven diversas especies de mariscos, como la almeja, etc. En el cieno de los torrentes pulularon los ampulares. A lo largo de Tawai-Pounamou hay muchos crustáceos, cuya multitud ha inducido á llamar á los habitantes Kai-Mohoura, ó comedores de cangrejos. Los salvajes se zambullen en el mar, y de su fondo sacan estos crustáceos bien conocidos.

Inútil sería enumerar todos los peces que se encuentran en las bahías y los canales de estas islas, entre los cuales hay muchos que suministran una carne sabrosísima. Así es que bastará nombrar la raya, el serran, el trigu, etc., representados cada uno por una ó muchas especies, al paso que otros se parecen mucho á los cuadrátulos, las anguillas de nuestras comarcas y á los sargos. La aguada de la bahía de las islas es infestada por un pececito de agua dulce, naturalmente tan viscoso que se introduce en los toneles y en los cubos y corrempa su contenido por medio de la patrofección.

Es verdad que el reino vegetal no es tan rico y majestuoso como en las islas ecuatoriales, ni tan elegante y variado como en la Australia; mas no por eso deja de ser dignamente representado en la Nueva Zelandia. De las investigaciones practicadas hasta la actualidad por los botánicos, resulta conocida ya una flora de unas cuatrocientas especies; pero es muy probable que esta suma será aumentada por el resultado de indagaciones nuevas. Entre ellas se cuentan cuarenta y cinco especies de helechos que representan una gran parte en la vegetación. Con efecto el helecho comestible ocupa por sí solo la mayor parte de los collados desnudos de bosques; dos especies de cisteas arborescentes cubren con los otros árboles y arbustos ciertos barrancos húmedos y otras especies mucho mas pequeñas tapizan los peñados ó los troncos de los árboles añejos.

Entre los árboles mas importantes hay dos especies de *porocarpus*, un *dracrydium*, el *phyllodendrus*, especies que á veces alcanzan dimensiones gigantescas; y el *melicythus ramiflorus*,

del todo semejante á la mirra, así en cuanto al follaje como á la figura. Encuéntrense ademas otros árboles no menos notables, que solo podemos mencionar por sus nombres indígenas, á saber: el *demou*, el *karaka*, el *mai-tao*, el *hi-nou*, el *taou*, el *rebu-rebu*; el *haikata* y el *hob*. Una especie de enredadera sumamente fuerte y correosa estíende á veces sus sarmentosos tallos por el suelo hasta cincuenta ó sesenta pies de distancia.

Los compañeros de Cook se surtían de un verdadero alimento que les hacía veces de sagú, sacado del *dracena australis*: con las hojas del *leptospermum scoparium* hacían té, y en vez de espinacas comían hojas del *tetragonia expansa* y del *lepidium oleraceum*. Los marinos del *Astrolabio* emplearon con mucho gusto, así por ensalada como por sopa, las tiernas plantas del *sonchus oleraceus*. En ciertas localidades abunda el apio.

El *phormium tenax* es conocido actualmente en todo el globo; pero su verdadera patria es la Nueva Zelandia, donde vejeta con preferencia en los terrenos húmedos. Los naturales tején sus esteras con sus fibras sólidas y sedosas, y los Ingleses y Americanos lo aprecian mucho para la fabricación de ciertas sogas. En las playas marítimas habitan igualmente grandes y hermosas especies de fucaceas. Las rocas, los troncos de árboles y los collados áridos son tapizados de líquenes y musgo. Hanse encontrado ya muchos tipos conocidos en Europa y en otras partes del globo.

En el reino mineral, la Nueva Zelandia ofrece una gran variedad de sustancias, tales como granito, esquita, basalto, greda, sílex, ágata, jade verde, etc. En diversos puntos se han encontrado sustancias volcánicas, tanto que la isleta Pouhia-i-Wakali, situada en la bahía de Abundancia no es otra cosa que un volcan en constante actividad. Los bordes del lago Maupere presentan estalácticas, cuarzos y cascajos de cristal incrustados en las rocas. Los peñascos de greda forman en ciertos puntos de la costa arca-das naturales del orden mas pintoresco, y contienen á menudo pedazos de cristal.

Aseguran que cerca del cabo Norte ecsiste una fuente muy límpida cuyas aguas tienen la propiedad de petrificar los objetos que se sumergen en ellas. El ocre rojo es muy frecuente, no menos que la arcilla mas propia para vidriado. A dos millas de la costa y en las cercanías del cabo Este, corre un banco, entero de conchas á dos pies de profundidad.

M. Quoy ha reconocido mariscos fósiles en la arcilla arenosa de una colina situada en los bordes de la bahía Houa-Houa, que hasta el presente son las principales muestras auténticas en estado fósil que se púscen de este país. Si de-

be darse crédito á los naturales, el hermoso jade verde que les sirve para fabricar sus instrumentos mas preciosos, es sacado de un lago de Tawai-Pounamou, donde lo recojen en estado líquido, aunque en seguida lo endurecen por medio de su exposicion al aire. No faltan algunos sin embargo que aseguran ser un pescado que se transforma en piedra así que lo echan en la playa, aunque se ignora absolutamente el origen de tan extravagantes ideas.

CAPITULO XVI.

NUEVA ZELANDIA. — INDIJENAS.

Ateniéndonos á todos sus caractéres, fácilmente se reconoce que la poblacion de la Nueva Zelanda pertenece á la gran familia polinesia que habita las islas Hawaii, Taiti, Hamoa y Tonga; pero en esas tierras australes y bajo un clima mas riguroso ha adquirido un grado de energia y de vigor sumamente notable. Con efecto la sed de los combates, el desprecio de la muerte y el pundonor individual han llegado en ella á un grado desconocido entre las pueblas mas afeminadas de la zona tórrida.

El tipo zelandés puede jeneralizarse en los términos siguientes; estatura regular, miembros robustos, gordura poca, fisonomia caracterizada, tinte de un amarillo poco cargado, cabellos largos, lisos y comunmente negros y á veces castaños, ojos grandes, nariz bien formada, aunque un poco larga, y pocos pelos en el cuerpo (Pl. XLVIII. — 2). Entre aquellos hombres se encuentran mezclados en cierta proporcion otros individuos mas pequeños, de tinte obscuro, aunque no tanto que pueda llamarse negro, pelo crespo, barba poblada, ojos pequeños, hundidos y el cuerpo mucho mas veloso. Algunos viajeros han creído que estos dos matices constituían dos razas distintas: pero M. d'Urville solo vé en ellas dos variedades, la última de las cuales proviene de la mezcla de los conquistadores que pertenecian á la raza polinesia pura, con los aborígenes que serian tal vez Melanesios semejantes á los indijenas de las Nuevas Hébridas ó de la Nueva Caledonia. Actualmente parece que no existe ningun individuo de sangre pura perteneciente á esta última raza. Por lo demas este carácter jeneral de fisonomia contiene una multitud de matices expresivos entre los cuales hay algunos que recuerdan los mas bellos tipos de la antigüedad y otros las facciones regulares de los semblantes judios.

Las mujeres son jeneralmente muy inferiores á los hombres. Su rostro carece de espresion y delicadeza; sus miembros son demasiado abultados, su seno sobrado fuerte, y su talle muy corto y encojido (Pl. XLVIII. — 4). En cuanto

llegan á ser madres, pierden toda la frescura de su juventud, y aunque hay algunas que conservan sus facciones agraciadas, sus ojos llenos de fuego y de vivacidad, y sus cabellos negros, estas escepciones sin embargo son sumamente raras.

Las enfermedades mas frecuentes de los Nuevos Zelandeses son los dolores de cabeza, los marasmos, la tisis y diversas especies de fiebres. Sin embargo apesar de las privaciones á que están espuestos, estos salvajes no son mucho mas enfermizos que los Europeos, y aun se encuentran entre ellos algunos ancianos mucho mas viejos que en las demas islas de la Polinesia. Apesar de su edad avanzada, estos hombres conservan su vigor y sus facultades de un modo sorprendente. Sus cabellos apenas blanquean, sus dientes resisten á los años, y sus arrugas apenas se echan de ver bajo las lineas del pintarroteo.

Las primeras relaciones que tuvieron los Europeos con los Zelandeses, casi siempre acompañadas de catástrofes sangrientas, acarrearón á estos indijenas un renombre de barbarie y de ferocidad que parecia justificar sus horribles costumbres de canibalismo. Sin embargo algun tiempo despues se averiguó que no siempre habian tenido ellos la culpa, pues mas de una vez la responsabilidad de la agresion cargaba sobre los Europeos, y otras veces sobre la ignorancia de las costumbres de los isleños. La etiqueta y el honor esijian que nadie se presentase á la vista de los estranjeros mas que con las armas en la mano y haciendo demostraciones belicosas, que solo eran en realidad una parada militar y un honor tributado á los desconocidos huéspedes (Pl. XLIX. — 1). Lejos de contestar á aquellas demostraciones con demostraciones análogas, los Europeos guardaban un profundo silencio ó hacian fuego sobre los visitadores. En el primer caso, los naturales contestaban con ultrajes, juzgando que era una señal de desprecio; pero el segundo caso parecia una hostilidad directa que reclamaba siempre represalias, ó, como decian los indijenas, un *outou* (satisfaccion). Fácilmente se conoce que en medio de semejante dilema, las primeras entrevistas no podian menos de acarrear funestas consecuencias.

Cuando fueron mejor conocidos, estos pueblos manifestaron que tenian mas buenas cualidades que defectos. Buenos, honrados, hospitalarios, amigos fieles, padres tiernos y afectuosos, son por otra parte irascibles, altivos, implacables en sus venganzas y peligrosos. El rasgo mas singular de su carácter consiste en su disposicion á pasar repentinamente de los sentimientos de la benevolencia y de la amistad á los mas violentos transportes de cólera en cuanto juzgan ofendida su vanidad. Empero este furor súbito se apacigua con la misma prontitud con

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

3. *Scène de Grief à la Nouvelle Zélande*
3 Esceca de Luto en Nueva Zelanda

4. *Funérailles d'un Arlequin*
4 Funerales de un Arle

PITTORESQUE
PINTORESCO

Tom 2 Pl. 11

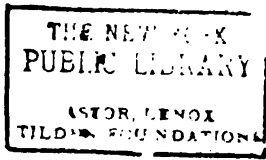
2

1. Recibimiento por un Caudillo de la "Nouvelle-Zelande"
2 Recibimiento hecho por un Caudillo de Nueva Zelanda



2. Desmonte de un Campo de Patatas
2 Desmonte de un Campo de Patatas

VIAJE



que se escita, para lo cual basta oponerle calma y sangre fría. Entre esos rasgos de cólera tan súbitamente apaciguada, citaremos el siguiente, sacado del viaje del capitán d'Urville.

« En 1824 acompañábamos de Sydney á su patria á Tai-Wanga, sobrinito de Shongui. Este joven era jovial y chistoso; sus monadas y sus jestos divertían sobremanera á los individuos de la tripulación, que se placian á veces en darle algunos chascos. Estas ceremonias fueron indiferentes durante algun tiempo; pero habiendo intentado un marinero polvorear de harina un viejo vestido que este natural traía de Port Jackson, y que le servía para hacer el *gentleman*, se puso sumamente encolerizado. En la fuerza de su rabia se arrancaba los cabellos, profería mil amenazas y lloraba como un niño, acabando por arrojar su vestido al mar. Yo tuve conocimiento de la desesperacion de Tai-Wanga, y de consiguiente le hice llamar y le interrogué; pero me respondió que no era justo que le tratase en aquellos términos, atendido que era ranga-tira de nacimiento, que su compañero Pahi solo era un esclavo, y que al llegar á su casa tomaría venganza de todos sus insultos. Procuré apaciguarle, y prohibí severamente á los marineros que le molestasen mas. Pero lo que mas consoló al pobre Tai-Wanga, fué el regalo de un buen capote gris que se puso al instante mismo para reemplazar á su viejo vestido; puesto que enjugó inmediatamente las lágrimas y recobró todo su buen humor. Este natural habia concebido mucho afecto á mi persona, y como manifestaba deseos de hacer una larga incursión en el interior, ofrecióse á servirme de guía y de rehen entre sus compatriotas, y pasó á bordo otras dos ó tres veces salvando la distancia de Kidi-Kidi al fondeadero para renovar sus ofrecimientos de servicios; pero otras razones particulares me impidieron llevar á cabo mi proyecto. »

Aunque apasionados para la venganza, estos pueblos no son extranjeros á los sentimientos de jenerosidad. Su humor es jovial y chistoso, y una de sus diversiones favoritas consiste en remedar los jestos de los Europeos de un modo sumamente cómico y á menudo espiritual. Sin embargo su continente habitual es serio y reposado. Hemos visto ya con cuanta obstinación toman á pecho dar cima á sus proyectos de represalias sin que el tiempo pueda hacérselos olvidar.

Educados en la escuela de los Europeos, estos salvajes han llegado á ser buenos oficiales en los oficios que han aprendido; son hábiles carpinteros, albañiles, herreros, armeros inteligentes, y con un poco de práctica serían excelentes marineros. Sus relaciones con los Europeos les han suministrado algunas ideas de especulación mercantil. El Zelandés es naturalmente

osado, gusta de hacer largos viajes, quiere mucho á su patria, y regresa á ella con grandes transportes de alegría.

Estos isleños profesan mucho amor á sus hijos, á sus padres y á sus amigos. Este amor se manifiesta en vida por pruebas de adhesión, y después de la muerte por el sentimiento mas intenso y mutilaciones voluntarias. Los que sobreviven se rasgan el rostro y el cuerpo con mariscos y piedras afiladas (PL. LI.—3.). Cuando ven á los Europeos conformarse con frialdad á semejantes pérdidas, pretenden que no experimentan los verdaderos sentimientos de amor; porque dicen que no hay dolor donde no corre sangre. Estas demostraciones sangrientas tienen asimismo lugar cuando deben separarse por mucho tiempo de los objetos de su cariño. Los Europeos se han conmovido no pocas veces al espectáculo que les ofrecía semejantes escenas de desolación. En aquellas ocasiones muchos guerreros, incompatibles en el campo de batalla, se mostraban no menos llorosos que mujeres.

Estos pueblos profesan igualmente mucho respeto á la ancianidad: en los banquetes, en los consejos, y en las grandes ceremonias los puestos de honor se reservan siempre á los ancianos. Cuando la edad les imposibilita para los combates, escuchan con respeto su parecer. Esta deferencia se estiende hasta los esclavos, y los jefes continúan manteniendo á los que llegan á una edad avanzada, aunque no puedan serles de ninguna utilidad. La hospitalidad es asimismo una virtud tan jeneral entre los Zelandeses, que no pudieron menos de quedar altamente sorprendidos al ver en las colonias inglesas algunos hombres espuestos á perecer de hambre delante de las tiendas de los panaderos y de los matarifes. En su concepto era esto una monstruosidad inexplicable, un problema irresoluble; por cuyo motivo cuando querían hablar de un jefe avaro, no hallaban punto de comparación mas propio que el de la hospitalidad inglesa. Tai-Wanga ofreció cierto dia á Mr. d'Urville algunas patatas que tomaba del canastillo de su tío Shongui, y viendo que este oficial titubeaba en aceptarlas, le dijo: « Toma, ranga-tira, que no estamos en Port Jackson, ni es necesario dar dinero para poder sustentarse. »

No debe pasarse en silencio que el roce con los Europeos ha hecho perder á estos pueblos muchas de sus sencillas cualidades, é inspirádoles el disimulo, la avaricia, la codicia y la aidez. Estos defectos son equilibrados por muy pocas virtudes nuevas, y por otra parte ninguna de sus bárbaras costumbres ha cedido realmente al contacto de la civilización. Sin duda este progreso se echará de ver cuando las guerras, pasando á ser mas sangrientas por la introducción de las armas de fuego, bairán diez-

medo las poblaciones zelandesas, y cuando tengan á la vista modelos diferentes de los que actualmente les ofrecen los balleneros ingleses y americanos.

Nada cabe mas sencillo que la constitucion politica de estos pueblos. Cada tribu, que á buen seguro era una sola y misma familia, reconocia un jefe encargado de velar por sus intereses y conducirla al combate en tiempo de guerra. La autoridad de este caudillo no era coartada por ninguna ley ni por alguna costumbre positiva; únicamente parecia depender de la influencia personal del individuo y de la confianza que habia sabido inspirar á sus subordinados. Por lo demas cada ranga-tira ó noble era amo en su propia esfera, y esta libertad individual parecia extenderse á todos los individuos que podian crearse una existencia independiente del jefe de la familia. Así es que la sociedad se componia de tres clases: los *ranga-tiras*, nobles ó poseedores del territorio; los *tangatas*, plebeyos sin propiedades, y los *taorekas* ó esclavos, llamados mas comunmente en la actualidad *kouhis*, corrupcion de la voz inglesa *cook* (cocinero), procedente de los prisioneros hechos en la guerra. Los jefes de todas clases y los guerreros mas distinguidos salian de los ranga-tiras; los hombres del pueblo eran empleados en la pesca y en la construccion de casas y piraguas, y formaban parte del séquito de los ranga-tiras; los esclavos se dedicaban á las funciones mas viles, especialmente á preparar y cocer los alimentos.

Los principales caudillos de las tribus llevan el título de *ranga-tira-rahi* ó *ranga-tira-noui*. Parece que en algunas ocasiones un ranga-tira superior á aquellos presidia á ciertas porciones de territorio bastante considerables, bajo el título de *ariki*; pero nadie ha podido averiguar hasta el presente en que consistian realmente los privilegios de *ariki*, tanto mas cuanto este mismo título se atribuye muchas veces á unos personajes revestidos de un carácter mas religioso que politico. Es cierto que el ranga-tira, á falta de otros medios directos para sostener sus derechos, casi no tiene mas recursos que los privilegios negativos del *tapou*. Mediante este *tapou*, cuyo uso está siempre á su disposicion, puede obligar á la obediencia á todos sus vasallos sin exceptuar los mas pertinaces.

El título de jefe se transmite ordinariamente del hijo primojénito á los segundos para recaer en los hijos del hermano primojénito. En los alrededores de la bahía de las Islas debia dar pruebas de pericia militar para conservar el mando, y cuando el jefe no se sentia con el talento necesario para guiar á los otros al combate, dimitia voluntariamente sus poderes. En otros puntos el jefe se hace reemplazar por una especie de

jeneralísimo salido á veces del bajo pueblo, pero ilustrado por sus proezas y hazañosos hechos. Algunos viajeros pretenden que existen pueblos gobernados por mujeres.

Los ranga-tiras aprecian en mucho su dignidad, y en presencia de los Europeos se esfuerzan en mantenerla con una gravedad á veces quijotesca. Cuando llega una tripulacion, inmediatamente se informan por el rango de las diversas personas que la componen, y establecen comparaciones con sus categorias sociales; pero la tentacion que les escitan los objetos ofrecidos á su vista por los mas infimos marineros, destruye cuanto antes de todo punto esta vana andamiada de etiqueta improvisada. Entre ellos no se salvan las barreras con tanta facilidad; todo jefe, todo ranga-tira es sumamente delicado en materia de honores y de precedencia. Las mas pequeñas infracciones á sus reglas pueden adarcear en pos de sí las mas sangrientas guerras, y en su consecuencia el exterminio de tribus enteras. Con efecto, el motivo aparente de toda guerra es el reclamar satisfaccion (*outou*) por una ofensa real ó ficticia. Si el partido atacado se deniega á darla, rompen las hostilidades y no cesan hasta que sucumba una de las parcialidades. Para firmar la paz es preciso que uno de los dos partidos otorgue el *outou* al otro, pues de otro modo ninguno de los dos campos reputaria la paz como sincera y permanente. Así es que aun en sus querellas con los Europeos, los salvajes reclamaban el *outou* como garantía de la paz.

Como estas guerras obstinadas y sangrientas podrian con el tiempo despoblar el país, ordinariamente muchas tribus se unen en confederacion para formar una liga ofensiva y defensiva. Las tribus reunidas de la bahía de las Islas y del Shouki-Anga han hecho por mucho tiempo la guerra á las del Shouraki y de Viti-Anga; estas han combinado á veces todos sus esfuerzos contra los habitantes de Touranga y del cabo Este. Pero estas federaciones se dividian, y de ahí resultaba una guerra encarnizada entre los antiguos aliados. Si hemos de dar crédito á las narraciones de los misioneros, hace unos doce ó quince meses que se hace sensible la despoblacion causada por las guerras, lo que no tiene nada de extraño; atendido que en muchos combates han quedado tendidos en el campo de batalla hasta 400 ó 500 cadáveres.

Quando una tribu declara la guerra á otra, publicase comunmente esta guerra de una manera auténtica. Sin embargo á veces ha acontecido que los guerreros se han precipitado sobre sus enemigos sin declaracion ninguna. Estos guerreros durante sus marchas se acuestan al ras y se ponen al abrigo bajo albergues de ramas. Sus provisiones consisten en pescado seco y raíces de helecho, cuya última sustancia es comun en to-

das las espadas y constituye su principal recurso. Los que traen las provisiones son esclavos, á quienes despiden cuando no son útiles para nada.

En las batallas campales, los guerreros empiezan por disparar una lluvia de lanzas, y en seguida combaten cuerpo á cuerpo con la macana, con la que se descargan golpes terribles. La introduccion de las armas de fuego ha hecho mas raros los encuentros jenerales, y mas frecuentes las guerras de escaramuzas europeas. Antes de venir á las manos, los dos partidos entonan el canto guerrero acompañado de jestos y terribles abullidos. Una de sus muecas mas familiares consiste en sacar un palmo de lengua, haciendo rodar los ojos en sus órbitas, de suerte que solo quede visible el blanco. El emblema de la gloria es para ellos *oudou*, que se encuentra en la mayor parte de sus figuras esculpidas. Los guerreros que sucumben en el campo de batalla son acogotados y devorados sin compasion. Las mujeres y los hijos de los vencidos son á veces condenados á muerte, y otras veces reducidos á esclavitud. En ciertas circunstancias los jefes pasan revista de los guerreros de su tribu, y los distribuyen en compañías de á cien hombres mandadas cada una por un ranga-tira. Esta revista es indispensable cuando la tribu abre la campaña.

En semejante estado social las ideas del bien y del mal son muy poco distintas, y se concibe que no existe código criminal. Todo se arregla conforme al mas fuerte; así que es preciso que el débil se postre ante el poderoso. Los esclavos dependen enteramente de sus dueños; la plebe de sus caudillos, y los ranga-tiras inferiores de los ranga-tiras principales, bien que en este último caso la obediencia es poco onerosa. Los ranga-tiras principales están sujetos á algunas formalidades tradicionales y á ciertas reglas de convencion cuya observancia está á cargo de la asamblea de los ranga-tiras. Si uno de estos llega á infringirlas, congéganse sus vecinos, deciden la pena que debe sufrir, y la llevan á cabo despojándole de sus bienes en todo ó en parte, ó bien maltratándole corporalmente. Otras veces las contiendas de los jefes se solventaban en un combate singular, en presencia de los jefes reunidos. Estos combates podian considerarse como verdaderos duelos, á la manera de nuestros antiguos juicios de Dios, y se trocaban á veces en torneos cuando los respectivos amigos de los campeones sacaban la cara por los mismos.

La pena del talion es la mas frecuente. Al robo oponen el pillaje, á las heridas la sangre, y al homicidio la muerte. En caso de adulterio los culpables son ejecutados algunas veces, sin otra distincion que en la pena, segun el sitio donde se cometió el crimen. Si este fué cometido en casa del hombre, sacrifican solamente á

la mujer; pero si fué cometido en casa de la mujer, immolan únicamente al hombre. Cuando el esposo teme los resentimientos de una familia poderosa, remite la mujer adúltera á sus parientes. Los adúlteros y los rateros son espurgados de la tribu, y si mueren los últimos se suspende su cadáver ó su cabeza de un poste en forma de cruz.

Los salvajes de alto rango se ocupan en el cultivo de sus tierras, en la fabricacion de las casas y de las piraguas, y en los trabajos de la pesca y de la caza. A veces matan el tiempo ejecutando diversos objetos de madera, de hueso ó de piedra, como arquillas, flautas, anzuelos, macanas, etc. ó bien lanzas, pagayas, azadas y otros instrumentos (Pl. XLVII. — 5). Muchos de estos objetos son esornados de cinceladuras perfectamente trabajadas, aunque de un gusto el mas estravagante y á veces monstruoso. Esta industria era tanto mas admirable, cuanto que antes de la introduccion del hierro solo tenían para ejecutar sus cinceladuras instrumentos groseros de piedra ó de mariscos. Las mujeres son encargadas de las plantaciones y de la inquisicion de los mariscos, como tambien de los viveres y del agua necesarias. Igualmente les pertenece la preparacion de la hilaza de phormium, con la que hacen esteras de todas cualidades.

Jeneralmente los Nuevos Zelandeses hacen dos comidas, la una al salir el sol, la otra poco antes de ponerse. Fuera de los casos particulares de tapou, las mujeres pueden comer con los hombres, pero acostumbran no hacerlo para su mayor comodidad: pero los esclavos nunca pueden comer con los amos. En jeneral se encuentran entre ellos muchas menos prohibiciones para los viveres de las que se observan en Taiti y en Hawaii. Sin embargo en algunos banquetes de ceremonia cada uno tiene su porcion separada, á la que él solo puede tocar; por cuyo motivo se lleva á su casa lo que no puede comer. Concluido el banquete debe distribuirse inmediatamente el canastillo de junco en que se ha servido cada porcion, por temor de que puedan emplearla de otra suerte. En los festines mas opíparos la porcion de cada convidado se compone de una racion de patatas con una porcion de tocino ó de pescado. La bebida comun es agua contenida en unas calabazas, y cada convidado bebe sucesivamente, procurando beberla sin tocar á los labios. La vajilla y las esteras son reemplazadas por hojas de helecho, y los dedos hacen veces de tenedores.

La cama de los Nuevos Zelandeses consiste en un cúmulo de helechos estendido en un rincon de la cabaña con un tajo de madera por almohada. En invierno se cubren con esteras, y en verano duermen desnudos. Los fuegos que mantienen en sus casas las ponen cálidas cual verdaderos hor-

nos, y aunque se acuestan bastante tarde, levántanse siempre al salir del sol.

Estos pueblos tienen algunas ideas confusas de astronomía y de uranografía. Las constelaciones y las estrellas de primera magnitud han recibido nombres particulares que recuerdan ideas religiosas ó tradiciones nacionales. No pocas veces pasan horas enteras en atisbar la aparición de una estrella en el horizonte, y se inquietan vivamente cuando no sale. La mayor utilidad de estos conocimientos consiste en la aplicación que hacen para dirigirse en sus escursiones nocturnas. Sumamente apasionados á los viajes, emprenden á menudo largas y penosas correrías por interés político, ó por espíritu de especulación mercantil, ó por efecto de una simple curiosidad. No obstante los recelos que han debido enjendrar las guerras dilatadas, los viajeros indigenas son casi siempre muy bien acogidos en sus escursiones, y á su salida les suministran víveres y guías.

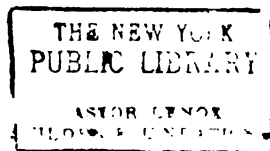
Los hombres se casan entre los veinte y veinte y cuatro años, pero las mujeres mucho mas temprano. Mientras estas últimas permanecen solteras, pueden disponer á su guisa de sus favores; sin embargo en estos efimeros enlaces deben observarse las conveniencias del rango. Antes de llegar á los Europeos, las jóvenes probablemente abusaban poco de esta licencia; pero las instancias de los extranjeros y la seducción de los presentes acarrearón en breve á aquellas desgraciadas al estado de desvergüenza en que actualmente se hallan. En cuanto una mujer se casa, pierde toda la libertad de que disfrutaba, estando obligada á ser fiel y casta, lo que hacen las Zelandesas así por gusto como por temor de los castigos. Estos castigos son corporales, y puede inflíjrselos el marido ó la familia. Una mujer repudiada es *tabou* para otro hombre y se halla puesta bajo el peso de esta interdicción y de las penas inherentes. Este sentimiento de la fidelidad conyugal se halla hasta en las esclavas que ofrecen sus favores á bordo de las embarcaciones; pues en cuanto un marinero declara á una de ellas que la toma por su mujer al instante se impone esta los deberes de semejante título, y ni las promesas, ni las instancias ni los presentes, nada es parte á determinarla á infringir este compromiso.

El matrimonio se celebra con muy pocas formalidades. El hombre escoge entre las mozas libres la que mas le gusta, declara su elección á los padres, y se lleva la mujer á su casa después de haber arreglado el presente de costumbre. Algunos viajeros han supuesto que el consentimiento de la moza no era necesario: otros han pretendido que si la novia lloraba por vez primera y persistía segunda y tercera vez en su negativa, el novio estaba obligado á buscar otra. Quizás esta última condicion solo es necesaria

para las mujeres de alto rango; porque en sus uniones conyugales los hombres paran mas su atención en el rango y en el nacimiento de la novia que en sus gracias personales, por razon de que su objeto principal consiste en robustecer su propia influencia por la consideracion de la familia donde van á tomar la mujer; pero está obligado á señalar á cada una una habitacion particular, porque raras veces ocurre que habiten juntas dos mujeres. Algunos ranga-tiras poseen hasta ocho ó diez mujeres, y la que pertenece á la familia mas poderosa ocupa el primer rango. Además es la única que participa de los honores tributados á su marido, y sus hijos son igualmente los únicos que suceden al poder y á las posesiones del padre. El mismo hombre casa muchas veces con varias hermanas; de suerte que el viejo Tepahi habia tenido por mujeres las cuatro hijas de una misma familia. El que hace un casamiento bajo enlazándose con una esclava, está espuesto á una especie de degradacion. El hombre es arrojado de sus dominios, y la mujer castigada por sus padres. Tepahi tuvo muchos años encerrada en una jaula á una de sus hijas que habia hecho un mal casamiento. El hijo nacido de un jefe y de una esclava es igualmente esclavo, almenos que para legitimar su nacimiento el jefe manumita á la madre y la pida en seguida á su familia con las formalidades requeridas.

No pocas veces ocurre que cuando las mujeres pierden á su marido se suicidan espontáneamente, y las que consuman este acto de heroísmo son un grande objeto de admiracion para sus amigos y parientes. A veces se ha observado igualmente que cuando el marido pierde á su mujer se inmola sobre su cadáver, pero esto no es tan frecuente. Una viuda no puede casarse de nuevo antes de haber consumado la ceremonia de inhumar los huesos de su marido, y aun después de haberlo verificado es una especie de tacha pasar á nuevas nupcias. Deseando evitar esta afrenta, los parientes y los amigos del difunto se propasan hasta inmolar á la pobre viuda. Las mujeres tienen una delicadeza muy marcada con respecto á los reproches que pueden dirigirles sus maridos, tanto que muchas se suicidan inmediatamente. El suicidio es muy comun en ambos sexos, y no pocas veces es motivado por causas muy insignificantes.

Cuando una mujer se halla á punto de parir, es *tapou* y completamente secuestrada de la sociedad. Señálaule una casa particular, y la hacen servir por una ó muchas mujeres que son *tapou* como ella. Esta reclusion dura muchos dias después del alumbramiento. Las mujeres paren al aire libre sin proferir el menor jemido, y al ver al recién nacido, los concurrentes esclaman *tane tane!* La madre misma corta la cuerda umbilical.



1. $2x^2 + 11x + 12$

Salutation, Shongu. Nuevos Zelandeses.

• Salutación Shongul Nuevos Zelandeses

INDEX
VOLUME

bilical, se levanta, y vuelve á sus ocupaciones ordinarias.

En ciertas ocasiones la madre mata á su hijo así que ha visto la luz del día, hundiéndole el pulgar en la parte superior del cráneo. El infanticidio se comete sobre todo en las hijas que esceden al número deseado por los padres y en los frutos de enlaces vergonzosos ó ilegítimos. Cinco ó seis días despues del nacimiento del niño le administran una especie de bautismo: la madre asistida de sus amigos y parientes estiene una estera sobre dos montones de leña, y depone en ella al recién nacido. Todas las mujeres mojan sucesivamente un ramo en un vaso de agua y rocían con ella la frente del niño. En este momento, le imponen un nombre y suplican á los dioses que le infundan fuerzas y valor, la victoria sobre los enemigos y los gozes de la gloria, *oudou*, así en este mundo como en el otro. Este nombre es á veces trocado por otro, particularmente en virtud de algun suceso cuyo recuerdo debe consagrar el nombre; pero en este caso renuevan igualmente el bautismo.

La educacion de los niños es muy sencilla, pues no hacen mas que vejetar bajo las alas de sus padres. Los muchachos se acostumbran cuanto antes á los ejercicios de la edad viril, al manejo de las armas y á las danzas guerreras; al paso que las mozas se ocupan bajo la direccion de sus madres en los trabajos correspondientes á su sexo. Apesar de la libertad de que gozan, los hijos jeneralmente son de un carácter dulce y uniforme, siendo del todo extranjeros á esos caprichos que comunmente les hacen sumamente mazorrales en las sociedades civilizadas. En la Nueva Zelandia, lo mismo que en Tonga-Tabou, las adopciones son muy frecuentes. A menudo se ven jóvenes que dan el título de padre á ancianos que no tienen hijos, y esta adopcion confiere todos los derechos de una verdadera paternidad.

El pintarroteo trae en la Nueva Zelandia la denominacion de *moko*, y esta decoracion en aquel país es inherente á ideas de distincion mucho mas positivas que en los demas archipiélagos. El *moko* solo se permite á los guerreros, y ninguna consideracion se merecen los que no han sufrido este baturrillo prohibido á los esclavos, á los plebeyos, y aun á los nobles que no se presentan en el combate. Ordinariamente despues de cada campaña el guerrero añade nuevos rasgos á su *moko*, y repasa un corte del verduguillo sobre los mismos dibujos hasta tres ó cuatro veces diferentes. Asimismo los lineamientos del pintarroteo, que en las otras islas se ciñen á simples dibujos superficiales, son en la Nueva Zelandia verdaderos surcos que penetran sensiblemente en la piel. Un ranga-tira es tanto mas ve-

nerado cuanto mas profundos son los surcos de su *moko*. Las mujeres no pueden trazarse en el rostro ni los dibujos mas insignificantes; mas en cambio tienen derecho de hacerse incisiones mas profundas y mas complicadas en los hombros y en el resto del cuerpo.

El *moko* es para los Zelandeses lo que son los escudos de armas para los Europeos. Un natural viendo cierto día unas armas grabadas en el sello de un oficial inglés, preguntó lo que significaba aquel emblema, y cuando se lo esplicaron: « Bien, exclamó, ya comprendo; es el *moko* de la familia de M.... » En efecto, ciertas familias tienen su *moko* particular que nadie podria usurpar sin incurrir en el resentimiento de aquellas. En ciertas circunstancias, segun se ha observado, los naturales ponen su *moko* á guisa de firma, y cierto caudillo repetia muchas veces que su nombre estaba escrito en los dibujos de su semblante. Durante su permanencia en Inglaterra, el jefe Toupe-Koupa no tuvo reparo en que le retratasen: pero procuró que le reprodujesen fácilmente las figuras de su rostro (Pl. L. — 1). Toupe daba siempre su nombre al dibujo que designaba precisamente sobre la parte superior de su nariz, diciendo: « El Europeo escribe su nombre con una pluma; mas el de Toupe está aquí. » El extranjero se habitua fácilmente á tan extravagante ornato, que añade mucha espresion y enerjia al semblante, le pone al abrigo de las picaduras de los misticos y las intemperies de las estaciones, y disminuye singularmente el efecto del ultraje que los años hacen en el rostro humano. Por fin contribuye mejor que todas las decoraciones exteriores á revelar la condicion y el rango del individuo.

Industriosos y activos bajo tantos aspectos, los Nuevos-Zelandeses están muy atrasados en orden á su arquitectura. Sus cabañas solo tienen comunmente cinco ó seis pies de ancho, siete ú ocho de largo, y cuatro ó cinco de altura. Las paredes son formadas de estacas plantadas unas junto á otras con ramas entrelazadas y cubiertas interior y exteriormente de una especie de esteras de paja de plantas fluviales, especialmente de hojas flexibles de *typha*. El techo se compone de una pieza de madera que forma su remate con una cubierta de bálagos. Algunos jefes tienen casas de dobles dimensiones y de un techo sostenido interiormente por una hilera de estacas. En una de las estremidades se halla una puerta de tres pies de altura sobre dos de ancho, que se cierra por medio de una especie de hoja. Al lado hay una segunda abertura, y un poco mas arriba de la puerta se ve una especie de ventana que se cierra por medio de un enrejado de junco. En el lado donde se halla la puerta, el techo se prolonga de tres á cuatro pies

en suelo exterior formando una suerte de sobradillo. Las puertas de la casa van á ella á comer en aquella parte, pues les está prohibido hacerlo en el interior. A veces el domicilio de los jefes es adornado de figuras esculpidas é igualmente de decoraciones en bajo relieve, anejecidas con cera (Pl. XLVII. — 2). Ciertos viajeros tomaron al principio aquellas estatuas por estatuas de dioses, ó verdaderos ídolos: pero actualmente está averiguado que no tienen objeto alguno particular, pues solo consisten en simples ornamentos á que los isleños no rinden ninguna de culto. Sin embargo Rutherford pretende que aquellas estatuas están colocadas á las puertas de los jefes para prohibir su acceso á los esclavos, que serian castigados de muerte si violasen aquel asilo.

El piso de la casa consiste en una tierra bien batida y poco enlosada. El hogar es un pequeño cuadrado circuido de piedras, cuyo humo sale por la ventana, ó por la puerta cuando no hay ventana. Así es que aquellas casas son constantemente ahumadas, y por poco fuego que haya, su temperatura siempre es muy elevada.

El ajuar de las cabañas consiste en instrumentos de piedra ó de hueso, en canastillos de junco, calabazas y esteras. Los objetos mas insignificantes, tales como agujas, puntaros, anzuelos de hueso ó de mariscos, son conservados en cofrecitos óvalos labrados en un pedazo de madera maciza y adornados con mucho ingenio de cinceladuras y de hajas relieves. Bajo el vestíbulo se depone la piedra juntamente con la maceta para cascarse la raíz del helecho. Los edificios destinados á contener las provisiones, las armas y los instrumentos de la tribu, son contruidos con mas lujo y solidez que las simples casas. A veces alcanzan hasta veinte y cuatro á treinta pies de largo, sobre doce ó quince de ancho y diez ó doce de altura. A menudo los construyen de suerte que tengan tres ó cuatro pies sobre el nivel del piso, y los decoran de bajos relieves. En los bordes de la bahía Shouraki, M. Nicolai observó un edificio de ochenta pies de largo dividido en dos partes por medio de una separacion que corre en toda su longitud, y conjeturó que estaba destinado á alojar cerdos.

Ademas de las cabañas diseminadas en el campo, habitadas por los naturales en tiempo de paz, cada tribu posee un pá ó fortaleza, donde se acorralan todos los miembros en tiempo de guerra. Estos pás, ya descritos son contruidos ordinariamente en la cima de alguna colina ó de peñones naturalmente fortificados, y hechos casi inespugnables por la mano del hombre. En estos pás, las casas de cada familia dispuestas por escalones en la pendiente del

terreno, presentan un punto de vista muy pintoresco. La del jefe principal está situada en la misma cumbre del pá, y las de los principales rangos se hallan en las cercanías. En las comarcas frecuentadas por los Europeos, este sistema de construccion se ha modificado un poco. En las cercanías de la bahía de las Islas, algunos se han contruido unas casitas dispuestas en pisos, con puertas, ventanas y techos verdaderos. Todos sus muebles consisten en algunas sillas, bancos, camas, bufetes, lechos y algunos bañiles.

La base del alimento en toda la Nueva Zelandia, es la raíz del helecho (*pteris esculenta*) ligeramente tostada y batida algun tiempo sobre una piedra con una maceta. Para encontrarle un sabor agradable, es preciso estar habituado á su uso. La raíz del helecho constituye la principal provision de los Zelandeses, quienes llevan de ella siempre sus pás para el caso de guerra. Igualmente emplean la médula del tallo inferior de un helecho en árbol (*cyathus medullaris*), que hacen cocer en hornos de tierra. La patata dulce y el turo eran cultivados en estas islas ya antes de la llegada de los Europeos; la primera es el plato favorito de los caudillos, pero el pueblo solo las come en las fiestas solemnes. De todos los legumbres, de Europa importados por Cook y Marion, solo se ha multiplicado la patata, que en la actualidad crece en toda la isla del Norte.

Entre los cuadrúpedos, solo los ofrecian una carne buena de comer el perro y el gato, pero la del primero era la mas apreciada. Actualmente el cerdo es muy comun en Ika-na-Mawi, pero su carne está reservada á los jefes. Hace poco que los indijenas cazaban ciertas aves, como palomas, ánades y filocerócoras para hacerlas azar; mas la introduccion de las armas de fuego les ha hecho menos precario este recurso. Muchas erian igualmente gallinas que apellidan *kakatouas*, de cuyos huevos gustan sobremanera. Unicamente les exusa inquietud su falta de respeto para las sitios tabous, por cuyo motivo desprecian la introduccion de las reses vacunas.

El mar con sus peces esquisitos y sus variedades mariscos les ofrece uno de sus mayores recursos. En ciertas épocas pesan gran número de peces, les hacen secar al sol; y cuando los tienen preparados, los conservan en sus almacenes para el invierno. Los salvajes comen de este pez con sumo placer, apesar de que generalmente escusa una fetidez repugnante y hormiguea en lombrices. Cuando una ballena, un marsopla ó algun delfin encallan en sus costas, todos los habitantes de la tribu acuden para empalagarse, y la posesion del cetaceo muchas veces da margen á una contienda entre las tribus que se la disputan. El aceite de foca es igual-

mente para ellos un plato muy exquisito.

Pero el principal regalo de estos salvajes consiste en la carne de sus enemigos muertos en el campo de batalla. La primera causa de estos festines consiste sin duda en motivos supersticiosos, bien que la sensualidad coopera igualmente á ello. Los misioneros han observado que algunas veces los jefes han muerto esclavos por el mas frívolo pretexto, pero en realidad con deseos de empalagarse con su carne (Pl. LI.—1.). De la cabeza ordinariamente solo comen el cerebro, y en seguida preparan el resto del cuerpo haciéndolo cocer en sus hornos, del mismo modo que harían con un cerdo. Establecen una diferencia muy grande en el gusto de la carne entre un Nuevo-Zelandés y un blanco, y dan la preferencia al primero, por razon de que los Europeos acostumbran comer platos salados, al paso que los primeros nunca emplean sal en sus alimentos; de suerte que tanto como se muestran apasionados á los legumbres añejas y al hinccho corrompido, tocan raras veces á las carnes salobres de los marinos. Del mismo modo que muchos otros salvajes, tráganse á menudo los piojos que encuentran en su cabeza.

Antes de los Europeos, los Zelandeses no conocían especie alguna de licor espirituoso, y solo bebían agua. Nuestras bebidas fermentadas solo les inspiran repugnancia y disgusto, pero en cambio se paladean con el té, el café, el chocolate y todas las sustancias azucaradas.

La cocina de aquellos indijenas es sumamente sencilla, pues se reduce á cocer los víveres en sus hornillos ó bien en tostarlos al asador ó á las ascuas. En seguida los cortan por medio de mariscos afilados. En cuanto al pescado, lo preparan en guisado envolviéndolo en muchas hojas de col y deponiéndolo sobre una piedra plana calentada de antemano, y volviéndolo de cuando en cuando. Este modo de preparar el pescado le comunica un gusto muy agradable. Lo mismo que en otras islas, encienden fuego revolviendo rápidamente un pedazo de madera dura sobre otra de madera mas blanda, é imprimiéndole un movimiento de rotacion semejante al del molinillo con que se bate el chocolate.

El traje ordinario de ambos sexos se compone de dos esteras de phormium, la una simplemente echada sobre las espaldas y atada por delante, la otra cubriendo los lomos, descendiendo hasta media pierna y retenida por medio de un cinturón. Ordinariamente la primera es de un tejido grosero, y aun á veces de juncos ennegrecidos con el humo y dispuesto de manera que todas las puntas se sienten unas sobre otras como las sedas de un puerco espin. Agachados en tierra con semejantes esteras que los cubren casi enteramente, aquellos salvajes ofrecen á pri-

mera vista el aspecto de unas colmenas de pajaja sembradas por el suelo. Pero en las grandes ocasiones, en las fiestas y en las solemnidades, el guerrero de cierto rango lleva una magnífica estera de phormium de brillante y sedoso tejido, con ribetes de variados colores guarnecidos de mechones de pelo, plumas de kivi ó lana encarnada obtenida de los Europeos. Los cabellos son reunidos en la coronilla de la cabeza y adornados de hermosas plumas blancas que flotan á merced del viento.

Los niños andan comunmente desnudos hasta la edad de ocho años. Durante sus ocupaciones los hombres solo encubren á veces sus cinturas, pero las mujeres nunca se despojan de sus estetas inferiores. Estas mujeres son en jeneral mas modestas que en las otras islas de la Oceanía.

Estos salvajes gustan mucho de poder cubrirse con algunos andrajos europeos: así que cuando han obtenido algunos viejos harapos, se los ponen encima cual si les comunicasen una grande importancia. Sin embargo no hay duda que es mas noble su continente con su sencillo traje nacional y que sienta mejor con sus costumbres. Sea cual fuere su vestido, el Zelandés en jeneral es poco limpio, siendo en este inferior á los otros Polinesios que bajo un cielo menos riguroso se bañan á menudo y se ofrecen cuerpos tan horriblemente llenos de piojos y de sangre.

Ambos sexos traen como ornamentos diademas de tiburón, pedazos de madera, pequeños mariscos, rollos de tela, y plumas de albatros que suspenden de sus orejas y con que guarnecen sus cabellos. Igualmente traen collares hechos de paja, de huesos y de mariscos. Pero su ornamento mas precioso es sin contradicción la estera figura de jade verde llamada *poimamoa*, que llevan suspendida de su cuello (Pl. XLVII.—5). Este ornamento parece ser el atributo de encumbrado rango, como tambien pequeñas sortijas de la misma materia, de dos ó tres pulgadas de largo, que se suspenden ante el pecho, de uno de los ángulos superiores de sus esteras. Estas decoraciones solo son una parte del tocador solemne de un Zelandés, pues en las ocasiones mas importantes se almagra el rostro con cera empapada en aceite de pescado, y se frega todo el resto del cuerpo. Esta costumbre hace ecstas á estos naturales un olor desagradable y fuerte, pero este uso es de rigor, sobre todo antes del combate.

Los trabajos agrícolas de estos pueblos se refieren á las plantaciones de patatas, camélon y taro. En primer lugar pegan fuego á las malezas para despejar la tierra y mejorarla con cenizas, y en seguida la remueven por medio de azadones de madera y plantan los raíces (Pl. XLIX.—2). Concluido esto, circuyen sus plantaciones de

empalizadas y de cuando en cuando procuran escalear sus campos y conducir á ellos algunos canales para el riego. Estos cultivos son poco estensos, pero ofrecen un aspecto muy regular. Recójense cada año dos cosechas de patatas: hácenlas secar en seguida al aire libre y las amontonan en almacenes. Las patatas se transportan y se conservan en canastillos de junco que contienen unos con otros diez y siete libras de estas raíces. A veces cultivan igualmente el *phormium tenax* por medio de tiernos renuevos que plantan simétricamente en un terreno pantanoso, aunque por lo comun se contentan con los plantales que crecen naturalmente.

Estos naturales tienen redes de grandes dimensiones. Hanse medido algunas que tenían de tres á cuatrocientas brazas de largo sobre quince á veinte pies de ancho; unian con ellas pedazos de madera muy lijera, y los plomos para hacerlas sumerjir eran guijarros muy pesados. De todas estas redes, las unas son tejidas de hilaza de *phormium*, y las otras solamente de junco. Los naturales pescan tambien con el sedal por medio de anzuelos de nácar ó de otro marisco. Rutherford pretende que son hábiles buzos, y que á veces cojen el pez en el agua con sus manos.

Las piraguas son de dos especies: las unas tienen veinte ó treinta pies de largo sobre doce de ancho, y pueden contener de diez á veinte personas; las otras tienen de sesenta á ochenta pies sobre cinco á seis de ancho y cuatro de profundidad, pudiendo contener de ochenta á cien personas. Las primeras pertenecen á particulares y se usan todos los días; pero las segundas son propiedad de la tribu y solo sirven para el combate. Todas estas piraguas son hechas de un tronco de árbol ahondado en toda su longitud, alzado en ambos lados por medio de una larga plancha de un pie de ancho y carenado. La costura es llena de cáñamo, y con una especie de resina la calafatean. Las piraguas que ordinariamente navegan con el auxilio de la pagaya, solo despliegan la vela con un viento propicio, y sus velas triangulares son de esteras de paja esudas. Con unas embarcaciones tan sumamente frágiles, no pocas veces centenares de guerreros hacen escursiones de ciento ó doscientas leguas por los mares tempestuosos de la Nueva Zelanda; pero todos los años se pierden muchas. Cuando los naturales desembarcan, sacan sus piraguas en seco, y las arrastran á grandes distancias de la playa por temor de que las roben. Para pintar sus casas y sus piraguas, los Zelandeses tienen un tinte compuesto de aceite y de ocre, que aplican con un pincel de plumas.

Las armas nacionales de los Zelandeses consistían antiguamente en lanzas de diferentes ta-

maños, desde cinco hasta treinta pies, macanas de jade, de obsidiana, huesos de ballena ó simplemente de madera dura, y hachas de armas de cinco pies de largo terminadas por un cuarte de círculo y denominadas *patou-patou*, ó simplemente *patou*.

La macana llamada *mere* (Pl. XLVII. — 5) es un arma que los jefes siempre traen consigo. Tiene diez y ocho á veinte pulgadas de largo sobre cuatro á cinco de ancho, y su forma ordinaria es la de una pala. En el mango hay un agujero para coser una cuerda destinada á suspenderla del puño: con este pequeño instrumento los isleños rompen la cabeza de un hombre. Algunos jefes traen asimismo, como símbolos de su autoridad, largas costillas de ballena bien cinceladas en los bordes, y cuya figura inspira la idea de un largo cetro. Segun Nicholas, esta insignia se llama *heni*, mas segun el capitán d'Urville, se denomina *patou-wairoa*. Los Zelandeses se servían de piedras como proyectiles, y las arrojaban con mucha fuerza; pero ignoraban el uso de la honda, del arco y del broquel.

A todas estas armas han sucedido actualmente las armas de fuego, cuya superioridad no han reducido un momento á duda los salvajes. Así es que todos sus deseos tienden á adquirirse fusiles y mosquetes. El poder de una tribu no se calcula por el número de hombres, sino por el de sus mosquetes, y el que puede procurarse un fusil de dos cañones, que llaman *poudou-tangata*, se considera afortunado, por razon de que puede matar dos hombres á la vez.

Los Zelandeses fabrican sus esteras mas hermosas con hilaza de *phormium*. El telar que emplean se reduce á un bastidor rectangular de la dimension de la estera, y en sus estremidades se fijan los hilos de la cadena, conduciendo la trama con la mano á través de aquellos por medio de una aguja que hace veces de lanzadera. Hay esteras de diversos tejidos, de diferentes colores y de varias dimensiones: las mayores tienen doce ó quince pies de largo sobre cinco ó seis de ancho y cuestan cinco ó seis meses de trabajo.

Los únicos instrumentos músicos de estos salvajes son flautas de dos ó tres especies, provistas de un corto número de agujeros. Todas se tocan con el soplo de las narices; pero solo producen sonidos sordos y discordantes, aunque dulces y plañideros. Estas flautas son á veces de madera, y otras veces de canillas humanas adornadas de cinceladuras. Tienen ademas una lira grosera de tres ó cuatro cuerdas, que produce sonidos desagradables, y la trompa marina, *murex tritonis*, les sirve de trompa guerrera.

Estos naturales tienen diversas especies de cantos eróticos, satíricos, elejacos y guerreros.

A veces se baten el pecho para acompañarlos, lo que produce un efecto el mas estravagante; pero esta música es muy incómoda para el que la hace. Cuando cantan en coro, uno de ellos da el tono, y los otros terminan la estrofa batiéndose el pecho. Otras veces este coro tiene lugar por un refran comun á todas las estrofas.

De todas sus canciones la mas notable es sin contradiccion el himno solemne llamado *Pite*, que se ejecuta en las ocasiones solemnes, antes del combate y en medio de las ceremonias fúnebres. Los naturales aplican á ellos un recojimiento y entusiasmo que llaman la atencion del extranjero testigo de la escena. Este canto sagrado parece hacer vibrar en ellos sensaciones de la naturaleza mas extraordinaria, y es muy probable que si fuese bien comprendido suministraria quizás algunos documentos relativos á las opiniones religiosas de esos pueblos; quizás se encontraria un simbolo, un *compendium* de creencias, ó una exposicion de sus esperanzas futuras. Por desgracia ningun Europeo ha podido hasta aquí presentar de él una traduccion ni siquiera aproximativa. Sin embargo no será inútil insertar el siguiente pedazo como muestra de su poesia y de su lengua, tal como la ha recojido M. d'Urville de boca de los jefes Touaí y Shongui, en presencia del misionero Kendall, que á la sazón era quien poseia al grado mas eminente la lengua zelandesa.

Papa ra te wati tidi.	E tapou
I dounga nei	E tapou totí miata tara roa.
Kon aua, hana pou i a o	E ngaro
E ali o	E ngaro tou ki tana e iwa.
Tou ka didi	E iwa
Rongo mai, ka heke	E iwa tou houna ki te marai
Ta tara	Wero wero.
Te wai poua	Wero wero, te tara o maira,
Te aha koudou,	Wero hia, ki tai hia,
Ko nga nana,	Waka rawa, waka rawa
Ko wai parangui	Te tara ki a tai,
Ko kapi ta ono,	Me ko tahi manawa reka
Ko kapi te ono,	Te manawa ki a tou.
Te iki iki,	Hai, hai, ha!
Te ra marama	Hai, hai, ha!
Te wai, te weta	Kia oudou, hai, hai, ha!
Te toto roí ai	Pihe
Wano,	Iki iki
Wano, wano, wano,	Iki iki wara wara
Moi toki oumi e.	Ko tai tanga roa
Ka didi tou,	I tawa.
Ka ngou'ia tou,	O mai ra,
Ko weneí tou,	E ki na tou.
Ko wa wana	Wanga hinga;
Toue toue tone	Ki a tai
Ka taka	Koro pana
Baro poudi ai	Te kouak i te marai
Ka taka te wai o.	Witi doua
Pi pi ra ou e dou ko i e	Te ika tere ki painga
Pi pi	Kia oudou, hai, hai, ha!
Ra ou e dou ko i e.	Hai, hai, ha!
Ke koti kotia,	Kia oudou, hai, hai, ha!
Te oudou o te ariki	Hai, hai, ha!
Pi pi ra ou e dou ko i e	Kia oudou, hai, hai, ha!
Pihe	Pihe

Aunque este himno del *Pite* parece ser na-

cional en toda la isla Ila-na-Mawi; sin embargo M. d'Urville ha observado que era conocido menos integralmente á medida que se penetra hácia el S. Los habitantes de la parte septentrional del estrecho de Cook solo recitaban algunos pasajes incompletos, y es del todo ignorado de los naturales de la bahía de Tasman.

Los Nuevos-Zelandeses cuentan el tiempo por noches, *po*; por lunas, *marama*, y por meses, *tan*. Todos sus cómputos escedentes de veinte ó treinta lunas son sumamente inexactos; y así es que les es casi de todo punto imposible asignar la época de cualquier acontecimiento antiguo, para lo cual no tienen otro medio que el de compararlo con alguna circunstancia importante de su vida. Las distancias itinerarias se miden por jornadas y semijornadas. La profundidad del mar se evalúa por *koumou*, medida que representa una ó dos brazas. Uno de los mas singulares recursos de su agrimensura consiste en tenderse en tierra á la larga, con la mano derecha abierta sobre la cabeza, y levantarse y tenderse de nuevo hasta medir todo el terreno. Por el mismo estilo se hacian cargo de la longitud de las embarcaciones europeas, recorriéndolas de proa á popa.

Por lo que hace á sus creencias religiosas, aunque se conocen todavia muy poco, se ha escrito mucho sobre ellas, que en resumen se reducen á lo siguiente. La palabra *atoua*, como en Hawaii y en Taiti, se aplica á la divinidad en jeneral, y el de *waídoua* á los espíritus especiales y sobre todo á las almas de los difuntos. Sus *atouas* son unos entes de razon ó seres inmateriales que no pueden ser representados por ningun ídolo. Los dioses principales son *Mawi-Ranga-Rangui*, jefe supremo del cielo, verdadero Júpiter; *Tipoko*, dios de la cólera y de la muerte; *Tawoaki*, dueño de los elementos y del trueno, *Mawi-Moua* y *Mawi-Poiki*, dos hermanos que trabajaron juntos en la formacion de la tierra; *Heho-Toro*, dios de las lágrimas, etc. Ademas de estas divinidades principales hay otras muchas revestidas de atribuciones particulares. Cierta dia preguntaren á un isleño como se figuraba el *atoua*, y respondió: « Como una sombra inmortal. » Touaí, á quien M. d'Urville dirigió la misma pregunta, contestó: « Es un espíritu, un soplo todopoderoso. »

El *atoua* puede revestirse de una forma particular, y tomar la de un lagarto para introducirse en el hígado y rreírle; por cuyo motivo este réptil ha inspirado siempre un terror religioso. El *atoua* señala su presencia por medio de un silvido sordo y lijero que solo puede percibirlo el sacerdote. El retumbo del trueno es producido asimismo por el *atoua* revestido de la forma de un pez inmenso, y cuando estalla el rayo, le dirijen algunas plegarias; porque el culto de los

Nuevos-Zelandeses, ni más ni menos que el de la mayor parte de los Polinesios, es un culto de terror: así que, mayor inclinación tienen á conjurar á los dioses maléficos que á rendir sus homenajes á las divinidades benéficas.

Los sacerdotes zelandeses llevan el título de *tohoungas*, y como son considerados intérpretes de la divinidad, el pueblo les consulta en las grandes solemnidades. Estos sacerdotes, á juicio de los indíjenas, pueden pronosticar lo porvenir, calmar las tempestades, apaciguar los vientos, curar las enfermedades, etc. Mas no son siempre estos privilegios el resultado de una trahería, pues no faltan *tohoungas* de buena fé que se creen poseer realmente el poder que se les atribuye. Las funciones del *tohounga* son hereditarias, y los padres ejercitan con tiempo en ellas á sus hijos. Por otra parte estos sacerdotes se muestran tolerantes, y ya desde un principio trataron con mucha deferencia á los misioneros, á quienes apellidaban *atoua-congatas* ó *tohoungas* (hombres de Dios ó sacerdotes). Esigíanles tan solo que reconociesen al dios de los cristianos y le rindiesen los homenajes debidos, pero cuando les instaban á abandonar sus atouas, se negaban de plano, y decían: « Bien podrá ser que el dios de los cristianos sea poderoso; pero nosotros necesitamos además las atouas de nuestra patria, pues si les abandonásemos harían descargar sobre nosotros todo género de males y calamidades. » Y en apoyo de este aserto esplotaban los cuentos mas absurdos, á los que dan un crédito constante.

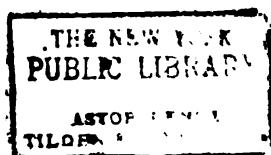
Estos sacerdotes-médicos visitan á los enfermos cuando su estado inspira vivas inquietudes, y no se apartan de su cabecera hasta que son curados ó enterrados. Su misión cabe el lecho del moribundo no tanto consiste en curarlo como en velar por la rigida observancia de las leyes del tapou, pues todo lo demás es efecto de su trahería. En cuanto al tratamiento, su base es la dieta mas absoluta, y en seguida, en vez de dar al enfermo bebidas tibias y meterlo en un aposento bien cerrado, lo esponen al soplo del ambiente y le dan á beber agua fria. En ciertas comarcas después de la muerte del enfermo se hacen escrupulosas pesquisas para juzgar la conducta del médico y averiguar si ha infringido alguna condicion del tapou. Si se llegase á indagar que efectivamente el médico ha cometido alguna infraccion, le cortan la cabeza en compasion para apaciguar el alma del difunto. Los *tohoungas* son malos médicos, sí, pero muy buenos cirujanos, y con el auxilio de simples mariscos uñidos practican operaciones delicadas que harían mucho honor á nuestros prácticos de Europa.

Los Zelandeses creen en la existencia distinta de una parte inteligente é inmortal del hombre,

que llaman *waïdoua*; y *apianama* tienen fé en una vida futura y remuneratoria. A la muerte del hombre, el *waïdoua* se separa del cuerpo por una especie de dilaceracion; pasa tres dias dando vueltas á sus despojos mortales y se encamina á la peña *Reinga*, estremidad de *Ha-na-Mawi*, donde hay un atoua que se apodera de él, ya para sabirlo al *Rangai* (cielo ó mansion de la gloria), ya para sinirlo á la mansion de las tinieblas ó *Po-noué* ó *Be-hino*. Esta distincion se funda únicamente sobre el grado de gloria ó de afrenta contraído en este mundo por el individuo difunto, mas no sobre alguna idea positiva de bien y de mal, de virtud ó de vicio. La gloria adquirida en los combates ó la menga de haber sucumbido al enemigo son los únicos méritos ó deméritos que se pesan en la balanza de los destinos. Se ha observado además otra creencia, y es que por el simple acto de devorar el cuerpo de su enemigo, no solamente aniquila su sustancia material, sino que también se asimila su alma ó *waïdoua*. De ahí procede la idea que someterse á su enemigo es hacer un acto glorioso, un acto de divinidad, supuesto que los dioses se ocupan á menudo en comerse hombres.

En la vida futura los *waïdouas* matan el tiempo en festines y en lides siempre gloriosas para ellos. A menudo descienden de aquella morada celeste para mostrarse á los mortales bajo la forma de sombras, de rayos solares, de soplos violentos, etc. Así es que los naturales nunca se aproximan á un sepulcro por temor de que se les aparezca el *waïdoua* del difunto. En sentir de los indíjenas, el alma reside en el ojo izquierdo, al que representan por una estrella; de donde proceden diversas alusiones entre esta estrella y el alma ó *waïdoua* de cada jefe. La estrella sigue los destinos del jefe, experimentando incremento ó decremento en su brillo, segun sea mas ó menos favorecido por la fortuna. Otros creen que el astro no se muestra hasta la muerte del jefe y cuando ha ido á ocuparla su *waïdoua*. Segun esto, fácilmente se concibe la causa por qué muchos guerreros después de haber derribado á su adversario en el campo de batalla, le arrancan el ojo para tragárselo, pues no es otro su objeto que el de sorberse su *waïdoua*. Otros chupan además su sangre aun cálida, á fin de identificarse mejor con el alma del difunto y evitar los funestos efectos de su resentimiento.

El *tapou* polinesio está vijente con toda su fuerza en la Nueva Zelandia, donde se articula *tapou*. Esta creencia tiraniza igualmente las conciencias, siendo el regulador de las acciones y el único resorte para sostener la autoridad de los jefes. Cualquier objeto sobre que pesa el *tapou* está puesto bajo el poder especial de la divinidad



Le pays de Nouvelle-Calédonie
1. Pays en Nouvelle-Calédonie

Le pays de Nouvelle-Calédonie
2. Le pays de Nouvelle-Calédonie

2. 2. 2.

2. 2. 2.
VIAGE

y deba sustraerse al uso ordinario de los hombres. La mas insignificante infraccion incurre en los mas severos castigos, tanto que los esclavos y plebeyos son castigados con la pena capital. En cuanto á los hombres de cierta dignidad, la pena se ciñe á espiacones harto desagradables. Estos pueblos están bien convencidos de que si el infractor del tapou no es castigado por su tribu, la divinidad se ensañará contra la tribu entera. A lo que parece, el tapou depende únicamente del capricho de los caudillos y de los sacerdotes, quienes echan mano del mismo para transformarlo en instrumento de su autoridad, realmente muy necesaria entre aquellas razas béticas y costumbres. Los tapous mas jenerales son los que pesan sobre los viveres que no pueden comerse en las casas: las plantaciones de patatas ó kouramas; los enfermos de gravedad que se separan de la sociedad, los sepulcros, los cabellos, la barba, y cuanto pertenece á la cabeza de un caudillo de distinguida alcurnia. Hay asimismo tapous accidentales é interinos, ya para la construccion de casas y de piraguas, ya para los partos de las mujeres, para la operacion del moko, para la pesca de ciertos peses, y por último para todos los objetos sobre los que pasa la misma inhabilitacion en virtud de algunas causas supersticiosas ó puramente políticas. La enumeracion de semejantes puerilidades seria sobradamente prolija y fastidiosa, y así los que deseen saber mas pormenores sobre este particular, pueden consultar el completo trabajo de MM. d'Urville sobre la Nueva Zelanda.

Los *makouous* son una especie de hechizos muy temidos de los Zelandeses. Estos maleficios se verifican por medio de ciertas oraciones, palabras mágicas, monadas, jestos y estratagemas. Por lo comun sus autores son los mismos sacerdotes, y para neutralizar sus efectos es preciso echar mano de hechizos contrarios. A estas causas sobrenaturales se atribuyen muchas enfermedades y muertes. Los ensueños ejercen asimismo en el ánimo de los isleños una grande influencia, particularmente de los sacerdotes, que en este caso son los únicos intérpretes de la divinidad. No pocas veces se han visto ejércitos enteros entrar en campaña y desbandarse de golpe sin prevencion ninguna en virtud de un ensueño siniestro.

Los funerales de un ariki ó caudillo se celebran con alguna pompa y con cierta solemnidad. El cadáver permanece espuesto con sus ornamentos por espacio de tres dias, y los parientes, así hombres como mujeres, se levantan sin cesar en su presencia prorumpiendo en agudos gritos y rasgándose el pecho y las espaldas á trueque de que se mezcle la sangre con las lágrimas (Pl. LI. — 3). Al tercer dia colocan el cadáver en una especie de silla; en seguida sobrevienen dos hombres que la cargan á sus hombros á guisa

de palanqueta (Pl. LI. — 4), y de suerte la trasladan á un sitio aislado y consagrado con toda la solemnidad posible. El sarcófago de un caudillo es señalado por una estaca, una figura esculpida y amalgrada, y el todo circuido de una empalizada; al paso que el de un plebeyo es designado únicamente por un montón de piedras, y el cadáver de un esclavo arrojado á un mullider ó precipitado al mar. Tras la inhumacion dejan el cuerpo en la tierra todo el tiempo necesario para que la carne se desprenda de los huesos. Al cabo de seis meses ó un año despues, que es todo el tiempo requerido, los parientes mas próximos del difunto van á cumplir la ceremonia de sacar los huesos; los lavan esmeradamente, y dan principio á un nuevo luto. En seguida los trasladan en cajas mortuorias y las alinean en los sepulcros de familia, que por lo comun no son mas que grutas naturales, ó bien simples plataformas de dos ó tres pies de altura sobre el nivel del suelo circuidas de empalizadas. En ciertas ocasiones los muertos no son inhumados; sus cuerpos son conservados en cofres cerrados herméticamente y sostenidos sobre estacas esculpidas y amalgradas.

A la muerte de un jefe de tribu sacrifican jeneralmente muchos esclavos cuyos cuerpos son sepultados á poca distancia del del ariki, á fin de que su esposa tenga su correspondiente sobrevivencia en el otro mundo. Inhumados los jefes, los caudillos reunidos emprenden la marcha con sus guerreros armados hácia el territorio de la tribu, cuyo ariki acaba de fallecer; la devastan y la saquean, cual para castigar á la tribu por el crimen de haber dejado morir á su caudillo.

La costumbre que mas particularmente caracteriza al pueblo zelandés entre todas las naciones polinésias, consiste en preparar las cabezas de los enemigos muertos en el combate, á fin de conservarlas como trofeos de sus victorias. Esta operacion, que se practica por medio de fumigaciones lentas y minuciosas, solo se verifica para los guerreros distinguidos y los jefes de encumbrada nombradía. Estas cabezas son de grande importancia para los poseedores, por cuanto es ciertísimo que los parientes y amigos de aquellos á quienes pertenecieron, harán los mayores sacrificios para rescatarlos. Así que nunca se olvidan de traerlas consigo cuando emprenden una nueva guerra contra las tribus á quienes interesan aquellas reliquias, y si la suerte de las armas les obliga á pedir la paz, están seguros de obtenerla ofreciendo la restitution de aquellas prendas preciosísimas. Estas cabezas bien preparadas conservan todas las facciones que tenia el individuo en vida: los cabellos, la barba y las cejas continúan su existencia del mismo modo, y solo se percibe una leve contraccion en la nariz y en las orejas. Si no los esponen á la luz

medad, pueden durar muchísimo tiempo.

Los Nuevos-Zelandeses ni mas ni menos que en toda la Oceania, se saludan frotándose mutuamente las narices (Pl. L. — 2), con la sola diferencia de que semejante saludo solo es un acto solemne de benevolencia y amistad. Si hemos de dar crédito á M. Dumont d'Urville, hay en este acto, además de la acción física del contacto, una exhalación fuerte del hálito, que es en su concepto el emblema sensible de sus almas ó waidouas.

El dialecto zelandés, en la actualidad un poco conocido, merced á los trabajos de MM. Kendall y Lee, es radicalmente el mismo que el de los otros archipiélagos polinesios. Es armonioso, rico y fecundo al parecer en recursos oratorios: mas de una vez los misioneros han juzgado del efecto que producía en boca de los caudillos que arengaban á sus tropas durante horas enteras.

A falta de datos positivos no pueden formarse conjeturas sobre la población de las islas de la Nueva Zelandia. En consecuencia nos ceñiremos á mencionar las sumas hipotéticas de M. d'Urville, es decir, 200.000 almas para Ika-na-Mawi, y 50.000 para Tawi-Pounamou. Sin embargo no será ocioso observar que las guerras de exterminio ocasionadas por la introducción de las armas de fuego deben reducir todos los dias este total, y si alguna circunstancia afortunada é imprevista no amaina esta funesta plaga, es de creer que esta población irá decreciendo mas y mas hasta llegar á una completa estinción.

CAPITULO XVII.

ISLAS MACQUAIRE, AUCKLAND, CAMPBELL, CHATAM, MACAULEY Y NORFOLK.

Antes de continuar nuestro derrotero hácia la Oceania intertropical, vamos á trazar una sucinta reseña de algunas islas poco importantes, adyacentes á las grandes tierras de la Nueva Zelandia en el S. E. y en el N. E., con la cual quedarán completadas todas las noticias que tenemos dadas sobre la Polinesia.

El punto mas austral de esta grande division es el pequeño grupo MACQUAIRE. Descubierto en 1811 por un pescador de focas que pudo procurarse 80.000 pieles, este grupo fué reconocido en 1820 por el Ruso Bellinghausen y Kingdon en 1822. Segun ese, la isla principal tiene diez y nueve millas de largo sobre cinco ó seis de ancho, y ofrece dos fondeaderos abiertos. Apesar de su alta latitud, la isla está cubierta de una lozana vegetación y sustenta unos bellísimos papagayos verdes que viven en el herbaje. A poca distancia N. se encuentran dos peñas denominadas *Judge* y *Clerk*, y al S. otros tantos

isletes designados en los mapas ingleses con los nombres de *Rishoz* y *Clerk*. Este grupo está situado á los 54° 39' lat. S. y á los 156° 21' lonj. E.

La isla CAMPBELL fué descubierta en 1810 por el buque ballenero *Perseverancia*. Esta isla es sumamente montañosa, y tiene diez leguas de circunferencia, mas segun M. Freycinet, que en 1820 navegó á lo largo de sus costas en su prolongación O. y S., solo contiene rocas angulosas y entrecortadas de capas blancas horizontales. En el interior álzanse muchos picachos escarpados y considerables, entre los cuales hay uno, que es el mayor, que forma un cono recto con cima aguda. En algunas elevadas mesetas se distinguan rastros de verdor, pero ningun árbol. El islote del S. O. está situado á los 52° 43' lat. S. y á los 167° 2' lonj. E.

AUCKLAND, descubiertas por el capitán Briston del buque ballenero *Océano*; visitadas despues por muchos bareos pescadores ó mercantes, y especialmente en enero de 1830 por Morrell que pasó ocho dias en el fondeadero. Segun este marino, estas islas son cubiertas de la mas lozana vegetación; en los montes se encumbran magníficos árboles, entre los cuales se observan dos especies altas y hermosas; la una consiste en una especie de abeto, la otra en una suerte de arce; la primera es mas propia para la arboladura; la segunda para construcciones. En la playa se encuentran el apio, la coclearia y otras plantas mucho menos útiles. El único cuadrúpedo de la isla es el raton; pero en cambio se encuentran muchas aves de un plumaje hermosísimo y de un canto sumamente agradable, entre las cuales no deben pasarse en silencio los pichones, los papagayos, las cotorras, un cuellito, el picogordo y otras especies desconocidas. Hay asimismo peces exquisitos, y entre los mariscos abundantes y delicados se cuentan las almejas, de las que hay algunas que tienen hasta doce ó quince pulgadas de longitud. El clima del grupo Auckland es dulce, saludable y templado. Morrell asegura haber oído á varios capitanes que habian visitado esta isla en el rigor del invierno, que el termómetro nunca habia bajado á mas de 3 ó 4° en los valles, y que los árboles conservaban su follaje como en verano. El mismo Morrell dice que se halló en esta isla en medio del estío, y nunca vió subir el mercurio á mas de 25° 6', dando cima al cuadro de este pequeño Eden con el consejo de formar en él un establecimiento, atendido que punto alguno del hemisferio austral presenta mayores riquezas y recursos. Sin embargo, seria muy prudente no fiar demasiado en las pomposas descripciones del intrépido Americano algo sospechoso de optimismo y exajeración. Lo que es muy positivo consiste en que este gru-

po ofrece muchos y buenos fondeaderos. La isla principal tiene veinte millas de N. á S. sobre ocho de ancho, y la costa O. es tan alta, que en tiempo sereno se avista desde diez y siete leguas de distancia. Las isletas que circundan Auckland traen la denominacion de *Enderby*, *Disappointment* y *Adams*. Su centro está situado á los 50° 40' lat. S. y á los 164° lonj. E.

I. ANTÍPODA, descubierta en 1800, y visitada por el capitán Pendleton de la *Union*, que dejó en ella un destacamento para la pesca de las focas. Todo cuanto se sabe relativamente á esta isla, consiste en que la isla es de mediana altura. Impusieronle el nombre que lleva, por razon de que está situada cerca de los antípodas de Londres, á los 41° 40' lat. S. y á los 177° 20' lonj. E.

I. BOUTRY, descubiertas en 1788 por Bligh, y visitadas por diversos pescadores de focas. Estas islas forman un grupo de trece islotes ó peñas que ocupan un espacio de tres millas y media E. y O. de una milla y media del N. al S. Está situado á los 47° 44' lat. S. y á los 176° 47' lonj. E.

Todas las islas mencionadas son desiertas, y solo han hollado su suelo los pescadores de focas. Hay ademas otro grupo mas importante ocupado por salvajes pertenecientes á la raza polinesia.

Este es el grupo CHATAM, descubierta á 23 de noviembre de 1741 por el capitán Broughton, compañero de Vancouver. Habiendo Broughton fondeado en la parte N. en una pequeña bahía que denominó *bahía de las Escaramuzas*, percibió algunos naturales en la playa, y en su consecuencia despachó á ella un bote, por cuyo medio les hizo algunos presentes que aceptaron sin dificultad, aunque sin recibir retribucion alguna. En fé de su gratitud hicieron varias señas á los Ingleses para que desembarcasen; pero como los salvajes ascendian á treinta ó cuarenta é iban armados de lanzas, titubearon aquellos en acceder. Sin embargo pareciendo esteriormente pacíficos, Broughton desembarcó, tomó posesion de la isla en nombre de su rey y examinó las piraguas de los naturales, frágiles barcas de nueve á diez pies de largo sobre dos ó tres de ancho y dos de profundidad, con fondo llano, y construidas de una madera tan sumamente ligera que dos hombres podian llevarla con facilidad sobre sus hombros. Cada una de aquellas embarcaciones solo podia contener dos ó tres hombres, y parecia únicamente para pescar á lo largo de las rocas de la costa. Broughton admiró asimismo sus redes fabricadas con un cáñamo de dos hebras y de un tejido consistente.

Aunque los Ingleses se internaron mucho en la selva, no descubrieron habitacion alguna.

Tomo III.

Aquella selva daba una sombra deliciosa por la que se andaba sin dificultad. Los árboles crecian hasta cierta elevacion sin echar ramas; bien que no se observó ninguno de muy grandes dimensiones.

Cuando los salvajes y los Ingleses se vieron en presencia unos de otros, saludáronse por el estilo zelandés, esto es, frotándose las narices. Entonces se dió principio á las proposiciones de permutas: ofreciéronse á los naturales algunas bagatelas, y en retribucion cedieron estos una mala lanza. Deseando Broughton conocer el efecto que producian en ellos las armas de fuego, disparó al aire un mosquetazo, y á su estruendo se fugaron todos, á escepcion de un anciano que permaneció impassible con su lanza al lado, moviendo el pie cual si llevase el compas y observando á los Ingleses con aire amenazador. Broughton dejó su fusil, salió al encuentro del viejo salvaje y le tendió la mano. El anciano por su parte entregó á uno de sus camaradas una estera que envolvia varias macanas semejantes á las de los Nuevos-Zelandeses. Esos naturales tenian asimismo unas lanzas de seis á diez pies de largo, entre las cuales habia dos nuevas esculpidas en el puño; pero no se manifestaban dispuestos á permutarlas. Sin embargo estaban atisbando el fusil y el cinturon del capitán, y repetian á menudo la espresion *tao-wata*!

Acompañado de cinco de sus compañeros, Broughton empezó á caminar á lo largo de la playa, mientras que el bote les seguia junto á la orilla para recibirles en caso de necesidad. Habiéndose sentado los Ingleses, muchos isleños amontonaron gruesos palos que ajitaban en aire amenazador, y el que tenia las macanas las depositó encima de los palos de dos pies de largo. Estas demostraciones no trascendieron á ningun hecho de importancia, en razon de que los naturales se retiraron agachándose en torno de una grande hoguera que acababan de encender. Catorce solamente siguieron á Broughton que continuó su caminata á lo largo de la bahía, creyendo haberse captado el afecto de los isleños por medio de algunos presentes que les hiciera; pero no tardó en recibir un desengaño en realidad nada satisfactorio. Oigamos narrar al mismo capitán el fin de la entrevista.

«Después de haber andado, dice, cosa de media legua al rededor de la bahía, llegámos al sitio á cuyas espaldas percibiéramos agua de lo alto del palo mayor. A medida que andámos hacia la playa, reconocimos que el agua formaba al O. una vasta cascada alrededor de una montaña que nos impidió ver su desarrollo á mayor distancia. En la estremidad superior de aquel lago, el país nos pareció agradable y el terreno bien nivelado. El agua era de un color encarnado, y tenia un gusto salobre que probable-

mente debía atribuirse al agua salada que filtraba á través de la playa, ó quizás tenia al O. alguna comunicacion con el mar, que no habíamos podido descubrir. Probámos á esplicar á los naturales que nos acompañaban que aquella agua no era buena de beber, y se volvieron á la playa del mar. Cuando se hallaron en frente del batel, se pusieron á hablar recio y se separaron cual para bloquearnos. Un jóven me salió al encuentro en actitud amenazadora: dislocaba todos sus miembros, revolvía sus ojos, hacia jestos horribles, y se daba el aspecto mas feroz; mas en cuanto le hube asestado mi fusil de dos cañones, dió cima á sus contorsiones. Eran sobrado evidentes para despreciadas las demostraciones hostiles de los isleños, y á trueque de no tener que echar mano de extremos desagradables, di órden al bote de adelantarse para recibirnos. Entonces los salvajes dieron principio al ataque, y para evitar una derrota antes de poderme retirar, hize disparar un fusilazo que juzgaba seria bastante parte para intimidarles sin herir gravemente á ninguno. Un salvaje dirigió una pesada maza contra Mr. Johnstone, pero en vez de dar en su cabeza dió en su mosquete con tanta fuerza que el arma cayó en tierra; pero consiguió cojerla con tiempo antes que su antagonista, y se vió forzado á hacer fuego para prevenir un segundo golpe con que le amenazaba. Un soldado de marina y un marinero que se hallaban á su lado se vieron obligados por la misma causa á entrar en el agua, no sin haber hecho uso de sus armas, por razon de que el peligro inminente á que estaban espuestos no les permitió aguardar órden ninguna. El comandante del bote, viéndonos de cerca por los isleños y obligados á retirar, hizo tambien fuego y les forzó á emprender la fuga. Al instante mandé cesar el fuego, y tuve la satisfaccion de ver á nuestros enemigos alejarse sin ser herido ninguno. Breve fué esta ilusion, pues luego se descubrió haber sucumbido un hombre, y tengo el sentimiento de añadir que le hallámos ecsánime. Una bala le habia quebrado el brazo y atravesado el pecho. Inmediatamente dirijimos nuestros pasos hácia el bote; pero como la resaca le impedia acercarse, tuvimos que encaminarnos al punto donde habíamos formado el proyecto de reembarcarnos. Mientras nos íbamos retirando observámos que uno de los naturales salió del bosque donde se habian refugiado todos, y habiéndose colocado junto al muerto, le oímos claramente manifestar su dolor por medio de lamentaciones semejantes á alaridos.

« Al llegar al sitio donde habíamos desembarcado, no vimos rastro alguno de habitaciones, aunque debiésemos de conjeturar que las muje-

res y los niños nos estaban atisbando desde el fondo del bosque mientras confabulábamos con los hombres al instante de nuestra llegada. Seguimos algunos vestijios y llegámos á unos montones de mariscos y á unos retiros circuidos de una simple palizada y formados de la propia suerte que los que viéramos á nuestro desembarque. Deseando dar á conocer á los naturales nuestra buena fe, y para hacerles asimismo alguna reparacion de la injuria de defendernos contra un ataque que no habíamos merecido, depositámos en una piragua el resto de las bagatelas que habíamos traído. Mientras nos encaminábamos hácia el navío, vimos como dos de ellos ascedian al punto en que estaban fondeadas las piraguas; pero al llegar á bordo nos fué ya imposible distinguirlos, aun con el ansilio de nuestros anteojos.

« Los hombres eran de mediana estatura, robustos, bien proporcionados, y tenían los miembros llenos, cabellos y barba negros. Los mozos tenían su cabellera atada en la coronilla de la cabeza, y entremezclada de plumas negras y blancas. Algunos se habian arrancado la barba. Estos isleños tienen todos el tinte de un pardo obscuro, y las facciones son pronunciadas con muy mala dentadura. Su piel no ofrecia ningun signo de pintarroteo, y parecian muy aseados. Todo su vestido consistia en una piel de oso ó de becerro marino atada al rededor del cuello con un cordon trenzado, y que les caía hasta las caderas, con el pelo tieso. Otros llevaban esteras hechas con mucho arte, atadas de la propia suerte, que les cubrian las espaldas; pero algunos iban desnudos, á escepcion de una esterilla de finísimo tejido fijado al rededor de los lomos por medio de un cordon. No observámos que tuviesen las orejas agujereadas, ni que llevasen ornamentos en su cuerpo, á escepcion de algunos que llevaban un collar de madreperla. Muchos tenían su correspondiente red hecha con la misma especie de cáñamo que sus sedales pasada al rededor del cuerpo como una cintura, mas no pudimos ver sus anzuelos. Distinguímos á dos ó tres ancianos que no parecian revestidos de ninguna autoridad. Todos anunciaban mucha jovialidad, y nuestra conversacion escitó con frecuencia grandes carcajadas. Es muy difícil formarse una idea de su sorpresa cuando desembarcámos. Con el dedo nos señalaban el sol, y despues á nosotros mismos, cual para preguntarnos si nosotros descendíamos de él. La falta de habitaciones nos indujo á suponer que aquella parte de la isla solo ofrecia á los habitantes una residencia interina, adonde se dirijan para procurarse pescado y mariscos. Encuéntranse allí diferentes especies de estos últimos que deben de ser muy abundantes. Observámos igualmente muchos cangrejos en las pira-

guas; y como las aves eran numerosas en la playa y volaban en torno de los naturales, cual si estos no les inquietasen, juzgámos que el mar suministra á esos hombres su principal alimento. Abundaban sumamente en la playa las picazas marinas, negras, con un pico encarnado, los chorritos manchados de negro y de blanco con un pico amarillo, gruesas palomas zoritas como los de la bahía Dusky, patos de variadas especies y pequeñas alondras.»

Después de Broughton, nada se ha publicado con respecto á las islas Chatam, aunque el capitán Stewart del *Pegaseo* las vió en 1809. Compónese este grupo de islas elevadas y pobladas, entre las cuales la mayor, llamada propiamente isla CHATAM, tiene doce leguas de longitud del E. al O. Las otras son menos considerables y llevan los nombres de islas de las Dos HERMANAS, PITT, PIRÁMIDE y CORNWALLIS. Este pequeño archipiélago tiene unas ciento veinte millas de extensión del S. E. al N. E., y está situado entre los 43° 38' y los 44° 4' lat. S. y entre los 179° y los 177° lonj. O.

Hay otro archipiélago aun mas pequeño situado al N. de la Nueva Zelandia, que se compone de las islas RAOUL, MACAULEY, CURTIS y ESPERANZA. Curtis y Macauley fueron descubiertas en 1768 por Watt, capitán del *Penrhyn*; consisten en dos isletas de mediana altura cubiertas de malezas. Raoul y Esperanza fueron descubiertas en 1793 por d'Entrecasteaux: la primera es designada en los mapas ingleses con el nombre de *Sunday*; es una isla alta, triangular, selvosa y de trece millas de circunferencia, al paso que Esperanza no es mas que una peña desnuda y elevada. El capitán d'Urville reconoció estas islas en 1827, y le pareció que ninguna era habitada. Si la Nueva Zelandia debe su poblacion á emigraciones de los países intertropicales, es probable que estos isletes sirvieron de estacion á las piraguas que ejecutaron la travesía de las islas Tonga á Ika-na-Mawi. Este archipiélago está situado entre los 29° 20' y los 31° 28' lat. S. y entre los 178° 43' y los 179° 36' lonj. E.

Nuestra navegacion entre el cabo Otou de la Nueva Zelandia y la isla Norfolk no ofreció ningun acontecimiento notable, á escepcion de una violenta ráfaga de viento del N. O., que nos fatigó sobremanera por espacio de dos dias. Lo mas desgraciado fué que impidieron á Pendleton el tosar en Norfolk como habia proyectado. Sin embargo pudimos distinguir su forma; porque á 5 de abril pasámos á tres ó cuatro leguas de distancia, y en su parte meridional percibimos un grupo de los magníficos árboles conocidos bajo la denominacion vulgar de pino Norfolk (*araucaria excelsa*).

Cook descubrió Norfolk en octubre de 1774

y la halló desierta, aunque ostentando una lozana vejetacion en la que reconoció muchas especies de la Nueva Zelandia, especialmente el *phormium tenax* que crecia con un vigor muy notable. Una magnífica especie de pino perteneciente al jénero araucaria llamó la atencion de los naturalistas. Encontráronse en la isla muchas aves de la Nueva Zelandia, y se procuraron muchas palmas de palmitos, accedera silvestre, cerraño é hinojo marino. Las tripulaciones hicieron una pesca abundante.

En el mes de febrero de 1788, á cuya época se remonta el origen de la colonia de la Nueva Gales del Sur, se formó en la isla Norfolk un establecimiento, y se probaron algunas plantaciones con un éxito superior á toda esperanza, que suministraba los mas ricos productos. En 1794 este pequeño apostadero pudo suministrar unas 11.000 fanegas de maíz á la colonia madre. Apesar del éxito de estas tentativas, uno de los últimos gobernadores hizo evacuar Norfolk por los presidiarios y las tropas que le ocupaban, y solo hace algunos años que se ha destinado de nuevo esta isla para transformarla en un establecimiento penal para los grandes criminales.

La poblacion actual de Norfolk es de 800 personas, entre las cuales se cuentan 500 forzados y 124 militares, y los restantes empleados del gobierno. Los condenados construyen edificios, abren caminos, cultivan la hacienda pública y cortan árboles, siendo el maíz el producto principal.

La isla Norfolk tiene unas veinte y una millas de circunferencia, y está situada á los 29° 2' lat. S. y á los 165° 42' lonj. E. Su suelo es montuoso, y el monte Pitt, que es su punto culminante, tiene unos 1.100 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Este monte es de una naturaleza basáltica, al paso que el resto de las rocas es una creta amarilla. Por acá y acullá se encuentran algunos fragmentos de una lava porosa y encarnada. La superficie jeneral de la isla es muy desigual y solo ofrece una serie confusa de prominencias y barrancos regados en su mayor parte de pequeños torrentes de un agua pura, aunque impregnada á veces de una cantidad bastante considerable de hierro. En la parte S. de Norfolk hay un islote, y á cuatro ó cinco millas de distancia en la misma direccion, una isleta montuosa de seis ú ocho millas de circuito que ha recibido el nombre de *Isla-Phillip*.

El ambiente de esta isla es muy puro, y el clima, bello y templado, semejante al de Portugal, pero sujeto á súbitas borrascas, especialmente en la parte del S. E. El suelo es de una fertilidad prodijiosa y puede prestarse al cultivo de todos los frutos y de todos los vejetales, sin em-

bargo es necesario poner los árboles á cubierto del viento del S. cuyo soplo les es mortal. La isla es cubierta de malezas densísimas y diversas especies de árboles entre los cuales hay algunos, como el pino de Norfolk, que se elevan á una altura de 220 pies y suministran maderas preciosas para diversos usos. Cierta médico inglés que residía últimamente en la isla midió uno de estos árboles cuyo diámetro era de once pies: á la altura de setenta y cinco pies tenía aun un diámetro de ocho pies; pero en aquel punto el tronco, hasta entonces perfectamente recto, empezaba á inclinarse ligeramente. La altura total del árbol era de doscientos cincuenta y un pies.

Cítase además en esta isla el *Blood-Wood* (madera de sangre), así llamado á causa de su color. Los limoneros, los guayabos, las viñas, los granos, los cafés y las higueras abundan actualmente en casi todos los barrancos de la isla donde se han propagado. Todos los granos pueden ser cultivados en ella con buen éxito; pero el azúcar y el tabaco producen á pedir de boca.

Norfolk cuenta muchos caminos que conducen al interior de la isla, sin los cuales el viajero podría estraviarse muy á menudo por razón de la espesura de las malezas. Los únicos cuadrúpedos silvestres son el gato y el raton y aun el primero ha sido introducido. El establecimiento está situado en la parte meridional donde es muy difícil el desembarque á causa de la resaca. A veces ha habido embarcaciones que han estado muchas semanas en alta mar antes de poder desembarcar sus pasajeros y sus cargamentos. Hay además otro inconveniente, y consiste en las cercanías de un terreno pantanoso. Apesar de su fecundidad, Norfolk no será nunca mas que un punto insignificante, á causa de la falta completa de fondeaderos y la poca seguridad de sus costas.

Entre Norfolk y la Australia se encuentran dos isletas inhabitadas, á saber, la isla Howz, y la isla MIDDLETON. La primera fué descubierta por Ball en 1788: es una tierra muy elevada, de dos leguas de estension del N. N. O. al S. S. E., y acompañada de una peña aislada y situada á tres leguas S. E. que ha recibido el nombre de *Pirámide de Ball*. La isla Howe se halla á los 31° 31' lat. S. y á los 156° 50' lonj. E.

La isla MIDDLETON fué descubierta en 1788 por Shortland. Es una isla muy elevada con un pico muy notable; tiene unas veinte millas de estension del S. S. E. al N. N. O., y está situada á los 20° 10' lat. S. y á los 157° 30' lonj. E.

Entre las dos islas precedentes corren los peligrosos arrecifes de Middleton y Seringa-Patnam.

CAPITULO XVIII.

NUEVA CALEDONIA.

La travesía del *Océánico* de la Nueva Zelandia á la Nueva Caledonia no fué señalada por ningún episodio notable. Hasta la altura de Norfolk los vientos del N. O. fatigaron sobremanera la embarcación; pero mas allá se reprodujeron las brisas regulares del S. E. que nos impelían casi en popa. Así es que desde el 8 de abril reconocimos la isla de los Pinos, que costeamos á dos leguas de distancia. En sus playas se divisaban aquellos pinos de tan extraña forma que por tanto tiempo fueron objeto de la atención de los camaradas de Cook (Pl. LII. — 3). Se sabe en la actualidad que constituyen una especie semejante á la que crece en la isla Norfolk. Despues de haber costado esta isla, el *Océánico* llevó el rumbo hácia el N., y al día siguiente avistámos á los límites del horizonte las islas Britannia y Chabrol, que á seis ó siete leguas de distancia se ostentaban bajo el aspecto de una faja uniforme cortada en varios puntos á ángulos rectos como un muro guarnecido de almenas de trecho en trecho. Velejando en seguida hácia el O. S. O. percitiéronse las encumbradas montañas de la Nueva Caledonia, y á 10 de abril, despues de haber costado de cerca los arrecifes que orillan el abra de Balada, el *Océánico* entró en el canalizo á velas desplegadas, y dió fondo cerca de la isleta de Poudiou, á unas cuatrocientas toesas de la gran tierra.

Al penetrar en aquella ensenada, Pendleton deseaba cerciorarse de si el país ofrecia algun recurso comercial; supuesto que á vista de una playa que solo produce árboles marítimos, desesperó de encontrar refrescos y provisiones (Pl. LXII. — 1). Esta isla, efectivamente estéril é ingrata, parece formar un contraste con los archipiélagos situados bajo la misma latitud, y aunque con modificaciones notables, se parece mucho á la parte de la Australia á que corresponde su paralelo.

No bien habíamos anclado en la bahía, cuando se nos acercaron varias piraguas de naturales que en nada se parecían á la elegante forma de los de Tonga y de Viti y aun de Vanikoro. Estas piraguas mas bien figuraban una especie de cajas cuadrangulares que maniobraban muy mal y andaban todavía peor. Los naturales que las montaban eran Melanesios de tinte negro bastante cargado, estatura pequeña, cenceños, poco robustos y de un aspecto bastante mezquino. Despues de algunos instantes de duda, muchos de ellos pasaron á bordo y consintieron en trocar diversos objetos de hierro que llaman *pikou*, aunque hacian mucho mas caso de las telas. Ha-

1. *Palacio de Agaña*

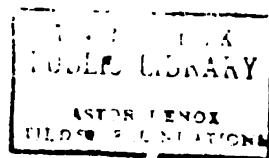
1. Palacio de Agaña

2. *Medo le Viá ar en Guám*

2. Medo le Viá ar en Guám

de la lengua del

POYAGE
VIAJE



bían traído consigo algunos cocos y cañas dulces que se negaron á ceder á ningun precio, lo que nos indicó al momento hasta que punto era pobre aquel país. Cuanto mas insistíamos en pedir aquellos objetos, mas nos manifestaban con sus jestos que les eran necesarios, dando á entender que estaban hambrientos, y mostrando sus panzas para indicarnos su tersura. Los cerdos les parecían desconocidos, y aun les bicieron algo de miedo. En cuanto á las gallinas, apenas se las mostraron, cuando imitaron el canto del gallo, lo que nos manifestó que también habia de ellos en su tierra.

En virtud de algunas entrevistas verificadas á bordo, decidimos desembarcar. Armámos el bote y desembarcámos en la playa cubierta por una muchedumbre de naturales procedentes de todas partes; y como se manifestaron pacíficos y tranquilos, nos aventurámos sin temor hasta una media milla en el interior de las tierras.

Vimos de paso muchas casas ya aisladas, ya en grupos de tres ó cuatro. Estas casas eran construídas sobre un modelo casi uniforme, es decir, que se parecían á grandes colmenas de nueve á diez pies de diámetro terminadas en punta (Pl. LIII. — 4). Tenia cada una una puerta de tres pies de alto sobre diez y ocho pulgadas de ancho, provista á veces de dos largueros adornados de una cabeza de hombre groseramente esculpida. Toda la armadura estaba sostenida por un poste central, y su estremidad superior salia por encima del techo único. Algunas de aquellas hutas eran circuidas de empalizadas de hojas de coco, plantadas á tres ó cuatro pies de distancia de las paredes de la casa. Junto á otras se alzaban pequeños terreros de un pie á diez y ocho pulgadas de altura, y superados en el centro por un monton de seis á ocho pies de alto. Los isleños llamaban á aquellas especies de monumentos *nbouat*, é indicaban con bastante evidencia que eran sepulcros, inclinando de lado la cabeza, sosteniéndolo en su mano y cerrando los ojos para denotar que contenian muertos.

Al regresar al bote, hallábanse los isleños en la playa en número de dos ó trescientos, en aire pacífico, bien que algunos se manifestaron imprudentes rateros. Entre otros hubo uno que nos jugó una morisqueta bastante chistosa. Acababa de concluir con él un mercado relativo á un saquito lleno de piedras óvalas y lavadas para proyectiles de hondas. Desatólo de su cintura, y me lo tendia con una mano, parando la otra para recibir el precio acordado. La permuta se hacia regularmente, cuando un compinche que se hallaba á nuestras espaldas dió un grito tan agudo, que volvimos la cabeza, y este instante bastó para que el ladronzuelo desapareciese con su mercancía y la nuestra.

Por lo demas, feos, diformes y miserables,

aquellos salvajes conservaban también la odiosa costumbre del canibalismo. Uno de ellos se puso á roer en nuestra presencia un hueso, que contenia un pedacito de carne. Ecsaminándole con alguna atencion, sospeché si era carne humana, y lo pregunté al que se lo comia. Lejos de ocultarlo me confesó sin empacho que era un fragmento de espalda que habia pertenecido á un joven de quince á diez y seis años, indicándome para esto un mozo de esta edad y procurando darme á entender que era un pedazo verdaderamente delicado y exquisito.

De regreso á bordo no vimos ningun isleño. Habíanse mostrado rateros tan descarados, que Pendleton no pudo menos de arrojarlos á garrotazos. Entre ellos habia dos que no habiendo podido alcanzar á tiempo las piraguas ni nadar hacia la playa, regresaron á bordo, en donde se calentaban á la lumbre de la cocina; porque apesar de su alta latitud, las veladas y las noches son sumamente frias en la Nueva Caledonia. Aquellas jentes permanecieron algun tiempo bastante tranquilas; pero los marineros que las rodeaban, pensando continuamente en el gusto que tienen esos pueblos á la carne humana, acabaron por persuadirse que los mismos Ingleses eran caníbales, y que ellos estaban destinados á ser comidos. En cuanto se hubieron comunicado sus temores, desaparecieron súbitamente, y uno de ellos, apesar de los esfuerzos que se hicieron para desengañarles, se arrojó al mar por una porta, y otro fué á agazaparse en el ballenero suspendido del alcázar.

Deseando reconocer mas á fondo el país, Pendleton dió fondo al dia siguiente y al amanecer, acompañado de seis hombres bien armados: yo no pude menos de seguirle en aquella correría. Al principio atravesámos un terreno bastante bajo, donde se hallaban algunas plantaciones de patatas. Al pie de la montaña se nos reunieron cinco ó seis salvajes animados de unos sentimientos indudablemente benévolos, y sin que ni siquiera se lo pidiésemos nos servian de guías. A la tercera parte de la elevacion de la montaña observámos pequeños muros levantados por escalones, sosteniendo las tierras é impidiendo su derrumbamiento, cuyo género de industria al propio tiempo que nos sorprendió en un pueblo tan sumamente grosero, nos manifestó toda la rudeza del terreno. Apenas nos hallámos en medio de la montaña, cuando nuestros salvajes se detuvieron; no querian caminar mas y procuraban darnos á entender que los habitantes de la otra parte de la montaña eran enemigos que nos matarian. Toda nuestra contestacion se redujo á mostrarles nuestras armas, indicándoles que matáramos á cuantos pretendiesen matarnos. Esta demostracion reanimó á tres de nuestros guías; pero los otros tres no se fiaron en ellas y em-

y emprendieron la retirada.

Empezaba el sol á vibrar sus rayos con vehemencia, y lo peor era que no teníamos una gota de agua para apagar nuestra sed. Es verdad que nuestros guías arrancaban los brotes del malvavisco; mas esta suerte de alucinar la necesidad nos pareció aun mas cruel que la necesidad misma. Probámoslo sin embargo, y habiéndolos encontrado de un gusto poco agradable, los arrojámos sin poderlos chupar. Caminando y descansando alternativamente, llegámos á la cumbre de la montaña que se remonta hasta cuatrocientos toesas de elevacion sobre el nivel del mar. Esta cumbre no era mas que una prolongacion de la gran cadena que atraviesa la isla en toda su longitud, y que se inclina por grados al E. S. E. hasta el punto culminante situado á quince leguas de distancia. En la parte que fuimos explorando, encontrámos cuarzo, mica, una galacia mas ó menos dura, chorio verde, granatas, etc.

Desde la cumbre de aquella montaña, se extendía la vista hasta el fondeadero, su cinto de arrecifes y los rompientes que cierran á gran distancia la costa occidental. Por la parte del S. veíase á nuestras plantas un delicioso valle circuido de considerables plantaciones de cocos, á través de las cuales se percibía la humareda de las hutas que se remontaba á las nubes en línea espiral. Veíanse asimismo espaciosos campos que argüían un terreno mas pingüe y populoso que el vecino vertiente de nuestro surtidero. Después de haber andado mucho en direccion al S. O., hallámos á dos hombres y un niño sentados en el fondo de una gruta natural y ocupados en tostar raíces, de las que nos ofrecían una porcion. La una de aquellas raíces que apelidaban *pawa*, se asemejaba á la de la cotufa, y las otras me parecieron pertenecer al *dolichos tuberosus*. No muy lejos de aquel sitio se hallaba un pequeño manantial de agua dulce, junto al cual hicimos un frugal desayuno con bizcocho y queso. Nuestros guías se cebaban en el bizcocho á sus anchuras, pero no gastaron del queso ni de nuestras bebidas espirituosas. Iban pues comiendo y refrijerándose en la fuente de un modo harto singular: inclinaban el rostro al agua, á dos ó tres pies de distancia arrojábanse el agua á la cara y recojian la que entraba en su boca abierta. De cuando en cuando se acercaban á los Europeos, palpaban las partes carnudas de sus brazos y de sus piernas, y articulaban la palabra *kaparak* con cierto grito de admiracion mezclada de sensualidad. Quién sabe si esta exclamacion era tan solo el resultado de su curiosidad, ó de la reflexion que tales carnes podrian constituir un óptimo banquete? Lo cierto es que aquellos miserables se clareaban de hambre, puesto que no satisfechos aun con una parte con-

siderable de nuestros víveres y una enorme cantidad de tubérculos, echaron á comer á dos carrillos guesos pedanos de galacia tierna de un color verdoso. Al principio creíamos que era una simple humorada, un resabio de uno ó dos salvajes; pero fácilmente reconocimos que aquel gusto depravado era jeneral, y que aquella raza era jodgafa. En sentir de Labillardiere, si bien esa galacia no puede suministrar ningun suco nutritivo, no podia dejar de ser útil á unos hombres espuestos á largas privaciones alimenticias, por cuanto morijera el sentimiento del hambre, rellenando el estómago y sustentando las vísceras prendidas del diafragma.

Habiendo la caravana continuado su camino, encontrámos á algunos centenares de pasos mas lejos dos ó tres mujeres que nos salieron al encuentro entonando canciones de alegría. El canto no carecia de compás, pero su discordancia era increíble. Para recompensar á aquellas sirenas, Pendleton les hizo algunos presentes á los que junté por mi parte un par de tijeras. Quise mostrarles su uso, á cuyo objeto me acerqué á la mas jóven para cortarle un mechón de cabellos; pero la pobre niña cobó á llorar creyendo que queria quitarle la vida. Su padre me comprendió mejor, confortóla, cojió las tijeras y las probó inmediatamente con cierto orgullo. Los habitantes de aquellas alturas, mas flacos y mas demerriados que los de la llanura, parecían vivir igualmente sumidos en una gran miseria. Esta diferencia sin duda dependerá de la mayor esterilidad del suelo. En efecto, los árboles que se hallan en la mesa de la montaña no medran y se transforman en arbustos. El *velutera latifolia*, que en las playas del mar se remonta hasta treinta ó cuarenta pies de altura, apenas llega en aquellas prominencias á tres ó cuatro pies. La única ventaja que se encuentra en ellas consiste en no verse incomodado por los maticos que abundan en las rejiones interiores.

A la vuelta recojí en la pendiente de una peña faces de chorio verde en una galacia bastante tierna, y un poco mas bajo pequeños fragmentos de cristal de roca muy transparentes. La galacia que yo traía fué en la playa objeto de la codicia de los naturales hambrientos. Se la dimos sin dificultad, ni mas ni menos que el resto de nuestros víveres, y devoraron el todo con mucha avides.

Habíamos podido ya observar que entre aquellos individuos habia algunos llamados *Tee-beemas*, que parecían ejercer cierta influencia sobre los otros, sin tener sin embargo una autoridad directa. No pocas veces nos habíamos dirigido á ellos paraque procurasen reprimir la codicia de los naturales, mas su poder nunca fué bastante parte á obtener la obediencia sobre este particular. A nuestro regreso á bordo, aque-

Los tea-boumas nos presentaron un jefe al que dieron el título de *aliki*, dándonos á entender que era un caudillo muy distinguido que venia á visitarnos. Pendleton hizo á aquel sujeto algunos presentes que nos captaron su amistad. Cuando se hubo familiarizado bastante, procurámos darle á comprender que nuestro objeto consistia en verificar algunas incursiones interiores, y que deseábamos que nos asegurasen sin empacho si podríamos recorrer la isla con toda seguridad. Los jestos con que nos contestaron parecian significar que nos otorgaban su proteccion; pero esta proteccion podia ser eficaz? Esto nos pareció sumamente dudoso. Por lo demas, el *aliki* regaló á Pendleton una especie de machete fabricado con una pieza ovalada de serpentina bruñida perfectamente, afilada en el corte y ajustada á un mango de madera. Uno de aquellos tea-boumas nos insinuó que aquel instrumento llamado *nbouat* como sus sepulcros, servia para descuartizar los enemigos muertos en el combate, y se ofreció á mostrarnos teóricamente el instrumento en la persona de uno de nuestros marinos que á sus instancias se tendió de espaldas. El salvaje principió á simular un combate, en el que se finjó que el muerto habia sucumbido á impulsos de su sagaya y de su macana; á esta hazaña sucedió una danza guerrera, y finjiendo despanurrar al vencido con el *nbouat*, arrancóle las entrañas con una especie de tenedor de dos dientes fabricado con dos huesos de cúbito humanos, y los arrojó á lo lejos. Continuó esta pantomima arrancando los órganos sexuales que el vencedor reservaba para sí, cortando las piernas y los brazos por la parte de las articulaciones, y distribuyéndolos, ni mas ni menos que el resto del cuerpo entre los diversos combatientes que se los llevaban á sus hogares. La carne de los brazos y de las piernas era cortada por tajadas de una ó dos pulgadas de espesor, y las partes musculosas eran las mas apreciadas. Todo esto nos lo indicaba el bravo tea-bouma por medio de jestos sumamente expresivos y un ligero silbido acompañado de muchas dentelladas semejantes á las que podria hacer un gastrónomo que acaba de probar un sabroso plato. Segun esta pantomima, no cabia la menor duda de que aquel pueblo era caníbal por gusto, y no podíamos hacernos ilusion sobre la naturaleza de sus jestos, cuando estrujaron de nuevo los miembros blancos y rollizos de nuestros jóvenes marineros.

Apesar de este descubrimiento poco evidente, no dejámos de continuar nuestros reconocimientos en el país. Dirijiólos Pendleton en persona procurando doblar nuestra escolta y dar la órden á los botes que no se acercasen á tierra durante su ausencia. Por lo que á nosotros hacca, desembarcados desde las cuatro de la ma-

drugada nos dirijimos hácia el O. y entrámos en un bosque donde matámos algunos pájaros, entre ellos una especie de urraca de un hermosísimo plumaje, enteramente negro, á escepcion de la parte superior del lomo, del vientre y del cuello que son blancos. Despues de una carriata de media hora avistámos una aldea de muchas casas, y junto á una de ellas se alzaba un monton de huesos humanos, entre los cuales habia algunos que experimentarían la accion del fuego. A las márgenes de un arroyo habia algunas débiles plantaciones de dos especies de taro, á saber, el *arum esculentum* y el *arum macraxon*, tiernos bananos y plantíos de caña dulce.

A media milla mas lejos encontrámos una aldea considerable, situada en la ribera de un riachuelo que llegaba del Sud. Veíanse en ella varias mujeres ocupadas en cocer los alimentos en un gran pote sostenido por un trípode compuesto de tres gruesos guijarros. Consistían los alimentos en cortezas de árboles y diversas especies de raíces. Junto á aquella aldea encontrámos al *aliki* nuestro protector con dos de sus camaradas, y como nos hallábamos á poca distancia de su domicilio, nos instó reiteradas veces paraque entrásemos en él. Algunas mujeres estaban ocupadas en tostar los frutos de una enorme higuera que sombreaba la habitacion.

Continuámos siguiendo el curso ascendente del rio, y encontrámos sucesivamente varios declives mas y mas tiesos, viéndonos obligados á veces á trepar rocas escarpadas. En tan penosos pasos, los guias salvajes se mostraban muy obsequiosos, y llevaban los bagajes y nos sostenian por el brazo. Llegados á la cumbre de la cordillera, manifestaron una deferencia aun mayor. Estenuados de sed y ardiendo en deseos de desayunarnos, pedimos agua, y en el espacio de veinte minutos fueron á buscar de ella en un barranco situado á doscientas toesas mas abajo. A fin de indemnizarles su trabajo les dimos bizcocho y tocino fresco que comieron con sumo placer, pero despreciaron la salazon.

Al otro lado de la montaña encontró la caravana un canal profundo, que penetrando bajo la roca servia de ensenada á las piraguas de los isleños. El *aliki* que se habia mezclado en nuestra escolta tomó una de ellas y atravesámos el canal. Alzábanse al otro lado algunas hutas arruinadas con plantaciones devastadas sin duda por la guerra. Distaba aquel sitio unas cinco leguas del sondeadero. Entonces nos encaminámos al S. E. para reconocer una vasta llanada que habíamos visto de lejos en nuestro primer reconocimiento, y para llegar á ella tuvimos que atravesar un delicioso vallecillo plantado de palmas de palmitos y de aleuritas tan verdes, tan frescas y tan bien alineadas, que no parecia sino que eran arregladas por la mano del hombre.

En seguida tomámos un sendero que nos condujo á la gran llanura surcada por el canal.

Allí mudámos de guías. El aliki y sus compañeros mostrándonos con un jesto significativo el sol á punto de ponerse, siguieron la direccion de sus chozas, y otros salvajes de la llanura se encargaron de nuestra conducta. Hallábase entre ellos un individuo tuerto y estropeado que habíamos visto á bordo, y que mostró mucha satisfacción por hacernos los honores de su territorio. De esta suerte la caravana andó una legua dejando á cada lado del camino varias hutas esparcidas y circundadas de cocos; y despues de un corto alto junto á una casa donde se cogieron cocos, penetró hasta los bordes del canal que consiste en un simple brazo de mar de un agua perfectamente salada que se internaba mucho en las tierras.

Nada excitaba mas nuestra curiosidad en aquella monótona llanura, y como iba á caer la noche nos pareció mas prudente ir á acampar en la montaña. Escojimos una deliciosa colina en cuya cima habia tres soportales circulares, á la sazón desiertos, y situados al borde de una marisma circuida de *hibiscus tiliaceus* y de plantaciones de batatas. Era ya casi noche cuando llegámos á ellos, y ya podíamos observar de un lado el móvil canal del *Océanico*, y de otro los fuegos inmóviles de los salvajes. Como en aquella altura se hacia sentir el frio, encendimos una grande hoguera que los centinelas atizaban durante la noche. Ningun incidente desagradable turbó aquel campamento nocturno; únicamente al rayar el alba tres salvajes, que parecían salirnos al encuentro á paso lento, se retiraron amedrentados por los gritos de nuestras postas.

No se pasó con tanta tranquilidad el dia siguiente. Desde las primeras horas de caminar, uno de nuestros compañeros se separó del grueso de la cuadrilla, encontró inopinadamente un salvaje que tomó una actitud amenazadora y blandió su lanza sobre él, y á no ser por nuestra presencia, quizá hubiese llevado á cabo sus esperanzas. Pero á vista de nosotros se contentó con examinar nuestras armas y nuestros vestidos, despues de lo cual se retiró á la selva. A mayor distancia encontrámos una casa habitada por una familia entera, donde nos salió al encuentro un hombre presentándonos una máscara de madera de coco y esculpida con mucho arte. Es verdad que no habia ningun agujero para los ojos, pero sí para la boca, y no pudimos dudar del empleo de aquel objeto cuando el natural se lo aplicó al rostro. En cuanto á las mujeres, estaban ocupadas en cocer higos, que denominaban *ouhou*, en una olla sin agua para quitarles la calidad corrosiva que tendrian en el estado natural. Finalmente los niños se saboreaban en unas arañas muy comunes en aquellas ie-

las, despues de habérlas hecho tostar un momento sobre las ascuas. Estas arañas, en que pululan los bosques, tienden unas telas tan compactas y numerosas, que oponen un verdadero obstáculo al pasajero. No lejos de aquella casa habitada habia otra aislada y desierta, circuida de empalizadas y flanqueada de una serie de columnas de madera. Cada una de aquellas columnas tenia un pie de anchura y nueve de alto y el remate era superado de una cabeza humana groseramente esculpida: era una sepultura de familia. A su lado se extendia una tierra pantanosa que á la sazón desmontaban algunos naturales, hombres y mujeres, sirviéndose de un instrumento de madera dura, provisto de un mango encorvado y puntiagudo, y quizá destinado á un doble objeto, el de azadon y arma (Pl. LIII. — 2).

Antes de llegar á la playa, hicimos de nuevo la experiencia del precio que los naturales atribuyen á sus víveres, y sobre todo á sus cocos. Acababa de llegar la caravana, moribunda de sed, junto á unas cabañas circuidas de hermosos cocos: así que Pendleton se esforzó en hacerla refrigerar. En consecuencia mostró á los naturales un hacha y algunos cuchillos, explicándoles que pretendia en cambio veinte cocos. Esta permuta era magnífica: en cualquier otra isla no solo se hubieran dado veinte, sino hasta doscientos cocos en retribucion de los objetos propuestos. Sin embargo aquellos salvajes titubearon: congregáronse en consejo y al fin decidieron uno de ellos se encaramó como un mono á un coco, y desde su copa arrojó el número de frutos convenidos. A medida que bebíamos agua, los niños se apoderaban de la cáscara para comerse la corteza aun tierna, pero de un gusto acerbo é intolerable.

Estábamos á algunos centenares de toesas de la playa, cuando el estampido de muchos fusilazos nos atajó el paso por temor de que hubiese sobrevenido alguna ocurrencia desagradable. Sin embargo todo el suceso se redujo á lo siguiente. Habiéndonos el segundo del *Océanico* visto bajar de lejos de una pequeña eminencia, envió un ballenero armado con seis marineros para recibirnos en la playa, quienes se ocupaban en pescar con la red á lo largo de la costa que era sumamente abundante de pesca. A vista de lo lisonjero que era esta, los treinta ó cuarenta naturales presentes sintieron deseos de apropiársela. Los marineros defendieron su bien como era natural, pero su resistencia dió márgen á una lucha en que los salvajes hirieron á dos marinos á pedradas. Contestaron los marinos á mosque-tazos retirándose con la embarcacion, y á este tiempo aparecimos nosotros con nuestra escolta armada de fusiles, cuya circunstancia cambió repentinamente la faz del combate. Reuniéronse

los marineros, y los salvajes se fugaron por todas partes en el mayor desorden. Había entre ellos un anciano, uno de los Tea-boumas que acostumbraban venir á bordo, y que tuvo la presencia de ánimo de cojer una rama de coco y adelantarse hácia Pendleton con calma y gravedad, cual para pedir la paz. Tendióle Pendleton la mano, díjole que no tenía inconveniente en hacer la paz, pero que sus compañeros se habían portado con sus jentes como ladrones descarados. « Es verdad, replicó el Tea-bouma, son miserables *káías* (ladrones); matadlos, matadlos: yo mismo os ayudaré, y nos los comeremos juntos. » No sabiendo que contestar á esto, echámos á reir y nos llevámos á bordo al Tea-bouma, contento de sí mismo y de nosotros.

No bien había transcurrido un cuarto de hora, cuando se acercaron al buque seis piraguas reclamándonos el Tea-bouma. Temían los isleños que le guardábamos prisionero con objeto de asarlo para la mesa del capitán. Así es que cuando el salvaje apareció en el filarete, resonó por ambas partes un grito de alegría, y manifestó un profundo silencio. Entonces el Tea-bouma espetó una arenga á los suyos para echarles en cara su conducta hácia nosotros; á lo cual se levantó del medio de las piraguas otro Tea-bouma, respondiendo con otra alocución semejante. Mientras que los sermonaban de esta suerte, los salvajes sacudían la cabeza de cuando en cuando, cual para acceder á cuanto decían sus jefes. Concluidos estos preliminares, nuestro Tea-bouma se dirigió á nosotros, y á lo que pudimos comprender por sus jestos, suplicónos que nos diésemos por satisfechos de la venganza que habíamos tomado de los naturales, añadiendo que uno de ellos había muerto. A todo consintió Pendleton haciendo un signo de cabeza, y las piraguas empezaron á circular en torno del buque para probar si habíamos cometido algun acto de venganza. Al día siguiente, 16 de abril, el *Océánico* se hacia á la vela muy de mañana.

CAPITULO XIX.

NUEVA CALEDONIA. — HISTORIA. — HABITANTES. — PRODUCCIONES.

El capitán Cook fué el primero que á 4 de setiembre de 1774 avistó esta grande isla á la altura del abra de Balada, donde pasó ocho días. Las relaciones que tuvo con los naturales durante su recalada fueron de la naturaleza mas amigable, de lo que se deduce que Cook y Forster trazaron respectivamente de estas tribus el cuadro mas lisonjero. Ni uno ni otro sospecharon que fuesen antropófagos; por lo contrario, Forster

encomia con frecuencia su confianza y su buena fé, y hace con respecto á los mismos las observaciones siguientes.

« Despues de habernos apeado en el punto en que desembarcámos la vispera, costeámos la playa, que era arenosa y limitada por una selva de árboles silvestres. En breve llegámos á una cabaña desde donde se estendian algunas plantaciones hasta tras la playa y la selva, y en seguida recorrimos un canal que regaba las plantaciones, pero de un agua muy salobre. Allende trepámos un collado que teníamos cerca, y donde el país parecia cambiado. La llanura estaba revestida de una capa lijera de tierra vegetal, sobre la que se habían esparcido mariscos y trozos de corales para margarla, por razon de su escesaiva sequedad. La eminencia al contrario era una Peña compneta de cascajos de cuarzo ó de mica, entre los cuales crecian yerbas secas de unos dos ó tres pies de altura, pero tan poco apiñadas, que las unas distaban quince ó veinte pértigas de las otras. Vimos muchos y copados árboles negros en la raíz, que tenían una corteza sumamente blanca, con hojas largas y estrechas como nuestros sauces, pertenecientes á la especie denominada por Lineo *melaleuca leucodendra*, y por Rumphius *arbor alba*. Este último escritor dice que los habitantes de las Molucas extraen aceite de cajeput de las hojas que son en extremo odoríferas. En aquel collado no se veía el menor arbusto, y la vista podia estenderse á gran distancia sin ser interrumpida por los bosques. Desde allí distinguimos una serie de árboles y de arbustos frondosos que se dilataba desde la orilla del mar en direccion á las montañas.

En breve tiempo llegámos al arroyo; de cuya agua llenámos nuestros barriles. Las márgenes estaban guarnecidas de mangles á cuyas espaldas se veían un corto número de plantas y árboles ocupando un trecho de quince ó veinte pies, revestido de una capa de estiércol vegetal cargado de humedad y de un lecho verdoso de grama, donde la vista se placia en detenerse, despues de haber contemplado una comarca abrasada y estéril. Los arbolillos que orillaban la costa nos ofrecían algunas riquezas en historia natural, á saber, plantas desconocidas y una gran variedad de diferentes clases, que en su mayor parte eran todas nuevas; pero el carácter de los naturales y su conducta nos complacieron mas que todo lo demas. El número de los que percibimos era poco considerable, y sus habitaciones estaban muy desparramadas. Comunmente encontrábamos dos ó tres casas, situadas unas junto á otras á la sombra de un grupo de copadas higueras, cuyas ramas estaban tan entrelazadas que apenas se percibia el firmamento á través del follaje; una agradable frescura reinaba siempre

al rededor de las cabañas. Esta deliciosa posición les procuraba otra ventaja; porque continuamente revoloteaban en torno de la cona de los árboles millares de pajarillos, donde se ponían á cubierto de los ardientes rayos del sol. El gorjeo de los pajarillos producía un concierto delicioso y causaba un vivo placer á todos cuantos gustan de tan sencilla música. Los habitantes mismos se sentaban al pie de los árboles que de la parte superior del tallo empujan muchas raíces tan redondas como si fuesen hechas al torno, y se internan en tierra á diez, quince ó veinte pies de largo, despues de haber formado una línea recta muy exacta y en extremo elástica, y no menos tendida que la cuerda de un arco en el momento en que va á partir la flecha. Parece que de la sustancia de aquellos árboles hacen los pedacitos de tela que les sirven de taparabos.

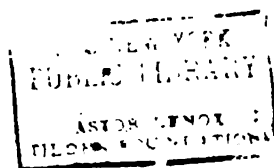
« Enseñáronnos algunas voces de su lengua que no tenía relación alguna con las de las otras islas. Su carácter era dulce y pacífico, pero muy indolente; raras veces nos acompañaban en nuestras correrías. Cuando pasábamos junto á sus hutas, y les hacíamos algunas preguntas, contestaban sin reparo; pero si continuábamos nuestro camino sin dirigirles la palabra, no nos prestaban ninguna atención. Sin embargo las mujeres eran algo mas curiosas y se ocultaban en las malezas para atisbarnos; pero no se atrevían á acercarse mas que en presencia de los hombres.

« No se manifestaron enojados ni amedrentados porque matásemos pájaros á fusilazos; al contrario cuando nos acercábamos á sus domicilios, los jóvenes no se descuidaban de enseñarnos algunos por tener el placer de vernos tirar. Pareció que en aquella estación estaban muy poco ocupados; habían abonado la tierra y plantado raíces y bananos, cuya cosecha aguardaban el verano siguiente. Quizás por este motivo no se hallaban en estado de vender sus provisiones como en otro tiempo; puesto que por otra parte es de creer que conocen los principios de la hospitalidad que constituyen á los isleños del mar del Sur tan interesantes para los viajeros. »

Otro día Forster hizo las observaciones siguientes :

« Al desembarcar tropezámos en la playa con una enorme mole irregular de Peña de diez pies cúbicos de cuarzo de un grano consistente y esplendente de granatas algo mas gruesas que cabezas de alfileres. Este descubrimiento nos persuadió mas que no faltan minerales preciosos en aquella isla, que en la parte que habíamos reconocido ya difería de todas cuantas examináramos con respecto á su falta de producciones volcánicas. Despues de habernos internado en los densísimos bosques que orillaban la costa,

encontrámos tiernos árboles de pan, que todavía no eran bastante gruesos para dar frutos; pero parecían haber nacido sin cultivo, y quizás son los árboles indíjenas silvestres de la comarca.... Separéme de mis camaradas; tomé un camino arenoso y orillado á ambos lados de enredaderas y árboles odoríferos, que parecía haber sido lecho de un arroyo, y que me condujo á un grupo de dos ó tres butas circuidas de cocos. A la entrada de una de ellas observé un hombre sentado, teniendo en su regazo una niña de ocho ó diez años cuya cabeza estaba examinando. Al principio sintió alguna sorpresa al verme; pero recobrando en breve su tranquilidad continuó su operación: tenía en la mano un pedazo de cuarzo transparente, y como uno de los cortes era afilado, servíase de él en lugar de tijeras para cortar el pelo de la niña. Regalé á entrambos algunos granitos de vidrio negro, lo que les contentó sobremanera. Entonces pasé á las otras cabañas, y encontré á dos tan cercanas una á otra, que ocupaban juntas un espacio de diez pies en cuadro rodeado en parte de setos. Tres mujeres, la una de mediana edad, la segunda y la tercera algo mas jóvenes, encendían fuego bajo una de las grandes ollas mencionadas; mas en cuanto me echaron de ver me hicieron señas indicando que me alejase, bien que yo deseando conocer su modo de guisar los alimentos, no hice ningún caso. La olla estaba llena de yerbas secas y hojas verdes en que se hallaban envueltas algunas batatas; tal vez las cuecen á veces bajo un monton de tierra entre piedras cálidas, como en Taiti. No sin oponer algunas dificultades me permitieron examinar su olla, indicáronme de nuevo por señas que me alejase, mostrándome sus cabañas y aplicando sus dedos repetidas veces á su garganta; mas juzgando que si llegaban á sorprenderlas solas en compañía de un extranjero, las quitarían la vida, abandonélas y tendí una furtiva mirada sobre aquellas cabañas que estaban del todo vacías. Al penetrar de nuevo en el bosque encontré al Dr. Sparmann, y nos encaminámos de nuevo hácia las mujeres, á fin de convencerme si había interpretado bien sus señas. Hallábanse todavía en el mismo puesto; ofreciémoslas al momento algunos granos de rocalla que aceptaron sin titubear y con grandes demostraciones de alegría; pero lejos de cesar en sus señas, agregaron á ellas las instancias y las súplicas hasta que nos alejámos. Algun tiempo despues alcanzámos á nuestros camaradas restantes, y como teníamos mucha sed pedí por agua al hombre que cortaba los cabellos de la niña, y en consecuencia me designó un árbol del que pendían una docena de cáscaras de nueces de cocos llenas de agua dulce, lo que nos pareció un poco raro en aquel país. Regresámos



3 Pais en la Isla de los Pinos en Nueva Caledonia

4 Piragua doble de Nueva Caledonia

por fin á la aguada por tierra y en chalupa, mantando de paso muchos pájaros curiosos de aquella isla, entre los cuales había una especie de corneja común en Europa. Había en la aguada un número considerable de naturales; algunos por un pedacito de tela de Taiti nos llevaron en hombros por espacio de cuarenta pértigas al salir de la chalupa ó al entrar en ella, por razon del poco fondo del agua para que los bates pudiesen llegar hasta la playa, donde percibimos algunas mujeres que sin temer á los hombres se metian entre la muchedumbre y se complacian en corresponder á las carantoñas y galanteos de los marineros. Invitábanles á ir detras de las malezas; pero en cuanto empezaban á seguir las, se fugaban con tanta velocidad que no podian ser alcanzadas. De esta suerte se complacian en frustrar los deseos de sus adoradores, y reír á carcajada suelta siempre que jugaban semejante morisqueta.»

Cierto dia Cook despachó una embarcacion á la isla Balabea, situada á cuatro ó cinco leguas de distancia del fondeadero. El jefe de Balabea, llamado Tea-Pai, y todos los habitantes se congregaron en la playa para recibir á los Ingleses y entablaron relaciones las mas satisfactorias. Deseando ponerse á cubierto de toda sorpresa, los oficiales de la embarcacion trazaron una linea de demarcacion en la arena é intimaron á los naturales que por ningun pretexto salvaran aquella valla. Los salvajes se conformaron á aquella prevencion; pero uno de ellos en breve la parodió: tenia algunas nueces de coco que un marino deseaba comprar, pero que no juzgó á propósito vender. En consecuencia se retiró, y viendo que el comprador le seguia la pista, trazó un círculo á su alrededor en la arena, y mandó al Europeo que no pasase adelante.

El aspecto jeneral de Balabea se asemejaba al del país de los alrededores del fondeadero; pero el terreno era mas pingüe y mas bien cultivado, y sobre todo cubierto de un gran número de cocos. Los habitantes pertenecian igualmente á la misma raza; su carácter era dulce y benévolo, y con mucho gusto trocaron sus armas contra algunas bujerías de hierro ó telas de Taiti.

Por la noche el destacamento inglés se retiró baja unas malezas para cenar con el pescado que habia comprado. Algunos naturales se plantaron junto al oficial, y le hablaron de una gran tierra que decian situada al N. y que denominaban *Mingha*. Sus habitantes eran enemigos suyos; avexados á la guerra hacian frecuentes incursiones á la Nueva Caledonia, y un salvaje indicó un *tumulus* donde estaba sepultado un jefe muerto por los guerreros de *Mingha*. Entretanto los marineros empezaron á cenar, y como uno de ellos roía un hueso de buey salado,

los salvajes, tranquilos hasta entonces, posieron-se á conabular entre sí con cierta inquietud; atisbaron á los Ingleses con cierto aire de sorpresa y de indignacion, y acabaron por desfilar todos, manifestando por señas que les sospechaban de comer carne humana. En vano se procuró desengañarles, pues no quisieron escuchar razones. Por otra parte hubiera sido sumamente difícil conseguirlo, porque en toda su vida no habian visto cuadrúpedo alguno.

Despues de haber abandonado el abra de Balada, Cook siguió toda la costa N. E. de la Nueva Caledonia, pero siempre á una distancia considerable. El 23 alcanzó la punta S. E. formada por un encumbrado promontorio, y avistó una isla elevada y harto espaciosa donde echó de ver algunos objetos parecidos á columnas aisladas ó reunidas en grupos. Empero, apenas desembarcó, cuando reconoció que era una especie de pino propio para suministrar maderas de arboladuras. Las ramas crecian al rededor del tallo formando pequeñas mazorcas; raras veces escadian los diez pies de longitud, y comparativamente eran muy delgadas, cuya circunstancia era precisamente la que comunicaba á aquellos árboles una forma extraordinaria. Cook hizo cortar muchos para subvenir á las necesidades de su buque, y abandonó definitivamente aquellas tierras, dejando á la última el nombre de *Isla de los Pinos*. (Pl. LII.—3).

En 1792 d'Entrecasteaux completó el reconocimiento del capitán inglés. Dió principio á ella cerca de la isla de los Pinos, orilló los rompientes que bordan en toda su estension la costa del S. O., y averiguó que aquella barrera enemiga se extendia á unas 170 millas N. O. de la parte septentrional de la Nueva Caledonia. Esta empresa peligrosa colmó de honor al comandante francés, tanto mas cuanto no podia esperarse ningun episodio brillante ni menos ninguna observacion curiosa. Al año siguiente fondeó en el abra de Balada, y pasó en ella tres semanas, durante las cuales falleció el capitán Heon de Kermadec, cuyo cuerpo, sin saberlo los salvajes, fué inhumado en la isleta de Pouidiou.

En sus relaciones diarias los naturales se mostraron rateros, ájiles, osados y emprendedores. Varias veces insultaron á los Franceses, que se vieron obligados á recurrir á las armas de fuego. Ademas no faltaron muchas pruebas de que eran caníbales. Asimismo el cuadro que los Franceses trazaron de aquellos pueblos difiere enteramente de las descripciones dejadas por Cook y Forster. Para descifrar semejantes contradicciones, es preciso confesar que aquellos *minghas*, que los naturales de Balabea habian indicado como antropófagos, hicieron poco despues del paso de Cook la conquista de la parte

septentrional de la Nueva Caledonia, espulsando y acuchillando á sus pacíficos moradores. Lo que mas parece robustecer esta hipótesis son los vestigios recientes de pillaje, de ruínas y de incendios que observó Labillardière en toda la superficie del suelo durante el curso de sus numerosas escursiones.

Al dejar el abra Balada, d'Entrecasteaux dirigió el rumbo al S. y reconoció la parte oriental de los rompientes cuyo borde occidental habia explorado el año anterior y luego abandonó este archipiélago. Despues de Cook y d'Entrecasteaux, no parece que se haya hecho reconocimiento alguno auténtico sobre la Nueva Caledonia; solamente se sabe que el capitán del *Buffalo*, Kent, descubrió en 1793, á través de los escollos de la parte S. O., una magnífica ensenada en la que permaneció seis semanas y á la cual aplicó el nombre de *Puerto San Vicente*. En ella le abastecieron abundantemente los isleños de cañas dulces, batatas y pescado, en cambio de lo que se les daba; pero lo que parecia que preferían á todo era el lienzo comun, despreciando el hierro, cuyo uso les era desconocido.

Dudaban algunos jeógrafos que los enormes escollos que rodean esta tierra en su parte N. terminasen efectivamente en el punto que los abandonó d'Entrecasteaux. En 1827 resolvió el capitán d'Urville este problema, y manifestó que en lugar de prolongarse los tales escollos hácia el N., forman, por el contrario, en aquel punto un arquillo cóncavo, en el que faltó poco que se estrellase el *Astrolabio* arrastrado por las impetuosas corrientes.

En resumidas cuentas la Nueva Caledonia forma una isla de unas doscientas millas de longitud del S. E. al N. O. sobre unas veinte y cinco á treinta de uniforme anchura, de modo que en el mapa tiene la forma de un largo intestino ó bien de una especie de holoturia atravesada en toda su longitud por una gran cordillera de encumbradísimas montañas. En la parte del N. E. los escollos distan jeneralmente muy poco de la costa; pero en el lado opuesto forman una barrera no interrumpida que muchas veces se interna hasta ocho ó diez millas de la playa. Estiéndense estos escollos á treinta millas de la punta meridional, formando en la parte septentrional una especie de prolongacion de ciento sesenta millas de longitud, en la cual se ven esparcidas algunas islas bajas y pobladas á las que Cook y d'Entrecasteaux impusieron los nombres de *Balabea*, *Molua*, *Reconocimiento*, *Sorpesa* y *Touou*, de las cuales las mayores tienen unas seis millas de estension; aunque á treinta millas S. E. de la punta S. se levanta la isla de los Pinos, elevada, poblada y muy selvosa, y cuya circunferencia es almenos de treinta millas. La isla de la

Nueva Caledonia propiamente tal se estiende entre los 20° 10' y los 22° 30' lat. S. y entre los 161° 30' y los 164° 32' lonj. E.; pero el archipiélago entero con todos sus islotes y escollos está comprendido entre los 17° 53' y los 23° 4' lat. y entre los 160° 17' y los 165° 6' lonj. E.

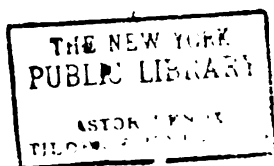
Segun Cook, los habitantes de la Nueva Caledonia se parecen mucho á los isleños de Tanna, de quienes hemos hablado ya, con la sola diferencia que los primeros tienen las facciones mas regulares y el aspecto mas agradable. Por lo demas, tienen como ellos los labios gruesos, la nariz chata, el cutis bronceado, y aun mucho mas por el uso que tienen de cargarlo con una especie de tinte negro, especialmente en la cara. Tienen el pelo rizado y crespo, tanto el de la barba como el de la cabeza, y algunos de ellos se lo dejan crecer y se lo sujetan en la mollera, aunque otros solo se dejan un mechón en cada lado, anudándoselos entre sí con sumo esmero, y finalmente otros, entre ellos las mujeres, los traen muy cortos.

Estos hombres son jeneralmente de estatura regular y de poca corpulencia, aunque Cook y Labillardière vieron algunos, aunque no muchos, que tenían cerca de seis pies (Pl. LII. — 2).

El único vestido de los hombres consiste en un taparabo de cortezas de árbol, de hojas ó de los pedazos de tela y papel que les dan los Europeos; pues aunque tienen algunas esteras toscamente fabricadas, no las emplean, segun parece, como vestidos. Algunos caudillos llevan grandes gorros negros de forma cilindrica, sin fondo; y las mujeres se cubren de una basquiña corta fabricada con fibras de plátano sujeta á la cintura por medio de un cordón. Los filamentos exteriores de esta saya están pintados de negro y entremezclados en el costado derecho de nácar y perlas (Pl. LIII. — 3).

Ambos sexos llevan por adornos unos pendientes de conchas de tortugas y brazaletes de piedras ó caracolillos, pintándose algunas partes de su cuerpo. Los hombres tenían jeneralmente para peinarse el cabello unos peines formados de palitos muy delgados, unidos paralelamente entre sí como los de los Papous. Tenían ordinariamente grandes úlceras en las piernas y pies, y Labillardière vió algunos de ellos atacados de la elefancia.

Sus armas consisten en macanas, lanzas, dardos y hondas. Aquellos son jeneralmente de dos pies de longitud y presentan formas diferentes, unas redondas, otras en figura de hacha ó azadon, y otras como una hoz, pero todas muy bien trabajadas, y aun á veces adornadas con esculturas, del mismo modo que sus lanzas y venablos. Sus hondas son sencillísimas, y con ellas tiran unas piedras que ellos mismos se redon-



1. Guerreros de la Nouvelle Calédonie
2. Guerreros de Nueva Calédonia

2. 1. Armas y Utensilios de la Nouvelle Calédonie
2. Armas y Utensilios de Nueva Calédonia

de la Nueva Calédonia

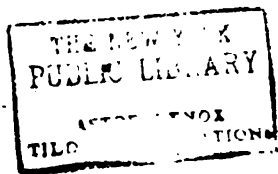
VIAJE
VIAJE

3. *Femmes de la Nouvelle-Calédonie.*

3 Mujeres de Nueva Caledonia

4. *Habitations de la Nouvelle-Calédonie.*

4 Habitaciones de Nueva Caledonia



dean como huevos de gallinas, y de este modo las despiden mas lejos, al mismo tiempo que sus heridas son mas peligrosas. Para arrojar sus lanzas tienen como en Tanna, un estremo de cuerda con una presilla en un cabo para meter el dedo y en el otro un rodete para detenerla. Labillardière nos presenta en sus cuadros á un salvaje en ademan de despedir su lanza con el cordon que acabamos de mencionar, y que lleva en la mano izquierda una clava terminada por una estrella de cinco rayos (Pl. LIII. — 1). Pescan con el harpon y algunas veces con redes; tienen esteras de todos tamaños, y por cachillo un instrumento que llaman *nboat* (Pl. LIII. — 2).

Ya hemos dicho que sus habitaciones parecen colmenas, sobre las que se eleva la columna ó poste central adornado con bajos relieves y mariscos. En el interior hay algunos otros postes que sostienen unas tablas que les sirven de aparadores y alacenas, en donde colocan sus provisiones y otros objetos. El pavimento está cubierto de esteras ó simplemente de yerva seca, que de día sirve de asiento y de cama por la noche. Muchas cabañas tienen dos hogares, en uno de los cuales arde el fuego casi continuamente, y aquel calor continuo y el humo, que solo puede salir por la reducida puerta, hacen estas habitaciones insufribles á los Europeos. Supone Cook que los indígenas se resignaban á vivir en semejante atmósfera para desterrar los misticos que en aquel clima son importunos en estremo.

Casi el único utensilio de aquellos isleños es un gran jarro de tierra, aunque algunos tienen mas de uno, y en el que cuecen los alimentos. El hogar en donde hacen la comida está al aire libre fuera de la habitacion, y lo forman cinco piedras puntiagudas, dispuestas en cuadro, á saber: cuatro en los ángulos y una en el centro, que son de unas seis pulgadas á corta diferencia y sirven de trébedes á los jarros que se ponen al fuego, siempre inclinados hácia un lado.

El alimento que usan principalmente consiste en pescados, mariscos, raices, frutos y ciertas partes de algunos vegetales. Labillardière observó que comian carne humana y grandes pedazos de galacia verdosa; pero el primero de estos dos artículos solo podia ser accidental, y el segundo no muy sustancioso, pues engaña el hambre sin reparar las fuerzas. Tampoco eran manjar muy nutritivo las arañas que comian algunos, mas sin duda recurrían los miserables á estos tristes alimentos por no tener otros; pues que esta isla, al contrario de todas las islas ecuatoriales, cuya vejétation es tan lozana y rica, solo presenta, como llevamos dicho, una tierra erial y una vejétation escuálida y mezquina.

Forster calcula que la poblacion total de la Nueva Caledonia asciende á cincuenta mil almas, mas si todas sus partes parecen á los alrededores de la ensenada Balada, este número es mas bien ocajerado que disminuido. Véase lo que dice él mismo de los indígenas y de su modo de vivir.

«No han llegado todavía á aquel grado de cultura bastante encumbrado para no despreciar el seco. Su carácter sobrado grave no les deja saborear los placeres domésticos ni justipreciar las caricias del bello seco; tienen á veces que trabajar mucho para subvenir á su subsistencia, y pasan sus ratos de ocio en el descanso, no entregándose jamas á esas sencillas distracciones que tanto contribuyen al bienestar del hombre y que encarece la jovialidad y la agudeza en las risueñas islas de la Sociedad y de los Amigos. Escepto el silvido de que hemos hablado mas arriba, ningun instrumento músico hemos observado en la Nueva Caledonia, é ignoramos si tienen bailes ó canciones particulares; pero lo que podemos decir es, que casi nunca rien, que hablan muy poco, y que eran raros los que se complacian en comunicarse y confabular con nosotros. Su lenguaje parece muy irregular, y su pronunciacion tan sumamente confusa, que los vocabularios que formaron algunos individuos de la tripulacion diferian mucho entre sí unos de otros; aunque tienen pocas consonantes ásperas, hablan mucho con la garganta y dan algunos sonidos nasales que disonaban mucho á las personas que solo poseían el inglés. La gran distancia de sus plantíos impide las relaciones que poco á poco establecen las necesidades de la sociedad. Como su suelo no es susceptible de gran cultivo, el mejor medio de adelantar su civilizacion seria el de transportar allí algunos cuadrúpedos que se podrian criar muy bien, tales como cerdos y cabras, especialmente estas últimas que no podrían menos de multiplicarse prodijiosamente en tan seca y cálida rejion.

«La sencillez de aquellos isleños trasciende á su gobierno, pues Tea-bouma, jefe del distrito opuesto á nuestro fondeadero, vivia como sus demas compatriotas sin recibir ninguna señal exterior de preferencia, y lo único que argüía alguna atencion de parte de sus súbditos, fué la de regalarle los presentes que en la primera entrevista les hizo M. Pickeregill. Las comarcas vecinas sobre las que no se estendia la autoridad de Tea-bouma, probablemente tendrán sus jefes particulares, ó tal vez cada familia está sujeta á la jurisdiccion del padre de la misma.

«No hemos notado el menor vestigio de culto, así como ninguna costumbre que entrañase el menor resabio de supersticion. Sus ideas por lo tocante á estas materias son tan sencillas como el resto de su carácter; y aunque no ha falta-

do quien nos haya ponderado sus cementerios y sus exequias, acompañadas de ciertas ceremonias, nada de esto pudimos observar.

« Nada podemos decir de los isleños con respecto á la duracion de su vida, y ni siquiera que clase de enfermedades predominan en esta isla; no habiendo reconocido otra mas que la elefancia, la cual se nos dijo ser muy comun, pero no tan peligrosa que arrastre al enfermo al sepulcro. Los cabellos blancos y las arrugas de sus naturales nos daban una idea de su longevidad, pero aunque llevasen la cuenta de sus años, nos hubiera sido muy difícil hacerles preguntas sobre una materia tan abstracta como su edad. Nunca pudimos darnos á entender á los Taitios cuando les tocamos estas materias, apesar de los vastos conocimientos que teníamos de su lengua, comparados con el corto número de palabras que habíamos recojido precipitadamente en la Nueva Caledonia. »

No han dejado de aparecer á los navegantes las mujeres de dicho archipiélago mucho mas castas y modestas que las de las demas islas oceánicas, y Forster y Labillardière aseguran que no tienen conocimiento de que ninguna de ellas se haya entregado jamas á la discrecion de Europeo alguno: bajo este supuesto no pueden compararse con las de Tanna. Este hecho particular corrobora la observacion jeneral de M. d'Urville, que los hombres de la raza melanesia son mucho mas zelosos de sus mujeres que los de color pajizo.

Ninguna elegancia ofrecen sus piraguas en sus formas groseras y pesadas, y en su construccion; son partidas en dos estremidades que representan la figura de una larga gamella. Algunas son dobles, formadas por dos piraguas paralelamente unidas por travesaños una á otra á distancia de tres pies. Sobre estos travesaños se levanta un puente ó plataforma de tablas y pequeñas roditas de madera; hallándose tambien provistas estas embarcaciones de una ó dos velas latinas, fabricadas de junco y de trenzas ó fibras de plátano, á cuyo objeto sirven de obenques á los mástiles. Añádase á eso una hilera de clavijas colocada á cada uno de sus lados, haciendo las veces de filaretos, sirviendo estas mas para retener los objetos colocados sobre el puente, en el que se ve tambien un fogon con su correspondiente olla para cocer la comida.

La longitud ordinaria de las piraguas es de treinta pies, pudiendo tener en las dobles el puente ó plataforma hasta los treinta y seis de longitud sobre diez de anchura. Todas estas embarcaciones se manejan fácilmente con el remo, y no parecen susceptibles de ser muy veleras. (Pl. LII. — 4).

Pocas especies presenta del reino vegetal la Nueva Caledonia que le sean propias: las mas

pertenecen al jénero de la Polinesia ó á la de la Anstralia, no ofreciendo todavia el reino animal cuadrúpedos conocidos; pues los pájaros, los mariscos é insectos existen con abundancia y de diferentes especies. En cuanto á los terrenos de esta grande isla, se ha observado que eran de naturaleza enteramente distinta de la de las islas polinemas, encontrándose lleno este sitio de un gran número de sustancias estrañas á otros climas, y hasta sospechó Forster que la Caledonia debia encerrar algunas piedras preciosas, y que tal vez no dejarán de hallarse al acometer otra empresa mas completa que las que hasta ahora se han hecho. Lo cierto es que se han hallado algunas capas de cuarzo y mica en los sitios explorados.

CAPITULO XX.

ISLAS ONOU-AFOU, ALLOU-FATOU Y ROTOUA.

En el acto de abandonar el *Océanica* las ingratas costas de la Nueva Caledonia, intentaba su capitán cortar el viento de modo que pudiese alcanzar las islas Guilbert. No habia trazado así su itinerario sino para cambiar de situacion, porque nos era preciso, por cuanto nos hallábamos desprovistos de viveres, y debíamos ir en busca de una tierra mas fecunda en recursos.

El viento le favoreció mas de lo que esperaba, porque en lugar de guardar su ruta ordinaria del S. E. y el E. S. E., al salir de la ensenada Balade sopló del lado S. O., con todos los caracteres tempestuosos que indican un huracan cuyo foco estuviese en los mares australes. Impelido por este, corrió el *Océanico* virando al E. para acercarse cuanto fuese posible á las islas Viti, hallándonos la mañana del 17 á la altura de las islas Hébridas, casi á igual distancia de las islas Sandwich y Koromango, ambas rodeadas de tan espesas brumas, que apenas pudimos confusamente distinguir sus masas. Luego continuamos nuestro camino al E. por espacio de treinta y seis horas, y despues de una profunda calma sopló un vientecillo del S. E., brisa muy frecuente en estas rejiones.

Por la noche, pareciéndome que Pendleton miraba muy frecuentemente y con cierta inquietud su mapa y el horizonte, consultando muy á menudo el vijia, comprendí que ya llegaba á unos sitios sembrados de escollos é islas, y me aproximé para preguntarle lo que buscaba. « Esta es, respondió Pendleton, la isla HUNTER, llamada *Onacusa* por su descubridor, el capitán Hunter, del navio *Doña Carmelita*. Vióla en 1823, mas como no se poseen noticias muy exactas de ella, hubiera deseado reconocerla y delinear sus costas; yo nada veo, sin embargo de encontrarnos á los 15° 31' lat. S. y á los 173° 51'

lonj. E., precisamente en el mismo punto fijado por el capitán. Quizás se engaña ó soy yo el engañado; otros tal vez serán mas felices que yo; mas con todo nosotros vamos á virar hácia Rotouma, en donde tal vez encontraremos algunos viveres.» Mientras que continuaba Pendleton hablando, habia yo fijado los ojos sobre el mapa y valíme de esta ocasion con el objeto de hacerle algunas preguntas y pedirle reseñas concernientes á las islas que vela, situadas entre los archipiélagos Hamoa y Viti. Eran estas las islas Onou-Afou, Wallis y Allou-Fatou, á las que no deseaba aproximarse Pendleton. «A fé mia, dijo el capitán, algo difícil me sería responderos á la pregunta que me haceis. Estas islas han sido reconocidas en diversas épocas por diferentes capitanes y nunca las ha visto navegante alguno en quien podamos tener confianza. Apesar de todo esto se cree que la isla Onou-Afou tiene mucha semejanza con la isla *Goede-Hooper*, que describió Schouten en 1616 al dejar la isla de los Traidores; hé aquí lo que se sabe sobre ese punto por la relación de un antiguo viaje.» Tomó Pendleton al instante un librito enteramente sucio de tabaco, y leyó lo que sigue:

«A 14 de mayo de 1616 descubrióse á cincuenta leguas distante de las islas de los Traidores una isla en la que se esperaba hallar agua, bautizándola desde entonces los marineros bajo el nombre de *Goede Hooper* (Buena Esperanza). Aproximáronse á nuestra llegada diez ó doce botes, sin que permitiésemos entrar á bordo á los Indios limitándonos únicamente en hablarles con amabilidad y regalarles algunas insignificantes bujerías de vidrio en cambio de algunos peces voladores que subimos por la popa por medio de una cuerda. Entretanto recorrió continuamente la chalupa lo largo de la costa; mas al repararla los Indios que iban en las canoas nadaron hácia ella y empezando un dialecto difícil de comprender, la rodearon con sus canoas en número de catorce, y aun hubo algunos de ellos que se arrojaron al mar creyendo apoderarse de ella ó volcarla.

Encontrábase en la tripulación de la chalupa algunos ocho mosqueteros y los otros armados de sus picas y sables. Los primeros mataron á dos hombres dentro de sus mismas canoas, de los cuales uno de ellos murió en el mismo momento, permaneciendo el otro un corto rato sobre su asiento, enjugándose con sus manos la sangre que le salía del pecho, pero espiró también al cabo de algunos instantes y se hundió en el mar. Tan imprevistas demostraciones intimidaron á los otros de modo que escaparon con la mayor lijereza reparándose despues algunos grupos de jentes agolpadas en la playa que exclamaban con todas sus fuerzas *bou, bou, bou!* Habíales anteriormente pedido el capitán cerdos y gallinas, diciéndoles:

Waka en omo; pero pareció que desconocían estos animales ó por lo menos que no comprendían este lenguaje. No encontrando un buen fondeadero, se apartó de la playa la chalupa dirigiéndose en seguida al N. O. para llegar mas fácilmente al S., en donde contábamos hacer descubrimientos. Por otra parte el mar se estrellaba con tanta violencia contra esta isla, que seria muy arriesgado acercarse á la costa, en la que no se veían mas que elevadísimas y verdes rocas y negruzcos terrenos llenos de cocos. Tenía la isla algunas montañas, aunque no muy altas reparándose en diversos puntos de la costa algunas chozas diversas y una vasta aldea.

Visitó por segunda vez el capitán Edwards en 1791 esta tierra y la llamó *Isla Proby*; pero no dejó ninguna noticia de ella y ni siquiera supo fijar su posición: así que no se debe dar crédito al lugar que ocupa en el mapa de 15° 53' lat. S. y de los 178° 11' lonj. O.

Las islas WALLIS fueron descubiertas en 1767 por el capitán de este nombre. «En el interior, dice, parecia el terreno bastante elevado, pero en las cercanías del mar era bajo y presentaba un aspecto bastante agradable. Rodean á la isla algunos arrecifes que se estienden á dos ó tres millas mas adentro; sus costas se ven cubiertas de cocos y de chozas esparcidas en varios sitios. Las lanchas que enviámos en descubierta trajeron las noticias de que los árboles crecían hasta en la misma playa, que algunos de ellos eran muy corpulentos, y que se veían serpear por su suelo muchos arroyuelos. Luego que los Ingleses estuvieron á poca distancia de la costa vieron venir hacia ellos muchas piraguas, en cada una de las cuales iban cinco ó seis hombres ágiles y robustos, que por único vestido llevaban una especie de estera alrededor de la cintura por armas enormes dagas semejantes á las que los pintores dan á Hércules y de las cuales dieron dos al contramaestre en cambio de algunos clavos y otras baratijas.»

Quisieron los Ingleses informarse de si la isla alimentaba algunas aves, pero no pudieron darse á entender de los indijenas. Mientras estaban en esto, les ocurrió á los salvajes de repente la idea de apoderarse del barquichuelo que llevaba aquellos extranjeros, y uno de ellos se puso con mucha seriedad en ademán de arastrarlo hácia la playa, pero un tiro disparado al aire, bastó para ponerlos en fuga. Quisieron entonces los de la lancha volverse á bordo, mas era tan sumamente baja la marea, que á duras penas pudieron verificarlo. Permaneció Wallis al paio toda la noche á fin de revisar y señalar la isla al día siguiente; mas encontrándose á sotavento y lejos de la costa fué preciso renunciar á su reconocimiento, de suerte que su relación nos da datos sobrado inec-

sactos sobre la configuracion de la isla , aunque , segun el mapa que la acompaña , debe ser un grupo de seis ú ocho millas de circunferencia compuesto de dos islas pequeñas y ocho ó diez islotes.

En 1781 volvió á visitar este grupo el capitán Maurelle y le legó su nombre. La distancia y la noche impidieron que le abordasen dos piraguas que pretendian efectuarlo. Edwards lo reconoció en 1791 y desde aquella época ningun navegante ha vuelto hablar de ellas ; así que , debe mirarse como dudosa su posicion á los 13° 26' lat. S. y los 178° 20' lonj. O.

Las islas ALLOU-FATOU que son , segun parece, las islas de *Horn* fueron descubiertas en 1616 por Schouten , que se encontró en aquella altura á 19 de mayo. Apenas divisó la tierra este navegante , cuando , segun dice en su sencilla relacion , rodearon al navio unas veinte piraguas tripuladas por unos hombres con ademanes pacíficos y afectuosos. Sin embargo uno de ellos amenazó con la clava á un Europeo , arrojando los otros al mismo tiempo un grito agudo , y tomó Schouten estas demostraciones por una señal de guerra hizo disparar dos cañonazos y algunos tiros de fusilería , lo cual hirió á dos salvajes é hizo que los demas huyesen precipitadamente á nado y soltasen una camisa que habian hurtado. Luego que estuvo despejada la mar , se envió para que sondease una chalupa , á la que rodearon siete piraguas que intentaron desarmar á los marineros , por lo cual se vieron estos obligados á hacer fuego contra los isleños , entre los cuales hubo un gran número de heridos.

Al siguiente dia por la mañana , ancló en una pequeña ensenada que presentaba un fondeadero seguro en frente de un arroyo que bajaba de las montañas colocando el navio de modo , que pudiesen sus cañones proteger á todas horas las lanchas que fuesen á tierra ; mas no por esto se escaspararon los isleños , pues trajeron en sus piraguas cocos , batatas , algunos cerdos vivos y dos asados , recibiendo en cambio de estos objetos clavos , cuchillos , y otros efectos de fierro. Los tales isleños demostraban una decidida inclinacion al latrocinio , y sabian nadar y zambullirse con mucha destreza. No lejos de la playa élévase sus cabañas redondeadas y cónicas , de unos veinte y cinco pies de circunferencia sobre diez ó doce de elevacion , cubiertas de hojas , con una sola abertura que les sirve de paso : aunque tienen que agazaparse para penetrar en ella. Los únicos enseres que ocupan el interior consisten en algunas redes y mazas.

El 22 volvieron las piraguas á llevar algunos cocos ; pero se iban reuniendo en la playa un gran número de salvajes armados de lanzas y de palos , conferenciando entre sí , y disponiéndose al parecer para algun ataque. Reparábanse cer-

ca de ellos cincuenta piraguas bien provistas de piedras y lanzas ; mas votaran por la paz , pues que pidieron rehenes quedándose en calidad de tales á bordo del navio seis isleños , mientras que pasaban á tierra tres Holandeses entre los cuales iba una persona de mucha importancia , llamada Aris-Claesz , y de este modo se firmó una paz no desmentida por una ni otra parte.

« Con grande ceremonia y agasajo , dice la relacion , acójió á los tres extranjeros el rey inclinando la cabeza sobre la palma de sus manos juntas y bajándose luego casi hasta dar al suelo ; en cuya postura permaneció cerca de media hora. Saludóle Aris del mismo modo , y abandonando despues aquella tal postura , le besó los pies y manos , en tanto que lloraba como un niño otro salvaje sentado junto al rey diciendo á Aris muchas cosas que este no comprendia ; hasta que por fin sacó los pies de debajo de su traspontin , se los puso al cuello y principió á rodar como una bola.

« Quedó muy satisfecho este rey salvaje de los regalos : sin embargo , como mostrase grandes deseos de poseer la camisa blanca de Aris , envió este por otra y se la regaló , y en recompensa de aquella dádiva recibió cuatro cerdos. Tratándose al mismo tiempo de proveerse de agua , resolvieron enviar dos chalupas por ella , de las cuales iria la una armada para defender á la otra en caso de necesidad.

Apesar de la multitud de indijenas que rodeaban á los marineros , lo que no dejaba algunas veces de incomodarles en sus faenas , no sobrevino incidente alguno desagradable : pues dicho rey habia establecido una vijilancia muy activa por medio de sus oficiales. Parece que tiene medios para hacer respetar sus órdenes , pues que eran puntualmente obedecidas. Un salvaje robó un sable del navio , y no pudiendo prenderlo se dió queja al rey , cuando dicho ladrón se hallaba ya á gran distancia : pero apesar de esto fué preso , castigado á palos , y el sable restituido á su dueño , no observándose desde entonces nada que faltar en el navio ni en tierra.

Infundiéronles mucho pavor las armas de fuego , y bastaba una sola descarga de mosquetería para que abandonasen temblando todos sus puntos ; y crecia todavía mas y mas su miedo , cuando por ciertas señales les dábamos á comprender que tiraban tambien algunas veces aquellas piezas que estaban á su vista. Pidió cierta vez el rey que las desaparecen en su presencia : mas fué tanta la conmocion que espermentó al oir la explosion , que no pudiendo los dos reyes , apesar de todas las seguridades y advertencias ocultar su temor , huyeron en seguida á los bosques dejando allí dueños de todo á los Holandeses. Sin embargo volvieron despues de algunas horas , pero no hallá-bamos medio alguno de tranquilizarles.

« El 26 fueron otra vez á la isla acompañados de trompetas los MM. Lewaire y Aris , llevando un pequeño espejo y otras bagatelas para el rey , cuando encontraron en la playa á un hombre postrado de rodillas , juntando sus manos é inclinado al suelo su semblante , como si orase al estilo de los Turcos. Acercáronse y vieron que era el rey quien habia tomado esta posicion para saludarlos , y al momento levantándolo lo acompañaron á su casa ó *belai* (sin duda *melai*). Hallábase esta llena enteramente de jente ocupada en estender delante de ellos algunas esterillas para tomar asiento , y el rey se sentó á su lado.

Retratáronse en los ojos de los salvajes la admiracion y el terror : al sonido de las trompetas exclamaron todos á una : *awo-awo* ! En esto entró el rey ó virey mirando fijamente á los extranjeros aun cuando marchaba de lado. Luego que llegó frente de ellos , colocóse con la mayor presteza á sus espaldas articulando en voz baja y con celeridad algunas palabras en tono de autoridad , y dando en el mismo momento un grande salto se dejó caer de golpe sobre sus nalgas con las piernas cruzadas. Como se hallaba el suelo lleno de piedras , se admiraron los Holandeses de que no se las hubiese quebrado ; pero , segun parece , aquellas jentes son mas ájiles y robustas de lo que se puede imaginar. Concluidas sus cabriolas pronuncióles con mucha gravedad un discurso ú oracion , y al terminarse esta empezaron á comer de una fruta que iba distribuyendo un criado á cada uno de los circunstantes. Consistia esta en una especie de limon , á corta diferencia del mismo sabor que los limoneros de agua dulce , cubiertos de escamas como una piña , añadiéndose tambien la bebida compuesta con las hojas cocidas del *athona*.

A los muchos obsequios tributados á los extranjeros á su llegada , debe todavía añadirse su suelo alfombrado de esterillas paraque pudiesen andar mas libremente por él. Quitáronse el rey y virey las diademas de sus cabezas , colocándolas sobre las de Lewaire y Aris , no olvidándose tambien Lewaire de hacerles algunos presentes de poco valor , pero que ellos reputasen por muy preciosos , y entregándoles en seguida un espejuelo de figura esférica les hizo comprender como dicho espejo poseia la misma redondez y claridad del sol y la luna : en una palabra , que tenia la misma figura y se podia distinguir en su interior todo cuanto se le ponía delante , lo que no dejó de sorprenderles. Al instante me manifestaron que los suspenderian de una viga y lo hicieron. Componíanse sus coronas de plumas blancas , largas y estrechas , entremezcladas por arriba y por abajo con otras mas pequeñas , verdes y encarnadas , de papagayo , de los que se encuentran en su isla , en la cual se erian tambien cierta clase de palomos muy esti-

mados , pues que todos ellos tenian uno cada cual junto á sí. Aquel dia se abasteció el navío de bastante agua y se adquirieron en cambio nueces de coco y raíces de *ubas* , no pudiendo saborearnos con el tocino , pues que , segun nos confesaron los habitantes , hacia ya mucho tiempo que no conocian otro alimento mas que aquellas tres clases de víveres y algunas batatas , y apretándose el vientre nos indicaron si les concederíamos algunos comestibles , pues no tenian con que saciarse. Desembarcó Schouten al ruido del tambor y las trompetas cuyos sonidos complacian al rey. Los isleños echaron á reír á carcajadas viendo á nuestras jentes bailar al son de los instrumentos ; pero lo que mas les gustó fué el simulacro de desafio que hicieron Aris Claesz y Nicolas Fensz con la espada. No hicieron mucho caso del pan y vino que les regalámos , porque preferian el pescado crudo ; habiendo ido aquel mismo dia á visitarle el rey de la isla contigua , se hicieron muchas cortesías y jestos , y se regalaron mutuamente algunas raíces ; mas al fin hubo entre ellos un grande altercado y algun desórden ; pues el rey de la otra isla queria que el otro retuviese á los Holandeses que tenia en su poder y que se hiciese lo posible para apoderarse de sus navíos , y este rehusaba acceder á ello temiendo , por lo que él habia visto , no le sobreviniese algun daño.

« Fué el virey ó hijo del rey á visitar el navío , y no le sorprendió menos de verlo por su interior de lo que le habia admirado al verle por el exterior. Al anochecer fuimos á pescar con buitron , y como cojimos buenos pescados en abundancia , regalámos una parte de ellos al rey que se comió algunos sobre el césped enteramente crudos , cabezas , tripas , agallas ; en fin , sin despreciar nada , siendo inconcebible el apetito que tienen aquellas jentes , y con que gula ó mas bien voracidad se comen el pescado. Luego que salió la luna , fueron los marineros á bailar en la playa , lo cual causó grande placer á los salvajes y no menos á la tripulacion que se congratulaba de haber encontrado al fin unos hombres en quienes podia tener confianza y entregarse á su trato con tanta familiaridad como si se hallase en Europa.

« Habiendo ido á dar un paseo por la isla el 29 al mediodía dos oficiales y un piloto , trajeron consigo á bordo al rey y su hermano , á quienes se obsequió con un espléndido banquete. Mientras estábamos comiendo se les hizo entender que marcharíamos de allí á dos dias , lo cual causó tanta alegría al jóven rey , que se levantó de la mesa , echó á correr hácia la cubierta gritando á los de la playa que al cabo de dos dias se haria el navío á la vela ; por lo cual conocimos que temia alguna invasion en su reino , apesar de que este temor no quebrantaba las amistosas relaciones que entre nosotros mediaban. Pro-

metidos el rey que si cumplíamos nuestra palabra nos regalaría diez cochinillos y gran cantidad de nueces que llaman *ati*.

«Después de comer, vino también á bordo el gran rey ó primer monarca, cuya edad parecía frisar con los sesenta años. Comparándolo con los demás, tenía el semblante mas perfecto, atendida la conformacion de su raza, é iba acompañado de diez y seis personas que componían su consejo. Recibióseles con todo el respeto posible, y al poner el pie en el navio se echó boca abajo é hizo su oracion; luego le hicieron bajar á la cámara, en donde volvió á empezar de nuevo su plegaria. Parecia causarle admiracion todo cuanto veía y no sorprendian menos á los Holandeses sus ceremonias y acciones, particularmente cuando sus jentes les quisieron besar los pies, lo que no permitieron; luego se cubrieron la cabeza y garganta para indicarnos que eran vasallos. Visitó el rey todos los escondrijos del navio desde la cubierta hasta la bodega y desde la popa hasta la proa, y todo le admiraba pareciéndole que todo aquello era un sueño, pero lo que mas llamaba su atencion eran los cañones cuyo estruendo oyera en su honor dos dias antes. Luego de revisado este, deseó volverse al instante haciéndonos grandes cortesías á su despedida. Acompañáronle los dos oficiales hasta la puerta de su casa, en donde estaba jeneralmente sentado, y en seguida fueron á dar un paseo por la isla hasta anochecer en que se embarcaron otra vez.

«Habiendo Aris sacado gran cantidad de pescado aquella noche, fué á regalar una parte de él al rey, al que encontró rodeado de una cuadrilla de mozas desnudas que bailaban al compás de una especie de campanilla de madera cuyos imperfectos sonidos formaban su orquesta. Todas estas cosas ejecutadas por salvajes sorprendian mucho á los Holandeses, que ignoraban se hubiesen visto otras que anunciassen tanta civilizacion.

«El día 30 del mismo mes, por la mañana, envió el rey por regalo dos cochinillos y grandes cocos y otros frutos con la esperanza de que el navio se haria á la vela, y pasó á visitarle el mismo rey de la otra isla llevándole diez y seis cerdos y trescientos hombres, los cuales ceñian su cintura con ciertas clase de yerbas verdes con cuyo jugo preparan una especie de bebida. Tan luego como divisó al que iba á visitarle, le saludó repetidas veces inclinando el rostro hasta tierra, orando en voz tan alta que parecia un grito continuo, apesar de que rezaba con mucha uncion.

El rey que recibia la visita fué á su encuentro, y al acercarse no hizo menos jestos y ademanes. Por fin se levantaron dirigiéndose á su corte, en donde se reunieron á su alrededor cer-

ca de novecientos hombres: allí se sentaron todos, y volvieron á empezar de nuevo sus oraciones juntando las manos é inclinando la cabeza hasta tierra.

«Habiendo ido Aris antes del mediodía á la isla, envió á buscar á Le Maire y Ban, los cuales llevaron consigo cuatro trompetas y un tambor que tocaron delante de los reyes. Luego se presentaron uros cuantos salvajes de la isla mas pequeña, que llevaban unas yerbas verdes que ellos llaman *kava*, semejantes á las que rodeaban la cintura de los trescientos hombres y empezaron á mascarla. Luego que la hubieron mascado bien, se la sacaron de la boca y la pusieron todos juntos en un gran vaso de madera, en el que echaron agua dulce y la mezclaron y amasaron para presentarla en seguida á su rey y oficiales que se bebieron una gran parte. También á los Holandeses les ofrecian; pero estaban demasiado fastidiados de lo que habian visto y la rehusaron. Sirvieron asimismo al rey gran cantidad de rafees de *ubas* asadas y diez y seis cochinillos, á los que se habia añadido por guiso ó condimento sus mismas entrañas ensangrentadas todavia y sin lavar; solo el pelo estaba ligeramente socarrado á la llama de una tea, y en la cavidad del vientre habian puesto algunas piedras hechas ascua: tal era el asado que presentaron, y su modo de asarlo.

«Las ceremonias que acompañaron á este banquete consistieron en servir primero los raíces de *kava* dejándolas en hileras y por montoncitos, bailando y cantando al mismo tiempo delante de sus *aritis* ó reyes; luego sentóse el rey extranjero, y habiendo hecho lo mismo sus mujeres y demás jentes de su séquito detras de él y en círculo, pusieron en el centro la comida y cada uno fué tomando á su vez. Después de estos manjares sacaron unas grandes angarillas de veinte ó treinta pies de largo cargadas de *ubas* ú *oubas* y otras raíces crudas ó asadas, que se distribuyeron del mismo modo, y al fin los cerdos asados llenos de yerbas con el hígado prendido de unos palitos al cuerpo del animal, y se los comieron no solamente con mucho apetito, sino tambien con la misma voracidad que si hubiesen estado perfectamente cocidos ó asados. Llevaban en la cabeza todo cuanto se servia al *hereier* ó rey, y se arrodillaban en señal de respeto al tiempo de presentárselo. Cada rey regaló á los Holandeses un cerdo de los diez y seis que acabamos de mentar, y los que se los presentaron se arrodillaron para ponerlos á sus plantas; á lo cual los reyes agregaron otro presente de ocho cochinillos vivos y algunos otros bastante grandes. Los Holandeses por su parte les dieron tres cubiletitos de cobre, cuatro cachillos, doce clavos viejos y algunas herramientas que llevaban encima, y muy complacidos de

haber presenciado este convite, al anochecer se volvieron á bordo.

« El día último de mayo fueron los dos reyes juntos á visitar el navío, llevando consigo á casi toda la corte, de la cual los principales llevaban por distintivo de su rango y de paz hojas verdes de coco al rededor del cuello. Recibióseles con toda la pompa imaginable, correspondiendo de este modo á los honores que ellos nos habian dispensado. Se les acompañó á la cámara del capitán primeramente, y luego á todas las demas. Nos regalaron seis cochinitos que llevaban cada rey sobre la cabeza y depusieron á los pies del capitán y contramaestre, inclinándose hasta el suelo con respeto volvieron en seguida á la cámara del capitán donde pidieron se tocasen las trompetas cuya armonía y fuertes sonidos les admiraban y complacian en extremo; pero no asimismo cuando oyeron en sus valles resonar los ecos de nuestros cañones. Enseñámosles un retrato de Mauricio armado de punta en blanco y les dijimos que aquel era nuestro *harcier*. El principal de los dos reyes se llamaba *Gran-tila*. Se les dieron dos cuchillos á los reyes y un clavo á cada uno de su comitiva, con lo cual se retiraron satisfechos. Uno de los dos jefes, viendo que un salvaje de su acompañamiento robaba una barrena grande, le descargó en la cabeza tan tremendo golpe que creímos le dejaba en el sitio. Le Maire fué á acompañarles. Cuando estaban á bordo de la lancha, empezámos á aparejar con gran sorpresa de los isleños que creían siempre que iban á matarlos y á apoderarse de su isla.

« Estos isleños son altos y robustos, tanto que los de estatura ordinaria igualaban á los Holandeses mas aventajados; pero los mayores les llevaban muchas pulgadas. Son vigorosos, bien proporcionados, ágiles en la carrera y nadaban y se zambullían con mucha destreza. Su piel es de un moreno bronceado; eran bastante agudos y se arreglaban el pelo de diferentes maneras. Algunos lo tenían crespo, otros muy bien rizado, otros en cinco ó seis trenzas anudadas sobre la cabeza, y otros se lo dejan crecer erizado sobre la misma hasta la longitud de una cuarta como un plumero ó como una larga brocha de crines.

En el lado izquierdo de la cabeza llevaba el rey una larga trenza que le bajaba por el lado izquierdo hasta la cadera y anudado lo demas con uno ó dos nudos. Los cortesanos tenían dos trenzas á los lados, y por lo jeneral, hombres, mujeres, rey y súbditos, todos iban desnudos, á escepcion del andrajo con que cubrían sus partes jenitales. Sus mujeres son sumamente feas, mal formadas, de estatura baja, y llevan sus cabellos cortos del mismo modo que los Holandeses. Añádase á esto unos largos pechos

que descendiendo hasta el vientre cuelgan sobre esta parte como sacos de cuero. Lascivas en estrema, mézclanse públicamente y sin vergüenza con los hombres hasta en presencia del rey.

Todavía se ignora si adoran uno ó mas dioses, ó si poseen otro culto mas que su plegaria que les habíamos visto hacer; pero podemos asegurar que viven sin cuidado como las avechilla en el bosque, no teniendo ninguna idea del comercio, ni de la compra y venta; así es que los Holandeses recibieron varios regalos, no como objetos de tráfico, solo si por capricho, y por lo recibido arreglaban ellos los suyos.

Estos isleños ni siembran, ni siegan, ni emprenden ningun trabajo, acopiando únicamente lo que produce de sí misma la tierra para su alimento, que solo consiste en nueces de cocos, *ubas*, plátanos y un corto número de otros frutos. Al retirarse el mar, acostumbran algunas veces las mujeres ir á la playa á buscar entre sus peñas y hoyuelos los peccecitos que se quedan en dichos sitios, ó bien cuando desean comer toman sus anzuelos marchándose á la pesca, la que suelen comer enteramente cruda, de modo que su vivir en nada discrepa de los primeros tiempos del hombre, de los que tanto han hablado los poetas, pudiendo con fundadas razones afirmar que todavía ofrece dicho sitio las huellas del hombre primitivo y sencillo, tal como lo formó la naturaleza. Recibieron estas islas el nombre de islas de *Hoorn*, del nombre de la ciudad en donde se fletó el navío y partió con la mayor parte de la tripulación. A la bahía se le dió el nombre de *Concordia*, porque así se llamaba el navío.

Es evidente, segun todas estas minuciosidades, que los naturales de Allou-Batou pertenecen á la raza polinesia, y que en sus costumbres no difieren mucho de los pueblos de Tonga. En el mapa de Arrowsmith, se designan estas dos islas con los nombres de Allou-Batou y de Podou-Natou, sin que pueda averiguarse la causa, por qué figuran estos nombres, que sin duda tomaria algun navegante de boca de los isleños. Es de presumir que estas dos islas son semejantes á aquella que percibió Bougainville á 11 de mayo de 1768 y á la que dió el nombre de *Niño Perdido*, creyéndose en su principio distinguir en ella dos islas separadas; pero desapareció al siguiente día tal error al observar que aquella no era mas que una sola y misma tierra, cuyas dos partes mas elevadas estaban unidas por otra tierra baja que parecia encurvarse á modo de arco, y formaba al N. E. una anchurosa bahía. Sin embargo como no se olvida inmediatamente Bougainville de añadir que jamas tocó en sus costas, distando siempre seis ó siete leguas de ella, por habérsele impedido el viento, de ahí es que debe irse con mucho

tiento en creer ciegamente la precedente observacion y tener como aprocsimativos los cálculos siguientes: lat. S. 14° 20'; lonj. E. 179° 40'.

Mientras de este modo completaba Pendleton mis nociones relativas á las islas polinesias, viraba á todo trapo el *Océánico* hácia Rotouma, abandonando las aguas de la Melanesia; mas queriendo nuestro prudente capitán neutralizar la rápida accion de las corrientes, vióse precisado á correr mas allá al E., hasta que al fin á 21 de abril por la mañana, percibimos á cuatro leguas de nosotros las tierras de esta isla. Dichas tierras son de mediana elevacion, y al acercarse á ellas, parecen con sus bellos plantíos y cabañas, una alfombra de verdor que se estiende desde las costas marítimas hasta las colinas. Vense levantar en sus playas á través de las florestas de cocos, árboles de pan é inocarpus, los techos de sus grandes cabañas.

Rodearon á una legua de tierra al *Océánico* un sin fin de piraguas grandes las unas, pequeñas las otras, y tripuladas todas por indijenas que nos acogieron con las mas inequívocas demostraciones de alegría y fraternidad. Aquellos eran mis Polinesios, mis naturales de Tonga y de Taiti, cándorosos, sencillos y bondadosos. Sin embargo me sorprendí de la diferencia que se notaba entre su lenguaje y el de las demas familias polinesias que habia visitado, y así salí engañado en mis estudios linjísticos, hallándome despues en el caso de recojer solo algunas inconexas palabras, comunes á la lengua de Tonga y á la de Rotouma.

Hallábase felizmente sobre una de las grandes piraguas, y al lado de uno de los principales jefes de la isla, un Inglés llamado Young, domiciliado hacia mucho tiempo en el país; el cual me sirvió de intérprete.

La primera pregunta de Pendleton fué la siguiente: Podreis proporcionarnos legumbres y cerdos? Nada mas fácil, respondió Young; en cuanto á los primeros, obtendreis cuantos querais mediante algunos instrumentos de hierro y bujías de vidrio; pero por lo que mira á los cerdos, esa es otra cuenta: pues hará cosa de doce años que sobreviniendo en Rotouma un terrible huracan, derribó los plátanos y cocos, y hasta asoló los plantíos. Siguióse á esto un hambre, pero al hacerse cargo los naturales de su deplorable situacion y deseando satisfacerla, echaron mano de sus cerdos, y extinguieron toda la raza de estos animales. Poco tiempo despues de este suceso, trajo un ballenero un limitado número de ellos, reproduciéndose por este medio su raza; pero deseando facilitar mas su propagacion, impusieronse á sí mismos

los isleños una ley prohibiendo la matanza de dichos animales: así que, merced á esta severa ley, cuenta actualmente la isla tres ó cuatrocientos de ellos. Desde aquella época nadie dispone de los cerdos mas que en ciertas privilegiadas ocasiones, pero nunca en favor de los extranjeros. Semejante noticia no pudo menos de sorprender á Pendleton, que se hallaba á la sazón desprovisto de viveros frescos; pero acercándosele Young, le dijo en voz baja: Tranquilizaos, no nos faltarán de contrabando; mi jefe os cederá diez por otros tantos dientes de cachalote y un fusil. No hay mas que hablar; dijo Pendleton, y el semblante de este impasible capitán recobró al momento su acostumbrada serenidad.

Nada era tan curioso y digno de observacion como la conducta de los naturales que nos rodeaban. Primeramente habian estos tomado la precaucion de preguntar si el navio era ó no consagrado; y obteniendo una respuesta negativa, se decidieron á subir á bordo, por donde se paseaban con una alegría y sorpresa difícil de describir. Cuando encontraban á su paso algun marinero lo estrechaban con arrebato, frotándole las narices con las suyas y despues con lenguaje cariñoso y dulce y señalándole la costa, le decian *Rotouma Caléi* (Rotouma es bueno).» Como tales demostraciones y requiebros no dejaban de reiterarse muy á menudo y hasta estorbarle en su maniobra, disponíase ya Pendleton á despedir á los visitantes en sus piraguas; pero el ademan que tomaron estos al reconocer la inesperada disposicion, contruvo la cólera del adusto capitán. Mucha mayor fué su alegría cuando repararon que viraba el navio hácia el fondeadero, y brincaban, saltaban y reían como unos niños, al volver á ver á sus padres despues de una larga ausencia.

Echó áncora el *Océánico* á diez y ocho brazas frente la parte septentrional de la isla, y despachando inmediatamente á tierra una lancha, me embarqué en ella. Nuestra permanencia en Rotouma no debia ser muy larga, y por lo mismo era preciso recorrer con la mayor presteza todos sus sitios. Apenas hollámos la playa, cuando los isleños que se precipitaban á nuestro paso nos recibieron con los brazos abiertos, y lanzando gritos de alegría, de modo que se disputaban el placer de agasajarnos y acariciarnos. Ofreciannos estos sus frutos y legumbres, á la par que aquellos, ostras y pescado, y no faltaban otros que ecsajerando los deberes de la hospitalidad, nos conducian algunas mozas, con señales que ponían á descubierto su intencion. Sin ser enteramente feas, estas mujeres eran inferiores á las de Tonga, pues sus facciones no eran tan regulares, careciendo al mismo tiempo de la limpieza y porte decente y

recatado de aquellas. En Rotouma, como en la mayor parte de las islas polinesias, solo las solteras pueden disponer de sí mismas, debiendo las casadas permanecer castas y fieles á sus esposos: así es que el adulterio se castiga con la pena de muerte. Desembarcámos cerca de una de las mas grandes poblaciones de la isla, en cuyo principal edificio habia el jefe establecido su morada, que tenia cuarenta pies de largo sobre veinte y cinco de altura. Por lo regular, las otras cabañas no tienen mas que quince á veinte pies de largo, teniendo estas, como las de Tonga, cubiertos sus techos de hojas de coco, apoyadas sobre estacas y rodeadas de esterillas en todos sentidos, consistiendo únicamente su ajuar en esteras, almohadillas y algunos vasos de madera arreglados con la mayor decencia. No hacen mas que tres comidas el dia, y sus habituales víveres son el pescado, mariscos y el fruto del pan, el taro ó *arum esculentum*, batatas y helechos, no diferenciándose de las otras islas polinesias en la preparacion de los alimentos, y solo si de los de Tonga, en que no comen como estos pescado crudo.

Todo cuanto contenia esta playa, traía á mi memoria á Tonga, Taiti y Nouka-Hiva: era la misma su raza, las mismas sus costumbres, vejetacion, cultivo, y quizá tambien el mismo su orden social y político. A primera vista comprendí que si permaneciese mas tiempo entre ellos, no habria hecho mas que corroborar sus analogías y hallar nuevos puntos de contacto. Pero llegaba la hora de la marcha, y era preciso partir. Difícil seria pintar el sentimiento y pesar que experimentó aquel pueblo cuando vió que se alejaba de sus playas nuestra lancha, así como el exponer tambien los ruegos, promesas, caricias y ofrecimientos de que se valieron sus naturales para que consintiésemos en quedarnos con ellos. Como yo habia respondido atentamente á las preguntas que nos habian hecho en nuestra corta permanencia, el digno jefe para seducirme, me fué enumerando uno por uno los placeres de que gozaria si queria ser ciudadano de Rotouma: ora me hacia la descripcion de una linda cabaña rodeada de plantíos, ora la de una niña de catorce años, hija suya, alegre y lozana. Aun hay mas; pues si es cierto cuanto me insinuó mi intérprete Young, consentia en abdicar en mi favor el gobierno supremo, y diciendo que seria su jefe y caudillo de todo aquel pueblo, si accedia pasar el resto de mis dias en aquellas playas. Fácil es de presumir que yo me mantuve inflexible, y entonces aquel pobre hombre echó á llorar á mares cual si acabase de sobrevenirle alguna desgracia, hasta el extremo de excitar mi compasión; y para tranquilizarle, le prometí volver al año siguiente á cumplir sus votos. Esto parece que le consoló algun tanto,

y se apartó de mí con mucha sentimiento. Es tanto mas difícil de explicar el afecto que estas jentes profesan á los Europeos, cuanto que es enteramente desinteresado, pues que hasta ahora pocas son las ventajas que les han reportado los Ingleses que han vivido entre ellos; muy al contrario, mas de una vez han comprometido y turbado con su reprehensible conducta la fraternidad y armonia que reinan entre aquellos salvajes, por lo cual se puede asegurar que los misioneros hallarian en estas tierras las mismas probabilidades de buen éxito, que han hecho prosperar sus doctrinas en Taiti.

Apesar del llanto de nuestros buenos amigos, nos volvimos á embarcar para ir á bordo del navío, en que Pendleton acababa de hacer su comercio de cerdos, y en lugar de diez tenia ya veinte y cinco; pues otros jefes habian imitado á su colega. Así que, pudimos hacernos á la vela, seguros de tener bastantes provisiones para los dos meses que habian de transcurrir hasta nuestra llegada á Gouaham.

En el mes de agosto de 1732, fué descubierta Rotouma por el capitán de la *Pandora* Edwards, el cual la llamó *Grandville*, y en su relacion cuenta que al principio se presentaron sus naturales armados de macanas, y con intenciones hostiles, pero que la vista de la fragata de guerra y un mosquetazo bastaron para ponerlos en fuga, y en 1777 Wilson del *Duff* trabó con los indijenas relaciones enteramente amistosas, pareciéndole aquella isla muy poblada y fértil; pues que en el espacio de una milla, presentaba la playa mas de doscientas cabañas, y este capitán la designa ya por su verdadero nombre.

A principios de este siglo, frecuentaron esta isla una multitud de naves balleneras, y enseñaron á sus naturales á hacer cambios mas regulares. Entre aquellos figura el *Rochester*, que en 1823, despues de haber pretendido pescar muchas ballenas no lejos de Rotouma, ancló en una ensenada de esta isla. Habíase sublevado varias veces la tripulacion, y empezaba á reinar á bordo la anarquía. Se enviaron á tierra á buscar víveres algunos marineros, y no volvieron hasta que habiendo cargado de cadenas á cinco jefes de la isla, los mismos naturales presentaron á los desertores. Mas felices fueron otra vez los revoltosos en el momento en que se disponian á marchar. Era el primer cuarto de la noche, cuando Young cuñado del capitán, el carpintero y cuatro hombres botaron al mar la lancha y se apartaron del navío llevándose consigo armas, libros, instrumentos y algunos otros objetos. Así que llegaron á tierra, tuvieron que sufrir alguna violencia de parte de los naturales, pues les rompieron los instrumentos y rasgaron sus vestidos y telas para apoderarse

de los jirones ; pero por lo demás supieron bien acogidos y bien tratados , se les dieron esteras para cubrirse , y se les colmó de atenciones y cuidados , oponiendo solo alguna resistencia á concederles esposas legítimas , y antes fué preciso que declarasen ó jurasen permanecer en Rotouma. Despues de haber hecho esta peticion en dos ocasiones distintas , congregó el rey su consejo , y se acordó que se les dasen algunas esclavas para que tuviesen paciencia , hasta que al cabo de un mes cuando les pareció suficiente , reunieron las jóvenes casaderas , entre las cuales escogiesen los marineros colmando de alegría y orgullo á las elegidas , la preferencia de los blancos.

A 1 de mayo de 1824 , *La Coquilla*, su capitán Duperrey , pasó el otro día á la vista de Rotouma , y su tripulacion entabló con los isleños las relaciones mas amistosas y pacíficas ; permaneciendo á bordo por mucho rato , en número de mas de ciento , mostrándose dóciles y cariñosos , aunque algunos de ellos parecian muy propensos al robo. Con estos , al principio se limitaban á pedirles el objeto robado , é inmediatamente lo restituian sin dar al parecer la menor importancia á su accion , pero estos hurtos se hicieron tan atrevidos y repetidos , que fué preciso emplear otros medios coercitivos. Se pusieron algunos marineros de centinela con cuerdas para vjilar á los ladrones , y tan pronto como descubrian á alguno de estos , era en seguida echado ignominiosamente , y esto se hacia en medio de las risotadas de sus compatriotas. Ninguno de ellos se daba por sentido , y muchas veces los ladrones azotados y despedidos eran los que primero se reian de su desacierto. Apesar de todas cuantas precauciones se emplearon , luego que salieron todos , se hallaron á faltar un gran número de utensilios y objetos de hierro y cobre.

Hallábanse entre los indijenas cuatro desertores del *Rochester* , de quienes hemos hecho mencion , y que á primera vista era muy difícil distinguir de los salvajes , atendido á que iban vestidos , pintados y aun embadurnados con polvos amarillos del mismo modo que los indijenas ; pero al parar la atencion se les distinguia en su tez mas blanca y en la regularidad de sus facciones que tanta mayor desarrollo de inteligencia. Estos hombres despues de contarnos sus aventuras y su modo de vivir entre los isleños , nos aseguraron que preferian el tumulto de las ciudades de Europa á aquella existencia obscura y tranquila , y que contaban acabar sus dias en Rotouma. Sin embargo uno de ellos , llamado Williams Jonh , de oficio cubero , fastidiado sin duda de los placeres de su vida salvaje y deseando ver á su patria y familia , pidió y obtuvo el permiso de permanecer á bordo de la *Coquilla*. Así que el

jefe de la isla vió que iba á perder un Europeo , cayó en la mas profunda desesperacion : lloró , se esclamó , y viendo que ni sus lágrimas ni sus caricias y súplicas podian cambiar la resolucion de Jonh , fué á suplicar al capitán que interpusiese su autoridad y lo echase de á bordo ; pero se censoló cuando le aseguraron que le darian en cambio del pipero dos Ingleses aprendidos en Port Jackson , y que pedian se les desembarcase en Rotouma. En seguida lo embarcó el jefe en su piragua como temiendo cambiasen de modo de pensar y sin saber que se llevaba dos pícaros en cambio de un buen artesano.

A 1° de octubre de 1827 ancló en Rotouma el capitán Dillon y permaneció allí pocas horas , pues estaba rigurosamente prohibida á la sazón la venta de cardos. Hallábanse en la isla desertores del *Rochester* y cinco Europeos mas , y casi todos ellos tenian dos ó tres mujeres y muchos hijos. Los salvajes se mostraron tan ladrones como siempre , y habiendo sorprendido á uno de ellos robando unas tenazas , rogó el jefe á Dillon que fusilase al culpable. « Porqué queréis que le quitemos la vida ? preguntó Dillon. — Porqué podría haber sucedido que castigasen á un inocente por su causa , contestó el jefe ; en nuestra isla hay muchos ladrones que se mezclan entre los de nuestra comitiva cuando vamos á visitar á otros jefes , y que entran en las casas para robar , huyendo en seguida si lo logran : el jefe robado se dirige á sus compañeros , estos se echan encima de los del visitador y algunas veces los matan á todos. Si el ladron que queria robaros el instrumento de hierro lo hubiera logrado , habrais podido mataros á mí , pues que estoy en vuestro poder , y por esto he suplicado que quitaseis la vida al que así comprometia la mia. »

El último navegante que ha visitado Rotouma es M. Le Goarant Fromelin , que se presentó al frente de la isla en el mes de mayo de 1828 , y nos explica en la relacion de su diario y en los siguientes términos su recalo en ella. « A 26 llegué á la vista de Rotouma por los 12° 30' lat. S. y los 174° 40' lonj. E. y ancló en su parte N. E. á una milla de distancia de tierra. Esta isla tiene siete leguas de circunferencia , y es toda baja ó muy poco elevada. Su poblacion asciende á unos quinientos habitantes de bastante buena raza , de color bronceado , cabellos lacios , de carácter dócil y algo propensos á apropiarse los objetos de hierro ; pero nosotros no tenemos motivo para quejarnos , porque no dejamos entrar á bordo sino á algunos jefes y á las doncellas que tuvieron la curiosidad de venir á visitarnos en gran número , haciéndonos compañía casi todas ellas en los tres dias que permanecimos en aquellas aguas. La isla está por lo jeneral muy bien cultivada , aunque faltan en ella muchas especies de frutos y legumbres. Allí hicimos aguada , nos curtimos de

leña y de gran cantidad de raíces diferentes y coccos, hasta que al fin y después de tres días de detención en esta isla feliz, la abandonamos con gran sentimiento de mis jóvenes que cantaban:

*Hermosas son sus mujeres,
Complacientes sus esposas!*

Los buenos de los Rotoumienses sentían igualmente nuestra marcha y nos aseguraron que tendrían un gran placer en que volviésemos á visitarles alguna vez. »

En sentir de Dillon, la isla está dividida en seis distritos, cada uno de los cuales está sujeto á un jefe diferente, y cada semestre se reúnen en una especie de congreso con el objeto de elegir un presidente y ventilar los asuntos del estado, así como para esotear las quejas y terminar las desavenencias que hubiese entre los distritos sin necesidad de echar mano de las armas. Esto hace que las guerras civiles sean allí muy raras y poco sangrientas: un Inglés que habitó en la isla por espacio de cuatro años, calcula en unos cuarenta los hombres muertos en estos combates durante todo este tiempo. Algunas veces al cabo de los seis meses el presidente rehúsa renunciar á sus cargos, y entonces se le deja continuar mas bien que aventurarse á una guerra civil; pero si quiere continuar, aun pasado el segundo período, entonces los demás jefes se reúnen para deponerlo, tomando el nombre de *Aihangattha*, y el ambicioso presidente el de *chaok*. Pocos días antes de pasar el *Rockaeter*, los isleños habían elevado á la clase de *chaok* á un negro prófugo de la Nueva Gales del Sur en el borganín *Ahuquarie*, el cual falleció en Rotouma.

Los portenores mas curiosos y circunstanciados de todos los que el cubero Joubt dió á M. Lesson, naturalista que iba á bordo de la *Cequeila*, son los siguientes:

« Los habitantes de Rotouma, dice, son de elevada estatura y bien formados, encontrándose muy pocos que tengan menos de cinco pies: pues la mayor parte tienen de tres á cinco pulgadas mas, y otros escuden de esta medida. Su fisonomía es dulce, atractiva, llena de jovialidad y expresión, y los jóvenes, prescindiendo del color de su tez, presentaban unos semblantes muy agraciados (Pl. LIV.—2). Llevan el pelo largo y se lo arreglan sobre el cogote como un gran pompon, y al subir á bordo se los desataban y dejaban flotar sobre los hombros y espaldas, lo cual es en ellos una señal de deferencia y respeto, y este es el homenaje que rinden á sus jefes. Algunos lo llevaban dividido en mechones rizados y rojos en su extremo, lo cual puede consistir en la costumbre que tienen de cubrirse la cabeza de cal en ciertas circunstan-

cias. Tienen los ojos grandes, negros y llenos de expresión, la nariz un poco chata, la boca grande y los dientes blanquissimos. No llevan la barba muy larga y se rasuran con conchas. Solo á se dejan el bigote, aunque no lo llevan muy largo. Llevan asimismo agujereadas las orejas y se adornan como los de Taiti con yerbas odoríferas, flores suaves de *gardenia* ó con las brillantes corolas de las rosas ó clavelones de Indias (*hibiscus*). Sus miembros son bien proporcionados, las piernas bien hechas, y mas de una de las jóvenes que estaban á bordo habria podido servir de modelo á un escultor. Son de una corpulencia regular, y su tez, fina, lisa y de color bronceado claro, aunque en algunos era bastante obscuro. La costumbre de bañarse con frecuencia hace que sean muy limpios, y asimismo tienen gran cuidado de su cabellera: algunos niños llevaban la cabeza rapada dejándose solo una larga trenza en el vértice de la cabeza á imitación de los Chinos (Pl. LIV.—2).

Estos isleños van casi desnudos, ó al menos solo llevan un estrecho mero ó taparabo que cubre las partes sexuales, y al cual añaden una estera que ciñe el cuerpo y baja hasta las rodillas. Llevan la cabeza descubierta ó á lo mas se ponen un pedazo de red para envolver su pelo, ó bien tejen con una hoja de cocotero una visera que ellos llaman *ichao* muy parecida en la forma á la que usan los Taitios. Al momento se ponian en la cabeza todas las telas que les dábamos de cualquier clase que fuesen, haciendo con las camisas una especie de turbantes; pero lo que mas apreciaban era los pantalones de color, con los cuales se habían tocados apesar de lo poco apropiado que es este vestido para colocárselo al rededor del rostro, pero les complacia sobremedura el ver colgar sobre su pecho las dos piernas del pantalón. Se dan por todo el cuerpo una especie de barniz que forman con aceite de coco y unos polvos de color anaranjado ó amarillo que extraen de la raíz del cúrcuma diversamente preparada. Con esto se cubren unas veces todo el cuerpo ó ya se hacen fajas aisladas de arriba á bajo. Este barniz que se adhiere muy flojamente á la piel, hace bastante incómoda su vecindad ó relaciones íntimas. Observé entre ellos, algunos hombres enteramente desprovistos de vello, y todos manifestaban la mayor repugnancia al ver los velludos pechos de nuestros marineros. Segun creo, está en uso entre ellos la circuncision al menos dos de ellos me presentaron esta operación.

« El principal adorno de los hombres consiste en llevar sobre el pecho una gran concha de ostra de perla que ellos llaman *tifa*. Parece que no se halla en sus playas la ostra de perla, pues que buscaban mucho las que les ofrecian algunos de los nuestros y daban una estera de pa-

ja muy fina por cinco ó seis conchas de este testaceo. Algunos llevaban otras conchas muy lustrosas de figura óvala las que ellos llaman *pauri*, y otros se cubrían el pecho con una estera blanca que llaman *ioui*, algunos se rodean el cuerpo con sartas de conchas y mariscos, pero de todos estos miserables adornos no había al parecer ninguno destinado esclusivamente para distinguir el rango ó indicar el mando. Vi que algunos jóvenes llevaban al cuello algunas bolitas de marfil como un collar, y de tal modo aprecian los isleños este adorno mas propio de las mujeres en particular, que buscan con avidez sin igual los dientes de cachalote, con los que hacen excelentes permutas. Los balleneros le prefieren á las telas y hachas de hierro, sin embargo de que solo es para ellos un objeto de adorno, pero que tal vez encierra algunas ideas supersticiosas.

« Consiste su vestido ordinario en algunas esteras hermosísimas y finas, á veces se envuelven la cintura con hojas de cúrcuma, aunque estos calzones bastante deshonestos dejan fácilmente entrever lo que deberían ocultar. Sus esteras son como hemos dicho hermosísimas y muy superiores á las que tejen los Taitios y las fabrican con una paja dorada que sacan de la grama. Su trabajo es penoso y largo, porque está muy apretada la trama ó urdimbre y el tejido es muy esmerado; pónenlas en sus ribetes una franja y á veces la tiñen de amarillo ó las pintan de varios colores; lo muy grandes que eran algunas de ellas nos hace creer que no las emplean solo en vestir. Danlas en cambio de algunas telas de Europa ó instrumentos de hierro, especialmente hachas.

« La única arma que tuvimos ocasion de ver en manos de los habitantes de Rotouma, es la macana, y nos cambiaron sin dificultad cuantas traían consigo. Consiste esta arma, trabajada con bastante esmero, en un baston de tres á cuatro pies de largo, de madera encarnada y muy dura, complanada y cortante por ambos filos, de estremidad vulnerada que está cincelada. Dos jóvenes nos hicieron ver del modo que de ella se sirven, y para ello tomaron primeramente un ademan guerrero, erizándose el pelo y haciendo mil muecas y contorsiones con la cara. La macana en sus manos da vueltas en todas direcciones y sentidos, y la manejan tan bien, que parecen enseñados por un jugador de palo europeo.

« El adorno mas notable y característico de este pueblo, son las pinturas de que llenan su cuerpo, y á las que llaman *chache*. Cubre desde la parte inferior del pecho hasta encima de las rodillas una pintura con tanta regularidad hecha, que no imita mal á las escarcelas de nuestros antiguos paladines. Detras del muslo se hacen

una raya longitudinal que impide den la vuelta á este miembro las fajas transversales. Llevan el vientre y lomos cubiertos de líneas curvas frangeadas, cuyo color resalta infinito sobre lo restante de la piel intacta; pero en el pecho y vientre llevan dibujos muy diferentes. Este se distingue por el cúmulo de puntos negros que forma sobre su piel, y aquel por la lijereza y gracia de sus dibujos, compuestos de líneas delgadas que ya imitan á los peces volantes, ya flores ú otros objetos sencillos. Algunos indigenas tienen tambien sobre las piernas, largas hileras de puntos negros, y otros dos vámos que llevaban en las espaldas algunas cicatrices en relieve, jénero de adorno que parece peculiar de la raza africana; como á sus ramificaciones ó vástagos extendidos por el grande Océano.

« Está la isla de Rotouma dividida en veinte y cuatro distritos, gobernados por otros tantos jefes, que tienen el título de *hinkangocha*, cada uno de ellos por razon de edad, llegan á la autoridad suprema, y la ejerce por espacio de veinte lunas, con el nombre de *chaou*, y este se reúne todas las mañanas con doce jefes, para arreglar los asuntos del estado. No va acompañada de grandes formalidades la ceremonia del cambio de *chaou*, pues para esto no hacen mas que reunirse todos los jefes, y el *chaou* mas anciano entrega al nuevo *chaou* una rama verde (Pl. LIV. — 4). El poder de los jefes es muy vasto; pues son los propietarios de todas las tierras. Obligan á los habitantes á trabajar, y disponen á su alvedrío del matrimonio de las doncellas. En las lides van al frente de su tribu, y hacen las veces de sacerdotes en los bautizos, casamientos y entierros; al mismo tiempo que administran justicia. Por lo demas, en un pueblo de costumbres tan sencillo, la autoridad de un jefe viene á ser lo mismo que la de un padre, y no es tiránica ni cruel. Todos se apartan respetuosamente cuando pasa un jefe; y en presencia del rey están obligados á sentarse y desatarse el pelo que es su saludo ordinario. Los homenajes que se dispensan á los jefes, el respeto á los ancianos, la sumision del pueblo, la obediencia de los niños, anuncian un gran orden, y los usos de los Rotoumienses forman el elogio de su moral; y aunque alguna vez les viene á turbar la guerra, su carácter pacífico les desvia de ella. Hará cosa de seis años, que la emulacion y los límites mal fijados encendieron la guerra entre dos distritos, y lo restante de la isla, tuvieron un encuentro en el que murieron mas de cien salvajes de una y otra parte, apesar de esto se propuso y aceptó la paz, y al momento desapareció todo rencor. Poco tiempo antes, fué atacada Rotouma por los naturales antropófagos de una isla denominada Noue, distante tres ó cuatro dias de navegacion.

LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN

1. *Village de Rotuma*
1. *Aldes en Rotuma*

2. *Naturels de Rotuma*
2. *Naturels de Rotuma*

de l'air et de l'eau

VOYAGE
VIAJE

U.S. DEPARTMENT OF COMMERCE
BUREAU OF STANDARDS
ASTORIA, OREGON
TELEPHONE 1-1000

3. *Transmisión del Poder en Rotuma*
3 Transmisión del Poder en Rotuma

4. *Sepultura de los Reyes en Rotuma*
4 Sepultura de los Reyes en Rotuma

Los agresores fueron vencidos, y se retiraron dejando algunos de ellos reducidos á esclavitud. Cuando sus jefes van al combate, llevan cuatro esterillas de magnitud diferente, y la cabeza adornada con conchas de nácar, ceñidas á manera de diadema, empiezan ellos el combate, atacando á los jefes enemigos, y la accion se hace al punto jeneral. Sus únicas armas consisten en mazas y lanzas, las que tendrán diez á doce pies de largo, despidiendo tambien con sus manos piedras del peso de dos libras. Concluido el combate, entierran sus muertos en el mismo campo de batalla.

« Sus villorios son edificados á la orilla del mar, y dispuestos á manera de círculo al rededor de su cementerio, el *thamoura* del distrito. La cabaña del jefe es la mas grande y la mas eercana á la playa. Todas están construídas sobre estacas sentadas en tierra, y sosteniendo un techo agudo cubierto de hojas de coco (PL. LIV. — 1).

« Sus usos con respeto al matrimonio, nacimiento y entierros, son dignos de atencion. Casan los jefes con sus hijas con quien les place, no estando en su poder el rehusar al que les ofrece; y lo mas particular es que muchas veces ni siquiera lo han visto. Cuando los Ingleses se establecieron en la isla, ordenaron los jefes de su distrito reunir todas las mozas para que pudieran libremente escojer. Pero por lo tocante á las hijas de los jefes, debe precisamente la mayor casarse con otro jefe, exceptuando á las otras, las cuales deben conformarse con la voluntad de su padre, aunque sea desigual su casamiento. Completada la eleccion, deben los dos esposos por una ó mas noches acostarse sobre una misma estera vijilándolos algunos jefes para que no consumen el matrimonio. El dia señalado para consumarlo es el dia de las danzas y festines, encaminándose los dos amantes al anochechar hácia orillas del mar. Allí se tienden de espaldas y el hombre le lava su cuerpo, y tendiéndose en seguida este en sentido opuesto practica la mujer la misma ceremonia, presenciando este acto un gran número de testigos de ambos sexos, quienes tienen á su cargo obsequiar á la recién casada regalarle esterillas en presente y cantar mientras permanecen en el agua. Al cabo de cinco minutos salen del mar, y de este modo quedan unidos marchándose en seguida á su cabaña en la que en presencia de los espectadores y bajo la direccion de una mujer anciana deja de ser virgen. Si la existencia de este tesoro queda dudosa por la inspeccion de las esterillas, la mujer es repudiada, siendo el hombre libre de escojer otra, viéndose aquella obligada á vivir como una ramera. Por otra parte, las mujeres son libres, amadas y respetadas. Despues de casados si la mujer es infiel, la maza

Tomo III.

del jefe venga con su muerte el honor del marido, y el hombre complicado en su adulterio, es atado fuertemente á una piragua y abandonado en alta mar: esceptúanse los jefes, á quienes no comprende esta ley. Fuera del casamiento toda doncella es libre de entregarse al que mejor le parezca, pero no deja de serles preciosa la virginidad, pues que sin ella no les seria tan fácil desposarse, principalmente cuando toda su vanagloria la cifran en ella, ya empolvándose la cabeza con polvos de coral, ya pintándose de encarnado el semblante y las nalgas hasta el medio de la espalda de negro. Una vez casadas, ya no hacen caso de semejantes adornos y sus cabellos, mas cortos que los de los hombres, esceden apenas la superficie de la cabeza, y un sencillo taparabo completa todo su traje llevando al descubierto sus pechos.

Al nacimiento de un niño diríjese el jefe á la casa de la partera y se sienta en medio quedando á cargo de una casada el conducir el infante á su presencia; quien en el acto preparando en una de sus manos una mezcla de aceite de cocos y de agua salada frota toda la cara del infante y tambien sus dientes y labios. Concluida la tal ceremonia, pide dicho jefe consentimiento á sus padres sobre el nombre que ha de llevar y lo publica en alta voz repitiéndolo los asistentes. Este acto, cuya duracion no es mas que de media hora, se renueva en los seis dias consecutivos; no se desvanece tan pronto dicha ceremonia al nacimiento del hijo de un jefe, en el que permanece reunida la asamblea por el espacio de tres ó cuatro horas comiendo, bebiendo y cantando.

« Cuando muere alguna persona, colócanla en su casa y encima de una estera, descansando su cabeza en una almohada de madera, cubierta toda su parte inferior del cuerpo de una estera, y la otra pintada de encarnado. Despues que dicho cadáver ha permanecido por espacio de un dia entero en este estado, toman las seis estereras mas finas en las que lo envuelven; y colocándolo en seguida sobre una tabla sostenida por cuatro individuos en medio de los lloros y jemidos lo acompañan al *thamoura* (cementerio). Su tumba socavada en la tierra alcanza cinco pies de profundidad; arreglando un féretro por medio de anchas piedras, que forman una especie de nicho en el que descansa el cuerpo; tapando tambien con la resina de cierto árbol los intersticios que dejan las piedras entre sí. Mientras dura la ceremonia, sentado el jefe al extremo de la huesa, canta el solo un himno fúnebre. Despues que la tierra y una losa han apartado de vista su tumba, reúnen en la cabaña del difunto, en la que se les sirve una espléndida comida dispuesta por orden del jefe.

« Cuando á una mujer se le muere el ma-

rído , córtase la cabellera ; y por medio de un palo incandescente se cubre todo su pecho de quemaduras : aconteciendo lo contrario en el viudo , quien , por medio de una piedra , se señala la frente y los hombros no diferenciando en nada el luto á la muerte de un jefe entre sus hermanas y viuda. No es esa la única accion sanguinaria con deshonra de la especie humana de Rotouma. Reúnense en el cementerio todas las familias á los funerales de un jefe ; y allí el sucesor sacrifica dos niños elejidos por la suerte para tan alto honor , y matándolos de un macanazo , los entierran en dos huesas diferentes excavadas á uno y otro lado de la del personaje. Del mismo honor participa la esposa de un jefe con sola la diferencia de que las víctimas son dos niñas.

« Sin embargo no deja de contener cada aldea ademas del thamoura un lugar destinado para sepulturas , construido sobre la mas alta montaña de la isla en la que descansan los reyes que mueren en el ejercicio de sus funciones. Dicho sitio conservado con esmero y rodeado de los mas copados árboles de la isla , contendrá hoy dia tan solo veinte sepulcros. Levántanse tambien de dichos sepulcros , dos piedras de ocho pies de altura la una , y la otra de cuatro ; situada la primera á la cabeza de cada tumba y la otra en el sitio señalado para los pies : completando dicho cuadro otras dos de forma cuadrilonga situadas en sus lados.

« Sus ideas religiosas son muy sencillas , pues solo creen al parecer en un ser ó jenio supremo que sofocándolos les quita la vida ; y por eso han llamado á la muerte , *athoua*. Creen que tras la muerte todo queda disuelto. No perdonamos medio para ponerles al alcance de los dogmas de la religion cristiana , el castigo de los malos y la recompensa de los buenos ; maravillándonos lo poco que pudieron comprender.

« Su filantropía y humanidad se estienden hasta los irracionales ; no pudiendo por lo mismo sufrir que se dé muerte á ninguna mosca , raton ni culebra , esceptuando únicamente á los místicos. Segun parece , no dejan de tributar sus respetos á las serpientes , de las que contiene una dicha isla cuyo dorso es de un pardo obscuro , dorados sus costados , y amarillento su vientre : la que no pasa entre ellos por venenosa.

Los maridos ó los hombres ya adultos de una familia acostumbran á comer á una misma hora ; pero en distintas hojas y mesas , empezando las mujeres y niños despues de concluidos estos. Lo mismo sucede en los grandes banquetes , en los que son tantas las mesas como los convidados : consistiendo su única luz en estas ocasiones en ramos secos de cocos , con las que arreglan sus antorchas arrojando estas una luz , cuya viva claridad alumbraba hasta cerca de unos diez pasos.»

Insertamos á continuacion , como muestra del idioma de los isleños de Rotouma , el retorno de una de sus canciones , recogido por M. Blouseville , quien confiesa no comprender su sentido.

Chi a leva , chi a leva
Ole tou lala
Olele ona chedi
Ona nekea papa opiti
Chi a leva , chi a leva
Che e chila , che e chila.

No dejan estos isleños de conocer sus mas cercanas islas , así como reconocen las de Viti , Tonga , Niouba y Wai-Tobou , viajando muy á menudo por esta , con el objeto de procurarse mariscos blancos muy apreciados en Rotouma. Con respecto á los habitantes de Mouba , dicen que su raza en nada difieren de la de ellos , pero de un color algo mas obscuro. Mas de una vez estos naturales en sus escursiones marítimas han sido arrastrados hasta las islas Anouda , Tikopia y Vanikoro.

Los cálculos comprendidos y resultados exactos no dan mas que seis millas y media de estension del E. al O. á Rotouma sobre dos milla de ancho , fijando la posicion jeográfica del medio de su isla á 12° 30' lat. S. y á los 174° 56' lonj E. encontrándose en el O. un arrecife aislado cuya estension alcanza cuatro millas del N. E al S. O. , y en el que se comprenden algunos islotes.

CAPITULO XXI.

ISLAS GUILBERT Y MULGRAVE.

Luego que nos hubimos despedido de los buenos Rotoumienses , dirigió el *Océanico* su rumbo hácia el N. , para alcanzar la isla llamada *Gran Cocal* , dejando á nuestra derecha y á corta distancia , diversas islas recientemente descubiertas y todavia poco conocidas , á saber :

I. INDEPENDENCIA ó *Rocky* , isleta descubierta por el capitán Barret , del navio *Independiente* , sin otro dato que la posicion siguiente , y aun esta bastante dudosa : 10° 45' lat. S. y 176° 45' lonj. E.

I. MITCHELL , reunion de islas bajas , descubiertas tambien por el mismo Barret. Todo lo que de ellas se sabe se reduce á que están pobladas y situadas á los 9° 18' lat. S. y á los 177° 25' lonj. E.

I. BEAR. Su reunion forma un grupo de catorce islas bajas , que en 1819 parecieron despobladas á su descubridor , el capitán Peyster , del *Rebeca*. Está situada á los 8° 30' lat. S. y á los 176° 46' lonj. E. en su parte N.

I. PEYSTER , grupo de diez y siete islas bajas

y habitadas; descubiertas en 1819 por el mismo marino. Está situado á los 8° 5' lat. S. y á los 175° 57' lonj. E. por su parte meridional.

I. NEDERLANDSCH. Descubrióla en 1825 el capitán holandés Koerzen, quien nos dió noticia de que contenia tambien algunos habitantes. Está situada á los 7° 7' lat. S. y á los 175° 13' lonj. E.

Estas islas, junto con las de Wallis y Rotouma, forman al parecer una cadena que une Hamoa y el resto de la Polinesia con toda la Micronesia.

En otro tiempo representaban los mapas en estos sitios inmensos vacíos que van desapareciendo cada día, consistiendo ya el mayor intervalo que separa una isla de otra, en unas sesenta leguas á lo sumo, de modo que no es difícil concebir como ha podido el hombre ir poblando poco á poco toda la Oceania, y llegar hasta las regiones mas distantes de este inmenso mar.

El 25 al salir el sol, distinguimos la isla GRAN COCAL, tierra tan baja, que habiéndonos acercado hasta cuatro leguas de ella, nos fué casi imposible distinguir desde tan corta distancia la copa de los árboles; mas lo poco que vimos nos probó cuan digna es de llevar el nombre de Gran Cocal, que en 1781 le impuso el capitán español Maurelle. Hé aquí como se explica este marino con respeto á ella.

«A 5 de mayo avistámos una isla baja, rodeada de una arenosa playa que se extendia hasta un impenetrable arrecife, en cuyas cercanías no encontramos fondo en una linea de mas de cincuenta brazas. Observámos que dicha isla era muy abundante en cocos; y esta vista regocijó tanto mas á la tripulacion, cuanto que se habian casi agotado aquel mismo día todas las provisiones que habíamos recojido en la isla *Consuelo*.

«Envié la chalupa armada para que nos trajese si era posible algunos cocos: pero se lo impidieron las olas que se estrellaban contra el arrecife, y entretanto se fué acercando la fragata á tan poca distancia de la costa, que oíamos la voz de los isleños que nos hablaban desde la playa, no pudiendo de ningun modo pasar mas adelante. En esto botaron los Indios sus canoas al mar, no sin mucho trabajo atendido el obstáculo que ofrecia el arrecife y llegaron á bordo en gran número, aunque la dificultad del tránsito no les habia permitido cargar mucho de cocos. Luego probaron á remolcar la fragata amarrando algunos cables á la proa y remando todos juntos hácia la isla, desde donde nos echaron algunas maromas para tirar tambien: hasta que viendo que en seis horas no habíamos logrado nada y perdiendo la esperanza de mejor éxito, me hice á la vela hácia el N. O.

«Los habitantes de este islote pronunciaban

de diferente modo varias palabras comunes á las otras islas; mas los que vinieron á bordo, iban de tal suerte enmascarados, que parecian demonios en figura humana, llevando ademas la mayor parte de ellos la barba tan crecida, que les cubria la mitad del pecho. No lejos del plantío de los cocos se veian algunas cabañas colocadas en buen orden, que no parecia arguir sino que aquella isla era poblada en estremo.»

Este islote fué reconocido en 1809 por el buque *Elisabeth*, que lo denominó *Sherston*, y en 1824 por M. Duperrey que fijó su posicion á los 6° 6' lat. S. y á los 179° 53' lonj. E.

Apenas habíamos perdido de vista los árboles del Gran Cocal, cuando vimos despuntar en el horizonte la isleta de San Agustín, cuya parte occidental pudimos costear á dos ó tres millas de distancia. A través de una selva no muy densa se distinguian algunas cabañas cubiertas de techumbres muy inclinadas, y sostenidas á dos ó tres pies del suelo sobre estacas de madera. Algunos grupos de naturales nos estaban atisbando sin manifestar ningun deseo de visitarnos.

Descubierta por Maurelle en 1781, la isla SAN AGUSTIN fué visitada en 1809 por la *Elisabeth*, que la denominó *Taswell*, y en 1824 por Duperrey, que fijó su posicion á los 5° 40' lat. S. y á los 173° 47' lonj. E. Es una tierra baja de seis millas solamente de estension del N. O. al S. E. sobre dos de ancho, comprendidos á los arrecifes.

No es ocioso llamar la atencion de los sabios sobre lo importante que seria el observar escatamente la lengua y costumbre de los naturales de las islas que acabamos de citar; puesto que solo entonces se podrá trazar definitivamente la linea que debe separar la Polinesia de la Micronesia.

Mas allá de San Agustín empezó á dejarse sentir la calma, muy comun en el ecuador: y desde entonces solo adelantámos con la ayuda de algunas pequeñas ráfagas de viento, á favor de las cuales llegámos á la vista de las islas *Guilbert*. Avistólas el *Océánico* á la altura de la isla *Drumond* que dejó al O. á distancia de unas cuarenta millas, y al día siguiente se reconoció y cruzó tambien la isla *Syndhan*, cuyas tierras consisten solo en unos dilatados arrecifes de los que sobre salen acá y acullá algunos islotes cubiertos de árboles, y en los que distinguimos con el anteojo varias cabañas y algunos grupos bastante crecidos de indijenas.

Parecia que dos ó tres piraguas deseaban acercarse; pero temiendo *Pendleton* que la tripulacion enfermase por las calmas de la linea, y no queriendo perder mas tiempo en aquellas miserables playas, fué prosiguiendo su ruta sin aguardar á los isleños. Así pues, dejando á un lado las islas Gilbert, sin haber entablado relaciones

con sus habitantes dirijimos nuestro rumbo hácia las islas Mulgrave.

Aquella reunion de islas que acabábamos de abandonar comprende de S. á N.

Las isletas de CHASE y FRANCIS, descubiertas poco tiempo hace por un ballenero, y situadas, la primera entre los 2° 28' lat. S. y los 174° lonj. E. y la otra entre 1° 40' lat. S. y los 173° 15' lonj. E.

A estas siguen la isla DRUMMOND descubierta en 1799 por Bishop, capitán del *Nautilus*, y reconocida en 1824 por Duperrey, y en 1825 por el navío *Dolphin*. Hé aquí lo que con respecto á los habitantes de esta isla dice M. d'Urville en su diario inédito de la *Coguilla*.

Fácilmente pudimos distinguir en la playa, varios indijenas con sus mujeres, hijos y perros, nos contemplaban á poco rato separando tambien al poco como hacian todos los esfuerzos imaginables para alcanzarnos, tripuladas por ocho hombres, vogando á remo y vela, y ajitando de cuando en cuando algunas esteras en señal de que aguardásemos. Dos ó tres de ellas, que llegaron á unas noventa brazas de la popa de nuestro navío, tardaron aun mucho en alcanzarnos, apesar de que no adelantábamos mas que tres millas por hora, lo cual nos prueba la poca lijereza de estas embarcaciones. Pusímonos finalmente en facha, y se nos acercó despues de titubear un momento, una de ellas tripulada por tres indijenas. Aquellos hombres eran de estatura regular, de tez bronceada, cubiertos de lepra, y llevaban por único vestido algunos pedacitos de estera toscamente fabricadas, puestos al rededor del cuello, y gorros del mismo jénero. No eran muy agradables sus facciones, sus miembros delgados, y su lenguaje era enteramente diverso de los demas dialectos polinesios. Sus piraguas, lo mismo que sus velas, estaban groseramente fabricadas, ninguno de ellos llevaba el cuerpo pintado y por única provision traían algunos moluscos que nos dieron en cambio de cuchillos y anzuelos. Parecian dotados de muy poca intelijencia, y fueron infructuosos cuantos esfuerzos hicimos para saber el nombre de sus islas. En fin estuvieron con nosotros media hora al cabo de cuyo tiempo nos dejaron y se volvieron á tierra.

Cuando pasó el *Dolphin* á la vista de Drummond, distinguieron en ella como unas veinte ó treinta aldeas, sin contar las casas que se veían aisladas, por lo que dedujeron que aquella isla contenia una numerosa poblacion. Rodearon al navío mas de cien piraguas tripuladas cada una por dos hombres y una mujer, ocupada en sacar el agua que penetraba en la canoa; aquellos hombres tímidos al principio, fueron poco á poco alentándose hasta acercarse á nuestro navío, en donde nos dieron en cambio de hierro y clavos viejos, cocos y peces voladores; y al último se hicieron tan atrevidos y nos robaron tan descaradamente,

que fué preciso disparar sobre ellos algunos fusilazos, y hasta prender un ladrón en su misma piragua, azotándolo despues á bordo del navío y á vista de todos ellos, « con la intencion, dice Paulding, de enseñarles á tratar en adelante con los blancos x y no deseando negociar mas con semejantes piratas, pasó Paulding adelante sin detenerse en Drummond como habia pensado al principio.

Las islas SYDENHAM, que fueron descubiertas en 1799 por Bishop, revistas en 1809 por la *Elisabeth* que las llamó islas *Blamey*, y reconocidas en 1824 por Duperrey, forman un grupo de islas bajas y desiguales, de unas veinte millas de longitud del N. O. al S. E. sobre ocho millas de anchura. Las dos mayores tienen hasta diez millas de longitud, pero apenas dos ó trescientas tosas de ancho, de modo que forman unas lenguas de tierra muy estrechas, situadas á 0° 38' lat. S. y á los 172° 5' lonj. E. (en su parte media) y segun el capitán d'Urville, los habitantes de estas islas son en un todo semejantes á los de Drummond, y aunque parecen muy miserables, sin embargo no manifestaban grande anhelo de poseer los objetos europeos que se les presentaban, y si bien que no vimos en sus manos arma alguna, las numerosas cicatrices que cubrian su cuerpo nos probaron que se entregaban á frecuentes combates. Algunos de ellos llevaban las piernas cubiertas de dibujos finos y poco profundos, y todo cuanto nos trajeron no pasaba de un corto número de cocos, y un hacha de concha mal trabajada; pero lo que mas chocó á M. d'Urville, fué al ver que algunos de ellos llevaban chalecos y pantalones de fibras de cocos entretejidas con tanta solidez, que parecian de punto aunque muy basto.

I. HENDERAILLE, descubiertas en 1788 por Gilbert y Marshall. Sus habitantes se acercaron al buque de este último; pero no se atrevieron á subir á bordo, y en cambio de algunos regalos que se les hicieron, presentaron al capitán algunos granos y dientes de animales, que llevaban ensartados al cuello modo de collar ó adorno. « Estos isleños, dice Marshall, son de muy buena raza, de color de cobre, robustos y bien formados; sus cabellos son largos y negros lo mismo que sus cejas, tienen tambien una hermosísima dentadura, y consistiendo su único adorno en un collar de granos y dientes, aunque algunos de ellos llevaban ademas pintado de blanco el rostro. » Añade luego el mismo, que lo poco que pudo observar á aquellos isleños, bastó para convencerle de que tienen talento, viveza y esperiencia.

En el mes de mayo de 1824, reconoció Duperrey de cerca la isla Henderville, viendo sobre la playa un gran número de naturales; y observando ademas la desnudez de los hombres y

el corto taparabo que vestían sus mujeres, y consistiendo los adornos de estas en huevos de leste y algunas conchitas rojas colgadas al cuello. Quisieron algunas piraguas acercarse á la *Coquilla*, pero como esta no las esperase tuvieron que volverse sin haberlo podido alcanzar. Forma Henderville un grupo de isletas bajas y arboladas, de las cuales la mayor tiene de cinco ó seis millas de longitud y media de anchura todo lo mas. Conteniendo el grupo entero de quince ó veinte millas de circunferencia, y está situado bajo $0^{\circ} 6'$ lat. N. $171^{\circ} 23'$ lonj. E. (en su punta S.).

I. WOODLE, descubiertas en 1788 por Marshall y reconocidas en 1824 por Duperrey, son dos islas pequeñas, bajas, muy pobladas de árboles, de dos ó tres millas de longitud y unidas entre sí por un banco de arena. Su punta S. O. está situada entre $0^{\circ} 16'$ lat. N. y los $171^{\circ} 10'$ lonj. E. En sus costas M. d'Urville vio una cabaña almenos de ochenta pies de largo y cubierta de un inmenso techo, observando ademas acá y allá algunos sitios rodeados de empalizadas y mas de doscientos naturales diseminados por la playa. De estos se acercaron algunos á la *Coquilla*, y vimos que todos iban desnudos, pelados y lijamente pintados en la espalda y muslos. Ninguna clase de víveres nos trajeron, y se contentaron con darnos algunos collares de conchas y escamas en cambio de cuchillos, anzuelos y clavos, que eran lo que mas apreciaban.

I. HOPPER, descubiertas en 1788 por el capitán Marshall, y revistas en 1809 por Bishop, quien las llamó *Simpson*, son tambien un grupo de islas bajas, arboladas y habitadas, y que abrazan bastante estension. Su parte meridional debe caer á corta diferencia sobre $0^{\circ} 15'$ lat. N. y los $171^{\circ} 4'$ lonj. E.

I. HALL descubiertas en 1809 por Bishop y conocidas en 1824 por Duperrey, son siete ú ocho isletas bajas y pobladas, que componen un grupo de veinte y cinco á treinta millas de circuito, y de las cuales tiene la mayor siete millas de longitud sobre trescientas toesas de anchura y su posicion es $0^{\circ} 49'$ lat. N. $170^{\circ} 43'$ lonj. E. en su punta S. O.)

I. GILBERT y MARSHALL, descubiertas por los capitanes de estos nombres. Son dos isletas bajas y sobre las cuales no poseemos mas datos que su posicion. La primera está situada entre $1^{\circ} 17'$ lat. N. y los $170^{\circ} 40'$ lonj. E. (en su punta S.) y la segunda entre $1^{\circ} 40'$ lat. N. y los $170^{\circ} 54'$ lonj. E.

I. KUOX, descubiertas en 1788 por Marshall y reconocidas en 1824 por Duperrey. Es un grupo de islas bajas, pobladas de árboles y habitadas, que tiene veinte y cuatro millas de estension de N. á S. y en este grupo se halla la isla *Cook*, llamada así por Bishop en 1809. Está situada á $1^{\circ} 31'$ lat. N. y á los $170^{\circ} 34'$ lonj.

E. (en medio de su parte O.)

I. CARLOTA, descubiertas en 1788 por Marshall y Gilbert, revistas en 1809 por Bishop, quien los llamó *Seis Islas*, y reconocidas en 1824 por Duperrey: es un grupo de islas bajas y pobladas que tiene veinte millas de circuito y en cuyo centro hay un islote situado á $1^{\circ} 65'$ lat. N. y á los $170^{\circ} 27'$ lonj. E. (en su punta O.).

I. MATHEWS, descubiertas por Gilbert y Marshall en 1788 y divisadas de lejos por Duperrey en 1824; es un grupo de islas bajas y pobladas, cuya circunferencia abraza unas sesenta millas. Su posicion es á los $2^{\circ} 4'$ lat. N. y á los $170^{\circ} 56'$ lonj. E. (en su parte N.)

I. PITT, señaladas en el mapa de Arrowsmith como descubiertas por Guilbert en 1788; son dos islas de las que solo sabemos que están situadas á los $2^{\circ} 50'$ lat. N. y á los $171^{\circ} 5'$ lonj. E.

Al lado de las islas Gilbert se vé la isla *Byron*, recientemente visitada por Percival capitan americano del *Delphin*. Habiendo á 10 de noviembre de 1825 fondeado junto al arrecife que rodea la isla, vió cuanto antes que los naturales se dirijian hácia él armados de lanzas formadas con dientes de tiburón, y con ademan resuelto y animoso. Saltaron á bordo y se llevaron cuanto pudieron haber á las manos, y por la noche se vió la isla iluminada con diferentes hogueras junto á las cuales se oía gritar y hablar en alta voz. Al día siguiente muy temprano se volvieron á presentar los naturales en la playa y no tardaron en invadir el navío, mostrándose tan camorristas é insolentes, que fué preciso emplear la fuerza para repeler á estos importunos huéspedes. Un anciano jefe, de estatura atlética, á quien el capitan habia tratado con miramiento y respeto, se le echó encima apretándole entre sus brazos con tal fuerza, que el capitan americano se vió obligado á pedir socorro. Ataron una cuerda al cuello del salvaje, y de este modo se pudo separarle del capitan, que habia recibido ya sobrados abrazos de su nuevo amigo.

Otro salvaje se burlaba al parecer de las amenazas del centinela, y cada vez que este le apuntaba el fusil blandía fieramente la lanza. Habiéndose repetido esto varias veces un oficial le disparó un pistoletazo con perdigones, lo cual puso en fuga al insolente salvaje é hizo que los otros en adelante respetasen mas la consigna de los centinelas.

Quiso desembarcar el capitan, pero las demostraciones y aun acciones hostiles de los indijenas le obligaron á volver á bordo. Habiendo intentado por segunda vez saltar en tierra al frente de algunas lanchas, se estrelló la que él iba contra un escollo, quedando por consiguiente la mayor parte del día espuesto á los ataques de los naturales, y á no ser por el cañón de abordó que protejia á los náufagos, hubieran po-

dido sobrevenir grandes desgracias, pues que las embarcaciones solo llegaron al navío muy entrada ya la noche.

Los habitantes de la isla Byron, dice Paulding, son de estatura elevada, ájiles y bien formados. Van todos desnudos y cubiertos de cicatrices; algunos llevaban gorros de una especie de yerba y collares de pequeñas rodellitas de cáscara de coco. Sus adornos son toscos, y los usan muy rara vez; pues consisten en conchas y collares fabricados de una cosa parecida al hueso de la ballena con que algunos se ceñían la cintura y otros el cuello; sus cabellos son largos y lacios, su tez muy oscura, y su barba poco poblada y rizada sobre la barbilla como la de los negros. Las pocas mujeres que vinieron en las piraguas eran de ademanes brutales y casi tan robustas como los hombres, llevando al rededor de la cintura una esterilla de un pie de ancho adornada con una franja por su porte inferior. Pocos hombres iban pintados, y aun estos lo estaban muy poco. Sus piraguas eran muy bien trabajadas y se componian de un gran número de piecitas de madera lijera reunidas entre sí por medio de trenzas formadas con la borra del coco; pero hacian agua de tal modo, que estaba continuamente ocupado un hombre en vaciarla. Estas piraguas son muy estrechas, terminadas en punta por ambos extremos, y provistas en un lado de una tabla horizontal que sirve para hacer tenerlas derechas, en todas estas islas forman las velas con esteras de paja ó yerba.

La isla Byron es una cadena formada de islotes bajos, arbolados y muy poblados, y situada sobre un arrecife. Su posicion está á 1° 18' lat. S. y á los 175° 0' lonj. E.

Un poco hácia al O. de las islas Gilbert se halla la isla Océano, descubierta en 1804 por el navío *Océano* y reconocida en 1823 por el capitán Joy del *Boston*, diferenciándose esta isla de las precedentes por su elevacion, pero no sabemos nada sobre ella, y aun su situacion es dudosa, bien que la señalan á 0° 48' lat. S. y á los 168° 29' lonj. E..

La isla PLEASANT es tambien una isla elevada, descubierta en 1798 por Teara, capitán del *Hunter*, y segun dicen es grande y poblada: esto es cuanto de ella se sabe, lat. S. 5° 25' y lonj. E. 165° y tambien es muy poco conocida la isla Atlántica, descubierta en 1827 cuya posicion es cerca de 1° 20' lat. N. y á los 160° 40' lonj. E.

Habiendo dejado atrás el grupo Gilbert dirigió el *Océánico* su rumbo hacia las islas Mulgrave á las que divisó á 4 de mayo al amanecer; y segun los datos que tenia á la vista, fondeó Pendleton en el mismo paraje que habia ocupado el *Delphin*. Apenas habíamos echado el

áncora, cuando se presentaron los naturales en la playa ofreciéndonos con aire afectuoso y desinteresado al parecer, frutos del pan, cocos, y frutos de pandanos, aunque en corta cantidad, apesar de su pobreza, que de este modo nos lo querian dar á entender los naturales; pero lo poco que ofrecian lo hacian con tal franqueza y cariño que su proceder centuplicaba el valor del regalo. Tambien nos dieron á entender con señas que si permaneciamos entre ellos algunos dias, nos traerian pescados y mariscos.

Diferencianse los habitantes de las islas Mulgrave de los de las islas que acabábamos de visitar, tanto en lo físico como en lo moral, pues que lejos de ser ceñudos, desabridos y groseros como estos últimos, se mostraron con nosotros amables, honrados, cariñosos, y políticos. Sus facciones, mas agradables y finas, su talle mas esbelto, sus formas mas cándidas y menos huesosas y sus largos cabellos complanados sobre la cabeza, nos recordaron al momento el tipo jeneral que la mayor parte de los navegantes atribuyen á los Carolinos. Llevando finalmente el pelo atado con grande aseo en el vértice de la cabeza.

Luego que saltámos en tierra, corrieron los salvajes hácia nosotros para convidarnos á que entrásemos en sus cabañas y tomásemos algun refrigerio; pero nosotros preferimos por prudencia, y nos dirijimos juntos hácia la cabaña del jefe Lugoma, mucho mayor que las otras, las que por lo regular tienen solo quince pies de longitud sobre diez de anchura y de doce á quince de elevacion, estando ademas divididos en dos pisos, de los cuales el inferior está abierto por los lados, el techo cubierto de pedacitos de coral, se levanta un poco de la superficie de la tierra; pero es tan baja que solo agachándose se puede entrar en él y permanecer sentado ó echado. Está formado el pavimento del piso superior de palos y hojas estrechamente enlazadas, que como mas alto que el otro tiene tambien mejor vista; y en este sitio almacenan los naturales sus provisiones para ponerlos al abrigo de la voracidad de los ratones y donde ellos duermen durante la estacion lluviosa. En medio del techo inferior, hay un agujero bastante capaz para dar paso á una persona, distante de los lados por razon de los ratones.

Luego que entrámos en la cabaña del jefe Lugoma, nos ofreció este algunos frutos del pan y un poco de pescado asado, llamó á una hija suya, jóven bonita y agraciada, y la mandó que cantase, lo cual ejecutó acompañándose de un tamborillo semejante á los que yo habia visto en *Nouka-Hiva*, tomando con admirable presteza diferentes jestos y posturas al mismo tiempo que cantaba y tocaba. Una de las que con mas frecuencia tomaba, era la de estender rápidamente un

brazo llevando el otro sobre el pecho, y, según lo que pude entender por los jestos de la joven y las explicaciones de Lugoma, se refirió esta improvisación á algun reciente combate. Todo esto duró unos diez minutos, al cabo de los cuales se retiró la joven cantatriz.

Al salir de la casa de Lugoma, vimos un pedazo de tierra sagrada, que, según nos dijeron, estaba destinado para sepulturas de los reyes, y cuyo espacio, bastante limitado, solo comprendía algunas varas de terreno. Levantábase de pie de cada sepulcro un coco, cuyo tronco, rodeado de hojas secas, anunciaba al pueblo que sus frutos le estaban prohibidos. El hijo del jefe que nos acompañaba, niño de unos doce años, nos enseñó dos tumbas diciéndonos que allí reposaban dos jefes que habian gozado de altos honores y lo añejo de los cocos plantados junto á ellos, probaba que su muerte databa de una época bastante remota. Al mismo tiempo que el joven nos servia de *cicerone* en aquel fúnebre recinto, parecia que le ocupaba el temor de que hallásemos indiscretamente las tumbas de sus antepasados; y pesaba sobre la cabeza del pobre adolescente una grande responsabilidad, pues que no tardó en acudir Lugoma mismo á invitarnos con aire sobresaltado que abandonásemos aquellos lugares: «Etais turbando el reposo de nuestros muertos, decia, y á su vez vendrán los muertos á turbar el de nuestras cabañas.» Así pues nos fué preciso ceder á los supersticiosos escrúpulos del honrado jefe, y alejarnos sin demora de aquellas sagradas florestas.

Cuando volvimos á la poblacion, observé en varias cabañas grandes rimeros de pescado que habian asado para conservarlo, y preguntando á Lugoma como hacia para procurarse cantidades tan grandes, me señaló la playa que estaba en frente añadiendo que si queria pasar la noche en su choza, me presentaria el espectáculo de una grande pesca de la que regalaría parte al navio. Ya por curiosidad, ya para proporcionar al buque algunos víveres frescos, acepté inmediatamente la proposicion y la oferta del jefe, y noticiándole á Pendleton no solo consintió en ello, sino que me dió una escolta de seis marineros.

Cenámos con bastante buen apetito de nuestras provisiones de abordo, añadiendo á ellas frutos de pan y coco que nuestro huésped nos ofreció con la mayor jenerosidad, y luego dimos nuestras disposiciones para pasar la noche velando de dos en dos por turno, de modo que á la menor novedad advirtiesen á nuestros compañeros la descarga de nuestros mosquetes; pero lo mas difícil era colocar nuestros dos centinelas de modo que no ofendiesen la delicadeza de Lugoma, cuya amistosa y franca acogida no merecia por cierto esta desconfianza. En efecto cuando llegó el momento de retirarse, notó el anciano jefe que

dos marineros quedaban en vela y con los mosquetes al brazo, y dirigiéndose hácia ellos les dijo que habia cabida para todos y que podian acostarse como los demas, siéndonos por lo mismo forzoso explicarle que aquellos hombres estaban de faccion y velaban paraque nadie pudiese sorprendernos. «Es inútil, nadie piensa ha-sotros cernos daño, respondió Lugoma algo mohino.» Escusé del mejor modo posible el hecho y la causa, diciendo que era costumbre. Nuestro deber nos prescribia someternos á ella sopena de ser reprendidos; entonces tendió Lugoma en tierra las esteras para todos nosotros, coloquéme á su lado, mientras que su mujer é hijos dormian en el opuesto, y apesar del viento y la lluvia pasámos una noche sosegada.

A punto de dia se despejó la atmósfera, y Logoma y sus hijos fueron á recojer la leña seca que se necesitaba para calentar los hornos de piedra y tenerlos dispuestos para secar el pescado que iban á cojer, y en seguida se dispuso todo lo necesario para la pesca. A gran distancia de la costa y frente de las habitaciones, se extendia un banco de coral en el que penetraban los pescados en numerosas bandadas para atravesar los diversos islotes, y en el borde de aquel banco habian colocado, á algunos pies debajo del agua, una larga cadena de hojas de coco secas y rojizas, sujetando uno de sus cabos en la playa en un sitio en el que habian formado una especie de estanque con piedras. Aquella hilera de hojas daba en seguida la vuelta al arrecife en direccion semicircular, envolviendo una considerable parte de él, al mismo tiempo quedaba libre el espacio comprendido entre el otro extremo y la playa. Luego que se dejaba ver una bandada de pescado, lo perseguian los indijenas de modo que le obligaban á entrar por el espacio libre, impeliéndolo siempre hácia adelante hasta hacerlo entrar en el cercado de piedras, en donde lo cojian sin dificultad con redes de mano; bastando des ó tres horas de esta maniobra para proporcionarnos mas de tres quintales de excelente pescado, del cual llevámos la mitad á bordo; pero lo que mas sorprendia en este nuevo modo de pescar es que nunca atravesaba el pescado por debajo de la cadena de hojas de coco apesar de que quedaba algunas veces entre esta y el fondo del agua un espacio de muchos pies.

Aunque desaba diferir mi partida de aquella isla y principalmente acompañar á Lugoma en la visita que iba hacer al tamoulatouano, jefe principal del grupo de las islas Mulgrave, tuve que volverme á bordo antes de mediodia por orden espresa de Pendleton, quien tenia intencion de hacerse á la vela aquel mismo dia, por temor á las calmas tan frecuentes en aquellas zonas y á los retardos consiguientes. Tuvimos por consi-

guiente, que despedirnos de aquellos huéspedes y del buen Lugoma que tan bien se había portado con nosotros, volviendo á las dos de la tarde á bordo del *Océánico*.

En 1788 fué descubierto el grupo de las Mulgraves, por los capitanes Marshall y Guilbert; y habiendo atracado en sus playas al navío *Uharlote*, mandado por este último, se distinguieron varios naturales al momento robando cuanto podían haber á las manos. Uno de ellos se apoderó de un émbolo de bomba, é iba á saltar en el mar con su presa cuando le detuvo un marinero pareciendo por lo demas, dice la relacion, muy civilizados, pues todos llevaban un velo al rededor de la cintura y sus adornos consistían en collares fabricados con cuentas de rosario del que pendía una cruz al modo de las que llevan los Españoles.

El día 26 de mayo de 1824, hizo el capitán Duperrey la jeografía de las islas Mulgraves, pero no tuvo comunicacion alguna con los habitantes.

Casi á la misma época, un navío ballenero de los Estados Unidos, llamado el *Globo*, ocupado en la pesca de la ballena en el Océano Pacífico, á los 8° lat. S. y á los 162° lonj. O. de Paris, se sublevó una parte de la tripulacion, asesinó á los oficiales y condujo el navío á las islas Mulgrave, en donde se proponían los revoltosos formar un establecimiento: pero al llegar á estas islas, los que no habian tomado parte en la revuelta, lograron apoderarse del navío y se dirijieron á Valparaíso, en la costa de Chile, en donde dieron cuenta de todo lo ocurrido al cónsul americano.

Al año siguiente, el ministro de marina de los Estados Unidos, dió orden al comodoro Hull que enviase el schooner el *Dolphin* á buscar los revoltosos que habian quedado en las islas Mulgrave, llevando aquella expedicion el doble objeto de hacer un ejemplar castigo en los culpables y libertar los pocos inocentes que entre ellos habia. A 18 de agosto de 1825 salió el *Dolphin* de la rada de Chorillos en la costa del Perú, y ancló en las islas Mulgrave; la noche del 19 de noviembre á menos de una braza del arrecife. La primera acogida de los naturales fué hospitalaria y amistosa: pero luego que vieron que se pedían datos sobre los sublevados del *Globo*, se alarmaron al momento y desaparecieron todos. Mas adelante, cuando por medio de sus minuciosas pesquisas adquirieron la prueba de que permanecieron los Americanos, en lugar de confesarlo los salvajes, continuaron manteniéndose en un sistema de reserva y negativa que probaba al parecer una culpabilidad sobrado grave.

Véase en efecto lo que se supo bien pronto de boca de los llamados William Lay y Cyrus Huzzi, únicos individuos del *Globo* que quedaron

con vida y que el *Dolphin* pudo encontrar.

« Formaban la tripulacion del *Globo* treinta ó treinta y cinco individuos, entre los cuales se tramó una conspiracion, cuyos jefes eran los llamados Comstock, Paine, Oliver y Lillistou; este último era un negro que desempeñaba á bordo las funciones de dispensero; estos asesinaron una noche al capitán y á los tres oficiales haciéndose obedecer del resto de la tripulacion; pero Lillistou no disfrutó por mucho tiempo de su crimen, pues que habiendo sido sorprendido, en el acto de largar una pistola contra la defensa personal de Comstock que se habia escijido como comandante del *Globo* fué juzgado, sentenciado y ahorcado. Dirijióse luego Comstock á las islas Mulgrave, en donde esperaba fundar una colonia, y mientras se ocupaba en desembarcar los objetos necesarios á sus fines, sus cómplices Paine y Oliver, cansados ya de su nuevo jefe, lo fusilaron, encargándose Paine del mando que no conservó mucho tiempo. Luego que la parte de la tripulacion que no habia tomado parte en el motin se apoderó del navío, los naturales que al principio se habian mostrado afables y cariñosos se volvieron mas atrevidos en razon de la debilidad de sus huéspedes, cometiendo algunos hurtos; y habiendo un dia querido Paine recobrar á viva fuerza varios objetos robados sobrevino una contienda, á consecuencia de la cual fueron degollados todos los blancos, escepto Lai y Huzzi que debieron su vida á dos salvajes que los tomaron bajo su proteccion; y desde entonces habian vivido tranquilamente con los naturales participando con ellos de sus ocupaciones y de su modo de vivir. Ya se habian acostumbrado de tal modo á mirarlos como hermanos, que su partida causó el mas vivo sentimiento. Mitigó el capitán del *Delphin* este dolor con algunos presentes y desde entonces reinó la mayor armonía entre isleños y Americanos, hasta que marcharon estos últimos á 9 de diciembre de 1825.

El archipiélago Mulgrave se compone de pequeños islotes bajos y estrechísimos, diseminados sobre un arrecife de ciento cuarenta millas de circunferencia, que sirve de valle en un gran lago interior sembrado de bancos de coral. Todos los recursos que da el reino vegetal á aquellos habitantes, son las dos variedades del fruto del pan, cocos y frutos del pandanus, sustancia poco agradable, al mismo tiempo que poco nutritiva y á cuyo único alimento se ven reducidos muy á menudo. Es muy limitado el número de plantas que crecen en estas islas; y el solo cuadrúpedo que en ellas se encuentra, es una especie de ratoncillo que pulula por todas partes, cuya presencia maldicen los naturales, pues que basta dejar un puñado de raíces junto á una cabaña para ver el suelo cubierto de ellos.

Las costumbres de los indígenas son bastante

estravagantes. Luego que cae enfermo uno de ellos, se reúnen sus amigos en la choza en que yace y cantan á su alrededor para aplacar el jenio que le persigue, teniendo para toda especie de enfermedades un solo remedio, que consiste en una especie de té hecho con ciertas plantas. Cuando muere el paciente, se reúnen los amigos para llorar sobre su cuerpo, el cual conservan hasta tanto que se hace insoportable el hedor que despidе. Sucede muchas veces, que en medio de sus lamentos mas amargos se levanta de pronto uno de los asistentes para decir ó hacer alguna cosa que pueda escitar la risa, y entonces se entregan por algunos instantes á la alegría mas inmoderada para volver de nuevo á sus ahullidos y cantos plañideros, y solo se piensa en enterrar el cadáver cuando no puede conservarse por mas tiempo, como llevamos dicho. Entonces se escava la huesa; los amigos del difunto transportan el cuerpo en hombros, acompañados por el pueblo sin órden alguno, y muchas veces en medio de la ceremonia un chiste inesperado de cualquiera de los asistentes escita una risa jeneral seguida de nuevo de lamentos y ayes. Despues de colocado el cuerpo en la huesa y cubierto de tierra, se abandona á merced del viento una pequeña piragua provista con su vela y cargada con algunas provisiones, destinada, en sentir de los naturales, á llevar lejos de la isla el alma del difunto, para que de este modo no venga á turbar el reposo de los vivos. Concluida esta ceremonia indispensable, se planta una nuez de coco en la cabeza de la huesa, y el árbol que brota se tiene por sagrado, no comiéndose jamas sus frutos ni aun en las necesidades mas urgentes. No lejos de las casas están los lugares destinados para dar sepultura, y está severamente prohibido á las mujeres el penetrar en ellos.

Pocas formalidades acompañan sus matrimonios: cuando un hombre solicita á una mujer por esposa se dirige á ella, y si es acogido lo consulta á los amigos de la futura; reúnen estos y deliberan si la union es conveniente ó no, y si puede efectuarse; pero si la demanda del pretendiente es rechazada ya no tiene lugar nada de eso. Una vez unidos los esposos, son muy fieles y zelosos uno de otro; y en prueba de esto, Lay y Huzzy nos contaron una aventura que tuvo lugar durante su permanencia en la isla, y que demuestra hasta qué punto arrastran los zelos á estos isleños. Habia un jóven tomado por esposa á una soltera que él creia virgen; pero cuando estuvieron unidos observó que estaba en cinta; y en efecto, dió á luz un niño antes del tiempo regular. Indignado el marido arrebató el hijo de manos de su madre y en su presencia le estrelló la cabeza contra una piedra. Segun la costumbre del país; habria pagado su delito con la muer-

Tomo III.

te en cualquier otra ocasion, pues está prohibido el matar criatura alguna humana, y esto con tanta mas razon, cuanto que la mujer era hija de un jefe y de un rango superior al del marido. Los amigos de la esposa pidieron el castigo del culpable, y se pasó el negocio al consejo de los jefes, los cuales, despues de un maduro ecsámen, declararon que la mujer habia faltado á la fidelidad conyugal, y que por lo tanto quedaban en paz.

Los hombres son libres de tener tantas mujeres cuantas puedan mantener; pero como los comestibles son escasos, seria por lo tanto una carga muy pesada, á escepcion de los pocos jefes que hay, tener mas de una; y aun durante la permanencia del *Globo* en aquella isla el jefe principal era el único que gozaba de esta prerogativa, pues tenia seis. Este jefe, llamado Latou-Ano, era tenido por el mas intrépido guerrero que poseyeran aquellas islas de mucho tiempo á aquella parte, y chocó mucho á Paulding la semejanza que observó que tenia con Bolívar. «Es casi la misma, dice, su estatura y su fisonomía; llevaba el mismo sello del carácter mediatundo y taciturno, cuando no dirigia su atencion sobre algun objeto en particular, pero cuando se anima la conversacion brilla en sus facciones regulares y en sus centellantes ojos negros la misma espresion de vivacidad, y al considerar á Latou-Ano no pudo menos de pensar que si lo colocasen al lado del jeneral Bolívar, vestidos ambos con el mismo traje, hubiera sido difícil señalar cual de los dos era el jefe salvaje y el heroe de Colombia.

Este jefe tiene un poder absoluto, escepto en la administracion de justicia, y sobretodo cuando se trata de la vida de un individuo, pues que estos asuntos se remiten al parecer de los jefes mas distinguidos. Lay presencié la ejecucion de un hombre durante su permanencia; el culpable no estuvo encerrado ni encadenado; pero apenas se hubo fallado su sentencia de muerte, cuando se precipitaron sobre él muchos hombres á lanzadas y pedradas. El infeliz resistió hasta el último momento, como desesperado, prodigando á sus verdugos los epítetos de cobardes y asesinos; y luego permaneciendo inalterable hasta el fin, espiró con la espresion del odio y el desprecio pintado sobre sus labios.

Del mismo modo que los demas isleños de la Oceania, admiten los habitantes de las islas Mulgrave en su pequeña comunidad, diferentes rangos desde el jefe principal hasta los parientes mas lejanos de la familia real. Los varios islotes habitados están casi todos divididos entre diversos jefes, que reconocen la autoridad del jefe principal, enviándole como homenaje una parte de todo lo que se cria en los limites de sus dominios, es decir: cocos, frutos del pandanus, pescado y

todos los pájaros que sus súbditos pueden cojer. Tal es el tributo que exige el jefe principal para el sosten de su numerosa familia, pues que sus mujeres é hijos tienen regularmente consigo varios naturales para gobernar sus piraguas y desempeñar diferentes funciones en su servicio, habitando casi continuamente con él varios jefes. Nada distingue á su familia de lo restante del pueblo, y solo el jefe tiene derecho para llevar una estera de paja bien trabajada que le baja hasta las rodillas, y aun cree Paulding que solo la emplea en algunas ocasiones.

No profesan ninguna especie de culto, y solo reconocen un grande espíritu llamado *Kemil*, que es el que les da la muerte y las enfermedades, no esperando de él ningun beneficio, sin tener noción alguna del inmortalidad del alma. Hay entre ellos cierta clase de magos ó brujos que gozan de gran prestigio, y cuya ciencia se limita á saber mezclar de muchos modos un gran puñado de pajas y retirar en seguida cada una de ellas sin enredar las demas, y el que no sabe ejecutar estos sublimes misterios no debe beber en la misma copa que el que está iniciado en ellos. No permiten que se silve en sus casas, porque creen que el silvido atrae los espíritus que pueden matarles ó ponerles enfermos. Despues del asesinato de los Americanos y saqueo de todos sus efectos, habia logrado Huzzy salvar una biblia que leia en sus horas de recreo, y esta lectura inquietaba vivamente á los indijenas, que pidieron con ahinco al Americano rasgase su libro sino queria que ellos mismos lo hiciesen, alegando por único motivo que aquellas lecturas atraerian sobre sus chozas á los espíritus de la muerte. Así pues, vióse obligado este, para conservar su biblia, á declararles un dia con tono solemne que su salvacion iba íntimamente unida á aquel libro, y que si lo destruían vendria el grande espíritu á matarlos á todos, con cuya amenaza acalló sus supersticiosos temores.

Poco tiempo despues de la matanza de los blancos, una enfermedad hizo grandes estragos entre los indijenas, que no dejaron estos de atribuir á la influencia de Lay y de Huzzy que vengaban la muerte de sus compatriotas, y mas de una vez les amenazaron por solo este hecho con la muerte, contentiéndolos solo el temor de atraer sobre sus cabezas otras calamidades mayores.

El grupo de las islas Mulgrave está situado entre los 8° 30' y los 6° 20' lat. N. por una parte, y por la otra entre los 169° 28' y los 170° 14' lonj. E.

CAPITULO XXII.

ISLAS MARSHALL.

Al abandonar Pendleton las islas Mulgrave, di-

rijó su rumbo hácia Otdia, no porque confiase encontrar en estas islas pobres y estériles algun recurso, sino porque deseaba visitar aquellas tribus que las relaciones del navegante ruso Kotzebue han hecho célebres. Dejando pues á la derecha y á corta distancia las islas Podder, Mediuro, Aur y Kawen, cuyos árboles á veces se veían despuntar en el horizonte, bordeó el *Océánico* de cerca la costa oriental de la isla Eregup á 7 de mayo, y fondeó junto á los arrecifes de Otdia en el mismo paraje que acostumbraba elegir Kotzebue para sus recaladas.

Era entonces poco mas del mediodía, y los habitantes agolpados en la playa en gran número examinaban con zozobra é inquietud nuestro navio y nuestro pabellon desconocido para ellos. En vano estuvimos mas de una hora aguardando que se presentase alguno de ellos á bordo para entablar las primeras relaciones; ni una piragua se aventuró á surcar la rada; por el contrario, inquietos sobre la naturaleza de nuestras futuras disposiciones empezaron bien pronto á tocar el *tamtam*, lanzando gritos plañideros como llamando al cielo en su socorro.

« Solo un medio tenemos de tranquilizar á esas pobres jentes, me dijo Pendleton, y es el de escudarnos con el nombre de Kotzebue; así pues, sigamos el medio que él mismo indica en la relacion de su segundo viaje. » Y en el mismo instante hizo preparar el bote, en el que saltámos él y yo con dos marineros. Observábanos los isleños con la mayor atencion; pero al ver que Pendleton les enseñaba un pañuelo blanco atado al extremo de un palo largo, cesaron de repente sus clamores reinando entre ellos el mas profundo silencio, y tan pronto como atracámos á la playa y pronunció Pendleton las palabras siguientes: *Aidara Totabou* (amigo de Kotzebue, ó Kotzebue es amigo), estalló súbitamente aquella multitud de estrepitosos gritos de júbilo y repitiendo á coro aquellas mágicas palabras: *Hei Totabou, Totabou!* Nos rodearon solícitos abrazándonos con efusion y nos llevaron en triunfo bajo los árboles de la playa, en la que se hallaban dos jefes que se nos dieron á conocer por Rarik y el anciano Laguediak (Pl. LV. — 2).

Luego que arreciaron aquellos primeros transportes de alborozo, preguntaron los jefes con interés si venia á bordo del navio su amigo Totabou. Nuestra respuesta negativa les afligió en extremo, y solo se consolaron algun tanto cuando les asegurámos que Totabou estaba bueno, que nos habia dado muchas espresiones para sus amigos de las islas Radak, encargándonos les dijésemos que no tardaria mucho en ir á visitarlos. Desde entonces las relaciones que entablámos con aquellas jentes fueron las mas íntimas y cordiales, y no podemos menos de encomiar su modesto y recatado comportamiento y su desinterés

y honradez suma. Cuán diferentes eran de los que hasta entonces habíamos observado entre las demás tribus polinesias, con sus inclinaciones al robo, sus descompasados gritos y sus insultos y barbaridades de toda clase! Por lo contrario solo encontramos en aquellas tribus de Carolinos delicadeza, dulzura, gracia y dignidad. Después de una corta detención bajo los cocos de la playa, nos condujo Rarik su cabaña edificada á la sombra de dos frondosos árboles del pan, y rodeada de un risueño y verde prado. Allí nos sentamos sobre dos esteras frente á la anciana madre de Rarik, mujer de ochenta años de edad, formando los indijenas al rededor de nosotros, un doble círculo en el que los de delante estaban sentados, y en pie los de detras, para contemplar mas cómodamente á los estranjeros que se habian apellidado amigos de Totabou. Para disfrutar mas bien de aquella vista, se encaramaban algunos jóvenes á los árboles vecinos, y los padres levantaban á sus hijos en sus brazos, mientras que nos prodigaban las mas tiernas atenciones. Trajeron las mujeres algunos canastillos de flores, nos adornaron con guirnaldas y la madre de Rarik, que parecia haberme cobrado mucho cariño, se quitó de la oreja una flor blanca, adorno habitual de las señoras y me la suspendió de las mias con una trenza de yerba. Al mismo tiempo algunas doncellas imprimieron en conchas de tortuga, el jugo del fruto del pandanus que mezclaban con una conserva del mismo fruto llamada *mogan*, y nos lo presentaron en seguida con la mayor gracia y jentileza, mientras que el pueblo repetia á menudo la palabra *aídara*, que á la vez significa *bueno* y *amigo*.

Agrandóse pronto el círculo que nos rodeaba, y comprendí que nuestros huéspedes se preparaban á darnos el espectáculo de una especie de ópera á su modo, á la que ellos dan el nombre de *eb*, y en la que tomó parte el mismo anciano Laguediak. He aquí lo que pude observar.

Ascendia el número total de los actores á veinte y seis individuos, trece hombres y trece mujeres, los que se sentaron en tierra en el órden siguiente: colocáronse en semicírculo diez hombres y diez mujeres sentados frente de ellos, del mismo modo completaban un círculo dividido en dos partes por el intervalo de unos seis pies. En cada uno de estos espacios se situaba una vieja provista de un tambor, ó un instrumento hecho con un tronco de árbol ahuecado, de tres pies de largo y cuyo diámetro era en cada extremo de seis pulgadas y de tres en su parte media, cubriendo en ambos extremos una piel de tiburón, y que tocaba con la palma de la mano sujetándola bajo el brazo: en el centro del círculo se colocaron de espaldas el anciano Laguediak y una doncella joven y hermosa, adornada su cabeza con una guirnalda del mismo modo que

los demás actores; además de la cual llevan otra al rededor de la cintura. Fuera del círculo se veían dos hombres que con trompas marianas indicaron el momento en que debían dar principio los coros, acompañando sus acentos con rápidas manotadas y jestos en armonía sin duda con sus palabras. Luego que cesó el coro, la pareja del centro ejecutó un duo acompañado por los tambores y trompetas, en el cual no le fué Laguediak en zaga á su joven compañera, en la viveza de declamación y expresión de sus palabras. Después del duo volvió á empezar el coro, y este canto alternativo se repitió varias veces consecutivas, hasta el momento en que la joven cantatriz, cuyos jestos se habian ido haciendo cada vez mas violentos, cayó de repente en tierra como herida del rayo. Entonces Laguediak cantó en tono mas bajo y plañidero, inclinóse sobre el cuerpo de la joven demostrando al parecer el mas atroz dolor, y se dió fin á la pieza uniendo los actores sus acentos á los del anciano.

A lo que pudimos comprender, aquel drama lírico significaba un casamiento desigual, supuesto que querian unir á una joven con un viejo, y aquella se suicidaba despechada antes que aceptar un esposo á quien no amaba. Concluido el espectáculo, se reunieron á nuestro alrededor las doncellas entre las que reconocí bien pronto á la joven y jentil actriz que acababa de morir en nuestra presencia. Varias de aquellas mujeres estaban interesantes con sus adornos; pero su principal y mas bello ornamento era el pudor y modestia que en todas sus acciones y posturas demostraban, no encontrando en ellas las indecentes y desvergonzadas insinuaciones de las demás mujeres polinesias. Su pudor y recato son el indicio mayor de los progresos que han hecho los Carolinos en la carrera de la civilización.

Al espectáculo sucedió la comida, á la que fueron solamente admitidos un corto número de indijenas y muy pocas mujeres. Sentámonos en tierra sobre algunas esteras formando un círculo, en cuyo centro se veían algunos víveres colocados sobre hojas de coco, las que formaban tambien nuestros platos, al lado de cada uno de los cuales habia una cuchara de madera, innovación que, segun nos explicaron, se debia á Kadou quien habia sido por mucho tiempo el huésped de Kotzebue en su primer viaje.

Después de comer, quisieron los jefes presentarnos sus simulacros guerreros, para lo cual reunieron Rarik y Laguediak dos cuadrillas, colocándolas á corta distancia una de otra como si fuesen enemigas. Componíase la primera fila de hombres armados con palos figurando lanzas, y la segunda de mujeres cargadas de canastillos llenos de granos de pandanus en vez de piedras, y en lugar de llevar, como acostum-

bran, el pelo recogido, lo dejaban flotar en desorden, lo cual les daba un aspecto salvaje. Al frente de uno de estos bandos se colocó Rarik y Lague diak del otro, y al dar las trompetas la señal de ataque se aproximaron unos á otros, pero en lugar de venir á las manos dieron principio á una especie de danza grotesca en la que luchaba cada uno con furiosos jestos, muecas y aspavientos, mientras que las mujeres por su parte entonaban un canto guerrero, bárbaro y disonante. En medio de estas violentas demostraciones permanecieron impassibles los jefes de ambas bandos, contentándose con animar á sus soldados con los acentos de sus trompas, hasta que apagándose estos se pusieron ambos ejércitos en expectativa, aguardando el momento de que los mas valientes campeones de una y otra parte se batieron en singular combate, el cual consistia en algunas danzas, cantos y repetidas braceadas con las que imitaban la accion de arrojar la lanza, mientras que el adversario procuraba huir el golpe saltando de lado con lijereza, y cada partido animaba con sus cantos á su campeón. Entretanto resonaron de nuevo las trompetas y se fueron acercando lentamente los ejércitos uno á otro; volvieron á entrar los campeones en las filas, y el combate se hizo jeneral en medio de un tumulto prodijioso. Revolaban las lanzas por los aires, y los granos de pandanus que las mujeres arrojaban por encima de las cabezas de los guerreros, caían como granizo sobre las tropas enemigas. Sin embargo nunca se acercaron tanto los combatientes que llegasen á confundirse. Los jefes permanecian siempre al frente del grueso de los soldados, soplando vigorosamente en sus trompas y dando de cuando en cuando algunas órdenes, hasta que por fin, bien fuese adrede ó por casualidad, cayó en tierra uno de los guerreros de Lague diak, con lo cual terminó la batalla, quedó la victoria decidida y se tocó retirada, saliendo los guerreros de ambos tan postrados de fatiga que se tendieron para descansar sobre la yerba en medio de las aclamaciones de la multitud.

De esta suerte se pasó el dia en diversiones curiosas y variadas, y al pretender volvernos á bordo el anoecer, procuraron los isleños detenernos con el aliciente de nuevas fiestas; pero como Pendleton habia resuelto al dia siguiente hacerse á la vela, se negó á las vivas instancias de sus huéspedes, porque en el corto descargo que acabábamos de hacer en aquel punto nos convencimos de que contenia muy pocos recursos para los navios.

Segun parece, el grupo de *Otdia* fué visto por primera vez en 1688 por los capitanes Guilbert y Marshall que dieron á estas islas el nombre de *Islas Chatam*, despues de cuya época quedaron olvidadas hasta que en 1817 las recor-

rió cuidadosamente Kotzebue el cual las llamó *Islas Romanzow*; pero se advirtió que los naturales del país las llamaban *Otdia*, nombre de la isla principal del grupo, siendo incontestable que este nombre indijena debe ser preferido á cualquier otro. Abraza este grupo nada menos que treinta millas de estension de E. á O. con trece de anchura, y contiene sesenta y cinco islotas bajas y poblados de árboles, el mejor de los cuales solo tiene tres millas de estension. Prohngase desde los 9° 21' á los 9° 34' lat. N. y desde los 167° 28' á los 167° 58' lonj. E.

La flora de estas islas estudiada por el botánico Chamisso, es muy mezquina, pues solo ofrece cincuenta y nueve especies de plantas, comprendiendo en ellas las siete que experimentan cultivo, y que son: el pandanus, coco, el árbol del pan, tres variedades del taro ó *arum*, y el plátano, las cuales sirven de alimento. Una especie de *boemaria*, llamada en el país *aroma* y el *hibiscus populneus*, de cuyas cortezas forman el hilo y las cuerdas fabricando lo mas á menudo, los taparabos de los hombres con los filamentos negros del *cassya*. Finalmente las elegantes y variadas flores de la *guettarda*, *volkammeria*, *ixora*, *crinum* y *sida*, sirven de adorno á ambos secos. En cuanto á los demas vegetales, los mas comunes son: el *scaevola Koenigii*, *tournefortia sericea*, *nurinda citrifolia*, *ternstroemia molluccensis*, *rhizophora gymnorhiza*, *hernandia sonora*, *calophyllum inophyllum*, *dodonaea viscosa*, *cordia sebestena*, *suriana maritima*, *lythrum pemphis*, etc.

El único cuadrúpedo que se halla en estas islas es el raton, tan importuno en ciertos lugares, que los isleños dan algunas batidas para destruirlo; mas en cuanto á aves esceptuando las de mar, solo se encuentra el palomo del S. y la gallina que vive en estado salvaje, pues que ellos no la usan para alimento, y solo algunas veces la crían por mera curiosidad, del mismo modo que una pequeña garza blanca.

Los arrecifes de *Otdia* están atestados de balcas sin que piensen los isleños en gustar de él ni aun en los tiempos de carestía. Son en ella muy raros los insectos, pero se halla una especie de centopies y el escorpion de Australia, de los cuales temen los habitantes la mordedura del uno y la picadura del otro.

Nada de particular ofrecen estos naturales en cuanto á estatura y fuerzas corporales; solo si son ágiles, bien formados, disfrutan buena salud y gozan de gran longevidad y de un carácter jovial, vivo y chistoso; los niños maman por mucho tiempo, y muchas veces cuando ya hablan y corren. Estos isleños tienen el color de su tez mas oscuro que los Hawaios, pero en cambio son mucho mas limpios, y están á cubierto de las enfermedades cutaneas y de los efec-

THE
NATIONAL
ARCHIVES
COLLECTION
OF
THE
UNITED STATES
GOVERNMENT

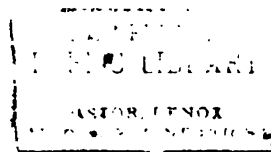
1. Una de las Islas de las "Lineas", Radak, y las "Lineas", Marshall's.
2. Vista en Otra de las Islas Radak

2. 1. 1.

2. Una de las Islas de las "Lineas", Radak.
3. Cabo de las Islas Radak

4. Cabo de las Islas

10. 1. 1.
VIAJE



3. *Interior d'une Case (Isles Radak)*
3 Interior un (Casilla (Isas Radak)

4. *Personne au Groupe des "Isles Saltoff"*
4 Mujer del Grupo de las Islas Saltoff

THE
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

4 Natural de las Islas Radak

5 Armas y utensilios Ahawa de las Islas Radak

tos del *kava*. Déjanse ambos secos crecer la larga y negra cabellera que los adultos se recojen con aseó detras de la cabeza, y los niños dejan flotar al aire. Ademas llevan los hombres la barba que les crece sin ser muy poblada y regularmente tienen todos; la dentadura cariada de tanto mascar los coreopos, frutos del *pandanus* que muchas veces les mella los incisivos; estando menos espuestos á estos accidentes los jefes, para quienes se preparan de antemano estos frutos. Consiste el adorno principal de los hombres y mujeres, en una hoja de *pandanus* arrollada y metida en una abertura que se hacen en el lóbulo inferior de la oreja, teniendo el tal cilindro en los hombres hasta tres pulgadas de diámetro y la mitad menos las mujeres, y al cual forman á veces un redoble ó dobladillo con una escama muy delgada de tortuga.

Los dibujos con que se pintan ambos secos son elegantes, bien trazados y diferentes en los dos secos; pero iguales en cada uno de ellos; así que, todos los hombres llevan en el pecho un triángulo con la punta dirigida hácia el ombligo y formado de rayas diverjentes y combinadas entre sí de varios modos, ocupando las espaldas y la parte posterior del cuerpo otras rayas semejantes. Las mujeres solo llevan pintados brazos y hombros, y entre los dibujos que observó Chamisso encontró no pocas veces el de una cruz romana (Pl. LV.—4).

El traje de los hombres consiste en un cinturón franjeado al que añaden muchas veces un pedacito cuadrado de estera, á modo de taparabo; pero los niños van enteramente desnudos hasta la edad de la pubertad, llevando las mujeres un taparabo mayor sujetado á las caderas con una cuerda y las jóvenes otro mas pequeño desde antes de la pubertad. Ademas de las flores y collares de conchas que emplean como adorno entrambos secos, llevan los hombres collares de dientes de delfín con placas de hueso del mismo cetaceo ó de concha de tortuga, usando tambien como ornamento las plumas de la cola del ave de los trópicos, del rabihorcado y brazaes fabricados con la concha de algun grande univalvo perfectamente bruñida (Pl. LVI.—4).

Distingúense los *irous*, ó jefes, muchas veces por su estatura colosal, pero jamas por su corpulencia, ocupando entre ellos jeneralmente el pintado las partes del cuerpo que no se pinta la plebe, es decir, los costados, caderas, cuello y brazos (Pl. LV.—2 y LVI.—3).

Las cabañas de Otdia se parecen por su estructura á las de Mulgrave y consisten solo en un cobertizo sostenido por cuatro pilares y divididos en dos pisos, de los cuales el inferior solo tiene la elevacion necesaria para poder estar en él un hombre sentado, y el superior al

que se acuesta por una abertura cuadrada contiene todos los muebles de su ajuar (Pl. LV.—1 y 3). Duermen los naturales ya en el uno, ya en el otro, sirviendo tambien de dormitorio separado varios cobertizos levantados al rededor de la cabaña principal. Los techos son de hojas de coco ó *pandanus*, el pavimento de pedacitos de coral y conchas y su lecho es una estera gruesa, con un tronco de árbol por almohada.

El *pandanus* silvestre parece ser de propiedad comun, y un manojo de hojas del mismo árbol, atado á una de sus ramas, asegura al descubridor la posesion de su fruto, aunque muchas veces lo devoran los isleños antes de sazonzarse. Los cocos son propiedades particulares y el tronco de estos árboles situados cerca de las habitaciones se ve á menudo rodeado de hojas, sin duda destinadas á vender con su ruido á los ladrones de cocos.

Chamisso elogia sobremanera la modestia y decencia de aquellas mujeres, el afecto que los padres profesan á sus hijos y las sencillas relaciones establecidas entre el jefe y sus vasallos. Apesar de su pobreza y candor, no conoce esta tribu los vicios que degradan á la mayor parte de los pueblos polinesios, conociendo no obstante estos tranquilos isleños los azotes de la guerra. En otro tiempo el ambicioso Lamari, jefe de Aur quiso someter á su poder la mayor parte de las islas Marshall ó Račak de Kotzebue, y varias habian ya reconocido su autoridad, cuando Otdia resistiendo á sus pretensiones padeció varias invasiones y tentativas de parte del jefe agresor que podia presentar treinta piraguas en campaña, lo cual era para ellos una armada considerable; sin embargo las batallas que se dan entre aquellos salvajes no deben ser muy sangrientas, pues que citan como muy reñido un encuentro en el que habia habido veinte hombres muertos entre una y otra parte.

Adoran un dios invisible que reside en el cielo, al que ofrecen sus frutos al aire libre, sin templos ni sacerdotes, y al que llaman *Anis* ó *Yagueach* que significa dios. Cuando emprenden alguna guerra ó asunto importante, hacen siempre al aire libre algunas solemnes ofrendas, para lo cual un hombre de la plebe (y jamas el jefe) consagra al dios los frutos, levantándolos con las manos y pronunciando la siguiente fórmula: *Oridien Anis mine jeo*, cuyas últimas palabras repite con devocion el pueblo, sucediendo lo mismo en cada familia cuando el padre va á pescar ó emprende algun negocio grave. Vense en varias de estas islas algunos cocos sagrados, á cuya cima baja *Anis* algunas veces, segun dicen los naturales, hallándose encerrados estos árboles en un cuadro formado por cuatro tablas, aunque no parece que sus frutos estén vedados, pues se

comen del mismo modo que los demas.

A la operacion de pintarse el cuerpo van unidas ciertas ideas de religion, y solo puede ser practicada mediante algunas señales divinas, pasando la noche las personas que desean ser pintadas, en una casa, sobre la cual invoca el cielo el jefe que debe ejecutar la operacion. La señal de que el dios no está enojado es un cierto sonido sensible ó una especie de silbido que se deja oír, pues que de lo contrario no tiene lugar la operacion, y en esto consiste que algunos individuos no se pintan jamas, pues que si lo hiciesen el mar inundaria su isla, y toda la tierra quedaria destruída. Lo que les infunde mas temor es el mar, al que conjuran para apaciguar su cólera. Kadou contó á Chamisso que habia visto un dia llegar el mar hasta el pie de los cocos, pero fué conjurado á tiempo y se retiró á sus límites.

Los habitantes de Otdia se negaron bajo diversos pretextos á conceder la decoracion del pintarroteo á los oficiales rusos que lo pedian, alegando entre ellas la inflamacion, el dolor y sus demas consecuencias. Al cabo de muchas instancias señaló un jefe de Aur su casa á un Ruso para pasar la noche ofreciendo pintarle al dia siguiente; y cuando llegó el dia eludió de nuevo las peticiones del extranjero y no cumplió su palabra.

Aunque no se concede á los jefes ninguna muestra particular de respeto, gozan no obstante de un privilegio arbitrario sobre todas las propiedades. « Vimos, dice Chamisso, que algunos jefes, á quienes habíamos hecho varios presentes, los sustraían de la vista de otros mas poderosos, pues que parece que reconocen entre ellos varias jerarquias indefinibles. El hombre de mas consideracion en Otdia era Rarik y su padre Saur-Aur, que era tal vez el verdadero jefe que residia en Aur-Rarik: su hijo de unos diez años llevaba al cuello unas cintitas de hojas de pandanus con varios nudos, cuyo adorno era una especie de privilegio. Encuéntranse muchas veces en las casas de los jefes de estas cintitas que son como objetos sagrados, del mismo modo que las cabezas de pescado seco, cocos verdes y ciertas piedras que se ven en ellas. El derecho de herencia no se transmite directamente de padre á hijo, pero sí del primojénito á sus hermanos, hasta que hayan muerto todos, siendo luego declarado heredero el primojénito del hermano y excluyendo siempre á las mujeres. Cuando se acerca un jefe á una isla, hace desde la piragua una señal y al instante satisfacen sus necesidades ó deseos, consistiendo dicha señal en dar desde la proa de la piragua grandes voces un hombre al mismo tiempo que levanta el brazo derecho. Cuando los oficiales rusos iban en las piraguas, empleaban algunas veces esta señal para

hacerse servir mas prontamente. Por lo demas, distinguíamos á primera vista los jefes y la jente de la plebe en sus modales desembarazados y móviles.

Cuando los príncipes congregan sus vasallos para la guerra, el caudillo de cada tribu va con sus piraguas á reunirse al grueso del ejército, y procuran sorprender al enemigo con fuerzas superiores, pero nunca combaten sino en tierra firme, tomando parte en el combate las mujeres, no solo en los casos de defenderse, sino aun en los ataques, con la diferencia de que los hombres se colocan en la primera linea armados de hondas, lanzas y palos, empleándose las mujeres, colocadas en segunda fila, unas en tocar el tambor, segun la órden del jefe, y otras en arrojar piedras, sirviendo despues del combate de mediadoras entre los dos partidos; solo se trata bien á las mujeres que caen prisioneras, mas no á los hombres que nunca tienen cuartel. Todo guerrero adopta el nombre del enemigo que ha vencido en el combate, y cuando conquistan una isla, saquean todos los frutos respetando todos los árboles.

El matrimonio consiste en el libre consentimiento de ambas partes, pudiendo disolverse del mismo modo que se contrajo. Puede el hombre tener muchas mujeres, y estas son sus compañeras obediéndole voluntariamente sin repugnancia como al jefe de la familia y en sus escursiones va el hombre adelante como protector y la mujer detras de él. Cuando se ventila un negocio hablan primero los hombres, y las mujeres toman parte en la deliberacion si se les consulta, prestando atencion á sus discursos. Disfrutan las mujeres casadas de mucha libertad, guardando apesar de esto las reglas del decoro, y las jóvenes escijen que sus amantes les hagan regalos, pero las relaciones íntimas de ambos sexos quedan siempre envueltas con el velo del misterio. Chamisso observó que el saludo usado en toda la Polinesia de frotarse las narices solo se practicaba entre personas de diferente rango, y aun esto cuando ningun extranjero podia ser testigo de aquella prueba de misterioso cariño.

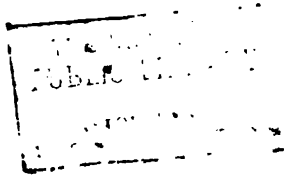
Estos derechos de la amistad obligan á dos amigos á cederse la mujer uno á otro en caso de necesidad, pero la costumbre mas bárbara y que sentimos tener que reprobar en unos pueblos tan pacíficos y sencillos, es la que obliga á todas las madres á no criar mas de tres hijos, viéndose por lo tanto precisadas á enterrar vivos á cuantos esceden de este número. Solo las familias de los jefes se escimen de esta ley que justificaba Kadou alegando la esterilidad de las tierras y la escasez de víveres.

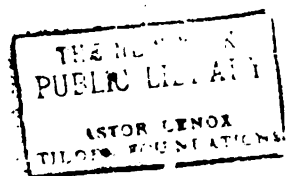
Crian del mismo modo que hijos legítimos á los bastardos, llevándoselos consigo el padre tan pronto como se hallan en estado de andar, pero

1. *El ná Gángu, Krusenstern*
 1. Isla del Grupo Krusenstern

2. *Mujer de la Isla Tehitbagoff* 3. *Laetana Chigpik, Isla Krusenstern*
 2. Mujer de la Isla Tehitbagoff 3. Laetana Jefe de la Isla Krusenstern

100 4. 2
 VIA 2





1. *El Huevo a mano izquierda*
2. *Isle Uslan en boga marta*

si ningun hombre los reconoce por hijos están bajo el cuidado de la madre, y si esta fallece los toma otra mujer bajo su tutela.

Para sepultar sus cadáveres los lian con una cuerda colocándolos en la posición de un hombre sentado y los de los jefes son enterrados en las islas en unos recintos cuadrados, rodeados de un muro y plantado de palmeras; pero el mar es la única sepultura que se tributa á las jentes del pueblo, tratando del mismo modo, segun su rango, á los enemigos muertos en el combate. Para indicar la sepultura de los niños á quienes la ley no ha permitido vivir, se planta un palo en tierra señalado con incisiones circulares.

CAPITULO XXIII.

CAROLINAS ORIENTALES. — ISLA UALAN.

Abandonó el *Océanico* á 8 de mayo los arrecifes de la isla Otdia, y dejando al S. el grupo de Eregup y pasando entre los grupos Wadelen y Namou, bajos, poblados de árboles y de una raza semejante á la que acabamos de observar, dirigió su rumbo directamente hácia Ualan. Si hubiese soplado un viento favorable hubiera sido corta la travesía, pero las calmas y brisas inconstantes nos retuvieron una semana en aquellos sitios, y hasta el 12 de mayo por la tarde no distinguimos los elevados picachos de la isla. Habitado desde mucho tiempo al aspecto triste y monótono de las tierras bajas situadas á flor de agua, experimentámos un gran placer al ver las formas variadas y pintorescas de las tierras altas.

Toda la noche del 15 al 16 de mayo tuvimos un viento favorable; pero al amanecer cuando nos encontrábamos al frente de los arrecifes de la costa O., á dos millas á lo mas del fondeadero de la *Coquilla*; sobrevino una calma que nos impidió encontrar el paso.

Con la ayuda de nuestros anteojos de larga vista, veíamos á los naturales ocupados en pescar sobre los arrecifes, y distinguimos las señas que nos hacian para animarnos á que desembarcásemos, mientras que nosotros como petrificados sobre aquel mar inmóvil, no podíamos adelantar ni retroceder un paso (Pl. LVII. — 1). En vano estuvimos tres dias enteros buscando el canal que guiaba al fondeadero; todos nuestros esfuerzos fueron infructuosos, y aun faltó poco para que el *Océanico* fuese á estrellarse contra los arrecifes, hácia los que le arrastraba la corriente; y hasta que vencido en fin Pendleton por un contratiempo tan obstinado, renunció á aquel descanso, que parecia prohibirnos algun jenio malféfico. Solo pude ver tres naturales, hombres de la plebe, que

vinieron á bordo en una piragua. Eran sus modales afables y cariñosos, habiendo sido corta nuestra entrevista porque la brisa que se iba levantando nos obligó á seguir adelante. Además que Ualan no es una tierra desconocida, pues que ha sido sucesivamente visitada y explorada á fondo por los Franceses de la *Coquilla* y por el capitán ruso Lutke, observador inteligente é imparcial.

Seguramente es Ualan la misma isla que vió en 1804 el americano Crozier, el cual la llamó *Strong*, y habiendo sido designada con el nombre de *Hope*, figura tambien en algunos mapas con el de *Teyva*, pero su descubridor fué Duperrey, quien la indicó á los jeógrafos dándola á conocer con sus trabajos al orbe científico, sus compañeros de viaje. Así pues nos ceñiremos á manifestar los resultados de esta exploración, por las narraciones de los viajeros que han tomado parte en ella, como MM. Lesson, d'Urville y Duperrey, que recorrieron á su vez la isla y cuyas impresiones referiremos sucesivamente.

« Apenas habia la *Coquilla* echado el áncora á 6 de junio de 1824, dice M. Lesson, en la ensenada que lleva su nombre, cuando M. de Blosseville y yo, deseámos desembarcar, y como nadie hubiese saltado todavía en tierra, resolvimos probar si los naturales que cubrian la costa eran benignos y hospitalarios, además de que pretendíamos visitar una grande población situada en la parte oriental de la isla que habíamos distinguido con el anteojo desde el navio.

« Aun distábamos bastante de la costa, cuando nuestra lancha gobernada por un solo remero no pudo seguir adelante, por lo que saltámos al agua desembarcando delante de una grande choza, en la que estaban comiendo reunidos mas de cien naturales, quienes al vernos arrojaron todos á un tiempo un prolongado *bou-ai-ai* que nos asordó, y cuya significación no comprendíamos, aunque no tardámos en saber que así espresan ellos su admiración. Instáronnos para que nos sentásemos en medio de ellos, adonde vinieron luego á satisfacer su curiosidad, procurando unos indagar si el color blanco de nuestra piel era ó no efecto de alguna pintura, y manifestando todos la mayor admiración al quitarnos nuestros sombreros, zapatos ú otra pieza de nuestro vestido, pues que tal vez creían aquellas jentes que estos objetos formaban parte de nuestra organización, y como se reprodujo esta circunstancia en todas las cabañas donde fuimos, y con todos los naturales que encontramos, bastará decir que el eterno *bou-ai-ai*, acompañado de mil jestos y aspavientos singulares, fué siguiendo durante todo el dia nuestras mas insignificantes acciones. Uno de aquellos Indios nos trajo cocoos, frutas del pan y una nuez llena de sobiaka, de la que

yo solo gusté, y recompensando nosotros sus servicios con algunas bagetelas que lo hicieron feliz, le pedimos algunos guías para que nos acompañasen á la gran ciudad que veíamos al otro lado de la isla. Entendieron ellos perfectamente nuestros signos y al momento tres de ellos se pusieron en marcha delante de nosotros. Uno de ellos cojió mi caja de hoja de lata de herborizar, llevándola cuidadosamente hasta la población, y hablándome con volubilidad apesar de que no entendí las lindezas que sin duda me decía; atravesámos primeramente en nuestro camino unos barrancos pantanosos, cubiertos de mangles y una colina á cuyas espaldas se veía su fertilísimo suelo, cubierto de plantíos de cañas de azúcar y plátanos bien cultivados. Frondosos árboles entremezclados con limoneros y árboles del pan, sombreaban los sepulcros de los habitantes, resguardados por frágiles cabañas, disfrutando nosotros en silencio del nuevo cuadro que se ofrecía á nuestra vista, al mismo tiempo que seguíamos á nuestro guía cuya oficiosidad nos encantaba. Nos hallábamos en el risueño valle situado en el centro de la isla, y á nuestra derecha teníamos el pico mas elevado, y la montaña de los dos picos encontrando en todas las cabañas la mas solícita hospitalidad y las mas tiernas atenciones, pues aunque al principio nuestra presencia sorprendía y asustaba á las mujeres y doncellas, bastaban para tranquilizarlas nuestra conducta y palabras de nuestros guías, y no tardando en establecerse una confianza ilimitada.

En una cabaña me desabrochó una joven el chaleco, y se sorprendió tanto al ver mi pecho, que quería de todos modos desnudarme enteramente, sin duda para cerciorarse si éramos de diferente conformación, pero no creí deber complacerla hasta este punto. Aquellas jóvenes tenían los ojos mas bellos que imaginarse puede, bella dentadura, facciones bastante regulares; por lo demas eran mal conformadas, y una estrecha faja era el único velo que cubría sus encantos (Pl. LVII. — 3). Nunca se les acababan las palabras, y aunque solo podíamos explicarnos por jestos, y muchas veces sin parecernos comprender, no por eso dejaron de hablar, probándonos de este modo que el sexo femenino, civilizado ó salvaje, es siempre parlanchin. Veíamos junto á ellas sus lindos telares con que fabrican las telas que emplean para taparabos. Despues de descansar algunos instantes, continuámos nuestra ruta con otros guías; pues que los primeros no querian ir mas allá, habiéndonos antes disuadido por algunos instantes de que penetrásemos al interior. Seguimos el cauce de un rio cuya fresca corriente, bajo las sombrías bóvedas que formaban con sus ramos algunos árboles centenarios, me ocasionó

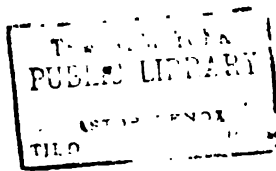
un dolor reumático en la pierna que por poco me puso en el caso de no poder volver á bordo. Deslizase aquel raudal sobre un lecho de arena gruesa formando en la falda de una alta colina pequeñas cascadas, y despues de recorrer el espacio de una milla, por entre mangles va á perderse en la playa.

Allí encontramos una gran piragua que fletaron los naturales, y en la cual nos embarcámos vogando bien pronto hácia la bahía de Pane en la parte oriental de la isla, y delante de la pequeña isla de *Lele*, en la que recibí el rey de Ualan y la mayor parte de la población. Une esta isleta con la grande, una cadena de arrecifes sobre los cuales se puede andar fácilmente con el agua hasta la cintura. Desembarcáronos en la playa como en triunfo, pareciendo envenecidos nuestros conductores de llevar á presencia de sus jefes unos objetos tan curiosos como lo éramos nosotros á su vista, y al atravesar sus calles tortuosas formadas por anchos paredones de grandes piedras de coral, y casi llenas de agua, observámos con sorpresa, una muralla construida de peñascos, obra verdaderamente colosal y cuyo fin en vano procurámos investigar, así como los medios de que se habían valido para levantar aquellas enormes masas á quince pies de elevación. A uno y otro lado de las calles y mas elevadas, se veían las elegantes cabañas de aquellos isleños construidas sobre algunos terrenos elevados, porque las aguas del mar inundan la parte declive de *Lele*, y sin duda por esta causa se construyó la cintura de piedra que enteramente la rodea. De todas partes acudia á nuestro tránsito un inmenso jentío de hombres, mujeres y niños que se precipitaban hácia nosotros con la misma curiosidad que manifiestan los civilizados Europeos para presenciar la ejecución de un reo, aunque en aquella ocasion la suya llevaba felizmente otro fin mas honroso.

Siempre que nos deteníamos se impacientaban al parecer nuestros conductores, porque sin duda faltábamos á las reglas de urbanidad y comedimiento, y hasta nos prohibieron el hablar á los que formaban nuestro numeroso séquito, con el que llegámos á una espaciosa cabaña, en cuyas cercanías se veía sentado en corro en el suelo un inmenso jentío.

En el acto de atravesar la asamblea para presentarnos á los jefes nos saludó un *bou-ai-ai* jeneral retratándose al mismo tiempo en sus fisonomías el mas completo estupor. Vino luego hácia nosotros un jefe para introducirnos, y entonces volvieron nuestros guías á caer en la rada, arrastrándose de rodillas para confundirse entre la turba, compuesta de mas de trescientos hombres sin contar las mujeres que serian en número de doscientas, escepto los niños.

Veíanse sentados sobre esteras separadas y



1. *Naturel de Ulan*
2. *Natural de Ulan*

1. *Naturel de Ulan*
2. *Mujeres de Ulan*

PITTORISQUE
PINTORESCO

Tom 2. 1^o 177

distantes una de otra, bajo la grande cabaña pública, y sin paredes, cinco ancianos jefes que ninguna señal de distincion llevaban, yendo en cueros como los demas isleños, ó cuando mas, llevando, como ellos, un estrecho taparabo. Renováronse allí las divertidísimas escenas que causaban á nuestra vista, y los regalos que les hicimos acabaron de merecer los mayores aplausos. Mas de mil ojos seguian nuestros menores movimientos, y nuestra posicion sobre aquellas esteras en medio de aquellas sencillas jeates al lado de sus jefes ancianos y venerables y unas cabañas construidas con tanta elegancia: parecia un cuadro de las *Mil y una Noches*, siendo tan nueva la circunstancia en que nos hallábamnos, que es mas fácil sentirla que pintarla. Finalmente nos cogió un jefe de la mano, y nos condujo á una cabaña contigua formada de juncos, que era la mansion del rey de la isla, ó como ellos llaman, *wrosee-tine*. Encontrámonse recostado sobre una estera con la que se cubrió á nuestra llegada la cabeza, pero como sabíamos que nadie se acerca con las manos vacías á estos monarcas salvajes le hicimos algunos presentes que le tranquilizaron, y al mismo tiempo observámos que se le habían remitido todos los presentes que habíamos hecho á los demas jefes, entre los cuales se veía una caja de hoja de lata, llena de plantas y otros objetos y que habia ofrecido al rey el indijena que con tanto gusto la llevaba. En vano la reclamé, pues que parece que nada de lo que entra en la corte vuelve á salir; por lo que renuncié á ella sintiendo tan solo los objetos que contenía. Aquel *wrosee* era un anciano con un pie en el sepulcro, abrumado por el peso de sus años, y cuya moribunda pupila parecia decirnos antes de eclipsarse: que especie tan particular de hombres! pues que sin duda les pareceríamos bien estraños, ya por el color de nuestro cutis, ya por nuestros vestidos, todo lo cual era enteramente nuevo á su modo de ver. En tanto que descomasábamnos, vinieron los jefes á sentarse á nuestro lado, quedándose el pueblo en el mismo sitio. Parece que las mujeres gozan de mas libertad, pues que formaron un círculo delante de nosotros sin que nadie las incomodase. El segundo *wrosee* era un anciano robusto, jovial, cuyas serenas y tranquilas facciones respiraban autoridad, y cuya larga cabellera y blanca barba, ondeándole sobre el pecho dábanle una fisonomía venerable. Es hasta tal punto servil el respeto que les tienen sus vasallos que esto prueba su orijen asiático mejor que todas las disertaciones.

« El sol se precipitaba velozmente á su ocaso, por lo cual abreviámos nuestra visita prefiriendo volver á bordo por otro camino para no separarnos de la playa. El primer camino que habíamos seguido tiene, segun el mapa, unas cinco

millas tan solo de estension, pero es muy malo, y el de la vuelta ocho. Continuámos á lo largo de los arrecifes, seguidos de gran número de indijenas, encontrando acá y acullá algunas cabañas y cocos, y llegámos á bordo bastante tarde y mas cansados que de lo regular. La relacion que hicimos á nuestros compañeros los incitó á ir el dia siguiente á Lele, cuyos naturales se mostraron ya menos curiosos y al cabo de unas cuantas visitas que les hicimos, habia desaparecido completamente su admiracion. »

M. d'Urville refiere en los términos siguientes la excursion que verificó á Lele al otro dia:

« Retenido á bordo por los deberes de mi grado, me ví totalmente imposibilitado el primer dia de satisfacer la curiosidad de que estaba dominado de visitar la capital de la poblacion de Ualan, que los isleños decian ser *Lelei*, situada á la parte opuesta de la isla. M. Lesson, que disfrutaba mayor libertad en virtud de la naturaleza de sus funciones, habia empleado el dia 6 para verificar esa excursion con el alumno de Blesseville, regresando muy tarde por la noche y asegurándonos haber andado mas de diez millas para ir á Lelei, y el doble almenos para volver, sin mentar las inauditas dificultades del viaje. Esto no podia menos de asombrarme; por cuanto, segun los descubrimientos que tenia hechos, sabia que la isla entera apenas tenia veinte millas de circunferencia, y la distancia de nuestro fondeadero á Lelei aun no hacia el tercio de este ámbito. Sin embargo sabia asimismo por muchas esperiencias que nuestro cofrade Lesson era un viajante muy adocenado; sin duda la fatiga le habia triplicado las distancias, y por este tenor pude inducir á varios oficiales que me acompañasen, apesar de haberles espantado al principio los obstáculos que les describiera el naturalista.

« En consecuencia á las seis de mañana del 7 de julio, acompañado de MM. Jacquinet, Bérard, Lottin y Gabert, me embarqué en un bote; dos novicios llevaban nuestras provisiones y una hermosa hacha bien aguzada que debíamos ofrecer al *wrosee* ó primer jefe de la isla. Mucho tiempo antes de atracar á la playa el agua se halló tan baja que tuvimos que arrojarlos todos al mar y empujar la chalupa. Llegámos á la aldea de Lual siguiendo la embocadura de un arroyuelo donde muchas veces teníamos agua hasta el pecho. En aquellas circunstancias hubiéramos trocado con mucho gusto nuestros incómodos vestidos por el ligero ceñidor de los Ualaneses que un rayo solar seca-ba al salir del agua.

« En Lual nos recibieron en una suntuosa casa pública, que servia al propio tiempo de ateneo de construccion, supuesto que observé en ella una gran piragua que dos ó tres ope-

rarios estaban labrando con sus azuelas de fragmentos de *tridacne* acerados. Creíame yo que aquellos salvajes necesitaban muchísimo tiempo para dar cima á semejantes trabajos con útiles tan imperfectos: pero ví que iban con bastante rapidez; cada hachazo hacia saltar astillas de madera bastante gruesas, y observé que sus hojas por su forma convenian mucho mejor á sus trabajos que las de nuestros instrumentos de acero. El rejente de aquel taller, admirando el hacha que traíamos, y sobretodo el poder prodijoso de su filo, quiso probarla, y nos la volvió á entregar diciendo que cortaba demasiado.

«Habiendo pedido un guia para acompañarnos á Leilei, no nos fué muy fácil obtener el que deseábamos. Despues de media hora de conferencia, el asunto se hallaba en el mismo estado, y me pareció evidente que la visita de la víspera habia escitado ya los temores de los potentados de Leilei, y que los naturales de Lual temian comprometerse conduciendo nuevos extranjeros á la capital. Mis compañeros estaban indecisos sobre lo que iban á hacer, cuando di á entender á los isleños, que de todos modos queria ver al uros-ton, y que si ninguno queria acompañarme, apesar de la recompensa que ofrecia, iba á emprender la marcha y sabria encontrar solo el camino. En seguida empecé á andar, y viéndome tan decidido y juzgando sin duda que valia mas para él ganar la recompensa prometida, un natural se ofreció con mucho gusto á guiarme, y solo pidió algunos instantes para componerse. Con efecto, no hizo mas que arreglar sus cabellos en la coronilla de la cabeza, pasar al rededor de sus lomos un ceñidor nuevo y colocar en su labio inferior una pechina de venus.

«Finalmente á las siete emprendimos la marcha y seguimos por largo tiempo una vereda estrecha y cenagosa que atraviesa un gran número de plantaciones. Allí se cultivan taros, bananos y cañas dulces: estas son el objeto del cuidado mas asiduo; cada una es atada á una estaca, y los espacios intermedios están despejados enteramente de malas yerbas. Las empalizadas que las circuyen son formadas con tallos elegantes de *dracena terminalis*, atravesadas por varillas de caña ajustadas con ecsactitud. Estos cercados deliciosos encierran la mayor parte de las sepulturas de la isla, que traen el nombre de *lonsi*. Estas sepulturas no son otra cosa que casitas de seis á ocho pies de largo sobre cuatro ó cinco de ancho.

«En el camino se atraviesan muchas corrientes de un agua límpida y fresca. Está sombreado por una bóveda casi continua de árboles majestuosos que lo constituirian un paseo delicioso, si los naturales colocasen de cuando en cuando

piedras grandes para poner los pies en el lugar de los barrancos donde se hunden á veces hasta media pierna (Pl. LVIII.—3).

«Al cabo de tres cuartos de hora hicimos alto en una pequeña aldea donde nos estaba aguardando la poblacion reunida en número de cuarenta personas de todos secos y edades, habiendo tenido la atencion de prepararnos frutos de pan, cocos y bananas. Todos aquellos salvajes nos ecsaminaban con ávida curiosidad, y cada una de nuestras acciones escitaba de su parte gritos de admiracion. Sin embargo su curiosidad, aunque tan natural, no se manifestaba en ningún caso indiscreta é intempestiva. Únicamente se nos acercaba un hombre ó una mujer solicitando, á juzgar por sus miradas, el permiso de considerar y de tocar nuestra piel. Si le otorgábamos este favor, la palpaba con dulzura, la olfateaba, y parecia complacerle sobremanera. De todas las maravillas que ostentámos á los ojos de los salvajes, la blancura y el olor de nuestro cútis me parecieron lo que mas les gustó.

«Al cabo de media hora de alto nos despedimos de nuestros huéspedes, satisfechos de la magnificencia con que habíamos juzgado conveniente corresponder á sus atenciones; y sin embargo nuestra liberalidad se ciñó á algunas bujerías de vidrio, clavos y cuchillos despreciables. Nuestro séquito se acrecentara gradualmente, en términos que al salir de nuestra primera estacion nos acompañaban ya treinta salvajes. El sendero se eleva durante algunas leguas por la falda de la montaña central; pero creo que no se remonta á mas de cien metros de altura. En aquel punto encontre una vejetacion semejante á la que habia observado ya en Waigiou en la Papuasía, pero mucho menos apreciable con respecto á la variedad de las especies. El fauno entomológico es de una extrema pobreza y se concreta á algunas especies de mariposas: las aves terrestres no son mas que de cinco á seis especies, y hay un solo pajarillo de un encarnado brillante que satisface la vista. En la parte opuesta del collado el camino sigue por largo tiempo el lecho de un torrente delicioso que se despeña en cascadas y sombreado sin cesar por los árboles mas hermosos del globo. De esta suerte se llega al valle central situado entre ambos picos y ocupado en su mayor parte de florecientes plantaciones de cañas dulces, á través de las cuales culebrean varios arroyos que hacen inagotable su fertilidad. En medio de aquella risueña llanura hicimos un segundo alto en una gran cabaña donde nos estaban aguardando sesenta naturales. Allí encontramos la misma hospitalidad, la misma reserva, la misma satisfaccion de vernos, de oirnos y de tocarnos. Los dos grumetes que llevaban nues-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

compañeros para que hiciesen otro tanto. Al momento la oposicion calló, y el viejo uros se sentó á mi lado en ademán de benevolencia. Cada uno de nosotros le hizo diversos presentes en bujías, espejos, cuchillos, clavos, pañuelos, lo que escitó de tal suerte su buen humor, que no pudo menos de soarse, confabular y refocilarse como un verdadero niño. En la fuerza de su júbilo distribuyó á cada uno de nosotros su real favor del modo mas cómico. Al uno le pelizcaba la mejilla, al otro las piernas, batía las espaldas y los muslos de un tercero, todo para manifestarnos su satisfacción: en una palabra fuimos sus mejores amigos.

« Presentóse la reina á la puerta de nuestro aposento, y me pareció que no se atrevia á entrar; pero todas las demas mujeres que hasta entonces permanecieran á alguna distancia, alentadas por el ejemplo de su soberana, se acercaron en tropel para escaminarnos de cerca. En este momento el rey se decidió á mandar á buscar los presentes que debia ofrecernos, y vi con sorpresa que se reducian á dos *tots* para cada uno de nosotros, si bien del todo nuevos, pero de un tejido mas grosero. Como algunos individuos de baja estraccion se habian portado con nosotros mas jenerosamente, no pudimos menos de colear que debia ser aquel un rey sumamente económico con respecto á lo que le pertenecia, pero muy ávido de lo que pertenecia á los demas. Igualmente codiciaba mi caja de herborizacion, mi azada, mi podadera, y todo cuanto veia; pero le di á entender que todo esto me pertenecia, que yo era uros-ton como él, y de consiguiente que debia contentarse con lo que le daba. Sin embargo como todas estas razones no le persuadian sobradamente, me levanté y saliendo al encuentro de la reina, le pasé al rededor del cuello un brillante collar de vidrio abillantado, y la muchedumbre aplaudió este acto con un murmullo de satisfacción. Semejante galanteo fué tan sumamente grato á la augusta persona, que inmediatamente fué á buscar cinco hermosos *tots* de un tejido mas precioso que me ofreció con mucha gracia. Entretanto el pueblo se fué acercando algo demasiado á nosotros, y en consecuencia los jefes hicieron alejar á los indiscretos rechazándoles por las espaldas, pero con dulzura; lo que me presentó una exacta idea del carácter jeneral de la nacion.

« Asimismo nos trajeron frutos de pan y coes que habíamos pedido; sacámos nuestras provisiones y dimos principio á una comida mas sustancial que la de la mañana. Semejante libertad por nuestra parte pareció no acomodar mucho al viejo uros; así que procuró darme á entender que no nos estaba muy decente comer en

su presencia. No pudiendo menos de darle una satisfacción, le ofrecí los manjares que habíamos traído de á bordo, y al instante recobró su buen humor. Entre los extravagantes caprichos que se le antojaron, el bueno del anciano manifestó deseos de averiguar si yo era hombre ó mujer, y no tuve poca dificultad en impedirle llevar á cabo su escámen. Hubiera sido por cierto un espectáculo digno de Callot ver á un oficial francés comprometido en semejante lucha con un anciano caudillo salvaje, en presencia de una poblacion de seis á ochocientos individuos de ambos sexos.

« Entre todos los uros que se hallaban presentes á aquella entrevista, uno solo secajenario, de buen talante y mas obeso que la mayor parte de los isleños, gozaba del privilegio de permanecer con nosotros al lado del rey. Este hombre debia de ser el primer ministro ó el virey de la isla; porque el mismo rey nos le presentó como un uros de distincion recomendándole á nuestra jenerosidad.

« Cerca de hora y media habíamos pasado en aquella entrevista, y en la imposibilidad en que estábamos de comunicarnos nuestras ideas de un modo bien satisfactorio, me pareció bastante. En consecuencia levanté la sesion, y nuestro primer guia, que se eclipsara entre el populacho, púsose de nuevo á nuestro frente, preparándose á hacernos atravesar rápidamente la aldea sin dejarnos detener un momento. Como esto era apartarse del círculo de mis planes, declaréle que deseaba visitar algun tanto Leilei. En primer lugar le espresé mis deseos de examinar el palacio real situado á poca distancia del gran soportal público: era una espaciosa casa circuida de cascadas y cuyo aspecto argüía el bienestar de los propietarios. Nuestro guia y otros jefes parecieron intentar oponerse á mis deseos, pero yo reiteré mis instancias, y la reina misma dió cima á la contienda mandando abrir las puertas con mucho comedimiento. El interior solo ofrecia un vasto aposento del todo demueblado, en donde solo se notaba un tabique en su estremidad inferior, ni mas ni menos que en todos los demas que viera hasta entonces. Satisfecha mi curiosidad, hice nuevos presentes á la reina y á sus hijas, despedirme de ellas, y continué mi escámen.

« Las calles estaban adornadas de enormes paredes que manifiestan que aquellos naturales, al parecer débiles y menguados, son capaces de acometer empresas grandiosas. A espaldas del domicilio real llamó por de pronto mi atencion un vasto recinto cuadrado y circuido de fuertes murallas. Los salvajes me hicieron ciertas señas que me indujeron á creer que aquel local estaba destinado á ceremonias religiosas, bien que no pude descubrir mas que algunas otras es-

parcidas por el suelo, y en frente del recinto una espaciosa huta en muy mal estado.

« A la estremidad de la calle concitó mi admiración una pared aun mas considerable que cuantas habia visto; su altura no bajaba de veinte pies sobre diez á doce espesor. Dificilmente se concibe como esos pueblos sin el auxilio de ninguna máquina pueden transportar pedruzcos tan enormes como los que entran en semejantes construcciones; mucho mas el comprender la utilidad de tan inmensas moles. Todo cuanto pude observar se reduce á que las residencias de los uros estaban siempre acompañadas de esos enormes muros que denominan *pot-cow* ó simplemente *pot*, y que parecen constituir uno de los atributos de su dignidad, no de otra suerte que las murallas y los fosos que en la edad media acompañaban siempre la morada de los señores feudales.

« Junto á las gruesas murallas que acabo de citar, alzábanse dos suntuosas casas mas espaciosas y amuebladas que las del rey. La mayor parte de aquellas casas contienen cada una en su interior dos ó tres grandes piraguas sostenidas sobre unos travesaños á cinco ó seis pies sobre el nivel del suelo. La utilidad de tan inmensas piraguas era para nosotros un verdadero enigma, supuesto que los naturales parecían no tener ningun conocimiento de otra tierra que su isla. La mayor parte de aquellas casas estaban desiertas cuando entrábamos en ellas; los naturales se agolpaban detrás de nosotros, y cada uno se ponía inmediatamente en cuclillas al presentarse un uro. Por lo demas, todos nos ofrecían frutos de pan y cocos; cuyos obsequios eran reconocidos siempre por nuestra parte con algunos presentes. La última casa que visitamos á la parte opuesta de Leilei escedía á todas las demas por sus dimensiones, y reconocí ser la primera que habia llamado nuestra atencion en el acto de atracar á la isla. El propietario de aquella deliciosa morada era un joven uro, que frisaba con los treinta años, avispado, bien plantado, de una fisonomía agradable y maneras comedidas. Dispensónos una acogida semejante á los demas, y pasamos una media hora bajo su techo y otra tanta en la playa confabulando con los naturales congregados en torno de nosotros, hombres, mujeres y niños, que se manifestaban muy contentos de vernos en medio de ellos. El joven caudillo aprestó en seguida dos hermosas piraguas y nos condujo en persona á la playa N. E. de Ualan, adonde manifestáramos nuestros deseos de ser trasladados á fin de regresar á bordo.

« Era tan solo la una de la tarde, y habíamos agotado ya cuantos objetos trajéramos para distribuir. Esta jenerosidad mal entendida habia estragado ya el carácter jeneroso y hospitalario

de aquellos pueblos, especialmente en la clase de los jefes, pues en lugar de los obsequios desinteresados que nos hacian al principio, veíase fácilmente que sus ofertas estaban impregnadas de un carácter de codicia y de especulación que les era primitivamente desconocido. Así que, nuestras jenerosas intenciones habian ya dado márgen á resultados deplorables. Pasámos entre los dos islotes de Senai y de Senai, donde hay establecidas grandes pesquerías, y desembarcámos en la playa, acompañándonos nuestro joven uro hasta la residencia del uro jefe de aquel territorio. En aquella ocasion fui testigo de una escena singular entre aquellos dos personajes. Nuestro compañero nos advirtió de antemano que iba á presentarnos á un uro, y se adelantó en persona con mucha precaucion cual para descubrir el sitio donde se hallaba el uro. Desde luego vimos á este á los umbrales de su murado recinto, sentado con gravedad y un poco apartado de sus vasallos reunidos en grupo. Al momento el joven uro, nuestro conductor, fué á agacharse airosamente á cincuenta pasos de distancia con todas sus jentes, y permanecieron en esta posicion sin decir esta boca es mia, hasta el momento en que nos despedimos de nuestro nuevo huésped. Nunca acerté á comprender si semejante ceremonia era una forma de etiqueta entre los dos caudillos, ó bien el efecto de alguna antipatía. Por lo demas el último uro, hombre grave y de respetable talante, nos dispensó una acogida harto atenta y comedida.

« Durante el resto de nuestra ruta hasta la corbeta, que fué de unas siete ú ocho millas, pasámos por delante de muchas residencias de uros, que nos ofrecieron hospitalidad, poniendo á nuestra disposicion algunos frutos de pan y cocos con mucha afabilidad. Aunque no teníamos nada que darles, ni uno de ellos pareció impelido por la codicia. A veces el camino seguía á lo largo de la playa, en cuyo caso el grave calor del sol nos incomodaba cruelmente; pero otras veces la vereda serpenteaba á través de frondosos bosquesillos de malvaviscos, de barringtonias, de opiceras y pandanus, que hacian circular la mas deliciosa frescura. Acompañámonos unos treinta salvajes joviales, obsequiosos y sumamente contentos de prestarnos cuantos servicios estaban en su mano. En nuestros frecuentes altos les interrogáramos muchas veces á fin de tener en su lengua el valor de muchas expresiones, y las apuntaba en mi calepino, lo cual llamaba sobremanera su atencion; pero su sorpresa ambia de punto cuando me veían consultar un librito para repetirles las voces de que tenia necesidad.

« En esta correría hice el primer descubrimiento de las cuatro castas que dividen la pe-

queña poblacion de Ualan, compuesta á lo sumo de dos á tres mil almas. La mas distinguida de estas castas lleva el nombre de *ton*, y á ella pertenecen los jefes mas ilustres, todos los que presiden á las aldeas y poseen grandes casas circuidas de altas paredes; en segundo lugar vienen los *penmai*, clase numerosa que parece reunir los oficiales subalternos, los artesanos y los pequeños propietarios. En tercer lugar se hallan los *lissingui*; pero nunca pude descubrir la calidad que constituye positivamente su diferencia de los demas; y en cuarto lugar los *neas*, que parecen ser todos los individuos destituidos de todo recurso y obligados á servir á los jefes para poder vivir. El jefe de los uros ó rey de la isla lleva el título particular de *uros-ton* ó *uros-leallen*; todos los uros distinguidos, como llevo dicho, pertenecen á la clase de los *ton*, bien que varias veces me insinuaron haber *uros-penmai*, *uros-lissingui* y *uros-neas*. Sin embargo fué imposible confesar que me fué de todo punto imposible descubrir si esos títulos tenían alguna relacion con los uros comisionados de las diversas clases de los *penmai*, *lissingui* y *neas*, ó bien si designaban algunos individuos de aquellas clases revestidos del honroso título de uros. Es constante sin embargo que los naturales sabian explicarme perfectamente si tal uros era *uros-ton* ó *uros-penmai*.

« A las cinco y media de la tarde estuvimos de vuelta á bordo, satisfechos de nuestra excursion y muy poco molidos, sobretudo yo que no podia contemplar aquella correría mas que como un paseo delicioso. »

La relacion de M. Duperrey dará á conocer muy pocas cosas, despues de las dos relaciones precedentes; sin embargo creemos deber continuarla, como único documento oficial publicado hasta aquí respectivamente á la isla de Ualan por el comandante en jefe de la *Coquilla*.

« Desde luego supimos que los caudillos principales habitaban la isleta *Lele*, situada á barlovento de la isla. MM. Lesson y de Blosséville fueron los primeros que pasaron á ella costeano los dos valles que separan la parte N. de la parte S. de Ualan.

« Emprendimos esta travesía, M. Lejeune y yo, el día 8. La distancia no es mas que de cinco millas; pero así al partir como al llegar, el suelo es enteramente cruzado por arroyos que deben atravesarse ó seguirse á veces durante un trecho considerable. El camino no es mucho mas fácil en los terrenos elevados, porque solo puede transitarse por ellos trepando peñas, sobre las que se precipitan numerosos torrentes. Sin embargo esta disposicion hidrológica atempera singularmente el ardor del clima y presenta á la imaginacion un fresco y variedad de cuadros, capaces de suyo

de inducir á sobreajar los inconvenientes de semejante correría.

« Llegados á la cumbre del collado que separa los dos valles opuestos, encontramos en un pequeño llano muchas habitaciones cuyas pertenencias estaban circuidas de una lijera empalizada. Los naturales salieron de sus casas con mucho conato, á fin de ofrecernos algunos productos de su territorio, y cuando continuámos nuestra marcha muchos se juntaron á los que nos escoltaban ya, para llevar los frutos que el tiempo no nos habia permitido consumir. Este llano subviene copiosamente á la subsistencia de los habitantes, y parece igualmente haber sido escogido para su último asilo; supuesto que entre las plantaciones de que estaba cubierto echámos de ver algunos cobertizos que nos dijeron ser sepulcros.

« Al descender al valle del E., continuámos el cauce de los rios hasta la ensenada Chabrol, y pasámos á la isla Lele, trillándonos un derrotero sobre un banco de coral del todo inundado, que une la parte N. de esta isleta con la playa de Ualan.

« La isla Lele tiene una milla de estension de E. á O. sobre dos tercios de milla de anchura. Su parte oriental presenta un morro cónico bastante encumbrado: el resto es sumamente bajo, y probablemente seria invadido por el mar, si los naturales que eligieron aquel solar para establecer en él su residencia principal no hubiesen tenido la precaucion de elevar el suelo á quince ó veinte pies sobre las aguas, y circuir la isla entera de un malecón capaz de oponer un dique insuperable á los fenómenos periódicos de las mareas.

« Puesta así la aldea á cubierto de las inundaciones por la industria de los habitantes, y atravesada en diversos sentidos por canales que las piraguas pueden recorrer fácilmente en las altas mareas, los muros que orillan esta isla, compuestos de fragmentos de basalto, de corales cortados con arte y colocados unos sobre otros sin cimiento alguno. Los naturales los construyen con el auxilio de maromas y alzaprimas de grandes dimensiones, dándoles una escarpa bastante considerable para que se hallen en estado de resistir al empuje de las tierras que tienen que sostener.

« Nuestra llegada á Lele dió campo á un júbilo estremo. Hombres, mujeres y niños se nos agolpaban delante atajando nuestro paso, y manifestando particularmente su admiracion por el color de nuestro cutis que tocaban con las manos ó con el rostro prorumpiendo á cada instante en nuevos gritos de admiracion. De esta suerte nos escoltaron hasta el *hurosse-ton*, ó jefe principal, en cuya presencia se pusieron de cutillas, guardando un silencio capaz de fijar nuestras ideas por lo que hace al profundo respeto que profesan á su persona.

« Este jefe , encorvado bajo el peso de los años , estaba embozado entre dos esteras en el fondo de una casita elegante y sumamente aseada teniendo á su lado su mujer y algunos criados solamente. Reinaba un profundo silencio en aquel recinto separado del camino público por medio de unos muros contruídos de junco y hojas de cañas dulces. Informado de nuestra llegada , hizo algunos esfuerzos para salirnos al encuentro ; mas nosotros le dispensámos de ello sentándonos con prontitud sobre una estera que estaba junto á la suya , y en esta posicion nos espetó un largo discurso que tratamos deseos de comprender , pero al que solo pudimos contestar con algunos presentes .

« Visitámos ademas otros muchos jefes , especialmente el que gobierna inmediatamente despues del *hurosse-tone*. Este parecia encargado de la policia jeneral : era hombre de actividad , aunque entrado en años , de aventajada estatura y de un semblante al que comunicaba un aire venerando una larga y blanca barba .

« Esta puebla deliciosa lleva sellada en su fisonomía la dulzura de las costumbres que la caracterizan , y su moralidad arguye igualmente sus calidades. Las mujeres eran libres cuando los hombres eran en número bastante considerable para resistirnos ; pero tenian la precaucion de ocultarlas cuando éramos mas fuertes .

« Los hombres son de mediana estatura , de un color poco subido y de un acceso fácil y agradable. Las mujeres son agraciadas y bien formadas ; pero su cualidad mas sobresaliente consiste en la blancura de sus dientes , la vivacidad de sus ojos y ese candor que las alejaba de nosotros siempre que nuestras relaciones eran de una naturalidad sobrado familiar .

« En el escámen de las condiciones sociales que pertenecen á esta puebla hemos reconocido que los dos mil individuos que la componen estaban divididos en seis clases : los *tone* , los *pennemé* , los *léngué* , los *néas* , los *metkos* y los *memata*. El título de *hurosse* parece sinónimo de jefe , y si bien puede pertenecer á las cuatro primeras clases , regularmente es de las dos primeras. El jefe superior es siempre entresacado de la clase de los *tone* , por cuyo motivo acumula estos dos títulos á los que agrega la voz *lealen* , que significa *derecho* , por cuanto es el único que tiene el privilegio de permanecer de pie en las visitas y en las convocaciones . »

No habiéndose publicado todavía la relacion del viaje de la *Coquilla* , debemos contentarnos con decir que durante los diez dias de recalo en Ualan no cesó de reinar entre los naturales y los Franceses una amistad inalterable , y aunque no faltaron algunas tentativas de hurto , fueron toleradas ó reprimidas con indulgencia sin que diesen márgen á ninguna ocurrencia desagradable .

Únicamente es preciso confesar que los uros , mimados por la liberalidad del principio , llegaron á ser ecsijentes , codiciosos y aun impertinentes ; así que , su sociedad acabó por ser poco agradable. Los simples *ton* y los *pennmai* , al contrario , continuaron siendo complacientes y obsequiosos como el primer dia , y con ellos establemos las relaciones mas útiles y mas fáciles. Al abandonar aquella tierra , el capitan y los oficiales regalaron á dos de aquellos buenos *ton* dos marranas , de las cuales la una estaba preñada , explicándoles el modo de alimentarlas y la utilidad que de ellas podrian sacar. Efectivamente no habria sido un servicio poco importante prestado por los navegantes franceses á los naturales de Ualan , si tan útiles animales hubiesen podido propagarse por su territorio .

Despues de los Franceses de la *Coquilla* apareció en Ualan el capitan ruso , Lutke , que nos ha suministrado con respecto á este grupo , por menores ecsactos é individuos , bien que no del todo desnudos de optimismo . El capitan Lutke se manifestó en estos parajes á 4 de diciembre de 1827 , y despues de una larga espera se le acercó una piragua montada por cuatro individuos , entre los cuales habia dos ancianos que proferian continuamente y con voz arrastrada la palabra *ouai* !... En seguida pasaron á bordo prorumpiendo en discursos que no fueron comprendidos por nadie. Sin embargo era evidente que invitaban á los Europeos á desembarcar en tierra para pernoctar , diciéndoles igualmente que encontrarian en ella muchos cocos y mujeres. Despues de haber confabulado mucho , proferido frecuentes *ouai* y comparado con sorpresa su bronceada piel con la de los Europeos , volvieron á tierra ; pero en breve fueron reemplazados por una nueva piragua montada por tres individuos , el uno de los cuales se anunció por *urcs* (jefe) . Hubo nuevos discursos y nuevos *ouai* , acompañados de algunas permutas de cocos , y se fueron. Presentóse una tercera piragua , é igualmente se fué .

Al dia siguiente el buque se quedó á doce millas de la isla por razon de la calma , y se acercaron tres piraguas ; la una de las cuales contenia un jóven uro , llamado Nena. Los Rusos quedaron muy contentos de la conducta y maneras de sus nuevos huéspedes ; admiraron su franca jovialidad , su decoro y su extraordinario buen sentido. Nena descollaba entre los suyos por su gran decencia y por cierta nobleza de maneras , no menos que por una escesa cobardía. No daba un paso siquiera por el buque sin agarrarse con el capitan ; hubo muchas dificultades en concitarle á aplicar los ojos á los espejuelos del antejo. En breve depositó tanta confianza en sus huéspedes , que quiso permanecer con ellos y peenotar á bordo .

A 9 de diciembre Lutke pudo dar fondo en el interior del puerto de la *Coquilla*, despues de haber estado á punto de perderse la noche anterior en los arrecifes de la entrada. No obstante su amabilidad y sus benévolas disposiciones, los naturales robaron á los primeros un termómetro con su estuche y tres instrumentos de hierro. Deseando recobrar estos objetos, Lutke se presentó á los dos uros Sipey y Nena, y les declaró que no haria ningun regalo hasta que los objetos fuesen restituídos.

Lutke estableció su observatorio en el islote Matanial, y echó mano de todas las precauciones imaginables para que los isleños no fuesen á perturbarle. Empero estos se contentaron con examinar atentamente los movimientos de sus huéspedes, profiriendo de vez en cuando su perpetuo *ouai*! Otras veces, sobretudo al ver la brújula ó al oír los primeros fusilazos, exclamaban: *sacre cornu*! cual para recordar la acción que habian visto hacer á los Franceses. Estas dos voces son todo cuanto habian retenido del lenguaje de sus primeros huéspedes de Europa. Al hacer mencion de este hecho, Lutke no puede dar con la razon que haya podido inducir á los naturales á acordarse únicamente de esas dos voces francesas del todo insignificantes. M. d'Urville parece haber descifrado el enigma; algunos de los maríneros y oficiales provenzales, que formaban parte de la tripulacion de la *Coquilla*, afectaban particularmente la jura: *sacre muchachuelo*! y lo prodigaban sobremanera con respecto á los naturales que le embarazaban ó no accedían á sus deseos. Con esto no tiene nada de extraño que al oír esta espression con mucha frecuencia, los isleños la hayan retenido con preferencia á otra cualquiera.

Uno de los amigos mas íntimos de los Rusos era Kaki, jefe de la aldea de Lual, vecina al fondeadero. Todas las mañanas les presentaba regularmente frutos de pan cocidos, sin ningun objeto al parecer interesado. Cierta dia llevóse consigo á su hijo, de cuatro años de edad, asentándolo á horcadas sobre sus espaldas. Este niño tenia un miedo tan grande por los blancos, que no podia menos de prorumpir en horribles aullidos y temblaba de pies á cabeza siempre que se le acercaba el capitán. Creyóse Lutke que todos los Ualaneses estaban poseídos del mismo miedo, por cuanto ninguno de ellos se presentó á los Rusos, y no se vió uno siquiera en las aldeas de las cercanías.

El 12 por la mañana, los uros Nena, Sipey y Seghira restituyeron los objetos que se echaban manos, y en cambio Lutke les hizo preciosos presentes y les convidó á comer. Mientras estaban sentados á la mesa, el uro Sipey propuso á uno de los oficiales rusos trocar sus nombres. Lutke trocó el suyo con Nena, y es-

te se salió de la tienda sobre la marcha para anunciar á la muchedumbre que en adelante debian considerarle como al uro *Lutke* y que *Nena* se hallaba en la tienda. La multitud, sorprendida correspondió á aquella declaración con un agudo *ouai*!

Dos dias despues, los Rusos fueron visitados por la esposa de Kaki, acompañada de la mayor parte de las mujeres de Lual. Despues de haber pasado una hora con los blancos y recibido de ellos varios presentes, volviéronse á través de la albufera, riendo y parlotearido. Poco despues llegaron tres ó cuatro mozas conducidas por algunos hombres y procedentes de lugares remotos, con unas señas que demostraban muy al vivo que las ofrecían á sus huéspedes. Esta proposición no halló eco en aquellas infortunadas criaturas, por cuyo motivo su semblante se llenó de tristeza, y Lutke menciona con especialidad que se portaron con barto decoro.

El 16, el capitán pasó á Lual situado sobre la escarpada ribera de un torrente, y encubierto bajo el follaje de espesos sotos de árboles de pan, de bananos y de pandanos. Nadie salió al encuentro de los Rusos, de suerte que dejando á un lado á dos ó tres plebeyos que humildemente recostados sobre esteras les brindaron á sentarse, la aldea era de todo punto desierta. Sorprendido de esta circunstancia, estaban á punto de volverse, cuando apareció Seghira. Trajéronse frutos, preparóse *saka* (nombre del kava en Ualan) y se ofreció á los visitantes. Seghira comenzó por despojar á las ramas de sus hojas á fin de tributarlas en homenaje á la divinidad, y las colocó con cierto aire de misterio en un rincón destinado á esta ceremonia.

La noche siguiente robaron el áncora de una embarcacion, y Lutke encargó á los uros Nena y Seza de hacérnla recobrar. Lejos de corresponder á esa confianza, al dia siguiente Seza tomó parte en el robo de un balsa que arrebataron de las manos mismas del carpintero, y desapareció. En consecuencia Litke se vió en la necesidad de confiscar muchas piraguas que le pertenecian, creyendo que con esta medida conseguiria obligarle á enmendar su falta, pero pasó mucho tiempo sin saber de Seza. Lutke mandó destruir una de sus piraguas, declarando que las restantes lo serian igualmente si los objetos arrebatados no eran restituídos. Esta amenaza produjo el efecto deseado; el áncora fué devuelta; soltáronse las piraguas, y se restableció la paz.

Durante este altercado, los demás uros, especialmente el bueno de Kaki, continuaron sus relaciones amigables con los Europeos. El uro Seza, retenido como rehen durante algun tiempo, manifestó al principio cierta inquietud; pero

después calmó sus temores y recobró su buen humor, cayendo en una postración y desmayamiento tal, que el capitán Lutke se decidió á soltarlo.

Después de haber dado cima á sus observaciones en aquel punto del litoral, Lutke, acompañado de muchos oficiales y una masa de naturales, resolvió hacer una escursión á Leilei, capital de la isla. A este objeto eligieron la senda del litoral; la primera parte tuvo lugar con agua hasta la rodilla, á lo largo de una hilera de mangles y de *sonneratias* en una estension de cosa de media legua, y el resto del camino se pasó en una playa atestada de arena y fragmentos de coral. Al pasar por una aldea, todos los naturales indistintamente salían al encuentro de los Rusos para ofrecerles amistosamente nueces de cocos.

La piragua de Sipe los recibió á todos en el borde de la bahía, y pasaron á la isla de Leilei. Era de noche, y sin embargo la playa estaba atestada de pueblo dominado del deseo de presenciar su llegada. Nena les acompañó á Sipe, que les estaba aguardando en su domicilio, y les hizo tomar asiento sobre unas esteras en su alrededor. Apenas acababa de sentarse Lutke, cuando llegó un enviado del uros Togoja, primer jefe de Ualan, para cumplimentar á los extranjeros y ofrecerles nueces de coco. Era aquella la vez primera que Lutke oía hablar de ese personaje: sin embargo hizo contestar que iría á visitarle al día siguiente.

Llegada la noche Sipe designó para alojamiento de sus huéspedes una casita donde se instalaron del mejor modo posible. Sin la camorra que producian los ratones, hubieran dormido á las mil maravillas. El primer objeto que encontraron los Rusos en casa de Sipe, fué una marrana abandonada por los oficiales de la *Coquilla*. Los habitantes la llamaban *Cocho*; y como la abastecian copiosamente de bananas, habia adquirido una escesiva gordura. Ninguna circunstancia indicaba al parecer que hubiese multiplicado, puesto que no se vió en la isla ningun otro individuo de aquella especie. Sipe parecia tener en mucho á *Cocho*; porque viendo que incessantemente le estaban pidiendo viveres, temió por su marrana, y la sustrajo cuidadosamente á la vista de los Europeos.

A la mañana del siguiente día Lutke, acompañado de Sipe, fué á visitar el grande uros Togoja, y llegó por una cenagosa calleja á su domicilio que en nada se distinguia de todos los demas. Al cabo de algunos minutos entró por la puerta lateral un anciano de pelo gris, frisando con los sesenta años, y se sentó sin hacer ningun caso de los Rusos; y sin embargo Sipe dijo al oído de Lutke: *Uros Togoja!* Comprendió el capitán que se hallaba en presencia del

ilustre personaje, y al momento se levantó para saludarle. Entonces el anciano, tendiendo sobre el extranjero una mirada sin espresion, dijo: *ma* (qué)? Presentáronse los regalos que le estinaban destinados, á saber: un hacha, varios cuchillos, tijeras, barrenas, bromas, cepillos, clavos y una camisa y un gorro encarnados, colocándole este último sobre su cabeza. El uros recorria con la vista sucesivamente todos esos objetos, y repetia sobre cada uno: *Mea inghé* (qué es esto?) y se le explicaba su uso. Los concurrentes comprendieron perfectamente la lección y dieron un agudo *ouai!* de admiración. Pero el vejancon se contentó con repetir su *mea inghé?* Mas como su gorro le incomodaba, quitóselo para meter en él sus útiles, y envolvió el todo en la camisa encarnada. Habia clavado un clavo en una viga, y no pudiendo arrancarlo quedó altamente sorprendido. Salió por un momento, y volvió á entrar con sus presentes, que tan solo consistian en esteras concluidas ó medio terminadas. En seguida sobrevino la esposa del anciano caudillo, que se colocó á poca distancia de la puerta lateral, y se dirigió al capitán mostrándole su cuello. Unas tijeras, una sortija y un collar colmaron los deseos de la vieja princesa, y en fé de su gratitud y de su reconocimiento ofreció algunos ceñidores ó *tots*.

Tras estas ocurrencias procedióse á la preparación del seka. Entretanto Togoja, algo mas familiarizado, atrajo á Lutke á su lado, examinóle de pies á cabeza y se mostró sorprendido sobretodo del color de su tez. Llegó á tal punto su curiosidad, que el capitán no pudo menos de detenerle. Multiplicaba sus preguntas á las que solo contestaba el Ruso repitiendo sus palabras, lo cual hacía reir al jefe sobremañera. Todos los concurrentes indijenas conservaban hacia Togoja la actitud del mas profundo respeto, hablándole en voz baja y sin atreverse á levantar los ojos para mirarle. El jefe parecia no contestar á ninguno: inclinado hacia Lutke, hablóle de un *cocho* que tenia á bordo, y que el capitán consintió en cederle en retribucion de algunas raíces y frutas.

En seguida Lutke, acompañado de Nena y de una multitud de isleños, recorrió la isleta de Leilei que no tiene mas de dos millas de circunferencia. La mayor parte del litoral está circuida de un muro de piedra de cinco pies de altura, que sirve para poner las casas y las plantaciones á cubierto de las invasiones de las olas. Las tierras de los diversos uros estaban rodeadas de muros semejantes, de tres toesas de elevacion. En estas fábricas entran piedras enormes, entre las cuales hay algunas que deben de pesar unos cincuenta quintales almenos, supuesto que tienen cuatro pies de dimension. Hay ademas muchos islotes inhabitados, espar-

cidos por los arrecifes, y circuidos de muros de esta misma naturaleza. Lutke admiró sobremedera los numerosos canales que surcan en diversas direcciones la comarca de Ualan, y cuyos bordes son contenidos por malecones que les dan tres ó cuatro pies de profundidad y facilitan las comunicaciones de las piraguas. Los Europeos se veían precisados frecuentemente á salvar estos canales con agua al pecho y conservar húmedos los vestidos que llevaban encima, al paso que los isleños, con su cuerpo restregado de aceite, casi podían considerarse como impermeables, hallándose enjutos poco después de salir del agua.

Lutke pasó dos días en Leilei para levantar el plano de la bahía y de los alrededores. En sus ratos de ocio mataba el tiempo con los niños que desde la mañana hasta la noche no se movían de su albergue sin atreverse á salir; encomia en gran manera el buen humor y el candor de aquellos chicos Ualaneses, y hace mención de dos ó tres mozas de trece á quince años que en Europa hubieran podido pasar por belldades con sus grandes y vivaces ojos negros, sus dientes alineados como perlas, y sus facciones encantadoras. Desgraciadamente aquellas bellezas eran harto desaseadas. Por algunas bagatelas aquellas mozuelas enseñaban canciones del país á sus huéspedes y se divertían mucho en su facilidad de retenerlas. La estrofa siguiente es una muestra de sus romances:

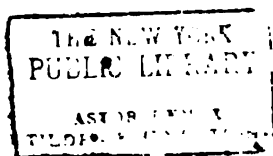
*Sonde ougma Catanarie, combien non non
La Saeryca, la Saeryca
Nin nin Coulonia, nin nin Coulonia.*

Entre los juegos de los chicos, Lutke cita el siguiente: los jugadores se sientan unos enfrente de otros, y baten sucesivamente sus rodillas con la palma de la mano, el plano de la mano del muchacho de delante, después la del vecino de cada lado, y así por este tenor. El talento consiste en no interrumpir el orden convenido. Estos diversos jestos son acompañados por un canto en extremo monótono. Cierta noche Lutke fué á pasearse por la orilla del mar á la luz de la luna. Desde luego se vió rodeado por unas doce mozuelas que con el auxilio de la coqueteería hubieran podido rivalizar con las mas diestras cortesanas de París y de Londres, pero que las hubieran abochornado por la reserva y la decencia de sus modales. Joviales y retozonas, se sonreían, chanceábanse é improvisaron cantos en que se hallaba mezclado el nombre del capitán. Poco después se mezcló en esos juegos una multitud de chicos, mientras que los isleños, sentados todavía á los umbrales de sus casas, ofrecían de cuando en cuando á los oficiales rusos algunos cocos y bananos, invitándoles á des-

cansar en su compañía. De repente sobrevino un profundo silencio que sucedió á las canciones y á las carcajadas, y cayeron sentados en tierra, cual si hubiesen sido tocados por una varilla mágica. Solo Lutke quedó en pie sin que acertase á comprender el significado de semejante ocurrencia, cuando percibió á la puerta de su alojamiento al uros Seghira que venía á verle. Durante su conversacion, toda aquella multitud, poco antes llena de bullicio y de chacota, quedó muda é inmóvil, lo cual puede dar una idea exacta del respeto que los individuos de todas las clases y condiciones profesan á sus caudillos.

Para regresar á bordo é través del interior de la isla, contaba Lutke en las piraguas y provisiones que le habían prometido sus amigos Sipe y Nena; pero ambos le saltaron á la palabra sin que pudiese venir en conocimiento del motivo. En consecuencia dió la vuelta á la isla siguiendo la costa, de la propia suerte que había venido, con la sola diferencia que aprovechó un canal que le condujo á la bahía de Leilei casi hasta la punta septentrional, y que culebrea bajo deliciosos toldos de mangles y de *sonneratias*. Los uros de las aldeas situadas en la carrera salieron al encuentro de los viajeros, según costumbre, ofreciéndoles presentes de cocos y frutos de pan. El uros de Petak, llamado Ka-ki, como el de Lual, les acompañó hasta á bordo. A vista de las maravillas que contenía la corbeta, quedó estasiado, y al recobrar sus sentidos echó á declamar largo tiempo contra la miseria de los palacios de todos los uros, desde el de Togoja hasta el último.

De regreso á bordo, Lutke mandó á decir á Togoja que se hallaba dispuesto á entregarle su marrana si le remitía las provisiones acordadas; pero no dió respuesta alguna. Habiéndose hecho á la vela á 2 de enero, permaneció al parir ante Leilei creyendo que los uros se decidirían al trueque concertado, pero todas sus esperanzas quedaron defraudadas. Colmados de presentes, sin duda no querían desprenderse de sus provisiones. El mismo Lutke pudo percibirles con su anteojo paseándose por la playa con calma y tranquilidad, y cuidándose bien poco del buque parado y de las personas que lo montaban. Entonces Lutke, á la mañana del 3 de enero, resolvió despachar un bote para presentar su marrana al bueno de Kaki, jefe de la aldea de Lual, cuya benevolencia y jenerosidad no se habían desmentido un solo instante. Al momento Kaki con su familia y todos los habitantes acudió en presencia de los extranjeros á quienes creía no ver jamás; aceptó á *cacho* con el mas íntimo reconocimiento, prometió criarlo con todo esmero y pidió noticias sobre el modo con que podría alimentarlo. Tampoco permitió que los Rusos se fuesen antes de entregarles tantas



1. *Habitantes de Ulsan*
2. *Habitantes de Ulsan*

3. *Cultura en el interior de las selvas en Ulsan*

PIRELLA
PINTORESCO

Tom 2. 1. 1.

bananas y cocos como pudo cojer aceleradamente. En el momento de la última despedida, todos los isleños preguntaron á los Europeos si iban á buscar á sus mujeres y si volverian dentro de dos dias.

Lutke abandonó Ualan, satisfecho del amable carácter y de las disposiciones sencillas y buenas de sus habitantes. Era aquella la segunda vez que pasaba muchos dias en medio de ellos un buque de guerra sin que tuviese que dispararse un fusilazo siquiera ni tuviese que verterse una sola gota de sangre. Circunstancia verdaderamente algo estraña en las islas de la Oceania que visitan por vez primera buques europeos! dijo el capitán Lutke. Sin embargo no puede decirse lo mismo de los habitantes de Vanikoro cuando el paso de los buques el *Research* y el *Astrolabio*, bien que aquellos feroces isleños en nada pueden compararse á los pacíficos habitantes de Ualan (Pl. LVII.— 2 y LVIII — 2).

Las producciones de la isla son casi las mismas que las de las otras islas elevadas de la Oceania, sin otra diferencia que en ella no se echa de ver ningun perro ni cerdo. En los alrededores de las aldeas se encuentran algunas gallinas que parecen vivir en un estado de domesticidad. No se ha observado que los naturales echasen mano de ellas para su consumo; al paso que en el reino animal las producciones marítimas son las únicas de que los naturales pueden sacar partido.

Merced á las narraciones precedentes, ha podido formarse una idea algo exacta de los usos y costumbres de los naturales. Solo deben añadirse, en clase de complemento, los hechos recojidos por Lutke relativamente á los ritos religiosos de los Ualaneses, cuyas observaciones habian escapado á la perspicacia de los Franceses de la *Coquilla*, y aun á M. d'Urville, que se ocupara de ellas infructuosamente. La narracion del navegante ruso consiste en los siguientes términos:

« Este sujeto, mas que ningun otro, nos hizo sentir sobremanera la ignorancia en que estábamos de la lengua de los Ualaneses. Apesar de todas sus esplicaciones, solo pudimos adquirir algunas noticias sumamente obscuras en lo tocante á su religion. Su divinidad se llama *Sitet-Nazuenziap*. Esta divinidad era un individuo de la tribu de *Penmai* (ó mas bien esta tribu descendiende de él) que tenia dos mujeres, *Kajoua-sin-Liaga* y *Kajoua-sin-Nionfou*, y cuatro hijos: *Rin*, *Aurrieri*, *Naitouolen* y *Scouapin*. Parece que consideran á *Sitet-Nazuenziap* como el fundador de su raza, ó como su divinidad.

« *Sitet-Nazuenziap*, no tiene templos, ni morais, ni idolos. En cada casa hay un rincon ó sitio particular en que se vé una varilla de cuatro

á cinco pies de largo, puntiaguda en la estremidad y acanalada por la otra, que representa sus penates comunes. Este fetiche se contenta con la ofrenda mas mediana, ramos y hojas de la planta de seka. La trompa marina está dispuesta á su lado cual si fuera su propiedad, lo cual induce á suponer que esta divinidad era un guerrero, atendido que el sonido de aquel cuerno es la señal de guerra en todas las islas del mar del Sur. A su muerte el templo de Jano fué cerrado para siempre, y este instrumento solo sirve actualmente en las ceremonias relativas á la religion, ceremonias que describirémos despues. A través del arroyo á cuyas márgenes está situada la aldea de Lual se halla un hilo tendido y atado en un árbol por cada estremidad, y guarnecido de florecitas encarnadas. Era esto uno de los inocentes homenajes tributados á *Sitet-Nazuenziap*.

La bebida del seka indudablemente forma parte de sus ritos religiosos, puesto que profesan una veneracion tan profunda á la planta misma, que no les gustaba mucho que la tocaseu ai encontrarla en las plantaciones. Es como una oblacion en honor de *Nazuenziap*, y la plegaria siguiente que recitan en esta ocasion, y siempre con respeto, constituye á buen seguro la forma de la ofrenda. Esta plegaria está concebida en estos términos:

Tala elene seka mai... Sitet-Nazuenziap (Penmai).

Rin seka.

Naitouolen seka. } (*Penmai*).

Scouapin seka.

Chiechou seka (Ton).

Mananzima seka (Lisingai).

Kajoua-sin-Liaga seka

Kajoua-sin-Nionfou seka } (*Penmai*).

Olpat seka (Lisingai).

Togoja seka (Ton).

« Toda esta plegaria, á escepcion de las tres primeras palabras, cuyo verdadero sentido ignoro, se compone de nombres propios con la adicion de la planta seka. Entre estos nombres se encuentran los de las mujeres y de los hijos de *Sitet-Nazuenziap*, y en seguida el de uros actual, *Togoja*. Cada uno de estos personajes es considerado como perteneciente á una de las tribus en que está dividida la nacion, segun está marcado en los paréntesis correspondientes á sus nombres.

« La ceremonia de que hemos hecho mencion, tuvo lugar en el comedor de Sipe, y consistia en lo siguiente: el hombre que desempeña la parte principal estaba sentado con las piernas encojidas sobre la cubeta en que traen agua cuando beben el seka. Llevaba en el cuello un collar de ramos de tiernos cocos, y empuñaba una varilla representando á *Sitet-Nazuenziap* que apre-

taba continuamente contra su rodilla. Sus ojos eran turbios; á cada momento volvía la cabeza, ora silbaba de un modo el mas extraño, ora tenía hipo, algunas veces castañeteaba como acostumbra hacer cuando beben el seka. Profería voces cortadas é inarticuladas, entre las cuales se oía: *uros litake* (así es como me llamaban generalmente). Todos sus movimientos parecían ser el remedo de un hombre embriagado de seka, y creí por algun tiempo que efectivamente se hallaba en este estado. Entretanto se calentaban las piedras en el hogar, y se aprestaba todo lo necesario para la coccion de los frutos de pan, pero con la calma y el silencio convenientes en las ocasiones solemnes. Cuando todas aquellas monadas hubieron durado bastante, Sipe tomó la trompa y la presentó respetuosamente al oficiando, que, despues de haber sonado un poco se la devolvió; lavóse poco despues y se fugó de la casa por la puerta lateral aplicando de paso el pie en el hogar candente. Nos dijeron que habia ido á casa de Togoja para repetir la misma comedia. Corrió por la calle ajitando la varilla del propio modo que se lleva un fusil, entró por la puerta lateral inclinado y como á hurtadillas; y despues de haber depositado la varilla en su lugar, vino á sentarse entre nosotros en sana salud y como si nada hubiese acontecido.

«No obstante las largas esplicaciones de Sipe y demas, no acertamos á comprender lo que significaba precisamente aquella ceremonia. Quizás se ha establecido la representacion de un hombre embriagado por el seka con el objeto moral de inducir á aquel pueblo á abstenerse de semejante bebida, cuya opinion es tanto mas verosímil, cuanto que durante todo el tiempo de nuestra mansion no vimos un solo hombre emborrachado de seka. Este sacerdote, de la tribu de Lissingai y uno de nuestros asiduos visitantes, refirióme que era *Seyalik* de Sitet-Nazuenziap, mezclando en ello la relacion de unas piraguas procedentes de remotos mares; pero esta relacion, ni mas ni menos que muchas otras, fué del todo perdida para mí.

«Parece ademas que tienen algunas ideas obscuras sobre el estado del hombre despues de la muerte. Revisten sus cadáveres con sus mejores vestidos, envuelven el cuerpo de tejidos, aplican las manos plegadas sobre el empeine, y los entierran. En la aldea de Ouegal ví una tumba reciente al lado de la casa de un pariente del difunto, indicada por dos bananos enteros depositados á lo largo. Hablándoles á este objeto, mostraban el cielo.»

Hemos visto ya que M. d'Urville divide la poblacion de Ualan en cuatro clases, entre las cuales establece varios grados de jerarquía bien marcados, á saber: los *ton*, *pennemé*, *lissigai* y *neas*. A juicio de este navegante, *uros* significa jefe en

jeneral, y se hallaba para cada una de estas divisiones.

M. Lesson admite cinco clases que denomina *urosse*, *pennemé*, *lissigai*, *sine* ó *singué*, en fin los *neas-metkao* y *memata*, de las que juzga podrian hacerse tres divisiones. Por lo demas reconoce asimismo diferentes grados de precedencia y de consideracion para esas clases que ascienden de los uros hasta los reas.

M. Duperrey admite siete clases, y sin embargo solo nombra seis, á saber: *tone*, *pennemé*, *lissigai*, *neas*, *metkos* y *memata*.

Finalmente Lutke, que debe haber estudiado con mas exactitud esta nacion, no reconoce mas que tres divisiones que llama tribus, y entre las cuales no señala supremacia positiva. Su contesto es el siguiente:

«La nacion se considera como dividida en tres tribus, las de *pennemé*, de *ton* y de *litchengué*. A la primera pertenecen una parte de los caudillos principales, Sipe, Seghira, Alik-Nena, Kanka, Simourka, Seek, Seza y Nena. Togoja y Seoa pertenecen á la segunda. Sitet-Nazuenziap, que invocan en sus oraciones, pertenece á la tribu de *pennemé*. Los uroses de la segunda clase y los individuos del pueblo son de la misma tribu que el uros principal de que dependen, cuya circunstancia recuerda el gobierno patriarcal que se encuentra entre muchas tribus vagantes. En la tribu de *litchengué* solo encontramos uroses de la segunda clase é individuos del comun, pero ninguno de los principales caudillos.»

Esta diversidad de opiniones manifiesta la reserva con que deben acogerse los indicios suministrados por unos viajeros que solo pueden tener noticias harto vagas sobre el lenguaje de los pueblos que visitan, y que por consiguiente están espuestos á cometer muchos errores sobre las esplicaciones que pueden procurarse de parte de los naturales.

CAPITULO XXIV.

ISLAS CAROLINAS. — ISLAS MAC-ASKILL, DUPERRY, HOGOLEU Y TAMATAM.

Partido de Ualan á 19 de mayo, el *Océanico* percibió, el 21 por la mañana, despuntando en el horizonte, los grupos de árboles que señalan los dos islotes del grupo Mac-Askill. Cuando se halló á poca distancia de la costa, vió navegar hacia sí una multitud de piraguas cuya maniobra anunciaba otros navegantes que los isleños de Ualan, que ignoran completamente el uso de las velas. Desde luego se nos acercaron siete ú ocho de aquellas piraguas, y empezaron por arrojar una lluvia de objetos que caian á la cubierta, y que á veces nos alcanzaban. No sabíamos que pensar de semejante preludio,

cuando reconocimos que aquellos proyectiles eran frutos de pan, de pandanus, y aun algunos cocos. No obstante ser tan brusco y singular, aquel acto de liberalismo prevenia en favor de nuestros visitadores, que en efecto asomaron en breve sobre los filaretes sus cabezas joviales y confiadas. En retribucion de sus articulos les dimos algunas bagatelas que les colmaron de alegría, y continuamos nuestro derrotero. Estos isleños se asemejaban en muchos puntos á los de Ualan, y en jeneral eran mas rethonchos y robustos: algunos ofrecian una gordura muy rara entre los Carolinos. Distinguiéronse aquellos salvajes por su lealtad en las permutas, sin que cometiesen la menor tentativa de hurto.

El pequeño grupo de MAC-ASKILL fué descubierto en 1809 por el capitán de este nombre, visitado en 1824 por Duperrey y en 1828 por Lutke. El grupo tiene seis millas de circunferencia y se compone de tres islotes bajos y selvosos: Pelelap, Tougoulou y Takaf; el primero que es el mas considerable, tiene una milla y media de longitud sobre doscientas toesas á lo sumo de anchura. Las islas del N. están situadas á los 6° 14' lat. N. y á los 158° 28' lonj. E.

Al dia siguiente costeamos igualmente la parte meridional del pequeño grupo que descubrió Duperrey en 1824 y al que aplicó su nombre. Este grupo consiste en el agregado de tres islotes bajos y arbolados, denominados Mongoul, Ongal y Aoura, el mas considerable de los cuales tiene tan solo una milla de largo sobre doscientas cincuenta toesas á lo mas de ancho; tiene seis millas de circuito, y su parte N. O. está situada á los 6° 39' lat. N. y á los 157° 30' lonj. E.

Los naturales de este pequeño grupo vinieron tambien á visitarnos en sus piraguas, de una construccion gruesa y de una marcha mediana. Repetidas veces nos pidieron hierro que apellidaban *huku*; pero en cambio solo podian ofrecer algunos cocos corrompidos. Las únicas observaciones que hicimos en aquella rápida entrevista, es que sus caudillos se llaman *Tamon*. Igualmente les oímos articular varias veces la palabra *Radak*, lo cual induce á suponer que mantienen relaciones con esta isla, no obstante distar mas de ciento cincuenta leguas.

Al abandonar este grupo, el *Océanico* navegó en direccion al E. S. E., y á 24 de mayo se avistó por la parte del N. y durante dos ó tres horas una masa confusa que muchos de nosotros tomamos por una elevada isla. Sin embargo Pendleton no sabia como llamarla, pues en ninguno de sus mapas estaba designada una tierra en aquel punto, y una densa niebla impedía distinguir con claridad si era una ilusion de nublós. En virtud de esas razones hubiera velejado hácia ella para cerciorarse de la reali-

dad, á no temer prolongar demasiado una navegacion estéril á través del archipiélago de las Carolinas. El *Océanico* continuó pues singlando hácia Gouaham, donde supo que el capitán Lutke habia descubierto por aquellas aguas una isla denominada *Pounipet*. No era sensible haberla dejado sin reconocimiento, por cuanto estaba ocupada por una raza negra, de un carácter feroz, que solo habia mostrado al capitán ruso disposiciones hostiles.

Durante ocho dias navegamos sin avistar tierra alguna. Hasta el 1 de junio no se pudieron observar algunas barras de perroquete, y á mayor distancia varias copas de árboles que argüían islas bajas y selvosas. Juzgamos que era el pequeño grupo descubierto en 1824 por M. Duperrey, y al que aplicó la denominacion de *d'Urville*. En el mapa de Lutke figura bajo el nombre de *Louasape*, que sin duda le fué indicado por los habitantes de las vecinas islas, por cuanto no lo tocó. Esos islotes están situados á los 7° 5' lat. N. y á los 150° 10' lonj. E.

Singlando desde allí en direccion al E., el *Océanico* se encaminó á la parte S. del considerable grupo de Hogoleu, uno de los mayores de las Carolinas, así por el número de sus islas como por la elevacion de muchas de ellas. Solo entablamos de paso algunas comunicaciones sumamente rápidas con los habitantes de algunas de las isletas mas meridionales. Aquellas jentes nos parecieron retozonas, de un carácter benévolo y festivo, y su conducta indicaba que tenian frecuentes relaciones con los Europeos. Muchos llevaban una especie de sombreros puntiagudos como los Chinos; otros iban vestidos de esteras que afectaban la forma del *poncho* americano. Trocamos con ellos algunas bagatelas por varios frutos, pescado y objetos de su industria. Varias veces nos instaron para que desembarcásemos en sus islas; pero cabalmente acababan de declararse á bordo algunas enfermedades, y á Pendleton le convenia alcanzar alguna estacion donde pudiese procurarse los remedios convenientes: así que, lejos de ponerse al paio continuó navegando hacia las Marianas.

El grupo de Hogoleu fué conocido sin duda de los antiguos navegantes, puesto que figura en los mas viejos mapas, aunque de un modo muy incorrecto. Sin embargo el capitán español Dublon fué el primero que en 1814 lo señaló de un modo positivo, bien que solo mencionó una isla elevada. John Hall lo reconoció mas correctamente á 2 de abril de 1824; dos meses y medio despues M. Duperrey trazó la jeografia de una buena parte del grupo, y comunicó muchas veces con los naturales, á cuya empresa dió cima M. d'Urville en abril de 1828. Lutke reconoció Hogoleu en febrero del propio año;

y el Americano Morrell, en agosto de 1830, fondeó en este grupo que apellidó *Islas de Bergh*. Este grupo tiene cien millas de circunferencia, y contiene unas sesenta islas ó islotes, de las cuales solo hay diez algo elevadas, pues todas las demas son bajas, selvosas é insignificantes. Entre las primeras las mas considerables, Tol, Falanje, Iros, tienen ocho ó diez millas de circuito, al paso que de las segundas, las islas Jacquinot, Bois-Duval, Bory y Pis, que son las mas considerables de todas, apenas tienen tres ó cuatro millas de circuito. Este grupo está situado entre los 6° 58' y los 7° 43' lat. N. y entre los 149° 9' y los 149° 32' lonj. E.

Por lo que hace á la etnología, continuamos la relacion de M. d'Urville en su diario inédito de la *Coquille*:

« Si bien á primera vista este grupo parece muy considerable, en realidad es muy poca cosa y debe de ser medianamente poblado. Nosotros nunca vimos de doce ó quince piraguas juntas, no obstante que durante los dos primeros dias nos pusimos muchas veces al paio para comunicar con los naturales. Esos isleños no tienen nada de particular; su estatura es mediana, y muchos son diformes y acometidos de males asquerosos. Su inteligencia parece sumamente corta, y en cuanto á mi juzgo esta raza inferior á la de Ualan. En lo tocante al buen tono y á la dignidad, los *Tamots* de Hogoleu no pueden compararse á los *wros* ni á los *ton* de Ualan, bien que tengan las mismas disposiciones al robo. Todo induce á creer que han contraído relaciones frecuentes con los Europeos, por cuanto nada absolutamente parecia escitar mucho su curiosidad ni su admiracion. Sus meros y sus ponchos son fabricados con un tejido consistente y bien trabajado. Sus taros son bien hechos, pero su maniobra está muy lejos de ser ventajosa por la sencillez y la celeridad de su marcha. Nunca vimos en sus manos armas ni hachas de piedra: únicamente eché de ver dos hondas de borra de coco, que he logrado adquirir. Creemos reconocer que la autoridad de los jefes sobre sus inferiores era bastante estensa, supuesto que nunca se olvidaban estos de depositar á las plantas de los primeros cuanto acababan de procurarse en virtud de los presentes ó por efecto de los trueques. Algunos son pintorreados, mas otros no. Permanecen del todo indiferentes con respecto á los clavos y aun á los cuchillos, y solo parecen codiciar hachas que denominaban *saran*. Tampoco se cuidaban de espejos, y solo daban algunas bagatelas en retribucion de anzuelos. Llevaban pendientes de las orejas cilindros de madera bastante voluminosos; en el cuello collares de diversos tamaños hechos con pequeños discos de nueces de coco y de mariscos entremezclados. Sus telas

eran teñidas de encarnado, de negro y á veces de blanco. Solo pudimos obtener un corto número de voces de su lengua, que considero sumamente dadas en lo tocante á su verdadera significacion. »

Cuanto difiere este sencillo relato del cuadro brillante que acaba de trazarnos el Americano Morrell, siempre tan sospechoso de escajacion! He aquí lo que dice de Hogoleu y de sus moradores:

« De todos los isleños que he visitado en mi vida, estos son ciertamente los mas activos, los mas amables y los mas interesantes. La destreza con que manejan sus piraguas es en realidad sorprendente, bien que en nada cede á la habilidad con que proceden en su construccion y aparejos.

« Estas piraguas sirven principalmente para la pesca. Vamos á mencionar los utensilios necesarios á este objeto; sus redes y sus buitrones son de hilo retorcido que fabrican con una corteza de árbol. Sus mallas tienen sobre una pulgada cuadrada, y la longitud del buitron varia de quince á diez y ocho pies. En lugar de flotadores alcorchoños, emplean nuditos de mambú, y para hacer hundir la red echan mano de piedrecitas pesadas y lisas en vez de plomo. Sus anzuelos y sus sedales son trabajados mjeniosamente: los primeros son de madreperla y de concha de tortuga. La madreperla es muy propia para este objeto, atendido que los anzuelos de esta especie no tienen necesidad de cebo, porque su brillo atrae y seduce al pez que lo engulle al momento. Sus sedales son de la misma materia que sus redes, bien torcidos y de gran fuerza. Como esas jentes pasan una parte considerable de su vida en la pesca, tienen por nada ir á cuarenta ó cincuenta millas de distancia en busca de su presa, y regresar por la tarde del mismo dia.

« Una faja de cuarenta isletas circundan otras muchas mas considerables, entre las cuales hay cuatro que tienen unas treinta millas de circunferencia. Los islotes del interior son las únicas habitadas y contienen una poblacion de treinta y cinco mil almas dividida en dos razas distintas. Las dos islas principales del O. con algunas otras pequeñas, son pobladas por la raza indiana de color bronceado, al paso que las dos islas orientales con sus pertenencias contienen una raza mucho mas vecina á la de los negros. Frecuentemente se hacen la guerra, como supe de ambos partidos, aunque se hallaban á la sazón sumidos en una profunda paz. Los negros son los mas numerosos; ascienden á unos veinte mil, al paso que el número de los Indianos apenas llega á quince mil. Vamos á trazar por via de ensayo una sucinta reseña de cada una de las dos tribus, empezando por la raza ne-

gra que ocupa las dos islas del E.

« Por lo que hace á la estructura, los hombres tienen unos cinco pies y otras tantas pulgadas de elevacion; sus miembros son proporcionados, activos y musculosos; su pecho es anchuroso y prominente, sus manos y pies pequeños, sus cabellos lanosos y rizados sin que por esto se asemejen en nada á los de los Africanos. Su frente es alta y recta; sus juanetes salientes y sus labios bastante delgados. Sus dientes son hermosos y blancos, su barba ancha, su cuello corto y grueso, sus hombros anchos; sus orejas pequeñas y algo mas abiertas que las nuestras. Sus ojos son negros, vivaces y brillantes, con cejas largas y realzadas. La expresion habitual de su fisonomía arguye un carácter altivo y emprendedor.

En la cintura traen una esterilla fabricada de corteza de árbol, tejida con elegancia y adornada con gusto de cierto número de figuras de colores. Asimismo traen en la cabeza tejidos de la misma naturaleza, ornados de diversas especies de plumas: semejante tocado se asemeja á un turbante rebajado y superado de una franja rica y elegante. Los caudillos tienen hendido el lóbulo inferior de las orejas, de suerte que presenta una abertura suficiente para introducir pedazos de una madera sumamente ligera que muchas veces son tan gruesas como el puño. Este ornato es enriquecido en jeneral con una variedad de hermosísimas plumas, de dientes de tiburón, etc. Igualmente traen en el cuello collares de concha de tortuga, de madreperla y mazorcas de plumas. Su cuerpo está cubierto de pinturas, y esta operacion es ejecutada comunmente de un modo sumamente agradable á la vista, presentando el aspecto de una armadura. Tíñense el pelo de encarnado, la cara de amarillo y blanco, escepto cuando van á la guerra, porque en este caso se pintan el rostro de encarnado para comunicarse un aspecto mas feroz.

« Las mujeres son pequeñas, dotadas de facciones bonitas y de unos ojos negros y vivaces que respiran la ternura y el placer. Sus pechos son redondos, su estatura langaruta, sus manos y pies pequeños, sus piernas rectas y el tobillo poco saliente. Reservando á un lado nuestras preocupaciones relativamente á cierta complecion, los atractivos personales de esas mujeres son de un orden superior. Sin embargo, no dejan de echar mano de los recursos del tocador extranjero, decorándose con las plumas y mariscos mas ricos que pueden obtener del afecto de sus padres y hermanas, ó de los galanteos de sus amantes y de sus maridos. Al rededor de la cabeza y del cuello traen diversas especies de ornamentos hechos con despojos de aves y peces; y sus brazos y piernas son decorados

en los mismos términos, aunque su garganta es pintada lijaramente, bien que con gusto. Igualmente traen un pequeño delantal de ocho pulgadas de ancho y doce de largo, ribeteado con mucho ingenio y enriquecido en el centro de un ornamento de obras conchiles. Encima del todo traen un manto ó túnica, fabricado con una bellísima yerba sedosa, tejida con mucho gusto y habilidad, y bordado á veces de una elegante franja. Este vestido tiene unos ocho pies sobre seis de ancho, con un agujero en el centro, del grandor suficiente para pasar la cabeza; párecese mucho al poncho de los Americanos del Sur.

« Los deberes y las ocupaciones de las mujeres consisten en la fabricacion de toda clase de telas, de redes de pescar y de sedales, en los cuidados de la cocina y en la educacion de los hijos, cuya última tarea la desempeñan con una atencion y ternura sin ejemplar. Pórtanse con mucha dulzura hácia sus maridos, quienes las tratan en despique con una delicadeza capaz de sonrojar á no pocos cristianos. En una palabra, parecen dignos de corresponder á los esfuerzos de los misioneros que aplican mas ferviente zelo á la práctica de la religion que á sus dogmas.

« Las dos islas del O., como llevo dicho, son pobladas por unos 15.000 Indios de color de bronce, algo inferiores, con respecto á la estatura, á los negros que acabo de describir. Los hombres en jeneral solo tienen cinco pies y tres pulgadas; pero son mas robustos, mas vigorosos, mas atléticos, mas aptos para la guerra y la fatiga que los pueblos de color mas cargado. Su actividad y su fuerza son grandes. Entre ellos he visto muchos que no pesaban mas de ciento cincuenta libras cada uno, y que levantaban nuestra serviola de seiscientas libras de peso con la misma facilidad que si alzasen un peso de cien libras. Apesar de todo esto, viven únicamente de frutas y peces sin corroborantes de ninguna naturaleza. Su cuerpo es recto y redondo, su pecho prominente, sus miembros nerviosos, y sus manos y pies conformados.

« Su tinte es de un cobrizo bajo y apagado; sus cabellos, largos y negros, son jeneralmente reunidos en la coronilla de la cabeza. Su frente es ancha y saliente, emblema ordinario de la capacidad intelectual. En la parte inferior de la frente, en especial entre las mujeres, corre un par de cejas sedosas, negras como el azabache y sumamente arqueadas. No parece sino que es un ropaje sedoso, á través del cual se refleja su alma en el cristal de dos ojos negros y brillantes. Sus rostros son redondos, llenos y regordetes, y sus carrillos menos prominentes que entre las demas naciones salvajes. Su nariz es hermosa, elevada medianamente, su boca

bien proporcionada , y su doble carrera de dientes mas blancos que el mas precioso marfil. Las mejillas con hoyuelos y las papadas son comunes entre los mozos de ambos sexos. Los hombres tienen el cuello corto y grueso , jeneralmente cubierto por delante de una larga barba negra que dejan crecer muy poco. Sin embargo no faltan algunos de los caudillos principales que traen largos bigotes. Tienen orejas grandes , cuya parte inferior es agujereada con una abertura suficiente para recibir un ornamento del grueso de un buevo de oca. Este ornamento es decorado muchas veces con los dientes de diversas especies de peces , de mariscos , de picos y plumas de aves y de flores. Igualmente traen collares de la misma naturaleza , pero solo se pintorean desde el cuello hasta la concavidad del pecho. Muchas veces los jefes se hacen en el pecho un pintarroteo no interrumpido que representa una multitud de figuras fantásticas , ejecutadas con mucho gusto y delicadeza. La vestimenta de ambos sexos es semejante á la de sus vecinos del E. , de quienes no se distinguen por ninguna circunstancia importante. Traen brazaletes de conchas de tortuga en los brazos , y de madreperla en las piernas y en el tobillo. Por lo que hace al aseo y á la limpieza personal , estos isleños pueden muy bien competir con cualquier otro pueblo del globo terraqueo : naturalmente son joviales , caprichudos , amables , vivarachos y activos , estraordinariamente apacibles y aficionados á sus mujeres ó hijos , y llenos de deferencia y respeto á la caduca senectud.

« Sus mujeres son comunmente de la misma talle que las nuestras ; sus formas son delicadas , su talle esvelta , y su busto muy bien formado. Sus pies y manos son como los de nuestros niños á la edad de doce años , y no pocas veces he abrazado entre mis manos la cintura de mozas de diez y ocho á veinte años. A la luna ciento quincuajésima prima son ya núbiles , es decir , á los doce años con corta diferencia. Su cabeza es pequeña , su frente alta , sus ojos grandes y negros , sus mejillas llenas y gordinflones , su nariz bien formada , su boca pequeña , y , lo que nunca se echa menos en aquella parte del mundo , su dentadura tan suntuosa , que añade mil atractivos á cada una de sus sonrisas encantadoras. Sus orejas son pequeñas , y su cuello formado con mucha delicadeza. Sus largas y negras cabelleras son reunidas en el sincipucio ó flotan por sus espaldas. Estas mujeres son modestas y dotadas de una sensibilidad exquisita : á veces se manifiesta su rubor á través de su subido tinte. Su talante arguye satisfaccion y vivacidad , y sus movimientos son lijeros , ondulatorios , elásticos y comparables á los de las sílfides. Por fin , las Virjinianas *Pocahontas* jamas podrian rivetizar con las agraciadas mujeres del grupo de Bergh

ni en cuanto á los atractivos físicos , ni en lo tocante á las cualidades morales.

« La castidad y la fidelidad conyugal parecen sentimientos innatos en esos pueblos , y solo con mucho trabajo se concibe la posibilidad de olvidar semejantes deberes : por cuyo motivo los vínculos de Himeneo son casi siempre felices y afortunados. Una mujer casi siempre habla á su marido con la sonrisa propia del contento , y en todas sus relaciones con ellos nunca he visto hombre alguno tratar con dureza ó insolencia á una mujer. Los efectos sociales son asimismo muy fuertes , y entre ellos el amor del mas remoto parentesco parece mas sagrado y venerando que las relaciones mas íntimas entre Americanos civilizados. Son amigos fieles , vecinos de conducta irrepreensible , y muestran una ciega obediencia á las leyes y costumbres á cuyo imperio están sujetos. Apenas se conocen entre ellos los actos de injusticia y opresion ; por el contrario , la filantropía , la caridad y la benevolencia son sus virtudes mas comunes. Las contiendas particulares son rarisimas , y aun en los pocos casos de esta naturaleza su conducta es basada siempre sobre las reglas del honor y de la lealtad. Defienden con valor á un amigo , mas no conservan ningun resentimiento ni rencor por cualquiera injuria personal. Un hombre nunca atacará á su vecino , sea cual fuere la ofensa recibida , sino está convencido de que bajo el punto de vista de la fuerza física su enemigo no le es inferior , pues tienen á mucho horror abusar de su debilidad. Por lo que hace á la industria , el buen humor , la actividad y la constancia , estos naturales no admiten comparacion alguna con los de las demas islas del Océano Pacífico que he tenido ocasion de visitar. Los hombres , las mujeres , los niños , todos están en continuo movimiento desde el salir hasta el poner del sol , ocupados en la pesca ó en la fabricacion de armas , de utensilios de pesca , de telas , y en la construccion de habitaciones y de piraguas. Todo cuanto hacen es ejecutado con sumo gusto y habilidad , apesar de no tener á su disposicion mas que instrumentos conchiles , de piedra ó de dientes de pescado. Sus leyes vijentes les prohiben espresamente acostarse despues de la puesta del sol , salvo los casos de enfermedad ó de achaque corporal. La dispepsia , las enfermedades de bígado y los innumerables males que atacan á las razas civilizadas , son de todo punto desconocidas entre los naturales de esas islas afortunadas.

« Al hablar de las virtudes y calidades de estos isleños , no pretendo asegurar que carezcan de ejemplares ó circunstancias aisladas en que las leyes hayan sido infrinjidas. Un estado perfecto de sociedad no ecsiste ni ecsistirá jamas en este globo tan rico en anomalias : la necesidad misma de las leyes indica lo contrario. Castigar á una

una mujer es considerado justamente por los habitantes del grupo de Bergh como una accion inhumana y bárbara, sea cual fuere su causa. Pero si una mujer se declara en rebeldía y desobediencia contra su marido, si los medios de suavidad y dulzura no son parte á convertirla, la trasladan á una isleta del grupo habitada por mujeres solas. El hombre que se tomase la libertad de proteger la evasión de una de aquellas desterradas sería al instante mismo condenado á muerte. No menos severos son los castigos en que incurre cualquier marido que maltrate á su mujer.

« En lo tocante á los ejercicios de fuerza y de agilidad, algunos de aquellos naturales podrían muy bien abochornar á los Alcides que se nos presentan en Europa como fenómenos. Con una rapidez la mas sorprendente hacen muchas piruetas por delante y por detrás, sin el auxilio de ningun calzado elástico, y asimismo son sumamente hábiles en saltar, correr y arrojar pesos enormes. Igualmente suben á la copa de un coco encumbrado, recto y liso como el palo de una embarcacion; con la misma facilidad de un ágil marinero suben por los flechastes de los obenques. Sobresalen en el ejercicio de la nadadura y parecen zambullirse en el agua como tiburones ó tortugas. Sumerjiéndose á una profundidad de quince toesas, consiguen sacar á veces una docena de ostras perleras.

« En pocas palabras puede resumirse cuanto atañe á sus ideas religiosas. Creen que todos los seres han sido creados por un ente sabio y poderoso que todo lo dirige y gobierna, y cuya residencia es superior á las estrellas fijas; que este ente superior vela sobre todos sus hijos y sobre todas las criaturas con un cuidado y afecto paternales; que subviene á la subsistencia de los hombres, de las aves, de los peces y de los insectos, destinando el animal mas pequeño á servir de pasto al mas grande, y debiendo servir todos al sosten del jénero humano; que el creador riega esas islas con su propia mano, haciendo llover desde lo alto en tiempo oportuno; que ha plantado el coco, el árbol de pan y todos los demas árboles, ni mas ni menos que las plantas y los céspedes; que las buenas acciones le son agradables, pero que las malas le ofenden en alto grado; que serán felices ó miserables en la vida futura segun su conducta observada en este mundo; que los buenos vivirán en un grupo de islas deliciosas, mucho mas bellas y agradables que las suyas al paso que los malos serán separados de los buenos y trasladados á alguna isla peñascosa y volcanizada, carente de cocos, de árboles de pan, de agua fresca, de pescado y de toda clase de vegetacion. Por lo demas, esos naturales no tienen templos, ni iglesias ni formas exteriores de culto; pero dicen que

profesan un profundo amor al ser supremo á causa de su bondad hácia ellos.

« Consideran el contrato conyugal como una obligacion sagrada, y debe celebrarse en presencia del rey ó de uno de los principales oficiales de S. M., debidamente autorizado y delegado á este objeto. Antes de formar un contrato semejante, no se impone á ningun seco la menor restriccion, de suerte que las mozas pueden conceder sus favores á quien mejor les parezca, sin incurrir en ningun reproche ni sentir ninguna especie de remordimiento; pero cuando casadas el menor tropiezo les acarrearía la infamia. Qualquiera mujer preñada, sea casada ó soltera, es considerada con honor y con respeto: justamente envanecida de su fecundidad, está muy lejos de tomar ninguna precaucion para encubrir su estado. El mozo que busca una esposa comunmente da la preferencia á la que ha dado ya una prueba tan auténtica de su disposicion á procrear.

« Sus ceremonias fúnebres están igualmente impregnadas de un carácter singular. A la muerte de un prócsimo pariente se abstienen de toda clase de alimentos por espacio de cuarenta y ocho horas, y durante un mes solo comen frutas privándose enteramente de pescado, que constituye la mayor golosina del país. Cuando sobreviene la pérdida de un padre ó de un esposo, se retiran ademas á una soledad en las montañas por espacio de tres meses. Sin embargo fuerza me es añadir otra circunstancia que para honor de la naturaleza humana quisiera pasar en silencio. La muerte del rey ó de un caudillo principal es celebrada siempre con sacrificios humanos! Elijen al objeto muchos hombres, mujeres y niños para servirle de comitiva honorífica en el mundo de los espíritus, y se jactan de esta distincion, porque son enterrados en el mismo sepulcro que él. En estas ocasiones, y durante los dos meses siguientes á los funerales de un caudillo, no es permitido á ninguna piragua estar á flote. Un corto número de misioneros hubieran disipado en breve tiempo esas tinieblas supersticiosas.

« Llevo ya dicho que la raza indiana que habita las dos islas del O. y la raza negra que ocupa las dos islas del E. están comunmente en guerra; pero todavía no he mencionado su modo de empezar y proseguir las hostilidades. Segun los datos que he podido reunir, la marcha ordinaria de sus operaciones es la siguiente.

« Si los isleños del O. han recibido ó creen haber recibido alguna injuria de sus vecinos del E., despachan un agente debidamente autorizado para anunciar á los agresores que en el espacio de cinco dias contaderos desde la fecha (porque siempre proceden por dilaciones de cinco dias), á tal hora y en tal punto, cierto

número de guerreros desembarcarán de un número designado de piraguas en su territorio, armados y equipados en tales términos; en fin que se entablarán negociaciones en el tiempo y sitio indicados, relativamente á las esplicaciones que deban darse y á las reparaciones que puedan escajirse.

« En consecuencia tiene lugar el desembarque, la conferencia y la negociacion; si el objeto de la contienda se compone amistosamente, celébrase el concordato con un festin, y los dos partidos se dan por satisfechos; pero si no pueden convenirse, no les queda otro recurso que las armas. Un número igual de guerreros vienen á las manos con los querellantes, y el mas fuerte tiene razon. Por espacio de media hora combaten como tigres furiosos, esparcen la muerte y las heridas sin reserva y confusion; sepáranse en seguida cual si hubiesen tomado un acuerdo definitivo, y descansan el resto del dia. Los dos partidos se quedan en el campo de batalla, y se ocupan en enterrar los muertos y cicatrizar las heridas.

« Al siguiente dia, cuando las dos parcialidades declaran hallarse dispuestas á combatir, prosiguen la lid con nuevo entusiasmo, y la hacen durar doble tiempo que la víspera, á menos que uno de los dos partidos ceda el campo y dé al otro la victoria; pues de lo contrario, al cabo de una hora de obstinado combate se separan de nuevo, abandonan sus armas y se ayudan mutuamente á sepultar sus muertos y á curar sus heridos haciéndose del amigo. Al dia tercero se decide la suerte de la campaña: al rayar el alba dan nuevo principio al combate y lo continúan hasta que sucumba uno de los partidos. Si el que sucumbe es el agresor, abandona sus piraguas y sus armas á los vencedores; pero estos están obligados á dar un festin á los vencidos y acompañarles en seguridad á sus islas, donde se ratifica un tratado de paz por medio de un nuevo festin que dura dos dias. En ambos pueblos traen luto durante quince dias en honor de sus camaradas muertos en el combate. Renuévase las relaciones de amistad, y los isleños de ambas tribus van y vienen como de costumbre, los unos á casa de los otros.

« Por otra parte si los agresores salen con la victoria, los otros acceden á todas sus demandas y concluyen un tratado tan favorable como lo permiten las circunstancias, y ratificado por un festin que dura dos dias. Los prisioneros hechos en la accion pertenecen á los que les cojen si su partido alcanza la victoria, pues de otra suerte son restituidos á los vencedores. Sin embargo los individuos del partido que cede no son considerados jamas como prisioneros; antes les tratan con mucha consideracion y les acompañan á sus casas.

« Las arinas que sirven en esos combates consisten en lanzas de una madera muy lijera, terminadas en puntas de sílex ó de espinas de pez, y en otras lanzas de madera muy pesada, de unos quince pies de longitud, y terminadas en punta acerada y endurecidas al fuego. Estos naturales arrojan sus lanzas á treinta ó cuarenta pértigas de distancia sin errar ningun blanco de la talla de un hombre. Las puntas de sus armas no son atosigadas, no sé si por un sentimiento de honor ó por falta de recursos. Sus macanas son fabricadas con una especie de madera muy semejante á nuestro *jusia*; su longitud es de cinco ó seis pies y su grueso en cada estremidad como el puño, bien que algo mas delgadas en el medio, bien trabajadas, pulidas con esmero y cinceladas á veces con elegancia. Estos salvajes las empuñan por el medio y se sirven de ellas como un Irlandés de su *shilabeh*. Yo mismo he visto á un hombre tener á rollo con esta arma á media docena de adversarios. Las hondas con que dan principio al combate son hechas con las hebras de una corteza de árbol, y tienen tres pies de longitud sobre dos de grueso. En el centro se encuentra un agujero para recibir la piedra, que ordinariamente es del tamaño de un huevo de oca, y que pueden arrojar á ciento ó ciento cincuenta pértigas con bastante precision.

« Las habitaciones de esos isleños son bien concebidas y construidas con ingenio. Sus dimensiones varían de veinte á sesenta pies de longitud y de diez á treinta de anchura; no tienen mas que el piso bajo, con unos techos angulares retejados con hojas de coco ó de otra palmera que las constituyen completamente impermeables. Durante la estacion lluviosa, las partes laterales de la casa son guarnecidas de anchas esteras que se colocan á fines de noviembre y se quitan á principios de febrero para ajustarlas bajo el remate del techo, en un punto destinado á este objeto. Así es que durante unos diez meses el aire circula libremente por toda la casa, así de noche como de dia. Cuando en febrero se quitan las esteras á prueba de agua, las reemplazan en la buena estacion con esteras de mallas abiertas, semejantes al parecer al filareto de un navio. El piso es tapizado de groseras esterillas clavadas regularmente una vez cada semana en la playa del mar.

« Sus camas consisten en esteras flexibles y muelles, pero muy bien trabajadas, y los mas mimados tienen muchas amontonadas unas sobre otras. A veces las madres tienen unas cunas de mimbre sostenidas del techo de la casa para servir de camilla á los niños. Asimismo tienen una especie de cama, ó mas bien litera, notable por el ingenio de su invencion, destinada á los enfermos; consiste en una vasta y consistente estera, estendida sobre un bastidor de bambú

elevado diez y ocho pulgadas sobre el nivel del piso y ribeteado de briznas. Estas esteras tienen un agujero en el centro, á fin de que el enfermo pueda satisfacer todas sus necesidades corporales sin ser trasteado. En la parte del techo correspondiente á estas literas hay suspendidos grandes abanicos de hojas de palmera que el paciente puede con facilidad poner en movimiento con el auxilio de un bramante. Asimismo tienen esterillas muy bien trabajadas, que hacen veces de manteles y que se lavan siempre que deben servir: en una palabra, en lo tocante al aseo personal y doméstico, estos isleños pueden sostener ventajosamente la concurrencia con cuantos pueblos he visitado, y mi patrona me dijo con frecuencia que para su instruccion en la ciencia de la economía doméstica debe mucho á las lecciones que recibió en el grupo de Bergh.

« Las casas son dispuestas por grupos ó villorios alineados con regularidad y separadas por medio de calles de unas cincuenta toesas de ancho. Cada habitacion tiene un espacioso verjel circuido de una empalizada de bambú que permite la libre circulacion del aire. En el centro de cada villorio se halla la residencia de un caudillo que dirige todos los negocios en calidad de majistrado. Todas las disputas locales se someten á su juicio, pero se tiene el derecho de apelar de su sentencia á la del rey ó del jefe principal de la tribu.

« Estas islas son de una elevacion mediana: cada una es encumbrada en el centro, y el terreno va declinando por grados hasta rematar en deliciosos valles ó pingües praderías que se estienden por las playas: en todas partes se ven torrentes de agua limpida corriendo hácia el mar. Fácilmente se concibe que un grupo de islas situado cerca del ecuador, cubierto de un terreno profundo y poco compacto, y bajo la influencia del sol de los trópicos, debe de ofrecer una vejetacion rápida y perpetua. Con efecto, no pocas veces se observan en un mismo árbol y aun en una misma rama flores y frutos en sazón mezclados con otros frutos en todas las fases de su medro. Cada hoja que cae es reemplazada casi inmediatamente por una nueva hoja, al paso que los frutos llegados á su madurez ceden el puesto á nuevos jérmenes. La primavera, el estío y el otoño se disputan continuamente en aquellas islas el imperio de la naturaleza. En esta lucha apenas se echa de ver el invierno por un momento, retirándose con una sonrisa vivificadora, aun mas dulce que las de las otras estaciones.

« Si los habitantes de estas islas deliciosas tuviesen algunos conocimientos de agricultura y quisieran consagrar á ella una parte del talento y de la habilidad que despliegan en sus trabajos de menor importancia, estas comarcas podrían

transformarse en breve tiempo en los jardines mas deliciosos del globo. Yo me atrevo á congratularme con la esperanza de haber podido contribuir á echar los cimientos de una revolucion tan apetecida. A este objeto les he suministrado todas las luces que me permitieron la brevedad de nuestra permanencia y el auxilio de algunos intérpretes cuyo idioma natural era tan semejante al suyo que podian confabular juntos sin la menor dificultad. Igualmente les procuré otras diversas especies de simientes, que prometieron plantar y cultivar segun mis instrucciones. Entre estas simientes se hallaban manzanas, peras, al-bérchigos, melones, ciruelas, patatas, berzas, calabazas, cebollas, remolachas, zanahorias, pastinacas, judías, guisantes, etc. Creo que el café, la pimienta, la caña dulce y diversos jéneros de especias surtirian muy buen efecto en estas islas con mucha facilidad y casi sin cultivo.

« La abundancia y la frondosidad de las selvas son una prueba bien patente de la riqueza del territorio de estas islas. Bien sé yo que los terrenos elevados producen madera de sándalo; mas no puedo asegurar en que cantidad. En todas partes se encuentra un gran número y una variedad de excelentes plantas, no solo en los valles y llanuras, sino tambien en las eminencias y casi en las mas encumbradas cimas. Muchas eran del todo extranjeras para mí, y creo que hay algunas poco conocidas de los naturalistas. A buen seguro que se encontrarian varias sumamente apreciadas por nuestros aficionados á objetos científicos. Los cocos y los árboles de pan se remontan á una altura enorme, y sus frutos son mucho mas abultados y sabrosos que cuantos llevo visitados en las demas islas de esos mares.

« Los naturales del grupo de Bergh son favorecidos de un agua muy pura, que descende en limpidos torrentes de los manantiales de sus montañas; pero raras veces la beben sin que haya circulado por las venas invisibles del oco y sin que haya formado su reservatorio vejetal en el centro del delicioso fruto de este árbol. Purificada así en uno de los mas perfectos alambiques de la naturaleza, la consideran como la bebida mas pura y mas saludable del mundo.

« El clima de estas islas no es nunca sobrado cálido ni frio. Situadas en el sitio donde corre con mas fuerza el viento alisio del N. E., son refrescadas sin cesar por la brisa marina que mantiene la atmósfera en un estado de salubridad favorable á todos los seres de la naturaleza animada.

« Mis conocimientos son sumamente limitados en lo tocante á los animales que se hallan en el grupo de Bergh, atendido que no he tenido ocasion de visitar su interior. Sé sin embargo que los bosques abundan en aves de diversas

especies; todas agradables á la vista y dotadas en su mayor parte de un canto melodioso. He visto igualmente mucho réptiles de la familia de los lagartos, pero ni una serpiente siquiera. Los insectos son numerosos y brillantes, mas no importunos. Nunca llegamos á percibir un mineral que merezca ser citado. En el interior del arrecife que circunda el grupo entero, las aguas abundan en todo jénero de pescado, que puede cojerse en abundancia, ya por medio del anzuelo, ya con el auxilio del buitron. En los arrecifes, en las hondonadas y en las playas se encuentran diferentes especies de mariscos, entre los cuales hay algunos que esceden á cuantos he encontrado en las demas partes del mundo. No sé un sitio donde el naturalista y el aficionado puedan procurarse una coleccion de mariscos raros, curiosos y apreciables, mas rica que en esas islas. Las ostras perleras son comunes, y las que obtuvimos de los naturales son de la misma especie que las de Soulou. La tortuga verde es asimismo comun; pero juzgo que la tortuga de cabeza puntiaguda es sumamente rara, por cuanto encontramos muy pocas en el agua, y los naturales poseian muy pocas conchas,

« La *corza marina* (holoturia ó tripang de los Malayos) puede obtenerse en abundancia y de una calidad superior, con tal que pueda contarse con las disposiciones amigables de los naturales; pues de lo contrario el tiempo y el trabajo aplicados en semejante pesca serian del todo inútiles. Si las circunstancias fuesen favorables, podrían hacerse muchos cargamentos de este jénero, y su mayor parte se venderia á un precio muy subido si las muestras que observámos pudiesen servir de norma para juzgar de su calidad en jeneral. Algunas de las que encontramos, tenían dos pies de lonjitud y diez y ocho pulgadas de circunferencia, y su carne pesaba, sin los intestinos, de siete á nueve libras, cuya dimension es ciertamente superior á la de todos los moluscos de esta especie que he visto en las islas Fidji, en las Nuevas Hébridas, en la Nueva Zelandia, en la Nueva Bretaña, en la Nueva Guinea, y aun en las islas de la Matanza (1).»

(1) En la páj. 369 del tomo II de esta obra hicimos ya mencion del reciente viaje al rededor del mundo verificado por el contra-almirante Mr. Dumont d'Urville, en el espacio de 4.400 dias y á expensas del gobierno francés, con las corbetas del Estado *el Astrolabio* y la *Zélée*; viaje altamente importante á la jeografía, la historia natural y todas las demas ciencias físicas por los grandiosos y satisfactorios resultados que en él se han obtenido en orden á la esploracion de la Oceania y de todo el hemisferio Sur, por tanto tiempo olvidado, y aun en la actualidad tan poco conocido. Con efecto, son tan preciosos é interesantes bajo todos aspectos los documentos recojidos por los oficiales adictos á esa expedicion científica en todos sentidos, que no podemos menos de trazar á continuacion una sucinta reseña de los principales trabajos, debidos al jenio de MM. Beaute-

Tales son las narraciones de Morrell, narraciones en realidad impregnadas voluntariamente por el aventurero americano de cierto entusiasmo que huele á poesia. Sin embargo dejando á un lado sus ecsajeraciones, Morrell se ve forzado á añadir que no bien habian transcurrido tres dias desde que se hallaba en el fondeadero, cuando se acercaron á su nave los amables y sencillos isleños de Hogoleu con cuatrocientas piraguas de guerra, entre las cuales habia muchas provistas de abundantes provisiones de guerra. Apesar del buen concepto en que tenia el Americano á sus nuevos amigos, mandó sin titubear un zafarrancho jeneral y dispuso que se virase de ancla á fin de abandonar aquellas aguas. Por manera que aquellos recomenda-

Beaupré, de Blainville y Serres, á fin de que nuestros lectores se convenzan perfectamente de que esta peligrosísima empresa á que ha dado cima Mr. Dumont d'Urville, es sin disputa una de las mas útiles y fructuosas que ha acometido la Francia de un siglo á esta parte.

La hidrografía se ha enriquecido de setenta y tres mapas y cuarenta y dos planos de varios puertos y fondeaderos. La mayor parte de los mapas, trazados por el concurso de observaciones astronómicas hechas así en tierra como en mar, constituyen una coleccion que ha sido calificada por la Academia de ciencias, á quien ha encargado su exámen el Ministro de Marina, «como un monumento científico que será consultado con fruto durante muchos años por los navegantes de todas las naciones.»

Las variadas colecciones de historia natural suministrarán á la ciencia, segun la expresion de Mr. de Blainville, una grandísima cantidad de especies raras y enteramente nuevas, cuyo número total asciende á unas 2.200, á saber: 700 aves, 170 réptiles, 400 peces, 1.300 insectos y 567 crustáceos. Por lo que hace á los cuadrúpedos, solo se cuentan unas cuarenta especies; pero es de notar que en un viaje como el del *Astrolabio* y la *Zélée*, que no permite alejarse demasiado de la orilla del mar no es posible hacer colecciones harto importantes de esta naturaleza.

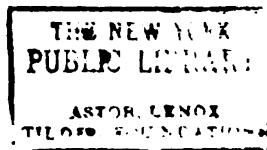
Uno de los resultados mas apreciables de la expedicion consiste en la riquísima y numerosa coleccion de cráneos y bustos de yeso, vaciados sobre el natural, de todas las razas de hombres mas ó menos adelantados en la carrera de la civilizacion. Esta parte interesante de las colecciones del *Astrolabio* se debe enteramente á los trabajos de Mr. Dumoutier. Es cierto que ninguno de los modernos navegantes ha olvidado del todo la historia de la especie humana á través de las razas y variedades que pueblan el mar del Sur, desde la Patagonia hasta la Malasia y la China; pero tambien lo es que desde los viajes del inmortal Cook que dió el ejemplo á sus sucesores, todas las noticias que han suministrado al orbe científico se reducen á algunas descripciones ó retratos raras veces iluminados y mas raras veces aun de tamaño natural. MM. Péron y Lesueur, Quoy y Gaimard, Leson y Garnot, trajeron ademas de sus viajes algunos cráneos de diferentes razas; pero Mr. Dumoutier ha hecho muchísimo mas, vaciando uno ó dos individuos de cada raza, á veces de entrambos sexos, y dando al yeso la tinta natural. Esto supuesto, fácilmente se echa de ver cuanta habilidad artística debió de esjijir este jénero de trabajo, por cuanto es mucho mas difícil de lo que jeneralmente se cree; pero tampoco debe pasarse en silencio la imponderable perseverancia y medios persuasivos de que tuvo que echar mano Mr. Dumoutier para inducir á unos hombres mas ó menos salvajes á dejarse tocar la cabeza y el pelo, que entre ellos es reputado casi irreligioso, y por último hacerles mantener la cabeza y el rostro aplicados á una masa de

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

PLATE
20289

de la fin de la

Grande Ile des Pirogues. Tondou
Grande Piro de los Curones en Tondou



2. Entrevistas con reclusos a bordo del "Castor" de Tauritani
3. Entrevista en el navio con los Naturales de Tauritani

bles isleños apesar de sus bellas circunstancias obligaban á su admirador entusiasta á darles una despedida con puntas de retirada.

Entretanto el *Océánico* iba continuando su navegacion. A 5 de junio costeó á poca distancia el grupo de Tamatam, Fanendik y Ollap, pasando á dos ó tres millas de la primera de estas islas. Los naturales nos salieron al encuentro á diez millas de distancia en grandes y suntuosos paros de una construccion elegante y de una marcha superior (Pl. LIX.— 1, 2 y 3). La vela en triángulo, la proa y la popa salientes, la plataforma formando en cada lado una especie de camarote, todas las circunstancias indicaban un pueblo bastante adelantado en el arte de la navegacion. Sin embargo á primer golpe de vista reconocimos fácilmente cuanto habian eesajerado la marcha de esas piraguas los primeros navegantes, estimándolas en veinte nodos por hora, puesto que en lugar de su rapidez fabulosa, apenas andaban siete nodos por un mar tan sumamente duro.

Robustos, activos y bien constituidos, estos isleños abordaron al buque con la osadía de hombres habituados á ver Europeos. Reían á carejada suelta, cantaban y nos ofrecían varios objetos de la madera misma de sus piraguas, que traían deseos de permutar contra hierro, que llamaban *loulou*. Joviales, antojadizos, honrados y fieles en sus trueques, aquellos salvajes estaban muy lejos de presentarnos las formas flexibles y sueltas, las facciones dulces y agraciadas, las maneras decentes y reservadas de los habitantes de

Yeso hasta que se endureciese. Tal es la causa que impidió á veces coronar la operacion de un éxito completo, pues muchos salvajes, no teniendo la paciencia necesaria para aguantar mas, destrozaban la cástula antes de que se hallase bien consolidada. Sin embargo, apesar de todas estas dificultades, Mr. Dumoutier ha conseguido obtener una serie de 54 bustos que comprenden todas las variedades de la especie humana de los países que ha visitado sucesivamente la expedicion dirigida por Mr. Dumont d'Urville.

Mr. Dumoutier se ha procurado igualmente, ademas de estos bustos, varios cráneos de diversas razas de hombres y aun esqueletos enteros, bien que en esta parte ha tenido que arrostrar obstáculos y dificultades no menos considerables que los del vaciado, por razon del respeto religioso con que todos esos pueblos considerados como salvajes conservan los restos de sus padres. Es tan profundo este respeto, que cierto habitante de las islas Kolou, raza la mas feroz de toda la Malasia, á quien Mr. Dumoutier pedía que le procurase un cráneo á precio de oro, decidióse sobre la marcha á ir á decapitar un enemigo para suministrarlo, pero en ninguna manera consintió en sacar uno de ningún sepulcro. El mismo hecho tuvo lugar por parte de un habitante de las islas Viti.

Estos pormenores, verdaderamente curiosos y estimables bajo cualquier aspecto que se consideren, no podían menos de merecer el aplauso de los naturalistas que se dedican á un estudio detenido y filosófico de la quinta parte del mundo, en tanto que el mundo científico populariza y ensalza el nombre de Mr. Dumont d'Urville, bajo cuyas órdenes se han alcanzado unos resultados tan ventajosos al progreso de las ciencias naturales, norma infalible de la paz y prosperidad de los imperios.

Otdia, de Ualan y aun de Hogoleu. Las comunicaciones que con ellos tuvimos fueron muy pocas, en razon de que Pendleton quiso cuanto antes hacerse á la vela para pasar á la parte meridional de las Marianas.

Este pequeño grupo parece corresponder á las ISLAS MÁRTIRES de los antiguos mapas españoles; pero hasta en 1801 no fué señalado con entera certidumbre por el Español Ibergoitia, capitán del buque *Filipina*. En seguida fué reconocido sucesivamente por Freycinet en 1819, por Duperrey en 1824 y por d'Urville en 1828. Compónese este grupo de tres islotes bajos, selvosos, separados unos de otros por muy poco trecho y circuidos de una rompiente cada uno. El grupo entero no tiene mas que seis millas de estension de N. á S. y está situada á los 7° 37' lat. N. y á los 147° 10' lonj. E. (ollap).

Nuestro derrotero era ya del todo libre hasta Gouaham, sin que se encontrase una sola isla. Apesar de esto, no pudimos doblar la punta S. de la isla hasta á 10 de junio; pero al dia siguiente, alcanzado por el Inglés Anderson, antiguo capitán de puerto en aquella residencia, el *Océánico* llegó á la espaciosa bahía de Apra, donde amarró el ancla á las tres de la tarde.

CAPITULO XXV.

ISLAS MARIANAS.—GOUAHAM.

Gouaham era una diversion y un contraste entre esos archipiélagos poblados de razas primitivas. Esta isla no contiene ya ningun natural de cuerpo medio desnudo y de idioma ininteligible: estábamos en España ó almenos en colonia española: embarcado en la yola para pasar á Agagna, llegando hácia esta puebla cristiana, pude disfrutar de cuantos efectos curiosos y casi nuevos para mí ofrecia aquel espectáculo: torres de iglesia, cruces fijadas en todos los promontorios, edificios que recordaban los pobres arrabales de Manila y el tañido de la campana católica que retronaba en el seno de aquella dilatada atmósfera me hacian experimentar impresiones un dia familiares y á la sazón casi de todo punto desvanecidas. Tras un año de vida vagabunda, tropezaba de nuevo con el culto cristiano en un grupo aislado en medio de un mar sin orillas; podia aplicar un sentido determinado al menor tintín de aquella especie, ya cuando llamaban á los fieles á la oracion, ya cuando parecían significar: Ides, la oracion está concluida ya.

No dejó de continuar esta impresion al desembarcar: era un dia festivo para el país, y la poblacion se encaminaba á la iglesia, sobrado estrecha para contenerla toda. Alineadas en prolongadas filas, las mujeres y las mozas caminaban en silencio con orden y recojimiento. Pa-

ra amenizar la monotonía de aquella marcha religiosa, cada una de ellos había encendido un inmenso cigarro que iban fumando con una gravedad enteramente española. Lo que retardaba el servicio divino, consistía en que habían ido á buscar al alcalde D. Domingo, ó D. Manuel, no sé á punto fijo cual de los dos. Despues de un cuarto de hora otorgado á su dignidad, llegó el señor alcalde, escoltado de seis monacillos y del sacristan. El alcalde era un jóven de gallarda presencia y de buenas carnes, cubierto de un sombrero de paja de Manila, calzado con zapatos y medias, y cubierto con calzones flotantes con una blusa ó una camisa listada (PL. LX. — 1). Encaminóse directamente á la iglesia con lentitud y majisterio, fué á sentarse en el puesto de honor, y escuchó el oficio divino en latin cual si acertase á comprender alguna cosa. Y sin embargo era un indijena que hablaba una jergonza de español y de *chamorre*, el antiguo dialecto del país.

Semejantes escenas me embelesaban sobremedera. No cabe duda que aquella poblacion era sumamente miserable poniéndola al paralelo con recuerdos europeos; pero parangonada con sus vecinos de la Oceania, ofrecia un aspecto muy notable de orden y civilizacion. Esas mujeres con la cabeza y pies desnudas, sí, pero cubiertas de una saya y una almilla, decentes y aseadas. Esos cigarros en todas las bocas, esas cruces colgadas del cuello, esos tocados semi-españoles, semi-italianos, esas iglesias, esas imágenes en sus pequeños nichos (PL. LX. — 4), todo sorprendia, todo absorbia, en medio de tan remotos mares, entre aquellas razas misteriosas y diversas, entre aquella confusion de cultos y de orijenenes. No eran menos curiosos los tipos para observados; aquí una especie de dómine, de frente calva y de cabello liso, con el libro debajo del brazo conteniendo todo su saber; allí el natural mimando á su gallo favorito, su gallo de batalla, su fortuna y su diversion; acá el cazador del país, el valiente cazador de ciervos, con su busto desnudo, con sus bragas holgadas y su espadín al lado (PL. LX. — 2): tales eran las escenas que se ofrecian á mi vista á medida que me acercaba á la ciudad.

Esta si se quiere ciudad, no puede llamarse tal si este nombre se toma rigurosamente en su acepcion europea; pero sí una ciudad colonial, una ciudad marianesa. Las casas, construidas en su mayor parte de aristas y de hojas de cocos, y forman calles bastante anchas y plazas harto regulares. A primera vista se conoce ya que ha presidido á su disposicion un plan de orden y de simetría. Cuéntanse en Agagna cerca de seiscientas casas, entre las cuales hay unas cincuenta solamente de mampostería, pues todas las demas no son mas que casas circundadas

de una pequeña cerca plantada de tabaco. Estas casas no tienen raras veces mas de dos aposentos separados por un tabique de tallos de bambú ó de cocos. El uno destinado para confabular, trabajar ó columpiarse en la hamaca de dia, y por la noche para dormir los hijos y los criados de la casa. En la otra pieza descansan los jefes de familia bajo la proteccion de algunas imágenes de santos. Las casas, salvo las que son de mampostería, están construidas todas sobre estacas á causa de la estacion de las lluvias, y á algunos pasos de distancia se vé la cocina, pequeño edificio separado de la habitacion principal.

Recojiendo por este tenor algunas noticias preliminares sobre Agagna; llegué al palacio del gobernador D. Medinilla (1) á quien debia mi primera visita así por conveniencia como por necesidad. D. Medinilla me recibió de la propia suerte que recibe á todos los Europeos que se le presentan, con una amabilidad y urbanidad esquisitas. Tenia un no sé que de afectuoso y digno á la vez, de dulce y de serio. No llevando sus preguntas hasta la indiscrecion, se enteró con interés del objeto de mi viaje, y se puso á mi discrecion para suministrarme todas las proporciones necesarias. El palacio en que me recibió en Agagna es construído de piedra y de madera, y sus avenidas están defendidas por ocho piezas de artillería y una pequeña guardia mal armada. Este edificio es espacioso, pero destituido de todo artículo de ornato, salvo un retrato del rey de España y algunos grabados medianos que tapaban las paredes interiores. A espaldas del palacio hay un campo ceñido de

(1) El título de *Don* usado solamente en España como un tratamiento de honor que antiguamente se daba á muy pocos, pero que se ha hecho ya distintivo de todos los nobles y aun de los que no lo son, por efecto de un mero abuso ó tolerancia, debe anteponerse siempre é indistintamente á los nombres del bautismo y en ningun caso á los apellidos, como D. Pedro, D. Diego, D. Bernardo, etc. Así diremos *D. Federico Carreras*, *D. Pedro Escuder*; mas no *D. Carreras*, ni *D. Escuder*. Sin embargo, los Franceses, que siempre andan muy equivocados en orden á los usos y costumbres de nuestra España, juzgan que el *Don* español equivale al *Monsieur* francés, y que así como este último tratamiento puede anteponerse indistintamente al nombre de pila ó al apellido, como cuando dicen *M. Alexandre Dumas*, ó solo *M. Dumas*, del mismo modo puede decirse en español *D. Alejandro Dumas*, ó bien *D. Dumas*; sin advertir que el *Don* es un título esclusivamente español, que no tiene equivalente propio en francés, y que el *Monsieur* equivale en romance á *Señor*, de suerte que observan entrambos el mismo uso, y así diremos muy bien, el *Sr. Saura*, ó el *S. Diego Saura*; el *S. Serra*, ó el *S. Ignacio Serra*, etc. En esta misma equivocacion incurre actualmente Mr. Dumont d'Urville, creyendo que el *D.* sigue las mismas vicisitudes que el *Sr.* y que lo mismo puede decirse *D. Medinilla* que *D. José Medinilla*, cuyo error no hemos querido enumerar en lo mas mínimo, bien persuadidos de que el traductor debe hacer una copia fiel al modelo tal como salió de manos del autor, á fin de que resalten con mas evidencia las cualidades del original.

3. *Palacio (Palais) a Umata*

3. *Palacio en Umata*

2. *Temple of Umata*

4. *Mercer de Umata*

Temple of Umata

PITTORESQUE
PINTOESQUE

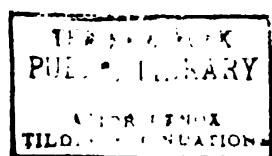
THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

1. *Bahia de Umata*
2. Bahua de Umata

2. *Hombres de varias Clases en Caba*
3. Hombres de varias Clases en Caba

de la mano del

IMAGE
VIA



murallas que llamaban el *jardín*. Al atravesarlo rápidamente eché de ver en él un prodigioso número de hermosísimas ananas de que se jacta Gouaham (Pl. LXII.— 1).

Además de este palacio, Agagna encierra otros establecimientos públicos, como por ejemplo un colejo real (Pl. LXII.— 3) y una escuela primaria, donde casi tan solo se aprende á leer y cantar. Existen igualmente dos ó tres hilanderías, las unas francesas, las otras chinas.

Entretanto Pendleton fué asimismo á visitar á D. Medinilla, y en honor de este recomendable jefe que no desconocía el capitán, fuimos testigos de algunas fiestas. La primera diversion fué la de un combate de gallos, pasión de los naturales del país, que á buen seguro tomaron este juego cruel de los Malayos. La segunda, mas nueva para nosotros y mas característica, fué la representación de danzas mejicanas cuyas tradiciones importadas sin duda en otro tiempo por los galeones de Acapulco se habian perpetuado en las islas Marianas. Ya mucho antes que á nosotros, se habia dado este espectáculo á M. Freycinet y á los Franceses de la *Urania*. Eran los actores unos alumnos del colejo de Agagna, cubiertos de vestidos recamados que los jesuitas encontraran un día en los templos indijenas de la Nueva España. Esos bailes, especie de pantomima alegórica (1), fueron ejecutados ante el palacio del gobernador, en una plaza alumbrada por antorchas y morteretes llenos de resina. Véase figurar en ellos el emperador Motezuma con la diadema imperial en la cabeza empuñando un abanico de plumas y seguido de algunos pajes ricamente vestidos. Tras este grupo venían con la frente ceñida de una corona y cubiertos de vestidos igualmente ricos, doce bailarines, entre los cuales se dignaba inmiscuirse el emperador. Todas estas parejas danzaban con gravedad, ora formadas en cuadro, ora desplegándose en semicírculo, ora disponiéndose en una especie de X. De los bailarines, unos tenían abanicos, otros castañuelas. En el segundo acto, los doce actores se apiñaron de dos en dos, teniendo cada pareja el cabo de medio oro muy grande, guarnecido de brillantes sederías. Solos ó reunidos con el emperador ó sus pajes, ejecutaron diversas y graciosas figuras, produciendo cada una un efecto pintoresco, de suerte que los aros dibujasen guirnaldas, arabescos y festones. Finalmente la danza se finalizó con algunas evoluciones guerreras, entre mezcladas de pñadas grotescas y de farzas burlescas de los graciosos. Enmascarados y vestidos segun la usanza mas ridícula, estos graciosos traían un sable de madera con que espadachineaban á derecha é izquierda, y su blanca carátu-

la tenía dimensiones diformes y desproporcionadas.

A estos bailes que dibujaban casi por entero la historia de la vida del infortunado Motezuma, sucedió una especie de juego de cintas semejante al que se practica en las provincias meridionales de Francia. Fijóse en tierra un palo con ocho ó doce cintas largas y anchas en su punta, las unas encarnadas, las otras amarillas ó azules, pues los colores eran mas ó menos variados, segun el número de los bailarines. Cada comparsa tenía la estremidad de una cinta, y debia jirar en redondo pasando alternativamente del que estaba á su derecha, y por detras del que venia despues. Los bailarines de número par jiraban en un sentido, y los de número impar en otro; de cuyos pasos y contrapasos, ejecutados en torno del palo, resultaba un enrejado ó entretejido cuya gracia nacía de la diversidad de colores y de la regularidad del dibujo. Para despojar el palo, los bailarines se entremezclaban por segunda vez, pero en sentido contrario y con una habilidad bastante grande para no embrollar las cintas. Todos los caballeros pares son guiados por un jefe, y los impares por otro. Aunque de suyo muy sencillo, este baile parece á primera vista muy complicado, por razon de la multitud de cordones que se cruzan rápidamente á derecha é izquierda, formando unas combinaciones cuya marcha no puede observarse con harta facilidad.

Los bailes nacionales no son tan curiosos ni exigen tanta destreza, pues todos se reducen á pasos carentes de gracia, de decoro y de simetría. El mas célebre es el llamado *el baile de los antícuos*, que sin duda es de tradición entre los naturales, y de cuyas combinaciones se deduce una nueva prueba del ascendiente que en estas islas ejercieron algun día las mujeres sobre los hombres. Sus evoluciones forzadas y sus jestos poco agraciados presentan un cuadro bien marcado. Un jóven con la cabeza cubierta de un sombrero de paja puntiagudo lanzóse á la arena armado de un palo, y en un discurso enérgico retó á sus adversarios, quienes no contestaron una palabra. Entonces las mujeres le coronaron y depositaron á sus plantas algunos frutos y telas en premio de su fácil victoria. Los bailes de los niños eran muy diferentes, y se asemejaban en algo á la chega de los negros.

El baile gusta muy poco á los Marianeses, y, ni mas ni menos que todos los criollos españoles, solo tienen una pasión real, que es la del *farniente*. El estado mas apetecible para ellos es la inercia y la inmovilidad; de manera que solo muden de sitio cuando están obligados á ello. Esta indolencia es llevada á un grado increíble. Un viajero nos referia, entre otras pruebas que podrian servir de apoyo á este aserto, que aca-

(1) Véase la páj. 11 del tomo II.

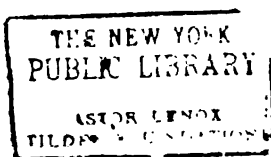
baba de comprar á un Marianés, y al precio bastante módico de un peso, un porquito. Satisfecho el precio, el viajero deseó que le llevasen la mercancía al bote, que solo distaba unos doscientos pasos del sitio donde quedaron acordados. Empero, habiendo manifestado este deseo, el Marianés se retractó inmediatamente. « Oh! dijo, para transportarlo hasta allí vale un peso mas; » y se recostó tranquilamente á la sombra para fumar su cigarro.

El baile es pues del todo antipático á este pueblo perezoso, que solo se entrega á él en las ocasiones solemnes. Pero en cambio la música constituye uno de sus mas dulces pasatiempos. El Marianés se despierta, descansa y se duerme cantando. Estos cantos son en jeneral dulces, lânguidos y armoniosos: son *trios*, *boleros* ó algunas *seguidillas*, aunque comunmente el natural prefiere á lo que anima lo que amodorrara. En las islas Marianas, todo el mundo trina así. Casi siempre se componen las coplas nacionales en honor de algun santo del paraíso, ó en memoria de algun suceso de importancia, como por ejemplo la llegada de una embarcación.

Despues de los bailes ejecutados por los naturales de las Marianas, presenciámos otros que tenían un carácter del todo opuesto, los de los Carolinos. Los Carolinos con el auxilio de sus piraguas rápidas y coquetas no temen salvar las doscientas leguas que separan su archipiélago del de las Marianas. Por medio de las estrellas y servidos por la direccion de los vientos se aventuran á un mar comunmente proceloso, y casi siempre llegan á buen puerto. Durante mi permanencia observé unos diez de esos paros carolinos que hacian el servicio del cabotaje de las Marianas. Ájiles, esveltos y atrevidos, los marinos que montaban estas barcas nos dieron un espectáculo de sus bailes nacionales, tan vivos, alegres y petulantes, como lentos, muelles é indecisos eran los bailes marianeses. La fiesta era sin embargo mas solemne para los actores que para los espectadores. Armados de palos, se sonreían, daban pernañas, jugaban y se divertían. Reunidos al principio en dos columnas, los bailarines entonaban un canto acompañado de jestos graciosos y movimientos lascivos; pero en breve sucedió á esta escena erótica un canto mas alegre. Tomábanse por la mano, corrían en redondo, daban mil brinco, aplicando cada uno el pie al muslo de su vecino y piliendo á los concurrentes si estaban contentos de sus esfuerzos.

De esta suerte se pasaron algunos dias de fiesta, durante los cuales Pendleton consintió en olvidar su *Océánico*; pero así que le fué posible, el vijilante capitán regresó á bordo dándonos seis dias de tiempo para completar mis

reconocimientos sobre Gouaham. La bondad del gobernador me procuró una semana de distracciones á cual mas deliciosa. Mi primera correría tuvo por objeto la aldea de Mongmon, situada á poca distancia de Agagna sobre un territorio fértil, pero mal cultivado: el maíz, el arroz y el tabaco constituyen la base de sus explotaciones agrícolas. Al llegar á Mongmon fui á visitar la primera autoridad del país, una especie de correjidor, el *gobernadorcillo*, que me recibió empuñando el baston de mando, insignia de su dignidad. En seguida fui presentado á su mujer, marimacho acurrucado sobre el piso de su cabaña y en medio de un grupo de niños medio salvajes, la cual respondió sin dejar su cigarro á la fórmula de introduccion que habia aprendido en Agagna. En cuanto hube pronunciado: « *Ave María Purísima*, » la señora alcaldesa tartamudeó sin levantar los ojos: « *Sin pecado concebida*, » lo que fué todo cuanto pude obtener de ella, apesar de los esfuerzos que hacia el bueno de su marido para hacer mas animada la conversacion. Asimismo visité la deliciosa aldea de Sinahagua que domina toda la comarca; la de Sanvitores, sitio ilustrado por la muerte del misionero de este nombre, apóstol de las Marianas. En la bahía de Tomon y en el sitio mismo del martirio se ha erejido un altar donde mas de un Marianés verifica anualmente una piadosa romería. Yo pasé á él por mar con el secretario del gobernador, admirando los copados árboles que orillan la playa, y sobretudo los innumerables *cycas* (especie de palmera cuya fécula es semejante á la del sagú) que se hallan en los alrededores de la bahía Tayanasto. Aunque nuestra navegacion tuvo lugar en medio del día, acercábanse á nuestro barco nubes de murciélagos. Llegados á Tomon visitámos aquellos sitios venerados, y un sacerdote del país nos refirió sobre el mausoleo mismo el misterio de Sanvitores y sus milagrosos resultados. Apenas, decia aquel buen pastor, descendieron á Sanvitores el golpe mortal, cuando su alma, salvando las distancias y llevada en alas de los vientos, llegó á su patria y anunció en ella el infortunio acaecido. Todas las iglesias fueron enlutadas; las campanas tocaron por sí mismas, la corte se puso luto: parecia una calamidad jeneral. Ocho ó diez meses despues, Gouaham fué conmovida por dos ó tres terremotos, cuya causa no era por cierto desconocida: el crimen de Matapang debia ser espiado. Despues de haber recojido en el teatro mismo de la catástrofe esas piadosas tradiciones, nos dirijimos por una vereda escabrosa á la aldea de Guaton, allende la que se encuentra la punta de *Los Amantes*, célebre por una aventura romanesca. Toda esa parte del territorio de Gouaham es de una fecundidad prodijiosa: con un poco de trabajo se-



2 Colegio de Agaña
3 Colegio de Agaña

1

4 Ruinas antiguas en Tinian

PLANTAS DE
FLORES

11

ria un manantial inagotable de riquezas, pero los indolentes Marianeses no cultivan mas que el pedazo necesario para subvenir á su subsistencia, y en verdad que con poco tienen bastante. Por otra parte, aun cuando no pensasen en su alimento, la naturaleza se lo suministraría por sí misma, pues en toda la estension del país prodiga las raíces nutritivas y los *cycas* ó *federicos*, que son un recurso inagotable. Atravesando de paso estas llanuras, fuimos testigos de la operacion con que preparan el *cyca*, á fin de quitarle sus cualidades ponzoñosas por medio de la maceracion.

En todas esas aldeas nos prodigaban la hospitalidad mas albagüeña, merced á la presencia de mi compañero de viaje. En todas partes acudían los habitantes con algunos presentes; estos ofrecían gallinas, aquellos huevos. En vez de recibir estos objetos gratis, los satisfacimos con algunos pesos, lo que pareció colmar de alegría á aquellas buenas jentes. Desde luego nos dieron el espectáculo de una pesca: la que escije mas cuidado es la del *magnahuk*, sabroso pececillo de que los Marianeses hacen un consumo prodigioso. Este pez tiene una época de paso: cuando llega, todos los habitantes del litoral se ponen en movimiento. Nosotros asistimos á una de esas pescas: hombres y mujeres, todos se hallaban en el mar sin esceptuar las jóvenes de diez y siete á diez y ocho años, que se habian quitado su almilla anudándola al rededor del cuello, lo que las dejaba casi desnudas.

Visité sucesivamente en Agagna el almacén jeneral, las casernas donde hay una parte que sirve de hospital, un hermoso puente de piedra y un soportal sostenido por pilares de mampostería que sirve para abrigar á los operarios del gobierno ó para poner las piraguas á cubierto de los rayos solares. Pero de todos estos edificios el mas suntuoso así en su conjunto como en sus detalles era el colejo (Pl. LXII. — 3), fábrica regular que se compone de dos alas y de un casco con pequeñas ventanas y una puerta en arco.

Habia visto ya Agagna, la capital de Gouaham; pero todavía me faltaba ver Umata, la segunda poblacion de la isla, célebre por muchas recaladas científicas. Siempre interesado por mí, el gobernador no permitió que hiciese esta correría solo: dióme su mayordomo para acompañarme, con la orden de poner á mi disposicion el palacio de Umata.

Al dia siguiente partimos para aquella residencia con el equipaje mas singular que puede imaginarse. Mi guía el mayordomo abría la marcha con su mujer, llevando algunas bananas para amenizar la monotonía de la caminata; seguía despues el mayordomo montado sobre un buey embridado por las narices, al paso que recostado

en una hamaca llevada por dos naturales, y á cubierto de los rayos solares por medio de un inmenso quitasol, adelantábame yo cual verdadero sibarita por un sendero árido y arenoso (Pl. LXII. — 2).

Despues de una caminata de tres horas llegamos á Umata, trayendo mas deseos de hallar un abrigo contra los rayos solares que visitar la residencia. Sin embargo antes de entrar en palacio tuvimos que aguantar la plática del hombre que lo guardaba, de un *sarjento de la milicia*, funcionario muy chocante por su orgullo español y por el profundo desprecio que afectaba para la poblacion de las Marianas. Este hombre, antiguo militar del ejército de La Serna en el Perú, habia abandonado aquella comarca despues de la derrota de Cantazada, y refugiándose en las Marianas, donde casara con la hija del alcalde de Tinian, mujercita bastante fresca y avispada. A cada momento se jactaba con el gobernador de ser los dos únicos Españoles verdaderos que se hallaban en la isla, y trataba con un profundo desprecio al resto de la poblacion, que en su concepto no eran mas que *chamorras*, nombre de las razas primordiales y de sus diversos cruzamientos. Sarjento de la milicia, me enteró por puntos y comas de su jerarquía. Segun él, la fuerza armada de las Marianas se componia entonces de ciento sesenta hombres, divididos en tres compañías compuestas del siguiente modo: un *sarjento mayor* que es Don Luis de Torres, célebre por las relaciones de Kotzebue, Chamisso y Freycinet; tres capitanes, tres tenientes, tres *alférezes*, nueve sarjentos, tres *cabos*, y el resto soldados rasos. La paga del sarjento es de seis pesos mensuales; la del alférez de ocho; la del teniente de diez, y la del capitan de doce. Sin embargo ningun oficial ni soldado cobran un cuarto, pues sus asignaciones eran saldadas en objetos procedentes de Manila, y vendidos á precio muy alto por el gobernador mismo. En las islas Marianas no hay mas que tres alcaldes propietarios, los de Agat, de Umata y de Rota, pues el de Tinian solo es honorario. La paga de esos funcionarios solo es de doce pesos mensuales; pero estos pesos solo constituyen los menores productos de su destino. No parece sino que en todos los países del mundo hay un sueldo reconocido y otro sueldo oculto.

Tras esta corta conferencia entrámos en el palacio. Este palacio de Umata, ó *casa real*, era un edificio bastante notable que alzaba con cierto orgullo su hermoso techo de tejas encarnadas sobre el miserable bálago que lo flanqueaba á derecha é izquierda. Este palacio se compone por una parte de un cuarto bajo y de un primer piso con un terraplen, y por otra parte de un cuarto bajo en los jardines, de suerte que

el uno es cuarto bajo de delante con respecto al otro. El edificio está construido de piedra y de madera y de palo de teck, desgracia de seguros, lo cual motiva sin duda que las bigas que sostienen el edificio hayan sido labradas con bastante grosería. Los tablones que forman los pisos son igualmente muy desiguales, apesar de la edad y de los ludimentos que han debido sufrir. Por lo demas, el palacio es tan robusto y tan fuertemente enclavijado en el suelo, que los terremotos, tan frecuentes en las Marianas, apenas han conmovido su armadura, ó dislocado algunas carreras que actualmente hacen mas pintoresco el conjunto (Pl. XL. — 3). La puerta del palacio, ó mas bien su vestíbulo, sirve de soportal público á Umata. Bajo el real peristilo pernoctan y hacen sus meriendas los cazadores de ciervos, acostándose y durmiendo sobre el duro suelo. En el mismo sitio se hallan las mujeres abrigadas de día contra el sol ocupándose en trabajos manuales, al paso que los hombres con el cigarro en la boca y dispersos por acá y acullá, confabulan entre sí, ó se abandonan al soberano bien de los Españoles, el placer de no hacer nada.

El sarjento de la milicia habia ido á prevenir el alcalde, quien me hizo los honores de la casa real. En cuanto á mí, me abrieron los cuartos del primero, que consistian en un salon flanqueado de dos aposentos y de otras piezas pequeñas. Alojéronme en la sala principal, y me dieron por cama un viejo canapé de junquillo que gruñía bajo mi peso. Esta sala era abierta á las brisas marinas, y solo dejaba ver el sol poniendo en las vastas aguas de la bahía dorada por sus reflejos (Pl. LX. — 1). Una cruz de madera, unas gradas, una especie de desembarcadero; á lo lejos la playa orillada de cocos; mas allá el pobre y mezquino fuerte San Angel: tal era la vista exterior. En la sala habia una inmensa mesa de teck macizo que causaba otras impresiones. A buen seguro que á la época en que la España tenia en su mano el monopolio de las grandezas marítimas, cuando sus galeones cargados de oro y plata iban á anclar en aquellos parajes en su travesía de Acapulco á Manila, al rededor de aquella mesa se sentaron muchas veces oficiales y pasajeros, religiosos y marinos, seculares y eclesiásticos. A buen seguro que aquellos antiguos navegantes, que entonces se aventuraban á unos mares casi desconocidos, olvidaron de todo punto, acodados sobre la mesa, los peligros pasados y venideros. El vino á cántaros, las tajadas de ciervo servidas como en un banquete homérico, los cantos, las carcajadas, las talegas de oro y plata rodando por el pavimento, las preciosas mercancías amontonadas en los rincones de aquella sala; tales eran las escenas que se presentaban á mi imaginacion

á la luz dudosa de mi lamparilla; á aquella hora en que el pensamiento tiene mas vuelo para salvar las distancias de épocas y para meditar acontecimientos antiguos. Por lo demas, en la actualidad nada ofrece aquel recinto que dé márgen á prolongadas ilusiones. Los huéspedes mas ordinarios de la vivienda real son algunos perros que vienen á olfatear al extranjero, y que atestan las salas de sus inmundicias. Los místicos son igualmente unos visitantes altamente incómodos é infatigables.

Al siguiente dia visité mas detenidamente Umata. El edificio mas considerable despues del palacio es la iglesia, fábrica bastante sencilla, sin torre alguna, y precedida de una especie de gradas con una docena de escalones (Pl. LXI. — 1). Estas gradas se hallaban á la sazón guarnecidas de fieles que entraban en ringla para oír los sagrados oficios. A poca distancia de la iglesia se veia un convento antiguamente poblado de religiosos, pero en la actualidad desierto y medio arruinado (Pl. LXI. — 3). Sus materiales se componian asimismo de mampostería y de maderámen. Desde su tejado se descubre un punto de vista magnífico. Ademas de estos dos edificios, ecsisten en Umata, un hospital, un vasto sotechado para las embarcaciones, otro que sirve para los juegos de los naturales, dos escuelas, la una para los niños, la otra para las niñas, y las fortalezas que dominan la bahía.

La situacion de la aldea es deliciosa. Sus casas de madera, cubiertas de hojas de palmera y levantadas dos ó tres pies sobre el nivel del suelo (Pl. LXI. — 2), son alineadas en dos filas á cada lado del camino, en medio de bosques de cocos y sotillos de naranjos. Los frutos de estos últimos árboles son escelentes; en parte alguna la naranja tiene mas jugo ni mas sabor. Al pasar por debajo de aquellos arcos de verdor no pudimos menos de cojer y comer algunos.

El dia que pasó en Umata, fué lleno para mí de agradables distracciones. Con un fusil al hombro recorrí las cercanías plantadas de taro, de tabaco y de bauanas, y á mediodía, cuando la fuerza del calor ecsijió un alto, tomé un baño delicioso en un límpido arroyuelo sombreado por un inmenso toldo de mambúes. Toda aquella campiña es de una fecundidad prodijiosa, pero la pereza de los habitantes no sabe utilizar sus recursos. En otras manos el terreno produciria en abundancia arrow-root, patatas, sagú, azúcar, café, algodón, y quizás la nuez moscada; pero los Marianeses menosprecian todas esas explotaciones: caracterizados por una apatía increíble, no tanto son amigos de las riquezas como enemigos de un trabajo manual, y para dar una prueba evidente de esta pereza escensiva, basta decir que en toda la estension de la isla, la tierra solo tiene valor positivo donde se encuentran

1. *Exilio a Umata (Marianas)*
2. Iglesia de Umata (Marianas)

3. *Exilio a Moradores de Guam*
4. Casa de los Moradores de Guam

VIAJE

T. A. ...
P.O. ...
...
...

cocos estimados á un peso el pie. Todos los demas terrenos pertenecen á quien desea cultivarlos, para lo cual falta hacerse un recurso al gobierno, quien los cede sin ningun precio y sin el menor foro anual.

Los habitantes de Umata son poco ricos, pero joviales, pacíficos y contentos con su suerte. La aldea encerraba unas 300 almas. La devoción y el galanteo parecían constituir los dos grandes resortes de las mujeres, que saben conciliar singularmente una y otra de estas pasiones. Todo manifestaba en aquel pueblo los profundos vestijios que habian dejado en él los usos y costumbres españolas: no ecsistia ya ninguna antigua costumbre local; la vida primitiva se habia fundido en la vida de los conquistadores, y era de todo punto imposible discernir el menor resabio. La fortuna de aquellas buenas jentes consistia en la posesion de algunos cerdos y aves caseras que vagueaban por los afueras de su domicilio. Hallábanse en gran parte cubiertos de lepra, enfermedad muy comun en toda la isla, igualmente que las úlceras y los lamparones.

En Umata como en Agagna, y como en toda la isla, los asuntos religiosos ofuscan y anulan todos los demas. No son usos ni costumbres lo que se pide á los hombres y á las mujeres, sino prácticas piadosas: con tal que cumplan exactamente con la misa, fácilmente les perdonan sus defectillos. En las Marianas, como en todos los países españoles, los maridos están sumamente zelosos de sus mujeres; pero en cambio las señoritas gozan de una libertad bastante lata. En las aldeas el fallo está á cargo del alcalde, y la ejecucion corre por cuenta de los *gobernadorcillos*. Estos juicios no admiten apelacion en cuanto á los negocios de poca entidad; mas los grandes criminales son enviados á Manila, donde juzgan y califican sus delitos. Las cuotas percibidas en las ciudades están subordinadas á ciertos reglamentos, pero en los pueblos foraneos están sujetas á la discrecion y antojo de los alcaldes.

Entre las cualidades de los naturales, no debe pasarse en silencio, entre los que figuran en primera linea, el respeto que profesan á sus padres, sin que la edad sea excusa suficiente á la inobediencia. Los hijos de cuarenta años tiemblan á una reprension de su anciano padre, y nunca pronuncian su nombre sin acompañarlo de la palabra *señor* y de un lijero acatamiento. Las madres amamentan casi siempre á sus hijos: los hombres pueden casarse á la edad de catorce años, y las niñas á la de doce, bien que estos precoces himeneos son bastante raros. El número de hijos en una familia, tomando el término medio, es de tres á cinco. No faltan algunos ancianos que tienen de veinte á treinta hijos, y M. Arago, dibujante de la *Urania*, hace men-

cion de una mujer que tenia 137 vástagos de todos grados. Desgraciadamente toda esta sangre está infestada de lepra, vicio hereditario que los hidalgos marianeses se transmiten de jeneracion en jeneracion.

El traje de los hombres y de las mujeres es semejante al de las provincias españolas. En lugar de mantillas, las mujeres traen en la frente un pañuelo que les cae por las espaldas. Los cabellos anudados muy abajo y recogidos en la espalda, á veces un sombrerito de hombre rebajado hasta la oreja, y el corsé que deja desnudas una parte de sus formas, todo comunica á las Marianesas cierto aire atractivo y agraciado. Su tinte es amarillo, sus dientes en jeneral gastados por el uso del betel, y quizá tambien por el abuso de esos enormes cigarros que tienen á veces seis pulgadas de largo sobre ocho á nueve lineas de diámetro. La reserva no parece la virtud mas comun entre aquellas mujeres. Los Franceses de la *Urania* pudieron cerciorarse de ello por muchas ocurrencias, de las que podrémos citar la siguiente, por la cual podrá juzgarse de las demas. Al N. de la ciudad corre un riachuelo poco profundo y sombreado por encumbrados cocos, donde las mujeres y las muchachas de Agagna acostumbran bañarse casi todos los dias. Zelosos de los placeres del baño, beneficio inapreciable bajo aquel cielo abrasador, los oficiales de la *Urania* fueron en busca del rio, y en cuanto lo encontraron, al principio se espantaron. La hora de la llegada de los Franceses era la señal de la partida de las Marianesas; pero poco á poco se fueron habituando á aquellas nuevas cataduras, y en breve el baño fué comun. En consecuencia casadas y solteras se arrojaron al agua enteramente desnudas, lo cual no podia menos de parecer extraño á unos hombres educados en los hábitos del pudor europeo.

Otras escursiones siguieron á mi visita á Umata: en una de ellas, acompañado del secretario del gobernador, llegué hasta Pago, villorio situado en la costa oriental de la isla. De paso debíamos visitar el cortijo real de Tachogna que se halla en el centro de la isla en una comarca salubre, fértil y pintoresca. Despues de haber atravesado Sinahaga, aldeilla que tenia ya vista, y á Famé, de la que solo restan algunos escombros, llegámos al cortijo. Fundado antiguamente por los jesuitas, fué en un principio floreciente, y ya se habia levantado á poca distancia una aldea entera, rica y poblada, que parecia iria adquiriendo una importancia mas considerable aun, cuando un huracan destruyó las plantaciones, derribó las casas, y esparció la miseria y la consternacion por un pueblo que poco antes respiraba riqueza y alegría. Es verdad que desde entonces se ha intentado restaurar

las casas y dar nuevo principio á los cultivos ; pero estas tentativas han sido parciales y poco seguidas. El cortijo de Tachogna no tiene actualmente otra importancia que la del ganado que cria. Para ir á Pago desde Tachogna , debe tomarse á través de la selva un estrecho sendero cuyo paso obstruye el follaje de la arboleda. A cada paso se descubrian en aquellas profundas selvas vestigios de villorios , entre los cuales los de Fagto , Tagon , Pomod , Tinaka y Agoan son los mas considerables. Sin embargo desde esta última localidad hasta Pago no se encuentra mas que un bosque inmenso. Pago es un pueblo bastante considerable , que contiene un palacio para el gobernador , una iglesia y un convento , edificados antiguamente por los jesuitas : D. Luis que mandaba á la sazón en aquel distrito nos dispensó la acogida mas satisfactoria.

Merced á su bondad y á su hospitalaria conducta , al siguiente dia tuvimos el placer de una suntuosa caza que nos condujo á los alrededores de Merisso. Al rayar del alba nos hallábamnos congregados en número de doce , entre cazadores indijenas y europeos , unos armados de fusiles , otros de estacas , de machetes y de una sogá de nudos corredizos que debia tenderse en senderos practicados al objeto. Comunmente el cazador se pone al acecho del ciervo , en el punto de seccion entre la montaña y la llanura : lánzanse los perros en pos del animal y le persiguen á macha martillo hasta que cae en una emboscada. Sin embargo , sucede á veces que todos los cazadores le acosan ; mas si lo persiguen cerca de la orilla se arroja al agua , se hace mar adentro y se vuelve á tierra hasta que ha desaparecido el peligro. Cuando sopla un viento fuerte , la caza es mucho mas fácil que en tiempo de calma : la época mas favorable es desde el mes de junio hasta el de octubre.

Nuestra empresa fué feliz ; apenas llegámos á la altura de Merisso , cuando nuestros perros descubrieron en el fondo de la selva cuatro ciervos que dispararon en la direccion de la montaña. Uno de ellos fué muerto á paso por un indijena , diestro tirador , que le apuntó á gran distancia. Un segundo , fatigado por nuestros perros , se arrojó á nuestra vista en un estanque donde le acribillaron á balazos (Pl. LXI.—4). Satisfechos de nuestra expedición , volvimos á Merisso por la tarde para empalagarnos con los trofeos de aquella excelente caza.

Cuando un cazador aislado mata un ciervo , corta al animal en dos partes con el auxilio de su machete ; suspende cada mitad de una larga palanca que fabrica con una rama de árbol y que se pone en equilibrio al hombro , y cargado de este peso regresa á su vivienda. Todos los años matan en Gouaham un gran número de

ciervos , que á veces asciende á ochocientos , mil y hasta mil doscientos. Apesar de tan enorme mortandad y no obstante de prodigarse á manos llenas las corzas y los cervatillos , parece que su número no ha experimentado un decremento considerable. Los animales de esta especie que han llegado á todo el medro de que son susceptibles , pesan hasta trescientas libras.

La caza del ciervo no es la única que se practica en Gouaham. Encuéntranse igualmente bueyes , cerdos y cabras monteses , aunque estas últimas en número insignificante. Con respecto á los bueyes y á los cerdos , como forman parte de los bienes del Estado , está rigurosamente prohibido darles caza , á menos que pueda obtenerse permiso del gobernador. En Gouaham no se matan mas que las vacas necesarias á la guarnición. La caza del javalí se hace con el auxilio del galgo corredor y del modo mas sencillo : por lo comun bastan dos hombres armados , el uno de un machete , el otro de una pica. Comiénzase por lanzar los perros , y en cuanto se oyen los primeros ladridos , el azuzador los hace replegar en el sitio de donde procede el ruido , y desde luego el javalí se vé rodeado por la jauría que se estrecha hasta el punto de imposibilitar la fuga á la caza. Cuando el javalí es grueso y gordo , lo matan , pues de lo contrario lo dejan escapar. El primero que se coje , ordinariamente lo abandonan á la discreción de los perros como ralea. Cuando se vé cercado por todos lados , el animal se defiende terriblemente ; pero el azuzador lo coje sin mucha dificultad por los pies traseros. A los solos ladridos de los perros , los azuzadores reconocen si el cerdo es grueso ó pequeño.

De regreso á Agagna , el dia fijado por el puntual Pendleton , apenas tuve tiempo de despedirme por último del gobernador y pasar á un paro carolino que debia trasladarme á bordo , por cuanto el capitán habia dado ya la señal de leva. Por cuyo motivo no pude menos de satisfacer mis deseos de visitar las islas curiosas de Tinian y de Rota , que contienen vestigios de grandiosos monumentos pertenecientes á la era primitiva de las Marianas , escombros colosales que arguyen una civilización suntuosa en un país cuyas fábricas actuales son tan pobres é insignificantes. Es cierto que traía deseos de indagar con mas exactitud el estado de aquella comarca que los marinos y los artistas de la *Urania* no habian hecho mas que tocar someramente : pero la falta de tiempo no me dejó llevar á cabo mis proyectos , y de consiguiente tuve que contentarme con el reconocimiento practicado en comun por MM. Bérard , Gaudichaud y Arago , el uno oficial , el otro naturalista , y el tercero dibujante de la *Urania*.

Estos tres investigadores partieron de Agagna

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

1. *Thames sur l'île de "Noie"*

2. *Thames, l'île de "Goucham"*
3. *Arado y Rastillo et "Guaham"*

Le 10 août

POUAGE
VIAGE

á 22 de abril de 1819 en una pequeña escuadra, compuesta de ocho paros, tres carolinos y cinco marianeses; los primeros mucho mas finos veleros que los segundos. Apenas se habian embarcado los viajeros, cuando ya presenciaron la destreza de los pilotos. Con un pequeño sloop, los paros arriaban cuatro nodos por hora; y sin embargo nadie cuidaba del timon. Un solo hombre habia en la escota que maniobraba la piragua y cargaba la vela. Sin embargo habiendo arreciado el viento á mediodía, fué preciso mudar de bordada para navegar hácia la costa y bordear en seguida para pasar al fondeadero vecino en el O. de Ritidian.

Durante esta travesía, M. Bérard mató cuatro pájaros, pero sus tiros metieron el miedo en el ánimo de los pilotos carolinos, quienes miraban el fusil del oficial con espasmo y atencion aplicando al arma el nombre de *pak*, y al oficial al de *Birar-Pak*. En cuanto acababa de tirar, arriaban la escota, y uno de los individuos se arrojaba á nado con una amarra en la mano para ir á buscar la caza. Los Carolinos son tan diestros nadadores, que les es del todo indiferente tener la cabeza dentro ó fuera del agua: diríase que la mar es su elemento favorito. El cazador abandonó la caza á su discrecion, por otro lado no muy buena de comer, y la paladearon cual provecho inesperado.

Entretanto la flotilla alcanzaba el fondeadero, y los Franceses desembarcaban para pernoctar. Algunos Carolinos se lanzaron á nado de antemano y al llegar á tierra mondaron mas de cincuenta cocos, encendieron una grande hoguera y cocieron su caza marina. Para esto no hicieron mas que quitar las plumas mas largas, y pasando un pedazo de madera en el pico de las aves, las volvieron y las revolieron sobre el fuego hasta que estuvieron bien cocidos. Finalizada esta operacion, empezaron á comer á dos carrillos, despues de haber convidado con todo comedimiento á los viajeros, quienes pernoctaron en la cabaña de un isleño.

Al dia siguiente volvieron á emprender la marcha á las siete, en medio de un tiempo incierto y proceloso. Cuando aparecia algun chubasco en el horizonte, la tripulacion carolina se agachaba, y batiendo por intervalos con la mano abierta la otra mano medio cerrada, mandaba á las nubes que se alejasen, y pronunciaba á media palabra y con mucha uncion algunas voces rápidas que reiteraban periódicamente y como por estribillo. M. Arago logró trasuntar la siguiente plegaria:

Léga chédégas, léga cheldi léga, chédégas léga chédégas, légas cheldi léga chédégas, léga chédégas mottou.

Oguéren quenni chéré péré péi; oguéren quenni chéré péré péi.

En el decurso de toda aquella navegacion, los Carolinos se mostraron ávidos y tragones. Incesantemente estaban molestando á los Franceses paraque multiplicasen sus banquetes, bien persuadidos de que les abandonarían sus relieves, ya fuesen algunos bocados de volateria, ya algunas migajas de pan. Solo hubo un plato que no quisieron catar, y fué el del cuervo, por razon de que esta ave frecuenta los cementerios y se alimenta de carne humana. Sus provisiones de campaña consiste en cocos sazonados, que constituyen su alimento habitual. Todos los individuos de aquella tripulacion estaban animados de jovialidad y de buen humor, en términos que desde la mañana hasta la noche estuvieron cantando ó salmodiando.

Los Franceses dieron fondo en Rota mucho antes de anocheecer. Al caer la noche los paros se colocaron uno junto á otro arreglándose por mutuas señas hechas con una bocina, instrumento que nunca se echa menos en las piraguas de los Carolinos y que arroja el sonido á una distancia considerable. Deseando provocar de parte de los habitantes de la isla con una señal que pudiese facilitar el baradero, M. Bérard disparó un escopetazo; pero solo contestaron desde la playa con encender una grande hoguera, y despachar una piragua que parecia acercarse con muchísimo miedo. Llegó por fin, y M. Arago, sobrecojido del mareo, manifestó deseos de embarcarse en ella; pero en cuanto hubieron andado algunas brazas, cuando la piragua zozobró, y sin los esfuerzos de un intrépido Carolino que se arrojó al mar con ánimo de salvar al artista, quizás hubiese perecido en el naufragio. Por último, merced á la intervencion de una embarcacion de mayor porte, nuestros viajeros desembarcaron sanos y salvos, y encontraron un asilo en casa del alcalde que les dispensó la acogida mas cordial, especialmente al tener conocimiento de las cartas del gobernador D. Medinilla. Todo el influjo de esta recomendacion superior, apenas fué parte á calmar el país que, al oir al fusilazo disparado por la noche, se alarmara sobremanera tomando á los Franceses por insurgentes de la América española.

Nuestra permanencia en Rota fué corta, pero agradable. Mientras el naturalista y el oficial reconocian el interior de la isla, el dibojante bosquejaba diversos puntos de vista, entre los cuales se hallaba una de esas ruinas antiguas que no pueden menos de absortar al observador así por sus proporciones como por la naturaleza de los materiales empleados (PL. LXIII. — 1). Estas ruinas se hallaban situadas en el recuesto de una montaña. Velanse en ellas escombros de colum-

mas de tres pies de diámetro, cuya disposicion parecia indicar un solo edificio redondo de unos ochocientos pies de circunferencia. Ni un resabio de escultura se observaba en aquellas piedras: varios cascos de roca y plantas parásitas obstruían el interior del circo. M. Arago interrogó á su guia, el capitán Martínez, sobre el origen de aquel edificio, pero no tuvo otra contestacion que la siguiente: « Ni yo, ni ningun Marianés lo sabe. El vulgo lo llama la *casa de los antiguos*, pero todo se acabó. »

La conducta del alcalde de Rota y del capitán Martínez hácia los viajeros franceses fué altamente recomendable. Todo cuanto producia la isla, fué puesto por ellos en requisicion, y en su honor hicieron traer víveres de remotas comarcas. No faltaron escelentes frutas ni sabrosas aves: la campiña parecia de una fecundidad admirable; los árboles eran magníficos, y los frutos y legumbres deliciosos; los collados estaban entapizados de plantaciones de algodóneros, cuyas blancas mazorca reproducian en aquel paisaje ecuatorial los atributos de la nieve. Todo es en Rota de mejor cualidad que en Gouaham, el nima, el tata y la sandia. El principal azote del país es el raton, que pulula en él desastrosamente. Estos animales andorrear á millares, destruyen las cosechas y aniquilan la mas rica vegetacion, y si no se toman algunas medidas para estirparlo de raíz, esta playa esterilizará Rota. Encuéntrense asimismo en la isla un mercuriolo monstruoso, un cientopies que abunda sumamente en las grutas, y muchos cerdos monteses. La misma aldea se compone de ochenta casas que contienen unos cuatrocientos habitantes. En cada calle hay cinco ó seis cruces, y sin embargo no hay en la isla sacerdote alguno. La iglesia está sin cura, y en ella se reúnen los fieles á la hora comun del oficio divino. Cuando fallece un natural, lo envuelven en una estera y lo acompañan al cementerio con la cruz al frente, al paso que el mas notable de los habitantes entona el himno de difuntos. Esta falta de sacerdotes hace muy compasible la situacion de las mujeres, pues solo pueden casarse durante las cortas y raras visitas del cura de Agagna, muy ocupado en su parroquia. Así es que no pocas veces se aventuran en las mas frágiles embarcaciones para hacer bendecir su union, ó para cumplir con sus deberes religiosos. Este obstáculo es ademas un manantial inagotable de escesos y de desórdenes: mas de una moza procura destruir el fruto de una union que la iglesia no ha legitimado.

Las casas de Rota, ni mas ni menos que las de Gouaham, están construidas sobre estacas, pero su aspecto es mucho mas miserable. Los hombres van casi desnudos los dias de trabajo, pero el domingo se calzan el pantalon. Las mujeres solo pueden cubrirse con un pañuelo rete-

nido por una soga, que hacen envolver por delante ó por detras. M. Arago traza con respecto á estas mujeres un cuadro que parece algo poético: « Sus contornos, dice, son sumamente bellos, sus espaldas redondeadas eróticamente, su andar elegante, su seno alto, sus pies pequeños, sus piernas muy bien torneadas, y sus cbelleras admirables, negras como el azabache y flotando por sus espaldas. Hufan de nuestra presencia con una pesada tenacidad; y habiendo enencontrado en las montañas algunas de ellas cargadas con enormes fardos, corrian á pie descalzo por guijarros afilados sin sentir al parecer el menor dolor. »

Rota seria á buen seguro mas poblada y menos descuidada por los Españoles si fuese mas provista de agua. Los habitantes van á sacarla de un pozo situado al N. E. de la aldea, á una legua y media de distancia. El agua de este depósito es un poco salada, y aunque la mezclan con agua lluviosa que recojen por un medio bastante ingenioso, no deja de serlo bastante. En la copa del coco fijan una de sus hojas de suerte que haga concavidad, y de esta suerte embatiendo hoja por hoja forman una especie de conducto vegetal, en cuyo caso hay una cuba que recibe el agua que mana. En casi todos los cocos se ven aparatos de esta naturaleza.

A 26 de abril los Franceses se despidieron de sus huéspedes y partieron para Tinian en los paros de los Carolinos. Esta travesía ofreció á M. Bérard una ocasion propicia de averiguar la irregularidad y extravagancia del régimen de esos naturales. El alcalde de quien acababan de despedirse les habia dado un cerdo asado, un canastillo de galletas de maíz, y ciento cincuenta raíces de batatas, sin contar una enorme provision de cocos. Es cierto que todas esas provisiones podian durarles una semana, pero se los comieron en un dia. Para coadyuvar á la digestion, se pasaban las manos por el estómago y el vientre, cual si quisieran apilar los alimentos. Antes de ponerse el sol no les quedaban mas que algunos frutos de rima y los cocos, y aun M. Bérard les dió dos aves caseras, dos panes otras tantas sandias y una docena de batatas y naranjas. Al dia siguiente purgaron su glotonería de la vispera, y solo se comieron un coco. « Esta es, decian, nuestra racion diaria durante las travesías del archipiélago de las Carolinas al de las Marianas. »

Todo el dia 26 los Franceses bordearon por un mar muy denso y hasta las diez de la noche del 27 no llegaron á Tinian. Los paros anclaron ante el domicilio del alcalde, que no se mostró menos cumplido ni jeneroso que su compinche de Rota. Sin embargo la poquedad de los recursos de su isla no le permitia dar libre curso á su jenerosidad, y, por mas que haya di-

cho Anson, ninguna isla es mas árida, mas triste ni mas miserable que esta. Sea que haya ec-sajerado la belleza de sus campiñas, sea que en pocos años su fecundidad haya dejenestado en ingratitud, lo cierto es que Tinian es actualmente un terreno maldito, carente de cultivo y de poblacion. Todos los habitantes de la isla se hallaban en el salon del alcalde. Su número se remontaba á quince, que se alojaban en cuatro miserables albergues. Los árboles del campo son sumamente raros y desmedrados: por acá y acullá se ven algunos rimas añejos, algunos cocos y un corto número de plantaciones mezquinas: tal es el aspecto de esa comarca que parece haber sido conmovida por los impulsos de alguna tremenda catástrofe.

Con efecto, á vista de los escombros magníficos todavía en pie, es imposible dejar de reconocer que esa tierra ha tenido su época de prosperidad y de grandeza. Cuando el viajero penetra á través de las malezas, encuentra algunos de los restos que en la isla de Rota llevaban el nombre de *Casas de los Anticuos* (Pl. LXII. — 4). A vista de aquellos escombros de producciones colosales, no puede menos de indagarse qué pueblo erigió esos monumentos, y si han sido derribados por la naturaleza ó por mano del hombre. La semejanza de esas fábricas, su forma semicircular, sus materiales de arena unida con argamasa, su situacion, su órden, su disposicion, todo absorve y aturde la imaginacion. Porqué esos macizos coronamientos? Qué soberano, como dice M. Arago, pudo construir esa inmensa columnata que indudablemente formaba un edificio solo? Nada absolutamente dicen las leyendas locales, ó bien dicen unos asertos tan absurdos, que en ninguna manera son de creer. Por ejemplo: «Toumoulou-Tega era el caudillo principal de esta isla: reinaba felizmente, y á nadie le vino á las mientes disputar su autoridad. De repente uno de sus parientes llamado Tjocnanaí enarbola el estandarte de rebelion, y su primer acto de inobediencia consiste en construir un edificio semejante al de su rival. Fórmanse dos partidos: vienen á las manos; la casa del rebelde es allanada, y de la liza, ya jeneralizada por do quiera, nació una guerra que acarreó en pos de sí la despoblacion de la isla y el asolamiento total de aquellos edificios.» Las ruínas mas bien conservadas son las que se ven al O. del fondeadero. Tenia el edificio doce columnas, pero ocho solamente estan en pie. Cuando cayeron las primeras permaneció intacto el cimborio que las corona. Vense á mas otros escombros mas atrasados junto á un peso llamado igualmente *el peso de los anticuos*. Parecen haber formado un edificio de mas de cuatrocientos pasos de largo. Las raíces que todavía unen estos añejos escombros comunican un aspecto orijinal y pintoresco á todo el recinto.

Despues de una breve permanencia en Tinian, nuestros viajeros volvieron á embarcarse en los paros carolinos cuya tripulacion se habia aumentado con un tamol procedente de la isla de Saypan. La travesía de la vuelta fué mas pronta y afortunada que la de la ida. A 2 de mayo los Franceses pasaron á bordo de la *Urania*, y dieron cuenta al capitán de su curiosa correría.

CAPITULO XXVI.

ISLAS MARIANAS.—HISTORIA Y JEOGRAFÍA.

A 6 de marzo de 1521, Magallanes dobló el cabo Horno, descubrió el grupo de las Marianas, y las denominó *Islas de las velas latinas*, y despues *Islas de los Ladrones*. Créese que las únicas islas avistadas entonces fueron Saypan, Tinian y Agigan. Es cierto que el almirante español deseaba detenerse algunos dias en aquel grupo; pero la audacia de los naturales, su propension al robo y su importuna conducta le retrajeron de su proyecto. Hubo instante en que fué preciso desembarazarse de la molestia de los visitantes á mosquetazos. Los Indios contestaron al fusileo á pedradas y lanzadas, cuyas escaramuzas continuaron á la vela hasta que los naturales consiguieron arrebatat la chalupa suspendida de la popa del buque. Entonces el comandante echó el ancla, desembarcó con cuarenta individuos armados, mandó pegar fuego á las habitaciones y á las piraguas que encontró acerca de la playa, mató siete isleños, y recobró su chalupa. De regreso á bordo tras esta ruidosa venganza, se vió circuido por una flotilla de piraguas, cuya resistencia se vió forzado á sobrepujar.

Cinco años quedaron olvidadas las Marianas. En 1526 el Español Loyasa avistó el grupo á 4 de setiembre, y recojó en él á un desertor español de la tripulacion de Espinosa, uno de los capitanes de Magallanes. En vez de hallar á los naturales mal dispuestos, Loyasa entabló con ellos relaciones amigables, y para reconocerlas arrebató once naturales que agregó al número de sus marinos.

Los navegantes que en seguida aparecieron en las Marianas tenian la mision de todo el archipiélago en nombre del rey de España. Álvaro de Saavedra lo hizo de un modo harto incompleto y nominal; pero á 25 de enero de 1565 Miguel Lopez de Legaspi marcó su paso de un modo mas auténtico. El Padre Urdaneta, que se hallaba á bordo, queria formar al instante un establecimiento en aquellas islas por parecerle que subvenian á una cómoda subsistencia; pero Legaspi despreció esta opinion como contraria á las órdenes del rey, que le mandaba encaminarse directamente á las Filipinas. Sin embargo

apesar de la prohibición formal del comandante de desembarcar y traficar con los isleños, fué imposible evitar las contiendas entre estos y los marineros, como que llegó á ocurrir el asesinato de un individuo despachado á la aguada, que dió ancho campo á las mas terribles represalias. La muerte de unos diez isleños, y el incendio de algunas piraguas y casas de la playa; he aquí á lo que el autor de la relación llama una venganza incompleta.

Francisco Galli en 1582, Tomas Cavendish en 1588, Mindana en 1596 y Olivier Van Noort en 1600, hicieron escala sucesivamente en las Marianas, y se ciñeron á corroborar la observación ya hecha de la propensión de los indígenas al robo. El buque español *Santa Margarita* fondeó en Rota en 1600 en muy mal estado, tanto que los naturales pasaron á bordo, se apoderaron del buque, pillaron el cargamento y pasaron á cuchillo algunos marineros. Los restantes se dispersaron por la isla, pero la mayor parte fallecieron, y solo algunos pudieron pasar algun tiempo después á las Filipinas, después de haber intentado en vano embarcarse en el galeón *el Santo Tomas*. En 1616 y 1635, los Holandeses se mostraron de nuevo ante el grupo para abastecerse de víveres; pero hasta en 1668 no tuvo lugar la verdadera colonización de las Marianas.

La iniciativa pertenece al P. Sanvitores, misionero jesuita, que en la travesía de Acapulco á Manila habia hecho escala en aquel punto, é interesándose por la suerte de los naturales que se mostraron, atentos, buenos é irrepreensibles. El gobernador de las Filipinas rechazó su proyecto, pero lejos de acobardarse se dirigió directamente al rey de España que aprobó sus planes. En consecuencia el P. Sanvitores, acompañado de los PP. Tomas Cardenoso, Luis de Medina, Pedro de Casanova, Luis de Morales y Fr. Lorenzo Bustillos, apareció á 23 de marzo de 1668 á la vista del grupo que denominó *Islas Marianas*, en memoria de María Ana de Austria, esposa de Felipe IV. En cuanto ancló en Gouaham el navío á cuyo bordo iba el misionero, cuando lo rodearon cincuenta piraguas exclamando: *abok! abok!* (amigos! amigos!) Hallábase en una de aquellas piraguas un Español que, establecido en aquellas islas hacia treinta años, sirvió de guía y de trujaman á los recién llegados. Acojido bajo los mas felices auspicios por el caudillo Kipoa, Sanvitores edificó una iglesia en Agagna, y transformó esta aldea en capital de la misión y centro de las empresas apostólicas. Apesar de la resistencia de los caudillos que rechazaban una religión basada sobre la igualdad de condiciones, Sanvitores verificó numerosas conversiones, entre las cuales descuella la del jefe Kipoba. Cierta Chi-

no llamado Choco se opuso á sus designios sin poder impedir sus progresos. Fundóse en Agagna un seminario, y se bautizaron al primer año 20.000 isleños. Cuando las predicaciones hubieron fructificado en Gouaham, pensóse en las otras islas. Varios compañeros de Sanvitores y Sanvitores mismo recorrieron Saipan, Rota, Tinian, Anataxan, Sarignan, Alamaguan, Pagan y Grigan, bautizando á cuantos bichos escuchaban su palabra evangélica. Dos catequistas, el P. Lorenzo y el P. Merina, fueron víctimas de su zelosa empresa. Sanvitores estuvo espuesto á innumerables peligros, pero ninguno fué parte á desanimarle ni menos á amainar su zelo. Estableció cuatro nuevas parroquias, Merison, Paikpok, Pagan y Nigsiban, y habiendo sobrevenido la guerra, luchó, colonizó y convirtió á un tiempo. El Chino Choco era el alma y el brazo de aquellas revueltas que se extendieron en breve por toda la isla. Los Españoles fueron sitiados en Agagna; durante trece dias y trece noches vivieron en continua alarma y repetidos asaltos, y sin una salida decisiva que puso al enemigo en completa derrota, no cabe duda que hubieran sobrevenido grandes calamidades.

La victoria de los Españoles acarrió una tregua que fué cumplida y quebrantada alternativamente hasta el momento de una triste catástrofe. Sanvitores murió asesinado por un indígena llamado Matapang, á cuya hija acababa de bautizar, y como si la muerte no fuese parte á aplacar su resentimiento, el asesino trasladó su cuerpo á una piragua y fué sumergido en alta mar.

Desde aquel funesto acontecimiento, acaecido en 1672 hasta en 1699, los Españoles tuvieron que proseguir su establecimiento en las Marianas con las armas en la mano. La posesión tranquila de este grupo se debió tan solo á D. José de Quiroga y Losada, poderoso y noble señor de Galicia, quien al venir en conocimiento del asesinato de Sanvitores se decidió á continuar la obra que el piadoso misionero habia empezado. En 1680 llegó Quiroga á Gouaham, y dividió la isla en distritos, con objeto de formar puntos de defensa contra toda revuelta eventual. Hallábase tranquila Gouaham, pero Rota encerraba todavía algunos rebeldes que Quiroga fué á encontrar y á someter. El gobernador Saravia que sobrevino halló la organización del país muy avanzada: reunió los caudillos principales en asamblea solemne, hizoles prestar juramento de fidelidad al rey de las Españas y de las Indias, y desde entonces los naturales aceptaron con menos repugnancia los usos y costumbres de los Españoles. Acostumbrábanles á vestirse, á sembrar el maíz, á hacer con él una especie de galleta, y comer carne. Instruyeron á algunos en las diversas profesiones de Europa,

enseñáronles á hilar el lienzo , á coser , á adobar las pieles y los cueros , forjar el hierro , labrar las piedras , construir edificios , etc. Enseñábonles en los seminarios á leer y escribir , cantar y tocar el violín. La educacion de las hijas tampoco era despreciada ; habituábanlas á las faenas domésticas y las escortaban á las virtudes morales.

Bajo la administracion de Damian de Esplana , nuevo gobernador , partió D. Quiroga para la conquista de las islas del Norte , y sometió Saypan y la mayor parte de las islas adyacentes. Sin embargo mientras se estendia por las últimas Marianas el poder español , su existencia se veía amenazada en la capital misma. Estalló una formidable conspiracion cuyo caudillo llamado Djoda se presentó á su frente para vengar la independencia marianesa. Al día designado entraron en Agagna sesenta indijenas bien armados y decididos , so pretexto de asistir á la misa del domingo. Al salir del oficio , distribuyéronse en los puntos concertados y empezaron á llevar á cabo su proyecto. El gobernador , que se paseaba por la plaza , fué acometido ; los centinelas pasados á cuchillo ; muchos frailes sucumbieron igualmente , y el resto de aquellos furiosos empezaba ya á penetrar en las casas y saquear la ciudad. Sin embargo dos soldados españoles se presentaron en la liza , arcabucearon á Djoda y atajaron la victoria de los conjurados. El gobernador , aunque herido de gravedad , parecia deber sobrevivir á sus heridas. Estas dos noticias detuvieron á los jefes indijenas en sus proyectos. Los Españoles aprovecharon esa suspension para disputar el puesto ; pero apesar de todo su situacion era de día en día mas desesperada , cuando la llegada de Quiroga , libre ya de los enemigos del Norte , restableció la suerte en favor de los Europeos. Los rebeldes fueron arrojados de Agagna , batidos y perseguidos hasta el fondo de sus montañas. Sobrevinieron en la costa algunos acecinadores ingleses , que acabaron con los fujitivos por un increíble medio de barbarie. La siguiente relacion inglesa manifiesta el modo con que se portaron los primeros navegantes con respecto á los salvajes.

« Llevámonos á bordo , dice Cowley , cuatro de esos infieles con las manos atadas por la espalda , pero tres de ellos se arrojaron al mar y se alejaron á nado con las manos atadas de aquella suerte. Persiguióles la embarcacion , y nos convencimos de que el hombre mas robusto no era capaz de penetrar su piel del primer sablazo. Uno de ellos recibió cuarenta balazos antes de morir , y el último de los tres , que igualmente fué muerto , habia nadado una milla de distancia , no solo con las manos atadas como antes , sino tambien con los brazos encadenados. Entonces declarámos una guerra esterminadora á

aquellos isleños , y desembarcámos todos los días arcabuceando á cuantos avistábamos , en términos que la mayor parte se vieron forzados á abandonar la isla. Diputaron á dos de sus caudillos para hacer la paz , pero nos negámos absolutamente á tratar con ellos. Poco despues , algunas de nuestras jentes fueron á tierra para pescar , y habiendo encontrado algunos Indios que les parecieron sospechosos , les mataron ; acudieron al momento un gran número de naturales al socorro de sus compañeros , pero los saludámos haciendo fuego. » Estos medios de colonizacion eran por cierto de una especie bien singular.

Desde 1689 hasta 1693 el gobernador Damian y D. Quiroga tuvieron que luchar contra algunas revueltas de la guarnicion española y contra una horrible maquinacion fraguada por unos forzados que se hallaban de paso para Gouaham. A estas calamidades se agregó cuanto antes una plaga mucho mas terrible : en la noche del 20 de noviembre de 1693 sopló un impetuoso huracan que asoló todo el grupo. Caía el agua á cántaros , el cielo , desgarrado por el rayo , y el viento parecian redoblar su furor para desquiciar la isla de su peñascosa base. Los habitantes emprendieron la fuga hácia las montañas , y á su regreso no encontraron en Gouaham nada absolutamente en pie. Los árboles , la aldea , las iglesias , la fortaleza misma , todo se hallaba al nivel del suelo. Fué preciso edificarlo de nuevo. Solo Gouaham habia sido devastada ; el huracan no se habia cebado tanto en las demas islas. Este desastre fué el último que sufrió el archipiélago. Quiroga ganó la batalla de Aguigan , llevó á cabo la pacificacion completa y definitiva del grupo , arrogóse el poder supremo , y en 1699 no habia ya en todas las Marianas un rebelde ni un idólatra.

Desde entonces su historia no ofrece otros incidentes que el paso de diversos gobernadores ó el recalo de armamentos europeos. Entre los gobernadores hubo algunos que gobernaban el país mirando siempre por el interés colonial , entre los cuales debe citarse D. Mariano Tobías ; pero otros , como D. Juan Pimentel , aprovecharon el poder para crearse una fortuna considerable. En cuanto á los navegantes que hicieron escala en las Marianas , se cuentan entre ellos el célebre Dampier en 1686 ; en 1710 Woodes Rogers ; en 1716 Gentil de la Barbinais , el primero de los Franceses que han aportado en las Marianas ; en 1721 el Inglés Clipperton que hizo algunas demostraciones agresivas ; en 1742 el comodoro Anson ; en 1765 el comodoro Byron ; en 1768 el capitán Wallis ; en 1772 el capitán Crozet , comandante de los buques franceses el *Mascarin* y el *Marqués de Castries* ; en 1792 el capitán español Malespina ; en 1817 el capitán

Kotzebue ; en 1818 y 1819 , el *Kamstobatika* y el *Koutoussoff* , buques rusos , y la *Urania* , corbeta francesa mandada por el capitán Freycinet ; por último en 1828 el capitán d'Urville , comandante del *Astrolabio*. En este espacio de tiempo aparecieron igualmente varios paros procedentes del archipiélago de las Carolinas. La primera llegada de esos isleños data de 1721 , continuando despues de cuando en cuando. En 1787 arribaron á Gouaham con sus tripulaciones tres tamols impelidos por la tempestad , cuyos paros pertenecian á la isla Namourek. En 1794 llegaron otros de la isla Goulou , y desde entonces estas travesías fueron mas frecuentes. En 1814 llegó de Namourek una flotilla de diez y ocho paros. En nuestro siglo el único suceso que ha hecho época en las Marianas es la larga y moderada administracion del gobernador D. José de Medinilla , simple teniente de infantería , que en 1812 sucedió á D. Alejandro Parreño. A la época en que prevalecia en España el sistema constitucional , Parreño tuvo por sucesor Ganga Herrera , que dejó recuerdos honorables en el país , pero que fué reemplazado cuando se consumó en la metrópoli la reaccion política.

Tal es la historia conocida y auténtica de las Marianas : todo lo demas es una sarta de fábulas. Por lo que hace á su jeografía , es fija y determinada. Este grupo está situado en la parte septentrional del grande Océano equinoccial , al E. y á unas 400 leguas de las Filipinas , y se estiende entre los 13° 10' y los 20° 30' lat. S. y entre 1° y los 17° lonj. E.

Este archipiélago se compone de diez y siete islas ó grupos de islotos. Los mas considerables son : Gouaham , Saypan , Rota y Tinian. Antiguamente todas las islas situadas al N. de Tinian eran conocidas bajo el nombre jenérico de Isla Gani.

GOUAHAM. Esta isla tiene unas treinta leguas de circunferencia , y aunque no es muy elevada , encierra muchas montañas siendo muy encumbradas : el monte Ilikio , de doscientas cincuenta toesas de elevacion ; el monte Kinkio de unas doscientas , y el monte Langao. Gouaham contiene aguas ferrujinosas , y de todas las Marianas es la que posee los puertos mas seguros. Umata es una buena estacion por los vientos de E. y su aguada es excelente. El puerto San Luís , situado en la costa N. O. , es bueno , bien que de un acceso difícil. El pequeño puerto de Agagna solo es accesible á piraguas ó paros ; pero la rada de Apra está á poca distancia , y podria con rigor fondearse en ella con buenos cables de hierro , delante de la misma Agagna. El terreno de Gouaham es cruzado por varias corrientes , la mas considerable de las cuales es el Taro'ofó , engrosado por su afluente Mangoï. Los bergantines y varias embarcaciones de gran porte pueden remontarlo hasta

unas cuatro millas de su embocadura. Las lagunas mas considerables son las de Cotod y de Mapopon , de donde nacen algunos rios. Agagna está situada á los 13° 28' lat. y á los 142° 37' lonj. E.

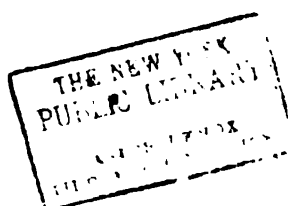
SAYPAN. Notable por una montaña cónica , bien conocida de los navegantes bajo el nombre de *Pico de Saypan*. El puerto de Saypan , en el O. de la isla , no es mas que un vasto *barrachois* lleno de altos fondos. Aunque sus avenidas son mal conocidas , se cree que toda especie de embarcacion podria acercarse sin dificultad. El pico está situado á los 15° 23' lat. N. y á los 143° 35' lonj. E.

ROTA. En sentir de M. Bérard , el centro de la isla es ocupado por una montaña de unas cien toesas de altura que se levanta en forma de anfiteatro desde la orilla del mar , y en cuya falda hay varios senderos practicados por la naturaleza. El agua dulce es muy rara en Rota. Hállase tan solo un arroyuelo que los naturales apellidan *el Rio* : su agua es buena de beber , pero la de los pozos de la ciudad es algo salobre. El fondeadero es muy poco seguro en Rota , y el fondo erizado de corales rasgaría en un solo dia el mas fuerte cable de cáñamo : así que solo puede anclarse en él con cables de hierro. El punto culminante de la isla está situado á los 14° 7' lat. N. y á los 143° 5' lonj. E.

TINIAN. Isla baja en el N. E. y mas elevada en el S. E. La direccion de la cordillera es de N. á S. Tinian carece de agua corriente , y solo contiene dos pozos de agua dulce , el uno al E. de la isla , el otro al N. O. , aunque el agua mejor es la del *pozo de los anticuos*. El fondeadero está situado al O. de Sonarom. Cerca de la costa hay un banco separado de la tierra por un canal que permite el paso libre á las piraguas y á las embarcaciones de menor porte. Sonarom está situada á los 14° 59' lat. N. y á los 143° 28' lonj. E.

Las demas islas del grupo , casi de todopunto insignificantes ya por su extension como por su poblacion , son las siguientes : Aguigan , Farallon de Medinilla , Anataxan , Sarigoan ó San Carlos , Farallon de Torres , Guguan ó San Felipe , Alamaguan ó Isla de la Concepcion , Pagon ó San Ignacio , Grigan ó San Francisco Javier , Mangs , Asuncion , Gui , Oracas y Farallon de Pájaros.

De todas las islas que componen el grupo de las Marianas , Gouaham es la única que tiene alguna importancia. Antiguamente todas estas islas estaban cubiertas de aldehuelas y villorios ; pero en la actualidad su número ha disminuido mucho. Gouaham encierra como dignas de ser citadas , las localidades siguientes : Merisso , Pago , Inarahan , Agat , Anigua , Umata , Sinhagua , Assan , Tepoungan y Mongmon. La isla entera contenia en 1819 , 5.000 habi-



3 *Convento abandonado en Umatá*
 3 Convento abandonado en Umatá.

4 *Caza al Ciervo en Meriso*
 4 Caza al Ciervo en Meriso

tantes, según M. Freycinet; pero según M. d'Urville, que la visitó en 1828, solamente 4.000.

La parte mas salubre de Gouaham es Sinbagua, situada en la parte mas elevada de la isla. La parte oriental parece mas saludable que la parte opuesta. Los meses mas cálidos son los que median entre el mayo y agosto. El tiempo de las grandes lluvias corre de agosto á noviembre: los vientos soplan por monzones, los del E. de diciembre á mayo, los del O. de junio á noviembre. Estos últimos causan borrascas y lluvias.

El grupo de las Marianas, compuesto de rocas calcareas ó de masas madreporicas, ó de capas volcánicas, arguye un terreno que en épocas remotas fué conmovido por volcanes submarinos, á los cuales se debe tal vez la formacion de aquellas islas. En la base de las montañas, producto de erupciones semejantes, el mar ha acumulado con mucha regularidad bancos de calizo mezclado con cascajos de madreporas. Esta formacion se estiende á lo lejos y de una manera muy uniforme; mas cuando el Océano declinó de su nivel, todas las capas calcareas contribuyeron al acrecimiento de estas islas, entre las cuales hay algunas que parecen haber sido en su principio volcanes aislados. En cuanto el reino orgánico ha encontrado en este suelo circunstancias favorables, toda vejetacion se ha desarrollado con vigor, aunque contrariada al principio por los estragos de los fuegos subterráneos. Así es que se encuentran en Gouaham trozos de árboles carbonizados. A veces estas erupciones se abren paso á través del mismo calizo, como se echa de ver en el picacho de Santa Rosa. De todos estos hechos parece deducirse que estas islas, lejos de haber formado una sola tierra con el Océano Índico, según creía Buffon, son por lo contrario de una formacion especial y reciente.

La fertilidad de este grupo se echa de ver á la primera ojeada; pero por desgracia los beneficios del suelo son improductivos, merced á la incuria y negligencia de los habitantes. Las selvas de Gouaham, aunque muy frondosas, no tienen este aspecto de grandeza y de empuje que parece constituir el infantazgo de la vejetacion ecuatorial. Muchas comarcas no ofrecen mas que bosques, al paso que otras solo contienen campos ó dehesas. Pocos distritos hay que sean de una esterilidad absoluta, pero los mas fértiles son Merisso, Umata, Assan, Agat, Sinbagua é Inabaran. El sitio mas delicioso es el espacio comprendido entre Tepoungan y la capital.

Las demas islas del grupo no parecen inferiores á Gouaham en fecundidad. Agigan y Rota están cubiertas de una lozana vejetacion que forma malezas impenetrables, dominadas por grupos de hermosos rimas, de dogdogs (*artocarpus incisa*), de tamarindos, de higueras y de cocos diseminados de trecho en trecho. La vista se de-

tiene con placer en aquel sombrío oquejal cortado por acá y acullá de rastros de rocas. Tinian parece mas árida, y no ofrece nada de lo que prometen las relaciones de Anson. En cambio Saypan ofrece todos los caracteres de una tierra rica y maravillosa. Las otras islas situadas al N. tienen un aspecto menos risueño.

Pocos países son mas favorecidos que las Marianas bajo el aspecto de las sustancias vejetales propias al alimento del hombre. Entre estas se hallan muchas especies de árboles de pan, de palmeras, de bananos, de batatas, de arroz y de maiz. El coco, el areck, el cyca, palmera muy multiplicada que produce una excelente fécula, completan el catálogo de los vejetales alimenticios. El dogdog y el rima suministran frutos abundantes y preciosos; su naturalizacion se debe á los Españoles, igualmente que el mangle, el naranjo, el limonero, el ananas, el guayabo, el granado, la uva, etc. Muchas maderas de los bosques interiores sirven para la arquitectura naval, otros tienen propiedades medicinales. Por último la flora y el fauno del país reunen casi todas las especies que caracterizan la zona ecuatorial.

Las producciones animales son asimismo abundantes en las Marianas, desde el establecimiento de los Españoles. Antiguamente solo existia en estas islas el raton, pero en la actualidad se ven ademas el buey, el ciervo, el cerdo, la cabra, el caballo y el asno. Parte de este ganado vive en estado doméstico, parte en estado silvestre. El galgo es tambien de origen escótico, aunque muchos de estos animales prefieren la vida vagabunda y montés á la vida doméstica. Lo mismo acontece con los gatos, que los habitantes llaman *keto* ó *gheto*, corrupcion del *gato* español. Entre las aves solo se conocia antiguamente una que fué domesticada, tal era el *sesenhet*, especie de gallinacea de largas uñas, á la que nuestros naturalistas dan el nombre de *mejapode Lapérouse*. En cuanto á las gallinas de Europa, introducidas por los Españoles, se encuentran en cortísimo número, y la denominacion de *manok* que se les dá, es tagal.

La raza indijena se designa en el país con el nombre de *chamorre* ó *chamorrin*, ó de *hamorrés*, á cuyo nombre seria muy difícil dar una justificacion satisfactoria. Quizás un menosprecio de los compañeros de Magallanes dió márgen á esa calificacion que se ha conservado despues; mas sea lo que fuere, lo cierto es que la raza marianesa era antiguamente magnífica. Los caudillos tenían formas atléticas, una corpulencia enorme y una fuerza muy superior á la de los Europeos. Actualmente la especie parece muy degenerada en Gouaham: en Rota se conserva mejor, pues sus habitantes tienen toda la belleza y las formas antiguas. Los hombres son excesivamente

gordos, mas no por eso menos flexibles y agraciados. Nadan y se zambullen con una habilidad incomparable, y en sus caminatas llevan sin fatigarse los fardos mas pesados. En las costumbres antiguas un jóven que quisiese casarse, debia dar pruebas de su destreza en encaramarse á los árboles, de su habilidad en maniobrar una piragua, etc. Estos ejercicios gimnásticos eran una condicion indispensable para establecerse, lo que no contribuyó poco á desarrollar su agilidad y fuerza muscular. Merced á semejantes ejercicios, los corcovados y los cojos eran muy raros entre ellos. Sus rostros eran regulares, y á veces mas agraciados en los hombres que en las mujeres. El color de los indijenas propiamente dichos es atezado, y tira un poco á negro: sus cabellos son negros y lisos, y sus formas bastante armoniosas. La raza aborijene está muy lejos de formar la mayoría de la poblacion de estas islas, pues aun no llega á la mitad. El resto se compone de colonos de orijen español, de mestizos, de Filipinos y de sus dependientes, de Carolinos, de Hawaios y de mulatos.

En los primeros tiempos de la conquista, los centenarios eran muy comunes en las Marianas, y las enfermedades sumamente raras. Sin embargo citanse algunas epidemias acaecidas en épocas distintas. Los afectos mas frecuentes son actualmente las supresiones de transpiracion contra las cuales se emplea una decoccion de *kakerlati* hervido en dos vasos de agua; las fiebres intermitentes que curan con la hoja amarga del lodogao, la disenteria, contra la que aplican las cenizas de los filamentos del *cabo negro* con una mezcla de harina de *gap-gap* (*tacca pinnatifida*), de agua y de azúcar; la sarna, importada por los Españoles, que no resiste á las refriegas de aceite y de azufre: por último la lepra, plaga oriinaria de esas comarcas, que comunica á la especie humana un aspecto feo y asqueroso. La lepra es de tres especies en las Marianas: la lepra escamosa que toca la epidérmis, la desgarran en festones y forma en seguida escamas. Este es el primer grado de la enfermedad, horrible sin duda, pero que parece no ofrecer grandes peligros. La segunda variedad es el *pian*, lepra terrible que roe y mutila, entonces el cuerpo se cubre de botones purulentos y úlceras cancerosas, que acaban por formar anchas y espantosas llagas. Los hombres están en jeneral mas sujetos que las mujeres á esta segunda lepra. La tercera variedad es la denominada *mal de S. Lázaro*, último período del *pian*; para contemplar sin horror sus horribles estragos, es preciso estar habituado á observar las enfermedades humanas. Hombres sin nariz, sin orejas, cuya boca, reducida á la mitad de sus proporciones naturales, solo presenta un corvo enteramente arrugado; otros que no tienen pies, y cuyas ma-

nos destituidas del todo ó en parte de las falanjes de los dedos, solo ofrecen muñones informes; otros al contrario que tienen las orejas sajas y sobrecargadas de gruesos tubérculos carnosos, ó cuya nariz despojada de su parte huesosa, se ha redondeado en forma de globo en medio del rostro; algunos finalmente que ni siquiera tienen forma humana; tal es el deplorable espectáculo que ofrecieron al doctor Quoy de la *Urania* esas diformes víctimas de un mal inveterado.

El alimento de los Marianeses se componia antiguamente de pescado, de frutos de árbol de pan y de algunas raices feculentas, pero los Españoles añadieron en pos de la conquista los ganados mayores y los animales domésticos. La bebida consistia en agua sola; pero actualmente usan del *tuba*, aguardiente de coco, con cuya receta han llegado tambien á sacar del maíz una suerte de alcohol inferior al precedente con respecto á su fuerza. Lo mismo debe decirse del licor sacado de la planta escótica denominada *barra de San José*.

Los antiguos hornos de los Marianeses, apellidados *tchanot*, tenian alguna analogia con los del grupo Tonga. Cuatro horas bastaban para cocer el rima, y seis para la carne de vaca. Los manjares una vez cocidos se disponian sobre esteras, al rededor de las cuales se colocaban los convidados puestos en cuclillas. Hacian tres comidas al dia. Los antiguos Marianeses iban muchas veces enteramente desnudos, aunque no les era desconocido el *langouti*, que denominaban *sadi* ó capa, y del que hacian uso particular las mujeres. Durante la guerra los hombres vestian una especie de casaca tejida con hojas de árbol, y se cubrian lo mismo que las mujeres con sombreros de la misma especie. Unas sandalias de hojas de palmera defendian la planta de sus pies contra el filo de los corales. El tocado de las mujeres consistia en una especie de catogan. Las mujeres de los caudillos separaban sus cabellos en dos partes, y las mas coquetas los blanqueaban con una especie de polvo. Los hombres llevaban los cabellos largos, anudados como los de las mujeres, ó flotantes; pero la costumbre mas ordinaria era rasurar la cabeza dejando tan solo algunos mechones. Actualmente los naturales han adaptado algunos de los trajes europeos. Los hombres y mujeres del campo traen el tronco desnudo: pero cuando van á la ciudad, los hombres se ponen una especie de medio calzon sumamente ancho, como tambien una vara en la mano; las mujeres una cotilla colorada y una camisa. Los sombreros de cuero y de fieltro reemplazan á los de hojas de árbol. Los niños van desnudos hasta la edad de siete años.

En los tiempos primitivos, los ornamentos de esos pueblos consistian en arracadas de concha

de tortuga, obras conchiles, granos de una especie de azabache entrelazados de flores, collares y rodellas, y á veces en una simple placa de concha. A veces adornaban su cintura con ciertos mariscos preciosos y pequeños cocos bien trabajados: las mujeres se teñían los dientes, pero este uso ha caído en desuetud. Al presente traen un rosario con una cruz ó un medallón de plata, y, si sus facultades se lo permiten, añaden algunas sortijas y pendientes del mismo metal. Las habitaciones de los antiguos Marianeses estaban construídas sobre pilares de piedras, y otras cimentadas sobre el mismo suelo. Estas casas, ó al menos las de las personas de distinción, estaban construídas con elegancia y aseo, divididas en muchos aposentos, y sostenidas por fuertes pilares de tierra. Los vestigios que se encuentran en Tinian indican que muchos de estos edificios, palacios ó templos, tenían proporciones colosales; cada uno de los pilares consistía en una sola pieza compuesta de cal y arena, y en algunos puntos, enormes piedras conglobadas en un macizo comun. El ajuar de estos ornamentos no era muy considerable; algunas esteras, una especie de cuna para los niños, una caja de betel, algunas cestas de diversos tamaños, varios canastillos, calabazas, marmitas, un raspador de coco, morteros de madera y de piedra; hé aquí todos los muebles que contenían aquellos domicilios. Actualmente todo ha cambiado: algunos muebles y utensilios de la China y de la India, varias hamacas, vasos de metal fundido, una chocolatera de azúcar, botellas y cubas, una piedra para moler el maíz; por último los primeros y mas indispensables objetos de un menaje europeo.

Antes de la llegada de los Españoles, la mayor parte de las faenas domésticas pesaban sobre las mujeres; pero este uso no ha sufrido mutación ni alguna. La pesca y la agricultura ocupaban uno y otro sexo; los hombres construían las casas y las piraguas; las mujeres fabricaban las pleitas y las maromas empleadas en la marina; tejían las velas, las esteras y todos los utensilios con hojas de árbol, como canastos, cestos, cajas, tunas, costales, etc.

Estos pueblos eran sumamente aseados: bañábanse todos los dias, sobretodo los que se hallaban en la orilla de un rio, y se frotaban el cuerpo y la cabeza con aceite de coco, ya para resguardarse del frio, ya para evitar el acoso de ciertos insectos. El pintarroteo parece haber sido desconocido entre ellos. El uso del betel, ignorado en las Carolinas, parece haber existido en las Marianas desde tiempo inmemorial, al paso que el cigarro es una importación reciente.

Es muy difícil evaluar en nuestros dias, ni aun aprosimativamente, el número de habitan-

tes á que ascendía la población de las Marianas cuando la conquista. Una nota del gobernador Mariano Tobías la hacía remontar, en cuanto á Gouaham, Tinian y Rota, á cincuenta mil, lo cual supondría en todo el archipiélago la suma proporcional de 73.000 almas. Si estos números no son muy esajerados, debemos suponer que en los cuarenta años siguientes á la colonización hubo una matanza espantosa de isleños, supuesto que los estados de 1710 atribuyen solamente 3.539 habitantes á todo el grupo, á menos que este inmenso vacío lo haya ocasionado el destierro voluntario. Admitiendo sin embargo esta hipótesis, adonde se han refugiado los proscritos? Lo cierto es que la progresión decreciente parece haberse interrumpido, puesto que en 1818 se contaban en todo el grupo 5.406 almas.

Los indijenas estaban divididos en tres clases: los nobles, *matoas*, los semi-nobles *atchaots*, y los plebeyos, *mangatchangs*. Estos últimos, especie de parias, parecían pertenecer á un tipo decaído, y les estaba prohibida la navegación. Los nobles ó matoas mandaban á las otras dos clases. Además de esas categorías políticas, existían otras; la de los *makanas* ó brujos, que llenaban una especie de sacerdocio, y la de los *eamtis* (senadores ó senadoras). Cada *eamti* se dedicaba á la cura de una enfermedad especial, dislocación ó fractura de miembros, heridas de todo jénero, fiebres, disenterias, indigestiones, reumas, etc. En cuanto á la práctica de los partos, estaba reservada esclusivamente á las mujeres. Los matoas eran constructores de piraguas, guerreros y pescadores; los *atchaots* eran admitidos á sucederles bajo ciertas condiciones, pero los *mangatchangs* estaban severamente escludidos de sus faenas.

Apesar de algunas afinidades con el malayo y el tagal; la lengua marianesa tiene su carácter propio. Es dulce, de una pronunciación fácil y clara, concisa y elíptica. El P. Morillo dice que la mayor parte de los habitantes son poetas, y en sus cantos nacionales han conservado tradiciones históricas cuyo velo fabuloso sería muy difícil rasgar.

El carácter de los nobles era dulce, franco, hospitalario, é impregnado de lealtad y grandeza. El de los *mangatchangs*, al contrario, era cobarde, falso y cruel. Los nobles no tenían mas que un defecto: el de su vanidad excesiva. Jenerosos despues de la victoria, fieles á la palabra contraída, solo escisjan de un prisionero la promesa de no evadirse. Cuando decían á un extranjero ó á un compatriota: «Scamos amigos», juzgaban contraer un empeño sagrado é invulnerable. Pero si el amigo se hacia culpable de alguna mala pasada, la familia entera del ofendido se transformaba en acérrima enemiga

del que había roto los vínculos de la amistad. Tales eran los antiguos; los modernos son hombres mas indolentes que activos, sencillos, hospitalarios, jenerosos y humildemente sumisos á la voz imperativa de sus caudillos.

Los vínculos de familia eran y son todavía muy estrechos en las Marianas. En parte alguna son mas dóciles los hijos ni mas afectuosos y tiernos hácia sus padres. En otro tiempo un hombre no podia tener mas que una concubina, y solo debia dar á una mujer el título de esposa legítima. Los matoas no podian entresacar de la clase de los mangatchangs, no solamente esposas, mas ni siquiera concubinas. La infracción de esta ley era castigada irremisiblemente con la aplicación de la pena capital. Las mozas disfrutaban de su entera libertad, y frecuentaban sin el menor reparo los lupanares, que denominaban *goma olitao* (casa de los celibes). Los padres mismos incitaban á una moral harto relajada. Sin embargo, esas mozas, aunque tan disolutas, en el acto de casarse quedaban transformadas en esposas castas y madres honradas. Los olitao formaban una especie de hermandad cuyo objeto propendia al establecimiento de un grosero epicureismo, y hablaban un lenguaje misterioso y alegórico destinado principalmente á sus cantos eróticos.

La familia marianesa se multiplicaba al infinito. Contábanse entre ellos parientes de sangre (*atshagnag*), parientes de amistad (*atshagna*) y parientes de casa (*atogtcha-goma*).

Entre las costumbres de este pueblo, el capitán Freycinet cita muchos en realidad harto característicos. Cuando tiene que acometerse una empresa jeneral, convócase la puebla en masa, como por ejemplo, cuando se han de erijir soportales comunes, ó cultivar el campo de un hombre impedido. En semejantes ocasiones, si por casualidad acertase á pasar un hombre acomodado de un pueblo vecino, las mujeres le salian al encuentro y le guiaban: una cinta de hojas de latanero que le prendian del brazo manifestaban que estaba prisionero, y en seguida le acompañaban á una casa colmándole de favores. Instruida de su cautiverio, su familia se escotaba por un rescate que pertenecía de derecho al jefe de los trabajadores; encargándole sobremanera que tratase al prisionero con todas las consideraciones posibles. Dado este paso, tanto si el jefe aceptaba el presente, como si no, restituían al cautivo á la libertad acompañándole de nuevo á su tierra con una escolta de honor y dádivas en pescado, esteras, batatas y betel. Parecia la caminata una marcha triunfal, y á la llegada se celebraba una fiesta. Comían y se divertían juntos; y al rayar del alborada, la puebla visitada acompañaba de nuevo los visitantes hasta á medio camino. Esta costumbre de hacer

un prisionero de distinguida alcurnia durante un trabajo público (*hodjong songsong*), lejos de ser considerada como un acto hostil, indicaba el deseo de vivir acordes. Si la persona retenida pretestaba negocios urgentes, la ponian inmediatamente en libertad.

Nadie intervenia en una contienda particular. Pero si estaba comprometida en la marimorena una mujer, todos tomaban partido por ella. Si se pedia auxilio á un pariente, acudía solo en persona; mas si se dirigía á la parienta mas próxima, debia acudir toda la familia, sin exceptuar á sus parientes y aliados.

El acto de urbanidad mas comun era el de olfatear la mano; y el ósculo, ni mas ni menos que los Nuevos Zelandeses, era el roce de las narices. Al entrar en una casa, se decia: *adjan djo* (aquí estoy); á lo cual contestaba el amo: *ati hao!* (desea V. que derrame agua?). Si el forastero queria significar que no, decia: *ti goatladji* (no importa); pero si se decidia por la afirmativa, decia: *adjan* (aquí). En este último caso, segun el rango y la dignidad del forastero, el huésped iba á sacar agua ó mandaba un criado, y en seguida uno y otro vertían de ella á las plantas del recién llegado que se las lavaba por sus propias manos. Cuando se encontraban por la calle, el ceremonial era mas sencillo; *mano hao?* (adonde va V.?) *goini meno hao?* (de donde viene V.?) tales eran las preguntas que se hacian. Cuando un habitante acertaba á pasar por delante de la puerta de uno de sus amigos, este último le instaba comunmente para que entrase. Cuando un mangatchang tropezaba con un noble, debia inclinarse casi hasta el suelo. Semejantes usos y fórmulas de urbanidad no existen ya en nuestros dias. Lo que se ve por las calles públicas de Agagna, son inferiores hincar la rodilla cuando pasa un pariente ó un superior, y en seguida besar la mano que le presentan con gravedad.

Los Marianeses median antiguamente el tiempo por el estilo de los Chinos, por dias (*haam*), por lunaciones ó meses (*polan*), y por años (*sakkan*). No carecian absolutamente de toda clase de conocimientos astronómicos y náuticos: en su vocabulario se vé el nombre de algunas estrellas.

La lengua marianesa no tiene término alguno para designar la divinidad, de lo cual el P. le Gobien ha creído poder deducir que no tenían la menor idea de un ser supremo. Otros pretenden que existían entre ellos creencias vagas, mas el P. Maurillo, Velarde y D. Luis de Torres aseguran que tenían las ideas siguientes sobre el origen del mundo. Pontan ó Fontan, hombre muy ingenioso, vivió muchísimos años en los espacios imaginarios que existían antes de la creación, y á su muerte encargó á sus her-

manos que de su pecho y de sus espaldas hiciesen el cielo y la tierra, de sus ojos el sol y la luna, y de sus cejas el arco iris.

Los Marianeses reconocían á lo que se cree la inmortalidad del alma; en su concepto el hombre que fallecía de muerte y sin ningún dolor, iba al paraíso donde gozaba de los árboles y de los frutos que cria en abundancia; mas si sus últimos momentos eran violentos y agitados, era arrojado á los infiernos que denominaban *sassalagoham*. El diablo era conocido entre ellos bajo la designación de *kaiji* ó *amiti* (espíritu maligno). Estaban en la creencia de que si alguien hacia venir al suelo el pilar de una casa, el alma del que la había construido tomaría una venganza invisible de aquella acción. El diablo habitaba entre los mortales, y se ocupaba continuamente en hacer mal. Afortunadamente las almas de sus mayores se oponían á sus esfuerzos y aun acudían á su auxilio en el momento del peligro. Había almas superiores en fuerza al demonio, y otras que le eran inferiores: las primeras habían pertenecido á los hombres intrépidos y activos; las segundas á los cobardes y negligentes. Las mujeres entrañaban igualmente sus almas, pero de un valor inferior al de los hombres, y no se sabe á punto fijo si también se atribuían de ellas á los *mangatchangs*. Hay un hecho bastante singular, y es el temor supersticioso que les inspiraba el ave carolina llamada *atang*; cuya aparición á aquella costa era siempre presagio de mal tiempo y de siniestro agüero.

En la fuerza del peligro y de la necesidad invocaban los naturales los *amis* (almas de los difuntos), al principio con su voz natural, pero á medida que el peligro va tomando cuerpo, en tono mas recio hasta vociferar con toda la fuerza de sus pulmones. Estos gritos de que usan todavía en sus partidas de caza, son sumamente agudos, y significan: «Almas de los muertos, socorredme, si es que vuestra familia se hizo acreedor á vuestro entrañable afecto. Hemos hablado ya de los *makanas* ó brujos. Divíanse en dos clases; la una de *mangatchangs*, que no hacia mas que causar daños; la otra de nobles, que solo se dedicaban á hacer bien. Estos últimos facilitaban buenas pescas, viajes afortunados, el restablecimiento de la salud, cosechas abundantes y una temperatura conveniente. Estos *makanas*, á fin de proteger sus pronósticos, guardaban el cráneo de sus muertos encerrados en canastas.

Los matrimonios se hacían con ciertas formalidades. Así que se proyectaba un enlace, la madre del novio, ó su mas próxima parienta, se presentaba en casa de la madre de la moza con la caja de betel, y se la ofrecía, diciendo: «Vengo á pedir vuestra hija para fulano.» Si la demanda era del gusto de la madre, se señalaba

el día para ir á saber la respuesta de la moza; mas antes de dar una palabra positiva, se pedían informes y mediaban conferencias con la familia. A la segunda visita de la que había traído la palabra, se decía sí ó no; y al momento el candidato satisfecho estaba obligado á subvenir á la manutención de la novia, ó servir en su casa en clase de criado. Entonces se veían sus disposiciones; si era buen cavador, buen pescador, ó buen marino, y transcurrido este tiempo se contrataban los esponsales.

Tres ó cuatro días antes, la familia que sufraga los gastos, la mas rica de las dos, se ocupaba en trillar el arroz, acrecentado con el que los de boda habían mandado en presente. Hacían circular el betel, y fabricaban una especie de pasta de arroz con la pulpa de coco para hacer bolitas que se servían á los convidados. La víspera de la boda se hacían los últimos preparativos: los frutos de rima y de dogdog, las raíces feculentas, el pescado, todo lo pasaban al horno las mujeres, mientras los hombres construían un edificio para poner á cubierto á los convidados. Por la noche se había hecho circular el betel, y al llegar esta, el *tchinchoki*, presente compuesto de raíces feculentas, de rima, de betel, de banana, de pescado y de sal.

Al rayar del alba, los parientes del novio se encaminaban ceremoniosamente á la casa de la moza, donde las presentaban de nuevo el betel, y en seguida entregaban la nueva esposa á su marido. Seguía el desayuno, y, como de costumbre, se ponía el cubierto sobre una estera de tres pies de ancho y de una longitud proporcionada á las dimensiones del aposento, y se servían los platos en tantas porciones cuantos eran los convidados. En primer lugar se sentaban los parientes del novio en el orden de precedencia que indicaban los grados de familia, y en seguida se instalaban los parientes por el mismo orden. Acelerábase el banquete, llevándose consigo lo que no podía comerse. De esta suerte se sucedían los convidados por hornadas, hasta que todos hubiesen tomado parte en el festín. En cuanto se daba remate al desayuno, cuando se preparaba la comida en los propios términos, sin otra diferencia que la precedencia pertenecía al parentesco de la novia. Terminadas las ceremonias del matrimonio, si el desposado no tenía casa ni hogar, reuníanse los parientes para construirle un domicilio amueblado con todos los utensilios domésticos.

No menos formalidades se practicaban al nacimiento de los hijos. Todos los parientes debían asistir á la enferma y cuidarla durante su alumbramiento. Procuraban que la casa se hallase en buen estado, provista de víveres, bien abrigada y adornada con todos los muebles necesarios. Los nombres de los hijos eran tomados de las cua-

lidades personales del padre, ó de un fruto ó planta conocida: *Gof-Sipik* (diestro pescador), *Tai-Agnao* (intrépido), *Tai-Goala* (indolente), *Gof-Togtcha* (diestro en disparar la lanza), *Matapang* (coco tierno y blando), *Pantan* (coco maduro), etc.

Pocas noticias se tienen con respecto á las ceremonias fúnebres. Segun el P. Le Gobien, contentábanse, ni mas ni menos que en Hawái, con manifestar su dolor y su sentimiento por medio de demostraciones señaladas y palabras plañideras. Vertian torrentes de lágrimas y daban espantosos gritos. No comian gota, y permanecian del todo empolvados. Este luto duraba ordinariamente siete ú ocho dias, á veces mas, segun el afecto que profesaban al difunto. En seguida se celebraba un banquete sobre la tumba misma cargada de flores, de ramos de palmera, mariscos y objetos preciosos. El desconsuelo de las madres que lloraban á sus hijos era inconcebible: cortaban el pelo de las desgraciadas víctimas, y lo suspendian de su cuello por medio de una sogá á la que hacian tantos nudos como noches habian transcurrido desde el fallecimiento de sus hijos.

Si el difunto pertenecia á la raza de los nobles, el dolor era intensísimo. Entraban en una suerte de furor y de despecho, arrancaban los árboles, pegaban fuego á sus domicilios, despedazaban sus bates, rasgaban las velas y abandonaban sus barapos á merced de los vientos. En seguida atestaban los caminos de ramos de palmera, y erijan monumentos espiatorios en honor del difunto. Si este habia sobresalido en la pesca ó en las armas, dos de sus profesiones mas lucidas, coronaban su sepulcro con remos ó lanzas; mas si se habia distinguido en ambas profesiones á la vez, elevábanle una suerte de trofeos con lanzas y remos entremezclados. Estas ceremonias iban acompañadas de lamentos. — « Ya no hay mas vida para mí, decia el uno. — El sol que me animaba se ha eclipsado, » replicaba el otro. O bien: Todo lo he perdido; ya no veré mas al que difundia el gozo en mi corazon. — Qué! nuestro mas inclito guerrero ha fenecido? Qué va á ser de nosotros? » Para completar esta expresion de su luto y de su pesar, los Marianeses guardaban respetuosamente en sus casas los huesos y los cráneos de sus antepasados, como tambien sus imágenes, grabadas de un modo sumamente grosero en cortezas ó pedazos de madera. Algunos depositaban estas osamentas en cavernas vecinas á sus domicilios, y llamaban á aquella especie de panteones *goma alonsing* (casa de difuntos).

En la actualidad ese viejo culto ó mas bien esas añejas costumbres han cojado completamente ante las prácticas de la religion cristiana. El territorio de Gouaham está cubierto de numerosas

iglesias, y si las demas islas no tienen ninguna, es por razon de la falta de poblacion suficiente para soportar el establecimiento de un curato. Gouaham contiene cuatro parroquias principales, Agagna, Pago, Agat y Umata, en las que se celebra con bastante regularidad el servicio divino.

Ademas de las fiestas que se hacian en virtud de un nacimiento ó de un matrimonio, los Marianeses celebraban muchas otras por la conclusion de una paz, por el acto de botar al agua una piragua recientemente construida, ó por la captura de una tortuga ó de un pez grande. En este último caso, antes de entrar en el puerto, el pescador daba una señal particular, al que correspondia la poblacion descendiendo á la playa, provista de guirnalda de flores y de tiernas hojas de palmera. La muchedumbre victoreaba á su desembarque al afortunado pescador, y le acompañaba á su domicilio en aire de triunfo. En primer lugar ofrecia el coloso marino á su mujer, quien lo remitia á la mas próxima parienta de su marido, y esta hacia otro tanto con respecto á otra, hasta que el fruto de la pesca llegaba conforme al orden establecido á casa de una mujer que no podia remitirlo á nadie. Entonces se distribuía el pescado entre el que lo habia cojido y las personas á quienes se habia ofrecido sucesivamente. Si el pez era una tortuga, se practicaba la distribucion á poca diferencia en los propios términos. Si el autor de la captura era un hombre solo, las *trece conchas* eran atravesadas cada una por un agujero circular de la dimension del puño. Si hacia una segunda pesca de esta naturaleza, cada concha era atravesada por dos agujeros, por tres agujeros la tercera vez, etc. Si habian concurrido á la presa de la tortuga muchos pescadores, no tenia lugar la aisa de las conchas.

Entre sus juegos contaban los naturales una especie de *marro á nado*, donde los campeones se perseguian uno á otro y procuraban dar pruebas de agilidad. La carrera, el salto, el palenque, eran igualmente diversiones gimnásticas usadas de los Marianeses. Asimismo tenian danzas sencillas y danzas mezcladas de canto. En estas danzas los hombres y las mujeres se mezclaban alternativamente, y en el centro se hallaba el caudillo de la puebla ó de la familia, ó la persona á quien se desease dispensar este honor. Entre los instrumentos de música cita la tradicion dos flautas de caña, de dos pies y medio de longitud y un pequeño dedo de grueso. La una tenia tres agujeros en una parte por cada mano y en la parte opuesta uno por cada pulgar; tocábanla como nuestro caramillo, pero sus sonidos eran dulces y graves, y no podia dar sonidos agudos. La boca de la segunda era semejante á la de nuestra flauta travesera, sin otra

diferencia que la tocaban con el soplo de las narices. Actualmente, además de algunos instrumentos de Europa, tales como flautas, contrabajos, molines y guitarras, los naturales tienen una especie de monocordio en forma de arco, que batido por una varilla da un sonido débil y monótono. Este conjunto se llama *belimbeo*, nombre tagal que parece indicar un origen manilés: es el *bobre* de la Isla de Francia. Pero la mas grande pasión actual de los naturales es la trompa, la armoniosa trompa que todos llevan consigo, y con la que amenizan sus ratos de ocio. Nada cabe mas curioso que ver por las calles de Agaña y de Umata esos virtuosos locos tocando á competencia su instrumento sordo y gruñidor.

El P. Le Gobien refiere que las Marianesas tenían asambleas particulares en donde se presentaban vestidas á todo lujo sin admitir en ellas á ningun hombre. «Acuadrilladas doce ó trece en corro, dice, en pie y sin moverse, entonan los versos fabulosos de sus poetas con un gusto y una precisión capaces de agradar á los mismos Europeos. La armonía de sus voces es admirable, y en nada cede á la música mas bien ordenada. En sus manos traen pequeños mariscos de los que se sirven con mucha destreza, á guisa de castañuelas. Pero lo mas sorprendente es que sostienen sus voces y animan su canto con una acción tan viva y jestos tan expresivos, que no pueden menos de absorbar á cuantos las escuchan.»

Los antiguos Marianeses tenían muy pocos instrumentos de agricultura. Entre ellos se contaban el *dagao* que servia juntamente de alzada, de pico y de almocofre, de palanca para traer los fardos y de arma defensiva en caso de necesidad; el *tanom* que servia para plantar la herza caribe, el *akoa*, bastante parecida á nuestra azada; el *damang*, especie de cuchillo, reemplazado actualmente por el machete americano; el *samau-dogas*, falcé muy ingeniosa, y bateas de todas dimensiones. El arado que actualmente se usa es el arado chino, uncido casi siempre de un solo buey, y de dos en las haciendas reales. El rastrillo que parece tener el mismo origen no es otra cosa que una grande miera en cuya estremidad hay dos ganchos de madera donde se fija la yunta; el labrador gobierna la máquina por medio de dos largueros verticales guarnecidos de un travesaño en la punta (Pl. LXIII. — 2). En Gouaham se emplean algunas carretas, la mayor parte pequeñas y de bambú, á las que se enganchan de uno á cuatro bueyes, con las ruedas construídas por el estilo portugués y español, de madera maciza y sin rayos. Transformados en chirriones, con el auxilio de algunas piezas ajustadas, estos carros sirven para el transporte del arroz y del maíz á los almacenes de la capital.

El arroz, principal cosecha de las Marianas, Tomo III.

se cultiva de dos maneras: en un terreno seco y en otro húmedo. El arroz cultivado en seco se siembra en julio, agosto y setiembre, á fin de que las lluvias que caen en esta época faciliten su jermínación. El arroz de los terrenos pantanosos se siembra en noviembre y diciembre, y se cubre la simiente con hojas de coco. En este estado se arrancan los tallos tiernos y los rejuntan en un terreno grosero y fangoso, en donde crecen hasta un pie y medio de altura, comunmente en el espacio de dos ó tres semanas. Por esta época arrancan de nuevo el arroz; le cortan el cabo á cosa de medio pie, y lo trasplantan á un campo dividido por cuadros, donde debe acabar su medro. A medida que en cada uno de esos se finaliza la operación, se apresuran á hacer entrar el agua, que procuran mantener á dos pulgadas mas baja de la altura que tenía la punta de la planta tierna despues de haberla replantado.

La introducción del maíz en las Marianas se debe al gobernador Tobías, y desde entonces se ha multiplicado medianamente. Esta gramínea no ecsije otra atención que purgar el campo de las plantas nocivas que contiene; en seguida hacen agujeros en tierra por intervalos y á una profundidad conveniente, y en cada agujero deponen cinco granos, de los cuales ordinariamente cuatro espigas. Entre las raíces feculentas particulares á estas comarcas, las unas crecen sin cultivo, como el *gap-gap*, las batatas *nika* y *dago*, las aroides *papao* y *baba*; pero otras raíces nutritivas ecsijen mucha atención, entre las cuales se encuentra la col caribe, á cuyo cultivo se aplica el mismo esmero que en Francia al de la patata. El coco es en las Marianas un objeto de cultivo mucho mas estenso. La multiplicación de los bananos se obtiene por un procelimientto harto defectuoso. se hace un agujero en tierra, introducen un vástago recientemente desprendido de la madreplanta, y el árbol que produce no da mas que un solo réjimen de frutos, y muere. El cycas, una de las principales explotaciones agrícolas, no ecsije grandes trabajos: el añil crece por todas partes casi espontaneamente, y entre los otros productos debe citarse una especie de bálsamo de barniz líquido que se retira por incisión del árbol de pan y del dog-dog. Un hachazo ó un golpe de machete dado al tronco del árbol es suficiente para hacer fluir esta sustancia resinosa, que sale con tanta abundancia cuanto mas temprano se hace la operación. La leche de rima ó de dogdog, cuando está fresca, se emplea en la pintura, mezclándola con polvos colorados; sin embargo es preciso apresurarse, porque se seca con mucha rapidez. El árbol en que se hacen incisiones semejantes no parece sufrir el menor perjuicio, y aun se observa que produce tanto mas cuanto mas multiplicadas son las incisiones.

La agricultura en las Marianas no es perjudicada únicamente por lo atrasado de sus procedimientos, sino también por una multitud de animales nocivos, tales como los ratones, los gatos monteses, los perros bravíos, los lagartos, las hormigas y la oruga que es una especie de mosca hedionda denominada *taonana*.

Los animales domésticos se reducen al buey, al cerdo y á las aves caseras, pues los pocos caballos, asnos y mulos que existen en la colonia, solo deben considerarse como objetos de lujo. Por la parte de Agat, de Pago, de Tachogna y de Merisso se encuentran bueyes silvestres, bien que en corto número. Los cuidados que reciben los bueyes domésticos se reducen á muy poca cosa.

Hemos visto ya lo que vienen á ser en las Marianas las dos cazas del ciervo y del javalí. Por lo que hace á la pesca, es un objeto mas importante y mas curioso, y como el pescado formaba en otro tiempo y forma en nuestros dias la base esencial del alimento, los procedimientos para cojerlo eran muy variados. Los antiguos Marianeses se servian para la pesca de anzuelos de concha, de hueso, de nácar y aun de cáscara de coco, pero ahora son preferidos los anzuelos de hierro. Las cuerdas ó sedales á que los fijaban eran, como actualmente, de corteza hilada de *balbago* (*hibiscus tiliaceus*) y de hebras de banano. Las redes eran de muchas especies, pero la mas importante era el *lagoa*, que sirve para cojer pececitos en la playa, compuesto de tres redes rectangulares ajustadas de cabo á cabo; las dos alas tienen una braza de altura sobre tres pies de longitud solamente, al paso que la del medio tiene dos brazas de elevacion sobre una longitud que varía de veinte á treinta pies. En cada estremidad de la red hay un palo en que está encordonada, y sirve para mantenerla tendida en la direccion de su altura. Esta red se maniobra casi del mismo modo que nuestro buitron, con el que tiene igualmente alguna analogia, semejante al trasmallo por su construccion y forma, aunque precisamente no es uno ni otro. Los Marianeses conocen asimismo el esparavel.

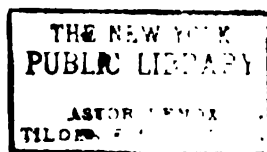
Los naturales, ni mas ni menos que otros salvajes de la Oceania, atraian el pez á parques contruidos antiguamente de piedras secas y actualmente de cañas. Estos parques son una especie de depósitos donde se coje la presa con el esparavel, ó la pica con una fisga.

De todas estas pescas, la mas interesante es la del *magnahak*, muy notable por la estrañeza de sus costumbres. Este pez se coje regularmente en la playa durante los meses de abril, mayo y junio, y á veces en setiembre y octubre. A cualquier época se presenta el *magnahak* en número prodijioso. En cuanto comienza á parecer, todos

los ribereños se precipitan á la playa para hacer de él grandes provisiones. Cuando empieza su aparicion, el *magnahak*, en sentir de los naturales, está en ayunas; mas en cuanto come cambia de color y no anda á manadas, sino que permanece en medio de las rocas. Reconócense dos especies de *magnahak*, de las cuales la una es de mayor tamaño que la otra. Si las de la especie pequeña son las primeras en llegar, al siguiente dia vendrán grandes *magnahaks*: si por el contrario, el dia segundo llegan de la especie grande, no debe esperarse ninguno mas.

Hay ademas otra pesca, la del *atchoman*, que se hace fuera de los arrecifes, desde media legua hasta cinco de distancia. Para poner el cabo en el anzuelo y hacerlo llegar á este pez que por lo comun está en el fondo del agua, debe practicarse un manejo que dura un mes. Para esto se llena la capacidad de un *poyo* con la pulpa de un coco tierno, y lo descienden á cinco ó seis brazas de profundidad. Por medio de ligeras sacudidas que hacen salir algunas partículas de coco maseado, se atrae el pez que gusta mucho de aquel cebo, y se continua la operacion en estos términos hasta vaciar del todo el *poyo*. Renovando esta maniobra todos los dias y levantando el *poyo* sobre el agua poco á poco, á razon de uno ó dos pies cada dia, se acostumbra al *atchoman*, que siempre permanece á una gran profundidad, á acudir en manadas hacia el *poyo*, cuando aparece á una braza solamente bajo el nivel del agua. En este punto es muy fácil cojerlo por medio de una vasta red en forma de buche que se va deslizando insensiblemente bajo del pez, y que se levanta hasta que aparezcan fuera del agua los aros de los bordes. Entonces se da un golpe vigoroso que basta para poner el pez en seco en la red.

Para la pesca del *lagoa* se practican otros procedimientos. Por la noche se valen del fuego y de la fisga. Procurárase buscar el pez dormido junto á los arrecifes, y lo pican haciendo el menor ruido posible. De dias esta pesca no es mas que una francachela. Procurárase un *lagoa* vivo, le atraviesan el hueso de la mandíbula inferior á la que fijan un sedal ó cuerdecilla de algunas brazas de longitud, combinando esta operacion, que no les hace ningun daño, de suerte que con sus dientes, que son muy fuertes, no pueda cortar esta especie de freno. Amarrado de esta suerte lo tienen en el mar y lo dejan nadar á sus anchuras. Los *lagoas* cautivos parecen causar mucho horror á sus semejantes, y así es que en cuanto el pescador arroja el suyo, concurren muchos á embestirle. Uno solo empieza el ataque; precipitase mordiendo al cautivo, y efectivamente lo arrastra á un punto determinado. Entonces el pescador retira su cebo, y en el punto mismo donde le han mordido ajusta un nudo corredizo en que



marineros indios, se hace un panas en el centro donde se colocan los que desean trasladarse de un lugar á otro. De estos tres marineros, siempre hay uno en el medio, ocupado en arrojar el agua que entra por las rendijas, y los otros dos se ponen en las estremidades para dirijir el batel. La vela como la que nosotros llamamos latina, es hecha de esteras y larga como el batel; por cuyo motivo evitan tanto como pueden tener el viento en popa, porque esto les haria volcar fácilmente. Cuando tienen que volver de un punto á otro, no hacen mas que cambiar la vela sin jirar el batel, convirtiendo la popa en proa; y el que estaba en ella en timonel.»

Esta descripcion manifiesta que sus piraguas tenian una marcada analogia con los paros carolinios, lo cual prueba sin contradiccion que los Marianeses rivalizaban siquiera con sus vecinos en el arte de la navegacion. Sin embargo actualmente han decaído mucho en esta parte, supuesto que es tan inferior la construccion de sus paros, que se ven precisados á echar mano de los paros carolinios para la navegacion de isla á isla. Los barcos denominados *garoides* son malas piraguas que solo pueden andar con el auxilio de la pagaya. Los barcos algo superiores, cortados como los precedentes de una sola pieza de madera llevan en babor un enorme balancin, de una longitud igual á la del barco y pudiendo ponerse indistintamente á barlovento ó á sotavento. Tienen ademas una vela trapezoide que solo se despliega cuando el viento es contrario, pues seria muy imprudente bordear con embarcaciones tan frágiles. Para el servicio de la colonia, el gobernador tiene tres vastas y buenas chalupas españolas una yola y un gran bote que navega indistintamente á la vela ó al remo. El servicio entre Gouaham y Manila es desempeñado por una goleta de unas cuarenta toneladas.

El comercio de las Marianas es casi nulo, pues se ciñe á algunas remesas de tripangs hasta la China y algunas permutas insignificantes con las Filipinas. Dia vendrá sin duda en que la vida industrial y agrícola, acelerando mas su actividad, inducirá á ese país á procurarse conductos mas remotos; pero hasta aquí la pereza de los naturales (1) y el monopolio impuesto por la España lo ha paralizado y sofocado todo. Sin em-

bargo el catálogo de los productos del terreno ha manifestado cuantos recursos ofrece este pequeño grupo, que en cambio aceptaria la mayor parte de nuestros objetos manufacturados de Europa, los paños, las telas de algodón, los hierros bastos ó trabajados, las escopetas, los libros, los muebles, los útiles, el vidriado, los vinos, el plomo como sale de la fundicion, la tela de velas, etc.

sino aun incomparablemente superior á la de todas las naciones juntas?

La actividad que caracteriza á los Españoles es tan clara y tan patente, que basta recorrer una página cualquiera de la historia para convencerse intimamente de ello. Con efecto: mientras todas las demas naciones yacian sumidas bajo el yugo del mas borrroso despotismo y eslabonaban ellos mismos sus cadenas para labrar su miseria y su deshonra, la España tomó la iniciativa á principios del siglo XVI enarbolando en muchas ciudades de la corona de Castilla y de Aragon el glorioso estandarte de la libertad que tuvo que sucumbir bajo el peso formidable de la fuerza bruta y bajo la disciplina incontrastable de las lecciones de la tiranía y del despotismo. El historiador filósofo que haya estudiado con esmero las causas y resultados de aquel acontecimiento, que constituye uno de los capítulos mas sobresalientes de la historia del siglo XVI, no podrá menos de inculpar severamente la desidia y flojedad de los demas pueblos que hallándose interesados en el éxito de semejante tentativa, contemplaron como del todo ajena á sus intereses una empresa tan importante para el bienestar de la sociedad universal, y dejaron cortar á sangre fria las cabezas organizadoras de los mas ilustres caudillos, tolerando con el mayor desdago y absoluta indiferencia que los nombres de los heroicos defensores de una causa santa y legítima, que debiera ser incrustado en placas de oro en las cámaras legislativas de todos los pueblos fuesen transmitidos á las jeneraciones futuras con el epíteto infamante de rebeldes, facciosos, perturbadores viles del orden y de la tranquilidad pública é inobedientes á la autoridad del gobierno supremo, gobierno que abarrojaba diariamente con nuevas prisiones á sus magnánimos y jenerosos vasallos.

Y qué diremos del maravilloso descubrimiento y la conquista de la América, cuyos resultados en vano puede bosquejar la pluma? qué de los afortunados Españoles que salvaron inmensas distancias, arrojaron obstáculos inauditos y sobrepujaron peligros á cuya sola idea cejaron de terror los demas pueblos, no queriendo en un principio dar crédito á un acontecimiento que por tan admirable llegará con el tiempo á ser increíble? qué de las portentosísimas hazañas del gran Cortés en la conquista del imperio mejicano, del intrépido Pizarro en sus afortunadas empresas contra los ricos dominios de los hijos del sol, de Ovando que en la fuerza de su jenio descendió al cráter de un volcan en actividad, de los infinitos heroes en toda la extension de la palabra, que encumbraron la gloria de la nacion española á un grado á que por su altura no es dado llegar á ningun pueblo de la tierra? Por último, son tantos y tan eminentes los rasgos de enerjía que han desplegado los Españoles en todos los países y épocas, rasgos verdaderamente dignos de los tiempos heroicos, que la pluma intentaria vanamente trazar de todos ellos algunas pinceladas, pues dias y dias serian precisos para describir de los mismos una parte insignificante; y si los extranjeros nos echan en cara que estamos sumidos en un profundo sueño, bastante les hemos demostrado que nuestro sueño es como el del leon que es mas terrible cuando duerme. Por manera que si los extranjeros conocen tan poco las hazañas de nuestros heroes y de cuanto es capaz su inmenso jenio, debe atribuirse á la gravedad natural de los Españoles que, muy diferente del carácter jactancioso de los Franceses, ha sido siempre enemiga de hacer alarde de sus proezas y popularizar sus glorias y sus hechos.

(1) Esta expresion que aqui suelta el autor y reproduce en diferentes pasajes del contexto de esta obra, debe ser considerada únicamente por nuestros lectores como una calumnia nacida de la mas profunda ignorancia de nuestra historia y de la preocupacion que ciega á la mayor parte de los extranjeros acerca del carácter eminentemente activo de los Españoles: porqué, qué hombre que sienta circular por sus venas una gota siquiera de sangre española, no se envanece al recordar el vasto jenio y la actividad que en todos tiempos ha desplegado la España, actividad no diremos igual á la de muchos otros pueblos,

El antiguo gobierno marianés no reunía todas las islas bajo el imperio del mismo caudillo. Estaban divididas en cierto número de tribus, que comprendían muchos pueblos cada una y estaban sometidas á leyes y costumbres que en todas eran casi las mismas. Cada una de estas tribus tenía un jefe único ó rey, *Maga-Lahi*, es decir, antiquior, superior, cabeza de familia, patriarca. El *Maga-Lahi* era siempre el noble ó matoa mas anciano del pueblo, y mandaba á la totalidad de los habitantes así en paz como en guerra. Su mujer se llamaba *Maga-Haga*, superiora ó princesa. A la muerte del rey le sucedía su hermano primojénito, y á falta de hermanos uno de sus primos hermanos, y uno de sus sobrinos, siempre por orden de primogenitura. Todo matoa que tenía bastante poderosa clientela para fundar un nuevo estado, podía llevarse consigo á toda su jente y establecerse en una comarca de la que se declaraba *maga-lahi*. Las mujeres eran escluidas de la prerogativa soberana, mas en los consejos y en los tribunales de que formaban parte ejercían una influencia tan lata, que el gobierno de hecho mas bien les tocaba á ellas que á los hombres. Eran dueñas absolutas de la casa; y aun en nuestros dias en que esas tradiciones añejas han experimentado mucho descrédito, ecsiste en las familias la autoridad de las Marianesas como un recuerdo de los pasados dias.

Las leyes civiles no estaban exentas de razon y de moralidad. El acto de union entre dos esposos no era indisoluble, pues solo duraba todo el tiempo que les convenia estar juntos, y se rompía desde el estado de reconocerse su incompatibilidad. Una mujer adúltera era repudiada por su marido, enviada de nuevo á la casa maternal, juzgada y al propio tiempo privada de sus bienes. El marido se hubiera echado encima una mancha indeleble con solo el acto de volverla á tomar.

El esposo tenía el derecho de vengar la adúltera en la persona del seductor, pero no en la de su mujer, cuya pena mas severa era la exclusion del domicilio conyugal. Si el marido llegase á atentar al contrato de union, ó si observaba una conducta reprensible, su mujer podia castigarle impunemente ó restituirse á su primer estado de libertad. El P. Le Gobien atribuye este derecho de represalias á términos mas vastos. « Si una mujer es convencida que su esposo tiene algun trato nada satisfactorio para ella, lo hace saber en la aldea á todas sus compañeras, las que se dan una cita donde se reúnen empuñando la lanza y con el sombrero de sus maridos en la cabeza. En aquel traje guerrero se avanzan en cuerpo de batalla en direccion al domicilio del culpable. Empiezan por desolar sus tierras, destruir sus cosechas, arran-

car los frutos de sus árboles y causar en todas partes un espantoso estrago; en seguida se precipitan juntos sobre la casa, y si el desgraciado marido no tiene la precaucion de retirarse y ponerse á cubierto, lo atacan y lo persiguen hasta que lo han espulsado del todo. Su modo de vengarse es muy particular. Abandonan sus casas, y hacen saber á sus parientes que no pueden vivir mas con sus esposos. Estos se constituyen inmediatamente en la casa del marido, la saquean y se llevan cuanto en ella se encuentra, siendo muy feliz el marido si no derriban su casa, como ha sucedido algunas veces. » Los hijos se iban con la mujer, y cuando volvía á casarse, miraban á su nuevo esposo como á su verdadero padre. Lo mismo acontecia en lo tocante á una hija que se veía madre; pues sus hijos entraban en la nueva familia, como entre nosotros los hijos de las viudas.

A la muerte del padre, su fortuna y sus hijos pasaban en manos de la viuda; si quien moría era la mujer, los parientes de esta se apoderaban no solo de los bienes del marido, sino tambien de sus hijos. Esta prueba de la preeminencia de las mujeres en el estado social es nueva y decisiva. Sin duda se creía que las mujeres siendo mas afectuosas y sedentarias eran mas propias para los cuidados que ecsije la educacion de los niños.

Si llegaba á morir una madre que amamentase un hijo, la parienta mas próxima que se hallase en estado de alimentarlo debía verificarlo ni mas ni menos que educar á los hijos mayores. En jeneral ecsistía un vínculo para ayudarse en caso de necesidad y socorrerse en el infortunio entre individuos de la misma familia y casi del mismo pueblo. Esto tenía lugar cuando los nacimientos, los matrimonios, las sepulturas, cuando se trataba de construir edificios y grandes sotechados y dedicarse al cultivo de los campos y á la construccion de piraguas. Cuando una mujer tenía realmente necesidad de un campo, de una piragua ó de cualquier otro objeto perteneciente á algun individuo de su familia, le presentaba un *alas* de concha (especie de moneda), y le decía: « Os doy este *alas* en cambio de tal objeto que necesito. » Esto era una razon suficiente para que el propietario se desprendiese de aquel objeto al instante mismo. Esta facultad de adquirir gratuitamente no era reciproca. Admitida de parienta á pariente, no lo era de pariente á parienta.

Esta serie de costumbres estravagantes ha dado curso á la hipótesis que en los tiempos primitivos las Marianas habían pertenecido á una puebla de amazonas. Un hecho hay indudable, y es que las mujeres debieron hacer la legislacion del país. Aun hay mas: en caso de faltas por parte de su mitad solo el marido era responsable; era

juzgado y castigado por ella. Solo las viudas incurrian en penas personales.

Cuando un atchaot habia sido espulsado de su puebla en virtud de una condenacion infamante, buscaba un matoa que quisiese tomarle á su servicio, y le servia sin salario hasta la espiracion de su pena ó hasta su entera rehabilitacion. Sino encontraba ninguno, se veía forzado á vagar sin asilo. Un matoa no podia perder sus bienes sino en virtud de una condenacion jurídica que, segun la naturaleza del delito, le declaraba atchaot vitalicio ó solo por un tiempo determinado. Cuando el juicio le condenaba á la espatriacion, los parientes de la mujer hacian los mayores esfuerzos para autorizarla á acompañarle en el destierro con sus hijos. Algunos presentes en víveres y en alas les valian ordinariamente este favor.

La espatriacion y la caducidad no podian pronunciarse contra un matoa, cuando habia construido y amueblado su casa en persona, y en los casos graves era preciso tenderle un lazo para hacerle entrar en el derecho comun. Entonces la familia construía una casa mas espaciosa y mas bella que la que ocupaba; la hacia garantizar de los muebles necesarios, intimaba al culpable que fuese á tomar posesion de ella, y apenas se habia instalado, cuando le decian: «Alejaos, hombre deshonorado, de una puebla manchada con vuestra presencia.» Esta intimacion no admitia réplica, y en cuanto habia partido confiscaban sus bienes.

Las contiendas entre dos particulares se vaciaban entre ellos solos, pero si de ahí resultaba una riña harto violenta intervenian los espectadores para poner en paz á los contrincantes. Muchas veces el jefe de la aldea era llamado á usar de su autoridad, y en este caso una simple intimacion transmitida por un niño era bastante parte para separar los dos campeones: la negativa incurria en un castigo ejemplar.

Estos pueblos tenian tribunales, ó mas bien consejos compuestos de jefes y esposas de jefes, en los cuales estas últimas conservaban casi toda la preponderancia. Estos tribunales ejercian su jurisdiccion sobre el matoa infamado en la guerra, por causa de traicion y de cobardía, y tambien sobre cualquiera que sin permiso del maga-lahi habia comerciado con una nacion extranjera, ó que se habia batido con armas prohibidas, ó que no habia socorrido á su familia en caso de necesidad, ó que habia vivido en concubinage con una mujer mangatchang, ó que de un modo ú otro habia infringido las órdenes de sus jefes. El acusado se defendia por sí mismo, y hacia valer su inocencia y las circunstancias atenuantes de su crimen. Si el delito, aunque averiguado, era susceptible de remision, las parientas, ó una sola en nombre de todas,

depositaban un alas á las plantas del culpable, quien á fin de contestar á aquella muda manifestacion consignaba pescado seco ó fresco, arroz, raices, etc. por un valor almenos igual. Esta permuta de alas y de comestibles se renovaba varias veces, de suerte que si el acusado no era muy rico, se veía forzado á renunciar y le condenaban, al paso que el opulento salia del mal paso con mucho honor y lo acompañaban á su casa con sus conchas. Esta especie de juicios se llamaban *tahio*.

Las alas eran conchas atravesadas con cierto número de agujeros. Estas conchas eran la moneda, y de la cantidad de agujeros resultaba su mayor ó menor valor. Una simple concha de tortuga se denominaba *tolat*; atravesada de agujeros recibia el nombre de *pihip*, y su valor era tantas veces tres *latlos* cuantos eran sus agujeros. Bajo el nombre jenerico de alas, se comprendia el *goini*, collar algo menos grueso que el dedo pequeño, y el *lokao-hogaa*, de una pulgada de diámetro. Es verdad que el valor de las alas podia aumentarse fácilmente multiplicando el número de agujeros, pero ningun Marianés se habiera tomado la libertad de hacerlo ya por su natural buena fé, ya por temor de que el fraude, fácil de descubrir, fuese castigado severamente. Estos antiguos alas son muy raros actualmente en la comarca, por razon de que los primeros colonos los esportaron casi todos á la China.

Las guerras que se hacian los Marianeses no eran largas ni sangrientas. El pretexto que las motivaba no era nunca la sed de conquistas, sino tan solo la necesidad de vengar una injuria. Cuando dos tribus entraban en campaña lanzaban algunos gritos no tanto para amedrentarse una á otra, como para inspirarse entusiasmo. El caudillo de la tribu era jeneral de hecho y de derecho, y en caso de liga entre muchas tribus, el mas valiente de los jefes era jeneralisimo. Ningun órden ni táctica presidian al combate: cada uno, así oficial como soldado, proponia sus ideas y subvena igualmente á su manutencion. Reuníanse las tropas al son de la trompa, y marchaban bajo una bandera denominada *babao*. Solo se admitian al servicio militar los matoas y los atchaots. Los mangatchangs servian de asistentes á los guerreros y transportaban los víveres. Toda su gran táctica consistia en acechar al enemigo y hacerlo caer en alguna emboscada. Parece, dice el P. Le Gobien, que solo entran en campaña para sorprenderse unos á otros. Con mucho trabajo vienen á las manos, y cuando lo verifican, solo es para tener la mengua de retirarse sin hacer nada. No parece sino que tienen miedo de ensangrentar el campo de batalla. Dos ó tres hombres muertos ó heridos deciden de la victoria. El miedo les

sobrecoje á vista de la sangre derramada; emprenden la fuga y se dispersan al momento. Los vencidos despachan embajadores y presentes á los vencedores, quienes los reciben con todo el placer de que son susceptibles unas jentes tímidas y cobardes cuando ven á los enemigos postrados á sus plantas. Como este pueblo es naturalmente altivo y vanidoso, los vencedores triunfan de una manera insolente. Insultan á los vencidos, y se burlan de ellos por canciones satíricas que componen y recitan en sus fiestas.»

Las armas consistían en palos denominados *godgod anom*, hechos de madera de areck, de ocho pies de largo sobre dos pulgadas de diámetro, y algunas provistas de huesos humanos. A juicio del P. Le Gobien, estos huesos eran tan ponzoñosos, que así que penetraban en las carnes causaban una muerte horrible y convulsiva. El *dogao*, instrumento de agricultura, y el *polos*, red de pescar, servían igualmente de armas defensivas; el *fod-fod* palito, el *atopet* ú honda se empleaban asimismo para los combates de distancias; pero cuando el combate se empeñaba cuerpo á cuerpo, recurrían al *damang* y al *katana*, especie de cuchillo ó de macana cuya forma precisa es actualmente desconocida. El katana se llevaba en la cintura como el machete de nuestros días.

El arte de las fortificaciones no era extranjero en las Marianas. En sus primeras guerras con los Españoles, sacaban partido del terreno con una inteligencia admirable, y en caso de necesidad sabían improvisar atrincheramientos, con árboles talados, ahondar fosos, defender las avenidas de sus reductos con puntas de huesos envenenados y sembrados por el suelo, y echar mano de todas las combinaciones de que era susceptible su estado poco adelantado de civilización.

Tales eran las leyes, las costumbres y la fisonomía de las Marianas bajo el aspecto físico y moral. Actualmente no existe nada de esto, pues es un grupo medio español, medio indígena, sin tipo ni carácter preciso. Su organización política es semejante á la de todas las demás colonias españolas. El gobernador manda en ellas con el título de *Gran justiciero*, *gobernador civil y militar*, teniendo por segundo á un *sarjento mayor*, jefe de la fuerza armada. Cuéntanse en seguida un comandante de la ciudad de Agagna, siete alcaldes administradores, y en cada aldea ó villorio un *gobernadorcillo* cuyas funciones están subordinadas á las del alcalde y son bastante semejantes al poder civil de nuestros corregidores. Bajo las órdenes del *gobernadorcillo* hay los alguaciles, milicia urbana, y los zeladores encargados de velar por la observación

de los estatutos de las cofradías religiosas.

El gobernador acumula todos los poderes políticos y judiciales; sus sentencias son ejecutorias y sin apelación, y únicamente con las que acarrear una pena infamante debe hacerse asistir del mayor, de dos capitanes y de un secretario. Aunque el fallo de la pena capital dependa del mismo tribunal, se acostumbra mandar el acusado á Manila. Los castigos mas severos son los cordazos, desde el maximum de quinientos golpes hasta el minimum de un corto número. El robo de efectos pertenecientes al Estado es castigado con cien golpes. El gobernador condena igualmente á los trabajos públicos por un tiempo determinado, cargando de grillos ó sin ellos. Las personas degradadas son castigadas con un destierro á Rota, á Tinian ó á Saypan, y por crímenes graves los envían á Manila. Todas las faltas de menor cuantía son castigadas con la prision que se sufre en Agagna ó en Umata.

Los gastos de esta colonia que cuesta á la España mas de lo que le reeditua, eran antiguamente cubiertos casi en su totalidad por una subvencion anual que suministraba la Nueva España, y que traía el galeon en su travesía de Acaapulco á Manila. Actualmente las Filipinas son quienes pagan la diferencia existente entre los gastos y los ingresos. Aquellos se componen de los desembolsos afectados al colejo de S. Juan de Letran, á la manutención de la fuerza armada, á las asignaciones del gobernador y de los funcionarios y gastos de ceremonias públicas, etc. La fuerza armada cuenta 112 hombres de tropas regulares, y en caso de necesidad puede aumentarse con 1.400 milicianos sacados de la poblacion sola de Gouaham. El reclutamiento es voluntario y se contrata por toda la vida ó por un tiempo limitado. Los soldados sirven tanto como les acomoda. Cuando lo desean, obtienen su licencia y tienen derecho á una pension despues de cierto número de años de servicio. En caso de guerra, los milicianos tienen sueldo y alimento, y como no pueden darles fusiles á todos, les arman de bondas y lanzas. Toda la artillería de Gouaham diseminada en diferentes puntos, consiste en unos 30 cañones de bronce, los unos en estado, y los otros fuera de servicio.

De este cuadro completo de las Marianas, tal como nos lo suministran las sabias y curiosas observaciones de M. d'Urville, Freycinet, Chamisso, Quoy, Bérard, Arago y Desaison, puede deducirse que bajo el dominio de otro gobierno que el de España este pequeño grupo hubiera adquirido desde mucho tiempo mayor importancia política y comercial. Es de creer que tarde ó temprano llegará á ser una útil escala intermedia entre la India y la Polinesia, sobre

todo cuando la civilizacion europea haya penetrado en el grupo de las Carolinas que manifiesta una disposicion maravillosa para recibirlo.

CAPITULO XXVII.

CAROLINAS OCCIDENTALES.—ISLAS ELIVI,
GOUAP Y PELEW.

Nuestra breve recalada en Gouaham habia restablecido completamente los enfermos del *Océanico*, por cuyo motivo cuando á 2 de julio de 1831 abandonó la isla hospitalaria, hallábase en el puente toda la tripulacion dispuesta y apta para el servicio. Era aquella la época de los mejores tiempos, de las brisas dulces y regulares. Deslizábase por el Océano la ligera embarcacion en direccion al S. O. sin que hubiese necesidad de remover una sola maroma de los aparejos ni la mas pequeña parte del velámen. Habian discurrido cuatro dias, y á 6 de julio el vijia señaló en el horizonte una isleta baja y selvosa. Vanamente la buscó Pendleton en sus mapas, pues era la isla Feis descubierta recientemente, reconocida en 1828 por el capitán d'Urville, y de la que habian hablado los Carolinos exsajerando su importancia y atribuyéndole seis leguas de circunferencia, siendo así que solo tenia dos ó tres millas. Por otra parte su posicion estaba basada sobre datos muy poco ciertos; mas, segun el capitán d'Urville, está situada á los 9° 45' lat. N. y á los 138° 10' lonj. E.

Dos dias despues el *Océanico* costeaba la parte S. del grupo Elivi (segun d'Urville), compuesto de un grau número de islotes bajos y selvosos, diseminados en los bordes de un inmenso arrecife. Al abrigo de aquella serie de rompientes, el mar estaba terso como un lago, y sin embargo nos hallábamos á tal distancia de tierra que ni una piragua siquiera se atrevió á acercarse. Sin embargo al fin llegó una tripulada por cuatro naturales que pasaron á bordo con alegría y confianza, ofreciéndonos cocos, frutos de pan y algunas raíces de su país. Eran hombres bien formados, de un tinte medianamente obscuro, íntegros, francos, tranquilos y animados de intenciones benévolas. Despues de haber pasado una hora á bordo, viendo que el *Océanico*, siempre á la vela, los conducia á sobrada distancia de sus islas, aquellas buenas jentes se decidieron á despedirse de nosotros.

Las islas Elivi fueron conocidas de los Españoles á principios del siglo último, fundados en las indicaciones que les dieron los Carolinos que frecuentaban entonces las Marianas. Algunos misioneros se aventuraron á desembarcar en aquel grupo para convertirle al cristianismo, pero su tentativa no tuvo otro resultado que una catás-

trofe estéril y sangrienta. Fernando Valdés Lamón, á la sazón gobernador de las Filipinas, da cuenta de aquel acontecimiento en estos términos:

A 2 de febrero los PP. Cantova y Walter partieron de Gouaham para las islas recientemente descubiertas. A 2 del siguiente marzo llegaron felizmente á una de las Carolinas, y permanecieron tres meses en ella, ocupándose en su ejercicio de misioneros. Como aquellas islas no ofrecian ningun recurso, embarcóse Walter para las Marianas á fin de abastecerse de todo lo necesario para la subsistencia de Cantova que continuaba en la misma tierra con catorce Marianeses que le acompañaban. Empero los vientos contrarios obligaron á Walter á hacer escala en las Filipinas, donde tuvo que estar aguardando un año entero la llegada del buque que cada bienio pasa á las Marianas. Por fin, á 12 de noviembre de 1732 volvió á embarcarse, y despues de tres meses y medio de navegacion, encalló el buque á la entrada del puerto. Lejos de desalentarse por este revés, los misioneros hicieron construir otro á grandes gastos y cargado de víveres, en el que se embarcó Walter á 31 de mayo de 1733 con cuarenta y cuatro personas. Despues de nueve dias de navegacion se encontraron ya junto á las islas, y al momento dispararon muchos cañonazos para avisar su llegada á Cantova; pero no se acercó ningun barco, lo cual indujo á creer que los bárbaros le habian quizás arrebatado la vida. Tomóse la resolucion de entrar en una bahía formada por dos islas, siendo la más considerable Falalep; y habiéndose aproximado á la playa á tiro de pistola, se descubrió que la antigua vivienda era incendiada, y que la cruz fijada en la costa no existia ya. Finalmente, acercáronse al buque cuatro barquitos henchidos de isleños y presentaron algunas nueces de cocos. Preguntáronles en su lengua por Cantova y sus compañeros, y contestaron con muchísimo empacho que habian ido á la grande isla de Yap; pero el temor pintado en su semblante y su tenacidad en no querer subir á bordo, apesar de ofrecérseles bizcocho, tabaco y otras bagatelas de su gusto, no dejaron la menor duda de que nuestros camaradas habian muerto por mano de los bárbaros. Consiguióse al fin cojer un isleño y hacerle subir á bordo; pero los restantes abandonaron inmediatamente sus barcos y se arrojaron á nado lanzando los mas terribles alaridos. El buque pasó la noche en aquella bahía, y al dia siguiente se alejó de las islas con ánimo de pasar á Yap. Navegaron los Españoles por espacio de tres dias enteros, pero nunca pudieron descubrir la isla, por razon de que ignoraban su situacion y el rumbo que debian seguir. Entretanto hicieron varias preguntas al isleño, asegurándole que no

le harían ningún daño si hablaba la verdad, y de esta suerte confesó por fin que poco tiempo después de la partida de Walter, habían muerto á Cantova y á todos sus compañeros.

« Este religioso había partido con su intérprete y dos soldados para la isla de Mogmog con objeto de administrar el bautismo, quedándose sus compañeros en Falalep para guardar su casa. No bien se hubo apeado en la isla, cuando se acudrillaron gran número de naturales armados de lanzas, y lanzando los mas horribles aullidos salieron al encuentro de Cantova; pero este les preguntó dulcemente por qué motivo querían arrancarle la vida, siendo así que no les había hecho el menor daño. « Tu vienes, le respondieron, para destruir nuestros usos y costumbres: en ninguna manera queremos admitir tu religión. » A estas palabras le acribillaron de tres lanzadas, despojaron su cadáver de sus vestidos, le envolvieron en una estera, y lo enterraron al pie de una casita, cuya ceremonia solo conceden á los magnates de su isla. Asimismo asesinaron á los otros tres, y depusieron sus cadáveres en un barco que abandonaron á la discreción de los vientos y de las olas. Después de este asesinato se embarcaron, y pasaron á la isla Falalep el sitio donde se habían quedado los restantes. Al acercarse los bárbaros, que parecían sobrecojidos de furor, los soldados se pusieron á la defensiva y tiraron cuatro cañonazos que habían colocado delante de su casa, causando la muerte de cuatro isleños. Continuaron defendiéndose á sablazos, pero postrados por el número, fueron acribillados de lanzadas, y sus cuerpos enterrados en la playa del mar. Catorce personas murieron en aquella ocasión, á saber, Cantova, ocho Españoles, cuatro Indios de las Filipinas y un esclavo; salvándose tan solo un joven Filipino que fué ahijado por uno de los caudillos de la isla. La casa fué saqueada por los bárbaros, quienes se repartieron todo el botín, y la destruyeron. »

El desgraciado éxito de aquella misión parece haber retraído á los Españoles de hacer una tentativa de la misma naturaleza; porque las Carolinas no son citadas en la historia de las Marianas. Las islas Falalep y Mogmog de los misioneros quedaron sepultadas en un profundo olvido, y en su lugar se ven solamente figurar en los mapas un grupo de islas bajo el nombre de *Egoi*, designación que debe su origen al capitán D. Bernardo de Egoi, su primer descubridor en 1712. Reinaba la mayor vaguedad sobre el conocimiento geográfico de este grupo, cuando en junio de 1828 el capitán d'Urville le reconoció y le aplicó el nombre de *Elivi* segun las designaciones de algunos naturales que se acercaron al buque durante la noche y tuvieron con él rápidas comunicaciones. « Esos naturales, di-

ce este capitán, no se acercaron á la corbeta hasta las siete de la tarde, y cuatro de ellos pasaron inmediatamente á bordo. Su buen humor, su confianza y su amabilidad nos recordaban perfectamente los habitantes de Hogoleu, cuando el viaje de la *Coguilla*. Nos dieron á conocer con muchísimo gusto los nombres de todas las islas que componen su pequeño archipiélago en número de diez y ocho ó veinte; mas como iba anocheciendo no pudimos aprovecharnos de aquellas luces. Así es que en el mapa trazado por M. Guilbert, me he contentado con distinguir estos islotes con números ordinales. Únicamente, como el nombre de *Elivi* era tomado mas comunmente en boca de los isleños que todos los demas, lo he impuesto provisionalmente al grupo entero.

« Cuando les pronunciámos el nombre de *Yap*, señalaron inmediatamente el O; igualmente conocían Saterval, Feis, Mogmog, Lamourek, Youli, etc., pero el nombre de *Egoi* les era absolutamente desconocido, y cuando pronunciámos esta voz mostrando sus islas, hacían un signo negativo diciendo: *Elivi*. La palabra *Tamouel* por caudillo, es tambien de su idioma, y *mamai* parece significar: *bravo, bravísimo*.

« Los buenos de aquellos salvajes me hubieran dado todavia con mucho gusto otras noticias, por cuanto eran muy comunicativos y aun locuaces; pero no acertábamos á comprender su lengua, y como nos hallábamos envueltos en la oscuridad sus jestos mismos eran del todo perdidos para nosotros. Al cabo de una hora les dí á entender que abandonábamos sus islas; por cuyo motivo se despidieron con mucho sentimiento y prometiéndonos reiteradas veces presentarse por la mañana del día siguiente á bordo y traernos sabrosos pescados. »

Seis meses después sobrevino el capitán Lutke que trazó la jeografía completa y circunstanciada de este grupo imponiéndole el nombre de *Ouhuty*, nombre que sin duda alguna debe ser preferido al de *Elivi*. Como la relacion de ese reconocimiento no ha visto todavía la luz pública, nos ceñiremos á una sucinta descripción de estas islas. Es imposible reconocer en el mapa de Lutke muchos de los nombres que los Carolinos de recalo en las Marianas habían comunicado antiguamente al esultá Serrano. Las islas Loto, Fataray, Fatalap, Patagarus, Yaos, Luxel y Eu del catálogo de Serrano son indudablemente idénticas con las islas Lothouu, Fatharay, Falalep, Patangaras, Ear, Losieppe y Eou del mapa del navegante ruso. Sea como fuere, el grupo *Elivi* ú *Oulathy*, de diez y ocho á veinte millas de largo de N. á S. con una anchura casi igual de E. á O., comprende unas veinte islas bajas y selvosas, todas de cortísimas dimensiones. Las mas considerables, como Falalep, Mogmog

y Patangaras, apenas tienen una milla de largo sobre media de ancho. Este grupo está situado entre los 9° 4' y los 10° 6' lat. N. y entre los 137° 8' y los 137° 28' lonj. E. Si debe darse crédito á las antiguas relaciones españolas, el caudillo principal de estas islas residía en Mogmog. Cuando navegan los barcos por este golfo, dicen, así que llegan á la vista de Mogmog, abajan las velas como muestra de respeto y de sumisión de los isleños hácia sus señores.»

Hallábase el *Océánico* á alguna distancia del grupo Elivi, cuando á 15 de julio por la mañana vi desaparecer á través de nuestras portas y á dos ó tres leguas de distancia una deliciosa isla orillada de una playa cubierta por hermosos grupos de cocos. Era la isla Yap, según la mayor parte de los mapas, Gouaham según M. d'Urville. Los Españoles la conocieron antiguamente en virtud de las noticias que les dieron los Carolinos, y según su costumbre, exajeraron sobremanera su importancia atribuyéndole cerca de cuarenta leguas de circunferencia, por cuyo motivo figuró por mucho tiempo en los mapas con una forma desmedida. «Además de las diversas raíces de que usan los habitantes en vez de pan, dice Cantova, se encuentran patatas, llamadas en su lengua *camotes*, procedentes de las Filipinas, según me ha referido uno de nuestros Carolinos llamado Caial. Asimismo narra este sujeto que su padre llamado Coor, uno de los mas ilustres de la isla, tres de sus hermanos y él, á la sazón de veinte y cinco años de edad, fueron arrojados por la tempestad á una de las Filipinas denominada *Bifatai*, que uno de nuestros misioneros les tomó por su cuenta y les dió vestido ó hierro, que es lo que mas aprecian en el mundo; que á su regreso trajeron simientes de muchas plantas, entre las cuales se hallan las patatas, las que se han multiplicado tan prodigiosamente que su isla abastece de ellas á todas las demas. Estos isleños hacen una pasta odorífera de color amarillo y encarnado con que se pintan el cuerpo los dias festivos; siendo este en su concepto uno de los adornos mas magníficos. Apenas puede creerse lo que me añadió aquel sujeto en orden á la existencia en su isla de algunas minas de plata; pero que se saca en corta cantidad, á falta de instrumentos de hierro propios para escavar la tierra; que cuando encuentran algun pedazo virjen lo trabajan para darle una forma redonda y lo regalan al señor de la isla, denominado *Taguir*. Díjome asimismo que en su casa hay algunos de un tamaño propio para servirle de silla.» El bueno del P. Cantova tenía fundamentos para dudar de la veracidad de este relato; porque una tierra tan sumamente rica no es posible que se hubiese sustraído á las indagaciones de los codiciosos aventureros de aquella época.

Esta isla fué olvidada por mucho tiempo, y reconocida por fin en 1792 por los buques *Exeter*, *Blake* y *Dundas*, y por el *Swallow* en 1804. Empero el capitán d'Urville es el primero que ha presentado con exactitud su forma y su posición. A 4 de julio de 1828 tuvo algunas comunicaciones con los naturales. Léese en su diario lo siguiente:

«Cuatro piraguas que desde mucho tiempo se dirijian hácia nosotros, asieron aquella ocasion para alcanzarnos. Tres de ellas no contenian mas que tres ó cuatro hombres cada una; pero la cuarta era mucho mayor y llevaba nueve. Todos esos salvajes pasaron á bordo sin ninguna dificultad, y no manifestaron la menor sorpresa al vernos. Tenian un semblante injenuo, la jovialidad y la mayor parte de las maneras de los otros Carolinos; por los andrajos que llevaban muchos podia juzgarse fácilmente que habian tenido frecuentes relaciones con los Europeos. Con efecto, uno de ellos, que hablaba un poco el español, me citó los nombres de seis ó nueve buques que habian sucumbido cerca de su isla, y me indicó un fondeadero en una hondonada de la costa del E. Ese sujeto me dijo que habia estado en Gouaham en uno de sus grandes paros; no tenia conocimiento alguno de las islas Elivi; pero me ha hablado de las islas Egoi situadas al E. S. E. y que me ha asegurado ser en número de cuatro. Hame indicado con exactitud las islas Palaos y Matelotas en sus direcciones respectivas, pero me ha dicho que las últimas se apellidaban *Goulou* en su lengua, y que su propia isla se denominaba *Gouap*. Es de creer que *go* no es mas que una partícula que significa es ó el artículo *el*, *la*, como el *to* de los Nuevos-Zelandeses y el *no* de los Taitios. Si es así, los verdaderos nombres de estas islas son *Oulou* y *Ouap*, tanto mas cuanto que en Elivi los salvajes pronunciaban claramente *yap*. Sin embargo hasta mas amplios informes adoptaremos las designaciones de *Gougo* y de *Goulou*.

«Esos naturales son bastante bien formados, y apenas se pintan; su tinte es sumamente claro, y muchos de ellos llevan sombreros puntiagudos como los Chinos. Sus piraguas son del todo semejantes á las de los Carolinos, sin otra diferencia que las dos estremidades se realzan mucho mas á manera de las góndolas de Constantinopla. Nunca trajeron á vender frutos ni provisiones, ni objeto alguno de su industria.

«Sin embargo su isla ofrece el aspecto mas risueño y fértil, sobretodo en toda su parte meridional, que es baja y casi del todo cubierta de soberbios cocos. De trecho en trecho se observan en la playa espaciosos edificios con inmensos techos por el estilo de las casas de Ulan. La parte del N. es mas elevada, bien que las montañas mas encumbradas parecen no te-

ver mas de sesenta ú ochenta tocas de elevación sobre el nivel del mar.

« Por lo demas Gouap es mucho menos estensa de lo que á primera vista parecia en los mapas de Arrowsmith y de Freycinet, porque á lo sumo tiene diez millas de N. á S. y cinco ó seis de E. á O. Es probable que, segun ha acontecido varias veces en lo tocante á evaluaciones de magnitudes de islas, las millas españolas habian sido tomadas por leguas.

« Cuanto hubiera gustado poder fondear en Gouap, y dedicarme algunos dias al estudio de sus habitantes y de las producciones de su territorio. Pero el *Astrolabio* no era mas que un hospital flotante; reinaba á bordo un desaliento jeneral. Tuvimos pues que contentarnos con la ojeada rápida que acabábase de tender sobre este rincon de tierra, y proseguir nuestro derrotero al S. 14° S. E. llevando el rumbo hácia las islas. Al momento todos los naturales que se hallaban á bordo saltaron precipitadamente á sus piraguas y se apresuraron á alcanzar la playa: no parecia sino que temian que fuésemos tentados á llevárnosles en esclavitud. Es probable que no pocas veces les han jugado semejante morisqueta. »

A estas observaciones del capitán d'Urville, debemos añadir que este navegante fijó la posición de la punta S. de Gougo á los $9^{\circ} 25'$ lat. N. y á los $135^{\circ} 41'$ lonj. E.

Al día siguiente, 16 de julio, el tiempo, hasta entonces delicioso, pasó á ser incierto y caprichoso. De cuando en cuando caían sobre el *Océánico* chubascos imprevistos que le forzaban á seguir todas las direcciones del compás. En medio de los obstáculos de aquellas maniobras señalé un grupo de árboles que parecia flanqueado de un ancho rompiente. Apenas lo mostré á Pendleton, cuando salió repentinamente al encuentro del timonero: « ¡Beja arribar á babor! » exclamó. El timonero obedeció al comandante, y el navío se deslizó en la dirección opuesta á la del arrecife. Desaparecido todo temor, Pendleton me salió al encuentro. « Me ha dado V. un buen aviso, dijo; no me creía tan cerca de los terribles *motelotas*, y es preciso que la corriente nos haya impedido hácia ellas con bastante rapidez. Créame que estábamos á treinta millas de distancia; pero apenas estamos á seis. » Preguntéle en que consistia este grupo, y me lo explicó en los siguientes términos. « Son unas islas pobres, que fueron descubiertas en 1547 por Villalobos, y Gabraon, gobernador de las Molucas, despachó á ellas á Francisco de Castro para bautizar á sus habitantes. En 1796 el almirante Reynier, que mandaba el navío, el *Suffolk*, tuvo conocimiento de ellas y las denominó *Spencer Keys*. Sin embargo el conocimiento exacto de su posición se debe al capitán d'Ur-

vile, quien en 1828 costó de muy cerca toda su parte occidental, y reconoció que este grupo, compuesto de algunas islas bajas sumamente pequeñas, estaba circuido de un inmenso rompiente que hacia muy peligroso su acceso. Hasta aquí no se ha recojido ninguna noticia positiva en orden á su población. Está situado entre los $8^{\circ} 14'$ y los $8^{\circ} 34'$ lat. S. y entre los $134^{\circ} 58'$ y los $135^{\circ} 11'$ lonj. E.

Durante cinco ó seis dias, impedido por los vientos contrarios, el *Océánico* sostuvo la capa aguardando que soprase una brisa favorable; pero las corrientes debian de ser muy fuertes en estos parajes, supuesto que á 22 por la mañana se percibió en frente una nueva tierra prolongada y de una altura mediana, que parecia tener una estension de cuatro ó cinco leguas. Cuando estuvimos á algunas leguas de distancia se desplegó á nuestra vista una dilatada serie de arrecifes. Aquellos rompientes formaban una barrera inaccesible, á escepcion de la parte S. donde se aproximaban mucho á la playa. Hallábase el *Océánico* á la altura de la isla del S., cuando se le acercaron dos ó tres piraguas. Dispensólas Pendleton una acogida alhagüena; pero al avistar á lo lejos un número mayor de embarcaciones, en vez de amainar su marcha para aguardarlas, hizo una maniobra que debia cansarlas si se obstinaban en seguirle. Permutáronse algunos objetos manufacturados con los que se habian presentado contra varios cocos y batatas; mas viendo que la marcha del buque les alejaba demasiado de su isla, se despidieron al momento. Los que se columbraban á lo lejos, habian virado ya de bordo, y de consiguiente me fué imposible recojer numerosas observaciones relativamente á aquellos isleños. Todo cuanto pude averiguar es que eran bien formados, vijilantes y llenos de confianza en sí mismos. Cuando hicimos ademán de enmararnos y huir su acceso, se manifestaron tristes cuanto sorprendidos, cual hombres que no habian hecho nada para merecer tal desconfianza y que estaban familiarizados con los Europeos. Eran efectivamente unos moradores de las islas Wilson, célebres por la relación del naufragio del *Antelope*, relación que participando de la popularidad de Cook y de Robinson ha sido tan hojeada por la juventud, dispuesta á sentir las mas vivas impresiones á la lectura de aventuras extraordinarias. Estas islas Pelew y su buen soberano, el jóven Li-Bou, el noble Abba-Thulle su padre, todos estos nombres se fijaban en mi imaginación á vista de la isla como otros tantos recuerdos recientes y gratiosos. « Porque no vamos, dije á Pendleton, á hacer una breve visita á los hospitalarios habitantes de las islas Pelew? — Parece que V. lo dice en estilo pastoral, me replicó el capitán con un tono semi-serio y me-

dio jocoso : se conoce que tiene V. el cerebro atestado de las baladronadas de Wilson ó mas bien de su corrector, el caballero Keate. La costumbre de trazar relaciones poéticas sobre esas pueblas oceánicas era entonces de moda : fabricábanse salvajes de agua de colonia, y los hacian vivir en un país digno de la edad de oro. Los caníbales mismos eran representados como inocentes corderos por la pluma de los publicistas europeos. Pero, qué ha resultado de ahí? *Mentis* crueles y nada satisfactorios. El teniente Macluer, albagado por las relaciones de Wilson y cansado de la sociedad de los Europeos, vino á buscar en Pelew hombres de mejor conducta. Pasó allí una parte de los años 1793 y 1794; pero no pasó mucho tiempo sin quedar disgustado de los isleños que encontró, como la mayor parte de los salvajes, ávidos y malignos. Si Macluer no hubiese fallecido, sin duda nos hubiera presentado relaciones mas exactas, mas curiosas y mas fidedignas que las fábulas de Wilson. Por desgracia Macluer no nos ha dejado ningun escrito, y si tan solo un plano de esas islas levantado con harta imperfeccion, pero que tiene esta circunstancia de característico, y es que los nombres de su mapa difieren completamente de los de Wilson y merecen ser preferidos por todos los jeógrafos como lo han sido por el capitán d'Urville.

« Despues de Macluer, prosiguió Pendleton, es probable que han comunicado con las islas Pelew algunas embarcaciones, y hasta se sabe que una de ellas estuvo á punto de ser víctima, hace algunos años, de su confianza en esos salvajes. El capitán Anderson me refirió en Gouaham lo siguiente, de cuyas resultas el *Océánico* ha maniobrado hace una hora del modo como V. ha visto. Subidos en gran número al buque del capitán, los naturales se portaron al principio con mucha reserva y decoro. Efectuáronse algunas permutas, y parecia reinar la mas completa armonía entre las partes contratantes, cuando los salvajes se precipitaron súbitamente sobre los marineros desprevénidos y se apoderaron del buque. Afortunadamente algunos marinos que se hallaban en las cofas tiraron algunos balazos sobre los salvajes, cuya imprevista mosquetería dió principio á la resistencia, que quizás hubiese sido inútil sin la presencia de un negro, *cof* ó cocinero de á bordo. Habia en el fuego un caldero lleno de agua hirviendo; tomó el negro un gran cucharón y echó á rociar á los isleños que recibían el líquido sobre su cuerpo del todo desnudo. Fácilmente se concibe que semejante rociadura les debió disuadir del pillaje, y en efecto se fugaron todos lanzando horribles ahullidos. Mucho tiempo despues se oía como ahullaban en la playa. Merced á la presencia de ánimo del negro, los Europeos se salvaron. »

Así es que Pendleton destruyó en un momento los ensueños de toda mi juventud. Qué! esta historia de Wilson era una fábula; ese naufragio del *Antelope* habia sido embellecido y abillantado á toda costa! Yo persistia en no creerlo: mi capitán con sus ideas positivas no podia menos de engañarse: los salvajes de nuestros dias, mimados por el contacto europeo, no podian ser ya los salvajes antiguos. Tal es lo que decia para mí á trueque de mantener mis ilusiones, y apesar de Pendleton creia todavia en las aventuras del *Antelope*. Vamos á juzgar inmediatamente de su verosimilitud.

CAPITULO XXVIII.

ISLAS PELEW.—NAUFRAGIO DEL ANTELOPE.

El *Antelope*, paquete de la compañía de las Indias, de trescientas toneladas, montado por 34 Ingleses y 16 Chinos, mandado por Enrique Wilson, que tenia á bordo su hijo y su hermano, partió de Macao á 21 de julio de 1783. Este capitán dió la vela hácia el E.; dobló el 26 las islas Bashee y no encontró mas tierra hasta el 1.º de agosto, por la noche, en que se perdió en un rompiente. Cortáronse los palos, se botaron las chalupas al mar; el naufragio era completo é irremediable.

Al rayar del alba, se percibió á tres ó cuatro leguas de distancia una isleta al S. y algunas otras al E. Despacháronse á ellas las embarcaciones, mientras se trabajaba á bordo en la construccion de una almadia en que debian cargarse los objetos mas útiles. Acercáronse los botes á una pequeña ensenada bien abrigada, desembarcaron sus provisiones confiándolas á la custodia de cinco hombres, y regresaron á bordo. Entretanto se dió cima á la almadia; completóse su cargamento, y la tripulacion dejó el *Antelope* y pasó á tierra. En el decurso de su rota, la almadia tropezó con obstáculos tan grandes, que tuvo que abandonarse anclada en un abra; y solo las tripulaciones desembarcaron viniendo en conocimiento de que la isla era poblada y oyendo gritos humanos durante toda la noche. Los dias siguientes se ocuparon del salvamento de los objetos de la almadia, sin que circunstancia alguna fuese parte á retraer á los naufragos de la faena. A las ocho de la mañana del 12, mientras se ocupaban en despejar el terreno para plantar reales, llegaron dos piraguas tripuladas por algunos salvajes, y uno de ellos se acercó á los extranjeros y les dijo en chapurreado malayo: « Sois amigos ó enemigos? » Afortunadamente un marinero comprendia su lengua, y le contestó: « Somos unos Ingleses desgraciados cuyo buque ha encallado en este arrecife, y hemos tenido la dicha de salvar nuestra vida. »

Desde entonces quedó sellada la mas íntima amistad entre los náufragos y los isleños.

Entre los ocho individuos que se habian relacionado con los Ingleses, se contaban dos hermanos del rey y un Malayo de Ternate, que habia servido de intérprete. Patron de un buque mercante, perteneciente á un Chino, este hombre se dirijia á Amboine diez meses antes cuando las corrientes le arrastraron á las islas Pelew. El rey le dispensó la acogida mas albagüña, y la conducta que hacía él observaron los naturales le era altamente satisfactoria.

La admiracion y la sorpresa que se manifestaron entre aquellos salvajes al ver los objetos desembarcados demostraban con evidencia que hasta entonces no habian tenido relacion alguna con los Europeos. A todo cuanto percibian y palpaban, exclamaban: *Weal! weal!* y á veces *Weal a tracoy!* exclamacion de sorpresa, segun nos significó el Malayo. Lo que mas llamó su atencion, fué el blanco cútis de los Ingleses, y lo holgado de sus vestidos que no podian no tocar con curiosidad, á trueque de cerciorarse si hacian parte de su cuerpo. Por lo demas, en breve comprendieron la explicacion que les dió el Malayo relativamente á esos vestidos indispensables en un país mas riguroso y frio que las islas Pelew. Entonces manifestaron deseos de saber si los brazos eran del mismo color que las manos y el rostro; y al momento muchos Ingleses se descubrieron el pecho y les hicieron patente que el resto de su cuerpo era del propio color. Los pelos que guarnecian el busto parecieron inspirarles cierto fastidio, pues les parecia efecto de desaseo, por razon de que entre ellos los dos secos tienen la costumbre de quitarse el vello con la atanquia.

Como los salvajes entraban en las tiendas con sus nuevos amigos, un perro de Terranova y otro perrito faldero, salvados del naufragio, echaron á ladrar con vehemencia. Los naturales contestaron á sus ladridos con estrepitosos gritos; pero poco á poco se fueron habituando á la vista de aquellos animales que les ofrecian un espectáculo del todo nuevo, por cuanto no conocian otro cuadrúpedo que el raton.

En la primera entrevista quedó acordado que el hermano del capitán, Matías Wilson, se presentaria al rey con algunos dones, y que los Ingleses retendrian como rehenes al hermano del rey, Saa-Kook, otro natural y un intérprete. El número de aquellos isleños se acrecentó dos dias despues por la llegada de otro hermano del rey, Arra-Kooker, y uno de los hijos del rey, llegados en piraguas cargadas de batatas y nueces de coco que ofrecieron al capitán. El hijo del rey llevaba un mensaje del monarca, concebido en los siguientes términos: « El rey veía con placer á los Ingleses en sus

Estados y les hacia saber que tenia pleno permiso de construir un navio en la isla en que se hallaban, y que asimismo podian ir á construirle en la isla donde residia y bajo su proteccion inmediata. »

Poco tiempo despues volvió á aparecer Matías Wilson; habia tenido grandes inquietudes, pero el resultado manifestó cuan poco fundadas eran. El pueblo de Pelew le habia dispensado la mas albagüña acogida. Su relacion es la siguiente.

« Cuando el bote que me llevaba llegó á la isla donde residia el rey, el pueblo en masa salió de sus domicilios para verme desembarcar. Acompañábame el hermano del rey, y me tomó por la mano para conducirme del desembarcadero á la ciudad. Habíase estendido una estera sobre un enlosado de piedras cuadradas, donde me hizo seña de sentarme. Obedecí al momento, y en breve llegó el rey advertido por su hermano: me levanté para saludarle al estilo de los orientales aplicando la mano á mi frente y encorvando el cuerpo; pero pareció que no prestó en ello la menor atencion.

« Tras esta ceremonia ofrecí al rey los presentes de que me habia cargado mi hermano, y los recibió con mucho agrado. Entonces Arra-Kooker habló con él algun tiempo, y entendí que le instruía de nuestro desastre. Concluida esta confabulacion, el rey comió un pedazo de azúcar piedra que le pareció bueno, y distribuyó un pedazo á cada jefe. Inmediatamente mandó que llevasen los presentes á su domicilio é hizo venir refrijerantes en una nuez de coco, consistiendo en agua caliente que suavizaron con una especie de melote. Despues de haberlo gustado, mandó un jóven que se hallaba á su lado que se encaramase á un coco para cojer nueces frescas. Tomó una, quitó su cáscara, cató su leche y la entregó al jóven natural para que me la presentase haciéndome seña de que se la devolviese en cuanto hubiese bebido. En seguida rompió la nuez en dos, comió un poco de ella y me la restituyó para que igualmente comiese.

« Entonces me hallé rodeado de una multitud de individuos de ambos secos, en tanto que el rey habló largamente con su hermano y los caudillos presentes. Sus miradas, que á menudo se fijaban sobre mí, me dieron á entender que su conversacion era relativa á mi presencia. Por casualidad me quitó el sombrero, y toda la asamblea quedó altamente sorprendida al verlo. Habiéndolo echado de ver, inmediatamente me desabroché el justillo y me descalzé los zapatos para mostrarles que no hacian parte de mi cuerpo, por cuanto me creía que estaban en esta idea. En efecto, así que se desengañaron, se me aproximaron mas, me palparon y apli-

caron sus manos sobre mi pecho para tocarme la piel.

«Entretanto iba anocheciendo, y de consiguiente el rey, su hermano, muchas otras personas y yo nos retirámos á una casa donde nos habiau preparado batatas cocidas en agua para cenar. Consistia la mesa en un camoncillo guarnecido en torno de un banco de tres á cuatro pulgadas de alto. Habia en ella un plato de madera que contenia una especie de pudingo hecho tambien de batatas machacadas y batidas juntamente. Observé ademas algunos mariscos, pero no pude reconocer sus especies.

«Despues de cenar me acompañaron á otra casa situada á alguna distancia de la primera, donde encontré á cincuenta personas de ambos sexos. Fuí presentado por una mujer, que en el acto de entrar me dió á entender que me sentase ó me acostase en una estera estendida expresamente para mí en un ángulo de la pieza; á lo que pude comprender, que me habian destinado aquel sitio para dormir. Cuando el resto de la compañía hubo satisfecho su curiosidad, cada uno se fué á acostar, yo me tendí en la estera, y me coloqué otra encima, que presumí destinada para este objeto. Mi almohada fué un tajo, único cojín de que se sirven aquellos isleños.

«Aunque me fué absolutamente imposible dormir, pasé la noche tranquilamente. Mucho tiempo despues de hallarse todos sumidos en el silencio de la noche, se levantaron siete ú ocho hombres, y empezaron á encender dos grandes hogueras en cada extremo de la casa, que no estaba dividida en piezas y formaba solo una grande habitacion. Fuerza me es confesar que esta ceremonia me amedrentó, pues creía que se disponian á asarme, y que solo se habian acostado para dejarme dormir, y apoderarse de mí en aquella situacion.

«Dejando á un lado lo que hubiera podido ser de mí, en el peligro que me amagaba de todos lados y que me era imposible evitar, reconcentré todas mis fuerzas y me encomendé al Ser Supremo, aguardando con resignacion mi destino ulterior. Pero, cual fué mi admiracion cuando poco tiempo despues de haberse calentado les ví cubrirse con sus esteras y echarse á dormir pacíficamente hasta el amanecer! En este momento me levanté, y me paseé en todos sentidos á través de la muchedumbre que me rodeaba.

«Juntóseme en breve el hermano del rey; acompañóme á muchas casas donde me ofrecieron patatas, nueces de coco y algunas golosinas insignificantes, y en seguida me presentó en casa del rey su padre á quien di á entender por jestos que deseaba mucho encontrar á mi hermano. Comprendióme el rey perfectamente, y

me significó igualmente por señas que los botes no podian enmararse á causa del viento y del proceloso mar. Para designarme el impetu del viento, me mostró con la mano los astros y sopló con vehemencia; en cuanto á la violencia de las olas á que estarian espuestos los botes, juntó entrambas manos, levantólas y dejólas caer al momento, dándome á entender con esto que los botes podian temblar.

«Empleé el resto del día en pasearme por la isla, cuyas producciones me parecieron consistir en batatas y en cocos; los naturales cultivaban las primeras con sumo esmero en grandes plantaciones situadas en medio de terrenos pantanosos, como el arroz en la India. Los cocos crecen junto á sus casas, ni mas ni menos que el betel, que mascan como tabaco.»

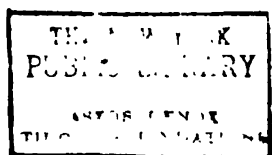
Al día siguiente Abba-Thalle, que Keate llama el rey de Pelew, apesar de no ser mas que jefe de una de las islas del archipiélago, vino en persona á visitar á Wilson. Renovóle sus ofrecimientos de servicio; insinuóle que el sitio en que se hallaba era insalubre, y que bajo todos aspectos le seria mas ventajoso residir á su lado. Wilson dió las gracias al rey sin afectar desconfianza; mas prefirió permanecer en el punto en que estaba, calculando que le seria mas fácil ponerse á cubierto de una sorpresa ó de una traicion. Abba-Thalle, este rey de Pelew, iba completamente desnudo (PL. LXXIV. — 2), y ni siquiera llevaba en el puño la señal distintiva de su hermano el jeneral. Llevaba en el hombro un hacha de hierro, al paso que todas las otras eran de concha. Conforme al deseo que manifestó el jefe salvaje, Wilson mandó á sus fusileros que hiciesen en su presencia el ejercicio de fuego, lo que causó entre los isleños una sorpresa y admiracion imposibles de describir: saltaban, daban brincoos, gritaban y jesticulaban. Desde entonces sus consideraciones hacia sus huéspedes fueron siempre en aumento; sea que se hubiese mezclado en su amistad cierto sentimiento de temor, sea que les tomasen por seres sobrenaturales dotados de un poder superior. Por otra parte sabian hacer la diferencia de los Ingleses y de los Chinos, pues estos últimos fueron considerados por ellos como individuos de una especie subalterna, cuando vieron que no estaban habituados como los Ingleses al manejo de las armas de fuego.

Satisfecho que hubo el rey su curiosidad, retiróse con su estado mayor á una parte algo distante de la isla, en donde deseaba pernoctar. Algunos caudillos se quedaron al lado de los Ingleses con muchos isleños. En el acto de acostarse, Wilson y sus marinos oyeron á aquellos salvajes entonar un canto discordante que dió aviso á los náufragos: este canto fué considerado como un grito de guerra ó como una señal des-

- 2 Campo atrincherado del Capitan Wilson a Teieu.
3 Campo atrincherado del Capitan Wilson en Teieu



- 4 Lugar una de las mineras de Aba Tulo
4 Lugar otra de las mineras de Aba Tulo



tinada á avisar al rey y sus guerreros. Cada uno tomó sus armas, decidido á vender cara su vida, y Wilson se encaminó al sitio donde acampaban los naturales para cerciorarse de sus disposiciones. Allí se convenció fácilmente de que semejantes gritos eran una especie de preludio á un canto nacional que se pusieron á ejecutar, pero de un modo tan extraño y tan estrañamente explicado por el relator, que es preciso echar mano de su mismo contesto para dar de él una sucinta reseña:

« Cuando estuvieron de acuerdo, Raa-Kook presentó un sedal ó mas bien una tablita, que tomó otro *rupack* (jefe), sentado á alguna distancia. Este cantó un estribillo, acompañado de otros isleños, á escepcion de Raa-Kook y del joven príncipe. Dos veces repitieron el retornado, y los naturales que se hallaban en la tienda vecina lo repitieron en coro. Raa-Kook presentó otra tablita, con la que cantaron de la propia suerte, y así continuaron los diez ó doce estribillos. En los intervalos se hablaban entre sí, y parecieron dar á entender que los cantores no habían tomado á bien los diferentes tonos.

« Cuando hubieron dado cima á sus cantos, desearon oír algunas canciones inglesas, y se les dió satisfaccion al momento. El joven Cobble-dick entonó muchas de que quedaron muy contentos. Así es que nuestros temores quedaron desvanecidos, y no dudámos al momento que el objeto de aquellas jentes no había sido mas que el de divertirse. Finalizados estos cantos se fueron á dormir; pero pocos Ingleses se recobraron del susto aquella noche, pues eran sobrado violentas las sospechas que les había infundido la alarma para que les diesen aliento con prontitud. »

Abba-Thulle estaba entonces en guerra con un jefe vecino, y despues de haber quedado acorde con sus hermanos, calculó que la asistencia de los Europeos podría serle de un grande auxilio en aquella lucha. Sin embargo por de pronto no se atrevió á declararlo á sus huéspedes temiendo que semejante súplica no les pareciese una conviccion impuesta á su hospitalidad: así que, con la mayor timidez pidió á cinco ó seis Ingleses que le acompañasen en una expedicion á una isla vecina. Su demanda fué acogida con júbilo, y de consiguiente los isleños se sintieron sobrecojidos de la mayor alegría. Al siguiente dia se embarcaron para la isla Pelew cinco jóvenes marineros robustos y bien armados, en tanto que los otros se ocupaban con la mayor actividad en la construccion de un pequeño schooner que debia servirles para enmararse (PL. LXIV. — 3).

Abba-Thulle había prometido despedir á sus auxiliares al cuarto dia, y ya habían pasado nueve sin saber de ellos ninguna noticia. Su ausencia empezaba á inquietar á Wilson, cuando lle-

garon á 25 de agosto guiados por Raa-Kook, y refirieron lo siguiente:

« El 17 emprendieron la marcha para una de las islas del rey, situada á unas seis leguas de la caleta por la parte del S. Fueron recibidos y tratados con mucha amistad, y pasaron en ella toda la noche. Al siguiente dia se encaminaron á Pelew, donde residia el rey, distante tres ó cuatro millas del punto que abandonaron. Allí vivieron hasta el 21 sin que el rey hubiese podido reunir todos sus botes; pero al amanecer del 22 se alinearon todos con sus armas en frente del palacio del rey, quien les pasó revista. Estas armas eran flechas de bambú de ocho pies de largo, guarnecidas en el cabo de una punta de madera de betel en figura de sierra. Con estas flechas se batien de cerca, pues tienen otras menos largas para combatir de lejos. Las arrojan con un palito de unos dos pies de largo, en el que se encuentra una empulgadura para recibir la punta de la flecha: aplican la mano al otro cabo de esta, que siendo de bambú es elástica, y la encorvan en razon de la distancia á que ponen la puntería, y la dejan partir. En jeneral estas flechas caen perpendicularmente sobre el objeto que deben alcanzar.

« Los Ingleses que formaban parte de aquella expedicion se embarcaron en cinco botes diferentes, y llevaron el rumbo hácia el E. haciendo unas diez ó doce leguas para congregarse algunos refuerzos de muchas aldeas que estaban puestas bajo el dominio del rey. A las dos y media de la tarde llegó á la vista del enemigo. El rey tenía una flotilla de 150 botes que llevaban á bordo mas de mil combatientes. Nuestras jentes no pudieron saber á cuanto ascendian las fuerzas del enemigo.

« Antes de empeñar el combate, Raa-Kook se aproximó á la ciudad con su bote y habló algun tiempo al enemigo, teniendo á su lado á Tomas Dultou. Habíase prevenido á este de no hacer fuego mas que á cierta señal que debían hacerle. Habiendo oído el enemigo con mucha indiferencia lo que le dijo el jeneral, este arrojó un dardo que fué devuelto inmediatamente. Esta era la señal acordada. Tomas Dultou hizo fuego al momento y mató un hombre, lo cual sorprendió sobremanera á los enemigos. Los que se hallaban en la playa emprendieron la fuga; los otros que estaban en los botes se arrojaron al agua para alcanzar la tierra. Disparáronse algunos postreros fusilazos y la victoria fué asegurada.

« Nuestros enemigos se manifestaron sumamente satisfechos de aquella derrota; pero no sacaron de ella otra ventaja que la de desembarcar para cojer cocos y batatas. Despues de este combate, ó mas bien derrota, regresó la flotilla entre nuestros isleños. El rey se congratoló

sobremansera de su triunfo, y la flota se detuvo en diferentes puntos en donde se presentaron las mujeres trayendo refrescos para las tropas; mas como era demasiado tarde para retirarse á sus casas, dispersáronse todos á las ocho de la tarde y pernoctaron en diversas caletas.

« La mañana siguiente fué empleada en preparar diversiones en todas las vecinas casas. A las tres de la tarde volvieron á embarcarse todos y velejaron hácia Pelew adonde llegaron á las siete de la noche.

« Sus mujeres se manifestaron dispuestas á recibir las tropas con nueces de coco llenas de agradables bebidas. En el acto de atracar á la playa, los Ingleses dispararon una descarga de mosquetería y prurupieron en tres aclamaciones de que el rey estuvo muy contento. Acostáronse: habíanles comprometido á pasar un dia allí y diferir su partida para su isla. La ciudad se disolvió en regocijos, y pasó todo el dia en placeres. Hubo danzas y canciones análogas á las circunstancias. »

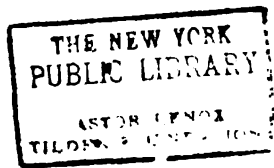
El señalado servicio que los Ingleses acababan de prestar á los isleños estrechó mas fuertemente los vínculos de amistad que los unian mutuamente. Deseando darles una nueva garantía, Abba-Thulle mandó declarar á Wilson por el órgano de su hermano Raa-Kook, que le abandonaba la isla á su discrecion en donde se hallaba con toda propiedad, y al propio tiempo invitaba al capitán á ir á encontrarle para que recibiese los honores debidos á su rango. Wilson rehusó la segunda oferta, pero aceptó la primera haciendo izar en la punta de un palo el pabellon inglés y saludándolo con tres descargas de mosquetería. Entonces fué cuando se supo por primera vez que el nombre de la isla era *Oroulong*. No pudiendo ir á visitar el rey en persona á causa de sus ocupaciones, decia, envió á dos de sus compañeros para felicitarle por su victoria. Agregó al séquito de aquella embajada un Chino á quien encargó de examinar con cuidado el país y sus producciones para saber cuales eran sus recursos comerciales y agrícolas. Los enviados ingleses fueron recibidos con distincion, bien tratados y festejados por todo el pueblo. La relacion del Chino fué, que el país era miserable; que el pueblo era muy pobre; que no habia vestidos, arroz, ni cerdos, pero sí batatas, pececillos y nueces de coco; que no habia ningun comercio, y que de consiguiente no tenian mucho de que comer. Como el bueno del Chino era muy positivo, el sentimental Keate lo compara á un Holandés que solo calcula en un país lo que sus habitantes pueden dar á ganar.

Wilson, seguido del médico Sharp y de otras dos personas, fué á visitar á Abba-Thulle. El domingo 31 de agosto se embarcó para Pelew,

y llegó al desembarcadero de esta isla á la una de la tarde (Pl. LXIV. — 1). Raa-Kook acompañó á los extranjeros á una casa situada en la playa, en la que debian aguardar la llegada del rey. Sirviéronse refrescos con cierta simetría: en primer lugar presentaron un ancha sopera de madera, cuya forma era la de un pájaro, guarnecida interiormente de corteza y llena de una bebida azucarada; en seguida una batea pintada de unos dos pies de altura, guarnecida como la sopera, y en la que se habian dispuesto algunos almíbares y naranjas; finalmente dos canastillos, el uno lleno de batatas y el otro de nueces de coco.

Entretanto entró Abba-Thulle, recibió el abrazo del capitán Wilson, y se sentó á su lado. Los Ingleses eran servidos por un hombre que distribuía á cada uno por órden del rey su parte de provisiones. En seguida Wilson ofreció á Abba-Thulle los presentes que habia traído, abarcos de hierro, collares de oro y de plata unidos por una cinta en cada cabo. La casa estaba circuida de naturales que ensaminaban á los extranjeros con la mayor curiosidad. Uno de los camaradas de Wilson, llamado Devis, que sabia dibujar, habiendo observado entre la muchedumbre una mujer bastante bonita, empezó á hacer su retrato; pero esta viendo que el extranjero la miraba con frecuencia trazando algun bosquejo en su presencia, retiróse con aire de mal humor, sin que pudiesen retenerla las instancias de los rupacks. Uno de ellos dió una ojeada al bosquejo de Devis, y le agradó tanto que quiso enseñarlo al rey, quien manifestó deseos de que Devis retratase á dos de sus mujeres, de las cuales la una se llamaba Luoi (Pl. LXIV. — 4). Mandólas presentar, y al principio no tuvieron reparo en mantenerse firmes con aire risueño y satisfecho; pero en cuanto echaron de ver que Devis no cesaba de clavar en ellas sus miradas, empezaron á inquietarse seriamente, tanto que sin las órdenes formales del rey se hubieran marchado inmediatamente. Al fin se concluyeron los retratos y fueron presentados al príncipe, que se manifestó muy contento de ellos. Por lo que hace á los dos modelos, recobraron su buen humor al ver el dibujo y no pudieron menos de ruborizarse por las inquietudes que habian concebido.

En seguida Abba-Thulle acompañó á sus huéspedes á la capital, situada en un collado cubierto de bosques, á trescientas toesas de la playa. Allende el bosque empezaba una hermosa calzada con muchas hileras de árboles. Esta calzada en las avenidas de la ciudad se dividía en dos senderos, de los cuales el uno conducía á un arsenal de construccion para las piraguas, y el otro al sitio donde se tomaban los baños. Llegados á la ciudad, que el relator apellida al-



1. *Desembarcadero a Pelew*
 1 Desembarcadero en Pelew

2. *Abu-Tuto Jefe de Pelew*
 2 Abu Tuto Jefe de Pelew

de la casa en el

FOOTAGE
 V. 1. 12

gunas veces *Pelew* y otras *Pak* (sin decir porque), los Ingleses entraron en una gran playa embalsada y circuida de muchas casas, y penetraron en un edificio situado en el centro de uno de los lados (Pl. LXV.—1). Muchas mujeres salieron de aquella habitacion, y su belleza, ni mas ni menos que sus ornamentos, indujeron á oír que pertenecian á elevada alcurnia. Su rostro y su pecho eran pintados de amarillo.

Introducidos en aquella casa, los Ingleses fueron seguidos por las mujeres que les distribuyeron nueces de coco y bebidas azucaradas, ocupándose en seguida en trenzar esterillas con hojas, ocupacion la mas ordinaria de su secso en *Pelew*. Abba-Thulle instaló á sus huéspedes, y despues de haberles manifestado que aquella casa estaba á su disposicion durante su permanencia en *Pelew*, despidióse de ellos para ir al baño. Apenas habia partido, cuando los Ingleses recibieron un mensaje de la reina que estaba deseosa de verlos, y al momento fueron á hacerle una visita precedidos por *Raa-Kook*. La soberana habitaba en una vivienda retirada y circuida de plantaciones de cocos. Delante de la casa corria una balaustrada, en la que habia muchos pichones domesticados y atados por la pata. Los pichones son unas aves muy raras en *Pelew* y solo los *rupacks* con sus familias tienen derecho á comer de ellos. Cuando la reina vió á los Ingleses á poca distancia de su casa, abrió su ventana, y por el órgano de *Raa-Kook* les rogó que se sentasen en el empedrado en su presencia. Entonces sobrevinieron algunos esclavos con refrescos, mientras la reina interrogaba á su cuñado el jeneral por cuenta de los extranjeros. Como prueba de alta consideracion, les hizo servir un pichon asado, previniéndoles que era el plato mas sabroso de su isla. Curiosa hasta el esceso, la princesa hizo acercarse á la ventana algunos Ingleses, y les rogó que se quitasen los vestidos para que pudiese ver el color de su piel. Satisfecha su curiosidad, les despidió con mucha urbanidad. Entonces el jeneral acompañó á sus huéspedes á su casa, y les hizo servir nuevos refrescos y un nuevo pichon asado. *Raa-Kook* estaba fuera de sí al ver á los Ingleses en su casa: su familia, en la que se contaban dos niños muy pequeños, parecia profesarle el afecto mas íntimo correspondido por *Raa-Kook*; los chicos saltaban á las rodillas de su padre, y este los entregaba á sus huéspedes para que pudiesen acariciarles á su guisa.

Los Ingleses partieron de casa de *Raa-Kook* y se volvieron á la casa que les habian asignado, donde pasaron una noche bastante buena, merced á algunos juegos con los que contrarrestaron la humedad y se libraron de la presen-

cia de los músicos. Al dia siguiente fueron convidados á desayunarse con el rey: acompañáronles de nuevo á la casa donde fueran á visitar á la reina el dia anterior, compuesta de una pieza espaciosa cuyo piso no era entablado, sino cubierto de bambúes ajustados con propiedad y exactitud. En uno de los extremos de la sala habia una pieza que no estaba separada por ningun tabique y en donde los criados hacian la cocina. En el otro extremo corria una alta balaustrada cubierta por una grande estera que colgaba de arriba á bajo. Invitaron á los Ingleses á sentarse, y en cuanto lo hubieron verificado, la estera cayó y puso de manifiesto al rey y la reina en cucullas el uno al lado de la otra. El desayuno consistió en pescados y batatas hervidas. Durante el banquete, el rey mostró á *Wilson* una pieza de indiana que el *Malayo* salvara de su naufragio y que le habia dado en presente. Abba-Thulle conservaba aquella tela como uno de los objetos mas preciosos que pudiesen encontrarse en todo el globo.

Por la tarde hubo un gran consejo al aire libre, en medio de la plaza y á poca distancia del alojamiento de los Ingleses. Veíanse en ese consejo muchos *rupacks* sentados cada uno sobre una piedra colocada junto al borde exterior del area enlosada. El rey estaba sentado sobre una piedra mas alta que la de los otros *rupacks*, con el brazo apoyado sobre una segunda piedra todavia mas alta. A sus espaldas se veían en pie algunos *rupacks* inferiores. En ese consejo cada uno daba sucesivamente su voto, y las cuestiones se decidian por mayoria. Las voces *englis* y *artingall* fueron pronunciadas frecuentemente por los miembros deliberantes, lo cual dió á entender á los Ingleses que hablaban de ellos. Con efecto al salir del consejo, el rey seguido del intérprete *malayo* fué al encuentro de los extranjeros, y pidió á *Wilson* diez individuos de su tripulacion para que le asistiesen en un segundo combate, que deseaba presentar á los mismos enemigos, á lo cual contestó *Wilson* que los Ingleses eran amigos suyos y que de consiguiente consideraban á sus enemigos como si fuesen adversarios propios. Preguntando por la causa de aquella guerra, Abba-Thulle le contestó que en una fiesta á *Artingall* uno de sus hermanos y dos de sus jefes habian sido muertos, y que en vez de hacer justicia de semejante atentado, *Artingall* habia protegido á los asesinos. « Desde entonces, añadió el rey, las dos islas están en guerra. » *Wilson* consintió en su demanda, diciendo que deseaba retener sus jentes en *Pelew* el mas poco tiempo posible. « Como quereis, dijo entonces afectuosamente el rey, que los despidan en el momento mismo en que acaban de prestarnos servicios importantes? Dejádmelos almenos dos ó tres dias para festejarlos; así que nuestros

enemigos hayan sido vencidos.»

Por la tarde del mismo día, los Ingleses presenciaron una danza guerrera. Los bailarines tomaron hojas de banano, que cortaron en forma de cintas, y con ellas se rollaron la cabeza, las muñecas, la cintura, las rodillas y los tobillos. Estas hojas, teñidas de amarillo, daban agradablemente con la piel obscura de los isleños. Igualmente empuñaban algunos haces de las mismas hojas, formábanse en círculos concéntricos y echaron á dar vueltas. Entonces uno de los mas ancianos entonó con gravedad una especie de estribillo que todos los bailarines repetían en coro continuando sus figuras. En aquella danza los naturales daban muy pocas puestas: únicamente se ladeaban de cierta manera inclinándose con frecuencia y cantando juntos. Al propio tiempo los círculos se aproximaban, de suerte que los bailarines se hallasen en frente uno de otro levantando cada uno el manejo que empuñaba y agitándolo contra el de su vecino. Despues de este paso se detenian súbitamente, daban el grito de *ou ou*, entonaban una nueva estancia y por este tenor continuaban la danza hasta el fin. Durante esta diversion, los corifeos presentaron dos grandes vasos de bebida azucarada que presentaban, en primer lugar á los Ingleses y á los principales rupacks. Terminada la danza, los actores se sentaron y les distribuyeron la bebida cuatro personas de distincion, segun el hueso que traían en el puño.

Estas fiestas y ceremonias duraron hasta 4 de setiembre, en cuya época Wilson y sus compañeros se volvieron á Oroulong, donde continuaron los trabajos con actividad. Algunos dias despues recibieron una nueva visita de Abba-Thulle acompañado de muchos de sus oficiales. Aquellos isleños se complacieron sumamente en examinar los trabajos de los Ingleses y en admirar su industria. Cuando regresó á Pelew llevóse en su compañía los diez auxiliares que Wilson le habia prometido y que seis dias despues estuvieron de vuelta en Oroulong. El hermano del capitán, Mitias Wilson, refiere esta nueva campaña en los siguientes términos:

« Por la noche en que salimos de Oroulong, llegamos á Pelew; el rey queria continuar su camino sin detenerse hácia Artingall, pero el tiempo era muy húmedo. Hicimosle observar que la lluvia podria inutilizar nuestras armas, y en consecuencia difirió la partida para la noche siguiente. Fuimos acompañados á la misma casa donde mi hermano y el médico Sharp habian sido regalados anteriormente y nos suministraron cuanto podíamos anhelar.

« Por la tarde del siguiente día nos reunimos en la calzada donde se hallaban el rey, Raa-Kook, Arra-Kooker y los otros rupacks ú oficiales jenerales; y pasamos á bordo de los botes

que estacionaban para recibirnos. Fuimos seguidos en la playa por una multitud de ancianos, de mujeres y niños, que parecian atraídos por la curiosidad y el interés. Cuando los botes empezaron á enmararse, se oyó un bocio que anunciaba nuestra partida. Al propio tiempo se despacharon otros botes en diferentes puntos de la isla para tomar algunos destacamentos que estaban difundidos por los ancones mas remotos, y que solo estaban aguardando una real orden para partir.

« Despues de haber recibido esos refuerzos, nuestra flotilla se componia de mas de doscientos botes. Durante la noche fuimos avanzando hácia Artingall; pero antes de amanecer nos detuvimos algunas horas en una isla dependiente de las posesiones de Abba-Thulle, desembarcando en una especie de muelle, y durmiendo unas tres horas en el duro suelo. Entonces nos volvimos á embarcar navegando hácia un verdadero laberinto de roquedos, y llegando ante Artingall un poco antes de amanecer. Hicimos alto hasta el salir del sol; los pueblos de Pelew no sorprenden jamas á su enemigo y no lo atacan en la obscuridad.

« Ya empezaba á remontarse el sol por el horizonte, y un pequeño bote de pequenísimas construcciones, henchido de ocho individuos solamente, se adelantó para intimar al enemigo á que se presentase á fin de dar batalla. Cuatro hombres tenian en los cabellos una pluma blanca de un ave del trópico. Los que iban adornados de semejantes plumas llenaban las funciones de nuestros heraldos; iban á hacer proposiciones sobre las circunstancias de la contienda y en el interin se suspendian las hostilidades.

« Al principio Abba-Thulle habia hecho saber al rey de Artingall que dentro de pocos dias se presentaria á empeñar el combate, y en consecuencia este rey hizo los preparativos necesarios. El enemigo viendo la señal por la que le pedian una conferencia, despachó un bote á Raa-Kook, que le intimó acceder á cuanto le proponia su hermano en reparacion de la injuria de que se quejaba. El bote se dirigió al rey de Artingall y le dió cuenta de las proposiciones del rey de Pelew; pero no quiso convenir en ello, y en consecuencia Raa-Kook informó á su hermano que el enemigo se hallaba prevenido al ataque.

« Al momento Abba-Thulle hizo resonar el bocio, y poniéndose de pie en su piragua ajitó al aire su baston de mando para mandar á las diferentes escuadras que se formaran en batalla.

« Entretanto el enemigo reunia sus botes á poca distancia de la playa y hacia resonar igualmente el bocio para retornos: no parecia sino que estaba decidido á aguardarnos sin abandonar la playa. Los diez Ingleses se habian colocado en muchos botes diferentes: el rey tenia

uno en el suyo, el jeneral otro, y los restantes, armados cada uno de un mosquete, de un sable ó de una bayoneta, acompañaban á los diferentes rupacks. Habia muchos botes lijeros tripulados por cuatro hombres que llevaban plumas blancas en sus cabellos. Estos botes estaban ocupados sin cesar en trasladar de una division á otra las órdenes del rey y del jeneral y á los otros caudillos con una rapidez increíble.

«Viendo el rey que el enemigo estaba decidido á no abandonar su puesto, y juzgando que no podia atacarlo ventajosamente, despachó á una de sus piraguas para que llevasen la orden á una division de ocultarse á espaldas de una eminencia. Despues de estas disposiciones, las dos parcialidades se arrojaron al momento algunos dardos; resonó el bocío, y el rey de Pelew hizo ademan de huir en su bote. Al momento fué seguido de todas sus tropas, que se retiraron con una precipitacion aparente.

«Esta estratajema de Abba-Thulle infundió aliento al enemigo, que creyendo que nuestra flota estaba sobrecojida de un terror pánico abandonó la playa para conseguirlo. En cuanto lo hubo percibido la division emboscada, salió á todo remo, y se plantó entre la isla y el enemigo para cortar la retirada. Viendo el rey el resultado de su ardid salió al encuentro del enemigo y formó su flota en batalla. Entonces el ataque se jeneralizó; las flechas volaron de una y otra parte con una rapidez inconcebible; los Ingleses hicieron un fuego continuo y mataron mucha jente. Los enemigos desordenados estaban confundidos al ver sus guerreros sucumbiendo sin ver el golpe que les mataba, y si bien veían que estaban atravesados, en vano buscaban el arma que habia causado la herida, sin que pudiesen concebir por que medios podia arrancarse la vida á aquellos combatientes.

«En jeneral aquellos isleños no tienen mas que un guerrero en cada bote, pues los demas no hacen mas que remar ó dirigir los movimientos. El fuego de los mosquetes desordenó á los guerreros de Artingall, y causó un efecto totalmente contrario entre los de Pelew. En cuanto empezó á retronar el estruendo de las armas estos se levantaron todos en sus botes, hicieron resonar el aire con sus clamores, y acrecentaron el terror del enemigo. Finalmente las tropas de Artingall, no encontrándose en estado de hacer frente á un ataque tan terrible, emprendieron la fuga.

«La division apostada entre ellas y su isla les atacó al propio tiempo por detras y detuvo por mucho tiempo el curso de su retirada; pero como su fuerza no era igual á la del enemigo, este pudo alcanzar la playa.

«Tomáronse solamente seis botes y nueve hombres, lo que fué considerado como una vic-

toria de tomo y lomo, por cuanto aquellos isleños raras veces hacen prisioneros. Los vencidos se esfuerzan siempre en llevarse sus muertos y heridos, por temor de que el enemigo esponga públicamente sus cuerpos.

«Nuestra flota se paseó en triunfo en torno de la isla de Artingall, y tocó el bocío para retar al enemigo sobre el cual se continuaba disparando cuando se hallaba á tiro de mosquete. La accion no duró mas de tres horas; hiciéronse inútilmente muchas evoluciones á lo largo de las costas para atraer al enemigo á nuevo combate. Entonces Abba-Thulle mandó á los botes que se dispusiesen para partir, lo cual se verificó en breve, y regresámos á Pelew.

«Los nueve prisioneros que teníamos eran todos heridos; y apesar de la viveza de nuestras instancias para que no les condenasen á muerte, nada pudimos recabar en su favor, siendo pasados cruelmente á cuchillo casi sobre la marcha. Deseando justificar esta conducta, que nos parecia tan opuesta á la humanidad ordinaria de los habitantes de Pelew, nos representaron que se veían forzados á obrar de aquella suerte para su propia seguridad. Aseguráronnos que en otras ocasiones respetaban la vida de los prisioneros, reduciéndolos á la esclavitud, pero que estos siempre hallaban medios de evadirse á su tierra, y que despues de haber vivido algun tanto entre los habitantes de Pelew, y ecsaminado detenidamente los canales y ancones de la isla, desembarcaban en ellos á hurtadillas y cometían las mas horrendas depredaciones: por cuyo motivo la conducta que á nosotros nos parecia reprensible era dictada por la necesidad.

«Entre sus prisioneros se contaba un rupack, que en la muñeca llevaba un hueso que nuestros isleños pretendieron arrebatárle; pero apesar de todos sus esfuerzos defendió tan tenazmente el distintivo de su dignidad, que solo lo perdió con la vida. Trasladáronlo á Pelew, y lo decapitaron, fijando su cabeza en la punta de un bambú ante el frontispicio del palacio real.

«El bote que me volvia á traer de aquella expedicion contenia dos de aquellos prisioneros. El uno tenia el muslo quebrado, y el otro estaba aeribillado de lanzadas. Cuando esas jentes van á la guerra, acostumbran trenzar sus cabellos de un modo que les es particular, y los juntan en el sincipucio; mas si llegan á caer prisioneros, los dejan caer en desórden sobre el rostro aguardando con intrepidez el golpe mortal que están seguros recibirán del vencedor. Cuando aquellos dos infortunados se vieron en el bote donde yo me hallaba, y hubieron manifestado su resignacion á morir, nuestros isleños les instaron para que se sentasen en el fondo del bote. El que tenia el muslo roto lo hizo con

suavidad ; mas como el otro oponia alguna resistencia y aparentaba provocar al destino por su tenacidad , uno de los naturales se abalanzó inmediatamente á mi bayoneta y se la sepultó en el pecho. El desgraciado prisionero luchó por mucho tiempo contra las convulsiones y las ansias de la muerte y derramó mucha sangre , pero no escalo el menor suspiro ni plañido.

« M. Béranger , á fuerza de instancias y de súplicas , habia podido conservar durante dos leguas la vida de un prisionero herido ; mas uno de los súbditos del rey , herido igualmente por el enemigo , en cuanto echó de ver á aquel desgraciado , tomó el puñal del Malayo Sougel , y le mató inmediatamente sin que M. Béranger lo observase siquiera. Ese natural de Artingall que por la vez primera de su vida veía un hombre blanco , se sujetó á su destino con la mayor grandeza de ánimo ; clavó constantemente sus últimas miradas sobre el Inglés , y parecia vivamente afectado , en el acto de morir , del color de su enemigo verdaderamente nuevo para él.

« Al regresar á Pelew , Abba-Thulle se detuvo en muchas isletas que presumimos estar sujetas á su dominio ó al de sus aliados , y en todas partes hizo esponder públicamente los cadáveres de sus prisioneros. El pueblo de esas diversas islas se regocijó sobremanera de su victoria , y aprestó considerables refrescos. Nosotros no pudimos justipreciar la pérdida del enemigo ; pero no cabe duda que fué muy considerable. El rey tuvo por su parte algunos heridos , pero ninguno muerto.

« La noche habia precedido nuestra llegada á Pelew. Cuando estuvimos bastante cerca , resonó el bocío para participar el regreso del rey , y no bien nos encontramos en el muelle de donde habíamos partido , cuando acudió el pueblo en masa á recibirnos con refrigerantes. Nos detuvimos hasta haberse reunido todos los que faltaban ; porque por el camino se habian detenido muchos botes. Entramos finalmente en Pelew , donde se entonaron varias canciones y se bailó durante una parte de la noche ; los naturales nos atribuían la gloria de aquella jornada , y repetian frecuentemente en sus cantos la voz *Englis*. Los cadáveres de sus prisioneros fueron espuestos públicamente durante ocho dias , y pasado este término fueron quemados ó arrojados al mar por razon de que inficionaban la atmósfera. »

Evanecido por tales victorias y por la presencia de sus poderosos aliados , el bizarro Abba-Thulle quiso sacar de ellas algun fruto domando al pueblo de Artingall. En consecuencia pidió de nuevo á Wilson , algunos dias despues , quince hombres y un pedrero para una tercera campaña , y despues de haberle opuesto algunas dificultades , Wilson le concedió diez hombres

y el pedrero , con la condicion espresa de que los prisioneros serian entregados á los Ingleses y puestos á su discrecion. Salió de Oroulong la nueva escuadra á 29 de setiembre , y á 7 de octubre estuvo de vuelta Matías Wilson , historiógrafo de todas estas guerras , quien refiere lo siguiente :

« La tripulacion era casi la misma que en la expedicion segunda , á escepcion del número de botes que era mucho mas considerable. Al llegar á Artingall no echámos de ver ningun bote , apesar de que , segun costumbre , el enemigo estaba ya prevenido del ataque. Los soldados de Pelew , con objeto de provocar al enemigo , desembarcaron y se internaron un poco en la isla. Raa-Kook habia tomado el mando y los dirigió , pero el rey se quedó en el bote y de vez en cuando le hacia dar cuenta de sus disposiciones ni mas ni menos que á Arra-Kooker. Nos suplicaron que no desembarcásemos , mas como el enemigo comenzaba á defenderse , saltámos en la playa para socorrer á nuestros amigos y pusimos un sitio riguroso á muchos edificios ocupados por el enemigo. El cañon , situado en un bote , que los naturales habian dispuesto con tanta destreza como buen sentido , estaba haciendo un continuo fuego sobre las casas atestadas de jente : pero nuestra mosquetería desalojó en breve tiempo á los Artingalleses y redujo un edificio á cenizas. Sin embargo no dejaron de causarnos bastante daño á fuerza de lanzadas. Por lo que á nosotros hace , el fuego no interrumpido que estábamos haciendo no podia menos de dispersarles y matar de ellos un número considerable. Despues de haberles perseguido por mucho tiempo , Arra-Kooker subió á una colina opuesta á los botes , y viendo descender á un Artingallés se ocultó tras unas malezas para sorprenderle y atontarlo á impulsos de un golpe de su espada de madera. Iba á conducirle prisionero á su bote , cuando Tomás Wilson observó que algunos enemigos iban á precipitarse sobre él y matarle , y en consecuencia corrió á su auxilio y les encaró el cañon. Los Artingalleses sobrecojidos de miedo emprendieron inmediatamente la fuga , cuya circunstancia fué tanto mas afortunada , cuanto que Tomas Wilson habia agotado todas sus municiones y no tenia en aquella sazón un cartucho siquiera para cargar su mosquete.

« Los naturales de Artingall se portaron en aquella accion á las mil maravillas , defendiendo el edificio incendiado sin abandonarlo hasta que se vieron que iba á aplastarles por su derrumbamiento. Un soldado de Pelew manifestó asimismo un denuedo extraordinario : corrió al edificio mientras estaba ardiendo todavia , cojió un hachon , y con él fué á pegar fuego á otro edificio donde se habian refugiado los enemi-

gos, transformándolos cuanto antes en presa de los materiales combustibles que encerraba. Este hombre, después de haber ejecutado una empresa tan atrevida, tuvo la dicha de regresar entre sus compatriotas. El rey recompensó públicamente su denuedo, poniéndole en persona un anillo en la oreja y confiriéndole el grado de rupack inferior á su regreso á Pelew.

« Los enemigos perdieron en aquella accion seis botes que habian balado á la playa, y su dique, que era mucho mas largo y ancho que el de Pelew, fué de todo punto destruido. Los vencedores, ademas de muchos perjuicios causados al enemigo, se llevaron la piedra en que el rey de Artingall acostumbraba sentarse para tener consejo. Con este objeto se hicieron grandes fiestas; pero los transportes no fueron tan vivos como después de la segunda batalla. La muerte del hijo de Raa-Kook y la de otro jóven distinguido disminuían la gloria de este último triunfo; por otra parte hubo cuarenta ó cincuenta heridos, de los cuales hubo muchos que murieron algunos dias después de su llegada á Pelew. »

El hijo de Raa-Kook era un jóven de diez y ocho años, no menos valiente que su padre, y herido en la precedente campaña de una bala que le habia atravesado el pie. En el último combate una flecha le atravesó el cuello y le mató al momento. El cirujano Sharp presencié la ceremonia de sus funerales: ignorando que hubiese mas recurso, habia ido á ofrecer sus servicios á Raa-Kook, y lo encontró en medio de veinte y un rupacks aliados de Abba-Thulle, y que le habian secundado en las últimas guerras. Después de algunos minutos de recojimiento, Raa-Kook salió con ellos y tomó la direccion de la ciudad en donde se detuvieron todos en una plaza enlosada y circuida de muchos edificios. Hallábanse en medio de la plaza una multitud de refrigerantes rodeados de varias personas de ambos sexos que se levantaron respetuosamente al llegar Raa-Kook y los rupacks. Cuando todos se hubieron sentado, algunos criados ofrecieron las provisiones, en primer lugar al jeneral, en seguida á sus huéspedes, por fin á los asistentes, y después de esto se retiraron todas las mujeres. Sharp echó de ver que en aquella ocasion los cocos eran añejos, siendo así que en todas las demas fiestas solo hacian uso de cocos nuevos. Sin embargo procuraron retirar los viejos de la presencia de los Ingleses para servir otros frescos en su lugar. A este banquete, que se pasó en el silencio mas profundo, sucedieron unos lamentos lúgubres que se oyeron á lo lejos, y sin interrumpir el silencio, Raa-Kook hizo señá á Sharp para que fuese á descubrir la causa de aquellos gritos. Sharp y el segundo contramaestre se encaminaron al punto de donde partia, y vieron

una multitud de mujeres que acompañaban un difunto envuelto en una estera y colocado sobre una especie de ataud fabricado con bambúes. Llevábanlo cuatro hombres sobre sus espaldas, que eran los únicos de la multitud. Los dos Ingleses llegaron precisamente en el acto de bajar el cadáver á la hoya que le habian destinado, lo cual tuvo lugar sin ceremonia alguna. Los que habian llevado el cuerpo empezaron á trabajar de pies y manos para llenar la hoya de tierra, mientras que las mujeres consternadas daban prolongados quejidos. En este momento sobrevino un fuerte aguacero que obligó á los Ingleses á buscar un abrigo.

Al rayar el alba del dia siguiente, Raa-Kook acompañó después á sus dos huéspedes á una casa vecina al sitio donde se habian inmolado á su hijo. Allí compareció una anciana con dos cocos añejos, un ramo verde de pimienta y ocre encarnado. Raa-Kook tomó uno de los cocos, y haciendo una especie de cruz con el ocre, lo puso en tierra á su lado. Después de una larga pausa, el rupack pronunció con emocion y en voz baja algunas palabras que los Ingleses tomaron por una súplica. Raa-Kook repitió la misma maniobra con el otro coco y el ramo de pimienta, y guardó un melancólico silencio. Finalmente llamó á la vieja, dióle algunas órdenes y le devolvió los dos cocos y el ramo de pimienta, y la vieja se encaminó á la tumba del jóven sin que los Ingleses pudiesen sacar lo que hizo.

Entretanto los Artingalenses habian pedido, y alcanzado la paz. Muchos de sus caudillos guiados por Raa-Kook se presentaron al campamento inglés de Oroulong, y no quedaron menos sorprendidos que los isleños de Pelew al ver las armas de fuego de los extranjeros. Mientras se desayunaban con Wilson, ponderaban los desastres que les habian causado en los diversos encuentros aquellos instrumentos de muerte; pero parecia que no profesaban el menor á los Ingleses. Por el contrario les estrechaban la mano de una manera sumamente amigable, y recibian sus obsequios con gratitud y reconocimiento.

Entretanto Abba-Thulle, ya fuese naturalmente guerrador, sea que la presencia de los Ingleses le hubiese infundido deseos de conquistas, pidió nuevos auxiliares á Wilson. Sus proyectos no eran de dirigirse contra las jentes de Artingall, sino contra las de la isla Pelelew á quienes Abba-Thulle reclamaba dos Malayos que retenian consigo. Deseando coronar de un éxito feliz aquella grande expedicion, Abba-Thulle se dirigió á sus aliados y reunió mas de trecientas piraguas de guerra divididas en tres partes que ofrecian el mas curioso espectáculo. Wilson suministró un refuerzo que partió á 27

de octubre y estuvo de regreso el 31 é hizo la relacion siguiente :

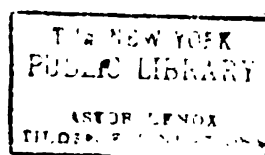
« El dia de partir llegaron á una isleta situada al N. de Oroulong y pernoctaron bajo unas rocas. Al amanecer del siguiente dia singlaron hácia una isla que se hallaba á cuatro ó cinco leguas de distancia por la parte de mediodía. Esta isla inhabitada está á cuatro ó cinco millas de Pelelew ; en ella construyeron algunas hutas donde sentaron sus reales. El tiempo era pésimo ; pero cuando se serenó un poco algunas tropas de Pelew se adelantaron hácia otra isla poco distante de la primera y que pertenecia á Pelelew ; hicieron los mayores estragos en las plantaciones de batatas y cortaron un gran número de cocos. Los habitantes habian abandonado su isla antes que se acercasen las tropas de Pelew. Entre las tropas despachadas no se contaban mas que dos Ingleses. Este destacamento , despues de haber causado algunas desgracias á la isla enemiga , regresó al campo antes de ponerse el sol. Al siguiente dia el tiempo era horrascoso ; pero por la tarde la atmósfera se despejó , y en consecuencia se mandaron otras tropas á la isla para asolar cuanto habian salvado la vispera. En este nuevo destacamento que regresó al campamento por la tarde como el dia anterior , se contaban tres Ingleses. Dos dias despues llegaron al campamento dos rupacks de Pelew , y se volvieron inmediatamente acompañados de los intérpretes. Por la tarde llegaron en presencia del rey con tres jefes de Pelew , y al momento Abba-Thulle reunió consejo. Al siguiente dia Arra-Kooker pasó á Pelew y concluyó la paz. A su regreso el rey hizo saber á los Ingleses que se habia hecho la paz con los habitantes de Pelelew , y que de consiguiente si deseaban visitar la ciudad Arra-Kooker , su hermano , los acompañaria á ella , pero que él y Raa-Kook no desembarcarian siquiera. Este mensaje sorprendió algun tanto á los Ingleses , pero el intérprete desvaneció desde luego su sorpresa insinuándoles que ningun rupack de un rango superior á Arra-Kooker podia pasar á Pelelew en la situacion actual de negocios , por cuanto la presencia del rey ó de su segundo honraria sobradamente á la ciudad. Despues de esta explicacion los Ingleses aceptaron la proposicion del rey y visitaron Pelelew ; pero convinieron entre sí en tomar sus armas , y no separarse por temor de alguna sorpresa ; por cuanto siendo reciente la conclusion de la paz , los naturales podian tener algun recelo de aquellos extranjeros. Sea como fuere , lo cierto es que recibieron una acogida la mas satisfactoria de parte de los habitantes que , segun la costumbre del país , les ofrecieron todos los refrijerantes ordinarios. Refirieron que la ciudad estaba defendida por un terraplen situado junto

á la calzada que conduce á Pelelew ; que este terraplen tenia de diez á doce pies de altura ; que en el interior habia un banco desde el cual podian los habitantes defenderse y arrojar lanzas á sus contrarios ; que el agua era sumamente baja cerca de la ciudad , y que por consiguiente los botes navegaban con mucho trabajo ; lo cual impide á los habitantes de Pelelew , aunque muy numerosos , tener muchas piraguas. Su manera de fortificar así la entrada de su ciudad manifiesta que cuando están en guerra con las islas vecinas mas bien basan su confianza sobre sus fuerzas naturales que sobre las navales.

« Concluida finalmente la paz , Abba-Thulle regresó á Pelew acompañado en uno de sus propios botes por el rey de Pelelew , su hermano con diez mujeres en su comitiva. Dejando á un lado si era una humillacion escijida por Abba-Thulle , ó un testimonio público de confianza y de amistad , por cuanto los Ingleses nunca lo pudieron comprender , lo cierto es que las mujeres no regresaron jamás á Pelelew con su rey , supuesto que algun tiempo despues Abba-Thulle condujo dos á Oroulong. Nuestros compatriotas tampoco pudieron comprender si eran conducidas como amigas ó como rehenes. Los dos Malayos fueron entregados al rey. Es probable que Sougel , el Malayo favorito , habia solicitado al príncipe á pedir sus dos compatriotas al rey de Pelelew , y que este negándose á darlos habia inducido á Abba-Thulle á declararle la guerra , por cuanto en esta última expedicion habian mostrado un resentimiento que no se habia notado en los otros debates. Antes de mediodía Raa-Kook llegó á Oroulong con todas sus tropas. Nuestros compatriotas ensalzaron sobremanera la isla de Pelelew ; habian observado que parecia fértil , que era poco montañosa , que las casas eran mas espaciosas y mejor construidas que en Pelew , y que abundaba en cocos y otros árboles. Los habitantes les habian parecido benignos y hospitalarios , puesto que recibieron de ellos mil prendas de afecto , apesar de haberse presentado entre ellos como aliados formidables de sus enemigos. »

En medio de todos esos incidentes se trabajó sin descanso en la construccion del pequeño buque , y el domingo 9 de noviembre de 1783 fué botado al mar en presencia del rey , de sus jefes y de una multitud de isleños asombrados de aquel espectáculo. El buque fué llamado el *Oroulong* , porque así lo deseaba Abba-Thulle. En seguida lo aparejaron y lo surtieron de los víveres necesarios que suministró con abundancia la jenerosidad de los indijenas.

Antes de partir , el bueno de Abba-Thulle quiso á todo trance conferir á su amigo Wilson , la *orden del hueso* , y ascenderle á la dignidad de



2 *Abu, Tulo a i' abba, Tulo Abu de — Pelen*
 a Labu hijo de Abu Tulo Rey de Pelen

3 *Coffre, Pamer, Nache, Reque, Reignards, Miraccon, Cautare de Pelen*
 3 Coffre Cesto, Macha, Punales, Anzielo, Antimon, de Pelen
Abba 2 — Pelen

PITTORESQUE
 PINTORESCO

rupack de primera clase. El rey participó sus deseos al capitán, quien no tuvo reparo en acceder á ellos: en consecuencia Abba-Thulle y sus rupacks se retiraron á solas y se colocaron á la sombra de algunos árboles, invitando á Wilson á que se sentase á corta distancia. Entonces Abba-Thulle dió el hueso á Raa-Kook; pero antes de entregarlo al capitán, quiso este escudriñar de que mano se servia mas comunmente, para lo cual le dió una piedra con objeto de que la disparase. Habiendo visto que se servia de la mano derecha, rogó á Wilson que se sentase de nuevo, y limó el hueso con la mano izquierda. Como el hueso era harto estrecho, lo limó hasta ensancharlo un poco, y en seguida Raa-Kook ató una cuerda en cada uno de los dedos de la mano izquierda del capitán y le entregó la mano con aceite. Deseando facilitar la operación, el primer ministro tenia al candidato por las espaldas, al paso que Raa-Kook, habiendo pasado las diferentes cuerdas en el hueso, se esforzaba con el auxilio de otro rupack á hacer entrar en él la mano del capitán. Raa-Kook no perdonaba medio para conseguirlo, apretando y redondeando la mano de Wilson para que el hueso pasase por encima de las coyunturas. Entretanto reinaba el mas profundo silencio así entre los rupacks como entre los espectadores. Interrumpiéndolo únicamente el rey indicando con una palabra el modo como podia facilitarse el buen éxito de la operación. Cuando la mano hubo pasado al fin al través del hueso, Abba-Thulle se dirigió al capitán y le dijo que debía frotar y limpiar aquel hueso todos los dias y conservarlo con cuidado como prueba del rango que entre ellos ocupaba; que en cualquier caso debía defender con valor aquel distintivo de su dignidad, y no permitir que se lo arrancasen de su brazo sino con la vida. Concluida la ceremonia, todos los rupacks felicitaron al capitán por haber entrado en su noble compañía, y los naturales de la ínfima plebe se apiñaron en su alrededor para observar el hueso, manifestando cierta admiración al ver su brazo adornado de semejante distintivo y apellidándole el rupack inglés.

No fué esta la única prenda de confianza que dispensó á Wilson el jefe salvaje, pues además le confió su segundo hijo, llamado Li-Bou, á fin de que pudiese tener la ventaja de perfeccionarse en la sociedad de los Ingleses y aprender muchas cosas que á su regreso podrian ser de una grande utilidad á su país. El capitán se congratuló sobremedera por esta prueba de estima, y prometió al rey tratar al joven príncipe como su propio hijo. El jeneralísimo Raa-Kook tuvo tambien la veleidad de seguir á los Ingleses, para lo cual pidió el competente permiso á su hermano; pero este se negó á acceder á

su demanda alegándole su título de príncipe hereditario y representándole los inconvenientes que podrian resultar al país si llegaba á morir el rey durante aquella ausencia. Con efecto, la autoridad suprema se transmite en Pelew del rey á sus hermanos, y á la muerte del último de estos recae en el hijo primojénito de la primera rama, al paso que el hermano segundo es ascendido á la dignidad de jeneralísimo del ejército. Raa-Kook no pudo menos de acceder á estas razones. Habia otro joven que manifestaba igualmente deseos de seguir á los Ingleses, cuyas maneras se habia complacido en estudiar. Wilson lo pidió al rey, pero como este joven era sobrino suyo, hijo del hermano muerto en Artingall, y cuya muerte habia dado margen á las guerras terminadas recientemente; Abba-Thulle se manifestó muy poco satisfecho del proyecto de su sobrino, y en consecuencia respondió á Wilson que aquel mozo era de un jenio malo, de humor versátil y vagabundo, que no profesaba ningun afecto á su familia, y que para dar libre curso á sus caprichos habia mudado dos ó tres veces de domicilio y de plantaciones. Presentóse el joven en persona para manifestar su ruego; mas Abba-Thulle le respondió con una negativa formal, y añadió: « Sois ingrato y negligente para con vuestra madre; teneis por esposas unas mujeres buenas y honradas á quienes tratais muy mal, así como á todos vuestros parientes, lo cual os acarrea el desprecio jeneral. Os avergonzais de vuestra conducta y traeis deseos de abandonar á vuestra familia, pero nunca lo consentiré. Ruego al capitán que no favorezca vuestro proyecto. Quedós en casa, y que el rubor y el remordimiento os corrijan. »

Por parte de los Ingleses, un individuo llamado Madan Blanchart manifestó deseos de quedarse entre los isleños. Wilson le opuso todas las objeciones posibles; mas viéndole decidido á llevar á cabo su proyecto, el capitán cedió y le dió muchos objetos necesarios en su situación y excelentes consejos para la conducta que debía observar. Nunca se ha tenido ninguna noticia del paradero de aquel hombre.

A 11 de noviembre por la tarde llegó Li-Bou á Oroulong, y su padre lo presentó al capitán y á los otros oficiales. Sus maneras afables, su urbanidad, la jovialidad y la sensibilibidad que respiraban sus facciones le captaron sobre la marcha el afecto de todos (Pl. LXV. — 4). Tomóse por él un interés que fué justificado despues por su conducta y su carácter. Despues de un largo escordio sobre la confianza que tenia en el capitán Wilson, Abba-Thulle puso fin á su recomendación en los siguientes términos: « Deseo que enseñeis á Li-Bou todo cuanto le toca saber, y que lo transformeis en inglés.

No pocas veces he reflexionado sobre mi separacion de mi hijo: pues no ignoro que los países remotos á donde se dirige difieren mucho del suyo, y que de consiguiente está espuesto á muchos peligros y enfermedades que nos son desconocidas. Quizás fallecerá.... mas estoy dispuesto á soportar este infortunio.... Bien sé yo que la muerte es el destino inevitable de todos los hombres, y que importa muy poco que mi hijo muera en Pelew ó en otra parte. Estoy persuadido, segun la idea que tengo formada de vuestra humanidad, que lo cuidareis con esmero, caso de caer enfermo; mas si os aconteciese alguna desgracia que no hubiese estado en vuestra mano prevenir, no dejeis por esto de venirnos á visitar vos, vuestro padre, vuestro hijo, ó alguno de vuestros compatriotas. A todos os recibiré con la misma amistad, y tendré la mismo satisfaccion en veros. »

Finalmente á 12 de noviembre se hizo á la vela el *Oroulong*. Apesar de las provisiones de que lo cargó la oficiosidad de Abba-Thulle, en el acto de partir se vió circuido de una multitud de piraguas atestadas de naturales que traían presentes y suplicaban á los Ingleses que los aceptasen. Vanamente les decian que el buque estaba lleno, y que no habia puesto para nada mas; pues todos se obstinaban en hacer admitir su ofrenda diciendo: « Nada mas que esto por mi parte! nada mas que esto por amor de mí! » Estos gritos referidos con jestos deprecatorios y ojos llorosos conmovieron vivamente á toda la tripulacion, la que no pudo menos de aceptar de los que estaban mas cerca algunas batatas y cocos. Los que tuvieron que despedirse, desazonados de esta negativa, remaron hácia adelante, y fueron á arrojar sus presentes á la pinaza, ignorando que debia regresar á tierra con Blanchart.

El rey habia acompañado á los Ingleses casi hasta el arrecife. Antes de hacer aprocsimar su piragua, despidióse por última vez de Li-Bou, y le dió su bendicion que recibió el jóven con mucho respeto y enternecimiento. Como el capitán Wilson estaba ocupado en dar órdenes á sus subordinados, aguardó estar libre; y saliéndole al encuentro le abrazó con ternura; estrechó la mano á todos los oficiales con cordialidad y les dijo: « Sois felices, por cuanto regresais á vuestra patria. Yo siento igualmente la mayor satisfaccion por vuestra dicha, pero soy bien desgraciado de veros partir. » En seguida deseando á todos un buen viaje se embarcó en su piragua, y la mayor parte de los caudillos venidos con él á bordo partieron al propio tiempo, á escepcion de Raa-Kook y de algunos otros naturales que deseaban acompañar á los Ingleses hasta haber pasado el arrecife, y verlos libres de todo peligro. Los naturales de los botes que cir-

cundaban el del rey tenian la vista fija sobre el buque, y sus miradas, mas expresivas que ningun lenguaje, manifestaban el sentimiento de aquellos hombres buenos y sencillos: sin la menor escajeracion podia decirse que los Ingleses abandonaban á un pueblo entero derramando abundosas lágrimas. Esta escena no pudo menos de conmoverles fuertemente, tanto que cuando Abba-Thulle y su comitiva partieron para regresar á Oroulong, apenas pudieron saludarles con tres gritos. Toda la tripulacion estaba llena de reconocimiento por los servicios de aquel buen rey á quien debia en gran parte su preservacion. Raa-Kook, este amigo constante y fiel de los Ingleses, parecia simado en el mas profundo dolor: el navío estaba ya lejos, cuando volvió en sí y mandó á sus botes que se acercasen para volverse. Hallábase la pinaza cerca del buque, y en consecuencia el capitán y sus oficiales se despidieron del jeneral; pero en el momento de la separacion se sintió este tan vivamente afectado que le saltó la voz, y no hizo mas que estrechar tiernamente la mano de sus amigos y aplicar la suya á su corazon, denotando por esto el disgusto que le causaba su partida. Llamó á Li-Bou por su nombre y le dirigió algunas palabras; mas no pudiendo continuar se encaminó á su piragua y manifestó por una postrer mirada los dolorosos sentimientos que desgarraban su alma.

Wilson y sus compañeros salvaron felizmente la distancia de Pelew á Macao, adonde llegaron á 30 de noviembre. Allí se embarcó Wilson para Inglaterra con Li-Bou, y desembarcó en Portsmouth á 14 de julio de 1784. El caballero Keate refiere las pequeñas anécdotas que marcaron la permanencia del jóven Li-Bou en Inglaterra, de las que prescindirémos. Basta mentar únicamente la dulzura de su carácter, la bondad de su corazon y el atractivo de sus modales con que se supo granjear el afecto de cuantos le vieron. Keate habla de él con toda la fuerza de su entusiasmo. Ya habia aprendido Li-Bou á leer y escribir, cuando fué atacado de viruelas que lo llevaron al sepulcro á 27 de diciembre de 1784, á la edad de veinte años.

Para completar la historia del naufragio del *Antelope*, basta resumir las observaciones recojidas por los Ingleses durante su permanencia en las islas Pelew.

Apesar de todo su poderío, Abba-Thulle no era soberano del grupo entero, pues los rupacks de Emering, de Emmalagui, de Artingall y de otros islotes eran independientes en sus propios territorios. El mismo Abba-Thulle con toda la plenitud de su poder y de sus atribuciones estaba obligado á convocar el consejo de los rupacks para todos los negocios importantes y conformarse al fallo de la mayoría. Cuando las

cosas seguían su curso ordinario, todas las tardes tenía una audiencia pública en la que escuchaba las reclamaciones de sus vasallos y pronunciaba sobre las diferencias que entre ellos podían sobrevenir. Ya en el consejo, ya en otra parte, cualquier mensaje dirigido al rey era confiado primeramente y en voz baja á un rupack subalterno, quien despues de una profunda reverencia la repetía secretamente á Abba-Thulle, procurando tener el rostro vuelto á la otra parte.

El personaje mas importante despues del rey Abba-Thulle era Raa-Kook, su segundon, que en aquella sazón era jeneralísimo de la fuerza armada y principe hereditario. El mismo era quien convocaba y mandaba á los rupacks, pero tan solo en virtud de real orden. El rey tenía constantemente á su lado un rupack investido de funciones particulares. Los Ingleses no descubrieron si su carácter era civil ó religioso: únicamente observaron que no tenía nada de belicoso, puesto que nunca llevaba armas. Le habían llamado el ministro, porque siempre había de ser consultado.

Los rupacks, que componen la nobleza del país, se dividen en muchas clases distinguidas por la forma del hueso que traen en el puño. A juicio de Wilson, la dignidad de muchos rupacks no es hereditaria, pero sí conferida por el rey. Durante su permanencia, los Ingleses vieron hacer una promoción de rupacks despues del segundo combate contra los naturales de Artin-gall. Los principales rupacks acompañan al rey en sus expediciones con cierto número de piraguas armadas, y no pueden volverse á sus casas sino con su anuencia. Por lo que hace á sus derechos y privilegios, lo único que se pudo averiguar de una manera bien positiva, es que todos los rupacks de primer orden eran llamados al consejo por Abba-Thulle, y que gozaban de una gran consideración entre el resto del pueblo.

Los Ingleses creyeron observar que el rey era propietario de todo el territorio, y que los habitantes solo podían disponer de su industria. Cada uno podía considerar como su propiedad privada su casa, su piragua y sus muebles; cada uno gozaba igualmente del terreno que le concedían mientras lo ocupaba; pero cuando lo abandonaba para establecerse en otra parte, el fundo recaía al rey, quien disponía de él segun su capricho.

La isla Coror, cuya capital era Pelew, era cultivada y sembrada en muchos puntos por árboles de diferentes especies, entre los cuales se contaban el coco, la palma de palmitos, el carámbolo, el árbol de pan silvestre, el banano, el naranjo, el limonero, el *eujenia jambos*, etc. Igualmente se encontraban cañas dulces, bata-

tas y plantas de *turmeric* que les suministraban el color amarillo con que se teñían el cutis.

Estas islas no sustentaban otros cuadrúpedos que unos ratones de un gris obscuro, y dos ó tres gatos macilentos que se creyeron salvados del naufragio de algun buque. Los Ingleses dejaron en ellas dos perros que no pudieron propagar su especie por razón de ser machos los dos. Abundaban en los bosques los gallos y gallinas comunes; pero los naturales no hacían ningun caso de su carne antes de la llegada de los Ingleses. Sin embargo complacíanse sobremanera en sorberse los huevos, no cuando estaban recientes, sino cuando empezaba á desarrollarse el pollito. En cuanto á los pichones, iban á buscarlos en sus nidos, los alimentaban con batatas y en seguida se los comían como el plato mas exquisito y delicado. Conocían diversas especies de peces, sobretudo el sargo gris y el perro marino: pescaban este último á flechazos cuando se comprometía en los arrecifes, lo amarraban en sogas y lo conducían á la playa. Comían igualmente diversos crustaceos y la tortuga que hacían hervir como un plato muy apreciado. Alimentábanse igualmente de almejas, ostras, pechinas y carne de tridacne ó benitier. Iban á zambullir este último marisco hasta treinta ó cuarenta pies de profundidad, y se lo llevaban dos hombres cuando era demasiado pesado.

Hacían almíbares de tres especies: la primera y la mas usual con almendras de añejas nueces de coco pulverizadas, mezcladas con jarabe de palmera ó de caña dulce, y permaneciendo en el fuego hasta que hubiesen tomado cierta consistencia. Entonces las disponían en galletas tan sumamente duras, que apenas podían cortarse con el cuchillo: los naturales las llamaban *ouell*. La segunda especie se hacía con la misma almendra de coco, que se hacía hervir sin moler, y que se disponía igualmente en galletas. La tercera, que era líquida, clara y transparente, se hacía con una especie de nabo, y se servía en vasos semejantes á soperas. Por fin tenían un modo de preparar la almendra de coco con una especie de fruto, y hacer con el zumo de la naranja amarga una bebida algo semejante al suero y á la leche cuajada.

Hacían hervir el pescado en agua salobre y se lo comían sin condimento: el sargo era el único que se comía crudo, procurando exponerlo una hora entera al ardor de los rayos del sol despues de haberle quitado las escamas. Jamás empleaban sal ni sazón alguna. Su bebida ordinaria era la leche de coco, y aunque también bebían agua y licores, lo verificaban muy raras veces. En sus visitas y regocijos tomaban una especie de sorbete.

Estos naturales, así hombres como mujeres,

se levantan al rayar el alba y se encaminan inmediatamente al baño: cada sexo tenia su local aparte, y si un hombre tenia algo que hacer en el local de las mujeres, debia prevenirlo con un grito particular. Si le contestaba una voz de mujer, debia tomar diferente rumbo, ó aguardar que se hubiese bañado.

A las ocho se desayunaban, y en seguida el rey y los jefes iban al consejo y los hombres del pueblo á sus ocupaciones. Al mediodía comian, y cenaban al poner del sol. Dos horas despues iban á acostarse, escepto en los dias festivos en que se celebraban bailes públicos hasta bien entrada la noche.

Median el tiempo por la altura del sol. El año se dividia en dos estaciones, la una húmeda y la otra seca. Los naturales tenian algunos conocimientos de uranografía, y aplicaron diferentes nombres á las estrellas.

Estas islas parecieron encerrar una poblacion bastante numerosa. Wilson evaluó en 4.000 el número de combatientes que emprendieron la última campaña contra la isla Pelew. Los edificios de Pelew están sostenidos sobre basamentos de piedra de tres pies de altura, y formados de armaduras de piezas de madera encajadas las unas con las otras. Las paredes son de bambúes y hojas de palmera tejidas estrecha y artísticamente. Los pisos son casi todos de tablas espesas que dejan entre sí espacios de una ó dos pulgadas; algunas veces consisten en gruesos bambúes que el uso hace muy resbaladizos. El hogar está colocado en medio del domicilio, en un espacio lleno solamente de tierra y de cascote; los fuegos que en él se encienden solo sirven para hacer hervir las batatas y espulsar la humedad y los insectos. Las puertas sirven al propio tiempo de ventanas; están provistas de un póstigo de bambúes que las libra á la vez del viento y de la lluvia. El techo está cubierto de bambúes y hojas de palmera. Informes en su estructura, estos edificios tienen á veces hasta sesenta ú ochenta pies de longitud; pero en este caso son destinados á las reuniones públicas. En las habitaciones particulares se observó que los ámos ocupaban constantemente un lado del aposento correspondiente al hogar, y que los criados ocupaban el otro.

Sus utensilios consisten en canastillos fabricados con tiras de hojas de banano, y destinados á recibir su cuchillo, su betel y su hilo; en horteras diestramente trabajadas y guarnecidas interiormente de corteza con sus coberteras; en esteras de banana guarnecidas de camas; en achas de mariscos ajustadas exactamente á mangos de madera; en fin en copas y cuabillos de conchas de tortuga. Los cuchillos mas preciosos son de concha de ostra perlera, bien aguzados y pulidos exteriormente. Los cuchillos comunes

consisten en pedazos de concha de almeja ó de bambúes afilados. Sus peines son de madera de naranjo; el puño y los dientes son cortados en el mismo pedazo de madera (Pt. LXV.—3). Cada individuo trae siempre consigo su canastillo de betel; la cal pulverizada está contenida en pequeños estuches de mambú trabajados con mucho gusto. Los anzuelos son de concha de tortuga; el hilo, las sogas y las redes son de figuras de coco; sus platos consisten en hojas de banano, y las cáscaras de nueces de coco sirven de vasos para beber. Los naturales fabrican ademas vasos de forma óvala, de tierra rojiza, para cocer su pescado. Para ir á sacar agua se servian á guisa de cántaros de gruesos bambúes de cinco ó seis pulgadas de diámetro, guarnecidos en el lado de una pequeña canilla.

Sus armas eran lanzas de bambú, de diez ó doce pies de largo, provistas de una punta de madera muy dura y en forma de sierra; dardos igualmente de bambú que arrojaban hasta á cincuenta ó sesenta pies; espadas de madera dura guarnecida de mariscos y bastante pesadas para hundir el craneo de un hombre; por fin dagas de tres pulgadas de largo, hechas con un agujon de raya dentellado en toda su longitud, con una vaina de bambú y un puño de la mas estraña forma.

Las piraguas son hechas con troncos de árboles ahondados, pintadas de rojo interior y exteriormente, é incrustadas con mariscos. En las grandes solemnidades, la popa y la proa son adornadas de diversas especies de mariscos enfilados en una soga y colgando en festones. Las mas pequeñas contienen solamente cuatro ó cinco personas; las mayores pueden contener de veinte y cinco á treinta. Sus velas son de esteras; pero como no se hallan en estado de resistir á un mar proceloso, raras veces se aventuran mas allá de la cadena de los arrecifes, y aun se acercan á ella pocas veces.

Los naturales de Pelew son robustos, bien formados y de una estatura mas aventajada que la mediana. Su piel es de un color bronceado; sus cabellos, largos y flotantes, dispuestos para ser rizados y formando anchos bucles al rededor de la cabeza. Ciertas mujeres, que tenian sus cabelleras muy largas, las dejaban flotar sobre sus espaldas. Los hombres iban enteramente desnudos; mas las mujeres llevaban dos pequeños delantales de diez pulgadas de largo sobre siete de ancho, colocados el uno delante y el otro detras. Esos delantales adornados de largas franjas eran tejidos con los hilos de la nuez de coco y teñidos de amarillo de diversos matices. Entre las mujeres comunes, este vestido estaba prendido en medio del cuerpo por medio de una simple soga; y entre las de un rango distinguido,

por una especie de cordon guarnecido de granos.

Los hombres y las mujeres están cubiertos de pintarroteos (entre ellos *maghot*); pero no sufren esta operacion mas que los de cierta edad, de suerte que ningun niño llevaba este ornamento. Las mujeres traen las dos orejas agujereadas para recibir hojas ó bucles de conchas de tortuga; mas los hombres solo se agujerean la izquierda, de la que suspenden raras veces algun adorno. En ambos secos se vé agujereada su nariz, de la que cuelgan flores de olor agradable. A cierta edad, así los hombres como las mujeres se ennegrecen los dientes, operacion dolorosa que fatiga mucho á los que la sufren. Li-Bou esplicó á Wilson que esta operacion se hacia con una pasta compuesta de diversas especies de yerbas y de cal que se aplican todas las mañanas en los dientes. El paciente permanece tendido boca abajo, y está salivando todo el dia. Por la noche, cuando la pasta se ha disuelto, le permiten comer un poco. Cada dia se renueva esta aplicacion, y el quinto dia la operacion es completa.

Los individuos de ambos secos son muy diestros nadadores, y lo mismo les parece el agua que la tierra. Los hombres se zambullen á las mil maravillas, y no tienen reparo en sumergirse hasta el fondo del agua para buscar el objeto mas insignificante.

Aunque libres de tomar tantas mujeres como quisieran, los hombres ordinariamente solo tenian dos. Sin embargo Raa-Kook tenia tres, Abba-Thulle cinco, bien que cada una tenia su casa particular. Los hombres parecian poco zelosos de sus mujeres, y les dejaban una libertad algo lata. Sin embargo un Inglés quiso llevar el galanteo un poco lejos para con la mujer de un rupack; pero Arra-Kooker le advirtió con mucho comedimiento que no era conveniente llevar á cabo sus proyectos.

Los hijos reciben su nombre sin la menor ceremonia en el acto mismo de nacer, segun se supone. Una de las mujeres del rey parió durante la permanencia de los Ingleses, y deseando hacer honor á Wilson se impuso al niño el nombre de *Capitan*. Por lo que hace á los funerales hemos visto ya lo que de ellos dice el Dr. Sharp. Wilson presencié igualmente los últimos deberes tributados al jóven muerto en la misma batalla que el hijo de Raa-Kook. Llegó en el momento en que trasladaban el difunto de una casa vecina para depositarlo á la plaza en que estaba sentado el rey. La comitiva se detuvo algun tiempo en presencia de Abba-Thulle, quien sin tomarse la pena de levantarse, espetó una arenga á la asamblea con tono grave y solemne, que fué escuchada en medio de un profundo silencio. Concluido su discurso que debió de ser

un elogio del difunto, trasladaron al cadáver al sitio de la inhumacion, y Wilson vió salir de la hoya una mujer que creyó ser la madre, ó al menos una prócsima parienta del difunto, que habia ido á cerciorarse de si lo habian dispuesto todo con esmero. En cuanto el cadáver fué cubierto de tierra, redoblaron los lamentos de las mujeres, pues á ellas solas pertenecen semejantes demostraciones, al paso que los hombres guardan un lúgubre silencio. Sus hoyas son semejantes á las de los Europeos, y superadas igualmente de un pequeño *tumulus*, algunas veces de piedras colocadas sobre un ancha baldosa llana, y el todo circuido de una pequeña empalizada á fin de que nadie ande por enoima.

Los Ingleses, durante su larga permanencia en las islas Pelew no observaron nada que se pareciese en lo mas mínimo á una ceremonia religiosa, ni menos vieron algun sitio consagrado especialmente á un culto cualquiera. Sin embargo no dejaban de tener ideas supersticiosas que debian estar ligadas á alguna creencia. Así es que el rey, viendo cierto dia á los Ingleses emplear en sus construcciones una especie particular de madera les aconsejó que no hiciesen uso de ella, por cuanto esta madera, decia, era de siniestro agüero. Poco despues uno de los oficiales ingleses cayó del navío en construcion, y Raa-Kook no dejó de atribuirlo á la madera añadiendo que el maligno espíritu habia dado márjen á aquel accidente.

Cuando Li-Bou se mareó á bordo del pequeño buque inglés, dijo que su padre y sus amigos debian experimentar en aquel momento una gran desazon, por cuanto, segun él, conocian su enfermedad. Algun tiempo antes de espirar, repitió la misma espresion, no obstante la distancia enorme á que se hallaba de su patria, lo cual dependeria por cierto de alguna creencia y de alguna preocupacion. Con efecto, nada emprendian los isleños sin consultar de antemano el oráculo por medio de las hojas de ciertas plantas semejantes al junco de nuestras lagunas, midiendo las tiras de estas hojas con el dedo del medio. Abba-Thulle no quiso embarcarse en su piragua para la segunda expedicion contra Artin-gall antes de envolver y mirar perfectamente estas hojas de un modo satisfactorio.

Durante la permanencia de Li-Bou en Inglaterra, Wilson le explicaba cierto dia que las oraciones del culto tenian por objeto mejorar la condicion de los hombres, y que despues de su muerte iban á revivir hácia arriba. A estas palabras Li-Bou levantó la mano, y con un jesto espresivo dijo: « Lo mismo en Pelew; malos quedar en tierra: buenos ir al cielo, hacerse muy hermosos. » Palabras que anunciaban claramente la creencia de aquellos pueblos en una existencia futura.

Los pormenores suministrados por Wilson en órden á los habitantes de Pelew son en resumen los siguientes. Acojido favorablemente en aquel grupo, el capitán inglés lo ha descrito todo con brillantes colores y suavizado singularmente los tintes sombríos. Así es que cuando habla del uso bárbaro de inmolar á los prisioneros hechos en el combate, lo cohonestá á la sombra de la necesidad política. En cuanto al robo, dice que bajo este aspecto, los Ingleses no tuvieron que quejarse de los isleños de Pelew, y añade que siempre que denunció á los jefes el menor latrocinio, no se daban un momento de descanso hasta haber restituido el objeto.

No cabe duda que el viaje de Macluer hubiera sido la contraprueba del de Wilson; pero como este viajero no nos dejó su relato, es preciso valernos de las aventuras del *Duff*, su capitán James Wilson, que había recibido la órden de trasladar una remesa de misioneros á Pelew, á su regreso de una navegacion por el Océano Polinesio. Las circunstancias contrariaron la ejecucion completa de su proyecto, y en consecuencia solo tuvo con los naturales de Pelew comunicaciones á la vela, que refiere en los siguientes términos:

« A las tres y media de la tarde del 6 de noviembre de 1797, estábamos á unas dos leguas del arrecife que se estiende á una distancia mediana de la mas considerable de las islas: denominase *Babelthouap*, y se halla dividida en dos distritos gobernados cada uno por un caudillo que reconoce la autoridad suprema de Abba-Thulle. Cuando nos pusimos al paio, estábamos á la vista de la parte meridional del distrito de Artingall. Congregáronse en la playa unas doscientas personas, y se vieron unas doce piraguas navegando con el auxilio de velas ó á fuerza de pagayas; pero á la sazón el tiempo era de una apariencia muy siniestra. Tres solamente se enmararon bastante para acercarse al buque: los naturales llevaban un pedazo de tela blanca atado en el extremo de un palo, y lo ajitaban al aire á medida que se iban acercando. Juzgámos que aquella insignia era un emblema de paz. Acercáronse sin temor, y nos dirigieron la palabra cual si nos conocieran de mucho tiempo. Empero fué tan sumamente ininteligible para nosotros su lenguaje, que ni aun con el auxilio del vocabulario de Enrique Wilson pudimos hacerles comprender una sola palabra, á escepcion de algunos nombres propios. Por lo demas no cesaron de hablar con rapidez acompañando sus discursos con jestos de manos y de cuerpo que espresaban sus vehementes deseos de vernos fondear en un sitio que nos designaban al N. O. Uno de ellos, que creímos ser un rupack por el hueso grosero que llevaba en el puño, se presentó apresuradamente al buque

para redoblar aquellas instancias, y fué seguido por otros dos que se mostraron escijentes del mismo modo; pero todas sus sollicitaciones, juntamente con nuestro deseo de permanecer algun tiempo en aquel grupo célebre, quedaron sin resultado, atendido que no descubrimos punto alguno que ofreciese seguridad para el fondeo, ni menos teníamos el mapa del teniente Macluer para servirnos de guia. Cuando hicimos mencion de Abba-Thulle, repitieron muchas veces este nombre diciendo: *s'thulle, s'thulle!* y mostrando la tierra con el dedo. No les hablamos gota de Li-Bou, por cuanto hablaron con tanta rapidez y de una manera tan incesante, que apenas podíamos dirigirles algunas preguntas: á buen seguro que el tiempo que amenazaba una tempestad les impidió pensar en él. Como los que se habian quedado en las piraguas llamaban á grandes voces á los que habian subido á bordo, ofreciélos el capitán algunos cuchillos, espejos, etc., y se despidieron apresuradamente, bien que con sentimiento. Antes de irse, quisieron dar una prueba de su reconocimiento arrojando á bordo un par de nueces de coco que era todo cuanto poseían, y se volvieron á tierra. Tales son todas las comunicaciones que pudimos entablar con los habitantes de las islas Pelew.

« Si hemos de juzgar del pueblo entero por el corto número de naturales que vimos, esos hombres son inferiores, por lo que hace al aspecto exterior, á los isleños de las islas Marquesas, de la Sociedad y de los Amigos (*Nouka-Hiva*, *Taiti* y *Tonga*); su estatura y sus proporciones no son tan aventajadas ni bellas como las de los dos primeros pueblos, y están muy lejos de tener el aire robusto, varonil y emprendedor de los últimos. Son mas semejantes con sus vecinos los Carolinos, sin que, como estos últimos, pertenezcan á una raza gallarda y robusta. Entre las costumbres que les son comunes, se cuenta la de henderse las orejas para colgarse ornamentos de vegetales, que almenos tienen una pulgada de espesor. En cuanto al pintarroteo, en Pelew como en las Carolinas, parecen templar sus piernas y muslos en una tintura de un negro azulado; pero su cuerpo está adornado de figuras semejantes á dedos ó guantes. Mostrábanse en nuestra presencia del todo desnudos sin experimentar por ello el menor sentimiento de rubor, y nos manifestaron su comedimiento y su hospitalidad instándonos vivamente paraque fuésemos á visitarles.

En el mes de junio de 1828 apareció el capitán d'Urville á vista de las islas Pelew. Es verdad que estaba igualmente dominado de los mas vivos deseos de visitar aquel grupo tan poco conocido y tan digno de atencion; pero se lo impidió el mal tiempo que á la sazón reinaba, y

mucho mas el estado desastroso de su tripulacion diezmada por las fiebres de Vanikoro. En consecuencia no pudo hacer mas que reconocer la parte oriental de este grupo arrostrando los mas inminentes peligros. Los isleños tampoco pudieron acercarse al *Astrolabio* por razon del mal tiempo, de suerte que no pudo recojerse ningun documento etnográfico en orden á este archipiélago.

De los trabajos combinados de Macluer y de d'Urville se deduce que las islas Pelew ó Palaos forman una cadena de islas y de islotes circuidos de arrecifes que se estienden hasta una distancia considerable de tierra por la parte occidental, al paso que por el lado del E. llegan raras veces á mas de tres ó cuatro millas. El grupo entero tiene cuarenta leguas de N. á S. sobre veinte ó treinta de ancho, y está comprendido entre los 6° 55' y los 8° 36' lat. N. y entre los 132° 20' y los 131° 40' lonj. E.

Las islas mas considerables de este grupo son las siguientes:

BABELTHOUAP, que tiene nueve leguas de N. á S. y dominada por una montaña desde cuya cumbre se pueden descubrir todas las islas del archipiélago. Sus principales distritos son Artingall, Emmalagui y Emnrings que tienen cada uno su competente caudillo.

COROR tiene seis millas de E. á O. y se compone de varias isletas cercanas unas á otras. En esta isla es donde residen los reyes de las islas Pelew.

URUCKTHAPEL tiene una forma muy regular, y su territorio está entrecortado en todos sentidos por los canales formados por el mar.

ERRAKONG solo tiene tres millas y media de N. á S. sobre una de ancho.

OROU LONG al N. O. de Uruckthapel, solo tiene tres ó cuatro millas de largo.

PELELEW tiene ocho millas de N. N. E. á S. S. O., su aspecto es fértil y risueño, y está acompañada de varias isletas.

ANGOUR, la mas meridional de las islas Pelew, es baja, y tiene tres ó cuatro millas de N. O. á S. O. En 1801 permaneció cinco dias á vista de esas tierras el capitan español Ibargoitia, comunicando con los habitantes, cuyo carácter le pareció tal como lo habia descrito Wilson, benigno, jeneroso y desinteresado.

Antes que el *Océánico* abandone estos parajes, vamos á recapitular esa prolongada nomenclatura de islas que forman el archipiélago de las Carolinas propiamente dicho, archipiélago inmenso que no tiene menos de setecientas cincuenta leguas de E. á O. sobre unas doscientas de N. á S., formando por sí solo la mayor division de esta parte de la Oceania que M. d'Urville designa bajo el nombre de *Micronesia*. En esta divi-

sion se cuentan solamente tres islas, Gouaham, Tinian y Rota, que ofrezcan una débil poblacion; de suerte que la historia completa de los Carolinos seria al propio tiempo la de los Micronesios. Por desgracia los documentos relativos á esos isleños son harto incompletos, y es preciso aguardar que acrecienten su número otras exploraciones mas individuadas. La comparacion de las costumbres, de los usos dietéticos y sobretudo del lenguaje, será bastante para unir algunos de los hilos de la cadena que une los Polinesios á los habitantes de las islas malayas, ó colejir con conocimiento de causa de este ecsámen que las dos naciones han sido distintas y separadas desde tiempo inmemorial.

En nuestra revista de las Carolinas empezaremos por los grupos situados mas al E., y no haremos mas que tocar someramente y como por incidencia las que hemos tenido ocasion de citar en el decurso del viaje.

I. BOSTON, descubiertas á 25 de mayo de 1824 por el capitan Joy del *Boston*. Si hemos de dar crédito á este marino, es un grupo de ocho isletas bajas, de treinta millas de circunferencia. En la relacion de Morrell se lee que á 7 de mayo de 1831 fueron reconocidas por un tal Kiram Covel, comandante del buque *la Alianza*. Este capitan contó catorce islas á las que impuso su nombre de *Covel*, y las halló habitadas por una nacion que hablaba la lengua española.... El grupo Boston está situado á los 4° 45' lat. N. y á los 165° 50' lonj. E.

I. BARING, descubiertas en 1792 por el capitan Bond del *Royal-Admiral*; son unas isletas visitadas en 1825 por el capitan Joy del ballenero *Boston*, y que parecen idénticas con la isla *Namurik* de los naturales representada en el mapa de Kotzebue. Su punta mas meridional está situada á los 5° 30' lat. N. y á los 166° 0' lonj. E.

I. HUNTER, descubierta en 1797 por Dennat que le atribuyó dos millas de estension del N. O. al S. E. Esta isla es quizá la misma que la isla *Ebon* del mapa de Kotzebue, y está situada á los 5° 40' lat. N. y á los 166° 50' lonj. E.

I. BANHAM, descubiertas en 1809 por la *Elizabeth*, y exploradas por Daperrey á 28 de mayo de 1824. Segun el mapa de este último, es un grupo de treinta millas de estension de N. á S. sobre veinte y dos de E. á O., que comprende unos cuarenta islotes bajos, selvosos y poblados; los mas considerables de los cuales tienen unas dos millas de estension. Está comprendido entre los 5° 53' y los 6° 18' lat. N. y entre los 167° 6' y los 167° 30' lonj. E.

I. AUR, sin duda idénticas con la isla *Ibbeton* de Arrowsmith, descubiertas por el buque *Carlota* en 1788; exploradas y visitadas en 1817 por el capitan Kotzebue. Es un conjunto de treinta

y dos islotes bajos y poblados, que ocupan una estension de trece millas de N. O. á S. E., y cuya punta meridional está situada á los 8° 11' lat. N. y á los 168° 12' lonj. E.

Kotzebue encontró en Aur el salvaje Kadous, natural de Jouli, que se embarcó á bordo del *Rurick*, donde permaneció mucho tiempo con los Rusos y les suministró una multitud de noticias curiosas. Kotzebue nos narra su primer conocimiento en estos términos:

«Notámos á dos salvajes pintorreados de un modo del todo diferente de los demas, y que hablaban asimismo un lenguaje muy diverso, como observó igualmente M. Chamisso. Preguntámos si eran oriundos de aquella isla, á lo cual contestaron que no, y nos espetaron una larga historia en su propia lengua, de la que no comprendimos siquiera una palabra. El uno de aquellos extranjeros, de una estatura mediana, de contornos agradables, y cuya edad frisaba con los treinta años, me interesó mucho: así que despues de haber hecho mis presentes á los caudillos, le di algunos pedazos de hierro que recibió con reconocimiento, bien que sin demostrar la misma satisfaccion que los salvajes restantes. Teníale á mi lado continuamente, y en el acto de ponerse el sol, y cuando nuestros huéspedes se despedían de nosotros, significóme particularmente sus deseos de quedarse conmigo y no abandonarme jamas. Por de pronto creí que este capricho lo olvidaría en breve; mas no pude menos de quedar sorprendido al ver el afecto que inmediatamente concibiera por mí, y en consecuencia decidí quedarme con él, atendido que el suceso mereció la aprobacion de todos. En cuanto obtuvo Kadou este permiso, se dirigió rápidamente á sus camaradas que le estaban aguardando para declararle su intencion de quedarse á bordo, y distribuyó su hierro á los caudillos. La sorpresa que causó esta resolucion en las piraguas fué imponderable; mas aunque los naturales redoblaron todas sus instancias para retraerle de semejante proyecto, todo fué en valde. Salió por fin al encuentro su amigo Edock, hablóle seria y largamente, y viendo que todos los medios persuasivos eran inútiles, ochó mano de la fuerza bruta; mas Kadou se hizo valer el derecho del mas fuerte rechazando á su amigo lejos de sí, y las piraguas partieron al momento. Como su resolucion era para mí del todo inexplicable, no pude menos de sospechar si llevaba el designio de cometer algun robo nocturno y abandonar secretamente el buque; por cuyo motivo hice doblar la guardia ordinaria de la noche y colocar su cama junto á la mia en la cubierta en donde acostumbraba dormir por razon del calor. Kadou se congratuló sobremanera de dormir cerca del *tamon* del buque; habló poco, apesar de cuantos

esfuerzos se hicieron para divertirle, comió de todo y fué á acostarse tranquilamente. Vamos á continuar lo que despues nos refirió Kadou varias veces relativamente á su historia.

«Kadou era natural de la isla de Ulle (*Jouli* de nuestro mapa), perteneciente á las Carolinas, que debe de estar situada á 1.500 millas inglesas O. de Aur, y que solo es conocida en el mapa por el nombre, por cuanto el P. Canton fué enviado en 1733 de las islas de los Ladrones á las Carolinas en calidad de misionero. Partió Kadou de Ulle con Edock y otros dos isleños en una piragua de vela con objeto de ir á pescar en una isla remota. Levantóse una violenta borrasca que desvió á esos desgraciados de su derrotero; corrieron el mar por espacio de unos ocho meses, y por fin aportaron en el estado mas deplorable en la isla de Aur. La mayor parte de este viaje tuvo que hacerse contra la direccion del viento regular del N. E., circunstancia altamente notable para aquellos que han creído hasta aquí que la poblacion del mar del Sur debió de progresar en direccion al E. Segun el relato de Kadou, constantemente tenian su vela desplegada durante su viaje mientras se lo permitia el viento, y la cargaban sin dilacion cuando soplabá el viento del N. E. persuadidos de que se hallaban á sotavento de su isla. Este es el único recurso que resta para explicar su llegada á Aur. Calculaban el tiempo por lunas, haciendo un nudo en una sogá á cada luna nueva. Como el mar les suministraba mucha pesca y conocian perfectamente el medio de cojerle: de ahí es que padecieron menos hambre que sed, porque si bien no dejaban de reunir una corta cantidad de agua siempre que llovía, halláronse muchas veces absolutamente faltos de agua fresca. A menudo Kadou descendia al fondo del mar, siendo como era el mejor buzo, donde el agua es menos salada, con una nuez de coco, provista tan solo de un pequeño agujero; pero si bien es cierto que este medio les consolaba por un momento, es muy probable que contribuía mucho á debilitarles. Cuando avistaron la isla de Aur no sintieron la menor alegría, porque habian perdido ya toda especie de sentimiento. Sus velas estaban rasgadas enteramente, su piragua era el juguete de los vientos y de las olas, y estaban aguardando la muerte con resignacion, cuando los moradores de Aur mandaron muchas piraguas á su socorro, y los condujeron á la playa desnudos de todo sentimiento. Hallábase presente un *tamon* á la sazón; los utensilios de hierro que aun poseían aquellos desgraciados escitaron la codicia de sus libertadores, y ya estaban á punto de darles el golpe fatal para repartirse sus despojos; cuando Tigodien, *tamon* de la isla de Aur, llegó afortunadamente con oportunidad para sal-

var su existencia. Cuando Kadou ofreció todos sus tesoros á su libertador, este fué bastante generoso para no admitírselos, tomando solamente una bagatela insignificante y prohibiendo severamente á sus súbditos bajo pena de muerte que atentasen en lo mas mínimo contra aquellos extranjeros infortunados. Kadou con sus camaradas se dirigió al domicilio de Tigodien que le tomó á su cargo con una verdadera paternidad, y le profesó un afecto particular, por razon de su inteligencia natural y de su hombría de bien. Segun su cálculo, hacia tres ó cuatro años que se hallaba en Aur. Hallábase Kadou en los bosques cuando apareció el *Rurick* á la vista de Aur; pero los naturales le fueron á buscar sobre la marcha para pedirle la explicacion de tan extraño fenómeno, por cuanto gozaba de la reputacion de ser un famoso viajero, y pasaba jeneralmente por un hombre dotado de un talento extraordinario y de unos conocimientos sin igual. Muchas veces les habia hablado de unos navios de alto bordo que visitaran Ulle, y aun se acordaba de los nombres de dos individuos, Lewis y Marmol, procedentes de la grande isla de *Britannia*; por cuyo motivo reconoció al momento nuestro buque. Como tenia mucha inclinacion á los blancos, instó á los isleños á ir al navio, pero estos se negaron á verificarlo fundados en la tradicion acreditada de que los hombres blancos devoraban á los negros. La promesa que les hizo de procurarles hierro por medio de permutas les decidió por fin á pasar á bordo, é inmediatamente tomó la resolucion de quedarse con nosotros, segun llevamos dicho. La precaucion de acechar su conducta era completamente inútil; pues durmió profundamente toda la noche, y al rayar el alba despertó con sumo contento y satisfaccion. »

I. KAWEN, descubiertas á 29 de junio de 1788 por los navios *Scarborough* y *Carlota*, que les impusieron el nombre de *Islas Colbert*, reconocidas á 5 de julio de 1799 por el *Nautilus*, que las denominó *Baas-Reef-tied-Islands*; y exploradas en 1817 por Kotzebue. Si hemos de creer á este último, es un grupo de treinta y dos millas del N. O. al S. E. sobre trece de ancho, que contiene unos cincuenta islotes bajos y selvosos, teniendo el mas considerable unas dos millas y media de largo sobre una de ancho. Kawen es ocupada por unos hombres del todo semejantes á los de Otdia con los que tienen frecuentes relaciones. Su centro está situado á los 8° 42' lat. N. y á los 168° 43' lonj. E.

I. EREGUP, descubiertas en 1799 por Bishop, del *Nautilus*, que las denominó *Bishop junction Islands*, y exploradas por Kotzebue en 1817. Este grupo tiene veinte y cuatro millas de estension del N. O. á S. O. sobre diez ó doce de

ancho; comprende unos quince islotes bajos, selvosos y poblados, y su punta S. está situada á los 8° 56' lat. N. y á los 167° 50' lonj. E.

I. LEGIEP, descubiertas en 1817 por Kotzebue que quiso denominarlas *Islas Heiden*, y reconocidas por el mismo en 1824. Este grupo tiene veinte y cuatro millas del N. O. al S. E. sobre dos de ancho, encierra unas treinta isletas bajas, selvosas y pobladas, muchas de las cuales parecen tener de cuatro á seis millas de circunferencia, y su centro está situado á los 9° 55' lat. N. y á los 166° 52' lonj. E.

I. TEMER, descubiertas en julio de 1799 por el *Nautilus* que las apellidó *Step-to*, y reconocidas en 1816 por Kotzebue. Esta isleta es inhabitada, tiene dos ó tres millas de circunferencia, y está situada á los 9° 58' lat. N. y á los 167° 22' lonj. E.

I. AILOU, descubiertas en 1788 por la *Carlota* que las denominó *Tindal* y *Watt*, y exploradas en 1817 por Kotzebue que las apellidó *Islas Krusenstern*. Este grupo comprende un gran número de isletas, tiene quince millas de N. á S. E. sobre cinco de ancho, y su punta S. está situada á los 10° 11' lat. N. y á los 167° 45' lonj. E. Chamisso observó que este grupo era el mas pobre de cuantos visitaron los Rusos (Pl. LVI. — 1).

I. MIADI, descubierta á 1° de enero de 1817 por Kotzebue, que la denominó *Isla del Nobel-An*. Esta isleta es baja y arbolada, tiene tres millas de N. á S. sobre una corta de ancho, y está situada á los 10° 7' lat. N. y á los 168° 34' lonj. E.

I. OUDEIRIK y TAGAI, exploradas en 1816 por Kotzebue, que las denominó *Koutousoff* y *Souvaroff*, y visitadas por él mismo en 1817. El primero de estos dos grupos tiene diez y seis millas de estension de N. á S.; el segundo tiene treinta millas de ámbito, y cada uno contiene cuatro islotes habitados y separados por un canal angosto. La punta E. de Oudeirik está situada á los 11° 14' lat. N. y á los 167° 38' lonj. E., y la punta S. de Tagai á los 11° 4' lat. N. y á los 167° 25' lonj. E. Estos dos grupos formaban la isla *Button* del mapa de Marshall que fué el primero que los vió en 1788 (Pl. LVII. — 2).

I. BIGAN, descubiertas en 1788 por el capitán Dawson que les aplicó su nombre, é indicadas á Kotzebue en 1816 por los naturales de Oudeirik. Este grupo tiene catorce millas de largo de N. N. O. á S. S. E. con tres islotes desiertos y destituidos de agua dulce. Solo son visitados á veces por los naturales de las islas vecinas para procurarse aves y tortugas. Su punta S. está situada á los 11° 43' lat. N. y á los 167° 49' lonj. E.

I. DELFIN, descubiertas por Wallis á 3 de

setiembre de 1767, y reconocidas en 1824 por Kotzebue que las designa bajo el nombre de *Pescadores*. Este grupo comprende algunos islotes bajos de unas treinta millas de circunferencia, en los cuales Kotzebue no pudo distinguir vestigio alguno de habitantes. Su centro está situado á los 11° 19' lat. N. y á los 165° 15' lonj. E.

I. *PESCADORES*. Estas islas hacen tal vez parte de las que vió Wallis en 1767, pero no cabe duda que están separadas totalmente de ellas, como averiguó en 1825 Kotzebue aplicando á estas el nombre de *Korsakoff*. Segun su reconocimiento, este grupo tiene cincuenta y cuatro millas del E. N. E. al O. S. O., y diez de su mayor anchura. Los islotes que la componen están cubiertos de una lozana vegetacion, y sus cocos se encumbran á una altura considerable, pero no contiene ninguna señal de poblacion. Su centro está situado á los 11° 17' lat. N. y á los 164° 35' lonj. E.

I. *ESCHSCHOTTZ*, descubiertas por Kotzebue en octubre de 1825. Este grupo comprende algunas islas bajas de las que solo vió la parte occidental que formaba una cadena estrecha de quince millas de largo, conteniendo unos doce islotes bajos, pero no vió la menor señal de poblacion. Probablemente es la isla *Udia-Milai* de los naturales de Radach. Su punta S. O. está situada á los 11° 32' lat. N. y á los 163° 6' lonj. E.

I. *BROWN*, descubiertas en 1794 por el capitán Butter del *Walpole*, visitadas en 1798 por el capitán Fearn, y reconocidas en 1824 por Kotzebue que las designó por equivocacion bajo el nombre de *Islas Bronus*, y en 1827 por Lutke. Es una cadena circular de rompientes de sesenta y cinco millas de circuito con unos treinta islotes bajos y selvosos; pero las islas *Parry* y *Arthur*, que son las mas considerables, aun no tienen tres millas de circunferencia. Su centro está situado á los 11° 30' lat. N. y á los 160° 54' lonj. E.

I. *PROVIDENCIA*, descubiertas en 1811 por el buque *Providencia*. Estas islas están circuidas de arrecifes segun el mapa de Duperrey, y son los *Arrecipos* de Horsburg y de Lutke. Su punta S. E. está situada á los 8° 35' lat. N. y á los 158° 45' lonj. E.

I. *WADELN*, descubiertas en 1792 por el capitán Bont del *Royal-Admiral*, que las denominó *Minguio Group* con las siguientes; y visitadas en 1797 por el capitán Denaat que las apellidó *Ross*, y por el capitán ruso Chromtschenko en 1832. Este último averiguó que el grupo entero ocupa una estension de sesenta y cuatro millas al E. S. E. sobre diez de ancho, y que contiene cuarenta y cuatro islotes entre grandes y pequeños. Su punta N. O. está situada á los 9° 19' lat. N. y á los 164° 36' lonj. E.

I. *NAMOU*, descubiertas en 1792 por el capitán Bond, visitadas en 1832 por Chromtschenko que se cercioró de que este grupo tenía treinta millas de estension del N. N. O. al S. S. E. y de doce de ancho, conteniendo cinco islas algo considerables y veinte pequeñas unidas todas por un mismo arrecife. Las islas del S. están situadas á los 7° 45' lat. N. y á los 166° 3' lonj. E.

I. *ODIA*. Sin duda la isla *Lambert* de Denaat en 1797, indicada á Kotzebue por los naturales de Radach. Esta isla, que debe de formar un grupo bien poblado, necesita de una nueva esploracion y debe de estar situada cerca de los 7° lat. N. y los 166° 30' lonj. E. El grupo Odia, con sus dos precedentes, *Wadelen* y *Namou*, debe formar la cadena de las islas *Ralik* anunciadas á Kotzebue por los isleños de Radach.

Despues de Kadou, el grupo de *Ralik* seria semejante al de Radach por el aspecto del suelo, el lenguaje de sus habitantes y sus costumbres jenerales. Solo el pueblo es mas dichoso y menos alimentado: los naturales traen grandes ornamentos en las orejas. Cuando estos dos grupos están en guerra, el de *Ralik* puede armar hasta cien piraguas. La paz estaba concluida entre las dos naciones algun tiempo antes del paso de Kotzebue en 1816.

I. *PIGUTUAM*, grupo señalado en el mapa de Lutke, sin que se sepa con que autoridad, á los 2° 30' lat. N. y á los 151° 37' lonj. E.

I. *NOUGOUR*, descubiertas en 1806 por el capitán Monteverde que les impuso su nombre. Este grupo comprende muchas isletas bajas y habitadas, tiene diez millas de N. E. á S. O., y su centro está situado á los 3° 27' lat. N. y á los 153° 25' lonj. E.

Si hemos de dar crédito á Morrell, que asegura haber visitado estas islas en 1830, los naturales son de aventajada estatura, bien formados y laboriosos. La talla media de los hombres es de cinco pies nueve pulgadas (seis pies dos pulgadas inglesas), y algunos pesan hasta ciento cincuenta libras. Su tinte es aceitunado, su nariz chata, su pelo negro y rizado, de seis ú ocho pulgadas de largo, sus carrillos prominentes, sus ojos pequeños negros, vivos y agudos, su frente ancha, y sus dientes blancos y regulares. Despues de casados, el vestido de ambos secos consiste en una especie de delantal que descende hasta medio muslo; pero antes de casarse, ambos secos andan enteramente desnudos. Despues de haber contraido amistad con los Americanos por medio de diversas permutas, los isleños invitaron á sus nuevos amigos á aprocsimarse á la playa prometiéndoles traer ostras perleras, conchas de tortuga y tripangs. En poco tiempo se reunieron unas cincuenta piraguas grandes; pero Morrell recono-

ció en breve con su anteojo que en lugar de los objetos prometidos, los buenos de los comerciantes embarcaban apresuradamente muchas lanzas, macanas, y que además se almagraban el rostro, prueba nada equívoca de sus disposiciones hostiles. Con efecto cuando se halló todo dispuesto, las piraguas, tripuladas por quince ó veinte guerreros cada una, se adelantaron en buen orden y en dos divisiones á fin de tomar al *Antártico* por ambos costados. Entonces Morrell sin aguardar un momento hizo cargar todas sus velas y dejó á los naturales de Nougour embobados por la marcha superior de la gran piragua, que se imaginaban tener ya en su poder. Morrell hace mencion particular de que los arrecifes de estas islas están cubiertos litoralmente de ostras perleras, de tripangs y de tortugas; pero esto puede ser mas ó menos exacto.

EUNKINS. Segun el mapa de Duperrey, este grupo fué descubierto en 1824, y su punta S. está situada á los 4° lat. N. y á los 182° 12' lonj. E. Sin embargo es probable que solamente es una parte del grupo anterior ó del siguiente.

I. NGARIK. Descubiertas en 1773 por Tompson que las apellidó los *Nalicates*; visitadas en 1793 por Mulgrave del *Sugar-Cane*, que las denominó *las Siete Islas*, y en 1794 por el buque *Britannia* que las denominó *Raven Islands*, y exploradas en 1828 por Lutke. Este grupo tiene veinte millas de circuito; contiene once islotes bajos, selvosos y poblados, de los cuales el mas considerable apenas tiene una milla de estension, y su punta E. está situada á los 5° 45' lat. N. y á los 155° 15' lonj. E.

I. SOTOAN. Descubiertas en 1795 por el capitán Mertlock que les impuso el nombre de su buque *Young-William*, y exploradas por Lutke en 1828. Este grupo contiene unos sesenta islotes bajos, nemorosos y bien poblados, con unas cuarenta millas de circunferencia. El mas considerable de esos islotes lleva el nombre de *ta*, y tiene cinco millas de largo sobre 300 toesas de ancho á lo sumo. En sentir de Morrell, que visitó estas islas en 1830, dos de sus islotes tienen unas quince millas de circuito, y se encumbran á unos cien pies de elevacion sobre el nivel del mar. Los naturales le invitaron á desembarcar, en lo que no tuvo el menor reparo, siendo acogido muy amigablemente por los hombres, y sobretodo por algunas mozas de las que hace, segun acostumbra, el retrato mas seductor. Si hemos de darle crédito, eran jóvenes ninfas de diez y seis ó diez y siete años, con ojos de gacela, dientes de marfil y de facciones las mas delicadas que hasta entonces habia encontrado. Su talle era pequeño; pero sus manos y sus pies lo eran aun mas á proporcion; tenían cabelleras negras, ojos centelleantes cual

granos de azabache en medio de un esmalte líquido; pequeñas mejillas redondas y frescas, una barba proporcionada, labios brindando á los ósculos, cuellos delgados y talles desnudos que hubieran podido abrazarse con las dos manos. A este retrato encantador, añadía injenunamente, no podia menos de oponer un defectillo; tal era un lijero color de cobre en su tinte.

Los obsequios que los habitantes de Sotoan prodigaron á Morrell no servian mas que para encubrir un lazo: en el acto de volver á embarcarse, iban á embestirle cuando sus camaradas pusieron en fuga á los agresores con el auxilio de sus armas de fuego. Apenas se hallaban de regreso á bordo, cuando el *Antártico* se vió á punto de ser bloqueado por un centenar de piraguas que acudían de todas las islas para asaltarlo. Viéndose Morrell, dice, en la alternativa de luchar á brazo partido ó de volver la espalda á los isleños, adoptó esta última medida como la mas prudente.

A poca distancia de Sotoan se encuentran otros dos grupos considerables, explorados igualmente por Lutke en 1828, á saber: al N. E. *Lougornor*, de diez ó quince millas de circuito, con diez y siete islotes bajos y selvosos, teniendo los mas considerables unas dos millas de estension, y al N. *Etal* que tiene tres millas y media de estension y comprende hasta diez y ocho islotes insignificantes.

El grupo de Sotoan está situado entre los 5° 15' y los 5° 36' lat. N. y entre los 151° 16' y los 151, 38' lonj. E.

I. NAMOULOUK, descubiertas por el Ruso Lutke en enero de 1828, y visitadas en mayo de 1830 por Morrell que las denominó *Sheddy Sgro-up*. Este grupo tiene seis millas de circunferencia y contiene tres islas bajas y selvosas, teniendo cada una media milla de largo. Morrell escajera sobradamente las dimensiones de este grupo, y asegura que está poblado por una raza de hombres semejantes á los de Hogoleu, y que el territorio de las islas es cubierto casi enteramente de cocos y de árboles de pan. Está situado á los 5° 53' lat. N. y á los 150° 57' lonj. E.

I. SAN AGUSTIN, descubierta por el Español Tomson en 1773. Es una isla baja, de seis millas de estension del N. N. O. á S. S. E. con un arrecife que se interna seis millas en el mar por su parte S. E. Su punta N. está situada á los 7° 25' lat. N. y á los 153° 45' lonj. E. Sin embargo, algunos creen que esta isla es idéntica con la siguiente.

I. BORDELESA, descubierta á 18 de junio de 1826 por el capitán Saliz que le impuso el nombre de su buque. Esta isleta es llana, tersa, de una ó dos millas de estension y ochenta pies de altura, y está situada á los 7° 38' lat. N. y á los 152° 45' lonj. E.

I. SAN RAFAEL, descubierta en 1806 por Monteverde que le impuso el nombre de su buque. Esta isleta es baja, tiene tres ó cuatro millas de circunferencia y está situada á los 7° 17' lat. N. y á los 151° 32' lonj. E.

I. MOURILU. Descubiertas á 2 de abril de 1826 por John Hall, y exploradas por Lutke en noviembre de 1828. Este pequeño archipiélago se compone de dos grupos distintos; el primero, *Namokipiafane*, tiene cuarenta millas de circuito y cuenta catorce isletas bajas, las mas considerables de las cuales apenas tienen una milla de estension: el otro, *Mouriku*, tiene cuarenta y cinco millas de ámbito y encierra trece islotes bajos, selvosos y todos sumamente pequeños. Están situados entre los 8° 27' y los 8° 48' lat. N. y entre los 149° 24' y los 150° 2' lonj. E.

I. FAICOU (Orientales), descubiertas á 2 de abril de 1824 por el capitán John Hall, y reconocidas por Lutke en 1828. Son dos islotes contiguos, bajos, selvosos, y de dos millas de estension incluso sus arrecifes. Están situados á los 8° 34' lat. N. y á los 149° 5' lonj. E.

I. OUNOUN, descubierta en 1801 por Ibargoitia que la denominó *Anónima*, y explorada en 1828 por Lutke. Es una isla baja, selvosa y de dos millas y media de largo de N. á S. con un tercio de milla de ancho. Está situada á los 8° 37' lat. N. y á los 147° 30' lonj. E.

I. MAGUA, descubiertas en 1824 por el capitán Bunkey, que las denominó *Islas Ramp*, y exploradas en 1828 por Lutke. Son dos islotes bajos, pequeños y arbolados. El del E. está situado á los 9° 1' lat. N. y á los 147° 55' lonj. E.

I. PESSERAR, descubiertas en 1824 por Bunkey que les impuso su nombre, y exploradas en 1828 por Lutke. Son dos pequeños grupos compuestos cada uno de cuatro ó cinco islotes pequeños, bajos y nemorosos. *Oumalik* es el mas considerable, aunque á lo mas tiene una milla de largo, y está situado á los 8° 39' lat. N. y á los 148° 7' lonj. E.

Los tres grupos precedentes forman reunidos el grupo total de *Namonouito* de Lutke, que tiene unas cien millas de circuito. Maguir y Pesserar fueron vistos por el *Eclipse* á 11 de abril de 1827.

I. POULOUOT y ALET, descubiertas por el capitán Mertlock en 1795, visitadas en 1799 y 1801 por Ibargoitia, y exploradas en 1819 por Freycinet. Son dos islotes bajos, selvosos y poblados, de quince ó diez y seis millas de circunferencia, incluso los arrecifes. Los antiguos mapas españoles las denominaban *islas Kata*. La del E. está situada á los 7° 19' lat. N. y á los 146° 55' lonj. E.

I. SOUK, probablemente la *San Bartolomé* de

Quiros en 1596; visitada por Mulgrave del *Sugar-Cane* en 1793 y por Ibargoitia en 1699 y 1801, y reconocida por Freycinet en 1819. Es un islote bajo, selvoso é inhabitado, de cinco ó seis millas de circuito y rodeado por un fondo alto muy estenso. Está situada á los 6° 40' lat. N. y á los 147° 5' lonj. E.

I. BIGALI, descubierta á 3 de julio de 1824 por Duperrey, y visitada en febrero de 1828 por Lutke que la denomina *Piquete*. Este islote es bajo, arbolado, desierto y circuido de un arrecife; tiene doscientas toesas de ancho y está situada á los 8° 13' lat. N. y á los 145° 18' lonj. E.

I. LIBIA, descubierta en 1801, y vista por el *Océano* en 1804. Este islote, que sin duda es idéntico con la isla *Ferakis* vista por Morrell en mayo de 1830, es inhabitado, bajo y cubierto de malezas, de tres millas de circuito, y está situado á los 8° 37' lat. N. y á los 144° 51' lonj. E.

I. FAICOU (occidental), encontrada por Lutke en 1828. Es un islote bajo y selvoso, de doscientas toesas á lo sumo de estension con un rompiente de unas cinco millas de estension, situado á los 8° 6' lat. N. y á los 144° 32' lonj. E.

I. SATERVAL, descubierta en 1797 por Wilson que la denominó *Tucker*, y reconocida en 1824 por Duperrey y en 1828 por Lutke. Esta isleta es baja y habitada, tiene una dos millas de circuito, y sus habitantes son navegantes atrevidos que casi todos los años hacen una excursion á Gouaham. Está situada á los 7° 22' lat. N. y á los 144° 45' lonj. E.

I. NAMOUREK, vistas en 1797 por Wilson que las denominó con las siguientes, *islas Suede*, y reconocidas en 1828 por Lutke que le parecieron las islas *Lamurek* ó *Lamoret* de diversos navegantes y de las antiguas relaciones de los misioneros. Estas si se quiere islas, no son mas que una cadena de rompientes de seis millas de longitud, con tres islotes muy pequeños, bajos, selvosos y poblados, cuya punta S. E. está situada á los 7° 30' lat. N. y á los 144° 10' lonj. E.

I. ELET, que forman parte de las islas *Sred* de Wilson en 1797, y reconocidas en 1828 por Lutke. Es una cadena de rompientes de seis ó siete millas de estension, que contiene siete islotes bajos, selvosos y poblados. Su punta S. está situada á los 7° 26' lat. N. y á los 144' lonj. E.

I. FARROILEP, descubiertas en 1817 y denominadas entonces *Gardner*, y exploradas por Lutke en 1828. Este grupo tiene tres ó cuatro millas de circuito, compónese de cuatro islotes bajos y arbolados, y está situado á los 7° 25' lat. N. y á los 142° 12' lonj. E.

I. YOUTI, *Ulce* de Cantova, *Gubai* de Torres, muy conocido de los misioneros desde principios del último siglo por las relaciones de los naturales. Sin embargo el primero que la vió sin conocer su verdadero nombre fué Wilson en 1797 y la denominó las *Trece Islas*. Luis de Torres de Gouaham la visitó en 1804 á bordo del buque *María*. Finalmente Lutke la ha explorado circunstanciadamente en marzo de 1828, y escribe su nombre *Oulleay*. Es una cadena de doce millas de circunferencia conteniendo unos veinte islotes muy pequeños, bajos y arbolados. Los principales son *Raoure*, *Bahaou*, *Oulleay*, *Tagoilap*, *Sakape* y *Oulemaray*. Kadou, de quien hemos hecho mencion., era de este último islote, y su caudillo, que lo era tambien del grupo entero, se apellidaba Toua, cuyo jefe hizo un viaje al rededor de Gouaham en 1807. La punta E. está situada á los 7° 24' lat. N. y á los 141° 40' lonj. E.

I. AURUPIG, segun el mapa de Arrowsmith, descubiertas en 1791 visitadas por Saliz en 1826, y reconocidas por Lutke en 1828. Son tres islotes bajos muy pequeños, situados á los 6° 40' lat. N. y á los 140° 59' lonj. E.

I. PHILLIP. Compónese de dos isletas descubiertas por el capitán Hunter en 1791; *Serol* del mapa de Lutke. Están situadas á los 8° 6' lat. N. y á los 138° 34' lonj. E.

I. SONSEROL. Dos isletas descubiertas en 1710 por el Español Padilla, capitán del *Santa Trinidad*, y denominadas *Sanserol* por los habitantes de Pelew. La isla del mediodía es la mas considerable, y está separada de la otra por un canal de dos millas y situada á los 5° 20' lat. N. y á los 129° 54' lonj. E. Los naturales la llaman *Kodokopouki*.

Dos misioneros españoles que montaban el navío de Padilla para ir á predicar el evangelio á los habitantes de Sonserol, hicieron una tentativa explicada en los siguientes términos en las *Cartas edificantes*, por José Somera, uno de los oficiales del *Santa Trinidad*:

«El navío en que nos embarcámos para ir á descubrir las islas *Palao*s, se llamaba la *Santísima Trinidad*, y su tripulacion era de ochenta y seis hombres. Lo mandaba el sarjento mayor D. Francisco Padilla, y llevaba consigo á los misioneros jesuitas, el P. Duberon y el P. Cortil con el hermano Estévan Baudon, que iban á predicar la fé á los isleños.

«El dia 14 de noviembre de 1710 salí de las islas Filipinas haciendo rumbo hácia las *Palao*s, estimándolas entonces en 13° 9' lat. y 144° 22' lonj.

«Navegué quince dias enteros, como se nota en el mapa, y el dia 30 de noviembre avistámos tierra, que estaba al N. E. tres grados N. como á tres leguas de distancia, habiendo ob-

servado la variacion de cuatro á cinco grados N. E. en este rumbo. Revirámos á bordo para llegarnos de mas cerca, y descubrímos dos islas á las cuales el P. Duberon dió el nombre de las *Islas de San Andrés*, por celebrarse el mismo dia la fiesta de este grande apóstol.

«Arrimádonos á las islas, vimos un barco que venia hácia nosotros, y los isleños que habia en él daban voces de lejos, diciendo: *Mapia*, *Mapia*; esto es, *buenas jentes*. Un *Palao*s, que habia sido bautizado en Manila, y que habiamos traído con nosotros, se llegó á ellos y les habló. Al instante vinieron á bordo, y nos dijeron que esas islas se llamaban *Sonserol*, y que eran del número de las *Palao*s. Se mostraron muy satisfechos de estar con nosotros, y nos lo dieron á entender besándonos la mano y dándonos abrazos.

«Esta jente es bien hecha, de buen cuerpo, y robusta complexion. Andan desnudos, exceptuando que por la cintura se cubren de un pedazo de estera, ó junco. Sus cabellos son crespos y tienen muy poca barba. Para defenderse de las lluvias, llevan sobre los hombros una capa corta hecha de hilo de patata, y sobre la cabeza una especie de sombrero hecho de juncos, y en todo su borde prenden plumas de pájaros, todos derechos, y de punta. Se pasmaron al ver fumar á nuestros marineros, y mostraron hacer mucho caso del hierro. Cuando veían algun pedazo, lo miraban con ahinco, y sin cesar nos lo pedían.

«Por la tarde vinieron á nuestro bordo otros dos barcos, con ocho hombres cada uno. Al acercarse comenzaron á cantar, y llevaban el compás dando con las manos contra sus muslos. Luego que entraron en el navío lo midieron, juzgando que era un solo madero: otros contaron la tripulacion: nos trajeron cocos, pescados é yerbas. Están las islas y sus costas pobladas de árboles: sus barcos bien contruidos. Se sirven de velas latinas, y uno de sus lados está sostenido de un contrapeso que impide que se vuelque.

«Les preguntámos á que viento quedaba la principal de sus islas, á la cual llaman *Pandog*, y nos señalaron al N. N. E.: añadieron que al S. 1/4 S. O. y al S. 1/4 S. E. habia tambien dos islas, la una llamada *Merieres*, y la otra *Poulo*.

«Habiéndonos arrimado á tierra, envié á mi segundo piloto con la sonda para buscar paraje donde echar el ancla. Luego que la chalupa llegó á un cuarto de legua de la isla, la vinieron al encuentro dos barcos con muchos isleños á bordo. Uno de estos, viendo un sable, lo tomó; lo miró con atencion, y arrojándose al mar se lo llevó. No pudo el piloto hallar fondo propio para anclar, por ser todo de roca y ha-

ber mucha profundidad. Luego que volvió, á las tres de la tarde envió á otro al mismo fin. Llegó á la orilla misma, y, como el segundo piloto, balló en todas partes el gran fondo de roca, y ningun paraje á propósito para echar ancla.

« En todo este tiempo me mantuve á la capa contra la corriente, que con lijereza me llevaba al S. E. Entonces los isleños, que estaban á nuestro bordo, tomaron sus barcos para volver á su isla. Quisieron los dos misioneros empeñar á uno de ellos á que se quedase, mas no hubo modo de persuadirselo. Habláronle por un buen rato de las verdades de la religion, y le hicieron pronunciar repetidas veces los nombres de Jesus y María: lo que hizo con mucho afecto. Se le hicieron varias preguntas sobre la magnitud de la isla y el número de sus habitantes. Respondió que tenia como dos leguas y media de circuito, y que habria en ella como ochocientas personas, que vivian de yerbas, cocos y pescados. A mediodía observé la altura del sol, y lo hallé como á 5° 16' de latitud septentrional y se halló el salir el sol, que la variacion era de 5° N. E.

Nos engolfaron con precipitacion las corrientes hácia el S. E., de manera que nos pudimos acercarnos á tierra hasta el dia cuarto á las seis de la mañana. Nos vimos entonces á la embocadura de las dos islas: envié la chalupa á buscar donde anclar, pero en vano. Volvió á las cuatro de la tarde con la noticia que en todas partes el fondo era de roca, y que no se podia echar ancla.

Despues de haber reconocido Pandlog, regresó Padilla á las islas Sonsorol para informarse de la suerte de los misioneros; pero pasó tres dias en crucero al rededor del grupo sin ver piragua alguna; y al fin tuvo que alejarse, merced á un furioso viento que se levantó. Al año siguiente el P. Serrano partió para ir á socorrer á los PP. Dubaron y Cortil; pero al tercer dia de navegacion una violenta tempestad estrelló su buque, de la que soto escaparon dos Indios y un Español que llevaron la noticia á Manila. Algun tiempo despues pasó á poca distancia de Palaos un buque español que armó contiendas, y se llevó algunos cautivos á Manila. « Allí, dice el P. Carier, que es el que da estas últimas noticias, les hicieron algunas preguntas por medio de señas sobre el paradero de los dos PP. que se habian quedado en sus islas, á lo que contestaron igualmente con señas dando á entender que sus compatriotas se los habian comido. »

I. POULO-ANNA, descubierta en 1761 por el navio *Carnadon*; vista á 12 de octubre de 1767 por Carteret que la apellidó *isla de la Corriente*, en 1769 por el buque *Ponsonby*, y en 1785 por el *True-Briton*. Esta isleta es

baja y selvosa y está situada á los 4° 38' lat. N. y á los 129° 41' lonj. E.

I. POULO-MARIERE, encontrada en 1781 por el *Montrose*. Esta isleta es habitada, tiene dos millas de N. á S. sobre una de anchura, y está situada á los 4° 20' lat. N. y á los 170° 8' lonj. E.

I. NEVIL, descubierta en 1781 por el buque *Montrose* que le impuso este nombre, y vista en 1782 por el navio *Lorsh North* que la denominó *North*, en 1788 por Douglas, capitan de la *Ifjenia* que la apellidó *Johnston*. Esta isla probablemente es idéntica con la isla *Evening* vista por Carteret á 16 de setiembre de 1767: es baja, de tres millas de circuito con un arrecife en su punta E., y está situada á los 3° 3' lat. N. y á los 129° 44' lonj. E.

Damos fin á esta larga nomenclatura por el grupo siguiente que pertenece tambien á la Micronesia.

I. GUEDES, descubiertas en 1537 por Grijalva y Albaredo, encontradas en 1767 por Carteret que las denominó islas *Joseph Freewill*; vistas en 1788 por Meares, despues por MacLuer, en seguida por el capitan William del *Thames*, y por fin por Horburgh que determinó escactamente su posicion. Barclai fondeó en ellas en 1805 y contó cuatro bien pobladas. Son bajas, cubiertas de corpulentos cocos, tienen catorce millas de N. á S. y cinco de E. á O., é igualmente han recibido el nombre de islas *San David*. Estas islas ofrecen una circunstancia notable, y es que apesar de su proximidad á la Nueva Guinea habitada por la raza negra, son ocupadas por hombres de color amarillo, circunstancia que las hace dignas de toda la atencion de los navegantes. Seria muy importante estudiar la lengua de estos isleños, porque suministra medios de descubrir si pertenecen á la gran familia polinesia, ó bien si corresponden á las pueblas malayas, ó si constituyen una de esas variedades anómalas que ocupan la Micronesia. Las islas Guedes están situadas á 0° 50' lat. N. y á los 132° 2' lonj. E.

CAPITULO XXIX.

TRAVESÍA. — PESCA DE BALLENAS. — ISLAS GALÁPAGOS. — JUAN FERNANDEZ. — CABO HORNO.

Durante su navegacion á través del archipiélago de las Carolinas, Pendleton habia meditado seriamente sobre el objeto principal de su viaje. Su peregrinacion de escala en escala, trayendo á cada una los objetos que eran de fácil venta para cargar de los artículos mas convenientes á un mercado vecino, sus diez campañas en una campaña, sus diez especulaciones en una especulacion, estaban terminadas ya.

Empezaba á fatigarle su crucero, y se sentía con deseos de regresar á su país para ver á su familia y sus hijos. Despues de su partida de Gouaham habia hecho á bordo todos los preparativos necesarios para dar nuevo principio á su oficio de ballenero: quedábale solamente un centenar de barriles para llenar, y estaba decidido á no entrar en el puerto de Nueva-Yorck con su *Océanico* medio lastrado. Antes hubiera ido á los polos para cargar de ballenas.

Sin embargo la fortuna no le fué harto protectora. Por espacio de quince dias recorrimos aquellos mares sin tener un encuentro feliz: apenas señalaron á lo lejos algunos ballenatos que ni siquiera merecian la pena de echar las embarcaciones al mar. « Estos parajes precisamente deben de haber sido embrujados, murmuraba el Americano, puesto que estamos en la buena latitud y en la época mas propicia. » Sin embargo, despues de tres semanas de infructuosas investigaciones, perdió la paciencia. « Vaya al diablo el crucero, exclamó; no parece sino que todas las ballenas han emigrado hácia el E. Vamos á ver, si Dios quiere, si las encontramos en Galápagos y en la costa de Chile. Si es preciso navegar hasta la Nueva Shetland, lo haremos: el *Océanico* no se volverá con los toneles vacíos. »

Tomada esta resolusion, Pendleton la puso en práctica. Soplaban entonces el monzon de O., navegó hácia el N. E. á fin de encontrar brisas declaradas fuera de la zona templada, corrió hasta poca distancia del continente americano, y dió la orden de velejar hácia el S. E. A 12 de octubre estábamos en frente de Galápagos, cuando se realizó la prevision del capitán: el *Océanico* se vió al momento rodeado de ballenas, y en un solo dia señalaban cuatro. « Manos á la obra, muchachos, dijo entonces el Americano: la pesca es segura. »

A estas palabras la tripulacion salió de su letargo: no parecia sino que aquella orden habia hecho vibrar una nueva cuerda. Cada marinero se abalanzaba á los harpones, y se disputaba el honor de la primera presa. El capitán intervino en la contienda y distribuyó su jente: armáronse los balleneros, y pasaron á su bordo los marineros mas atrevidos y diestros. Cada embarcacion iba tripulada por cinco individuos; pues como para combatir al monstruoso cetaceo no se necesitaban brazos inútiles, no se tuvieron en consideracion mis instancias, y me ví obligado á observar el espectáculo desde la cubierta.

La presa que se codiciaba era una enorme ballena que parecia dormir en el agua. Para un ojo algo rudo, el animal se asemejaba á una peña, por razon de ser tan inmóvil y parduzco, sin vida aparente ni forma precisa. Las embar-

caciones remaron vivamente hácia aquella masa; y en cuanto se vieron á algunas toesas de distancia, dirigióse el coclero á la proa del ballenero con la vista fija sobre su víctima, y no perdiendo uno solo de sus movimientos. El monstruo estaba tan sumamente quieto que parecia difunto, y hasta que se levantaron los remos no demostró la ballena por medio de una violenta sacudida que preveía el peligro.

Zambullóse profundamente; pero podia seguirse su marcha submarina por el remolino que causaba la mudanza del agua, y permanecer en su surco las embarcaciones. Al cabo de diez minutos volvió á aparecer con un espantoso ruido, y asomando sobre el nivel del agua su cabeza cubierta de insectos marinos, lanzó por sus narices á una altura de veinte á treinta pies dos inmensos surtidores de agua salada. En su graciosa curva, esas dos cascadas se matizaban con todos los colores del prisma solar, y ostentaron en el mar uno de los mas bellos arcos-iris que puedan verse. Su espectáculo era de una magnificencia y de un brillo infinitos.

Despues de tres ó cuatro somorgujos semejantes, las embarcaciones llegaron á su alcance. « Levántense! » dijo el oficial, y al momento se levantaron todos, siendo los harponeros los primeros en verificarlo blandiendo su arma. « Manos á la obra! » añadió el oficial, y lanzaron el harpon con tanta fuerza que todo el hiervo desapareció en el cuerpo del animal. Sintiéndose herida, la ballena permaneció un instante como entorpecida; pero poco despues, vencida por el dolor de una primera herida, empezó á rodar por el agua levantando su enorme cabeza, cual para buscar á su enemigo, batiendo la superficie del mar con sus aletas, ó sumerjiéndose de nuevo sin manifestar mas que su vasta cola oscilante. Concedido este primer momento á la angustia de una sorpresa, desapareció y continuó su curso irregular y desatinado: no parecia sino que pretendia huir su propia herida.

Entretanto la embarcacion no apartó la vista de su presa, hasta que el harpon, amarrado al áncora por medio de una sogá, se pegó á la ballena. En consecuencia se veía á aquel barco deslizarse por el agua formando eses como una saeta, sin descubrir el motor que lo impelia. Era tan rápida su marcha que la tripulacion se hallaba á punto de perder el aliento, y el menor movimiento era suficiente para hacer zozobrar la frágil barquilla.

Sin embargo no podía ser eterna la fuga del cetaceo. Con efecto, hubo un momento en que se detuvo y remontó de nuevo sobre el agua para ver en que consistia el peligro, presentándose mas débil y mas vulnerable que la vez primera. Como el harponero estaba ya preparado para el golpe decisivo, le asestó el tiro

y le hirió diestramente en la aleta: golpe verdaderamente mortal. « Hourah ! » exclamó la tripulación. El animal se sintió perdido: zambullíase nuevamente, precipitándose con furor á las profundidades del Océano, torciéndose en todos sentidos, tomó cien direcciones opuestas, ya horizontales, ya verticales, ya espirales. Sus huellas se reconocían ya con mas facilidad, el agua estaba ensangrentada; y cuando asomó á la superficie del mar, rendido y moribundo, sopló sangre en lugar de agua salada. Los balleneros se vieron inundados de ella: el mar era inorispado bajo aquella cola enorme cual si fuese conmovido por una súbita marea. A media legua de distancia oíamos el estruendo de aquellas angustias y aquel estertor de muerte. Tres veces no interrumpidas se zambullió el cetaceo y emprendió la fuga, pero otras tantas se fueron sensiblemente agravando sus heridas; y en cuanto le abandonaron la vida y la fuerza, apareció en la superficie del agua como una mole inerte mostrando, en vez de su lomo parduzco, su vientre con las manchas blancas que reflejaban los rayos del sol y formaban el mas vivo contraste con aquel mar del todo ensangrentado. Estaba terminado ya el duelo entre la embarcación y la víctima, á la que trajeron á bordo, donde la descuartizaron el propio día.

Como las calderas de abordó estaban ya dispuestas, derritióse el aceite y con él llenaron los toneles vacíos. Los días siguientes se cogieron cuatro ballenas, cuya carne fué suficiente para atestar la quilla del *Océánico*: nunca por cierto habia regresado este buque con tan bello cargamento. Entretanto interrogué á Pendleton sobre ese comercio y sus ventajas.

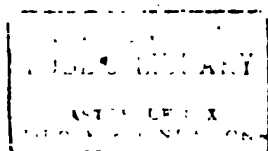
« En otro tiempo, me dijo, la pesca de la ballena era un objeto de muy poca importancia y aun de cortísimo provecho: así es que apenas salían algunos armamentos de Spitzberg ó de la Groenlandia, patria de las ballenas francas. Poco despues, acometidos por un grandísimo número de pescadores y enfuriados, esos cetaceos emigraron á los hielos polares donde fué muy difícil alcanzarlos. Desde entonces, en vez de ir á buscar á través de cien peligros los mas corpulentos de esos animales, prófugos meraderes de los hielos, pensóse en perseguir á los que se presentan en los climas mas templados, desde los 60° hasta los 10° de latitud, en uno y otro hemisferio terrestre, y aun á veces bajo el ecuador. En consecuencia salían varios armamentos para pescar en el Canadá y en los bancos de Terranova, en las costas de la América occidental, junto á las islas Alcutianas, en la costa del Japon y de Corea, en los archipiélagos de las Carolinas y de las Marianas, en el Sur, en toda la superficie del Océano Pacifico y en una parte considerable del Océano Atlántico y en los

parajes situados al O. del cabo de Buena Esperanza, como las islas Tristan d'Acunha, las costas del Brasil y de la Patagonia, las islas Malvinas, la isla Mocha, las costas de Chile, los Galápagos, Madagascar, Guinea, etc.

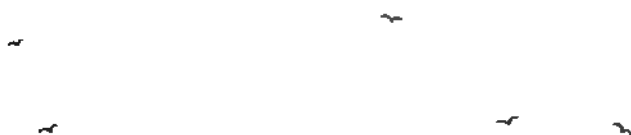
« Desde que se practica la pesca en todos los mares del globo, el número de los balleneros se ha acrecentado considerablemente. La Union despacha de ellos para donde quiera; la Inglaterra hace lo mismo; la Francia ha hecho tambien algunas tentativas afortunadas en los mares del Sur, y no cabe duda que con el tiempo llegará á rivalizar con los comerciantes de la Union: en vez de treinta pescadores tendrá doscientos como nosotros. El aceite de ballena es un producto preciosísimo, no muy difícil de adquirir y facilísimo de vender. »

Mientras disfrutaba yo del espectáculo de aquella curiosísima venta, habian desaparecido de nuestra vista una multitud de islas. El *Océánico* habia costado las islas Galápagos, grupo descuberto por los primeros navegantes españoles, pero reconocido detenidamente por el inglés Wood Rogers á quien estaba subordinado el célebre Dampier. Wood Rogers fondeó en una de aquellas islas sin poder hallar el mas insignificante manantial de agua dulce, no obstante haberse internado á tres ó cuatro millas de distancia de las costas. En su concepto esa isla es seca y árida, atestada de guijarros semejantes al cagafierro, y cubierta de una arena que cede bajo los pies del caminante á modo de cenizas. Estos signos manifiestan con evidencia una formación volcánica reciente. Una de las islas vecinas, llamada Santa Maria de la Aguada, contiene, segun indica su mismo nombre, muchos manantiales, maderas de construcción y una rada muy segura.

La particularidad mas característica de este grupo es la abundancia de galápagos. Los mas gruesos no pesan mas que cien libras, pero se encuentran otros que pesan hasta cuatrocientos. Los huevos de los primeros son á poca diferencia del tamaño de un huevo de oca: son blancos, redondos y cubiertos de una espesa cáscara. Nada es mas horrible á la vista y al tacto que esos monstruosos animales. Su concha es casi negra como el asabache, y su piel escabrosa y arrugada. Su cuello es largo como las piernas, del grueso de una muñeca, sus pies tuerfos y macizos como los de un pachiderme, con cinco uñas gruesas en los pies delanteros y cuatro en los traseros, la sábeza pequeña, el hocico puntiagudo como la cabeza de una serpiente, negro y cubierto de arrugas. Rogers vió tambien en los galápagos un gran número de serpientes de agua, aves marinas y terrestres, como tórtolas y halcones, gusanos y focas cuyo furro es muy superior al de las focas de Juan Fernandez.



3. Campamento de las tiendas de Anson, en Juan Fernandez.
 3 Puesto de las tiendas de Anson en Juan Fernandez



4. Vista de los hornos de azufre desde una distancia de unos cuantos metros.
 4 Vista de los hornos visto desde una distancia de unos cuantos metros. 7 u 8 - 184. LXVI

En breve descubrimos esta isla, Juan Fernandez, célebre en Europa por las aventuras del marinero Selkirk, tipo primordial del Robinson Crusó. Descubierta por los primeros aventureros españoles, Juan Fernandez solo fué explorada realmente por Wood Rogers y por Anson. El primero recojió á 1° de febrero de 1709 al marinero Selkirk abandonado desde cuatro años en aquella tierra desierta. Encontrólo vestido de piel de cabra y tan selvático como estos animales. Este hombre era natural del condado de Fife en Escocia: habíale dejado solo en aquella tierra con sus vestidos, su cama, un fusil, algunas libras de pólvora, balas, tabaco, un hacha, un cuchillo, un caldero, una biblia, algunas obras de piedad y varios instrumentos de marina. Al principio estaba triste y melancólico, pero por fin se resignó á su estado. Construyó dos cabañas con ramas de árboles á cierta distancia una de otra y las cubrió de una especie de junco forrándolas con pieles de cabra que mataba á medida que tenia necesidad. Procuróse fuego por medio de la pólvora, pero despues se ejerció á sacarlo con dos pedazos de madera de pimientó que frotaba sobre su rodilla uno contra otro. La mas pequeña de sus chozas le servia de cocina, pero dormia, oraba y trabajaba en la mas grande. La madera de pimientó le servia de lumbre y de combustible; no le faltaba pescado, pero como tenia que comerlo sin sal, se sentia atacado de síntomas disintéricos. Su alimento se componia casi esclusivamente de cangrejos de rio de un gusto esquisito y de cabras cuya carne era excelente. En los primeros tiempos de su llegada daba caza á esos animales con su pólvora y sus municiones; mas cuando le faltó este recurso se ejerció en la carrera hasta alcanzarlas en la cima de los mas empinados riscos y las perseguia de precipicio en precipicio (PL. LXVI. — 1). Esta caza era para él una verdadera distraccion; muchas veces corria en pos de las cabras, y despues de haberlas cojido tenia el gusto de soltarlas, marcándolas antes en la oreja. Queriendo Rogers poner á prueba su agilidad, Selkirk ejecutó su caza en presencia de él, mostrándose mas rápido que los mejores perros, y trayendo en sus espaldas la presa que acababa de alcanzar en la carrera. Sin embargo poco faltó para que una de esas capturas le fuese funesta. Con efecto, mientras perseguia á uno de aquellos animales no echó de ver una cima ocultada por una maleza, y rodó con su presa á una grande profundidad. Cuando recibió sus sentidos halló la cabra muerta á su lado.

Aunque cocia sus alimentos sin sal, acabó por habituarse á pasar sin ella. La isla producía nabos sembrados sin duda por otros Europeos, y excelentes palmas de palmitos que sazo-

naba con pimienta. Sus zapatos y sus vestidos se habian destrozado completamente en sus correrías silvestres; pero en breve se habituó á caminar con los pies desnudos; en cuanto á los vestidos, consiguió hacerse un gorro y una casaca con pieles de cabra y se los cosió con pequeñas correas con el auxilio de un clavo que le servia de aguja. Deseando procurarse una distraccion, educó algunos gatos y cabritos enseñándoles á bailar y jugar con él. Sus enemigos mas crueles eran los ratones, que durante su sueño iban á roerle hasta sus pies: así que, para desembarazarse de ellos educó algunos gatos monteses alimentándolos con carne de cabra. Cuando Rogers lo acogió á bordo habia perdido de tal suerte el hábito de hablar, que solo sabia producir sonidos casi ininteligibles. Negóse á tomar el aguardiente que le ofrecian y pasó dos semanas sin poder gustar la comida aderezada á la europea. La escuadra partió cuanto antes, y el capitán inglés se llevó á Selkirk en clase de contramaestre. Rogers no abandonó la isla sin explorar su interior; pero treinta años despues Anson nos suministró relativamente á la misma documentos mas completos.

Despues de haber sufrido mucho á la altura del cabo Horno, apareció Anson á la vista de Juan Fernandez á 9 de junio de 1741 con tripulaciones diezmadadas por el escorbuto. Ancló en la bahía Cumberland abrigada contra los vientos del Sur (PL. LXVI. — 2); y algunos dias despues estableció en tierra un campamento donde los enfermos pudieron desembarcar y restablecerse. Era en un agradable llano en medio de una floresta, á media milla de distancia del mar, situado en la pendiente de una colina (PL. LXVI. — 3). Delante de su tienda habia una ancha avenida que conducia hasta el mar á través de los bosques. La bahía con sus buques surtos en ella formaba la parte delantera del paisaje. A las espaldas habia un grupo de grandes mirtos semicircular, al paso que dos arroyos transparentes corrian bajo los árboles que flanqueaban el llano. En el último plan y como por contraste se dibujaban los picos salvajes de la isla. Despues de una recalada de tres meses en la isla, Anson continuó su crucero con sus tripulaciones del todo restablecidas y algunas provisiones frescas.

La isla Juan Fernandez, situada á los 33° 40' lat. S. y á 110 leguas de distancia de la costa de Chile, tiene este nombre de un Español que obtuvo su concesion y fundó en ella un establecimiento que en breve fué abandonado. Es una tierra de forma irregular; su mayor estension es entre cuatro y cinco leguas. El fondeadero está situado á la parte septentrional que raras veces está espuesta al soplo de los vientos. En la rada de la isla es formado por montañas frago-

sas y en algunos puntos inaccesibles, aunque en su mayor parte cubiertos de bosques. Su terreno es tan lijero y poco profundo, que muchos árboles caen y perecen á falta de raíces. Uno de los marineros de Anson sufrió por este motivo un fatal desastre; persiguiendo algunas cabras en las montañas, se asió de un árbol situado en una peligrosa pendiente, pero el árbol cedió ni mas ni menos que un segundo de que quiso colgarse, y el desgraciado se estrelló en el fondo de un precipicio. La parte meridional de Juan Fernandez es por lo contrario un país seco, pedregoso y desnudo de árboles, mas bajo y mas terso que el lado septentrional. Entre aquellas montañas, Anson observó algunas que afectaban las formas de los collados auríferos del Chile, y otras que contenian una tierra encarnada semejante al vermellon.

Los árboles que crecen en el N. de la isla son casi todos aromáticos. El mayor de todos esos vejetales es el mirlo, que remontándose á unos cuarenta pies de altura, es el único que puede suministrar madera de carpintería. La copa del mirlo es redonda y regular como la de un árbol que se hubiese podado. El pimiento es muy comun en Juan Fernandez, como tambien una multitud de plantas anticorbúticas, el berro acuátil, la verdolaga, la acedera silvestre y un prodijioso número de nabos y nabas de Sicilia. Las tripulaciones de Anson debieron la desaparicion del escorbuto al uso de esos vejetales, igualmente que al de la carne y pescado de la isla.

Las montañas no tenian mas que bosques de encumbrados árboles, bajo los cuales no habia ninguna maleza que incomodase el paso; por cuyo motivo podia penetrarse sin dificultad y sin peligro hasta el interior para gozar de los mágicos paisajes que ofrecia á la vista. A cada momento y tras una cortina de árboles verdes y frondosos se desarrollaba un gracioso valle regado por arroyos que se despeñaban en cascadas. Esos valles circuidos de picos fragosos y elevados, entrecortados de sotillos de bosques odoríferos, animados por el gorjeo de los pájaros y por el murmullo de las cascadas: parecian otros tantos Edenes solitarios donde el hombre podia vivir tranquilamente sin la menor zozobra por las necesidades á que la naturaleza habia subvenido. Al ver aquellos sitios agrestes concebíase fácilmente cuantos recursos y consuelos podia encontrar un hombre solitario en aquella tierra desierta. El solo aspecto del paisaje explicaba completamente á Selkirk ó á Robinson.

Lo que anima igualmente aquel paisaje es la multitud de cabras que se encuentran. Apesar del enorme número de las mismas que habia consumido Selkirk, treinta y dos años des-

pues Anson encontró un número bastante considerable. La primera cabra muerta por los marineros ingleses llevaba en la oreja la señal que acostumbraba Selkirk hacer á las que soltaba despues de haberlas cojido. El número de esos animales se hallaba entonces disminuído considerablemente en virtud de una destruccion jeneral intentada por los Españoles que descaban arrebatar este recurso á los acecinadores y forbantes sus enemigos; para lo cual habian soltado cierto número de perros que pulularan despues de un modo prodijioso. A virtud de esta medida pronto quedaba solamente en la isla un cortísimo número de cabras que andaban reunidas, y se refugiaban en las cumbres menos accesibles. Cierta dia presenció Anson los preparativos de un combate entre los dos enemigos. Mientras se dirijia á la bahía oriental á bordo de una chalupa, descubrió algunos perros ventores, y deseando saber de que res seguian el viento, detúvose para ecsaminar su maniobra. Los perros treparon hácia una altura donde se veía una manada de cabras que en vez de huir aguardaban al enemigo á pie firme. Hallábase en aquel punto un estrecho sendero orillado á ambos lados de precipicios: dispusiéronse las cabras á recibir á sus contrarios cual verdaderos Espartanos, y el Leónidas del rebaño alineó sus cuernos de suerte que pudiesen oponer una especie de caballos de frisa al enemigo. Hasta la cabeza del desfiladero, los perros habian corrido cual si estuviesen seguros de su ralea; pero en cuanto vieron aquel frente impenetrable de cuernos, se sintieron sobrecojidos de un temblor convulsivo; desistieron de su proyecto y renunciaron á la caza. Estaban tan hambrientos aquellos perros cuando Anson hizo escala en la isla, que por la noche iban á robarle las provisiones, y aun llegaron cierto dia á acometer á un hombre aislado. Como la isla ofrece muy pocos recursos, juzgó Anson que se alimentaban de pescado y sobretudo de bueyes marinos. Las tripulaciones inglesas en medio de la carestía de cabras comieron tambien de este anfibio, que al fin les pareció muy sabroso.

Ademas del buey marino, encuéntrase á menudo en Juan Fernandez el leon marino de que el comodoro inglés hace una descripcion circunstanciada, y cuya carne comian los marineros dándole por chanza el nombre de buey. El leon marino tiene unos doce á veinte pies de largo y de ocho á quince de circunferencia. Su gordura es tal, que despues de haberle hecho una incision en la piel, que tiene cosa de una pulgada de espesor, se encuentra almenos un pie de grasa antes de llegar á la carne ó á los huesos. Los mas gruesos de aquellos anfibios suministraban hasta quinientas pintas de aceite. Son muy sanguineos, de suerte que de cada herida

que se les hace fluye como una fuente de sangre. La piel de los leones marinos está cubierta de un pelo corto, de color atabacado; pero sus aletas y sus colas que les sirven de pies cuando se arrastran por tierra son negruzcas. Las estremidades de sus aletas son algo semejantes á dedos provistos de uñas y reunidos por una membrana parda y lisa. Los machos tienen una especie de trompa gruesa que les cuelga de la mandíbula superior; pero las hembras no tienen este apéndice. Estos animales son verdaderos anfibios, pues pasan todo el estío en el mar y todo el invierno en tierra, en cuya última estación las hembras paren. Las cachilladas son de dos hijos á la vez, los cuales sin el menor temor son alimentados por la madre. Mientras permanecen en tierra, los leones marinos viven de la yerba que crece á la márjen de las corrientes; y el tiempo que no pacen, lo emplean en dormir en el cieno. Cuando han engordado procuran colocar centinelas que les advierten del menor peligro. Cuando se acercan al sitio en que habitan en manadas juntas, las postas prolieren un gruñido sordo ó agudo, y á esta señal toda la familia se desliza al mar y desaparece en sus profundidades. Muchas veces los han sorprendido batjéndose mutuamente y parece que comunmente el gran blanco de sus batallas son las hembras. Los compañeros de Anson mataron un gran número comiéndose el corazon y la lengua como pedazos muy delicados. A veces estos animales se defienden contra los mismos hombres: un mariuero ocupado en desollar un jóven leon marino fué sorprendido por la madre del animal, la que se arrojó sobre él y le hizo pedazos la cabeza en su boca, de cuyas resultas el marinero murió. Tal es lo que nos dice Anson acerca del leon marino. Quizás no es inútil añadir que esta relacion pertenece á la historia natural antigua. Actualmente todas las especies que habian recibido diferentes nombres de los antiguos navegantes, como leon marino, buey marino, hipopótamo, etc., son clasificados bajo la denominacion jeneral de focas.

Anson solo vió en la isla, por lo que á las aves hace, algunos halcones, mirlas, buhos y colibríes. En cambio sus jentes cogieron una gran cantidad de pescado, bacalaos de un tamaño prodijoso, grandes doradas, ángeles marinos, caballeros, peces plateados, como tambien cangrios de una especie particular. Como la playa estaba erizada de rocas y de guijarros, era muy difícil tirar el buitron, pero se pescaban con el anzuelo. Los cangrejos de mar eran los mas sabrosos del mundo, y eran tan numerosos, que con frecuencia los atravesaban con el garabato cuando se acercaban á la chalupa.

Los viajeros españoles, que conocian desde mucho tiempo Juan Fernandez, habian habla-

do de dos islas, la grande y la pequeña. Anson habia fondeado en la mas grande; mas en cuanto á la otra llamada *Mas-Afuera*, por razon de estar mas distante del continente, se vió que se ballaba á veinte y dos leguas S. O. El *Trial Sloop*, buque de Anson, reconoció en contraposicion á los relatos anteriores, que estaba cubierta de selvas y surcada de hermosísimos arroyos que se precipitan al mar. Encontróse en ella un ancladero poco seguro y sujeto á muchos inconvenientes. Mas-Afuera estaba mas poblada que Juan Fernandez de cabras mas tranquilas de lo que acostumbra ser este animal en estado silvestre.

Desde los Galápagos hasta Juan Fernandez, el *Océánico* no pudo quejarse un solo momento de las brisas uniformes y suaves de esos parajes. Esta porcion de nuestra travesía habia sido marcada únicamente por algunas calmas y chubascos cortos y poco peligrosos; pero pasado el paralelo 40° comenzaron las borrascas tempestuosas que reinan en los parajes del cabo Horno durante una gran parte del año. Estos tiempos procelosos duraron mas de un mes con todos sus incidentes llenos de fatigas y de angustias, y cuando despues de haber costeadado aquella serie de islas que acompañan el gran continente americano por la parte del S., nos dirigimos al cabo Horno, nuestra tripulacion estaba rendida, estenuada y escorbútica en su mayor parte. Esta terrible enfermedad, resultado de los viajes largos, parece enconarse sobretudo contra los navíos que navegan hácia los polos. Las causas ordinarias del escorbuto son el uso escesivo de las salazones, las fatigas, las nieblas, la lluvia y los tiempos borrascosos. En su primer periodo el mal no es considerable, pues se ciñe á una lijera languidez, y deja al enfermo gran parte de sus facultades fisicas. Pero al llegar á cierto grado pasa á ser un afecto grave y mortal; en cuyo caso nada es mas irregular que los síntomas y caracteres del escorbuto, y parecen cebarse sobretudo en el órgano mas débil y enfermizo. Existe sin embargo una diagnóstica casi jeneral: en lo físico son unas grandes manchas lívidas en todo el cuerpo, las piernas hinchadas, las encías fétidas, una flojedad y una atonia completas: en lo moral una postracion de ánimo, cierta predisposicion á los mas estraños terrores, cierto disgusto de todo y ciertas ilusiones que excitan los dulces recuerdos del país natal. Ocho individuos del *Océánico* que habian sido acometidos con mas violencia que los otros, estaban tendidos en sus catres, y los otros continuaban su servicio con cierto desaliento. El mismo capitan, fuese trabajado interiormente por el mal, fuese que su corazon se estrechase á vista de tantas miserias, no tenia ya la misma calma ni la misma serenidad: por

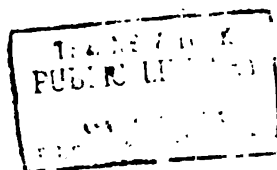
cuyo motivo guardaba un sombrío silencio. A 25 de diciembre, cuando montámos el cabo Pilar, boca occidental del estrecho Magallanes, me estrechó la mano y me dijo: « Si encontramos el S. E. á la altura del cabo Horno, estamos perdidos. Solo nos quedan ya algunos hombres válidos. »

Afortunadamente nos fué mejor. El viento O., variable de N. á S., nos protejió á lo largo de la cadena de las islas americanas, y cuando despues pasó al N. E. en medio de un súbito chubasco, nos hallábamos en frente del cabo Horno, esa estremidad de un gran continente, tierra inmensa terminada por una isla alta, redonda y escarpada (PL. LXVI. — 4). El capitán Hall describe este cabo como una roca negra, elevada, encumbrando majestuosamente sobre el nivel de las vecinas tierras su pelado cúspide, y manifestándose á lo lejos á las embarcaciones por su grandeza lúgubre y solitaria. Esta pintura, fuerza es decirlo, es sobrado poética, porque el cabo Horno no ofrece otro aspecto que el de muchos promontorios europeos.

El mismo viento del N. E. que acababa de sorprendernos en frente del cabo Horno, habia encrespado el mar, que nos obligó á mantener la capa con un foque y un tendal. Era tan fuerte la cabezada, que muchos de nuestros marineros salieron heridos de gravedad. No podíamos permanecer de pie en la cubierta sin buscar el punto de apoyo de una maroma. Por cinco veces no interrumpidas caí en tierra por haber querido abstenerme de semejante auxilio. Tal ora el estado de los negocios, cuando resonó un grito de alarma: « Un hombre en el mar! » gritaron desde la proa. Con efecto, un marinero que habia querido desempeñar una maniobra en el bauprés acababa de ser arrebatado por las olas. El mar estaba terrible, y de consiguiente era muy peligroso salvar aquel desgraciado; pero Pendleton no pudo dejar de hacerlo. A este objeto arrojó una boya y botó al mar un ballenero, al propio tiempo que el buque se orientaba para recoger el náufrago y cuantos se esponian á salvarle (PL. LXVII. — 2). Es imposible dar cuenta de aquella hora terrible á quien no la ha experimentado. Aquella embarcacion, aquel hombre cuyos gritos se sobreponian al estruendo de la tempestad, aquel buque traqueado sobre el agua y observando como una madre inquieta á sus hijos en peligro; el viento, la lluvia, el granizo que complicaban aquella escena horrificca, todo concurría á anublar el alma y atestarla de espanto y confusion. No quiso el cielo hacer inútiles tantos sacrificios. La embarcacion pudo alcanzar al desgraciado marinero casi desmayado, y á fuerza de viradores se volvió hácia el buque. El capitán casi lloraba; arrojóse al cuello del jefe de los gondoleros y le

abrazó. En seguida, como el tiempo era peligroso, cada uno recobró silenciosamente su puesto: los vientos eran contrarios; pero Pendleton sabia muy bien lo que podia esperar de las corrientes que nos hacian andar mas de cinco millas por hora hácia el N. O. Al dia siguiente costéabamos la *Tierra de los Estados*, apesar del tiempo contrario. Como entonces nos hallábamos á los 55° de latitud, es decir, por el mismo clima que el Báltico y la Noruega, tenemos tiempos cálidos y casi sufocantes. Es verdad que era el estío de aquellos parajes; pero tambien lo es que en el invierno no son tan rigurosos los frios como jeneralmente se cree. Apenas se ven escarchas como en las zonas templadas de la Francia y de la Alemania. El carácter meteorológico mas notable de esa inmensa punta de tierra es una constante alternativa de lluvia y de viento, y á veces una espantosa combiacion de uno y otro. Las tempestades de S. O. y de N. O., los chubascos mezclados de torbellinos, las súbitas variaciones de la inconstante brisa, parecen atestiguar la lucha que se dan en aquel punto las grandes corrientes de aire comprimidas en el interior del continente por los grandiosos Andes y las gigantescas cordilleras. El mismo fenómeno se reproduce en el Cabo de Buena Esperanza, y por una coincidencia singular, las corrientes impelen allí hácia el Atlántico del E. al O., al paso que las del cabo Horno se dirijen del O. al E.

Estábamos á la sazón en la punta N. O. de la Tierra de los Estados impelidos por el agua que hacia hebras cual si hubiese sufrido el efecto de una marea. La isla de los Estados tiene unas treinta y cuatro millas de longitud de E. á O., al paso que su mayor anchura es de nueve millas. En ciertos puntos es escotada por espaciosas bahías que parecen seguir la misma direccion de las colinas interiores situadas en frente una de otra al N. y al S., de manera que en algunos sitios están separadas solamente por novecientos pies de tierra. Así es que la isla, en su forma muy irregular, proyecta por acá y acullá masas de rocas que se hallan sobre el mar. La Tierra de los Estados es separada de la Tierra de Fuego por el estrecho de Lemaire, paso peligroso para las embarcaciones. La direccion de las montañas que la cubren va del S. S. E. á N. N. O. sobre una altura que varía de 600 á 2.000 pies. Muchas de aquellas cumbres presentan un aspecto grandioso é imponente. Un líquen escarlata que tapiza sus escarpadas colinas recorta el verde subido de las vertientes menos abruptas. El territorio de la isla es quebrado de barrancos, y su capa superior es compuesta únicamente de restos vejetales que sustentan una gran profusion de musgo y de helechos. La isla contiene algunos lagos interiores, y el árbol que domina



en sus cumbres es el haya. Encuéntrase en ella pocos animales, y en sus playas abunda únicamente la foca que atrae á veces á los pescadores. En esto la tierra de los Estados no difiere de las islas Malvinas, que sustentan igualmente focas y pájaros-bobos.

CAPITULO XXX.

ISLAS MALVINAS.

El *Océánico*, precisado á hacer frente á los vientos de E., se halló en breve á la altura del grupo de las Malvinas que los Ingleses designan en sus mapas bajo el nombre de *Islas Falkland*. A 25 de enero llegamos á su vista. Las Malvinas son casi una tierra francesa, célebre en el siglo último por una tentativa desgraciada de colonización, mas funestamente célebre en el siglo actual por el naufragio de la *Urania*, que su comandante M. Freycinet volvía á Francia después de un largo viaje al rededor del mundo.

El descubrimiento de las Malvinas puede atribuirse á Américo Vespucio, que en 1502 recorrió su parte septentrional, tomándola, no por una isla, sino por un largo promontorio del continente americano. Davis y Cavendish las examinaron en 1692, y en algunos mapas de aquel tiempo figuran bajo el nombre de *Islas meridionales de Davis*. En seguida apareció Strong y las apellidó *Falkland*. Beauchesne Gouin averiguó en 1700 que eran un grupo compuesto de una gran- de isla flanqueada por dos islotes. Richard Hawkins las describió igualmente asegurando que estaban pobladas, bien que este hecho no ha sido corroborado; por último un buque de San-Malo, llamado el *San Luis*, fondeó en ellas é hizo aguada sin cuidarse de reconocerlas. Bougainville acometió entonces la empresa de colonizarlas, persuadido de que su situación podía ofrecer un excelente punto de recalo á las embarcaciones que pasasen por el cabo Horno de ida ó de vuelta de los mares del Sur. A principios de 1763, auxiliado por dos de sus parientes que se empeñaron por él con la corte de Francia, propuso establecer en ese punto á sus propias expensas una colonia, y autorizado competentemente partió de San-Malo á 15 de setiembre con la *Esfinje*, y el *Águila*, llevando consigo muchas familias del Canadá, compuestas de hombres laboriosos é inteligentes. Al aproximarse á la playa, Bougainville creyó de pronto, como Hawkins y Wood Rogers antes de él, que esas islas estaban cubiertas de bosques; mas lo que tomaba por tales no eran mas que grupos de juncos muy elevados. Las montañas del interior estaban atestadas de brezos.

A su desembarque, Bougainville no encontró ningún vestigio visible de una colonización in-

terior. Al contrario, todo anunciaba que el hombre nunca habia frecuentado aquellos sitios. Los animales habian conservado la familiaridad de los primeros dias de la creacion. Los pájaros se dejaban cojer á la mano; pero esto no duró mucho tiempo. Instaláronse del mejor modo posible; encendiése fuego con turba, vivieron de la caza y de la pesca, construyeron casas cubiertas de junco, y edificaron almacenes y un fortin en cuyo centro se elevó un pequeño obelisco. Actualmente se conservan bastante intactos los restos de aquellas fábricas (Pl. LXVII. —3). A 5 de abril de 1764 Bougainville tomó posesion de este grupo en nombre del rey de Francia, y soterró bajo los cimientos de los edificios una medalla conmemoratoria de aquel acontecimiento. Regresó á Francia, pero no olvidó los veinte y siete colonos que habia dejado en él bajo las órdenes de uno de sus primos-hermanos, M. de Nerville. Volvióse á las Malvinas á 5 de enero de 1765, dirijióse al estrecho de Magallanes para buscar un cargamento de madera de carpintería, de palizadas y de tiernos plantíos de árboles. Por esta época la colonia empezaba á desarrollarse: el comandante y el ordenador se habian hecho construir casas cómodas y con piedras; pero los otros habitantes se habian contentado con casas de césped. Contábanse tres almacenes así para los efectos públicos como para los de los particulares. La madera del estrecho habia servido para la armadura de aquellos diversos edificios, y construir dos goletas para el cabotaje. Al propio tiempo la colonia procuraba utilizar los recursos locales. El *Águila* trajo á Francia con un cargamento de aceite varias piezas de focas atabacadas. Las simientes llegadas de Europa habian surtido un éxito completo, y el número de los habitantes ascendia á 150. Desgraciadamente la emulacion inglesa atravesó cuanto antes los proyectos de Bougainville. El comodoro Byron vino á fundar en el puerto de Egmont situado en esas islas, un establecimiento rival; y al año siguiente la fragata el *Jason* amenazó el establecimiento con una invasion. Entrambas demostraciones quizá no hubieran surtido ningun resultado deplorable, y la colonia de las Malvinas hubiese continuado prosperando apesar de la Inglaterra, si la España no hubiese reclamado este grupo de la corte de Francia como perteneciente á su propiedad. Tratóse el negocio entre ambos gabinetes, y se acabó por ceder las Malvinas á los Españoles que nada debian hacer de ellas.

Desde aquella época este grupo ha sido una tierra comun adonde se dirijen los pescadores de focas de todas las naciones sin dejar vestigios de su paso. Pocas fueron las ocurrencias de algun momento que pasaron antes del naufragio de la

corbeta francesa la *Urania*, su capitán M. Freycinet.

De regreso de una larga navegación por los mares del Sur, la *Urania* había montado el cabo Horno en medio de una tempestad, y ya se hallaba á la altura de las islas Malvinas, sin que tuviese que superar ningún peligro real, surcando un mar mas terso y bajo cielos mas serenos. Era á 14 de febrero de 1820: soplabla la brisa con dulzura, y la *Urania* estaba buscando la entrada de la *Bahía de los Franceses*, en cuyas playas Bougainville había fundado su establecimiento, cuando repentinamente se sintió detenida en su carrera por las puntas de una roca. La sacudida que imprimió la roca al buque causó de pronto mas sorpresa que terror. Hallábanse á la sazón en frente del cabo Barra que forma la punta E. de la Bahía de los Franceses. En el acto de la sacudida se prorumpió en un grito jeneral: « A las bombas! á las bombas! » todos acudieron á ellas, pero ah! era sobrado ancha para curada la herida causada en el flanco de la corbeta. Entraba mas agua en su seno de la que las bombas hacían salir. Doce horas se pasaron de esta suerte, doce horas de trabajos y de angustias, al cabo de las cuales subió á la cubierta el maestro para anunciar que era preciso renunciar á una fatiga infructuosa. La quilla estaba llena de agua, la quilla iba á zozobrar. Quién lo creyera! Esta noticia fatal fué recibida por la tripulación con la sonrisa en los labios, y aun contestó á la francesa con pullas. En medio de la noche, cuando la tierra distaba aun muchas leguas, y perdida toda esperanza de salvación, los marinos reían y se divertían entre sí, narrando cuentos alegres sobre la muerte y complaciéndose con beber en la gran taza, vaciando en honor del Aqueronte las últimas botellas que tenían á la mano. Nadie tenía miedo, ni aun la mujer del comandante que había querido seguirle en su arriesgada navegación.

Era de noche: la *Urania* había penetrado ya en la vasta bahía, y M. Duperrey se fué al descubrimiento del estrecho mas conveniente para surgir. Despues de haberlo encontrado dirigió hácia él la embarcación haciéndola abatir de manera que pudiese aguardar sin peligro el día siguiente. Acostóse la corbeta sobre un lecho de rocas, en que algunas vergas le sirvieron de puntales. Al rayar del alba se vió que se hallaba en frente de una arenosa playa, estendiase la vista por unos llanos encespedados, tristes, monótonos, casi interminables, en medio de los cuales corrían algunos arroyos ó dormían algunos estanques. El horizonte estaba ceñido por altas montañas peladas, sin que en toda la extensión de aquellas estepas se viese el menor arbolillo. Revoloteaban en torno del buque bandadas de

aves marinas poco habituadas á tales visitas, sea por curiosidad, sea por avidez. Precipitábanse á competencia sobre los restos de los alimentos que las olas se llevaban de la corbeta. Entretanto la posición iba de mal en peor; la marea en el acto de retirarse había forzado á la *Urania* á inclinarse mas, y las olas entraban y salían por las portas de la batería. Fué preciso cortar los palos y apresurarse á buscar un asilo en tierra.

La necesidad de conservar todos los brazos para el manejo de las bombas había impedido aplicar todo el cuidado necesario para salvar los objetos útiles al establecimiento terrestre. Cuando el buque había encallado, se pensó en ello y se sacó toda la pólvora y bizcocho posibles, creyendo que la isla suministraría todos los alimentos restantes. Con efecto, apenas se había desembarcado, cuando los marineros mataron en los bordes de un pequeño estanque una enorme foca que se había retirado en él, sin duda para morir de vejez. Era una enorme bestia de unas 2.000 libras de peso, y que por mucho tiempo suministró á las tripulaciones náufragas un alimento gordo y aceitoso. Cuando no había que comer, se cortaba de aquella gruesa pieza la cantidad de carne necesaria á toda la tripulación. En esas comarcas de temperatura fresca, se conserva la carne al aire libre con tanta mas facilidad, cuanto que no se encuentra en ellas ninguno de los insectos que la corrompen en otras partes.

Entretanto se habían hecho todos los preparativos necesarios para el campamento. A algunos pasos de la playa y á espaldas de las arenosas dunas, se establecieron tiendas no lejos de un arroyo de agua dulce. El mismo orden que el de á bordo presidió á aquel arreglo: el comandante tuvo su tienda, el estado mayor la suya, lo mismo los maestros, y en fin la tripulación. Conserváronse las relaciones respectivas y se observó una disciplina tan severa, que no parecía sino que se hallaban en la misma corbeta. En medio de una tierra ingrata y despues de haber perdido sus provisiones, lo mas esencial era pensar en los víveres, pues tenían que alimentarse un centenar de hombres. Así es que ya desde los primeros días se dedicaron á la caza y á la pesca: en los tiempos de su toma de posesión, los Españoles habían soltado en la isla algunos bueyes y caballos que con el tiempo se hicieron silvestres. En consecuencia se pusieron al acecho detras de los accidentes de terreno, y pudieron matar un número considerable. Las ocas de la playa, las aves marinas, los patos, las cuguajadas, sirvieron en los primeros días para la mesa de los náufragos. Todo lo hicieron, cocer y asar, los albatros, las pavotas, los buitres negros, las águilas, los filo-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
125 WEST 47TH STREET
NEW YORK 10019

1. *Colinus pectoratus* en la Isla de Juan Fernandez.
 1. Sellarck abandonado en la Isla de Juan Fernandez



1. *Colinus pectoratus* en la Isla de Juan Fernandez.
 2. Bama Cumberland en Juan Fernandez

en la Isla de Juan Fernandez

FOZMSE
 VIAJE

trócoras, que vuelan á millares al rededor de aquellas islas nebulosas. Estaban tan hambrientas aquellas aves, que revoloteaban en torno de los cazadores para disputarles la caza que acababan de cojer; por cuyo motivo los Franceses tenian dos presas en vez de una. Sin embargo de todas aquellas aves, la que les fué mas útil, fué el pájaro-niño. Esta ave-pescado, que hemos visto ya en la isla de Tristan d'Acunha, está organizada de manera que mas bien puede nadar que volar. En vez de alas tiene dos aletas achatadas, y su piel está cubierta de un fieltro tupido que mas bien parece cera que pluma: no parece sino que sus pequeñas varillas están cubiertas de escamas. Viviendo casi siempre en el agua, donde se mantienen de pescado, los pájaro-niños tenian á la sazón sus juntas pasajeras en una cenagosa isleta de la rada. Era la época en que aquellas aves pacíficas aovan y educan á sus hijos, y para no ser molestas se ocultaban á millares en medio de grandes gramineas. Cuando los náufragos estaban francos de recursos, al instante hacian una invasion á la isla de los pájaro-niños. Alineados con el mayor orden en sus madrigueras, sorprendian á aquellas estúpidas avecillas que se dejaban matar una á una, sin saber casi el significado de aquella ocurrencia, y oponiendo apenas á los garrotazos una fuga embarazada y gritos lamentables muy semejantes á los de un buche.

Los anfibios y los peces marinos fueron asimismo de un grande auxilio. Los marineros persiguieron y mataron un gran número de focas, mamífero parecido á un perro, y que en tierra no tiene otro motor que unos muñones informes sobre los cuales se arrastra á manera de culebra. Cierta dia mataron una ballena: estrellóse entre dos rocas el enorme cetaceo, y batia el mar con su cola lanzando torrentes de agua evaporada. Disparáronle veinte fusilazos sin poder pellizcarla, cuando un marinero llamado Barte se encaminó hácia el monstruo marino, saltando de una roca en otra, encaramóse á su espalda armado de un hacha, y le hizo una profunda muesca de la que prendió un garabato que de antemano habia amarrado en tierra. La ballena se entregaba á las mas vivas convulsiones; pero encallada y fuera de su elemento, no podia mas que redoblar la terrible oscilacion de su cola y el juego hidráulico de sus narices. En la marea ascendente logró desprenderse, rompió la jarcia que la tenia fijada á la playa y se enmaró; pero algunas horas despues fué de nuevo arrojada moribunda sobre la playa. Apenas las aves de rapiña echaron de ver aquel enorme cuerpo, cuando se precipitaron sobre él para cebarse con todos sus miembros en cuerpo y alma. En breve sus picotazos hicieron fluir un aceite en tanta cantidad que

hizo las cercanías resbaladizas y casi inaccesibles.

Así es que cada uno se distribuía el trabajo. Mientras los cazadores y pescadores se aventuraban á lo lejos, no permanecian ociosos los restantes en el campo. Así en tierra como á bordo, todas las mañanas sonaba la campana para llamar á todos á poner manos á la obra: estos se dirijian al buque encallado para sacar de él lo necesario para construir otro; aquellos preparaban una turba que servia para cocer los alimentos. Los carpinteros ni mas ni menos que los cerrajeros se dedicaban á construir la chalupa que en la última estremidad era dispuesta de manera que pudiese despacharse al continente americano en busca de recursos. Esta última tentativa era proyectada con tanta seriedad, que ya se habian escogido los marineros destinados á tripular la embarcacion.

En unas circunstancias tan críticas, los sabios de la *Urania* no creían deber esentarse del trabajo comun, y aun á las horas libres continuaban estudiando la zoología de aquella tierra. En uno de sus reconocimientos, el Dr. Quoi llegó hasta la aldea de San Luis, ruinas del establecimiento fundado por Bougainville. Recorrió con mucha tristeza aquellas casas en pie todavía, pero sin techo. Encontró plantas hortenses que argüían una colonizacion. Lo mas singular es que en el acto de atravesar aquellas islas salió del terreno una abundante humareda. Acercóse, creyendo que alguno habia aportado en la isla sin tener noticia de sus nuevos habitantes; mas vana esperanza! era un fuego que ardia desde dos meses en aquel terreno hornaguero, cuya fecha estaba escrita en inglés en la pared.

Entretanto yendo dias y viniendo dias, se acercaba el invierno. Algunos meses habia que aquel centenar de hombres se hallaban procimos á perecer bajo las nieves de miseria y de hambre. Los pájaros-bobos habian emigrado ya; las otras aves y las focas iban á seguir su ejemplo: la isla no podia subvenir á las necesidades de toda aquella jente en la mala estacion. Terrible era por cierto la perspectiva. Si no se presenta ningun buque, la tripulacion entera está perdida. Es verdad que la chalupa se aventurará á buscar el continente; pero quién sabe el resultado? Y si lo encuentra, enviará socorros con oportunidad? Horrible incertidumbre! Espantoso y triste porvenir! O! tal era la situacion de los náufragos en los primeros quince dias de abril, cuando una mañana se oye una voz de marinero que decia: « Un buque! un buque á lo lejos! » Mirámos; subimos á las alturas; y efectivamente vímos un buque. Bótase al mar la chalupa con algunas provisiones, los mejores marineros y el oficial de marina Fabrè.

Aparece el buque salvador, desaparece, vuelve á aparecer. M. Fabr  lo alcanza: es una goleta dependiente de un buque americano de 500 toneladas que se dirige   una isla vecina para pescar. El patron no puede tratar directamente, pues solo tiene poderes subalternos; pero un oficial, M. Dubaud, pasa á bordo para ir con la goleta hacia el capitan llamado Horn, de quien depende desde entonces la salvacion de los Franceses. Sin embargo no será él quien los salvar . Durante la ida y la vuelta se manifiesta delante de la rada otro buque americano que se encamina   las Malvinas para repararse de una via de agua. El oficial Dubaud, de regreso con el capitan á quien ha ido á buscar, lo arregla todo del mejor modo posible: indemnizan al capitan Horn y se compra el otro buque despues de haberlo puesto en estado de navegar por los calafates y carpinteros de la *Urania*. Con estos auxilios la desgraciada tripulacion puede pasar   Montevideo y desde allí   un puerto de Francia.

Dos años despues de este funesto acontecimiento, hizo escala en las islas Malvinas otro navío francés; pero, mas afortunado que la *Urania*, la *Coquilla*, su capitan Duperrey, no tuvo mas que felicitarse de aquella ocasion. A 18 de marzo de 1822 surji  en la Bahía de los Franceses,   una distancia bastante considerable de la playa, en medio de la lluvia y la borrasca. Desembarcados los siguientes días, los oficiales encontraron en la playa el casco de la *Urania* medio encallado, ob ses, cajas de hierro y despojos de todo jénero (Pl. LXVII. — 1). A poca distancia se vela el solar que habian ocupado nuestros marinos.

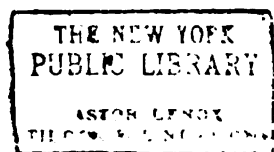
Desde el principio se habia pensado en la caza, única distraccion posible en las Malvinas. MM. Lesson, Bernard, Lottin y Gabert se aventuraron al interior de las tierras, pero muchas veces se vieron obligados á causa de la intensidad del frio y de la lluvia   hacerse una tienda en la playa con la vela de su bote (Pl. LXVII. — 4).

La recalada de la *Coquilla* tenia por objeto algunas observaciones astronómicas, para lo cual fué á abrigrarse en la hondonada de la bahía, en lo interior de los islotes del *Pájaro-bobo* y de los *Lobos marinos*, no lejos de las ruínas del antiguo establecimiento fundado por Bougainville en Puerto Luis. Cuando se halló establecido en este punto, cada uno pens  en sus ocupaciones especiales, los oficiales en sus trabajos y los naturalistas en sus observaciones. M. Lesson durante aquel recalo preparó los materiales de uno de los mejores capítulos de su viaje.

Entonces se reconoció que las Malvinas eran para el cazador una tierra de promision. Durante la mansion de la *Coquilla* mataron un enor-

me número de pájaros y de conejos con muchos j valies y dos toros. Procurando por su parte averiguar la jeología de esta tierra, M. d'Urville y Lesson atravesaron un llano cubierto de brezos y llegaron   unas montañas completamente  ridas. La greda blanca de que están formadas solo era cubierta en ciertos puntos por el musgo. Los helechos tapizaban unas vertientes rápidas y prolongadas. Las crestas de aquellas montañas, de unas 300 toesas de altura, gastadas por el tiempo y   impulsos de los cataclismas terrestres, están cubiertas de trozos sumamente cuarzosos, afectando la forma de cubos   de mesas de un gran v lumen, cuyos descansos imitan monumentos de arquitectura. Estos pedazos de greda y de cuarzo están colocados con una simetría tal, que debe de atribuirse   causas poderosas la destruccion de su paralelismo en ciertos puntos. Desde la cumbre de aquellas montañas se distinguía una segunda hilera en la misma direccion, y entre las dos un valle atestado de enormes cascajos que le daban el aspecto de un caos. Algunos vejetales despuntaban por  c  y acullá y se alzaban en medio de los hundimientos de aquellas piedras. Las plantas de las llanuras y de las eminencias son los singulares *bolax*   gomeros, el junco de grandes flores, y la gumera de Magallania. En los peñados se columpian varios líquenes que por sus ramificaciones se parecen   pequeños arbustos. La isla es dominada en el centro por el monte Chap-tellux, punto culminante del que se desprenden muchas cordilleras pequeñas entre las que serpean varios arroyos   duermen algunas bahías, lagos y estanques. Las praderas con su tinte encarnadino, un cielo bastante salubre,   lo lejos algunos cetaceos marinos, y mas cerca varias manadas de caballos galopando en libertad: tal es el aspecto jeneral de esa tierra.

La tripulacion de la *Coquilla* ni mas ni menos que la de la *Urania* se dedicó   la caza de los pájaros-bobos, esas aves de las que ha dicho el benedictino Perneti: « Al verlos de cien pasos de distancia, cualquiera los tomaria por monacillos con su correspondiente muceta. » Esos pobres animales, que antiguamente solo tenian que temer la voracidad del perro antártico, actualmente son diezmados por las tripulaciones europeas que hacen escala en las Malvinas. Igualmente se cazaron focas, que son mucho menos abundantes en esas costas desde que los Ingleses y los Americanos han dirigido á ellas tantos armamentos. En algun tiempo las embarcaciones partidas de Liverpool   de Nueva-York para esta curiosa pesca no tenian necesidad de pasar mas allá de las Malvinas para hacer una cosecha productiva. En esta misma tierra en que actualmente se ven tan pocos, acampaban muchos Europeos ocupados en hacer hervir el cebo

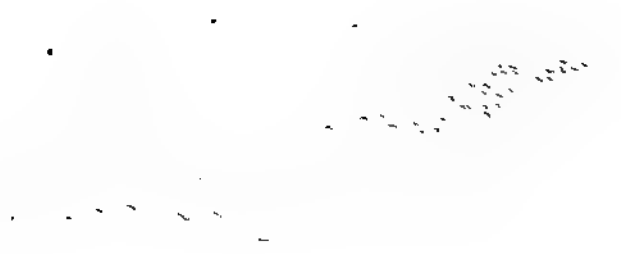


1 James Town (Isla S^a Elena.)

2 Camino de Long Wood a James Town

de James Town

FOZAGE
VIAUT



1. Reliquias de la Corveta Francesa la Urania

1. Reliquias de la Corveta Francesa la Urania

2. Un Hombre en el Mar

2. Un Hombre en el Mar

de la Biblioteca

de la Biblioteca
VIA DE

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

de estos anfibios, para llenar sus barriles; mas en la actualidad es preciso llegar hasta la tierra de los Estados y aun de la Nueva Shetland.

El clima de las Malvinas es inconstante y variable. Sus frios son moderados, pero sus huracanes perpetuos. Son muy raros los dias completamente serenos. Sin embargo la atmósfera, segun los que las han habitado, no es insalubre, de suerte que Bougainville, Freycinet y Duperrey no pudieron quejarse de él. El terreno de la isla propiamente dicho es una arcilla encarnada, almazarronada y conteniendo dos especies de turba. La tierra vegetal no existe realmente en parte alguna: así es que solo se ven praderas que parecen haber sido tundidas con la tijera. Las flores se ocultan bajo las hojas cual para sustraerse al furor de las tempestades. Dejando á un lado la grama que cubre la isla de los pájaro-bobos, el resto solo consiste en una randa de yerba apiñada é inaccesible de pequeñas ramas y de hojas mas pequeñas aun. Las tierras incultas parecen ser la propiedad de los animales cuyas especies se han acrecentado en paz y quietud durante algunos siglos. Las playus de esquita de las Malvinas pululan en aves que viven en la mas perfecta inmovilidad. En la superficie de las bahías nadan en todos sentidos tribus de palmípedos; al rededor de los moluscos se ven muchos pescadores que están atisbando el momento en que entreabren sus conchas, y por otra parte varias paviotas que recorren los aires en movedizas bandadas. Todo está animado, todo indica la presencia ó el paso de una creacion entera de aves cuyo excremento cubre por capas la superficie de las rocas. Los cuadrúpedos de las Malvinas son todos de importacion reciente; tales son los bueyes, los caballos, los cerdos y los conejos que naturalizaron en ellas los Españoles. Los únicos mamíferos indijenas son las focas y sobretodo el lobo antártico, carniceiro destructor que sin cesar está acechando su presa. Abundan en las Malvinas pescados gruesos y sabrosos; pero en cambio se encuentran pocos insectos; al paso que pululan en ellas los mariscos. Hasta en la actualidad no se ha ofrecido á las miradas del observador ninguna bestia ponzoñosa.

CAPITULO XXXI.

SANTA HELENA. — ASCENSION.

El *Océánico* no habia hecho mas que rozar esas costas; mas como los vientos habian pasado al S. S. E. y al S. navegaba rápidamente hacia el O. para pasar al cabo de la isla de Santa Helena donde Pendleton debia hacer escala á causa de mí. Este acto de deferencia era el resultado de una confabulacion que habíamos tenido á la altura del cabo Horno, cuando fatigado de

aquella navegacion interminable me quejaba de entrever solamente en lontananza mi llegada al suelo patrio. « Pierda V. cuidado, me dijo el bravo marino: no tendrá V. de hacer escala en Nueva York. El *Océánico* velejará hasta Santa Helena, pues es negocio de ocho dias, y si allí no encuentra V. un francés de recalo, almenos tendrá un buque inglés para ir á desembarcar á un puerto de la Mancha. De esta suerte, añadió, querido pasajero mio, verá V. su patria mas pronto de lo que podia creer. » Yo no pude corresponder á la bondad de aquel excelente hombre de otro modo que estrechándole la mano.

Iba á regresar pues á Francia cuanto antes pasando por Santa Helena, isla de grandes recuerdos. A 20 de febrero avistámos esta tierra tan obscura antiguamente y hecha tan célebre en este siglo. Descubrimosla á diez leguas de distancia, y á medida que el buque se iba aproximando, se desarrollaba su forma desigual. Parecia un palacio sombrío y negro, saliendo del agua como de un lecho, recto, árido, desnudo de esas blancas playas que amenizan ordinariamente el aspecto de las costas. Cuando se atraca á la parte oriental, parece un muro de roquedos ó una costa acantilada de dos mil pies de altura, escotada, afectando formas gigantescas y extravagantes, dejando colgar sobre el mar enormes pedazos que se dibujan en relieve como otras tantas escrescencias de la montaña. Toda esta roca tortuosa encubre en sus eminencias millares de pájaros, al paso que su base es besada por las olas del mar que penetran en ella con mucha furia y salen blancas y nevadas cual sobre una prolongada serie de arrecifes. Este conjunto es triste, estrecha al corazon y anubla el alma. A su vista no deja de parecer extraño que el hombre haya intentado apropiarse una tierra sobre la cual luchan todavia los elementos y que el Océano parece propugnar cual si quisiese desarraigarla un dia; una tierra distante de todos los continentes, única en aquella extension de agua, triste, silvestre y monótona. Esta colonizacion es incomprensible hasta llegar á una corta distancia. Reductos artillados en la punta de cada montaña, fortalezas construidas por mano de hombre en aquella dilatada ciudadela de la naturaleza, indican que se ha pretendido hacer de Santa Helena una estacion militar, una escala naval en el Atlántico, un punto intermedio entre la Gran Bretaña y el Cabo; otro Gibraltar no menos fuerte é inespugnable que el que domina las bocas del Mediterraneo.

Por la tarde estábamos aun á unas tres millas del Pan de Azúcar, y á las cuatro anclábamos en la rada de James-Town circuida de encumbradas colinas (Pl. LXVIII. — 1). En el fondo del desfiladero despuntaban las casas de la ciudad, al paso que en la parte opuesta de los

precipicios serpeaba el camino que conduce á Long-Wood.

Santa Helena fué descubierta á 21 de mayo de 1502 por Joao de Nova-Castella, navegante portugués. Aseguran que su primer habitante fué un desertor portugués llamado Fernando Lopez que fué abandonado en la isla por Albuquerque en 1513 con un corto número de negros. Los Portugueses la abandonaron en 1645; pero los Holandeses se establecieron en ella hasta en 1651, en cuya época la Compañía inglesa la halló de nuevo desierta y la ocupó. Desde entonces quedó en posesion de los Ingleses, á escepcion del año 1772 en que los Holandeses la conquistaron de nuevo para no recordarla hasta en 1773. Desde entonces Santa Helena quedó transformada en un recalo casi necesario á los buques de la Compañía procedentes de las Indias ó de la China. Es una tierra regada por numerosos arroyos, de diez millas y media de largo, de siete de ancho con treinta de circunferencia. La superficie entera es de treinta mil trescientos acres, de los cuales hay diez y ocho mil de cultivados que pertenecen en parte á algunos particulares y en parte á la Compañía de las Indias. La altura media de sus montañas es de mil cuatrocientos pies, y el pico mas encumbrado, el de *Diana*, tiene dos mil setecientos pies.

Lo que sorprende mas vivamente la atencion al fondear en la rada de James-Town, son unos inmensos y magníficos lechos de rocas que constituyen la base de toda la isla. Por acá y acullá están cortadas de simas profundas y abismos que amedrentan al observador. En aquellas rocas parece que el órden natural ha sido invertido, pues solo se ven árboles en las eminencias, al paso que los valles, destituidos de agua y calcinados por el sol, no pueden mantener por mucho tiempo los árboles y las plantas.

La pequeña ciudad de James-Town está construida en la orilla del mar y en el fondo de un estrecho barranco. Hay un desembarcadero bastante cómodo que conduce al almacen de la Compañía de las Indias, y en seguida se entra en la ciudad por medio de una puerta en forma de arco. En una plaza bastante espaciosa se encuentra á la izquierda el palacio del gobierno, llamado antiguamente el castillo, y en frente la iglesia, de una arquitectura bastante mezquina. La calle principal, que empieza junto á la puerta, consiste en unas cuarenta casas de comerciantes de una elegancia y aseo muy notables. La madera de que están construidas es harnizada, y como las hacen traer del Cabo ó de Inglaterra, se asemejan á una decoracion de teatro. La calle está dividida en dos partes, la una que dirige al interior, y la otra al barranco. En esta calle se hallan las caser-

nas, el nuevo jardin y el hospital. La ciudad contiene doscientas casas y está flanqueada de baterías que le comunican el aspecto terrible de una plaza de guerra. La mayor parte de las casas están dispuestas en el fondo del barranco, cuyas paredes secas y de un color de hierro colado parecen amenazarlas con su caída.

El aspecto jeneral de Santa Helena no es bello ni seductor. Los pocos campos que verdean son oprimidos por una masa de rocas peladas y áridas. La isla no se compone mas que de una parroquia y dos iglesias. Su única ciudad es James-Town; estiéndose en el barranco á una milla y media de distancia entre dos colinas denominadas *Ladder Hill* y *Keeper's Hill*. En muchos puntos la roca amenaza á los edificios, y muchas veces las piedras que de ella se desprenden hunden las techumbres. Al extremo del barranco que forma una especie de callejon sin salida, se ve una cascada de unos cien pies de elevacion, que llaman *Cascada de Briars*. (PL. LXVIII.—4). Esta agua descende á James-Town y subviene á las necesidades de todas las embarcaciones.

Despues de haber visitado la ciudad apresuradamente, hice la pregunta de que no puede prescindir un extranjero y sobretudo un Francés: «Cuanto hay de aquí á la tumba de Napoleon?» Es bien sabido que esta pregunta equivale á decir: Al momento coches y caballos están á su disposicion de V. Es un corto viaje que ademas de su objeto esencial ofrece la ocasion de ver los cuadros mas pintorescos de la comarca. Los caminos estrechos y escabrosos que conducen á ella son practicados en el lado izquierdo del barranco, y pueden considerarse como unos verdaderos modelos de paciencia y habilidad. Abiertos á través de las escorias, tienen por el lado del precipicio una pequeña pared á fin de impedir toda desgracia. Desde aquella rampa que describe blancas sinuosidades en las eminencias, la vista se estiende perpendicularmente sobre la ciudad, y descubre á lo lejos entre las dos montañas la rada de James-Town cubierta de embarcaciones, y á mayor distancia el Océano inmenso, tempestuoso y solitario (PL. LXVIII.—2).

De la cima de las primeras montañas puede descubrirse igualmente la parte fecunda y cultivada de la isla, en donde se encuentra Briars, la primera morada de Napoleon, verdadero Eden si se compara á Long-Wood; Briars, quinta de recreo dominando á James-Valley, á la ciudad, al fondeadero y á los buques anclados; Briars, dominada en despique por el monte Diana, el mas encumbrado pico de la isla. Con sus praderas frescas y sus encantadores parques, Briars hubiera conservado sin duda por mucho mayor tiempo á su huésped que el ne-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

3. *Tombée de Napoléon*
3 Sepulcro de Napoleon

4. *Cascade de Biers*
4 Cascada de Biers

buloso Long-Wood, esa Tebaida de Santo Helena. Pero los destinos lo habian dicho: el Prometeo de la gloria debia morir en una roca de una enfermedad de hígado; debia morir cargado de cadenas con Hudson-Lowe á su lado!

Desde Briars, pasé inmediatamente á Long-Wood. Antes de llegar allí, me ví circuido de nieblas húmedas y frias: era una naturaleza diferente, una atmósfera del todo nueva. El caminante no podia ver en su alrededor mas que aclaras. El viento y las nieblas de la isla parecian haberse congregado en aquellas mesetas ingratas y fragosas entrecortadas de profundos abismos y terribles barrancos. Todo era estéril y pelado en los alrededores; á 1.800 pies sobre el nivel del mar la vejetacion toma un carácter semi-alpestre: únicamente amenizaban la aridez de aquellos sitios los grandes conizas de follaje melancólico y lúgubre. Todo era triste, fúnebre como los recuerdos inmortales de aquella mansion. El que la habia habitado no habia tenido pues en sus últimos momentos mas que la perspectiva de aquellas rocas calcinadas! Diez años antes hubiera podido escojer en toda la Europa para punto de retiro el verdor mas delicioso, las aguas mas magníficas, el ambiente mas salubre, los dominios mas vastos; pero murió allí, sepultado ya en vida, sin aguas, sin sol, sin horizonte!

Cuando visité Long-Wood, la morada de Napoleon se hallaba en un estado de ruina imposible de describir. Los salones se habian transformado en un cedazo en donde se pasaba el grano: la cámara del Emperador era un establo; un pesebre ocupaba el rincon donde estaba su cama, el rincon donde está muerto. Mejor hubiera sido incendiar aquellos restos de poco valor que profanarlos con semejante uso. Hubiera costado poco hacerlo, y los Ingleses se hubieran honrado con ello! Intactas ó casi intactas, solo quedaban las barreras de que habia circundado aquel domicilio el recelo británico.

A poca distancia de aquella casa, la única habitada por el proscrito, se alzaba un edificio mas aseado, mas conveniente, destinado á Napoleon, pero aun no terminado cuando murió. Este edificio era cómodo como alojamiento, construido con elegancia, rodeado de galerías cubiertas y de jardines trazados con gusto; habianlo hecho venir pieza por pieza del Cabo para amueblarlo con cierto esmero. Velanse en él una biblioteca, un villar, una sala de baños, lujo tardío de que no pudo disfrutar la víctima.

Durante todo este reconocimiento, solo ví al lado á mi guia. Yo no le escuché siquiera, pues hay muchas cosas que se adivinan sin necesi-

dad de esplicarlas. Iba continuando con majestoso sus esplicaciones de *ciceroni*, cuando le interrumpí: « A la tumba! » le dije. Condujome á ella por los estrechos y sinuosos senderos de los Talwegas que dominan el valle del Sinn. Este camino está sembrado enteramente de rocas ennegrecidas y barrancos profundos. El mismo camino termina en una especie de embudo llamado el *valle de Sinn*, donde yace Napoleon, tendido en una pequeña y verde pradería en la menos cóncava de sus estremidades. El valle de Sinn en donde entraba á la sazón ofrece los incidentes mas variados y fantásticos. Un valle dejado descubiertamente en virtud de un cataclisma no hubiera ofrecido un aspecto mas desastroso y estravagante. Al lado de las mas negras escorias se estiende un verde tapiz por el que corre un agua de cristal; aquí se hacen algunos pinos de follaje sombrío, agujas de pastor abriendo á favor de las brisas marítimas sus brillantes corolas de fuego; á mayor distancia varios castaños y pinos de Europa, pendientes de las rocas del barranco, mientras que de su base misma y cubierto bajo los helechos corre un manantial que se pierde á través del césped.

En el fondo de aquel hondo terreno, en una pequeña pradería bañada por un arroyo insignificante, descansan los restos de Napoleon. Sobre su tumba lloran algunos añejos sauces, y un recinto óvalo de madera circunda la pequeña pradera que alegran varios jeranios en flor. Una garita en las avenidas del recinto funerario, y una pequeña habitacion en la altura han sido destinadas para el inválido inglés que guarda el valle misterioso. La tumba es de las mas sencillas. Anchas piedras labradas y, segun se dice, sacadas de las cocinas de Long-Wood, cubren la hoya, y están circuidas de una balaustrada (Pl. LXVIII.—3). En aquellas piedras no habia ningun nombre, ni escudo, ni signo emblemático. Se ha parecido tácitamente admitir que para tales cenizas no habia mas que un asilo provisional. En cambio se han tomado algunas precauciones para prevenir un rapto: el doble fétetro está sellado en la bóveda de ladrillos por cruces de hierro.

Este era el sitio que Napoleon habia designado para su sepultura, en caso que su cuerpo no fuese restituído á la Francia; era el lugar favorito de sus paseos, cuando podia subir á caballo y alejarse un poco del recinto en que la guardia inglesa le tenia sufoado para prueba patente de su cautiverio. A menudo iba á estenderse en aquella pradera, confabular con madama Bertrand, jugar con sus hijos, beber en ese arroyo cuyas olas transparentes apreciaba tanto! Era su Eliseo, el lecho de descanso que habia escojido, la tierra que habia juzgado mas ligera para sus cenizas, en aquella tierra de Sao-

ta Helena, toda de hierro y de plomo! Qué podía pensar y decir en aquel sitio aquel hombre que habia visto tanto, que habia sabido tanto, y que podia mucho mas todavía! Cuantas cosas que no ha manifestado á sus compañeros de destierro, que no confió á Las Casas, que tal vez no confesó mas que á medias en aquel sitio de un recojimiento y de devocion!

Ante la tumba de un jenio tan vasto, es imposible que no se engrandezcan las tristes y relijiosas ideas del viajero. Sin el dia que iba dominando y sin la compañía de mi guia que habia dado fin á su monótona antifona, me habria olvidado á mi mismo en aquel valle. Despertáronme, y desprendí un ramo de aquellos sauces que un dia serán completamente despojados por los peregrinos que van allí á buscar una rama funeraria. Era de noche cuando llegué á James-Town.

Al dia siguiente tuve el espectáculo de una corrida de caballos en los alrededores de la ciudad. Los Ingleses, que á todas partes importan sus costumbres nacionales, tienen en todas sus colonias un Epsom ó un New-Market. En una isla enteramente peñascosa; son muy raros los sitios convenientes á tales placeres. Así es que en la imposibilidad de obtener un palenque circular, han trazado perfectamente un hipodromo en longitud. El sitio lleva el nombre de *Dead-Wood*, (bosque muerto), y se prolonga en la cresta de las eminencias que rodean á James-Town. Allí fué donde nos dirijimos. Toda la isla concurría á aquella fiesta que debia durar muchos dias. Para percibir los caballos, cuyo punto de partida estaba á dos millas, era preciso echar mano de los anteojos de larga vista. La mayor parte de aquellos caballos eran muy briosos: muchos dieron pruebas de una agilidad que los hacian dignos de concurrir en las corridas mas célebres. El dia, que fué alumbrado por un sol magnifico, terminó con un banquete de ochenta cubiertos en el que tomaron parte los mas elegantes caballeros y las mas lindas mujeres de la isla. Despues de haber visitado la deliciosa casa de M. Seel, que contiene un museo muy interesante, supe la misma noche, de boca de mi huésped, M. Salomon, que acababa de fondear en la rada un buque bordelés: era el *Mercurio*, su capitan Persac, que á su regreso de la India y no habiendo podido hacer escala en el Cabo, se detenía uno ó dos dias en Santa Helena para hacer aguada. Habiendo manifestado mis deseos de tratar con él para arreglar mi pasaje, el capitan Persac se presentó al meson. Era un joven bueno y jovial que acentuaba sus frases con todo el temple de la melopea meridional. Nuestra contrata fué concluida en pocos términos. «Sobretudo le encargo que esté listo mañana al amanecer, me dijo mi nuevo patron al despe-

dirse. A las seis estará el bote en el desembarcadero.»

Iba á separarme pues de nuevo de mi *Océanico*, dos veces domicilio mio; mi *Océanico*, mi única patria por espacio de diez y ocho meses! Y el bueno de Pendleton, tan perfecto, tan benévolo, tan noble en su conducta, qué diría de mí? En verdad que no puede espresarse hasta que punto se aprecian los objetos y los hombres sino en el acto de abandonarlos.

El deseo de regresar á Francia y al seno de una familia querida y amigos mas queridos tal vez, era ciertamente muy profundo en mi ánimo. Tocaba ya estos placeres; pero ah! esta idea no era bastante parte á desvanecer la amargura de una separacion. Iba á bordo del *Océanico* con el corazon hinchado y el alma lacerada. Complaciame de lejos en contemplar la agradecida embarcacion, tan robusta y coqueta en el puerto y tan fuerte contra las olas del mar del Sur; esa embarcacion que tanto habia sufrido por mí, que se habia cansado de transportarme de tan lejos, que habia fatigado su madera, gastado sus herramientas, enervado sus aparejos, para restituirme sano y salvo á mi familia, á mi país, á lo que mas amaba en el mundo. Cuando subí á la cubierta, Pendleton me comprendió. «Ya sé, me dijo, que ha encontrado V. su colocacion. He visitado ya el bordelés, he visto que su quilla es fuerte, su arboladura bien colocada: puede V. embarcarse sin peligro.» Qué hombre tan escelente! Seguramente no se hubiera inquietado mas por su hijo. Comimos juntos y acordámos que la primera carta que nos escribiríamos, él en Nueva York y yo en Burdeos, seria para darnos noticia de nuestro estado. En el acto de abrazarme me dijo: «Tal vez algun dia vendrá V. á visitar la Union. Quién sabe la suerte que nos reserva el destino! Viajero ó pros crito, feliz ó infortunado, venga V. á casa de Pendleton; puede V. considerarse como un miembro de su familia. Mi mujer y mis hijos le conocerán á V. antes de saber quien es.» Hubiera sido posible contestar á este despido sin lágrimas? Yo partí con el corazon oprimido. Al dia siguiente cuando me embarqué para pasar á mi nueva casa flotante, no ví ya al *Océanico*, pues por una atencion del capitan habia desaparecido por la noche. Bastaba la despedida de la vispera.

Al pasar por delante de la Ascension, el *Mercurio* tenia que depositar en ella dos empleados del gobierno inglés que algunos negocios urgentes llamaban á aquella isla. A 8 de marzo llegámos á aquella rada desde donde se descubria el movimiento jeneral del terreno: era una tierra menos desagradable á la vista que Santa Helena, mas baja, mezclada de llanuras y de encumbrados picos, presentando por do quiera un suelo volcánico y sembrado de escorias. Lo que

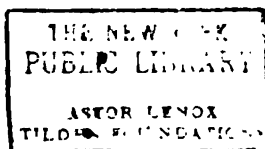
THE NEW V
PUBLIC L.
ASST. CLERK
FILE

1. *Longue Pointe d'Ascension*
 1. Bahía de Sauidy en la Isla de la Ascension

2. *Pointe aux Sources de l'Ascension*
 2. Visita a los manantiales de Pampier

en la zona del

2. 1. 1.
 V.A. 1. 1.



3. *Armas de Jiron - Montana*
2. *Cambio de San Martin*

4. *Armas de la Isla de la Azencia*
4. *Armas de la Isla de la Azencia*

mas llamaba la atencion desde aquella distancia era la eminencia litoral en cuyo cúspide flotaba el pabellon británico, y á mayor distancia el pequeño establecimiento inglés cuyas blancas casas contrastaban con los tintes mas sombríos de la montaña (Pl. LXIX. — 1).

Esta isla, desierta desde algunos años, contiene actualmente una poblacion que parece acrecentarse y prosperar gradualmente. El capitán Persac me ofreció hacer una excursion á ella, que acepté con mucho gusto. La yola nos condujo á una especie de desembarcadero vijilado por un centinela. Habia practicada una escalera en la roca viva para los hombres, al paso que para las mercancías se habia plantado un poste en que se colocaba una cabria para descargar las embarcaciones (Pl. LXIX. — 4). En el acto de desembarcar nosotros, el gobernador de la isla, M. Bate, se hallaba en la playa con los dos capellanes de Jorje-Town, que salia al encuentro de sus dos amigos. Bien acogidos por él é invitados á visitar la isla, nos dirigimos al establecimiento inglés en medio de escorias que comunicaban á aquella tierra cierto aspecto desagradable. Este establecimiento se compone del palacio del gobernador, del domicilio de los oficiales y de los particulares establecidos en la isla y en vastos almacenes bastante bien contruidos.

Es imposible que al desembarcar no llame la atencion el aspecto jeneral de aquel territorio. En todo el horizonte hasta cuanto puede alcanzar la vista no se descubre mas que terreno volcánico, encarnadino, sin ninguna especie de vegetacion. Por todas partes se encuentran montones de escorias que en ciertos puntos parecen arreglados por mano de hombre. El aspecto de esta isla es casi el mismo que el de los campos de la Isla de Francia donde se sacan las lavas para hacer campos de cañas dulces. El pico mas encumbrado se halla en el centro de la isla, de donde se abraza su jeolojia y se descubren todos aquellos picachos que fueron centros de accion ignívoma cuando se formó la isla en dias de conflagracion jeneral. Muchos de aquellos picachos tienen en sus cimas profundos cráteres. En cuanto á los contornos de la isla, son muy escotados, y no contienen puerto propiamente dicho. Las arenosas playas son formadas esclusivamente de despojos de mariscos y de madréporas, de lo que han resultado aglomeraciones de esa arena que forma una buena piedra labrada. Actualmente esas madréporas son cubiertas por las irrupciones, y solo han quedado algunas orillas pulverizadas por el mar y formando las playas adonde van las tortugas con preferencia á deponer sus huevos.

En 1815 se pensó por primera vez en fundar un apostadero en la Ascension. A la época en

que trasladaron á Napoleon á Santa Helena, se temió que fuesen á establecerse en ella otras potencias con objeto de libertar al ilustre cautivo, y en consecuencia los Ingleses establecieron en ella un teniente de navío con veinte y cinco hombres. Actualmente se cuentan ciento diez marinos con cuatro tenientes, un cirujano y su ayudante, un ajente y cincuenta negros, todo bajo las órdenes del capitán. Esta pequeña colonia, en el poco tiempo que ha transcurrido desde su establecimiento ha ejecutado ya prodijios de paciencia y de habilidad. Como en todos los países que ocupan, el primer proyecto de los Ingleses ha consistido en abrir caminos. El primero y mas esencial conduce á la montaña verde (*Green-Mountain*) y á las fuentes dulces de la colonia, situadas á una milla y media de la playa. Todas las casas del establecimiento han sido construidas con materiales procedentes del Cabo. Solo se han sacado de los mismos sitios las piedras. Antiguamente los víveres Negaban de afuera; pero en la actualidad la isla contiene cabras, volateria, tortugas, pescado y aun legumbres procedentes del establecimiento de la montaña verde.

El propio dia hicimos una cabalgada que nos condujo á aquel sitio pintorescamente situado en el flanco de una colina, á 2.000 pies sobre el nivel del mar. Merced á los nublitos que bañan siempre esa parte de la isla, las sustancias volcánicas se han descompuesto en una tierra vegetal propia para toda clase de cultivos. Al rededor de cinco ó seis casas en que ondea el pabellon inglés se ha practicado un jardin rodeado de un muro de escorias. Todo el terreno cultivado de la isla no llega á mas de 1.200 acres. Desde aquel pequeño oasis cultivado el aspecto de la llanura llama aun mas la atencion por el contraste de sus terrenos agrestes. Despues de la accion del fuego solo han quedado en aquella tierra cráteres apagados ó picos encarnadinos. En la montaña verde, al contrario, la vegetacion es fresca y lozana: hanse establecido cultivos de legumbres de Europa y algunos árboles frutales. En medio de aquellos campos hay establos para los bueyes, y en la rejion de las nubes una casa para el gobernador y sus oficiales que van á ella á contemplar el aspecto caliginoso.

Toda el agua destinada al consumo de la colonia baja de la Montaña verde, pues la playa no tiene fuentes ni arroyos. Esta agua es la de las fuentes de Dampier, que no tanto son un manantial de agua corriente como un rezumo á través de las rocas. Nos encaminamos á ellas á caballo por un sendero que rodea la montaña (Pl. LXIX. — 2). Aseguran que Dampier descubrió este abrevadero atisbando á un rebaño de cabras que iba á él á apagar su sed. El huque

de Dampier, el *Rosbuck*, habiendo zozobrado cerca de la Ascension en 1701, salvóse la tripulación en esa isla, en donde la recojió un buque inglés despues de una permanencia de tres semanas. Estos manantiales constituyen la riqueza de la isla; sin ellos no podria vivirse, y aun suministran el agua con tan poca abundancia, que cada hombre se ve reducido todo el año á la racion de un gallon y medio diario.

El agua de las fuentes de Dampier no corre á chorros, sino gota á gota, en tres ó cuatro puntos, y durante ocho meses del año solamente. Para recojerla se tienen un gran número de toneles desfondados por una parte y colocados al lado uno de otro, que se comunican por medio de conductos y se llenan por sus inmediatos. A veces no se recibe mas que la humedad del sitio condensada sobre una piedra, y se recojen sus gotas que caen de minuto en minuto. El agua que proviene de esas filtraciones es lijera, salubre y sin mal gusto; es mucho mas preferible á la de Santa Helena que conserva el gusto de la tierra por donde corre. El gobernador actual M. Bate, acaba de hacer construir en la pendiente de la montaña un vasto reservatorio de piedra labrada para hacer llegar cierta cantidad de agua á fin de tener siempre en la isla una reserva ya para los dias de sequedad, ya para la provision de los buques que se hallasen en una necesidad urgente. Actualmente la isla no puede suministrar diez toneles de agua, sin imponerse una privacion enorme. La que se da á los animales proviene de la techumbre del establo de bueyes que, cubierta de una tela barnizada, recibe el agua que se desprende de las nubes condensadas al rededor de ella. Igualmente se han procurado colocar en el campo y en varios puntos solitarios algunos pequeños abrevaderos, á fin de que las gallinas, las melcagras, los pichones y las pavas que se han dejado en la isla no mueran de sed.

Cuando su descubrimiento, la Ascension no era para los navegantes mas que una roca árida, de unas treinta millas de circunferencia, conocida únicamente por la enorme cantidad de tortugas que se recojian en sus playas. Actualmente estas tortugas constituyen aun la mayor riqueza de esas tierras. La especie que en ella se encuentra es la tortuga *mydas*, ó verde (testado viridis de los naturalistas), así llamada á causa del color de su sebo. Esta tortuga es muy buena de comer y hace las veces de buey. Las hembras son las únicas que frecuentan la isla, y aun tan solo para aovar: ordinariamente pesan de 500 á 600 libras; nunca aparecen en la playa tortugas pequeñas. En la estacion propia, es decir, de diciembre á junio, pasan á tierra por la noche, y con preferencia á la claridad de la luna. Trepan las movedizas arenas, se hacen un

ancho agujero en la arena, depónen en él sus huevos, los cubren, y se vuelven precipitadamente al mar. Cuando se hallan á punto de poner, no se moverian aunque se sintiesen tocadas. Jeneralmente ponen de sesenta á ochenta huevos á la vez, y aseguran que repiten esta puesta dos ó tres veces en cada estacion. Los huevos tienen una pulgada y media de diámetro, y son cubiertos de una cáscara suave y medio calcaria. La tortuga es uno de los anfibios mas favorecidos, pues permanece un tiempo enorme sin necesidad de respirar sobre el nivel del agua. Igualmente tiene una vida en extremo tenaz y una gran facultad de abstinencia, puesto que puede pasar tres ó cuatro meses sin tomar el menor alimento. Parece vivir de las fucaceas que flotan á flor de agua y de las que tapizan el fondo del mar.

Aunque las tortugas pesan á veces hasta novecientas libras, su carne buena de comer solo pesa de 100 á 160. Esta carne se da á la guarnicion á razon de una libra diaria por hombre. El sebo sirve para hacer un excelente aceite de cocina, y la masa semiternillosa que une el lomo al vientre es el principal ingrediente de la famosa sopa de la tortuga. Su carne es de una digestion facil y lijera. Los buques de recalo en la Ascension nunca dejan de surtirse de ella. Las tortugas se pagan á unos sesenta francos cada una: raras veces llegan á Europa, pues la longitud de la travesia las mata. A bordo no les dan de comer, pues no debe hacerse otra cosa que arrojarles de cuando en cuando un poco de agua marina en la concha. Fuera del agua las tortugas son unos animales mazorrales y casi inmóviles, de suerte que los cojen en la playa con la mayor facilidad. En los ángulos de la bahía se disponen algunos centinelas para acechar el momento en que han salido todas del agua. Cuando han hecho su agujero y hay probabilidad de que han depuesto todos sus huevos, acuden todos, y por medio de un alzaprima las vuelven de espaldas. Entonces se ven á merced de los captores que las recojen al dia siguiente y se las llevan en vivares, de donde no las estraen mas que á hurtadillas y á medida que van aumentando las necesidades de la colonia. Deseando no acabar demasiado pronto con esta especie, no cojen mas que las necesarias para mantener los vivares bien guarnecidos. La captura ordinaria es de 4 á 500, bien que algunas veces asciende á 1.500. Las tortugas de la Ascension son tan uniformemente gruesas, que durante mucho tiempo se creyó que las hembras cojidas de esta suerte eran tortugas viejas que salian del agua solamente para morir. Las tortugas de las Indias Occidentales, las que se pescan en las costas de la América Española, aunque de la misma especie, no tienen el tercio del peso

de las tortugas de América ; pero su carne es mucho mas fina y delicada.

Siendo las tortugas el principal recurso de la Ascension , no se ha perdonado medio para que continuasen en sus aguas. Así es que no se recibe ni se da el saludo porque el aspecto del cañon les es contrario. A veces hasta prohiben el fumar en la playa , porque se ha experimentado que el olor del tabaco las alejaba. Por último estos animales encuentran en las playas de la isla la misma soledad que en ellas reinaba antes de ser habitada.

Fácilmente se concibe como en medio de tales circunstancias la Ascension es una tierra agreste y melancólica. No se necesitaba nada menos que la paciencia y perseverancia de los Ingleses para hacer frente á una tierra ingrata y carente de recursos , elevar reducos , construir edificios , abrir caminos , edificar un muelle , establecer vivares , cortar rocas y nivelar montañas. Y actualmente , despues de tantos esfuerzos , de tantos trabajos y de tantas contiendas , es acaso la ocupacion de la Ascension de una utilidad real ? El primero que se resignó á habitarla fué el teniente Cuppage que en 1815 condujo á ella veinte y cinco hombres ; en seguida vinieron sucesivamente el mayor Campbell y el coronel Nicolls , el primero con veinte y nueve hombres , el segundo con doscientos veinte y dos ; por último en noviembre de 1828 establecióse en ella el capitán Bate con doscientos veinte y cuatro hombres.

La historia natural de la Ascension no es sobrado larga para estudiada. Apenas se veían algunos helechos que tapizaban las partes mas húmedas de las montañas , antes que los Ingleses hubiesen importado á la isla algunos de nuestros productos agrícolas. Los insectos son numerosos , importunos y malévolos ; vense misticos , escorpiones , cientopies , etc. Por lo que hace á aves , la Ascension no posee mas que la gallineta que frecuenta las playas. El pescado es bueno y abundante. La temperatura de la isla difiere mucho segun las alturas. En la estacion de las lluvias , que es la mas fresca , el minimum del termómetro de Farenhecio en la playa es de 70° y en la montaña de 58°. En las otras estaciones el minimum del calor en la playa es de 92° y en la montaña de 80° : así es que jamas hiela ni reinan huracanes. La monotonía del clima corresponde á la monótona desnudez de la vejetacion.

CAPITULO XXXII.

AZORES. — FRANCIA.

Cuatro horas de hablar con el capitán Bate nos habian bastado para formarnos el me-

jor concepto de este oficial : era un hombre de mucha urbanidad , leal y candoroso como un marino , sin tener nada de la ordinaria groseria del oficio. Para distraerse de su vida monótona , nos acompañó hasta á bordo , donde lo festejámos con algunas botellas de excelente vino , y en seguida el *Mercurio* dejó caer sus velas y procedió al emparejo.

Una travesía por el Atlántico era una cosa insignificante para un hombre que acababa de cruzar en todos sentidos y durante muchos años los terribles y procelosos mares del Sur. Una mesa que me recordaba la vida de Europa , una tripulacion que hablaba mi lengua , diez buques encontrados en el camino , todo me comunicaba una fruicion anticipada de la playa y me preparaba á recibir impresiones ausentes desde tanto tiempo. Despues de haber recorrido las aguas situadas á los 6° de latitud , dirijimos el rumbo cargando la vela hácia alta mar , de modo que pudiéramos llegar á la altura de las Azores , zona de los vientos jenerales. Encontrámos efectivamente el viento de N. O. hácia los 38° de latitud y tomámos el derrotero del E. La travesta habia sido larga y pesada , y á 10 de mayo , cuando percibimos las Azores , á diez leguas sotavento , el capitán Persac se decidió á tomar , pasando por allí , algunos viveres frescos para su tripulacion fatigada. Habiéndose alejado demasiado de nuestra derrota el grupo ó reunion septentrional , resolvió arrimarse á San Miguel. Costeámos pues á gran distancia Fayal y la isla Pico , cuyo majestuoso picacho dominaba todas esas tierras ; despues á una distancia todavia mayor , Terceira , hecha célebre en la guerra reciente que destruyó á Portugal. Continuando la derrota recta al E. , estábamos á 11 de mayo por la noche delante de Ponta-Delgada , capital de la isla San Miguel y la ciudad mas considerable de todo el grupo. Vista desde alta mar á una legua de distancia , esta ciudad presentaba una larga y uniforme linea de casas blancas colocadas en una hilera de colinas cónicas y ligeramente undulatorias cubiertas en su mayor parte hasta la cima de naranjos en flor. Es imposible pintar el efecto que produjo en mí esa naturaleza verde y perfumada , bajo el mas sereno cielo del mundo , y en la mas bella de las estaciones. Todos mis sentidos se abrian á esta atmósfera de Europa , á esta campiña cuyos colores me recordaban mi suelo meridional. Ya no hablaba , gozaba ; aspiraba esas emanaciones odoríferas , seguía todos los por menores de esta poblada playa , las torres de las iglesias , los pináculos de los palacios , los techos de las casas. Desgraciadamente no debíamos ver estas tierras sino á la vela ; y el capitán precisado á volverse no quiso ni aun consentir en darme lugar en la embarcacion que iba á buscar viveres á tierra.

Ponta-Delgada, en cuyo frente bordeábamos á la sazón, es una ciudad de 22.000 habitantes, ciudad activa é industriosa, ciudad de riqueza y de lujo. Como todas las ciudades de Portugal, es mal compuesta y enlosada; pero contiene numerosos y bellos edificios, seis iglesias y doce conventos. El mercado está abundantemente provisto de pescado, volatería, huevos, legumbres de toda especie, naranjos y limones. Una gran parte de la población de Ponta-Delgada se compone de frailes y monjas; estas últimas van mas galanamente vestidas que en otras partes. La ropa es negra ó blanca á elección de la monja, y cortada en ciertos conventos con una elegancia verdaderamente notable. Un hábito de los mas hermosos es el de Nossa-Senhora da Conceição. Encima del vestido blanco hay el crucifijo y la estrella de plata, mientras que el capillo levantado afecta la forma de los tocados de Berna. El aspecto jeneral de la población recuerda la Europa portuguesa en cuanto al tipo, vestido y usos.

El archipiélago de las Azores ocupa en medio del Atlántico una línea de cien leguas del O. N. O. al E. S. E. entre los 36° 69' y los 39° 44' lat. N. y entre los 31° 7' y 25° 10' lonj. O. Los Portugueses lo subdividen en tres grupos distintos: uno que comprende Flores y Corvo, situados á la estremidad O. del archipiélago; otro formando un grupo central con Fayal, Pico, San Jorge, Graciosa y Terceira; el tercero que encierra Sap Miguel y Santa María en un grupo oriental. El descubrimiento de todas estas islas pertenece á D. Enrique, hijo tercero del rey Juan I de Portugal. El mismo D. Enrique despachó en 1431 á Gonsalvo Velho Cabral en busca de un archipiélago, que el año anterior habia apercibido un buque en peligro, mandado por José Vanderberg de Bruges. Cabral encalló en su primer viaje; pero en el segundo fué bastante feliz para encontrar la primera isla del grupo, á la cual dió el nombre de Santa María. Las demas no fueron reconocidas hasta 1460. Fueron llamadas Azores por los primeros navegantes, á causa de la abundancia de una especie de gavilan que hallaron y que los habitantes llamaban *azor*.

El clima de estas islas es casi una primavera perpetua. Los calores son templados por las brisas del mar y por los picos elevados que absorben constantemente los vapores húmedos. El termómetro no varía sino de 50° á 75° de Fahrenheit. El aire es saludable, como puede verse en el vigor y fuerza de los habitantes del país. El único inconveniente del clima es el ser frecuentemente espuesto á huracanes del N. O. y del N., que causan una humedad no saludable y casi constante.

Las tierras de las Azores son evidentemente-

te de formación volcánica; todas traen vestijio de esto, á escepcion de Santa María. El aspecto jeneral es pintoresco y salvaje con risueños puntos de vista. Es casi siempre una cordillera irregular de montañas cónicas ó agudas, que se elevan de dos mil hasta á tres mil pies sobre el nivel del mar. Todas estas montañas ocultan una gran cantidad de manantiales ú orígenes de aguas minerales, cuyas virtudes bienhechoras no están aun utilizadas por los naturales. En este número se citan las de Val de Furnas y de Ribeira-Grande en San Miguel, y las de Ruzofra, junto á Angra, en Terceira. El mas alto grado de calor de estos manantiales es de 8° en el agua hirviendo. Las erupciones volcánicas, sin ser muy frecuentes, se reproducen de cuando en cuando en el archipiélago. En este número se cuenta la de 1445, que formó el lago dicho de las *Siete Ciudades*; y la de 1811, que arrojó fuera del seno del mar la isla de Sabrina, que despues desapareció. Los terremotos todavía son menos raros, sin ser por esto muy peligrosos; los de 1631 y de 1755 han dado esos solos recuerdos desgraciados. Entre estas islas, las mas espuestas á tales fenómenos son Terceira, San Jorge y Fayal. Corvo y Flores no están sujetas á esto.

En parte alguna del mundo el terreno es mas bello, rico, fecundo que en las Azores. Con manos activas é inteligentes, este archipiélago vendria á ser el granero y despensa de todos los navegantes que atraviesan el Atlántico, y se transformaria en un punto de recalo donde todos los productos podrian encontrarse con abundancia. Pero la apatía portuguesa deja medio estériles estos valles tan fecundos, sin cuidarse de subvenir á otras necesidades que las del momento. Sin duda la falta no es debida solamente al carácter de los naturales; el réjimen sospechoso bajo el cual han vivido hasta aquí, la cantidad enorme de brazos que absorbía la vida especulativa del convento, las funestas leyes de sucesion, la falta absoluta de buenos caminos, todo ha contribuido hasta nuestros dias á mantener la agricultura del país en un estado deplorable.

Cuando se descubrió el país, cubrian toda su estension inmensos bosques, á los que se pegó fuego para plantar la caña dulce traída de Candia y de Chipre. Habiendo sido encontrados por el jenio de Colon las l. dias occidentales, agotóse este recurso, y entonces se dedicaron al cultivo de todo linaje de frutas como naranjas, limones y especialmente la vid, que fué llevada de Madera y de Portugal. Este producto ha sido un manantial de riquezas y de fructuosos trueques. Las partes frías de la isla son cubiertas enteramente de viñedos, al paso

que las hermosas *Naturas* del litoral producen trigo y cebada. La economía rural es por otra parte un artículo muerto en esos países. Es verdad que se observan algunas rutinas agrícolas, pero ningún conocimiento teórico. No se conoce método alguno de abono y de amélgas, y por lo tanto la tierra es tan buena, que todo está á punto de producir. Bien cultivadas, las Azores alimentarían á seis millones de habitantes. Las partes mas fértiles del grupo son Graciosa, San Miguel y Fayal. Hace poco que algunos agricultores europeos han introducido en estas islas tan considerable variedad de vegetales, que toda la naturaleza europea parece haber sido trasplantada allí; es de creer que con cuidados bien entendidos y la dirección conveniente se naturalizarían en este punto los árboles y las plantas de todo el globo. El tabaco, el azúcar, el café producen á pedir de boca, así como todas las plantas medicinales que se traen de la América, de la cual las Azores parecen la escalera avanzada. Abundan los tubérculos de toda especie; el mirto crece naturalmente. Las frutas se presentan en mil variedades; al lado del albréchigo y del albaricoque crece el plátano americano. Las flores tienen también este carácter intermedio de los dos continentes. Bajo el punto de vista zoológico, nada tiene el archipiélago que le caracterize. No se encuentra en él ni un animal venenoso. Los caballos son raros, pequeños y bastardos; los asnos, numerosos y soberbios; los bueyes numerosos también y empleados á los mas duros trabajos. Abunda el ganado, mas hermoso en San Jorge y en San Miguel que en otras partes; los carneros son igualmente comunes, pero no se crían sino para obtener su vello, con el cual confeccionan una mala especie de paño para el uso de estas islas. Por todas partes en donde se arrojan manojos de yerbas, acuden á millares las cabras. Los huéspedes de los corrales son los mismos que en Europa.

Los productos agrícolas con algunas cabezas de ganado constituyen todas las exportaciones de las Azores. El archipiélago suministra á la Inglaterra, al Brasil, á la Rusia y á los Estados Unidos veinte mil pipas de vino ó de aguardiente, y doscientas mil cajas de naranjas; á Portugal una enorme cantidad de granos, de tocino y buey salados, malas telas, queso, y ganados. En recompensa de estos géneros, las Azores reciben sal, té, imágenes, crucifijos y reliquias. El número de embarcaciones empleadas en este comercio, es de siete á noventa.

Los habitantes de las Azores son de un natural dulce, apacible y fácil de gobernar. Con una educación mas completa suministrarían indudablemente á todas las carreras sujetos distin-

guidos; pero una ignorancia crasa y supersticiosa pesa sobre estas islas. Hablan una jerga portuguesa que varía de una á otra isla. En cuanto á la física, están mejor instruidos que los naturales de Portugal; las mujeres son mas hermosas y menos morenas, con ojos y cabellos negros. Su fecundidad es proverbial, supuesto que á veces tienen doce, catorce y quince hijos. Los hombres son bien formados, bien proporcionados, fuertes, de una figura espresiva y que recuerda el tipo del pueblo moro, del que descienden. Las clases bajas son proporcionalmente mucho mas distinguidas que en Portugal; dulces, inofensivas, cultas, y aun con buenos guías son industriosas y activas. Se les juzga alicionados á cometer raterías, y pasan plaza de sucios, supersticiosos y fanáticos por la música, como todos los Españoles y Portugueses. El violin es su instrumento favorito. La danza de la isla es el *london*, que por su modo de moverse se parece al bolero de los Españoles. Esta danza ha sido recientemente introducida en la buena sociedad de los habitantes de las Azores. Los hombres del pueblo roídos de sabandijas están espuestos á afecciones cutaneas. La grande ocupación de este pueblo es la oración, y las procesiones constituyen el placer de la multitud.

Los habitantes de las Azores de las clases medianas sobresalen de muy poco al pueblo por sus usos y costumbres; indolentes y bribones no saben honrar su estado, ejerciéndolo de un modo útil y honroso. Las clases elevadas, los *morgados* y la nobleza constituyen, al contrario, una raza altanera y presuntuosa, ignorante y llena de ostentación, tan dura para los inferiores como rastrera respecto de aquellos que la dominan. Los *morgados* son sin embargo caritativos hácia los pobres, benévolos en favor de los extranjeros, de humor dulce y conciliativo. Afeminados y perezosos, acaban sus dias ordinariamente ociosos con la música y el juego. Las mujeres casi todas saben de música, y no salen de casa sino para ir á la iglesia. Sus costumbres, ni mas ni menos que las de los hombres, se parecen á nuestras costumbres de Europa modificadas por el mal gusto portugués. Se dice que estas mujeres son amables é ingeniosas, de un carácter encantador y bueno; de suerte que solo les falta educación.

La historia de las Azores no es larga de contar. Cedidas dichas islas en 1466 por Alfonso V. á su hermana, la duquesa de Borgoña, recayeron en la corona de Portugal despues de la muerte de esta princesa que habia enviado algunos Flamencos para colonizarlas. Españolas de 1583 á 1640, cuando Felipe II hubo cedido la corona de Portugal, fueron la primera colonia que saludó la restauración de los

reyes legítimos y la dinastía de Braganza. Habiendo quedado de Portugal hasta nuestros días, han adquirido en estos últimos años una grande importancia política por su obstinada resistencia en favor del uno u otro de los dos reyes que se disputaban hace poco á Portugal. En la actualidad las Azores se han vuelto de nuevo apacibles, obedientes al movimiento que les ha impuesto la metrópoli, y por pago hecho á espensas suyas, el archipiélago entrega al tesoro de Lisboa un sobrante de dos millones. Pocas colonias ofrecen equidad semejante.

Se ha visto que el archipiélago estaba dividido en tres grupos, que comprenden nueve islas.

SANTA MARIA, la mas meridional del grupo, tiene trece millas de largo sobre nueve de ancho. Se compone de altos acantilados que despues de su formacion no parecen haber sido alteradas por fuegos subterráneos. El terreno en mejor estado de cultivo podria llegar á ser sumamente fértil. La isla está cubierta de árboles pequeños; pero los corpulentos son raros. Los pastos hermosos y pingües alimentan una gran cantidad de ganado. Las aves caseras se hallan á precio muy bajo. Santa Maria tiene una ciudad llamada Porto y tres aldeas; Santo Espírito, Santa Bárbara y San Pedro. Porto magníficamente situada en la cima de una colina que domina el mar, es defendida por un pequeño castillo. El ancladero es malo. Se cuentan 1.800 almas en Porto. Entre las aldeas no se puede citar sino á San Pedro, que contiene 1.000 habitantes.

SAN MIGUEL tiene cuarenta y cinco millas del E. N. E. al O. S. O. Mas que alguna isla de las Azores, contiene en su terreno la prueba de su origen volcánico. Se evalua su poblacion total en 110.000 habitantes. Entre las ciudades que encierra, se ha visto ya la capital, á saber, Ponta-Delgada. La ciudad que sigue despues de esta por su importancia es Villa-Franca, situada á algunas leguas S. E., y una de las mas antiguas ciudades de San Miguel. En su origen esta isla estaba situada en la parte del O.; permaneció allí hasta 1522; pero á esta época una erupcion volcánica del *Pico de Fogo* conmovió en sus cimientos las colinas de Lorical y de Rubaçal, y las precipitó sobre la ciudad. Cuatro mil habitantes perecieron bajo esas moles; pero en el mismo lugar se reedificó al momento una ciudad que actualmente cuenta 5.000 habitantes, ciudad notable por sus monasterios, iglesias, castillo y batería de la playa. Ninguna ciudad litoral se presenta mas favorablemente á los navegantes que vienen de lejos, ninguna tiene cercanías mas fértiles. Para gozar bien del punto de vista que ofrece, es necesario ir á un pequeño islote volcánico situado á una legua de distancia. Desde

allí se vé, al abrigo de una cordillera de montañas, blanquear una linea de casas separadas con ramas verdes; aquí fortificaciones, allí campanarios de iglesias, mas lejos edificios públicos; el todo en el seno de un paisaje encantador y á las orillas de un mar apacible que anima una multitud de barcos (Pl. LXX.—1). Alagoa, Povoação, Fenaës de Ajuda, Nordeste con 2.500 habitantes, Ribeira-Grande, Rabo de Peixe, Mosteiros completan la serie de ciudades y aldeas de alguna importancia que encierra San Miguel. Entre muchos picos encumbrados se ven los de Maffra, de Pico do fogo ó Pico do Varra. De lo alto de estas cimas se descubren todos los accidentes sobrevenidos en pos de los terremotos. El primero remonta á Cabral, y parece haber aniquilado una parte de la poblacion. El segundo es el que en 1522 destruyó completamente Villa-Franca. Han ocurrido posteriormente otros en 1638, 1632, 1691, 1719, 1723, 1755; en fin en 1810 y en 1811 dos terremotos acompañados de síntomas volcánicos conmovieron de nuevo toda la isla, é indujeron á temer por su total aniquilamiento.

TERCEIRA, casi redonda, tiene veinte millas de largo, sobre una anchura mediana de trece millas. Sus habitantes fueron en todas épocas la cabeza de la poblacion de las Azores; en 1580 se opusieron con energía á la usurpacion del rey de España Felipe II y, reducidos por la superioridad numérica, no cayeron hasta 1583. Terceira contiene una poblacion de 40.000 almas con tres ciudades y quince villorios. Angra, su capital, disfruta de una situacion pintoresca á las orillas de un ancon que se interna mucho en las tierras. Es defendida por la parte del S. por la fortaleza del Monto-Brasil, al N. por el fuerte San Sebastian, separados uno de otro por tres cuartos de milla poco mas ó menos. La ciudad que se manifiesta con sus casas ordenadas ofrece un lujo de conventos y palacios que obran en su favor. Las ruínas de un castillo español la coronan y guarnecen. Pero lo que da mas realce á esta pintura es una magnífica campiña situada al S. de la ciudad y llamada Terra-Cha, jardin fragante de la isla, donde los nobles y morgados de Terceira tienen sus casas de recreo. La ciudad de Angra, ademas de su espléndida situacion, tiene como ventaja interior calles regulares y aseadas que se cortan todas á ángulos rectos; tiene casas bien edificadas, casi todas altas de tres pisos. Por desgracia las calles son mal enlosadas y las casas desfiguradas por sus toscas ventanas moriscas, circunstancia sobrado comun en todas las casas de las colonias españolas ó portuguesas. Angra, como á puerto, presenta pocas ventajas, por estar su ancon abierto á casi todos los vientos desde el N. hasta el S. O.; así que, en la mala estacion los navíos se ven forzados á acercarse á la en-

1. *Pico de Villa Franca (Islas Azores)*
 1. Vista de Villafraanca (Islas Azoras)

2. *Pico de Villa Franca (Islas Azores)*
 2. P'ayal Isla Azoras

no. 1. 1. 1. 1.

1. 1. 1. 1.
 1. 1. 1. 1.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

trada de la bahía por veinte y ocho á treinta brazas de fondo.

Después de Angra, Terceira contiene muchas ciudades de segundo orden: Praya, que tiene 1.200 almas de población, iglesias, conventos, fuertes y jardines; después las aldeas ó ciudades Cabo da Praya, Fontebastarda, San Sebastian, Vilanova, Aguaya, Cuatro-Ribeiras, Biscoitos, Altares, San Bartolomé, San Mateo y Santa Bárbara.

San Jorge es una isla prolongada y estrecha de treinta y cinco millas sobre cinco, cortada en su estension por una escarpada y montañosa ribera que forma una llanura de dos mil pies sobre el nivel del mar. Al E. y al O. es flanqueada de dos islotes volcánicos. Su capital es Velas, ciudad de 4.000 almas, situada en las orillas de una ancha bahía que ofrece un ancladero bastante seguro. La ciudad está rodeada de murallas por la parte del mar, y por otra arrimada á colinas guarnecidas de pequeños fortines, pero sin cañones. La población entera de San Jorge es de 20.000 almas.

GRACIOSA tiene doce millas de largo sobre seis de ancho, y alimenta 12.000 almas. Su capital Santa Cruz, que contiene 3.000, no tiene sino un ancladero peligroso y abierto á todos los vientos.

FAYAL, de doce millas de longitud y de diez de anchura, tiene una forma circular, y se eleva por ondulaciones graduales hasta un pico majestuoso que domina el mar de tres mil pies (Pl. LXX. — 2). Es una isla mucho menos casajosa que Terceira y San Miguel. Posee una gran cantidad de terreno cultivable del cual apenas se labra la cuarta parte. La capital es Horta fundada en 1460 por el primer colonista Job de Auerta, de quien tomó el nombre. Se evalúa su población en 10.000 almas. Está situada en una profunda bahía terminada al N. por un alto y escabroso promontorio, á la cumbre del cual hay un telesforo; y al mediodía la punta casajosa de Ponta da Guia. La ciudad se eleva como por ladrillas ó hiladas de piedra en el fondo de la bahía, con sus iglesias y conventos, ornamento reconocido de todas las ciudades de las Azores. Las calles son estrechas é irregulares; los fuertes en bastante buen estado, pero mal montados. De todas las radas del archipiélago la rada de Horta es sin contradicción la mejor y la mas segura. De una milla á poca diferencia de profundidad, está defendida al E. por las tierras gigantescas de Pico, que solo están lejos de allí cuatro millas, y al N. por la isla San Jorge, que, puesta transversalmente, detiene la violencia de las olas. Los vientos del S. E. al S. S. O. y aun del S. O. son los solos que se deben temer en este ancladero, y aun su acción es muy amortiguada por una corriente que se dirige en sentido con-

Tomo III.

trario, y que temple el servicio de los cables. Horta, como el mejor paraje marítimo de las Azores, posee un pequeño arsenal. El territorio de Fayal se halla jeneralmente en mejor estado de cultivo que el de las demas islas. Todas las cosechas son abundantes, y las provisiones pueden hacerse á precios módicos. Así en este punto es adonde vienen casi todos los navios americanos para la pesca de la ballena, para procurarse víveres. En Horta pues se despacha la mayor parte de los vinos de las Azores, enviando allí todas sus cosechas los propietarios de Pico, isla la mas fértil en este jénero de producto. El vino de Pico, en jeneral seco y fuerte, es buscado para la América, porque se presta á las mezclas.

Pico en su forma longitudinal tiene treinta y cinco millas de longitud sobre ocho de anchura al punto donde se desarrolla mas en este sentido. Su superficie es cortada por un alta cordillera volcánica, terminada al O. por el famoso pico que ha dado su nombre á la isla. Este pico, segun cálculos exactos y recientes, cuenta 6.700 pies sobre el nivel del mar. La isla contiene 30.000 habitantes que viven, como en otras partes, casi todos en la costa, diseminados en tres ciudades y muchas aldeas, á saber: al S. Lagens, la capital; Riveiras, Calheta de Nesquim y Ponte da Piedade; al N. Ribeirinha, San Roque, San Antonio, Santa-Lúgia y Bandeiras; al O. la ciudad de Magdalena y las villas de Candelleria, San Mateo, San Joao y Silveira.

De todos estos lugares no hay uno solo que sea accesible á las embarcaciones. La costa está rodeada de inaccesibles rocas, y apenas se encuentra en Lagens, la capital, un malo y pequeño ancon para los barcos costeros. Pico posee los mas hermosos bosques de las Azores como los mas fértiles viñedos. Se recojen, en el año comun, dos mil quinientas pipas de vino. Los habitantes de Pico son atrevidos, bellos, robustos y laboriosos. Sus costumbres, montañesas todas, no se parecen á las de los demas isleños. Así, cuando ellos van á Horta para vender sus mercancías, los toman por semi-selvajes. Son buenos viñadores y excelentes pescadores.

El Pico de la isla cuenta varias zonas. Desde la playa del mar hasta cerca de un tercio de su altura, está cubierto de magníficos cultivos, de plantaciones y de verjeles de naranjos. En la zona central se ven cedros, mirtos, enebros inmensos y helechos; vejetación que en la zona superior es reemplazada por las plantas alpestres, los líquenes y los musgos. En el punto culminante de la montaña hay un cráter de cerca doscientos pies de profundidad, accesible solamente por el lado del N. E., en donde se encuentra una abertura. Este cráter, co-

mo el del Etna, es negro y sombrío en el interior; pero lo que le distingue de todos los demás volcanes conocidos es un cono piramidal que se alza del centro del cráter, y que le descuella de cerca de doscientos pies. Con esta señal se reconoce el pico á distancias considerables. Lagens, la capital de la isla, está situada cerca del pico. De lo alto del terraplen en donde se enarbola el pabellon, se puede distinguir el gigante con su capucho de nieve, mientras que al pie y en las orillas del ancon se estienden las casas de los nobles y de los morgados, sobre las cuales descuella la torre de la iglesia gótica (Pl. LXX.—3).

CORVO y FLORES, aunque separadas del grupo central por una gran distancia, forman igualmente parte del archipiélago de las Azores. Se recojen granos y se crían ganados. Corvo tiene buenas radas; Flores es mas considerable, mas rica y mas fecunda; tiene dos ciudades, Santa Cruz y Lagens, y alimenta nueve mil habitantes.

Estábamos ya surtidos completamente de víveres, y el *Mercurio* habia doblado San Miguel por el N. Las brisas del O., frescas y no interrumpidas, lo impelían desde diez dias hácia el golfo de Gascuña, cuando á 22 de mayo por la mañana el centinela de las cofas exclamó: «Tierra! tierra delante de nosotros!» Era la Francia, la Francia, mi suelo natal, que no habia visto desde cuatro años. Subí á la cubierta medio vestido, sobrecojido como por un ensueño, no pudiendo hablar, mirando apenas, mudo y en éstasis! Con que pasmo seguía con la vista aquella linea indecisa que diseñaba los contornos de una masa opaca! Temía por cierto sobremanera que el marinero no se hubiera engañado; temía que esta apariencia lejana no desapareciese como una ilusión; así que no aparté de ella mis miradas por temor de perderla y no encontrarla mas. Un grito me habia sumido en aquel espasmo; otro grito me sacó de él: «Piloto, sotavento, piloto!» Ya no me cabía la menor duda. Estábamos en Francia; veíase á lo lejos la torre del faro, colocada sobre su arrecife. «Oh! bravo piloto de Royan! Aportad, si, aportad lo mas pronto posible! es un pasajero que acaba de dar su vuelta al mundo, un judío errante por mucho tiempo por la Oceanía, que finalmente desea hacer una larga detención en territorio francés. Jamas, piloto, guías-

teis hácia los pasajes del rio un destino mas errante y mas digno de reposo.»

Acércase la embarcación. Por espacio de algunos minutos veíase á lo lejos como el ala de una paviota, ó como una ola encrespada, y he aquí que va tomando cuerpo, se desliza por el agua y va moviéndose sobre la marejada. Venga pronto una cuerda de amarra! La arrojan; el piloto de puerto se ha acercado; se halla á bordo, él es capitán y timonero; ha tomado el mástil y manda.

Cuando al regreso de una larga navegación se divisa de nuevo la playa nativa, ofrécese al pasajero, y aun al marino, una hora de indecible alegría y de exaltación ó entusiasmo febril. Yo lo esperímenté entonces; á cada objeto nuevo que se presentaba, esta sensación parecia redoblar en mi ánimo, sobrevinieron diversos parasismos antes que pudiera restablecerse el equilibrio. La torre de Cordouan que parece contemplarse en el agua, el canal tortuoso del rio, este verdor, estas aldeas, esta población; Royan y Pauliac, Blaye y su ciudadela desarrollándose á la vista de nuestra navegación por el rio en medio de árboles en flor, de viñedos que brotaban, de pájaros que gorjeaban, de navíos que surcaban las olas: cuantos objetos en dos dias! Qué recuerdos sacados del fondo del alma, recuerdos que parecían el fruto de un ensueño! Qué serie de alucinamientos májicos y pasmosos, en los cuales me dejaba mecer vagamente!

Estas dulces visiones duraban todavía, cuando se me apareció Burdeos, la reina del comercio, con sus pretilles cubiertos de cabezas, con los rechinos de sus cien poleas, sus aduaneros con fracs verdes, distribuidos sobre los puertos, sus edificios grandiosos, y sus calles cortadas cual tablero de damas (Pl. LXX.—4). Puedo asegurar que para vivir todavía algun tiempo en este mundo de ilusiones hubiera deseado no abandonar el navío, pues no me parecía sino que la tierra me reservaba escenas nada satisfactorias.

De esta suerte, y después de cuatro años de peregrinación, veía de nuevo á mi patria, llevándolo todo conmigo, como Bias, rico de una multitud de hechos que habia recojido. Tal es el botín de mi viaje, tal es el resumen de las largas observaciones que acabo de presentar á la luz pública.

2. — *Phon. a. Phon. a. Phon.*
a. Phon. a. Phon.

2. — *Phon. a. Phon. a. Phon.*
a. Phon. a. Phon.

PITTSBURGH
PITTSBURGH

2. — *Phon. a. Phon. a. Phon.*

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

DEL TOMO TERCERO.

	Páginas.		Páginas.
CAPÍTULO I.		CAPÍTULO XV.	
Malasia.—Java.	1	Nueva Zelandia.—Jeografía y producciones.	129
CAPÍTULO II.		CAPÍTULO XVI.	
Java.—Jeografía jeneral.—Costumbres, religión.—Antigüedades.—Historia.	10	Nueva Zelandia.—Indígenas.	132
CAPÍTULO III.		CAPÍTULO XVII.	
Australia (Nueva Holanda).—Puerto del Rey Jorje.	19	Islas Macquarie, Auckland, Campbell, Chatham, Macauley y Norfolk.	144
CAPÍTULO IV.		CAPÍTULO XVIII.	
Australia.—Isla de los Kangarous.—Puerto Western.	26	Nueva Caledonia.	148
CAPÍTULO V.		CAPÍTULO XIX.	
Australia.—Nueva Gales del Sur.	30	Nueva Caledonia.—Historia.—Habitantes.—Producciones.	153
CAPÍTULO VI.		CAPÍTULO XX.	
Australia.—Descubrimiento y jeografía.	43	Islas Onou-Afou, Allou-Fatou y Rotouma.	158
CAPÍTULO VIII.		CAPÍTULO XXI.	
Australia.—Indígenas.	57	Islas Guilbert y Mulgrave.	170
CAPÍTULO IX.		CAPÍTULO XXII.	
Colonias inglesas de la Australia.	61	Islas Marshall.	178
CAPÍTULO X.		CAPÍTULO XXIII.	
Tasmania (Tierra de Van-Diemen).—Hobart-Town y sus cercanías.	66	Carolinas orientales.—Isla Ualan.	183
CAPÍTULO XI.		CAPÍTULO XXIV.	
Tasmania.—Descubrimiento.—Colonización.—Indígenas.	69	Islas Carolinas.—Islas Mac-Askill, Duperrey, Hogoleu y Tamatam.	196
CAPÍTULO XII.		CAPÍTULO XXV.	
Tasmania.—Jeografía y producciones.	78	Islas Marianas.—Gouaham.	205
CAPÍTULO XIII.		CAPÍTULO XXVI.	
Nueva Zelandia.—Bahía Dusby.—Canal de la Reina Carlota.	79	Islas Marianas.—Historia y jeografía.	215
CAPÍTULO XIV.		CAPÍTULO XXVII.	
Nueva Zelandia.—Descubrimiento é historia.	101	Carolinas occidentales.—Islas Elivi, Gouap y Pelew.	232
		CAPÍTULO XXVIII.	
		Islas Pelew.—Naufragio del Antelope.	236

	Páginas.		Páginas.
CAPÍTULO XXIX.		CAPÍTULO XXXI.	
Travesía. — Pesca de ballenas. — Islas Galápagos. — Juan Fernandez. — Cabo Horn.	260	Santa Helena. — Ascension.	271
CAPÍTULO XXX.		CAPÍTULO XXXII.	
Islas Malvinas.	267	Azores. — Francia.	277

FIN DEL ÍNDICE DE LOS CAPÍTULO DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.

30

su
Card
Aiou
Aiou-1
Aitou-1
Alagoa

THE
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATION

TABLA

ALFABÉTICA Y ANALÍTICA

DE LAS DENOMINACIONES GEOGRÁFICAS Y DE LOS APELLIDOS Y NOMBRES DE LOS OBJETOS NOTABLES
MENCIONADOS EN EL VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO.

NOTA. — Los nombres de lugares, de pueblos, de montañas, de ríos, etc. están en letra cursiva. — Los de dignidades, de sectas, de monumentos y de cosas en carácter redondo. — Los de viajeros, de historiadores y de caudillos salvajes en versalitas.

A.

- ARBA-THULLE**, jefe de las islas Pelew. III, 238.
— Retrato, *id.*
- Abdou*, isla del grupo Aïou. II, 347.
- Abgarri*, isla de la Nueva Hanóver. II, 323.
- Abundancia* (bahía de la), Nueva Zelandia. III, 131.
- Acapulco* (historia del galeon de). I, 253.
- Achem*, reino de Sumatra. Historia, I, 188, 189. Descripción, 189, 190.
- ACKERMAN**, médico francés. I, 73.
- Azores* (archipiélago de las). Historia, III, 276.
— Descripción, 277. — Habitantes, costumbres, 277. — Jeografía, 278, 279.
- Adam*. V. Roua-Poua y Nouka-Hiva.
- Adam* (pico de), en Ceylan. Descripción. I, 95, 96.
- ADAMS**, marinero inglés del *Bounty*, funda la colonia de la isla Pitcairn. II, 105. — Su historia, 106, 107.
- Adams*, isla del grupo Auckland. III, 145.
- Adventura*, isla del archipiélago de Pomotou. II, 114.
- Agagna*, ciudad de Gouaham. III, 206. — Descripción, 209.
- Agnés* (rapto del). III, 120.
- Agou-Gni*, islas. I, 349.
- Aguaya*, ciudad de Terceira. III, 281.
- Aguigan*, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
- Agujas* (banco de las). I, 55.
- Aïlou* (grupo de las islas), archipiélago de las Carolinas. III, 255.
- Aïou*, grupo de islas. II, 347.
- Aïou-Baba*, isla. II, 347.
- Aïtou-Taki*. V. Waitou-Taki.
- Alagoa*, ciudad de San Miguel. III, 250.
- Albatros**. I, 48.
- Albay*, volcan de las Filipinas. I, 267.
- Alboran*, islote. I, 8.
- Albreda*, ciudad de Gorea. I, 32.
- ALBUQUERQUE**, viajero portugués. I, 194.
- Aljeciras*, ciudad de España. I, 9. — (combate de), 9.
- ALLARD**, oficial francés de Lahora. I, 155.
- Allen*, isla del archipiélago Salomon. II, 309.
- Allou-Fatou*, islas. III, 160. — Descripción de Schouten, 160. — Costumbres, 163.
- Alpes Australes*. V. Warragong.
- Altare*, ciudad de Terceira. III, 254.
- Amakata*, isla de la Nueva Bretaña. II, 320.
- Amarapoura*, isla del archipiélago Tonga. II, 202.
- Amboine*, isla y ciudad de las Molucas. — Descripción. II, 359, 362. — Comercio, 363. — Usos y costumbres, 364.
- Ambrim*, isla del archipiélago de las Nuevas Hébridas. II, 274.
- AMHERST**, embajador inglés en la China. I, 327.
- Amherst*, ciudad de Birmania. I, 171.
- Amirantés*, islas. I, 84.
- Almirantazgo* (bahía del), Nueva Zelandia. III, 83.
- Almirantazgo* (islas del). II, 370. — Descripción, 371. — Grande isla de este nombre. 380.
- Amsterdam*, isla V. Tonga Tabou. II, 202.
- Anaa*, isla. II, 116.
- Anacoretas*, islas del grupo del Almirantazgo. II, 325.
- Anambas* (archipiélago de los). I, 218.
- Anataxan*, isla del archipiélago de las Marianas. III, 203.
- Andamans* (archipiélago de los). I, 174.
- ANDERSON**, naturalista inglés. I, 187, 189.
- Andevourante*, rio de Madagascar. I, 79. — Burgo, 79.

Andoua, isla del archipiélago Viti. II, 249.
Andoumatis (canal de), Maldivas. I, 86.
Anga-Tabou, monumentos de la isla Vaïhou, II, 110.
Ang-Haia, islas, del archipiélago Viti. II, 246.
Angour, isla del grupo Pelew. III, 253.
Angras, ciudad de Terceira. III, 263. — Descripción. 264.
Animas, isla, V. Manon.
Anna, isla, archipiélago Salomon. II, 310.
Annotom, isla, archipiélago de las Nuevas Hébridas. II, 272.
Anónima, isla. V. Ounoun.
Anouda, isla. II, 297.
ANSON, en Juan Fernandez. III, 270.
Antavares, puebla de Madagascar. I, 80.
Antelope (naufrajio del). III, 236.
Antípoda, isla. III, 186.
Antsianake, río de Madagascar. I, 80.
Aoura, islote, grupo Duperrey. III, 197.
Api, isla, Nuevas Hébridas. II, 274.
Apolo, isla, archipiélago Viti. V. Kambara.
Aprá, bahía de Gouaham. III, 240.
ARAGO (Santiago) pintor francés, viaje á Hawaii. II, 62.-63. — Describe Tipian y Rota. III, 212.
Arakichieff, isla, archipiélago Pomotou. II, 114.
Árbol del viajero. I, 70.
Árbol (cabo del), de Taiti. II, 130.
Areois, clase de Taiti. II, 178.
Arfakis (montes), Nueva Guinea. II, 377. — Puebla, 378.
Arigle, río de la Australia. III, 80.
Ariis, jefes de Hawaii. II, 68.
Arikis, jefes de los jefes, Nueva Zelandia. III, 70.
Arimoa, islas de la Nueva-Guinea. II, 326.
Armstrong, isla del grupo Harvey. II, 45.
ARRA-KOOKER, hermano de Abba-Thulle. III, 230.
Arrecipos, islas. V. Providencia.
Arrou, grupo de las Molucas. I, 89.
Arsácides (tierra de los). V. Archipiélago Salomon. — (isla de los). II, 310.
Arturo, isla del grupo Brown en el archipiélago de las Carolinas. III, 180.
Artingall, distrito de la isla Babelthouap. III, 253.
Arzobispo, isla. V. Bonin-Sima.
Ascension, isla. Descripción é historia. III, 249.
Asia, grupo. III, 35.
Asuncion, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Astrolabio, abra de la Nueva Zelandia. III, 21.
Ata-Hourou, morai de Taiti. — Atakounbo. V. Lagüemba.
Atlántica, isla del grupo Gilbert. III, 174.
Ataram, río de Birmania. I, 170.

Atata, isla del archipiélago Tonga. II, 200.
Atouas, dioses de Nouka-Hiva. II, 30.
Atoui, isla. V. Watiou.
Auckland, grupo. III, 144.
Aur, (grupo de las islas), en el archipiélago de las Carolinas. III, 233.
Aur, isla. III, 234.
Aurora, isla de las Nuevas Hébridas. II, 275.
Aurapig, grupo de islotes en el archipiélago de las Carolinas. III, 230.
Australia. — Descripción. III, 19. — Historia, 43. — Escursiones al interior, 47. — Geografía, 51. — Historia natural, 52. — Retrato de los indígenas, 57. — Habitaciones, 58. — Armas, 59. — Bailes, 60. — Supersticiones, 60. — Colonias inglesas, 61.
Ava, reino. I, 91. — Costumbres, 92. — Descripción, 93. — Ciudad, 93.
Avon, río de la Australia. III, 35. — (caverna del).
Ayer-Raya, volcan de Sumatra. I, 315.
Azata, isla del archipiélago Viti. II, 247.

B.

Babao, aldea de Timor. III, 38.
Babber, islas de las Molucas. III, 23.
Babelthouap, isla del grupo Pelew. III, 253.
Babirussa. II, 385.
Babuyanas, isla del archipiélago de las Filipinas. I, 312.
Backstaire (paso de). I, 285.
Bahia, provincia del Brasil. I, 35. — Ciudad, 36.
Baily, isla del archipiélago de Bonin-Sima. II, 45.
Balabea, isla de la Nueva Caledonia. III, 154.
Balada, abra de la Nueva Caledonia. III, 155.
Balambangan, isla. II, 376.
Balaou, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Bald-Head, península de la Australia. III, 19.
Baleares, islas. — Descripción, usos, costumbres. I, 4-7.
Bali, distrito de Java. III, 9. — isla 9.
Bancalang, capital de Maduré. III, 6.
Banchock, ciudad de Siam. I, 201. — Descripción, 204. — Costumbres, 215.
Banda, grande archipiélago de las Molucas. II, 363. — Descripción, 363.
Bandeiras, ciudad de Pico. III, 249.
Bankam (grupo de las islas), archipiélago de las Carolinas. III, 253.
Banianos (árbol de los). I, 159.
Bantou-Wangui, distrito de Java. III, 9.
Banjermassing, río de Borneo. II, 376. — Estado de este nombre, 380.
Banka, islas, Célebes. II, 348.
Banks, isla del archipiélago de las Nuevas Hébridas.

- Bantam*, isla. I, 92.
Bantam, estado de Java. III, 11.
Bantaman, cabo de Java. III, 5.
Banoua-Batou, isla del archipiélago Viti. II, 246.
BARBIER, oficial francés en Manado. Su historia. II, 349.
Barclay, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.
BARDLEY. Su historia. III, 32.
Baring (grupo de las islas), archipiélago de las Carolinas. III, 253.
BARKER. Su excursion al Lofti. III, 27.
Barrackpouur, ciudad del Indostan. I, 133.
BARROS (Juan de), historiador portugués. I, 186.
BARROW, viajero inglés. I, 54, 330.
Barrow, isla del archipiélago Pomotou. II, 112.
Barrow, isla de la Australia. III, 51.
BASS. Visita la Australia. III, 46. — La Tasmania, 73.
Bass (estrecho de), Australie. III, 51.
Bass (grupo de). II, 164.
Bassilan, islas del archipiélago de las Filipinas. I, 271.
Batabang, provincia de Siam. I, 214.
Batavia. III, 1. — Descripción, 2. — Costumbres, 4. — Residencia de este nombre, 5.
Bateles de ánades. I, 355.
Bathurst (llanos de), Australia. III, 33.
Batigui, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Batoua, isla del archipiélago Viti. II, 245.
Batou-Bara, ciudad de Sumatra. I, 190.
Batou-Bara, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Batou-Gadja, palacio del gobernador de Amboine. II, 361.
Battas, pueblo de Sumatra. I, 187, 190.
Batticola, fortaleza de Ceylan. I, 94.
BAUDIN, viajero francés, visita la Australia. III, 46. — La Tasmania, 73.
Bauman, isla. V. Hamoa.
Baux, V. Nouka-Hiva.
Bayaderas. Su educacion. I, 114.
BEECHY, viajero inglés: visita las islas Liou-Tcheou. I, 346. — La isla Waïhou. II, 103. — La isla Pitouiro, II, 107. — La isla Gambier, II, 110. — El archipiélago Pomotou, II, 112.
Bedahs, pueblo de Ceylan. — Usos y costumbres. I, 92.
BELL, médico ruso. I, 318.
Bella-Americana (la), goleta americana en Hawaï. I, 42.
BELLINGHAUSEN, viajero ruso. I, v.
Bellinghausen, isla del archipiélago Taiti. I, 132.
Bellona, isla del archipiélago Salomon. II, 311.
Benares, ciudad del Indostan. I, 161.
Bengalas, rio del Brasil. I, 41.
Bengala, historia. I, 153, 160. — (golfo de). I, 99.
BENI-LONG, indijena de la Nueva Gales del Sur. — Su historia, III, 36.
Benjuí (cosecha del). I, 177.
BENIOWSKI, polaco. Sus aventuras en Madagascar. I, 75. — En Macao, 277. — En Liou-Tcheou, 345.
Ben-Lomond, montaña de Tasmania. III, 67.
BENTINCK, gobernador de la India. I, 156.
Berapi, volcan de Sumatra. I, 175.
Bergh, islas. V. Hogoleu.
BERTHELOT, naturalista francés. I, 23.
Betanimenes, pueblo de Madagascar. I, 81.
Betel, su cultivo. I, 176.
Betisaras, pueblo de Madagascar. I, 81.
Bewan, capital del reino de Soulou. I, 271.
Bexukie, distrito y ciudad de Java. — Descripción. III, 8.
Bidondo, arrabal de Manila. I, 241.
Bigali, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 258.
Bigar (grupo de las islas), archipiélago de las Carolinas. III, 255.
Bird, V. Mogou-Manou.
Birmaniam. Descripción. I, 166. — Historia, 164. — Costumbres, 172.
Biscoitos, ciudad de Terceira. III, 258.
Bishop Junction Islands. V. Eregup.
Bisayas, islas de las Filipinas. I, 267. — Descripción. 268.
Bijoké, distrito de Guilolo. II, 357.
Biva-No-Mit-Sou-Oumi, lago del Japon. I, 374.
Bivoua, islas del archipiélago Viti. II, 248.
Blaka. V. Motou-Iti.
Blaye, ciudad de Francia. III, 278.
Bligh, isla del archipiélago de las Nuevas Hébridas. II, 276.
BLIGH, viajero inglés. I, iv, — En Taiti, 138. — Visita la Tasmania. III, 71.
Blood-Wood, arbol de sangre. III, 148.
Bluff, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Boa-Vista, isla del Cabo Verde. I, 35.
Bois-Duval, isla del grupo Hogoleu. III, 198.
Bola-Bola. V. Bora-Bora.
Bombay, provincia, I, 199.
Bombetoc, ciudad de Madagascar. I, 81.
Bonang, cabo de Java. III, 5.
BONECHRA, Español, visita Taiti. II, 137.
Bons, isla. II, 347.
Bont (golfo de), Celebes. II, 354. — Estado de este nombre, 354.
Bonin-Sima, archipiélago. I, 391.
Bonhain, distrito de Célebes. II, 353.
Bonzos. I, 309.
Bora-Bora, isla del archipiélago Taiti. Descripción. II, 132.
Bordelesa, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 258.
Borneo, isla. II, 376. Descripción, 377. — Jeografía, 378. — Habitantes, 379.

Boro-Bodo, templo de Bouddha en Java. III, 17. — Descripción, 18.
Borrell, cabo de la Nueva Zelandia. III, 107.
BORY-ST-VINCENT, naturalista francés. I, 67.
Boston, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 253.
Bouddhismo, en Ceylan, I 92. — En el Tibet. 141. — En el Japon. 386.
Boudeuse, isla del Almirantazgo. II, 325.
Boudoir, isla. V. Maítia.
BOUGAINVILLE, viajero francés. I, III. — Su permanencia en Taíti. III, 134. — Descubre las islas Hamoa, 178. — En las Nuevas Hébridas, 263. — En las islas Salomon, 303. — Nueva Guinea, 332. — Australia, III, 45. Malvinas, 260.
Bougainville, isla del archipiélago Salomon. II, 309.
Boughis, pueblo de Célebes. II, 355.
Bouka, isla del archipiélago Salomon. II, 246.
Boulecomba, distrito de Célebes. II, 353.
BOUNGARI, jefe de la Nueva Gales del Sur. III, 37.
Bounakin, isla de las Célebes. II, 348.
Bounty, islas. III, 145.
Bounty, revuelta de este buque. II, 138. — En Taíti. 138.
Bou-O-Kahavari, volcan de Hawaii. II, 27.
Borbon, isla. — Descripción. I, 66-68. — Costumbres, 69-71.
Bournaud, isla. V. San Juan.
Bourou, estrecho. II, 358. — Isla, 359. — Ciudad, descripción. 359.
Bouton, isla de las Célebes. II, 354.
Bou, isla. V. Heiou.
Boyd, rapto de este buque. III, 116.
Brama, dios de la India. I, 95.
Bracmanismo. I, 138.
Brambanan, templo de Bouddha en Java. III, 17. — Descripción, 17.
Bracmanes. I, 142.
Brava, isla del Cabo Verde. I, 35.
Break-Sea, isla de la Australia. III, 20.
Brasil. Jeografía. I, 42. — Costumbres, 43.
Briars, cascada de Santa Helena. III, 270. — Quinta de recreo, 271.
Brisbane, rio de la Australia. III, 52.
Britannia, isla de la Nueva Caledonia. III, 148.
Britomart, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
Bronus, islas. V. Brown.
BROUGTON, viajero inglés, su recalo en las islas Chatam. III, 145.
Brown, grupo de islas en el archipiélago de las Carolinas. III, 256.
Brumai. V. Borneo.
Buckland, isla del archipiélago de Bonin-Sima. I, 391.
Buena-Vista, archipiélago Salomon. II, 310.

Búfalos. — Caza de este animal. I, 252.
Buitenzorg, palacio del gobernador de Java. III, 2.
Burdeos, ciudad de Francia. III, 282.
Button, islas. V. Tagai.
Buyers, islas del archipiélago Pomotou. II, 114.
Byam, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
BYRON, viajero inglés, hace mansion en Hawaii. II, 2. — En Maouti, 168.
Byron, isla del grupo Gilbert. III, 260. — Costumbres, 261.

C.

Cabo da Praya, ciudad de Terceira. III, 281.
CABRAL, Portugués, descubre las Azores. III, 278.
Cabrera, isla. I, 6.
CABRI, aventurero francés. Su mansion en Nouka-Hiva. II, 90.
Caen, isla de la Nueva Hanóver. II, 323.
Cayeli, ciudad de la isla Bourou. II, 358.
Calcuta, descripción. I 129-173.
Calheta de Nasquim, ciudad de Pico. III, 281.
Calloura, ciudad de Ceylan. I, 98.
Calvert, islas. V. Verdes.
Camarinas, islas del archipiélago de las Filipinas. I, 466.
Cambridge, golfo de Australia. III, 51.
Campbell, capital de la Nueva Zelandia. III, 86. — Isla de este nombre, 144.
Camoens (gruta de), I, 276.
Cámfora. I, 177.
Canal imperial en Canton. — Descripción. I, 325.
Canaria (la gran). I, 25.
Canarias, islas. Historia. I, 16-27.
Candelaria, pueblo de Pico. III, 281.
Canga (suplicio de la), en China. I, 308.
Canibales (abra de los), Nueva Zelandia. III, 83.
Canton. Descripción. I, 253. — Habitantes, 295. — Costumbres, 297. — Poblacion, 294. — Comercio, 300. — Usos, 302. — Teatro, 303. — Habitaciones, 305. — Religión, 309.
Cañonera (la), fragata francesa. — Su combate, I, 108.
Cabo (el), ciudad. — Costumbres. I, 52. — Descripción, 51.
Cabo Verde (islas del). I, 35.
Capricornio, isla de la Australia. III, 51.
Caraga, ciudad de Mindanao. I, 270.
Caran, punta de Java. III, 1.
Carimon, islas. I, 195.
Carimon-Java (isla de). I, 195.
Carlschoff, isla del archipiélago Pomotou. II, 115.
Carolina, isla. II, 171.
Carolinas (archipiélago de las). Orientales. III,

83. — Occidentales, 232. — Jeografía, 255.
Carpentaria (golfo de), Australia. III, 51.
CARTERET, viajero inglés. I, III. — Descubre la isla Pitcairn. II, 105. — En Nitendi, 295. — En las islas Salomon, 303. — En la Nueva Bretaña, 321. — En la Nueva Irlanda, 321.
Carteret, islas. II, 311.
Cartajena, ciudad de España. I, 7.
Carreton de vela en China. I, 309.
Carysford, isla. II, 110.
Castlereagh, rio de la Australia. III, 48.
Catalina, isla del archipiélago Salomon. II, 311.
Cavite, ciudad y bahía, Manila. I, 253.
Célebes, archipiélago. II, 348. — Jeografía, 353. — Descripción, 355. — Historia, 356.
Ceram, isla de las Molucas. II, 364.
CERÉ, viajero francés. I, 62.
Ciervos (caza de los), en Gouaham. III, 212.
Ciervos (isla de los), archipiélago de las Seychelas. I, 84.
Ceylan, isla. Descripción. I, 88-98.
Chabrol, isla de la Nueva Caledonia. III, 149.
CHAIGNEAU, Francés, mandarin en Cochinchina. I, 237.
Chalky, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
CHAMARGOU, capitán francés. I, 74.
Chamorras, indígenas de las Marianas. III, 219.
Chandernagor. I, 100.
CHAOU, caudillo de los caudillos de Rotouma. III, 167.
Carlota, banco. II, 276.
Carlota, islas del grupo Gilbert. III, 173.
Chase, isla del grupo Gilbert. III, 172.
Chatam, grupo de islas. — Descripción. III, 145. — Isla de este nombre, 147.
Chatam, islas. V. Otdia.
CAUMAREYX, comandante de la *Medusa*. I, 29.
Chazzi, bebida fermentada en Liou-Tcheou. I, 344.
Cheribon, en Java. III, 5.
Cherry, isla. V. Anouda.
Cabras (isla de las), Brasil. I, 38.
CHING-YIH, jefe de piratas malayos. I, 281.
Chinguleses, pueblo de Ceylan. — Usos y costumbres. I, 82.
China. Historia. I, 272-287. — Gobierno, 328. — Lengua, 331. — Literatura, 331. — Usos, 333-334.
Chiva, divinidad indiana. I, 111.
Choiseul, isla del archipiélago Salomon. II, 309.
Christmas, isla, II, 171.
Cigarros (manufactura de) en Manila. I, 245.
Cipayos, tropas indianas. I, 122.
Clarencia, isla. II, 172.
Clarendon, ciudad de Tasmania. III, 67.
Clerk, peña del grupo Macquarie. III, 144. — Islote de este nombre, 144.

Tomo III.

Clermont, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
CLIVES, jeneral inglés. I, 153.
Clives, islas. I, 129.
Cloudy, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
Clusters, islotes. V. Ianoudza.
Cochinchina. Historia. I, 228. — Jeografía, 235. — Usos, 237. — Comercio, 238.
Cerdo (modo de asar el) en la Oceanía. II, 191.
Cocburn, isla del archipiélago Pomotou. II, 112.
Cocos (isla de los), archipiélago Salomon. II, 311. — Nueva Irlanda, 315. — V. Niouba.
Cocos de las Seychelas. I, 85.
COFFIN, cabo de Célebes. II, 348.
Colombo, capital de Ceylan. I, 89.
Commerson, isla del grupo del Almirantazgo.
Compañía de las Indias, historia. I, 152.
Concepcion (isla de la), archipiélago de las Marianas. III, 218.
Concordia, fortaleza de Timor. II, 367.
Concordia, bahía de Allou-Fatou. III, 163.
CONFUCIO, filósofo chino. I, 320. — Su templo, 324. — Su culto en China, 332. — En el Japon, 387.
Consolacion, isla. V. Niouba.
Constancia (viñedo de) en el Cabo. I, 53.
Contrariedades (isla de las). V. Sesarga.
COOK, viajero inglés. I, III. — En el archipiélago de Hawaii. II, 37. — Su muerte, 40. — Permanencia en Nouka-Hiva, 89. — En la isla Waibou, 100. — Su primer viaje á Taiti, 134. — Segundo viaje, 136. — Tercer viaje, 136. — Descubre Toubouai, 166. — Rouroutou, 167. — El archipiélago Harvey, 167 y 168. — El archipiélago Tonga, 203. Primer viaje, 203. Segundo viaje, 205. Tercer viaje, 205. — Recalada en Viti, 249. — En las Nuevas Hébridas, 264. — Australia. III, 45. — Tasmania, 70. — Primer viaje á la Nueva Zelandia, 103. Segundo viaje, 113. Tercer viaje, 115. — En la isla Norfolk, 147. — Nueva Caledonia, 153.
Cook (estrecho), Nueva Zelandia. III, 129.
Cordouan (torre de). III, 272.
Coreos (traje de los). I, 357.
Coringui, ciudad indiana. I, 124.
Cornwallis, isla del grupo Chatam. III, 147.
Coror, isla principal del grupo Pelew. III, 249.
Correidor (isla del), archipiélago de las Filipinas. I, 263.
Corvo, isla de las Azores. III, 272.
Cotti, reino de Borneo. II, 380.
Coupang, bahía de Timor. II, 367. — Ciudad de este nombre, 367. — Fiesta, 368.
Corriente (isla de la). V. Poulo-Anna.
Cobel, islas. V. Boston.
Cox, isla. V. Mango.

Crespo, isla del archipiélago Bonin-Sima. I, 293.
Cristóbal, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
CROZET, viajero francés, refiere el asesinato de Marion. II, 110.
Cumberland, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.
Cumberland, isla de la Australia. III, 51.
CUNNINGHAM, naturalista inglés. Su escursión al interior de la Australia. III, 47.
Curtis, isla Macauley. III, 82.
CRAWFORD, embajador inglés en Siam. I, 169.
Ciclope, monte de la Nueva Guinea. II, 326.
Cisnes negros. III, 45.
Cisnes (rio de los). III, 55.
Cisnes (colonia del rio de los). III, 66.

D.

Dairi, jefe espiritual del Japon. Usos y funciones. I, 376.
Dalai-Lama, príncipe de los sacerdotes del Tibet. I, 322.
DALE. Su escursión al interior de la Australia. III, 50.
Damero. I, 48.
Dammar, isla de las Molucas. II, 366.
DAMPIER, viajero inglés. I, III. — Visita la Nueva Bretaña. II, 318. — La Nueva Irlanda, 318. — La Nueva Hanóver, 323. — La Australia. III, 46. — Naufraga en la Ascension, 263.
Dampier (estrecho de). II, 342.
Dampier, isla de la Australia. III, 51.
Dampier (fuentes de), Ascension. III, 260.
Danao-Malaya, lago de Borneo. II, 379.
Darling, rio de la Australia. III, 48-49. — Montes de este nombre. 52.
Dao, isla de Timor. II, 374.
DAVY, viajero inglés é historiador de Ceylan. I, 92.
Dawer, punta de la Australia. II, 69.
Dayaks, pueblo de Borneo. II, 379. — Trajes y costumbres, 380.
DAYOT, francés, mandarin cochinchino. I, 234.
Dean, islas. V. Vliegen.
DECAEN, gobernador de la India francesa. I, 107.
Dédalo, embarcación inglesa. Su tripulación pasada á cuchillo en Hawaii. II, 44.
Dekkan, península de la India. I, 96.
Delfin (grupo de las islas), archipiélago de las Carolinas. II, 255.
Delfines (pesca de los). I, 43.
Delhi, ciudad. I, 162.
Déivrance, isla. V. Catalina.
Delly, puerto de Timor. II, 370.
Denmarck, rio de la Australia. III, 51.
Denominación de los archipiélagos (método seguido en la). I, VIII.
Dervoent, rio de Tasmania. III, 71.
Desima, isla del Japon. I, 357.

Decema, isla. V. Maitia.
Diablo (monte del), Cabo de Buena Esperanza. I, 53.
Diana (pico de), Santa Helena. III, 270.
Diego Akvares, isla. I, 48.
DILLON, viajero inglés. I, v. — Su recalo en Tonga. II, 212. — En Viti, 254. — En Tikopia, 277. — En Vanikoro, 281. — En Nitendi, 298. — En la Nueva Zelandia. III, 126. — En Rotouma, 166.
Dirak-Hatichi, isla de la Australia. III, 51.
Dirección, isla. V. Neita-Oumba.
Disappointment, islas del archipiélago Pomotou. II, 14.
Disappointment, isla del grupo Auckland. III, 145.
Djimadja, isla del archipiélago de los Anambas. I, 203.
Dominica. V. Ohiva-Hoa.
Dos-Colinas (isla de las), archipiélago de las Nuevas Hébridas. II, 274.
Dos-Hermanas (isla de las), grupo Chatam. II, 147.
DOUA-TARA, jefe de la Nueva Zelandia. Sus viajes á Europa. III, 117. — Su muerte, 119.
Doubtful, isla. V. San Quintin y Honden.
Dourga, fuerte holandés en el rio de este nombre, Nueva Guinea. II, 339.
Dorei, abra de la Nueva Guinea. II, 336-339.
Deusoun, país interior de Borneo. II, 380.
Dromedario (monte), Australia. III, 30.
Drummond, isla del grupo Gilbert.
Dubouchage, islas. V. Garret-Denys.
Ducie, isla. II, 104.
Duelo en el Japon. I, 382.
Duff, embarcación americana. Su aventura en Nouka-Hiva. II, 90.
Duff, embarcación americana, en las islas Pelew. III, 252.
Duff, buque de los misioneros ingleses en Taiti. II, 139.
Duff, monte de la isla Peart. II, 110.
Duff, isla dudosa. II, 110.
Duff, islas del grupo Mindana. II, 299.
DUGUAY-TROUIN, almirante francés, se apodera de Rio-Janeiro. I, 38.
Dumerang, rio de la Australia. III, 50.
Dunkins, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 257.
DUPERREY, almirante francés. Su campaña de la India. I, 109.
DUPERREY, viajero francés. I, v. — En Cabre-ra, 6. — En Taiti. II, 151. — En la Nueva Irlanda, 322. — En la Nueva Guinea, 333. — En la Nueva Zelandia. III, 125. — En Rotouma, 166. — En las islas Guilbert, 172. — En las islas Mulgrave, 176. — Escursión á Ualan, 190. — A Hogoleu, 197. — A las Malvinas, 280.

Duperrey, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 197.
DU-PETIT-THOUARS, naturalista francés. I, 47.
DUPLEIX, gobernador de la India francesa. I, 102.
Durour, isla del grupo del Almirantazgo. II, 325.
D'URVILLE, viajero francés. I, v. — Su excursión al pico de Tenerife. 22. — Sufre una tempestad en el Cabo, 54. — Recalada en Taiti. II, 151. — Se halla á punto de perecer en Tonga con el *Astrolabio*, 224. — Visita la Tamaha, 227. — Combate contra los naturales, 228. — Sus trabajos en Viti, 256. — En las Nuevas Hébridas, 272. — En Tikopia, 276. — En Vanikoro, donde encuentra los restos del naufragio de Lapérouse, 285-286. — Su opinión sobre el naufragio de este viajero, 288. — En Nitendi, 299. — En la Nueva Guinea, 1.º á bordo de la *Coquilla*, 335. — Descripción del interior, 335. — 2.º á bordo del *Astrolabio*, 336. — Visita las islas Aïou, 348. — Las islas Asia, 348. — Recalada en la Nueva Holanda. III, 46. — Primera recalada en la Nueva Zelandia, 125. — Segunda recalada, 126. — En la isla Macauley, 147. — En la Nueva Caledonia, 156. — En las islas Mulgrave, 172. — Su excursión á Ualan, 183. — A Hogoleu, 197. — A las Marianas, 218. — A Elivi, 233. — A Gouap, 235. — A las islas Pelew, 252. — A las Malvinas, 280.
D'Urville, isla del grupo Schouten. II, 331.
D'Urville, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
D'Urville, grupo de islas en las Carolinas. III, 197.
Dusky, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
DUVAUCHEL, naturalista francés. I, 180.
Dzizia, isla del archipiélago Viti. II, 247.

E.

Eahi-Nomauwe. V. Ika-Na-Mawi.
Ear, isla del grupo Elivi. III, 233.
EARLE, artista inglés. Su abandono en Tristan d'Acunha. I, 46.
Eb, fiesta en Otdia. III, 179.
Ebon, isla. V. Hunter.
Edam, isla de Java. III, 1.
Edgumbe, monte de la Nueva Zelandia. III, 130.
Edwars, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Egmont, isla. II, 110.
Egmont, monte de la Nueva Zelandia. III, 130.
Egmont, puerto de las Malvinas. III, 280.
Eguis, nobles de Tonga. II, 233.
Eihoua, isla del archipiélago Viti. II, 246.
Eimeo, isla del archipiélago Taiti. II, 131. — Descripción, 132.

Elefantes. Sus combates con el tigre. I, 221. — (caballerizas de los) en Siam, 224. — Blancos, 207.
Elet, grupo de rompientes en el archipiélago de las Carolinas. III, 258.
Elisabeth, isla. II, 104.
Elisabet-Town, ciudad de Tasmania. III, 68.
Elivi, grupo del archipiélago de las Carolinas occidentales. III, 232.
ELLIS, jeneral inglés. Su estatua en Gibraltar. I, 12.
ELLIS, viajero inglés. Visita la isla Rapa. II, 164.
ELLIS, misionero inglés en Hawaii. II, 60. — En Taiti. 149.
EMAI, caudillo de la Nueva Zelandia. III, 120.
Embarbaken, villorio de la Nueva Guinea. II, 330.
Emerings, distrito de Babelthouap. III, 253.
Emmalagus, distrito de Babelthouap. III, 253.
Emu-ford, aldea de la Nueva Gales del Sur en la Australia. III, 33.
En, islas de la Nueva Guinea. II, 347.
Enderby, isla del grupo Auckland. III, 144.
ENTRECASTEAUX (d') viajero francés. I, iv. — Visita las islas Tonga, II, 212. — Las Nuevas Hébridas, 272. — Análisis de su viaje, 280. — En Nitendi, 298. — En las islas Salomon, 308. — En la Nueva Bretaña, 320. — En la Nueva Irlanda, 322. — En las islas del Almirantazgo, 325. — En la Luisiada, 340. — En la Tasmania. III, 71. — En la Nueva Zelandia, 115. — En la Nueva Caledonia, 155.

Entrecasteaux (canal d'). III, 69.
Eoa, isla del archipiélago Tonga. II, 200.
Eou, isla del grupo Elivi. III, 232.
Eregup, islas del archipiélago de las Carolinas. III, 255.
Errakong, isla del grupo Pelew. III, 253.
Erronan, isla de las Nuevas Hébridas. II, 272.
Eschscholtz, grupo de islas. III, 256.
Esperanza, isla. III, 200.
Espirito-Santo, provincia del Brasil. I, 42.
Essex, embarcación inglesa sumergida por una ballena. II, 104.
Etal, islotes del grupo Sotoan. III, 257.
EVANS, ingeniero inglés. Su excursión al interior de la Australia. III, 47.
Evening, isla. V. Nevil.
Eu-Ho, río de China. I, 325.
Exmouth, golfo de la Australia. III, 51.

F.

Fácil, puerto de la isla Stewart. III, 130.
Faieou (orientales y occidentales), islas del archipiélago de las Carolinas. III, 258.
Fai-fo, ciudad cochinchina. I, 227.
FAIRBURN, misionero inglés. V. Williams.

Fai-Tokas, monumentos funerarios en Tonga. II, 195.
Falalep, isla del grupo Elivi. III, 233.
Falang, isla del grupo Hogoleu. III, 198.
Faliu, isla. III, 260.
Falkland, isla. V. Malvinas.
False-Bay, Cabo de Buena Esperanza. I, 52.
Fandarase, rio de Madagascar. I, 72.
Fanendik, isla de las Carolinas. III, 205.
Fanfoue, isla del grupo Hamoa. II, 174.
Fanning, islas. II, 171.
Fanshere, rio de Madagascar. I, 74.
Farallon de Medinilla, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Farallon de Pájaros, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Farallon de Torres, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Farewell, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Farewell, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130.
Farroilep, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 258.
Fata-Fais, familia divina de Tonga. II, 235.
Fataka, isla del grupo Tikopia. II, 276.
Fatharay, isla del grupo Elivi. III, 233.
Fatuhou, archipiélago de Nouka Hiva. II, 94.
Favorita, fragata francesa. Su encalladura. I, 124.
Favorita, embarcacion inglesa. Su aventura en las islas Viti. II, 252.
Favorita, isla. V. Dzizia.
Fayal, isla de las Azores. III, 281.
Federal, isla. V. Nouka-Hiva.
Feis, isla del archipiélago de las Carolinas occidentales. III, 233.
Felous-Yolas, pueblo de Gorea. I, 33.
Fenaes de Ajuda, ciudad de San Miguel. III, 281.
Fenoua-Ita, isla del archipiélago Harvey. II, 168.
Fetougou, isla del archipiélago Nouka-Hiva. II, 93.
Fetou-Hiou. V. Otahi-Hoa.
Fiador, especie de corredor de Canton. I, 298.
FINAU I, célebre caudillo de Tonga. Su retrato, 223. — Sus guerras, 215. — Su muerte, 222.
FINAU II. Su discurso á los magnates. II, 222. — Su historia, 222.
Firando, ciudad del Japon. I, 360.
FLACOURT, gobernador francés de Madagascar. I, 101.
FLINDERS, viajero inglés. I, v. — Visita la Australia. III, 46. — La Tasmania, 73.
Flint, isla. II, 171.
Flores, isla de Timor. II, 375.
Flores, isla de las Azores. III,
Flota de guerra imperial en China. I, 281.
Fò, divinidad china. I, 323.

Foacaffa. V. Wangara.
Fofahak, abra de Waigiu. II, 342.
Fontebastarda, ciudad de Terceira. III, 281.
Formentera, isla de las Baleares. I, 4.
Formosa, isla. I, 335.
FORREST, viajero inglés en la Nueva Guinea. II, 332. — En la Luisiada, 341.
FORSTER, naturalista inglés, compañero de Cook, que ha escrito sus viajes. V. Cook.
Fotoua, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Fou-Cho-Fou, ciudad de la China. I, 330.
Foulepointe, bahía y ciudad de Madagascar. I, 81.
Francesas, (islas), Nueva Bretaña. II, 320.
Franceses (bahía de los), Malvinas. III, 270.
Franceses (rio de los), Australia. III, 22.
Francia (isla de). Descripcion, I, 56. — Costumbres, 57.
Francis, isla del grupo Guilbert. III, 172.
Franklin, isla V. Motou-Iti.
Freementle, V. Hiaou.
FREYCINET, viajero francés. I, v. — En Hawaii. II, 56. — Su opinion sobre la religion de Hawaii, 68. — Descubre la isla Rosa, 173. En Waigiu, 342. — Visita la Australia. III, 46. — Las Marianas, 218. — Su naufragio en las Malvinas, 271. — Su permanencia en las Malvinas, 272.
Fuego, isla del Cabo Verde. I, 35.
Fujitiva, isla. V. Tetoua-Roa.
Funchal, ciudad de Madera. III, 280. — Descripcion, 280.
Funerales á bordo de un buque. II, 261.
FURNEAUX, viajero inglés. Visita la Tasmania. III, 70. — Su aventura en la Nueva Zelandia, 114.
Furneaux, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.

G.

GAETAN, viajero español, I, II. — Visita el archipiélago Hawaii. II, 35.
GAIMARD, naturalista francés. I, 30. — En Viti, 260. — Permanece cinco dias solo en Vanikoro, 286.
Galápagos, islas. III, 264.
Galela, distrito de Guilolo en las Molucas. II, 357.
Galera, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
Galería de S. Jorje en Gibraltar. I, 11.
Gallos (combate de) en Sumatra. I, 184. — En Manila, 243.
Gambia, rio del Senegal. I, 33.
Gambier, grupo. II, 110. — Isla de este nombre, 108. — Combate con los naturales de esta isla, 109.
Ganga, isla de las Célebes. II, 348.
Gardner, islas. V. Farroilep.
Garret-Denys, isla de la Nueva Hanóver. II, 323.
Gattes, cadena de montañas del Indostan. I, 98.

Gauchos, Brasil. I, 42.
GAUDICHAUL, naturalista francés. III, 212.
GAUTIER, capitán francés. — Su aventura con un tiburón. I, 30.
GAYANGOS, Español, descubre Vavitou. II, 165.
Ghilemalté, ciudad de Ceylan. I, 95.
Gibraltar, descripción. I, 9. — Costumbres, 10.
Gillet y Tate, isla. V. Rambe.
Globo (el). Revuelta de la tripulación de este buque. III, 176.
Gloucester, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
Gloucester, isla. V. Touï-Touï.
Goa, ciudad de la India. I, 120.
Godavery, río del Indostan. I, 124.
Golconda, reino del Indostan. I, 103.
Golfo, (isla del), archipiélago Salomon. II, 310.
GOLOWNIN, capitán ruso. Sus aventuras en el Japón. I, 373.
Gomera, isla de las Canarias. I, 26.
Good-Hope, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.
Goram, isla de las Molucas. II, 357.
Gorea. Historia. I, 31. — Costumbres, 31.
Goroo. V. Koro.
Gorontalo, distrito de Célebes. II, 353. — Ciudad de este nombre, 853.
Gouaham, islas Marianas. III, 206. — Bailes y fiestas, 207. — Usos y costumbres, 208.
Gouap, isla del archipiélago de las Carolinas occidentales. III, 234. — Habitantes, 234.
Gounong-Api, isla de las Molucas. II, 364.
Gounong-Dembo, volcán de Sumatra. I, 175.
Gounong-Empong, en Célebes. II, 353.
Gower, isla del archipiélago Salomon. II, 309.
Goyaz (minas de), provincia del Brasil. I, 42.
Graciosa, bahía de Nitendi. II, 298.
Graciosa, isla de las Azores. III,
Graciosas, islas de la Nueva Bretaña. II, 320.
Gran Cocal, islote. III, 171.
Grandes-Cícladas. V. Nuevas Hébridas.
Gran Tierra, Madagascar. I, 96.
Gran muralla de la China. I, 321.
Granville, isla. V. Rotouma.
GRAVINA, almirante español. Su muerte. I, 13.
Great, isla de la Australia. III, 51.
Green-Mountain. V. Montaña Verde.
Greig, islas del archipiélago Pomotou. II, 115.
Grigan, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Groote, isla de la Australia. III, 51.
Grutas, San Miguel, en Gibraltar. I, 12.
Guadalcanar, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
Guanches, pueblo de las Canarias. Historia, usos, costumbres. I, 19.
Guaton, ciudad de Gouaham. III, 208.
Guedes, islas de las Carolinas occidentales. III, 98.
Guguan, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.

Gui, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Guia, (la), fortaleza de Macao. I, 276.
Guillermo (islas del príncipe). V. Viti.
Guilolo, grupo de las Molucas. — Grande isla de este nombre. II, 357.
Guliai. V. Iouli.
GUTZLAFF, viajero inglés. I, 327.
GYA-LONG, emperador cochinchino. I, 230.

H.

HAAFFNER, viajero holandés. I, 110. — Descripción Pondichery, 110.
Haano, isla del archipiélago Tonga. II, 201.
HABER, viajero y obispo inglés en la India. I, 138.
Hadous, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Haïou-Loufou, grupo del archipiélago Tonga. II, 201.
Haui, distrito de Tonga-Tabou. II, 200.
Haka-Haa y Haka-Paa, ensenadas de Nouka-Hiva. II, 86.
Hala-Hala, habitación de Manila. I, 250.
HALL, misionero inglés en la Nueva Zelandia. III, 119.
HALL (Brasil), viajero inglés. I, 1. — En Liou-Tcheou, 348.
Hall, islas del grupo Guilbert. III, 173.
Hama-Koua, distrito de Hawaii. II, 32.
Hamilton, isla. V. Azata.
Hammond, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
Hamoá (grupo de las islas). II, 176. — Jeografía, 178. — Costumbres, 189.
Hanack. V. Fatouhou.
Hang-Tcheou, capital de la China meridional. I, 326.
Hanistas, carteros chinos. I, 297.
Hapai, islas del archipiélago Tonga. II, 200.
HAPAI, jefe taitio, padre de Pomare. II, 136.
Hapas, pueblo de Nouka-Hiva. II, 83.
Hare-o-keave, osario de Hawaii. II, 29.
Hardi, islas. V. Verdes.
Harfours, pueblo de Célebes. Traje. II, 352. — Baile, 352. — Costumbres, 352.
Harkwick, montes de la Australia. III, 48.
Harouko, isla de las Molucas. II, 363.
Harpe (isla de la). V. Heïou.
Harris, monte de la Australia. III, 48.
HARRIS, marinero inglés, muerto en Liou-Tcheou. I, 339.
HARRIS, misionero americano. Su aventura en Nouka-Hiva. II, 122.
Harvey, archipiélago. II, 167.
HASTINGS, gobernador de la India inglesa. I, 105.
Hastings, isla. V. Poulo-Mariere.
HATA, jefe de Hifo. II, 188.
Hawaii, archipiélago. II, 1. — Grupo, 31. — Historia, 34. — Isla de este nombre. Descripción, 31.

Hawaïos, físico. II, 2. — Trajes, 2. — Lenguaje, 70. — Tradiciones, 22. — Retrato, 66. — Armas, 64. — Costumbres, 62. — Religión, 68. — Funerales, 70.

Hawke, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.

Hawkesvury, río de la Australia. III, 52.

Heiden, islas. V. Legiep.

Heiou, isla. II, 111.

Heiva, baile de Tonga. II, 198.

Henderville, isla del grupo Guilbert. III, 172.

Herbert, isla, Liou-Tcheou. I, 349.

HERGEST, oficial inglés en Nouka-Hiva. II, 89.

Hermikas, islas del grupo del Almirantazgo. II, 325.

Hermosa, V. Wahine.

HERNANDO, Manilés preso en Lagüemba. II, 242.

Hetou-Taa. V. Fatouhou.

Hiaou, isla del archipiélago de Nouka-Hiva. II, 89.

Hierro (isla de). I, 26. — Su meridiano, 26.

Hifo, distrito de Tonga-Tabou. II, 168.

Hinchinbrook, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.

Hinhangatcha, nombre de los caudillos de Rotouma. III, 167.

Hipopótamo. I, 83.

Hobart-Town, capital de la Tasmania. III, 66. — Descripción, 66.

Hogoleu, islas de las Carolinas. III, 197. — Descripción, 198. — Usos y costumbres, 201.

Holt, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.

Homar, Liou-Tcheou. I, 349.

Hon-C'o-Tre, grupo de islas. I, 219.

Honden, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.

Hono-Rourou, ensenada y ciudad de Oahou. II, 1. — Descripción, 2.

Hono-Napou, aldea de Hawaii. II, 28.

Hood. V. Fetougou.

Heed, isla del grupo Gambier. II, 110.

Hoon, isla. V. Allou-Fatou.

Hope, isla. V. Ualan.

Hopper, islas del grupo Guilbert. III, 173.

Horn, cabo. III, 275.

Horta, ciudad de Fayal. III, 281.

Hoio-Roua, isla del archipiélago Viti. II, 246.

Hotentotes. I, 51.

Houghly, ciudad de Bengala. I, 153.

Houghly, brazo del Ganjes. I, 129.

Hounga, isla del archipiélago Tonga. II, 202. — Gruta de este nombre, 203.

Hounga-Tonga, escollo. II, 201.

Hounga-Hapai, escollo. II, 201.

HOUPA, jefe de la Nueva Zelandia. III, 121.

Houpou, jefe de las aduanas en China. I, 297.

Hovas, pueblo de Madagascar. I, 81.

Howe, cabo de la Australia. III, 45.

Howe, isla. III, 148.

Howe. V. Vavao.

Howe, isla. V. Mohipa.

HOWELL y HUME. Su excursión al interior de la Australia. III, 47.

Huaheine, isla. V. Wahine.

Hué, capital de la Cochinchina. I, 230. — Río de este nombre, 232.

Humboldt (bahía), Nueva Guinea. II, 326.

Hume, río de la Australia. III, 48.

Hummock, isla del archipiélago Viti. II, 248.

Humphrey, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.

Hunter, río de la Australia. III, 48.

Hunter, islas. V. Marquesas.

Hunter, isla. III, 158.

Hunter, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 253.

Hyder-Abad, ciudad de la India. I, 121.

HYDER-ALY-KHAN, río de Mysora. I, 105.

Hymalaya, cordillera del Tibet. I, 158.

I.

Ianoudza, islotes del archipiélago Viti. II, 247.

Ibiza, isla de las Baleares. I, 4.

Ibbetson, islas. V. Aur.

Ifelouk, grupo del archipiélago de las Carolinas. III, 280.

Ika-Na-Mawi, una de las dos grandes islas que forman la Nueva Zelandia. III, 129.

Ilocos, pueblo de Manila. I, 246.

Immer, isla de las Nuevas Hébridas. II, 272.

Imprenta en Hawaii (estado de la). II, 60. — En Taiti, 149.

Inaccessible, isla. I, 45.

Incendio en el mar. I, 272.

Independencia, isla. III, 170.

Indo, río. I, 158.

Indos, usos. I, 136.

Indostan, historia. I, 158. — Geografía, 158.

Inútil, bahía de la Nueva Zelandia. III, 86.

Iros, islas del grupo Hogoleu. III, 198.

Irous, jefes de Otdia. III, 181.

Irrawaddy, río de Birmania. I, 169.

Isabel, islas del archipiélago Salomon. II, 309.

Islas (bahía de las), Nueva Zelandia. III, 13.

ISMAILOFF, embajador ruso en China. I, 316.

J.

Jackson (Port-), ciudad de la Australia. III, 30. — Bahía, 51.

JACQUEMONT, viajero francés. I, 134.

JACQUINOT, segundo del *Astrolabio*, bajo M. d'Urville. V. este nombre.

Jacquinet, isla del grupo Hogoleu. III, 198. — Bahía de la Nueva Bretaña. II, 328.

Jafna-Patnam, isla de Ceylan. I, 97.

Jargernaut, ciudad de la India. Descripción. I, 125. — (Templo de), 126. — Fiestas, 127.

James-Town, ciudad y bahía de Santa Helena. III, 280.

Japon. Descripción y costumbres. I, 350. — Historia, 368. — Literatura, 367. — Comercio, 388. — Funerales, 382.
Jardin, islote de la Australia. III, 20.
Jarvis, isla. II, 171.
Java, isla. Descripción. III, 1. — Jeografía, 19. — Habitantes, 11. — Religión, 11. — Usos y costumbres, 12. — Habitaciones, 13. — Gobierno, 16. — Historia, 18. — Literatura, antigüedades, 18.
Java (mar de). III, 1.
JAFFER-ALY-KAN, último soberano de Bengala. I, 153.
Jefferson. V. Roua-Poua.
Je-Ho, palacio del emperador de la China. I, 320.
Georgia, isla del archipiélago de Salomon. II, 310.
Georgianas, islas. V. Taiti.
Jervis, cabo de la Australia. III, 50. — Bahía, 51.
Jesus-Maria, isla del grupo del Almirantazgo. III, 325.
Joal, aldea de Gorea. I, 32.
Joghis, casta indiana. I, 143.
Johnston, isla. V. Nevil.
Juan Fernandez, islas. III, 275.
Judge, roca del grupo Macquarie. III, 134.
Juglares indios. I, 112.
Junco (gran) de Liou-Tcheou. I, 348.

K.

KADOU, natural de las Carolinas. Su historia. III, 254.
KAKI, uros de Ualan. III, 192.
Kalou, río de Ceylan. I, 88.
Kalehou, aldea de Hawaii. II, 28.
Kambara, isla del archipiélago Viti. II, 246.
Kambodje, provincia de Cochinchina. I, 236.
Kanazea, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Kandabon, isla del archipiélago Viti. II, 245.
Kandawagan, estado de Borneo. II, 349.
Kandy (reino de). I, 90. — Ciudad, 83.
Kandya, ciudad de Ceylan. I, 98.
Kangarous. III, 26. — (caza de los), 26. — Domesticados, 29.
Kangarous (isla de los). III, 26.
Kao, isla del archipiélago Tonga. II, 201.
Kaon, distrito de Hawaii. II, 16.
KARAI-MOKOU, caudillo de Hawaii. II, 54. — Su bautismo á bordo de la *Urania*, 58.
Karotta, isla de las Molucas. II, 357.
KAU-IKE-OUU, actual rey de Hawaii. II, 70.
Kavero-Hea, roca de Hawaii. II, 28.
Kaveri, río del Indostan. I, 163.
Kawa-kawa, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130. — Aldea, 127.
Kawen (grupo de las islas), archipiélago de las

Carolinas. III, 255.
Keakea, aldea de Hawaii. II, 29.
Kea-Nace, caverna de Hawaii. II, 29.
Keeper's Hill, colina de Santa Helena. III, 280.
Ke-KAUROUOHE, mujer de un jefe de Hawaii. II, 5.
KE-KOUA-NQA, jeneral de Hawaii. Su historia. II, 25.
Ketcho, capital del Tonquin. I, 236.
Keys, islas de las Molucas. II, 366.
KHANG-HI, emperador de la China. I, 313.
KIANG-LONG, emperador de la China. I, 314.
Kidi-Kidi, distrito de la Nueva Zelandia. III, 126.
KING, viajero inglés. Visita la Australia. II, 92.
King-Jorje, islas. V. Oura.
Kiousiou, isla del Japon. I, 373.
Kirau-Ea, volcan de Hawaii. II, 19. — Ecur-sion, 20. — Descripción, 21. — Tradición, 22.
Kiro, distrito de Hawaii. II, 32.
Kirrama, grupo de islas. I, 349.
Kishna, río del Indostan. I, 158.
Kissir, isla de las Molucas. II, 366.
KLAPROTH, jeógrafo ruso. I, 375.
Klematon. V. Borneo.
Knox, V. Hiaou.
Koblat, monte de Célebes. II, 350.
KOKMPFER, viajero holandés y embajador en el Japon. I, 369.
Kohala, distrito de Hawaii. II, 16.
Kokako, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130.
Komay, distrito de Borneo. II, 380.
Komi, jefe de Liou-Tcheou. I, 337.
Komo, isla del archipiélago Viti. II, 246.
Kona, distrito de Hawaii. II, 32.
Konibar, isla del grupo Aïou. II, 387.
KORISOUKI-DOFA, noble japonés. I, 367.
Kolo, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Koro-Mango, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.
Korora-Reka, aldea de la Nueva Zelandia. III, 127.
Korsakoff, islas. V. Pescadores.
KOTZEBUE, viajero ruso. I, iv. — Primer viaje á Hawaii. II, 53. — Segundo viaje, 61. — Amores con la reina, 61. — En Waï-hou, 103. — En Taiti, 152. — En las islas Penrhyn, 172. — En el grupo Hamoa, 181. — En Otdia, 180. — En las Marianas, 218. — En las Carolinas, 253.
KOUA-KINI, jefe de Hawaii. II, 14.
Kouao, aldea del abra Dorei. II, 336.
Koulasan, ruínas en Java. III, 18.
Kouma, isla del Senegal. I, 34.
Koutousoff, isla. V. Oudirik.
Krisna, río de la India. I, 124.
KRUSENSTERN, viajero ruso. I, iv. — En el Japon, 371. — Su permanencia en Nouka-Hi-va, II, 90.

Krusenstern, islas del archipiélago Pomotou. II, 116.
Krusenstern. islas. V. Aïlou.

L.

Laarat, isla de las Molucas. II, 366.
LABILLARDIERE, naturalista francés. I, 52.
LABOURDONNAIE, gobernador de la India. I, 66.
LACASE, aventurero francés en Madagascar. I, 74.
Lachlan, río de la Australia. III, 47.
Lackar, isla de las Molucas. II, 366.
Ladder-Hill, colina de Santa Helena. III, 280.
Lagens, ciudad de Pico. III, 280.
Lagon de Bligh, isla del archipiélago Pomotou. II, 112.
LAGUEDIAK, jefe de Otdia. III, 178.
Laguemba, isla del archipiélago Viti. II, 246.
Laguna, lago de Manila. I, 249.
Laguna, ciudad de Tenerife. I, 23.
Lahaina, villorio de la isla Mawi. II, 31.
LALLI, gobernador de la India. I, 104.
Lambrek, isla del grupo Elivi. III, 233.
Lampoungs, pueblo de Sumatra. I, 185.
Lanzarote, isla del archipiélago de las Canarias. I, 18.
Lanceros (isla de los), archipiélago Pomotou. II, 113.
Landak (pays de) en Borneo. Sus minas de diamantes. II, 379.
Langamo, montaña de Gouaham. III, 218.
Laos, provincia de Siam. I, 214.
Laoudzala, isla del archipiélago Viti. II, 248.
LAPÉROUSE, viajero francés. I, iv. — En la Trinidad, 38. — En Manila, 263. — En Hawái, II, 42. — En la isla Waïhou, 102. — En Maouua, 179. — Asesinato de su teniente Delangle, 180. — En las islas Niouba, 182. — En las islas Tonga, 212. — Análisis de sus empresas, 260. — Su naufragio en Vanikoro, 279.
LAPLACE, viajero francés. I, v. — Describe los Albatros, 49. — Visita la isla de Francia, 69. — Las Seychelas, 86. — Pondichery, 115. — Los Anambas, 202. — La Cochinchina, 234. — Manila, 252. — Episodio de piratas, 268.
Ladrones (islas de los). V. Marianas.
Lascars, tropas indianas. I, 122.
LATOU-ANO, jefe de las Mulgraves. III, 177.
Launceston, ciudad de Tasmania. III, 67.
Lauriston, bahía. V. Oudoudou.
LAVAKA, caudillo de Tonga. II, 186.
Lego, distrito de Tonga-Tabou. II, 200.
LEGOARAN, viajero francés. Análisis de su viaje. II, 289. — En Rotouma. III, 166.
Lele ó Leyley, isla en Ualan. III, 184. Descripción, 185.

Lele-Oubia, islotes del archipiélago Viti. II, 248.
Leone, isla del grupo Hamoa. II, 178.
Leprosos (isla de los), Nuevas Hébridas. II, 253.
LESSON, naturalista francés. En Rotouma. III, 167. — En Ualan, 185. — En las Malvinas, 370.
Lesson, isla del grupo Schouten. II, 325.
Letti, isla de las Molucas. II, 365.
LI-BOU, hijo de Abba-Thulle. Su retrato. III, 247. — Su viaje a Londres, 248. — Su muerte, 248.
Lindia, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 300.
Linea (paso de la). I, 37.
Likoupang, aldea de las Célebes. II, 348.
LIMAHOU, rey de los piratas chinos. Su historia. I, 279.
Lindsay, viajero inglés en la China. I, 327.
LINOIS, almirante francés. En Trafalgar. I, 9. — En la India, 107.
Lintin, ciudad de China. I, 287.
Leon (grupa del), montaña del Cabo. I, 50.
Liou-Tcheou, islas. I, 339. — Historia, 344. — Usos, 347.
Lombok, isla de Timor. II, 375.
Long-Wood, residencia de Napoleon en Santa Helena. III, 290.
Los Baños, ciudad de Manila. III, 250.
Louasape. V. D'Urville (grupo).
Louhou (estados de), Célebes. II, 354.
Lobos marinos (islote de los), Malvinas. III, 280.
LOY (madama), Inglesa de Liou-Tcheou. I, 339.
LUGOMA, jefe de las islas Mulgraves. III, 175.
Luisiada. II, 339.
LUTKE, viajero ruso. I, vi. — En Ualan. III, 192. — En Hogoleu, 197. — En Elivi, 233.
Luzon, isla de las Filipinas. I, 254.

M.

Macao, ciudad. I, 274.
MAC-ARTUR, cultivador de la Nueva Gales del Sur. III, 32.
MACARTNEY, embajador inglés en China. I, 326.
Mac-Askill, islas de las Carolinas. III, 197.
Macasar, distrito de la Célebes. Establecimiento de los Holandeses. II, 353. — Reino de este nombre. — Retrato de los habitantes, 355. — Usos, 356.
Macauley, isla. III, 147.
Machico, provincia de Madera. I, 14.
Mackanie, isla del archipiélago Viti. II, 248.
MACLUER, viajero inglés en Pelew. III, 252.
Macquarie, río de la Australia, III, 48. — Grupo de islas, 144.
Madagascar, isla. I, 71. — Descripción, 72.

— Historia , 73. — Jeografía , 81.
Madera , isla. I , 14.
Madras , ciudad. Descripción. I , 119. — Comercio , 123.
Mafanga , aldea sagrada de Tonga. Descripción. II , 193. — Bombardeada por d'Urville , 228.
Maffra , pico de San Miguel. III , 281.
MAGALLANES , viajero portugués. I , II. — Descubre las Filipinas , 254. — En las Marianas. III , 215.
Magdalena , ciudad de Pico. III , 281.
Magnahak (pesca del). III , 209.
Maquir , islas de las Carolinas. III , 258.
Mahabakipouram , (ruínas de) , en Pondichery. I , 119.
Mahavilla , rio de Ceylan. I , 88.
Mahe , isla de las Seyobelas , I , 85.
MAHEINA , rey de la isla Elmeo. II , 125.
MAI , Taitio conducido por Cook. II , 126. — Su historia , 127.
Maio-Iti , isla. V. Tabou-Emanou.
Maïta , juego de Hawaii. II , 67.
Mai-Tche , ciudad de la Nueva Zelandia. III , 83.
Maitia , isla del archipiélago Taiti. II , 116.
Mallorca , isla. I , 4.
Maka-Aka , volcan de Hawaii. II , 25.
MAKOA , jefe de Hawaii. — Su retrato. II , 20.
Malabares , pueblo de la India. I , 118.
Malaca , ciudad de la India. I , 119.
Malai. V. Mafanga.
Malayos. I , 181. — En la Célebes. II , 350.
Malava , Oceanía occidental. Sus límites. I , VII.
Mala-Kava , aldea de la Nueva Zelandia. III , 93.
Malaita , isla del archipiélago Salomon. II , 309.
Mallen , isla. II , 171.
Maldivas (archipiélago de las). I , 86.
Malé , isla de Maldivas. I , 87.
Mallen , isla. II , 170.
Mallicolo , isla de las Nuevas Hébridas. V. Vanikoro.
Maloto , isla del archipiélago Viti. II , 249.
Malvinas , islas. III , 297. — Descripción , 102. — Establecimiento de los Franceses , 103. — Permanencia en ellas de los náufragos de la *Urania* , 104.
Mambo , ciudad de Nitendi. II , 292.
Manado , bahía de las Célebes. II , 349.
Manangara , rio de Madagascar. I , 81.
Mananzari , rio de Madagascar. I , 82.
Manar , estrecho. I , 96.
Manataty , ciudad de Timor. II , 369.
Mandauca , país de Borneo. II , 380.
Mandhar (estado de) , Célebes. II , 354.
Manevai , bahía de Vanikoro. II , 290.
Mangia , isla del archipiélago Harvey. II , 168.
Mango , isla del archipiélago Viti. II , 247.
Mangourou , rio de Madagascar. I , 81.
Mangounga , ciudad de la Nueva Zelandia. III , 129.

Tomo III.

Mangs , isla del archipiélago de las Marianas. III , 218.
Manila. Descripción. I , 239.
MANI-MANI , príncipe de los sacerdotes de Taiti. II , 139.
Manipi , isla de las Molucas. II , 364.
Mannicolo , isla de las Nuevas Hébridas. II , 275.
Manouai , isla del archipiélago Harvey. II , 169.
Manou , isla del archipiélago Pomotou. II , 114.
Mentral , isla de las Célebes. II , 348.
Manuel Rodriguez , isla. II , 170.
MAOUNGA , caudillo de la Nueva Zelandia. III , 177.
Maouma , isla del grupo Hamoa. Asesinato de los camaradas de Lapérouse , II , 178.
Maouti , isla del archipiélago Harvey. Su conversión al cristianismo. II , 168.
Maracall , isla del archipiélago Pomotou. II , 113.
Marambo , isla del archipiélago Viti. II , 246.
Maranha , provincia del Brasil. I , 42.
Maratas , pueblo de la India. I , 102.
Mármol (montañas de) , Cochinchina. I , 227.
MARCHAND , viajero francés I , IV. — Visita Nouka-Hiva. II.
Marchand , isla. V. Roua-Poua.
MARCO POLO , viajero veneciano. I , 186.
Margaret , isla del archipiélago Pomotou. II , 113.
MARINER , marinero inglés , prisionero en Tonga. Su retrato. II , 218. — Su rapto , 219.
Marianas (archipiélago de las). Historia. III , 215. — Habitantes , 219. — Jeografía , 218. — Usos , costumbres , religión , 221.
MARION , viajero francés. I , IV. — Visita la Tasmania , III , 70. — Es asesinado en la Nueva Zelandia , 110.
Marion , puerto de la isla Stewart , en la Nueva Zelandia. III , 180.
Maro , vestido de los salvajes. II , 2.
Mares , distrito de Célebes. II , 353.
Marguen , grupo de islas. II , 311.
Marquesas (islas). V. Nouka-Hiva.
Marrho , isla del archipiélago Salomon. II , 310.
Marrigong , tribu de la Nueva Gales del Sur. III , 57.
MARSDEN , viajero inglés. I , 180.
MARSDEN , misionero inglés en la Nueva Zelandia. III , 117. — Obtiene el territorio de Rangui-Hou , 119.
Marshall , islas. V. Guilbert.
Markaban , ciudad de la Birmania. I , 171.
Martin-Vaz , rocas. I , 38.
Mártires , islas de las Carolinas. III , 205.
Mary , isla. II , 173.
Massachusetts , isla. V. Bona-Ouga.
Massey , isla. V. Catalina.
Masulipatnam , golfo. I , 102. — Ciudad , 102.
Matanza (islas de la). II , 311. — Usos y costumbres , 312.
Matan (estados de) , Borneo. II , 377.

38

MATANGUI, jefe de la Nueva Zelandia. III, 84.
Matavaï, ciudad y bahía de Taiti. II, 120. — Descripción, 123.
Matavoua-Lebou, islas del archipiélago Viti. II, 249.
Mate, monumento funerario en Amboine. I, 367.
Matelotas, grupo de rompientes en el archipiélago de las Carolinas occidentales. III, 173.
Matilda: embarcación inglesa. Su naufragio. II, 139.
Matio, isla del archipiélago Pomotou. II, 116.
Matourah, aldea de Ceylan. I, 98.
Maupere, lago de la Nueva Zelandia. III, 130.
MAURELLE, viajero español. I, IV. — En las islas Tonga, 210. — En el gran Cocal. III, 171.
MAWE, viajero inglés en el Brasil. I, 43.
Mawi, isla del archipiélago Hawaii. II, 32.
MAWI, Zelandés muerto en Port-Jackson. III, 117.
MAXWELL, viajero inglés en Liou-Tcheou. I, 346.
Mayo, isla del Cabo Verde. I, 35.
Mayorga, V. Vavao.
Mediuero, isla. III, 178.
Medusa (naufragio de la). I, 29.
Meinaa, río de Siam. I, 212.
Melville, isla. III, 51.
Menang-Kabou, reino de Sumatra. I, 186. — Minas de este nombre. 177.
Mercurio, islas de la Nueva Zelandia. III, 92.
Mercury (el). Apresamiento de este buque. III, 126.
Mere, arma de la Nueva Zelandia. III, 140.
Meridiano. En que consiste. I, 26.
Merveas, islas Sonstori. III, 258.
Merisso, aldea de Gouabam. III, 218.
Mesnil, río de la Isla de Francia. I, 63.
Miadi, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 255.
Miguel Mas, isla de la Australia. III, 19.
Micronesia, Oceanía boreal. Sus límites. I, VII.
Middleton, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Middleton, isla. III, 148. — Arrecifes, 148.
Midlebourg, V. Eoa.
MIGUES-MAN, emperador de Cochinchina. I, 234.
Minas-Geraes, provincia del Brasil. I, 42.
Mindana, islas. II, 199.
MINDANA, viajero español. I, II. — Descubre Nouka-Hiva. II, 89. — En Nitendi, 294. — En el archipiélago Salomon, 302.
Mindanao, isla del archipiélago de las Filipinas. I, 269. — Descripción, 270.
Mindoro, isla de las Filipinas. I, 267.
Menorca, isla de las Baleares. I, 4.
Misamis, provincia de Manila. I, 268.
Misioneros de Hawaii. II, 59. — De Nouka-Hiva, 90. — De Taiti, 130. — Historia de estos últimos, 131, 132. — Cesión de Mata-

vai, 136. — De Rapa, 164. — De Vavitou, 165. — Rouroutou, 167. — De Rimetara, 167. — De las islas Harvey, 167. — De las islas Tonga, 224. — De la Nueva Zelandia. III, 119. — Establecimientos de la Nueva Zelandia, 119.
MITCHELL, oficial inglés. Su excursión al interior de la Australia. III, 50.
Mitchell, grupo de islas. III, 170.
Miti-Anga. V. Mercurio.
Mitra. V. Fataha.
Moa, isla de las Molucas. III, 365.
Modou-Manou, isla del archipiélago de Hawaii. I, 395.
Mogmog, isla del grupo Elivi. III, 233.
Mohipa, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
Moisés, isla. V. Dampier.
Moka, río de la Isla de Francia. I, 62.
Mokini, templo de Hawaii. II, 16.
Moko, pintarroteo de la Nueva Zelandia. III, 137.
Moko-Houa (batalla de) en Hawaii. II, 30.
Moller, isla. V. Manou.
Molucas, archipiélago. II, 357. — Descripción, 358. — Jeografía, 357. — Historia, 366.
Montañas Blancas. V. Warragong.
Montañas Azules, en Australia. III, 33. — Descripción, 47.
Montañas Negras. III, 52.
Montagú, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.
MONTANO, viajero en el Japon. I, 378.
Monradok, ciudad de Borneo. III, 378.
Monumento, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.
MONTANO, viajero en el Japon. I, 378.
Monumento, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.
Moreton, bahía de la Australia. III, 48.
Morrell, isla. I, 393-394.
MORRELL, viajero americano. I, VI. — Su aventura en las islas de la Matanza, 311. — Su venganza, 313. — Recalada en las islas Auckland. III, 144. — En Hogoleu, 198. — Descripción, 198. — En las Carolinas, 256.
MORRISON, viajero inglés. Su permanencia en Nouka-Hiva. II, 76.
Morumbidji, río de la Australia. III, 52.
Morty, isla de las Molucas. II, 357.
Motane, isla del archipiélago de Nouka-Hiva. II, 93.
Motou-Aro, isla de la Nueva Zelandia. III, 85.
Motougou, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Motou-Iti, islas del archipiélago de Nouka-Hiva. II, 94.
Motou-Kawa, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
Motou-Kora, isla de la Nueva Zelandia. 87.
Motou-Okours, isla de la Nueva Zelandia. III, 86.
Moua, aldea de Tonga-Tabou. II, 207. — Distrito de este nombre, 196.

Mouala, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Mouas, clase inferior en Tonga. II, 234.
MOUDI-PANGA, caudillo de la Nueva Zelandia. III, 123.
Moukki, aldea de Sumatra. I, 190.
MOU-MOUÏ, jefe de Tonga. Su muerte. II, 214.
 — Ceremonias que se observaron, 215.
Mouna-Houa-Rarai, volcan de Hawaii. II, 32.
Mouna-Kea, montaña de Hawaii. II, 31.
Mounoukao, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
Mourandave, rio de Madagascar. I, 81.
Mouxangaie, puerto de Madagascar. I, 81.
Mawa, montaña de Taiti. II, 122.
Mozambique (canal de). I, 55.
Moze, isla del archipiélago Viti. II, 246.
Mujer de Loth, roca. I, 393.
Mulgaradocks, sacerdotes-médicos de Australia. III, 23.
Mulgrave, grupo de islas. III, 174. — Descripción, 176. — Costumbres, 177.
MULLER, mayor inglés. Su muerte acaecida en Borneo. II, 379.
MUNGO-PARCK, viajero inglés. I, 32.
Muries, islas. V. Merieras.
Murray, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
Murray, rio de la Australia. III, 49.
Myako, capital del Japon. I, 362.

N.

Nababs, príncipes musulmanes de la India. I, 144.
NAHEINA-HEINA, hermana del rey de Hawaii. II, 6.
Nain, isla de las Célebes. II, 348.
Nakoro, islas del archipiélago Viti. II, 249.
Nama, aldea de Vanikoro. II, 291.
Namoliapana, islas de las Carolinas. III, 257.
Namou, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 256.
Namouka (bahía de), islas de Hapai. II, 201.
Namoulouk, islas de las Carolinas. III, 257.
Nancy (la), embarcacion americana. Su aventura en la isla Waïhou. II, 102.
Nanga-Ounon, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
Nangasaki, capital del Japon. I, 355. Descripción. 358.
Nanka, rio de Luzon. I, 248.
Napa-Kiang, capital de Liou-Tcheou. I, 337.
NAPOLEON (admiracion de los Nuevos Zelandeses por). III, 125. — (escursion al sepulcro de), 280.
Narcisa, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
Natchi, fiestas de Tonga. II, 207.
Naudjia, ceremonia de Tonga. II, 239.
Nautilus (el), embarcacion americana naufragada en Taiti. II, 143.

Navegantes (islas de los). V. Hamoa.
Neat's Tonga, isla. V. Namouka.
Negrítos, pueblo de Luzon. I, 255.
Neiray, isla del archipiélago Viti. II, 248.
NELSON, almirante inglés. I, 13.
Nereyda (la), embarcacion francesa. Su combate. I, 83.
Nueve Islas. V. Islas Carteret.
NEUHOF, embajador holandés en China. I, 314.
Nevil, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 259.
New-Year. V. Washington.
Ngarik, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 387.
Nicobar, isla del archipiélago de los Andamanes. I, 174.
Niouha, grupo de islas. II, 181.
Nioukou-Lafa, lugar santo de Tonga. II, 219.
Nitendi, isla. II, 294. — Descripción, 298.
NOMA-HANA, reina de Hawaii. Su retrato. II, 61. — Su carta á Kotzebue, 61.
Nordeste, ciudad de San Miguel. III, 270.
Norfolk, isla. III, 147. — Descripción, 147. — (colonia inglesa de), 148.
North, isla. V. Nevil.
Northumberland, isla de la Australia. III, 65.
Nougou-Loube, islote del archipiélago Viti. II, 249.
Nougaur, islas de las Carolinas. III, 256.
Nouka-Hiva, archipiélago. II, 72. — Historia, 89. — Isla de este nombre, 93.
Nouka-Hivios. Costumbres. II, 81. — Retrato, 94. — Tradiciones, 95.
Nueva Bretaña, II, 315. — Descripción de Dampier, 318. — Descripción de d'Urville, 320. — Jeografía, 320.
Nueva Caledonia, archipiélago. III, 148. — Habitantes, 156. — Descripción, 156. — Usos y costumbres, 156.
Nueva Citeres. V. Taiti.
Nueva Gales del Sur. Australia. III, 30. — Descripción, 31. — Usos y costumbres, 35. — V. Australia.
Nueva Georjia. V. Salomon (archipiélago de).
Nueva Guinea. II, 325. — Historia, 330.
Nueva Hanóver. II, 323.
Nuevas Hébridas, archipiélago. Descripción é historia, 260. — Jeografía, 272.
Nueva Zelandia. Descripción. III, 79. — Historia, 101. — Jeografía, 120. — Historia natural, 130. — Indígenas, 132. — Físico, 132. — Usos y costumbres, 133. — Guerras, 134. — Habitaciones, 138. — Alimento, 139. — Música y baile, 140. — Supersticiones, 141. — Funerales, 143. — Lengua, 144.

O.

OAMINO, rejente de Taiti. II, 134.

Oahou, isla del archipiélago de Hawaii. II, 1, 32.
OBERREA, jefe de Taiti arrebatado por Cook. II, 135.
Oceania. Sus divisiones. I, VI, VII.
Odia, islas de las Carolinas. III, 256.
Otdia, isla. V. Naeou.
OEDIDA ó **HIDI-HIDI**, Taitio que siguió á Cook. II, 135.
Oetas, ó Igorotes, pueblo aborígene de Luzon. I, 255.
Obras pias (sociedad de las), en Manila. I, 253.
Ohiteroa, isla. V. Rouroutou.
Oialava, isla del grupo Hamoa. Descripción. II, 178.
Oka-Toutaia. V. Fenoua-Iti.
Olimirao, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 259.
Olinama, villorio de Timor. Aventura acontecida á Peron. II, 369.
O-LO-PEN, primer viajero en China. I, 311.
Onghea-Lebou, isla del archipiélago Viti. II, 245.
Ongomea, isla del archipiélago Viti. II, 245.
ONNAY, virey del Japon. Su palacio. I, 360.
Ono, isla del archipiélago Viti. II, 245.
Oparo, isla. V. Rapa.
Opio (fumadores de). I, 278. — Comercio, 279.
Opou-Nohou, ensenada de Elmeo. II, 125.
Opoung, isla del grupo Hamoa. II, 178.
ORA-PIHA, jefe de Taiti. II, 129.
Oracas, isla del archipiélago de las Marianas. III, 218.
Orang-outang. Su historia. I, 177.
ORCO, rey de Raiatea. II, 136.
Oreja de Midas, marisco. II, 327.
ORI, Taitio amigo de Cook. II, 135.
Oro, morai de Raiatea. II, 156.
Orotava, ciudad de Tenerife. I, 33.
Ortega, islas del archipiélago Salomon. II, 309.
Osakka, ciudad del Japon. I, 361.
Osapa-Kúkil, ciudad de Timor. II, 369.
Osnabruc, isla. V. Maitia.
Otaha, isla. V. Tahaa.
Otaiti. V. Taiti.
Otdia, grupo de islas. III, 180. — Usos y costumbres, 181. — Habitantes, 181. — Tradiciones, 182.
Otea, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
OTOU. V. Pomare.
OTOURI, jefe de Taiti. II, 118.
Oualan, isla. V. Ualan.
Oualofii, pueblo de Gorea. I, 32.
Oudoudou, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
Oukuthy. V. Elivi.
Oumuitia, isla. V. Tetoua-Roa.
Oumbenga, isla del archipiélago Viti. II, 249.
OUNONG-LEBOU, caudillo de Viti. II, 259.
OUPA-PAROU, caudillo de Taiti. Su retrato. II, 119.

Oura, islas del archipiélago Pomotou. II, 115.
Outou, costumbre de la Nueva Zelandia. III, 142.
OUTOUROU, su viaje á Paris con Bougainville. II, 134.

P.

Pá, aldeas fortificadas de la Nueva Zelandia. III, 138.
Paasen. V. Waihou.
Padang, ciudad y gobierno holandés de Sumatra. I, 175. — (Minas de oro de), 177.
Pagon, isla de las Marianas. III, 218.
Pahe, juego de Hawaii. II, 28.
Pakia, pico de Bora-Bora. II, 159.
Pahou-tabou, asilo sagrado en Hawaii. II, 30.
Pan de azúcar (isla del). V. Sugar-Loaf.
Pan de azúcar (punta del), Santa Helena. III, 280.
Pai-O-Ni, ciudad de Taiti. II, 122.
Paiau, ciudad de Vanikoro. II, 291.
Palabautoula, ciudad de Ceylan. I, 95.
Palembag, reina de Sumatra. I, 190.
Palma, isla de las Canarias. I, 26.
Palmerston, escollos. II, 169.
Palmira, isla. II, 171.
PALOU, caudillo de Tonga-Tabou. II, 187.
Pambouam, distrito de Borneo. II, 380.
Pamplenas (las), arrabal de la Isla de Francia. I, 61.
Pandaran, cabo de la Cochinchina. I, 222.
Pandora, banco. II, 311.
Pangai, edificio público de Hifo. II, 188.
Pangai-Modou, isla del archipiélago Tonga. II, 227.
Panlog, isla del archipiélago de las Carolinas. III, 260.
Paoum, isla de las Nuevas Hébridas. II, 265.
Papara, ciudad real de Taiti. II, 127. — Su morai, 135.
Papous, pueblo de la Nueva Guinea. III, 330. — Costumbres, 339. — Lengua, 339.
Papous (tierra de los). V. Nueva Guinea.
Pascua (isla de). V. Waihou.
Para, provincia del Brasil. I, 42.
Paragoa, isla del archipiélago de las Filipinas. I, 268.
Pari, pico de Oahou. II, 129.
Pari, fortaleza de Taiti. II, 129.
Parramatta, ciudad de la Nueva Gales del Sur, Australia. III, 36.
Parry, islas del grupo de Bonin-Sima. I, 391.
Pasage, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Passan-Goulang, ciudad de Célebes. II, 350.
Passig, rio de Manila. I, 248. — Ciudad de este nombre, 240.
PATERSON, marinero inglés. — Su permanencia

- en Tikopia. II, 177.
- Patou-Patou**, arma de la Nueva Zelandia. III, 140.
- Patou-Wairoa**, distintivo de la Nueva Zelandia. III, 140.
- PAULDING**, viajero americano. I, v. — Su aventura en la isla Clarencia. II, 172.
- Pavoye**, pueblo de Ilocos en Luzon. I, 247.
- Patrocinio**, isla del grupo de Bonin-Sima. I, 394.
- PATTEN**, capitán inglés en Tristan d'Acunha. I, 46.
- Pais-Quemado** (el), parte volcánica de la isla Borbon. I, 67.
- Peard**, isla del grupo Gambier. II, 110.
- Pearl**, rocas de Bonin-Sima. I, 394.
- Peel**, isla del grupo de Bonin-Sima. I, 390.
- Pegaso**, puerto de la isla Stewart en la Nueva Zelandia. III, 130.
- Pegon**, ciudad y reino de la Birmania. I, 173.
- Peguans** (colonia de), en Siam. I, 218.
- Pey-Ho**, río de la China. I, 325.
- Pelada**, isla. V. Tabou-Emanou.
- Pelelap**, islote del grupo Mac-Askill. III, 197.
- Pelelew**, isla del grupo Pelew. III, 253.
- Pelew**, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 236. — Usos y costumbres, 249. — Habitantes, 250. — Aldea principal de la isla Coror, 249.
- Penrhyn**, islas. II, 172.
- Pentecostés**, isla de las Nuevas Hébridas. II, 272.
- Perlas**, (pesca de las). I, 96.
- Perniciosas**, islas. V. Palliser.
- PÉRON**, viajero francés. Describe los naturales de la Tasmania. III, 174. — En Timor. II, 367.
- PERROTET**, naturalista francés en el Senegal. I, 32.
- Pescado**, isla. II, 172.
- Pescadores**, islas del archipiélago de las Carolinas. III, 256.
- Phaeton** (el), navío inglés: su aventura en el Japon. I, 380.
- Phillips**, islas del archipiélago Pomotou. II, 114.
- PIA-RORO**, caudillo de Nouka-Hiva. II, 74.
- Pico de la Estrella**, islote de las Nuevas Hébridas. II, 276.
- Piguiram**, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 256.
- Piha**, cascada de Taiti. II, 122.
- Pibe**, himno de la Nueva Zelandia. II, 260.
- Pis**, isla del grupo Hogoleu. III, 198.
- Pitcairn**, isla. II, 103. — Descripción, 105.
- Pitt**, isla del grupo Chatam. III, 147.
- Pitt**, isla del grupo Guilbert. III, 173.
- Pájaro-bobos** (caza de los). I, 47.
- Pinos** (isla de los), Nueva Caledonia. III, 148.
- Piratas malayos**. I, 195.
- Pleasant**, isla del grupo Guilbert. III, 174.
- Pimiento** (cultivo del). I, 176.
- POIVRE**, naturalista francés. I, 75.
- Pola**, isla del grupo Hamoa. II, 178.
- Poliwara**, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130.
- Polinesia**, Oceanía oriental. Sus límites. I, VII.
- Polbok**, ciudad de Mindanao. I, 270.
- POMARE I**, rey de Taiti. II, 137. — Su retrato, 144.
- POMARE II**, rey de Taiti. II, 148. — Su historia, 141. — Su conversión, 145.
- POMARE III**, rey de Taiti. II, 150.
- POMARE-WAHINE I**, reina de Taiti. II, 150. — Sus contiendas con los misioneros, 151.
- Pomotou**, archipiélago. II, 112.
- Pondichery**, ciudad de la India. I, 98. — Descripción, 100. — Historia, 101. — Costumbres, 113.
- Puente de Adam**, en Ceylan. I, 96.
- Pontianac**, reino de Borneo. II, 377.
- Puerto Luis**, isla de Francia. I, 52.
- Porto Santo**, ciudad de Madera. I, 14.
- PORTER**, viajero americano. I, IV. — Su permanencia en Nouka-Hiva. II, 91.
- POTOTOU**, jefe taitio. II, 138.
- Poudiou**, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
- Pouke-Oupapal**. V. Egmont.
- POULAHU**, jefe principal de las islas Tonga en tiempo de Cook. Su retrato. II, 206.
- Poulo-Aii**, isla de las Molucas. II, 361.
- Poulo-Ayer**, isla de Java. III, 2.
- Poulo-Condor**, grupo de islas. I, 219.
- Poulo-Keller**, isla del archipiélago de Java. III, 2.
- Poulo-Moua**, montaña de Hawaii. II, 24.
- Poulo-Niamok**, isla de Java. II, 2.
- Poulo-Nias**, isla del archipiélago de Sumatra. I, 191.
- Poulo-Penang**, isla de Malaca. I, 192.
- Poulo-Patrij**, isla de Java. III, 2.
- Pouna**, distrito de Hawaii. II, 32.
- Poupa-Hohoa**, volcán de Hawaii. II, 25.
- POUNI**, caudillo de Bora-Bora. II, 130.
- Praslin** (Puerto), archipiélago de Salomon. II, 304.
- Príncipe de Gales** (isla del). V. Vliegen.
- Princesa**, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
- PRONIS**, gobernador francés de Madagascar. I, 101.
- Providencia**, grupo de islas del archipiélago de las Carolinas. III, 256.
- Pylstart**, isla del archipiélago Tonga. II, 202.
- PYRARD DE SAVAL**, viajero francés que ha descrito las Maldivas. I, 101.
- Pintarroteo** en Nouka-Hiva. II, 48. — En la Ze-

landia. III, 137. — En Otdia, 181.

Q.

Quatro-Ribeiras, ciudad de Terceira. III, 280.
Queen-Charlotte, isla. II, 120.
Queen-Charlotte, islas. II, 297.
QUOY, naturalista francés. I, 38.
Quoin, pico de la Nueva Bretaña. II, 320.
QUIROS, viajero español. I, II. — Descubre las islas Taiti. II, 133. — En las Nuevas Hébridas, 262.

R.

RADAMA, rey y conquistador de Madagascar. I, 71.
RAFARLA, gran dignitario de Madagascar. I, 77.
RAFFLES, viajero inglés en Malaca. I, 188.
Raïatea, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
Racimos del Trópico. I, 27.
Rajahpout, pueblo de la India. I, 102.
Rajahs, príncipes indios. I, 128.
Ralik, islas. V. Otdia.
Ramaswami-Pundit, bracman. I, 99.
Rambe, isla del archipiélago Viti. II, 248.
Ramos, islas del archipiélago Salomon. II, 309.
Ramp, islas. V. Magur.
Rana-Kiras, clase de Taiti. II, 255.
Ranaë, isla del archipiélago Hawaii. II, 46.
Ranga-tiras, caudillos de la Nueva Zelandia. III, 134.
Rangoun, ciudad de Birmania. I, 166.
Rani-Akea, gruta de Hawaii. II, 15.
Rapa, isla. II, 164.
Raraka, isla del archipiélago Pomotou. II, 115.
RARIS, jefe de Otdia. III, 179. — Su retrato, 182.
Raro--Tonga, isla del archipiélago Harvey. II, 169.
Raven-Islands. V. Ngarick.
Rawak, ciudad de Waigiou. II, 330.
Recherche, isla del grupo Vanikoro. II, 290.
Resiga, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130.
Rejangs, pueblo de Sumatra. Usos y costumbres. I, 180.
Rennel, isla del archipiélago Salomon. II, 311.
RENOUARD DE SAINTE CROIX, viajero francés. I, 123.
RELIANOFF, embajador ruso en el Japon. I, 372.
Resolucion, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
Resolucion, isla. V. Towere.
REII, jefe de Hidia. II, 280.
RIENZI, viajero italiano en Sumatra. I, 191. — En Borneo. II, 378.
Rimetara, isla. II, 167.
Rio Grande, rio del Brasil. I, 41.
Rio Janeiro, capital del Brasil. I, 39.

Rio Macacu, rio del Brasil. I, 41.
RIO-RIO, rey de Hawaii. II, 56. — Su muerte acaecida en Londres, 58.
Riou, ciudad de Sumatra. I, 280.
Riou. V. Roua-Houa.
Riveiras, ciudad de Pico. III, 280.
Robben, isla del Cabo. I, 55.
ROBERTS, marinero inglés en Nouka-Hiva. II, 91.
Roberts. V. Hiaou y Fatouhou.
ROBIN, sargento francés: sus aventuras en Madagascar. I, 77.
Roca de oro. V. Mujer de Loth.
Rochester (el). Apresamiento de este buque en Rotouma. III, 165.
Rocky. V. Independencia.
ROGGEWEEN, viajero holandés. I, III. — En la isla Waïhou. II, 100. — En las islas Hamoa, 178. — En la Nueva Guinea, 332.
Rey Jorge (puerto del), Australia. Descripción. III, 19. — Indígenas, 21. — Usos y costumbres, 23. — Funerales, 24. — Casamiento, 23. — Lenguaje, 26.
Reyes y Jardines (isla de los). V. Hawaii.
Roffell, isla de la Nueva Guinea. II, 340.
Romanzoff, isla del archipiélago Pomotou. II, 115.
Romanzoff, islas. V. Otdia.
Redonda (isla), archipiélago Viti. II, 234.
Redonda (isla), Seychelas. I, 84.
ROOKE, almirante inglés. I, 9.
Rosaingain, isla de las Molucas. II, 364.
Rosa (isla). II, 173.
Ross. V. Ongomea.
Ruisñores (isla de los). I, 45.
Rota, isla de las Marianas. III, 213. — Descripción, 214.
Roto-Doua, lago de la Nueva Zelandia. III, 130.
Rotouma, isla. III, 144. — Costumbres, 168. — Habitantes, 167. — Lenguaje, 170.
Rotterdam. V. Namouka.
Rottia, isla, Timor. II, 374.
Roua-Houa, isla, Nouka-Hiva. II, 88.
Roua-Poua, isla del archipiélago de Nouka-Hiva. II, 85.
Rourouti, grupo Harvey. II, 169.
Rouroutou, isla. II, 167.
Reales (islas). V. Molucas.
Roxburg, isla del archipiélago Harvey. II, 169.
Runawai, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130.
RUNJET-SING, sultán de Lahore. I, 155.
RUTHERFORD, marinero inglés. — Su cautiverio en la Nueva Zelandia. III, 120.

S.

Saabs, pueblo del Cabo. I, 54.
SAAVEDRA, viajero español, en la Nueva Guinea. II, 331.

- Sabrina*, isla desaparecida. III, 200.
Sacken, islas del archipiélago Pomotou. II, 144.
Sudras, ciudad de la India. I, 111.
Saigang, ciudad de la Birmania. I, 173.
Saigong, río. I, 217.
SAINSON, dibujante del Viaje del *Astrolabio* y del Viaje pintoresco al rededor del mundo. I, 46.
San Bartolomé, isla de las Nuevas Hébridas. II, 275.
San Brandon, isla imaginaria. I, 26.
San David. V. Güedes.
San Dionisio, ciudad de la isla Borbon. I, 66.
Santo Espíritu, isla de las Nuevas Hébridas. II, 275.
San Juan, isla de la Nueva Hanóver. II, 323.
San Lázaro, archipiélago. V. Filipinas.
San Luis, ciudad del Senegal. I, 33.
San Miguel, isla de las Azores. III, 281.
San Nicolas, isla del Cabo Verde. I, 35.
San Pablo, ciudad de la isla Borbon. I, 66.
San Simon y San Judas. V. Towere.
San Vicente, golfo de la Australia. I, 36.
Santa Helena, isla. III, 282.
Santa María, isla, Madagascar. I, 72-73.
Santa María, isla de las Azores. III, 281.
Sakai, ciudad imperial del Japon. I, 361.
Sal, isla del Cabo Verde. I, 35.
Salas y Gomez, rocas. II, 100.
Salayer, grupo de Célebes. II, 354.
Sakibabo, grupo de las Molucas. II, 357.
Salice, isla de las Célebes. II, 348.
Sallawatty, isla. II, 341.
Salomon, archipiélago. II, 299. — Historia, 302. — Habitantes, 305. — Jeografía, 309.
Satuen, río de la India. I, 171.
Salvaje, isla. II, 170.
Sambas (estado de), Borneo. II, 378.
Samboagan, ciudad de Mindanao. I, 269.
San Bartolomé, ciudad de Terceira. III, 280.
Sándalo (comercio de la madera de). II, 250.
San Diego, isla dudosa. II, 115.
Sandwich, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.
Sandwich, isla. V. Hawaii.
Sandy, isla del archipiélago Viti. II, 247.
San Gabriel, isla del grupo del Almirantazgo. II, 325.
Sangou (pais de), Borneo. II, 379.
Sangour, isla de las Célebes. II, 354.
San-Joa, ciudad de Pico. III, 281.
San Juan Bautista. V. Elisabeth.
San Mateo, (gruta de) en Manila. I, 249. — Ciudad de Terceira. III, 281. — De Pico, 281.
San Miguel, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
San Miguel, isla del grupo del Almirantazgo. II, 325.
San Paulo, ciudad y provincia del Brasil. I, 42.
San Pablo, isla dudosa. II, 113.
San Pedro, ciudad y provincia del Brasil. I, 42. — isla. V. Bora-Bora.
San Quintín, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.
San Sebastian, ciudad de Terceira. III, 280.
Santa Cristina. V. Tao-Wati.
Santa Cruz, ciudad de Tenerife. I, 16. — En Manila, 250.
Santa Lucia, isla del Cabo Verde. I, 35.
Santa Lujia, ciudad de Pico. III, 281.
Santa Magdalena. V. Otahi-Hoa.
San Antonio, isla del Cabo Verde. I, 35. — Ciudad de Pico. III, 280.
Santiago, isla del Cabo Verde. I, 35.
Santiago. V. Maupiti.
San Vicente, isla del Cabo Verde. I, 35.
San Domingo. V. Elmeo.
SANVITORES, misionero español de las Marianas. — Su martirio. III, 208.
Sanvitores, ciudad de Gouabam. III, 208.
Saparoa, isla de las Molucas. II, 364.
Sarigoan, isla de las Marianas. III, 218.
Saunders, isla. V. Tabou-Emanou.
Savon, isla Timor. II, 376.
Saypan, isla de las Marianas. III, 218.
SHELL, oficial francés. Su expedición á Madagascar. I, 79.
Schoui, ciudad de Liou-Tcheou. I, 341.
SCHOUTEN, viajero holandés. I, II. — Descubre el grupo Niouba. II, 181. — En la Nueva Hanóver, 323. En las islas del Almirantazgo, 324. — En la Nueva Guinea, 325. — En la isla Allou-Fatou. III, 160.
Schouten, islas de la Nueva Guinea. II, 331.
Scilly, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
Scott, isla del archipiélago Viti. II, 247.
Seclavos, pueblos de Madagascar. I, 81.
SEGHIRA, uros de Ulaan. III, 192.
SELKIRK, marinero inglés abandonado en Juan Fernandez. III, 274.
Senegal. I, 27. — Río. 27.
Seougoun, jefe militar del Japon. I, 365.
SERCEY, almirante francés en la India. I, 100.
Serles, islas del archipiélago Pomotou. II, 113.
Sermatta, isla de las Molucas. II, 366.
SERRANO, viajero portugués: descubre la Nueva Guinea. II, 330.
Sesarga, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
Seychelas, archipiélago. I, 84.
Seyks, pueblo indio. I, 103.
Skirling, isla del archipiélago Viti. II, 247.
SHONGUI, caudillo de la Nueva Zelandia. III, 119. — Su viaje á Londres, 123. — Su muerte, 127.
Shongui: saludo en la Nueva Zelandia. III, 144.
Shorland, isla del archipiélago Salomon. II, 309.
Shouki-Anea, distrito de la Nueva Zelandia. III, 91.
Shouraki, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.

Shoutourou, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
Shak, reino de Sumatra. I, 190.
Siam. Historia. I, 201. — Jeografía, 212. — Comercio, 217. — Habitantes, 214. — Costumbres, 218.
Siao, isla de las Célebes. II, 354.
Si-chang, islas. I, 218.
Siderong (estados de), Célebes. II, 354.
Siete islas (las). V. Ngarik.
Sikokf, isla del Japon. I, 373.
Simao, isla, Timor. II, 374.
Simbou, isla del archipiélago Salomon. II, 309.
Simpang (país de), Borneo. II, 379.
Sims, isla. V. Kanazea.
Simpson, islas. V. Hopper.
Simson, isla del archipiélago Salomon. II, 310.
Sincapour, isla de la India. I, 197.
SINGLETON, marinero inglés, en Tonga. II, 225.
Sinn (valle de), en Santa Helena. III, 278.
Sinto, relijion del Japon. I, 384.
Sio-Thya, ciudad de Siam. I, 214.
Siri, preparacion del betel en Java. III, 13.
Siringam (pagoda de). I, 147.
Seis islas (las). V. Carlota.
Skeddy's, Group. V. Namoulouk.
Skoi-Thehe, aldea de la Nueva Zelandia. III, 83.
Smith, grupo. II, 170.
Smith, isla. V. Sesarga.
Sociedad (islas de la). V. Taiti.
Sola. V. Pylstart.
Solander, isla de la Nueva Zelandia. III, 79.
Solo, rio de Java. III, 10.
Solor, isla, Timor. II, 375.
SONNERAT, viajero francés. I, 105.
Sopeng (estados de), Célebes. II, 354.
Soudras, casta de la India. I, 144.
Soulou, archipiélago. I, 271.
Soulou, isla. I, 272.
Soumenat (pagoda de). I, 148.
Sourabaya, distrito y ciudad de Java. III, 5.
Sourakarta, distrito y ciudad de Java. III, 13.
Souvaroff, isla, Carolinas. V. Tagai.
SOZOPOLIS, obispo francés en Siam. I, 208.
Spencer, golfo de Australia. III, 51.
Spiridon, isla. V. Oura.
SRUICK, viajero en la Nueva Guinea. II, 331.
Stamfort-Raffles. V. Raffles.
Staburck, isla. II, 171.
Statend-Land. V. Nueva Zelandia.
Seaphen, isla, de la Nueva Zelandia. III, 83.
Stephert, islas, Nuevas Hébridas. II, 274.
Step-to, isla. V. Temer.
Stewart, islas del archipiélago Salomon. II, 311.
Stewart, isla de la Nueva Zelandia. III, 79.
Strong, isla. V. Ualan.
STURT, oficial inglés. Escursion á la Australia. III, 49.
SUFFREN, almirante francés en la India. I, 105.

Sugar-Loaf, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
SUMANAP, sultana de Maduré. III, 8.
Sumatra, isla. Descripción. I, 175. — Comercio, 176. — Minas de oro, 177. — Costumbres, 181.
Sumbawa, archipiélago de Timor. II, 374. — isla, 378.
Sunday. V. Raoul.
SURCOUF, corsario francés en la India. I, 280.
SURVILLE, viajero francés. I, iv.
Sumba, isla de Timor. II, 375.
Susannet, isla. V. Pescadores.
Suan-River, puerto de la Australia. III, 66.
Suede, isla. Elet.
Sydenham, islas del grupo Gilbert. III, 172.
Sydney, isla. II, 173.
Sydney-Cove, capital de la Nueva Gales del Sur. III, 30.
Synonymia de los mapas (marcha seguida para la). I, VIII.
Syrinus, isla. V. Anna.

T,

TAARA, ó King-George, jefe de la Nueva Zelandia. III, 126.
TAARE-ARU, jefe taitio. Su condenacion por los misioneros. II, 136.
Table-Bay, cabo de Buena Esperanza. I, 55.
Tabou, abolido en Hawaii por Tamea-Mea. II, 69. — Descripción de sus efectos, 55. — En Nouka-Hiva, 97. — En Taiti, 100. — En Tonga, 238. — En la Nueva Zelandia. III, 142.
Tabou-Emanou, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
Tachogna, granja de Gouaham. III, 211.
Tagales, puebla de las Filipinas. Costumbres é historia. I, 242.
TAHA, jefe de Tonga, amigo de Cook. Su retrato. II, 204.
Tahaa, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
TAHOFA, jefe de Tonga. II, 174.
Tahoua, sacerdote de Nouka Hiva. II, 83.
Tahouas, profetas y médicos de Nouka-Hiva. II, 84-95.
Tahoura, isla del archipiélago Hawaii. II, 33.
Tahou-Rawe, islas del archipiélago Hawaii. II, 361.
TAHOUA-HINI, jefe relijioso de Nouka-Hiva. II, 87.
Tahounas, sacerdotes de Nouka-Hiva. II, 96.
Tai-foung, ó typhon. Descripción de este fenómeno. I, 350.
Tai-Püs, pueblo de Nouka-Hiva. II, 75.
Taio, lo que significa. II, 118.
Taio-Hae, bahía de Nouka-Hiva. II, 73-80.
Taiti, archipiélago. Descripción. II, 117. — Jeografía, 131. — Historia, 133. — Guerra civil, 135.

- Taitios. Costumbres. II, 153. — Comercio, 162. — Mujeres, 162. — Retratos, 262. — Usos, 154. — Religión, 158. — Fiestas, 160. — Lenguaje, 163.
- Takāi*, islote del grupo Mac-Askill. III, 197.
- Tamaha* (la), primera autoridad de Tonga. II, 213-227.
- Tamar*, río de Tasmania. III, 67.
- Tamatavas*, puebla de Madagascar. I, 81.
- TAMEA-MEA*, rey y conquistador de las islas Hawái. II, 41, 43, 52.
- Tamis*, río de la Nueva Zelandia. III, 91.
- Tananariva*, ciudad de Madagascar. I, 78.
- Tanette*, reino de Célebes. II, 354.
- Tánger*, ciudad de África. I, 13.
- Tanna*, isla de las Nuevas Hébridas. II, 262. — Indígenas, 272.
- Taone-Roa*, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
- Taoui-Taoui*, grupo de islas del archipiélago de las Filipinas. I, 271.
- Tao-Wati*, isla del archipiélago de Nouka-Hiva. II, 17.
- Tapou*. V. Tabou.
- Tara-Nake*, villorio de la Nueva Zelandia. III, 120.
- TAREHA*, jefe nuevo-zelandés. III, 88.
- Tarifa*, ciudad de España. I, 23.
- TASMAN*, viajero holandés. I, III. — En Tonga. II, 203. — En Viti, 249. — En la Nueva Irlanda, 321. — En la Nueva Guinea, 332. — En la Australia. III, 44. — En la Tasmania, 69. — Descubre la Nueva Zelandia, 101.
- Tasman*, bahía de la Nueva Zelandia. III, 130.
- Tasmania*. III, 66. — Historia, 67. — Colonias inglesas, 61. — Indígenas, 70. — Jeografía, 78.
- Taswel*. V. San Agustín.
- Tawai*, isla del archipiélago Hawái. II, 32.
- Tawai-Pounamou* ó *Tovy-Poenammou*, una de las dos grandes islas de la Nueva Zelandia. III, 79.
- Tawiti-Rahi*, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
- Tchandis*, templos arruinados en Java. III, 18.
- Tea-Bounas*, jefes de la Nueva Caledonia. III, 180.
- Tea-Houra*, isla de la Nueva Zelandia. III, 86.
- Tehai*, islotes del archipiélago Pomotou. II, 113.
- TEKOURI*, jefe nuevo-zelandés. III, 200.
- Tello*, distrito de Célebes. II, 354.
- Tempestades* (bahía de las), Tasmania. III, 66.
- Tenerife*, isla de las Canarias. I, 17. — (Pico de), 23.
- Teouu*. V. Hisou.
- Tera-Nake*, tribu de la Nueva Zelandia. III, 83.
- Tera-Witi*, tribu de la Nueva Zelandia. III, 83.
- TEKOKE*, jefe nuevo-zelandés. III, 70.
- Ternate*, isla y ciudad de las Molucas. II, 357.
- TOMO III.**
- Tierra del Fuego*. III, 268.
- Tierra de Van Diemen*. V. Tasmania.
- Tierras australes*. V. Australia.
- Telikuroa*, isla. V. Tetoua-Roa.
- TETORE*, jefe nuevo-zelandés. III, 87.
- Tetoua-Roa*, isla de Taiti. II, 132.
- Teyva*, isla. V. Ualan.
- Té* (cultivo y comercio del). I, 300.
- TOMAS*, misionero inglés en Tonga. II, 226.
- Thornton*, isla. V. Carolinas.
- THUNBERG*, viajero holandés. I, 370.
- Tiburón* (pesca de un). I, 30.
- Tidor*, isla de las Molucas. II, 357.
- Tigre*, río de China. I, 273. — (bocas del), 286.
- Tigres*, tropas chinas. I, 208.
- Tikopia*, isla. II, 177.
- Timor*, isla. Descripción. II, 367. — Jeografía, 374. — Habitantes, costumbres, 368-371.
- Tinian*, isla de las Marianas. III, 218.
- Tintinga*, ciudad de Madagascar. I, 72.
- TIPPOO-SAEB*, emperador de Bengala. I, 105.
- Toboonacelly*, isla. V. Tabouna-Siki.
- Tofoua*, isla del grupo Hapai. II, 201.
- TOGOJA*, soberano de Ualan. III, 193.
- TAHI-TAPOU*, gran sacerdote nuevo-zelandés. III, 88.
- Toko-Malou*, bahía de la Nueva Zelandia. III, 104.
- Tomboro* (erupción del), en Sumbawa. II, 374.
- Tondano*, lago de las Célebes. II, 349.
- Tonga*, archipiélago. Descripción. II, 198. — Jeografía, 200. — Historia, 202. — Habitantes, 203. — Fiestas, 238. — Usos, costumbres, 234. — Religión, 236. — Lenguaje, 240.
- Tonga-Tabou*, isla del archipiélago Tonga. II, 200.
- Toneleros* (isla de los), en la Nueva Zelandia. III, 81.
- Tonquins*, pueblo de la Cochinchina. I, 235.
- Tonyak*, río del Japon. I, 366.
- Topang*, espectáculo de Java. III, 15.
- TORRES*, viajero español. I, II. — Visita la Australia. III, 43. — V. Quiros.
- Tortuga*, isla. V. Batoa.
- Toubai*, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
- TOUBO*, jefe de Tonga. II, 192.
- TOUBOURAI-TANAIDE*, jefe de Taiti, arrebatado por Cook. II, 134.
- Touhoua*, isla de la Nueva Zelandia. III, 130.
- Touu-Tonga*, dignidad de Tonga. II, 196.
- Touu-Touu*, isla. II, 111.
- Tolon*. Partida de este puerto. I, 2.
- TOUMBOU-NAKORO*, jefe de las islas Viti. Su retrato. II, 242.
- TOUPIA*, sacerdote de Taiti. Se embarca con Cook. II, 135.

Toupapan, monumentos fúnebres en Tonga. II, 87-140.
Toupoua, isla. II, 292.
Touranne, ciudad de la Cochinchina. I, 222.
Touratte (estados de), Célebes. II, 354.
 TOUTAHA, jefe de Taiti, arrebatado por Cook. II, 134.
Toutou-Kaka, villorio de la Nueva Zelandia. III, 89.
Trafalgar (combate de). I, 13.
Traidores (islas de los). V. Niguha.
Trece Islas. V. Youli.
Tres-Hermanos. V. Tetoua-Roa.
Trevaion. V. Roua-Poua.
Trincomalay, ciudad de Ceylan. I, 94.
Trinidad, isla. I, 38.
Tristan d'Acunha, islas. I, 45.
Tres Reyes (isla de los). V. Manawa-Tawi.
Tres-Hermanas (isla de las), archipiélago Salomon. II, 210.
Tubia, isla. V. Toubou.
Tucker. V. Saterval.
Two-Islands. V. Ifelouk.
Tupa, ciudad de Macao. I, 274.

U.

Ualan, isla de las Carolinas. III, 183. — Descripción, 184. — Habitantes, 190. — Tradiciones, 196.
Udia-Milai, isla. V. Eschscholtz.
Ulieta. V. Raiatea.
Ulle, isla. V. Youli.
Umata, ciudad de Gouaham. III, 209.
Union (la), navío americano. Su aventura en Tonga. II, 216.
Uros-ton, jefes de Ualan. III, 185.
Uruckthapel, isla del grupo Pelew. III, 253.

V.

Vakia, isla del archipiélago Viti. II, 248.
 VALIE, jefe de Vanikoro. II, 284.
 VANCOUVER, viajero inglés. I, IV. — En Hawaii. II, 44. — En Taiti, 139.
Van-Diemen (tierra de). V. Tasmania.
Van-Diemen (golfo de). III, 51.
Vanikoro, islas. II, 279. — Jeografía, 289. — Indígenas, 290. — Costumbres y lenguaje, 291.
Vamoo-Vadooa, isla. V. Banoue-Batou.
Vanoua-Lebou, isla del archipiélago Viti. II, 245.
Vavao, isla del archipiélago Tonga. II, 202.
Vavitou, isla. II, 165.
Venus (punta de), en Taiti. II, 117.
Vigan, isla de Luzon. I, 247.
 VILLENEUVE, almirante francés. I, 13.
Viti, islas. Descripción. II, 240. — Jeografía, 245. — Historia, 249. — Indígenas, 258.

Vliegen, islas del archipiélago Pomotou. II, 126.
Wadlin, isla de las Carolinas. III, 256.
 WAHI-ADOUA, rey de Taiti. II, 134-138.
Wahine, isla del archipiélago Taiti. II, 132.
Waie-Akea, bahía de Hawaii. II, 19.
Waie-Manou, villorio de Hawaii. II, 19.
Waihou, isla. II, 100.
Wai-Hapou, cabo de la Nueva Zelandia. III, 130.
Wai-Kahou-Bounga, V. Tamise.
Wai-Kari, villorio de la Nueva Zelandia. III, 89.
Wai-Kato, rio, Nueva Zelandia. III, 93.
Wai-Meo, distrito de Hawaii. II, 16.
Wai-Pa, rio, Nueva Zelandia. III, 130.
Wai-Pio, aldea de Hawaii. II, 18-32.
Wai-Tangui, aldea de la Nueva Zelandia. III, 119.
Wai-Tao. V. Tao-Wati.
Wai-Titi, bahía de Hawaii. II, 9.
 WAI-TOTAI, jefe de Tonga. II, 230.
Waitou-Taki, isla del archipiélago Harvey. II, 169.
 WALDEGRAVE, viajero inglés en las islas Tonga. II, 231.
Walleway, rio de Ceylan. I, 88.
 WALUIS, viajero inglés. I, III.
Wallis, isla. II, 119.
Wampoa, rada de Macao. I, 275.
Wanga-Mata, rio, Nueva Zelandia. III, 92.
Wangara, isla del archipiélago Viti. II, 246.
Wangari, bahía de la Nueva Zelandia. III, 106.
Wangaroo, tribu, Nueva Zelandia. III, 113.
 WARC-PAKA, jefe de la Nueva Zelandia. III, 88.
Ware-Tawa, ciudad, Nueva Zelandia. III, 105.
Warragong, monte, Australia. III, 52.
Washington, isla. V. Roua-Houga.
Walterland, isla, archipiélago Pomotou. II, 116.
Watiou, isla archipiélago Harvey. II, 168.
Wayang, marionettes en Java. III, 15.
Wellerley, isla, Australia. III, 51.
Wellington, monte, Tasmania. III, 66.
Western, puerto, Australia. III, 28-51.
Whitsunduy, isla. II, 110.
Wichnou, dios indiano. I, 92.
Wilberforce, ciudad, Australia. III, 33.
William-Henry, isla del archipiélago Pomotou. II, 113.
 WILLIAMS, misionero en la Nueva Zelandia. III, 88.
 WILSON, misionero americano en Taiti. II, 118-121.
 WILSON, viajero inglés. I, IV. — Transporta misioneros á Taiti. II, 139.
 WILSON, su excursion al interior de la Australia. II, 51.
 WILSON (Enrique), capitán inglés. Su naufragio en las islas Pelew. III, 236.
Wilson, isla del archipiélago Pomotou. II, 115.

— Promontorio de Australia. III, 30. — Islas.
V. Pelew.

Winchelea, isla. V. Bouka.

Windsor, ciudad de Australia. III, 33.

Winyen, volcan, Australia. Su erupcion. III, 55.

Wittgenstein, isla del archipiélago Pomotou. II, 115.

Wolchongski, isla del archipiélago Pomotou. II, 114.

Womerang, arma de la Australia. III, 59.

Wood Rogers, viajero inglés. Visita las islas Galápagos y Juan Fernandez. III, 213.

X.

Xattryas, casta indiana. I, 144.

Xoulla, islas Célebes. II, 364.

Y.

Yaeou-Chima, isla, Liou-Tcheou. I, 349.

Yanaoun, ciudad de la India. I, 100.

Yap, isla. V. Gouap.

Yedo, ciudad del Japon. I, 365.

Yermoloff, islas. V. Holt.

Young, Inglés, confidente de Tamea-Mea. II, 43.

Young-William, isla. V. Soldan.

Yuung-Nichs, cabo de Nueva Zelandia. III, 104.

York, isla. V. Amaksta y Eimeo.

Z.

Zin-Mou, fundador del imperio del Japon. I, 375.

Zondergrond, islas. V. Oura.

TABLA

INDIVIDUADA É INDICATIVA

DE LAS PLANCHAS DEL VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO.

TOMO PRIMERO.

FRONTISPICIO.		PL. VI. — EL CABO.	
Retratos de Bougainville, Cook, Lapérouse y Baudin.		1. Vista de la ciudad del Cabo.	pág. 50
PL. I. — FRANCIA. — ESPAÑA.		2. Una calle del Cabo.	52
1. Salida de una fragata.	pág. 3	3. Hotentotes.	51
2. Trajes de Mahon.	5	4. Huracan en el mar.	50
3. Gibraltar (Este).	8	PL. VII. — ISLA DE FRANCIA.	
4. Bateria subterranea de Gibraktar.	11	1. Puerto Luis.	56 y 62
PL. II. — ESPAÑA. — CANARIAS.		2. Iglesia de las Pamplenas.	61
1. Gibraltar (Oeste).	11	3. Rio del Mesnil.	63
2. Faro de Tarifa.	13	4. Una fábrica de azúcar.	64
3. Santa Cruz.	16	PL. VIII. — ISLA BONBON.	
4. Trajes de Tenerife.	17	1. San Dionisio.	66
PL. III. — CANARIAS.		2. Desembarcadero de San Dionisio.	66 y 70
1. Erupcion del Cahorra.	24	3. Puente del rio de los Morrillos.	68
2. Trajes de Canarias.	25	4. Malgaches en 1656.	74
3. Dragouero y aloës.	23	PL. IX. — MADAGASCAR.	
4. El Pico á diversas distancias.	24	1. Sumision de los Malgaches á Flacourt.	74
PL. IV. — SENEGAL.		2. Arbol del viajero.	72
1. Pesca de un tiburón.	30	3. Mujeres Seclavas.	72
2. Naufragio de la Medusa.	29	4. Hombres Ovas.	72
3. Gorea, lado del Este.	31	5. Vista de Tintinga.	72
4. Una Siñarra; un Morabito.	31 y 32	PL. X. — SEYCHELAS.	
PL. V. — RIO-JANEIRO.		1. Hipopótamos.	83
1. Vista de la Trinidad.	38	2. Rada de Mahé.	84
2. Rada de Rio-Janeiro.	38 y 39	3. Habitacion cerca de Mahé.	86
3. Caza del caballo montés.	42	4. Cocotero de las Seychelas.	85
4. Caza de los pájaros-bobos.	47	PL. XI. — CEYLAN.	
		1. Dagobah (capilla).	91
		2. Entrada del palacio de Kandy.	90

3. Sacerdotes de Bouddha.
4. Capilla de Trincomalay.

pág. 91
91

PL. XII. — CEYLAN.

1. Ruínas de una pagoda. 91
2. Puente de bambúes. 94
3. Gran sacerdote. 91
4. Suplicio de un criminal. 94

PL. XIII. — INDIA.

1. Desembarcadero de Pondichery. 99
2. Iglesia de los jesuitas. 100
3. Palacio del gobernador. 100
4. Peones (guardias). 100

PL. XIV. — INDIA.

1. Pagoda. 113
2. Carricoche malabar. 112
3. Alfaquí, brahman, sacerdote. 112 y 113
4. Juglares. 112

PL. XV. — INDIA.

1. Desembarcadero de Madras. 119
2. Mujeres del pueblo. 120
3. Farias bateleros. 120
4. Ídolo Kannapen. 120

PL. XVI. — INDIA.

1. Colegio del obispo, en Calcuta. 132
2. Devociones de los Indos. 128
3. Templo de Jaggernaut. 126
4. Devociones de los Indos. 128

PL. XVII. — INDIA.

1. Procesion sobre el agua. 147
2. Pintura del dios Kishna. 148
3. Viuda arrojándose a la hoguera. 146
4. Karticoya, dios de los ejércitos. 140

PL. XVIII. — INDIA.

1. Procesion del carro en Jaggernaut. 147
2. Funerales de un sectario de Wichnou. 145
3. Paseo de un nabab. 149
4. Escuela cristiana de niñas. 186

PL. XIX. — INDIA.

1. Natche, danza inda. 137
2. Caza del tigre. 135
3. Arbol de los banianos. 159
4. Fabricante de vidriado. 144

PL. XX. — BIRMANIA.

1. Gran pagoda de Rangoun. pág. 166
2. Interior de la pagoda. 166
3. Vista de Rangoun (Norte). 166

PL. XXI. — BIRMANIA.

1. Vista de Rangoun (Este). 166
2. Ataque de la punta de la Pagoda. 167
3. Toma del reduto principal. 167

PL. XXII. — BIRMANIA. — SUMATRA.

1. Mujer de un Birman de alto bordo. 170
2. Guerrero de Seanlar. 188
3. Casas de Sumatra. 181
4. Caudillo de Batou-Cara y sus hijos. 181 y 188

PL. XXIII. — SUMATRA. — MALACA.

1. Mujeres de Sumatra. 181 y 188
2. Puerto de Malaca. 194
3. Vista de Malaca. 194
4. Barcos de pescadores malayos. 194

PL. XXIV. — SINGAPOUR.

1. Puerto de Sincapour. 197
2. Parte del arrabal malayo. 197
3. Vista de Sincapour. 197
4. Mercader chino y malayo. 197

PL. XXV. — SINGAPOUR. — SIAM.

1. Rada de Sincapour. 198
2. Hombre y mujer malayos. 198
3. Templo de Bankock. 206
4. Vista de Bankock. 204

PL. XXVI. — SIAM. — COCHINCHINA.

1. Palacio de Bankock. 205
2. Siameses de ambas seces. 206
3. Monumento de Goutama. 206
4. Vista de Tourane. 224

PL. XXVII. — COCHINCHINA.

1. Bahía de Tourane. 222
2. Cochinchinés de alto bordo. 223
3. Sepulcro cochinchino. 224
4. Trajes del pueblo. 223

PL. XXVIII. — COCHINCHINA.

1. Pagoda subterránea. 233
2. El emperador de Cochinchina. 233
3. Diputado de Kamboje. 233

AL REDEDOR DEL MUNDO.

311

4. Templo de Saigong. pág. 220
5. Sacerdote de Fò y novicios. 220

PL. XXIX. — COCHINCHINA.

1. Fuerte de Touranne. 222
2. Mandarines civil y militar. 224
3. Montañas de Mármol. 227
4. Entrada de la pagoda subterránea. 227

PL. XXX. — COCHINCHINA.

1. Cuadra de los elefantes. 224
2. Guardias del emperador y artillero. 224
3. Batel canasta. 222
4. Bateles pescadores. 222
5. Mercado cochinchino. 223

PL. XXXI. — MANILA.

1. Aduana de Manila. 239
2. Iglesia de San Francisco. 240
3. Puente de Manila. 242
4. Tagales, hombre y mujer. 242

PL. XXXII. — MANILA.

1. Arrabal chino. 245
2. Combate de gallos. 243
3. Ruínas en un barrio. 245
4. Ilocos, hombre y mujer. 248

PL. XXXIII. — MANILA.

1. Rio de Passig. 249
2. Habitación de colonos. 249
3. Vista de la Hala-Hala. 250
4. Barranco cerca de la Hala-Hala. 252

PL. XXXIV. — MANILA. — CHINA.

1. Almadías pescadoras. 254
2. Bateles de pasaje. 254
3. Entrada de Macao. 274
4. Vista de Macao. 276

PL. XXXV. — CHINA.

1. Vista de Macao. 276
2. Gruta de Camoëns. 276
3. Rio de Macao. 276
4. Fuerte de la entrada del Tigre. 288

PL. XXXVI. — CHINA.

1. Aldea á orillas del Tigre. 299
2. Bateles viejos sirviendo de casas. 290
3. Una calle de Canton. 293
4. Barbero al aire libre. 293

5. Habitantes de Canton. pág. 294

PL. XXXVII. — CHINA.

1. Arrabal de una ciudad china. 308
2. Mandarin civil. 308
3. Proveedor. 306
4. Puerta de una ciudad. 307
5. Soldado de grande uniforme. 308 y 308
6. Tigre de guerra. 308

PL. XXXVIII. — CHINA.

1. Puente en una ciudad china. 319
2. Señora china. 307
3. Suplicio de la canga. 308
4. Pies de señoras chinas. 307
5. Suplicio del tcha. 308

PL. XXXIX. — CHINA.

1. Batel que se desliza por un plano inclinado. 319
2. Carreton de vela. 309
3. Una puerta de Pekin. 320
4. Mandarin en silla de manos. 310

PL. XL. — CHINA.

1. Gran muralla de la China. 320 y 321
2. Fortaleza y arco de triunfo. 320
3. Palacio Yuen-Ming-Yuen. 320
4. Familia de aldeanos.

PL. XLI. — CHINA.

1. Pagoda cerca de Liou-Tcheou.
2. Fou-Hi, inventor de la escritura. 324
3. Divinidad china. 324
4. Batel de ánades. 335
5. Bateles de Tcheou-Kia. 335

PL. XLII. — CHINA. — ISLAS LIOU-TCHEOU.

1. Barco de transporte. 335
2. Gran peniche de guerra. 335
3. Napa-Kiang, capital de Liou-Tcheou. 336
4. Sepulcro de Liou-Tcheou. 337

PL. XLIII. — ISLAS LIOU-TCHEOU.

1. Komi, jefe de Liou-Tcheou y su mujer. 337
2. Sacerdote y jefe de Liou-Tcheou. 338
3. Un jefe y sus dos hijos. 338
4. Kouang-Yong, dios del perdón. 340

PL. XLIV. — ISLAS LIOU-TCHEOU.

1. Junco de Liou-Tcheou. 339 y 343

2. Jardin de los sacerdotes. pág. 349
3. Servidumbre del jefe de Liou-Tcheou. 339
4. Jefe coreo y su comitiva. 350

PL. XLV. — JAPON.

1. Cuerpo de guardia japonés. 355
2. Japoneses distinguidos que se encuentran. 355
3. Fuerte japonés. 355
4. Soldados japoneses. 355

PL. XLVI. — JAPON.

1. Una calle de Nangasaki. 357
2. Señoras japonesas en el paseo, 358
3. Palacio de Onaay. 360
4. Castillo de Firando. 360

PL. XLVII. — JAPON.

1. Retratos de Japoneses. 362
2. Señora japonesa en carro. 362
3. Familia de mendigos. 364
4. Pujiles. 367

PL. XLVIII. — JAPON.

1. Desembarque de los Rusos. pág. 371
2. Marcha de la embajada rusa. 371
3. Alojamiento de la embajada. 371
4. Audiencia de la embajada holandesa en 1776. 370

PL. XLIX. — JAPON.

1. Funerales de un rico japonés. 382
2. El dios Amida. 386
3. Ídolo del dios Canon (Kang-Won), hijo de Amida. 386

PL. L. — JAPON. — ISLA PEEL.

1. Uno de los templos de Canon. 386
2. Bonzos ó sacerdotes de diversas sectas. 386
3. Selva virgen en la playa de la isla Peel (islas Bonin-Sima). 390

PL. LI.

Mapa de las islas Hawaii (islas Sandwich)
trazado por M. d'Urville.

TOMO SEGUNDO.

PL. LII. — ISLAS HAWAII.

1. Kau-ike-Ouli, rey de las islas Hawaii. 4
2. Capilla y palacio del gobernador de Oa-hou. 2
3. La princesa Naheina-Heina. 6
4. Vista del valle de Oua. 9

PL. LIII. — ISLAS HAWAII.

1. Ruínas de un fuerte en Kai-Roua. 15
2. Rio Wai-Akea. 19
3. Valle Wai-Pio. 18
4. Cascada del Wai-Roukou. 19

PL. LIV. ISLAS HAWAII.

1. Establecimiento de los misioneros ingleses en Wai-Akea. 19 y 29
2. Retrato de Makoa, indijena. 20
3. Volcan de Kirau-Ea. 20
4. Volcan de Pouna-Hohoa. 25

PL. LV. — ISLAS HAWAII.

1. Moraí real de Honaunau. 36
2. Moraí de Tauai. 37
3. Interior de un moraí de Tauai. 37

4. Ofrenda de los habitantes de Hawaii á Cook. 38

PL. LVI. — ISLAS HAWAII.

1. Muerte del capitan Cook asesinado por los indijenas de Hawaii. 40
2. Naves de Cook. 41
3. Retrato de Tamea-Mea. 34

PL. LVIII. — ISLAS HAWAII.

1. Moraí de Tamea-Mea. 34
2. Noma-Hana, mujer de Tamea-Mea. 61
3. Bautismo de Karaí-Mokou, á bordo de la Urania. 58
4. Retrato de Karaí-Mokou. 58

PL. LVIII. — ISLAS HAWAII.

1. Moza de Hawaii. 62
2. Koua-Kini, hermano de la reina Kaa-hou-Manou. 62
3. Soltera de Hawaii. 66
4. Indijena en traje de guerra. 64

PL. LIX. — ISLAS HAWAII.

1. Luto público á la muerte de Keo-Poua-Lani, mujer de Tamea-Mea. pág. 70
2. Hombres disfrazados de Hawaï. 66
3. Danza de dos niños. 67
4. Bailarin hawaio. 67

PL. LX. — ISLAS HAWAII.

1. Kaashou-Manou, rejente de Hawaï. 57
2. Fuerte y rada de Hono-Rourou. 61
3. Ídolos y divinidades. 29
4. Escena de bailes públicos. 67

PL. LXI. — ISLAS NOUKA-HIVA (MARQUESAS).

1. Guerreros pintados de Nouka-Hiva. 80 y 98
2. Doble piragua. 79
3. Moraï de Nouka-Hiva. 84
4. Retratos de indijenas. 95

PL. LXII. — NOUKA-HIVA.

1. Mujeres indijenas. 84, 94
2. Interior de la casa de Tahoua. 86
2. Honou, caudillo de Tao-Wati. 89
4. Valle de Taïoa. 92

PL. LXIII. — NOUKA-HIVA. — WAÏ-HOU.

1. Moraï de Nouka-Hiva. 95
2. Armas y ornamentos. 95, 97
3. Casa de piedra de Waï-Hou. 101, 102
4. Plano y pormenores de la casa. 84
5. Casa de 310 pies de largo. 96

PL. LXIV. — WAÏHOU. — PITCAIRN.

1. Estatuas colosales de la isla Waïhou. 101
2. Desembarcadero de Pitcairn. 105
3. John Adam, fundador de la colonia de Pitcairn. 107
4. Colonia de Pitcairn. 107

PL. LXV. — ISLAS GAMBIEER.

1. Ataque de los naturales de las islas Gambier. 109
2. Isla baja de Withsonday. 110
3. Almadía de las islas Gambier. 108

PL. LXVI.

Mapa de las islas Taiti (Otaiti) trazado por M. d'Urville.

PL. LXVII. — ISLAS TAÏTI.

1. Otouri, indijena de Taïti. pág. 118 y 119
1. Oupa-Parou, indijena de Taïti. 119
2. Cascada del *Piha* sobre rocas basálticas. 122
3. Pomare-Wahine, madre de la reina. 124
3. Tere-Moe-Moe, madre de Pomare III. 124
4. Sepulcro de Pomare II. 124

PL. LXVIII. — TAÏTI.

1. Bahía de Ware en la isla Wahine. 125
2. Maï, isleño de Raiatea. 126
3. Outou-Maoro, aldea de Raiatea. 127
4. Pomare I, rey de Taïti. 144

PL. LXIX. — TAÏTI.

1. Principal aldea de Bora-Bora. 128
2. Sima del pico de Bora-Bora. 129
3. Moraï de Papara en Taïti. 128 y 135

PL. LXX. — TAÏTI.

1. Flota de guerra de Taïti. 136
2. Sacrificio humano. 137
3. Altares y Tiis en Ata-Hourou. 140 y 160.

PL. LXXI. — TAÏTI.

1. Cesion del territorio de Matavaï á los misioneros ingleses. 139
2. Pomare II. 140
3. Toupapau de Ori-Piha. 142

PL. LXXII. — TAÏTI.

1. Jóven taïtia, llevando presentes á Cook. 162
2. *Heiva*, danza taïtia. 162
3. Un Toupapau. 140
4. Ídolos de Taïti. 140 y 159

PL. I. — ISLAS MANGIA, MALDEN, MAOUNA.

1. Natural de Mangia. 168
2. Moraï abandonado en Malden.
3. Mortandad del capitán Delangle y sus compañeros en Maouna. 174 y 180

PL. II.

Mapa de las islas Tonga (isla de los Amigos), trazado por d'Urville.

PL. III. — ISLAS TONGA.

1. Taba, jefe inferior de Tonga-Tabou. 203
2. El Toui-Tonga Poulaho. 206
3. Kava sobre la playa de Namouka. 184

4. Escena de pujilato en Tonga. pág. 198

PL. IV. — ISLAS TONGA.

1. Retrato de Mariner, marinero inglés, prisionero en Vavao. 218
2. Cobertizo de piraguas. 195
3. Gran piragua de guerra. 196
4. Ceremonia de un kava. 189

PL. VI. — ISLAS TONGA.

1. Tahofa, jefe del distrito de Bea. 187
2. Palou, jefe del distrito de Moua. 187
3. Faï-Tokai, sepulcros de los Fata-Fais. 195
4. Mujer de Palou. 194
5. Niño de Palou. 194
6. Sepulcros ó faï-tokai. 191

PL. VII. — ISLAS TONGA.

1. Jefe en traje de guerra. 189
2. Interior de la habitacion de Palou. 190
3. Juegos y danzas de mozas. 234
4. Armas y utensilios. 234

PL. VIII. — ISLAS TONGA.

1. Caza de los misioneros ingleses en Hifo. 188
2. Plaza pública de Mafanga. 193 y 236
3. El *Astrolabio* á punto de perecer en los arrecifes de Tonga-Tabou. 225
4. Robo del bote del *Astrolabio* por los naturales. 228

PL. IX. — ISLAS TONGA.

1. Combate de los marinos del *Astrolabio* contra los isleños de Tonga-Tabou. 228
2. Visita de los oficiales del *Astrolabio* á la Tamaha. 196 y 227
3. Árbol gigantesco en Moua. 196
4. Primer establecimiento de misioneros en Tonga-Tabou. 224

PL. X. — ISLAS TONGA.

1. El mata-bulé Waï-Totai. 230
2. Consultacion del alma por un niño enfermo. 238
3. Fortificaciones de Mafanga. 231
4. Horno de tierra para asar los manjares en la Polinesia. 191

PL. XI. — ISLAS VITI (FIDGI).

1. El bote del *Astrolabio* atacado por los naturales de Lagüemba. 256
2. Tourang-Toki, jefe de Lagüemba. 257

3. Loua-Lala, jefe de Lagüemba. pág. 258
4. Touboua-Nakoro, jefe de Viti-Lebou, conversando á bordo. 243

PL. XII. — ISLAS VITI.

1. Combate del capitán Dillon contra los naturales de Viti-Levou. 255
2. Picacho de la isla Kandabon. 243
3. Naturales de Viti-Levou. 244

PL. XIII. — ISLAS VITI. — NUEVAS HÉBRIDAS.

1. Armas y ornamentos de las islas Viti. 259
2. Natural de Mallicolo. 264 y 275
3. Desembarque de Cook en Koro-Mango. 266
4. Vista de la isla Tanna. 269

PL. XIV. — NUEVAS HÉBRIDAS.

1. Natural de Tanna. 272
2. Mujer de Tanna. 272
3. Desembarque de Cook en Tanna. 266

PL. XV. — TIKOPIA. — VANIKORO.

1. Tikopia vista desde alta mar. 277
2. Aldea de Manevai. 285
3. Naturales de Tikopia. 277
4. Piragua de Vanikoro. 291

PL. XVI. — VANIKORO.

1. Habitantes de Vanikoro. 290
2. Valie, segundo aliado de Vanou. 282
3. Moambe, sacerdote de Manevai. 285 y 290
4. Abra de Mangadai. 290
5. Mausoleo erijido á Lapérouse por el capitán d'Urville. 286

PL. XVII. — VANIKORO.

1. Casa del atoua en Vanikoro. 291
2. Chalupa del *Astrolabio*, recojiendo los restos del naufragio de Lapérouse. 284 y 290
3. Mujeres de Vanikoro.
4. Modo de mondar el taro. 291

PL. XVIII. — VANIKORO. — ISLAS SALOMÓN. — NUEVA IRLANDA.

1. Naufragio de Lapérouse segun la relacion de los naturales. 281
2. Piragua de los Arsácides. 301
3. Interior del abra Carteret. 302
4. Cascada de Puerto-Praslin. 315

AL REDEDOR DEL MUNDO.

315

PL. XIX. NUEVA IRLANDA.

- | | |
|---------------------------------|-----|
| 1. Aguada en el abra Carteret. | 315 |
| 2. Naturales del abra Carteret. | 316 |
| 3. Caíman de la Nueva Irlanda. | 316 |
| 4. Piragua de la Nueva Irlanda. | 316 |

PL. XX. — ISLAS DEL ALMIRANTAZGO. — NUEVA GUINEA.

- | | |
|----------------------------------|-----------|
| 1. Vista de la isla Vendola. | 316 |
| 2. Naturales de la isla Vendola. | 317 |
| 3. Aldea de Doreï. | 328 |
| 4. Naturales de Doreï. | 336 y 338 |

PL. XXI. — NUEVA GUINEA.

- | | |
|--|-----|
| 1. Fragua de los Papous. | 330 |
| 2. Hombre y mujer de Doreï. | 336 |
| 3. Cantos y comidas fúnebres de Doreï. | 330 |
| 4. Manucodiatas, macho y hembra. | 328 |

PL. XXII. — NUEVA GUINEA.

- | | |
|--|-----|
| 1. Aldea de Aíambo. | 328 |
| 2. Sepulcro de un jefe papou. | 329 |
| 3. Piragua de Doreï. | 329 |
| 5. Establecimiento holandés sobre el río Dourga. | 339 |

PL. XXIII. — MOLUCAS.

- | | |
|---|-----|
| 1. Casa del residente holandés en Caïeli. | 358 |
| 2. Danza guerrera en Bourou. | 358 |
| 3. Una mezquita en Caïeli. | 358 |
| 4. Rada de Amboine. | 359 |

PL. XXIV. — MOLUCAS.

- | | |
|---------------------------|-----|
| 1. Habitantes de Amboine. | 360 |
|---------------------------|-----|

- | | |
|--|-----|
| 2. Un mercado ó campong chino. | 360 |
| 3. Batou-Gadja, residencia del gobernador. | 361 |
| 4. Plaza de Amboine. | 360 |

PL. XXV. — CÉLEBES.

- | | |
|---|-----|
| 1. Caravana de viajeros salvando un baranco de Célebes. | 350 |
| 2. Manado, vista de la rada. | 349 |
| 3. Bailes guerreros de los Harfours de Célebes. | 352 |

PL. XXVI. — CÉLEBES.

- | | |
|--------------------------------|-----|
| 1. Cascada del río de Tondano. | 351 |
| 2. Vista de Tondano. | 351 |
| 3. Paseo por el lago Tondano. | 352 |
| 4. Babirussa. | 350 |
| 5. Sapi-outang. | 350 |

PL. XXVII. — CÉLEBES. — TIMOR.

- | | |
|----------------------------------|-----|
| 1. Casa de Harfours en Manado. | 351 |
| 2. Harfours de Manado. | 352 |
| 3. Vista de Coupang. | 367 |
| 4. Cementerio malayo de Coupang. | 368 |

PL. XXVIII. — TIMOR. — JAVA.

- | | |
|--|---------------|
| 1. Caballero de Timor. | 368 |
| 2. Combate simulado de los guerreros de Ombay. | 368 |
| 3. Una calle de Batavia. | 2 del tom. 3° |
| 5. Caudillo javanés. | id. |

Mapa jeneral del viaje pintoresco al rededor del mundo.

TOMO TERCERO.

FRONTISPICIO.

Retratos de W. Beechey, Duperrey, Krusenstern y d'Urville.

PL. XXIX. — JAVA.

- | | |
|--|---|
| 1. Palacio de Buitenzorg. | 2 |
| 2. Javaneses en traje de corte y en traje de guerra. | 2 |
| 3. Hombre y mujer del pueblo. | 3 |
| 4. Desposado y desposada. | 4 |

PL. XXX. — JAVA.

- | | |
|--|---|
| 1. Palacio del residente de Sourabaya. | 6 |
| 2. Un habitante de Maduré. | 8 |
| 3. Paseo con el sultan de Maduré. | 7 |

PL. XXXI. — JAVA.

- | | |
|------------------------------------|----|
| 1. Vista de Sourabaya. | 6 |
| 2. Residencia en Baniou-Wangui. | 9 |
| 3. Música del sultan de Bankalang. | 7 |
| 4. Rinoceronte de Java. | 10 |

PL. XXXII. — JAVA.

- | | |
|---|---------|
| 1. Ruínas del palacio de Koulassan. | 18 |
| 2. Bailarina javanesa. | 15 |
| 3. Ruínas del templo de Brambanan. | 17 y 33 |
| 4. Máscaras de teatro, marionettes y puñales de Java. | 14 |

PL. XXXIII. — JAVA.

- | | |
|---|----|
| 1. Gran templo de Boro-Bodo. | 18 |
| 2. Uno de los 400 nichos del templo de Boro-Bodo. | 18 |
| 3. Bracman de Bali. | 9 |
| 4. Armas y estandartes javaneses. | 16 |

PL. XXXIV. — JAVA.

- | | |
|---|----|
| 1. Bajos relieves de piedra encontrados cerca de Boro-Bodo. | 18 |
| 2. Casa de Malasjos. | 16 |
| 3. Casa de paisanos javaneses. | 16 |
| 4. Casa de un jefe javanés. | 16 |

PL. XXXV. — AUSTRALIA (NUEVA HOLANDA).

- | | |
|--|----|
| 1. El puerto del Rey-Jorje. | 20 |
| 2. Naturales del puerto del Rey Jorje. | 21 |
| 3. Río de los Franceses. | 22 |
| 4. Caza del kangarou. | 21 |

PL. XXXVI. — AUSTRALIA.

- | | |
|---------------------------------------|---------|
| 1. Sitio en la isla de los Kangarous. | 26 |
| 2. Caza de las focas. | 29 y 58 |
| 3. Aldea de la bahía Jervis. | 51 |
| 4. Entrada de Port-Jackson. | 30 |

PL. XXXVII. — AUSTRALIA.

- | | |
|-----------------------------|----|
| 1. Vista de Sydney. | 30 |
| 2. George-Street en Sydney. | 31 |
| 3. Faro de Port-Jackson. | 39 |
| 4. Río de Parramatta. | 30 |

PL. XXXVIII. — AUSTRALIA.

- | | |
|---|----|
| 1. Sydney en su principio. | 30 |
| 2. Caserna de Sydney. | 34 |
| 3. Confluente del Murray y del Darling. | 49 |
| 4. Sepulcro de naturales. | 47 |

PL. XXXIX. — AUSTRALIA.

- | | |
|--|---------|
| 1. Ceremonia del gna-loung. | 41 |
| 2. Ceremonias de un casamiento en Australia. | 39 y 59 |
| 3. Entierro. | 42 |
| 4. Natural de la Australia. | 57 |

5. Mujer de la Tasmania.

77

PL. XL. — AUSTRALIA.

- | | |
|-------------------------------|---------|
| 1. Piragua de corteza cosida. | 52 |
| 2. Ménure-Lyre. | 53 y 60 |
| 3. Casóbar. | 53 |
| 4. Danza de naturales. | 56 |
| 5. Ornithorhynque. | 53 |
| 6. Wambal ó Desman. | 53 |

PL. XLI. — TASMANIA (TIERRA DE VAN-DIEMEN).

- | | |
|----------------------------|----------|
| 1. Vista de Hobart-Town. | 67 |
| 2. Vista de New-Town. | 67 |
| 3. Vista de Elisabet-Town. | 68 y 120 |
| 4. El abra Macquarie. | 78 |

PL. XLII. — Tasmania.

- | | |
|--|----|
| 1. Hobart-Town del lado de las casernas. | 67 |
| 2. Grupo de convidados en un desmonte. | 62 |
| 3. Naturales de la Tasmania pescando mariscos. | 77 |
| 4. Dasyures devorando una foca. | 78 |

PL. XLIII.

Mapa de la Nueva Zelandia trazado por M. d'Urville.

PL. XLIV. — NUEVA ZELANDIA.

- | | |
|--|----|
| 1. Casas del abra del Astrolabio. | 82 |
| 2. Barranco en la Nueva Zelandia. | 81 |
| 3. El schooner rodeado de piraguas zelandesas. | 83 |

PL. XLV. — NUEVA ZELANDIA.

- | | |
|---|---------|
| 1. Flota de guerra de la bahía de las Islas. | 87 y 88 |
| 2. Vista de la bahía de las Islas. | 98 |
| 3. Establecimiento de misioneros ingleses en Pai-Hia. | 99 |
| 4. Aldea de Korora-Reka. | 98 |

PL. XLVI. — NUEVA ZELANDIA.

- | | |
|--|-----|
| 1. Pá arruinado de Peroa. | 100 |
| 2. Pá sobre una roca taladrada en forma de puente. | 105 |
| 3. Gran piragua de guerra. | 105 |

PL. XLVII. — NUEVA PELANDIA.

- | | |
|--|-----|
| 1. Shongui, jefe de la bahía de las Islas. | 120 |
| 2. Touaï, caudillo de la bahía de las Islas. | 121 |

AL REDEDOR DEL MUNDO.

317

3. Casas esculpidas de los caudillos.	121
4. Personajes tabous.	96
5. Ídolos, utensilios é instrumentos.	135

PL. XLVIII. — NUEVA ZELANDIA.

1. Danza guerrera de los naturales.	90
2. Guerreros pintarrajados.	132
3. Operacion del pintarrteo.	96
4. Jóvenes zelandesas.	109

PL. XLIX. — NUEVA ZELANDIA.

1. Recepcion de Europeos por un caudillo de la Nueva Zelandia.	132
2. Desmante de un campo de kounaras.	99
3. Rapto del <i>Boyd</i> , por los naturales de Wangaroa.	116

PL. L. — NUEVA ZELANDIA.

1. Toupe-Koupa en Inglaterra.	137
2. Saludo (shongui) de los Nuevos-Zelandeses.	144
3. El misionero Marsden recorriendo la Nueva Zelandia.	122

PL. LI. — NUEVA ZELANDIA.

1. Sacrificio humano.	129
2. Ceremonia de un bautismo.	142
3. Escena de luto á la muerte de un ariqui.	133
4. Funerales de un ariqui.	143

PL. LII. — NUEVA CALEDONIA.

1. Campaña de la isla de los Pinos.	143
2. Naturales de la Nueva Caledonia.	156
3. La isla de los Pinos vista desde el mar.	155
4. Piragua doble.	158

PL. LIII. — NUEVA CALEDONIA.

1. Guerreros de la Nueva Caledonia.	157
2. Armas y utensilios.	152
3. Mujeres de la Nueva Caledonia.	156
4. Habitaciones.	149

PL. LIV. — ROTOUMA.

1. Aldea de Rotouma.	169
2. Naturales.	167
3. Ceremonia de la transmision del poder.	169
4. Sepultura de los reyes.	186

PL. LV. — ISLAS OTDIA (PADAK).

1. Aldea de la isla Otdia.	181
1. Radik, jefe de la isla Otdia.	178

3. Interior de la casa de Otdia.	181
4. Mujer de las islas Otdia. (Satiskoff).	181

PL. LVI. — CAROLINAS. — OTDIA.

1. Isla del grupo Krusenstern.	182
2. Mujer de la isla Tchitchagoff.	182
3. Jefe de la isla Koutousoff.	181
4. Natural de Otdia.	181
5. Armas y utensilios de las islas Otdia.	182

PL. LVII. — CAROLINAS.

1. Isla Ualan en la baja mar.	183
2. Natural de Ualan.	195
3. Mujer de Ualan.	184

PL. LVIII. — CAROLINAS.

1. Aldea de Ualan.	187
2. Habitantes de Ualan.	195
3. Correría por el interior de los bosques de Ualan.	186

PL. LIX. — CAROLINAS.

1. Grandes paros de los Carolinos en Tamatam.	205
2. Entrevista con los naturales de Tamatam.	205
3. Naturales de Tamatam.	205

PL. LX. — MARIANAS.

1. Bahía de Umata en Gouaham.	206
2. Habitantes de Gouaham.	206
3. Palacio de Umata.	210
4. Mujeres de Umata.	206

PL. LXI. — MARIANAS.

1. Iglesia de Umata.	210
2. Casa de los habitantes de Gouaham.	210
3. Convento abandonado de Umata.	219
4. Caza del ciervo en Merisso.	212

PL. LXII. — MARIANAS.

1. Palacio de Agagna.	148
2. Modo de viajar en Gouaham.	209
3. Colejio de Agagna.	107 y 209
4. Ruínas de Tinian.	216

PL. LXIII. — MARIANAS.

1. Ruínas en la isla Rota.	213
2. Arado y rastrillo de Gouaham.	225
3. Destilatorio de aguardiente de cocos.	227

PL. LXIV. — ISLAS PELEW.

1. Desembarcadero de Pelew. 240
2. Abba-Thulle, rey de Pelew. 238
3. Campo atrincherado del capitán Wilson. 238
4. Luoí, una de las mujeres de Abba-Thulle. 240

PL. LXV. — ISLAS PELEW.

1. Plaza pública de Pelew. 241
2. Li-Bou, hijo del rey. 247
3. Armas y utensilios de Pelew. 250

PL. LXVI. — JUAN FERNANDEZ. — CABO HORNO.

1. Selkirk abandonado en la isla Juan Fernandez. 269
2. Bahía Cumberland. 263
3. Sitio donde Anson sentó sus reales. 263
4. Cabo Horno á nueve millas de distancia. 266

PL. LXVII. — MALVINAS.

1. Restos de la corbeta francesa la *Urania*. 270
2. Un hombre en el mar. 266

3. Ruinas del establecimiento francés. 267
4. Regreso de una caza en las Malvinas. 270

PL. LXVIII. — SANTA HELENA.

1. James-Town 271
2. Camino de James-Town á Long-Wood. 272
3. Sepulcro de Napoleon. 273
4. Cascada de Briars. 272

PL. LXIX. — ASCENSION.

1. Sandy-Bay. 275
2. Visita á las fuentes de Dampier. 275
3. Cúspide de Green-Mountain. 275
4. Desembarcadero de la Ascension. 275

PL. LXX. — AZORES. — FRANCIA.

1. Vista de Villafranca. 280
2. Fayal. 281
3. Pico. 282
4. Llegada á Burdeos. 282

Mapa jeneral de la Oceania trazado por el capitán d'Urville.

ADVERTENCIA

A LOS SS. SUSCRITORES

DEL

VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO.

DESPUES de haber superado las infinitas dificultades que acarrear consigo las obras dilatadas y costosas , la Empresa del *Viaje pintoresco al rededor del mundo* ha llevado á cabo la promesa que tenia contraida con el Público , dando cima á esta obra interesante bajo todos conceptos , en mucho menos tiempo del que habia anunciado en el Prospecto. Sin embargo , deseando corresponder con sus esfuerzos á la acogida brillante y poco comun que le han dispensado los SS. Suscritores , creeria faltar al objeto de su primitivo empeño dejando de proporcionarles todas las ventajas á que se han hecho acreedores por el buen gusto y acierto que manifestaron al inscribir sus nombres. Bajo este supuesto , la misma Empresa ha decidido publicar á continuacion el *Viaje pintoresco á las dos Américas, Asia y África*, redactado bajo la direccion de M. Alcides d'Orbigny y de M. J. B. Eyriès , bien persuadida que esta obra , igualmente importante y preciosa , no es mas que el remate y complemento del edificio colosal que ha levantado para suministrar á los SS. Suscritores una magnífica **COLECCION DE VIAJES**, digna de figurar en primera linea en las bibliotecas mas selectas , ya por el lujo y ecsactitud de sus numerosas láminas , ya por la veracidad que ha presidido constantemente á la redaccion de su contexto.

La coherencia del *Viaje pintoresco á las dos Américas, Asia y Africa* con el *Viaje pintoresco al rededor del mundo* es tan patente , que á la primera ojeada se ve ya resaltar con evidencian ser el primero una simple continuacion del segundo. Por manera que ya desde el principio los hubiéramos anunciado entrambos como una obra sola é indivisible , si el jeneral descrédito en que han hecho caer las suscripciones la mezquindad y la especulacion mercantil de muchos editores , no nos hubiese hecho cejar en nuestro propósito , ignorando la predisposicion de un Público que tantos desengaños lleva. Con todo , al ver la celeridad con que se han agotado dos numerosas ediciones del *Viaje pintoresco al rededor del mundo* , no hemos podido menos de continuar sin interrupcion el *Viaje pintoresco á las dos Américas, Asia y África*, no dudando que los SS. Suscritores corresponderán debidamente á este obsequio con que deseamos complacerles ; mayormente al considerar la naturaleza de esta obra que la hace sumamente útil y casi indispensable á los que posean aquella , y los justísimos títulos que la constituyen mucho mas digna del interés de todos los Españoles que vean en la América un monumento perenne y grandioso de las hazañas y prodijios de valor de nuestros padres.

Los Editores creen que esta franca manifestacion del deseo que les anima y la ecsactitud con que han acreditado sus promesas no les harán defraudar en sus lisonjeras esperanzas ; y para empezar desde luego á poner sus palabras en accion , han decidido regalar á los SS. Suscritores una hermosa cubierta para cada uno de los tomos correspondientes , con una portada jeneral que comprenda entrambas obras bajo el título de : **COLECCION DE VIAJES. VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO, Á LAS DOS AMÉRICAS, ASIA Y ÁFRICA.**

